

Los hermanos karamazov

Dostoievsky



FUNDACIÓN
Carlos Slim

Los hermanos Karamazov

Dostoyevski, Fiódor

Novela

Se reconocen los derechos morales de Dostoyevski, Fiódor.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org



PRIMERA PARTE

LIBRO PRIMERO



HISTORIA DE UNA FAMILIA

I. Fiódor Pávlovich Karamázov

Alekséi Fiódorovich Karamázov era el tercer hijo de Fiódor Pávlovich Karamázov, un terrateniente de nuestro distrito que se hizo muy célebre en su momento (y aún hoy se le sigue recordando) por su trágico y oscuro fin, el cual tuvo lugar hace justo ahora treinta años y del que ya hablaré más adelante. Por el momento, me limitaré a decir de este «terrateniente» (así es como lo llamaban por aquí, a pesar de que casi nunca residió en sus tierras) que era uno de esos tipos raros que, sin embargo, se encuentran con bastante frecuencia; concretamente, era de esa clase de individuos que no solo son ruines e inmorales, sino además insensatos, pero de esos insensatos que, pese a todo, se manejan a la perfección en los negocios y solo, por lo visto, en los negocios. Fiódor Pávlovich, por ejemplo, había surgido prácticamente de la nada, como un modestísimo propietario, dispuesto siempre a comer en mesa ajena y a vivir de gorra, y, sin embargo, en el momento de su fallecimiento dejó hasta cien mil rublos en dinero contante y sonante. Y, al mismo tiempo, nunca dejó de ser en toda su vida uno de los mayores botarates de nuestro distrito. Insisto: no es cuestión de estupidez; la mayoría de esos botarates son bastante taimados y astutos; es la suya una insensatez muy peculiar, típicamente nacional.

Se había casado dos veces y tenía tres hijos: el mayor, Dmitri Fiódorovich, de la primera mujer, y los otros dos, Iván y Alekséi, de la segunda. La primera mujer de Fiódor Pávlovich pertenecía a un noble linaje de propietarios de nuestro distrito, los Miúsov, gente bastante rica y distinguida. No me voy a parar a explicar cómo pudo ocurrir que una muchacha con una buena dote, además de hermosa y, sobre todo, inteligente y despierta —una de esas jóvenes que son tan frecuentes entre nosotros en la generación actual, aunque ya las había en el pasado—, se casara con tan insignificante «alfeñique», que es como entonces lo llamaba todo el mundo. Lo cierto es que conocí a una joven, de la penúltima generación «romántica», que después de algunos años de profesar un enigmático amor a un señor con quien, dicho sea de paso, bien podría haberse casado con toda tranquilidad, acabó, sin embargo,

imaginándose toda clase de impedimentos insalvables y una noche tempestuosa se arrojó desde una escarpada orilla, una especie de acantilado, a un río bastante profundo e impetuoso y pereció en él, sin duda alguna por culpa de sus propios antojos, solo para imitar a la Ofelia de Shakespeare, hasta el punto de que, si aquel acantilado, escogido y preferido por ella desde hacía mucho, no hubiera sido tan pintoresco y en su lugar se hubiera encontrado una prosaica orilla llana, es posible que el suicidio nunca se hubiera consumado. Se trata de un hecho verdadero, y hay que pensar que en nuestra vida rusa, en el curso de las dos o tres últimas generaciones, han tenido que ocurrir no pocos casos idénticos o de la misma naturaleza. De forma análoga, el proceder de Adelaída Ivánovna Miúsova fue también un eco de tendencias ajenas y una irritación de la mente cautiva. Tal vez se había propuesto manifestar su independencia como mujer, ir en contra de los convencionalismos sociales, del despotismo de su linaje y su familia, y su obsequiosa fantasía la convenció — supongámoslo así por un momento— de que Fiódor Pávlovich, a pesar de su título de gorrón, era uno de los hombres más valientes y divertidos de aquella época de transición hacia todo lo mejor, siendo como era, sencillamente, un bufón malintencionado. Lo más llamativo es que, para colmo, el asunto se resolvió con un rapto, algo que fascinó a Adelaída Ivánovna. En cuanto a Fiódor Pávlovich, se sentía muy inclinado entonces, por su misma condición social, a toda clase de audacias semejantes, pues deseaba fervientemente hacer carrera a cualquier precio; arrimarse a una buena familia y conseguir una dote resultaba algo de lo más seductor. Por lo que respecta a su mutuo amor, no parece que existiera, ni por parte de la novia ni por parte de él, a pesar de la belleza de Adelaída Ivánovna. Así que este episodio tal vez fuera único en su género en la vida de Fiódor Pávlovich, un hombre extremadamente lascivo, siempre dispuesto a pegarse a unas faldas a la primera insinuación. Y, sin embargo, ésta fue la única mujer que no le produjo, en lo referente a las pasiones, ninguna impresión especial.

Inmediatamente después del rapto, Adelaída Ivánovna cayó en la cuenta en un santiamén de que su marido la despreciaba, y nada más. De ese modo, las consecuencias del matrimonio se manifestaron con una rapidez inusitada. A pesar de que la familia tardó muy poco en resignarse a lo ocurrido y entregó la dote a la fugitiva, el matrimonio empezó a llevar una vida sumamente desordenada, con escenas continuas. Cuentan que la joven casada mostró en aquella situación una nobleza y dignidad incomparablemente mayores que las de Fiódor Pávlovich, quien, como se ha sabido más tarde, le birló de buenas a primeras todo el dinero, los veinticinco mil rublos que acababa de recibir, de modo que para ella fue como si en ese mismo instante todos aquellos millares de rublos se los hubiera tragado el agua. Y en cuanto a una pequeña aldea y una casa bastante buena en la ciudad que también formaban parte de la dote, Fiódor Pávlovich intentó durante largo tiempo ponerlas a

su nombre mediante la redacción del oportuno documento, y seguramente lo habría conseguido, aunque solo fuera, digámoslo así, por el desdén y la repugnancia que despertaba continuamente en su mujer con sus desvergonzadas exigencias y súplicas, por puro cansancio espiritual, para librarse de él, sencillamente. Pero, por fortuna, intervino la familia de Adelaída Ivánovna y puso coto al sinvergüenza. Se sabe positivamente que en la pareja eran frecuentes las peleas, pero, según se cuenta, quien pegaba no era Fiódor Pávlovich, sino Adelaída Ivánovna, mujer impulsiva, decidida, morena, impaciente, dotada de una fuerza física asombrosa. Al final abandonó el hogar conyugal y se fugó con un maestro seminarista muerto de hambre, dejando al pequeño Mitia, de tres años, al cuidado de Fiódor Pávlovich. Éste no tardó en montar en su casa un verdadero harén y en entregarse a las borracheras más desenfrenadas, y en los entreactos se dedicaba a recorrer casi toda la provincia, quejándose amargamente a todo el que veía de que Adelaída Ivánovna lo había abandonado; además, se refería a su vida conyugal con tal lujo de detalles que habría sonrojado a cualquier hombre casado. Hay que decir que parecía resultarle agradable y hasta halagador representar delante de todo el mundo su ridículo papel de marido ofendido y pintar vivamente los detalles de su propio agravio. «Viéndole así de contento, a pesar de su desgracia, Fiódor Pávlovich, cualquiera pensaría que ha obtenido usted un ascenso», le decían en guasa. Muchos suponían incluso que estaba encantado de presentarse con su renovado aire de bufón y que aparentaba no ser consciente de su cómica situación para que la gente se riera más. Pero quién sabe, a lo mejor actuaba con toda inocencia. Finalmente consiguió dar con el rastro de la fugitiva. La pobrecilla estaba en San Petersburgo, adonde se había trasladado con su seminarista y donde se había entregado en cuerpo y alma a la más completa «emancipación». Fiódor Pávlovich se puso de inmediato a hacer gestiones y decidió viajar a San Petersburgo. ¿Para qué? Desde luego, no lo sabía ni él. La verdad es que bien podría haber ido en aquella ocasión, pero el caso es que, una vez adoptada tal decisión, consideró acto seguido que, para darse ánimos antes de emprender el viaje, tenía todo el derecho del mundo a correrse de nuevo una juerga monumental. Y justo en ese momento a la familia de su mujer le llegó la noticia de que ésta había muerto en San Petersburgo. Por lo visto, había fallecido repentinamente, en alguna buhardilla; según decían unos, de tifus, o de hambre, según otros. Fiódor Pávlovich se enteró de la muerte de su mujer estando borracho; dicen que echó a correr por la calle y se puso a gritar, loco de alegría, levantando los brazos al cielo: «Ahora despides a tu siervo en paz»; pero, según otros, lloraba a lágrima tendida, como un crío, hasta tal punto que, según dicen, daba incluso pena mirarlo, a pesar de toda la aversión que inspiraba. Es muy posible que ocurriera lo uno y lo otro, es decir, que se alegrara de su liberación y que llorase por su libertadora, todo a la vez. En la mayor parte de los casos, la gente,

hasta la malvada, es mucho más ingenua y cándida de lo que solemos pensar. Y nosotros también.

II. Despide al primer hijo

Naturalmente, cualquiera puede hacerse una idea de qué clase de educador y padre sería un hombre como aquél. Como padre, ocurrió con él lo que tenía que ocurrir, ni más ni menos: se desentendió totalmente del hijo que había tenido con Adelaída Ivánovna, no por rencor ni movido por sentimiento alguno de marido ofendido, sino sencillamente porque se olvidó de él sin más. Mientras Fiódor Pávlovich abrumaba a todo el mundo con sus lágrimas y sus quejas y convertía su hogar en un antro de perdición, un fiel criado de la casa, Grigori, se hizo cargo del pequeño Mitia, de tres años, y, de no haber sido por sus desvelos, posiblemente no habría habido nadie en disposición de cambiarle la ropita al niño. Además, al principio la familia materna del pequeño también parecía haberse olvidado de él. Su abuelo, o sea, el propio señor Miúsov, padre de Adelaída Ivánovna, ya no se contaba entre los vivos; su viuda, la abuela de Mitia, que se había trasladado a Moscú, estaba muy enferma; en cuanto a las hermanas de la madre, se habían casado, de modo que durante casi un año Mitia quedó a cargo de Grigori, residiendo con él en la isba destinada a la servidumbre. Por lo demás, aun suponiendo que el padre se hubiera acordado del crío (de hecho, era imposible que ignorase su existencia), lo habría devuelto a esa isba, pues habría representado un estorbo para su vida disipada. Pero el caso es que acababa de regresar de París un primo hermano de la difunta Adelaída Ivánovna, Piotr Aleksándrovich Miúsov, quien después viviría muchos años ininterrumpidamente en el extranjero y, aunque por entonces era aún muy joven, se distinguió siempre entre los Miúsov por ser un hombre culto, capitalino, cosmopolita, europeo de toda la vida y, ya en su madurez, un liberal, tal y como se estilaría en los años cuarenta y cincuenta. En el transcurso de su carrera mantuvo contactos con muchos de los más señalados liberales de su época, en Rusia y en el extranjero; conoció personalmente a Proudhon y a Bakunin, y disfrutaba especialmente recordando y contando, en el declive ya de sus andanzas, lo ocurrido en París los tres días de la revolución de febrero de 1848, dando a entender, poco más o menos, que él mismo había participado en las barricadas. Era éste uno de los recuerdos más placenteros de su juventud. Disfrutaba de holgura económica: poseía unas mil almas, contabilizadas al modo antiguo. Su magnífica hacienda se encontraba justo a la salida de nuestra pequeña ciudad y lindaba con las tierras de un famoso monasterio, con el cual Piotr Aleksándrovich, siendo aún muy joven, nada más heredar, entabló un interminable proceso en relación con unos derechos de pesca en el río o de tala en el bosque, no lo sé con precisión, pero lo cierto es que consideraba su deber ciudadano, de hombre ilustrado, entablar un pleito

contra la «clerigalla». Habiendo llegado a sus oídos la historia de Adelaída Ivánovna, de la que, naturalmente, se acordaba y en la que incluso se había fijado en su día, y sabiendo de la existencia de Mitia, pese a toda su indignación juvenil y su desprecio a Fiódor Pávlovich, decidió tomar cartas en el asunto. Fue entonces cuando ambos individuos se vieron por primera vez. Piotr Aleksándrovich le declaró abiertamente a Fiódor Pávlovich que deseaba hacerse cargo de la educación del crío. Más tarde, Piotr Aleksándrovich solía contar detenidamente, como rasgo ilustrativo del carácter de Fiódor Pávlovich, cómo, cuando le habló a éste de Mitia, al principio hizo como si no entendiera a qué niño se refería, e incluso se mostró sorprendido de que estuviera viviendo en su casa, a saber dónde, un hijo pequeño suyo. Aunque pudiera haber cierta exageración en el relato de Piotr Aleksándrovich, en algo tendría que parecerse a la verdad. Efectivamente, durante toda su vida a Fiódor Pávlovich le gustó fingir, ponerse de pronto a representar delante de la gente un papel muy llamativo, a veces sin la menor necesidad, cuando no en su propio perjuicio, como en este mismo caso. De todos modos, no es un rasgo exclusivo de Fiódor Pávlovich, sino que lo comparten muchísimas personas, algunas de notable inteligencia. Piotr Aleksándrovich puso todo su empeño en el asunto e incluso fue designado (conjuntamente con Fiódor Pávlovich) curador del niño, dado que, a pesar de todo, éste había heredado de su madre una casa con unas tierras. Mitia, de hecho, se fue a vivir con su tío segundo, pero éste, como no tenía familia, en cuanto puso en orden sus propiedades y se aseguró el cobro de las rentas, regresó de inmediato a París para una larga temporada, dejando al niño al cuidado de una de sus tías, una señora de Moscú. Ocurrió que el propio Piotr Aleksándrovich, una vez aclimatado a la vida en París, se olvidó del niño, sobre todo al desatarse aquella revolución de febrero que tanto impresionó su imaginación y de la que ya no pudo olvidarse en toda su vida. Sin embargo, la señora de Moscú falleció, y Mitia pasó a una de sus hijas casadas. Al parecer, más tarde aún se vería obligado a cambiar por cuarta vez de hogar. No voy a extenderme ahora en esto, sobre todo porque aún es mucho lo que tendré que contar del primogénito de Fiódor Pávlovich; me ceñiré por ahora a las informaciones más indispensables, sin las cuales no podría ni empezar la novela.

En primer lugar, Dmitri Fiódorovich fue el único de los tres hijos de Fiódor Pávlovich que creció con el convencimiento de que aún poseía cierta fortuna y de que, al alcanzar la mayoría de edad, sería independiente. Su infancia y juventud transcurrieron desordenadamente: no acabó sus estudios en el gimnasio; después ingresó en una escuela militar; más tarde fue a parar al Cáucaso, sirvió en el ejército, se batió en duelo, fue degradado, volvió al servicio, dio muchos tumbos y dilapidó una cantidad relativamente elevada de dinero. No empezó a recibir nada de su padre, Fiódor Pávlovich, hasta llegar a la mayoría de edad, y para entonces ya se había cargado de deudas. A su padre lo conoció y lo vio por primera vez desde que había

alcanzado la mayoría de edad cuando se presentó en nuestras tierras, dispuesto a tener con él una explicación a propósito de sus bienes. Por lo visto, ya entonces su padre le resultó desagradable; pasó poco tiempo en su casa y se marchó en cuanto pudo, habiendo obtenido de él tan solo cierta suma de dinero tras llegar a un acuerdo sobre el futuro cobro de las rentas de la hacienda, sin conseguir que en aquella ocasión (se trata de un hecho llamativo) su padre le aclarara ni su rentabilidad ni su valor. Fiódor Pávlovich advirtió desde el primer momento (también esto conviene recordarlo) que Mitia tenía una idea exagerada y falsa de su fortuna. Eso le dejó muy satisfecho, de cara a sus propios cálculos. Dedujo que se trataba de un joven frívolo, impulsivo, apasionado, impaciente, juerguista, que se contentaba con poco y se calmaba enseguida, aunque fuera, claro está, por poco tiempo. Fue eso lo que empezó a explotar Fiódor Pávlovich, así que se dedicó a salir del paso a base de pequeñas entregas, de envíos esporádicos, y acabó sucediendo que, al cabo de unos cuatro años, cuando Mitia perdió la paciencia y se presentó de nuevo en nuestra localidad para arreglar de una vez por todas sus asuntos con su progenitor, descubrió, para su monumental sorpresa, que ya no tenía nada de nada, que hasta era difícil echar las cuentas, que ya había recibido en efectivo de su padre todo el valor correspondiente a sus propiedades y que igual hasta estaba en deuda con él; comprobó que por tales o cuales transacciones, en las que él mismo había deseado participar en su momento, no tenía derecho a exigir nada más, y así sucesivamente. El joven se quedó atónito, sospechó que aquello era mentira, que se trataba de un engaño, a punto estuvo de perder el dominio de sí y pareció volverse loco. Precisamente esta circunstancia fue la que desembocó en la catástrofe cuya exposición constituye el objeto de mi primera novela, de carácter preliminar, o, mejor dicho, su cara externa. Pero, antes de abordar esa novela, aún es preciso referirse a los otros dos hijos de Fiódor Pávlovich, los hermanos de Mitia, y explicar cómo fueron sus comienzos.

III. Segundo matrimonio y segundos hijos

Muy poco después de haberse quitado de encima a Mitia, que tenía por entonces cuatro años, Fiódor Pávlovich se casó en segundas nupcias. Este segundo matrimonio duró unos ocho años. A su segunda mujer, Sofia Ivánovna, también muy jovencita, la tomó en otra provincia a la que había viajado para ocuparse de un negocio de poca monta, en compañía de un judío. Por muy juerguista, bebedor y escandaloso que fuera, Fiódor Pávlovich nunca dejó de ocuparse de sus inversiones, y siempre le iba bien en sus pequeños tratos, eso sí, valiéndose por lo general de artimañas. Sofia Ivánovna era una «huerfanita», privada de sus padres desde la niñez; hija de un oscuro diácono, había crecido en la rica casa de su protectora, educadora y torturadora, una anciana distinguida, viuda del general Vorójov. No conozco los detalles, pero sí oí decir que, por lo visto, a la protegida, una niña modesta, ingenua y callada, en cierta ocasión le habían retirado del cuello una soga que ella misma había colgado de un clavo en la despensa; hasta tal punto se le hacía difícil aguantar los antojos y los continuos reproches de aquella vieja, que al parecer no era mala, pero sí, por culpa de la ociosidad, insoportablemente despótica. Fiódor Pávlovich pidió su mano; hicieron gestiones para saber de él y lo echaron, pero he aquí que él, una vez más, como con el primer matrimonio, le propuso a la huérfana el expediente del raptó. Es posible, pero que muy posible, que ella no se hubiera casado con él por nada del mundo de haber conocido a tiempo más detalles suyos. Pero era de otra provincia y, además, ¿qué podía entender una muchachita de dieciséis años, más allá de que era preferible arrojarse a un río que seguir en casa de su protectora? De ese modo cambió la pobrecilla a una protectora por un protector. Fiódor Pávlovich no sacó en esta ocasión ni cinco, porque la generala se enfadó, no dio nada y, para colmo, maldijo a los dos; pero él tampoco contaba con obtener nada esta vez, sencillamente se había visto atraído por la notable belleza de la inocente chica y, sobre todo, por su aspecto candoroso, que impresionó a un hombre lujurioso como él, a un vicioso que hasta entonces solo se había fijado en la tosca hermosura femenina. «Aquellos ojillos ingenuos me atravesaron el alma como una navaja», solía comentar más tarde, acompañándose de sus repugnantes risitas. En todo caso, en aquel hombre lascivo solo podía tratarse de una atracción carnal. Sin haber obtenido ninguna gratificación, Fiódor Pávlovich no se prodigó en cumplidos con su mujer y, aprovechándose de que ella era, por así decir, «culpable» ante él y de que él prácticamente la había «librado de la soga», aprovechándose, además, de su colosal mansedumbre y sumisión, pisoteó hasta las reglas más básicas del matrimonio. En presencia de su esposa, acudían a su

casa mujeres indecentes y se organizaban orgías. Diré, como rasgo característico, que el criado Grigori, hombre triste, necio y testarudo, que en su momento había odiado a la primera señora, Adelaída Ivánovna, en este caso tomó partido por la nueva ama: la defendía y discutía por ella con Fiódor Pávlovich en un tono casi inadmisibile en un criado, y en cierta ocasión llegó a acabar por la fuerza con una orgía, ahuyentando a todas las desvergonzadas que habían acudido. Posteriormente, la infeliz joven, que había vivido aterrada desde su más tierna infancia, sufrió una especie de dolencia nerviosa femenina, que se da más a menudo entre las humildes aldeanas, a las que llaman «enajenadas» cuando padecen esta enfermedad. Por culpa de este mal, con sus terribles ataques de histerismo, en ocasiones la enferma llegaba a perder el juicio. A pesar de todo, le dio a Fiódor Pávlovich dos hijos, Iván y Alekséi: aquel nació en el primer año de matrimonio; su hermano tres años después. Cuando murió su madre, el pequeño Alekséi no había cumplido aún los cuatro años y, por raro que parezca, sé que la recordó durante toda su vida, como entre sueños, desde luego. Tras su muerte, a los dos niños les ocurrió prácticamente lo mismo que al primero, Mitia: fueron totalmente olvidados y abandonados por su padre, y quedaron al cuidado de Grigori, quien los llevó consigo a la isba de la servidumbre, como había hecho con su hermano. Fue en esa isba donde los encontró la despótica generala, protectora y educadora de su madre. Aún seguía viva y en todo aquel tiempo, en aquellos ocho años, no había podido olvidar la ofensa recibida. A lo largo de esos ocho años había obtenido, bajo cuerda, cumplida información de la existencia cotidiana de su Sofia y, al enterarse de que estaba enferma y del ambiente escandaloso que la rodeaba, dos o tres veces les comentó en voz alta a las mujeres que vivían acogidas en su casa: «Le está bien empleado; Dios la ha castigado por su ingratitud».

A los tres meses justos de la muerte de Sofia Ivánovna, la generala en persona se presentó de pronto en nuestra ciudad y se encaminó sin demora a casa de Fiódor Pávlovich. Apenas estuvo en la ciudad una media hora, pero fue mucho lo que hizo. Era ya por la tarde. Fiódor Pávlovich, a quien no había visto en esos ocho años, salió a recibirla algo achispado. Cuentan que ella, nada más verlo, de buenas a primeras, sin dar explicaciones, le soltó un par de rotundas y sonoras bofetadas y le tiró tres veces del tupé, de arriba abajo, tras lo cual, sin añadir palabra, se dirigió a la isba donde estaban los dos chiquillos. Al advertir, de un simple vistazo, que estaban sin lavar y llevaban ropa sucia, le propinó inmediatamente otra bofetada al propio Grigori y le comunicó que se llevaba a los dos niños; acto seguido los cogió tal y como estaban, los arropó con una manta de viaje, los subió al coche y se los llevó a su ciudad. Grigori encajó aquella bofetada cual esclavo sumiso, no se le escapó una sola palabra ofensiva y, cuando acompañó a la anciana señora hasta el coche, hizo una profunda reverencia y dijo con aire imponente: «Dios sabrá premiarla por los huérfanos». «¡Si serás tarugo!», le gritó la generala al partir. Fiódor Pávlovich, tras considerar todo el asunto,



concluyó que no era mala solución y más tarde, al formalizar su consentimiento para que sus hijos se educaran en casa de la generala, no se mostró disconforme en ningún punto. En cuanto a las bofetadas que había recibido, él mismo fue contándolo por toda la ciudad.

Sucedió que, poco después, la propia generala falleció, si bien lo hizo después de haber anotado en su testamento que dejaba mil rublos a cada uno de los dos pequeños, «para su instrucción, y para que todo este dinero sea necesariamente gastado en ellos, con la condición de que les llegue hasta su mayoría de edad, pues es una cantidad más que suficiente para tales niños; no obstante, si alguien lo desea, siempre puede rascarse el bolsillo», y así sucesivamente. Yo no he leído el testamento, pero sí he oído decir que especificaba algo de ese tenor, un tanto extraño, expresado en un estilo excesivamente peculiar. El heredero principal de la vieja resultó ser, no obstante, un hombre honrado: Yefim Petróvich Polénov, decano provincial de la nobleza. Después de haberse escrito con Fiódor Pávlovich y comprendiendo desde el primer momento que no iba a sacarle el dinero para la educación de sus hijos (si bien Fiódor Pávlovich nunca se negaba abiertamente a nada, sino que en tales casos se dedicaba a dar largas; a veces incluso se deshacía en manifestaciones de sentimiento), decidió intervenir personalmente en el destino de los huérfanos y se encariñó en particular con el más pequeño, Alekséi, el cual se crió, de hecho, durante largo tiempo en el seno de su familia. Ruego al lector que tenga esto presente desde el principio. Si estaban en deuda con alguien para toda la vida aquellos dos jóvenes, por su educación y formación, era precisamente con ese Yefim Petróvich, hombre de gran nobleza y humanidad, de los que pocas veces se encuentran. Conservó intactos los mil rublos que la generala había dejado a cada uno de ellos, de modo que, cuando alcanzaron la mayoría de edad, gracias a los intereses acumulados la cantidad ascendía ya a dos mil rublos; el propio Yefim Petróvich costeó su educación y, por supuesto, gastó en cada uno mucho más de mil rublos. No voy a entrar en este momento en un relato detallado de su infancia y su juventud, sino que me limitaré a mencionar las circunstancias más relevantes. Del mayor, Iván, diré únicamente que creció como un adolescente sombrío, encerrado en sí mismo; no es que fuera tímido, ni mucho menos, pero fue como si ya a los diez años hubiera llegado a la conclusión de que, de todos modos, se estaban criando en una familia extraña y gracias a la caridad ajena, y que su padre era un tal y era un cual, alguien de quien hasta daba vergüenza hablar, y todo eso. Este niño empezó muy pronto, prácticamente en su infancia (al menos, así me lo contaron), a mostrar unas aptitudes para el estudio nada comunes y muy brillantes. No sé exactamente cómo fue, pero lo cierto es que se separó de la familia de Yefim Petróvich antes de cumplir los trece años para pasar a uno de los gimnasios de Moscú y al internado de un experimentado pedagogo, muy conocido por entonces, amigo de la infancia de Yefim Petróvich. El propio Iván explicaría más tarde que eso había sido

posible, por así decir, gracias al «fervor por las buenas obras» de Yefim Petróvich, a quien entusiasmaba la idea de que un niño con esas capacidades geniales se educara con un pedagogo igualmente genial. Por lo demás, ni Yefim Petróvich ni el genial pedagogo se contaban ya entre los vivos cuando el joven, tras acabar el gimnasio, ingresó en la universidad. Como Yefim Petróvich no había dispuesto bien las cosas y el cobro del dinero legado por la despótica generala —que había aumentado, merced a los intereses, desde los mil hasta los dos mil rublos— se retrasaba a causa de toda clase de formalidades y aplazamientos, inevitables en nuestro país, durante sus primeros dos años en la universidad el joven las pasó negras, pues se vio obligado a ganarse la vida al tiempo que estudiaba. Hay que señalar que en esa época no quiso intentar siquiera escribirse con el padre; tal vez lo hiciera por orgullo, tal vez por desprecio, o tal vez porque el frío y sano juicio le hiciera ver que de su padre no iba a recibir ningún apoyo mínimamente decente. En cualquier caso, el joven no se desanimó en ningún momento y encontró trabajo, primero dando clases a dos grivny la hora, y después recorriendo las redacciones de los periódicos y suministrando articulillos de diez líneas sobre sucesos callejeros, firmados por «Un testigo». Según dicen, esos artículos estaban siempre redactados de un modo tan curioso, eran tan llamativos, que no tardaron en abrirse paso, y ya solo con eso el joven mostró su superioridad práctica e intelectual sobre ese nutrido sector de nuestra juventud estudiantil de ambos sexos, permanentemente necesitada y desdichada, que acostumbra en nuestras capitales a asediar los periódicos y las revistas de la mañana a la noche, sin ocurrírsele nada mejor que insistir una y otra vez en sus cansinas peticiones de hacer traducciones del francés o copiar escritos. Tras darse a conocer en las redacciones, Iván Fiódorovich ya nunca rompió sus lazos con ellas y en sus últimos años de universidad comenzó a publicar reseñas de libros especializados en diversas materias, escritas con tanto talento que incluso llegó a ser conocido en los círculos literarios. No obstante, solo a última hora consiguió, casualmente, atraer la atención de un círculo más amplio de lectores, de modo que fueron muchos los que se fijaron de pronto en él y ya no lo olvidaron. Se trató de un caso bastante curioso. Recién salido de la universidad, y mientras se preparaba para viajar al extranjero con sus dos mil rublos, Iván Fiódorovich publicó en uno de los principales diarios un extraño artículo que despertó el interés hasta de quienes eran legos en la materia; lo más llamativo es que se trataba de una temática que, al parecer, le resultaba ajena, pues él acababa de terminar los estudios de naturalista. El artículo versaba sobre una cuestión, la de los tribunales eclesiásticos, que entonces estaba en boca de todo el mundo. Además de examinar algunas opiniones ya vertidas al respecto, Iván Fiódorovich dejó también constancia de su propio punto de vista. Lo más importante era el tono del artículo y lo notablemente inesperado de su conclusión. Lo cierto es que muchos eclesiásticos consideraron sin reservas al autor como uno de los suyos. Pero de pronto también

empezaron a aplaudirle no ya los laicos, sino hasta los mismísimos ateos. Finalmente, algunos individuos perspicaces llegaron a la conclusión de que el artículo no era otra cosa que una farsa descarada y una burla. Si traigo a colación este caso es, sobre todo, porque dicho artículo, en su momento, fue conocido incluso en ese célebre monasterio que se encuentra en las afueras de nuestra ciudad, donde ya estaban muy interesados en el polémico asunto de los tribunales eclesiásticos. No solo fue conocido, sino que causó allí un gran desconcierto. Al conocer el nombre del autor, también despertó su interés el hecho de que fuera natural de nuestra ciudad e hijo, nada menos, que «del mismísimo Fiódor Pávlovich». Y justo en aquellos días el propio autor hizo su aparición en nuestra ciudad.

¿A qué había venido Iván Fiódorovich? Recuerdo que ya por entonces me hice yo esta pregunta casi con cierta inquietud. Aquella aparición tan fatídica, que tantísimas consecuencias tendría, fue luego para mí durante mucho tiempo, casi para siempre, un asunto poco claro. Juzgándolo a grandes rasgos, resultaba extraño que un joven tan instruido, tan orgulloso y precavido en apariencia, se presentara de pronto en aquella casa tan indecente, ante un padre que no había querido saber nada de él en toda su vida, que no lo conocía ni se acordaba de él, un padre que, aunque no habría dado dinero por nada del mundo si un hijo suyo se lo hubiera pedido, había vivido siempre con el temor de que también sus hijos Iván y Alekséi se presentaran en alguna ocasión con esa intención. Y resulta que ese joven se instala en casa de su padre, pasa con él un mes y otro mes, y los dos acaban entendiéndose a la perfección. Esto sorprendió a mucha gente, no solo a mí. Piotr Aleksándrovich Miúsov, de quien ya he hablado antes, pariente lejano de Fiódor Pávlovich por parte de su primera mujer, estaba por entonces de visita en nuestra ciudad, en su finca de las afueras, llegado de París, donde se había establecido definitivamente. Recuerdo que él, precisamente, se sorprendió como el que más al conocer a aquel joven, que había despertado en él un enorme interés y con quien rivalizaba a veces en conocimientos, no sin cierto resquemor. «Es orgulloso —nos decía de él entonces—, siempre sabrá ganarse la vida, ahora dispone de dinero para salir al extranjero... ¿Qué se le ha perdido aquí? Todo el mundo tiene claro que no se ha presentado en casa de su padre para pedirle dinero, porque en ningún caso se lo iba a dar. No es aficionado al alcohol ni a las juergas, pero resulta que el anciano no puede pasarse sin su hijo, ¡hasta tal punto se han hecho el uno al otro!» Era verdad; el joven ejercía incluso una influencia apreciable en el viejo; éste, aunque era extraordinariamente caprichoso, cuando no maligno, empezó casi a obedecerlo, y hasta a comportarse a veces con más decencia...

Solo más tarde llegó a aclararse que Iván Fiódorovich había venido a la ciudad, en parte, a petición de su hermano mayor, Dmitri Fiódorovich, a quien prácticamente vio por primera vez en su vida en aquellos momentos, con ocasión de aquel viaje, pero con quien ya había establecido correspondencia antes de venir de Moscú, con motivo

de un asunto importante que afectaba sobre todo a Dmitri Fiódorovich. Qué asunto era aquél ya lo sabrá el lector con todo detalle llegado el momento. De todos modos, incluso cuando yo ya me había enterado de esa especial circunstancia, Iván Fiódorovich siguió pareciéndome enigmático y su llegada a nuestra ciudad, a pesar de todo, inexplicable.

Añadiré además que Iván Fiódorich daba entonces la impresión de actuar como mediador y conciliador entre el padre y el hermano mayor, Dmitri Fiódorovich, el cual estaba tramando un grave conflicto e incluso una demanda judicial contra el padre.

La familia, insisto, se reunió por primera vez al completo en aquella ocasión, y algunos de sus miembros ni siquiera se habían visto nunca. Tan solo el hermano menor, Alekséi Fiódorovich, hacía ya cosa de un año que vivía entre nosotros, de modo que había venido a parar a nuestra ciudad antes que sus hermanos. Es de Alekséi de quien me resulta más difícil hablar en este relato introductorio, antes de hacerlo salir a escena en la novela. Pero es imprescindible escribir también acerca de él unas palabras preliminares, al menos para aclarar de entrada una circunstancia muy extraña: me refiero, concretamente, al hecho de que me veo obligado a presentar a los lectores, desde la primera escena de la novela, a mi futuro protagonista vestido con hábito de novicio. Sí, hacía ya cosa de un año que vivía en nuestro monasterio y, aparentemente, se estaba preparando para encerrarse en él de por vida.

IV. Aliosha, el tercer hijo

Solo tenía entonces veinte años (su hermano Iván pasaba de los veintitrés, y el mayor, Dmitri, se acercaba a los veintiocho). Diré en primer lugar que este joven, Aliosha, no era de ningún modo un fanático ni, en mi opinión al menos, un místico. Expresaré desde el principio mi parecer sin reservas: era sencillamente un filántropo precoz y, si se había adentrado en la senda de la vida monástica, eso se debía tan solo a que era en aquel tiempo la única que le había impresionado, la única en la que veía, por así decir, un ideal, una salida para su alma, ansiosa de abandonar las tinieblas del mal del mundo y ascender hacia la luz del amor. Y esa senda le sedujo por la sencilla razón de que había encontrado en ella a un ser que, en su opinión, resultaba excepcional: el célebre stárets Zosima, a quien se ató con todo el fogoso primer amor de su insaciable corazón. No voy a discutir, por otra parte, que era, y lo había sido desde la cuna, una persona muy extraña. Ya he mencionado, por cierto, que, habiendo perdido a su madre con menos de cuatro años, la recordaría después toda su vida; recordaba su rostro, sus caricias, «igual que si estuviera delante de mí, viva». Es posible conservar esa clase de recuerdos (todo el mundo lo sabe) incluso de una edad más temprana, hasta de los dos años, pero después esos recuerdos se nos presentan a lo largo de la vida únicamente como puntos luminosos en medio de las tinieblas, como fragmentos arrancados de un cuadro inmenso que, salvo por ese pequeño fragmento, se ha apagado y extinguido. Ése era su caso: recordaba una tranquila tarde de verano, una ventana abierta, los rayos oblicuos del sol poniente (esos rayos oblicuos era lo que mejor recordaba), un icono en un rincón de la habitación, una lamparilla encendida delante de él y su madre arrodillada ante el icono, sollozando como en un ataque de histeria, entre gritos y lamentos, agarrándolo a él con ambos brazos, abrazándolo con fuerza hasta hacerle daño y rogando por él a la Virgen, liberándolo después de su abrazo y elevándolo con ambas manos hacia el icono, como si lo pusiera bajo el amparo de la Madre de Dios... De pronto, entra la niñera corriendo y, asustada, arrebató al niño de las manos de la madre. ¡Ése era el cuadro! Aliosha recordaba también el rostro de su madre en aquel instante: decía que, a juzgar por lo que podía recordar, era un rostro alterado, aunque muy hermoso. Pero muy raramente se animaba a compartir estos recuerdos. En su infancia y juventud fue poco comunicativo y hasta poco hablador, no por desconfianza, no por timidez, no por culpa de un lúgubre retraimiento; más bien al contrario, por otros motivos, por una especie de inquietud interior, estrictamente personal, que no concernía a nadie más que a él, pero tan importante para él que, por lo visto, le hacía olvidarse de los demás. Pero amaba a

la gente: se diría que vivió toda su vida creyendo ciegamente en los hombres, sin que, por otra parte, nadie lo tuviese nunca ni por un simplón ni por un hombre ingenuo. Algo había en él que te decía y te hacía sentir (y así fue en lo sucesivo, durante toda su vida) que no pretendía ser el juez de los demás, que no quería cargar con el peso de condenar a nadie, que no lo haría por nada del mundo. Parecía incluso que lo admitía todo, sin censurar nada, aunque a menudo se entristeciera muy amargamente. Es más, fue tan lejos en este sentido que, ya desde su más temprana juventud, nadie era capaz de sorprenderlo ni asustarlo. Después de presentarse, casto y puro, con veinte años, en casa de su padre, un verdadero antro de la más sórdida depravación, Aliosha se limitaba a apartarse en silencio cada vez que veía algo insoportable, pero sin el menor aire de desprecio o de censura. En cuanto a su padre, que había vivido en otros tiempos a costa de los demás y era, en consecuencia, una persona recelosa y susceptible, al principio lo recibió con desconfianza y hostilidad («mucho calla — decía—, y mucho medita»); sin embargo, no tardó en empezar a abrazarlo y besarlo con notable frecuencia, sin dejar que pasaran más de dos o tres semanas. Es verdad que lo hacía con lágrimas de borracho, con el enternecimiento propio de la ebriedad, pero se notaba que lo quería sincera y profundamente, como nunca, por descontado, aquel hombre había sido capaz de querer a nadie...

Adondequiera que fuese, todo el mundo apreciaba a aquel joven, y eso era así desde su más tierna infancia. Cuando fue a parar a casa de su benefactor y educador, Yefim Petróvich, se ganó de tal modo el cariño de la familia que todos lo consideraban un hijo más. Pero él había entrado en esa casa cuando no era más que un crío, a una edad en la que es imposible esperar de un niño astucia calculada, malicia o habilidad para adular y engatusar, mañas para hacerse querer. Por tanto, aquel talento para ganarse un singular afecto lo llevaba en su interior, en su naturaleza misma, por así decir, de forma genuina y espontánea. Lo mismo le ocurría en la escuela, y ello a pesar de que cualquiera habría dicho que era, precisamente, uno de esos niños que despiertan el recelo de sus compañeros, suscitando en ocasiones sus burlas y acaso su odio. Solía, por ejemplo, quedarse pensativo, como si tratara de aislarse. Desde muy pequeño le gustaba retirarse en un rincón a leer libros; sin embargo, sus compañeros llegaron a tomarle tanto aprecio que podría muy bien decirse que fue el favorito de todos ellos mientras estuvo en la escuela. Pocas veces hacía travesuras, tampoco solía divertirse, pero todos, al mirarlo, veían enseguida que no era cuestión de tristeza; al contrario, era un muchacho equilibrado y sereno. Nunca quiso destacar entre los chicos de su edad. Tal vez por eso mismo nunca tuvo miedo de nadie, si bien los demás niños se daban cuenta de inmediato de que él no se jactaba de su valor, sino que parecía no ser consciente de su arrojo y su coraje. Nunca se acordaba de las ofensas recibidas. En ocasiones, apenas una hora después de que se hubieran metido con él ya respondía al ofensor o era él mismo quien le dirigía la palabra con tal

confianza y franqueza que cualquiera habría dicho que no había habido nada entre ellos. Y en esos casos no daba la impresión de haber olvidado la ofensa por casualidad ni de haberla perdonado deliberadamente, sino que, sencillamente, no consideraba que se tratase de ninguna ofensa; eso era algo que, decididamente, cautivaba y rendía a los otros niños. Solo había un rasgo de su carácter que, en todos los cursos del gimnasio, desde los más elementales hasta los superiores, despertaba en sus camaradas un deseo constante de reírse de él, pero no como una burla maliciosa, sino porque les hacía gracia. Se trataba de un pudor y una castidad inconcebibles, asombrosos. Era incapaz de escuchar determinadas palabras y determinadas conversaciones en torno a las mujeres. Por desgracia, es imposible extirpar esa clase de palabras y de conversaciones de los colegios. Muchachos puros de alma y corazón, siendo aún casi unos niños, se complacen a menudo en hablar entre ellos en las clases, incluso en voz alta, de asuntos, cuadros e imágenes de los que a menudo no se atreven a hablar ni los propios soldados; es más, los soldados ignoran y no aciertan a comprender mucho de lo que en este terreno ya es conocido por los retoños, jovencísimos aún, de nuestra alta y cultivada sociedad. Probablemente no se trata aún de depravación moral; tampoco de auténtico cinismo, libertino, interior, sino de algo externo, considerado por los mismos chicos incluso como algo delicado, fino, propio de valientes y digno de imitación. Viendo que, cada vez que se ponían a hablar «de eso», Alioshka Karamázov se tapaba de inmediato los oídos con las manos, los compañeros se dedicaban a acorralarlo de vez en cuando y, apartándole a la fuerza las manos de las orejas, le gritaban obscenidades al oído, mientras él procuraba zafarse, se tiraba al suelo, se quedaba tendido, se cubría, y todo ello sin decirles una sola palabra, sin insultar a nadie, soportando la humillación en silencio. Al final, no obstante, acabaron por dejarlo en paz y se cansaron de meterse con él llamándolo «niña»; es más, a este respecto lo miraban con compasión. Por cierto, en los estudios siempre estuvo entre los mejores de la clase, pero nunca destacó como el primero.

Cuando murió Yefim Petróvich, Aliosha siguió dos años más en el gimnasio provincial. La inconsolable viuda de Yefim Petróvich, casi inmediatamente después de la muerte de éste, emprendió un largo viaje a Italia con toda la familia, compuesta en exclusiva por mujeres, y Aliosha fue a parar a la casa de dos damas a las que no había visto en su vida, dos parientes lejanas de Yefim Petróvich, si bien no sabía en qué condiciones iba a residir allí. Era otro de sus rasgos, y muy característico, el de no preocuparse jamás por saber a costa de quién vivía. En eso, era el polo opuesto de su hermano mayor, Iván Fiódorovich, que tantos apuros pasó en sus dos primeros años de universidad, alimentándose merced a su trabajo, y que desde su infancia ya había sentido amargamente que vivía del pan ajeno, en casa de su bienhechor. Pero, por lo visto, no convendría juzgar con excesiva severidad este extraño rasgo del carácter de Alekséi, pues cualquiera que lo hubiese tratado mínimamente, en cuanto se planteaba

esta cuestión, llegaba a la conclusión de que Alekséi era, indudablemente, uno de esos jóvenes que tanto recuerdan a los yuródivye, de modo que, si hubiera caído de pronto en sus manos un gran capital, no habría tenido el menor reparo en entregarlo para una buena obra a las primeras de cambio o, sencillamente, en dárselo a cualquier taimado pícaro que se lo hubiera solicitado. Hablando en términos generales, era como si no conociese en absoluto el valor del dinero, aunque no en el sentido literal de la expresión, como es natural. Cuando le daban algo de dinero para sus gastos, aunque él nunca lo pedía, o bien se pasaba semanas enteras sin saber en qué emplearlo, o bien se despreocupaba por completo y el dinero le desaparecía en un santiamén. En cierta ocasión, Piotr Aleksándrovich Miúsov, un hombre sumamente escrupuloso en lo tocante al dinero y la integridad burguesa, después de haberse fijado en Alekséi, pronunció a propósito de éste el siguiente aforismo: «Se trata, posiblemente, del único hombre en el mundo a quien uno podría dejar solo y sin dinero en mitad de una plaza de una ciudad desconocida de un millón de habitantes, sabiendo que en ningún caso va a perderse, ni va a perecer de hambre o de frío, porque al instante habrá alguien que le dé de comer, alguien que lo ayude a colocarse, y, si no, él mismo se colocará en un abrir y cerrar de ojos sin el menor esfuerzo, sin someterse a ninguna humillación, sin representar ninguna carga para quien lo ayude, siendo, por el contrario, incluso un motivo de satisfacción para éste».

No concluyó los estudios en el gimnasio; le faltaba aún un año completo cuando de pronto anunció a las damas que cuidaban de él que se marchaba a casa de su padre por una cuestión que le había venido a la cabeza. A ellas les dio mucha pena y les habría gustado poder retenerlo. El viaje no era nada caro, y aquellas mujeres no le permitieron que empeñara su reloj —un regalo que le había hecho la familia de su benefactor antes de partir para el extranjero— y lo abastecieron generosamente, proporcionándole incluso un traje y mudas nuevos. Sin embargo, Aliosha les devolvió la mitad del dinero, declarando que, en cualquier caso, pensaba viajar en tercera. Llegado a nuestra ciudad, no respondió de inmediato a las primeras preguntas de su progenitor —«¿Cómo te ha dado por venir antes de terminar los estudios?»—, pues estaba, según dicen, más pensativo de lo habitual. Pronto se supo que buscaba la tumba de su madre. Llegó a confesar en aquel momento que había venido solo por eso. Pero es dudoso que aquella fuera la única razón de su viaje. Lo más verosímil es que ni él mismo lo supiera entonces ni pudiera explicar de ningún modo qué era exactamente aquello que de pronto había brotado de su alma y lo había arrastrado con una fuerza irresistible hacia un nuevo camino, desconocido pero, a esas alturas, inevitable. Fiódor Pávlovich no fue capaz de indicarle dónde había enterrado a su segunda mujer, porque nunca había visitado su sepultura desde el día en que habían cubierto de tierra su ataúd; habían pasado tantos años ya que se había olvidado por completo del lugar donde la había enterrado...

A propósito de Fiódor Pávlovich: antes de todo esto, había estado viviendo mucho tiempo fuera de nuestra ciudad. Tres o cuatro años después de la muerte de su segunda mujer, se dirigió al sur de Rusia y finalmente acabó en Odesa, donde pasó varios años seguidos. Conoció al principio, según sus propias palabras, «a muchos judíos, judías, judezuelos y judiazos», y al final no solo los simples judíos, sino «hasta los hebreos lo recibían en casa». Hay que pensar que fue en este período de su vida cuando desarrolló esa peculiar habilidad suya para sacar dinero de debajo de las piedras. Regresó definitivamente a nuestra ciudad tan solo tres años antes de la aparición de Aliosha. Quienes lo conocían de antes lo encontraron terriblemente envejecido, a pesar de que aún estaba lejos de ser un anciano. Y no solo no actuaba con mayor nobleza, sino con más insolencia aún. Apareció, por ejemplo, en el bufón de antaño una descarada necesidad de dejar en ridículo a los demás. No solo le gustaba portarse indecentemente con las mujeres, como en otros tiempos, sino que se mostraba incluso más repulsivo. Pronto se convirtió en el fundador de numerosas tabernas nuevas en el distrito. Era evidente que tenía, quizá, del orden de cien mil rublos o poco menos. Muchos vecinos de la ciudad y del distrito empezaron bien pronto a pedirle dinero prestado, con las garantías más estrictas, desde luego. En los últimos tiempos había engordado de un modo alarmante, parecía haber perdido el equilibrio, la capacidad de responder de sus actos; actuaba incluso con cierta ligereza: empezaba una tarea y terminaba otra, sin concentrarse en ninguna, y cada vez eran más frecuentes sus borracheras. De no haber sido por el criado Grigori, bastante envejecido también por entonces, que estaba pendiente de él, a veces casi como si fuera su preceptor, difícilmente se habría librado Fiódor Pávlovich de serios contratiempos. La llegada de Aliosha pareció influir sobre él también en el plano moral, como si en aquel viejo prematuro despertase algo que llevaba mucho tiempo acallado en su alma. «¿Sabes —empezó a decirle con cierta frecuencia a Aliosha, mientras se le quedaba mirando— que te pareces a ella, a la enajenada?» Así llamaba él a su difunta esposa, la madre de Aliosha. Finalmente fue el criado Grigori quien le indicó a Aliosha dónde estaba la tumba de la «enajenada». Lo guió hasta el cementerio de nuestra ciudad y allí, en un apartado rincón, le mostró una losa de hierro, barata pero cuidada, en la que había incluso una inscripción con el nombre, el estado, la edad y el año de la muerte de su madre; en la parte inferior hasta habían grabado una especie de cuarteto con unos viejos versos funerarios, de esos que solían figurar en las tumbas de la clase media. Sorprendentemente, aquella losa resultó ser obra de Grigori. Él mismo, corriendo con los gastos, la había colocado sobre la tumba de la pobre «enajenada» después de que Fiódor Pávlovich, a quien tantísimas veces había importunado mencionándole la tumba, se hubiera marchado finalmente a Odesa, mandando a paseo no solo la tumba, sino, además, todos sus recuerdos. Aliosha no manifestó ninguna emoción especial ante la tumba de su madre; se limitó a

escuchar el grave y juicioso relato de Grigori sobre la colocación de la losa, estuvo un rato con la cabeza gacha y se alejó sin pronunciar palabra. Desde entonces, puede que durante todo un año, no volvió a pisar el cementerio. Pero este pequeño episodio también influyó sobre Fiódor Pávlovich, y de un modo bastante original. De buenas a primeras tomó mil rublos y los entregó en nuestro monasterio para que rezaran por el alma de su mujer, pero no de la segunda, la madre de Aliosha, la «enajenada», sino de la primera, Adelaída Ivánovna, la que le zurraba. Aquella misma tarde bebió hasta emborracharse y echó pestes de los monjes en presencia de Aliosha. Estaba muy lejos de ser una persona religiosa; seguramente no había colocado en toda su vida una vela de cinco kopeks ante un icono. En esta clase de sujetos suelen darse extraños arrebatos de sentimientos repentinos y de ocurrencias repentinas.

Ya he dicho que había engordado mucho. Su fisonomía en aquella época era un vivo testimonio del carácter y la esencia de todo lo vivido. Además de las largas y sebosas bolsas que tenía bajo los ojillos, siempre descarados, suspicaces y burlones; además de las numerosas y profundas arrugas que surcaban su rostro menudo, pero grasiento, por debajo de la barbilla puntiaguda le colgaba una enorme nuez, carnosa y alargada, como un saquito, que le daba un aspecto repelente y rijoso. Añádase a todo eso una boca ancha y lasciva de labios rollizos, bajo los cuales asomaban los restos diminutos de unos dientes negros, casi completamente carcomidos. Cada vez que empezaba a hablar se ponía perdido de saliva. El caso es que le gustaba bromear a propósito de su propia cara, aunque parecía satisfecho con ella. En particular, se refería a su nariz, no muy grande, pero muy afilada, con una curvatura pronunciada: «Una auténtica nariz romana —decía—; junto con la nuez, tengo una genuina fisonomía de antiguo patricio romano de la época de la decadencia». Por lo visto, le hacía sentirse orgulloso.

Y ocurrió que, poco después de haber descubierto la tumba de su madre, Aliosha le anunció de pronto que quería ingresar en el monasterio y que los monjes estaban dispuestos a acogerlo como novicio. Manifestó, además, que se trataba de su mayor anhelo y que solicitaba de él, como padre, su aprobación solemne. El padre ya sabía que el stárets Zosima, que vivía retirado del mundo en el asceterio del monasterio, había causado una notable impresión en su «tranquilo muchacho».

—Sin duda, ese stárets es el monje más honrado de todos ellos —declaró, después de haber escuchado, silencioso y pensativo, a Aliosha, sin sorprenderse apenas de su petición—. Hum, ¡así que eso es lo que quiere mi tranquilo muchacho! —Estaba algo bebido, y de repente sonrió con su amplia sonrisa achispada, en la que no faltaban la astucia y la picardía de los beodos—. Hum, el caso es que yo ya presentía que acabarías así, ¿puedes creértelo? Que harías todo lo posible por entrar allí. Bueno, allá tú; tú ya dispones de ese par de miles, ésa es tu dote, y yo, ángel mío, nunca te voy a abandonar; puedo aportar en tu nombre lo que haga falta, si es que piden algo. Claro

que, si no piden nada, para qué vamos a complicarnos la vida, ¿no crees? Porque, lo que es gastar, tú gastas menos que un canario, un par de granos por semana... Hum. No sé si sabes que hay un monasterio que posee un caserío en los arrabales de cierta ciudad, y todo el mundo está al corriente de que allí solo viven las «mujeres de los monjes», así es como las llaman, habrá unas treinta mujeres, creo... He estado allí y, ¿sabes?, es algo interesante; en su estilo, claro, solo para variar... Lo único malo es su excesivo rusismo, no hay ni una sola francesa, y bien podría haberlas, dinero no les falta. Si se enteran, vendrán. Aquí, en cambio, no hay nada, aquí no hay esa clase de mujeres, no hay más que monjes, unos doscientos serán. Llevan una vida honrada. De ayuno. Lo reconozco... Hum. ¿De modo que quieres hacerte monje? Lo siento por ti, Aliosha, de verdad te lo digo, puedes creerme, te he tomado afecto... De todos modos, se trata de una buena oportunidad: así podrás rezar por nosotros, pecadores; estando aquí, hemos pecado más de la cuenta. Nunca he dejado de pensar en eso: ¿habrá alguien que rece alguna vez por mí? ¿Existirá esa persona? Querido muchacho, en ese sentido, yo soy un terrible ignorante, ¿acaso no lo crees? Terrible. Verás: aunque sea un ignorante, no dejo de pensar en esas cosas; de vez en cuando, claro, no voy a estar pensando continuamente. Y pienso que es imposible que los demonios, cuando me muera, se olviden de arrastrarme con sus ganchos, llevándome consigo. Pero entonces me pregunto: ¿ganchos? Y ¿de dónde los sacan? ¿De qué están hechos? ¿De hierro? Y ¿dónde los forjan? ¿Acaso tienen allí alguna fábrica? Porque los monjes, en los monasterios, probablemente creen que en el infierno, por ejemplo, hay un techo. Pero yo solo estoy dispuesto a creer en un infierno sin techo; eso resulta algo más delicado, más ilustrado, al estilo de los luteranos, me refiero. Y ¿no da lo mismo, en el fondo, con techo o sin techo? ¡Ésa es la maldita cuestión! Bueno, pues si no hay techo, tampoco puede haber ganchos. Y, si no hay ganchos, entonces todo se va al traste, y eso tampoco hay quien se lo crea: ¿quién iba entonces a arrastrarme a mí con ganchos? Porque, si a mí no me arrastran, ¿qué pasaría entonces? ¿Qué justicia habría en el mundo? Il faudrait les inventer, esos ganchos, expresamente para mí, para mí solo, porque ¡si tú supieras, Aliosha, qué clase de sinvergüenza soy!

—Pero si allí no hay ganchos —dijo Aliosha con calma, mirando a su padre muy serio.

—Ya, ya, solo son sombras de ganchos. Ya lo sé. Así es como describió el infierno un francés: *J'ai vu l'ombre d'un cocher, qui avec l'ombre d'une brosse frottait l'ombre d'une carrosse.* ¿Y tú cómo sabes que no hay ganchos, querido mío? Cuando lleves un tiempo con los monjes, ya no cantarás igual. En todo caso, ve allí, descubre la verdad y ven después a contármela: siempre será más fácil marcharse al otro mundo si uno sabe a ciencia cierta lo que allí le espera. Y también para ti será más conveniente vivir con los monjes que vivir en mi casa, con un vejestorio borracho y entre jovencitas... Aunque a ti, como si fueras un ángel, nada te afecta. Es posible que allí tampoco te

afecte nada; por eso mismo te doy mi consentimiento, porque confío en eso. A ti el diablo no te ha sorbido los sesos. Arderás, te apagarás, te curarás y volverás aquí. Yo te esperaré: me doy cuenta de que eres el único hombre en la tierra que no me ha condenado, querido hijo mío, vaya si me doy cuenta, ¡cómo no iba a darme cuenta!

Y hasta empezó a gimotear. Era un sentimental. Era malvado y sentimental.



V. Los startsy

Tal vez piense alguno de mis lectores que mi joven tenía una naturaleza enfermiza, extática, escasamente desarrollada, que se trataba de un soñador pálido, de un hombre demacrado y consumido. Por el contrario, Aliosha era en aquel tiempo, a sus diecinueve años, un apuesto mozo rebosante de salud, de rosadas mejillas y mirada luminosa. De hecho, era muy atractivo, esbelto, más bien alto, castaño, con un óvalo facial bien proporcionado, aunque ligeramente alargado, con unos ojos brillantes, de color gris oscuro, suficientemente separados, muy reflexivo y, en apariencia, siempre sereno. Dicen que, por lo visto, las mejillas rubicundas no excluyen ni el fanatismo ni el misticismo; pero a mí me parece, incluso, que Aliosha era tan realista como el que más. Sí, por supuesto, en el monasterio tenía que creer a pie juntillas en los milagros, pero, en mi opinión, los milagros nunca confunden a un realista. Al que es realista los milagros no lo inclinan a la fe. El verdadero realista, si no es creyente, siempre encuentra en su interior la fuerza y la capacidad para no creer tampoco en el milagro y, si se le presenta como un hecho innegable, antes estará dispuesto a no dar crédito a sus sentidos que a admitir el hecho. Pero, si llega a admitirlo, lo admitirá como un hecho natural, aunque desconocido por él hasta ese momento. En el realista la fe no nace del milagro, sino el milagro de la fe. Una vez que cree, precisamente en virtud de su realismo ha de admitir sin falta el milagro. El apóstol Tomás declaró que no creería sin haber visto antes y, una vez que hubo visto, dijo: «¡Señor mío y Dios mío!». ¿Fue acaso el milagro lo que lo llevó a creer? Lo más probable es que no fuera así, sino que creyó tan solo porque deseaba creer, y tal vez creyera ya plenamente, en lo más recóndito de su ser, incluso en el momento en que pronunció: «No creeré mientras no vea».

Puede que alguien diga que Aliosha era torpe, poco espabilado, que no había terminado sus estudios y todo eso. Es cierto que no había terminado sus estudios, pero sería tremendamente injusto afirmar que era torpe o que era tonto. Me limitaré a repetir lo que ya he dicho antes: si se adentró por ese camino fue exclusivamente porque en aquel tiempo fue lo único que le impresionó, y porque se le presentó, súbitamente, como un ideal, como una salida para su alma, que ansiaba abandonar las tinieblas y ascender hacia la luz. Habría que añadir que, en parte, ya era un joven como los de los últimos tiempos, es decir, honrado por naturaleza, alguien que reclama la verdad, una verdad que busca y en la que cree, y que, por haber creído, exige participar de inmediato en ella con toda la fuerza de su alma; alguien que exige la realización urgente de una proeza y que desea imperiosamente sacrificar todo lo que

sea necesario, hasta la vida, en aras de esa proeza. Pero, por desgracia, estos jóvenes no comprenden que, en la mayor parte de estos casos, el sacrificio de la vida es, posiblemente, el más sencillo de todos los sacrificios, mientras que consagrar, por ejemplo, cinco o seis años de su vida, rebosante de juventud, a un estudio difícil y pesado, a la ciencia, aunque solo sea para multiplicar las propias fuerzas y ponerlas al servicio de dicha verdad y de la proeza con la que se han encariñado y que se han propuesto llevar a cabo, es casi siempre, para muchos de ellos, un sacrificio superior a sus fuerzas. Aliosha se había limitado a seguir el camino opuesto a todos ellos, pero compartía su afán de llevar a cabo un sacrificio inmediato. Después de haberlo meditado seriamente, impresionado por la convicción de que existe la inmortalidad y existe Dios, se dijo sin tardanza, con toda naturalidad: «Quiero vivir para la inmortalidad, no estoy dispuesto a aceptar un compromiso a medias». Exactamente del mismo modo que, si hubiera llegado a la conclusión de que ni la inmortalidad ni Dios existen, se habría hecho enseguida ateo y socialista (ya que el socialismo no consiste únicamente en la cuestión obrera, o del llamado cuarto estado, sino que consiste, ante todo, en la cuestión del ateísmo, la cuestión de la encarnación contemporánea del ateísmo, la cuestión de la torre de Babel, que se construye expresamente sin Dios, no para alcanzar los cielos desde la tierra, sino para bajar los cielos a la tierra). A Aliosha incluso le parecía extraño e imposible vivir como antes. Se ha dicho: «Reparte todos tus bienes y sígueme si quieres ser perfecto». Aliosha se dijo: «No puedo dar dos rublos en lugar de darlo todo, ni limitarme a ir a misa en vez de seguirlo». Entre los recuerdos de su infancia, tal vez conservara alguno relativo al monasterio de las afueras de nuestra ciudad, adonde su madre bien podía haberlo llevado a misa. También es posible que hubieran influido los oblicuos rayos del sol poniente, delante del icono hacia el cual lo elevaba su madre, la enajenada. Puede que hubiera venido entonces, pensativo, con la única intención de comprobar si todo estaba allí o si solo se trataba de los dos rublos, y... encontró en el monasterio a aquel stárets...

Como ya he explicado anteriormente, aquél era el stárets Zosima; pero convendría decir aquí algunas palabras relativas a lo que son, en general, los startsy de nuestros monasterios, y es una pena que yo no me sienta suficientemente competente y seguro en este terreno. Intentaré, no obstante, explicarlo en pocas palabras, mediante una somera exposición. En primer lugar, los especialistas, las personas autorizadas, aseguran que los startsy y el stárchestvo surgieron entre nosotros, en nuestros monasterios rusos, muy recientemente, no hace ni cien años, mientras que en todo el Oriente ortodoxo, especialmente en el Sinaí y en el monte Athos, existen hace ya bastante más de mil años. Afirman que el stárchestvo también existió aquí, en la Rus, en los tiempos más remotos, o que debería haber existido indudablemente, pero que, a consecuencia de las desgracias de Rusia, del dominio tártaro, de los disturbios, de la

interrupción de las antiguas relaciones con el Oriente tras la caída de Constantinopla, esta institución cayó en el olvido y desaparecieron los startsy en nuestro país. Resurgió a finales del siglo pasado, gracias a uno de nuestros grandes ascetas (así es como lo llaman), Paísi Velichkovski, y a sus discípulos; aún hoy, sin embargo, casi cien años después, está presente en muy pocos monasterios e incluso, en ocasiones, ha sido objeto poco menos que de persecución, al ser visto como una novedad inaudita en Rusia. Entre nosotros, ha conocido un singular florecimiento en un célebre eremitorio, la Óptina de Kozelsk. No sabría decir cuándo ni quién estableció el stárchestvo en el monasterio situado a las afueras de nuestra ciudad, pero se estimaba que en él se habían sucedido ya tres startsy, de los que el último era el stárets Zosima, si bien éste estaba ya en las últimas, a causa de la debilidad y las enfermedades, y no se sabía quién podría sustituirlo. Se trataba de un problema importante para nuestro monasterio, que hasta entonces no había destacado en ningún sentido: no había en él reliquias de santos venerables ni iconos aparecidos de forma milagrosa; por no haber, ni siquiera había leyendas gloriosas asociadas a nuestra historia, ni podía presumir el monasterio de hazañas históricas o de servicios a la patria. Si floreció y gozó de fama en toda Rusia fue, precisamente, gracias a los startsy: para verlos y oírlos acudían en masa los peregrinos desde miles de verstas de distancia. En definitiva, ¿qué es un stárets? Un stárets es alguien que toma vuestra alma y vuestra voluntad en su alma y en su voluntad. Al elegir un stárets, renunciáis a vuestra voluntad y se la entregáis en un acto de absoluta obediencia, renunciando por completo a vosotros mismos. El predestinado acepta de buena gana este noviciado, esta terrible escuela de vida, en la esperanza de vencerse a sí mismo tras la larga prueba, de dominarse hasta el punto de ser capaz de alcanzar finalmente, por medio de la obediencia de por vida, la libertad perfecta, esto es, la libertad frente a uno mismo, evitando la suerte de quienes han vivido toda la vida sin haberse encontrado a sí mismos. Esta invención, o sea, el stárchestvo, no es algo teórico, sino que surgió en Oriente a partir de una práctica que es ya milenaria en la actualidad. Las obligaciones hacia el stárets no se limitan a la habitual «obediencia», que siempre ha regido en nuestros monasterios rusos. Se acepta la confesión permanente al stárets de todos sus adeptos y el vínculo inquebrantable entre el que ata y el que es atado. Cuentan, por ejemplo, que una vez, en los primeros tiempos del cristianismo, uno de esos novicios, tras incumplir cierta obligación que le había impuesto el stárets, huyó de su lado y abandonó el monasterio, marchándose a otro país, de Siria a Egipto. Aquí, después de prolongados y enormes sacrificios, se hizo digno de afrontar grandes padecimientos y morir como mártir por la fe. Mas, cuando en la iglesia estaban enterrando su cuerpo, venerándolo ya como a un santo, al proclamar el diácono: «¡Que se adelanten los catecúmenos!», el ataúd donde yacían los restos del mártir cayó de su sitio y salió despedido del templo. Y así hasta tres veces. Por fin descubrieron que aquel santo que había sufrido martirio

había roto la obediencia y había abandonado a su stárets, por lo que sin permiso de éste no podía ser absuelto, a pesar incluso de sus enormes proezas. Solo cuando el stárets, al que habían llamado, lo dispensó de su obediencia, fue posible proceder a su entierro. Desde luego, todo esto no es más que una antiquísima leyenda, pero he aquí un suceso reciente: un monje contemporáneo nuestro se había retirado al monte Athos, y de pronto su stárets le ordenó que abandonara aquel lugar, que amaba con toda su alma como santuario, como refugio seguro, y que marchara en primer lugar a Jerusalén, a honrar los Santos Lugares, y regresara después a Rusia, dirigiéndose al norte, a Siberia: «Allí está tu sitio, no aquí». Desconcertado y abatido por la tristeza, el monje se presentó en Constantinopla ante el patriarca ecuménico y le rogó que lo dispensara de la obediencia, pero el arzobispo le respondió que no solo él, patriarca ecuménico, no estaba en condiciones de concederle esa dispensa, sino que en toda la tierra no había ni podía haber autoridad capaz de liberarlo de tal obligación, toda vez que le había sido impuesta por su stárets, salvo la autoridad del propio stárets que se la había señalado. Así pues, el stárchestvo está investido, en determinados casos, de un poder ilimitado e inescrutable. De ahí que, al principio, en muchos monasterios rusos fuera objeto casi de persecución. Por el contrario, entre el pueblo los startsy gozaron desde muy pronto de un gran respeto. A ver a los startsy de nuestro monasterio acudían, por ejemplo, tanto las gentes sencillas como las personas más distinguidas, con intención de postrarse ante ellos, confesarles sus dudas, pecados y padecimientos y pedirles consejo y exhortación. Al ver aquello, los detractores de los startsy, entre otras acusaciones, clamaban que así se degradaba arbitraria y caprichosamente el sacramento de la confesión, y ello a pesar de que las ininterrumpidas confesiones, en las que desnudan su alma, de los novicios o de los laicos al stárets se producen al margen de cualquier carácter sacramental. En todo caso, el stárchestvo pudo preservarse y poco a poco se va asentando en los monasterios rusos. Aunque también es posible que este instrumento probado y ya milenario de regeneración moral del hombre, a quien hace pasar de la esclavitud a la libertad y al perfeccionamiento espiritual, llegue a convertirse en un arma de doble filo, llevando a algunos, no a la humildad y al dominio perdurable de sí, sino al más satánico de los orgullos; es decir, a las cadenas, no a la libertad.

El stárets Zosima tenía unos sesenta y cinco años, y procedía de una familia de terratenientes; en otro tiempo, en su juventud, había sido militar y había servido en el Cáucaso como oficial. Indudablemente, alguna de las cualidades peculiares de su alma había impresionado a Aliosha. Éste vivía en la celda del propio stárets, que le había tomado mucho afecto y lo admitía a su lado. Hay que señalar que Aliosha, aunque residía entonces en el monasterio, aún no estaba atado en ningún sentido, podía ir a donde quisiera, incluso durante días, y, si llevaba hábito, lo hacía de forma voluntaria, para no destacar en el monasterio. Aunque, evidentemente, era algo que le complacía.

Es posible que en la imaginación juvenil de Aliosha hubieran ejercido una poderosa influencia la fuerza y la gloria que envolvían sin descanso al stárets. Muchos contaban de él que, habiendo admitido durante años a cuantos se acercaban hasta él para confesarse, sedientos de consejo y de consuelo, eran tantas las revelaciones, las muestras de congoja, las confidencias que había acogido en su alma que había acabado por adquirir una perspicacia extraordinariamente sutil, de modo que le bastaba con una simple mirada al rostro del desconocido que se presentaba ante él para adivinar qué era lo que lo había llevado hasta allí, qué era lo que necesitaba e incluso qué clase de tormento desgarraba su conciencia; así, asombraba, desconcertaba y casi asustaba al recién llegado haciéndole ver que conocía su secreto antes de que pronunciara una sola palabra. Pero, además de eso, Aliosha pudo advertir casi siempre que una gran parte, por no decir la totalidad, de quienes se acercaban al stárets por primera vez, con ánimo de hablar con él a solas, acudían temerosos e inquietos, pero se marchaban casi siempre radiantes y dichosos, y hasta el rostro más lúgubre se tornaba en un rostro feliz. A Aliosha también le llamaba poderosamente la atención el hecho de que el stárets no fuera nada severo; al contrario, casi siempre se mostraba afable en el trato. Los monjes decían de él que, precisamente, se sentía espiritualmente más unido a quienes más pecaban, y era al mayor de los pecadores a quien amaba por encima de todos los demás. Entre los monjes, no faltaban quienes odiaban al stárets y le tenían envidia, incluso cuando se hallaba ya próximo al final de su vida, pero su número había menguado y preferían guardar silencio, si bien había entre ellos algunos individuos de notable fama e importancia en el monasterio; era el caso de uno de los monjes más veteranos, el cual observaba con todo rigor el voto de silencio y era un estricto ayunador. De todos modos, la inmensa mayoría había tomado partido, sin duda alguna, por el stárets Zosima, y eran muchos quienes lo querían de todo corazón, fervorosa y sinceramente; algunos, incluso, lo veneraban casi con fanatismo. Éstos decían abiertamente, aunque en voz no muy alta, que era un santo, que no cabía al respecto la menor duda, y, previendo su muerte ya cercana, esperaban sus milagros en cualquier momento y contaban con que en un futuro muy próximo el monasterio alcanzaría una fama inmensa gracias al difunto. El propio Aliosha creía ciegamente en la fuerza milagrosa del stárets, del mismo modo que creía ciegamente en la historia del ataúd que había salido despedido de la iglesia. Veía cómo muchos de los que acompañaban a niños o a parientes enfermos, y que le suplicaban que les impusiera las manos y rogara por ellos, regresaban al poco tiempo, algunos incluso al día siguiente, y, cayendo de rodillas ante él con lágrimas en los ojos, le daban las gracias por la sanación de sus enfermos. Si se trataba de una auténtica sanación o solo de una mejoría natural en el curso de la enfermedad, eso era algo que Aliosha no se cuestionaba, pues él creía ya sin reparos en la fuerza espiritual de su maestro, y la gloria de éste era como un triunfo

propio. Pero el corazón le temblaba con especial intensidad y todo él parecía radiante cuando el stárets salía al encuentro de la multitud de peregrinos que esperaba su aparición junto al portal del asceterio, gente humilde que acudía de toda Rusia con el único propósito de verlo y recibir su bendición. Se postraban ante él, lloraban, le besaban los pies, besaban la tierra que pisaba, gritaban; las mujeres le tendían a sus pequeños, le acercaban a las pobres enajenadas. El stárets hablaba con todos ellos, les rezaba una breve plegaria, les daba su bendición y los despedía. En los últimos tiempos, debido a los embates de la enfermedad, se encontraba a veces tan débil que apenas tenía fuerzas para salir de su celda, y los peregrinos llegaban a pasarse varios días en el monasterio esperando su aparición. Aliosha no se cuestionaba por qué lo amaban de tal modo, por qué se postraban ante él y lloraban enternecidos con solo verle el rostro. Sí, él comprendía perfectamente que para el alma humilde del pueblo llano de Rusia, agotado por el trabajo y la amargura y, sobre todo, por la injusticia incesante y el pecado incesante, tanto propio como del mundo, no hay mayor necesidad ni consuelo que hacerse con una reliquia o tener acceso a un santo, caer a sus pies y venerarlo: «Aunque el pecado, la mentira y la tentación habitan entre nosotros, no deja de haber en la tierra, en algún lugar, un hombre santo, un ser superior; al menos en ese hombre reside la verdad; al menos él conoce la verdad; así pues, la verdad no ha muerto en la tierra y, por lo tanto, alguna vez vendrá a nosotros y reinará en todo el mundo, tal y como se nos ha prometido». Aliosha sabía que eso era exactamente lo que sentía el pueblo, que así razonaba incluso; era capaz de comprenderlo. Tampoco albergaba ninguna duda de que el stárets era precisamente uno de esos santos, un custodio de la verdad divina a los ojos del pueblo; estaba tan seguro como aquellos campesinos llorosos y aquellas aldeanas enfermas que tendían a sus hijos hacia el stárets. La convicción de que éste, tras su fallecimiento, proporcionaría una gloria inaudita al monasterio reinaba en el alma de Aliosha con más fuerza, incluso, que en ningún otro miembro de la comunidad monástica. Y, en general, en los últimos tiempos se iba avivando, con fuerza creciente, un entusiasmo profundo y ardiente en su corazón. No le inquietaba en absoluto el hecho de que el stárets fuera, a pesar de todo, un caso único: «De todos modos, es un santo; en su corazón se oculta el misterio de la renovación para todos, el poder que instaurará, finalmente, la verdad en la tierra, tras lo cual todos seremos santos, todo el mundo amaré al prójimo, no habrá ni ricos ni pobres, ni exaltados ni humillados; todos seremos como hijos de Dios y llegará el verdadero reino de Cristo». Con esto soñaba el corazón de Aliosha.

Al parecer, un suceso que impresionó vivamente a Aliosha fue la llegada de sus dos hermanos, a quienes no había conocido hasta entonces. Con su hermano Dmitri Fiódorovich, a pesar de ser el último en llegar, se entendió antes y mejor que con su otro hermano (de padre y madre), Iván Fiódorovich. Aliosha había mostrado un enorme

interés en conocer a su hermano Iván, pero el caso es que éste llevaba ya dos meses viviendo allí y, a pesar de que se veían con bastante frecuencia, seguían sin intimar: Aliosha era poco hablador y parecía estar siempre esperando algo, avergonzado por algo, mientras que Iván, cuyas largas y curiosas miradas advirtió al principio su hermano, pronto dejó incluso de pensar en él. Aliosha se dio cuenta con cierta turbación. Atribuyó el desinterés de Iván a la diferencia de edad y, en particular, de formación. Pero también pensó otra cosa: tan escasa curiosidad e interés por él tal vez obedeciera, en el caso de Iván, a alguna circunstancia de la que no tenía noticia. Tenía siempre la vaga sensación de que Iván estaba ocupado en algún asunto importante, estrictamente personal, de que deseaba a toda costa alcanzar algún fin, presumiblemente alguno muy difícil, y que por eso mismo no tenía tiempo para estar pendiente de él, y ésa debía ser la única causa de que lo mirara con aire distraído. También se preguntaba Aliosha si no habría cierto desprecio por el cándido novicio por parte del ateo bien informado. Sabía perfectamente que su hermano era ateo. Aliosha no podía sentirse ofendido por tal desprecio, si es que existía, pero de todos modos esperaba, con un desasosiego que ni él mismo acertaba a explicarse, que su hermano intentase un mayor acercamiento. El otro hermano, Dmitri Fiódorovich, se refería a su hermano Iván con el más profundo de los respetos, hablaba siempre de él con especial veneración. Con su ayuda conoció Aliosha todos los detalles del importante asunto que había unido en los últimos tiempos a sus dos hermanos mayores, creándose entre ellos un vínculo tan estrecho como llamativo. Las entusiastas manifestaciones de Dmitri en relación con su hermano Iván resultaban especialmente significativas para Aliosha, teniendo en cuenta que, en comparación con Iván, Dmitri era un hombre escasamente instruido y que, puestos el uno al lado del otro, formaban una pareja tan opuesta, lo mismo en personalidad que en carácter, que seguramente habría sido imposible imaginar a dos individuos menos parecidos.

Precisamente en aquel tiempo se celebró la entrevista o, mejor dicho, la reunión de todos los miembros de esa familia mal avenida en la celda del stárets, reunión que ejerció una extraordinaria influencia sobre Aliosha. El pretexto fue, en realidad, una falacia. Las discrepancias entre Dmitri Fiódorovich y su padre, Fiódor Pávlovich, con respecto a la herencia y la valoración de los bienes habían llegado por entonces, al parecer, a un punto insostenible. Sus relaciones se habían deteriorado y se habían vuelto insoportables. Fue Fiódor Pávlovich quien, por lo visto, había dejado caer, medio en broma, la idea de que deberían reunirse todos en la celda del stárets Zosima y, aun sin recurrir a su mediación directa, llegar a pesar de todo a alguna fórmula de entendimiento más aceptable, ya que además la dignidad y la personalidad del stárets podrían ejercer cierta influencia conciliadora. Dmitri Fiódorovich, que nunca había estado con el stárets y ni siquiera lo había visto, pensó, naturalmente, que lo que querían, en cierto modo, era intimidarlo con su presencia; pero, como él mismo se

reprochaba, en su fuero interno, sus frecuentes salidas de tono, especialmente destempladas, en las discusiones que venía teniendo con su padre en los últimos tiempos, aceptó la invitación. Conviene señalar, por cierto, que Dmitri no residía en casa de su padre, como Iván Fiódorovich, sino que vivía por su cuenta, en el otro extremo de la ciudad. Se dio la circunstancia de que Piotr Aleksándrovich Miúsov, que se encontraba por aquel entonces entre nosotros, secundó con particular entusiasmo la idea de Fiódor Pávlovich. Aquel liberal de los años cuarenta y cincuenta, librepensador y ateo, ya fuera por aburrimiento, ya por un frívolo afán de diversión, desempeñó un papel excepcional en este asunto. De pronto sintió deseos de ver el monasterio y conocer al «santo». En vista de que continuaban sus viejos litigios con el monasterio y aún se arrastraba el pleito relativo al deslinde de sus respectivas propiedades, así como a ciertos derechos de tala en el bosque y de pesca en el río y esa clase de cosas, se apresuró a declarar, valiéndose de ese pretexto, que él también desearía llegar a un acuerdo con el padre higúmeno: ¿no sería posible poner fin de forma amistosa a sus diferencias? Como es natural, a un visitante con tan nobles intenciones podrían recibirlo en el monasterio más atentamente, con más deferencia, que a un simple curioso. Es posible que, en virtud de todas estas consideraciones, en el monasterio procuraran apremiar al stárets enfermo, que en los últimos tiempos apenas abandonaba su celda y hasta se negaba a recibir, a causa de su enfermedad, a los visitantes habituales. En definitiva, el stárets dio su consentimiento y se señaló una fecha. «¿Quién me puso por juez o partidor sobre vosotros?», se limitó a decirle a Aliosha, con una sonrisa.

Al enterarse de la entrevista, Aliosha se sintió muy confuso. Si había alguien entre los litigantes, entre quienes participaban en la disputa, que pudiera tomarse en serio aquella reunión, ése era, sin duda, su hermano Dmitri y solo él; los demás acudirían con propósitos frívolos y hasta puede que ofensivos para el stárets; así era como lo veía Aliosha. Su hermano Iván y Miúsov irían movidos por la curiosidad, acaso de lo más zafia, y su padre, probablemente, en busca de alguna escena chusca y teatral. Oh, sí, Aliosha, aunque no decía nada, ya conocía bastante a fondo a su padre. Insisto en que este muchacho no era ni mucho menos tan ingenuo como se creía. Esperó con angustia la llegada del día señalado. Indudablemente, deseaba de todo corazón que todas aquellas desavenencias familiares se zanjaran de un modo u otro. No obstante, estaba aún más inquieto por el stárets: temblaba pensando en él, en su fama, temía las posibles ofensas, especialmente las burlas sutiles y corteses de Miúsov y las orgullosas reticencias del docto Iván; así se imaginaba él el encuentro. Quiso incluso correr el riesgo de prevenir al stárets, de comentarle algo acerca de las personas que podían presentarse, pero, después de pensárselo, no dijo nada. Tan solo la víspera del día señalado hizo saber a Dmitri, a través de un conocido, que lo quería mucho y que esperaba de él que cumpliera lo prometido. Dmitri se quedó pensativo, pues era

incapaz de recordar que le hubiera prometido nada; se limitó a responderle por carta, asegurando que intentaría con todas sus fuerzas dominarse y evitar «una bajeza», y que, aunque respetaba profundamente al stárets y a su hermano Iván, estaba convencido de que o bien se le había tendido una trampa o se trataba de una comedia indigna. «En cualquier caso, estoy dispuesto a tragarme la lengua antes que faltarle al respeto a ese santo varón que tú tanto veneras», añadía Dmitri como conclusión de su breve misiva. Aliosha no se sintió excesivamente aliviado.

LIBRO SEGUNDO

UNA REUNIÓN INOPORTUNA

I. Llegan al monasterio

Hacía un día estupendo, cálido y soleado. Estaban a finales de agosto. La entrevista con el stárets se había fijado para justo después de la última misa, a eso de las once y media. Sin embargo, nuestros visitantes no asistieron a la misa, sino que llegaron al final. Se presentaron en dos carruajes; en el primero, una elegante calesa tirada por una pareja de costosos caballos, venía Piotr Aleksándrovich Miúsov en compañía de un pariente lejano, Piotr Fomich Kalgánov, un hombre muy joven, de unos veinte años. Este joven se estaba preparando para ingresar en la universidad, pero Miúsov, en cuya casa vivía entonces por alguna razón, lo tentaba ofreciéndole que lo acompañara al extranjero, a Zúrich o a Jena, para ingresar en la universidad de allí y concluir sus estudios. El joven no acababa de decidirse. Era una persona pensativa y parecía distraído. Tenía una cara agradable, era de complexión fuerte y bastante alto. En su mirada se advertía a veces una extraña inmovilidad: como les pasa a todas las personas muy distraídas, de vez en cuando te miraba fija y largamente, sin verte en absoluto. Era callado y un tanto desmañado, pero a veces —eso sí, únicamente cuando estaba a solas con otra persona— se volvía de pronto extraordinariamente locuaz, impulsivo, risueño, y se reía, a saber de qué. Pero aquella repentina animación se le pasaba con la misma rapidez con que le venía. Iba siempre bien vestido, hasta con alguna distinción: disfrutaba ya de cierta independencia económica, y esperaba mejorar aún más su posición. Era amigo de Aliosha.

En un coche de punto destartado y traqueteante, pero muy espacioso, llevado por dos viejos caballos rosillos, aparecieron igualmente, muy por detrás de la calesa de Miúsov, Fiódor Pávlovich y su hijo Iván Fiódorovich. Dmitri Fiódorovich había sido informado la misma víspera de la hora fijada, pero llegaba con retraso. Los visitantes dejaron los coches junto al muro exterior, en la hospedería, y franquearon a pie el portón del monasterio. Aparte de Fiódor Pávlovich, los otros tres, por lo visto, jamás habían estado en un convento, y Miúsov llevaba igual treinta años sin pisar una iglesia. Lo miraba todo con cierta curiosidad, no exenta de desenvoltura algo afectada. Pero,

para su espíritu observador, el interior del monasterio no tenía nada que ofrecer, salvo los edificios religiosos y las dependencias administrativas, bastante vulgares, por lo demás. Se cruzaron con las últimas personas que salían de la iglesia quitándose el sombrero y persignándose. Entre la gente sencilla se encontraban también peregrinos de clase alta, dos o tres damas, un general muy anciano: todos ellos se alojaban en la hospedería. Los mendigos rodearon de inmediato a nuestros visitantes, pero nadie les dio nada. Solo Petrusha Kalgánov sacó un grívennik del monedero y, atolondrado y confuso, Dios sabrá por qué, se lo entregó a una mujer, diciendo precipitadamente: «Repartidlo en partes iguales». Ninguno de sus acompañantes le hizo el menor comentario, así que no tenía ningún motivo para turbarse, pero, al caer en la cuenta, se turbó más aún.

Con todo, allí pasaba algo raro; lo cierto es que alguien tendría que haber ido a esperarlos, y hasta con cierta ceremonia, posiblemente: uno de ellos había donado recientemente mil rublos, y otro era un riquísimo propietario y, digámoslo así, un hombre muy culto, del que todos en el monasterio podrían llegar a depender en lo referente a la pesca en el río, en función del curso que siguiera el proceso. Pero resulta que, a pesar de todo eso, ningún responsable había salido a recibirlos. Miúsov mirada distraído las losas sepulcrales cercanas a la iglesia y estuvo a punto de comentar que aquellas tumbas, seguramente, les habrían costado lo suyo a quienes habían adquirido el derecho a recibir sepultura en un lugar «sagrado» como aquél, pero prefirió callarse: la mera ironía liberal iba degenerando en él, hasta convertirse casi en irritación.

—¡Demonios! Y ¿a quién se podría preguntar aquí, entre tanto barullo? Habría que tomar una decisión, porque se nos está echando el tiempo encima —soltó de pronto, como si hablara solo.

Súbitamente, se les acercó un señor mayor, calvo, con un holgado abrigo de verano y una mirada dulce. Tras saludar levantándose el sombrero, se presentó ante el grupo, seseando melosamente, como el terrateniente Maksímov, de Tula. En un instante, se hizo cargo de la inquietud de nuestros visitantes.

—El stárets Zosima vive en el asceterio, vive retirado, a unos cuatrocientos pasos del monasterio; hay que atravesar el bosquecillo, el bosquecillo...

—Sí, sí, ya sé que hay que atravesar el bosquecillo —le respondió Fiódor Pávlovich—, pero no recordamos muy bien el camino, llevamos tiempo sin venir.

—Es por ahí, saliendo por ese portón, y luego todo derecho por el bosque... por el bosque. Vengan conmigo. Si les parece bien... yo mismo... yo puedo... Por aquí, por aquí...

Salieron por el portón y siguieron por el bosque. El terrateniente Maksímov, hombre de unos sesenta años, más que caminar iba casi corriendo a su lado, mirándolos a todos con una curiosidad frenética, prácticamente insoportable. Tenía los ojos un tanto saltones.

—Verá usted, hemos venido a ver al stárets por un asunto particular —aclaró Miúsov en tono severo—; se nos ha concedido, por así decir, una audiencia con «esta personalidad», y por eso mismo, aunque le estamos muy agradecidos por habernos indicado el camino, no vamos a invitarle a que entre con nosotros.

—Yo ya he estado, ya he estado; yo ya he estado... Un chevalier parfait! —Y el terrateniente chasqueó los dedos.

—¿Qué chevalier es ése? —preguntó Miúsov.

—El stárets, el sublime stárets, el stárets... Gloria y honor del monasterio. Zosima. Es un stárets como...

Pero su confusa cháchara se vio interrumpida por un pequeño monje con capucha, bajo, muy pálido y demacrado, que había dado alcance a los visitantes. Fiódor Pávlovich y Miúsov se detuvieron. El monje, con una profunda reverencia, muy ceremoniosa, anunció:

—El padre higúmeno invita humildemente a los señores, cuando concluyan su visita al asceterio, a comer con él. A la una, no más tarde... También a usted —añadió, dirigiéndose a Maksímov.

—¡Iré sin falta! —gritó Fiódor Pávlovich, encantado con la invitación—. ¡Sin falta! ¿Sabe? Todos hemos dado nuestra palabra de portarnos aquí decorosamente... ¿Y usted, Piotr Aleksándrovich, piensa ir?

—¿Cómo no? He venido aquí expresamente para eso, ¿cómo no iba a conocer todas las costumbres del lugar? El único problema, Fiódor Pávlovich, es que ahora usted y yo...

—Sí, Dmitri Fiódorovich aún no se ha presentado.

—Y sería estupendo que no apareciera. ¿Cree usted que me agrada todo este trajín que se traen entre manos, y estando usted por añadidura?... Muy bien, iremos a la hora de la comida, dele las gracias al padre higúmeno —añadió, dirigiéndose al monjecillo.

—Sí, pero ahora mi deber es conducirles hasta el stárets —respondió el monje.

—En ese caso, yo me voy a ver al padre higúmeno; sí, entretanto iré a ver al padre higúmeno —gorjeó el terrateniente Maksímov.

—El padre higúmeno en estos momentos está muy atareado, pero si a usted le viene bien... —dijo indeciso el monje.

—Qué viejo más pesado —comentó en voz alta Miúsov, una vez que el terrateniente Maksímov se hubo encaminado, a toda prisa, hacia el monasterio.

—Se parece a Von Sohn —soltó de pronto Fiódor Pávlovich.

—Usted siempre está con lo mismo... ¿En qué se parece a Von Sohn? ¿Acaso ha visto usted a Von Sohn?

—He visto su retrato. Aunque no en los rasgos, sí se parecen en algo difícil de explicar. Es un segundo ejemplar de Von Sohn, tal cual. Me basta fijarme en la fisonomía para darme cuenta de esas cosas.

—Puede ser; usted entiende de eso. Aunque, mire, Fiódor Pávlovich, usted mismo ha recordado hace un momento que hemos dado nuestra palabra de que nos portaríamos decorosamente, no lo olvide. Contrólese, le digo. Si empieza usted a hacer payasadas, yo no estoy dispuesto a que nos midan a los dos con el mismo rasero... Ya ve cómo es este hombre —dijo, dirigiéndose al monje—, da miedo ir con él a visitar a la gente decente.

En los labios pálidos, exangües, del monjecillo, se dibujó una sonrisita sutil y callada, no carente, a su modo, de astucia, pero no replicó, y quedó muy claro que guardaba silencio por su sentido de la propia dignidad. Miúsov frunció aún más el ceño.

«¡Oh, que el diablo se los lleve a todos; todo es pura apariencia, elaborada a través de los siglos, pero, en el fondo, no es más que charlatanería y estupidez!», le vino a la cabeza.

—Aquí está el asceterio, ¡ya hemos llegado! —exclamó Fiódor Pávlovich—. La valla y el portal están cerrados. —Y empezó a persignarse, con amplios gestos, ante los santos pintados encima y a los lados del portal—. Cada monasterio se rige según su propia regla —observó—. En este asceterio hay veinticinco santos que buscan todos la salvación, se observan los unos a los otros y comen coles. Y ni una sola mujer cruza este portal, eso es lo más asombroso. Y realmente eso es así... Aunque, claro, ¿no he oído yo decir que el stárets recibe a señoras? —le preguntó de sopetón al monjecillo.

—Mujeres del pueblo llano las hay ahora mismo; ahí las tienen, esperando junto a la galería, echadas en el suelo. Y para las damas más distinguidas se han construido dos habitaciones pequeñas en la misma galería, pero fuera del recinto; mire, son esas ventanas; el stárets se acerca a verlas, cuando su salud se lo permite, por un pasaje interior, pero ellas nunca pasan al interior del recinto. Ahora está esperando la señora Jojlakova, una propietaria de Járkov, en compañía de su hija, que está muy débil. Seguramente el stárets ha prometido salir a verlas, aunque últimamente tiene tan pocas fuerzas que apenas se muestra a la gente.

—O sea, que hay una pequeña salida del asceterio para ir a ver a las señoras. No vaya a pensar, santo padre, que estoy insinuando nada, lo digo por decir. Ya sabrá que en el monte Athos, esto lo habrá oído contar, no solo no se permiten las visitas femeninas, sino que está prohibida la presencia de mujeres en general, y hasta de toda clase de hembras, como gallinas, pavas, terneras...

—Fiódor Pávlovich, yo me doy media vuelta y le dejo aquí solo, y a usted sin mí le sacan de este sitio a empellones, se lo advierto.

—Pero ¿en qué le estoy molestando yo, Piotr Aleksándrovich? Fíjese —gritó de repente, tras dejar atrás la valla del asceterio—. ¡Mire cómo viven en un valle de rosas!

En efecto, aunque entonces no había rosas, se veía gran cantidad de raras y hermosas flores otoñales en todos los lugares donde era posible plantarlas. Era evidente que se ocupaba de ellas una mano experta. Los parterres estaban situados junto a las vallas de las capillas y entre las tumbas. La casita donde se encontraba la celda del stárets, una construcción de madera, de una sola planta, con una galería delante de la entrada, también estaba rodeada de flores.

—¿Estaba esto igual en tiempos del anterior stárets, de Varsonofi? Dicen que no era amigo de la elegancia, que se alteraba y molía a palos incluso a las damas —observó Fiódor Pávlovich, mientras subía al soportal.

—El stárets Varsonofi parecía a veces, en verdad, un yuródivy, pero se cuentan muchas tonterías de él. Nunca dio de palos a nadie —respondió el monje—. Ahora, señores, esperen un momento, voy a informar de su presencia.

—Fiódor Pávlovich, por última vez: aténgase a lo acordado, hágame caso. Compórtese; si no, me las pagará —aún tuvo tiempo de farfullar una vez más Miúsov.

—No acierto a comprender por qué está usted tan nervioso —dijo Fiódor Pávlovich en tono burlón—; ¿no estará asustado por sus pecados? Porque, según dicen, este hombre adivina, mirando a los ojos, las razones de cada visitante. Mucho valora un hombre tan avanzado como usted, todo un parisino, las opiniones del stárets. ¡Me deja usted anonadado, ya ve!

Pero Miúsov no tuvo tiempo de responder a este sarcasmo: les rogaron que pasaran. Entró un tanto irritado...

«Bueno, yo ya me conozco: estoy irritado, me pondré a discutir... empezaré a acalorarme... me rebajaré y rebajaré mis ideas», pensó por un momento.

II. El viejo bufón

Entraron en la estancia casi a la vez que el stárets, que abandonó su modesto dormitorio en cuanto aparecieron ellos. Ya estaban en la celda, aguardando la salida del stárets, dos hieromonjes del eremitorio: uno de ellos era el padre bibliotecario; el otro, el padre Paísi, un hombre enfermo, aunque no viejo, pero muy sabio, según se decía. Además, estaba esperando de pie en un rincón —y luego no se sentó en ningún momento— un mozalbete que aparentaba unos veintidós años, vestido con levita, seminarista y futuro teólogo, protegido, por alguna razón, del monasterio y de la comunidad. Era bastante alto, de rostro lozano, con anchos pómulos y unos estrechos ojos castaños, inteligentes y despiertos. Se apreciaba en su rostro una deferencia extrema, aunque digna, sin muestras visibles de adulación. No saludó a los recién llegados con una inclinación de cabeza, de igual a igual; lo hizo, por el contrario, como persona dependiente y subalterna.

El stárets Zosima apareció en compañía de Aliosha y de otro novicio. Los hieromonjes se levantaron y lo saludaron con una profundísima reverencia, rozando el suelo con los dedos; acto seguido, tras ser bendecidos, le besaron la mano. Después de impartir su bendición, el stárets respondió a cada uno de ellos con idéntica reverencia, rozando el suelo con los dedos, y a cada uno de ellos les pidió a su vez la bendición. Toda la ceremonia se desarrolló con suma seriedad; no daba la sensación, de ningún modo, de ser un mero rito cotidiano, sino algo casi emotivo. A Miúsov, sin embargo, le pareció que todo aquello se hacía con ánimo de sugestionar. Miúsov se había quedado parado, por delante de todos los que habían entrado con él. Lo correcto habría sido —y así lo había pensado él mismo la tarde anterior—, al margen de cualquier idea, por simple cortesía, dado que allí era la costumbre, acercarse al stárets a recibir su bendición; eso como mínimo: recibir su bendición, si es que uno no quería besarle la mano. Pero, al ver todas esas reverencias y todos esos ósculos de los hieromonjes, cambió de parecer en un instante: con aire serio y grave, hizo una reverencia bastante profunda, al modo profano, y se acercó a una silla. Exactamente igual actuó Fiódor Pávlovich, que en esta ocasión imitó cabalmente a Miúsov, como un mono. Iván Fiódorovich se inclinó con mucha pompa y cortesía, pero también con los brazos pegados al cuerpo; en cuanto a Kalgánov, estaba tan desconcertado que no saludó de ningún modo. El stárets bajó la mano que había empezado a levantar para impartir su bendición y, tras inclinarse por segunda vez ante los visitantes, les rogó a todos que se sentaran. A Aliosha le salieron los colores: estaba abochornado. Se confirmaban sus peores presentimientos.

El stárets se sentó en un pequeño diván de caoba, tapizado en cuero, muy antiguo, y a los huéspedes, a excepción de los dos hieromonjes, los invitó a sentarse junto a la pared de enfrente, el uno al lado del otro, en cuatro butacas de caoba tapizadas en cuero negro, enormemente gastado ya. Los hieromonjes se sentaron a los lados, uno junto a la puerta y otro junto a la ventana. El seminarista, Aliosha y el novicio se quedaron de pie. La celda no era nada grande y tenía un aspecto desolador. Los objetos y el mobiliario eran toscos, pobres y se limitaban a lo más indispensable. Había dos macetas con flores en la ventana y numerosos iconos en un rincón; uno de ellos representaba a la Virgen, era de grandes dimensiones y, probablemente, lo habían pintado mucho antes del cisma. Delante de este icono ardía débilmente una lamparilla. A su lado había otros dos iconos con deslumbrantes vestiduras en metal; había también unos querubines poco naturales, huevos de porcelana, una cruz católica de marfil con una Mater dolorosa abrazada a ella y algunos grabados extranjeros con obras de los grandes pintores italianos de los siglos pasados. Al lado de esos caros y elegantes grabados, llamaban la atención algunas hojas con litografías rusas típicamente populares, con imágenes de santos, mártires, venerables prelados y demás, de esas que se venden por unos kopeks en cualquier feria. Había, ya en las otras paredes, varios retratos litografiados de obispos rusos, contemporáneos y de otros tiempos. Miúsov recorrió con la vista, en un momento, todos esos «objetos rutinarios» y clavó la mirada en el stárets. Tenía en mucha estima su propia perspicacia, era ésa una de sus debilidades, una debilidad perdonable en su caso, si pensamos que había cumplido ya los cincuenta años, una edad a la que un hombre inteligente, mundano y con una posición holgada se vuelve siempre, aunque no lo quiera a veces, demasiado considerado consigo mismo.

Desde el primer momento el stárets le desagradó. De hecho, había algo en su rostro que podía disgustar a mucha gente, no solo a Miúsov. Era un hombrecillo bajo, encorvado, con las piernas muy débiles, que no pasaba de los sesenta y cinco años, pero que, a raíz de la enfermedad, parecía bastante más viejo: aparentaba, por lo menos, diez años más. Toda la cara, muy enjuta, por cierto, estaba recorrida por diminutas arrugas, especialmente abundantes en torno a los ojos. Éstos eran más bien pequeños, claros, vivos y brillantes, como dos puntos luminosos. Apenas conservaba unos cabellos grises en las sienes; tenía la barba muy pequeña y rala, en cuña, y los labios, a menudo sonrientes, eran finos como dos hilos. La nariz no era larga, precisamente, sino afilada, igual que el pico de un pájaro.

«Todo indica que se trata de un alma malvada, de una arrogancia mezquina», pensó fugazmente Miúsov. En general, se sentía a disgusto.

Un reloj dio la hora, y eso los animó a iniciar la conversación. Era un reloj de pesas, pequeño y barato, y dio las doce en punto, con un toque vivo.

—Es exactamente la hora en punto —exclamó Fiódor Pávlovich—, y mi hijo Dmitri Fiódorovich sin venir. ¡Pido disculpas en su nombre, sagrado stárets! —Aliosha se estremeció al oír ese «sagrado stárets»—. Yo, en cambio, siempre soy puntual, como un clavo, tengo muy presente que la puntualidad es la cortesía de los reyes...

—Pero es que usted no es rey, precisamente —murmuró de inmediato Miúsov, sin poder contenerse.

—Pues sí, es verdad, no soy rey. Y figúrese, Piotr Aleksándrovich, eso lo sabía hasta yo, ¡le doy mi palabra! ¡Si es que nunca atino! ¡Reverendo padre! —exclamó con énfasis repentino—. Está usted delante de un bufón, ¡un auténtico bufón! Así me presento. ¡Ay, es una vieja costumbre! Pero, aunque mienta a veces sin venir a cuento, lo hago con la intención de divertir y de ser agradable. Conviene ser agradable, ¿a que sí? Hará unos siete años, llegué a una población donde tenía unos asuntillos y había montado una pequeña compañía con unos mercachifles. Vamos a ver al isprávník, porque había que pedirle alguna cosa y tocaba invitarlo a comer. Total, que sale el isprávník, un hombre alto, gordo, rubio y mal encarado; en esas situaciones, esos tipos son los más peligrosos: el hígado, es cosa del hígado. Me dirijo a él, ya sabe, con mi desenvoltura de hombre de mundo: «Señor isprávník, sea usted nuestro Nápravník, por así decir». «¿De qué Nápravník me habla?», pregunta. Me di cuenta, en medio segundo, de que la cosa no pintaba bien; aquel tipo estaba muy serio, pero yo seguía en mis trece: «Solo era una broma, quería alegrar a todo el mundo; es que el señor Nápravník es un famoso director de orquesta ruso, y justamente lo que necesitamos, para la armonía de nuestra empresa, es una especie de director de orquesta»... Vamos, que creo que me expliqué bien e hice una comparación adecuada, ¿verdad? Pues va el otro y me dice: «Perdone, pero yo aquí soy el isprávník y no voy a consentir que nadie haga chistecitos con mi cargo». Dio media vuelta y se marchó. Y yo seguí gritando: «Sí, sí, es usted el isprávník, ¡nada que ver con ese Nápravník!». «No —me contesta—. Si lo dice usted, seré Nápravník.» Figúrese, ¡todo el negocio se fue al garete! Y siempre estoy igual, siempre. ¡No hago más que perjudicarme a mí mismo con mi amabilidad! ¡No falla! Una vez, hace ya muchos años, le decía yo a un individuo que tenía cierta influencia: «Hay que tener mucho tacto con su mujer»; en el mejor sentido, claro está, en referencia a sus cualidades morales. Pues él va y me suelta: «¿No la habrá tocado usted?». No me pude contener; de repente, pensé: «Venga, vamos a ser amables», y le dije: «Sí, señor, la he tocado». Él a mí sí que me tocó... El caso es que hace ya mucho de eso, así que no me da vergüenza contarlo; pero ¡siempre me estoy perjudicando!

—Justo lo que está haciendo en este instante —murmuró Miúsov con repugnancia.

El stárets los estaba observando en silencio, al uno y al otro.

—¡Por lo visto! Figúrese que eso también lo sabía, Piotr Aleksándrovich, y he tenido incluso el presentimiento de que iba a hacerlo en cuanto me he puesto a hablar, y

hasta, ¿sabe una cosa?, he presentido que sería usted el primero en advertírmelo. En estos momentos, cuando estoy viendo que la broma no me sale bien, reverendo padre, los dos carrillos empiezan a secárseme por la parte de las encías inferiores, casi como si tuviera un espasmo; ya me pasaba de joven, cuando vivía de gorra en las casas de los nobles y me ganaba el pan a su costa. Yo soy un bufón de pura cepa, de nacimiento, me pasa como a esos yuródivye, reverendo padre; no niego que pueda haber en mí un espíritu impuro, si bien, en todo caso, de poco calibre: uno más importante habría escogido otra morada, aunque nunca la suya, Piotr Aleksándrovich, pues tampoco es usted una morada importante. Yo, pese a todo, creo en Dios. Solo en los últimos tiempos me han venido las dudas, pero ahora estoy esperando palabras magnificentes. Yo, reverendo padre, soy como el filósofo Diderot. Acaso sepa, reverendo padre, cómo se presentó Diderot el filósofo ante el metropolitano Platón, en tiempos de la emperatriz Catalina. Entra y le suelta sin más: «Dios no existe». Al oírlo, el gran prelado levanta el dedo y le responde: «¡Afirma el insensato que no hay Dios en su corazón!». Y aquél, de pronto, se arroja a sus pies, gritando: «Creo, y acepto el bautismo». Y lo bautizaron allí mismo. La princesa Dáshkova fue la madrina, y Potiomkin el padrino...

—¡Fiódor Pávlovich, esto es intolerable! Usted sabe muy bien que está mintiendo y que esa estúpida anécdota es falsa. ¿Por qué se pone tan pesado? —protestó Miúsov con voz temblorosa, fuera ya de sí.

—¡Toda la vida he presentido que era falsa! —exclamó con emoción Fiódor Pávlovich—. Pero yo, señores, voy a contarles toda la verdad; ¡perdóneme, gran stárets! Lo último, lo del bautismo de Diderot, me lo acabo de inventar, en este mismo instante, según lo iba contando; es la primera vez que se me ocurre. Lo he añadido para darle más color. Precisamente por eso me hago el interesante, Piotr Aleksándrovich, para resultar más simpático. Aunque la verdad es que a veces ni yo mismo sé por qué. En cuanto a Diderot, eso de «afirma el insensato» se lo habré oído contar veinte veces a los terratenientes de por aquí, viviendo con ellos cuando era joven; también a su tía, Piotr Aleksándrovich, a Mavra Fomínishna, se lo oí contar, por cierto. Toda esa gente sigue convencida, hoy, de que el impío Diderot vino a ver al metropolitano Platón para discutir acerca de Dios...

Miúsov se levantó: no solo había perdido la paciencia, sino que parecía fuera de sí. Estaba furioso, y era consciente de que así se ponía en evidencia. Realmente, en la celda estaba sucediendo algo inconcebible. En esa misma celda, desde hacía cuarenta o cincuenta años, ya en los tiempos de los anteriores startsy, se solía recibir a los visitantes, pero éstos acudían siempre con profundísima veneración, no de otro modo. Casi todos los admitidos, al entrar en la celda, comprendían que se les estaba haciendo un enorme favor. Muchos se postraban de rodillas y no se levantaban en toda la visita. Muchos de los más «altos» personajes, muchos también de los más

sabios, y hasta algunos librepensadores, que llegaban movidos por la curiosidad o por cualquier otra razón, al entrar en la celda en compañía de otra gente o al recibir una audiencia a solas, se imponían como primera obligación, todos sin excepción, la de mostrar un profundísimo respeto y consideración a lo largo de toda la entrevista, tanto más cuanto que allí no se exigía ningún dinero, sino que todo era cuestión de amor y de bondad, por una parte, y, por otra, de arrepentimiento y de deseo de resolver algún complicado dilema del alma o algún trance difícil en la vida del propio corazón. De manera que las bufonadas de Fiódor Pávlovich, que no mostraba ninguna consideración al lugar en el que se encontraba, suscitaron en los presentes, al menos en algunos de ellos, perplejidad y estupor. Los hieromonjes, sin alterar su semblante lo más mínimo, estaban muy pendientes de lo que pudiera decir el stárets, pero parecían dispuestos a levantarse en cualquier momento, como Miúsov. Aliosha estaba de pie, con la cabeza gacha, a punto de echarse a llorar. Le parecía muy raro que su hermano Iván Fiódorovich, el único en quien confiaba, el único que ejercía suficiente influencia sobre su padre para poder hacerle callar, siguiera sentado en su silla, inmóvil, con los ojos bajos, esperando, al parecer, con cierta curiosidad el desenlace de todo aquello, como si fuera alguien perfectamente ajeno a lo que allí ocurría. A Rakitin, el seminarista, a quien conocía muy bien y a quien tenía casi por un amigo, Aliosha no se atrevía ni a mirarlo: sabía lo que pensaba (de hecho, Aliosha era la única persona en todo el monasterio que lo sabía).

—Perdóneme... —empezó a decir Miúsov, dirigiéndose al stárets—. Tal vez crea que yo también tomo parte en esta indigna bufonada. Mi error ha consistido en creer que incluso alguien como Fiódor Pávlovich, al visitar a una persona tan honorable, estaría dispuesto a cumplir con sus obligaciones... No podía imaginarme que habría que pedir disculpas por haber entrado aquí en su compañía...

Piotr Aleksándrovich no concluyó y, presa de una gran turbación, se disponía ya a salir de la habitación.

—No se preocupe, se lo ruego. —El stárets se levantó de pronto y, sosteniéndose sobre sus débiles piernas, cogió a Piotr Aleksándrovich de ambas manos y lo hizo sentarse de nuevo en su butaca—. Tranquilo, se lo ruego. Le suplico muy especialmente que sea mi huésped.

Y, con una reverencia, se dio la vuelta y se sentó nuevamente en su pequeño diván.

—Gran stárets, pronúnciese: ¿le ofendo o no con mi vivacidad? —gritó de pronto Fiódor Pávlovich, agarrando con ambas manos los brazos de la butaca, como si se preparara para saltar en función de la respuesta.

—También a usted le ruego encarecidamente que no se inquiete y que no se sienta cohibido —le dijo el stárets en tono solemne—. No se sienta cohibido, compórtese como si estuviera en su casa; no debe avergonzarse de ese modo, porque ése es el origen de todo lo que le pasa.

—¿Como si estuviera en mi casa? O sea, ¿que me muestre tal como soy? Oh, eso es mucho, es demasiado, pero... ¡me siento conmovido al oírlo! ¿Sabe una cosa, venerado padre? No me invite a mostrarme tal como soy, no se arriesgue... Yo mismo soy incapaz de llegar a mostrarme tal como soy. Se lo advierto para protegerle. Sí, y el resto yace aún en las tinieblas de lo desconocido, aunque algunos hayan deseado retratarme. Eso lo digo por usted, Piotr Aleksándrovich; y a usted, criatura santísima, a usted le digo lo siguiente: ¡la emoción me embarga! —Se levantó y, alzando los brazos, proclamó—: ¡Bienaventurado el vientre que te trajo y los senos que mamaste!; ¡sobre todo los senos! Hace un momento, con su comentario: «No debe avergonzarse de ese modo, porque ése es el origen de todo lo que le pasa», con ese comentario me ha atravesado de parte a parte y ha leído en mi interior. Precisamente, siempre que me acerco a la gente, me da la sensación de que yo soy más canalla que nadie y de que todo el mundo me toma por un bufón, de modo que me digo: «Venga, vamos a hacer el bufón; no tengo miedo de vuestra opinión, porque todos, todos sin excepción, ¡sois más canallas que yo!». Por eso hago el bufón, lo hago por vergüenza, gran stárets, por vergüenza. Si armo tanto alboroto es por timidez. Si estuviera convencido de que, al entrar en un sitio, iba a acogerme todo el mundo como si fuera un hombre encantador e inteligente, ¡Señor, qué buena persona sería yo! ¡Maestro! —de repente cayó de rodillas—, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?

Hasta en aquel momento era difícil decidir si bromeaba o si en verdad estaba conmovido.

El stárets lo miró y dijo con una sonrisa:

—De sobra sabe usted lo que tiene que hacer, inteligencia no le falta: no se entregue a la bebida ni a la incontinencia verbal, no se entregue a la lujuria ni, especialmente, a la adoración al dinero; cierre sus tabernas, si no pueden ser todas, que sean al menos dos o tres. Pero sobre todo, y eso es lo más importante, no mienta.

—¿Se refiere a lo de Diderot, tal vez?

—No, no se trata de Diderot. Lo más importante es que no se engañe a sí mismo. Quien se engaña a sí mismo y escucha sus propios embustes acaba por no discernir la verdad, ni en su fuero interno ni a su alrededor, y deja en consecuencia de respetarse a sí mismo y de respetar a los demás. Y, al no respetar a nadie, ya no puede amar, y al carecer de amor, con tal de estar ocupado y entretenido, se entrega a las pasiones y a los burdos placeres y llega a la bestialidad en sus vicios, y todo ello por culpa de la mentira incesante, a los demás y a sí mismo. Quien se engaña a sí mismo puede también sentirse ofendido antes que nadie. Porque sentirse ofendido, en ocasiones, resulta muy agradable, ¿no es así? Y uno puede saber que nadie lo ha ofendido, sino que él mismo ha urdido la ofensa y ha dicho falsedades por mero afán de presunción, que ha exagerado para completar el cuadro, que se ha atado a una palabra, que ha hecho una montaña de un grano de arena... Uno puede saber todo eso y, sin

embargo, es el primero en sentirse ofendido, hasta un extremo que le resulta placentero y le proporciona una profunda satisfacción, y, por esta vía, llega a experimentar auténtico rencor... Pero levántese, siéntese, se lo suplico, todo esto no dejan de ser gestos falsos...

—¡Hombre bienaventurado! Deje que le bese la mano. —Fiódor Pávlovich se levantó de un salto y rápidamente le estampó un beso al stárets en la mano descarnada—. Eso es, eso es: resulta muy agradable sentirse ofendido. Lo ha dicho usted muy bien, nunca había oído nada semejante. Eso es, eso es: toda mi vida me he sentido ofendido, y eso me ha resultado grato, me he sentido ofendido por estética, pues no solo es agradable, sino que a veces es hasta hermoso sentirse ofendido; se le ha olvidado añadir eso, gran stárets: ¡es hasta hermoso! ¡Esto lo voy a anotar en mi cuaderno! He mentado, claro que he mentado toda mi vida, todos los días y a todas horas. ¡En verdad, yo soy la mentira y el padre de la mentira! Mejor dicho, no creo que sea el padre de la mentira, si es que me lío siempre con los textos, pero sí, por lo menos, el hijo de la mentira, con eso es suficiente. Solo que... ángel mío... ¡de Diderot se puede hablar a veces! Diderot no hace daño, pero alguna que otra palabreja sí puede hacer daño. Gran stárets, por cierto, casi se me olvidaba, pero hace ya tres años que me había propuesto venir a informarme aquí, presentarme en este sitio y averiguar urgentemente la verdad; eso sí, no permita que Piotr Aleksándrovich me interrumpa. Esto es lo que quería preguntar: ¿es cierto, gran padre, eso que se cuenta en las Cheti-Minéi de cierto santo taumaturgo, al cual martirizaron por la fe y que al final, una vez decapitado, se levantó, recogió su cabeza y, «besándola amorosamente», caminó largo tiempo, cargando con ella, «besándola amorosamente». ¿Es esto verdad, nobles padres?

—No, no es verdad —dijo el stárets.

—En ninguna de las Cheti-Minéi aparece nada semejante. ¿De qué santo dice usted que se cuenta? —preguntó uno de los hieromonjes, el padre bibliotecario.

—No sé de cuál. No lo sé y lo desconozco. Me indujeron a engaño, era algo que se decía. Y ¿saben a quién se lo oí contar? Pues nada menos que a Piotr Aleksándrovich Miúsov, el mismo que se ha enfadado tanto hace un momento por lo de Diderot: él fue quien lo contó.

—Nunca le he contado esa historia; pero si yo con usted no hablo en la vida...

—Es cierto, usted a mí no me lo contó, pero lo contó en una reunión en la que yo también estaba presente, hará de eso cerca de cuatro años. Lo he recordado, precisamente, porque con aquel relato satírico sacudió usted mi fe, Piotr Aleksándrovich. Usted no lo sabía, no tenía ni idea, pero yo regresé a mi casa con la fe tambaleante, y desde entonces cada vez son mayores mis dudas. ¡Sí, Piotr Aleksándrovich, usted fue el causante de una terrible caída! ¡Y ya no estamos hablando de Diderot!

Fiódor Pávlovich se acaloraba de un modo patético, si bien para todos era evidente que otra vez estaba fingiendo. Pero Miúsov, en todo caso, se sentía profundamente herido.

—Qué disparate, todo esto es un disparate —balbuceó—. Yo, en efecto, es posible que alguna vez dijese... pero no a usted. A mí también me lo han contado. Lo oí en París, de boca de un francés; decía que por lo visto figura en las Cheti-Minéi, y que aquí en nuestro país se suele leer en misa... Era un hombre muy sabio, dedicado a los estudios estadísticos sobre Rusia... Había vivido mucho tiempo en Rusia... Yo, personalmente, no he leído las Cheti-Minéi... y no tengo intención de hacerlo... ¿Quién no se va de la lengua durante una comida?... Estábamos comiendo en aquella ocasión...

—Sí, ustedes estaban comiendo, pero ¡yo perdí la fe! —intentó provocarlo Fiódor Pávlovich.

«¡A mí qué me importa su fe!», quiso gritarle Miúsov, pero se contuvo en el último momento y pronunció en tono despectivo:

—Todo lo que toca, literalmente, lo ensucia.

El stárets, de pronto, se levantó:

—Disculpen, señores, si les dejo por unos minutos —dijo, dirigiéndose a todos los presentes—, pero hay gente que me está esperando ya desde antes de su llegada. Y usted, en cualquier caso, no mienta —añadió, dirigiéndose a Fiódor Pávlovich con el semblante alegre.

Salió de la celda, Aliosha y el novicio fueron corriendo tras él para ayudarlo a bajar la escalera. Aliosha se sofocaba, estaba contento de salir, pero también estaba contento de que el stárets no se sintiera ofendido y se mostrara alegre. Éste se dirigió hacia la galería para dar su bendición a quienes lo estaban esperando. Pero Fiódor Pávlovich lo detuvo junto a la puerta de la celda.

—¡Hombre bienaventurado! —exclamó con emoción—. ¡Permítame que vuelva a besarle la mano! ¡Sí, con usted aún se puede hablar, se puede vivir! ¿Cree usted que siempre miento de esa manera, que siempre hago el bufón? Sepa que he estado fingiendo todo el tiempo, que lo he hecho adrede para ponerle a prueba. Que he estado tanteándole continuamente para averiguar si es posible vivir con usted. Para ver si tiene cabida mi humildad al lado de su orgullo. Le concedo un diploma: ¡es posible vivir a su lado! Y ahora me callo, me callo de una vez por todas. Me siento y me callo. Ahora le toca a usted hablar, Piotr Aleksándrovich, ahora queda usted como el hombre más importante... durante diez minutos.

III. Mujeres de fe

Abajo, junto a la galería de madera adosada a la pared exterior del recinto, se habían congregado en esta ocasión únicamente mujeres del pueblo; serían unas veinte. Les habían anunciado que el stárets iba a salir finalmente, y se habían reunido para esperarlo. También se instalaron en la galería la terrateniente Jojlakova y su hija, que estaban igualmente esperando al stárets, aunque ellas lo hacían en el aposento reservado a las visitantes nobles. La Jojlakova madre, dama acaudalada que vestía siempre con gusto, era una mujer bastante joven aún y muy atractiva, algo pálida, de ojos muy vivos y casi totalmente negros. No pasaría de los treinta y tres años, y hacía ya cinco que había enviudado. Su hija, de catorce años, tenía parálisis en las piernas. La pobre chiquilla no podía caminar desde hacía ya medio año, y la transportaban en un alargado y confortable sillón de ruedas. Tenía una carita adorable, algo consumida por la enfermedad, pero alegre. Una expresión revoltosa brillaba en sus grandes ojos oscuros, de largas pestañas. Ya desde la primavera la madre había decidido llevarla al extranjero, pero se les pasó el verano por culpa de unos trabajos en sus propiedades. Llevaban cosa de una semana instaladas en nuestra ciudad, más por asuntos de negocios que en calidad de peregrinas, pero ya habían visitado en otra ocasión, tres días antes, al stárets. Habían vuelto a presentarse así, de buenas a primeras, aun sabiendo que ya casi no podía recibir a nadie, y habían rogado insistentemente que se les concediera, una vez más, «la dicha de contemplar al gran sanador».

La madre aguardaba la salida del stárets sentada en una silla, al lado del sillón de su hija, y un par de pasos más allá había un monje anciano, venido de un ignoto monasterio del lejano norte. También él deseaba recibir la bendición del stárets. Pero éste, al hacer su aparición, se dirigió de entrada a las mujeres del pueblo llano. El grupo se apretujó junto al pequeño porche, de tres peldaños, que unía la baja galería con el suelo. El stárets se quedó en el peldaño superior, se puso el epitachelion y empezó a impartir su bendición a las mujeres que se apiñaban delante de él. Le acercaron a una enajenada, tirando de ella con ambas manos. En cuanto vio al stárets, a la mujer le dio por hipar, soltando una especie de chillidos sin sentido, y se puso a temblar de pies a cabeza, como si sufriera los calambres de las parturientas. Colocándole el epitachelion sobre la cabeza, el stárets recitó una breve plegaria, y ella se calló y se serenó de inmediato. No sé cómo será ahora, pero en mi infancia tuve a menudo la ocasión de ver y oír en aldeas y monasterios a esa clase de enajenadas. Las llevaban a misa, ellas chillaban y ladraban como perros y se las oía por toda la iglesia, pero, en cuanto mostraban el pan y el vino consagrados y acercaban a las posesas

hasta el sagrario, la «posesión» cesaba en ese mismo instante, y las enfermas siempre se calmaban por un tiempo. A mí, de pequeño, aquello me impresionaba mucho y me dejaba perplejo. Pero también oí decir a algunos terratenientes, y sobre todo a mis maestros, gente de ciudad, en respuesta a mis preguntas, que todo aquello era una pura comedia para no tener que trabajar, y que siempre podía extirparse con la debida severidad, y para confirmarlo aducían toda clase de anécdotas. Más tarde, sin embargo, descubrí con asombro, gracias a ciertos especialistas médicos, que no se trataba de ninguna comedia, sino de una terrible enfermedad femenina, especialmente común aquí en Rusia, lo cual da testimonio del cruel destino de nuestras campesinas: se trata de una enfermedad originada por los trabajos extenuantes a los que se dedican recién salidas de partos duros, complicados, en los que no cuentan con ayuda médica de ninguna clase, y exacerbada por la amargura inconsolable, por los golpes y demás calamidades, que no todas las naturalezas femeninas son capaces de soportar en la misma medida. Aquellas extrañas y repentinas curaciones de mujeres posesas, aquejadas de convulsiones, que solían producirse en cuanto las acercaban al pan y al vino, y que, según me habían explicado, no eran más que una comedia, o peor aún, un truco ideado por la misma «clerigalla» o poco menos, se producían, muy probablemente, de un modo perfectamente natural: tanto las buenas mujeres que acompañaban a la enajenada como, sobre todo, la propia afectada creían a pie juntillas, como verdad irrevocable, que el espíritu maligno que se había apoderado de la enferma jamás podría soportar que la llevasen y obligasen a inclinarse ante el pan y el vino consagrados. Por ese motivo, siempre se manifestaba (pues no tenía más remedio que manifestarse) en la mujer desequilibrada y, desde luego, psíquicamente enferma, la inevitable convulsión en todo su organismo en el momento de la reverencia, convulsión causada por la espera del obligado milagro de la curación y por la fe ciega en que el milagro iba a ocurrir. Y éste ocurría, aunque solo fuese temporalmente. Exactamente eso fue lo que sucedió cuando el stárets cubrió a la enferma con el epitachelion.

Muchas de las mujeres que se arremolinaban alrededor del stárets se deshacían en lágrimas de ternura y emoción, causadas por el efecto del momento; otras se esforzaban por besarle, al menos, el extremo de sus vestiduras; había algunas que se lamentaban. Él las bendijo a todas, y conversó con varias de ellas. Ya conocía a la enajenada, la habían traído de una aldea cercana, que distaba apenas unas seis verstas del monasterio; además, ya la habían conducido a su presencia en alguna ocasión anterior.

—¡Ésta seguro que viene de lejos! —Señaló a una mujer aún joven, pero muy flaca y demacrada, con el rostro, más que tostado, renegrado. La mujer estaba de rodillas, mirando fijamente al stárets. Había algo delirante en su mirada.

—De lejos, bátiushka, de lejos, de trescientas verstas de aquí. De lejos, padre, de lejos —dijo la mujer canturreando, mientras balanceaba rítmicamente la cabeza de lado a lado, con la mejilla apoyada en la palma de la mano.

Hablaba en tono quejumbroso. Hay en el pueblo una amargura silenciosa, infinitamente paciente; esta amargura se encierra en sí misma y calla. Pero hay también una amargura lacerante: de pronto rompe en llanto y desde ese instante se deshace en lamentos. La padecen sobre todo las mujeres. Sin embargo, esa amargura no es más llevadera que la amargura silenciosa. El único consuelo que dispensan los lamentos es el de enconar y desgarrar aún más el corazón. Esta clase de amargura no busca siquiera consuelo, se nutre del sentimiento de insaciabilidad. Los lamentos responden tan solo a la necesidad de hurgar sin descanso en la herida.

—Eres de familia de menestrales, ¿verdad? —prosiguió el stárets, mirando a la mujer con curiosidad.

—Vivimos en la ciudad, padre, en la ciudad; somos campesinos, pero vivimos en la ciudad. He venido aquí para verte, padre. Hemos oído hablar de ti, bátiushka, hemos oído hablar de ti. Enterré a mi pequeño, y me fui por ahí a rezar a Dios. Estuve en tres monasterios, y me dijeron: «No dejes de visitar también ese sitio, Nastásiushka». O sea, que viniera a verle a usted, padre, que viniera a verle a usted. Y aquí he venido, ayer tarde estuve en el oficio, y aquí estoy hoy.

—¿Por qué lloras?

—Estoy triste por mi hijo, bátiushka, tres meses le faltaban para cumplir los tres añitos. Sufro por ese hijito, padre, por ese hijito. Era el último que nos quedaba; cuatro hemos tenido, Nikítushka y yo, pero perdemos siempre a los pequeños, los perdemos, amado padre, los perdemos. Ya había enterrado a los tres primeros, y no sufrí tanto por ellos, pero a este último lo he enterrado y no hay manera de olvidarlo. Es como si lo tuviera aquí delante, no se quiere marchar. El alma me la ha dejado seca. Miro su ropita, su blusita, sus botitas, y me pongo a chillar. Le digo a Nikítushka, a mi marido: «Anda, déjame, marido, que vaya a peregrinar». Es cochero; nosotros no somos pobres, padre, no somos pobres; prestamos el servicio por cuenta propia, es todo nuestro: los caballos y el coche. Y todos estos bienes, ahora ¿para qué? Le habrá dado por beber en mi ausencia, a mi Nikítushka; es lo más seguro, ya antes de esto, en cuanto me daba la vuelta, él ya estaba cayendo en el vicio. Pero ahora mismo ni me acuerdo de él. Ya va para tres meses que falto de casa. Me he olvidado de todo, de todo, y no me apetece recordar; ¿qué voy a hacer ahora con él? He terminado con él, he terminado, con todo he terminado. Prefiero no tener que volver a poner los ojos en mi casa ni en mis bienes, ¡no quiero ver nada de nada!

—Escucha, madre —dijo el stárets—, en cierta ocasión, hace mucho tiempo, un gran santo vio en un templo a una madre que, como tú, lloraba igualmente por su pequeño, por su único hijo, al que también había llamado el Señor. Entonces el santo

le dijo: «¿Acaso no sabes lo osados que son estos pequeños cuando están ante el trono de Dios? No hay nadie más osado en el reino de los cielos: Tú, Señor, nos has dado la vida, le dicen a Dios, y apenas empezábamos a entreverla cuando nos la volviste a arrebatarnos. Y piden y preguntan con tanto atrevimiento que el Señor les otorga de inmediato el rango de ángeles. Así pues, alégrate tú también, mujer, y no llores más, pues tu pequeño se encuentra ahora junto a Dios en compañía de sus ángeles». Eso es lo que le dijo el santo a aquella mujer que lloraba en los tiempos antiguos. Era un gran santo, y no iba a faltar a la verdad. Por eso, también tú, madre, debes saber que sin duda tu pequeño estará ahora igualmente ante el trono del Señor, donde se alegra y se regocija, y donde ruega por ti a Dios. Por eso, debes llorar, pero también alégrate.

La mujer le escuchaba, con la mejilla apoyada en una mano, mirando al suelo. Suspiró profundamente.

—De ese mismo modo me consolaba Nikítushka, con palabras parecidas a las tuyas, diciéndome: «No seas tonta, ¿por qué lloras? Seguro que nuestro hijito está ahora en presencia del Señor, cantando con los ángeles». Eso me dice, pero él también llora, y yo lo veo llorar, igual que lloro yo. «Ya lo sé, Nikítushka —le digo—. ¿Dónde iba a estar más que en presencia del Señor? Pero ¡aquí con nosotros, Nikítushka, aquí a nuestro lado, como solía estar antes, ya no está!» Si por lo menos pudiera verlo, aunque fuera una vez, solo una vez, si pudiera volver a mirarlo, sin acercarme a él, sin decir nada, aunque tuviera que quedarme escondida en un rincón, para verlo tan solo un minutito; si pudiera oírlo jugar en el patio, y llamarme con su vocecita, como solía llamarme cada vez que llegaba: «Mami, ¿dónde estás?». Me conformaría con oírlo pasar por el cuarto una vez, una sola vez, haciendo tuc-tuc con sus pasitos, seguidos, muy seguidos... Recuerdo cómo a veces venía corriendo hacia mí, gritando y riendo; si al menos pudiera oír sus pasos, si los pudiera oír, ¡le daría, padre, toda la razón! Pero no está, bátiushka, no está, ¡y no voy a oírlo nunca más! Aquí traigo su cinturoncito, pero él, en cambio, no está, ¡y ahora nunca voy a volver a verlo, no voy a oírlo nunca más!

Se sacó del enfaldo un pequeño cinturón de pasamanería, que había sido de su hijo, y fue mirarlo y deshacerse en sollozos, cubriéndose los ojos con los dedos, a través de los cuales, de pronto, empezaron a correr ríos de lágrimas.

—Esto —dijo el stárets— es como lo de la antigua «Raquel, que llora a sus hijos, y no quiere consolarse, porque ya no existen». Tales son los límites, madres, que se os han trazado en la tierra. No te consueles, no hace ninguna falta que te consueles; no te consueles y llora; pero, cada vez que llores, no dejes de recordar que tu hijo es uno de esos ángeles de Dios y que desde allá arriba te está mirando y te está viendo, y se regocija con tus lágrimas, y se las muestra al Señor, nuestro Dios. Aún llorarás mucho tiempo, con este inmenso llanto de madre, pero al final tu llanto se convertirá en

serena alegría, y tus amargas lágrimas serán solo lágrimas de callada ternura y purificación sincera, que salva del pecado. Yo pediré por el descanso eterno de tu pequeñuelo, ¿cómo se llamaba?

—Alekséi, bátiushka.

—Es un nombre muy bonito. Entonces, ¿se lo encomendamos a san Alejo, hombre de Dios?

—Sí, sí, bátiushka, a ese mismo santo. ¡A san Alejo, hombre de Dios!

—¡Un gran santo! Rezaré por él, madre, rezaré por él, y también tendré presente tu pesar en mis plegarias y rezaré asimismo por la salud de tu marido. Pero es un pecado abandonarlo. Ve con tu marido y cuida de él. Allí donde se encuentra, tu pequeño verá que has abandonado a su padre y llorará por vosotros; ¿por qué habrías de turbar su dicha? Recuerda que él vive, él vive, puesto que el alma vive eternamente; y, aunque ya no esté en casa, se halla invisible a vuestro lado. ¿Cómo va a presentarse en tu casa, si dices que a ti se te ha hecho odiosa? ¿Hacia quién va a ir, si no os encuentra juntos al padre y a la madre? Ahora sueñas con él y te torturas, pero entonces te mandará dulces sueños. Vuelve con tu marido, madre, vuelve hoy mismo.

—Iré, querido padre, iré según me dices. Me has alumbrado el corazón. ¡Nikítushka, Nikítushka! ¡Tú me esperas, querido, tú me esperas! —empezó a lamentarse la mujer; pero el stárets se había vuelto ya hacia una señora muy mayor, una ancianita que no vestía como una peregrina, sino como las mujeres de ciudad.

Se le notaba en la mirada que se traía algo entre manos y que había venido para comunicar alguna cosa. Se presentó como la viuda de un suboficial; dijo que no venía de lejos, que era de nuestra misma ciudad. Su hijo, Vásenka, prestaba servicio en una compañía de intendencia, y estaba destinado en Siberia, en Irkutsk. Dos veces había escrito desde allí, pero hacía ya un año que había dejado de escribir. Ella había intentado averiguar qué había sido de él, pero lo cierto es que no sabía a quién acudir.

—Hace poco, Stepanida Ilínishna Bedriáguina, una comerciante, y bien rica, va y me dice: «Mira, Projórovna, ¿por qué no anotas el nombre de ese hijo tuyo en un recordatorio, lo llevas a la iglesia y encargas oraciones por su descanso eterno? Su alma empezará a echarte de menos, y tu hijo te escribirá una carta». Eso me dijo. Según Stepanida Ilínishna, es cosa segura, muchas veces probada. Pero yo tengo mis dudas... Tú, que eres nuestra luz, dime si es eso cierto o no es cierto. Y ¿crees que estaría bien si lo hiciera?

—Ni se te ocurra. Debería darte vergüenza preguntarlo. ¡Cómo va a ser posible rezar por el descanso eterno de un alma viva! ¡Y menos su propia madre! Es un pecado enorme, parece cosa de brujería, solo tu ignorancia te sirve de excusa. Lo que tienes que hacer es rezarle a la Reina de los Cielos, intercesora y auxiliadora nuestra, por la salud de tu hijo, y pedirle de paso que te perdone por esas ideas equivocadas. Y añadiré otra cosa más, Projórovna: ese hijo tuyo pronto estará de vuelta en casa o, si

no, te mandará sin falta una carta. Así que ya lo sabes. Ve, y desde ahora puedes estar tranquila. Tu hijo está vivo, te lo digo yo.

—Amado padre nuestro, que Dios te lo pague; tú eres nuestro bienhechor, rezas por todos nosotros y por nuestros pecados...

Pero el stárets ya había advertido entre la muchedumbre los dos ojos ardientes, concentrados en él, de una joven campesina extenuada, con aspecto de tísica. La muchacha miraba en silencio, sus ojos imploraban algo, pero se diría que tenía miedo de acercarse.

—A ti ¿qué te pasa, hija mía?

—Dale alivio a mi alma, venerable padre —murmuró ella en voz baja, sin ninguna prisa; después se puso de rodillas y se inclinó a los pies del stárets—. He pecado, venerable padre, tengo miedo de mi pecado.

El stárets se sentó en el peldaño inferior; la mujer se le acercó, siempre de rodillas.

—Soy viuda, va ya para tres años —empezó con un susurro; mientras, todo su cuerpo parecía estremecerse—. Mi vida de casada fue muy dura, él era viejo, me sacudía a base de bien. Cayó enfermo; yo pensaba admirarlo: y si se pone bien y vuelve a levantarse, ¿qué va a pasar entonces? Y en esos momentos me vino esta idea...

—Espera —dijo el stárets, y acercó el oído hasta los labios de ella.

La mujer siguió hablando muy bajo, en un susurro, de modo que era casi imposible captar nada. Terminó enseguida.

—¿Es ya el tercer año? —preguntó el stárets.

—Sí, el tercer año. Al principio no lo pensaba, pero ahora estoy enferma, me ha entrado la angustia.

—¿Vives muy lejos?

—A quinientas verstas de aquí.

—¿Lo has confesado?

—Sí, dos veces.

—¿Te han administrado la comunión?

—Sí, me la han administrado. Tengo miedo; tengo miedo de morir.

—No tengas miedo, no tengas miedo nunca, ni te angusties. Persevera en tu arrepentimiento, y Dios te lo perdonará todo. No hay ni puede haber en toda la tierra un pecado tal que Dios no se lo perdone a quien se arrepienta de verdad. Y el hombre no es capaz de cometer un pecado tan grande que agote el infinito amor de Dios. ¿Puede haber acaso un pecado que supere al amor divino? Tú preocúpate tan solo de arrepentirte sin descanso, y aleja el miedo de ti. Has de creer que Dios te ama de un modo que no puedes ni imaginarte; también con tu pecado y aunque estés en pecado, Él te ama. Más alegría habrá en el cielo por un solo arrepentido que por diez justos, se dijo hace ya mucho. Vete, pues, y no temas. No te aflijas por la gente, no te

enajes por las ofensas. Al difunto perdónale sus agravios de todo corazón, reconcíliate con él de verdad. Si te arrepientes, amas. Y, si amas, ya eres de Dios... Con amor todo se compra, todo se salva. Si yo, un pecador como tú, me he conmovido y he sentido compasión por ti, ¿no hará mucho más Dios? El amor es un tesoro tan valioso que con él puedes comprar el mundo entero, puedes redimir no solo tus propios pecados, sino también los ajenos. Vete y no temas.

La persignó tres veces, se quitó del cuello una medalla y se la puso a la mujer. Ella, sin decir nada, hizo una reverencia hasta el suelo. El stárets se irguió y miró alegremente a una mujer robusta con una criaturita en brazos.

—Vengo de Vyshegorie, amado padre.

—Eso está a seis verstas de aquí, te habrás cansado con la criatura. ¿Qué quieres?

—He venido a verte. Ya he venido otras veces, ¿lo has olvidado? No debes de tener mucha memoria si te has olvidado de mí. Se decía en la aldea que estabas enfermo, y pensé: pues nada, habrá que ir a verlo. Muy bien, pues ya te estoy viendo: ¡tú qué vas a estar enfermo! Vas a vivir otros veinte años, eso seguro. ¡Que Dios te guarde! Con tanta gente rezando por ti, ¿cómo ibas a enfermar?

—Te doy las gracias por todo, hija mía.

—De paso, quería pedirte una cosita de nada: toma estos sesenta kopeks, y dáselos, amado padre, a alguna que sea más pobre que yo. De camino, me venía diciendo: mejor los doy a través de él, él sabrá a quién conviene dárselos.

—Gracias, hija mía; gracias, buena mujer. Tienes todo mi aprecio. Haré sin falta lo que me pides. Esa criatura que llevas en brazos... es una niña, ¿verdad?

—Sí, venerable padre. Lizaveta.

—Que el Señor os bendiga a las dos, a ti y a la pequeña Lizaveta. Me has alegrado el corazón, madre. Adiós, hijas mías, adiós, adiós, queridas mías.

Bendijo a todas las presentes y les hizo una profunda reverencia.

IV. Una dama escéptica

La terrateniente que había venido a ver al stárets, tras haber asistido a la escena completa de la conversación con aquellas mujeres sencillas y a la bendición final, derramaba calladas lágrimas que enjugaba con un pañuelo. Era una dama de mundo, sensible, con inclinaciones virtuosas, en buena medida sinceras. Cuando el stárets, por fin, se le acercó, ella lo acogió con entusiasmo:

—Me ha impresionado hasta tal punto ver esta escena tan conmovedora... —No pudo acabar, de la emoción—. Oh, entiendo que el pueblo le quiera, yo también siento amor por el pueblo, deseo sentir ese amor; ¡cómo no amar al pueblo, a nuestro hermoso pueblo ruso, tan sencillo en su grandeza!

—¿Cómo sigue su hija de salud? ¿Deseaba usted volver a hablar conmigo?

—Oh, lo he pedido con tanta insistencia, he suplicado, estaba dispuesta a postrarme de rodillas y a pasarme así tres días, o el tiempo que hiciera falta, delante de sus ventanas, hasta que usted me dejara entrar. Hemos venido a verle, gran sanador, a expresarle nuestro agradecimiento más entusiasta. Porque usted ha curado a mi Liza, la ha curado por completo. Y ¿cómo? Rogando el jueves pasado por ella e imponiéndole las manos. ¡Hemos venido en cuanto hemos podido a besar estas manos, y a manifestar nuestro sentimiento y nuestra veneración!

—¿Cómo que la he curado? ¿No sigue aún en su sillón?

—Pero las fiebres nocturnas han desaparecido por completo, llevamos así ya dos días, desde el mismo jueves —aclaró enseguida la señora, agitada—. No solo eso: las piernas se le han fortalecido. Esta mañana se ha levantado más sana, ha dormido toda la noche; mire qué buen color tiene, cómo le brillan los ojitos. Antes no hacía más que llorar, y ahora se ríe alegre, contenta. Hoy ha exigido que la pusiéramos de pie, y ha aguantado ella sola un minuto entero, sin ayuda de nadie. Se ha apostado conmigo a que en un par de semanas estará bailando una cuadrilla. He llamado a un médico local, el doctor Herzenstube; él se ha encogido de hombros y ha dicho: «Estoy asombrado, no lo entiendo». No querría usted que no viniésemos a importunarle; ¿cómo íbamos a dejar de venir volando a darle las gracias? ¡Vamos, Lise, dale las gracias, dale las gracias!

La carita de Lise, simpática y risueña, ya iba a ponerse seria; la niña se incorporó en el sillón lo más que pudo y, mirando al stárets, juntó las manitas delante de él, pero no pudo aguantarse y de repente se echó a reír...

—¡Es por él, es por él! —Y señalaba a Aliosha, con un enfado infantil por haber sido incapaz de dominarse y haberse echado a reír. Cualquiera que se hubiera fijado en

Aliosha, que estaba de pie, un paso por detrás del stárets, habría advertido cómo, en un instante, se le habían subido los colores a la cara. Los ojos le centellearon y el joven bajó la mirada.

—Mi hija le trae un recado, Alekséi Fiódorovich... ¿Cómo está usted? —prosiguió la madre, dirigiéndose de pronto a Aliosha, al tiempo que le tendía la mano, enfundada en un delicioso guante.

El stárets se volvió y miró atentamente a Aliosha. Éste se acercó a Liza y, a su vez, sonriendo de forma un tanto extraña, como cohibido, le ofreció la mano. Lise puso cara de importancia.

—Katerina Ivánovna le manda esto. —Le entregó a Aliosha una nota—. Insiste sobre todo en que vaya usted a verla, que vaya lo más pronto posible, lo más pronto posible, y que se deje de engaños, que tiene que ir sin falta.

—¿Me pide que vaya a verla? Que vaya yo a su casa... ¿para qué? —balbuceó Aliosha, profundamente sorprendido. De pronto, en su cara se reflejaba una enorme preocupación.

—Oh, todo esto es por culpa de Dmitri Fiódorovich y... por los últimos acontecimientos —aclaró enseguida la madre—. Katerina Ivánovna se ha decidido por fin... pero para eso necesita verle a usted sin falta... ¿Para qué? Naturalmente, no lo sé, pero ha pedido que vaya cuanto antes. Y usted va a ir, seguro que va; en este caso, hasta sus sentimientos cristianos le obligan.

—Yo solo la he visto una vez —siguió diciendo Aliosha, sin reponerse de su sorpresa.

—¡Oh, es una criatura tan magnánima, tan fuera de lo común!... Ya solo por sus sufrimientos... Piense en todo lo que ha soportado, en todo lo que sigue soportando; piense en lo que la espera... ¡Es algo espantoso, espantoso!

—De acuerdo, iré —decidió Aliosha, después de leer por encima la breve y enigmática nota en la que, aparte del persuasivo ruego de que fuera a su casa, no había más explicaciones.

—¡Ay, eso sería algo precioso, algo maravilloso de su parte! —exclamó Lise, animándose de pronto—. Y yo que le decía a mamá: no iré por nada del mundo, él lo que intenta es salvarse. ¡Es usted admirable! Yo siempre había pensado que es usted admirable, ¡estoy encantada de poder decírselo ahora!

—¡Lise! —dijo la madre, muy seria; no obstante, no tardó en sonreír—. También se ha olvidado usted de nosotras, Alekséi Fiódorovich, no quiere usted venir a vernos nunca; y eso que Lise ya me ha dicho dos veces que solo está a gusto con usted.

Aliosha levantó los ojos, fijos en el suelo hasta ese instante, volvió a ruborizarse de repente y, también de repente, volvió a sonreír sin saber él mismo por qué. Lo cierto es que el stárets ya no estaba pendiente de él. Había entablado conversación con el monje que estaba allí de paso y que, como ya hemos dicho, había estado esperando

su aparición junto al sillón de Lise. Al parecer, era un monje de lo más modesto, esto es, de muy humilde condición, de mentalidad estrecha e inmutable, pero creyente y, a su modo, porfiado. Aseguró que venía del lejano norte, de Obdorsk, y que era miembro de San Silvestre, un pobre monasterio que apenas contaba con nueve monjes. El stárets le dio su bendición y lo invitó a que fuera a su celda a visitarlo cuando quisiera.

—¿Cómo se atreve usted a hacer cosas así? —preguntó de pronto el monje, señalando a Lise con aire muy serio y solemne. Se refería a la «curación» de la chiquilla.

—Todavía es pronto, naturalmente, para hablar de eso. Una mejoría no supone aún una curación completa, y podría obedecer también a otras causas. Pero, si de verdad ha habido algo, no se debe a otra fuerza que a la voluntad divina. Todo depende de Dios. Venga a verme, padre —concluyó, dirigiéndose al monje—, aunque no siempre puedo recibir visitas: estoy enfermo y sé que mis días están contados.

—Oh, no, no; Dios no va a privarnos de usted; aún tiene que vivir mucho, pero que mucho tiempo —exclamó la madre—. A ver, ¿de qué está usted enfermo? Parece usted tan sano, tan alegre, tan feliz.

—Hoy me siento mucho mejor de lo habitual, aunque de sobra sé que es algo pasajero. Ahora conozco a ciencia cierta cuál es mi enfermedad. Pero, si usted dice que me ve muy alegre, entonces sepa que nada, en ningún caso, podía haberme dejado más satisfecho que una observación así. Pues los hombres han sido creados para la felicidad, y aquel que es plenamente feliz tiene todo el derecho de decirse a sí mismo: «He cumplido la voluntad de Dios en esta tierra». Todos los justos, todos los santos, todos los mártires, han sido felices.

—Oh, hay que ver cómo habla usted, qué palabras más valientes e inspiradas —exclamó la madre—. Todo aquello que usted dice es como si penetrara en el alma. Y, sin embargo, la felicidad, ¿dónde está, dónde? ¿Quién puede decir de sí mismo que es feliz? Oh, ya que ha sido usted tan bueno y nos ha permitido verle hoy de nuevo, escuche todo lo que no acabé de contarle la última vez, lo que no me atreví a decir, todo lo que me hace sufrir, ¡desde hace mucho, mucho tiempo! Yo sufro, perdóneme, yo sufro... —Y, con un sentimiento ardiente e impulsivo, juntó las manos ante él.

—Concretamente, ¿qué la hace sufrir?

—Sufro... por mi falta de fe...

—¿No cree en Dios?

—No, no, no es eso; en eso no me atrevo ni a pensar. Pero la otra vida... ¡es un enigma tan grande! ¡Y nadie, realmente nadie responde a ese enigma! Escúcheme, usted es un sanador, usted conoce bien el alma humana; yo, naturalmente, no puedo pretender que usted me crea sin más, pero le aseguro, con toda rotundidad, que no estoy hablando por hablar, que la idea de la otra vida, de la vida de ultratumba, me inquieta hasta tal punto que me hace sufrir, que me asusta y me aterra... Y no sé a

quién dirigirme, no me he atrevido en toda mi vida... Y solo ahora me atrevo a dirigirme a usted... ¡Dios mío, qué va a pensar usted de mí! —La mujer levantó los brazos, disgustada.

—No se preocupe por mi opinión —respondió el stárets—. Admito plenamente que su angustia es sincera.

—¡Oh, cómo se lo agradezco! Fíjese, cierro los ojos y pienso: si todo el mundo cree, ¿eso a qué obedece? Algunos aseguran que surgió en un principio como consecuencia del miedo a los inquietantes fenómenos de la naturaleza, y que no hay nada de todo eso. Pero, claro, yo me digo: he creído toda mi vida, y ahora me muero y resulta que no hay nada, que solo «crecerá el lampazo en la tumba», como leí en un escritor. ¡Eso es terrible! ¿Cómo, cómo puedo recobrar la fe? El caso es que yo solo tuve fe cuando era pequeña, mecánicamente, sin pensar en nada... ¿Cómo podría probarse todo eso, cómo? Eso es lo que quería pedirle, por eso he venido a inclinarme ante usted. Porque, si también dejo pasar esta ocasión, ya nadie va a responderme en toda mi vida. ¿Cómo probarlo, cómo podría una convencerse? ¡Ah, qué desgracia la mía! Miro a mi alrededor y veo que a todo el mundo, o a casi todo el mundo, le da todo igual, que nadie se preocupa ahora por estas cuestiones, pero yo, sola, soy incapaz de soportarlo. ¡Es algo horrible, horrible!

—Sin duda, es horrible. Pero es imposible probar nada en este terreno; no obstante, sí es posible convencerse.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Mediante la experiencia del amor activo. Intente amar al prójimo activamente y sin descanso. A medida que progrese en el amor, se irá convenciendo de la existencia de Dios y de la inmortalidad de su alma. Y, si llega a la completa abnegación en el amor al prójimo, creerá usted sin reservas, y no habrá duda capaz de penetrar en su alma. Es cosa probada y segura.

—¿El amor activo? Ahí tenemos otro problema, y menudo problema, ¡menudo problema! Verá, yo amo a la humanidad hasta tal punto que, aunque no se lo crea, a veces sueño con dejarlo todo, todo lo que tengo, abandonar a Lise y hacerme hermana de la caridad. Cierro los ojos, pienso y sueño, y en esos momentos siento en mí una fuerza irresistible. Ninguna herida, ninguna llaga purulenta podría asustarme. Las vendaría y las lavaría con mis propias manos, sería la enfermera de esos seres afligidos, siempre dispuesta a besar sus llagas...

—Eso ya es mucho, y está muy bien que sueñe con eso, y no con otras cosas. Casi sin proponérselo, hará usted de verdad alguna buena acción.

—Sí, pero ¿podría soportar mucho tiempo una vida parecida? —prosiguió la dama con fervor, casi en tono exaltado—. ¡Ésa es la cuestión más importante! Ése es el problema que más me hace sufrir. Cierro los ojos y me pregunto: ¿aguantarías mucho tiempo por esa senda? Y, si el enfermo cuyas llagas estás lavando no solo no responde

de inmediato con gratitud, sino que, por el contrario, empieza a importunarte con sus caprichos, sin valorar tu servicio altruista, sin reparar en él; si se pone a gritarte, a exigirte con malos modos, o incluso a quejarse de ti ante algún superior (como ocurre a menudo con la gente que sufre mucho), ¿qué va a pasar entonces? ¿Persistirá tu amor o no? Pues verá usted, resulta que, a costa de sufrir un estremecimiento, ya he encontrado la respuesta: si hay algo que podría enfriar en un abrir y cerrar de ojos mi amor «activo», es precisamente la ingratitud. En una palabra, yo trabajo a cambio de un salario, exijo sin demora mi salario, es decir, mis alabanzas, y quiero que el amor se me pague con amor. Si no es así, ¡soy incapaz de amar a nadie!

Le había dado, con toda sinceridad, por flagelarse, y, tras pronunciar esas palabras, se quedó mirando al stárets con desafiante firmeza.

—Es exactamente igual que lo que me contó un doctor, hace ya mucho tiempo, por cierto —dijo el stárets—. Era un hombre ya mayor y de una inteligencia incuestionable. Hablaba con tanta sinceridad como usted y, aunque bromeaba, había un fondo de amargura en sus palabras: «Yo —decía— amo a la humanidad, pero no dejo de sorprenderme a mí mismo: cuanto más amo al género humano en general, menos aprecio a los hombres en particular, o sea, tomados de uno en uno, como individuos. En mis sueños —decía—, he llegado con cierta frecuencia a formular apasionados proyectos relativos al servicio a la humanidad, y hasta podría haberme encaminado a la cruz por los demás en caso de haber sido, de un modo u otro, necesario. Y, sin embargo, soy incapaz de pasar con nadie dos días seguidos en la misma habitación: lo sé por experiencia. En cuanto tengo a alguien cerca, siento que su personalidad limita mi amor propio y coarta mi libertad. En veinticuatro horas puedo llegar a odiar al mejor hombre del mundo: que si éste pierde mucho tiempo comiendo, que si aquel otro está resfriado y no para de sonarse... En cuanto alguien —decía— empieza a tener trato conmigo, me convierto en su enemigo. En cambio, siempre me ha ocurrido que, cuanto más he odiado a las personas en particular, tanto mayor se ha vuelto mi amor a la humanidad en general».

—Pero ¿qué se puede hacer? ¿Qué hacer, pues, en este caso? ¿No hay más remedio que caer en la desesperación?

—No; ya tiene usted bastante con su pesar. Haga lo que pueda y se le pagará. ¡Y ya es mucho lo que ha hecho, habiendo sabido conocerse a sí misma de un modo tan profundo y sincero! Eso sí, si ahora, hablando aquí conmigo, solo es usted sincera para que yo la alabe por su franqueza, entonces, claro está, no llegará muy lejos en el camino del amor activo; de ese modo todo quedará en el terreno de sus sueños, y su vida pasará fugazmente, como una visión. En ese caso, naturalmente, también se olvidará de la otra vida y, cuando esté próximo el fin, ya encontrará usted la forma de tranquilizarse.

—¡Me deja usted desarmada! Solo ahora, en este preciso instante, mientras usted hablaba, he comprendido que, en efecto, lo único que esperaba yo eran sus elogios a mi sinceridad al contarle que no soporto la ingratitud. ¡Me ha dado a entender cómo soy, lo ha captado perfectamente y me lo ha explicado a mí!

—¿Habla usted en serio? Bueno, ahora, después de semejante confesión, creo que es usted sincera y que tiene buen corazón. Si no llega del todo hasta la felicidad, tenga siempre presente que está usted en el buen camino, y esfuércese por no abandonarlo. Evite, sobre todo, la mentira, cualquier mentira, y evite en especial mentirse a sí misma. Vigile su mentira y esté pendiente de ella sin descanso, hora a hora, minuto a minuto. Evite asimismo la sensación de repulsión, la repulsión de los demás y la repulsión de sí misma: aquello que descubra en su interior y le parezca malo, ya solo por haberlo descubierto se volverá más puro. También debe evitar el miedo, si bien el miedo no es más que una consecuencia de la mentira. No tema nunca su propia cobardía con vistas al logro del amor; ni siquiera debería temer en exceso los malos actos que, en ese sentido, pudiera cometer. Lamento no poder decirle nada más alentador, pues el amor activo, en comparación con el amor soñado, es algo cruel y aterrador. El amor soñado ansía la proeza inmediata, que se consuma rápidamente, a la vista de todos. Hay quien llega, de hecho, a dar su vida, a condición de que el sacrificio no se prolongue en exceso, sino que se consume a la mayor brevedad, como en un escenario, y de que todo el mundo pueda admirarlo y elogiarlo. En cambio, el amor activo es trabajo y firmeza; para algunas personas puede llegar a ser toda una ciencia. Pero ya le anuncio que, en el momento mismo en que vea usted con horror cómo, a pesar de todos sus esfuerzos, no solo no se ha acercado a la meta, sino que ésta parece estar aún más lejos, en ese preciso instante, se lo vaticino, de pronto la alcanzará y verá claramente, actuando en usted, la fuerza milagrosa del Señor, que siempre la ha amado y siempre la ha guiado de forma misteriosa. Disculpe que no pueda quedarme más tiempo con usted, me están esperando. Hasta la vista.

La dama lloraba.

—¡Lise, Lise, bendiga a Lise! ¡Bendígala! —estalló de pronto.

—Pero si a ella no vale la pena quererla. He visto cómo se ha pasado todo el tiempo jugueteando —dijo en tono de broma el stárets—. ¿Por qué ha estado burlándose de Alekséi?

Lise, en efecto, había estado todo el rato ocupada en esa travesura. Ya se había dado cuenta, en la visita anterior, de que Aliosha se turbaba en su presencia y procuraba no mirarla, y eso la divertía de lo lindo. Ella lo observaba fijamente, pendiente de captar su mirada. Incapaz de resistir aquellos ojos obstinadamente clavados en él, Aliosha, de tanto en tanto, sin querer, movido por una fuerza insuperable, la miraba de pronto, y la muchacha de inmediato le sonreía a la cara, con una sonrisa triunfal. Aliosha se sentía entonces aún más turbado y molesto. Finalmente,

acabó por darle la espalda y se ocultó detrás del stárets. Pasados algunos minutos, arrastrado por la misma fuerza insuperable, se volvió de nuevo para comprobar si ella seguía pendiente de él, y vio que Lise, con más de medio cuerpo asomando por fuera del sillón, lo estaba mirando de reojo, esperando ansiosa que él la mirara a su vez: al sorprender su mirada, la muchacha se echó a reír con tantas ganas que ni el propio stárets fue ya capaz de contenerse:

—¿Por qué le hace avergonzarse de ese modo, descarada?

Inesperadamente, Lise se ruborizó, los ojillos le centellearon, puso una cara muy seria y, con calor e indignación, en tono quejumbroso, se lanzó a hablar deprisa, nerviosa:

—Y él ¿por qué lo ha olvidado todo? Cuando era pequeña, me cogía en brazos, jugábamos juntos. Venía a enseñarme a leer, ¿lo sabía usted? Hace dos años, al despedirse, me dijo que nunca me olvidaría, que éramos amigos para siempre, ¡para siempre, para siempre! Pero ahora resulta que me tiene miedo, ni que fuera a comérmelo. ¿Por qué no quiere acercarse, por qué no habla conmigo? ¿Por qué no quiere venir a vernos? No será porque usted se lo impida: sabemos que va a todas partes. No estaría bien que yo le avisara, tendría que habersele ocurrido a él primero, si es que no se ha olvidado ya de mí. Pues no, ¡ahora intenta salvarse! Y ¿cómo es que le han vestido con un hábito tan largo? Como salga corriendo, se va a tropezar...

Y de pronto, sin poderse dominar, se cubrió la cara con una mano y se echó a reír de una forma terrible, incontenible, con aquella risa suya larga, nerviosa, convulsa y callada. El stárets, que la había estado escuchando con una sonrisa, la bendijo cariñosamente; ella, a su vez, empezó a besarle la mano; de pronto, se la acercó a los ojos y se puso a llorar:

—No se enfade conmigo, soy una boba, no valgo nada... Y puede que Aliosha tenga razón al no querer visitar a alguien tan ridículo.

—Le mandaré que vaya a verla sin falta —concluyó el stárets.

V. ¡Así sea! ¡Así sea!

La ausencia del stárets de la celda había durado unos veinticinco minutos. Pasaban ya de las doce y media, y Dmitri Fiódorovich, por cuya iniciativa se hallaban todos reunidos, seguía sin venir. Pero era casi como si se hubieran olvidado de él: cuando el stárets entró de nuevo en la celda, se encontró con una animadísima conversación entre sus huéspedes. En la conversación participaban sobre todo Iván Fiódorovich y los dos hieromonjes. También Miúsov intervenía en ella, y al parecer con gran entusiasmo, pero tampoco en esta ocasión le acompañaba el éxito; claramente, se había quedado en un segundo plano y los demás apenas le replicaban, así que esa nueva circunstancia solo contribuyó a agravar la irritación que iba creciendo en él. Lo cierto era que ya había tenido un roce previo con Iván Fiódorovich a propósito de sus respectivos conocimientos, y era incapaz de soportar con sangre fría el desdén de su interlocutor: «Al menos hasta ahora —se decía—, he estado a la altura de todo lo más avanzado en Europa, pero esta nueva generación nos ignora abiertamente». Fiódor Pávlovich, que había dado su palabra de quedarse callado, sin moverse de su asiento, aguantó un rato, de hecho, sin abrir la boca, mientras se dedicaba a observar con una sonrisa socarrona a su vecino Piotr Aleksándrovich y se alegraba sin disimulo viéndolo irritado. Hacía ya tiempo que tenía intención de desquitarse de algo y no quería dejar escapar aquella ocasión. Por fin, incapaz de seguir aguantando, se inclinó sobre el hombro de su vecino y volvió a provocarlo, diciendo a media voz:

—Entonces, ¿por qué no se fue usted hace un rato, después de que saliera a relucir aquello de «besándola amorosamente», y ha accedido a quedarse en compañía de gente tan poco recomendable? Pues porque se ha sentido humillado y ofendido, y se ha quedado para lucir su inteligencia, con ánimo de revancha. Y, lo que es ahora, ya no va a irse usted sin haberse lucido antes delante de esta gente.

—¿Ya empezamos otra vez? Al contrario, pienso irme enseguida.

—¡Más tarde que nadie se irá usted, más tarde que nadie! —le lanzó otra pulla Fiódor Pávlovich, coincidiendo casi con el regreso del stárets.

La discusión cesó por un momento, pero el stárets, después de sentarse en el mismo sitio de antes, miró a todos los presentes, como invitándolos amigablemente a continuar. Aliosha, que conocía casi todas las expresiones de aquel rostro, vio con claridad que estaba terriblemente fatigado y hacía un esfuerzo por sobreponerse. En la última etapa de su enfermedad, a veces se desvanecía, exánime. Casi la misma palidez que solía preceder a los desmayos era la que en ese momento se le estaba extendiendo por la cara; tenía los labios blancos. Pero, evidentemente, no quería dar

por concluida la reunión; además, parecía tener alguna razón para actuar así; pero ¿cuál? Aliosha estaba muy pendiente de él.

—Estábamos comentando un artículo de lo más interesante de este señor —dijo el hieromonje Iósif, el bibliotecario, dirigiéndose al stárets y señalando a Iván Fiódorovich—. Presenta muchas novedades, la idea principal da la sensación de ser un arma de dos filos. Este artículo periodístico trata de la cuestión de los tribunales eclesiásticos y el alcance de sus competencias, y ha sido publicado en respuesta a un clérigo que ha escrito un libro entero sobre la materia...

—Por desgracia, no he leído su artículo, pero he oído hablar de él —respondió el stárets, mirando atenta y detenidamente a Iván Fiódorovich.

—Sostiene en él un punto de vista interesantísimo —prosiguió el padre bibliotecario—; por lo visto, en la cuestión de los tribunales eclesiásticos, rechaza rotundamente la separación entre la Iglesia y el Estado.

—Interesante, ¿en qué sentido? —preguntó el stárets a Iván Fiódorovich.

Éste le respondió finalmente, pero no en un tono entre ceremonioso y altivo, como se había temido Aliosha la misma víspera, sino modesta y discretamente, con evidente gentileza y, en apariencia, sin segundas intenciones.

—Yo parto de la idea de que esta confusión de elementos, es decir, de las esencias de la Iglesia y del Estado, será, sin duda, constante, a pesar de ser inviable y de que nunca será factible conducirla hasta un estado no ya normal, sino ni tan siquiera mínimamente aceptable, puesto que la mentira yace en la base misma de este conflicto. En mi opinión, el compromiso entre el Estado y la Iglesia en cuestiones tales como, por ejemplo, la de los tribunales, hablando en puridad, resulta imposible. El clérigo con el que he polemizado acerca de este asunto sostiene que la Iglesia ocupa un lugar preciso y definido en el Estado. Yo me he opuesto, diciendo que la Iglesia, por el contrario, debería incluir en su seno al Estado entero, en lugar de ocupar apenas un rincón en él, y que si esto no es posible actualmente, por la razón que sea, no cabe duda de que, en esencia, tendría que ser considerado el objetivo directo y principal de todo el futuro desarrollo de una sociedad cristiana.

—¡Muy justo! —aprobó, con rotundidad y emoción, el padre Paísi, hieromonje taciturno y erudito.

—¡Ultramontanismo puro! —chilló Miúsov, cruzando las piernas en un gesto de impaciencia.

—¡Eh, pero si aquí ni siquiera tenemos montañas! —exclamó el padre Iósif y, dirigiéndose al stárets, continuó—: Este señor responde, entre otras cosas, a los siguientes principios «básicos y esenciales» de su oponente, un clérigo, no lo olvide. Primero, que «ninguna asociación puede ni debe adueñarse del poder, disponer de los derechos civiles y políticos de sus miembros». Segundo: que «el poder en materia penal y civil no debe pertenecer a la Iglesia, por ser incompatible con su naturaleza,

como institución divina y como asociación de personas con fines religiosos»; y, por último, en tercer lugar: que «el reino de la Iglesia no es de este mundo»...

—¡Un juego de palabras totalmente indigno de un eclesiástico! —volvió a interrumpir el padre Paísi, incapaz de contenerse—. Yo he leído el libro que usted refuta —se dirigió a Iván Fiódorovich—, y me han sorprendido esas palabras, dichas por un clérigo, de que «el reino de la Iglesia no es de este mundo». Si no es de este mundo, en buena lógica, no podría existir en la tierra. En el santo Evangelio, las palabras «no es de este mundo» no se emplean en ese sentido. No se puede jugar con estas cosas. Nuestro Señor Jesucristo vino precisamente a fundar la Iglesia en la tierra. El reino de los cielos, por supuesto, no es de este mundo, sino que está en el cielo, pero en él no se entra si no es por mediación de la Iglesia, fundada y establecida en la tierra. Por eso, los juegos de palabras mundanos a ese respecto son inaceptables e indignos. Pues la Iglesia es verdaderamente un reino, está destinada a reinar y a su término habrá de aparecer, indudablemente, como un reino en toda la tierra... Ésa es la promesa que se nos ha hecho...

De pronto se calló, como conteniéndose. Iván Fiódorovich, que le había escuchado con respeto y atención, se dirigió al stárets con muchísima calma, aunque con el mismo empeño e inocencia de antes:

—Mi artículo parte de la idea de que en la antigüedad, en los tres primeros siglos de la era cristiana, el cristianismo se presentaba únicamente como Iglesia y no era otra cosa que Iglesia. Pero, cuando el Estado pagano de Roma pretendió hacerse cristiano, ocurrió lo inevitable, y fue que, al hacerse cristiano, se limitó a incluir a la Iglesia en su seno, pero siguió siendo un Estado pagano, como lo era antes, en una extraordinaria cantidad de aspectos. En esencia, era lo que tenía que ocurrir, no cabe duda. Pero en Roma, entendida como Estado, quedaron demasiadas cosas de la civilización y la sabiduría paganas, como, por ejemplo, los propios fines y fundamentos del Estado. Por lo que respecta a la Iglesia de Cristo, al integrarse en el Estado, no podía renunciar, indudablemente, a ninguna de sus bases, no podía prescindir de la piedra en la que se sustentaba, y no podía perseguir más fines que los que le eran propios, pues habían sido firmemente establecidos y señalados por el Señor mismo; entre esos fines estaba el de transformar en Iglesia todo el mundo y, por lo tanto, todo el antiguo Estado pagano. De este modo (esto es, con vistas al futuro) no era la Iglesia la que tenía que encontrar su sitio en el Estado, como «cualquier asociación pública» o como una «asociación de personas con fines religiosos» (así se refiere a la Iglesia el autor al que pretendo refutar), sino que, por el contrario, todo Estado terrenal debería en lo sucesivo transformarse en Iglesia y no ser sino Iglesia, renunciando a cualquier fin incompatible con los fines de la Iglesia. Todo esto, no obstante, en nada lo rebaja, no menoscaba su honor ni su gloria como gran Estado, ni la gloria de sus gobernantes: se limita a apartarlo del camino falso, todavía pagano y erróneo, para llevarlo por el

camino justo y verdadero, el único que conduce a los fines perdurables. Por eso, el autor del libro sobre los Fundamentos de los tribunales eclesiásticos habría acertado en sus juicios si, al investigar y plantear tales fundamentos, los hubiese considerado un compromiso temporal, ineludible aún en estos tiempos nuestros, pecaminosos e imperfectos, pero nada más que eso. Sin embargo, desde el momento en que el autor se atreve a proclamar que los fundamentos que ha propuesto, parte de los cuales acaba de enumerar el padre Lósif, son principios inmutables, naturales y eternos, se opone directamente a la Iglesia y a su misión sagrada, eterna e inmutable. He aquí todo mi artículo, o un compendio de él.

—En resumidas cuentas —intervino de nuevo el padre Paísi, subrayando cada una de sus palabras—, según ciertas teorías ampliamente dilucidadas en nuestro siglo XIX, la Iglesia, para regenerarse, debería transformarse en Estado, como pasando de una especie inferior a otra superior, para desaparecer más tarde en él, dejando paso a la ciencia, al espíritu de nuestro tiempo y a la civilización. Si no quiere eso y se resiste a aceptarlo, entonces se le asignará en el seno del Estado un pequeño rincón, donde será, además, sometida a vigilancia: eso es lo que ocurre hoy en todos los países europeos contemporáneos. En cambio, según la concepción y la expectativa rusa, no es la Iglesia la que ha de regenerarse transformándose en Estado, ascendiendo de un tipo inferior a otro superior, sino que, por el contrario, es el Estado el que debe alcanzar la dignidad de ser únicamente Iglesia, y solo Iglesia. ¡Y así ha de ser, así ha de ser!

—Bueno, reconozco que ahora me dejan más tranquilo —dijo Miúsov con una sonrisa, cruzando nuevamente las piernas—. Si lo he entendido, se trataría de la realización de un ideal infinitamente lejano, con ocasión de la segunda venida. Como ustedes quieran. Un precioso sueño utópico acerca de la desaparición de las guerras, de los diplomáticos, de los bancos y demás. Algo que se parece incluso al socialismo. Y yo que había pensado que hablaban en serio y que la Iglesia, ahora mismo, se ocuparía de juzgar a los criminales y los condenaría a azotes y trabajos forzados, e incluso, tal vez, a la pena de muerte.

—Aun en el supuesto de que ahora solo hubiera tribunales eclesiásticos, la Iglesia no condenaría a nadie a trabajos forzados o a la pena de muerte. En ese caso, el crimen y la forma de entenderlo tendrían que cambiar, sin duda alguna; naturalmente, poco a poco, no de repente, no de la noche a la mañana, pero, en cualquier caso, bastante pronto... —dijo tranquilamente, sin pestañear, Iván Fiódorovich.

—¿Lo dice en serio? —Miúsov lo miró fijamente.

—Si todo fuera Iglesia, ésta excomulgaría al criminal y al rebelde, pero no se cortarían cabezas —prosiguió Iván Fiódorovich—. Yo le pregunto: ¿adónde iría el excomulgado? Pues se vería obligado a apartarse no solo de los hombres, como ocurre ahora, sino también de Cristo. Porque con su crimen no solo se habría

levantado contra la gente, sino igualmente contra la Iglesia de Cristo. En sentido estricto, eso ya ocurre ahora, desde luego, aunque no se proclama, y la conciencia del criminal de hoy con extraordinaria frecuencia llega a un trato consigo misma: «He robado —dice—, pero no voy contra la Iglesia, no soy enemigo de Cristo»; eso es lo que se dice a cada paso el criminal de nuestros días, mientras que en el futuro, cuando la Iglesia llegue a ocupar el lugar del Estado, le será difícil decirse las mismas cosas, a menos que niegue a la totalidad de la Iglesia en el mundo entero: «Todos —se diría— están equivocados, todos van por el mal camino, todos forman parte de una Iglesia falsa; tan solo yo, asesino y ladrón, encarno la justa Iglesia cristiana». Pero decirse eso es muy difícil, presupone condiciones excepcionales, circunstancias que no son habituales. Por otra parte, fíjese usted ahora en el punto de vista de la propia Iglesia acerca del crimen: ¿no debería acaso apartarse del punto de vista dominante en la actualidad, que es prácticamente pagano, y, abandonando la idea de la amputación mecánica del miembro contaminado, como se hace hoy en día para preservar la sociedad, transformarla, de un modo completo y veraz, en una idea centrada en el renacimiento del hombre, en su resurrección y salvación?

—A ver, ¿qué es todo esto? Otra vez me he perdido —le interrumpió Miúsov—; otra vez se trata de un sueño. Algo amorfo, que no hay quien entienda. Está hablando usted de excomuni6n. ¿A qué excomuni6n se refiere? Sospecho que usted, Iván Fi6dorovich, sencillamente se est divirtiendo.

—Lo cierto es que, en el fondo, es lo mismo que ocurre ahora —intervino de pronto el stárets, y todos, simultáneamente, se volvieron hacia él—; pues, si no existiese la Iglesia de Cristo, no habría para el criminal ninguna clase de freno ante el delito ni de castigo una vez cometido; me refiero a un verdadero castigo, no a uno mecánico, como acaba de decir este señor, un castigo que solo sirve para exasperar el coraz6n en la mayoría de los casos, sino al verdadero castigo, el único efectivo, el único que aterroriza, el único que sosiega, y que consiste en el descubrimiento de la propia conciencia.

—Y ¿c6mo es eso, si se puede saber? —pregunt6 Miúsov con acuciante curiosidad.

—Ver usted —empez6 el stárets—. Todas esas condenas a trabajos forzados, precedidas de castigos corporales, no corrigen a nadie y, lo que es más importante, no asustan a ningún criminal, y el número de crímenes no solo no decrece, sino que, a medida que pasa el tiempo, va en aumento. Estar usted de acuerdo con eso. Y resulta que la sociedad, de este modo, se encuentra totalmente desprotegida, pues, aunque el miembro nocivo sea amputado mecánicamente, desterrado y apartado de nuestra vista, su puesto lo ocupar enseguida un nuevo criminal, si no son dos. Si hay algo que protege a la sociedad, incluso en nuestro tiempo, y que puede corregir al propio criminal, haciendo de él otro hombre, es únicamente la ley de Cristo, que se manifiesta en el conocimiento de la propia conciencia. Solo después de haber asumido

su culpa como hijo de la sociedad de Cristo, es decir, de la Iglesia, el delincuente adquiere asimismo conciencia de su culpa ante la sociedad misma, es decir, ante la Iglesia. Así pues, solo ante la Iglesia es capaz el criminal contemporáneo de asumir su culpa, no así ante el Estado. Por eso, si los tribunales pertenecieran a la sociedad, entendida como Iglesia, ésta sabría entonces a quién levantar la excomunión y acoger de nuevo en su seno. En cambio, ahora, la Iglesia, como no dispone de ningún tribunal efectivo y no tiene otro recurso que la condena moral, renuncia al castigo positivo del delincuente. No lo excomulga, sino que se limita a insistir en sus exhortaciones paternales. Es más, se esfuerza incluso por mantener con el delincuente la plena comunión eclesiástica: lo admite a los oficios divinos y a los santos sacramentos, le da limosna y lo trata como a un cautivo, más que como a un delincuente. Y ¿qué sería del criminal, ¡oh, Señor!, si la sociedad cristiana, esto es, la Iglesia, lo rechazara del mismo modo que lo rechaza y lo segrega la ley civil? ¿Qué sucedería si la Iglesia lo castigara con la excomunión de forma inmediata, cada vez que la ley estatal le impusiera un castigo? No podría haber desesperación mayor, al menos para el criminal ruso, pues los criminales rusos aún conservan la fe. En tal caso, quién sabe, podría suceder algo terrible, tal vez se perdería la fe en el desesperado corazón del criminal, y entonces ¿qué? Pero la Iglesia, como madre dulce y amorosa, renuncia al castigo efectivo, puesto que incluso sin su pena tiene ya bastante castigo el condenado por la justicia estatal, y es necesario que alguien se apiade de él. Pero la razón principal de su renuncia estriba en que la justicia eclesiástica es la única que lleva en sí la verdad y, en consecuencia, no puede llegar a compromisos temporales, que afecten a su esencia y a su moral, con ninguna otra clase de justicia. En este terreno es imposible entrar en transacciones. El criminal extranjero, según dicen, rara vez se arrepiente, pues incluso las más modernas teorías avalan la idea de que su crimen no es tal crimen, sino únicamente un acto de rebeldía contra una fuerza que lo oprime injustamente. La sociedad lo amputa de sí valiéndose de una violencia que triunfa sobre él de un modo enteramente mecánico, y esta expulsión va acompañada de odio (así al menos lo cuentan en Europa, refiriéndose a ellos mismos), de odio y de una indiferencia y un olvido totales con respecto al destino ulterior de ese hermano suyo. De ese modo, todo sucede sin la menor compasión de la Iglesia, pues en muchos casos allí ya ni siquiera existe la Iglesia, y solo quedan eclesiásticos y templos suntuosos, pero las iglesias, como tales, hace ya tiempo que se esfuerzan por ascender desde la especie inferior, como Iglesia, a la especie superior, como Estado, para desaparecer completamente en éste. Así parece ocurrir, al menos, en tierras luteranas. En cuanto a Roma, hace ya mil años que se proclamó el Estado en lugar de la Iglesia. Por eso, el propio criminal ya no se reconoce como miembro de la Iglesia y, al ser excomulgado, cae en la desesperación. Y, si regresa a la sociedad, lo hace a menudo con tal odio que la propia sociedad parece apartarlo por sí misma de su seno. Juzguen ustedes

cómo puede terminar eso. En muchos casos, se diría que ocurre lo mismo entre nosotros; pero resulta que, además de los tribunales competentes, en nuestro país está también la Iglesia, la cual nunca rompe la comunicación con el criminal, en quien sigue viendo a un hijo querido y, pese a todo, amado; pero, sobre todo, existe asimismo y pervive, aunque solo sea idealmente, el tribunal de la Iglesia, que, si bien está inactivo en la actualidad, vive para el futuro, al menos como un sueño, y es reconocido sin duda por el propio criminal, gracias al instinto de su alma. También es correcto lo que se acaba de decir aquí, en el sentido de que, si actuara efectivamente el tribunal de la Iglesia, y lo hiciera con toda su fuerza, es decir, si toda la sociedad se convirtiera en Iglesia y solo en Iglesia, entonces no solo el tribunal eclesiástico influiría en la corrección del criminal como nunca lo hace en la actualidad, sino que, muy probablemente, los propios crímenes disminuirían en una proporción asombrosa. Además, sin duda alguna, en muchos casos la Iglesia sería capaz de comprender al futuro criminal y de comprender el crimen futuro de un modo completamente distinto al actual, y sabría recuperar al excomulgado, advertir al malintencionado y regenerar al caído. Es verdad —el stárets sonrió— que en la actualidad la sociedad cristiana no está aún preparada y se sostiene exclusivamente sobre siete hombres justos; pero, dado que el número de éstos no mengua, se mantiene inquebrantable, en espera de su plena conversión de sociedad, entendida como asociación aún casi pagana, en Iglesia única, universal y soberana. ¡Que así sea, que así sea, al menos al final de los siglos, pues está destinado a cumplirse! Y no hay por qué afligirse pensando en tiempos y plazos, pues el secreto de los tiempos y los plazos se encuentra en la sabiduría de Dios, en su previsión y en su amor. Y aquello que según el cálculo del hombre puede hallarse todavía muy alejado, según la predestinación divina puede estar en vísperas de su aparición, en puertas. Así sea, así sea.

—¡Así sea, así sea! —asintió el padre Paísi, en tono reverente y severo.

—¡Es extraño, extraño en grado sumo! —comentó Miúsov, no tanto con calor como con cierta indignación disimulada.

—¿Qué es lo que le parece a usted tan extraño? —inquirió con tacto el padre Iósif.

—Y todo esto ¿a qué viene, realmente? —exclamó Miúsov, estallando de pronto—. ¡Se elimina el Estado en la tierra y la Iglesia se eleva al rango de Estado! ¡Eso ya no es que sea ultramontanismo, es archiultramontanismo! ¡Ni al papa Gregorio VII se le habría pasado por la cabeza una cosa semejante!

—¡Lo interpreta usted justo al revés! —dijo severamente el padre Paísi—. No se trata de que la Iglesia se convierta en Estado, entiéndalo bien. Eso es Roma y su sueño. ¡Es la tercera tentación del diablo! Al contrario, es el Estado el que se transforma en Iglesia, el que se eleva hasta ser Iglesia y se convierte en Iglesia en toda la tierra, algo que se opone por completo al ultramontanismo, a Roma y a la

interpretación que usted ha hecho; es nada menos que la gran misión a la que está destinada la ortodoxia en la tierra. En Oriente empezará a brillar esa estrella.

Miúsov guardaba un silencio solemne. Toda su figura reflejaba un sentimiento de dignidad desacostumbrada. Una sonrisa de altiva condescendencia se dibujó en sus labios. Aliosha observaba cuanto ocurría con el corazón desbocado. Toda aquella conversación lo había conmovido profundamente. Miró por casualidad a Rakitin: seguía inmóvil al lado de la puerta, escuchando y mirando atentamente, si bien había bajado los ojos. Pero, por el vivo rubor de sus mejillas, Aliosha adivinó que Rakitin estaba, aparentemente, no menos emocionado que él; sabía por qué estaba emocionado.

—Permítanme que les cuente una pequeña anécdota, señores —dijo de pronto Miúsov, imponente, con evidente prestancia—. En París, hace ya algunos años, poco después del golpe de Estado de diciembre, durante una visita a un conocido, sujeto de gran importancia y miembro entonces del gobierno, tuve ocasión de encontrar en su casa a un personaje de lo más curioso. Aquel individuo era una especie de detective o, más bien, algo así como el jefe de todo un equipo de investigadores políticos; en su género, tenía un cargo bastante influyente. Aprovechando la ocasión y movido por una extraordinaria curiosidad, entablé conversación con él; como quiera que no había acudido allí en calidad de amigo, sino como funcionario subalterno encargado de presentar cierto informe, al ver, por su parte, el trato que me deparaba su superior, me honró con una relativa franqueza; como es natural, solo hasta cierto punto: esto es, más que franco se mostró cortés, como saben mostrarse corteses los franceses, tanto más viendo en mí a un extranjero. Pero yo le entendí perfectamente. Se habló de los socialistas revolucionarios, a quienes entonces, dicho sea de paso, se perseguía. Dejando a un lado la esencia de la conversación, recordaré únicamente una curiosísima observación que se le escapó de repente a aquel señor: «En realidad, nosotros —dijo— a todos estos socialistas, anarquistas, ateos y revolucionarios no les tenemos mucho miedo; los vigilamos y estamos al corriente de sus pasos. Pero hay entre ellos, aunque son pocos, algunos individuos peculiares: se trata de aquellos que creen en Dios, que son cristianos y, al mismo tiempo, son socialistas. A éstos los tememos más que al resto, ¡es una gente temible! Los socialistas cristianos son más temibles que los socialistas ateos». Aquellas palabras ya entonces me sorprendieron, pero ahora, aquí entre ustedes, señores, me han venido de pronto a la memoria...

—Entonces, ¿nos las aplica a nosotros y ve en nosotros a unos socialistas? —preguntó directamente, sin más preámbulos, el padre Paísi. Pero, antes de que Piotr Aleksándrovich hubiera tenido ocasión de responder, se abrió la puerta y entró Dmitri Fiódorovich, que llegaba con mucho retraso. Lo cierto es que ya ni lo esperaban, y su repentina aparición produjo, en un primer momento, hasta cierta sorpresa.

VI. ¿Para qué vivirá un hombre como éste?

Dmitri Fiódorovich era un joven de veintiocho años, de estatura mediana y rostro agradable, aunque aparentaba bastantes más años de los que tenía. Era musculoso, se adivinaba en él una notable fuerza física; no obstante, su expresión era un tanto enfermiza. Tenía el rostro demacrado, con las mejillas hundidas, de un tono amarillento tornasolado que le daba un aspecto malsano. Sus ojos oscuros, bastante grandes, miraban de una forma desorbitada, aunque aparentemente con firme obstinación, pero también con cierta vaguedad. Incluso cuando se ponía nervioso y hablaba con irritación, su mirada no acababa de someterse a su estado de ánimo y expresaba una cosa distinta, que a veces no se correspondía en absoluto con la situación real. «Es difícil saber en qué estará pensando», comentaban a veces quienes hablaban con él. Otros, viendo en sus ojos una expresión pensativa y sombría, en ocasiones se quedaban sorprendidos con su risa repentina, testimonio de los pensamientos alegres y joviales que le venían a la cabeza en el mismo momento en que miraba de manera tan lúgubre. En todo caso, se entendía que en aquellos momentos su rostro presentase aquel aire enfermizo: todos conocían de primera mano o habían tenido noticia de la vida desordenada y «jaranera» a la que se había dado en los últimos tiempos, del mismo modo que todos estaban al corriente de la extraordinaria exasperación a la que había llegado en sus disputas con su padre por cuestiones de dinero. Por la ciudad corrían ya algunas anécdotas al respecto. Ciertamente, era de naturaleza irascible, «de genio abrupto y desigual», como había dicho de él, con mucho tino, nuestro juez de paz, Semión Ivánovich Kachálnikov, en una reunión.

Dmitri Fiódorovich se presentó impecablemente vestido, como un dandi, con la levita abotonada, guantes negros y el sombrero de copa en la mano. Como oficial recientemente pasado a la reserva, lucía bigote y aún se afeitaba la barba. Los cabellos, de color castaño oscuro, los llevaba cortos y peinados hacia delante en las sienes. Caminaba con paso decidido, a grandes zancadas, al modo militar. Se detuvo un momento en el umbral y, tras recorrer con la mirada a todos los presentes, se dirigió al stárets, deduciendo que era él el anfitrión. Se inclinó profundamente ante él y le pidió su bendición. El stárets, incorporándose ligeramente, lo bendijo; Dmitri Fiódorovich le besó respetuosamente la mano y, con una agitación insólita, casi irritado, dijo:

—Tenga la generosidad de perdonarme por haberle hecho esperar tanto. Pero el criado Smerdiakov, que me ha mandado mi padre, a mis reiteradas preguntas acerca

de la hora, me ha respondido en dos ocasiones, en un tono inequívoco, que se había fijado para la una. Y justo ahora me entero, de pronto...

—No se preocupe —le interrumpió el stárets—, no tiene importancia, no es nada grave...

—Le quedo enormemente agradecido, no podía esperar menos de su bondad. — Después de dar esta concisa respuesta, Dmitri Fiódorovich se inclinó de nuevo, se volvió a continuación hacia su bátiushka e hizo ante él otra reverencia igualmente respetuosa y profunda. Era evidente que se trataba de una reverencia premeditada, y premeditada con sinceridad, considerando que era su obligación manifestar de ese modo su respeto y sus buenas intenciones. Aunque lo había cogido de improviso, Fiódor Pávlovich no tardó en responder a su manera: para dar réplica a la reverencia de Dmitri Fiódorovich, se levantó impetuosamente de su butaca y le contestó con otra inclinación no menos profunda. Su rostro adoptó de pronto una expresión grave e imponente, la cual le daba, a pesar de todo, un aspecto decididamente perverso. Acto seguido, sin decir palabra, tras saludar con una inclinación general al resto de la concurrencia, Dmitri Fiódorovich se acercó a la ventana con sus enérgicas zancadas, se sentó en el único asiento que quedaba libre, junto al padre Paísi, y, echando el cuerpo hacia delante, se dispuso a escuchar la continuación de la conversación que había interrumpido con su aparición.

La entrada de Dmitri Fiódorovich no había ocupado más de un par de minutos, y la conversación tenía que reanudarse. Pero, en este caso, Piotr Aleksándrovich no consideró necesario dar respuesta a la apremiante y casi airada pregunta del padre Paísi.

—Permítame que me reserve mi opinión sobre este tema —dijo con cierta negligencia mundana—. Se trata, por lo demás, de un asunto complejo. Fíjese en cómo se ríe de nosotros Iván Fiódorovich: probablemente él también tenga algo interesante que contar al respecto. Pregúntele a él.

—No es nada de particular, salvo una pequeña observación —replicó de inmediato Iván Fiódorovich—. Se trata de que el liberalismo europeo, en general, y hasta nuestro diletantismo liberal ruso, desde hace tiempo confunden a menudo los objetivos finales del socialismo con los del cristianismo. Esa disparatada conclusión es, desde luego, un rasgo muy característico. Por lo demás, ocurre que no son únicamente los liberales y los diletantes quienes confunden el socialismo y el cristianismo, sino también, en muchos casos, los gendarmes; los gendarmes extranjeros, se entiende. Su anécdota parisina es bien significativa, Piotr Aleksándrovich.

—Insisto en que se me permita, en general, obviar ese tema —reiteró su ruego Piotr Aleksándrovich—; a cambio les contaré, señores, otra anécdota sobre el propio Iván Fiódorovich, tan interesante como significativa. Hace apenas cinco días, en una tertulia local frecuentada principalmente por señoras, declaró solemnemente, durante

una discusión, que no existe en toda la tierra, en modo alguno, nada que obligue a la gente a amar a sus semejantes; que no hay ley natural que lleve al hombre a amar al género humano; y que, si hay amor en la tierra y lo ha habido en el pasado, eso no obedece a ninguna ley natural, sino únicamente a que la gente creía en la inmortalidad. Iván Fiódorovich añadió, entre paréntesis, que a eso se reduce toda la ley natural, de modo que, si privamos a la humanidad de la fe en su propia inmortalidad, no solo se secará en ella el amor de forma inmediata, sino también, de paso, toda fuerza viva capaz de prolongar la vida en la tierra. Es más, en tal caso ya nada sería inmoral, todo estaría permitido, hasta la antropofagia. Pero eso no es todo: acabó afirmando que, para cada individuo, como, por ejemplo, para cualquiera de nosotros ahora, que no creyese en Dios ni en su propia inmortalidad, la ley moral de la naturaleza habría de cambiarse de inmediato en un sentido diametralmente opuesto al de la ley anterior, al de la ley religiosa, y que el egoísmo, llegando incluso al crimen, no solo debería ser permitido, sino que habría que aceptarlo como la salida inevitable, la más razonable y poco menos que la más noble para cualquiera que estuviera en esa situación. A partir de esta paradoja pueden juzgar, señores, todo aquello que nuestro querido Iván Fiódorovich, individuo excéntrico y amante de las paradojas, ha tenido a bien proclamar y acaso se proponga seguir proclamando.

—Permítame —exclamó de pronto, inesperadamente, Dmitri Fiódorovich—, no sé si lo he entendido bien: «El crimen no solo debería ser permitido, sino que habría que aceptarlo como la salida inevitable y la más razonable para la situación de cualquier ateo». ¿No es así?

—Exactamente —dijo el padre Paísi.

—Lo tendré presente.

Dicho lo cual, Dmitri Fiódorovich se calló tan repentinamente como había terciado en la conversación. Todos lo miraron con curiosidad.

—¿De verdad está usted tan seguro de las consecuencias de que la gente pierda la fe en la inmortalidad del alma? —preguntó el stárets a Iván Fiódorovich.

—Sí, es lo que he afirmado. No hay virtud si no hay inmortalidad.

—Dichoso usted si así lo cree, ¡si no es muy desdichado ya!

—¿Por qué desdichado? —Iván Fiódorovich sonrió.

—Porque, con toda probabilidad, no cree usted ni en la inmortalidad de su alma ni, tampoco, en lo que ha escrito acerca de la Iglesia y de la cuestión eclesiástica.

—¡Quizá esté usted en lo cierto!... Pero, en todo caso, no lo he dicho en broma... —reconoció Iván Fiódorovich de una forma extraña, ruborizándose de pronto.

—No lo ha dicho en broma, eso es verdad. Esa idea aún no ha quedado resuelta en su fuero interno y le atormenta el corazón. Pero incluso al mártir le gusta a veces recrearse en su desesperación, como si disfrutara sintiéndose desesperado. Por el momento, también usted se recrea en su desesperación: con artículos de periódico,

con discusiones mundanas, no creyendo en su propia dialéctica y riéndose de sí mismo, con dolor de su corazón... Usted no ha resuelto aún esa cuestión, de ahí su profunda amargura, pues requiere ineludiblemente una solución...

—Pero ¿tendría solución en mi caso? ¿Una solución positiva? —siguió preguntando extrañamente Iván Fiódorovich, sin dejar de mirar al stárets con una sonrisa inexplicable.

—Si no admite una solución positiva, tampoco tendrá, en ningún caso, una solución negativa: usted es consciente de esa propiedad de su corazón. De ahí su tormento. Pero agradezca al Creador que le haya dado un corazón elevado, capaz de atormentarse con semejante tribulación, de «poner la mira en las cosas de arriba y buscar las cosas de arriba, pues nuestra ciudadanía está en los cielos». Quiera Dios que su corazón encuentre la respuesta estando usted aún en la tierra, y ¡que el Señor bendiga sus caminos!

El stárets levantó la mano, y ya se disponía, desde su sitio, a persignar a Iván Fiódorovich. Pero éste se levantó de pronto, se acercó a él, recibió su bendición y, después de besarle la mano, volvió a su sitio en silencio. Su aspecto era firme y serio. Esta acción, así como toda la conversación anterior con el stárets, que nadie se habría esperado de Iván Fiódorovich, sorprendió a todos los presentes por lo que tenía de enigmática e incluso de solemne, de modo que todos se quedaron callados por un momento, y en la cara de Aliosha se reflejó su pavor. Pero Miúsov, de buenas a primeras, se encogió de hombros, y en ese mismo instante Fiódor Pávlovich se puso de pie de un salto.

—¡Santísimo y divino stárets! —exclamó, señalando a Iván Fiódorovich—. ¡Éste es mi hijo, carne de mi carne, amadísima carne mía! Es mi reverentísimo, por así decir, Karl Moor, mientras que el hijo que acaba de llegar, Dmitri Fiódorovich, contra el que busco en usted justicia, es el irreverentísimo Franz Moor, ambos de Los bandidos, de Schiller; en cuanto a mí, en este caso, yo debo ser ya el Regierender Graf von Moor. ¡Júzguenos y sálvenos! No solo necesitamos sus oraciones, sino también sus profecías.

—Déjese de hablar como un yuródivy y no empiece a ofender a los suyos —contestó el stárets con voz débil, exhausta. Se iba fatigando visiblemente a medida que pasaba el tiempo y saltaba a la vista que estaba quedándose sin fuerzas.

—¡Es la indigna comedia que ya presentía de camino hacia aquí! —exclamó indignado Dmitri Fiódorovich, levantándose también de su asiento—. Disculpe, reverendo padre —se dirigió al stárets—, soy un hombre sin instrucción y ni siquiera sé qué tratamiento debo darle, pero le han engañado, y ha sido usted demasiado bueno al permitir que nos reuniéramos aquí. Lo único que busca mi padre es un escándalo, él sabrá por qué. Él siempre sabe lo que se trae entre manos. Aunque me parece que ya sé lo que pretende...

—¡Todos me acusan, todos! —gritó a su vez Fiódor Pávlovich—. Hasta Piotr Aleksándrovich me acusa. ¡Me ha acusado, Piotr Aleksándrovich, me ha acusado! —dijo, volviéndose de pronto hacia Miúsov, aunque éste no tenía ninguna intención de interrumpirle—. Me acusan de haberme guardado en una bota el dinero de mis hijos y de habérmelo quedado todo, hasta el último rublo; pero, permítame, ¿para qué están los tribunales? ¡Ya le calcularán allí, Dmitri Fiódorovich, con sus propios recibos, cartas y contratos, cuánto tenía, cuánto ha gastado y cuánto le queda! ¿Por qué se abstiene Piotr Aleksándrovich de emitir un juicio? Dmitri Fiódorovich no es un extraño para él. Resulta que todos están contra mí, pero es Dmitri Fiódorovich, en resumidas cuentas, el que me debe dinero a mí, y no una cantidad cualquiera, sino varios miles de rublos, y tengo documentos que así lo prueban. ¡Toda la ciudad habla sin recato de sus juergas! Y donde estuvo antes sirviendo en el ejército pagaba hasta mil y dos mil rublos por seducir a honestas doncellas; eso, Dmitri Fiódorovich, lo sé con todo lujo de detalles, hasta los más secretos, y lo demostraré... Santísimo padre, créame: conquistó a la más noble de las doncellas, de una casa distinguida, con recursos, la hija de su antiguo jefe, un valiente coronel con una trayectoria intachable, que llevaba al cuello la Orden de Santa Ana coronada de espadas; comprometió a aquella muchacha pidiéndole la mano, y ahora esa joven, su novia, que se ha quedado huérfana, está en nuestra ciudad, y él, a la vista de ella, frecuenta a una seductora local. Y, aunque esta seductora ha vivido unida, por así decir, en matrimonio civil a un hombre respetable, tiene un carácter independiente, es una fortaleza inexpugnable para todos, igual que una esposa legítima, pues es una mujer virtuosa... ¡Sí, santos padres, es una mujer virtuosa! Pero Dmitri Fiódorovich pretende abrir esa fortaleza con una llave de oro, y por eso ahora se envalentona conmigo y quiere arrebatarme el dinero; ya lleva despilfarrados miles de rublos con esa seductora. Por eso, no hace más que pedir dinero a todas horas, y ¿a quién creen que se lo pide, por cierto? ¿Lo digo o no lo digo, Mitia?

—¡A callar! —gritó Dmitri Fiódorovich—. Espere a que yo me vaya; no se atreva, en mi presencia, a mancillar el nombre de una nobilísima doncella... El mero hecho de que se atreva usted a nombrarla ya es una vergüenza para ella. ¡No lo consiento!

Se sofocaba.

—¡Mitia! ¡Mitia! —exclamó, con los nervios a flor de piel, esforzándose por verter alguna lágrima, Fiódor Pávlovich—. Y la bendición paterna, ¿qué? Si te maldigo, ¿qué pasaría entonces?

—¡Desvergonzado y farsante! —rugió enfurecido Dmitri Fiódorovich.

—¡Se lo dice a su padre, a su padre! ¿Qué no hará con los demás? Imagínense, señores: vive en esta ciudad un hombre pobre, pero respetable, un capitán en la reserva que sufrió una desgracia y fue apartado del servicio, si bien de forma discreta, sin comparecer ante un tribunal, conservando su honor, y que además ha de cargar

con una extensa familia. Pues bien, hace tres semanas, en una taberna, nuestro Dmitri Fiódorovich lo agarró de la barba, lo arrastró hasta la calle y allí mismo, delante de todo el mundo, le dio una soberana paliza, y todo porque ese hombre interviene como apoderado secreto mío en uno de mis asuntillos.

—¡Todo eso es mentira! ¡Por fuera parece verdad, pero por dentro es mentira! — Dmitri Fiódorovich temblaba enfurecido—. ¡Bátiushka! No estoy justificando mi conducta; es más, lo confieso públicamente: me porté como una bestia con aquel capitán y ahora lo lamento y me desprecio por mi cólera brutal. Pero ese capitán suyo, su apoderado, había ido a ver a esa señora a la que usted llama seductora y le había propuesto, en nombre de usted, que tomara unas letras de cambio, aceptadas por mí, que obran en su poder, y que con esas letras actuara contra mí, para hacerme encarcelar si yo seguía insistiendo en que usted me rindiera cuentas de mis propiedades. ¡Y ahora me reprocha usted que yo tenga debilidad por esa señora, cuando ha sido usted mismo quien le ha dado instrucciones para que me tienda una trampa! ¡Pero si ella lo cuenta a la cara, si a mí me lo ha contado ella misma, riéndose de usted! Si usted quiere meterme en la cárcel es porque tiene celos de mí, porque usted mismo ha empezado a cortejar a esa mujer, y eso también lo sé yo, y también ha sido ella la que se ha reído, escúcheme bien, la que se ha reído de usted mientras me lo contaba. ¡Aquí lo tienen, santos varones, aquí tienen al hombre, al padre que recrimina al hijo depravado! Perdonen mi cólera, señores testigos, pero yo ya presentía que este viejo taimado les había convocado para armar un escándalo. Yo había venido dispuesto a perdonar si me tendía la mano, ¡a perdonar y a pedir perdón! Pero, como en este mismo instante me ha ofendido no solo a mí, sino también a la más noble de las doncellas, cuyo nombre no me atrevo a pronunciar en vano por la veneración que siento por ella, me he decidido a desenmascarar, públicamente, todo su juego, ¡por mucho que se trate de mi padre!

No pudo continuar. Los ojos le brillaban, le costaba respirar. Pero todos en la celda estaban conmovidos. Todos, salvo el stárets, se levantaron nerviosos de sus asientos. Los padres hieromonjes miraban con aire severo, pero aguardaban que el stárets manifestara su voluntad. Él seguía sentado, muy pálido, aunque no por la emoción, sino por culpa de su debilidad enfermiza. Una sonrisa implorante le iluminaba los labios; muy de vez en cuando levantaba la mano, como con ánimo de aplacar a los furiosos, y, sin duda, un solo gesto suyo habría bastado para interrumpir la escena; pero parecía como si estuviera esperando algo, y miraba atentamente, como deseando comprender alguna cosa más, como si no acabara de explicarse del todo alguna cuestión. Por fin, Piotr Aleksándrovich Miúsov se sintió definitivamente humillado y abochornado.

—¡Del escándalo que acaba de ocurrir todos tenemos culpa! —dijo con vehemencia—. Pero el caso es que no me imaginaba yo una cosa así al venir hacia

aquí, por más que supiera con quién me las iba a ver... ¡Hay que poner fin a esto ahora mismo! Reverendo padre, créame, yo no conocía todos los detalles que han salido aquí a relucir, no quería creer en ellos y ahora me entero por primera vez... El padre tiene celos del hijo por culpa de una mujer indecente y se confabula con esa tarasca para meter al hijo en la cárcel... Y me hacen venir aquí con semejante compañía... Me han engañado, quiero dejar bien claro que me han engañado como al que más...

—¡Dmitri Fiódorovich! —gritó, con una voz que no parecía la suya, Fiódor Pávlovich—. Si no fuera porque es usted hijo mío, en este mismo instante le retaba a duelo... a pistola, a una distancia de tres pasos... ¡Cogidos del pañuelo! ¡Cogidos del pañuelo! —concluyó, pataleando con ambos pies.

Hay momentos en los que los viejos embusteros, que se han pasado toda la vida haciendo comedia, fingen hasta tal punto que verdaderamente tiemblan y lloran de emoción, si bien incluso en esos instantes (o apenas un segundo después) podrían susurrarse a sí mismos: «Estás mintiendo, viejo desvergonzado; en este momento sigues actuando, a pesar de toda tu "sagrada" cólera y de tu "sagrado" minuto de ira».

Dmitri Fiódorovich frunció terriblemente el ceño y miró a su padre con inefable desdén.

—Y yo que creía... Yo que creía... —dijo en voz baja, procurando contenerse— que volvía a mi tierra natal con el ángel de mi alma para cuidar a este hombre en su vejez, ¡y me encuentro con un lujurioso libertino y un vil comediante!

—¡A duelo! —volvió a gritar el viejo, sofocándose y despidiendo saliva con cada palabra—. Y en cuanto a usted, Piotr Aleksándrovich Miúsov, sepa, señor, que es posible que no haya habido nunca en su familia mujer más digna y honrada... ¿lo oye?, ¡honrada!... que esa, según usted, tarasca, que es como se ha atrevido a llamarla hace un momento. Y usted, Dmitri Fiódorovich, ha cambiado a su novia, precisamente, por esa «tarasca», de modo que usted mismo ha estimado que su propia novia no le llega a la suela de los zapatos, ¡ya ven cómo es esa tarasca!

—¡Es una vergüenza! —soltó de pronto el padre Iósif.

—¡Una vergüenza y un bochorno! —gritó de pronto Kalgánov, con voz de adolescente, trémula por la emoción, poniéndose todo colorado; hasta entonces no había abierto la boca.

—¿Para qué vivirá un hombre como éste? —bramó sordamente Dmitri Fiódorovich, al borde de un ataque de furia, alzando los hombros de un modo extraordinario, casi como encorvándose—. No, díganme: ¿acaso se puede consentir que siga deshonorando la tierra con su presencia? —Recorrió con la mirada a todos los presentes, mientras señalaba al viejo con la mano. Hablaba despacio y acompasadamente.

—Ya están oyendo, ya están oyendo al parricida, monjes —dijo Fiódor Pávlovich, interpelando al padre Iósif—. ¿Una vergüenza, decía usted? ¡Ahí tiene la respuesta! ¿Qué es una vergüenza? ¡Esa «tarasca», esa «mujer indecente», probablemente sea más santa que ustedes mismos, señores hieromonjes que buscan su salvación! Es posible que sufriera una caída en su juventud, abrumada por el ambiente, pero ella «ha amado mucho», y a la que amaba mucho también Cristo la perdonó...

—Cristo no perdonó por un amor como ése... —se le escapó al manso padre Iósif, que había perdido la paciencia.

—Sí, por un amor como ése, por ese mismo amor, monjes, ¡por ése! ¡Ustedes aquí se salvan a base de coles y piensan que son unos hombres justos! ¡Comen gobios, un gobio pequeñito cada día, y piensan comprar a Dios con gobios!

—¡Es intolerable, intolerable! —se oía en la celda por todas partes.

Pero esta escena, que ya resultaba escandalosa, se vio interrumpida de un modo inesperado. El stárets, de pronto, se levantó de su asiento. Casi totalmente aturdido de miedo por él y por todos, Aliosha se apresuró, no obstante, a sostenerlo por un brazo. El stárets dio unos pasos hacia Dmitri Fiódorovich y, cuando llegó a su altura, se hincó de hinojos delante de él. Aliosha creyó por un momento que había caído de debilidad, pero no se trataba de eso. Una vez de rodillas, se postró a los pies de Dmitri Fiódorovich, en una reverencia completa, marcada, deliberada, rozando incluso el suelo con la cabeza. Aliosha estaba tan perplejo que no fue capaz siquiera de ayudarlo cuando empezó a levantarse. Una débil sonrisa iluminaba apenas los labios del stárets.

—¡Perdonen! ¡Perdonen todos! —iba diciendo, a medida que hacía reverencias a todos sus huéspedes.

Dmitri Fiódorovich se quedó unos instantes como atónito: aquella reverencia a sus pies, ¿a qué había venido? Por fin exclamó: «¡Oh, Dios», y, cubriéndose la cara con las manos, abandonó precipitadamente la habitación. Tras él salieron en tropel los demás visitantes, tan desconcertados que ni siquiera se despidieron ni se inclinaron ante su anfitrión. Únicamente los hieromonjes se acercaron de nuevo a él para pedirle su bendición.

—¿Por qué se ha postrado a sus pies? ¿Es acaso una especie de emblema? —Fiódor Pávlovich, que, por alguna razón, se había calmado repentinamente, intentaba entablar conversación, pero el caso es que no se animaba a dirigirse a nadie en particular. En ese instante todos abandonaban el recinto del asceterio.

—Yo no respondo ni del manicomio ni de los locos —contestó enseguida Miúsov, enfurecido—; en cambio, voy a librarme de su compañía, Fiódor Pávlovich, y créame que va a ser para siempre. ¿Dónde estará ese monje de antes?

Pero «ese monje», el mismo que los había invitado hacía un rato a comer con el higümeno, no se hizo esperar. Se reunió con los huéspedes en el momento mismo en

que éstos salían de la celda del stárets a través del pequeño porche, como si hubiera estado esperándolos todo el tiempo.

—Tenga la bondad, reverendo padre, de testimoniarle mi profundo respeto al padre higúmeno y de pedir disculpas en mi nombre, en nombre de Miúsov, a su reverencia, ya que, debido a una serie de circunstancias imprevistas, sobrevenidas repentinamente, no puedo, bajo ningún concepto, disfrutar del honor de tomar parte en su ágape, a pesar de mi deseo más sincero —le dijo al monje, en tono airado, Piotr Aleksándrovich.

—Pero si una de esas circunstancias imprevistas... ¡voy a ser yo! —terció de inmediato Fiódor Pávlovich—. Escuche, padre, resulta que Piotr Aleksándrovich no desea quedarse conmigo; si no fuera por eso, iría enseguida. Y va a ir; Piotr Aleksándrovich, tenga la bondad de ir a ver al padre higúmeno... ¡y que tenga buen apetito! Sepa que soy yo el que se abstiene, no usted. A casita, a casita, a comer a casita, que aquí me siento incapaz, Piotr Aleksándrovich, queridísimo pariente.

—¡Yo no soy su pariente ni lo he sido nunca, miserable!

—Lo he dicho a propósito para hacerle rabiar, en vista de que no quiere saber nada de nuestro parentesco; y eso que somos parientes, por más que intente disimular. Cuando quiera, se lo demuestro por el santoral. A ti, Iván Fiódorovich, ya te enviaré los caballos a su hora; puedes quedarte también tú, si quieres. En cuanto a usted, Piotr Aleksándrovich, aunque solo sea por educación, debería presentarse ante el padre higúmeno: hay que pedir disculpas por lo mal que nos hemos portado...

—Pero ¿se va usted de verdad? ¿No me miente?

—Piotr Aleksándrovich, ¡cómo me iba a atrever, después de lo ocurrido! ¡Me he dejado llevar, discúlpenme, señores, me he dejado llevar! Y, aparte de eso, ¡estoy impresionado! Y avergonzado. Señores, hay quien tiene el corazón de un Alejandro Magno, y hay quien lo tiene de perrillo faldero. Yo lo tengo de perrillo faldero. ¡Me han intimidado! Bueno, después de semejante escapada, y para colmo a la hora de la comida, ¿quién se traga las salsas del monasterio? Me da vergüenza, no puedo, ¡disculpen!

«El diablo sabrá; ¡éste aún es capaz de engañarme!», se dijo Miúsov. Se había detenido, perplejo, y seguía con la mirada al bufón a medida que se iba alejando. Éste se volvió y, al advertir que Piotr Aleksándrovich estaba pendiente de él, le mandó un beso con la mano.

—¿Va usted a ver al higúmeno? —preguntó Miúsov, entrecortadamente, a Iván Fiódorovich.

—¿Por qué no? Además, ayer mismo el higúmeno me invitó expresamente.

—Yo, por desgracia, me siento casi obligado, en verdad, a asistir a esa maldita comida —siguió diciendo Miúsov, en el mismo tono de amarga irritabilidad, sin reparar siquiera en que el pequeño monje estaba escuchando—. Aunque, al menos, habrá que

disculpase por lo que hemos hecho, y aclarar que no hemos sido nosotros... ¿Usted qué cree?

—Sí, hay que aclarar que no hemos sido nosotros. Además, mi padre no estará —observó Iván Fiódorovich.

—¡Solo faltaría que estuviera su padre! ¡Maldita comida!

Finalmente, fueron todos. El monje callaba y escuchaba. Por el camino, atravesando el bosquecillo, se limitó a decir una vez que el padre higúmeno llevaba ya mucho rato esperando y que llegaban con más de media hora de retraso. Nadie le respondió. Miúsov miró con odio a Iván Fiódorovich.

«¡Pues éste va a la comida tan campante! —pensó—. Tiene una cara muy dura y una conciencia karamazoviana.»

VII. Un seminarista con aspiraciones

Aliosha condujo a su stárets al dormitorio y lo sentó en la cama. Se trataba de una habitación muy pequeña, con el mobiliario indispensable; la cama era estrecha, de hierro, con un paño de fieltro a modo de jergón. En un rinconcillo, junto a los iconos, había un facistol, con una cruz y un Evangelio encima. El stárets se desplomó en el lecho, sin fuerzas; los ojos le brillaban, y respiraba con dificultad. Una vez sentado, se quedó mirando fijamente a Aliosha, como si estuviera meditando alguna cosa.

—Vete, querido, vete; a mí con Porfirí me basta; tú date prisa. Allí haces falta, ve con el padre higúmeno y sirve la mesa.

—Permita que me quede aquí —dijo Aliosha con voz implorante.

—Allí eres más necesario. Allí no hay paz. Servirás la mesa y así serás útil. Si se levantan los demonios, recita una plegaria. Y debes saber, hijo mío —al stárets le gustaba llamarlo así—, que en el futuro tu sitio tampoco estará aquí. Recuerda mis palabras, joven. En cuanto Dios haya dispuesto que entregue mi alma, sal del monasterio. Vete para siempre.

Aliosha se estremeció.

—¿Qué te pasa? Por ahora, tu sitio no está aquí. Te bendigo por el gran servicio que rendirás en el mundo. Aún tienes mucho que peregrinar. Y tendrás que casarte, sí. Tendrás que soportarlo todo antes de regresar. Será una tarea ingente. Pero de ti no dudo, por eso te envío a ti. Cristo está contigo. Consérvalo, y Él te conservará a ti. Descubrirás un dolor inmenso, y en ese dolor serás feliz. Éste es el precepto que te anuncio: busca la dicha en el dolor. Trabaja, trabaja sin descanso. Recuerda mis palabras de este día, pues, aunque ésta no sea nuestra última conversación, no solo mis días, sino hasta mis horas están contadas.

Nuevamente, en el rostro de Aliosha se reflejó una fuerte emoción. Le temblaban las comisuras de los labios.

—Y ahora ¿qué te pasa? —El stárets sonrió dulcemente—. Que la gente mundana despida con lágrimas a sus difuntos: aquí nosotros nos alegramos por los padres que nos dejan. Nos alegramos y rezamos por ellos. Déjame, pues. Vete y date prisa. Has de estar cerca de tus hermanos. Pero no cerca de uno de ellos, sino cerca de los dos.

El stárets levantó la mano para bendecirlo. No había réplica posible, por más que Aliosha estuviera deseando quedarse. Le habría gustado que el stárets le dijera una cosa más, y a punto estuvo de irse de la lengua, pero no se atrevió a formular la pregunta: ¿qué había querido dar a entender con aquella profunda reverencia delante de su hermano Dmitri? Sabía que se lo habría explicado de buena gana, sin necesidad

de preguntárselo, si hubiera sido posible. No era ésa, así pues, su voluntad. Pero aquella reverencia había dejado a Aliosha estupefacto: creía ciegamente que había un sentido oculto en aquel gesto. Oculto y, acaso, terrible. Cuando salió del recinto del asceterio, dispuesto a llegar al monasterio antes de que diera comienzo la comida con el higúmeno —naturalmente, él iba a limitarse a servir la mesa—, Aliosha se detuvo, con el corazón en un puño: le pareció volver a oír las palabras con las que el stárets le anunciaba su muerte inminente. Lo que le había predicho, con tanta precisión además, tenía que cumplirse de forma inexorable: Aliosha así lo creía religiosamente. Pero ¿cómo iba a quedarse sin su stárets, sin poder verlo, sin poder oírlo? Y él ¿adónde iría? Le había mandado que no llorase y que dejase el monasterio, ¡Señor! Hacía mucho tiempo que Aliosha no experimentaba una angustia semejante. Echó a andar a toda prisa por el bosquecillo que se extendía entre el asceterio y el monasterio y, sin fuerzas para soportar aquellos pensamientos que lo abrumaban de ese modo, se dedicó a contemplar los pinos centenarios que se alzaban a ambos lados del sendero. El trayecto no era largo, unos quinientos pasos a lo sumo; a esa hora no debería encontrarse con nadie por allí, pero de pronto, en el primer recodo del camino, descubrió a Rakitin. Estaba esperando a alguien.

—¿Me esperabas a mí? —preguntó Aliosha al llegar a su lado.

—Precisamente. —Rakitin sonrió—. Veo que vas con prisa a presentarte ante el padre higúmeno. Ya lo sé: tiene invitados. Desde aquella vez que recibió al obispo y al general Pajatov, ¿te acuerdas?, no había vuelto a dar una comida así. Yo no voy a estar, pero tú ve para allá, tienes que servir las salsas. Dime una cosa, Alekséi, ¿qué significa ese sueño? Eso es lo que te quería preguntar.

—¿Qué sueño?

—Pues esa reverencia hasta el suelo que le ha hecho a tu hermano Dmitri Fiódorovich. ¡Si hasta se ha dado un golpe en la frente!

—¿Te refieres al padre Zosima?

—Sí, al padre Zosima.

—¿En la frente?

—Ah, veo que no me he expresado con el debido respeto... Bueno, pues aunque sea sin respeto. A ver, ¿qué es lo que significa ese sueño?

—No sé qué significa, Misha.

—Ya sabía yo que a ti no te iba a dar explicaciones. Seguro que no se trata de nada profundo, al final serán las mismas perogrulladas de siempre. Pero ha hecho el numerito con mucha intención. Ya verás cómo ahora les da por hablar de eso a todos los santurriones de la ciudad y enseguida se corre la voz por toda la provincia. «¿Qué significa ese sueño?», dirán. En mi opinión, el viejo ha estado muy sagaz: se ha oído el crimen. Vuestra casa apesta.

—¿Qué crimen?

Era evidente que Rakitin tenía ganas de contar algo.

—En vuestra familia, ahí es donde va a haber un crimen. Tendrá lugar entre tus hermanitos y tu opulento padre. Por eso se ha dado un golpe en la frente el padre Zosima: por lo que pueda pasar. Luego imagínate que ocurre algo: «Anda, pero si eso ya lo había anunciado el santo stárets, lo había profetizado». Aunque ¿qué forma de profetizar es ésa, dándose un golpe en la frente? Da igual, dirán que era un emblema, una alegoría, ¡solo el diablo sabe qué más cosas dirán! Lo irán pregonando por ahí, recordando a todo el mundo: adivinó el crimen, señaló al criminal. Los yuródivye siempre hacen lo mismo: se santiguan delante de la taberna y arrojan piedras contra el templo. Pues tu stárets igual: al justo lo echa a palos, pero ante el asesino se inclina a sus pies.

—¿De qué crimen hablas? ¿De qué asesino? ¿Qué me estás diciendo? —Aliosha no se movía del sitio, parecía clavado en el suelo. También Rakitin se había quedado quieto.

—¿De qué asesino? ¿Acaso no lo sabes? Apuesto a que tú también lo has pensado. Eso me tiene intrigado, por cierto. Escucha, Aliosha, tú siempre dices la verdad, aunque te gusta nadar entre dos aguas: ¿lo habías pensado o no lo habías pensado? Responde.

—Sí que lo he pensado —contestó en voz baja Aliosha.

Hasta el propio Rakitin se turbó.

—¿Cómo dices? ¿Así que tú también lo has pensado? —exclamó.

—Yo... no es que lo haya pensado —balbuceó Aliosha—, pero, cuando has empezado a hablar de eso de una forma tan rara, me ha parecido que yo también lo había pensado.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? Y con qué claridad lo has expresado. Hoy, mirando a tu padre y a tu hermano Mítenka, ¿has pensado en un crimen? Entonces, ¿no me he equivocado?

—Espera, espera —le interrumpió Aliosha, alarmado—. ¿De dónde sacas tú todo eso?... Y, lo primero, ¿por qué te interesa a ti tanto?

—Dos preguntas diferentes, pero muy naturales las dos. Respondo a cada una por separado. ¿Que de dónde lo saco? No habría visto nada de eso si hoy mismo, de golpe, no hubiera comprendido a Dmitri Fiódorovich, tu hermano, cabalmente, por entero; así, de repente, por entero. Me ha bastado con un solo rasgo para captarlo en su integridad. Todas esas personas tan honradas, pero inclinadas a la lujuria, tienen un límite, y ni se te ocurra pasar de ese límite. Si no, a las primeras de cambio apuñalan a su propio padre. Y el padre es un borracho y un libertino desenfrenado, sin el menor sentido de la medida. Ninguno de los dos se va a controlar, y los dos, ¡zas!, de cabeza a la zanja...

—No, Misha, no; si solo es eso, me dejas tranquilo. A eso no llegan.

—Entonces, ¿por qué estás temblando de pies a cabeza? ¿Acaso no conoces el percal? Por muy honrado que sea, Míténka (que es tonto, pero honrado) es un hombre lujurioso. Ésa es su definición, en eso reside toda su esencia. Ha sido el padre quien le ha transmitido toda su abyecta lujuria. El único que me tiene asombrado eres tú, Aliosha: ¿cómo puedes conservarte virgen? ¡Tú también eres un Karamázov! En vuestra familia la lujuria llega al paroxismo. Y ahora esos tres lujuriosos se están vigilando... con una navaja escondida en la bota. Los tres han chocado de frente, y a lo mejor tú eres el cuarto.

—En lo de esa mujer te equivocas. Dmitri... la desprecia —dijo Aliosha con un estremecimiento.

—¿A Grúshenka? No, hermano, no la desprecia. Si ha dejado por ella a su prometida a la vista de todo el mundo, eso es que no la desprecia. En eso... en eso, hermano, hay algo que tú ahora no comprenderías. Si un hombre se enamora de una belleza determinada, ya sea encarnada en un cuerpo de mujer o incluso solo en una parte de un cuerpo de mujer (eso lo entienden muy bien los lujuriosos), es capaz de dar por ella a sus propios hijos, de vender a su padre y a su madre, a Rusia y a la patria; aunque sea honrado, se prestará a robar; aunque sea pacífico, degollará; aunque sea fiel, traicionará. Pushkin, cantor de los piecitos femeninos, los ensalzó en sus versos; otros no los ensalzan, pero no pueden mirarlos sin sufrir un espasmo. Y no se trata solo de los pies... Aquí, hermano, poco cuenta el desprecio, aun admitiendo que haya despreciado de verdad a Grúshenka. La despreciará, pero no puede despegarse de ella.

—Eso yo lo comprendo —se le escapó de pronto a Aliosha.

—¿De veras? Seguro que sí, que lo comprendes; si lo has soltado así, de buenas a primeras, eso es que lo comprendes —dijo Rakitin con malicia—. Lo has dicho sin querer, se te ha escapado. Como confesión es más valiosa: eso significa que el tema te es ya familiar, que ya has pensado en eso, en la cuestión de la lujuria. ¡Ah, joven virginal! ¡Caray con la mosquita muerta! Eres un santo, Aliosha, en eso estamos de acuerdo, pero pareces una mosquita muerta, y ¡el diablo sabrá en qué no habrás pensado ya! ¡El diablo sabrá qué más cosas conoces! Virgen, pero hay que ver a qué honduras has llegado... Hace ya tiempo que te vengo observando. Tú eres un Karamázov, un Karamázov de pies a cabeza... No podía ser de otro modo, en algo tenían que notarse la raza y la selección. Lujurioso por parte de padre, chiflado por parte de madre. ¿Por qué tiemblas? ¿No estoy diciendo la verdad? Que sepas que Grúshenka me pidió, refiriéndose a ti: «Anda, tráemelo, que ya le quito yo la sotana». Y cómo me lo pedía: «¡Tráemelo! ¡Tráemelo!». Y yo no hacía más que pensar: ¿a qué viene tanta curiosidad por ti? ¿Sabes? ¡Ella también es una mujer extraordinaria!

—Salúdala de mi parte, y dile que no voy a ir. —Aliosha forzó una sonrisa—. Acaba, Mijaíl, lo que habías empezado; después te diré lo que yo pienso.

—No hay nada que acabar, está todo claro. Todo esto, hermano, es música vieja. Si hasta tú llevas dentro un lujurioso, ¿qué se puede esperar de tu hermano Iván, nacido de la misma madre? Otro Karamázov. Todo el problema vuestro de los Karamázov radica en lo mismo: ¡sois unos lujuriosos, unos codiciosos y unos chiflados! Ahora tu hermano Iván, que es ateo, en virtud de algún absurdo cálculo que desconocemos, publica unos artículos teológicos, en broma de entrada, y él mismo reconoce que es una bajeza. Eso tu hermano Iván. Aparte de eso, está intentando quitarle la novia a tu hermano Mitia y, según parece, lo va a conseguir. Y de qué manera: con el consentimiento del propio Míténka, porque éste le cede la novia para librarse de ella y liarse cuanto antes con Grúshenka. Y todo eso, a pesar de toda su nobleza y su desinterés, fíjate bien. ¡Ésa, ésa es la gente más nefasta! Después de esto, que el diablo os entienda: ¡él mismo reconoce su vileza y se hunde en ella! Te digo más: ahora a Míténka se le cruza en el camino el carcamal del padre. Porque resulta que éste, de repente, va y pierde la cabeza por Grúshenka, se le cae la baba con solo mirarla. Únicamente por culpa de esa mujer acaba de montar tal escándalo en la celda, y todo porque Miúsov se ha atrevido a llamarla tarasca y a decir que era una indecente. Está más enamorado que un gato. Antes, sencillamente, la tenía a sueldo para que se ocupase de algunos de sus tejemanejes en las tabernas, pero ahora, de pronto, ha caído en la cuenta y ha reparado en ella, ha perdido la cabeza y no para de hacerle proposiciones que no son precisamente honestas, desde luego. Total, que en este camino han chocado los dos, el papá y el hijito. Pero Grúshenka no se pronuncia ni por el uno ni por el otro; de momento procura escabullirse y se dedica a provocar a ambos; está considerando cuál le conviene más, porque si bien al padre puede sacarle mucho dinero, él no se va a casar, y lo mismo al final le hace una judiada y acaba cerrando la bolsa. Por eso, Míténka también cuenta: no tiene dinero, pero, en cambio, es capaz de casarse. ¡Sí, señor, es capaz de casarse! De dejar a su prometida, a Katerina Ivánovna, esa belleza sin par, rica, noble, hija de coronel, y casarse con Grúshenka, antigua mantenida del viejo mercader Samsónov, depravado hombrecillo y alcalde de la ciudad. De todo eso puede salir, de hecho, un enfrentamiento criminal. Y eso es lo que espera tu hermano Iván, que hace un negocio redondo: conquista a Katerina Ivánovna, por quien bebe los vientos, y de paso se embolsa los sesenta mil de su dote. Para un don nadie como él, un pobretón, es algo sumamente seductor, de entrada. Y date cuenta: no solo no ofende a Mitia, sino que éste queda en deuda con él hasta la tumba. Porque sé de buena tinta que el propio Míténka, la semana pasada, estando borracho en una taberna, en compañía de unas gitanas, se puso a dar voces diciendo que no era un digno novio de su Káténka, y que su hermano Iván, en cambio, ése sí que era digno de ella. Y, en cuanto a Katerina Ivánovna, ésa, desde luego, no va a despreciar al final a un seductor como Iván Fiódorovich; ya está, de hecho, vacilando entre los dos. Y ¿de qué se ha valido ese Iván para encandilaros a todos vosotros de

esa manera, que todos lo adoráis? Pues él se ríe de todos vosotros, como quien dice: yo estoy en la gloria y me relamo a costa vuestra.

—¿Cómo sabes tú todas esas cosas? ¿Por qué lo dices con tanto aplomo? — preguntó bruscamente Aliosha, frunciendo de pronto el ceño.

—Y tú ¿por qué me lo preguntas y tienes tanto miedo a mi respuesta? Eso es porque admites que he dicho la verdad.

—Tú a Iván no le tienes simpatía. Iván no se dejaría tentar por el dinero.

—¿Tú crees? ¿Y por la belleza de Katerina Ivánovna? No es solo cuestión de dinero, aunque sesenta mil rublos es algo bien seductor.

—Iván tiene miras más elevadas. Tampoco se dejaría seducir por miles de rublos. No es dinero lo que busca, ni tranquilidad. Puede que busque el sufrimiento.

—Y ahora ¿con qué sueño me vienes? ¡Ay, vosotros... los nobles!

—Ah, Misha, Iván tiene un alma tempestuosa. Su mente está cautiva. Hay en él una idea grandiosa, aún por desentrañar. Es de esas personas que no necesitan millones, sino aclarar su pensamiento.

—Eso es un robo literario, Alioshka. Has parafraseado a tu stárets. ¡Menudo acertijo os ha planteado Iván! —gritó Rakitin, con evidente animosidad. Hasta le cambió la expresión del rostro y se le contrajeron los labios—. Se trata, por lo demás, de un acertijo muy tonto, no hay nada que adivinar. Estrújate un poco el cerebro y lo entenderás. Su artículo es risible y disparatado. Pero he oído hace un rato su estúpida teoría: «Sin la inmortalidad del alma, tampoco puede haber virtud, de modo que todo está permitido». Y tu hermanito Míténka, ¿recuerdas?, ha dicho a voz en grito: «Lo tendré presente». Seductora teoría para los canallas... Qué cosas digo, qué tontería... No para los canallas, sino para esos eruditos fanfarrones cuyos pensamientos son de una «profundidad insondable». Es un fanfarrón, y en el fondo todo se reduce a: «Por una parte, es imposible dejar de confesarlo; pero, por otra, es imposible no reconocerlo». ¡Toda su teoría es una bajeza! ¡La humanidad encontrará en sí misma la fuerza para vivir en la virtud, aun sin creer en la inmortalidad del alma! En el amor a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad encontrará... —Rakitin se había acalorado, casi no podía contenerse. Pero de pronto, como si hubiera recordado algo, se detuvo—. Bueno, basta —dijo con una sonrisa aún más forzada que antes—. ¿De qué te ríes? ¿Crees que soy un simplón?

—No, ni se me ocurre pensar que seas un simplón... Eres inteligente, pero... déjalo, me reía por una idiotez. Entiendo que puedes acalorarte, Misha. Por tu fogosidad me he dado cuenta de que tampoco a ti te deja indiferente Katerina Ivánovna. Hace ya tiempo que lo sospechaba, y por eso no aprecias a mi hermano Iván. ¿Tienes celos de él?

—¿Y también tengo celos de su dinero? ¿No añades eso?

—No, no añado nada del dinero, no quiero ofenderte.

—Si tú lo dices, te creo, pero ¡que el diablo se os lleve, a todos vosotros y a vuestro hermano Iván! No sois capaces de comprender que, dejando incluso de lado lo de Katerina Ivánovna, uno puede no tenerle la menor simpatía. ¿A santo de qué iba a apreciarlo yo? Él se cree con derecho a meterse conmigo. ¿Por qué no iba a pagarle yo con la misma moneda?

—Nunca le he oído decir nada de ti, ni bueno ni malo; no habla de ti en ningún sentido.

—Pues yo he oído decir que hace dos días, en casa de Katerina Ivánovna, me puso a caer de un burro: hasta ese punto se interesó por este humilde servidor. Después de eso, hermano, no sabría decir quién tiene celos de quién. Se tomó la libertad de expresar su opinión, según la cual, si en un futuro próximo no me muestro dispuesto a seguir la carrera de archimandrita y no me decido a tonsurarme, me marcharé sin falta a San Petersburgo y me incorporaré a alguna revista importante, seguramente en la sección de crítica; luego me pasaré una decena larga de años escribiendo y finalmente me haré con la publicación. Después volveré a lanzarla, con una indudable orientación liberal y atea, con tintes socialistas, y hasta con cierto lustre dentro del socialismo, pero siempre con el oído muy atento, esto es, apoyando en el fondo a los nuestros y a los vuestros y tratando de confundir a los incautos. El fin de mi carrera, de acuerdo con la interpretación de tu hermano, apunta a que tales tintes socialistas no me impedirán ingresar en una cuenta corriente el dinerillo de las suscripciones ni, llegado el caso, ponerlo en circulación siguiendo las instrucciones de algún judiazo, hasta que esté en condiciones de construirme una señora casa en San Petersburgo, para trasladar allí la redacción e instalar inquilinos en los demás pisos. Ha señalado incluso la situación de la casa: junto al nuevo puente de piedra que, según dicen, se proyecta construir sobre el Nevá, en San Petersburgo, entre la calle Litéinaia y Vyborg...

—¡Ay, Misha, pero si todo esto podría llegar a cumplirse, hasta el menor detalle! — exclamó de pronto Aliosha, sin poder contenerse y riendo alegremente.

—Veo que usted también me viene con sarcasmos, Alekséi Fiódorovich.

—No, no, disculpa, estaba bromeando. Tengo otra cosa en la cabeza. Pero dime: ¿quién ha podido darte todos esos detalles, a quién has podido oírseles? No me irás a decir que estabas personalmente en casa de Katerina Ivánovna cuando mi hermano Iván habló de ti.

—Yo no estaba, pero el que sí estaba era Dmitri Fiódorovich, y yo se lo he oído contar con estos oídos a Dmitri Fiódorovich; bueno, si lo prefieres, él no me lo ha contado a mí, pero yo se lo he escuchado, naturalmente sin querer, porque me encontraba en el dormitorio de Grúshenka y no podía salir de allí mientras Dmitri Fiódorovich estuviera en la habitación de al lado.

—Ah, sí, se me había olvidado que es pariente tuya...

—¿Pariente? ¿Que Grúshenka es pariente mía? —exclamó Rakitin, poniéndose colorado—. ¿Te has vuelto loco o qué? No estás en tus cabales.

—¿Cómo? ¿Es que no sois parientes? Eso había oído...

—¿Dónde has podido oírlo? No, vosotros, los señores Karamázov, os dais aires de grandeza y presumís de rancia alcurnia, cuando tu padre corría haciendo el bufón por las mesas ajenas y solo por caridad se contaba con él en cocina. Admito que yo no soy más que el hijo de un pope, una criatura insignificante al lado de unos nobles como vosotros, pero no tenéis por qué ofenderme tan alegre y descaradamente. Yo también tengo mi honor, Alekséi Fiódorovich. Yo no puedo ser familia de Grúshenka, de una mujer pública; ¡te ruego que lo comprendas!

Rakitin estaba fuera de sí.

—Perdóname, por el amor de Dios, ¿cómo iba yo a suponer...? Y, además, ¿cómo me dices que es una mujer pública? ¿De verdad es... una de ésas? —Aliosha se ruborizó de golpe—. Te repito que había oído decir que erais parientes. Vas a verla a menudo, y tú mismo me has dicho que no tienes con ella ninguna relación amorosa... ¡Nunca habría pensado que la desprecias de ese modo! ¿De verdad se lo merece?

—Si la visito, puedo tener mis razones para hacerlo, y eso para ti ya es suficiente. Y, por lo que respecta al parentesco, más bien diría que tu hermano o hasta tu propio padre van hacer que seas tú, antes que yo, familia de ella. Bueno, ya estamos. Anda, mejor vete para la cocina. ¡Huy! ¿Qué pasa aquí? ¿Qué es eso? ¡No me digas que hemos llegado tarde! ¡No es posible que hayan terminado de comer tan pronto! ¿Ya han hecho otra de las suyas los Karamázov? Seguro que sí. Ahí está tu padre, e Iván Fiódorovich va detrás de él. Han salido precipitadamente de la residencia del higúmeno. El padre Isidor les está gritando algo desde el porche. Y tu padre también grita y hace aspavientos, debe de estar insultando a alguien. Vaya, también Miúsov se marcha en el coche; allá va, ¿lo ves? Mira, también Maksímov, el terrateniente, se marcha corriendo; sí, aquí se ha montado un escándalo, ¡así que no ha habido comida! ¿No le habrán dado una paliza al higúmeno? O, a lo mejor, se han llevado ellos la paliza... ¡Les estaría bien empleado!...

Las exclamaciones de Rakitin no eran en vano. Efectivamente, se había armado un escándalo, inaudito e inesperado. Todo había obedecido a «una inspiración».

VIII. El escándalo

Cuando Miúsov e Iván Fiódorovich entraban a ver al higúmeno, Piotr Aleksándrovich, hombre en verdad correcto y fino, no tardó en experimentar, a su modo, un delicado proceso: se avergonzó de haberse enfadado. Sentía en su fuero interno que, en el fondo, tendría que haberse limitado a despreciar al miserable de Fiódor Pávlovich, conservando la sangre fría en la celda del stárets, en vez de perder los estribos como los había perdido. «Los monjes, al menos, no tienen ninguna culpa de lo ocurrido —se dijo, de pronto, al llegar al porche del higúmeno— y, dado que estoy en compañía de gente respetable (por lo visto, el padre Nikolái, el higúmeno, pertenece también a la nobleza), ¿por qué no ser amable, atento y cortés?... No pienso discutir, al contrario, procuraré decir amén a todo, encandilarlos con mi amabilidad y... y... así podré demostrarles que yo no voy de la mano de ese Esopo, de ese payaso, de ese Pierrot, y que he metido la pata, igual que todos ellos...»

En lo referente a las talas en el bosque y los derechos de pesca que eran objeto de litigio (ni él mismo sabía dónde era todo aquello), decidió cedérselos definitivamente, de una vez por todas, ese mismo día —sobre todo, porque era cosa de muy poco valor—, y poner fin a todos sus pleitos con el monasterio.

Se reafirmó en sus buenos propósitos cuando hizo su aparición en el comedor el padre higúmeno. Propiamente, no era un comedor, pues el higúmeno solo disponía de dos habitaciones en el edificio, si bien es cierto que eran notablemente más amplias y cómodas que las del stárets. Con todo, el mobiliario de los cuartos tampoco se distinguía por ser particularmente confortable: los muebles eran de caoba, tapizados en cuero, siguiendo la moda de los años veinte; las tablas del piso ni siquiera estaban pintadas. Sin embargo, todo relucía por su limpieza y en las ventanas había muchas flores valiosas; pero el principal lujo en ese momento, como es natural, consistía en la mesa —hablando, también en este aspecto, en términos relativos— primorosamente servida: el mantel estaba limpio; la vajilla, resplandeciente; había tres variedades de pan, magníficamente horneado, dos botellas de vino, otras dos botellas del excelente hidromiel del monasterio y una gran jarra de cristal con kvas, igualmente del monasterio, famoso en toda la comarca. No había ni una gota de vodka. Más tarde, Rakitin contaría que se había preparado para la ocasión una comida compuesta por cinco platos: había sopa de esturión con empanadillas de pescado; después un pescado hervido, magníficamente preparado, según una receta propia; a continuación, filetes de salmón, helado y compota y, por último, una especie de jalea que recordaba al manjar blanco. Todo esto se lo había oído Rakitin, quien, sin poder contenerse, se

había asomado expresamente a la cocina del higúmeno, donde también tenía sus contactos. Los tenía en todas partes, y sabía tirarles de la lengua. Era de corazón inquieto y envidioso. Era muy consciente de sus notables aptitudes, pero, en su presunción, las exageraba precipitadamente. Estaba convencido de que llegaría a ser una personalidad destacada en su género, pero a Aliosha, que se sentía muy ligado a él, le dolía que su amigo Rakitin fuera insincero y se negara a reconocerlo; al contrario, sabiendo que jamás robaría dinero, aunque estuviera bien a la vista, se consideraba, decididamente, el hombre más honrado del mundo. En ese terreno, ni Aliosha ni nadie tenían nada que hacer.

Rakitin no tenía categoría para que lo invitaran a la comida; en cambio, acudieron como invitados el padre Iósif y el padre Paísi, y con ellos otro hieromonje más. Ya estaban en el comedor esperando al higúmeno cuando entraron Piotr Aleksándrovich, Kalgánov e Iván Fiódorovich. También estaba esperando, un tanto apartado, el terrateniente Maksímov. Para recibir a sus invitados, el padre higúmeno se adelantó hasta el centro de la estancia. Era un anciano alto, enjuto, pero todavía fuerte, moreno, con abundantes canas, de rostro alargado, grave y apagado. Saludó con una inclinación, sin decir nada, a sus invitados, los cuales, en esta ocasión, sí se acercaron a pedirle su bendición. Miúsov estuvo a punto incluso de arriesgarse a besarle la mano, pero el higúmeno la retiró a tiempo, y no hubo tal beso. Por el contrario, Iván Fiódorovich y Kalgánov pudieron esta vez completar el ritual, mediante un sencillo y popular chasquido de labios en la mano.

—Debemos disculparnos, abiertamente, ante su reverencia —empezó Piotr Aleksándrovich, sonriendo con amabilidad, aunque en un tono grave y respetuoso—; debemos disculparnos por acudir sin uno de sus invitados, Fiódor Pávlovich, que había venido con nosotros; se ha visto obligado a ausentarse de su ágape, y no sin motivo. En la celda del reverendo padre Zosima, dejándose llevar por sus impulsos en el curso de una deplorable disputa familiar con su hijo, ha pronunciado algunas palabras completamente inoportunas... dicho de otro modo, completamente indecorosas... de lo cual, al parecer —miró a los hieromonjes—, su reverencia ya está al corriente. Razón por la cual, consciente de su culpa y sinceramente arrepentido, ha experimentado una vergüenza insuperable y nos ha pedido, a su hijo Iván Fiódorovich y a mí mismo, que le manifestemos su más sincero pesar, su desconsuelo y su arrepentimiento... En una palabra, espera y desea poder repararlo todo más adelante, y ahora, solicitando su bendición, le ruega que olvide lo ocurrido...

Miúsov calló. Una vez pronunciadas las últimas palabras de su tirada, se sintió muy satisfecho consigo mismo, tanto que no quedó en su alma ni rastro de su reciente irritación. Volvía a amar a la humanidad, sinceramente y sin reservas. El higúmeno, que le había escuchado con gravedad, inclinó levemente la cabeza y dijo en respuesta:

—Lamento vivamente su ausencia. Acaso, a raíz del ágape habría podido llegar a apreciarnos, al igual que nosotros a él. Les ruego, señores, que se sienten a la mesa.

Se situó ante el icono y empezó a rezar en alta voz. Todos agacharon respetuosamente la cabeza, e incluso el terrateniente Maksímov se hizo notar, juntando las palmas de las manos en señal de singular devoción.

Y justo en ese momento Fiódor Pávlovich hizo su última gansada. Hay que tener presente que en verdad había deseado marcharse y que en verdad era consciente, después de su vergonzosa conducta en la celda del stárets, de la imposibilidad de asistir, como si tal cosa, a la comida del higúmeno. No es que estuviese demasiado avergonzado ni que se considerase culpable de lo ocurrido, si es que no pasaba todo lo contrario; pero, en cualquier caso, sentía que su presencia en la comida no sería oportuna. Pero, en cuanto le acercaron al porche el traqueteante vehículo, y a punto ya de montarse en él, Fiódor Pávlovich se detuvo de repente. Le vinieron a la cabeza las palabras que había pronunciado en presencia del stárets: «Cada vez que entro en un sitio, me da la sensación de que yo soy más canalla que nadie y de que todo el mundo me toma por un bufón»; «venga, vamos a hacer el bufón; no tengo miedo de vuestra opinión, porque todos, todos sin excepción, sois más necios y más canallas que yo». Le entraron ganas de vengar en los demás sus propias vilezas. Recordó entonces, en ese sentido, cómo una vez, hacía tiempo, le habían preguntado: «¿Por qué odia usted tanto a esa persona?». A lo cual había respondido, en un arrebato de bufa desvergüenza: «Pues mire: la verdad es que a mí no me ha hecho nada; en cambio, yo le he hecho una canallada de lo más indecente, y, nada más hacérsela, he empezado a odiarlo». Al recordar aquellas palabras, sonrió silenciosa y maliciosamente, en una rápida reflexión. Los ojos le centellearon y hasta los labios le empezaron a temblar. «Ya que he empezado, habrá que terminar», decidió de pronto. Su más recóndita sensación en esos momentos podría ser descrita con las siguientes palabras: «Ya es demasiado tarde para pensar en una rehabilitación; así pues, voy a ir a escupirles sin recato: ¡si es que no me da ninguna vergüenza, no hay más!». Ordenó al cochero que esperara y regresó al monasterio a buen paso, derecho a la residencia del higúmeno. Aún no sabía muy bien lo que iba a hacer, pero sí sabía que ya no era dueño de sí y que solo necesitaba un ligero empujón para alcanzar, en un abrir y cerrar de ojos, el límite de la infamia; eso sí, no pensaba en ningún caso llegar al crimen ni incurrir en un despropósito por el que pudieran llevarlo a juicio. En última instancia, siempre sabía dominarse, razón por la cual a veces se sorprendía de sí mismo. Se presentó en el comedor del higúmeno en el instante preciso en que había concluido la plegaria y todos se dirigían a la mesa. Desde el umbral, contempló el grupo y se echó a reír con una risa prolongada, insolente, maligna, mirando osadamente a los ojos de todos.

—¡Se creían que me había marchado! ¡Pues aquí me tienen! —gritó, y sus palabras resonaron en toda la sala.

Por un momento todos lo miraron fijamente, sin decir nada, hasta que, de pronto, sintieron que algo iba a ocurrir en ese mismo instante: algo indeseable, disparatado, algo que iba a acarrear inevitablemente un escándalo. Piotr Aleksándrovich, que estaba de un humor excelente, se puso de inmediato hecho una furia. Todo lo que se había calmado y sosegado en su corazón resucitó y se alzó de golpe.

—¡No, no estoy dispuesto a tolerarlo! —gritó—. No puedo... ¡no puedo, de ninguna manera!

La sangre se le subía a la cabeza. Se atropellaba al hablar, pero no estaba ya en condiciones de reparar en las cosas que decía, y cogió su sombrero.

—¿Cómo que no puede? —gritó Fiódor Pávlovich—. ¿Qué es eso que no puede «de ninguna manera»? ¿Puedo pasar o no, su reverencia? ¿Acepta a este comensal?

—Se lo ruego de todo corazón —respondió el higúmeno—. ¡Señores! —añadió de pronto—. Me permito pedirles con toda el alma que, dejando a un lado sus ocasionales querellas, se reúnan en amor y concordia fraterna en este pacífico ágape, al tiempo que elevan sus oraciones al Señor...

—No, no, es imposible —gritó, fuera de sí, Piotr Aleksándrovich.

—Pues si para Piotr Aleksándrovich es imposible, también lo es para mí, y no voy a quedarme. He venido con esta idea: pienso ir a todas partes con Piotr Aleksándrovich; que usted se marcha, Piotr Aleksándrovich, yo también me marchó; que se queda, yo también me quedo. Con eso de la concordia fraterna le ha hecho usted una buena faena, padre higúmeno: ¡no me reconoce como pariente! ¿A que sí, Von Sohn? Aquí tenemos a Von Sohn. Muy buenas, Von Sohn.

—¿Es... a mí? —balbuceó perplejo el terrateniente Maksímov.

—Pues claro que es a ti —gritó Fiódor Pávlovich—. ¿A quién si no? ¡No iba a ser el padre higúmeno Von Sohn!

—Pues yo tampoco soy Von Sohn; yo soy Maksímov.

—No, tú eres Von Sohn. ¿Sabe su reverencia qué es eso de Von Sohn? Hubo un proceso criminal: lo asesinaron en una casa de fornicación (creo que es así como llaman ustedes a esos sitios)... lo asesinaron y lo desvalijaron y, a pesar de su edad respetable, lo metieron en una caja, la cerraron bien cerrada, y de San Petersburgo la facturaron a Moscú, en el vagón del equipaje, con su número correspondiente. Y, mientras claveteaban la tapa, aquellas depravadas bailarinas cantaban canciones y tocaban el gusli, quiero decir, el fortepiano. Pues éste de aquí es el mismísimo Von Sohn. Ha resucitado de entre los muertos, ¿no es verdad, Von Sohn?

—Pero ¿qué es esto? ¿Qué es esto? —se oyeron unas voces en el grupo de hieromonjes.

—¡Vámonos! —gritó Piotr Aleksándrovich, dirigiéndose a Kalgánov.

—¡No, señores! ¡Permítanme! —intervino Fiódor Pávlovich, en tono estridente, avanzando un paso más hacia el interior de la estancia—. Permítanme también a mí

acabar. Allí, en la celda, me han difamado, diciendo que he actuado sin respeto, especialmente por haber hablado, a voz en grito, de gobios. Piotr Aleksándrovich Miúsov, pariente mío, es partidario de que en las palabras haya plus de noblesse que de sincérité, mientras que yo, por el contrario, prefiero en mis palabras plus de sincérité que de noblesse, y ¡al diablo la noblesse! ¿A que sí, Von Sohn? Permita, padre higúmeno; yo, por más que sea un bufón y que me presente como un bufón, soy un caballero de honor y quiero explicarme. Sí, señor; yo soy un caballero de honor, mientras que en Piotr Aleksándrovich solo hay amor propio reprimido, y nada más. Si he venido aquí hace un rato, ha sido, posiblemente, con intención de ver y de explicarme. Tengo aquí a mi hijo Alekséi, que busca su salvación; yo soy su padre: debo preocuparme y me preocupo por su porvenir. He estado escuchando y haciendo mi papel, observando todo con discreción; ahora quiero ofrecerles el último acto de la representación. ¿Cómo actuamos nosotros? Entre nosotros, lo que cae ya no se vuelve a levantar. Lo que ha caído no va a volver a levantarse jamás. ¡Pues no! Yo quiero levantarme. Santos padres, estoy indignado con ustedes. La confesión es un gran sacramento; yo lo respeto y estoy dispuesto a humillarme ante él. Pero resulta que allí, en la celda, todos caen de rodillas y se confiesan en voz alta. ¿Desde cuándo es lícito confesarse de ese modo? La confesión auricular fue establecida por los Padres de la Iglesia: solo en ese caso es un sacramento la confesión; es así desde muy antiguo. Si no, ¿cómo voy a ponerme a explicar yo, por ejemplo, delante de todo el mundo, que si esto o que si lo otro?... Bueno, ya me entienden, que si esto, que si lo otro... ¡Menudo escándalo! No, padres; aquí, entre ustedes, a lo mejor se siente uno arrastrado hacia los flagelantes... Yo, a las primeras de cambio, pienso escribir al Sínodo, y a mi hijo Alekséi me lo voy a llevar a casa...

Aquí una nota bene: Fiódor Pávlovich había oído campanas y no sabía dónde. En otro tiempo se habían difundido maliciosos rumores (en relación no solo con nuestro monasterio, sino también con otros en los que existía igualmente la institución del stárchestvo), que habían llegado a oídos del obispo, según los cuales los startsy eran objeto de una consideración excesiva, en detrimento de la preeminencia del higúmeno; por ejemplo, se acusaba a los startsy de hacer un uso indebido del sacramento de la confesión y otras cosas por el estilo. Eran acusaciones sin ningún sentido, que se habían desvanecido por sí mismas a su debido tiempo, tanto entre nosotros como en otros lugares. Pero el estúpido diablo, que se había apoderado de Fiódor Pávlovich y, dueño de sus nervios, lo llevaba cada vez más lejos hacia un abismo oprobioso, le sopló al oído aquella vieja acusación de la que él mismo no entendía una sola palabra. Ni siquiera fue capaz de formularla correctamente, habida cuenta de que en la celda del stárets nadie se había arrodillado ni se había puesto a confesarse en voz alta, por lo que Fiódor Pávlovich no pudo haber visto nada semejante, y hablaba guiándose únicamente por viejos rumores y chismorreos que le

habían venido, mal que bien, a la memoria. Pero, una vez soltada aquella estupidez, cayó en la cuenta de que había dicho algo sin pies ni cabeza, y de inmediato sintió la necesidad de demostrar a sus interlocutores y, lo que es peor, de demostrarse a sí mismo que lo dicho no era ninguna tontería. Y, aunque sabía de sobra que con cada palabra no haría sino añadir un nuevo disparate, y aún mayor, a los anteriores, se lanzó cuesta abajo, incapaz ya de contenerse.

—¡Cuánta infamia! —gritó Piotr Aleksándrovich.

—Disculpe —dijo de pronto el higúmeno—. Se dijo en otro tiempo: «Y han empezado a hablar de mí, y han dicho muchas cosas, algunas de ellas malas. Mas yo, habiendo oído todo eso, me he dicho: ésta es la medicina de Jesús, el cual me la ha enviado para sanar la vanidad de mi alma». ¡Por eso mismo, también nosotros le damos humildemente las gracias, estimado huésped!

E hizo una profunda reverencia ante Fiódor Pávlovich.

—¡Bah! ¡Mojigatería y frases viejas! ¡Frases viejas y gestos viejos! ¡La vieja mentira y el formalismo de las reverencias hasta el suelo! ¡Ya conocemos estas reverencias! «Un beso en los labios y un puñal en el corazón», como en Los bandidos de Schiller. No me gusta, padres, la falsedad; ¡quiero la verdad! Pero la verdad no está en los gobios, ¡eso ya lo he dicho bien alto! Padres monjes, ¿para qué ayunan? ¿Cómo esperan recibir a cambio una recompensa en el cielo? ¡Por una recompensa así también yo ayunaría! No, monje santo, lo que tienes que hacer es practicar la virtud en esta vida, ser útil a la sociedad en lugar de encerrarte en un monasterio con la comida asegurada y no esperar la recompensa allí arriba: ya verás cómo así cuesta un poco más. Como ve, padre higúmeno, yo también soy capaz de hablar bien. ¿Qué tienen preparado por aquí? —Se acercó a la mesa—. Oporto añejo de la Factory, un médoc embotellado de los hermanos Yeliséiev... ¡caray con los padres! Esto no se parece en nada a los gobios. ¡Hay que ver qué botellitas han preparado los padres! ¡Je, je, je! ¿Y quien ha traído hasta aquí todo esto? ¡Ha sido el campesino ruso, el trabajador, que trae aquí la moneda ganada con sus manos callosas, quitándosela a su prole y a las necesidades del Estado! ¡Porque ustedes, padres santos, están chupando del pueblo!

—¡Eso ya es completamente indigno por su parte! —protestó el padre lósif.

El padre Paísí callaba con obstinación. Miúsov salió a toda prisa de la estancia, y Kalgánov fue tras él.

—Bueno, padres, ¡yo también voy detrás de Piotr Aleksándrovich! No pienso volver más aquí; así me lo pidan de rodillas, no pienso volver. Les mandé mil rubletes, y a ustedes han vuelto a encandilárseles los ojos, ¡je, je, je! No, no voy a añadir nada más. ¡Me estoy vengando por mi pasada juventud, por todas mis humillaciones! —Dio un puñetazo en la mesa, en un acceso de fingida emoción—. ¡Este monasterio ha significado mucho en mi vida! ¡Muchas lágrimas amargas he derramado por él! Ustedes pusieron en mi contra a mi mujer, a la enajenada. ¡Me han maldecido ustedes en siete

concilios, me han criticado en toda la región! ¡Ya basta, padres! Éste es un siglo liberal, es el siglo de los barcos de vapor y de los ferrocarriles. Ni mil rublos, ni cien, ni cien kopeks: ¡no van a recibir de mí nada de nada!

Otra nota bene: nuestro monasterio no había tenido nunca un significado especial en la vida de Fiódor Pávlovich, quien jamás había vertido una sola lágrima amarga por su causa. No obstante, Fiódor Pávlovich estaba tan emocionado con esas fingidas lágrimas suyas que por un momento estuvo a punto de llegar a creérselas; poco le faltó incluso para echarse a llorar, enternecido, pero en ese preciso instante creyó que ya era tiempo de volver grupas. El higúmeno, ante aquella ponzoñosa mentira, inclinó la cabeza y volvió a decir, en tono imponente:

—También se ha dicho: «Sufre con resignación y alegría la infamia inmerecida que sobre ti pesa, y no te aflijas ni odies a tu infamador». Así obraremos.

—¡Bah, subterfugios! ¡Y galimatías! Sigán con sus subterfugios, padres, que yo me voy. Y a mi hijo Alekséi me lo llevo para siempre, en virtud de mi patria potestad. ¡Iván Fiódorovich, reverente hijo mío, haga el favor de seguirme! ¡Von Sohn, para qué quieres quedarte aquí! Ven conmigo a la ciudad. En mi casa hay alegría. Estará como a una versta, y, en vez de aceite de ayuno te daré lechón con gachas; comeremos; te sacaré un coñac, después un licorcito: tengo uno de frambuesa... ¡Ea, Von Sohn, no dejes que pase de largo la felicidad!

Salió gritando y gesticulando. Fue en ese momento cuando Rakitin lo vio y se lo señaló a Aliosha.

—¡Alekséi! —le gritó desde lejos el padre al verlo—. Hoy mismo te trasladas a mi casa definitivamente, y te llevas la almohada y el jergón, para que no quede ni rastro de ti en este sitio.

Aliosha se detuvo, como clavado en el suelo, sin decir nada, observando atentamente la escena. Fiódor Pávlovich, entretanto, se subió al coche, y tras él, sin volverse siquiera hacia Aliosha para despedirse, se dispuso a montar, taciturno y sombrío, Iván Fiódorovich. Pero justo entonces tuvo lugar otra escena estrafalaria y casi inverosímil, que vino a rematar todo el episodio. De pronto, al lado del estribo del coche, apareció el terrateniente Maksímov. Había llegado a la carrera, jadeante, para no retrasarse. Rakitin y Aliosha lo habían visto correr. Iba con tanta prisa que, en su precipitación, puso un pie en el estribo antes de que Iván Fiódorovich hubiera retirado su pie izquierdo y, agarrándose de la caja del coche, se preparó para subir de un salto.

—¡Yo también! ¡Yo también voy con ustedes! —exclamó, al tiempo que daba unos saltitos, con una risa alegre y entrecortada, con cara de dicha y dispuesto a cualquier cosa—. ¡Llévenme a mí también!

—¿No había dicho yo —gritó con entusiasmo Fiódor Pávlovich— que es Von Sohn? ¡Es el verdadero Von Sohn, resucitado de entre los muertos! ¿Cómo has podido salir de ahí? ¿Qué hacías ahí vonsohnizando? Y ¿cómo has podido, precisamente tú,

abandonar la comida? ¡Hace falta ser duro de mollera! ¡Yo ya lo soy, pero tu caso, hermano, me tiene asombrado! ¡Salta, salta rápido! Deja que suba, Vania, será divertido. De un modo u otro, se echará a nuestros pies. ¿Vas a echarte, Von Sohn? ¿Y si le hacemos un hueco en el pescante, con el cochero?... ¡Salta al pescante, Von Sohn!

Pero Iván Fiódorovich, que ya se había acomodado en su sitio, sin decir nada, le dio de sopetón, con todas sus fuerzas, un empujón en el pecho a Maksímov, y este aterrizó a un sazhen de distancia. Si no cayó al suelo, fue por casualidad.

—¡En marcha! —le gritó con rabia al cochero Iván Fiódorovich.

—Pero ¿qué haces? ¿Qué haces? ¿Por qué lo tratas así? —le reprendió Fiódor Pávlovich, pero el coche ya había arrancado.

Iván Fiódorovich no contestó.

—¡Qué cosas tienes! —empezó nuevamente Fiódor Pávlovich, mirando de reojo a su hijo, después de dos minutos de silencio—. Si fuiste tú el que pensó lo del monasterio, el que anduvo pinchando, el que dio su aprobación... ¿a qué viene ahora ese enfado?

—Ya está bien de decir sandeces, descanse un poco ahora, por lo menos —le cortó severo Iván Fiódorovich.

Fiódor Pávlovich volvió a quedarse un par de minutos callado.

—Un poco de coñac vendría bien ahora —comentó en tono sentencioso.

Pero Iván Fiódorovich no contestó.

—Cuando llegemos, tú también beberás.

Iván Fiódorovich seguía sin decir nada.

Fiódor Pávlovich aguantó otro par de minutos.

—Pues a Aliosha, de todos modos, pienso sacarlo del monasterio, por muy desagradable que le resulte a usted, mi reverentísimo Karl von Moor.

Iván Fiódorovich se encogió de hombros desdeñosamente y, volviéndose, se puso a mirar el camino. A partir de ese momento, ya no dijeron nada hasta llegar a casa.

LIBRO TERCERO

LOS LUJURIOSOS

I. En el pabellón del servicio

La casa de Fiódor Pávlovich Karamázov se encontraba lejos del centro de la ciudad, aunque tampoco en las afueras. Era bastante vetusta, pero tenía una fachada agradable: de una sola planta, con entrepiso, pintada de un color tirando a gris y con tejado de hierro rojo. Por lo demás, aún podía tenerse en pie mucho tiempo, era espaciosa y acogedora. Albergaba muchos trasteros, escondites y escalerillas insospechadas. Las ratas pululaban en su interior, pero a Fiódor Pávlovich no le irritaban: «Al menos, con ellas, no se hacen tan aburridas las noches, cuando se queda uno solo». Pues, en efecto, tenía la costumbre de despachar a los criados por la noche a su pabellón y se encerraba a solas con llave. Ese pabellón, situado en el patio, era amplio y sólido. Fiódor Pávlovich había hecho instalar en él una cocina, pese a que ya había una en la casa principal; no le gustaba el olor a condumio, así que hacía que le llevaran la comida a través del patio tanto en invierno como en verano. La casa había sido construida para una familia numerosa y habría podido alojar al quíntuple de señores y criados. Pero en el momento de nuestro relato en la casa solo vivían Fiódor Pávlovich e Iván Fiódorovich, y el pabellón del servicio lo ocupaban en total tres criados: el viejo Grigori, su mujer, la vieja Marfa, y el joven Smerdiakov. Hay que hablar algo más en detalle de estos tres miembros del servicio. Del viejo Grigori Vasílievich Kutúzov, por otra parte, ya hemos dicho bastante. Hombre firme y severo, se encaminaba hacia lo que se proponía con una rectitud obstinada, siempre y cuando ese objetivo, por un motivo u otro (a menudo asombrosamente ilógico), se alzara ante él como una verdad absoluta. En pocas palabras, era honrado e incorruptible. Su mujer, Marfa Ignátievna, aun habiéndose sometido toda la vida sin rechistar a la voluntad de su marido, le había insistido de un modo espantoso, inmediatamente después de la liberación de los campesinos, por ejemplo, para que dejaran a Fiódor Pávlovich y se embarcaran en un pequeño negocio en Moscú (disponían de algunos ahorros), pero Grigori decidió entonces, y de una vez por todas, que su mujer mentía,

«porque ninguna mujer es sincera», y que no debía abandonar a su antiguo amo, fuera éste como fuera, «porque ahora era ése su deber».

—¿Tú entiendes lo que es el deber? —le preguntó a Marfa Ignátievna.

—Sí, Grigori Vasílievich. Lo que no entiendo es que nuestro deber sea quedarnos aquí —le respondió con firmeza Marfa Ignátievna.

—Bah, lo comprendas o no, así será. De ahora en adelante, silencio.

Y así fue: no se marcharon, y Fiódor Pávlovich les asignó un salario, pequeño, pero que les pagaba con regularidad. Grigori sabía, además, que tenía sobre su amo una influencia indiscutible. Lo sentía y era verdad. Bufón astuto y terco, Fiódor Pávlovich, de carácter muy firme «para ciertas cosas de la vida», como él mismo decía, tenía, para gran asombro suyo, un carácter más bien debilucho para tantas otras «cosas de la vida». Sabía muy bien cuáles eran y le daban mucho miedo. Para ciertas cosas de la vida hay que tener los oídos bien abiertos y eso resultaba muy duro sin un hombre de confianza al lado, y Grigori era un hombre fidelísimo. En muchas ocasiones a lo largo de su carrera, Fiódor Pávlovich había podido recibir algún que otro golpe, y además doloroso, y siempre había acudido en su ayuda Grigori, aunque luego, cada vez, recibía un sermón de su amo. Pero no eran solo los golpes lo que asustaba a Fiódor Pávlovich: había casos más graves, incluso muy delicados y complicados, en los que ni siquiera él, quizá, habría sido capaz de definir esa extraordinaria necesidad que sentía de una persona fiel y cercana, la cual experimentaba a veces, de repente, en un instante y de manera incomprensible, dentro de sí. Eran casos casi enfermizos: depravadísimo y a menudo cruel en su lujuria, como un insecto maligno, Fiódor Pávlovich sentía repentinamente, en alguna ocasión, en esos minutos de embriaguez, un miedo espiritual y una sacudida moral que repercutían casi físicamente, por así decirlo, en su alma. «Es como si en esos momentos el alma me palpitase en la garganta», decía a veces. Era justo en esos instantes cuando le gustaba tener a su lado, próximo a él, quizá no en la misma habitación, pero sí en el pabellón, a un hombre leal, firme, completamente distinto a él, no corrompido, y que, aun siendo testigo de su vida en continuo libertinaje y estando al corriente de todos sus secretos, por su fidelidad, le permitiera cualquier cosa, no se opusiera y, lo más importante, no le reprochara nada ni lo amenazara con nada, ya fuera en este mundo o en el futuro, y que, en caso de necesidad, también lo defendiera... ¿de quién? De alguien desconocido, pero terrible y peligroso. Lo esencial era precisamente que debía tener sin falta a otro hombre, un viejo amigo a quien poder llamar en un mal momento, solo para mirarlo a la cara, quizá para intercambiar alguna palabrita, aunque fuera de escasa importancia, y si Grigori se quedaba igual, si no se enfadaba, sentía al instante un alivio en el corazón, pero, si se enojaba, en cambio, se ponía aún más triste. Algunas veces (aunque, por lo demás, muy pocas) Fiódor Pávlovich se presentaba, incluso en plena noche, en el pabellón y despertaba a Grigori, para que éste fuera un rato a hacerle

compañía. Grigori iba, y Fiódor Pávlovich empezaba a hablarle de las tonterías más banales y enseguida le dejaba irse, a veces incluso con una pequeña burla o bromita; y luego, tras mandar todo a paseo, se acostaba y entonces dormía el sueño de los justos. Algo parecido le había pasado a Fiódor Pávlovich cuando llegó Aliosha. Aliosha le «atravesó el corazón» porque «vivía allí, lo veía todo y no reprobaba nada». Más aún, había traído consigo algo insólito: una falta total de desprecio por él, viejo como era; le mostraba, al contrario, una ternura constante y un cariño completamente sincero y natural, así como poco merecido. Todo eso había sido para el viejo depravado y célibe una grandísima sorpresa, totalmente inesperada para él, que hasta ese momento solo había amado «la inmundicia». Cuando se marchó Aliosha, se confesó a sí mismo que había entendido ciertas cosas que hasta entonces no había querido entender.

Ya he mencionado al principio de mi relato cómo detestaba Grigori a Adelaída Ivánovna, la primera esposa de Fiódor Pávlovich y madre de su primer hijo, Dmitri Fiódorovich, y cómo, por el contrario, defendía a su segunda mujer, la histérica Sofia Ivánovna, contra su propio señor y contra todo aquel a quien se le ocurriera decir una palabra mala o frívola sobre ella. La simpatía por esta desgraciada se había convertido para él en algo tan sagrado que ni siquiera veinte años más tarde hubiese soportado de nadie la más mínima alusión acerca de ella y el ofensor se habría encontrado en el acto con su réplica. Por su aspecto, Grigori era un hombre frío y serio, poco hablador, que pronunciaba palabras solemnes, mesuradas. A primera vista también era imposible dilucidar si quería o no a su dócil y obediente mujer; pero sí, en realidad la amaba, y ella, desde luego, lo comprendía. Esta Marfa Ignátievna era una mujer que no solo no era estúpida sino que quizá incluso fuese más inteligente que su marido, por lo menos más sensata en las cuestiones de la vida, y, sin embargo, se había subordinado con resignación y en silencio desde el principio mismo de su unión conyugal y sin duda lo respetaba por su superioridad espiritual. Es digno de señalar que, entre los dos, a lo largo de su vida en común, habían hablado poquísimos y solo de las cosas más corrientes e imprescindibles. El circunspecto y majestuoso Grigori reflexionaba sobre sus asuntos y preocupaciones siempre a solas, así que Marfa Ignátievna había entendido hacía mucho tiempo, y de una vez para siempre, que él no necesitaba en absoluto sus consejos. Sentía que su marido valoraba su silencio y que lo consideraba una prueba de inteligencia. Golpearla no la había golpeado nunca, a excepción de una sola vez, aunque muy levemente. En cierta ocasión, en el pueblo, durante el primer año de matrimonio de Adelaída Ivánovna y Fiódor Pávlovich, las jóvenes y mujeres del pueblo, entonces aún siervas, se reunieron en el patio de la casa señorial para cantar y bailar. Empezaron a entonar *En los prados cuando*, de pronto, Marfa Ignátievna, a la sazón una mujer aún joven, saltó delante del coro y bailó la «danza rusa» de una manera especial, no a la manera del campo, como las otras mujeres, sino como la bailaba cuando servía en casa de los ricos Miúsov, en su teatrillo privado, donde un

maestro de baile, venido expresamente de Moscú, enseñaba danza a los actores. Grigori estuvo viendo a su mujer bailar y, ya en su isba, una hora después, le dio una lección, tirándole un poco del pelo. Pero los golpes se terminaron ahí para siempre, y no volvieron a repetirse en toda su vida; además, Marfa Ignátievna, desde ese día, hizo el voto de no bailar.

Dios no les había dado hijos; tuvieron una criatura, sí, pero murió. Era obvio que a Grigori le gustaban los niños, ni siquiera lo ocultaba, es decir, no se avergonzaba de manifestarlo. A Dmitri Fiódorovich lo tomó a su cargo al huir Adelaída Ivánovna, cuando era un niño de tres años, y lo cuidó casi un año; él mismo lo peinaba y lo lavaba en la tina. Luego se ocupó también de Iván Fiódorovich y de Aliosha, lo que le valió una bofetada, pero todo esto ya lo he contado. Su propio hijo solo le dio la alegría de la esperanza, cuando Marfa Ignátievna aún estaba encinta. Cuando nació, sin embargo, le atravesó el corazón de pena y horror. El hecho es que el niño había venido al mundo con seis dedos. Al verlo, Grigori se quedó tan abatido que no solo estuvo callado hasta el día del bautizo sino que se iba a propósito al huerto para no hablar. Era primavera y, durante tres días seguidos, no hizo sino cavar bancales en el huerto. Al tercer día había que bautizar al niño; para entonces, Grigori ya había tenido tiempo de pensar algo. Al entrar en la isba donde se había reunido el clero con los invitados y, finalmente, con el propio Fiódor Pávlovich, que se había presentado en calidad de padrino, declaró de repente que al niño «no había que bautizarlo bajo ningún concepto»; lo dijo en voz baja, sin excederse en palabras, articulándolas con desgana, limitándose a posar su mirada fija e inexpresiva sobre el sacerdote.

—¿Por qué? —le preguntó el sacerdote con un asombro jovial.

—Porque... es un dragón... —musitó Grigori.

—¿Cómo que un dragón? ¿Qué dragón?

Grigori guardó silencio unos momentos.

—Se ha producido una confusión de la naturaleza... —farfulló y, si bien habló de manera muy poco clara, lo hizo con firmeza, sin ganas, a todas luces, de dar más explicaciones.

Se echaron a reír y, como es natural, bautizaron al pobre niño. Grigori rezó con fervor junto a la pila bautismal, pero no cambió de opinión sobre el recién nacido. Por lo demás, no se opuso a nada, pero en las dos semanas que vivió la enfermiza criatura apenas lo miró, incluso hacía como si no estuviera y pasaba la mayor parte del tiempo fuera de la isba. Pero, cuando al cabo de dos semanas el niño murió de difteria, el propio Grigori lo depositó en el ataúd, lo miró con una profunda tristeza y, en el momento en que cubrían de tierra su pequeña y poco honda tumba, se arrodilló y se inclinó hasta el suelo. Desde entonces, durante muchos años no mencionó a su hijo ni una vez, y tampoco Marfa Ignátievna, en su presencia, se acordaba de él y cuando alguna vez hablaba con alguien de su «hijito» lo hacía en un susurro, aun si no estaba

presente Grigori Vasílievich. Marfa Ignátievna notó que, desde aquella pequeña tumba, su marido había empezado a ocuparse esencialmente de «cosas divinas», leía las Cheti-Minéi, a menudo en silencio y a solas, calándose cada vez sus grandes gafas redondas de montura plateada. Leía pocas veces en voz alta, si acaso en Cuaresma. Le gustaba el Libro de Job, había sacado de no se sabe dónde una colección de discursos y de sermones de «nuestro santo padre Isaac de Siria», y lo leyó obstinadamente muchos años, casi sin entender nada, pero quizá fuera por ese motivo por lo que quería y apreciaba ese libro más que ningún otro. En los últimos tiempos había empezado a escuchar y a estudiar a los flagelantes, tras haber conocido a algunos en la vecindad, y se quedó visiblemente impresionado, si bien no le pareció justo abandonar su fe por otra. Sus lecturas de «cosas divinas» habían conferido a su fisonomía, como es natural, un aspecto aún más solemne.

Quizá tuviera propensión al misticismo. Pero, como hecho a propósito, la llegada al mundo y la muerte de su hijo de seis dedos coincidieron con otro incidente muy extraño, inesperado y singular, que dejó en su alma, según la expresión que utilizaría más adelante, una «huella». Sucedió que el mismo día en que enterraron a la criatura de seis dedos, Marfa Ignátievna, tras despertarse en plena noche, oyó como los llantos de un recién nacido. Se asustó y despertó a su marido. Éste aguzó el oído y se dio cuenta de que más bien era alguien que gemía, «parecía una mujer». Se levantó y se vistió; era una noche de mayo, bastante cálida. Al salir a la entrada, oyó con claridad que los gemidos provenían del huerto. Pero el huerto, por la noche, estaba cerrado con llave desde el patio y no había modo alguno de entrar por otro lugar, pues estaba cercado por una valla alta y recia. De vuelta a casa, Grigori encendió un farol, tomó la llave del huerto y, sin prestar atención al miedo histérico de su mujer, quien continuaba asegurando que oía el llanto de un niño y que seguramente era su hijo, que lloraba y la llamaba, se fue en silencio al huerto. Allí comprendió claramente que los gemidos provenían de la pequeña bania que tenían en el huerto, no lejos de la cancela, y que quien gemía era en realidad una mujer. Al abrir la bania, descubrió un espectáculo ante el cual se quedó estupefacto: una pobre inocente de la ciudad, una yuródivaia, que vagabundeaba por las calles y que todo el mundo conocía con el sobrenombre de Lizaveta la Maloliente, se había refugiado en la bania y acababa de alumbrar a un niño. La criatura yacía a su lado, y ella agonizaba. La mujer no decía una palabra, por la sencilla razón de que no sabía hablar. Pero todo esto habría que explicarlo aparte...

II. Lizaveta la maloliente

Había en esto una circunstancia especial que impresionó profundamente a Grigori y que vino a confirmar definitivamente una sospecha desagradable y repugnante que había tenido. Esta Lizaveta la Maloliente era una muchacha de muy baja estatura, que medía «dos arshiny y pico», como decían enternecidas muchas viejecitas devotas de nuestra ciudad al recordarla después de muerta. Su rostro de veinte años, sano, ancho y sonrosado, era totalmente el de una idiota; sus ojos al mirar se quedaban clavados de una manera desagradable, aunque tranquila. Siempre, tanto en invierno como en verano, iba con los pies desnudos, vestida únicamente con una camisa de cáñamo. Sus cabellos casi negros, muy tupidos, rizados igual que la lana de una oveja, cubrían su cabeza como un enorme gorro de piel. Además, siempre estaban manchados de tierra, de barro, cubiertos de hojitas, brizas y virutas, porque siempre dormía en el suelo y entre suciedad. Su padre, Iliá, era un menestral enfermizo y arruinado que bebía mucho; no tenía hogar y desde hacía muchos años se ganaba la vida trabajando en casa de unos amos acomodados, menestrales también de nuestra ciudad. La madre de Lizaveta había muerto hacía mucho tiempo. Siempre enfermo y rabioso, Iliá golpeaba a Lizaveta de una manera inhumana, cuando ésta iba a casa. Pero aparecía por allí en muy contadas ocasiones, porque se ganaba el pan en todas partes como una yuródivaia, una santa criatura de Dios. Los amos de Iliá, el propio Iliá e incluso muchos ciudadanos compasivos, sobre todo comerciantes y sus mujeres, habían intentado más de una vez vestir a Lizaveta de una manera más decente que con la sola camisa y, para el invierno, siempre le ponían una larga zamarra de piel de oveja y la calzaban con un par de botas altas; ella solía dejar que la vistieran, sin poner objeciones, pero luego se iba y, en cualquier sitio, en especial en el atrio de la catedral, se despojaba de todo lo que le habían ofrecido —un pañuelo, una falda, la zamarra, las botas—, lo dejaba todo allí y se iba descalza, sin más ropa que la camisa, como antes. Una vez el nuevo gobernador de nuestra provincia, en una visita de inspección a nuestra pequeña ciudad, se sintió muy agraviado en sus mejores sentimientos al ver a Lizaveta y, aun entendiendo que se trataba de una yuródivaia, tal y como le habían informado, señaló que una joven que vagaba por las calles sin más ropa que una camisa era un atentado contra la decencia y ordenó que en lo sucesivo no se volviera a repetir. Pero el gobernador se fue y a Lizaveta la dejaron tal como estaba. Su padre acabó muriendo y ella, como huérfana, fue aún más querida por todas las almas piadosas de la ciudad. En efecto, parecía incluso que todos la querían; los niños no se burlaban de ella ni la ofendían, y eso a pesar de que nuestros niños, sobre todo en la escuela, son unos

gamberros. Entraba en casas de desconocidos y nadie la echaba; al contrario, todos le daban muestras de cariño y una monedita de medio kopek. Le daban la monedita, ella la tomaba y enseguida iba a echarla en un vaso de limosna, bien para la iglesia, bien para la cárcel. Si en el mercado le daban una rosca de pan o un bollo, se lo regalaba siempre al primer niño con el que se encontraba, o bien paraba a una de las señoras más ricas de nuestra ciudad, también para dárselo, y las señoras lo aceptaban incluso con alegría. En cuanto a ella, no se alimentaba más que con pan negro y agua. A veces entraba en una tienda opulenta, se sentaba; allí había mercancías de valor, también dinero, pero los dueños de la tienda nunca la vigilaban, sabían que, aunque se olvidaran miles de rublos delante de ella, no cogería ni un kopek. En la iglesia entraba en muy contadas ocasiones, dormía sobre todo en los atrios de los templos o bien, tras saltar una valla de zarzo (seguimos teniendo en la ciudad muchas vallas de zarzo en lugar de madera), en el huerto de alguien. Por su casa, es decir, por la casa de aquellos amos donde había vivido su difunto padre, aparecía aproximadamente una vez por semana y, en invierno, iba también todos los días, pero solo para pasar la noche, y pernoctaba bien en el zaguán, bien en el establo. Se sorprendían de que pudiera soportar semejante vida, pero ella ya estaba acostumbrada; aunque era de pequeña estatura, tenía una complexión extraordinariamente robusta. Algunos de nuestros señores afirmaban que, todo eso, lo hacía solo por orgullo, pero de alguna manera esa opinión no se sustentaba: no sabía pronunciar ni una sola palabra, solo de vez en cuando conseguía mover la lengua y proferir un mugido. ¡Cómo se podía hablar de orgullo! Una vez (hace ya bastante tiempo), en una clara y templada noche septembrina de plenilunio, a una hora muy tardía para nuestras costumbres locales, una embriagada cuadrilla de señores de nuestra ciudad, unos cinco o seis hombres gallardos que habían estado de juerga, volvían del club a sus casas, atajando por patios traseros. Los dos lados del callejón estaban bordeados de vallas de zarzo tras las cuales se extendían los huertos de las casas adyacentes; el callejón daba a una pasarela que atravesaba ese largo y maloliente charco que entre nosotros se califica a veces de riachuelo. Junto a la valla, entre ortigas y bardanas, nuestra pandilla descubrió a la durmiente Lizaveta. Los señores, que estaban de lo más alegres, se detuvieron delante de ella riendo a carcajadas y se pusieron a bromear diciendo todas las obscenidades posibles. A un joven petimetre se le ocurrió hacer una pregunta completamente excéntrica sobre un tema imposible: «¿Podría alguien, quienquiera que fuese, tomar a semejante bestia por una mujer, en este mismo momento, etcétera?». Todos, con orgullosa repugnancia, determinaron que era imposible. Pero en ese grupo se encontraba Fiódor Pávlovich, quien de pronto dio un brinco y declaró que sí, que se la podía considerar una mujer, y hasta sobradamente, y que eso incluso le añadía una especie de picante particular, etcétera, etcétera. Ciertamente, en esa época, entre nosotros, Fiódor Pávlovich trataba de representar de un modo demasiado

ostentoso el papel de bufón, le gustaba exhibirse y hacer reír a los señores, en un aparente plano de igualdad, por supuesto, pero, en realidad, se portaba ante ellos como un patán. Eso ocurrió en el momento preciso en que acababa de llegarle de San Petersburgo la noticia de la muerte de su primera esposa, Adelaída Ivánovna, y, cuando, con un crespón en el sombrero, bebía y se comportaba de una manera tan indecorosa, las otras personas de la ciudad, incluso las más depravadas, se incomodaban al verlo. La pandilla, por supuesto, estalló en carcajadas ante aquella opinión inesperada; uno de ellos incluso empezó a provocar a Fiódor Pávlovich, pero los demás mostraron mayor repugnancia que antes, si bien todo ello todavía con una jovialidad desmedida, y, finalmente, cada uno retomó su camino. Más tarde, Fiódor Pávlovich juró y perjuró que aquella noche se había ido con los demás; quizá fuera así realmente, nadie lo puede saber a ciencia cierta ni lo sabrá nunca, pero cinco o seis meses después todos en la ciudad empezaron a hablar con sincera y extraordinaria indignación de que Lizaveta estaba encinta, preguntaban, hacían indagaciones: ¿de quién era el pecado? ¿Quién era el ofensor? Y fue entonces cuando repentinamente se extendió por toda la ciudad el estrambótico rumor de que el ofensor había sido el propio Fiódor Pávlovich. ¿De dónde había salido ese rumor? De aquella pandilla de señores juerguistas para entonces ya solo quedaba en la ciudad uno de sus miembros, un hombre que, además de tener cierta edad, era un respetable consejero de Estado, con familia e hijas adultas, que de ningún modo habría difundido la noticia, ni aun cuando hubiese sucedido algo; en cuanto a los otros participantes, unos cinco hombres, ya se habían ido de la ciudad. Pero el rumor había apuntado directamente a Fiódor Pávlovich y seguía señalándolo. Desde luego, él nunca lo admitió: ni siquiera se dignó replicar a esos insignificantes mercaderes o menestrales. Entonces era un hombre orgulloso y se negaba a hablar si no era en compañía de funcionarios y nobles, a quienes tanto divertía. Fue en ese momento cuando Grigori, enérgicamente, con todas sus fuerzas, se alzó a favor de su señor y no solo lo defendía contra todas esas calumnias sino que discutía y reñía por él, haciendo cambiar a muchos de opinión. «Es ella, esa criatura ruin, la culpable», afirmaba con rotundidad; el ofensor no era otro que «Karp, el del tornillo» (así llamaban a un temible convicto, muy famoso en aquella época, que se acababa de escapar de la cárcel provincial y vivía oculto en nuestra ciudad). Esta conjetura parecía verosímil, pues se acordaban de Karp, recordaban precisamente que aquellas mismas noches, próximo el otoño, Karp había callejeado por la ciudad y desvalijado a tres personas. Pero todo este incidente y todas estas habladurías no solo no disiparon en absoluto la simpatía general por la pobre yuródivaia, sino que todos se pusieron a protegerla y a ampararla aún más. La señora Kondrátieva, viuda acomodada de un comerciante, incluso lo dispuso todo para llevar a Lizaveta a su casa ya a finales de abril y no dejarla salir hasta que diera a luz. La vigilaban sin descanso, pero al final, a pesar de toda la vigilancia, Lizaveta, ya por la

noche, salió de pronto a escondidas de la casa de Kondrátieva y fue a parar al huerto de Fiódor Pávlovich. Cómo logró, en su estado, pasar por encima de la elevada y sólida valla del huerto sigue siendo una especie de enigma. Unos afirmaban que «alguien la había transportado» y otros que «algo la había transportado». Lo más probable es que todo ocurriera de una manera natural, si bien bastante complicada, y que Lizaveta, que sabía pasar por encima de las vallas de zarzo para entrar en los huertos ajenos a pasar la noche, se hubiese, de algún modo, encaramado también a la valla de madera de Fiódor Pávlovich y, desde lo alto, aun haciéndose daño, hubiese saltado al huerto, a pesar de su embarazo. Grigori se abalanzó sobre Marfa Ignátievna y la envió a que ayudara a Lizaveta, mientras él se iba corriendo en busca de una vieja partera, la mujer de un menestral que, por cierto, no vivía lejos. salvaron al niño, pero Lizaveta murió al amanecer. Grigori tomó al recién nacido, lo llevó a su casa, hizo sentar a su mujer y se lo puso en el regazo, junto a su pecho: «Esta criatura de Dios, este huérfano, es pariente de todos, y aún más de nosotros. Nos lo envía nuestro pequeño difunto, ha nacido de un hijo del demonio y de una santa. Aliméntalo y no llores más». Así Marfa Ignátievna se hizo cargo del niño. Lo bautizaron y le pusieron de nombre Pável; en cuanto al patronímico, todos, incluidos ellos dos, sin que nadie así se lo indicara, empezaron a llamarlo Fiódorovich. Fiódor Pávlovich no puso objeción alguna y hasta encontró todo eso divertido, aunque siguió negando su implicación con todas sus fuerzas. En la ciudad gustó que acogiera al huérfano. Más adelante incluso pensó para él un apellido: lo llamó Smerdiakov por el apodo de su madre. Smerdiakov se convirtió en el segundo criado de Fiódor Pávlovich y vivía, al principio de nuestra historia, en el pabellón, con el viejo Grigori y la vieja Marfa. Hacía de cocinero. Haría mucha falta también que añadiera algo de él en particular, pero me da ya vergüenza distraer durante tanto tiempo la atención de mi lector hacia unos criados tan corrientes: por eso, retomo mi relato, con la esperanza de que se presente por sí sola la ocasión de hablar de Smerdiakov a lo largo de la novela.

III. La confesión de un corazón ardiente. En verso

Aliosha, tras haber oído la orden que su padre le había gritado desde el coche mientras se iba del monasterio, permaneció un rato inmóvil, en medio de una gran perplejidad. No es que estuviera allí clavado como un poste, esas cosas no le pasaban. Al contrario, pese a toda su turbación, se las arregló para dirigirse enseguida a la cocina del padre higúmeno y averiguar qué había hecho su progenitor arriba. Luego se encaminó a la ciudad, con la esperanza de que durante el recorrido lograría resolver de algún modo el problema que lo atormentaba. Me apresuraré a decir que los gritos de su padre y la orden de que se trasladara a casa «con las almohadas y el jergón» no le asustaban lo más mínimo. Entendía demasiado bien que esa orden, pronunciada en voz alta y con un grito tan ostentoso, había sido dada «en un arrebato», incluso en aras de la belleza, por así decir, de modo parecido a lo de aquel menestral de nuestra pequeña ciudad, que había bebido más de la cuenta en su fiesta de cumpleaños, en presencia de los invitados, se había enojado porque no le servían más vodka y de buenas a primeras se había puesto a romper su propia vajilla, a desgarrar su ropa y la de su mujer, a destrozarse los muebles y, por último, los cristales de la casa, y todo eso, asimismo, en aras de la belleza. Una cosa de este género, desde luego, le acababa de ocurrir a su padre. Ni que decir tiene que al día siguiente aquel menestral, después de la juerga y tras pasársele la borrachera, había lamentado las tazas y los platos rotos. Aliosha sabía que también el viejo, sin duda, le dejaría volver al monasterio al día siguiente, o quizá incluso esa misma tarde. Estaba totalmente convencido, además, de que él era la última persona a la que su padre querría ofender. Aliosha estaba seguro de que nadie en el mundo quería ofenderlo nunca, y no solo es que no quisieran ofenderlo, sino que tampoco podían. Eso, para él, era un axioma, definitivamente aceptado, sin discusiones, y con éstas siguió adelante, sin la menor vacilación.

Pero en ese momento se agitaba en él otro miedo, de un género completamente distinto, y mucho más doloroso, porque ni el propio Aliosha podía definirlo; era precisamente el miedo a la mujer y, en concreto, a Katerina Ivánovna, que tan insistentemente le había suplicado, en la nota que le había entregado la señora Jojlakova, que fuera a verla sin especificar el motivo. Esta petición y la apremiante necesidad de cumplirla despertaron al instante cierta sensación de tormento en su corazón y, durante toda la mañana, a medida que pasaba el tiempo, esa sensación había ido creciendo y haciéndose más dolorosa, a pesar de todas las escenas e incidentes que habían ocurrido después en el monasterio, así como hacía un momento junto al padre higúmeno, etcétera, etcétera. Lo que temía no era ignorar de qué quería

hablarle ella y qué le respondería él. Y no era a la mujer, en general, lo que temía en ella: tenía escasos conocimientos de las mujeres, desde luego, pero, aun así, llevaba toda la vida, desde su más tierna infancia hasta su ingreso en el monasterio, viviendo únicamente con ellas. Temía en concreto a esa mujer, precisamente a Katerina Ivánovna. La había temido desde la primera vez que la vio. Y solo la había visto una o dos veces, puede que tres, y hasta había intercambiado algunas palabras con ella en una ocasión. Recordaba su imagen como la de una joven bella, arrogante e imperiosa. Pero no era su belleza lo que le atormentaba sino algo diferente. Era justamente esa inexplicable naturaleza de su miedo lo que acrecentaba su temor. Los fines de la joven eran nobilísimos, él lo sabía; se afanaba en salvar a su hermano Dmitri, que ya era culpable ante ella, y si se afanaba era solo por generosidad. Pero, a pesar de la conciencia y justicia que él no podía dejar de atribuir a todos esos sentimientos magníficos y generosos, un frío le recorría la espalda a medida que se acercaba a su casa.

Se dio cuenta de que no hallaría a su hermano Iván Fiódorovich, tan cercano a ella, en casa de Katerina Ivánovna: su hermano debía de estar ahora con su padre. Estaba aún más seguro de que no encontraría a Dmitri allí, e intuía el porqué. Así que tendrían una charla en privado. Le habría gustado mucho ver, antes de esa conversación fatídica, a su hermano Dmitri, pasar un rato a su lado. Habría intercambiado algunas palabras con él, sin enseñarle la carta. Pero su hermano Dmitri vivía lejos y lo más probable es que tampoco estuviera en casa. Tras detenerse un instante, tomó una decisión definitiva. Se santiguó con gesto habitual y apresurado, acto seguido sonrió por algo y se dirigió con firmeza a ver a su terrible dama.

Conocía la casa. Pero si hubiera tenido que ir hasta la calle Mayor, luego atravesar la plaza, etcétera, habría tenido que ir bastante lejos. Nuestra pequeña ciudad es muy dispersa y las distancias suelen ser más bien grandes. Además, su padre lo estaba esperando, quizá aún no hubiese tenido tiempo de olvidar su orden, podía enfadarse, y por eso debía darse prisa para llegar a un sitio y a otro. Como resultado de todas estas consideraciones, decidió acortar el camino pasando por los patios traseros, pues se conocía todos los atajos de la ciudad como la palma de su mano. Eso equivalía a prescindir casi totalmente de los caminos, avanzar a lo largo de cercados desiertos, saltar incluso a veces vallas ajenas y atravesar patios ajenos, donde, por lo demás, todos lo conocían y saludaban. De esta manera podía alcanzar la calle Mayor en la mitad de tiempo. En cierto momento tuvo incluso que pasar muy cerca de la casa paterna, justo por delante del huerto colindante con el de su padre, que pertenecía a una casita decrepita y ruinoso de cuatro ventanas. La propietaria de esta casita era, como sabía Aliosha, una menestrala de la ciudad, una vieja a la que le faltaba una pierna y que vivía con su hija, una antigua camarera que se había habituado a la vida civilizada de la capital, donde había residido siempre en casas de generales, que

desde hacía un año había vuelto a su casa, a causa de la enfermedad de la anciana, y a la que le gustaba lucir sus vestidos elegantes. La vieja y su hija habían caído, sin embargo, en una miseria terrible, tanto que cada día iban a la cocina de Fiódor Pávlovich, como vecinas suyas, para obtener un poco de sopa y pan. Marfa Ignátievna les servía de buen grado. Pero la hija, aunque iba a buscar sopa, no había vendido ni uno solo de sus vestidos y hasta tenía uno con una cola larguísima. De esta circunstancia se había enterado Aliosha de una forma del todo casual, desde luego, por su amigo Rakitin, que decididamente estaba al corriente de todo lo que ocurría en nuestra pequeña ciudad, y, nada más enterarse, se había olvidado de ella por completo. Pero, al llegar a la altura del huerto de la vecina, de repente se acordó de esa cola, alzó rápidamente la cabeza gacha y pensativa y... tuvo un encuentro totalmente inesperado.

En el huerto de las vecinas, encaramado a algo al otro lado de la valla, asomaba, visible hasta el pecho, su hermano Dmitri Fiódorovich; estaba gesticulando con todas sus fuerzas, llamándolo para que se acercara; por lo visto, no solo le daba miedo gritar, sino hasta decir una palabra en voz alta, no fuera a oírlo alguien. Aliosha corrió al instante hacia la valla.

—Menos mal que se te ha ocurrido levantar la vista, estaba a punto de gritarte —le susurró apresuradamente Dmitri Fiódorovich, todo contento—. ¡Súbete aquí! ¡Rápido! Ah, qué bien que hayas venido. Estaba pensando en ti...

También Aliosha estaba contento y solo se preguntaba cómo iba a escalar y pasar por encima de la valla. Pero Mitia, con su brazo hercúleo, lo agarró del codo y lo ayudó a saltar. Recogiéndose la sotana, saltó con la ligereza de un pilluelo descalzo.

—¡Muévete, vamos! —le soltó Mitia en un susurro arrebatado.

—¿Adónde? —preguntó Aliosha, también en un susurro, mirando a todos los lados y descubriendo que se encontraba en un huerto completamente vacío donde, aparte de ellos dos, no había nadie. El huerto era pequeño, pero la casita de los propietarios se alzaba a no menos de unos cincuenta pasos de distancia—. Pero si aquí no hay nadie, ¿por qué hablas en voz baja?

—¿Por qué? ¡Ah, que el diablo me lleve! —gritó de repente Dmitri Fiódorovich a voz en cuello—. Sí, ¿por qué hablo en voz baja? ¿Ves qué confusión de la naturaleza puede obrarse de repente? Estoy aquí escondido, guardando un secreto. La explicación, más adelante; pero, sabiendo que es un secreto, me he puesto a hablar también secretamente, susurrando como un tonto cuando no hay necesidad alguna. ¡Vamos, por allí! Por ahora, silencio. ¡Quiero darte un beso!

¡Gloria al Altísimo en el mundo,
gloria al Altísimo en mí...!

»Antes de que llegaras, estaba aquí, recitándome eso...

En el huerto, que mediría una desiatina o poco más, solo había árboles plantados en el perímetro, a lo largo de las cuatro vallas: manzanos, arces, tilos y abedules. El centro del huerto estaba vacío y formaba una especie de prado en el que se segaban varios pudy de heno en verano. La propietaria daba en arriendo este huerto al llegar la primavera por algunos rublos. Había bancales de frambuesa, uva espina y grosella, igualmente a lo largo del cercado; también bancales de verduras muy cerca de la casa, cultivados desde hacía poco tiempo. Dmitri Fiódorovich condujo a su invitado hacia el rincón más apartado del huerto. Allí, entre los tilos frondosos y los viejos arbustos de grosellero y saúco, entre mundillos y lilas, aparecieron de pronto las ruinas de un antiquísimo cenador verde, ennegrecido y ladeado, con las paredes de rejilla, pero con un techo bajo el cual aún era posible guarecerse de la lluvia. Ese cenador había sido construido Dios sabe cuándo, por lo menos hacía unos cincuenta años, según la leyenda, por orden de quien era a la sazón propietario de la casa, un tal Aleksandr Kárlovich von Schmidt, teniente coronel retirado. Pero todo estaba ya deslucido, el suelo podrido, todas las tarimas se tambaleaban, la madera olía a humedad. En el cenador había una mesa verde de madera sujeta al suelo y rodeada de bancos, también verdes, donde todavía era posible sentarse. Aliosha enseguida se había dado cuenta del estado de exaltación de su hermano, pero, al entrar en el cenador, vio sobre la mesa media botella de coñac y una copita.

—¡Es coñac! —dijo Mitia soltando una carcajada—. Ya veo lo que estás pensando: «¡Ya se ha dado otra vez a la bebida!». No creas en fantasmas.

No creas a la vana y embustera muchedumbre.

Olvida tus dudas...!

»No me emborracho, solo “paladeo”, como dice ese cerdo de Rakitin, amigo tuyo, que cuando llegue a ser consejero de Estado seguirá diciéndolo. Siéntate. Te cogería y te estrecharía entre mis brazos hasta aplastarte, Aliosha, porque en todo el mundo, créeme, de verdad, de-ver-dad (¿lo entiendes?), ¡solo te quiero a ti! —Pronunció estas últimas palabras casi en un estado de frenesí—. Solo a ti y a una “infame” de la que me he enamorado. Sí, estoy perdido. Pero enamorarse no significa amar. Uno puede enamorarse incluso odiando. ¡Recuérdalo! Te lo digo ahora, mientras aún hay placer en ello. Siéntate aquí, a la mesa, y yo me sentaré muy cerca, a tu lado, y te miraré mientras no dejo de hablar. Tú callarás, y yo te lo diré todo, porque ha llegado el momento de hablar. Pero ¿sabes?, he pensado que hay que hablar en voz baja, sí, porque aquí... aquí... quizá puedan oírnos los oídos más inesperados. Te lo explicaré todo, ya te lo he dicho: la continuación vendrá más tarde. ¿Por qué crees que rabiaba por saber de ti, por qué tenía tantas ganas de verte todos estos días y también ahora? (Ya hace cinco días que eché anclas aquí.) ¿Por qué todos estos días? Porque solo a ti voy a decírtelo todo, porque es necesario, porque tú eres necesario, porque mañana caeré de las nubes, porque mañana la vida terminará y comenzará. ¿Has sentido, has

soñado alguna vez que caes de una montaña a un hoyo? Bien, así estoy yo cayendo ahora, y no es un sueño. Y no tengo miedo, tú tampoco lo tengas. Es decir, sí que tengo miedo, pero es un miedo dulce. Como una exaltación... Bueno, al diablo, lo que sea, qué más da. Espíritu fuerte, espíritu débil, espíritu de mujer, ¿qué más da? Alabemos la naturaleza: ¡mira cuánto sol, el cielo tan limpio, las hojas todas verdes, todavía es pleno verano, las cuatro de la tarde, el silencio! ¿Adónde ibas?

—A casa de nuestro padre, pero primero quería pasar a ver a Katerina Ivánovna.

—¡A casa de ella y a casa de nuestro padre! ¡Oh, qué coincidencia! Pero ¿por qué te llamaba yo, por qué quería verte, por qué lo ansiaba y deseaba con todos los meandros de mi alma e incluso con mis costillas? Para enviarte precisamente con padre, de mi parte, y luego con ella, Katerina Ivánovna, y así acabar con ella y con padre. Para enviar a un ángel. Podría haber mandado a cualquiera, pero necesitaba mandar a un ángel. Y resulta que tú mismo vas a verlos, a ella y a padre.

—¿De verdad querías mandarme a mí? —le soltó Aliosha con una expresión de dolor en el rostro.

—Espera, tú lo sabías. Y veo que lo has comprendido todo al instante. Pero calla, por ahora calla. ¡No me compadezcas y no llores!

Dmitri Fiódorovich se levantó, se quedó pensativo y se puso un dedo en la frente:

—Te ha llamado ella misma, te ha escrito una carta o algo así, por eso ibas a verla; de lo contrario, ¿acaso irías?

—Aquí está la nota —Aliosha la sacó del bolsillo. Mitia la leyó rápidamente.

—¡Y tú has venido por patios traseros! ¡Oh, dioses! Os agradezco que lo enviaseis por atajos y que fuera a parar hasta mí, como el pez de oro que pesca el viejo y estúpido pescador en el cuento. Escucha, Aliosha, escucha, hermano. Ahora voy a contártelo todo. Porque a alguien tengo que decírselo. Al ángel del cielo ya se lo he dicho, pero debo decírselo también a un ángel en la tierra. Tú eres un ángel en la tierra. Tú escucharás, juzgarás y perdonarás... Y eso es lo que yo necesito, que alguien superior me perdone. Escucha: si dos seres de repente rompen con todo lo terrenal y vuelan hacia lo extraordinario, o al menos alguno de ellos lo hace, y antes de eso, mientras emprende el vuelo o perece, se acerca a otro ser y le dice: hazme esto o aquello, algo que uno nunca pediría a nadie, salvo en el lecho de muerte... ¿Puede uno negarse a hacerlo... si es un amigo, un hermano?

—Yo lo haré, pero dime qué es y dímelo cuanto antes —dijo Aliosha.

—Cuanto antes... Hum... No tengas prisa, Aliosha: tienes prisa y te preocupas. No hay por qué apresurarse ahora. Ahora el mundo ha salido a una nueva calle. ¡Ay, Aliosha, es una pena que nunca hayas alcanzado el éxtasis! Pero ¿qué estoy diciendo? ¡Como si no lo hubieras alcanzado! ¡Qué charlatán soy!

¡Que el hombre sea noble!

»¿De quién es ese verso?

Aliosha decidió esperar. Comprendió que, posiblemente, todo lo que tenía que hacer en ese momento estaba allí. Mitia se quedó pensativo un instante, con los codos sobre la mesa y la cabeza apoyada en la palma de una mano. Los dos estuvieron un rato callados.

—Liosha —dijo Mitia—, ¡tú eres el único que no se va a reír! Quisiera empezar... mi confesión... con el himno a la alegría de Schiller. An die Freude! Pero no sé alemán, solo sé que se llama An die Freude. No creas que hablo así porque estoy borracho. No lo estoy en absoluto. El coñac es coñac, pero yo necesito dos botellas para embriagarme.

Así, Sileno carirrojo,
sobre su asno tropezón,

»pero yo no he bebido ni un cuarto de botella y tampoco soy Sileno. No soy Sileno, pero sí silente, porque como te he dicho he tomado una decisión para siempre. Perdóname el juego de palabras, tendrás que perdonarme muchas cosas hoy, no solo el juego de palabras. No te inquietes, no me extenderé mucho, te cuento una cosa y enseguida llegaré al meollo. No te haré perder el tiempo como un miserable judío. Espera, cómo es eso... —Alzó la cabeza, se quedó pensativo y de repente se lanzó a recitar con voz exaltada—:

Tímido, desnudo y salvaje
se ocultaba el troglodita
en la hendidura de la montaña,
vagaba el nómada por campos
y a su paso los asolaba.
El cazador, con lanzas y flechas,
batía amenazante los bosques...
¡Ay, del náufrago llevado por las olas
hasta aquellas playas inhóspitas!

Desde las alturas del Olimpo,
desciende la madre Ceres
en busca de Proserpina, raptada:
la tierra que pisa es salvaje.
Nada de cobijo, nada de ofrendas
que saluden a la divinidad,
y el culto ignora a los dioses,
ningún templo los adora.

Los frutos del campo, los dulces racimos,
no adornan ningún banquete,
solo humean los restos de las víctimas

sobre los altares ensangrentados.
Y dondequiera que abarque
Ceres con su triste mirada
encuentra a los hombres
en dolorosa humillación.

De repente unos sollozos brotaron del pecho de Mitia. Cogió a Aliosha de la mano.

—Amigo, amigo, sí, en la humillación, en la profunda humillación todavía. ¡Es terrible lo mucho que ha de soportar el hombre en la tierra, es terrible la cantidad de sus desdichas! No creas que soy solo un fanfarrón, disfrazado de oficial, que se emborracha con coñac y se entrega al libertinaje. Yo, hermano, casi solo pienso en eso, en ese hombre humillado, si es que no miento. Dios me salve de mentir o de jactarme. Porque pienso en ese hombre, yo mismo soy ese hombre:

Para que el hombre salga de la abyección
por la fuerza de su alma
es preciso que forje un pacto eterno
con la antigua madre Tierra...

»Solo que ahí está el problema: ¿cómo pactar esta alianza eterna con la tierra? Yo no beso la tierra, no le abro el seno; ¿tendría que hacerme campesino o pastor? Camino y no sé nada, no sé si he caído en el hedor y en la vergüenza o en la luz y en la alegría. Ésa es la desgracia. Y cuando me encontraba sumido en la más profunda, en la más honda vergüenza (y eso era lo único que me sucedía), siempre leía este poema sobre Ceres y el hombre. ¿Me servía para corregirme? ¡Nunca! Porque soy un Karamázov. Y cuando me precipito al abismo, me precipito derecho, con la cabeza abajo y los talones arriba, incluso me siento satisfecho de caer en una posición tan humillante y considero que para mí eso es la belleza. Y desde el fondo de esta vergüenza de pronto empiezo un himno. Sí, soy un maldito, soy miserable y vil, pero también puedo besar el borde de esa túnica con la que se envuelve mi Dios y, aunque al mismo tiempo siga al diablo, continúo siendo tu hijo, Señor, y te amo, y siento una felicidad sin la cual el mundo no puede mantenerse ni ser.

El alma de la creación divina
apaga su sed con eterna alegría,
la llama de la vida prende
con la secreta fuerza de la fermentación;
es ella la que hace crecer la hierba,
en soles torna el caos
y, libres de los astrónomos,
por los espacios los astros dispersa.

Del seno de la naturaleza

todo lo nacido alegría bebe.
Arrastra tras de sí seres y pueblos,
amigos nos brindó en el infortunio,
zumo de uvas, coronas de flores,
y la lujuria de los insectos...
Y el ángel ante Dios comparecerá.

»Pero ¡basta de poesía! He vertido lágrimas, déjame llorar un poco más. Que sea una estupidez de la que todos se rían, pero tú no. A ti también te brillan los ojos. Basta de poesía. Quiero hablarte ahora de los "insectos", de esos a los que Dios ha dotado de lujuria.

¡A los insectos, la lujuria!

»Yo, hermano, soy ese insecto, y esas palabras fueron pronunciadas especialmente para mí. Y todos nosotros, los Karamázov, somos así; ese insecto también vive dentro de ti, Aliosha, que eres un ángel, y engendra tormentas en tu sangre. ¡Tormentas, porque la lujuria es una tormenta, más que una tormenta! ¡La belleza es una cosa terrible y pavorosa! Terrible porque es indefinible, nadie la puede definir, porque Dios solo nos ha dado enigmas. Aquí las orillas convergen, aquí todas las contradicciones conviven. Soy muy poco instruido, hermano, pero he pensado mucho en estas cosas. ¡Son muchos los misterios aterradores! ¡Demasiados los enigmas que abruman al hombre en la tierra! Desentráñalos como puedas y sal intacto. ¡La belleza! No puedo soportar que un hombre de gran corazón y elevada inteligencia empiece con el ideal de la Madona y termine con el de Sodoma. Pero aún más espantoso es que, llevando en el alma el ideal de Sodoma, no reniegue del de la Madona, que siga ardiendo por él su corazón, y de verdad, como en los años immaculados de su juventud. No, el ser humano es vasto, demasiado vasto, me gustaría reducirlo. ¡El diablo sabrá lo que significa! Lo que a la razón se le presenta como una vergüenza, para el corazón no es sino belleza. ¿En Sodoma hay belleza? Créeme, para la mayoría de la gente es precisamente en Sodoma donde reside la belleza: ¿no conocías ese secreto? Lo terrible es que la belleza no solo es espantosa, sino también un enigma. Es la lucha entre el diablo y Dios, con el corazón del hombre como campo de batalla. De todos modos, cada uno habla de lo que le duele. Escucha, ahora vamos al grano.

IV. La confesión de un corazón ardiente. En anécdotas

—Yo allí llevaba una vida disoluta. Nuestro padre decía hace poco que he gastado miles de rublos en seducir doncellas. Es una sucia invención, nunca ha sido así y, en cuanto a lo que en realidad hubo, para «eso», de hecho, no fue necesario dinero. Para mí, el dinero es el accesorio, la fiebre del alma, el decorado. Hoy soy el amante de una señora, mañana lo seré de una chica de la calle. Y a una y a otra las divierto, tiro el dinero a manos llenas: música, jolgorio, cingaros. Si hace falta, se lo doy a ellas también, porque lo cogen, lo cogen con frenesí, hay que reconocerlo, y se quedan contentas y agradecidas. Las señoritas me amaban, no todas, pero pasaba, sí, pasaba; con todo, siempre me han gustado los callejones, los rincones perdidos y oscuros, más allá de la plaza: allí se encuentran aventuras, sorpresas inesperadas, pepitas de oro en el barro. Me expreso alegóricamente, hermano. En nuestra pequeña ciudad no existían estos callejones en el plano material, pero sí desde el punto de vista moral. Si tú fueras como yo, entenderías lo que eso significa. Me gustaba la depravación, me gustaba también por su misma abyección. Me gustaba la crueldad: ¿acaso no soy una chinche, un insecto maligno? En una palabra, ¡soy un Karamázov! Una vez se organizó en toda la ciudad una salida al campo, partieron siete troikas; en la oscuridad, en pleno invierno, en el trineo, me puse a estrechar la mano de una vecinita y la obligué a que me besara; era la hija de un funcionario, una chica pobre, gentil, tímida, sumisa. Me dejó hacer, me permitió muchas cosas en la oscuridad. Imaginaba, pobrecita, que al día siguiente me presentaría en su casa para pedir su mano (me apreciaban, sobre todo, como un buen partido); pero después de aquello no le dije una palabra en cinco meses, ni siquiera media palabra. Cuando había baile (y no se hacía más que bailar) veía sus ojos acechándome desde un rincón de la sala, veía cómo ardían con una llamita, con una llamita de mansa indignación. Este juego no hacía sino divertir la lujuria de insecto que alimentaba en mí. Al cabo de cinco meses, se casó con un funcionario y se fue... enfadada y quizá queriéndome aún. Ahora viven felices. Fíjate que a nadie le he dicho nada, no la he mancillado; a pesar de mis bajos deseos y de que amo la bajeza, no carezco de honor. Te ruborizas, tus ojos brillan. Basta de suciedad para ti. Y todo esto no es nada todavía, solo florecillas a lo Paul de Kock, aunque el cruel insecto ya había crecido, ya se había hecho grande en mi alma. Hermano, tengo un álbum entero de recuerdos. Que Dios las ampare, a mis queriditas. Al romper me gustaba que fuera sin riñas. Nunca he traicionado ni difamado a ninguna. Pero basta. ¿Creías que te había hecho venir aquí solo para estas porquerías?

No, te contaré algo más curioso; pero no te sorprendas de que no me avergüence delante de ti y que incluso parezca que me siento feliz.

—Dices esto porque me he sonrojado —observó repentinamente Aliosha—. No me he ruborizado por tus palabras, ni siquiera por tus actos, sino porque soy como tú.

—¿Tú? Bueno, eso es ir demasiado lejos.

—No, demasiado lejos no —replicó Aliosha con ardor. (Por lo visto, esa idea habitaba en él hacía mucho tiempo)—. Los peldaños son los mismos. Yo estoy en el más bajo, y tú, más arriba, pongamos en el decimotercero. Así es como lo veo, pero de todos modos es lo mismo, es exactamente igual. Quien ha puesto el pie en el peldaño más bajo seguramente acabe subiendo sin falta hasta arriba.

—Lo mejor, entonces, ¿sería no ponerlo?

—Desde luego, si es posible.

—Y tú, ¿puedes?

—Me parece que no.

—Calla, Aliosha, calla, querido, quisiera besarte la mano, así, de la emoción. Esa granuja de Grúshenka, que tiene ojo para los hombres, una vez me dijo que se te comería. ¡Me callo, me callo! Pasemos de las abominaciones, de los márgenes ensuciados por las moscas, a mi tragedia, también otro margen ensuciado por las moscas, es decir, lleno de vilezas. Si bien el viejo mintió en cuanto a lo de seducir inocentes, en esencia, en mi tragedia, así es como fue, aunque solo una vez y ni siquiera llegó a ocurrir. El viejo me reprochaba esas fábulas, pero no conoce este caso: nunca se lo he contado a nadie, tú serás el primero al que se lo cuente, aparte de Iván, por supuesto; él lo sabe todo, lo ha sabido mucho antes que tú. Pero Iván es una tumba.

—Iván, ¿una tumba?

—Sí. —Aliosha le escuchaba con una atención extrema—. Verás, aunque yo era teniente en un batallón de línea, aun así era objeto de vigilancia, como si fuera una especie de deportado. Pero en la pequeña ciudad me recibían magníficamente. Yo derrochaba mucho dinero, creían que era rico y yo mismo creía serlo. Por lo demás, algo de mí debía de gustarles también. Negaban con la cabeza, pero me querían de verdad. Mi teniente coronel, un viejo ya, me cogió ojeriza de buenas a primeras. Me buscaba las cosquillas, pero yo tenía mis contactos y, además, toda la ciudad me defendía, así que no me podía sacar muchas faltas. La culpa era mía, pues no le rendía los honores a los que tenía derecho, y lo hacía adrede. Yo era muy orgulloso. Ese viejo testarudo, que no era en absoluto mal hombre, de trato afable y hospitalario, había tenido dos esposas y las dos habían muerto. Una de ellas, la primera, provenía de una familia sencilla y le había dejado una hija, también sencilla. En mis tiempos era ya una soltera de veinticuatro años y vivía con su padre y su tía, la hermana de su difunta madre. La tía era la sencillez muda, y la sobrina, la hija mayor del teniente coronel, la

sencillez avispada. Al recordarla, me gusta decir buenas palabras de ella: nunca, querido mío, he encontrado un carácter de mujer tan encantador como el de esa chica. Se llamaba Agafia, figúratelo, Agafia Ivánovna. Era bastante guapa para el gusto ruso: alta, fuerte, corpulenta, con unos ojos espléndidos y un rostro, digamos, algo tosco. No se casaba, aunque habían pedido dos veces su mano, decía que no y no perdía su alegría. Entablé una buena relación con ella, no de esa forma, no, todo era puro, se trataba de amistad. A menudo me avenía con mujeres sin el menor pecado, como amigos. Hablaba con ella de tantas cosas y de una manera tan abierta que, ¡ay!, no hacía sino echarse a reír. A muchas mujeres les gusta la franqueza, toma nota de ello, pero además era virgen, lo que me divertía mucho. Y otra cosa: no se la podía calificar en absoluto de señorita. Ella y la tía vivían en casa de su padre en una especie de humillación voluntaria, sin tratar de igualarse al resto de la sociedad. Todos la querían y la necesitaban porque, como costurera, era admirable: tenía talento, no pedía dinero por sus servicios, lo hacía por amabilidad, pero no rechazaba los regalos si se los ofrecían. En cuanto al teniente coronel, ¡no tenía nada que ver! Era una de las más grandes personalidades de nuestro lugar. Vivía en la opulencia, recibía en su casa a toda la ciudad, daba cenas y bailes. Cuando llegué y me incorporé al batallón, solo se hablaba, en la ciudad, de que pronto tendríamos una visita de la capital, la segunda hija del teniente coronel, sumamente bella entre las bellas, que acababa de salir de un instituto aristocrático de la capital. Esa segunda hija no era otra que Katerina Ivánovna, nacida de la segunda esposa del teniente coronel. Y esta segunda esposa, ya difunta, procedía de no sé qué familia noble de un gran general, aunque no aportó nada de dote a su marido, lo sé de buena fuente. Así que, aparte de ser de buena familia, no tenía más que algunas esperanzas, quizá, pero nada de dinero contante y sonante. Y, sin embargo, cuando llegó la joven recién salida del instituto (de visita, no para quedarse), nuestra pequeña ciudad fue como si se renovara, nuestras damas más ilustres, dos generalas, la coronela y, detrás de ellas, todas las demás, se la disputaban, la invitaban a todas partes, empezaron a distraerla, era la reina de los bailes, de las salidas al campo, se organizaban tableaux vivants en beneficio de no sé qué institutrices. En cuanto a mí, yo callaba, me dedicaba a parrandear, y fue entonces cuando hice una trastada tan sonada que toda la ciudad puso el grito en el cielo. Un día vi que ella me medía con la mirada; fue en casa del comandante de la batería, y yo no me acerqué, desdeñando, por así decirlo, conocerla. No fue hasta algunos días más tarde, también durante una velada, cuando me aproximé a ella, le dirigí la palabra; ella a duras penas me miró, frunció los labios con desdén, y yo pensé: ¡espera un poco, me vengaré! Entonces yo era un soldado zafio de los más temibles en la mayoría de los casos, y yo mismo lo sentía. Principalmente, lo que sentía era que Kátenka no era una ingenua colegiala sino una persona con carácter, orgullo y auténtica virtud y, sobre todo, inteligente e instruida, mientras que a mí me faltaba lo uno y lo otro. ¿Crees que

quería pedir su mano? En absoluto, simplemente quería vengarme de que, siendo yo tan buen mozo, ella no lo advirtiera. Entretanto, juerga y desolación. Al final, el teniente coronel me puso bajo arresto tres días. Justo en ese momento padre me envió seis mil rublos, después de que le hubiera mandado una renuncia formal a todos mis derechos y pretensiones, esto es, diciendo que «las cuentas quedaban saldadas» y que no habría más reclamaciones. Entonces yo no entendía nada: hasta mi llegada aquí, hermano, hasta estos últimos días, y quizá hasta ahora mismo, no he entendido ni una pizca de todos estos altercados financieros con padre. Pero, al diablo con esto, lo dejaré para luego. Ya en posesión de estos seis mil rublos, de pronto me enteré por una carta de un amigo de algo que me interesaba muchísimo: que había cierto descontento con nuestro teniente coronel, que se le consideraba sospechoso de malversación, en pocas palabras, que sus enemigos le estaban preparando una pequeña sorpresa. Y, en efecto, recibió la visita del jefe de la división y le echó una reprimenda de tomo y lomo. Luego, un poco más tarde, le ordenaron que presentara la dimisión. No te contaré en detalle todo lo que pasó; tenía, en efecto, enemigos; de pronto, en la ciudad, la relación con él y con su familia se enfrió sobremanera, todo el mundo los evitaba. Entonces le jugué la primera mala pasada: me encontré con Agafia Ivánovna, cuya amistad siempre había conservado, y le dije: «Faltan cuatro mil quinientos rublos del Estado en la caja de su padre...». «¿A qué se refiere? ¿Por qué dice eso? Hace poco vino el general y estaba todo el dinero...» «Entonces estaba, pero ahora no.» Se espantó muchísimo: «No me asuste, por favor, ¿a quién se lo ha oído decir?». «No se inquiete —le dije—, no se lo diré a nadie, ya sabe que en este aspecto soy una tumba. Pero quería añadir algo al respecto, “por si acaso”: cuando le reclamen a su papá los cuatro mil quinientos rublos y no los tenga, antes de que le hagan un consejo de guerra y acabe como soldado raso en su vejez, envíeme enseguida a su hermana en secreto; acaban de mandarme dinero, creo que podré dejarle cuatro mil rublos, y guardaré el secreto como un santo.» «Oh, qué canalla es usted —así lo dijo—, qué mezquino canalla. Pero ¿cómo se atreve?» Se fue con una indignación terrible, y yo, a la espalda, le grité una vez más que guardaría el secreto de un modo inquebrantable, como un santo. Esas dos mujeres, me refiero a Agafia y a su tía, te lo diré de antemano, se revelaron como puros ángeles en toda esta historia: de hecho, idolatraban a la altanera de Katia, se rebajaban ante ella, eran como sus criadas... Pero Agafia fue y le contó mi bribonada, es decir, nuestra conversación. De esto me enteré más tarde con todo detalle. No le ocultó nada, y eso era, naturalmente, lo que yo necesitaba.

»De pronto, llegó un nuevo mayor para tomar el mando del batallón. Y lo hizo. Repentinamente el viejo teniente coronel cayó enfermo, no podía moverse, no salió de casa en dos días y no entregó el dinero del Estado. Nuestro doctor Krávchenko aseguraba que estaba realmente enfermo. Pero he aquí lo que yo sabía a ciencia cierta

y en secreto desde hacía tiempo: la suma de dinero, después de cada inspección de las autoridades, y desde hacía ya cuatro años consecutivos, desaparecía durante un tiempo. El teniente coronel se la prestaba a un hombre de total confianza, un comerciante local, el viejo viudo Trífonov, un hombre barbudo con gafas doradas. El otro se iba a la feria, hacía los negocios que tenía que hacer y enseguida devolvía el dinero al teniente coronel, la suma íntegra, junto con algún que otro regalo de la feria y una comisión por los intereses. Pero esta vez (lo supe por casualidad, por un adolescente, el hijito baboso de Trífonov, su vástago y heredero, el chico más depravado que el mundo haya jamás dado), esta vez, como decía, Trífonov, al regresar de la feria, no le devolvió nada. El teniente coronel corrió a verlo. “Nunca recibí nada de usted ni pude haberlo recibido”, fue la respuesta. Así que nuestro teniente coronel estaba en casa, con la cabeza envuelta en una toalla, mientras las tres mujeres le aplicaban hielo en las sienes; de pronto, un ordenanza, con un libro y una orden: “Entregue los fondos del Estado, de inmediato, en un plazo de dos horas”. Él firmó, después yo vi esta firma en el libro; se levantó, dijo que iba a ponerse el uniforme, corrió a su dormitorio, cogió su escopeta de caza, de dos cañones, la cargó, puso dentro una bala de soldado, se quitó la bota del pie derecho, apoyó la escopeta contra su pecho, y, con el pie, se puso a buscar el gatillo. Y Agafia, que sospechaba algo, se acordó de lo que yo le había dicho: se acercó cautelosamente y, justo a tiempo, lo vio todo: irrumpió en la habitación, se lanzó sobre él por la espalda, lo abrazó y la escopeta se disparó contra el techo; nadie resultó herido; las demás entraron corriendo, lo sujetaron, le quitaron la escopeta, lo sostuvieron por los brazos... Todo esto lo supe más tarde hasta el último detalle. Yo estaba en mi casa en ese momento; oscurecía y estaba a punto de salir, después de haberme vestido, peinado, de haber perfumado mi pañuelo y cogido mi gorro, cuando de pronto se abrió la puerta y allí, en mi apartamento, vi ante mí a Katerina Ivánovna.

»A veces pasan cosas extrañas: nadie en la calle se dio cuenta en ese momento de que ella había venido a verme, así que para la ciudad simplemente desapareció. Yo alquilaba mis aposentos a las mujeres de dos funcionarios, muy viejas las dos, que también me servían, mujeres respetables, me obedecían en todo, y esa vez, por orden mía, luego se quedaron calladas como dos postes de hierro. Por supuesto, lo comprendí todo de golpe. Entró y me miró directamente, sus ojos oscuros miraban decididos, desafiantes incluso, pero en sus labios y en torno a su boca distinguí cierta indecisión.

»“Mi hermana me dijo que me daría usted cuatro mil quinientos rublos si venía a buscarlos... yo misma. He venido... ¡Deme el dinero!” No podía resistir, se ahogaba, tenía miedo, se le cortaba la voz, y las comisuras de los labios, las líneas cercanas, le empezaron a temblar. Aliosha, ¿me escuchas o duermes?

—Mitia, sé que dirás toda la verdad —dijo Aliosha con emoción.

—Puedes estar seguro. Si quieres toda la verdad, así es como pasó todo, no me apiadaré de mí. Mi primer pensamiento fue el de un Karamázov. Una vez, hermano, me picó una araña y tuve que estar dos semanas en la cama con fiebre; pues bien, en ese momento fue igual, de golpe sentí en el corazón la mordedura de una araña, un insecto maligno, ¿entiendes? La miré de pies a cabeza. ¿La has visto? ¡Una belleza! En ese momento también era bella, pero por otra razón. Lo era por su nobleza, mientras que yo era un canalla, ella era hermosa por la grandeza de su generosidad y por el sacrificio que hacía por su padre, mientras que yo era una chinche. Y de mí, una chinche y un canalla, ella dependía por completo, toda entera, en cuerpo y alma. Sin salida. Te lo diré sin rodeos: esa idea, la idea de la araña, se apoderó de mi corazón hasta tal punto que faltó poco para que me ahogara del tormento. Parecía que no podía haber lucha siquiera: tenía que actuar precisamente como una chinche, como una tarántula maligna, sin la menor compasión... Me quedé sin aliento. Escucha: al día siguiente, por supuesto, habría ido a pedir su mano, para que todo acabara, por así decirlo, de la manera más noble, y nadie, por tanto, habría sabido ni habría podido saber nada. Porque, aunque soy hombre de bajos deseos, soy honrado. Y de repente, en ese mismo segundo, alguien me susurró al oído: «Mañana, cuando vayas a pedirla en matrimonio, ella no saldrá a verte y hará que te expulse el cochero: “¡Deshónrame por toda la ciudad, no me das miedo!”». Miré a la joven, la voz no me había mentido: eso era lo que realmente pasaría. Me agarrarían por el pescuezo y me echarían, su semblante no dejaba lugar a dudas. La cólera empezó a hervir dentro de mí; deseaba hacerle la bribonada más infame, más sucia, digna de un comerciante de poca monta: mirarla burlonamente y, teniéndola delante, desconcertarla con ese tono de voz que solo sabe emplear un mercachifle:

»—¡Cuatro mil rublos! ¡Pero si era una broma! ¡Ha hecho sus cálculos demasiado a la ligera, señorita! Doscientos quizá, incluso con sumo gusto y placer, pero cuatro mil, señorita, es demasiado dinero para tirarlo por la ventana. Se ha molestado usted en vano.

»Ya ves, yo lo habría perdido todo, porque ella habría echado a correr, pero esa venganza infernal me hubiese compensado por todo lo demás. Luego me habría pasado toda la vida arrepintiéndome, pero hubiese dado lo que fuera por complacerme en ese momento con esa trastada. ¿Lo creerás? En un momento así, nunca he mirado cara a cara a una mujer, fuera quien fuese, con odio; pues bien, te lo juro por la cruz, durante unos segundos, tres o cinco, la contemplé con un odio terrible, con esa especie de odio que solo por un pelo está separado del amor, del amor más insensato. Me acerqué a la ventana, apoyé la frente en el cristal helado y recuerdo que el hielo me quemó la frente como fuego. No la retuve mucho tiempo, estate tranquilo; me volví, fui hacia la mesa, abrí el cajón y saqué un título al portador de cinco mil rublos al cinco por ciento (lo había guardado en mi diccionario de

francés). Se lo mostré en silencio, lo doblé, se lo entregué y yo mismo le abrí la puerta del vestíbulo y, dando un paso atrás, la saludé con una reverencia correctísima y muy sentida, ¡créeme! Toda ella se estremeció, me miró de hito en hito un segundo, palideció terriblemente, como un mantel, y, de pronto, sin decir una palabra, no de una manera impulsiva sino con suavidad, en silencio, profundamente, se inclinó entera, se postró a mis pies, hasta tocar el suelo con la frente, ¡no como una colegiala sino a la manera rusa! Se levantó de un salto y echó a correr. Cuando desapareció, desenvainé mi espada y a punto estuve de clavármela; ¿por qué? No lo sé, habría sido una terrible estupidez, desde luego, pero debía de ser por una especie de éxtasis. ¿Entiendes que alguien se pueda matar en una especie de éxtasis? Pero no me clavé la espada, me limité a besarla y la enfundé de nuevo, un detalle que habría podido callarme. Incluso me parece ahora que, al hablarte de todas estas luchas, lo he bordado todo un poco para darme importancia. Pero que así sea, qué más da, ¡al diablo con todos los espías del corazón humano! Éste es todo mi pasado "incidente" con Katerina Ivánovna. Así que ahora tú eres el único, con nuestro hermano Iván, que está al corriente de esta historia.

Dmitri Fiódorovich se puso de pie y, emocionado, dio un paso, luego otro, sacó el pañuelo, se secó el sudor de la frente, después se sentó de nuevo, pero no en el mismo sitio que antes, sino en otro, en el banco de enfrente, junto a la otra pared, de modo que Aliosha tuvo que volverse por completo para verle la cara.

V. La confesión de un corazón ardiente. «Cabeza abajo»

—Ahora —dijo Aliosha— conozco la primera mitad de este asunto.

—La primera mitad la entiendes: es un drama y pasó allí. La segunda parte, en cambio, es una tragedia, y pasará aquí.

—De la segunda mitad, sin embargo, aún no entiendo nada —dijo Aliosha.

—¿Y yo? ¿Acaso lo entiendo yo?

—Espera, Dmitri, hay una palabra decisiva. Dime: tú eres su prometido, ¿no? ¿Lo sigues siendo?

—Nos prometimos, pero no enseguida, sino tres meses después de lo que te acabo de contar. Al día siguiente de lo sucedido, me dije que aquello estaba liquidado, zanjado, que no tendría continuación. Ir a pedir su mano me parecía una bajeza. Por su parte, en las seis semanas que pasó luego en nuestra ciudad, no me dejó oír ni una palabra suya. Con una excepción: al día siguiente de su visita se coló en mi habitación su doncella y, sin mediar palabra, me entregó un sobre. Iba dirigido a mí. Lo abrí: estaba el cambio de los cinco mil rublos. Necesitaban cuatro mil quinientos y, en la venta del título, debían de haber perdido un poco más de doscientos rublos. En total me mandó, me parece, doscientos sesenta, no lo recuerdo muy bien, y nada más que el dinero: ni una carta, ni una nota, ni una explicación. Busqué en el sobre alguna marca de lápiz: ¡nada! Así que me fui de parranda con los rublos que me quedaban, hasta que el nuevo mayor se vio forzado finalmente a llamarme al orden. El teniente coronel devolvió los fondos del Estado, felizmente y para sorpresa de todos, porque nadie creía ya que dispusiera de la suma íntegra. Entregó el dinero y se puso enfermo, tuvo que guardar cama tres semanas; luego repentinamente sufrió un reblandecimiento cerebral y al cabo de cinco días murió. Fue enterrado con honores militares, pues aún no había tenido tiempo de presentar su dimisión. Katerina Ivánovna, la hermana de ésta y la tía, unos diez días después de haber dado sepultura al padre, se trasladaron a Moscú. Y fue justo antes de su partida, el mismo día en que se iban (no las había visto ni les había dicho adiós), cuando recibí un sobrecito diminuto, de color azul, con papel de encaje en el que estaba escrita a lápiz una sola línea: «Le escribiré, espere». Nada más.

»Te explicaré el resto en dos palabras. En Moscú, su situación cambió a la velocidad del rayo y dio un vuelco inesperado digno de un cuento árabe. Su principal parienta, la viuda de un general, perdió de repente a sus dos sobrinas, que eran sus dos herederas más inmediatas: ambas murieron de viruela en el espacio de una semana. Trastornada, la vieja acogió a Katia como a su propia hija, como la estrella de

la salvación, se volcó en ella, rehízo inmediatamente su testamento a su favor, pero eso era para el futuro, y, entretanto, le dio a tocateja ochenta mil rublos, como si le dijera: ésta es tu dote, haz con ella lo que quieras. Una mujer histérica, he tenido oportunidad de observarla más tarde, en Moscú. Así que de repente recibí cuatro mil quinientos rublos por correo; me quedé perplejo, desde luego; de la sorpresa enmudecí. Tres días después, llegó también la carta prometida. Aquí la tengo, siempre la llevo conmigo y la conservaré hasta que me muera. ¿Quieres que te la enseñe? Tienes que leerla: se ofrece a ser mi prometida, ella misma se ofrece. “Le amo con locura —dice—, me da igual que usted no me ame, sea solo mi marido. No tema, no le molestaré en absoluto, seré su mueble, la alfombra que pise... Quiero amarle eternamente, quiero salvarle de sí mismo...” ¡Aliosha, no soy digno siquiera de repetir esas líneas con mis palabras de canalla, con mi sempiterno tono de canalla, que nunca he sido capaz de corregir! Esta carta me ha atravesado hasta hoy y, ¿acaso me siento aliviado ahora, acaso me siento bien ahora? Enseguida le escribí una respuesta (no podía de ningún modo ir a Moscú). Le escribí con lágrimas; de una cosa me avergonzaré eternamente; le mencioné que ella ahora era rica y tenía dote, mientras que yo solo era un pobre soldado: ¡le hablé de dinero! Tendría que haberme contenido, pero la pluma me traicionó. En el mismo momento, enseguida, escribí a Iván en Moscú y se lo expliqué todo por carta en la medida de lo posible: era una carta de seis hojas, y le mandé que fuera a verla. ¿Por qué me miras, por qué me observas así? Sí, Iván se enamoró de ella y sigue enamorado, lo sé, cometí una estupidez, según vosotros, según el mundo, pero quizá esa estupidez sea la que nos salve ahora a todos. Ah, ¿no ves cómo lo respeta, en qué gran estima lo tiene? ¿Acaso puede compararnos a los dos y aún amar a un hombre como yo, sobre todo después de lo que ha pasado aquí?

—Estoy convencido de que ella ama a un hombre como tú y no a un hombre como él.

—Es su propia virtud lo que ella ama, no a mí —se le escapó de repente a Dmitri Fiódorovich, sin querer, aunque casi con rabia. Se echó a reír, pero un momento después sus ojos refulgieron, se ruborizó por completo y pegó un puñetazo con fuerza en la mesa—. Te lo juro, Aliosha —exclamó con una ira terrible y sincera contra sí mismo—, puedes creerme o no, pero, como que Cristo es Dios, te juro, aunque acabo de burlarme de sus sentimientos elevados, que sé que mi alma es un millón de veces más insignificante que la suya y que los excelsos sentimientos que la mueven son sinceros, ¡como los de un ángel celestial! Ésa es la tragedia, que lo sé con certeza. ¿Qué daño hace declamar un poco? ¿Acaso no lo hago yo? Y soy sincero, ¿lo entiendes?, sincero. En cuanto a Iván, entiendo muy bien con qué aire de maldición debe mirar ahora la naturaleza, y ¡con esa inteligencia suya! ¿A quién, a qué se ha dado preferencia? Le ha sido dada al monstruo que, incluso aquí, estando ya prometido y con todos los ojos puestos en él, no ha podido poner freno a sus

escándalos: ¡y eso delante de su prometida, sí, delante de ella! Aun así, un hombre como yo es el preferido y a él se le rechaza. Pero ¿por qué? Pues ¡porque esta joven, por agradecimiento, quiere violar su vida y su destino! ¡Qué absurdo! Nunca le he dicho nada de esto a Iván; Iván, desde luego, tampoco me ha dicho ni media palabra, no ha hecho la menor alusión; pero el destino se cumplirá, el digno permanecerá en su sitio, mientras que el indigno se esconderá en su callejón para siempre, en su sucio callejón, en aquel callejón que le gusta y es tan propio de él, y allí, en el fango y el hedor, perecerá de buen grado y con placer. Estoy delirando, todas mis palabras están gastadas, como si las soltara al azar, pero tal como acabo de definirlo ocurrirá. Yo me hundiré en el callejón y ella se casará con Iván.

—Espera, hermano —volvió a interrumpirlo Aliosha, preso de una inquietud extrema—, hay algo que todavía no me has explicado: tú eres su prometido, ¿no? ¿Sigues estando prometido? ¿Cómo quieres romper si ella, la prometida, no quiere?

—Soy su prometido, formalmente y con bendiciones, ocurrió todo en Moscú, a mi llegada, con ceremonia, con iconos, de la mejor manera. La viuda del general me dio su bendición y, ¿lo creerás?, felicitó incluso a Katia: has elegido bien, le dijo, leo en su corazón. ¿Y te puedes creer que Iván no le gustó y que a él no lo felicitó? En Moscú hablé mucho con Katia, me pinté a mí mismo con nobles colores, en detalle y con sinceridad. Ella lo escuchó todo:

Era un aturdimiento encantador,
eran palabras tiernas...

»Bueno, también hubo palabras orgullosas. Me arrancó entonces la gran promesa de corregirme. Se lo prometí. Y ahora...

—¿Y ahora?

—Bueno, te he llamado, te he hecho venir hasta aquí hoy, ¡acuérdate!, para mandarte, hoy mismo también, a ver a Katerina Ivánovna y decirle...

—¿Qué?

—Que no volveré nunca más a su lado y que la saludo con una reverencia.

—Pero ¿es eso posible?

—Por eso te mando a ti, en lugar de ir yo personalmente, porque es imposible. ¿Cómo iba a poder decírselo yo mismo?

—Pero ¿adónde irás?

—Al callejón.

—O sea, ¡con Grúshenka! —exclamó Aliosha con tristeza, juntando las manos—. ¿Será posible que Rakitin haya dicho realmente la verdad? Pensaba que habías ido a verla alguna vez y nada más.

—¿Cómo iba a ir yo, estando prometido? ¿Con una novia como ella, y a la vista de todo el mundo? Aún me queda sentido del honor, después de todo. Desde que empecé a verme con Grúshenka, dejé de estar comprometido y de ser hombre de

bien, lo entiendo perfectamente. ¿Qué miras? La primera vez fui a verla solo con ánimo de golpearla. Me había enterado, y ahora lo sé de buena tinta, de que Grúshenka había recibido de ese capitán, apoderado de nuestro padre, un pagaré a mi nombre para que actuase contra mí, con la esperanza de que me calmara y diera el asunto por zanjado. Querían asustarme. Yo iba, pues, a darle una paliza a Grúshenka. Ya la había visto antes de pasada. Nada impresionante. Sabía del viejo comerciante que, ahora, además, está enfermo, postrado en la cama, pero aun así le dejaré una buena suma de dinero. Sabía también que le gustaba hacer dinero, que se lo procuraba a base de bien, prestándolo a usura, la muy pícara, la granuja, sin piedad alguna. Iba decidido a zurrarla y allí me quedé. Se desencadenó una tormenta, se declaró la peste, me contagié y sigo contagiado, sé que todo ha terminado y que nunca habrá nada más. El ciclo del tiempo se ha consumado. Ésta es mi situación. Y de repente, como hecho a propósito, en mi bolsillo de mendigo aparecieron tres mil rublos. Nos fuimos los dos hasta Mókroie, a veinticinco verstas de aquí. Conseguí cíngaras, champán, emborraché a todos los campesinos con champán, a todas las mujeres del pueblo y a las muchachas; dilapidé los tres mil rublos. Al cabo de tres días estaba pelado, pero como un halcón. ¿Crees que consiguió algo este halcón? Ella no me enseñó nada, ni siquiera de lejos. Te lo digo: es sinuosa. Esa granuja de Grúshenka tiene una sinuosidad en el cuerpo, incluso se le refleja en el pie, hasta en el dedo meñique de su pie izquierdo. Se lo vi y lo besé, pero eso es todo, ¡lo juro! Me dijo: «Si quieres, me casaré contigo, aunque seas pobre. Dime que no me pegarás y que me dejarás hacer lo que quiera y entonces, quizá, me case contigo», se echó a reír. Y todavía se está riendo.

Dmitri Fiódorovich se alzó, presa de una especie de furor. De repente parecía que estuviera borracho. Los ojos, al instante, se le inyectaron en sangre.

—¿Realmente quieres casarte con ella?

—Si ella consiente, de inmediato; si se niega, me quedaré de todos modos. Seré barrendero en el patio de su casa. Tú... tú... Aliosha... —Se detuvo delante de él y, agarrándolo por los hombros, se puso a zarandearlo con fuerza—. Sabes, criatura inocente, que todo esto es un delirio, un delirio inconcebible, ¡porque hay una tragedia! Debes saber, Aliosha, que puedo ser un calavera, un hombre de bajas pasiones, sin salvación, pero Dmitri Karamázov nunca será un ladrón, un ratero, un ladronzuelo. Pues bien, ahora has de saber que soy un ladrón, un ratero y un ladronzuelo. Cuando me dirigía a zurrar a Grúshenka, esa misma mañana, Katerina Ivánovna me mandó llamar y, en el más terrible secreto, para que por el momento nadie lo supiera (no sé por qué, pero así, por lo visto, era como ella lo quería), me pidió que fuera a la capital de la provincia y que desde allí enviara tres mil rublos a Agafia Ivánovna en Moscú, para que nadie se enterara en la ciudad. Y esos tres mil rublos eran los que tenía en el bolsillo cuando fui a ver a Grúshenka y con ellos fuimos a Mókroie. Luego fingí que había ido corriendo a la capital, pero no le presenté el

resguardo de correos; dije que había enviado el dinero y que le llevaría el recibo, pero aún no se lo he llevado, como por olvido. Bueno, ¿qué te parece si hoy vas a verla y le dices: «La saluda con una reverencia»? Ella te dirá: «¿Y el dinero?». Y tú podrás decirle: «Es un lujurioso infame, una criatura vil con pasiones irrefrenables. No envió su dinero aquella vez, se lo gastó porque no pudo dominarse, como un animal»; y, acto seguido, podrás añadir: «Pero no es ningún ladrón, aquí tiene sus tres mil rublos, se los devuelve, envíelos usted misma a Agafia Ivánovna; y me ha encargado que la salude con una reverencia». Aunque, claro, si de repente te pregunta: «Pero ¿dónde está el dinero?».

—¡Mitia, eres un desgraciado, sí! Pero no tanto como te piensas. No te mates de desesperación, ¡no lo hagas!

—¿Qué crees? ¿Que me pegaré un tiro si no consigo devolver los tres mil rublos? Ésa es la cuestión: no me lo pegaré. No soy capaz de hacerlo ahora; más tarde, quizá, pero ahora iré a ver a Grúshenka... Total, ya estoy perdido.

—¿Y luego qué?

—Seré su marido, tendré el honor de ser su marido y, cuando un amante vaya a verla, yo me iré a otra habitación. Limpiaré los chanclos sucios de sus amigos, les calentaré el samovar, les haré los recados...

—Katerina Ivánovna lo entenderá todo —dijo de repente con solemnidad Aliosha—. Comprenderá toda la profundidad que hay en esta infelicidad y la aceptará. Tiene un espíritu elevado y no se puede ser más desgraciado que tú, ella lo verá por sí misma.

—No lo aceptará todo —sonrió burlonamente Mitia—. Hay algo en esto, hermano, que ninguna mujer puede aceptar. ¿Sabes qué sería lo mejor?

—¿Qué?

—Devolverle los tres mil rublos.

—Pero ¿de dónde podemos sacarlos? Escucha, yo tengo dos mil, Iván también aportará mil, eso ya son tres, tómalos y devuélveselos.

—Pero ¿cuándo llegarán esos tres mil rublos tuyos, Aliosha? Además, tú todavía eres menor de edad, y es necesario, totalmente necesario, que vayas a verla hoy y me despidas de ella, con dinero o sin dinero, porque no puedo esperar más, tal y como están las cosas. Mañana ya sería tarde, demasiado tarde. Ve a ver a nuestro padre.

—¿A nuestro padre?

—Sí, ve a verlo antes que a ella. Pídele a él los tres mil.

—Pero, Mitia, si él no los dará...

—Claro que no los dará, lo sé muy bien. Alekséi, ¿sabes lo que es la desesperación?

—Sí.

—Escucha, jurídicamente nuestro padre no me debe nada. Se lo he sacado todo ya, todo, lo sé. Pero moralmente está en deuda conmigo, ¿no? Con los veintiocho mil

rublos de mi madre ganó cien mil. Que me dé solo tres mil de esos veintiocho mil, solo tres, y salvará mi alma del infierno y muchos pecados le serán perdonados. Con estos tres mil, te doy mi palabra sagrada, lo daré todo por zanjado, y no volverá a oír hablar de mí. Por última vez le doy la oportunidad de ser mi padre. Dile que es Dios mismo quien le manda esta oportunidad.

—Mitia, no los dará por nada del mundo.

—Sé que no los dará, ¡estoy seguro! Y sobre todo ahora. Porque hay más: ahora, en estos últimos días, quizá solo desde ayer, supo por primera vez en serio (subraya esto: en serio) que Grúshenka realmente no bromeaba y que quiere casarse conmigo. Él conoce bien su carácter, conoce a esa gata. ¿Cómo va a darme dinero, para favorecer la boda, cuando él mismo está loco por ella? Pero eso no es todo, puedo decirte todavía más: sé que hace unos cinco días ha apartado tres mil rublos en billetes de cien y los ha metido en un gran sobre, cerrado con cinco sellos de lacre, atado en cruz con una cinta roja. ¡Ya ves qué detalles conozco! Y escrito en el sobre está: «A mi ángel Grúshenka, por si tiene a bien venir». Él mismo lo garabateó en silencio y en secreto y nadie sabe que tiene este dinero, excepto su criado Smerdiakov, en cuya honradez cree como en sí mismo. Desde hace tres o cuatro días espera a Grúshenka, con la esperanza de que vaya a recoger el sobre; él se lo hizo saber y ella le respondió: «Quizá vaya». Pero, si va a casa del viejo, ¿cómo podría casarme yo con ella? ¿Comprendes ahora por qué estoy aquí escondido y al acecho de quién?

—¿De ella?

—Sí. Las mujerzuelas que son dueñas de esta casa le alquilan un cuchitril a Fomá. Fomá es un hombre de por aquí, un antiguo soldado de nuestra guarnición. Está al servicio de ellas, por la noche vigila la casa y de día caza urogallos, de eso vive. Me he instalado en su habitación; tanto él como las propietarias ignoran mi secreto, es decir, no saben que estoy aquí vigilando.

—¿Solo lo sabe Smerdiakov?

—Solo él. Y él me advertirá si ella se presenta a ver al viejo.

—¿Es él quien te ha explicado lo del sobre?

—Sí. Es un gran secreto. Ni siquiera Iván está al corriente del dinero ni de lo otro. El viejo quiere mandar a Iván de paseo a Chermashniá por dos o tres días; ha aparecido un posible comprador para el bosque, le dará ocho mil rublos por talarlo, y el viejo no deja de pedirle a Iván: «Ayúdame, ve tú en mi lugar»; serán dos o tres días. Quiere que Grúshenka vaya cuando él no esté.

—¿Es que la espera ya hoy?

—No, hoy no vendrá, a juzgar por ciertos indicios. ¡Seguro que no! —gritó de pronto Mitia—. Y Smerdiakov piensa lo mismo. Nuestro padre se está emborrachando, sentado a la mesa con Iván. Ve, Alekséi, pídele estos tres mil...

—Mitia, querido, ¿qué te pasa? —exclamó Aliosha, levantándose de un salto y mirando fijamente al exaltado Dmitri Fiódorovich. Por un momento pensó que se había vuelto loco.

—¿Qué te pasa a ti? No he perdido el juicio —dijo con la mirada fija y casi solemne—. No, cuando te digo que vayas a ver a padre, sé lo que me digo: creo en un milagro.

—¿En un milagro?

—En un milagro de la divina Providencia. Dios conoce mi corazón, ve toda mi desesperación. Ve todo el cuadro. ¿Es que dejará que suceda este horror? Aliosha, creo en un milagro. ¡Ve!

—Iré. Dime, ¿esperarás aquí?

—Sí. Entiendo que llevará su tiempo, que no puedes ir así, y de repente... ¡zas! Ahora está borracho. Esperaré tres horas, cuatro, cinco, seis, siete, pero has de saber que hoy, aunque sea a medianoche, tienes que ir a casa de Katerina Ivánovna, con dinero o sin dinero, y decirle: «Me ha pedido que la salude con una reverencia». Quiero que le digas precisamente ese verso: «Me ha pedido que la salude con una reverencia».

—¡Mitia! ¿Y si Grúshenka viene hoy...? ¿Y si no hoy, mañana o pasado mañana?

—¿Grúshenka? Estaré atento, irrumpiré en la casa, lo impediré...

—¿Y si...?

—Si hay un si, mataré. No lo soportaría.

—¿A quién matarás?

—Al viejo. A ella, no.

—¡Hermano, qué dices!

—No lo sé, no lo sé... Quizá no lo mate o quizá sí. Tengo miedo de que en ese momento su cara se vuelva odiosa para mí. Odio la nuez de su garganta, su nariz, sus ojos, su sonrisa obscena. Siento repugnancia física. Eso es lo que me da miedo. No podré contenerme...

—Allá voy, Mitia. Creo que Dios lo arreglará como mejor sepa, así que no habrá ningún horror.

—Me quedaré aquí y esperaré un milagro. Pero, si no se cumple, entonces...

Aliosha, pensativo, se encaminó a casa de su padre.

VI. Smerdiakov

De hecho, encontró a su padre todavía a la mesa. Y la mesa, como de costumbre, estaba puesta en la sala, aunque en la casa también había un auténtico comedor. Esta sala era la estancia más grande de la casa, amueblada con cierta pretensión pasada de moda. Los muebles, muy antiguos, eran blancos y estaban tapizados con una tela roja raída, mitad seda, mitad algodón. Espejos con marcos rebuscados de talla antigua, también blancos y dorados, colgaban en los espacios entre las ventanas. En las paredes, donde el empapelado blanco estaba roto en muchos lugares, resaltaban dos grandes retratos: uno de cierto príncipe, que treinta años antes había sido gobernador general de la provincia, y otro de un obispo, también fallecido hacía tiempo. En el rincón de cara a la puerta de entrada había varios iconos ante los cuales se encendía una lamparilla por la noche... menos por devoción que por dejar iluminada la estancia. Fiódor Pávlovich se acostaba muy tarde, sobre las tres o cuatro de la madrugada, y hasta entonces se paseaba por la sala o se sentaba en una butaca y meditaba. Se había convertido en su costumbre. A menudo pasaba la noche completamente solo en casa, después de despachar a los criados a su pabellón, pero la mayoría de las veces se quedaba con él el criado Smerdiakov, que dormía en la antesala sobre un gran baúl. La comida ya había acabado cuando entró Aliosha, pero aún tomaban el café y la confitura. A Fiódor Pávlovich le gustaban los dulces y el coñac después de la comida. Iván Fiódorovich estaba a la mesa y también tomaba café. Los criados Grigori y Smerdiakov estaban de pie junto a la mesa. Tanto amos como criados se sentían visiblemente animados y llenos de una felicidad extraordinaria. Fiódor Pávlovich reía con sonoras carcajadas. Aliosha, ya desde el vestíbulo, oyó su risa estridente que conocía tan bien y enseguida concluyó, por el tono de sus risotadas, que su padre, todavía lejos de estar borracho, solo daba rienda suelta a su buen humor.

—¡Aquí está, aquí lo tenemos! —gritó Fiódor Pávlovich, terriblemente contento de pronto de ver a Aliosha—. Ven a sentarte con nosotros, toma un café. Es sin azúcar, sin azúcar, pero está caliente y es muy bueno. No te ofrezco coñac porque haces ayuno, pero si quieres un poco... ¿Quieres? No, mejor será que te dé un licor, ¡es de excelente calidad! Smerdiakov, ve al armario, el segundo estante a la derecha, toma la llave, ¡rápido!

Aliosha se negó enseguida a aceptar el licor.

—Lo serviremos de todos modos, si no para ti, para nosotros —dijo Fiódor Pávlovich, radiante—. Pero espera, ¿has comido?

—Sí —respondió Aliosha que, a decir verdad, solo había tomado un trozo de pan y un vaso de kvas en la cocina del padre higúmeno—. Pero tomaré de buena gana un café caliente.

—¡Bravo, querido! Tomará un poco de café. ¿Habrá que calentarlo? ¡Ah, no, si está hirviendo! Es un café de primera, preparado por Smerdiakov. Con el café y las empanadas mi Smerdiakov es un artista, sí, y con la sopa de pescado, tres cuartos de lo mismo. Ven a probarla alguna vez, avisa con tiempo... Pero espera, espera, ¿no te dije esta mañana que te trasladaras aquí con el jergón y la almohada? ¿Has traído el jergón? ¡Je, je, je!

—No, no lo he traído —contestó Aliosha con una sonrisa.

—Ah, te has asustado antes, ¿verdad? Te has asustado. Oh, querido mío, ¿acaso podría yo ofenderte? Escucha, Iván, no puedo resistirme cuando me mira así a los ojos y se ríe. Hasta mis entrañas empiezan a reírse con él, ¡lo quiero! Aliosha, acércate, deja que te dé mi bendición paterna. —Aliosha se levantó, pero Fiódor Pávlovich ya había cambiado de idea—. No, no, por ahora solo te haré la señal de la cruz, así que siéntate. Bueno, ahora te vas a divertir, y precisamente con tu tema. Te vas a reír a base de bien. Nuestra burra de Balaam se ha puesto a hablar, ¡y cómo habla, cómo!

La burra de Balaam resultó ser el lacayo Smerdiakov. Todavía joven, de unos veinticuatro años, era terriblemente insociable y taciturno. No es que fuera un salvaje o que se avergonzara de algo: no, al contrario, era de natural arrogante y parecía despreciar a todos. Pero precisamente en este punto no es posible seguir adelante sin decir de él aunque sean dos palabras. Le criaron Marfa Ignátievna y Grigori Vasílievich, pero el niño creció «sin ninguna gratitud» o, según la expresión de Grigori, como un niño salvaje que miraba el mundo desde un rincón. De niño le encantaba ahorcar gatos y luego los enterraba con gran ceremonia. Para esto, se cubría con una sábana, a guisa de sotana, y cantaba y agitaba algo sobre el gato muerto, como un incensario. Todo esto lo hacía a escondidas, con el mayor misterio. Grigori le sorprendió un día en este ejercicio y le propinó una buena ración de azotes. El niño se fue a un rincón y allí se pasó una semana, mirando de reojo. «No nos quiere este monstruo —decía Grigori a Marfa Ignátievna—. Por lo demás, no quiere a nadie.» «¿De veras eres un ser humano? —le preguntó una vez directamente a Smerdiakov—. No, tú no eres un ser humano, naciste de la humedad de una bania, eso eres tú...» Smerdiakov, como se vio más tarde, nunca pudo perdonarle estas palabras. Grigori le enseñó a leer y escribir y, cuando cumplió doce años, empezó a enseñarle las Escrituras. Pero resultó un fracaso. Un día, en la segunda o tercera lección, el niño de pronto sonrió sardónicamente.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Grigori, mirándolo amenazante por encima de sus gafas.

—Nada, señor. En el primer día creó Dios la luz, y el sol, la luna y las estrellas, en el cuarto. ¿De dónde salía la luz el primer día?

Grigori se quedó estupefacto. El chico miraba con aire burlón al maestro. Incluso había en su mirada algo de arrogancia. Grigori no pudo contenerse. «¡Ya te diré a ti de dónde!», gritó y abofeteó con rabia a su pupilo. El niño aguantó el golpe sin decir una palabra, pero volvió a refugiarse en un rincón varios días. Una semana después, se le declaró por primera vez el mal caduco, enfermedad que ya no lo abandonaría el resto de su vida. Al saberlo, Fiódor Pávlovich pareció cambiar repentinamente de opinión sobre el muchacho. Antes, lo miraba con una especie de indiferencia, si bien nunca lo reñía, y cuando se lo encontraba siempre le daba un kopek. Cuando estaba de buen humor, le mandaba algunos dulces de sobremesa. Pero entonces, después de enterarse de la enfermedad, empezó a preocuparse decididamente por él, mandó llamar a un doctor, probaron un tratamiento, pero resultó que la cura no era posible. Tenía, como promedio, un ataque cada mes, a intervalos irregulares. Los ataques también variaban de intensidad, tan pronto eran suaves como virulentos. Fiódor Pávlovich prohibió estrictamente a Grigori cualquier castigo corporal contra el muchacho y empezó a dejarlo subir a sus aposentos. Prohibió también que, por el momento, le hicieran estudiar cualquier cosa. Un día, cuando el chico tenía ya quince años, Fiódor Pávlovich lo descubrió rondando cerca de la biblioteca y leyendo los títulos a través del cristal. En la casa había bastantes libros, como un centenar de tomos, pero nadie había visto nunca a Fiódor Pávlovich con uno entre las manos. Enseguida le dio la llave de la librería a Smerdiakov: «Bueno, lee, serás mi bibliotecario; en lugar de estar ganduleando por el patio, siéntate y lee. Toma, lee esto», y Fiódor Pávlovich le dio *Las veladas de Dikanka*.

El muchacho lo leyó pero se quedó insatisfecho, no rio ni una vez, al contrario, acabó la lectura con el ceño fruncido.

—¿Qué? ¿No es divertido? —preguntó Fiódor Pávlovich.

Smerdiakov callaba.

—Responde, imbécil.

—Todo lo que está escrito aquí son mentiras —masculló Smerdiakov con una sonrisa irónica.

—Vete al diablo, alma de lacayo. Espera, toma la *Historia universal de Smarágdov*. Aquí todo es verdad, lee.

Pero Smerdiakov no leyó más de diez páginas de *Smarágdov*; le pareció aburrido. Así que la biblioteca volvió a cerrarse con llave. Muy pronto, Marfa y Grigori informaron a Fiódor Pávlovich de que Smerdiakov de pronto estaba empezando a dar muestras de una terrible aprensión: ante la sopa, tomaba la cuchara y exploraba en el caldo, inclinado sobre ella, la examinaba, sacaba la cuchara y la inspeccionaba a la luz.

—¿Qué es, una cucaracha? —le preguntaba Grigori.

—Quizá una mosca —observaba Marfa.

El impecable joven nunca respondía, pero procedía de la misma manera con el pan, la carne y toda la comida: levantaba un trozo con el tenedor y lo estudiaba a la luz como con un microscopio y, después de tomarse mucho rato para decidir, se decidía a llevárselo a la boca. «Vaya un señorito nos ha salido», murmuraba Grigori, mirándolo. Fiódor Pávlovich, puesto al corriente de esta nueva cualidad de Smerdiakov, determinó al instante que sería cocinero y lo envió a Moscú a aprender el oficio. Allí pasó varios años y volvió muy cambiado de aspecto. De pronto envejeció de una manera insólita, estaba arrugado de un modo totalmente desproporcionado para su edad, se puso todo amarillo y empezó a parecer un skópets. Moralmente, era casi el mismo que antes de irse; seguía siendo huraño y rehuía el trato, no sentía la menor necesidad de compañía. En Moscú también, como después supieron, siempre estaba callado; la ciudad en sí misma le interesó muy poco, aprendió alguna que otra cosa y a lo demás no le prestó la menor atención. Una vez incluso fue al teatro, pero volvió silencioso y descontento a casa. En cambio, regresó de Moscú muy bien vestido, con una levita limpia y ropa blanca, cepillaba su vestimenta escrupulosamente dos veces al día sin falta y le encantaba lustrar sus botas elegantes, de piel de becerro, con un betún inglés especial, para que relucieran como un espejo. Como cocinero resultó excelente. Fiódor Pávlovich le asignó un salario, y Smerdiakov lo empleaba casi íntegramente en comprar ropa, pomadas, perfumes, etcétera. Parecía desdeñar al sexo femenino tanto como al masculino y se comportaba solemnemente, casi de modo inaccesible, con él. Fiódor Pávlovich empezó a mirarlo desde otro punto de vista. El caso es que sus ataques de mal caduco iban a más, y en esos días quien preparaba la comida era Marfa Ignátievna, lo que no le convenía de ningún modo.

—¿Cómo es que ahora tienes ataques más a menudo? —preguntaba a veces, mirando de soslayo al nuevo cocinero y estudiando su rostro—. Ojalá te casaras con alguien, ¿quieres que te busque mujer?

Pero Smerdiakov, ante esos discursos, solo palidecía del enfado y no respondía nada. Fiódor Pávlovich se iba, dejándolo por imposible. Lo esencial es que estaba convencido de su honradez; de una vez por todas se había convencido de que nunca le cogería ni le robaría nada. Una vez Fiódor Pávlovich, ligeramente borracho, perdió en el patio de su casa, en el barro, tres billetes de cien rublos que acababa de recibir y no se dio cuenta hasta el día siguiente: justo cuando se puso a rebuscar en los bolsillos de pronto vio los tres billetes encima de la mesa. ¿De dónde habían salido? Smerdiakov los había recogido y llevado allí la víspera. «Tipos como tú, hermano, no había visto nunca», dijo bruscamente Fiódor Pávlovich y le regaló diez rublos. Cabe añadir que no solo estaba convencido de la honradez de Smerdiakov, sino que por alguna razón incluso le profesaba amor, aunque el chico también a él lo miraba de reojo, como a los demás, y siempre guardaba silencio. Eran contadas las ocasiones en las que decía algo. Si entonces a alguien se le hubiera ocurrido preguntar, mirándolo,

qué interesaba a ese joven y qué tenía en la cabeza, por su cara no se habría podido intuir de ninguna de las maneras. Sin embargo, a veces, en la casa, o bien en el patio o en la calle, se detenía meditabundo y se quedaba así unos buenos diez minutos. Un fisionomista, tras estudiarlo, habría dicho que su cara no expresaba ni pensamiento ni reflexión, sino solo cierta contemplación. El pintor Kramskói tiene un cuadro notable titulado El contemplador que representa un bosque en invierno y, en el bosque, vestido con un pequeño caftán y calzado con zuecos de corteza de tilo, completamente solo en el mundo, en la soledad más profunda, hay un pequeño campesino extraviado; está allí parado como si estuviera reflexionando, pero no reflexiona, sino que «contempla» algo. Si le dieras un empujón, se estremecería y se quedaría mirándote como si acabara de despertarse, pero sin entender nada. Es verdad que volvería en sí al instante pero, si se le preguntase en qué había estado pensando todo ese rato allí parado, lo más probable es que no recordara nada, aunque de seguro guardaría para sí la impresión en la que estaba sumido en su contemplación. Estas impresiones, queridas para él, a buen seguro, las acumula de modo imperceptible e incluso sin darse cuenta, sin saber tampoco con qué finalidad y por qué. Un día, quizá, después de haber acumulado estas impresiones a lo largo de muchos años, lo deje todo y parta a Jerusalén a peregrinar y buscar su salvación, o quizá prenda fuego de repente a su aldea natal, o tal vez suceda lo uno y lo otro. Hay muchos contempladores entre el pueblo. Smerdiakov era sin duda uno de esos contempladores y él también iba acumulando impresiones con avidez, casi sin saber por qué.

VII. Una controversia

Pero la burra de Balaam de pronto se puso a hablar. Y el tema resultó extraño: Grigori, por la mañana, al recoger unas mercancías en la tienda del comerciante Lukiánov, había oído la historia de un soldado ruso que, prisionero de los asiáticos en una lejana región fronteriza, fue constreñido, bajo amenaza de una muerte inmediata y terrible, a abjurar del cristianismo y convertirse al islam, pero se negó a traicionar su fe y aceptó el suplicio, se dejó desollar vivo y murió alabando y glorificando a Cristo, hazaña que se relataba justamente en el periódico recibido ese día. De esto habló Grigori en la mesa. A Fiódor Pávlovich siempre le había gustado, al término de cada comida, a la hora de los postres, reír y charlar, aunque fuera con Grigori. Aquel día se encontraba en un estado de ánimo agradable, se sentía ligero y especialmente expansivo. Sorbiendo coñac y después de haber escuchado hasta el final la noticia, observó que ese soldado merecía ser hecho enseguida santo y que esa piel arrancada había que donarla a algún monasterio: «La de gente y dinero que atraería». Grigori frunció el entrecejo al ver que Fiódor Pávlovich no se había conmovido lo más mínimo y que, según su costumbre habitual, empezaba a blasfemar. En ese momento, Smerdiakov, que estaba en la puerta, sonrió con ironía. Ya hacía tiempo que se le permitía estar a menudo de pie junto a la mesa, es decir, después de la comida. Y, desde que llegó Iván Fiódorovich a nuestra ciudad, se presentaba a la hora de la comida casi todos los días.

—¿Qué te pasa? —preguntó Fiódor Pávlovich, reparando enseguida en su sonrisa y comprendiendo que iba dirigida a Grigori.

—En el caso del que se está hablando —dijo de repente Smerdiakov, de manera sorprendente y con voz estentórea—, y aunque la hazaña de este encomiable soldado ha sido muy grande, señor, tampoco habría sido pecado, en mi opinión, si en una ocasión semejante hubiese repudiado el nombre de Cristo y su propio bautismo para salvar la vida y luego la hubiese dedicado a hacer buenas acciones con las que expiar, a lo largo de los años, esa cobardía.

—¿Cómo que no habría sido pecado? Mientes y por esto irás de cabeza al infierno, donde te asarán como un cordero —replicó Fiódor Pávlovich.

Fue entonces cuando entró Aliosha. Fiódor Pávlovich, como hemos visto, se alegró enormemente al verlo.

—¡Un tema tuyo, un tema tuyo! —exclamaba soltando risillas socarronas, invitando a Aliosha a que se sentara a escuchar.

—Eso que dice del cordero no es así, señor, no habrá nada semejante allí, señor, ni debe haberlo, si hay plena justicia —observó, solemne, Smerdiakov.

—¿Qué quieres decir con eso de que «si hay plena justicia»? —gritó Fiódor Pávlovich aún más alegre, dando un golpe con la rodilla a Aliosha.

—¡Es un canalla, eso es lo que es! —soltó Grigori. Iracundo, lo miró fijamente a los ojos.

—En cuanto a lo de canalla, tómeselo con un poco de calma, Grigori Vasílievich —replicó Smerdiakov, demostrando temple y contención—. Piense más bien que, si yo cayera en manos de esos que torturan a los cristianos y me viera impelido por ellos a maldecir el nombre de Dios y renegar de mi santo bautismo, mi propia razón me autorizaría plenamente a hacerlo, pues no habría pecado alguno en ello.

—¡Esto ya lo has dicho, no seas tan prolijo y demuéstralo! —gritó Fiódor Pávlovich.

—¡Marmitón! —susurró Grigori con desdén.

—Respecto a eso de marmitón, espere también un poco y, antes de insultar, juzgue usted mismo, Grigori Vasílievich. Porque, en cuanto les dijera a mis verdugos: «No, no soy cristiano, ¡maldigo al verdadero Dios!», en ese mismo momento, por el tribunal supremo de Dios, inmediata y específicamente, sería anatema a los ojos de la justicia divina, quedaría maldito y excluido de la Santa Iglesia, como un pagano, de modo que en el instante de proferir estas palabras, qué digo, solo ya con pensar en pronunciarlas, resulto excomulgado, ¿es cierto o no, Grigori Vasílievich? —se dirigía con evidente satisfacción a Grigori, contestando en esencia solo a las preguntas de Fiódor Pávlovich, y se daba perfecta cuenta de ello, pero fingía creer que era Grigori quien se las había formulado.

—¡Iván! —gritó de repente Fiódor Pávlovich—. Inclínate, arrima el oído. Ha arreglado todo esto para ti, quiere ganarse tus elogios. Adelante, dale esa alegría.

Iván Fiódorovich escuchó con total seriedad el anuncio exaltado de su padre.

—Espera, Smerdiakov, cállate un rato —gritó de nuevo Fiódor Pávlovich—. Iván, arrima otra vez el oído.

Iván Fiódorovich volvió a inclinarse, con el aspecto más serio del mundo.

—Te quiero tanto como a Aliosha. No creas que no te quiero. ¿Un poco de coñac?

—Sí —Iván Fiódorovich miró a su padre mientras pensaba: «Has empinado el codo a base de bien». A Smerdiakov lo observaba con mucha curiosidad.

—Tú ya estás maldito y anatematizado —estalló Grigori—, ¿cómo te atreves a hablar después de eso, canalla, si...?

—¡No insultes, Grigori, no insultes! —le interrumpió Fiódor Pávlovich.

—Paciencia, Grigori Vasílievich, un poco más de paciencia y siga escuchando, que todavía no he acabado. Porque en el mismo momento en que sea maldito por Dios, inmediatamente, en ese momento, es decir, en el momento supremo, me convierto en pagano, se me borra el bautismo y no se me imputa nada, ¿no es así?

—Ve acabando, hermano, date prisa y concluye —lo apremió Fiódor Pávlovich, sorbiendo con placer de su copita.

—Pues bien, si no soy ya cristiano, no miento a los verdugos cuando me preguntan: «¿Eres cristiano o no?», pues yo ya había sido privado de mi cristiandad por el propio Dios, sin otra causa que mi intención y antes incluso de que pudiese decir una palabra a mis verdugos. Bien, si he perdido mi condición de cristiano, ¿cómo y con qué derecho podrán pedirme cuentas en el otro mundo, en tanto que cristiano, por haber abjurado de Cristo, cuando por mi mera premeditación yo ya había sido desposeído del bautismo? Si no soy ya cristiano, no puedo abjurar de Cristo, porque eso ya sería cosa hecha. ¿Quién, entonces, allí en el cielo, pediría cuentas a un vil tártaro por no haber nacido cristiano, quién lo castigaría por ello, teniendo en cuenta que no se puede desollar a un buey dos veces? Si Dios omnipotente pide cuentas a un tártaro cuando éste muere, he de creer que lo hará para castigarlo levemente (visto que no es posible que no lo castigue en absoluto), considerando que al fin y al cabo no era culpa suya si nació sucio, de padre y madre sucios. El Señor Dios no puede tomar a un tártaro por la fuerza y afirmar que también él era cristiano, ¿no? Eso significaría que el Omnipotente está diciendo una gran mentira. ¿Y acaso puede el todopoderoso Señor del cielo y la tierra decir una mentira, aunque sea con una sola palabra, señor?

Grigori estaba atónito y miraba al orador con los ojos desorbitados. Aunque no comprendía muy bien lo que se estaba diciendo, de pronto asimiló algo de todo aquel galimatías y se quedó parado con el aspecto de un hombre que acaba de golpearse la frente contra una pared. Fiódor Pávlovich apuró la copita y soltó una ruidosa carcajada.

—¡Alioshka, Alioshka! ¿Has oído eso? ¡Ay, eres un casuista! Eso es que ha estado con los jesuitas en alguna parte, Iván. Ah, jesuita maloliente, ¿quién te ha enseñado eso? Pero mientes, casuista, mientes, mientes y mientes. No llores, Grigori, ahora mismo lo reduciremos a polvo y humo. Contesta a esto, burra: ante tus torturadores puedes tener razón, pero tú mismo has renegado de tu fe y dices que en ese justo momento estás anatematizado y eres maldito y, si estás anatematizado, no te van a obsequiar con caricias en el infierno. ¿Qué dices a esto, mi bello jesuita?

—No cabe duda, señor, que dentro de mí he abjurado, pero aun así no hay en esto un pecado especial y, si hubo un pequeño pecado, fue de lo más corriente, señor.

—¿Cómo, de lo más corriente?

—¡Mientes, maldito! —silbó Grigori.

—Juzgue por sí mismo, Grigori Vasílievich —siguió diciendo Smerdiakov con voz grave y sosegada, consciente de su victoria, pero dando como muestras de magnanimidad con el adversario derrotado—, juzgue por sí mismo: está dicho en las Escrituras que si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a esta montaña: «Vete de aquí y arrójate al mar», y será hecho enseguida, a la primera orden. Pues bien, Grigori Vasílievich, si yo no soy creyente y usted lo es tanto que me injuria sin cesar, intente

decir, señor, a esa montaña no que se arroje al mar (porque el mar queda lejos de aquí) sino que se desplace hasta nuestro riachuelo hediondo, el que discurre detrás de nuestro huerto, y en ese instante verá que nada se mueve, señor, que todo sigue en el mismo orden de antes, intacto, por mucho que usted grite, señor. Y esto significa que usted, Grigori Vasílievich, tampoco cree del modo conveniente, y que no hace sino insultar a los demás de todas las maneras posibles. Y, teniendo en cuenta, además, que nadie en nuestro tiempo, no solo usted, señor, sino decididamente nadie, empezando por las personalidades más elevadas y acabando por el último de los campesinos, puede hacer que se arroje una montaña al mar, salvo quizá una persona en toda la tierra, dos a lo sumo, y que tal vez se encuentren salvando su alma en secreto en algún desierto egipcio, de manera que nadie pueda encontrarlos, y, si eso es así, señor, si todos los demás se revelan como incrédulos, ¿es posible que el resto, es decir, la población de toda la tierra, excepto ese par de ermitaños del desierto, sean malditos por el Señor y, en su misericordia, tan conocida, no perdone a nadie? Por eso, también, tengo la esperanza de que, aun habiendo dudado una vez, seré perdonado cuando derrame lágrimas de arrepentimiento.

—¡Espera! —gritó Fiódor Pávlovich en una apoteosis de exaltación—. ¿Así que aún supones que existen dos hombres capaces de mover montañas? Iván, toma nota, escríbelo: ¡en estas palabras se manifiesta todo el hombre ruso!

—Su observación es del todo justa, éste es un rasgo de la fe popular —asintió Iván Fiódorovich con una sonrisa de aprobación.

—¡Así que estás de acuerdo! ¡Bueno, pues debe de ser así, si hasta tú estás de acuerdo! Alioshka, es verdad, ¿no? Así es la fe rusa, ¿no crees?

—No, la fe de Smerdiakov no es rusa en absoluto —dijo Aliosha con seriedad y firmeza.

—No me refiero a su fe sino a ese rasgo, a esos dos ermitaños del desierto, solo a ese detalle: ¿no es eso ruso, muy ruso?

—Sí, ese detalle es completamente ruso —sonrió Aliosha.

—Tu palabra, burra, vale una moneda de oro y te la mandaré hoy mismo, pero, aun así, en cuanto a todo lo demás, mientes, mientes y mientes; debes saber, tonto, que si aquí no creemos es únicamente por frivolidad, porque no tenemos tiempo: primero, nos abruman las ocupaciones y, segundo, Dios nos ha dado poco tiempo, solo veinticuatro horas al día, así que ni siquiera nos alcanza para dormir lo suficiente, no digo ya para arrepentirnos. ¡Mientras que tú abjuras ante tus torturadores cuando no puedes pensar en otra cosa más que en la fe y precisamente cuando hay que manifestarla! ¿No es eso un pecado, hermano?

—Serlo lo es, pero juzgue por sí mismo, Grigori Vasílievich, eso no hace sino volverlo más leve. Porque, si entonces yo hubiera creído en la verdad absoluta como es debido, habría pecado realmente al no aceptar el martirio por mi fe y al convertirme

a la sucia fe de Mahoma. Pero no habría llegado al martirio en ese momento, señor, porque me habría bastado con decir en ese mismo instante a la montaña: «Muévete y aplasta a mi torturador», para que se moviera y lo aplastase como una cucaracha, y yo me habría marchado como si nada, cantando y glorificando a Dios. Pero, si justo en ese momento yo intentara todo eso y deliberadamente gritase a la montaña: «Aplasta a estos torturadores», y ésta no los aplastara, díganme, ¿cómo no habría de dudar entonces, en esa terrible hora de gran miedo mortal? De todos modos, yo ya sabría que no iba a alcanzar plenamente el reino de los cielos (pues, si la montaña no se ha movido ante mis palabras, eso es que no deben de dar mucho crédito a mi palabra allí y que no me aguarda una gran recompensa en el otro mundo). ¿Para qué, entonces, he de dejar, por encima de todo y sin provecho alguno, que me desuellen vivo? Pues, aunque me hubiesen despellejado ya la mitad de la espalda, esa montaña seguiría sin moverse ante mis palabras y mis gritos. En un momento así, no solo pueden asaltarlo a uno las dudas sino que incluso puede perder la cabeza del miedo. Por tanto, ¿de qué sería especialmente culpable si, al no ver provecho ni recompensa aquí ni allí, al menos pusiera a salvo mi piel? Y por eso, confiando mucho en la misericordia de Dios, alimento la esperanza de ser completamente perdonado, señor...

VIII. Ante una copita de coñac

La discusión terminó pero, extrañamente, Fiódor Pávlovich, que antes se había divertido tanto, acabó de pronto con el ceño fruncido. Y con el ceño fruncido se atizó otra copita de coñac, que estaba ya totalmente de más.

—¡Largo de aquí, jesuitas, fuera! —gritó a los criados—. Vete, Smerdiakov. Hoy te mandaré la moneda de oro prometida. No llores, Grigori, vete con Marfa, ella te consolará y te acostará. Esos canallas no le dejan a uno un minuto de tranquilidad después de la comida —dijo bruscamente y con despecho una vez que los criados se hubieron retirado, acatando su orden al instante—. Smerdiakov ahora siempre se planta aquí después de la comida, ¿es en ti en quien tiene tanto interés? ¿Con qué lo habrás engatusado? —añadió dirigiéndose a Iván Fiódorovich.

—Con nada en absoluto —contestó éste—. Se le ha ocurrido respetarme; es un lacayo y un patán. Por lo demás, será carne de cañón de vanguardia cuando llegue el momento.

—¿De vanguardia?

—Habrá otros y mejores, pero también de este tipo. Primero irán éstos y luego los mejores.

—Y ¿cuándo llegará el momento?

—El cohete arderá, pero quizá no hasta el final. Al pueblo, por ahora, no le gusta demasiado escuchar a estos pinches de cocina.

—Así es, hermano, una burra de Balaam como él piensa y piensa, y el diablo sabe hasta dónde pueden llevarlo sus pensamientos.

—Acumula ideas —dijo Iván con una sonrisa burlona.

—Verás, sé muy bien que a mí no me soporta, como tampoco soporta a todos los demás, a ti incluido, aunque creas que «se le ha ocurrido respetarte». Y todavía menos a Aliosha, a quien desprecia. Aunque no roba, ésa es la cuestión, ni es chismoso; calla, no airea los trapos sucios, prepara unas empanadas magníficas; por lo demás, que se vaya al diablo, a decir verdad, ¿de qué sirve hablar de él?

—De nada, desde luego.

—Y, en cuanto a lo que puede llegar a imaginar, al campesino ruso, hablando en general, hay que azotarlo. Siempre lo he afirmado. Nuestro campesino es un estafador, no hay que compadecerlo, y está muy bien que, incluso ahora, de vez en cuando se lleve una zurra. La tierra rusa es fuerte por sus abedules. Si se destruyen los bosques, será el fin para la tierra rusa. Yo estoy a favor de la gente inteligente. Nosotros, con gran inteligencia, hemos dejado de golpear a los campesinos, y ellos mismos siguen

azotándose entre sí. Y hacen bien. Con la misma medida con que medís, os medirán a vosotros, ¿se dice así? En una palabra, os medirán. Y Rusia es una porquería. Amigo mío, si supieras cómo odio Rusia... Es decir, no Rusia, sino todos estos vicios... y quizá Rusia, también. Tout cela c'est de la cochonnerie. ¿Sabes lo que me gusta? Me gusta el ingenio.

—Se ha bebido otra copita. Debería parar.

—Espera, me beberé una más y luego otra, entonces pararé. No, espera, me has interrumpido. Al pasar por Mókroie pregunté a un viejo, y me dijo: «Lo que más nos gusta es sentenciar a las muchachas al castigo de azotes, y dejamos a todos los mozos que den los latigazos. Y después, a la que ha recibido el castigo el mozo la toma por esposa, así que ahora, para las propias chicas, se ha convertido en una costumbre». Una especie de marqueses de Sade, ¿no? Di lo que quieras, pero es ingenioso. ¿Por qué no nos acercamos y echamos un vistazo, eh? Alioshka, ¿te has puesto rojo? No te avergüences, hijo. Es una pena que, hace un rato, cuando estaba con el padre higúmeno, no esperase a estar en la mesa para hablarles a los monjes de las chicas de Mókroie. Aliosha, no te enfades por que haya ofendido a tu higúmeno hace un rato. La rabia se apodera de mí, hermano. Porque, si hay Dios, si existe, bueno, entonces, por supuesto, soy culpable y responderé por ello, pero, si no existe en absoluto, ¿qué se merecen entonces esos padres tuyos? No basta con cortarles la cabeza, porque frenan el progreso. ¿Me crees, Iván, que esto desgarrar mis sentimientos? No, no me crees, lo veo en tus ojos. Crees lo que dice la gente, que soy solo un bufón. Aliosha, ¿crees que no soy solo un bufón?

—Creo que no es solo un bufón.

—Creo que lo crees y que hablas con sinceridad. Miras con sinceridad y hablas con sinceridad. No como Iván. Iván es altivo... Pero, con todo, yo acabaría con ese pequeño monasterio tuyo. Tomaría todo ese misticismo de una tacada de toda la tierra rusa y lo eliminaría, para hacer entrar en razón de una vez por todas a todos esos imbéciles. ¡Y cuánta plata y cuánto oro entrarían en la casa de la moneda!

—¿Y para qué eliminarlo? —preguntó Iván.

—Para que resplandezca más pronto la verdad, para eso.

—Pero, si esta verdad resplandece, usted sería el primero en ser saqueado y luego... eliminado.

—¡Bah! Quizá tengas razón tú. ¡Ah, qué burro soy! —gritó de repente Fiódor Pávlovich, dándose una leve palmada en la frente—. Bueno, pues en ese caso, que siga en pie tu pequeño monasterio, Alioshka. Y nosotros, gente inteligente, estaremos a resguardo, bien calientes, tomando coñac. ¿Sabes, Iván, que debió de ser Dios quien estableció las cosas de este modo a propósito? Dime, Iván: ¿existe Dios o no? Espera: ¡di la verdad, habla en serio! ¿Por qué te ríes otra vez?

—Me río porque usted mismo, hace un momento, ha hecho una ingeniosa observación sobre la fe de Smerdiakov en la existencia de esos dos eremitas que pueden hacer que se muevan las montañas.

—¿Acaso hay semejanza con lo de ahora?

—Mucha.

—Bueno, eso es que yo también soy un hombre ruso y tengo un rasgo ruso, y a ti, filósofo, puedo encontrarte también un rasgo del mismo género. ¿Quieres que lo haga? Apuesto a que mañana mismo lo encuentro. Pero dime: ¿existe Dios, sí o no? ¡En serio! En este momento necesito que lo digas en serio.

—No, Dios no existe.

—Alioshka, ¿existe Dios?

—Sí.

—Iván, y ¿existe la inmortalidad, sea la que sea, incluso la más pequeña, la más diminuta?

—No, la inmortalidad tampoco existe.

—¿Ninguna?

—Ninguna.

—¿Cero absoluto? ¿O hay algo? ¿Es posible que al menos exista algo? ¡No dirás que no hay nada!

—Cero absoluto.

—Aliosha, ¿existe la inmortalidad?

—Sí.

—¿Y Dios y la inmortalidad?

—Tanto Dios como la inmortalidad. La inmortalidad está en Dios.

—Hum. Probablemente Iván tenga razón. Señor, y ¡pensar todo lo que el hombre ha entregado a la fe, todas las fuerzas que ha gastado en balde en nombre de este sueño y desde hace tantos miles de años! Pero ¿quién se ríe del hombre de ese modo? ¿Iván? Por última vez, definitivamente: ¿existe Dios o no? ¡Te lo pregunto por última vez!

—Y por última vez digo que no.

—Pero, entonces, ¿quién se ríe de la gente, Iván?

—Debe de ser el demonio. —Iván Fiódorovich se sonrió burlonamente.

—¿Y el demonio existe?

—No, el demonio tampoco existe.

—Lástima. Que el diablo me lleve, ¡lo que le haría, después de esto, al primero que inventó a Dios! ¡Sería poco colgarlo de un triste álamo!

—No existiría civilización alguna de no haberse inventado Dios.

—¿No existiría? ¿Sin Dios?

—Así es. Y el coñac tampoco. Con todo, ya va siendo hora de retirárselo a usted.

—Espera, espera, espera, querido mío, una copita más. He ofendido a Aliosha. ¿No estás enfadado conmigo, Alekséi? ¡Mi querido Alekséichik, mi Alekséichik!

—No, no estoy enfadado. Sé cuáles son sus pensamientos. Tiene mejor corazón que cabeza.

—¿Que tengo mejor corazón que cabeza? Señor, ¿y eres tú quien dice eso? Iván, ¿quieres a Aliosha?

—Lo quiero.

—Quiérello. —Fiódor Pávlovich estaba ya borracho como una cuba—. Escucha, Aliosha, hace un rato cometí una grosería con tu stárets. Pero estaba excitado. Dime, ese stárets tiene ingenio, ¿no te parece, Iván?

—Quizá sí.

—Lo tiene, lo tiene, il y a du Piron là-dedans. Es un jesuita, ruso, quiero decir. Como en toda criatura honrada, bulle una indignación oculta en él, porque debe representar un papel... por el aire de santidad que tiene que darse.

—Pero él cree en Dios.

—Ni por asomo. ¿No lo sabías? Pero si él mismo se lo dice a todos; bueno, no a todos, sino a todas las personas inteligentes que van a visitarlo. Al gobernador Schultz le soltó directamente: credo, pero no sé en qué.

—¿De verdad?

—Así es. Pero lo respeto. Hay algo mefistofélico en él o, mejor, de Un héroe de nuestro tiempo... ¿Cómo se llama? ¿Arbenin? En definitiva, es un lujurioso; lo es hasta tal punto que incluso ahora me daría miedo que mi hija o mi mujer fueran a confesarse con él. ¿Sabes? Cuando se pone a contar historias... Hace tres años nos invitó a tomar el té, con un licorcito también (las señoras le mandan licores), y cuando se puso a pintar su pasado nos partíamos de risa... Sobre todo cómo había curado a una paralítica. «Si no me dolieran las piernas, os enseñaría un bailecito.» Qué tipo, ¿eh? «En mis días hice bastantes santas locuras», dijo. Una vez le birló sesenta mil rublos al comerciante Demídov.

—¿Cómo? ¿Se los robó?

—Demídov se los llevó creyendo que era un hombre decente: «Guárdamelos, hermano, mañana vendrán a hacerme un registro». Y él se los guardó. «Los has donado a la Iglesia, ¿no?», le dijo. Y yo le digo: «Eres un canalla». «No —me responde—, no soy un canalla, sino un hombre desprendido...» Aunque no se trataba de él... Se trataba de otro. Lo he confundido con otro... y no me había dado cuenta. Bueno, una copita más y basta; llévate la botella, Iván. Estaba mintiendo, ¿por qué no me has frenado, Iván...? ¿Por qué no me has dicho que estaba mintiendo?

—Sabía que se frenaría usted mismo.

—Mientes, lo has hecho por maldad, solo por maldad. Me desprecias. Has venido a mí y en mi propia casa me desprecias.

—Me voy: el coñac se le sube a la cabeza.

—Te he suplicado en nombre de Cristo que fueras a Chermashniá... un día o dos, y tú no vas.

—Iré mañana, si insiste tanto.

—No irás. Quieres quedarte aquí para espiarme, eso es lo que quieres, alma pérfida; por eso no te vas, ¿eh?

El viejo no se calmaba. Había llegado a ese punto de embriaguez en que ciertos borrachos, hasta entonces tranquilos, de repente quieren enfurecerse y alardear.

—¿Qué haces mirándome así? ¿Qué ojos son éstos? Tus ojos me miran y me dicen: «Cerdo borracho». Ojos suspicaces, ojos desdeñosos... Has venido aquí con algo en la cabeza. Aliosha me mira y sus ojos brillan. Aliosha no me desprecia. Alekséi, no quieras a Iván...

—¡No la tome con mi hermano! Deje de ofenderlo —dijo de repente Aliosha con firmeza.

—Está bien, como quieras. Huy, me duele la cabeza. Llévate el coñac, Iván, es la tercera vez que te lo digo. —Se quedó pensativo y bruscamente asomó a sus labios una sonrisa larga y astuta—. No te enfades, Iván, con este viejo enclenque. Sé que no me quieres, pero no te enfades. No hay motivos para quererme. Irás a Chermashniá, luego yo iré a buscarte y te llevaré un regalo. Te enseñaré allí a una chica a la que le tengo echado el ojo hace tiempo. Ahora va descalza. No tengas miedo de las chicas descalzas, no las desprecies: ¡son perlas! —Y se dio un sonoro beso en la punta de los dedos—. Para mí —se reanimó de pronto todo él, como si por un momento, al tocar su tema preferido, se le hubiera pasado la borrachera—, para mí... ¡Ay, muchachos! Hijos míos, cerditos míos, para mí... ¡En toda mi vida no ha habido una mujer fea, ésa es mi norma! ¿Podéis entenderlo? ¿Cómo vais a entenderlo, vosotros? Todavía tenéis leche en las venas en lugar de sangre, ¡no habéis salido del cascarón! Conforme a mi norma, en cada mujer se puede encontrar, maldita sea, algo de extraordinario interés, algo que no encontrarás en ninguna otra: solo hay que saber encontrarlo, ¡ése es el truco! ¡Es un talento! Para mí, no hay mujeres feas: el mero hecho de que una mujer sea mujer ya es la mitad de todo... Pero ¡cómo vais a entenderlo vosotros! Incluso en las solteronas a veces se encuentra algo que te hace maravillarte de todos los imbéciles que las han dejado envejecer sin haberse percatado hasta entonces. Con una descalza y una fea lo primero que hay que hacer es sorprenderla, así es como hay que abordarla. ¿No lo sabías? Hay que asombrarla hasta que esté eufórica, impresionada, avergonzada de que semejante señor se haya enamorado de una criatura mugrienta como ella. Es verdaderamente magnífico que siempre haya habido y siempre vaya a haber granujas y señores en el mundo, y que siempre haya habido, por tanto, una fregona, y siempre con su señor, y ¡esto es lo único que uno necesita en la vida para ser feliz! Espera... Escucha, Alioshka, a tu difunta madre yo siempre la

sorprendía, aunque el resultado era distinto. No solía acariciarla, pero de repente, cuando llegaba el momento, todo yo me desmoronaba ante ella, me arrastraba de rodillas, le besaba los pies, y cada vez, cada vez (me acuerdo aún como si fuera hoy) le causaba una risita convulsa, timbrada, no fuerte, nerviosa, especial. La única manera de reír que ella tenía. Sabía que así era como solía manifestarse su enfermedad, que al día siguiente se pondría a gritar como una histérica y que la risita de aquel momento no era ningún signo de entusiasmo, sino solo una apariencia de entusiasmo. ¡Eso es lo que significa saber encontrar en cada cosa el punto bueno! Un día, Beliavski (un hombre apuesto y adinerado que le hacía la corte y había empezado a hacerme visitas) de pronto vino y me dio un bofetón en la cara, delante de ella. Y pensé que ella, aunque era como una ovejita, me zurraría por ese bofetón, por cómo la emprendió conmigo: «Te ha pegado, te ha pegado —decía—. ¡Te ha dado un bofetón! Querías venderme a él... —decía—. ¿Cómo se ha atrevido a pegarte en mi presencia? ¡Y tú no te atrevas a acercarte a mí nunca más, nunca! ¡Ahora, corre y rétalos a duelo...!» La llevé entonces al monasterio, para calmarla, los santos padres la reprendieron. Pero lo juro ante Dios, Aliosha, ¡nunca maltraté a mi pequeña histérica! Excepto una vez, todavía era el primer año: ella rezaba mucho entonces, observaba especialmente las fiestas de la Madre de Dios, y entonces me echaba de la habitación y me mandaba al despacho. «¡Ya verás cómo te curo de este misticismo!» pensé. «Mira —le dije—, aquí tienes tu icono, aquí está, y ahora lo descuelgo. Ahora mira. ¡Tú crees que es milagroso, pero ahora le escupiré delante de ti y no me pasará nada...!» Cuando lo vio, Señor, pensé que iba a matarme; pero solo se puso de pie de un salto, juntó las manos, luego se cubrió repentinamente el rostro, comenzó a temblar y cayó al suelo... Se desplomó... ¡Aliosha, Aliosha! ¿Qué tienes, qué te pasa?

El viejo saltó de su asiento, presa del pánico. Desde el momento en que había empezado a hablar de su madre, la expresión de Aliosha había ido mudando poco a poco. Se ruborizó, empezaron a arderle los ojos, se le estremecieron los labios... El viejo borracho siguió farfullando y no se dio cuenta de nada hasta el momento en que algo muy extraño le ocurrió a su hijo, lo mismo que acababa de contar sobre la «histérica» se repitió en él punto por punto. Aliosha saltó de repente de detrás de la mesa, exactamente igual que había hecho su madre según el relato de Fiódor Pávlovich, juntó las manos, luego se cubrió con ellas el rostro, se desmoronó en la silla mientras todo él se ponía a temblar, sacudido por un ataque histérico de lágrimas repentinas, convulsas y silenciosas. Fue el extraordinario parecido con la madre lo que impresionó sobre todo al viejo.

—¡Iván, Iván! ¡Rápido, traedle agua! ¡Es como ella, exactamente igual que ella, su madre hizo lo mismo aquella vez! Rocíalo con agua de tu boca, así hacía yo con ella. Es por su madre, es por su madre... —le murmuraba a Iván.

—Pero su madre, creo, también era la mía, ¿no le parece? —estalló Iván con un irrefrenable y colérico desprecio. El destello de sus ojos sobresaltó al viejo. Pero entonces sucedió algo muy extraño, aunque solo por un segundo: pareció que el viejo hubiera olvidado de verdad que la madre de Aliosha también era la madre de Iván...

—¿Qué quieres decir con eso de tu madre? —balbuceó sin entender—. ¿De qué hablas...? ¿La madre de quién...? ¿Es que ella...? ¡Ah, diablo! ¡Claro que también es la tuya! ¡Ah, diablo! ¿Sabes, amigo? La cabeza nunca se me había ofuscado tanto. Perdona, Iván, pensaba... ¡Je, je, je!

Se detuvo. Una larga sonrisa de borracho, casi estúpida, le deformaba el rostro. Y de pronto, en ese mismo instante, resonó en la entrada una algarabía y un estruendo tremendo, se oyeron gritos furiosos, la puerta se abrió de par en par y en la sala irrumpió Dmitri Fiódorovich. El viejo, aterrorizado, se precipitó sobre Iván.

—¡Me matará! ¡Me matará! ¡No me dejes, no me dejes! —gritaba aferrado al faldón del abrigo de Iván Fiódorovich.

IX. Los lujuriosos

Justo detrás de Dmitri Fiódorovich irrumpieron también en la sala Grigori y Smerdiakov. Ya en la entrada habían forcejeado con él para no dejarlo pasar (siguiendo instrucciones dadas por el propio Fiódor Pávlovich algunos días antes). Aprovechando que Dmitri Fiódorovich, después de entrar impetuosamente en la sala, se había detenido un minuto buscando algo con la mirada, Grigori corrió al otro lado de la mesa, cerró los dos batientes de la puerta de enfrente, la que conducía a las habitaciones interiores, y se apostó delante de la puerta cerrada con los brazos cruzados sobre el pecho, dispuesto a defender la entrada, por decirlo así, hasta su última gota de sangre. Al verlo, Dmitri lanzó no ya un grito sino un aullido y se abalanzó sobre Grigori.

—¡Así que está ahí! ¡La han escondido ahí! ¡Fuera, canalla!

Quiso apartar a Grigori, pero éste lo empujó hacia atrás. Fuera de sí de rabia, Dmitri hizo un movimiento amplio con el brazo y lo golpeó con todas sus fuerzas. El viejo cayó de bruces contra el suelo, y Dmitri, saltando por encima de él, forzó la puerta. Smerdiakov no se había movido del otro extremo de la sala, pálido y trémulo, apretándose contra Fiódor Pávlovich.

—Ella está aquí —gritaba Dmitri Fiódorovich—, la acabo de ver doblando la esquina, pero no he podido alcanzarla. ¿Dónde está? ¿Dónde está?

Ese grito, el de: «¡Ella está aquí!», causó un efecto increíble en Fiódor Pávlovich. Toda su sensación de miedo se evaporó.

—¡Detenedlo, detenedlo! —vociferó y se lanzó corriendo detrás de Dmitri Fiódorovich.

Grigori, entretanto, se había levantado del suelo, pero todavía estaba aturdido. Iván Fiódorovich y Aliosha corrieron detrás de su padre. En la tercera habitación se oyó de pronto que algo caía al suelo y se hacía añicos: era un gran jarrón de cristal (de escaso valor) sobre un pedestal de mármol que Dmitri Fiódorovich había volcado al pasar corriendo.

—¡Cogedlo! —se desgañitaba el viejo—. ¡Ayuda!

Iván Fiódorovich y Aliosha alcanzaron finalmente al viejo y a la fuerza lo hicieron volver al salón.

—¿Por qué lo persigue? ¡Si cae usted en sus manos lo matará! —gritó, enfurecido, Iván Fiódorovich a su padre.

—Vánechka, Lióshechka, ella debe de estar aquí, Grúshenka está aquí. Él mismo ha dicho que la ha visto pasar...

Balbuzeaba. No esperaba a Grúshenka esta vez y, de pronto, la noticia de que estaba allí le hizo perder por completo la cabeza. Temblaba todo él, como si hubiese enloquecido.

—Pero ¡si usted mismo ha visto que no ha venido! —gritaba Iván.

—¿Quizá por esa entrada?

—Pero si está cerrada y usted tiene la llave...

Dmitri de pronto apareció otra vez en el salón. Por supuesto, había encontrado esa puerta cerrada, y la llave, en efecto, estaba guardada en el bolsillo de Fiódor Pávlovich. Todas las ventanas de todas las habitaciones estaban también cerradas; no había modo, por tanto, de que Grúshenka hubiese podido entrar ni tampoco salir de allí.

—¡Cogedlo! —gritó Fiódor Pávlovich en cuanto divisó de nuevo a Dmitri—. ¡Me está robando el dinero que tenía en el dormitorio!

Y, zafándose de Iván, volvió a abalanzarse sobre Dmitri. Pero éste alzó las manos, agarró al viejo por los dos últimos mechones de pelo que le quedaban en las sienes, le dio un tirón y lo lanzó con estruendo contra el suelo. Todavía tuvo tiempo de golpear dos o tres veces al caído en la cara con el tacón. El viejo empezó a gemir ruidosamente. Iván Fiódorovich, aun no siendo tan fuerte como su hermano Dmitri, lo agarró con los dos brazos y, con todas sus fuerzas, logró separarlo del viejo. Aliosha también ayudó con sus exiguas fuerzas, sujetando a su hermano por delante.

—¡Loco, lo has matado! —gritó Iván.

—¡Es lo que se merece! —exclamó, jadeante, Dmitri—. Y si no lo he matado esta vez, volveré para matarlo. ¡No podréis salvarlo!

—¡Dmitri! ¡Sal de aquí ahora mismo, fuera! —gritó Aliosha con tono autoritario.

—¡Alekséi! Dímelo tú, solo a ti te creeré: ¿ha estado ella aquí sí o no? La he visto con mis ojos hace un momento, venía del callejón hacia aquí, pegada a la valla. La he llamado, y se ha ido corriendo...

—Te juro que no ha estado y que nadie la esperaba aquí.

—Pero si la he visto... Así que ella... Ahora mismo descubriré dónde está... ¡Adiós, Alekséi! A Esopo, ahora, ni una palabra sobre el dinero, ve enseguida a ver a Katerina Ivánovna, sin falta: «Me manda que la salude con una reverencia, me manda que la salude con una reverencia, ¡con una reverencia! ¡Precisamente con una reverencia, y se despide de usted!». Descríbele la escena.

Entretanto, Iván y Grigori habían levantado al viejo para sentarlo en una butaca. Tenía el rostro ensangrentado, pero estaba consciente y escuchaba con avidez los gritos de Dmitri. Seguía imaginando que Grúshenka estaba de veras en algún lugar de la casa. Dmitri Fiódorovich le lanzó una mirada de odio al marcharse.

—¡No tengo remordimientos por tu sangre! —exclamó—. Vete con cuidado, viejo, ¡acaricia tu sueño porque yo también tengo el mío! Soy yo quien te maldice y reniega de ti para siempre...

Y salió corriendo.

—¡Está aquí, seguro que está aquí! Smerdiakov, Smerdiakov —ronqueó con una voz apenas audible el viejo, mientras llamaba a Smerdiakov con un dedo.

—No está aquí, no, viejo loco —le gritó Iván con rabia—. ¡Y ahora le da un desmayo! ¡Agua, una toalla! ¡Muévete, Smerdiakov!

Smerdiakov se fue corriendo en busca de agua. Acabaron por desvestir al viejo, lo llevaron al dormitorio y lo metieron en la cama. Le envolvieron la cabeza con una toalla húmeda. Debilitado por el coñac, por las fuertes impresiones y por los golpes, en cuanto rozó la almohada cerró los ojos y se durmió en un instante. Iván Fiódorovich y Aliosha volvieron al salón. Smerdiakov recogía los fragmentos del jarrón roto, y Grigori estaba junto a la mesa, con la cabeza gacha y un aire sombrío.

—¿No sería mejor que te refrescaras la cabeza y también te acostaras? —le dijo Aliosha a Grigori—. Lo cuidaremos nosotros; mi hermano te ha pegado de un modo horrible y doloroso... en la cabeza.

—¡Ha osado conmigo! —pronunció de un modo lúgubre y con énfasis.

—¡También «ha osado» con padre, no solo contigo! —observó, torciendo la boca, Iván Fiódorovich.

—Y yo, que lo lavaba en la tina... ¡Ha osado conmigo! —repetía Grigori.

—Diablo, si no lo aparto quizá lo hubiese matado. ¿Es que se necesita mucho para acabar con ese Esopo? —musitó Iván Fiódorovich a Aliosha.

—¡Dios no lo quiera! —exclamó Aliosha.

—¿Por qué no va a quererlo? —siguió diciendo en un susurro Iván, con el rostro contraído por la rabia—. Un reptil devorará a otro reptil, ¡ni más ni menos lo que se merecen!

Aliosha se estremeció.

—No permitiré que se cometa un asesinato, desde luego, como no lo he permitido hace un momento. Quédate aquí, Aliosha, mientras salgo a pasear por el patio. Empieza a dolerme la cabeza.

Aliosha fue al dormitorio de su padre y pasó cerca de una hora sentado a la cabecera de la cama, detrás de un biombo. El viejo de pronto abrió los ojos y estuvo un buen rato mirando a Aliosha en silencio, tratando visiblemente de hacer memoria y reordenar las ideas. De repente se reflejó una insólita agitación en su rostro.

—Aliosha —susurró, temeroso—, ¿dónde está Iván?

—En el patio, le duele la cabeza. Vela por nosotros.

—¡Dame el espejito, está ahí, dámelo!

Aliosha le alcanzó un espejito redondo y plegable que estaba en la cómoda. El viejo se miró: se le había hinchado bastante la nariz y tenía en la frente, sobre la ceja izquierda, un gran moratón.

—¿Qué dice Iván? Aliosha, querido mío, mi único hijo, tengo miedo de Iván. Tengo más miedo de él que del otro. Al único que no tengo miedo es a ti...

—No tenga miedo de Iván tampoco. Iván se enfada, pero le protegerá.

—¿Y qué pasa con el otro, Aliosha? ¿Se ha ido corriendo con Grúshenka! Querido ángel, dime la verdad: ¿ha estado aquí antes Grúshenka, o no?

—Nadie la ha visto. Es un engaño, ¡no ha estado aquí!

—Pero ¡es que Mitka quiere casarse con ella, casarse!

—Ella no consentirá.

—¡No consentirá, no lo hará, no lo hará, por nada del mundo...! —El viejo se estremeció de alegría con todo su ser, como si en ese instante no pudieran decirle nada más agradable. Eufórico, cogió la mano de Aliosha y la estrechó con fuerza contra su corazón. Incluso las lágrimas brillaron en sus ojos.

—Ese pequeño icono, el de la Madre de Dios, ése del que te hablaba antes, tómalo y llévatelo. Y te permito que vuelvas al monasterio... Antes bromeaba, no te enfades. Me duele la cabeza, Aliosha... Liosha, calma mi corazón, sé un ángel, ¡dime la verdad!

—¿Se refiere a si ella ha estado o no aquí? —preguntó Aliosha con tristeza.

—No, no, no, te creo, pero escucha: pasa a ver a Grúshenka o arréglatelas para verla; pregúntaselo cuanto antes y trata de adivinarlo con tus propios ojos: ¿a quién prefiere, a mí o a él? ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Puedes hacerlo o no?

—Si la veo, se lo preguntaré —murmuró Aliosha, turbado.

—No, ella no te lo dirá —lo interrumpió el viejo—. Es muy lista. Empezará a besarte y te dirá que quiere casarse contigo. Es una embustera, una desvergonzada. No, no debes ir a verla, no debes.

—Y no estaría nada bien, padre, nada bien.

—¿Adónde te mandaba él hace un rato, cuando te gritaba: «Ve», mientras se iba corriendo?

—A casa de Katerina Ivánovna.

—¿Por dinero? ¿Quiere dinero?

—No, no por dinero.

—Él no tiene dinero, ni una moneda. Escucha, Aliosha, me pasaré la noche acostado dándole vueltas a la cabeza. Puedes irte. Quizá te la encuentres... Pero ven a verme mañana por la mañana sin falta; sin falta. Mañana te diré una cosita, ¿te pasarás?

—Sí.

—Si vienes, haz como si hubiera sido idea tuya venir a visitarme. No le digas a nadie que te he llamado yo. No le digas ni una palabra a Iván.

—Está bien.

—Adiós, ángel mío, hace un momento has intercedido por mí, nunca lo olvidaré. Te diré una cosita mañana... Solo tengo que reflexionar un poco más...

—Pero, ahora, ¿cómo se siente?

—Mañana, mañana mismo me levantaré en perfecto estado. ¡Muy bien, muy bien, muy bien!

Al pasar por el patio, Aliosha se encontró con su hermano Iván en un banco junto a la puerta. Escribía algo en su cuaderno con un lápiz. Aliosha le dijo a Iván que el viejo se había despertado, que estaba consciente y que le dejaba pasar la noche en el monasterio.

—Aliosha, sería un placer verte mañana por la mañana —dijo con amabilidad Iván mientras se levantaba. Esa amabilidad pilló totalmente desprevenido a su hermano.

—Mañana iré a casa de las Jojlakova —respondió Aliosha—. Quizá también vaya a casa de Katerina Ivánovna, si no la encuentro ahora...

—¿Así que ahora vas a casa de Katerina Ivánovna? A «saludarla con una reverencia», ¿no es así? —Iván sonrió de repente.

Aliosha se turbó.

—Creo haberlo entendido todo por esas exclamaciones de hace un rato y por ciertas cosas que pasaron antes. Dmitri seguramente te haya pedido que vayas a verla y le digas que... Bueno... Bueno, en pocas palabras, ¡que le dice adiós con una reverencia!

—¡Hermano! ¿Cómo terminará todo este horror entre padre y Dmitri? —exclamó Aliosha.

—Es imposible hacer pronósticos certeros. Quizá todo quede en nada: la historia se irá esfumando. Esa mujer es una fiera. En cualquier caso, hay que impedir que el viejo salga de casa, y a Dmitri no hay que dejarlo entrar.

—Hermano, deja que te pregunte algo más: ¿es posible que un hombre tenga derecho a decidir, mirando al resto de la humanidad, quién es digno de vivir y quién no?

—¿Por qué mezclar en esto el criterio de si se es digno o no? Esta cuestión se suele decidir en el corazón de los hombres no en virtud de los méritos sino de otras razones mucho más naturales. En cuanto al derecho, dime, ¿quién no tiene derecho a desear?

—Pero ¡no la muerte de otro!

—¿Y si fuese incluso la muerte? ¿Para qué mentirnos a nosotros mismos cuando todo el mundo vive así y quizá ni siquiera se puede vivir de otro modo? ¿Me lo preguntas por lo que he dicho antes, lo de que «un reptil devorará a otro reptil»? En ese caso, déjame que te pregunte: ¿me consideras capaz, como Dmitri, de verter la sangre de Esopo, bueno, de matarlo? ¿Eh?

—¿Qué dices, Iván! ¡Nunca he pensado nada semejante! Y a Dmitri tampoco lo considero...

—Gracias, aunque solo sea por esto —Iván le sonrió—. Que sepas que yo siempre lo defenderé. En cuanto a mis deseos, sin embargo, me reservo en este caso plena libertad. Nos vemos mañana. No me condenes ni me mires como si fuera un villano —añadió con una sonrisa.

Se estrecharon la mano con fuerza, como nunca. Aliosha tuvo la sensación de que su hermano había dado un primer paso hacia él y de que lo había hecho por alguna razón, sin duda con algún propósito.

X. Las dos juntas

Pero Aliosha salió de la casa de su padre más abatido y decaído que cuando había entrado. Tenía la cabeza, también, como fragmentada y dispersa y, al mismo tiempo, sentía miedo de unir lo disperso y sacar una conclusión general de todas las dolorosas contradicciones experimentadas aquel día. Había algo que casi rayaba en la desesperación y que nunca había sentido el corazón de Aliosha. Y por encima de todo se alzaba, como una montaña, esa cuestión importante, fatídica e irresoluble: ¿cómo acabaría todo entre su padre y su hermano Dmitri con esa terrible mujer? Ahora él mismo había sido testigo. Había estado presente y los había visto al uno frente al otro. Por lo demás, solo su hermano Dmitri podía resultar desdichado, completa y terriblemente desdichado: le acechaba una desgracia innegable. Además, había otras personas involucradas en todo ese asunto y quizá mucho más de lo que le había parecido antes. Incluso resultaba algo enigmático. Su hermano Iván había dado un paso hacia él, algo que Aliosha llevaba mucho tiempo deseando, pero ahora, por algún motivo, sentía miedo de ese acercamiento. ¿Y aquellas mujeres? Era extraño: poco antes se encaminaba a casa de Katerina Ivánovna con gran turbación, pero ahora ya no sentía ninguna; al contrario, había apretado el paso, como si esperase recibir alguna indicación de ella. Pero transmitirle el mensaje era ahora, a todas luces, más difícil que antes: el problema de los tres mil rublos se había zanjado de manera definitiva, y su hermano Dmitri, sintiéndose ahora vil y desesperanzado, sin duda ya no se detendría ante ninguna caída. Además, le había ordenado que informara a Katerina Ivánovna de la escena que acababa de producirse en casa del padre.

Eran ya las siete de la tarde y oscurecía cuando Aliosha entró en casa de Katerina Ivánovna, una casa muy confortable y espaciosa en la calle Mayor. Aliosha sabía que vivía con dos tías. Una de ellas, en realidad, solo era tía de su hermana Agafia Ivánovna; era aquella persona silenciosa que, junto a su hermana, la había cuidado en casa de su padre a su regreso del instituto. La otra tía, en cambio, era una elegante y majestuosa señora de Moscú, aunque pobre. Corría la voz de que ambas se subordinaban en todo a Katerina Ivánovna y vivían con ella solo por guardar las apariencias. Katerina Ivánovna, por su parte, se sometía únicamente a su bienhechora, la viuda del general, que seguía viviendo en Moscú a causa de su enfermedad y a la que estaba obligada a enviarle dos cartas por semana con noticias detalladas.

Cuando Aliosha entró en el vestíbulo y pidió a la doncella que le acababa de abrir que anunciara su presencia, en el salón, por lo visto, ya estaban al corriente de su llegada (quizá lo hubiesen visto por la ventana), pues Aliosha enseguida oyó un ruido,

algunos pasos de mujer apresurados, el frufrú de vestidos, como si dos o tres mujeres se alejaran a toda prisa. A Aliosha le pareció extraño que su llegada pudiera causar tanto revuelo. Sin embargo, enseguida lo hicieron pasar al salón. Era una pieza amplia, adornada con muebles elegantes y copiosos, para nada a la moda provinciana. Había muchos sofás, divanes, sillones, mesas pequeñas y grandes; había cuadros en las paredes, jarrones y lámparas en las mesas y muchas flores, incluso un acuario junto a una ventana. Debido al crepúsculo el salón estaba un poco oscuro. En un sofá donde evidentemente alguien había estado sentado Aliosha vio abandonada una mantilla de seda y en la mesa situada enfrente del sofá dos tazas de chocolate a medio tomar, bizcochos, un plato de cristal con pasas negras y otro con bombones. Habían recibido a un invitado. Aliosha intuyó que había llegado cuando tenían visita y frunció el ceño. Pero en ese instante se levantó un cortinón y, con pasos rápidos, apresurados, entró Katerina Ivánovna, con una sonrisa radiante y extasiada, alargando las dos manos a Aliosha. En el mismo instante entró una criada y puso sobre la mesa dos velas encendidas.

—¡Gracias a Dios que por fin ha venido! ¡He rezado todo el día a Dios para que viniese! Siéntese.

La belleza de Katerina Ivánovna ya había impresionado a Aliosha anteriormente, cuando su hermano Dmitri, tres semanas antes, lo había llevado a la casa de la joven por primera vez para hacer las presentaciones y que se conocieran, por expreso e insistente deseo de ella. En aquel encuentro, no obstante, no habían conversado. Suponiendo que Aliosha se sentiría muy confundido, Katerina Ivánovna, en cierto modo, se había apiadado de él y se había pasado todo el rato hablando con Dmitri Fiódorovich. Aliosha había guardado silencio, pero se había percatado de muchas cosas. Le sorprendió el carácter imperioso, la orgullosa desenvoltura y el aplomo de la arrogante muchacha. Y todo eso era incuestionable. Aliosha sintió que no estaba exagerando. Le pareció que sus grandes y ardientes ojos negros eran magníficos y que armonizaban especialmente con su cara alargada y pálida, incluso de una lividez un poco amarillenta. Pero en esos ojos, lo mismo que en el contorno de sus encantadores labios, había algo de lo que su hermano, por supuesto, podía enamorarse locamente, aunque quizá no amar por mucho tiempo. Casi le había expuesto directamente lo que pensaba a Dmitri, cuando éste, después de la visita, lo apremió para que no le escondiera cuáles eran sus impresiones después de ver a su novia.

—Serás feliz con ella, pero quizá... no con una felicidad serena.

—Así es, hermano, las mujeres como ella no cambian, no se resignan al destino. ¿Así que crees que no la amaré eternamente?

—No, es posible que la ames eternamente, pero quizá no seas siempre feliz con ella.

Aliosha dio entonces su opinión, ruborizándose y sintiéndose molesto consigo mismo por haberse rendido ante los ruegos de su hermano y haber expresado aquellos «estúpidos» pensamientos. Porque su opinión a él mismo se le antojó terriblemente estúpida en cuanto la hubo expresado. Y se avergonzó de haber manifestado un juicio tan categórico sobre una mujer. Tanto mayor fue su estupor cuando se dio cuenta, apenas posó la mirada sobre Katerina Ivánovna, que acudía solícita a su encuentro, de que quizá aquel día hubiese cometido un error garrafal. Esta vez su rostro resplandecía con una amabilidad genuina y sencilla, con sinceridad efusiva y directa. De todo el «orgullo y arrogancia» que tanto le habían impresionado entonces ¡ahora solo quedaba una energía audaz y noble y una fe clara y poderosa en sí misma! Aliosha comprendió, desde la primera mirada, desde las primeras palabras, que toda la tragedia de su situación respecto al hombre que tanto amaba ya no era en absoluto un misterio para ella y que quizá lo supiera ya todo, decididamente todo. Sin embargo, a pesar de eso, había tanta luz en su rostro, tanta fe en el futuro, que Aliosha de repente se sintió grave y conscientemente culpable delante de ella. Fue vencido y cautivado al mismo tiempo. Notó, en cambio, desde sus primeras palabras, que Katerina Ivánovna era presa de una fuerte excitación, quizá muy poco común en ella: una excitación que incluso casi parecía una especie de éxtasis.

—¡Le he esperado tanto, porque solo por usted puedo saber ahora toda la verdad, por usted y por nadie más!

—He venido... —musitó Aliosha, confundido—, yo... Él me ha mandado...

—¡Ah, él le ha mandado! Bueno, tenía el presentimiento. ¡Ahora lo sé todo, todo! —exclamó Katerina Ivánovna y de pronto le brillaron los ojos—. Espere, Alekséi Fiódorovich, antes que nada le explicaré por qué le esperaba con tanta impaciencia. Verá, quizá yo sepa incluso muchas más cosas que usted; lo que necesito de usted no son noticias. Esto es lo que necesito: tengo que conocer su impresión personal, su última impresión de él, necesito que me diga sin el menor disimulo y con total claridad, incluso con crudeza (¡oh, con toda la crudeza que quiera!), cómo lo ve usted ahora y cómo ve su situación después de haberse encontrado hoy con él. Quizá sería mejor si yo misma, a quien él ya no desea volver a ver, pudiera hablar con él personalmente. ¿Entiende lo que quiero de usted? Ahora dígame con qué mensaje le envió a mí (¡sabía que le mandaría a usted!): dígamelo sin más, hasta la última palabra...

—Dice que... la saluda con una reverencia y que nunca volverá... y que la salude con una reverencia.

—¿Que me saluda con una reverencia? ¿Lo ha dicho así, lo ha expresado de esa manera?

—Sí.

—¿No lo habrá dicho como de pasada, por casualidad, no habrá utilizado una palabra equivocada en lugar de la que correspondía?

—No, me ha ordenado precisamente que le transmitiera esas palabras: «la saluda con una reverencia». Me lo ha pedido como tres veces, para que no se me olvidara.

Katerina Ivánovna se ruborizó.

—Ayúdeme ahora, Alekséi Fiódorovich, ahora necesito también su ayuda. Le diré lo que pienso y usted simplemente dígame si es cierto o no. Escuche, si él le hubiese pedido que me saludara con una reverencia, como de pasada, sin insistir en esas palabras, sin subrayarlas, sería que todo... ¡Que todo ha terminado! Pero, si ha insistido de un modo especial, si le ha encargado de un modo especial que no se olvidara de transmitirme esa reverencia, ¿no estaría él, quizá, muy excitado y fuera de sí? ¡Ha tomado una decisión y se ha asustado de ella! No se ha apartado de mí con paso firme, sino que se ha despeñado por una montaña. La insistencia en esa palabra quizá solo indique una fanfarronada...

—¡Así es, así es! —confirmó Aliosha con ímpetu—. También yo tengo ahora esta impresión.

—¡Si es así, aún no está perdido! Solo está desesperado, pero todavía puedo salvarlo. Espere: ¿le ha dicho algo de dinero, de tres mil rublos?

—No solo es que me lo dijera, sino que quizá eso es lo que más le torturaba. Decía que ahora carecía de honor y que todo le era indiferente —respondió Aliosha, acalorado, sintiendo con toda el alma que la esperanza afluía a su corazón y que, en realidad, había salida y salvación para su hermano—. Pero es que... ¿usted sabe lo del dinero? —añadió y de pronto se detuvo en seco.

—Hace tiempo que lo sé, y con certeza. Mandé un telegrama a Moscú para preguntarlo y hace tiempo que sé que no recibieron el dinero. Él no lo mandó, pero yo no dije nada. La semana pasada me enteré de cuánto necesitaba el dinero y de que aún necesita más... Me he puesto un solo objetivo en todo esto: que sepa a quién dirigirse, quién es su amigo más fiel. No, no quiere creer que yo soy su amigo más fiel; nunca ha querido conocerme, me mira solo como mujer. Durante toda la semana me ha atormentado una terrible preocupación: ¿qué hacer para que no se avergüence de mí por haber gastado esos tres mil rublos? Que se avergüence ante todos, y también ante sí mismo, pero no ante mí. A Dios se lo dice todo sin avergonzarse. ¿Por qué, entonces, no sabe aún cuánto puedo sufrir por él? ¿Por qué, por qué no me conoce? ¿Cómo se atreve a no conocerme después de todo lo que hubo? Quiero salvarlo para siempre. ¡Que olvide que soy su prometida! ¡Y ahora tiene miedo ante mí por su honor! No tuvo miedo de abrirse ante usted, ¿verdad, Alekséi Fiódorovich? ¿Por qué no he merecido yo todavía lo mismo?

Las últimas palabras las pronunció con lágrimas; acababan de anegarse en lágrimas sus ojos.

—Debo informarla —dijo Aliosha, con la voz también trémula— de lo que acaba de pasar con mi padre. —Y le contó toda la escena, le contó que lo habían mandado a pedir dinero, que su hermano había irrumpido en el salón y que había golpeado a su padre, para luego pedirle a él, una vez más y con particular y apremiante insistencia, que fuera a «saludarla con una reverencia»—. Se fue a ver a esa mujer... —añadió en voz baja Aliosha.

—¿Y usted cree que no soportaré a esa mujer? ¿Cree él que no la soportaré? Pero no se casará con ella. —Y rompió a reír con nerviosismo—. ¿Puede un Karamázov arder con semejante pasión eternamente? Es pasión, no amor. No se casará, porque ella no consentirá... —Katerina Ivánovna de pronto volvió a sonreír de una manera extraña.

—Quizá se case con ella —dijo Aliosha con tristeza, bajando la mirada.

—¡No se casará con ella, se lo digo! Esa chica es un ángel, ¿lo sabía? Pues ¡sépalolo! —exclamó con repentino e insólito ardor Katerina Ivánovna—. ¡La más fantástica de todas las criaturas fantásticas! Sé lo seductora que es, pero también que es buena, firme y noble. ¿Por qué me mira de esa manera, Alekséi Fiódorovich? ¿Se sorprende de mis palabras? ¿No me cree, tal vez? ¡Agrafiona Aleksándrovna, ángel mío! —gritó de repente mirando a la otra habitación—. Venga con nosotros. Hay una persona muy gentil, Aliosha, que está al corriente de todos nuestros asuntos. ¡Déjese ver!

—Estaba aquí detrás de la cortina, solo esperaba a que me llamase —pronunció una voz tierna, un poco melosa incluso, de mujer.

El cortinón se levantó y... Grúshenka en persona, risueña y jovial, se acercó a la mesa. Aliosha pareció estremecerse. Clavó los ojos en ella, no podía apartar la mirada. Ahí estaba ella, esa terrible mujer, esa «fiera», como había dicho arrebatadamente su hermano Iván media hora antes. Y, no obstante, tenía delante lo que, a primera vista, parecía ser la criatura más sencilla y corriente: una mujer buena, agradable, digamos que bella, aunque muy parecida a todas las otras mujeres bellas, pero «corrientes». Lo cierto es que era bella, muy bella incluso, con esa belleza rusa que muchos hombres aman hasta el frenesí. Era una mujer bastante alta, aunque un poco menos que Katerina Ivánovna (que era excepcionalmente alta), de formas generosas y movimientos suaves, incluso silenciosos, y también como lánguidos, por una especie de refinamiento particularmente dulzón, y así era también su voz. No se acercó como Katerina Ivánovna, con andares enérgicos y resueltos, sino de modo inaudible. Sus pasos eran completamente silenciosos. Se dejó caer suavemente en la butaca, con un crujido de su fastuoso vestido de seda negra, envolviendo con delicadeza su cuello, blanco como la espuma, y sus hombros anchos con un costoso chal negro de lana. Tenía veintidós años y su cara representaba exactamente esa edad. Tenía la tez muy blanca, con un delicado matiz sonrosado en las mejillas. La forma del rostro era demasiado ancha y la mandíbula inferior incluso un poco protuberante. El labio superior era sutil, si bien el inferior, un poco más abombado, era el doble de carnoso y

estaba como hinchado. Pero su prodigiosa y exuberante cabellera de color castaño oscuro, sus oscuras cejas cebellinas y sus admirables ojos de un azul tirando a gris, con largas pestañas, habrían obligado a detenerse ante esa cara y recordarla por mucho tiempo hasta al hombre más indiferente y distraído, aunque estuviera apretujado en medio de la muchedumbre, un día de mercado. Lo que más impresionó a Aliosha de ese rostro fue su expresión infantil, ingenua. Su mirada era como la de una niña, parecía alegrarse como una niña, y así se acercó precisamente a la mesa, «alegrándose», como si estuviera aguardando algo con la curiosidad infantil más confiada e impaciente. Su mirada alegraba el alma, y Aliosha lo percibió. Sin embargo, había en ella algo más que no habría podido o sabido definir, pero que quizá también advertía de manera inconsciente, y era precisamente esa suavidad, esa dulzura de los movimientos del cuerpo, el silencio felino con el que se movía. Y, sin embargo, su cuerpo era poderoso y exuberante. Debajo del chal se intuían sus hombros anchos, llenos, y el busto alto, del todo juvenil. Ese cuerpo prometía quizá las formas de una Venus de Milo, aunque se presentía que las proporciones, sin duda, eran un poco exageradas. Los conocedores de la belleza femenina rusa habrían podido predecir con certeza, al ver a Grúshenka, que esa belleza fresca y aún juvenil, al aproximarse a la treintena, perdería su armonía y se deformaría; que el rostro se le abotargaría, que le aparecerían arruguitas en el contorno de los ojos y en la frente con extraordinaria rapidez, que se le marchitaría la tez y quizá adquiriría una tonalidad purpúrea; en pocas palabras, era una belleza efímera, una belleza fugaz que a menudo se encuentra precisamente en la mujer rusa. Aliosha, por supuesto, no estaba pensando en eso, pero, aunque fascinado, se preguntaba, con cierta sensación de desagrado y como con pesar, por qué esa mujer arrastraba tanto las palabras en lugar de hablar con naturalidad. Era evidente que Grúshenka encontraba en esa cadencia alargada y en esas sílabas y sonidos exageradamente almibarados algo bello. Era, por supuesto, una mala costumbre, de pésimo gusto, que testimoniaba poca educación y un concepto vulgar de las buenas maneras adquirido en la infancia. Y, sin embargo, esa manera de pronunciar y de entonar las palabras a Aliosha le parecía una contradicción casi imposible con la expresión ingenuamente infantil y jubilosa del rostro, con el resplandor de los ojos, dulce y feliz, como los de un recién nacido. Al instante, Katerina Ivánovna la hizo sentarse en una butaca frente a Aliosha y, entusiasmada, la besó varias veces en sus sonrientes labios. Parecía que estuviese enamorada de ella.

—Es la primera vez que nos vemos, Alekséi Fiódorovich —dijo extasiada—. Quería conocerla hace tiempo, verla, ir a su casa, pero en cuanto ha sabido que éste era mi deseo ha venido ella por sí misma. Sabía que juntas lo resolveríamos todo, ¡todo! Así lo presentía mi corazón... Trataron de convencerme de que no diera este paso, pero yo presentía el resultado y no me equivocaba. Grúshenka me lo ha explicado todo,

todas sus intenciones; como un ángel bueno, ha bajado volando hasta aquí y me ha traído paz y alegría...

—Usted no me ha despreciado, mi querida y digna señorita —dijo Grúshenka arrastrando las palabras con voz cantarina y la misma sonrisa agradable y encantadora.

—¡No se atreva a decirme semejantes palabras, cautivadora, hechicera! ¿Despreciarla a usted? Le besaré el labio inferior una vez más. Parece un poco hinchado, así se le hinchará más, y más, y más... Mire cómo se ríe, Alekséi Fiódorovich. El corazón se alegra al ver a este ángel...

Aliosha se ruborizó y fue presa de un temblor ligero, imperceptible.

—Me mima, querida señorita, y quizá no sea digna de sus caricias.

—¡No es digna! ¡Que no es digna de esto! —volvió a exclamar con idéntico fervor Katerina Ivánovna—. Debe saber, Alekséi Fiódorovich, que tenemos una cabecita fantástica, que tenemos un corazoncito caprichoso pero lleno de orgullo. Somos nobles, Alekséi Fiódorovich, somos generosas, ¿lo sabía? ¡Solo hemos sido desdichadas! Estábamos demasiado dispuestas a hacer todo tipo de sacrificios por un hombre indigno, quizá, o frívolo. Había uno, que también era oficial, de quien nos enamoramos, se lo ofrecimos todo, de esto hace mucho tiempo, unos cinco años, pero él se olvidó de nosotras, se casó. Ahora ha enviudado, ha escrito que viene hacia aquí... ¡Y sepa que lo amamos solo a él, a él y a nadie más, y que lo amaremos toda la vida! Él vendrá, y Grúshenka volverá a ser feliz, pues en todos estos cinco años ha sido desdichada. Pero ¿quién podrá hacerle algún reproche, quién podrá jactarse de haber obtenido su benevolencia? Solo ese viejo comerciante postrado en la cama, pero él ha sido más bien un padre, un amigo y un protector para nosotras. Él nos encontró presas de la desesperación, de tormentos, abandonadas por aquel a quien amábamos tanto... ¡Sí, entonces ella quería ahogarse, y fue ese viejo quien la salvó, la salvó!

—Me defiende usted demasiado, querida señorita; se da mucha prisa en todo —alargó de nuevo las palabras Grúshenka.

—¿Que la defiende? ¿Quiénes somos para defenderla y cómo nos íbamos a atrever a defenderla? Grúshenka, ángel, deme su manita. Mire esta mano pequeña, regordeta y encantadora, Alekséi Fiódorovich. ¿La ve? Me ha traído la felicidad y me ha resucitado, y ahora voy a besarla, por delante y por detrás, ¡así, así y así!

Y, presa de una especie de éxtasis, besó tres veces la manita realmente encantadora, quizá demasiado regordeta, de Grúshenka. Ésta, en cambio, después de haberle tendido su mano con una risita nerviosa, vibrante y cautivadora, se puso a observar a la «querida señorita», visiblemente complacida de que le besaran la mano de ese modo. «Quizá sea excesivo ese entusiasmo», se le pasó por la mente a Aliosha. Se ruborizó. Todo ese rato había sentido como un desasosiego especial en el corazón.

—No me avergüence, querida señorita, besándome así la mano delante de Alekséi Fiódorovich.

—Pero ¿acaso he querido avergonzarla? —dijo un poco sorprendida Katerina Ivánovna—. ¡Ah, querida mía, qué mal me comprende!

—Quizá usted tampoco me comprenda del todo, querida señorita. Quizá yo sea mucho peor de lo que usted piensa. Tengo mal corazón, soy caprichosa. Si seduje entonces al pobre Dmitri Fiódorovich fue solo para burlarme de él.

—Pero ahora será usted quien lo salve. Me ha dado su palabra. Usted lo hará entrar en razón, le confesará que hace tiempo que ama a otro, que ahora pide su mano...

—¡Oh, no! No le he prometido nada semejante. Ha sido usted la que me ha dicho a mí todo eso, pero yo no le he dado mi palabra.

—Quizá entonces no la haya entendido —dijo en voz baja Katerina Ivánovna palideciendo un poco—. Usted prometió...

—Oh, no, señorita, ángel mío, no he prometido nada —la interrumpió Grúshenka con suavidad y calma, con la misma expresión de alegría e inocencia—. Ahora ve, digna señorita, qué mala y autoritaria soy con usted. Haré lo que me apetezca. Quizá hace un momento le haya prometido algo, pero ahora me lo estoy volviendo a pensar: ¿y si de repente me vuelve a gustar? Me refiero a Mitia. Me gustó mucho ya una vez, durante casi una hora entera. Así que quizá vaya ahora y le diga que se quede conmigo a partir de hoy... Ya ve si soy inconstante.

—Hace un momento decía... algo completamente diferente —susurró a duras penas Katerina Ivánovna.

—¡Oh, hace un momento! Pero tengo un corazón tierno, soy una tonta. ¡Cuando pienso lo que ha sufrido por mí! Si llego a casa y de pronto me compadezco de él, ¿qué va a pasar?

—No esperaba...

—¡Ay, señorita, qué buena y noble es usted conmigo! Quizá ahora deje de quererme, tonta de mí, al ver mi carácter. Deme su adorada manita, señorita, ángel mío —suplicó con ternura y, con una especie de veneración, tomó la mano de Katerina Ivánovna—. Ahora, querida señorita, tomo su mano y se la beso, como ha hecho usted conmigo. Usted me la ha besado tres veces, pero yo debería besar la suya por lo menos trescientas para saldar mi deuda con usted. Por ahora que así sea y luego Dios dirá: quizá sea su completa esclava y quiera complacerla en todo como tal. Que ocurra lo que Dios quiera, sin pactos ni promesas entre nosotras. Qué manita, qué adorable manita tiene, ¡qué manita! ¡Mi querida señorita, mi belleza imposible!

Se llevó en silencio esa manita a los labios, aunque con un extraño propósito: el de «saldar su deuda» con sus besos. Katerina Ivánovna no retiró la mano: con una tímida esperanza, escuchó la última promesa de Grúshenka, aunque expresada también de una manera muy extraña, la de complacerla como una «esclava»; la miraba intensamente a los ojos: veía en esos ojos la misma expresión sencilla y confiada, la misma serena alegría... «¡Quizá sea demasiado ingenua!», y un soplo de esperanza

atravesó el corazón de Katerina Ivánovna. Entretanto, Grúshenka, como admirando esa «querida manita», se la llevó despacio a los labios. Pero, con ella ya en sus labios, de pronto vaciló dos o tres segundos, como si estuviera meditando.

—¿Sabe, ángel mío? —dijo de pronto, arrastrando las palabras con la más tierna y acaramelada de las voces—, ¿sabe? No voy a besar su manita. —Y estalló en una risita menuda y jubilosa.

—Como quiera... ¿Qué le pasa? —se sobresaltó Katerina Ivánovna.

—Y no se olvide de que usted besó mi mano, pero yo no la suya. —Algo refulgió de pronto en sus ojos. Miraba a Katerina Ivánovna con una persistencia terrible.

—¡Descarada! —dijo de pronto Katerina Ivánovna, como si de golpe hubiese entendido algo. Toda ella se encendió, saltó de su sitio. Grúshenka también se levantó, sin prisa.

—Ahora mismo le contaré a Mitia que usted me besó la mano pero yo a usted no la suya. ¡Cómo se va a reír!

—¡Mujerzuela, fuera de aquí!

—¡Oh, qué vergüenza, señorita, qué vergüenza! Incluso dichas por usted semejantes palabras resultan indecentes, querida señorita.

—¡Largo de aquí, vendida! —gritó Katerina Ivánovna. Todos los músculos temblaban en su cara, completamente desfigurada.

—¿Vendida yo? Usted misma, de jovencita, visitaba caballeros al anochecer, ofrecía su belleza a cambio de dinero, lo sé.

Katerina Ivánovna lanzó un grito y a punto estaba ya de abalanzarse sobre ella, pero Aliosha la retuvo con todas sus fuerzas:

—¡Ni un paso, ni una palabra! No hable, no diga nada, se irá, ¡se irá ahora mismo!

En ese instante las dos tías de Katerina Ivánovna, al oír su grito, también irrumpieron en la sala. Fueron corriendo hacia ella.

—Me voy —dijo Grúshenka, cogiendo la mantilla del diván—. ¡Aliosha, querido, acompáñame!

—¡Váyase, váyase cuanto antes! —le suplicó Aliosha, con las manos juntas.

—Alióshenka, querido, ¡acompáñame! Y te diré algo muy, pero que muy agradable por el camino. Ha sido por ti, Alióshenka, por quien he montado esta escena. Acompáñame, tesoro, no te arrepentirás.

Aliosha le dio la espalda, retorciéndose las manos. Grúshenka, riendo sonoramente, salió de la casa.

Katerina Ivánovna fue presa de una crisis de nervios. Sollozaba, los espasmos la ahogaban. Todos se afanaban a su alrededor.

—Ya la advertí —le decía la tía mayor—, ya la advertí de que no diera este paso... Es usted demasiado impetuosa... ¡Cómo pudo dar semejante paso! Usted no conoce a

esas criaturas, y ésta, según dicen, es la peor de todas... ¡No, es usted demasiado caprichosa!

—¡Es un tigre! —gritó Katerina Ivánovna—. ¿Por qué me retuvo, Alekséi Fiódorovich? ¡Le habría pegado, sí, pegado!

No podía contenerse delante de Aliosha y quizá ni siquiera lo deseara.

—¡Debería ser azotada en un patíbulo, por un verdugo, en público!

Aliosha retrocedió hacia la puerta.

—Pero ¡Dios mío! —exclamó de repente Katerina Ivánovna, levantando las manos—. ¡Y él! ¡Cómo ha podido ser tan vil, tan inhumano! ¡Le ha contado a esa criatura lo que pasó ese día fatídico, maldito, eternamente maldito! «Iba a vender su belleza, querida señorita.» ¡Ella lo sabe! ¡Su hermano es un canalla, Alekséi Fiódorovich!

Aliosha quería decir algo, pero no encontraba ni una sola palabra. El dolor le oprimía el corazón.

—¡Váyase, Alekséi Fiódorovich! ¡Qué vergüenza, qué espanto! Mañana... Se lo suplico de rodillas, venga mañana. No me juzgue, perdone, ¡no sé qué será de mí!

Aliosha salió a la calle como tambaleándose. Como ella, él también tenía ganas de llorar. De pronto, lo alcanzó la criada.

—La señorita se ha olvidado de entregarle esta carta de parte de la señora Jojلاكova. Está aquí desde la hora de comer.

Aliosha cogió maquinalmente el sobrecito rosa y, casi sin darse cuenta, se lo metió en el bolsillo.

XI. Otra reputación arruinada

Desde la ciudad hasta el monasterio había una versta, o poco más. Aliosha apresuró el paso por el camino, desierto a esa hora. Ya casi era de noche, resultaba difícil distinguir los objetos a treinta pasos. A mitad del camino había una encrucijada. En aquel punto, bajo un sauce solitario, se vislumbraba una silueta. Apenas llegó allí Aliosha, la silueta saltó sobre él y, con una voz histérica, gritó:

—¡La bolsa o la vida!

—¡Ah, eres tú, Mitia! —exclamó Aliosha que, después de haberse llevado un gran susto, se quedó sorprendido.

—¡Ja, ja, ja! No me esperabas, ¿eh? Me preguntaba dónde podía esperarte. ¿Cerca de la casa de ella? Desde allí salen tres caminos y podía perderte. Al final decidí esperarte aquí porque tenías que pasar por fuerza, es el único camino que lleva al monasterio. Bueno, dime la verdad, aplástame como a una cucaracha... Pero ¿qué tienes?

—Nada, hermano... Es que me has asustado. ¡Ah, Dmitri! La sangre de nuestro padre, hace poco... —Aliosha se deshizo en lágrimas, hacía tiempo que tenía ganas de llorar y ahora era como si de repente algo se le desgarrara en el alma—. Por poco no lo matas... Lo has maldecido... Y ahora... Aquí... Te da por hacer bromas... ¡La bolsa o la vida!

—Bueno, ¿y qué? ¿Es indecoroso? ¿No es adecuado a la situación?

—No... Solo que...

—Espera. Mira la noche, mira qué noche tan lúgubre, ¡qué nubes y qué viento se ha levantado! Me he escondido aquí, bajo el sauce, te esperaba, y de pronto he pensado (¡Dios es testigo!): ¿para qué atormentarse, para qué esperar? Aquí hay un sauce, tengo un pañuelo, una camisa, ahora mismo puedo hacer una cuerda, además también tengo unos tirantes y... dejar de fatigar a la tierra, de deshonrarla con mi innoble presencia. Y de pronto te oigo venir. Señor, como si bajase algo del cielo sobre mí: existe, después de todo, una persona a la que quiero, ahí está, ese hombrecito, mi hermanito querido, a quien quiero más que a nadie en el mundo, ¡la única persona a la que quiero! Y he sentido tanto amor por ti, en este minuto te he querido tanto que he pensado: «¡Ahora me arrojaré a su cuello!». Pero luego se me ocurrió una idea estúpida: «Voy a divertirlo un poco, le daré un susto». Y me he puesto a gritar como un cretino: «¡La bolsa!». Perdona por mi tontería: es solo una estupidez, pero lo que llevo en mi alma... también es decente... Bueno, al diablo, dime, ¿qué ha

pasado? ¿Qué ha dicho ella? ¡Aplástame, derríbame, no te apiades de mí! ¿Se ha puesto fuera de sí?

—No, no es eso... No ha pasado nada de eso, Mitia. Allí... Me encontré a las dos juntas.

—¿A qué dos?

—A Grúshenka y a Katerina Ivánovna.

Dmitri Fiódorovich se quedó de una pieza.

—¡Imposible! —exclamó—. ¡Estás delirando! ¿Grúshenka en su casa?

Aliosha le contó todo lo que le había ocurrido desde el momento en que llegó a casa de Katerina Ivánovna. Estuvo hablando unos diez minutos, no se puede decir que su relato resultara muy fluido y ordenado, pero al parecer habló con claridad, captando las palabras principales, los gestos más importantes, y expresó con nitidez, a menudo con un solo trazo, sus propios sentimientos. Su hermano Dmitri lo escuchaba en silencio, lo miraba fijamente con una quietud espantosa, pero para Aliosha estaba claro que lo había entendido todo y captado el sentido de todo el episodio. Pero su rostro, a medida que avanzaba el relato, se volvía no ya sombrío sino más bien amenazante. Dmitri frunció las cejas, apretó los dientes, su mirada fija se hizo aún más fija, más terca, más horrible... Tanto más sorprendente fue cuando, con una rapidez inimaginable, toda su cara, hasta entonces enojada y feroz, cambió por completo de expresión, sus labios fruncidos se abrieron, y soltó una incontenible y auténtica carcajada. Se desternillaba de risa, literalmente, y durante mucho rato ni siquiera pudo hablar.

—¡Así que no le besó la mano! ¡No se la besó y se fue! —gritaba con una especie de morboso entusiasmo que hasta podría parecer insolente de no ser tan natural—. ¡Y la otra le gritaba que es un tigre! ¡Y lo es, de verdad! ¿Que habría que llevarla al patíbulo? Sí, sí, se lo merecería, se lo merece, yo también lo creo, se lo merece, hace tiempo que se lo merece. Verás, hermano, que vaya al patíbulo, pero primero es necesario que yo me cure. Entiendo a esa reina de la insolencia, todo lo que ella es está expresado en lo de la mano. ¡Una mujer infernal! ¡Es la reina de todas las criaturas infernales, de todas las que se pueden imaginar en el mundo! ¡En su género, es inigualable! ¿Así que se fue corriendo a casa? Entonces yo... Ah... ¡Corro a verla! Aliosha, no me culpes, es verdad, estoy de acuerdo, estrangularla sería poco...

—¡Y Katerina Ivánovna! —exclamó con tristeza Aliosha.

—¡A ella también la veo, veo a través de ella, la veo mejor que nunca! Es el descubrimiento de los cuatro continentes del mundo, de los cinco, quiero decir. ¡Un acto así! Es la misma Kátenka, la misma colegiala que, en el generoso intento de salvar a su padre, no tuvo miedo de correr a casa de un oficial grosero y estúpido, a riesgo de sufrir un terrible ultraje. Pero ¡qué orgullo, qué imprudencia, qué desafío al destino, llevado hasta el infinito! ¿Dices que la tía trataba de disuadirla? ¿Sabes? Esa tía es

también una mujer despótica: es la hermana de la generala de Moscú y era incluso más arrogante que ella, pero su marido fue condenado por desfalco y lo perdió todo, la finca y todo lo demás; la orgullosa esposa de pronto bajó el tono y desde entonces no lo ha levantado. Así que trató de disuadir a Katia, pero ésta no la escuchó. «Puedo conquistarlo todo, todo está en mi poder; puedo cautivar a Grúshenka, también, si quiero», y estaba segura de sí misma, se ha pavoneado ante sí misma, de modo que ¿quién tiene la culpa? ¿Crees que ha besado primero la mano de Grúshenka con algún propósito, por un cálculo astuto? No, lo hizo sinceramente, enamorada de verdad de Grúshenka o, mejor dicho, no de Grúshenka, sino de su propio sueño, de su delirio, porque ése era mi sueño, mi delirio. Mi querido Aliosha, ¿cómo has podido escaparte, con dos mujeres como ellas? ¿Echaste a correr con la sotana recogida? ¡Ja, ja, ja!

—Hermano, parece no darte cuenta de hasta qué punto has ofendido a Katerina Ivánovna al contarle a Grúshenka lo de aquel día. Ella inmediatamente le echó en cara que «visitaba en secreto a caballeros para vender su belleza». Hermano, ¿existe mayor ofensa que ésa? —A Aliosha lo que más le atormentaba era la idea de que su hermano parecía complacido ante la humillación de Katerina Ivánovna, aunque, por supuesto, no podía ser así.

—¡Bah! —dijo Dmitri Fiódorovich, frunciendo de repente el ceño de una manera espantosa y dándose una palmada en la frente. Solo entonces comprendió, aunque Aliosha se lo acababa de contar todo en orden, la ofensa y el grito de Katerina Ivánovna: «¡Su hermano es un canalla!»—. Sí, es verdad, es posible que le contara a Katerina Ivánovna lo de aquel «día fatídico», como dice Katia. ¡Sí, se lo conté, ahora me acuerdo! Fue ese día, en Mókroie, yo estaba borracho, las cíngaras cantaban... Pero yo sollozaba, yo mismo sollozaba ese día, estaba de rodillas y rezaba ante la imagen de Katia, y Grúshenka lo entendía. Entonces ella lo entendió todo, me acuerdo, también ella lloraba... ¡Ah, demonios! Pero ¡no podía ser de otro modo! Entonces lloraba, pero ahora... ¡Ahora «una puñalada en el corazón»! Así son las mujeres. —Agachó la cabeza y se quedó pensativo—. ¡Sí, soy un canalla! ¡Sin duda, un canalla! —exclamó de pronto con voz lúgubre—. ¡Da igual si lloraba o no, sigo siendo un canalla! Dile que acepto el título si eso sirve de consuelo. Bueno, ya basta, adiós, ¡es inútil seguir hablando de eso! No es divertido. Sigue tu camino, yo seguiré el mío. No quiero que nos volvamos a ver, al menos no hasta que llegue el ultimísimo minuto. ¡Adiós, Alekséi!

Estrechó con fuerza la mano de Aliosha y, con la cabeza todavía gacha, sin levantar la mirada, como si se arrancara a sí mismo de allí, se encaminó rápidamente hacia la ciudad. Aliosha lo seguía con la mirada, sin creer que se fuera así, de repente, del todo.

—Espera, Alekséi, una confesión más, ¡a ti solo! —Dmitri Fiódorovich retrocedió de repente—. Mírame, mírame bien: aquí mismo, ¿lo ves?, aquí mismo se prepara una

infamia espantosa. —Al decir «aquí mismo», Dmitri Fiódorovich se golpeaba el pecho con el puño y con un aire muy extraño, como si la infamia se encontrara y la guardara justamente ahí, en su pecho, en algún lugar, quizá en un bolsillo o cosida y colgada de su cuello—. Ya me conoces: soy un canalla, ¡un reconocido canalla! Pero debes saber que, de cuanto haya hecho antes o pueda hacer de ahora en adelante, nada, nada puede compararse en bajeza con la infamia que justamente ahora, justamente en este minuto, llevo aquí, en mi pecho, aquí, mira, aquí, una infamia que actúa y que se cumple, y que yo soy totalmente libre de detener: puedo detenerla o cometerla, ¡toma nota! Pues bien, debes saber que la cometeré, que no le pondré freno. Hace poco te lo he contado todo, excepto esto, porque ¡incluso a mí me falta desfachatez! Todavía puedo detenerme; si me detengo, mañana podría recuperar una mitad entera del honor perdido, pero no me detendré, cometeré mi vil proyecto y ¡tú serás testigo de que te hablé de él anticipadamente y con plena conciencia! ¡Oscuridad y perdición! No tengo nada que explicar, te enterarás a su debido tiempo. ¡Callejón inmundo y mujer infernal! Adiós. No reces por mí, no me lo merezco y no es necesario, no es en absoluto necesario... ¡No lo necesito para nada! ¡Fuera...!

Y de pronto se alejó, esta vez definitivamente. Aliosha se dirigió al monasterio. «¿Qué querría decir? ¿Qué significa que no lo volveré a ver? ¿De qué estaría hablando? —se preguntaba con frenesí—. No, mañana sin falta lo veré y lo encontraré, lo buscaré expresamente. ¡Qué cosas dice!»

Bordeó el monasterio y, a través del pinar, se dirigió directamente al asceterio. Le abrieron la puerta, aunque a esa hora ya no dejaban pasar a nadie. Se le estremecía el corazón mientras entraba en la celda del stárets. «¿Por qué, por qué había salido? ¿Por qué lo había mandado “al mundo”? Aquí, paz. Aquí, santidad. Y allí, confusión, oscuridad en la que enseguida uno se pierde y se extravía...»

En la celda se encontraban el novicio Porfiri y el hieromonje Paísi, que se había presentado a cada hora del día para preguntar por la salud del padre Zosima, cuyo estado, según supo Aliosha con espanto, iba empeorando más y más. Esta vez ni siquiera pudo celebrarse el habitual coloquio vespertino con la comunidad. Por lo general, cada día después del oficio vespertino, antes de retirarse a dormir, los monjes del monasterio solían reunirse en la celda del stárets y cada uno le confesaba en voz alta los pecados de la jornada, sus sueños pecaminosos, sus pensamientos, sus tentaciones, incluso las disputas con otros monjes, si es que se habían producido. Algunos se confesaban de rodillas. El stárets absolvía, reconciliaba, exhortaba, imponía penitencias, bendecía y despedía. Contra estas «confesiones» fraternales se sublevaban los adversarios del stárchestvo, alegando que esta práctica profanaba la confesión como sacramento, que era casi una blasfemia, aunque se trataba de algo totalmente diferente. Incluso habían expuesto a las autoridades diocesanas que tales confesiones no solo no daban buenos frutos sino que, en realidad, inducían

intencionadamente al pecado y a la tentación. A muchos monjes, por ejemplo, les pesaba acudir a confesarse a la celda del stárets e iban allí a la fuerza, porque todos lo hacían, para que no los consideraran orgullosos y rebeldes. Contaban que algunos de los hermanos, al dirigirse a la confesión vespertina, se ponían de acuerdo entre sí de antemano: «Yo diré que esta mañana me he enfadado contigo y tú confírmalo»; de ese modo tenían algo que decir, solo para acabar más rápido. Aliosha sabía que, de hecho, así sucedía algunas veces. Sabía también que había hermanos de lo más enfadados por la costumbre de que incluso las cartas de familiares, que recibían los ermitaños, primero eran llevadas al stárets para que las abriera y las leyese antes que sus destinatarios. Se suponía, por descontado, que todo eso debía efectuarse en libertad y con franqueza, sin reservas, en nombre de una humildad libre y de una edificación salvadora, pero, en realidad, resultaba que a veces se hacía de una manera muy poco sincera y, por el contrario, artificiosa y falsa. Pero los hermanos mayores, los que atesoraban más experiencia, decían que «para quien hubiese entrado entre aquellas paredes con el afán de salvarse, todas esas obediencias y hazañas resultaban sin duda salvadoras y de gran utilidad; aquellos que, por el contrario, encontraran penosas tales pruebas y murmurasen contra ellas, no eran verdaderos monjes y se habían equivocado al entrar en el monasterio, su lugar estaba en el mundo. Del pecado y del demonio, además, uno nunca está a salvo, ni en el mundo ni en el templo; por tanto, no había que ser demasiado indulgente con los pecados».

—Está débil, lo vence la somnolencia —comunicó en un susurro el padre Paísi a Aliosha, después de darle su bendición—. Incluso resulta difícil despertarlo. Pero no hay por qué hacerlo. Ha estado despierto unos cinco minutos, pidió que se mandara a los hermanos su bendición y les rogó que lo tuvieran presente en sus plegarias nocturnas. Por la mañana a primera hora tiene intención de comulgar otra vez. Te ha mencionado, Alekséi, ha preguntado si habías salido y le hemos dicho que estabas en la ciudad. «Le he dado mi bendición para que se fuera; su lugar está allí y no aquí todavía», eso es lo que dijo de ti. Te ha recordado con afecto, con preocupación; ¿te das cuenta del honor que supone para ti? Pero ¿por qué te ha ordenado vivir durante un tiempo en el mundo? ¡Debe de haber previsto algo en tu destino! Entiende, Alekséi, que si vuelves al mundo será para llevar a cabo la tarea que te ha asignado tu stárets y no para abandonarte a la frívola vanidad ni a los placeres mundanos...

El padre Paísi salió. De que el stárets estaba agonizando Aliosha ya no tenía duda, aunque aún podía vivir uno o dos días más. Aliosha decidió con ardor y firmeza que, a pesar de la promesa que había hecho de ir a ver a su padre, a las Jojlakova, a su hermano y a Katerina Ivánovna, no dejaría el monasterio en todo el día siguiente, sino que permanecería al lado de su stárets hasta su deceso. Su corazón se inflamó de amor y se reprochó amargamente haber sido capaz, por un momento, en la ciudad, de olvidar a aquel que había dejado en el monasterio en su lecho de muerte, a aquel a

quien veneraba más que a nadie en el mundo. Entró en el dormitorio del stárets, se arrodilló y se inclinó hasta el suelo delante de su maestro dormido. Éste estaba sumido en un sueño apacible, inmóvil, con una respiración regular y casi imperceptible. Su rostro estaba sereno.

De vuelta en la otra habitación, la misma en la que el stárets había recibido a sus visitas por la mañana, Aliosha, casi sin desvestirse y quitándose únicamente las botas, se tendió en el pequeño diván de cuero, estrecho y duro, en el que siempre había dormido, desde hacía mucho tiempo, todas las noches, llevando consigo solo una almohada. El jergón al que había aludido su padre a gritos hacía mucho tiempo que se olvidaba de extenderlo. Solo se quitaba la sotana y se cubría con ella en lugar de con una manta. Pero, antes de dormir, se puso de rodillas y rezó un buen rato. En su ardiente plegaria no pedía a Dios que resolviera su confusión, solo tenía sed de una humildad gozosa, de esa humildad que antes siempre visitaba su alma después de haber alabado y glorificado a Dios, y en eso consistía por lo general su plegaria nocturna. Esa alegría que lo visitaba le procuraba un sueño ligero y tranquilo. Ahora, mientras estaba rezando, de pronto notó por casualidad en su bolsillo el sobrecito rosa que le había entregado la criada de Katerina Ivánovna tras darle alcance en la calle. Se quedó turbado, pero acabó la plegaria. Luego, después de cierta vacilación, abrió el sobre. Dentro había una cartita dirigida a él, firmada por Lise, esa jovencita, hija de la señora Jojlakova, que por la mañana se había reído tanto de él en presencia del stárets.

Alekséi Fiódorovich —decía—, le escribo en secreto de todo el mundo, e incluso de mamá, y sé que está mal. Pero no puedo seguir viviendo sin decirle lo que ha nacido en mi corazón y que nadie, salvo nosotros dos, debe saber por el momento. Pero ¿cómo le diré lo que tanto deseo decirle? El papel, dicen, no se ruboriza: le aseguro que no es verdad y que se ruboriza exactamente como yo en este momento, toda entera. Querido Aliosha, le amo, le amo desde niña, desde Moscú, cuando usted era tan diferente de ahora y le amo para toda la vida. Le he escogido en mi corazón para unirme a usted y en la vejez acabar juntos nuestra vida. A condición, por supuesto, de que deje el monasterio. Por lo que respecta a nuestra edad, esperaremos a lo estipulado por la ley. Para entonces, estaré restablecida del todo, caminaré y bailaré. Eso está fuera de toda duda.

Como ve, he pensado en todo. Hay una sola cosa que no puedo imaginar: ¿qué pensará de mí cuando lea esto? Río y bromeo siempre, como hoy cuando le hice enfadarse, pero le aseguro que ahora, antes de tomar la pluma, he rezado ante el icono de la Madre de Dios, y también ahora estoy rezando y al borde de las lágrimas.

Mi secreto está en sus manos; mañana, cuando venga, no sé cómo le miraré. Ah, Alekséi Fiódorovich, ¿qué pasará si de nuevo, como una estúpida, no puedo contenerme y, cuando le mire, me pongo a reír como he hecho esta mañana? Me

tomará por una perversa burlona y no creerá mi carta. Por eso le suplico, querido mío, si se compadece un poco de mí, que no me mire demasiado a los ojos mañana, cuando venga por aquí, porque, cuando se crucen con los suyos, quizá no pueda evitar echarme a reír, y usted, además, llevará esa vestidura larga... Incluso ahora siento frío en todo mi ser cuando lo pienso; por eso, cuando entre, durante unos instantes, no me mire en absoluto, mire a mamá o mire por la ventana...

Así que le he escrito una carta de amor, ¡oh, Dios mío, qué he hecho! Aliosha, no me desprecie, si he obrado mal y le he ofendido, perdóneme. Ahora el secreto de mi reputación, quizá arruinada para siempre, está en sus manos.

Hoy no dejaré de llorar en todo el día. Hasta mañana, hasta ese terrible mañana.

LISE

P. S. ¡Aliosha, venga usted sin falta, sin falta, sin falta! Lise.

Aliosha leyó la carta con estupor, la leyó dos veces, se detuvo a pensar, luego se echó a reír en voz baja, dulcemente. Tuvo un sobresalto: esa risa le pareció pecaminosa. Pero un instante después volvió a reírse del mismo modo, en voz baja y feliz. Metió lentamente la carta en el sobrecito, hizo la señal de la cruz y se acostó. La agitación que sentía en el alma de repente se disipó. «Señor, ten piedad de todos ellos, protege a estas almas infelices y tempestuosas, guíalas. Tuyos son los caminos: llévalos por esos caminos y sálvalos. Tú eres amor. ¡Tú les mandarás alegría a todos!», murmuró Aliosha, persignándose y cayendo en un sueño plácido.

SEGUNDA PARTE

LIBRO CUARTO

LOS DESGARROS

I. El padre Ferapont

Muy temprano, antes del amanecer, avisaron a Aliosha. El stárets se había despertado y se sentía muy débil, si bien había preferido levantarse de la cama y sentarse en el sillón. Estaba plenamente consciente; aunque extremadamente fatigado, su rostro reflejaba placidez, casi alegría, y su mirada resultaba gozosa, afable, estimulante. «Es posible que no pase de este día que llega», le dijo a Aliosha; a continuación manifestó su deseo de confesarse y comulgar de inmediato. Su confesor siempre había sido el padre Paísi. Después de administrarle estos dos sacramentos, procedió a la extremaunción. Acudieron los hieromonjes, poco a poco la celda fue llenándose de eremitas. Entretanto, se hizo de día. Empezó también a llegar gente del monasterio. Al terminar el oficio, el stárets quiso despedirse de todos y besó a todos los presentes. Dada la estrechez de la celda, los que habían llegado primero tuvieron que salir y dejar su sitio a otros. Aliosha estaba al lado del stárets, que había vuelto a sentarse en su sillón. Hablaba y aleccionaba en la medida de sus fuerzas; su voz, aunque frágil, seguía siendo bastante firme.

—He dedicado tantos años a instruirlos y, por tanto, a hablar en alta voz que he adquirido la costumbre de hablar y, al hablar, de instruir, hasta el punto de que callar casi me resultaría más difícil que hablar, padres y hermanos queridos, incluso ahora, a pesar de mi debilidad —bromeó, mirando con ternura a quienes se arremolinaban a su alrededor.

Aliosha recordaría más tarde algo de lo que dijo entonces el stárets. Pero, aunque habló de manera inteligible y con voz firme, su discurso resultó un tanto confuso. Habló de muchas cosas, parecía como si quisiera decirlo todo, volver a manifestar, a las puertas de la muerte, todo cuanto no había acabado de decir a lo largo de su vida, y no solo por su afán de instruir, sino por su deseo de compartir su alegría y su entusiasmo con todo el mundo, de abrir su corazón una vez más...

—Amaos los unos a los otros, padres —los exhortaba el stárets (así lo recordó más tarde Aliosha)—. Amad al pueblo de Dios. Pues no somos nosotros más santos que los

legos por haber venido aquí y habernos enclaustrado entre estas paredes; al contrario, aquel que viene aquí, si ha venido, es precisamente por saberse peor que cualquier lego y que todo lo que existe en la tierra... Y, cuanto más tiempo habite después el monje entre estas paredes, más claramente lo reconocerá. Pues, en caso contrario, no tenía por qué haber venido aquí. Así pues, cuando comprenda que no solo es peor que cualquier lego, sino que es culpable por todos y por todo ante todo el mundo, por todos los pecados del hombre, individuales y colectivos, únicamente entonces habrá alcanzado el fin por el que se unió a nosotros. Pues habéis de saber, amados hermanos, que cada uno de nosotros es culpable, incuestionablemente, por todos y por todo cuanto hay en la tierra, no solo en virtud de la culpa colectiva del mundo, sino personalmente por todos y cada uno de los hombres de la tierra. Esta conciencia es la culminación de la senda monacal, pero también de cada ser humano en este mundo. Pues los monjes no son hombres distintos de los demás, sino que son, sencillamente, tal y como deberían ser todos los hombres en la tierra. Solo entonces se fundirán nuestros corazones en el amor infinito, universal, que nunca se sacia. Entonces cada uno de vosotros tendrá la fuerza suficiente para convertir al mundo entero por medio del amor y para lavar con sus lágrimas los pecados del mundo... No os alejéis ninguno de vuestro corazón, confesaos todos sin descanso. No tengáis miedo de vuestro pecado, ni aun teniendo conciencia de él, siempre y cuando estéis arrepentidos; pero no pongáis condiciones a Dios. Y os digo una vez más: no os sintáis orgullosos. No os sintáis orgullosos ante los pequeños, no os sintáis orgullosos tampoco ante los grandes. No odiéis ni a quienes renieguen de vosotros, a quienes os difamen, a quienes os insulten ni a quienes os calumnien. No odiéis a los ateos, a quienes predicán el mal, a los materialistas, ni siquiera a los malvados, por no hablar ya de los buenos, pues hay entre ellos mucha gente buena, especialmente en nuestros tiempos. Tenedlos presentes en vuestras oraciones, diciendo: «Salva, Señor, a todos aquellos que no tienen quien rece por ellos, salva también a aquellos que no quieren rezarte». Y añadid acto seguido: «No es el orgullo lo que me mueve a elevar esta plegaria, Señor, pues yo también soy un miserable, el peor de los miserables»... Amad al pueblo de Dios, no permitáis que los forasteros os arrebaten el rebaño, pues si os dormís por culpa de la pereza y del altivo orgullo o, peor aún, por culpa del egoísmo, vendrán de todas las naciones y os arrebatarán vuestro rebaño. Predicad a la gente el Evangelio sin desmayar... No incurráis en simonía... No améis la plata ni el oro, no los poseáis... Creed y alzad vuestra bandera. Levantadla bien alta...

Hay que decir que el stárets hablaba de forma más entrecortada de lo que aquí se ha mostrado y de como lo anotó más tarde Aliosha. A veces se callaba, como tratando de cobrar fuerzas, se sofocaba, pero estaba en éxtasis. Lo escuchaban emocionados, aunque muchos estaban sorprendidos de sus palabras y veían algo oscuro en ellas... Más tarde todos las recordarían. Aliosha tuvo que salir un momento, y se quedó

impresionado al descubrir la agitación general y la expectación de la comunidad que se agolpaba dentro de la celda y en sus inmediaciones. Había quienes aguardaban casi con inquietud, otros lo hacían solemnemente. Todos esperaban que ocurriera algo inminente y grandioso apenas falleciera el stárets. Semejante expectativa, desde cierto punto de vista, resultaba casi frívola, pero hasta los padres más severos participaban de ella. La expresión más grave era la del hieromonje Paísi. La razón de que Aliosha se ausentara de la celda fue que, por medio de uno de los monjes, lo había hecho llamar de forma enigmática Rakitin, recién vuelto de la ciudad con una extraña carta de la señora Jojlakova. Ésta le comunicaba a Aliosha una curiosa noticia que no podía llegar en un momento más oportuno. La víspera, entre las devotas del pueblo llano que habían acudido a presentarle sus respetos al stárets y a recibir su bendición, se encontraba una viejecilla, vecina de nuestra ciudad, llamada Projórovna, viuda de un suboficial. Esta mujer le había preguntado al stárets si entre los difuntos por cuyo descanso eterno se reza en la iglesia podría incluir a su hijo Vásenka, que se había trasladado por razones del servicio a la lejana Irkutsk, en Siberia, y del que no tenía noticias desde hacía un año. El stárets había replicado a la anciana con severidad, prohibiéndole hacer tal cosa y asegurando que esa clase de plegarias eran poco menos que brujería. Pero a continuación, disculpándola por su ignorancia, añadió, a modo de consuelo, «como quien mira en el libro del futuro —así se expresaba en su carta la señora Jojlakova—, que su hijo Vasia estaba vivo, sin sombra de duda, y que o bien estaría muy pronto de vuelta o bien le mandarían una carta, de modo que ella debía volver a casa a esperarlo. Y ¿qué es lo que ha pasado? —añadía alborozada la señora Jojlakova—. Pues que la profecía se ha cumplido al pie de la letra, y más aún». Nada más llegar a casa, a la anciana le entregaron una carta de Siberia dirigida a ella. Y no solo eso: en esa carta, escrita ya de camino, desde Ekaterimburgo, su hijo Vasia le comunicaba que estaba viajando de regreso a Rusia, en compañía de un funcionario, y «esperaba abrazar a su madre» unas tres semanas después de que ésta hubiera recibido la carta. La señora Jojlakova rogaba insistente y fervientemente a Aliosha que informara al padre higúmeno y a toda la comunidad de este nuevo «milagro profético». «¡Tiene que saberlo todo el mundo, todo el mundo!», exclamaba en su carta, a modo de conclusión. La carta la había escrito deprisa y corriendo, y en cada línea se reflejaba la emoción de la autora. Pero Aliosha no tenía nada que comunicar a los monjes, porque éstos ya estaban al corriente de lo ocurrido: Rakitin, cuando mandó al monje que avisara a Aliosha, le encargó de paso que «transmitiera con todo respeto al reverendo padre Paísi que él, Rakitin, tenía una noticia que darle a conocer, tan importante que no se atrevía a esperar ni un minuto, y que le pedía humildemente perdón por su osadía». Dado que el monje había trasladado la petición de Rakitin antes al padre Paísi que a Aliosha, cuando éste volvió a la celda ya solo le quedaba leer la misiva y mostrársela acto seguido al padre Paísi en calidad de mero documento.

Y lo cierto es que ni siquiera este hombre seco y desconfiado, al leer con el ceño fruncido la noticia del «milagro», pudo reprimir por completo sus sentimientos más íntimos. Los ojos le brillaban, una sonrisa grave y penetrante se dibujó de pronto en sus labios.

—¡Qué no veremos! —se le escapó inopinadamente.

—¡Qué no veremos aún, qué no veremos! —repitieron a coro los monjes, si bien el padre Paísi, frunciendo nuevamente el ceño, les pidió a todos ellos que, por el momento, no comentaran nada de lo sucedido, al menos hasta que acabara de confirmarse la noticia. «Hay mucha frivolidad entre los legos, y este caso ha podido ocurrir de forma natural», añadió cauteloso, como queriendo tranquilizar su conciencia, aunque casi ni él mismo se creía sus propias reservas, algo que advirtieron perfectamente quienes le estaban escuchando. A esa misma hora, desde luego, el «milagro» lo conocía ya todo el monasterio y muchos de los seglares que habían acudido allí para la liturgia. Con todo, nadie parecía más asombrado del milagro que el humilde monje de San Silvestre, ese pequeño monasterio de Obdorsk, en el lejano norte. La víspera se había postrado ante el stárets, en presencia de la señora Jojlakova, y, señalando a la hija «curada» de esta dama, le había preguntado con verdadero interés: «¿Cómo se atreve usted a hacer cosas así?».

El caso es que ahora este humilde monje estaba perplejo y casi no sabía qué creer. El día anterior, a la caída de la tarde, había estado visitando en el monasterio al padre Ferapont, en la celda retirada que éste ocupaba detrás del colmenar, y se había quedado asombrado con esa visita, que le había producido una impresión extraordinaria y terrible. El padre Ferapont era ese anciano monje, estricto ayunador y observante del voto de silencio, al que ya hemos aludido como rival del stárets Zosima y, sobre todo, del stárchestvo, que consideraba una novedad frívola y perniciosa. Se trataba de un rival extremadamente peligroso, a pesar de que, en virtud del voto de silencio, prácticamente no cambiaba una palabra con nadie. Pero era peligroso, sobre todo, porque una parte importante de los miembros de la comunidad compartían plenamente sus opiniones, y muchos de los seglares que acudían al monasterio lo veneraban como a un hombre justo y lo tenían por un asceta, a pesar de ver en él a un evidente yuródivy. Pero era eso mismo lo que los cautivaba. El padre Ferapont nunca visitaba al stárets Zosima. Aunque residía en el asceterio, apenas lo importunaban con las reglas que allí regían, pues se comportaba, en efecto, como un auténtico yuródivy. Tenía unos setenta y cinco años, si no más, y vivía detrás del colmenar del asceterio, en una de las esquinas del recinto, en una vieja celda de madera, muy desvencijada, que había sido construida hacía muchísimo tiempo, en el siglo pasado, para otro monje que, como él, había sido un gran ayunador y había observado el voto de silencio, el padre Iona, que había vivido hasta los ciento cinco años y de cuyos grandes hechos aún circulaban muchos relatos curiosísimos por el monasterio y sus alrededores. El

padre Ferapont había conseguido, hacía unos siete años, que lo alojaran también a él en esa celda apartada, que era en definitiva una isba, aunque recordaba mucho a una capilla, pues tenía una cantidad enorme de iconos donados al monasterio, ante los cuales ardían permanentemente lamparillas votivas; era como si hubieran instalado allí al padre Ferapont para que se ocupara de ellas y las mantuviera encendidas. No consumía, según se contaba —y era verdad—, más que dos libras de pan cada tres días, eso era todo; se lo llevaba cada tres días el colmenero que vivía allí mismo, en el colmenar, pero incluso a este colmenero que le prestaba tal servicio el padre Ferapont apenas le dirigía la palabra. Esas cuatro libras de pan, junto con el próforon de los domingos, que tras la última misa le mandaba indefectiblemente el padre higúmeno al bienaventurado, constituían todo su alimento semanal. En cuanto al agua del jarro, se la cambiaban a diario. Raramente asistía a misa. Sus admiradores veían cómo a veces aguantaba todo el día rezando, arrodillado y sin levantar la cabeza. Si, a pesar de todo, alguna vez entablaba conversación con ellos, se mostraba lacónico y hablaba de forma entrecortada, extraña y un tanto grosera. No obstante, muy ocasionalmente conversaba con los visitantes, pero por lo general se limitaba a dejar caer alguna palabra misteriosa que constituía un profundo enigma para ellos, y después, por más que le insistían, no ofrecía ninguna explicación. No tenía rango de sacerdote, era un simple monje. Corría un rumor muy singular, si bien entre la gente más oscura, según el cual el padre Ferapont estaba en contacto con los espíritus celestes y solo hablaba con ellos, motivo por el cual callaba en presencia de la gente. El monjecillo de Obdorsk, que había entrado en el colmenar siguiendo las instrucciones del colmenero, otro monje igualmente callado y sombrío, se dirigió hacia el rincón donde se encontraba la pequeña celda del padre Ferapont. «A lo mejor se decide a hablar con un forastero como tú, pero también es posible que no le saques una sola palabra», le previno el colmenero. Se acercó el monje, según contó él mismo más tarde, muerto de miedo. Era bastante tarde ya. En esta ocasión, el padre Ferapont estaba sentado delante de la puerta de su celda, en un banco muy bajo. Un enorme olmo viejo susurraba suavemente por encima de él. Se había levantado un aire fresco vespertino. El monje de Obdorsk se postró ante el beato y le pidió su bendición.

—¿Acaso pretendes, monje, que caiga yo también de rodillas ante ti? —dijo el padre Ferapont—. ¡Levántate!

El monjecillo se puso de pie.

—Al bendecir, eres tú el bendito; siéntate a mi lado. ¿De dónde vienes?

Lo que más sorprendió al pobre monje fue que el padre Ferapont, a pesar de sus prolongados ayunos y de su avanzada edad, tenía todo el aspecto de ser un viejo fuerte, alto, que andaba siempre erguido, con el rostro fresco y saludable, aunque enjuto. Tampoco cabía duda de que conservaba una fuerza física considerable. Era de constitución atlética. A pesar de sus muchos años, ni siquiera había encanecido del

todo y conservaba abundantes y espesas la cabellera y la barba, completamente negras en otros tiempos. Tenía los ojos grises, grandes y brillantes, pero extremadamente prominentes, tanto que llamaban la atención. Hablaba marcando con claridad la «o». Vestía un largo armiak rojizo, de ese paño ordinario que antes llamaban de presidiario, ceñido con una gruesa cuerda. El cuello y el pecho los llevaba al aire. Por debajo del armiak asomaba una camisa de tela muy basta, casi totalmente negra después de no habérsela cambiado en meses. Se decía que llevaba bajo el armiak unas cadenas de asceta que pesaban treinta libras. Calzaba unos viejos zapatos, casi deshechos, sobre los pies desnudos.

—Del modesto cenobio de San Silvestre, en Obdorsk —respondió humildemente el monje, mirando al ermitaño con sus ojillos vivos y curiosos, aunque un tanto asustados.

—He estado en ese San Silvestre tuyo. He vivido allí. ¿Cómo va todo? —El monjecillo se turbó—. ¡Mira que sois torpes! ¿Cómo observáis el ayuno?

—El hermano encargado del refectorio lo dispone todo según la vieja regla eremítica: durante la Cuaresma no se sirven comidas los lunes, miércoles y viernes. Los martes y los jueves la comunidad toma pan blanco, una decocción con miel, mora de los pantanos o col salada y papilla de avena. Los sábados, sopa de coles, fideos con guisantes, kasha con jugo, todo con aceite. Los domingos, a la sopa de coles se le añade pescado seco y kasha. En Semana Santa, desde el lunes hasta el sábado por la noche, seis días, solo hay pan, agua y verduras sin cocer, y aun esto con moderación; además, no lo tomamos a diario, sino según lo dicho para la primera semana. El Viernes Santo no se come nada, e igualmente ayunamos el Sábado Santo hasta las tres de la tarde, y entonces solo podemos tomar un poco de pan remojado en agua y beber una copa de vino. El Jueves Santo tomamos únicamente comida hervida, sin aceite, aunque bebemos vino con algunos frutos secos. Pues el concilio de Laodicea dice del Jueves Santo: «No se debe interrumpir el ayuno el jueves de la última semana, deshonorando de ese modo toda la Cuaresma». Así procedemos en nuestro monasterio. Pero ¡qué es esto en comparación con lo que usted hace, eximio padre —añadió el monje, animándose—, que se alimenta todo el año, incluida la santa Pascua, únicamente a base de pan y agua! El pan que nosotros consumimos en dos días le basta a usted para toda una semana. Es en verdad admirable su gran frugalidad.

—¿Y los hongos? —preguntó de repente el padre Ferapont, aspirando la ge, pronunciándola casi como una jota—. ¿Los niscalos?

—¿Los niscalos? —repitió la pregunta el monjecillo, asombrado.

—Eso es. Yo puedo renunciar al pan, no lo necesito para nada; si me fuera a vivir al bosque, podría alimentarme a base de niscalos y bayas, pero los de aquí son incapaces de prescindir del pan, y eso quiere decir que están atados al diablo. Hoy en día, hay gente despreciable que asegura que no sirve de nada tanto ayuno. Altivo y despreciable, así es este juicio.

—Oh, es cierto —exclamó el monje.

—¿Ha visto a los demonios en casa de éstos? —preguntó el padre Ferapont.

—¿En casa de quiénes? —replicó tímidamente el monje.

—El año pasado subí a ver al higúmeno por Pentecostés, y no he vuelto desde entonces. Vi que uno tenía un diablo en el pecho, escondido bajo la sotana, apenas le asomaban los cuernos; otro lo llevaba en el bolsillo, y me miraba asustado, con ojos inquietos; a otro se le había metido en la barriga, en su sucio vientre; y alguno lo llevaba colgado del cuello, bien agarrado, aunque no podía verlo.

—Usted... ¿los ve? —preguntó el monje.

—Ya te lo he dicho: los veo, los veo con toda claridad. Cuando ya me disponía a salir del aposento del higúmeno, me fijé en que había uno de ellos detrás de la puerta, escondiéndose de mí; era bien grande, mediría un arshín y medio de altura, si no más, con una cola gruesa y larga, de color pardo, que tenía la punta metida en la rendija de la puerta; pero yo no soy tonto, así que cerré de golpe, dando un portazo, y le pillé la cola. Empezó a chillar y a rebullirse, pero yo le hice la señal de la cruz, así hasta tres veces. Y en ese momento reventó como una araña pisoteada. Seguro que ahora ese rincón está podrido y apesta, pero éstos ni lo ven ni lo huelen. Llevo un año sin ir. Solo a ti, como eres forastero, puedo revelarte este secreto.

—¡Son terribles sus palabras! Y entonces, padre eximio y bienaventurado —el monjecillo iba cobrando cada vez más valor—, ¿es cierta esa inmensa fama, que se extiende hasta tierras lejanas, según la cual usted está en comunicación permanente con el Espíritu Santo?

—Viene volando. Así es.

—Y ¿cómo viene volando? ¿En qué forma?

—En forma de pájaro.

—¿El Espíritu Santo en forma de paloma?

—Una cosa es el Espíritu Santo y otra el Santo Espíritu. El Santo Espíritu es distinto, éste puede descender en forma de otros pájaros: en forma de golondrina, de jilguero o incluso de carbonero.

—¿Cómo lo distingue de un simple carbonero?

—Habla.

—¿Cómo que habla? ¿En qué lengua?

—En la humana.

—¿Y qué le dice?

—Pues hoy precisamente me ha anunciado que vendría a visitarme un imbécil a preguntarme cosas que no debe. Mucho pretendes saber, monje.

—Son terribles sus palabras, padre santísimo y bienaventurado. —El monje sacudía la cabeza. En sus asustadizos ojos se vislumbró, de todos modos, cierta incredulidad.

—¿Ves ese árbol? —preguntó el padre Ferapont, después de callar unos momentos.

—Lo veo, bienaventurado padre.

—Para ti es un olmo; pero para mí es otra cosa.

—Y ¿qué es? —El monjecillo se quedó en silencio, esperando una respuesta en vano.

—Suele ocurrir de noche. ¿Ves esas dos ramas? Pues de noche Cristo extiende sus brazos hacia mí y sus manos me buscan, yo lo veo con toda claridad y me echo a temblar. ¡Es terrible! ¡Terrible!

—¿Qué tiene de terrible, tratándose de Cristo?

—Puede agarrarme y llevarme.

—¿Vivo?

—¿Acaso no has oído hablar del espíritu y la gloria de Elías? Me abrazará y me llevará...

Aunque el monje de Obdorsk, después de esta conversación, regresó bastante perplejo a la celda que le habían asignado —la de uno de los miembros de la comunidad—, su corazón seguía estando más próximo, indudablemente, al padre Ferapont que al padre Zosima. El monje de Obdorsk era, ante todo, partidario del ayuno, y no era extraño que un ayunador tan colosal como el padre Ferapont pudiera «ver prodigios». Sus palabras, sin duda, resultaban un tanto disparatadas, pero solo el Señor sabía lo que en ellas se encerraba, y todos los iluminados por el amor de Cristo hacen y dicen cosas de ese tenor. En cuanto a lo de la cola del diablo pillada con la puerta, estaba dispuesto a admitirlo con toda el alma y de muy buen grado, no solo en sentido figurado, sino al pie de la letra. Aparte de eso, ya antes de su llegada al monasterio venía experimentando una profunda animadversión contra el stárchestvo, que hasta entonces solo conocía de oídas, y, siguiendo el ejemplo de muchos otros, lo tenía por una novedad decididamente pernicioso. En el tiempo que llevaba en el monasterio, ya había podido percibir el disimulado murmullo de algunos hermanos superficiales, descontentos con los startsy. Por lo demás, era un monje inconstante e inquieto por naturaleza, con una inmensa curiosidad por todo. Por eso mismo, la impresionante noticia del nuevo «milagro» del stárets Zosima lo dejó enormemente perplejo. Más tarde, Aliosha recordaría cómo, entre los monjes que se agolpaban junto al stárets o se reunían en las inmediaciones de la celda, había pasado repetidas veces por su lado, husmeando en todos los corrillos, la figura del curioso visitante de Obdorsk, que procuraba estar al corriente de todo e interrogaba a todo el mundo. Pero en esos momentos apenas le había prestado atención y solo más tarde se acordaría de todo aquello...

La verdad es que no estaba Aliosha como para ocuparse del monje: el stárets Zosima había vuelto a sentirse fatigado y se había acostado de nuevo, cuando de

pronto, poniendo los ojos en blanco, se acordó de él y lo mandó llamar. Aliosha acudió de inmediato. En ese preciso instante, junto al stárets solo se encontraban el padre Paísi, el hieromonje Iósif y el novicio Porfiri. El stárets, abriendo los ojos cansados y mirando fijamente a Aliosha, le preguntó de pronto:

—¿Te esperan los tuyos, hijo? —Aliosha se turbó—. ¿No necesitan de ti? ¿No le prometiste ayer a ninguno de ellos que irías hoy a verlo?

—Se lo prometí... a mi padre... a mis hermanos... también a otras personas...

—¿Lo ves? Tienes que ir sin falta. No estés triste. Debes saber que no voy a morir antes de haber pronunciado en tu presencia mis últimas palabras en la tierra. A ti te diré esas palabras, hijo, a ti te las legaré. A ti, hijo mío querido, pues tú me amas. Pero, por ahora, ve con ellos, ya que se lo prometiste.

Aliosha accedió enseguida, aunque se le hacía muy duro irse. Pero la promesa de que oiría las últimas palabras terrenales del stárets y, sobre todo, de que iban a serle legadas a él, había llenado su alma de gozo. Se apresuró, con ánimo de terminar pronto todo lo que tenía que hacer en la ciudad y regresar cuanto antes. En ese momento, el padre Paísi le dijo unas palabras de despedida que le causaron, inesperadamente, una profunda impresión. Ambos habían salido ya de la celda del stárets.

—Ten siempre presente, joven —así, directamente, sin más preámbulos, había comenzado el padre Paísi—, que la ciencia profana, que, en conjunto, ha adquirido una fuerza enorme, se ha dedicado a examinar, especialmente en este último siglo, todo lo celestial que se nos había legado en los libros sagrados y, después de un implacable análisis, los sabios de este mundo no han preservado nada de lo que antes era un santuario. Pero lo que han analizado han sido las partes, perdiendo de vista el todo, demostrando así una ceguera que causa asombro. Mientras tanto, el todo se alza inmutable ante sus ojos, igual que antes, «y las puertas del Hades no prevalecerán contra él». ¿Acaso no ha vivido diecinueve siglos, acaso no sigue viviendo en los movimientos de las almas individuales y en los movimientos de las masas populares? ¡Hasta en los movimientos de las almas de esos mismos ateos, que todo lo destruyen, sigue viviendo como vivía antes, inmutable! Pues incluso quienes reniegan del cristianismo y se rebelan contra él son, en esencia, imagen del propio Cristo; así lo han sido y así lo siguen siendo, ya que hasta hoy ni su sabiduría ni el ardor de su corazón les han permitido crear una imagen más elevada del hombre y de su dignidad que la imagen que Cristo nos señaló en otro tiempo. Sus tentativas solo han dado origen a monstruosidades. Ten esto muy presente, joven, pues tu stárets, en el momento de su partida, te destina al mundo. Es posible que, cuando evoques este gran día, no olvides tampoco mis palabras, que te he brindado de todo corazón a modo de despedida, pues eres joven y las tentaciones del mundo son poderosas y tus fuerzas no bastarán para resistirlas. Y ahora ponte en camino, huérfano.

Dicho lo cual, el padre Paísi le dio su bendición. Al salir del monasterio, mientras reflexionaba sobre aquellas insólitas palabras, Aliosha comprendió de repente que en ese monje, hasta entonces tan estricto y severo con él, había encontrado un nuevo e inesperado amigo y un nuevo guía, que le brindaba su ferviente amor; era como si el stárets Zosima se lo hubiera encomendado en la hora de la muerte. «Cabe la posibilidad de que, en efecto, se hayan puesto de acuerdo», pensó Aliosha. En particular, las imprevistas y sabias reflexiones que acababa de escuchar daban testimonio del fervor del padre Paísi: se había apresurado a armar sin demora aquella mente juvenil para el combate contra las tentaciones, y a proteger el alma juvenil que se le había confiado con la muralla más fuerte que era capaz de concebir.

II. En casa de su padre

Lo primero que hizo Aliosha fue ir a ver a su padre. Al llegar, se acordó de que la víspera éste le había insistido mucho en que entrara a hurtadillas, sin que se enterase su hermano Iván. «Pero ¿por qué? —se dijo Aliosha en ese momento—. Aun suponiendo que mi padre pretenda decirme algo a mí solo, en privado, ¿por qué tengo que entrar sin ser visto? Lo más seguro es que ayer quisiera decirme otra cosa y, alterado como estaba —concluyó—, no acertara a hacerlo.» De todos modos, se alegró mucho cuando Marfa Ignátievna, que acudió a abrirle la cancela (por lo visto, Grigori había caído enfermo y guardaba cama en su pabellón), le comunicó, en respuesta a una pregunta suya, que Iván Fiódorovich había salido dos horas antes.

—¿Y mi padre?

—Se ha levantado, está tomando un café —respondió con cierta sequedad Marfa Ignátievna.

Aliosha entró en la casa. El viejo estaba solo, sentado a la mesa, en zapatillas y con un abrigo raído, y se entretenía revisando unas cuentas, sin prestarles tampoco demasiada atención. No había nadie más en toda la casa (Smerdiakov también había salido a comprar provisiones para la comida). Pero no eran las cuentas lo que le preocupaban. Aunque se había levantado de la cama a primera hora y procuraba animarse, parecía fatigado y débil. Le habían salido por la noche unos enormes moratones en la frente, por lo que la tenía envuelta en un pañuelo rojo. También se le había hinchado visiblemente la nariz y, aunque los hematomas que se le habían formado en ella no eran muy grandes, aquellas manchas le daban al rostro un aspecto especialmente siniestro e iracundo. El viejo lo sabía y recibió a Aliosha con una mirada escasamente acogedora.

—El café está frío —le chilló con brusquedad—, así que no te ofrezco. Ya ves, hoy solo tomo sopa de vigilia y no invito a nadie. ¿A qué has venido?

—A interesarme por su salud —dijo Aliosha.

—Sí. Y, aparte de eso, yo mismo te mandé ayer que vinieras. Esto es absurdo. Te has molestado en vano. Aunque yo ya sabía que te presentarías enseguida...

Lo dijo en un tono de manifiesta hostilidad. Entretanto se había levantado de la mesa y se miraba, preocupado, la nariz en el espejo (acaso por cuadragésima vez en toda la mañana). Empezó asimismo a colocarse con más prestancia el pañuelo rojo de la frente.

—Menos mal que es rojo: los pañuelos blancos parecen de hospital —comentó en tono sentencioso—. Bueno, ¿cómo te va? ¿Qué hay de tu stárets?

—Está muy mal, es posible que fallezca hoy mismo —respondió Aliosha, pero su padre no le hizo ni caso; de hecho, nada más hacerle la pregunta ya se había olvidado de ella.

—Iván ha salido —dijo de pronto—. Pone todo su empeño en quitarle la novia a Mitka, ésa es la razón de que viva aquí —añadió maliciosamente y, torciendo la boca, miró a Aliosha.

—No me diga que le ha dicho a usted eso —dijo Aliosha.

—Sí, y hace ya tiempo. ¿Qué te pensabas? Hará unas tres semanas que me lo dijo. ¿No habrá venido con la intención de degollarme en secreto? Porque para algo habrá venido...

—¿Qué cosas tiene! ¿Por qué dice eso? —Aliosha se quedó muy turbado.

—La verdad es que no me pide dinero, aunque a mí no iba a sacarme nada de nada. Sepa usted, mi querido Alekséi Fiódorovich, que yo tengo intención de vivir en este mundo todo el tiempo que sea posible; por eso, me hace falta hasta el último kopek y, cuanto más tiempo viva, más falta me hará —siguió diciendo, mientras paseaba por la estancia, con las manos metidas en los bolsillos de su amplio y grasiento abrigo amarillo, confeccionado en tela ligera de calamaco—. De momento, a pesar de todo, aún soy un hombre, solo tengo cincuenta y cinco años, pero pretendo conservarme otros veinte años en mi línea varonil; sin embargo, a medida que me vaya haciendo viejo, me volveré repulsivo y las mujeres ya no se acercarán a mí de buena gana, de modo que mi dinerito me vendrá muy bien. Así pues, sepa usted, mi querido hijo Alekséi Fiódorovich, que ahora voy acumulando cada vez más y más, y solo para mí, pues deseo seguir viviendo hasta el fin de mis días hundido en el lodazal del vicio, para que lo sepa. Nada es tan dulce como el vicio: todo el mundo lo reprueba, pero todos viven en él, solo que lo hacen en secreto, y yo lo hago abiertamente. Y resulta que, por esta candidez mía, se me han echado encima todos los viciosos. Y es que a tu paraíso, Alekséi Fiódorovich, que sepas que no quiero ir, aparte de que sería impropio de un hombre decente ir a ese paraíso tuyo, suponiendo que exista. En mi opinión, un día te duermes y ya no te despiertas, y se acabó; entiéndeme si quieres, y si no vete al diablo. Ésa es mi filosofía. Ayer Iván habló muy bien aquí, aunque estábamos todos borrachos. Iván es un fanfarrón, y no es precisamente ningún sabio... ni tiene tampoco ninguna formación especial; se queda callado y se ríe de la gente sin necesidad de abrir la boca. Y a eso le saca partido. —Aliosha escuchaba, pero no decía nada—. ¿Por qué no habla conmigo? Y, si habla, siempre está con remilgos; ¡valiente sinvergüenza es tu Iván! Pues con Grushka me pienso casar en cuanto se me antoje. Porque con dinero se consigue todo lo que uno quiere, Alekséi Fiódorovich. Precisamente eso es lo que le da miedo a Iván: que yo me case. Por eso me vigila y empuja a Mitka a casarse con Grushka: de ese modo pretende apartarme de ella (¡como si fuera a dejarle el dinero a él si no me caso con Grushka!), y, por otra parte, si Mitka se casa

con Grushka, él a su vez se quedará con la novia rica de su hermano, ¡esos son sus cálculos! ¡Valiente sinvergüenza es tu Iván!

—Qué irritable está usted. Eso es por lo de ayer; debería acostarse —dijo Aliosha.

—Mira, tú puedes decirme eso —comentó de pronto el viejo, como si fuera la primera vez que se le ocurría semejante idea—; si me lo dices tú, yo no me enfado contigo; pero eso mismo, si me lo dijera Iván, me sentaría mal. Solo estando a tu lado he tenido algunos momentos de bondad, porque lo cierto es que soy una mala persona.

—No es usted una mala persona, lo que pasa es que se ha echado a perder —dijo Aliosha con una sonrisa.

—Escucha, a ese bandido de Mitka hoy mismo he querido hacer que lo encerraran, y aún no sé qué decisión tomar. Desde luego, en estos tiempos se ha puesto de moda ver como un prejuicio el respeto a padres y madres, pero tengo entendido que, de acuerdo con la ley, aún no está permitido arrastrar del pelo a tu anciano padre, ni arrojarlo al suelo y romperle la cara a taconazos en su propia casa, ni jactarse de que uno piensa volver para matarlo, y todo eso en presencia de testigos, señor mío. Yo, si quisiera, podría hacerle agachar la cabeza y mandarlo a la cárcel ahora mismo por lo ocurrido ayer.

—Pero no piensa usted denunciarlo, ¿verdad?

—Iván me lo ha desaconsejado. A mí, lo que diga Iván me trae sin cuidado, pero hay algo que no se me escapa... —E, inclinándose hacia Aliosha, prosiguió en tono confidencial, casi en un susurro—: Si hago que encierren a ese sinvergüenza, ella se va a enterar de que ha sido cosa mía y enseguida va a ir corriendo a su lado. En cambio, si hoy se entera de que ha molido a golpes a su padre, un anciano indefenso, a lo mejor rompe con él y viene a verme... Ya ves qué carácter el nuestro: solo sabemos llevar la contraria. ¡A ésa me la conozco como la palma de mi mano! ¿Qué, no te apetece un poco de coñac? Tómame un café frío, ya le añado yo unas gotitas de coñac, eso le da muy buen sabor.

—No, gracias, no hace falta. Lo que sí me voy a llevar es este panecillo, con su permiso —dijo Aliosha y, cogiendo un chusco de tres kopeks, se lo guardó en el bolsillo de la sotana—. Tampoco usted debería tomar coñac —le aconsejó tímidamente, mirando al viejo a la cara.

—Tienes razón, me irrita en lugar de calmarme. Pero por una copita... De ese que guardo en el armarito...

Abrió el armarito con la llave, se sirvió una copa, se la bebió, después cerró el armarito y volvió a guardarse la llave en el bolsillo.

—Y ya basta, tampoco voy a espichar por una copita.

—Mire, ahora hasta se ha vuelto usted mejor persona —dijo Aliosha con una sonrisa.

—¡Hum! Yo a ti te quiero hasta sin coñac, pero con los canallas yo soy también un canalla. Vanka no piensa ir a Chermashniá, ¿por qué? Lo que quiere es espiarme: quiere saber si es mucho lo que le doy a Grúshenka, en caso de que venga. ¡Son todos unos sinvergüenzas! A Iván no hay quien lo reconozca. ¿A quién habrá salido ése? No tiene nuestra alma, ni mucho menos. Ni que fuera a dejarle algo. Que sepáis que no voy a hacer testamento. Y a Mitka lo aplastaré como a una cucaracha. Yo a las cucarachas negras las aplasto de noche con la zapatilla: cuando las pisas, crujen. Así va a crujir tu Mitka. Tu Mitka, porque tú lo quieres. Fíjate: tú lo quieres, pero a mí no me da miedo que lo quieras. En cambio, si Iván lo quisiera, sí que me daría miedo. Pero Iván no quiere a nadie, Iván no es uno de los nuestros; los que son como Iván, amigo mío, no son de los nuestros, esa gente es como una polvareda... Sopla el viento y se lleva el polvo... Ayer se me ocurrió una tontería cuando te pedí que vinieras hoy: quería que averiguaras si por mil rublos, bueno, o por un par de miles, habría que echar cuentas, ese miserable de Mitka, ese pedigüeño, estaría dispuesto a largarse de aquí de una vez por todas, y no volver en cinco años, o mejor en treinta y cinco. Naturalmente, sin Grushka y renunciando a ella para siempre, ¿eh?

—Yo... ya le preguntaré —farfulló Aliosha—. Si fueran tres mil, es posible que él...

—¡No digas cosas absurdas! Ahora ya no hace falta preguntar, ¡ninguna falta! Me lo he pensado mejor. Lo de ayer fue una simpleza. No voy a darle nada, pero nada de nada, ese dinerito me viene muy bien a mí —el viejo agitó un brazo—. De todos modos, puedo aplastarlo como a una cucaracha. No le digas nada, no vaya a hacerse ilusiones. Esa novia suya, la tal Katerina Ivánovna, a la que ha procurado, con tanto empeño, tener escondida de mí, ¿se va a casar o no se va a casar con él? Tú ayer fuiste a verla, ¿a que sí?

—Ella no quiere dejarlo de ninguna manera.

—Ya ves de quiénes se enamoran esas tiernas damiselas: ¡de vividores y canallas! No valen nada, hazme caso, esas señoritas paliduchas; nada que ver con... ¡Bah! Si tuviera yo ahora sus años, y la cara de entonces (porque con veintiocho años yo era mucho más guapo que él), yo también saldría ganando, exactamente igual que él. ¡Valiente canalla! Pero a Grúshenka, en cualquier caso, no se la lleva, no, señor, no se la lleva... ¡Voy a hundirlo en el fango! —Volvió a enfurecerse al pronunciar estas palabras—. Lárgate tú también, hoy no tienes nada que hacer en esta casa —concluyó con brusquedad.

Aliosha se acercó para despedirse y lo besó en el hombro.

—¿A qué viene esto? —El viejo se quedó un tanto sorprendido—. Todavía volveremos a vernos. ¿O es que te crees que no vamos a vernos?

—Nada de eso; lo he hecho sin ninguna intención.

—No importa; también yo, también yo lo he dicho sin pensar... —El viejo se quedó mirando a Aliosha—. Escucha, escucha —le gritó según se marchaba—, ven cuando

quieras, no tardes en volver, y haré que te preparen una buena sopa de pescado, no como la de hoy, ¡ven sin falta! Mañana mismo, ¿me oyes? ¡Ven mañana!

En cuanto Aliosha hubo salido por la puerta, el viejo volvió a acercarse al armario y se ventiló otra media copita.

—¡Ya es la última! —farfulló, tras aclararse la garganta. Después volvió a cerrar el armario, se guardó la llave en el bolsillo, se dirigió acto seguido al dormitorio, se tumbó en la cama, sin fuerzas, y se quedó dormido en un instante.

III. Se encuentra con unos escolares

«Gracias a Dios que no me ha preguntado por Grúshenka —pensó Aliosha, por su parte, en el momento en que salía de casa de su padre y se dirigía a ver a la señora Jojlakova—, pues de otro modo no habría tenido más remedio que hablarle del encuentro que tuvimos ayer. —Aliosha lamentaba vivamente que a lo largo de la noche los combatientes hubieran cobrado nuevas fuerzas y sus corazones se hubieran endurecido con el nuevo día—: Mi padre está irritado y tiene muy malas intenciones; algo andará tramando y no va a dar su brazo a torcer. ¿Y Dmitri? Ése también se habrá fortalecido por la noche, seguro que también está irritado y, a no dudarlo, trama algo siniestro... En fin, hoy mismo, sin falta, tengo que encontrar tiempo para ir a buscarlo, pase lo que pase»...

Pero Aliosha no pudo seguir reflexionando mucho más tiempo: por el camino tuvo un incidente, no muy importante en apariencia, pero que le causó una profunda impresión. Nada más atravesar la plaza y doblar por la calleja que da a la calle Mijáilovskaia, paralela a la calle Mayor, de la que tan solo la separa una zanja (toda nuestra ciudad está surcada de zanjas), vio más abajo, delante de una pasarela, a un pequeño grupo de escolares, niños todos ellos de corta edad, de diez a doce años como mucho. Volvían a casa después de haber terminado las clases, unos con sus mochilas a la espalda, otros con sus sacos de cuero colgados del hombro; algunos llevaban una chaquetilla, otros un abrigo ligero, y había quienes calzaban botas altas con pliegues en las cañas, esas botas de las que les gusta presumir a los niños mimados de familias acomodadas. Todo el grupo charlaba animadamente, discutiendo algún asunto. Aliosha era incapaz de pasar por delante de unos chiquillos sin fijarse en ellos; en Moscú ya le solía ocurrir, y, aunque los que más le llamaban la atención eran los críos como de tres años, también le gustaban los escolares de diez u once años. Por eso, a pesar de sus muchas preocupaciones, le entraron ganas de acercarse a aquellos niños para entablar conversación. A medida que se aproximaba, iba observando sus caritas sonrosadas, llenas de vida, hasta que de repente reparó en que todos los muchachos tenían una piedra en la mano, si es que no eran dos. Al otro lado de la zanja, a unos treinta pasos del grupo, había otro chiquillo, un colegial como ellos, con su correspondiente saco al costado; tendría, a juzgar por su estatura, diez años a lo sumo, tal vez menos incluso; era un niño paliducho, enfermizo, de ojillos negros y brillantes. Estaba muy pendiente del grupo de seis escolares: eran, por lo visto, compañeros suyos, con los que acababa de salir de la escuela, pero, evidentemente,

habían reñido. Al llegar, Aliosha se dirigió a un muchacho rubio, de pelo crespo y tez sonrosada, que llevaba una chaquetilla negra, y le dijo, mirándolo:

—Cuando tenía vuestra edad, solíamos llevar el saco en el costado izquierdo, para alcanzarlo más fácilmente con la mano derecha; vosotros lo lleváis en el lado derecho, y así resulta más incómodo.

Aliosha, sin ninguna malicia, empezó con esa observación práctica; lo cierto es que para un adulto no hay mejor manera de abordar a un niño, y ya no digamos a todo un grupo de niños, si quiere ganarse su confianza. Hay que empezar hablando, en tono muy serio, de cuestiones prácticas, para así situarse en un plano de igualdad; Aliosha era consciente de eso por puro instinto.

—Es que es zurdo —replicó de inmediato otro chiquillo, de unos once años, decidido, de aspecto sanote. Los otros cinco niños clavaron los ojos en Aliosha.

—Hasta las piedras las tira con la izquierda —observó un tercero.

En ese preciso instante una piedra cayó sobre el grupo: tras rozar levemente al chaval zurdo, acabó pasando de largo, aunque la habían lanzado con fuerza y con destreza. La había arrojado el niño que estaba al otro lado de la zanja.

—¡Dale, Smúrov! ¡A por él! —gritaron todos.

Pero a Smúrov, el zurdo, no le hacía ninguna falta que le metieran prisa, y no tardó en responder: le tiró una piedra al que estaba al otro lado de la zanja, pero no atinó, y el proyectil fue a parar al suelo. Su rival replicó de inmediato, arrojando otra piedra contra el grupo, aunque esta vez le dio de lleno a Aliosha, lastimándole un hombro. Aquel chico tenía los bolsillos repletos de piedras: se notaba a treinta pasos de distancia por el bulto que le hacían en el abrigo.

—Se la ha tirado a usted, a usted; le ha apuntado a propósito. Porque usted es un Karamázov, ¿verdad? ¿A que es usted un Karamázov? —gritaban los chiquillos, entre risas—. ¡Venga, todos a una! ¡A ver quién le acierta!

Y seis piedras salieron volando del grupo al mismo tiempo. Una de ellas alcanzó al otro niño en la cabeza, derribándolo, pero se levantó en un santiamén y empezó a responder con auténtica furia. Comenzó un intercambio incesante de pedradas en ambos sentidos; la mayoría de los integrantes del grupo también llevaban piedras preparadas en los bolsillos.

—Pero ¡qué hacen! ¿No les da vergüenza, señores? Seis contra uno, ¡lo van a matar! —exclamó Aliosha.

De un salto, se interpuso en la trayectoria de las piedras, con intención de proteger con su cuerpo al chico que estaba al otro lado de la zanja. Tres o cuatro chavales del grupo dejaron de tirar piedras por unos instantes.

—¡Ha empezado él! —gritó, con irritada voz infantil, un muchacho de camisa roja—. Es un desgraciado; hace un rato, en clase, ha pinchado a Krasotkin con un

cortaplumas, le ha hecho sangre. Lo que pasa es que Krasotkin no ha querido chivarse, pero ése se va a enterar...

—Pero ¿por qué? Seguro que vosotros lo hacéis rabiar...

—¿Lo ve? Acaba de tirarle otra piedra por la espalda. Sabe quién es usted — gritaron los niños—. Ahora le está tirando a usted, no a nosotros. Venga, otra vez, todos contra él. ¡No falles, Smúrov!

Se reanudó la pedrea, pero ahora con muy mala intención. Al chico que estaba al otro lado de la zanja una piedra le acertó en el pecho; dejó escapar un grito, se echó a llorar y salió corriendo cuesta arriba, hacia la calle Mijáilovskaia. Los del grupo empezaron a dar voces:

—¡Eh, cobardica, ha salido corriendo! ¡Estropajo!

—No sabe usted, Karamázov, lo malo que es; matarlo es poco —insistió, con los ojos encendidos, el chico de la chaquetilla, que parecía el mayor de todos ellos.

—Pero ¿qué es lo que hace? —preguntó Aliosha—. ¿Es un chivato?

Los chavales se miraron con cierto aire burlón.

—¿Va usted en esa misma dirección, por la calle Mijáilovskaia? —siguió diciendo el chico—. Pruebe a alcanzarlo... ¿Lo ve? Ha vuelto a detenerse, parece como si estuviera esperándole, y no hace más que mirarle.

—¡Le está mirando, le está mirando! —dijeron a coro los demás niños.

—Pues pregúntele si le gusta el estropajo deshilachado. Hágame caso, pregúnteselo.

Estallaron todos en una carcajada. Aliosha se quedó mirándolos, y los chavales lo miraron a él.

—No vaya usted, le hará daño —lo previno Smúrov, gritando.

—Señores, no pienso preguntarle por ningún estropajo, porque seguro que lo único que quieren es burlarse de él; lo que sí voy a hacer es pedirle que me explique a qué viene tanto odio...

—Que se lo explique, que se lo explique —dijeron entre risas los chiquillos.

Aliosha cruzó la pasarela y empezó a subir cuesta arriba, a lo largo de la valla, en busca del muchacho caído en desgracia.

—Tenga cuidado —le advirtieron a su espalda—, que ése no le tiene ningún miedo; lo mismo le acuchilla a traición... como hizo con Krasotkin.

El muchacho seguía esperándolo, sin moverse del sitio. Al llegar a él, Aliosha se encontró con un niño que no tendría más de nueve años, uno de esos niños débiles y menudos de carita flaca, pálida y alargada, con unos ojos grandes y oscuros que lo miraban con rabia. Llevaba puesto un abrigo viejo, bastante ajado, que le quedaba pequeño y le daba un aspecto grotesco. Los brazos desnudos le sobresalían de las mangas. En la rodilla derecha del pantalón había un gran remiendo, y en la puntera de la bota diestra, a la altura del dedo gordo, se veía un considerable agujero que habían

intentado disimular a base de tinta. Los dos abultados bolsillos del abrigo estaban llenos de piedras. Aliosha se detuvo a dos pasos de él y lo miró con aire inquisitivo. El pequeño, comprendiendo enseguida por la mirada de Aliosha que éste no venía a pegarle, depuso su actitud hostil y hasta se decidió a hablar.

—Yo soy solo uno, y ellos son seis... Pero puedo con todos —dijo de sopetón, con los ojos brillantes.

—Una de las pedradas ha tenido que hacerle mucho daño —observó Aliosha.

—¡Pues a Smúrov le he dado en la cabeza! —exclamó el niño.

—Esos otros chicos me han dicho que usted me conoce y que tenía motivos para apedrearme, ¿es verdad? —preguntó Aliosha. El chico le dirigió una mirada sombría—. Yo a usted no le conozco. ¿De verdad me conoce usted a mí? —insistió Aliosha.

—¡Déjeme en paz! —gritó el niño de pronto, irritado; no obstante, seguía sin moverse, como si estuviera esperando alguna cosa, y los ojos volvieron a brillarle con rabia.

—Muy bien, me marcho —dijo Aliosha—, pero ya le digo que no le conozco, y no voy a burlarme de usted. Me han dicho cómo puedo hacerle rabiar, pero no me apetece. ¡Adiós!

—¡Monje con pantalones de seda! —le gritó el chico, siguiendo sus pasos con la misma mirada irritada y retadora, al tiempo que se ponía en guardia, convencido de que, finalmente, Aliosha se le echaría encima sin falta.

Pero éste volvió la cabeza, lo miró y siguió su camino. No obstante, apenas había dado tres pasos cuando sintió en la espalda el doloroso impacto de una pedrada: le había caído encima el canto más grande de todos cuantos guardaba el muchacho en los bolsillos.

—¿Conque por la espalda? Entonces, debe de ser verdad eso que dicen de que usted ataca a traición... —Aliosha se dio otra vez la vuelta, y el muchacho, con toda su rabia, volvió a tirarle una piedra, en esta ocasión dirigida a la cara; Aliosha, sin embargo, logró cubrirse a tiempo y la piedra le dio en el codo—. ¿No le da vergüenza? ¿Qué le he hecho yo? —gritó.

El chiquillo, sin decir palabra, en actitud desafiante, solo esperaba que Aliosha se lanzara de una vez contra él; pero, viendo que no se inmutaba, se enrabetó como una fierrecilla y él mismo se abalanzó sobre Aliosha; sin darle tiempo a apartarse, el muchacho agachó la cabeza, le cogió con ambas manos la mano izquierda y, con toda su mala intención, le mordió el dedo corazón, haciéndole mucho daño. Le hincó los dientes y no soltó a su presa en diez segundos. Aliosha gritó de dolor, tirando del dedo con todas sus fuerzas. Por fin el chico lo dejó y se apartó de un salto, situándose a la misma distancia de antes. La mordedura del dedo, al lado de la uña, era seria, profunda, llegaba hasta el hueso; salía mucha sangre. Aliosha sacó su pañuelo y se envolvió la mano herida, apretando con fuerza. Estuvo así apretando casi un minuto. El

niño, expectante, no se movió en todo ese tiempo. Por fin, Aliosha levantó hacia él su mirada serena.

—Muy bien —dijo—, ya ha visto el daño que me ha hecho. Ya es suficiente, ¿no? Ahora dígame, ¿yo qué le he hecho? —El muchacho lo miró con asombro—. Yo no le conozco de nada y es la primera vez que le veo —continuó Aliosha, con la misma tranquilidad—, pero es imposible que no le haya hecho nada... No iba a hacerme usted tanto daño así porque sí. Entonces, ¿por qué no me dice qué es lo que le he hecho y de qué soy culpable?

Por toda respuesta, el chiquillo rompió a llorar desconsoladamente, y de pronto se alejó corriendo de Aliosha. Éste lo siguió, sin perder la calma, hasta la calle Mijáilovskaia, y durante un buen rato lo vio correr a lo lejos, sin aflojar el ritmo, sin volver la cabeza: seguramente seguiría llorando con idéntico desconsuelo. Aliosha tomó la firme decisión de ir a buscar, en cuanto tuviera tiempo, a aquel chiquillo, con ánimo de aclarar ese enigma tan desconcertante. Pero aquél no era el mejor momento.

IV. En casa de las Jojlakova

No tardó en llegar a casa de las Jojlakova, una hermosa casa independiente, de dos plantas, construida en piedra: una de las mejores de la ciudad. Aunque la señora Jojlakova pasaba la mayor parte del año en otra provincia, donde poseía una hacienda, o en Moscú, donde también tenía casa propia, había conservado igualmente su residencia en nuestra ciudad, herencia de sus padres y abuelos. Además, la hacienda que tenía en nuestro distrito era la mayor de sus tres propiedades, a pesar de lo cual en el pasado había visitado nuestra provincia en contadas ocasiones.

La señora Jojlakova salió precipitadamente al vestíbulo a recibir a Aliosha.

—¿Ha recibido la carta donde le hablo del nuevo milagro? ¿La ha recibido? —dijo a toda prisa, nerviosa.

—Sí, la he recibido.

—¿La ha dado a conocer? ¿Se la ha enseñado a todo el mundo? ¿Le ha devuelto el hijo a esa madre!

—Va a morir hoy mismo —dijo Aliosha.

—Sí, ya lo sé, me lo han dicho. ¡Oh, qué ganas tengo de hablar con usted! Con usted o con quien sea, de todo esto. ¡No, no, con usted, con usted! Y ¡qué pena me da no poder ir a verlo! Toda la ciudad está conmovida, todos están expectantes. Pero ahora... ¿sabe que está aquí en casa Katerina Ivánovna?

—¡Ah, qué suerte! —exclamó Aliosha—. Así voy a poder verla aquí, en esta casa; ayer me pidió que fuera hoy a visitarla sin falta.

—Ya lo sé, ya lo sé. Me han contado con todo detalle lo que pasó ayer en casa de Katerina Ivánovna... todas esas cosas horribles con esa... tarasca. C'est tragique; yo, si fuera ella... ¡yo no sé lo que haría! Y luego, ese hermano suyo, Dmitri Fiódorovich, menudo está hecho, ¡ay, Dios! Alekséi Fiódorovich, me estoy haciendo un lío, figúrese: está aquí ahora su hermano, o sea, no el que hizo ayer esas cosas horribles, sino el otro, Iván Fiódorovich; está hablando con ella: tienen una conversación muy seria... Ni se imagina usted lo que les pasa ahora: es algo espantoso, déjeme que le diga que es como un desgarró; parece más bien una historia de terror, y resulta increíble: se están arruinando la vida, a saber por qué; los dos son conscientes de eso, y disfrutaban actuando así. ¡Estaba esperándole! ¡Estaba esperándole! ¡Yo, la verdad, soy incapaz de soportarlo! Ahora mismo se lo cuento todo, pero antes tengo que preguntarle una cosa, aún más importante... ¡Si hasta se me olvidaba que eso es lo más importante! Dígame: ¿a qué se debe el ataque de histeria de Lise? ¡En cuanto se ha enterado de que usted estaba a punto de llegar, se ha puesto histérica!

—Maman, la que está histérica es usted, no yo —se oyó la vocecita de Lise, gorjeando a través de la rendija de una puerta que daba a una habitación vecina. Era una rendija minúscula, y la voz llegaba entrecortada, igual que cuando uno tiene muchas ganas de reír y se esfuerza al máximo en sofocar la risa. Aliosha se fijó enseguida en la rendija: Lise, seguramente, estaría mirándolo desde su sillón, pero él no podía verla.

—No sería raro, Lise, no sería raro... Con todos esos caprichos tuyos, me va a dar un ataque... Lo cierto, Alekséi Fiódorovich, es que está bastante mal; ha pasado la noche fatal, con fiebre, quejándose sin parar... ¡Qué ganas tenía de que amaneciese, para que viniese Herzenstube! Dice el doctor que no entiende nada y que hace falta esperar. Este Herzenstube, cada vez que viene, dice lo mismo: que no entiende nada. En cuanto ha llegado usted, Lise ha soltado un grito y ha sufrido un ataque, y ha mandado que la trajéramos aquí, a su antigua habitación...

—Mamá, yo no tenía ni idea de que iba a venir, y no ha sido por él, ni mucho menos, por lo que quería venirme a este cuarto.

—Eso no es verdad, Lise. Yulia ha ido corriendo a decirte que ya estaba llegando Alekséi Fiódorovich; tú la habías puesto a vigilar.

—Ay, mami querida, eso no ha tenido ninguna gracia. Pero, si desea rectificar y decir ahora algo más ingenioso, puede decirle, mi querida mamá, al muy respetable señor Alekséi Fiódorovich, recién venido, que lo único que ha demostrado viniendo a vernos hoy, después de lo de ayer, y teniendo en cuenta que todo el mundo se ríe de él, es que no destaca por su agudeza.

—Lise, te tomas demasiadas libertades, y te aseguro que al final voy a tener que recurrir a medidas más drásticas. ¿Quién se ríe de él? Yo estoy encantada de que haya venido, lo necesito, me hace mucha falta. ¡Ay, Alekséi Fiódorovich, soy tan desgraciada!

—Pero ¿qué es lo que le pasa, mami?

—Ay, estos caprichos tuyos, Lise, tu inconstancia, tu enfermedad, esta horrible noche de fiebre, ese horrible y eterno Herzenstube, ¡eterno, sobre todo, eterno, eterno! Y, en definitiva, todo, todo... En definitiva, ¡hasta ese milagro! ¡Cómo me ha impresionado ese milagro, mi buen Alekséi Fiódorovich, cómo me ha conmovido! Y ahora esa tragedia, ahí en la sala; no puedo soportarla, se lo digo de antemano: no puedo soportarla. Puede que sea una comedia, y no una tragedia. Dígame, ¿el stárets Zosima vivirá hasta mañana? ¿Vivirá? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué es lo que me pasa? Cada dos por tres cierro los ojos y veo que todo eso es absurdo, es absurdo.

—Quisiera pedirle —la interrumpió de pronto Aliosha— que me dejara un trapito limpio para vendarme el dedo. Me he hecho una herida, y ahora me duele mucho.

Aliosha se destapó el dedo mordido. El pañuelo estaba empapado en sangre. La señora Jojlakova soltó un grito y entrecerró los ojos.

—¡Dios mío, vaya herida! ¡Es horrible!

Pero Lise, nada más ver por la rendija el dedo de Aliosha, abrió de par en par la puerta de un empujón.

—Venga aquí, venga aquí —gritó con insistencia, en tono imperioso—. ¡Y déjese ya de tonterías! ¡Oh, Señor! ¿Cómo ha aguantado tanto tiempo sin decir nada? ¡Podía haberse desangrado, mamá! ¿Dónde se lo ha hecho, dónde? ¡Agua, eso es lo primero! ¡Agua! Hay que lavar bien la herida, y meter el dedo en agua fría, para que se le pase el dolor, y aguantar, aguantar un buen rato... Rápido, mamá, hay que llenar de agua el lavamanos. Venga, rápido —añadió nerviosa. Estaba muy asustada; la herida de Aliosha la había impresionado mucho.

—¿No deberíamos llamar a Herzenstube? —propuso la señora Jojlakova.

—Mamá, usted acaba conmigo. ¡Su Herzenstube vendrá y dirá que no entiende nada! ¡Agua, agua! Mamá, por el amor de Dios, vaya usted y métale prisa a Yulia: no sé qué estará haciendo por ahí; nunca tiene prisa. Deprisa, mamá, que me da algo...

—¡Si no es nada! —exclamó Aliosha, a quien le estaban contagiando el pánico.

Yulia llegó corriendo con el agua. Aliosha sumergió el dedo en el agua.

—Mamá, por Dios, traiga unas hilas; unas hilas y esa agua turbia cáustica, para los cortes... ¿cómo se llamaba? Tenemos en casa, tenemos, tenemos... Mamá, usted sabe dónde está el frasco; en su dormitorio, en el armario a mano derecha, allí hay un frasco grande y unas hilas...

—Ahora mismo traigo todo, Lise, pero deja de gritar y no te pongas nerviosa. Ya ves con qué entereza aguanta Alekséi Fiódorovich su desgracia. Pero ¿dónde se ha lastimado usted de un modo tan espantoso, Alekséi Fiódorovich?

La señora Jojlakova salió precipitadamente. Era lo que estaba esperando Lise.

—Primero, respóndame a una pregunta —se dirigió sin demora a Aliosha—, ¿dónde se ha hecho usted eso? Después tengo que hablarle de otro asunto muy distinto. ¡Cuenta!

Aliosha, intuyendo que el tiempo disponible hasta la vuelta de la madre era precioso para ella, le contó a toda prisa, omitiendo y resumiendo muchas cosas, aunque con precisión y claridad, su enigmático encuentro con los escolares. Después de escucharle, Lise juntó las manos, en señal de sorpresa:

—Pero ¡cómo es posible! ¡Cómo es posible! ¡Enredarse con esos chiquillos, y para colmo con esa vestidura! —exclamó enojada, como si tuviera algún derecho sobre él—. Ya se ve que es usted un chiquillo, ¡es usted más crío que cualquiera de ellos! Eso sí, tiene usted que enterarse sin falta de lo que pasa con ese demonio de niño y contármelo todo, porque aquí hay gato encerrado. Y ahora lo otro, pero antes dígame: ¿está usted en condiciones, Alekséi Fiódorovich, a pesar del dolor, de hablar de las mayores nimiedades, pero de hacerlo con toda seriedad?

—Claro que sí; además, tampoco me duele tanto.

—Eso es porque tiene el dedo en agua. Hay que cambiarla enseguida, porque se calienta en un abrir y cerrar de ojos. Yulia, trae corriendo un poco de hielo de la bodega y otro lavamanos con agua... Bueno, ahora que ya ha salido, iré al grano: haga el favor de devolverme de inmediato, mi querido Alekséi Fiódorovich, la carta que le mandé ayer; de inmediato, porque mamá puede volver en cualquier momento, y no quiero que...

—No tengo aquí la carta.

—No es verdad, sí que la tiene. Estaba segura de que iba a decirme eso. La lleva en ese bolsillo. Me he arrepentido tanto, toda la noche, de esa estúpida broma. Devuélvame esa carta ahora mismo, ¡devuélvamela!

—Allí se ha quedado.

—No quiero que me considere usted una niña pequeña, una auténtica cría, por culpa de esa carta mía con una broma tan estúpida. Le pido perdón por mi estupidez, pero tiene que traerme la carta, pase lo que pase, suponiendo que sea verdad que no la lleva encima; ¡tráigamela hoy mismo sin falta! ¡Sin falta!

—Hoy me resulta imposible, porque me voy al monasterio y no volveré por aquí en dos o tres días, acaso cuatro, pues el stárets Zosima...

—¡Cuatro días! ¡Qué disparate! Dígame: ¿se ha reído usted mucho de mí?

—No me he reído ni pizca.

—¿Por qué no?

—Porque me lo he creído todo.

—¡Me está ofendiendo!

—De ningún modo. Nada más leerla, he pensado que todo va a ser así, porque, en cuanto muera el stárets Zosima, tengo que abandonar enseguida el monasterio. Después continuaré mis estudios, haré mis exámenes y, cuando se cumpla el plazo que fija la ley, nos casaremos. Y la amaré. Aunque no he tenido tiempo de pensarlo detenidamente, he llegado a la conclusión de que mejor mujer que usted no la voy a encontrar, y ya que el stárets me manda casarme...

—Pero si soy un monstruo, ¡me tienen que llevar en silla de ruedas! —dijo Liza entre risas, con las mejillas encendidas por el rubor.

—Yo personalmente la llevaré en la silla, pero estoy convencido de que para entonces ya se habrá curado.

—Está usted mal de la cabeza —dijo Liza, nerviosa—. ¡A partir de una broma como ésa, llegar a un disparate semejante!... Ah, aquí está mamá, y muy oportunamente, creo yo. ¡Hay que ver lo que se retrasa siempre, mamá! ¡Cómo ha podido tardar tanto! ¡Y ahí llega Yulia con el hielo!

—Ay, Lise, no grites, ¡sobre todo no grites! Estoy ya de estos gritos... ¿Qué querías que hiciera, si resulta que habías guardado las hilas en otro sitio?... He estado buscando, buscando... Sospecho que lo has hecho aposta.

—¿Cómo iba a saber yo que se iba a presentar con una mordedura en el dedo? Si hubiera sido así, todavía podía haberlo hecho aposta. Mamá, ángel mío, empieza usted a decir unas cosas de lo más ocurrentes.

—Serán ocurrentes, pero ¡qué sentimientos los tuyos, Lise, a propósito del dedo de Alekséi Fiódorovich y de todo lo sucedido! ¡Oh, mi buen Alekséi Fiódorovich! Lo que me mata no son los pormenores, no es un caso como el de Herzenstube, sino el conjunto, la suma de tantas cosas; ¡eso es lo que no puedo soportar!

—Ya basta, mamá, ya basta de hablar de Herzenstube. —Liza se rió alegremente—. Deme pronto esas hilas, mamá, y el agua. Esto no es más que una disolución de acetato de plomo, Alekséi Fiódorovich, ahora no recuerdo cómo se llama, pero es una disolución excelente. Figúrese, mamá, que al venir hacia aquí se ha peleado en la calle con unos niños, y uno de ellos le ha dado un mordisco; ¿no le parece que también él es un niño, un auténtico niño? Y, después de eso, ¿cómo se va a casar? Porque ahora resulta que se quiere casar. Imagínesele casado, mamá. ¿No le entra la risa? ¿No le parece inconcebible?

Y Lise no paraba de reírse con su fina risita nerviosa, mientras miraba pícaramente a Alekséi.

—Vaya, cómo va a casarse, Lise, y a cuento de qué viene ahora eso, y además no es asunto tuyo... Y además ese niño puede que tenga la rabia.

—¡Ay, mamá! Como si hubiera niños con rabia...

—¿Por qué no iba a haberlos? No creo que haya dicho ninguna tontería, Lise. A ese chico puede haberlo mordido un perro rabioso, y él a su vez va y coge la rabia y muerde al primero que tenga a mano. Qué bien le ha vendado Lise, Alekséi Fiódorovich; yo no habría sabido en la vida. ¿Le duele ahora?

—Ahora muy poco.

—¿No tendrá usted miedo del agua? —preguntó Lise.

—Bueno, ya está bien, Lise; a lo mejor me he precipitado al hablar del chico rabioso, pero tú ahora estás yendo demasiado lejos. Katerina Ivánovna acaba de enterarse de su llegada, Alekséi Fiódorovich, y ha venido corriendo a decirme que le espera, que le espera ansiosa.

—¡Ay, mamá! Vaya usted sola, él no puede ir en este momento, le duele mucho.

—No me duele nada, claro que puedo ir —dijo Aliosha.

—¿Cómo! ¿Así que se va? ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible?

—¿Y qué? Cuando termine allí, puedo volver, y seguiremos hablando todo el tiempo que quiera. Pero desearía ver enseguida a Katerina Ivánovna, porque, en cualquier caso, hoy me gustaría regresar lo antes posible al monasterio.

—Lléveselo, mamá; lléveselo cuanto antes. Alekséi Fiódorovich, no se moleste en venir a verme cuando termine con Katerina Ivánovna; váyase derecho al monasterio, ¡ése es su sitio! Yo quiero dormir, no he pegado ojo en toda la noche.

—Ay, Lise, tú siempre con tus bromas; ¡ojalá te durmieras de verdad! —exclamó la señora Jojlakova.

—Yo no sé cómo... Me quedaré dos o tres minutos más; hasta cinco, si así lo desea —balbuceó Aliosha.

—¡Hasta cinco! Pero lléveselo de una vez, mamá, ¡es un monstre!

—Lise, has perdido el juicio. Vámonos, Alekséi Fiódorovich; hoy está demasiado caprichosa, tengo miedo de que se altere. ¡Nada peor que una mujer nerviosa, Alekséi Fiódorovich! Y hasta es posible que, en su presencia, le hayan venido ganas de dormir. ¡Ha conseguido usted que le entrara sueño muy pronto! ¡Qué suerte!

—Oh, mamá, ahora le ha dado por decir unas cosas muy bonitas; le doy un beso, mami.

—Igualmente, Lise. Escuche, Alekséi Fiódorovich —dijo gravemente, con aire misterioso, hablando en un rápido susurro, la señora Jojlakova, mientras salía con Aliosha—, no quiero condicionarle en ningún sentido, ni pretendo levantar el velo, pero, en cuanto entre, usted mismo verá lo que sucede; es algo espantoso, es una comedia fantástica: ella está enamorada de su hermano Iván Fiódorovich, pero intenta convencerse a toda costa de que a quien ama es a Dmitri Fiódorovich. ¡Es espantoso! Entraré con usted y, si nadie me echa, esperaré hasta el final.

V. Desgarro en la sala

Pero en la sala la conversación ya estaba a punto de concluir; Katerina Ivánovna era presa de una gran excitación, aunque se la veía decidida. Justo cuando entraban Aliosha y la señora Jojlakova, Iván Fiódorovich se levantaba para irse. Tenía la cara algo pálida, y Aliosha lo miró con preocupación. En ese momento, a Aliosha se le aclaró una duda, un inquietante enigma que lo atormentaba desde hacía algún tiempo. Hacía cosa de un mes, distintas personas, en diversas ocasiones, le habían insinuado que su hermano Iván amaba a Katerina Ivánovna y, sobre todo, que tenía el firme propósito de «quitársela» a Mitia. A Aliosha, hasta hacía muy poco, semejante idea le había parecido aberrante, sin dejar de producirle un gran desasosiego. Él quería a sus dos hermanos y le aterraba que existiera entre ellos esa rivalidad. Sin embargo, el día anterior el propio Dmitri Fiódorovich le había manifestado claramente que hasta le alegraba que Iván fuera su rival y que para él, para Dmitri, eso representaba incluso una estimable ayuda. Una ayuda ¿en qué sentido? ¿Tal vez porque así podría casarse con Grúshenka? Pero, en opinión de Aliosha, ésa sería una solución desesperada y extrema. Aparte de eso, hasta la misma víspera había creído, sin sombra de duda, que Katerina Ivánovna amaba apasionada y obstinadamente a su hermano Dmitri; pero solo lo había creído hasta la víspera. Para colmo, tenía la vaga sensación de que ella no podía amar a alguien como Iván y amaba, en cambio, a su hermano Dmitri, pero lo amaba tal y como era, pese a lo aberrante de semejante amor. El día anterior, sin embargo, durante la escena con Grúshenka, Aliosha había cambiado repentinamente de parecer. La palabra «desgarro», pronunciada hacía un rato por la señora Jojlakova, casi lo había hecho estremecerse, porque precisamente aquella noche, en el duermevela del alba, él también había exclamado repentinamente, acaso en respuesta a algo visto en sueños: «¡Desgarro, desgarró!». Y es que se había pasado toda la noche soñando con la escena vivida en casa de Katerina Ivánovna. Ahora, de pronto, la declaración, rotunda y firme, de la señora Jojlakova, según la cual Katerina Ivánovna amaba a Iván y se engañaba a sí misma deliberadamente, solo en virtud de alguna clase de juego, de un «desgarro», y se torturaba con su fingido amor a Dmitri, debido a una especie de presunta gratitud, había impresionado a Aliosha: «¡Sí, es muy posible que toda la verdad resida, en efecto, en esas palabras!». Pero, en tal caso, ¿en qué situación quedaba su hermano Iván? Aliosha sentía, de manera instintiva, que una mujer con el carácter de Katerina Ivánovna necesitaba a toda costa ejercer su autoridad, pero ella podía dominar únicamente a alguien como Dmitri, jamás a un hombre como Iván. Pues solo Dmitri

(aunque a largo plazo, admitámoslo) podría someterse a ella finalmente, «por su propia dicha» (cosa que Aliosha hasta habría deseado), pero Iván no, Iván sería incapaz de someterse, aparte de que semejante sumisión a él nunca le daría la felicidad. Tal era la idea que Aliosha, sin saber ni cómo, se había hecho de Iván. Y todas esas dudas y conjeturas le vinieron a la cabeza en el momento preciso en que entró en la sala. Y otra idea cruzó su pensamiento, una idea súbita e irreprimible: «¿Y si ella no quiere a ninguno, ni al uno ni al otro?». Conviene destacar que Aliosha se sentía como avergonzado de tales ideas y que en el último mes se las había reprochado cada vez que se le habían pasado por la cabeza. «Como si yo supiera algo del amor o de las mujeres para poder llegar a semejantes conclusiones», se recriminaba después de cada una de sus reflexiones o suposiciones. Sin embargo, no podía dejar de pensar. Su instinto le decía, por ejemplo, que para el destino de sus dos hermanos aquella rivalidad había adquirido una gran trascendencia, y muchas otras cosas dependían de ella. «Un reptil devorará a otro reptil», había sentenciado la víspera su hermano Iván, irritado, refiriéndose a su padre y a su hermano Dmitri. Así pues, ¿Dmitri era a sus ojos un reptil, y tal vez ya lo era hacía tiempo? ¿No lo sería desde que su hermano Iván había conocido a Katerina Ivánovna? Aquellas palabras, naturalmente, se le habían escapado sin querer a Iván el día anterior, pero por eso mismo resultaban aún más importantes. En tal caso, ¿qué paz podía haber entre ellos? ¿No eran aquéllos, por el contrario, nuevos motivos para el odio y la enemistad en su familia? Y, lo que es más importante, él, Aliosha, ¿de quién tenía que compadecerse? Los quería a los dos, pero ¿qué debería desearle a cada uno en medio de tan tremendas contradicciones? Entre tanta confusión era fácil perderse, pero el corazón de Aliosha no podía soportar la incertidumbre, porque su amor siempre había tenido un carácter activo. No podía amar pasivamente: en cuanto sentía amor, inmediatamente se mostraba dispuesto a ayudar. Pero para eso tenía que fijarse una meta, tenía que saber con certeza qué era lo que le convenía a cada uno, cuáles eran sus necesidades; de ese modo, como es natural, una vez establecido con precisión el objetivo, podría ayudar a los dos. Pero allí, en lugar de un objetivo preciso, lo único que había era enredo y confusión. ¿Se había hablado de «desgarro»? ¿Cómo podía aclararse siquiera en medio de tanto desgarró? ¿No entendía ni media palabra de todo aquel embrollo!

Al ver a Aliosha, Katerina Ivánovna, muy animada, le dijo enseguida a Iván Fiódorovich, que ya se había levantado, dispuesto a marcharse:

—¡Un momento! ¡Quédese un poco más! Me gustaría oír la opinión de esta persona, en quien confío ciegamente. Katerina Ósipovna, quédese usted también —añadió, dirigiéndose a la señora Jojlakova; le ofreció asiento a Aliosha al lado suyo, mientras Jojlakova se sentaba enfrente, cerca de Iván Fiódorovich—. Ustedes, queridos míos, son los únicos amigos que tengo en el mundo —empezó a decir vehementemente, con una voz en la que temblaban sinceras lágrimas de pesar, y de

pronto el corazón de Aliosha se volvió nuevamente hacia ella—. Usted, Alekséi Fiódorovich, fue ayer testigo de aquel... horror y vio en qué estado me encontraba. Usted no lo vio, Iván Fiódorovich; él sí lo vio. No sé lo que pensaría ayer de mí... lo único que sé es que si hoy, si ahora se repitiera la situación, yo expresaría los mismos sentimientos que expresé ayer: los mismos sentimientos, las mismas palabras, los mismos gestos. Recuerde mis gestos, Alekséi Fiódorovich, usted mismo me contuvo en cierto momento... —Al decir esto, se ruborizó y le brillaron los ojos—. Le anuncio, Alekséi Fiódorovich, que no estoy dispuesta a conformarme con nada. Escuche, Alekséi Fiódorovich, ni siquiera sé si ahora mismo lo amo a él. Me da pena, y ésa es mala señal para el amor. Si lo amara, si todavía lo amara, seguramente no me daría pena; al contrario, en estos momentos debería odiarlo...

La voz se le quebró y unas lagrimitas le brillaron en las pestañas. Aliosha se estremeció por dentro: «Esta muchacha es justa y es sincera —pensó—, y... ¡y ya no quiere a Dmitri!».

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —exclamó la señora Jojlakova.

—Espere, mi querida Katerina Ósipovna, no he dicho lo más importante, no he dicho qué decisión final he tomado esta pasada noche. Tengo la impresión de que mi decisión puede ser terrible para mí, pero presiento que ya no voy a cambiarla bajo ningún concepto, y que voy a mantenerla toda la vida. Mi querido, mi buen consejero, siempre fiel y generoso, que conoce profundamente mi corazón, el único amigo verdadero que tengo en este mundo, Iván Fiódorovich, me da su aprobación en todo y aplaude mi decisión... Él ya la conoce.

—Sí, la aplaudo —asintió Iván Fiódorovich, en voz baja, aunque firme.

—Pero me gustaría que también Aliosha... Oh, Alekséi Fiódorovich, perdone que le haya llamado simplemente Aliosha... Me gustaría que también Alekséi Fiódorovich me dijera ahora, en presencia de estos dos amigos míos, si tengo o no tengo razón. Mi instinto me dice que usted, Aliosha, mi hermano querido, porque es usted un hermano querido —volvió a decir con arrebató, cogiendo en su mano ardiente la mano helada de Aliosha—, mi instinto me dice que su decisión, que su aprobación, a pesar de todos mis tormentos, me traerá el sosiego, pues después de oír sus palabras me calmaré y me conformaré... ¡lo presiento!

—No sé lo que me va a preguntar —dijo Aliosha, ruborizándose—; lo único que sé es que la quiero y le deseo en este momento más felicidad que a mí mismo... Pero yo no entiendo de estos asuntos... —se apresuró a añadir, por la razón que fuera.

—En estos asuntos, Alekséi Fiódorovich, en estos asuntos lo principal ahora es el honor y el deber, y algo que no sé lo que es, pero que puede ser más elevado, incluso, que el propio deber. El corazón me habla de ese sentimiento irresistible que me arrastra irresistiblemente. En todo caso, solo necesito dos palabras, yo ya estoy decidida: aun suponiendo que él se case con esa... infame —dijo solemnemente—, a

la que nunca, nunca podré perdonar, ¡yo a él no pienso abandonarlo en ningún caso! En lo sucesivo, ¡ya nunca, nunca lo voy a abandonar! —proclamó con cierto desgarro, reflejo de un pálido y forzado entusiasmo—. No estoy diciendo que vaya a arrastrarme detrás de él, que tenga intención de estar continuamente a su lado, de martirizarlo... ¡oh, no!, me iré a otra ciudad, a donde quieran, pero toda la vida, toda la vida voy a velar por él sin descanso. Cuando sea infeliz con esa otra, y eso es algo que va a ocurrir sin falta, y muy pronto además, que acuda a mí, y encontrará a una amiga, a una hermana... Nada más que a una hermana, desde luego, y así será para siempre, pero podrá convencerse, finalmente, de que esa hermana es una verdadera hermana, que lo ama y ha consagrado a él su vida entera. ¡Tengo que conseguir, y pondré en ello todo mi empeño, que llegue por fin a conocerme y me lo confiese todo sin avergonzarse! —exclamó, en un tono exaltado—. Seré su dios, un dios al que podrá rezar; eso es lo menos que me debe en pago por su traición y por todo lo que ayer me hizo pasar. Y que vea durante toda su vida que yo siempre voy a serle fiel, a él y a la palabra que una vez le di, a pesar de que él me haya sido infiel y me haya engañado. Yo voy a ser... Me convertiré solo en un medio para su felicidad o, cómo decirlo, en un mero instrumento, una máquina para su felicidad, y así toda la vida, toda la vida, ¡y que él lo tenga presente hasta el fin de sus días! ¡Eso es lo que he decidido! Iván Fiódorovich me apoya sin reservas.

Se sofocaba. Probablemente habría querido expresar sus ideas de un modo bastante más digno, más certero y natural, pero lo había hecho con excesiva precipitación y crudeza. En gran medida, aquello obedecía a su arrebató juvenil, pero en parte era un simple reflejo de la irritación de la víspera, de su necesidad de mostrarse orgullosa; ella misma era consciente. Su rostro, de pronto, se ensombreció, la expresión de sus ojos se volvió maligna. Aliosha lo advirtió enseguida y su corazón se llenó de compasión. En ese preciso momento intervino su hermano Iván.

—Yo me he limitado a expresar mi parecer —dijo—. En cualquier otra mujer, todo esto habría resultado forzado, poco natural, pero no en usted. Otra no habría tenido razón, usted sí la tiene. No sé cómo explicarlo, pero veo que es usted completamente sincera, de ahí que tenga usted razón...

—Pero eso solo es ahora... ¿Y a qué obedece? Únicamente a la ofensa de ayer, ¡a eso obedece lo de ahora! —soltó de buenas a primeras, sin poder contenerse, la señora Jójlakova; se notaba que no tenía intención de intervenir, pero no había sido capaz de reprimirse y había manifestado repentinamente aquella idea, tan justa.

—Cierto, cierto —la cortó Iván, un tanto alterado y visiblemente irritado por la interrupción—, así es; pero, en otra, este momento de ahora no pasaría de ser la huella de lo ocurrido ayer, y solo sería un momento; en cambio, dado el carácter de Katerina Ivánovna, este momento durará toda su vida. Lo que para otras sería una mera promesa, para ella constituye un deber, un deber eterno, duro, tal vez sombrío, pero

inalterable. ¡Y el sentimiento del deber cumplido le servirá de sustento! Su vida, Katerina Ivánovna, transcurrirá a partir de ahora en la dolorosa contemplación de sus propios sentimientos, de su propio sacrificio y de su propia amargura, pero más adelante ese sufrimiento se mitigará, y su vida se transformará en la dulce contemplación del cumplimiento definitivo de un propósito tenaz y orgulloso, orgulloso como pocos en su género, desesperado en todo caso, pero alcanzado por usted; y esa conciencia le proporcionará al fin la más completa satisfacción y la reconciliará con todo lo demás...

Dijo todo eso en un tono decidido y con algún rencor que parecía deliberado; tal vez no desease siquiera disimular sus intenciones, es decir, puede que hablara, deliberadamente, en son de burla.

—¡Dios mío, cuánta falsedad! —exclamó otra vez la señora Jojlakova.

—¡Alekséi Fiódorovich, hable usted! ¡Necesito oír sin dilación lo que tenga que decirme! —exclamó Katerina Ivánovna, y de repente se deshizo en llanto.

Aliosha se levantó del diván.

—¡No es nada, no es nada! —siguió diciendo, entre lágrimas, Katerina Ivánovna—. Estoy un tanto alterada, es por lo de anoche, pero al lado de dos buenos amigos como usted y su hermano aún me siento con fuerzas... porque sé... que ustedes dos nunca me van a abandonar...

—Por desgracia, quizá mañana mismo deba partir para Moscú y renunciar a su compañía por una larga temporada... Y eso, por desgracia, no tiene remedio... —anunció inopinadamente Iván Fiódorovich.

—¡Mañana! ¡A Moscú! —A Katerina Ivánovna la cara se le crispó de repente—. Pero... pero, Dios mío, ¡qué suerte! —exclamó, alterando súbitamente el tono de voz y dejando de llorar, de modo que muy pronto no quedó ni rastro de sus lágrimas. En un instante se produjo en Katerina Ivánovna una transformación asombrosa que dejó a Aliosha perplejo: en lugar de la pobre muchacha ofendida que había estado llorando hasta entonces, reflejando el desgarró de su alma, apareció de improviso una mujer que hacía gala de un perfecto dominio de sí misma y se mostraba incluso visiblemente satisfecha, como si, de pronto, se hubiese llevado una enorme alegría—. Oh, no es que sea una suerte tener que alejarme de usted, desde luego que no —dijo, como queriendo retractarse, con una agradable sonrisa mundana—, un amigo como usted no debería pensar tal cosa; al contrario, me siento muy desdichada viéndome privada de su compañía. —De pronto, se acercó a toda prisa a Iván Fiódorovich y, cogiéndole ambas manos, se las estrechó con fervor—. Lo que sí es una suerte es que usted, personalmente, tenga la ocasión de explicar en Moscú, a mi tía y a Agasha, cuál es mi situación, todo el horror que estoy viviendo; de explicárselo a Agafia con toda franqueza y con delicadeza a mi querida tía, como mejor sepa usted. Ni se imagina usted lo desdichada que me sentía ayer y esta misma mañana, sin saber muy bien

cómo escribir esa horrible carta... porque no hay forma de dar cuenta de lo ocurrido por carta... Ahora ya me será más fácil escribirla, porque usted va a estar presente y podrá explicárselo todo de viva voz. ¡Oh, qué contenta estoy! Pero solo estoy contenta por eso, créame. Para mí, usted es insustituible, por supuesto... Ahora mismo iré corriendo a escribir esa carta —concluyó bruscamente, e incluso dio un paso, decidida a salir de la habitación.

—¿Y Aliosha? ¿Qué pasa con la opinión de Alekséi Fiódorovich, que tantas ganas tenía usted de escuchar? —exclamó la señora Jojlakova. Una nota airada y mordaz resonaba en sus palabras.

—No me he olvidado. —Katerina Ivánovna se detuvo de repente—. Y ¿por qué se muestra tan hostil ahora conmigo, Katerina Ósipovna? —preguntó en un tono de vivo y amargo reproche—. Me reafirmo en lo dicho. Necesito conocer su opinión, es más: ¡necesito conocer su decisión! Lo que él diga se hará... Ya ve hasta qué punto anhelo conocer sus palabras, Alekséi Fiódorovich... Pero ¿qué le ocurre?

—Nunca lo habría pensado, ¡para mí, es algo inconcebible! —exclamó de pronto Aliosha, con amargura.

—¿Qué, qué?

—Él se va a Moscú, y usted dice que se alegra; ¡lo ha dicho con toda intención! Pero justo después empieza a aclarar que no está contenta por eso; al contrario, dice que lo siente... que pierde a un amigo... Pero eso también ha sido a propósito... ¡como si estuviera actuando en un teatro!

—¿En un teatro? ¿Cómo?... ¿A qué se refiere? —replicó Katerina Ivánovna, profundamente desconcertada, poniéndose toda colorada y frunciendo el ceño.

—Por más que intente hacerle creer que va a echar de menos al amigo, insiste usted en que es una suerte que se marche, y se lo dice a la cara... —dijo Aliosha, cada vez más sofocado. Seguía de pie junto a la mesa, y no se decidía a sentarse.

—No entiendo adónde quiere ir a parar...

—Ni yo mismo lo sé... Ha sido como una iluminación repentina... Sé que no debería, pero voy a decirlo de todos modos —continuó Aliosha, con la misma voz temblorosa y entrecortada—. Lo que me ha venido a la cabeza es que a lo mejor usted no ama en absoluto a mi hermano Dmitri... y ha sido así desde el primer día... Y que a lo mejor Dmitri tampoco la ama a usted... desde el primer día... que únicamente la respeta... Yo, la verdad, no sé cómo me atrevo a decir todo esto ahora, pero alguien tiene que decir la verdad... porque aquí nadie quiere decir la verdad...

—¿Qué verdad? —preguntó Katerina Ivánovna, y una nota de histerismo resonó en su voz.

—Pues ésta —balbuceó Aliosha, que parecía haberse caído de un tejado—: haga venir ahora mismo a Dmitri... ya lo buscaría yo; que venga aquí y que la coja a usted de la mano, que coja luego de la mano a mi hermano Iván y que una las manos de los

dos. Y es que, si usted tortura a Iván, es solamente porque lo ama... y, para torturarlo, se empeña en amar a Dmitri... ese amor no es verdadero... Se ha convencido a sí misma de que lo quiere... —Aliosha se interrumpió bruscamente y se quedó callado.

—Usted... usted... es usted un pequeño yuródivy, ¿eso es lo que es! —intervino de pronto Katerina Ivánovna, con el rostro ya pálido y los labios contraídos por la rabia.

Iván Fiódorovich se echó a reír y se puso de pie. Tenía el sombrero en la mano.

—Te equivocas, mi buen Aliosha —dijo, con una expresión en la cara que Aliosha jamás le había visto: reflejaba sinceridad juvenil y un sentimiento intenso, de una franqueza irresistible—. ¡Katerina Ivánovna nunca me ha amado! Ella ha sabido en todo momento que yo la amaba, aunque nunca le he dicho una palabra de mi amor; lo sabía, pero no me correspondía. Tampoco he sido amigo suyo ni una sola vez, ni un solo día: es una mujer orgullosa y no tenía necesidad de mi amistad. Me mantenía a su lado para ejercer una venganza ininterrumpida. En mí vengaba todas las ofensas que Dmitri le ha ido infligiendo, de manera incesante, día a día, en todo este tiempo, desde su primer encuentro... Porque ya el primer encuentro que tuvieron se le quedó grabado en el corazón como una humillación. ¡Así tiene ella el corazón! En todo este tiempo no he hecho otra cosa que oírle hablar de su amor por él. Ahora me marchó, pero debe saber, Katerina Ivánovna, que a quien usted quiere realmente es a él. Y, cuanto más la humilla, más y más lo quiere usted. De ahí su desgarró. Usted lo quiere tal cual es: lo quiere en la medida en que la humilla. Si él se enmendara, usted lo abandonaría de inmediato y dejaría de quererlo. Pero usted lo necesita para recrearse en su abnegada fidelidad y para reprocharle a él su infidelidad. Y todo por orgullo. Oh, hay en esto mucho de abatimiento y de humillación, pero todo obedece a su orgullo... Yo soy demasiado joven y la he amado con demasiada intensidad. Sé que no debería decirle esto, que sería más digno por mi parte apartarme sencillamente de usted; no le resultaría tan insultante. Pero lo cierto es que me marchó lejos y no voy a regresar nunca más. Es algo definitivo... No quiero sufrir este desgarró... La verdad es que no sé qué decir, ya está todo dicho... Adiós, Katerina Ivánovna, no tiene usted por qué enfadarse conmigo, porque yo he sufrido un castigo cien veces mayor que el suyo: ya es suficiente castigo no volver a verla nunca más. Adiós. No necesito su mano. Me ha torturado usted tan a conciencia que en este momento no puedo perdonarla. Más adelante la perdonaré, pero ahora su mano está de más. Den Dank, Dame, begehrt ich nicht —añadió con una sonrisa forzada, demostrando, de paso, de forma sorprendente, que también él era capaz de leer a Schiller y hasta de aprendérselo de memoria, cosa que nunca habría creído Aliosha.

Salió de la estancia sin despedirse siquiera de la anfitriona, la señora Jojlakova. Aliosha juntó las manos, asombrado.

—¡Iván! —gritó desconcertado, mientras su hermano se alejaba—. ¡Vuelve, Iván! ¡No, no, ahora no va a volver por nada del mundo! —exclamó otra vez, en un raptó de

amarga lucidez—. Pero ¡la culpa es mía, mía! ¡Yo he empezado! Iván ha hablado con rencor, de forma impropia. Ha sido injusto y rencoroso... —exclamaba Aliosha, medio enloquecido.

Katerina Ivánovna se marchó de pronto a otra habitación.

—Usted no ha hecho nada malo, ha obrado divinamente, como un ángel —le dijo al afligido Aliosha la señora Jojlakova, hablando en un rápido y entusiástico susurro—. Haré cuanto esté en mi mano para que Iván Fiódorovich no se vaya...

Su cara resplandecía de gozo, con gran pesar de Aliosha; pero de pronto regresó Katerina Ivánovna. Traía en la mano dos irisados billetes de cien rublos.

—Tengo que pedirle un inmenso favor, Alekséi Fiódorovich —empezó a decir, dirigiéndose a Aliosha con una voz aparentemente tranquila y firme, como si no hubiera pasado nada—. Hace una semana... sí, creo que fue hace cosa de una semana, Dmitri Fiódorovich cometió un acto tan impulsivo como injusto, realmente abominable. Hay aquí una taberna de muy mala fama. En ella encontró a ese oficial retirado, un capitán asistente a quien su padre solía utilizar en algunos de sus asuntos. Furioso, por la razón que fuera, con ese capitán, Dmitri Fiódorovich lo agarró de la barba y, delante de todo el mundo, lo sacó de ese modo tan humillante a la calle, y una vez en la calle todavía siguió tirando de él un buen rato; dicen que el hijo de ese capitán, que no es más que un niño que aún va a la escuela, al ver lo que pasaba, acudió corriendo al lado de su padre, llorando a gritos y suplicando por él, al tiempo que pedía a la gente que lo defendiera, pero todo el mundo se reía. Disculpe, Alekséi Fiódorovich, no puedo recordar sin indignarme ese acto vergonzoso, tan propio de él... uno de esos actos que solo Dmitri Fiódorovich es capaz de cometer, movido por su ira... ¡o por sus pasiones! Ni siquiera soy capaz de contarle, me faltan las fuerzas... Pierdo el hilo. Me he interesado por la persona que sufrió esa humillación y he averiguado que es un hombre muy pobre. Se apellida Sneguiriov. Cometió alguna falta en el servicio, por lo que fue apartado de él, no sabría darle más detalles; ahora, con su familia, una desdichada familia formada por unas criaturas enfermas y una mujer que, por lo visto, está trastornada, se ha hundido en la miseria más atroz. Lleva ya mucho tiempo en esta ciudad, trabajando en alguna cosa, creo que estaba de escribiente por ahí, pero de buenas a primeras han dejado de pagarle. Yo había puesto los ojos en usted... es decir, había pensado... no sé ni lo que digo, me estoy haciendo un lío... veré, yo quería pedirle un favor, Alekséi Fiódorovich, mi buen Alekséi Fiódorovich: quería que se pasara usted por su casa, que buscara un pretexto para visitarlo, para visitar a ese capitán asistente, me refiero... ¡ay, Dios!, cómo me estoy liando... y con delicadeza, con mucho tacto, como solo usted sabe hacerlo — Aliosha se puso repentinamente colorado—, le entregara esta ayuda, vea, estos doscientos rublos. Probablemente los aceptará... es decir, usted podrá convencerlo de que los acepte... O no, ¿cómo explicarlo? Veré, no se trata de pagarle para obtener su

conformidad, para que se abstenga de presentar una denuncia, porque, según parece, quería denunciar lo ocurrido... Sencillamente, es una muestra de simpatía, del deseo de ayudar, en mi nombre, en nombre de la novia de Dmitri Fiódorovich, no en nombre de él... En una palabra, usted ya verá cómo... Iría yo en persona, pero usted sabrá hacerlo mucho mejor que yo. Vive en la calle del Lago, en casa de Kalmykova, una menestrala... Por el amor de Dios, Alekséi Fiódorovich, haga eso por mí; y ahora... ahora estoy un poco... cansada. Hasta la vista.

Se volvió de repente y desapareció detrás de la antepuerta, tan deprisa que a Aliosha no le dio tiempo a decir ni palabra, pese a que habría querido hablar. Deseaba pedir perdón, admitir su culpa... en fin, decir cualquier cosa, porque el corazón se le desbordaba, y no quería, de ninguna manera, salir de la habitación sin haberse desahogado antes. Pero la señora Jojlakova lo tomó de la mano y ella misma lo sacó de allí. En el vestíbulo volvió a detenerlo, como había hecho hacía un rato.

—Es una mujer orgullosa, que lucha consigo misma, pero ¡es buena, encantadora, generosa! —exclamó en un susurro la señora Jojlakova—. ¡Oh, cuánto la quiero, especialmente en ciertas ocasiones! Y ¡qué contenta me siento con todo otra vez! Hay una cosa que usted no sabe, mi buen Alekséi Fiódorovich, y es que todos nosotros, todos, sus dos tías, yo misma, en fin, todos, hasta Lise, hace ya un mes que solo deseamos y rogamos una cosa: que ella rompa con su hermano predilecto, que rompa con Dmitri Fiódorovich, quien no quiere saber nada de ella y no la ama ni un tanto así, y se case con Iván Fiódorovich, que es un joven magnífico, instruido, que la quiere más que a nada en el mundo. Hemos tramado una verdadera conspiración con ese objetivo y, si no me voy de aquí, será justamente por ese motivo...

—Pero ella ha llorado, ¡nuevamente se ha sentido humillada! —exclamó Aliosha.

—No crea en las lágrimas de una mujer, Alekséi Fiódorovich; en estos casos, yo siempre estoy en contra de las mujeres y a favor de los hombres.

—Mamá, está estropeándolo, echándolo a perder —se oyó, al otro lado de la puerta, la fina vocecita de Lise.

—No, yo soy el responsable de todo, ¡soy espantosamente culpable! —repetía Aliosha, desolado, en un arranque de dolorosa vergüenza por su salida de tono, cubriéndose incluso el rostro con las manos.

—Al contrario, ha actuado usted como un ángel, y estoy dispuesta a repetirlo un millón de veces.

—Mamá, ¿por qué dice que ha actuado como un ángel? —volvió a oírse la vocecita de Lise.

—Así, de repente, viendo todo aquello, he supuesto por alguna razón —continuó Aliosha, como si no hubiera oído a Liza— que ella ama a Iván; por eso he dicho esa estupidez... ¿Qué va a pasar ahora?

—Pero ¿con quién, con quién? —exclamó Lise—. Mamá, está visto que usted quiere acabar conmigo. Yo no hago más que preguntar, y usted no me responde.

En ese instante entró corriendo la doncella.

—Algo malo le pasa a Katerina Ivánovna... Está llorando... Parece un ataque de histeria, no para de temblar...

—¿Qué pasa? —gritó Lise, con voz preocupada—. Mamá, ¡a mí sí que me va a dar un ataque, más que a ella!

—Lise, por el amor de Dios, no grites, no me hagas la vida imposible. A tu edad, no tienes por qué saber todo lo que saben los mayores; enseguida vuelvo, y te cuento todo lo que te pueda contar. ¡Ay, Dios mío! Ya voy, ya voy... Un ataque de histeria es una buena señal, Alekséi Fiódorovich, está muy bien que sufra un ataque. Es justo lo que hace falta. En estos casos, yo siempre estoy en contra de las mujeres, en contra de todos esos histerismos y lágrimas de mujer. Yulia, corre y dile que voy volando. Y, si Iván Fiódorovich se ha ido así, la culpa es de ella. Pero no se va a marchar. ¡Lise, no chillas, por el amor de Dios! Ah, vale, que tú no chillas, que soy yo; perdona a tu madre, pero es que estoy encantada, ¡estoy encantada, encantada! Se habrá fijado usted, Alekséi Fiódorovich, en lo joven que parecía Iván Fiódorovich hace un momento, al salir. ¡Ha dicho lo que tenía que decir y se ha marchado! Y yo que creía que era todo un sabio, un académico, y de repente se pone a hablar con ese entusiasmo, con la franqueza de un joven, con la inexperiencia de un joven, y todo tan bien dicho, tan bien dicho, igual que usted... Y hasta ha soltado ese verso en alemán; en fin, ¡igual que usted! Bueno, voy corriendo, voy corriendo. Alekséi Fiódorovich, vaya enseguida a hacer ese encargo y vuelva cuanto antes. Lise, ¿no necesitas nada? Por Dios, no entretengas ni un minuto a Alekséi Fiódorovich, enseguida está de vuelta...

La señora Jojlakova, por fin, se fue corriendo. Aliosha, antes de marcharse, quiso abrir la puerta que daba al cuarto de Lise.

—¡Ni se le ocurra! —gritó Lise—. ¡Ahora ya ni se le ocurra! Hable a través de la puerta. ¿Por qué dicen que es usted un ángel? Eso es lo único que me gustaría saber.

—¡Por una auténtica tontería, Lise! Adiós.

—¡No se atreverá a marcharse así! —exclamó Lise.

—Lise, ¡tengo una pena enorme! Vuelvo enseguida, pero tengo una pena enorme, ¡enorme!

Y salió a toda prisa de la sala.

VI. Desgarro entre cuatro paredes

Sentía, en verdad, una pena muy honda, como pocas veces había sentido antes. Se había lanzado a hablar y había «hecho el ridículo», ¡y para colmo en cuestiones amorosas! «¿Qué sabré yo de eso? ¿Cómo voy a entender de esos asuntos? —se repitió por centésima vez, ruborizándose—. Bah, la vergüenza es lo de menos, la vergüenza no es más que el castigo que me tengo merecido; lo malo es que ahora voy a ser, sin duda alguna, el origen de nuevas desgracias... El stárets me ha enviado a reconciliar y unir. ¿Así es como se une a los que están enfrentados?» Volvió a recordar cómo había «unido sus manos», y creyó que se moría de vergüenza. «Aunque haya actuado con toda sinceridad, en lo sucesivo tendré que obrar con más cautela», concluyó, y ni siquiera esa conclusión le arrancó una sonrisa.

El encargo de Katerina Ivánovna lo obligaba a ir a la calle del Lago, y precisamente su hermano Dmitri vivía cerca de allí, en una calleja próxima. Aliosha decidió pasarse por su casa antes de visitar al capitán asistente, aunque tenía el presentimiento de que no iba a dar con su hermano. Sospechaba que, dadas las circunstancias, éste procuraría no acercarse a él, pero tenía que encontrarlo como fuera. Porque el tiempo pasaba: desde que había salido del monasterio, no había dejado de pensar ni un minuto, ni un segundo, en el stárets agonizante.

En el encargo de Katerina Ivánovna había advertido un detalle que había despertado en él un enorme interés: cuando le contó lo de aquel chiquillo, un escolar aún, hijo del capitán, que corría, llorando a voz en grito, al lado de su padre, Aliosha enseguida pensó que muy bien podía tratarse del mismo niño que le había mordido el dedo cuando había ido a preguntarle si lo había ofendido. Ahora tenía pocas dudas al respecto, aunque aún no sabía por qué. De ese modo, ocupado en reflexiones accesorias, logró distraerse, así que decidió «no darle más vueltas» a la «desgracia» que acababa de causar, no torturarse con sus remordimientos, sino ocuparse de lo que tenía entre manos, y que pasara lo que tuviera que pasar. Con esta idea, acabó de recobrar el ánimo. En ese momento, al adentrarse en la calleja donde vivía su hermano Dmitri, reparó en el hambre que tenía y, sacándose del bolsillo el panecillo que había cogido en casa de su padre, se lo comió sobre la marcha. Eso le dio nuevas fuerzas.

Dmitri no estaba en casa. Los dueños de la casita —un viejo carpintero, su anciana mujer y su hijo— miraron a Aliosha con desconfianza. «Lleva ya tres noches sin venir a dormir, a lo mejor nos ha dejado», contestó el viejo a las insistentes preguntas de Aliosha. Éste se dio cuenta de que el viejo respondía siguiendo instrucciones. Al preguntarles si no estaría en casa de Grúshenka, o escondido, como en otras

ocasiones, donde Fomá (Aliosha no dudó en recurrir a tales indiscreciones), los de la casa lo miraron recelosos. «Seguro que lo aprecian, y por eso le echan una mano — pensó Aliosha—; eso está bien.»

Por fin, en la calle del Lago, encontró la casa de Kalmykova, la menestrala, una casita ruinosa, ladeada, con solo tres ventanas a la calle, con un patio sucio, en medio del cual había una vaca solitaria. Por el patio se entraba en un zaguán; a la izquierda habitaba la vieja dueña con su hija, también vieja; las dos, al parecer, estaban sordas. Aliosha tuvo que preguntar varias veces por el capitán asistente, hasta que una de aquellas mujeres, comprendiendo finalmente que se refería a los inquilinos, le señaló con el dedo una puerta que estaba al otro lado del zaguán, que daba a una estancia. La vivienda del capitán constaba, en efecto, de una sola pieza. Aliosha ya había puesto la mano en el picaporte de hierro, dispuesto a abrir la puerta, cuando, de pronto, se quedó sorprendido por el insólito silencio que reinaba en el interior. Sabía, sin embargo, por las palabras de Katerina Ivánovna, que el capitán retirado tenía familia: «O están todos durmiendo o igual es que me han oído llegar y están esperando a que abra; será mejor que llame primero». Llamó. Se oyó una respuesta, aunque no fue inmediata, sino que transcurrieron, al menos, unos diez segundos.

—¿Quién es? —gritó alguien con voz potente y muy irritada.

En ese momento Aliosha abrió la puerta y atravesó el umbral. Se encontró en una estancia bastante espaciosa, pero extraordinariamente abarrotada, tanto de gente como de toda clase de bártulos. A la izquierda había una gran estufa rusa. Desde la estufa hasta la ventana de la izquierda, atravesando toda la habitación, habían tendido una soga de la que colgaban trapos y más trapos. Tanto a mano izquierda como a mano derecha había sendas camas arrimadas a la pared, cubiertas con colchas de punto. En una de ellas, la de la izquierda, se amontonaban cuatro almohadas de percal, cada una más chica que la anterior. En la otra cama, la de la derecha, solo se veía una almohada muy pequeñita. Algo más allá, en el rincón de los iconos, habían delimitado un pequeño espacio por medio de una cortina o una sábana, que también colgaba de una soga tendida transversalmente en ese rincón. Detrás de aquella cortina se adivinaba otra cama, que habían montado juntando un banco y una silla. Del propio rincón de los iconos habían retirado una sencilla mesa cuadrada de madera, de aspecto rústico, para acercarla al ventanuco central. Las tres ventanas, cada una con cuatro cristales pequeños, verdosos, enmohecidos, apenas dejaban pasar la luz y estaban herméticamente cerradas, de modo que el espacio resultaba sofocante y sombrío. Sobre la mesa había una sartén con restos de huevos fritos, un trozo de pan mordisqueado y una botella de medio shtof en cuyo fondo apenas quedaban un residuo de los frutos de la tierra. Junto a la cama de la izquierda, sentada en una silla, había una mujer, que parecía una dama, con un vestido de percal. Tenía la cara muy delgada y amarillenta; sus mejillas, exageradamente hundidas, delataban de inmediato

su mala salud. Pero lo que más impresionó a Aliosha fue la mirada de la pobre señora, una mirada extraordinariamente inquisitiva y, al mismo tiempo, terriblemente altiva. Y hasta que ella no se sumó a la conversación, mientras Aliosha estuvo hablando con el señor de la casa, la señora, siempre con idéntica expresión altiva e inquisitiva, no cesó de dirigir sus grandes ojos castaños tan pronto a un interlocutor como al otro. Cerca de ella, junto a la ventana de la izquierda, había una muchacha de cara muy poco agraciada, con una rala cabellera pelirroja, pobre pero decorosamente vestida. Esta joven miró con desagrado al visitante. A la derecha, también junto a la cama, había otra criatura femenina. Daba verdadera lástima: era igualmente una muchacha joven, de unos veinte años, pero jorobada y tullida, con las piernas secas, según le explicaron más tarde a Aliosha. A su lado estaban las muletas, en un rincón entre la cama y la pared. Los ojos de la pobre chica, llamativamente bellos y bondadosos, miraron a Aliosha con una especie de serena humildad. A la mesa, dando buena cuenta de los huevos fritos, estaba sentado un señor de unos cuarenta y cinco años, más bien bajo, enjuto, de constitución débil, pelirrojo, de barba poco poblada y bermeja, muy parecida a un estropajo deshilachado (esta comparación y, en particular, la palabra «estropajo», se le ocurrieron a Aliosha nada más verlo, como recordaría más tarde). Tenía que haber sido él quien había contestado a la llamada de Aliosha, pues era el único hombre en la habitación. En todo caso, al entrar Aliosha, se levantó precipitadamente del banco en que estaba sentado y, limpiándose a toda prisa con una servilleta agujereada, salió corriendo a recibirlo.

—Un monje que pide para el monasterio, ¡a buen sitio ha venido a llamar! —dijo entretanto en voz alta la muchacha que estaba en el rincón de la izquierda.

Pero el señor, mientras iba rápidamente al encuentro de Aliosha, se giró un instante sobre sus talones y, volviéndose hacia ella, le respondió con voz inquieta y un tanto entrecortada:

—No, Varvara Nikoláievna, no es eso, ¡no ha acertado! Permítame que le pregunte, por mi parte, señor —se volvió nuevamente hacia Aliosha—, ¿qué le ha movido a visitar esta... covacha, señor?

Aliosha lo observaba con mucha atención, era la primera vez que veía a aquel individuo. Había en él algo desmañado, apremiante e irascible. Aunque era evidente que había bebido, no estaba borracho. En su rostro se reflejaba una actitud de extrema insolencia y, al mismo tiempo —por raro que fuese—, de manifiesta cobardía. Recordaba a esas personas que han vivido mucho tiempo sometidas, sufriendo con resignación, y que un buen día se rebelan y pretenden afirmar su personalidad. O, mejor aún, a alguien que arde en deseos de golpear a otros, pero tiene un miedo atroz a ser golpeado. En sus palabras y en la entonación de su voz, bastante penetrante, se traslucía un humor ciertamente estrafalario, tan pronto malicioso como tímido; era incapaz de mantener un tono uniforme, y hablaba de forma entrecortada. La pregunta

relativa a la «covacha» la había hecho casi como temblando, abriendo mucho los ojos y acercándose a Aliosha con tanta premura que éste, maquinalmente, dio un paso atrás. Llevaba puesto un abrigo oscuro, de muy mala calidad, probablemente de nanquín, lleno de remiendos y lamparones. Sus pantalones eran excesivamente claros, como ya no se llevan hace tiempo, a cuadros, de una tela muy fina; estaban arrugados en los bajos, con lo que se le subían hacia arriba: parecía un niño al que la ropa se le hubiera quedado pequeña después de dar el estirón.

—Soy... Alekséi Karamázov... —empezó a decir Aliosha, en respuesta.

—Me hago cargo, señor —le cortó de inmediato aquel hombre, dándole a entender que ya sabía quién era—. Yo, por mi parte, soy el capitán asistente Sneguiriov; pero me gustaría saber, señor, qué es exactamente lo que le trae...

—Solo es un momento. En resumidas cuentas, quería decirle unas palabras en mi propio nombre... Si usted me lo permite...

—En ese caso, señor, aquí tiene esta silla, sírvase tomar asiento, señor. Es lo que decían en las comedias antiguas: «Sírvase tomar asiento»... —Y el capitán, con un movimiento rápido, cogió una silla libre, una simple silla rústica, toda de madera, sin tapizar, y la colocó prácticamente en el centro de la estancia; a continuación, cogiendo otra silla idéntica, se sentó enfrente de Aliosha, tan cerca de éste que sus rodillas casi se rozaban—. Soy Nikolái Ilich Sneguiriov, señor, capitán asistente de infantería, retirado; aunque cubierto de oprobio por mis vicios, señor, sigo siendo capitán asistente. No obstante, más bien debería llamarme «capitán asistente Slovoiérsov», en vez de Sneguiriov, pues al llegar a la mitad de mi vida he empezado a hablar añadiendo una «ese» de respeto a mis palabras. Es de esas cosas que uno aprende viviendo en la humillación.

—Así es —asintió Aliosha con una sonrisa—, pero ¿se aprende sin querer o a propósito?

—Sin querer, bien lo sabe Dios. Nunca había hablado así, en mi vida había empleado esa clase de «eses»; de pronto caí, y ya me levanté con las «eses». Eso obedece a una fuerza superior. Veo que se interesa usted por los temas de actualidad. Pero sigo sin comprender qué puede haber despertado su curiosidad, pues vivo en unas condiciones que hacen imposible la hospitalidad.

—Yo he venido... por el asunto aquel...

—¿Por el asunto aquel? —le interrumpió, impaciente, el capitán asistente.

—En relación con ese encuentro suyo con mi hermano Dmitri Fiódorovich —aclaró secamente Aliosha, sintiéndose cohibido.

—¿De qué encuentro me habla, señor? ¿Del encuentro aquel, señor? ¿Se refiere, entonces, a lo del estropajo, al estropajo de baño? —dijo el capitán, echándose hacia delante, tanto que en esta ocasión sus rodillas chocaron de hecho con las de Aliosha. Apretó con fuerza los labios, que quedaron reducidos a un fino hilo.

—¿Cómo? ¿Qué estropajo? —balbuceó Aliosha.

—¡Es por mí, papá! ¡Ha venido a quejarse! —gritó, desde detrás de la cortina del rincón, una vocecita conocida de Aliosha, la voz del chiquillo de antes—. ¡Hace un rato le mordí un dedo!

Corrieron la cortina, y Aliosha vio a su rival en el rincón, bajo los iconos, en un camastro montado sobre un banco y una silla. El chico yacía arropado con su abrigo y con una vieja colcha guateada. Se notaba que estaba malo y, a juzgar por sus ojos brillantes, debía de tener fiebre. Miraba a Aliosha con cierta arrogancia, no como antes: «Aquí en casa —parecía decir—, no me vas a pillar».

—¿Qué es eso de que le ha mordido un dedo? —El capitán dio un respingo en la silla—. ¿Que le ha mordido a usted un dedo, señor?

—Sí, a mí. Hace un rato, en la calle, estaba peleándose con otros niños, estaban tirándose piedras; eran seis contra él. Yo me he acercado y él me ha tirado una piedra, y después otra a la cabeza. Le he preguntado qué le había hecho yo. De repente, se me ha echado encima y me ha dado un buen mordisco en el dedo, no sé por qué.

—¡Ahora mismo le doy unos buenos azotes! ¡En este mismo instante, señor! —El capitán se levantó de un salto.

—Pero si yo no me quejo, solo se lo he contado. No quiero, de ningún modo, que le dé usted unos azotes. Además, parece que está enfermo...

—¿Se había creído usted que iba a darle unos azotes? ¿Que pensaba coger a Iliúshechka y azotarlo ahora mismo en su presencia, para su plena satisfacción? ¿Tanta prisa tiene usted, señor? —replicó el capitán, volviéndose repentinamente hacia Aliosha, con un gesto tal que parecía que fuera a abalanzarse sobre él—. Siento, señor, lo de su dedo, pero, si se empeña, antes que pegar a Iliúshechka, me corto ahora mismo, delante de usted, cuatro dedos con este cuchillo para darle una justa satisfacción. Supongo que cuatro dedos serán suficientes para saciar su sed de venganza, señor. ¿O va a exigirme el quinto, señor?

De pronto se detuvo, como si se ahogara. Todas las líneas de su cara se movían y se contraían; miraba, además, con un aire extraordinariamente desafiante. Parecía fuera de sí.

—Creo que ya lo he comprendido todo —respondió con calma Aliosha, apesadumbrado, sin levantarse de la silla—. Veo que su hijo es un buen chico, quiere a su padre y se ha lanzado contra mí por ser el hermano de su ofensor... Ahora lo entiendo —repitió pensativo—. Pero mi hermano Dmitri Fiódorovich está arrepentido de su acto, no tengo de eso la menor duda, y si tuviera la ocasión de venir a verle o, mejor aún, si pudiera volver a encontrarse con usted en ese mismo sitio, estaría dispuesto a pedirle disculpas delante de todo el mundo... si usted lo desea.

—O sea, me tira de la barba y luego me pide disculpas... Asunto concluido, por así decir, y él tan tranquilo, ¿no es así, señor?

—Oh, no, al contrario; él hará cualquier cosa que usted quiera y como quiera.

—De modo, señor, que, si yo le pidiera a su alteza serenísima que se arrodillara a mis pies en esa misma taberna, Ciudad Capital se llama, o en una plaza pública, ¿lo haría?

—Sí, hasta se pondría de rodillas.

—Me ha conmovido usted, señor. Me ha conmovido y va a hacerme llorar. Soy demasiado sensible. Pero permítame que acabe de presentarme: mi familia, mis dos hijas y mi hijo, toda mi descendencia, señor. Si yo me muero, ¿quién va a quererlos? Y, mientras viva, ¿quién va a quererme a mí, a alguien tan ruin como yo, si no me quieren ellos? Es una gran obra la que ha hecho el Señor con la gente de mi clase. Porque es preciso que a las personas como yo también nos quiera alguien...

—¡Ah, qué gran verdad! —exclamó Aliosha.

—Basta ya de payasadas; ¡llega el primer imbécil, y usted nos pone en evidencia! —exclamó inopinadamente la muchacha que estaba al lado de la ventana, dirigiéndose a su padre con cara de asco y desprecio.

—Espere un poco, Varvara Nikolavna, permítame mantener el rumbo —le gritó su padre, en tono imperioso, aunque con una mirada de aprobación. Y añadió, volviéndose de nuevo hacia Aliosha—: Así es nuestro carácter, señor.

Y en toda la naturaleza
nada quiso él bendecir.

»Habría que decirlo en femenino: "Nada quiso ella bendecir". Pero permita que le presente a mi señora: aquí Arina Petrovna, dama tullida, de unos cuarenta y tres años; las piernas aún le responden, pero solo un poco. Es de origen humilde. Arina Petrovna, suavice esa expresión: aquí tiene a Alekséi Fiódorovich Karamázov. Levántese, Alekséi Fiódorovich. —Lo agarró de la mano y, con una fuerza que nadie se habría esperado en él, lo hizo levantar de repente—. Le están presentando a una dama, señor, hay que ponerse de pie. Mami, no es el mismo Karamázov que... bueno, ya sabes, sino su hermano, que resplandece por sus humildes virtudes. Permítame, Arina Petrovna, permítame, mami, permítame antes besarle la mano.

Y, respetuosamente, con ternura incluso, le besó la mano a su mujer. La jovencita que estaba al lado de la ventana se volvió, disgustada, para no ver la escena; en el rostro de la mujer, desdeñosamente inquisitivo, se dibujó de pronto una insólita dulzura.

—Mucho gusto, señor Chernomázov —dijo la mujer.

—Karamázov, mami, Karamázov... Somos gente sencilla —repitió el hombre, en un susurro.

—Muy bien, Karamázov, lo que sea, aunque yo siempre digo Chernomázov... Pero siéntese, ¿para qué le habrá hecho levantarse? Una dama tullida, dice, pero el caso es

que tengo piernas; eso sí, se me han hinchado como cubos, y yo me he secado. Antes estaba más gorda, pero ahora parece que me haya tragado una aguja...

—Somos gente sencilla, señor, gente sencilla —repitió una vez más el capitán.

—Papá, ¡ay, papá! —exclamó de pronto la muchacha jorobada, que hasta ese momento había estado callada en su silla, y repentinamente se tapó los ojos con un pañuelo.

—¡Payaso! —soltó la doncella de la ventana.

—Ya ve qué novedades tenemos —la madre abrió los brazos, señalando a sus hijas—; es como si vinieran nubes: luego las nubes pasan de largo y nosotros seguimos con nuestra música. Antes, cuando éramos militares, recibíamos muchas visitas como ésta. No, bátiushka, no pretendo hacer comparaciones. Si uno quiere a alguien, hace bien queriéndolo. Una vez, la mujer del diácono viene y me dice: «Aleksandr Aleksándrovich es un hombre de gran corazón; en cambio, Nastasia Petrovna —dice— es un engendro infernal». «Vaya —le digo—, allá cada cual con sus gustos; pero tú eres pequeña, y encima maloliente.» «Pues lo que es a ti —dice ella—, habría que meterte en cintura.» «Y tú, negra espada —le digo—, ¿vienes aquí a darme lecciones?» «Yo —me dice— dejo pasar el aire puro, y tú las miasmas.» «Pues tú pregunta —le respondo— a los señores oficiales cómo de puro es el aire de mi casa.» Y aquello se me quedó grabado en el alma, tanto que no hace mucho, estando aquí en casa, igual que ahora, veo entrar a un general que ya había venido aquí por Pascua, y le digo: «Excelencia, ¿una señora distinguida puede dejar que entre en su casa el aire de la calle?». «Sí —me responde—, tendría usted que abrir un ventanillo o la puerta de entrada, porque aquí, precisamente, el aire está muy viciado.» ¡Y dale! ¿Por qué la habrán tomado con mi aire? Peor huelen los muertos. «Yo —les digo— no pienso corromperos el aire; voy a encargarme unos zapatos y me marcho de aquí.» ¡Ay, queriditos míos, no echéis la culpa a vuestra madre! Nikolái Ilich, bátiushka, a lo mejor no he sabido complacerte; ya solo me queda una cosa: Iliúshechka, que me da su cariño cuando viene de clase. Ayer me trajo una manzana. Perdonad, queridos míos, perdonad a vuestra pobre madre; perdonadme, estoy tan sola, ¿por qué os repugna tanto el aire mío?

La pobrecilla rompió a llorar, hecha un mar de lágrimas. El capitán asistente acudió enseguida a su lado.

—¡Mami, mami, ángel mío, ya está bien, ya está bien! No estás sola. ¡Todo el mundo te quiere, todo el mundo te adora! —Y se puso otra vez a besarle ambas manos y a acariciarle con ternura la cara; después cogió una servilleta y empezó a enjugarle las lágrimas. A Aliosha le dio la impresión de que también al capitán se le habían humedecido los ojos—. Bueno, ¿qué? ¿Lo ha visto, señor? ¿Lo ha oído, señor? —De pronto, se volvió como con rabia hacia Aliosha, señalando a la pobre enajenada.

—Lo veo y lo oigo —balbuceó Aliosha.

—¡Papá, papá! No me digas que tú y él... ¡Déjalo ya, papá! —gritó de pronto el chico, incorporándose en su camastro y dirigiendo una mirada febril a su padre.

—Basta, ya está bien de hacer el payaso, ¡déjese de sus estúpidas extravagancias que no conducen a nada! —volvió a gritar desde su rincón Varvara Nikoláievna, dando incluso una patada.

—En este caso tiene toda la razón del mundo acalorándose, Varvara Nikolavna, enseguida colmaré sus deseos. Cúbrase, Alekséi Fiódorovich, que yo cojo mi gorra, y nos vamos, señor. Tengo que decirle unas palabras muy serias, pero no entre estas cuatro paredes. Esa doncella que ve ahí sentada es mi hija Nina Nikoláievna, ya me olvidaba de presentársela; es un ángel de Dios encarnado... descendido entre los mortales... no sé si podrá usted comprenderlo...

—Está temblando de pies a cabeza, como si fuera a sufrir un espasmo —siguió diciendo, indignada, Varvara Nikoláievna.

—Esta otra, que me da de patadas y acaba de llamarme payaso, también es un ángel de Dios encarnado, señor, y me ha atacado con todo merecimiento. Pero vámonos, Alekséi Fiódorovich, hay que llegar hasta el final, señor...

Y, tomando a Aliosha del brazo, se lo llevó a la calle.

VII. Y al aire libre

—El aire es tan puro, señor, mientras que en mi mansión está tan viciado, en todos los sentidos... Vayamos despacito, señor. Tengo mucho interés en que me preste atención.

—También yo tengo algo muy importante que decirle... —le comunicó Aliosha—. Aunque no sé cómo empezar.

—¿Cómo no imaginar que tiene algo que decirme, señor? De no ser así, nunca se habría acercado a mi casa. ¿No habrá venido únicamente a quejarse del chico, señor? Es muy poco probable. Pero hablando del chico, señor: en casa no podía explicárselo todo, pero ahora que estamos aquí voy a describirle aquella escena. Verá, hace apenas una semana el estropajo estaba más poblado; me refiero a mi barbita, señor, porque es a mi barbita a la que llaman estropajo, los colegiales sobre todo, señor. En fin, que su querido hermano, Dmitri Fiódorovich, me tiró en aquella ocasión de la barbita, me sacó de la taberna y me arrastró por la plaza justo en el momento en que los chicos salían del colegio, y entre ellos estaba Iliusha. Al verme en esa situación, vino corriendo a mí: «¡Papá! ¡Papá!», chillaba. Se agarraba a mí, me abrazaba, intentaba librarme de mi agresor, gritándole: «Suéltelo, suéltelo, es mi padre, es mi padre, perdónelo»; eso era lo que le gritaba: «Perdónelo»... También lo agarró con sus manitas, le cogió una mano, ni más ni menos que su mano, y se la besó, señor... Recuerdo la carita que tenía en ese instante, no se me ha olvidado ni se me va a olvidar...

—Le juro —proclamó Aliosha— que mi hermano le expresará su arrepentimiento de la forma más completa, de la forma más sincera, hasta de rodillas, si hace falta, en esa misma plaza... Yo lo obligaré; si no, ¡dejará de ser mi hermano!

—¡Ajá! Así que no es más que un proyecto. No ha salido de él, sino de usted, de la nobleza de su fogoso corazón. Haberlo dicho antes, señor. No, en tal caso, permítame que acabe de hablarle de la elevada caballeridad y el noble espíritu militar que su hermano exhibió en aquella ocasión, señor. Cuando finalmente se cansó de tirarme del estropajo, me dejó libre, diciendo: «Tú eres un oficial, y yo también; si puedes encontrar un padrino, un hombre decente, mándamelo y te daré satisfacción, aunque no eres más que un miserable». Eso fue lo que me dijo, señor. ¡Todo un espíritu caballeresco! Entonces me llevó a mi hijo de allí, pero aquel linajudo cuadro de familia quedó grabado de por vida en la memoria del alma de Iliusha. En vista de lo cual, ¿quién iba ya a querer ser noble? Además, juzgue usted mismo: acaba de estar en mi mansión, ¿qué es lo que ha visto, señor? Allí hay tres damas: una tullida y con pocas

lucos, otra tullida y jorobada, y la tercera con piernas, pero demasiado inteligente, una estudiante que está deseando volver a San Petersburgo para buscar a orillas del Nevá los derechos de la mujer rusa. De Iliusha ni hablo, apenas tiene nueve años y está más solo que la una. Así pues, si yo muero, ¿quién iba a hacerse cargo de mi covacha? Es todo lo que le pregunto, señor. En esas circunstancias, imagínese que nos batimos en duelo y que me mata como si tal cosa; entonces, ¿qué? ¿Qué pasaría con todos los míos, señor? O peor aún, pongamos que no me mata, pero me deja inválido: ya no podría trabajar, pero boca iba a seguir teniendo, ¿y quién iba a alimentar entonces esta boca mía? ¿Quién iba a darles de comer a todos ellos, señor? ¿Tendría que mandar a Iliusha todos los días a pedir limosna en lugar de mandarlo a la escuela? Ya ve lo que significa para mí retar a su hermano a duelo, no es más que una palabra estúpida, señor.

—Le pedirá perdón, se inclinará a sus pies en medio de la plaza —volvió a proclamar Aliosha, con los ojos encendidos.

—Yo quería haberlo llevado a juicio —prosiguió el capitán asistente—, pero abra usted nuestro código: ¿qué clase de satisfacción podría obtener de mi ofensor por la afrenta personal que he sufrido? A todo esto, Agrafiona Aleksándrovna me manda llamar y se pone a chillarme: «¡Ni lo pienses! Como se te ocurra llevarlo ante un tribunal, yo haré que sepa todo el mundo que, si te ha pegado, ha sido por culpa de tus tejemanejes, y te va a tocar a ti ir a juicio». Pero Dios es testigo de quién fue el responsable de aquellos tejemanejes, señor, y qué órdenes obedecí yo, que era el que menos pintaba en aquel asunto. ¿O acaso no actuaba yo siguiendo instrucciones de esa mujer y de Fiódor Pávlovich? «Aparte de eso —añadió—, te voy a echar de mi lado para siempre, y en lo sucesivo no vas a ganar nada conmigo. Y, si se lo digo a mi mercader (así llama ella al viejo: “mi mercader”), él también te va a echar.» Y entonces, claro, pienso: si hasta el mercader me echa, ¿quién me va a dar trabajo? Porque yo ya solo cuento con esas dos personas, toda vez que su padre, Fiódor Pávlovich, no solo me ha retirado su confianza, por un motivo que no viene al caso, sino que incluso, después de haberse hecho con unos recibos míos, también quiere llevarme a juicio. En vista de lo cual, me quedé calladito, señor, y ya ha podido usted ver la covacha, señor. Y ahora permítame una pregunta: antes, cuando Iliusha le ha mordido en el dedo, ¿le ha hecho mucho daño? En casa, estando él delante, no me he atrevido a entrar en ese detalle.

—Sí, me ha hecho mucho daño; estaba muy irritado. La afrenta sufrida por usted quiso vengarla en mí, por ser yo un Karamázov; ahora lo veo claro. Pero tenía que haberlo visto usted tirándose piedras con los compañeros... Es muy peligroso, podían haberlo matado; son unos niños, unos inconscientes, una de esas piedras podía haberle abierto la cabeza a alguno.

—Como que se ha llevado una pedrada, señor, no en la cabeza, pero sí en el pecho, un poco más arriba del corazón; se ha presentado en casa con un moratón, llorando y quejándose, y se ha puesto malo.

—Pues sepa que él ha sido el primero en meterse con los demás; está furioso por lo que le pasa a usted; los otros chicos dicen que a uno de ellos, un tal Krasotkin, lo ha pinchado con un cortaplumas...

—También me lo han contado, y hay que andarse con ojo, señor: Krasotkin es un funcionario de la localidad, a ver si vamos a tener algún problema...

—Yo le aconsejaría —siguió diciendo Aliosha con vehemencia— que no enviara a su hijo a la escuela por unos días, hasta que se calme... y se le pase este acceso de ira...

—¡Ira, señor! —repitió el capitán asistente—. Ni más ni menos, ira. En una criatura tan pequeña, una ira tan grande, señor. Aún no lo sabe todo. Permítame que le explique esa historia en concreto. Resulta que, después de lo ocurrido, todos los chicos de la escuela empezaron a meterse con él, llamándolo estropajo. Los escolares son muy crueles: tomados de uno en uno son unos ángeles de Dios, pero, cuando se juntan, sobre todo en los colegios, suelen ser muy crueles. Empezaron a burlarse de él, y el espíritu de la nobleza renació en Iliusha. Un chico corriente, un hijo sin carácter, se habría resignado, se habría avergonzado de lo ocurrido; pero él se alzó en solitario contra todos en defensa de su padre. En defensa de su padre y en defensa de la verdad, señor, de la pura verdad. Porque lo que tuvo que soportar entonces, mientras le besaba la mano a su hermano y le imploraba: «Perdone a mi padre, perdone a mi padre», eso solo lo sabemos Dios y yo, señor. Así es como nuestros hijos, no los de ustedes, sino los nuestros, señor, los hijos de los pobres, despreciados pero nobles, aprenden con nueve años a conocer la verdad en la tierra. Los ricos no: éstos no llegan a tales honduras en toda su vida; en cambio, mi Iliushka, en aquella plaza, señor, en el preciso instante en que besaba la mano de aquel hombre, en aquel mismo instante, descubrió toda la verdad. Penetró en él la verdad y lo abatió para siempre —dijo el capitán con vehemencia, una vez más fuera de sí, dándose un golpe con el puño derecho en la palma de la mano izquierda, como si deseara ilustrar de qué modo había abatido «la verdad» a su Iliusha—. Aquel día tuvo fiebre, estuvo delirando toda la noche. Apenas habló conmigo en todo el día, no abría la boca, aunque sí me fijé en que no hacía más que mirarme, mirarme desde su rincón; cada vez se arrimaba más a la ventana, y hacía como si estuviera estudiando, pero yo me daba cuenta de que no eran precisamente las lecciones lo que tenía en la cabeza. Al día siguiente, pecador que es uno, estaba tan triste que me dio por beber, y casi no me acuerdo de nada. También la mamá se puso a llorar (yo a la mamá la quiero mucho), y de la pena me cogí una buena curda. No me desprecie, señor; en Rusia las mejores personas son los borrachos. La gente más buena es también la que más se emborracha. Me pasé el día

tumbado en la cama, y apenas me acordé de Iliusha, pero fue precisamente aquel día cuando los otros niños la tomaron con él en el colegio, desde por la mañana, señor: «Estropajo —le gritaban—, a tu padre lo han sacado de la taberna tirándolo del estropajo, y tú ibas corriendo a su lado pidiendo perdón». Al tercer día, al volver del colegio, me di cuenta de que traía muy mala cara, estaba pálido. «¿Qué tienes?», le digo. Y él, callado. En casa más valía no hablar, porque enseguida su madre y sus hermanas iban a meter baza; las muchachas, además, ya estaban al corriente de todo, lo sabían desde el primer día. Varvara Nikolavna enseguida empezó a refunfuñar: «Bufones, payasos, ¿es que nunca pueden hacer nada a derechas?». «En efecto —le digo—, Varvara Nikolavna, ¿es que nunca podemos hacer nada a derechas?» Con eso, de momento, salí del paso. Al atardecer, fui con el chico a dar una vuelta, señor. Debe saber que, ya antes de eso, todas las tardes salía con él a pasear un rato, siguiendo exactamente el mismo recorrido que ahora, desde la cancela de nuestra casa hasta esa roca solitaria, aquella que se ve allí al borde del camino, junto al seto, justo donde empiezan los prados comunales: un lugar desierto, precioso, señor. Total, que íbamos Iliusha y yo cogidos de la mano, como de costumbre: él tiene una mano diminuta, con dedos muy finitos y algo fríos; está delicado del pecho. «¡Papá! —me dice—. ¡Papá!» «¿Qué?», le respondo; veo que le brillan los ojos. «¡Papá! ¡Lo que te hizo, papá!» «Qué le vamos a hacer, Iliusha», le digo. «No hagas las paces con él, papá, no hagas las paces. Los chicos del colegio dicen que te ha dado diez rublos por lo que ha pasado.» «No, Iliusha —le digo—, no pienso aceptar dinero suyo bajo ningún concepto.» Entonces empezó a temblarle todo el cuerpo, me cogió la mano con sus dos manitas y volvió a besármelas. «Papá —dice—, papá, rétalo a duelo; en el colegio se meten conmigo, me dicen que eres un cobarde y no te atreves a retarlo, y que vas a coger sus diez rublos.» «No tengo forma de retarlo, Iliusha», le respondo y le explico brevemente lo mismo que acabo de explicarle a usted. Me estuvo escuchando atentamente. «Papá, de todos modos —dice—, no hagas las paces con él: ¡me haré mayor, lo retaré yo mismo y lo mataré!» Los ojos le echaban fuego. En cualquier caso, yo soy su padre y tenía que decirle la verdad. «Matar es pecado —le digo—, aunque sea en un duelo.» «Papá, papá —me dice—, cuando sea mayor, ya verás cómo lo tumbo; le quitaré el sable con mi sable, me echaré encima de él y lo tumbaré, y entonces lo amenazaré con el sable, diciendo: “Podría matarte ahora mismo, pero prefiero perdonarte la vida, ¡para que veas!”.» Ya ve, señor, ya ve qué cosas se le habían pasado por la cabeza en esos dos días, no había dejado de pensar en vengarse con el sable, y seguro que de noche la escena aparecía en sus delirios, señor. Pero después empezó a regresar de la escuela con señales de que le habían zurrado; yo me he enterado hace dos días, y tiene usted razón, señor: no voy a volver a mandarlo a esa escuela. Supe que plantaba cara él solo a toda la clase, que le daba por provocar a los otros chicos; está muy alterado, algo le quema por dentro. Entonces me asusté por

él. Volvimos a salir de paseo. «Papá —me preguntó—, papá, ¿es verdad que los ricos son los más fuertes del mundo?» «Sí —le contesto—, Iliusha, no hay nadie en el mundo más fuerte que un rico.» «Papá —me dice—, entonces me haré rico, seré oficial y acabaré con todos, el zar me dará una recompensa y así, cuando vuelva, seguro que nadie se atreve a...» Se quedó callado un momento, y después siguió hablando con los labios temblorosos, igual que antes: «¡Papá —me dice—, qué ciudad más fea la nuestra, papá!». «Sí —digo—, Iliúshechka, la verdad es que no está muy bien nuestra ciudad.» «Papá, vámonos a otra ciudad, a una ciudad mejor —me dice—, donde nadie sepa nada de nosotros.» «Nos iremos —le digo—, nos iremos, Iliusha, pero primero tengo que reunir el dinero.» Me alegré de tener ocasión de distraerlo de sus negros pensamientos, y empezamos a soñar los dos juntos, pensando en cómo nos trasladaríamos a otra ciudad, para lo cual habría que comprar un caballo y una telega. Montaríamos en ella a la mamá y a las hermanitas, las arroparíamos, y nosotros iríamos caminando a su lado; de vez en cuando montaría al chico, y yo seguiría a pie, porque al caballo propio hay que cuidarlo, no es bueno ir todos sentados. Y así viajaríamos. Iliusha estaba encantado; sobre todo, lo volvía loco la idea de tener su propio caballo y de ir montado en él. Ya se sabe que los chicos rusos vienen al mundo con un caballo. Estuvimos charlando un buen rato; gracias a Dios, pensaba yo, se ha distraído un poco, se ha consolado. Eso pasó anteayer por la tarde, pero ayer fue todo muy distinto. Por la mañana había vuelto a ir a la escuela, y había regresado muy serio, pero que muy serio. Por la tarde lo cogí de la mano, me lo llevé a dar un paseo, pero él estaba callado, no decía nada. Se levantó un poco de viento, se cubrió el cielo, se notaba que estamos ya en otoño, y además empezaba a oscurecer... Los dos íbamos tristes. «Bueno, hijo, ¿cómo vamos a preparar ese viaje?», le digo, con ánimo de reanudar la conversación de la víspera. No me contesta. Me doy cuenta, eso sí, de que sus dedos tiemblan en mi mano. «Mala cosa —me digo—, aquí ha pasado algo.» Llegamos, igual que ahora, hasta esa roca de ahí, y yo me senté encima; había muchas cometas volando en el cielo, zumbaban y crujían, habría unas treinta. Y es que ahora es la temporada de las cometas. «Fíjate, Iliusha —le digo—. Podríamos volar la cometa del año pasado. Te la voy a arreglar. ¿Dónde la has metido?» Mi hijo seguía callado, apartaba la vista, casi me daba la espalda. De pronto, el viento empezó a silbar, arrastrando nubes de polvo... Iliusha, súbitamente, se me echó encima, me rodeó el cuello con los dos brazos, me estrechó con fuerza. Ya conoce usted a esos niños callados y orgullosos, que reprimen el llanto mientras pueden, hasta que de pronto rompen a llorar, porque la pena se hace incontenible, y entonces ya no es que les fluyan las lágrimas, señor, sino que les brotan como torrentes. Con las cálidas gotas de esas lágrimas me empapó en un momento toda la cara. Sollozaba convulsivamente, temblaba, me apretaba contra su cuerpo, sin moverme yo de la roca. «Papi —gritaba—, papi, papi querido, ¡cómo te ha humillado!» Entonces yo también me puse a sollozar

y, sentados en la roca, empezamos los dos a temblar, así abrazados. «¡Papi, papi!», decía. «¡Iliusha! —le digo—. ¡Iliúshechka!» No nos vio nadie entonces, solo Dios: tal vez lo anote en mi hoja de servicios, señor. Agradézcaselo a su hermano, Alekséi Fiódorovich. Pero ¡no pienso azotar a mi pequeño para darle a usted satisfacción, señor!

Concluyó con la misma maliciosa y extravagante salida de tono de hacía un rato. Aliosha sentía, sin embargo, que aquel hombre confiaba en él y que nunca se habría puesto a «divagar» de ese modo en presencia de otro, ni le habría hecho las confidencias que acababa de hacerle a él. Eso animó a Aliosha, que temblaba de emoción.

—¡Ay, cómo me gustaría hacer las paces con su hijo! —exclamó—. Si usted pudiera arreglarlo...

—Claro que sí, señor —balbuceó el capitán asistente.

—Pero ahora no se trata de eso, sino de algo bien distinto —prosiguió Aliosha en el mismo tono exaltado—. ¡Escuche!, ¡escuche! Me han encargado que le transmita algo: ese hermano mío, Dmitri, ha ofendido también a su prometida, una joven de gran nobleza, de la que usted, seguramente, habrá oído hablar. Tengo el derecho, y hasta la obligación, de ponerle a usted al corriente de tal ofensa, pues esta joven, al saber de la afrenta que usted había sufrido, y conociendo su desgraciada situación, me ha pedido ahora mismo... hace poco... que le trajese esta ayuda en su nombre... pero, eso sí, exclusivamente en su nombre, no en nombre de Dmitri, el cual la ha abandonado, ¡no, no, de ningún modo! Tampoco en mi nombre, por mucho que sea hermano de Dmitri, ni en el de ninguna otra persona, sino en nombre de ella, y solo de ella. Esa joven le ruega que acepte usted su ayuda... Ustedes dos han sido ultrajados por el mismo individuo... Se ha acordado de usted únicamente cuando ha sufrido una ofensa equivalente, por su gravedad, a la sufrida por usted. O sea, que se trata de una hermana que acude en ayuda de su hermano... Me ha encomendado expresamente que le convenciera para que aceptara estos doscientos rublos como si vinieran de una hermana. Nadie se va a enterar, no puede dar origen a injustos chismorreos de ninguna clase; aquí tiene los doscientos rublos y, le doy mi palabra, tiene usted que aceptarlos, porque si no... si no, ¡en este mundo todos somos enemigos! Pero lo cierto es que en este mundo también hay hermanos. Tiene usted un alma noble, y debería entenderlo, ¡debería entenderlo!

Y Aliosha le tendió los dos irisados billetes nuevecitos de cien rublos. Se encontraban en ese momento, precisamente, junto a la roca, al lado del seto, y no había nadie más por allí. Al parecer, los billetes causaron una tremenda impresión en el capitán, el cual se echó a temblar, si bien en un primer momento esa reacción debió de obedecer más bien a la sorpresa: en ningún momento se le había pasado por la cabeza nada semejante, y no se esperaba, en absoluto, un desenlace de esa

naturaleza. Ni en sueños se habría imaginado que pudiera recibir ayuda de nadie, y menos aún una ayuda tan considerable. Cogió los dos billetes, y durante cosa de un minuto fue incapaz de responder; algo completamente nuevo había aflorado en su rostro.

—¿Son para mí? ¿Para mí? ¡Todo este dinero, señor! ¡Doscientos rublos! ¡Santo Dios! ¡Llevaba cuatro años sin ver tanto dinero, Dios mío! Y dice que es una hermana... ¿De verdad lo ha dicho? ¿De verdad?

—¡Le doy mi palabra de que todo lo que le he dicho es verdad! —dijo Aliosha, gritando.

El capitán asistente se ruborizó.

—Escuche, querido amigo mío, escúcheme; si lo acepto, ¿no seré un miserable? A sus ojos, Alekséi Fiódorovich, ¿no seré un miserable? ¿No? Escuche, Alekséi Fiódorovich, escúcheme, escúcheme bien, señor —se atropellaba, tocando continuamente a Aliosha con las dos manos—; trata usted de convencerme de que acepte el dinero con el argumento de que quien me lo manda es una «hermana»; pero, en su fuero interno, en lo más íntimo, ¿no me despreciará si lo acepto, señor?

—¡No, no! ¡Qué va! ¡Se lo juro por la salvación de mi alma! Y nadie lo va a saber jamás, solo nosotros: usted y yo; además de ella y de otra dama, muy buena amiga suya...

—¡Qué más da esa dama! Escuche, Alekséi Fiódorovich, présteme atención; llegados a este punto, es imprescindible que me escuche con toda atención, señor, pues no se hace usted una idea de lo que pueden suponer ahora para mí estos doscientos rublos —siguió diciendo el infeliz, que poco a poco iba llegando a un estado de exaltación confusa, casi salvaje. Parecía desconcertado, hablaba con gran precipitación, atropellándose, como si tuviera miedo de que no le dejaran acabar de explicarse—. Aparte de ser un dinero honradamente adquirido, por proceder de una «hermana» tan santa y tan digna de respeto, señor, ¿sabe usted que ahora voy a poder hacer que atiendan a la mamá y a Nínóchka, mi ángel jorobadito, mi hijita? Vino a verlas el doctor Herzenstube, movido por su buen corazón, estuvo una hora entera examinando a las dos enfermas: «No entiendo nada», dijo; no obstante, hay un agua mineral que venden en la farmacia local, que seguramente le iría bien, y se la recetó; también le recetó unos baños de pies medicinales. Pero esa agua mineral cuesta treinta kopeks, y es posible que tuviera que beberse hasta cuarenta jarros. Así que cogí la receta y la puse en el estante, debajo del icono, y ahí sigue. A Nínóchka le prescribió unos baños calientes en una solución, dos veces al día, por la mañana y por la tarde, pero ¿cómo vamos a aplicar un tratamiento como ése en nuestra casa, sin servicio, sin ayuda, sin una tina y sin agua, señor? El caso es que Nínóchka padece reumatismo, aún no se lo había dicho; de noche le duele toda la mitad derecha del cuerpo, es un tormento, y créame que ese ángel de Dios lo aguanta con tal de no inquietarnos, no se

queja para no despertarnos. En casa comemos lo que caiga, lo que podamos conseguir, y ella se conforma con el último resto, más digno de echárselo a un perro: «Yo no valgo —parece decir— lo que este bocado; se lo estoy quitando de la boca, soy una carga para ustedes». Eso es lo que quiere expresar su mirada angelical. Los demás la atendemos, pero eso a ella le pesa: «Yo no lo valgo, no lo valgo, soy una tullida indigna, una inútil». ¡Vaya si lo vale! Pero si ha sido ella, señor, quien, con su mansedumbre angelical, nos ha ganado para Dios por medio de sus oraciones; sin ella, sin su dulce palabra, nuestra casa sería un infierno; ¡si hasta a la propia Varia la ha ablandado! Pero tampoco condene a Varvara Nikolavna, señor, ella también es un ángel, también ella ha sufrido lo suyo. Vino a vernos este verano, y traía consigo dieciséis rublos; se los había ganado dando clases y los tenía apartados para el viaje, para volver ahora, en septiembre, a San Petersburgo. Pero nosotros le hemos cogido ese dinerillo y nos lo hemos gastado, señor, y ahora no tiene con qué regresar, ya ve usted. Además, tampoco puede irse, porque trabaja para nosotros como una condenada; la hemos enganchado al carro y ensillado como a un rocín: se ocupa de todos nosotros, remienda, lava, barre el suelo, acuesta a su mamá, pero su mamá es caprichosa, a su mamá le da por llorar, ¡su mamá está loca, señor!... Así que ahora, con estos doscientos rublos, podré contratar a una criada, ¿entiende, Alekséi Fiódorovich?, podré afrontar el tratamiento de mi familia, mandar a la estudiante a San Petersburgo, señor, comprar carne de vacuno, seguir una nueva dieta. ¡Dios mío, esto es un sueño!

Aliosha no cabía en sí de contento habiendo proporcionado tanta felicidad y viendo que aquel desdichado aceptaba que lo hicieran feliz.

—Espere un poco, Alekséi Fiódorovich, espere —aferrándose a otro de sus sueños, que le había venido de pronto a la cabeza, el capitán asistente empezó de nuevo a atropellarse, hablando con frenética locuacidad—; ¿sabe una cosa? Ahora sí que vamos a poder cumplir nuestro sueño, Iliusha y yo: nos compraremos un caballo y una kibitka, el caballo tiene que ser negro, me ha pedido que sea negro sin falta, y nos pondremos en marcha, tal y como acordamos anteayer. En la provincia de K. tengo un conocido, un amigo de la infancia; es abogado y me ha hecho saber, a través de una persona de confianza, que, si me traslado allí, está dispuesto, por lo visto, a ofrecermé un puesto de escribiente en su despacho; quién sabe, a lo mejor me lo da... Total, que solo habría que acomodar a la mamá, acomodar a Nínochka, poner a Iliúshechka de conductor, y yo, andando, andandito, me los llevaría a todos, señor. ¡Ay, Dios mío, si pudiera cobrar además una pequeña deuda que ya había dado por perdida, con ese pico tal vez nos llegaría para todo, señor!

—¡Llegará, llegará! —exclamó Aliosha—. Katerina Ivánovna le mandará más dinero, todo el que le haga falta, y, ¿sabe usted?, yo también tengo, puede disponer del que necesite, como si fuera de un hermano, de un amigo, ya me lo devolverá más adelante... ¡Ya verá cómo se hace usted rico, ya lo verá! ¡La verdad es que no podía

haber tenido mejor idea que la de trasladarse a otra provincia! Ahí está su salvación, especialmente para su chico... Y, ¿sabe?, cuanto antes mejor, antes de que llegue el invierno, antes de que haga frío; podría escribirnos desde allí, y quedaríamos como hermanos. ¡No, esto no es ningún sueño!

Aliosha estaba tan contento que le entraron ganas de abrazarlo. Pero, al mirarlo, de pronto se detuvo: el capitán, pálido, con el cuello y la boca en tensión, con expresión frenética, movía los labios como si quisiera decir algo; no producía ningún sonido, pero seguía moviendo los labios; resultaba un tanto extraño.

—¿Qué le pasa? —Aliosha, de repente, se estremeció por alguna razón.

—Alekséi Fiódorovich... yo... usted... —balbuceó, con voz quebrada, el capitán, mirando fijamente a Aliosha, con una mirada extraña y salvaje; tenía el aspecto de alguien que está decidido a arrojarse al vacío y al mismo tiempo esboza una sonrisa—. Yo... usted... ¿Qué le parece si le hago ahora un pequeño juego de manos, señor? —susurró de pronto, con voz rápida y firme, sin más titubeos.

—¿Cómo que un juego de manos?

—Pues eso, un juego de manos —siguió susurrando el capitán asistente; la boca se le había torcido hacia la izquierda, el ojo izquierdo lo tenía entrecerrado, pero seguía mirando fijamente a Aliosha, como con la vista clavada en él.

—Pero ¿qué le pasa? ¿De qué juego de manos me habla? —gritó Aliosha, cada vez más asustado.

—¡De este juego! ¡Mire! —chilló de pronto el capitán.

Y enseñándole los dos billetes irisados, que había estado sosteniendo juntos, con el pulgar y el índice de la mano derecha, durante toda la conversación, los agarró de pronto con rabia, los arrugó y los estrujó con todas sus fuerzas en el puño.

—¡Ya lo ha visto! ¡Ya lo ha visto! —le dijo a Aliosha, chillando, y de pronto, pálido, fuera de sí, levantó el puño y arrojó con violencia los billetes arrugados al suelo—. ¿O acaso no lo ha visto, señor? —volvió a chillar, señalándolos con el dedo—. ¡Pues mire, señor!...

Levantó el pie derecho y con una furia salvaje empezó a pisotearlos con el tacón, soltando exclamaciones y jadeando a cada patada.

—¡Ahí tiene su dinero! ¡Ahí tiene su dinero! ¡Ahí tiene su dinero! ¡Ahí tiene su dinero! —Dio un salto repentino hacia atrás y se irguió delante de Aliosha. Todo su ser reflejaba un orgullo indescriptible—. ¡Haga saber a quienes le han enviado, señor, que el estropajo no vende su honor! —gritó, extendiendo un brazo.

A continuación se volvió rápidamente y echó a correr; pero no había dado ni cinco pasos cuando, girándose otra vez, le dijo a Aliosha adiós con la mano. Pero de nuevo, sin haber recorrido siquiera otros cinco pasos, se volvió por última vez, ya no con la cara contraída por la risa, sino sacudida por el llanto. Con voz llorosa y entrecortada, dijo a toda prisa, atropellándose:

—¿Qué le habría dicho a mi pequeño si hubiera aceptado su dinero en pago por nuestra afrenta? —Dicho lo cual, echó a correr y ya no se volvió.

Aliosha lo siguió con la mirada, sintiendo un pesar indecible. Oh, se había dado cuenta de que aquel hombre no había sabido hasta el último momento que iba a acabar arrugando y arrojando los billetes. Siguió corriendo sin volverse ni una vez, y Aliosha era consciente de que ya no iba a volverse. No hizo ningún intento de seguirlo o de llamarlo, él ya sabía por qué. Cuando el capitán se perdió de vista, Aliosha recogió los dos billetes. Solo estaban muy arrugados, aplastados y hundidos en el polvo, pero perfectamente enteros, e incluso crujieron, como billetes nuevecitos, cuando los estiró y los alisó. Una vez alisados, los dobló, se los guardó en el bolsillo y se fue a ver a Katerina Ivánovna, a informarla del resultado de su gestión.

LIBRO QUINTO

PRO Y CONTRA

I. Compromiso matrimonial

De nuevo fue la señora Jojlakova la primera en recibir a Aliosha. Tenía prisa; había sucedido algo importante: el ataque de histeria de Katerina Ivánovna había derivado en un desvanecimiento, seguido de una debilidad terrible, espantosa.

—Se ha acostado, ha puesto los ojos en blanco y ha empezado a delirar. Ahora tiene fiebre, hemos avisado al doctor Herzenstube, también a las tías. Ellas ya han llegado, pero Herzenstube todavía no. Están esperando en su habitación. No sé qué va a pasar, aunque está inconsciente. ¡Esperemos que no sea una calentura!...

Al expresarse así, la señora Jojlakova daba la sensación de estar bastante asustada. «¡Esto es muy serio, muy serio!», añadía a cada paso, como si todo lo ocurrido antes no hubiera tenido mayor importancia. Aliosha la escuchaba con pesadumbre; había intentado contarle sus propias peripecias, pero la señora Jojlakova lo había interrumpido a las primeras de cambio: no tenía tiempo para eso, y le rogó que, entretanto, fuera a hacer compañía a Lise.

—Lise, mi queridísimo Alekséi Fiódorovich —le susurró casi al oído—, Lise acaba de darme una sorpresa mayúscula, aunque también me ha enternecido, y por eso se lo perdono de corazón. Figúrese que, nada más marcharse usted, ha empezado a manifestar su más sincero arrepentimiento porque, al parecer, había estado burlándose de usted tanto ayer como hoy mismo. En realidad, no se estaba burlando, tan solo era una broma. No obstante, era tan profundo su arrepentimiento, casi se le saltaban las lágrimas, que me he quedado sorprendida. Antes, nunca se arrepentía de verdad cada vez que se reía de mí, todo se lo tomaba en broma. Y ya sabe usted que siempre está tomándome el pelo. Ahora, en cambio, la cosa es bien distinta, ahora va en serio. Lise tiene en muy alta estima su opinión, Alekséi Fiódorovich, y, a ser posible, no se tome a mal lo que le diga, no se enfade con ella. Es lo que hago yo, todo se lo paso por alto, porque el caso es que es tan lista, ¿no le parece? Hace un momento me decía que usted fue el mejor amigo que tuvo en su infancia, «el amigo más auténtico de mi infancia», ha dicho; imagínese, el amigo más auténtico, y ¿yo qué? En este asunto,

tiene unos sentimientos, e incluso unos recuerdos, muy profundos, pero lo principal son esas frasecitas y esas palabras, esas palabras tan desconcertantes que te suelta cuando menos te lo esperas. No hace mucho, por ejemplo, dijo algo sobre un pino: cuando era muy pequeña, teníamos un pino en el jardín, puede que todavía siga en pie y no haya razón para hablar en pasado. Los pinos no son como las personas, no cambian en mucho tiempo, Alekséi Fiódorovich. «Mamá —me dice—, me acuerdo de ese pino como si lo hubiera visto en sueños», o sea, «el pino, como en sueños»; bueno, la verdad es que dijo otra cosa, me he hecho un lío, «pino» es una palabra estúpida, pero Lise dijo algo tan original que yo, desde luego, me siento incapaz de reproducirlo. Y, además, se me ha olvidado todo. Bueno, hasta la vista, estoy muy alterada y creo que me voy a volver loca. Ay, Alekséi Fiódorovich, ya me he vuelto loca dos veces, y tuvieron que tratarme. Vaya a ver a Lise. Anímela tan maravillosamente como hace siempre. Lise —gritó, acercándose a su puerta—, te he traído a Alekséi Fiódorovich, que no está enfadado, a pesar de lo mucho que lo has ofendido, te lo aseguro; al contrario, se asombra de que hayas podido pensarlo.

—Merci, maman; pase, Alekséi Fiódorovich.

Aliosha entró. Lise lo miró un tanto confusa y de pronto se ruborizó. Evidentemente, estaba avergonzada y, como suele ocurrir en estos casos, empezó a hablar atropelladamente de algo completamente superfluo, como si fuera lo único que le interesaba en esos momentos.

—Hace un rato, de buenas a primeras, mamá se ha puesto a contarme toda esa historia de los doscientos rublos y del encargo que le habían hecho, Alekséi Fiódorovich... lo de ir a ver a ese pobre oficial... y me ha contado toda esa historia tan terrible de cómo lo humillaron y, ¿sabe usted?, aunque mamá lo contaba de un modo muy embarullado... Ella todo lo lía... Yo lloraba al escucharlo. ¿Qué ha pasado? ¿Le ha dado el dinero? ¿Cómo está ahora ese infeliz?

—Eso es lo malo, que no se lo he dado, y es toda una historia —respondió Aliosha, haciendo, por su parte, como si su mayor preocupación fuera no haberle entregado el dinero, pero Lise se dio perfecta cuenta de que apartaba la vista y procuraba, él también, hablar de asuntos sin importancia. Aliosha se sentó a la mesa y empezó a relatar lo ocurrido, pero con las primeras palabras cesó su turbación y, de paso, encandiló a Lise. Hablaba bajo el influjo de un intenso sentimiento y de la extraordinaria impresión de lo que había pasado poco antes, y se las ingenió para contarle todo con propiedad y pormenorizadamente. En otros tiempos, cuando aún vivía en Moscú, siendo Lise una niña, le gustaba ir a verla y contarle cosas, bien de sus vivencias, bien de sus lecturas, bien de sus recuerdos de infancia. A veces incluso soñaban los dos juntos y armaban de consuno verdaderas historias, las más de las veces, eso sí, alegres y divertidas. Ahora era como si se hubiesen transportado de repente a aquel tiempo vivido allá en Moscú, un par de años antes. Lise estaba

realmente conmovida con el relato. Aliosha, con ardoroso sentimiento, supo trazar ante ella el retrato de «Iliúshechka». Cuando acabó de relatar, con todo lujo de detalles, la escena en la que aquel desdichado pisoteó el dinero, Lise, juntando las manos, exclamó con una emoción incontenible:

—¡Así que no le ha dado el dinero! ¡Y lo ha dejado escapar! Dios mío, si al menos hubiera corrido tras él hasta darle alcance...

—No, Lise, mejor que no haya corrido tras él —dijo Aliosha, que se levantó de su asiento y empezó a pasearse por el cuarto, preocupado.

—¿Mejor? ¿Por qué mejor? ¡Ahora están sin pan y van a perecer!

—No van a perecer, porque esos doscientos rublos, de todos modos, no los van a dejar pasar. Mañana los aceptará, en cualquier caso. Seguro que mañana los coge —aseguró Aliosha, paseando caviloso—. Verá, Lise —continuó, deteniéndose de pronto delante de ella—, yo he cometido un error, pero al final ha sido para bien.

—¿Qué error? Y ¿por qué para bien?

—Pues porque es un hombre asustadizo y pusilánime. Está destrozado, pero es muy bueno. No hago más que preguntarme por qué se habrá sentido tan ofendido de repente y le habrá dado por pisotear el dinero; le aseguro que es una decisión que ha tomado en el último momento. Aunque, a mi entender, no le faltaban razones para sentirse ofendido... y era algo inevitable en su situación... Lo primero que le ha molestado ha sido ver que daba rienda suelta a su alegría delante de mí sin ningún disimulo... Si hubiera reaccionado con más comedimiento, sin mostrar abiertamente su alegría, si hubiera empezado a poner peros y a gesticular, como hacen otros, al tomar el dinero, entonces aún habría podido soportarlo y se habría quedado con los billetes. Pero él se ha alegrado con excesiva sinceridad, y eso es humillante. Ay, Lise, se trata de un hombre recto y bueno, ¡eso es lo triste en estos casos! Ha hablado todo el rato con una voz débil, desmayada, atropelladamente, y cada dos por tres se le escapaba una risilla floja o se echaba a llorar... Sí, sí, lloraba, tal era su entusiasmo... Y hablaba de sus hijas... y de un empleo que le iban a ofrecer en otra ciudad... Y, una vez que se hubo desahogado, de pronto se avergonzó de haberme abierto así su alma. Y en ese mismo instante me odió. Es uno de esos pobres increíblemente vergonzosos. Se sintió ofendido, sobre todo, porque me había tomado enseguida por un amigo y se había entregado a mí demasiado pronto: al principio, se había abalanzado sobre mí y me había dado un susto, pero más tarde fue ver el dinero y empezar a abrazarme. Porque no hacía más que abrazarme, todo el rato estaba tocándome. Y ha tenido que ser todo eso lo que ha sentido como una humillación, y justo en ese momento yo he cometido un error, un error muy importante: voy y le digo que, si no le llega el dinero para trasladarse a otra ciudad, entonces le enviarían más, y que yo mismo podía darle, de mi propio dinero, todo lo que quisiera. Eso ha sido lo que más le ha chocado: ¿por qué tenía que prestarme a ayudarlo también yo? No sé si sabe, Lise, lo penoso que es

para una persona humillada que todo el mundo empiece a mirarlo con ojos de benefactor... Eso he oído, así me lo ha contado el stárets. No sé cómo explicarlo, pero yo mismo lo he visto con frecuencia. Y es así, ni más ni menos, como lo siento. Pero lo más importante es que, aunque aquel hombre no sabía que iba a acabar pisoteando los billetes, de hecho no lo supo hasta el último momento, lo cierto es que lo presentía, eso seguro... Por eso estaba tan entusiasmado, porque lo presentía... De ahí que, aunque haya resultado todo tan desagradable, haya sido, al fin y al cabo, para bien. Pienso incluso que ha sido lo mejor que podía haber ocurrido...

—¿Por qué? ¿Por qué ha sido lo mejor que podía haber ocurrido? —exclamó Lise, mirando muy asombrada a Aliosha.

—Porque, si no hubiera pisoteado los billetes y se hubiera quedado con ese dinero, al volver a su casa, después de una hora, más o menos, se habría puesto a llorar, de todas todas, por su humillación. Habría llorado y a lo mejor mañana, antes de clarear, habría venido a verme y me habría tirado los billetes a la cara y los habría pisoteado, como hace un rato. Ahora, en cambio, se ha marchado con la cabeza muy alta, triunfante, aun sabiendo que «se ha buscado la ruina». Así que no hay nada más fácil que conseguir que acepte esos doscientos rublos, mañana a más tardar, porque ya ha dejado constancia de su honor, ha arrojado el dinero, lo ha pisoteado... No podía ignorar, mientras estaba pisoteando los billetes, que yo mañana se los iba a llevar otra vez. A todo esto, necesita ese dinero desesperadamente. Por muy orgulloso que se sienta ahora, hoy mismo se pondrá a pensar en la ayuda a la que ha renunciado. Por la noche no dejará de darle vueltas, soñará con eso, y seguro que por la mañana ya está dispuesto a venir corriendo a verme, a pedirme perdón. Y ahí estaré yo, para decirle: «Pues sí, es usted un hombre orgulloso, lo ha demostrado; aquí tiene, y perdónenos». ¡Y vaya si lo va a aceptar!

Aliosha pronunció esas últimas palabras como extasiado: «¡Y vaya si lo va a aceptar!». Lisa dio unas palmadas.

—¡Claro que sí! ¡Ahora lo comprendo con toda claridad! ¿Cómo sabe usted todas estas cosas, Aliosha? Tan joven, y ya conoce los secretos del alma... A mí nunca se me habría ocurrido...

—Ahora lo principal es convencerlo de que, por mucho que acepte nuestro dinero, está en pie de igualdad con nosotros —prosiguió Aliosha, con el mismo entusiasmo—; no ya en pie de igualdad, sino en pie de superioridad incluso...

—«En pie de superioridad»: es magnífico, Alekséi Fiódorovich; pero ¡siga, siga!

—O sea, no me he expresado bien... con lo del pie de superioridad... pero no importa, porque...

—Ay, no importa, no importa, pero ¡si no importa! Disculpe, Aliosha, querido... ¿Sabe?, hasta ahora apenas le tenía respeto, quiero decir, sí se lo tenía, pero en pie de igualdad, y ahora le tendré respeto en pie de superioridad... No se tome a mal,

querido, que yo diga «agudezas» —añadió de inmediato, con mucha emoción—. Yo soy ridícula y pequeña, pero es que usted, usted... Escuche, Alekséi Fiódorovich, ¿no habrá aquí, en todo este razonamiento nuestro, o sea, suyo... no, mejor nuestro... no habrá aquí cierto desprecio por ese hombre, por ese infeliz... ahora que estamos analizando su alma, como desde arriba? ¿Por haber decidido, con tanta seguridad, que va a aceptar el dinero, eh?

—No, Lise, no hay desprecio —respondió Aliosha con firmeza, como si ya tuviera preparada la respuesta—; yo ya he pensado en eso viniendo hacia aquí. Juzgue usted misma qué desprecio puede haber aquí, si nosotros mismos somos como él, si todos somos como él. Porque también nosotros somos así, no somos mejores. Y, aun suponiendo que fuéramos mejores, seríamos iguales que él, de todos modos, si estuviéramos en su lugar... Yo no sé usted, Lise, pero, por lo que a mí respecta, pienso que tengo un alma mezquina en muchos sentidos... Y ese hombre no tiene un alma mezquina, al contrario, la tiene muy delicada... No, Lise, ¡aquí no hay ningún desprecio! ¿Sabe, Lise, lo que me dijo una vez mi stárets? Me dijo que hay que cuidar a la mayoría de las personas como si fueran niños, y que a algunas hay que cuidarlas como a los enfermos en los hospitales...

—¡Ay, Alekséi Fiódorovich! ¡Ay, mi querido amigo! ¡Vamos a cuidar a la gente como si estuviera enferma!

—De acuerdo, Lise, me parece bien, aunque no estoy del todo preparado; a veces soy muy impaciente, y otras no veo nada. Su caso es distinto.

—¡Ah, no le creo! ¡Alekséi Fiódorovich, qué feliz soy!

—Qué bien que diga eso, Lise.

—Alekséi Fiódorovich, es usted increíblemente bueno, pero en ocasiones parece un pedante... no obstante, al mismo tiempo, se ve que no es ningún pedante. Acérquese a la puerta, ábrala despacito y mire si nos está escuchando mi madre —dijo de pronto Lise, en un susurro nervioso y atropellado.

Aliosha se dirigió a la puerta, la entreabrió y dijo que no había nadie escuchando.

—Acérquese, Alekséi Fiódorovich —siguió diciendo Lise, que se iba poniendo cada vez más colorada—, deme la mano, así. Escuche, tengo que confesarle algo muy importante: la carta de ayer no se la escribí en broma, sino en serio...

Y se cubrió los ojos con una mano. Se notaba que le daba mucha vergüenza hacer esa confesión. De repente le agarró la mano a Aliosha y se la besó tres veces, impetuosamente.

—Ah, Lise, es magnífico —exclamó Aliosha con alegría—. Aunque yo ya estaba totalmente convencido de que la había escrito en serio.

—¡Convencido! ¡Casi nada! —De pronto le apartó la mano, aunque sin soltarla de la suya, al tiempo que se ponía muy colorada y reía con una risita fina y alegre—. Yo le beso la mano y él dice: «Es magnífico».

Pero su reproche era injusto: también Aliosha estaba muy turbado.

—Desearía agradarle siempre, Lise, pero no sé cómo hacerlo —farfulló como pudo, y también se ruborizó.

—Aliosha, querido, es usted frío e insolente. Hay que ver. ¡Toma la decisión de escogerme como mujer, y se queda tan tranquilo! ¡Y estaba convencido de que le había escrito en serio! ¡Será posible! Pero eso es una insolencia, ¡eso es lo que es!

—Pero ¿qué tiene de malo que estuviera convencido? —se echó a reír Aliosha.

—Nada, Aliosha, al contrario, es algo estupendo —dijo Lise, mirándolo con dicha y con ternura. Aliosha estaba inmóvil, aún con su mano en la de ella. De improviso, se inclinó y la besó en los labios.

—¿Y esto? ¿Qué le ocurre? —exclamó Lise.

Aliosha estaba totalmente desconcertado.

—Perdone si no he debido... Tal vez haya sido una enorme estupidez... Usted había dicho que yo soy frío, y entonces la he besado... Pero ya veo que ha sido una estupidez...

Lise se echó a reír y se cubrió la cara con las manos.

—¡Y con esa vestimenta! —se le escapó entre risas, pero enseguida dejó de reírse y se puso muy seria y un tanto severa—. Bueno, Aliosha, aún es pronto para los besos, porque ninguno de los dos sabemos de esto y nos tocará esperar mucho tiempo —declaró de improviso—. Será mejor que me diga cómo es que me elige a mí, que no soy más que una mema, una pobre enferma, alguien como usted, que es tan listo, tan reflexivo, tan perspicaz... ¡Ay, Aliosha, soy enormemente feliz, porque no valgo ni de lejos lo que usted vale!

—Sí que lo vale, Lise. Dentro de unos días abandonaré el monasterio. Y, para vivir en el mundo, es preciso casarse, eso es lo que sé. Así, además, me lo ha ordenado él. ¿A quién iba a elegir mejor que a usted?... Y ¿quién iba a aceptarme, de no ser usted? Todo esto ya lo he meditado. En primer lugar, usted me conoce desde la infancia; en segundo lugar, tiene muchas aptitudes de las que yo carezco. Tiene un espíritu más alegre que el mío; usted, sobre todo, es más inocente que yo, porque yo ya me he visto involucrado en muchos asuntos, en muchos... Ay, usted no lo sabe, pero ¡yo también soy un Karamázov! Qué más da que se ría y que bromea, aunque sea a mi costa; no pasa nada, ríase, eso me alegra tanto... Pero usted se ríe como una niña pequeña, y, para sus adentros, razona como una mártir...

—¿Como una mártir? ¿Y eso?

—Sí, Lise; fíjese en la pregunta que me hacía antes: ¿no estaremos despreciando a ese infeliz al diseccionar así su alma? Es una pregunta propia de una mártir... Verá, no sé cómo explicarlo, pero esas preguntas solo las formulan quienes están capacitados para sufrir. Sentada en su sillón, seguro que usted ya ha meditado mucho...

—Deme su mano, Aliosha, ¿por qué la retira? —dijo Lise con una vocecita decaída, debilitada por la felicidad—. Escuche, Aliosha, ¿cómo piensa vestir cuando salga del monasterio? ¿Qué ropa va a llevar? No se ría, no se enfade, para mí es algo muy, pero que muy importante.

—En el traje aún no he pensado, Lise, pero me pondré el que usted quiera.

—Quiero que lleve una chaqueta de terciopelo azul oscuro, un chaleco blanco de piqué y un sombrero gris de fieltro, flexible... Dígame, ¿de veras me creyó cuando le dije hace un rato que no le amaba, que lo de la carta de ayer no era verdad?

—No, no me lo creí.

—¡Oh, qué hombre más insoportable! ¡Es incorregible!

—Verá, yo sabía que usted... al parecer, me ama, pero aparenté creerla cuando me dijo que no me amaba, para que a usted le resultara... más cómodo...

—¡Peor todavía! Lo peor, y también lo mejor. Aliosha, yo a usted le quiero con locura. Hace un rato, antes de que usted llegara, estaba haciendo mis conjeturas, y me dije: «Le pediré la carta de ayer, y si resulta que la saca tranquilamente y me la devuelve (algo que siempre cabe esperar de él), eso querrá decir que no me quiere en absoluto, que no siente nada por mí, que no es más que un muchacho estúpido e indigno, y yo estaré perdida». Pero usted se había dejado la carta en la celda, lo cual me dio nuevos ánimos; usted presentía que yo iba a reclamarle la carta, y de esa manera evitaba devolvérmela. ¿No es verdad? ¿A que sí?

—¡Oh, Lise, de ningún modo! Llevo la carta encima, tanto ahora como antes; mire, la tengo en este bolsillo, aquí la tiene. —Aliosha la sacó y, riéndose, se la enseñó desde lejos—. Pero no voy a devolvérsela: puede verla, pero no tocarla.

—¿Cómo? Entonces, me ha mentido. ¿Es usted monje y ha mentido?

—Probablemente haya mentido —se burló Aliosha—; he mentido para no tener que devolverle la carta. Tiene mucho valor para mí —añadió de repente, con profunda emoción y ruborizándose una vez más—, y siempre lo tendrá, ¡y no se la daré nunca a nadie!

Lise lo contemplaba con admiración.

—Aliosha —volvió a susurrar—, acérquese a la puerta y compruebe si está escuchando mamá.

—De acuerdo, Lise, voy a mirar; pero ¿no sería preferible no mirar? ¿Cómo puede sospechar semejante bajeza de su madre?

—¿Bajeza? ¿Qué bajeza? Ella tiene derecho a intentar sorprender lo que dice su hija, no es ninguna bajeza —protestó Lise—. Tenga la seguridad, Alekséi Fiódorovich, de que, cuando yo sea madre y tenga una hija como yo, también la voy a escuchar a escondidas.

—¿De verdad, Lise? Eso no está bien.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué bajeza puede haber en esto? Si escuchara a escondidas una vulgar conversación mundana, eso sí sería una bajeza, pero aquí lo que ocurre es que la propia hija se ha encerrado con un joven... Escuche, Aliosha, debe saber que también a usted le tendré vigilado en cuanto nos hayamos casado, y sepa también que pienso abrir y leer todas sus cartas... Queda usted avisado.

—Sí, naturalmente, en ese caso... —balbuceó Aliosha—; pero no está bien...

—¡Ay, qué desprecio! Aliosha, querido, no vamos a reñir desde la primera vez; será mejor que le diga toda la verdad: desde luego, está muy mal escuchar detrás de la puerta y, naturalmente, es usted quien tiene razón, no yo, pero, de todos modos, yo pienso escuchar.

—Hágalo. No va a descubrir nada especial —dijo Aliosha, riéndose.

—Aliosha, ¿va usted a obedecerme? Eso también hay que decidirlo de antemano.

—De muy buena gana, Lise, sin ninguna duda, pero no en lo más importante. En las cuestiones más importantes, si no estamos de acuerdo, procuraré, en última instancia, cumplir con mi deber.

—Como tiene que ser. Sepa que yo, por el contrario, no solo estoy dispuesta a someterme en lo más importante, sino que voy a ceder en todo, y en este mismo instante así se lo juro: en todo y para toda la vida —exclamó Lise con pasión—; ¡y lo haré dichosa, dichosa! Es más, le juro a usted que nunca le escucharé a escondidas; que nunca, ni una sola vez, leeré una sola carta suya, porque es usted quien tiene razón, no yo. Y, aunque esté deseando fisgar, de eso estoy segura, así y todo me contendré, sabiendo que usted lo considera innoble. Ahora es usted como mi providencia... Escuche, Alekséi Fiódorovich, ¿por qué está usted tan triste estos últimos días, y ayer y hoy?... Ya sé que tiene quebraderos de cabeza, y grandes pesares, pero, además de todo eso, veo que sufre una especial tristeza, tal vez una pena secreta, ¿no es así?

—Sí, Lise, también hay una pena secreta —admitió Aliosha con tristeza—. Ya me doy cuenta de que usted me quiere, ya que ha podido adivinarlo.

—¿Qué pena es ésta? ¿A qué se debe? ¿Puede contarse? —rogó tímidamente Lise.

—Más tarde, Lise... después de... —dijo Aliosha, turbado—. Ahora, seguramente, no lo entendería. Además, creo que ni yo mismo sabría contarle.

—Aparte de eso, ya sé que sufre usted por su padre y sus hermanos, ¿verdad?

—Sí, y mis hermanos —asintió Aliosha, un tanto abstraído.

—Su hermano Iván Fiódorovich no me gusta, Aliosha —dijo de pronto Lise.

El comentario sorprendió a Aliosha, pero no dijo nada.

—Mis hermanos se están arruinando la vida —prosiguió—, lo mismo que mi padre. Y de paso se la arruinan a los demás. Es esa «fuerza telúrica de los Karamázov», como decía hace poco el padre Paísi: telúrica y desenfrenada, sin desbastar... Ni siquiera sé si el espíritu divino flota sobre esta fuerza. Solo sé que yo también soy un Karamázov...

¿Un monje yo, un monje? ¿Un monje yo, Lise? ¿Ha dicho usted hace un momento que soy un monje?

—Sí, eso he dicho.

—Pues es posible que no crea en Dios.

—¿Que no cree? ¿Qué le pasa a usted? —dijo Lise en voz baja, con delicadeza.

Pero Aliosha no respondió a esa pregunta. En sus palabras, excesivamente bruscas, había algo demasiado enigmático y subjetivo, algo que acaso ni él mismo tenía del todo claro, pero que indudablemente ya lo había hecho sufrir.

—Y ahora, aparte de todo eso, mi amigo se va, el mejor hombre del mundo abandona la tierra. ¡Si usted supiera, Lise, si usted supiera hasta qué punto estoy ligado, estoy unido espiritualmente a ese hombre! Y ahora resulta que me quedo solo... Vendré a su lado, Lise... De ahora en adelante estaremos juntos...

—¡Sí, juntos, juntos! Juntos desde ahora para toda la vida. Escuche, béseme, se lo permito.

Aliosha la besó.

—Y ahora váyase, ¡que Dios le acompañe! —Y lo persignó—. Vaya con él cuanto antes, mientras esté con vida. Me doy cuenta de que le he retenido cruelmente. Hoy voy a rezar por él y por usted. ¡Aliosha, seremos felices! ¿Seremos felices? ¿Lo seremos?

—Eso creo, Lise.

Al salir del cuarto de Lise, Aliosha no creyó conveniente pasar a ver a la señora Jojlakova y, sin despedirse, ya se disponía a marcharse. Pero, en cuanto abrió la puerta y salió a la escalera, se encontró de frente con ella. Desde la primera palabra, Aliosha se dio cuenta de que lo estaba esperando allí expresamente.

—Alekséi Fiódorovich, eso es horrible. No son más que niñerías, es algo absurdo. Espero que ni en sueños se le haya pasado por la cabeza... ¡Tonterías, tonterías y tonterías! —lo increpó.

—Pero no se lo diga a ella —dijo Aliosha—; podría alterarse, y eso le haría daño.

—Oigo una palabra juiciosa de un joven juicioso. ¿Debo entender que usted solo se ha mostrado de acuerdo con ella por compasión, al tratarse de una enferma, y porque no quería que se enfadase si la contradecía?

—Oh, no, nada de eso; he hablado con ella completamente en serio —declaró con firmeza Aliosha.

—La seriedad en este caso es imposible, inconcebible; ahora, para empezar, no pienso recibirle más a usted, y además me iré de aquí y me la llevaré, ya lo sabe.

—Pero ¿por qué? —dijo Aliosha—. Si no es algo inminente; aún habrá que esperar, tal vez, un año y medio.

—Ay, Alekséi Fiódorovich, eso es verdad, desde luego, y en año y medio pueden ustedes reñir y separarse mil veces. Pero ¡soy tan desgraciada, tan desgraciada!

Aunque no sean más que niñerías, a mí me han dejado hundida. Ahora yo soy como Fámusov en la última escena, usted es Chatski, ella Sofia, y dese cuenta de que yo he venido corriendo aquí, a esta escalera, con intención de esperarle, como pasa en la obra, donde todo lo fatídico ocurre en la escalera. Lo he oído todo, y apenas me sostenían las piernas. ¡He aquí la explicación de los horrores de esta noche y de los ataques de histeria reciente! Para la hija el amor, para la madre la muerte. A la tumba con ella. Ahora otra cosa, la más importante: ¿qué carta es esa que le escribió? ¡Enséñemela ahora mismo, ahora mismo!

—No, no hace falta. Dígame cómo se encuentra Katerina Ivánovna. Necesito saberlo.

—Sigue acostada, delirando; no ha vuelto en sí. Están aquí sus tías y no hacen más que lamentarse y mirarme por encima del hombro; también vino Herzenstube, y se asustó tanto que yo no sabía qué hacer con él ni cómo salvarlo, he pensado incluso en avisar a un médico. Se lo han llevado en mi carruaje. Y, para rematar, se presenta usted de repente con esa carta. Cierto, aún falta un año y medio para todo eso. En nombre de lo más grande y lo más sagrado, en nombre de su stárets moribundo, enséñeme esa carta, Alekséi Fiódorovich, ¡a mí, a la madre! Si prefiere, sosténgala usted, y yo la leeré de sus manos.

—No, no se la enseño, Katerina Ósipovna; aunque su hija me lo hubiera permitido, no se la mostraría. Mañana volveré y, si así lo desea, hablaré con usted de muchas cosas, pero ahora ¡adiós!

Y Aliosha salió corriendo a la calle.

II. Smerdiakov con la guitarra

Además, no tenía tiempo. Al despedirse de Lise, se le había ocurrido una idea. Una idea para dar cuanto antes, recurriendo a la astucia, con su hermano Dmitri, el cual, era evidente, procuraba evitarlo. Ya no era temprano, pasaban de las dos de la tarde. Aliosha ansiaba con todo su ser regresar al monasterio para acompañar a su «grandioso» moribundo, pero la necesidad de ver a su hermano Dmitri era aún más fuerte: en la cabeza de Aliosha con cada hora que pasaba aumentaba el convencimiento de que en cualquier momento podía sobrevenir una catástrofe inevitable y espantosa. Seguramente ni él mismo sabía con precisión en qué podría consistir esa catástrofe ni qué habría querido decirle en esos momentos a su hermano. «Que muera sin mí mi bienhechor, pero al menos no tendré que reprocharme toda la vida que acaso pude haber salvado algo y no lo salvé, sino que preferí pasar de largo, con prisa por llegar a casa. Obrando así, obro de acuerdo con sus sublimes palabras...»

Su plan consistía en coger por sorpresa a su hermano Dmitri; en concreto, se proponía saltar, como la víspera, la valla, entrar en el huerto y esperar en el cenador. «Si no está en casa —pensaba Aliosha—, entraré en el cenador, procurando que no adviertan mi presencia ni Fomá ni las dueñas de la casa, y allí me quedaré esperando, hasta la noche si hace falta. Si, como en otras ocasiones, está pendiente de la llegada de Grúshenka, es muy posible que él también aparezca por el cenador...» En todo caso, Aliosha no se paró demasiado a pensar en los detalles del plan, pero decidió llevarlo a cabo, aunque eso implicase no estar de vuelta en el monasterio ese mismo día...

Todo ocurrió como estaba previsto: franqueó la valla prácticamente en el mismo sitio que el día anterior y se dirigió a hurtadillas al cenador. No quería que lo vieran: tanto las dueñas de la casa como Fomá (si es que andaba por allí) podían estar de parte de su hermano y, siguiendo instrucciones suyas, impedirle el acceso al huerto, o avisar oportunamente a Dmitri de que alguien lo estaba buscando y preguntaba por él. No había nadie en el cenador. Aliosha se instaló en el mismo sitio de la víspera y se puso a esperar. Examinó el cenador: lo vio en tan mal estado que le pareció, por alguna razón, mucho más vetusto que la otra vez. Y eso que el día era igual de luminoso. Sobre la mesa verde había una huella circular, debida seguramente al coñac derramado el día anterior. Como suele ocurrir durante una espera tediosa, lo asaltaban pensamientos vacíos y ociosos; por ejemplo, ¿por qué al entrar en ese sitio se había sentado exactamente en el mismo lugar de la víspera y no en otro? Finalmente, se

puso muy triste: triste por la angustiosa incertidumbre. Pero no llevaba allí ni un cuarto de hora cuando de pronto se oyeron, muy cerca de donde él estaba, los acordes de una guitarra. Alguien estaba ya allí, o acababa de sentarse a unos veinte pasos, a lo sumo, entre los arbustos. En ese mismo instante, Aliosha se acordó de que la víspera, al dejar a su hermano en el cenador, había entrevisto a su izquierda, junto a la valla del huerto, un viejo banco, verde y bajo, entre los arbustos. Tenía que ser en ese banco donde acababan de sentarse los recién llegados. ¿Quiénes serían? Una voz masculina, con un empalagoso falsete, empezó de repente a entonar una copla, acompañándose con la guitarra:

Una fuerza invencible
me lleva hacia mi amada.
¡Apiádate, Señor,
de ella y de mí!
¡De ella y de mí!
¡De ella y de mí!

La voz se detuvo. Era una voz de tenor, lacayuna, como lacayuno era el quiebro de la canción. Otra voz, ésta femenina, dijo de pronto, en tono cariñoso y con cierta timidez, pero con gran afectación:

—¿Cómo es que lleva tanto tiempo sin venir a vernos, Pável Fiódorovich? ¿Acaso nos desprecia?

—Nada de eso, señora —contestó la voz masculina, cortésmente, pero en un tono de dignidad firme y tenaz. Se veía que dominaba el hombre, y la mujer coqueteaba.

«El hombre parece Smerdiakov —pensó Aliosha—, al menos a juzgar por la voz; la mujer debe de ser la hija de la patrona de la casita, la que vino de Moscú, que lleva un vestido de cola y va a ver a Marfa Ignátievna por la sopa...»

—Me entusiasman los versos cuando son armoniosos —siguió diciendo la voz femenina—. ¿Por qué no continúa?

La voz volvió a entonar:

¡La corona del zar!
¡La salud de mi amada!
¡Apiádate, Señor,
de ella y de mí!
¡De ella y de mí!
¡De ella y de mí!

—La última vez le salió aún mejor —observó la voz femenina—. Entonces, lo que cantó a propósito de la corona era: «La salud de mi preciosa». Así resultaba más tierno; hoy debe de habersele olvidado.

—Los versos son un disparate, señora —replicó Smerdiakov, tajante.

—Ay, no, a mí me gustan mucho los versitos.

—Si son versos, señora, tienen que ser un puro disparate. Juzgue usted misma: ¿quién demonios habla en rima? Y, si a todos nos diese por hablar en rima, aunque fuera por orden de la autoridad, ¿íbamos a decir muchas cosas, señora? Los versos no valen la pena, Maria Kondrátievna.

—¿Cómo puede ser usted tan listo? ¿Cómo ha podido sobresalir en todo? —decía, cada vez más lisonjera, la voz femenina.

—Y más que habría podido, señora, y más cosas habría sabido si desde niño me hubiese sonreído la fortuna. Mataría en un duelo a pistola a quien diga que soy un infame por haber nacido sin padre de la Maloliente; hasta en Moscú me lo soltaban a la cara; desde aquí les había llegado la noticia gracias a Grigori Vasílievich. Grigori Vasílievich me echa en cara que me rebele contra mi nacimiento: «Tú —dice— abriste el seno materno». De acuerdo, pero yo habría permitido que me mataran en el seno materno con tal de no venir a este mundo, señora. En el mercado contaban, y a su madre también le dio por decírmelo, con una tremenda falta de delicadeza, que esa mujer andaba por ahí con una maraña de pelo en la cabeza, y que no pasaba de dos arshiny y una pizquita de estatura. ¿A qué venía eso de «y una pizquita»? ¿No podían decir sencillamente «y pico», como todo el mundo? Querían expresarlo de una forma lacrimosa, pero con lágrimas de campesino, señora, por así decir, como los propios sentimientos, también de campesino. ¿Puede acaso el campesino ruso tener sentimientos, si los comparamos con los de una persona educada? No, por su falta de educación, el campesino no puede tener sentimientos. A mí, ya de niño, cada vez que oía lo de la «pizquita», me entraban ganas de lanzarme de cabeza contra la pared. Yo odio a toda Rusia, Maria Kondrátievna.

—Si fuera usted un cadete militar o un gallardo húsar, no hablaría así: desenvainaría el sable y se pondría a defender a toda Rusia.

—No solo no deseo ser un húsar, Maria Kondrátievna; al contrario, deseo la aniquilación de todos los soldados, señora.

—Y, cuando se presente el enemigo, ¿quién iba a defendernos?

—No hace ninguna falta, señora. El año 12 se produjo en Rusia la gran invasión de Napoleón I, emperador de los franceses, padre del actual, y habría sido magnífico que aquellos franceses nos hubiesen conquistado: una nación inteligente habría sometido a otra tremendamente estúpida y se la habría anexionado. Y ahora reinaría un orden bien distinto, señora.

—Ni que aquéllos fueran mejores que los nuestros. Yo a uno de nuestros galanes no lo cambio ni por tres jóvenes ingleses —dijo con ternura Maria Kondrátievna, que muy probablemente acompañaría en ese momento sus palabras con sus lánguidos ojillos.

—Eso va en gustos, señora.

—Pero si usted mismo es igual que un extranjero, igualito que un noble extranjero, con vergüenza se lo digo.

—Por si quiere saberlo, en lo tocante al vicio los de fuera y los nuestros son muy parecidos. Son todos unos pillos, solo que los de allí gastan botas de charol, mientras que el granuja local apesta en su miseria y no ve nada malo en ello. Al pueblo ruso hay que zurrarle la badana, señora, como decía ayer, con mucha razón, Fiódor Pávlovich, aunque esté tan loco como todos sus hijos, señora.

—A Iván Fiódorovich decía usted que lo respetaba.

—Pues a mí me han tratado como si fuera un lacayo apestoso. Creen que puedo rebelarme, y en eso se equivocan, señora. Si tuviera una suma semejante en el bolsillo, hace tiempo que no estaría aquí. Dmitri Fiódorovich es peor que el peor de los lacayos en conducta, en juicio y en indigencia, señora, no sabe hacer nada de nada, pero el caso es que todos lo respetan. Yo, pongamos, no soy más que un «cocinillas», pero con un poco de suerte podría abrir en Moscú un café-restaurante en la calle Petrovka. Porque yo preparo especialidades, y nadie en Moscú, salvo los extranjeros, es capaz de servir especialidades. Dmitri Fiódorovich es un desharrapado, pero, si se le ocurriera retar a duelo al hijo del conde más principal, éste aceptaría, señora, ¿y en qué es mejor que yo? Porque es mucho más estúpido que yo, sin comparación. Cuánto dinero habrá dilapidado sin el menor provecho, señora.

—Un duelo tiene que ser algo estupendo, creo yo —observó de pronto Maria Kondrátiévna.

—¿Por qué, señora?

—Es algo terrible, de mucho valor, sobre todo cuando los oficiales jóvenes armados con pistolas abren fuego contra el rival por culpa de alguna. ¡Una preciosidad! Ay, si dejaran asistir a las muchachas, a mí me encantaría ir a mirar.

—Está muy bien cuando es uno el que apunta, pero si te apuntan a ti en toda la cara, entonces es algo de lo más estúpido, señora. Para salir corriendo, Maria Kondrátiévna.

—¿Saldría usted corriendo?

Pero Smerdiakov no se dignó contestar. Después de unos momentos de silencio, resonó nuevamente un acorde y la voz de falsete se arrancó con la última copla:

Pese a quien pese,
me alejaré de aquí,
¡a disfrutar de la vi-i-i-da
en una capital!
¡No voy a lamentarme!
¡No pienso lamentarme!
¡No tengo ninguna intención de lamentarme!

En ese momento ocurrió algo inesperado: Aliosha estornudó de repente, y quienes estaban en el banco se callaron de inmediato. Aliosha se levantó y se dirigió hacia ellos. Efectivamente, allí estaba Smerdiakov, endomingado, el pelo untado con pomada y ensortijado, con botines de charol. La guitarra descansaba sobre el banco. La dama era Maria Kondrátievna, hija de la patrona; llevaba puesto un vestido azul claro, con una cola de dos arshiny; la muchacha, aún jovencita, no era nada fea, aunque tenía la cara excesivamente redonda, con unas pecas terribles.

—¿Volverá pronto mi hermano Dmitri? —dijo Aliosha, lo más tranquilo posible.

Smerdiakov se levantó sin prisa; también se levantó Maria Kondrátievna.

—¿Por qué iba a saber yo qué es de Dmitri Fiódorovich? Otra cosa sería si tuviese que vigilarlo —respondió Smerdiakov en voz baja, marcando las palabras y en tono despectivo.

—Me he limitado a preguntar si lo sabía —aclaró Aliosha.

—No sé nada de su paradero, ni tengo ganas de saberlo, señor.

—Pues mi hermano me ha dicho, precisamente, que usted lo tiene al corriente de todo cuanto sucede en la casa, y que le había prometido avisarlo cuando viniera Agrafiona Aleksándrovna.

Smerdiakov levantó los ojos hacia él lentamente, sin inmutarse.

—Y usted ¿cómo ha entrado esta vez, estando la puerta cerrada con pestillo hace ya una hora? —preguntó, sin apartar la mirada de Aliosha.

—Desde el callejón, he saltado la valla y he venido directamente a este cenador. Espero que me disculpe —se dirigió a Maria Kondrátievna—; necesitaba encontrar a mi hermano cuanto antes.

—Oh, ¿cómo íbamos a sentirnos molestas con usted? —respondió Maria Kondrátievna estirando las palabras, halagada por las disculpas de Aliosha—; pero si el propio Dmitri Fiódorovich a menudo recurre al mismo procedimiento para ir al cenador: resulta que él está ya ahí sentado, y nosotros no nos hemos enterado de nada.

—Necesito encontrarlo sin falta, tengo muchas ganas de verlo o de que ustedes me digan dónde está ahora. Créanme que se trata de un asunto muy importante, también para él.

—No se deja ver —balbuceó Maria Kondrátievna.

—Aunque yo solo he venido de visita —siguió diciendo Smerdiakov—, aquí también me ha asediado de una forma inhumana con incesantes preguntas sobre mi señor: qué hace, cómo le va, quién entra y quién sale, y qué otras informaciones podría proporcionarle. Dos veces me ha amenazado, hasta con la muerte.

—¿Cómo que con la muerte? —dijo Aliosha, sorprendido.

—Con el carácter que tiene, ¿qué supondría para él, señor? Usted mismo tuvo ayer ocasión de observarlo. Me ha dicho que, si dejaba entrar a Agrafiona Aleksándrovna y

ella pasaba la noche aquí, me iba a despachar antes que a nadie. Le tengo mucho miedo, señor; si no fuera por eso, tendría que denunciarlo a las autoridades. Solo Dios sabe de lo que es capaz.

—El otro día le dijo: «Te voy a machacar en un mortero» —añadió Maria Kondrátievna.

—Bueno, si dijo «en un mortero», quizá era solo una forma de hablar... —observó Aliosha—. Si pudiera verlo ahora, también le comentaría algo al respecto...

—Lo único que puedo decirle es lo siguiente —se diría que Smerdiakov, de pronto, había cambiado de parecer—: Suelo venir aquí porque soy un vecino, nos conocemos de toda la vida; además, ¿por qué no iba a venir, señor? Por otra parte, al rayar el alba, Iván Fiódorovich me ha enviado a casa de Dmitri Fiódorovich, en la calle del Lago, a transmitirle de viva voz, señor, sin carta alguna, que acudiera sin falta a la taberna de la plaza para comer juntos. He ido, señor, pero no he encontrado a Dmitri Fiódorovich en casa, y eso que eran las ocho. «Ha estado —me han dicho—, pero ya ha salido»: ésas fueron las palabras textuales de los caseros. Tiene que haber alguna clase de componenda entre ellos, señor. Puede que en este momento esté en esa taberna con su hermano Iván Fiódorovich, porque éste no ha venido a comer a casa; en cuanto a Fiódor Pávlovich, terminó de comer hace una hora y se ha echado la siesta. No obstante, le ruego encarecidamente que no le diga nada de mí ni de lo que acabo de comunicarle, que si no me matan, señor.

—¿Mi hermano Iván ha avisado hoy a Dmitri para que fuera a la taberna? —preguntó enseguida Aliosha.

—Exactamente, señor.

—¿A la taberna Ciudad Capital, la que está en la plaza?

—Ahí mismo, señor.

—¡Es muy posible! —exclamó Aliosha, muy agitado—. Se lo agradezco, Smerdiakov, la noticia es importante; ahora mismo voy para allá.

—No me delate, señor —le pidió Smerdiakov, al verlo marchar.

—Oh, no; haré como si pasara casualmente por la taberna, puede estar tranquilo.

—Pero ¿por dónde va usted? Le abriré la cancela —le gritó Maria Kondrátievna.

—No, por aquí queda más cerca; volveré a saltar la valla.

La noticia había conmovido terriblemente a Aliosha. Se dirigió a la taberna. La ropa que llevaba no era la más adecuada para entrar allí, pero siempre podía preguntar en la escalera de acceso y pedir que los avisaran. Sin embargo, cuando ya estaba al lado del establecimiento, se abrió de pronto una ventana y el propio Iván le llamó desde arriba:

—Aliosha, ¿puedes subir ahora a verme? Te lo agradecería enormemente.

—Claro que puedo, pero no sé si, vestido de este modo...

—Precisamente estoy en un reservado; sube al porche, que yo bajo corriendo a recibirte...

Un minuto más tarde Aliosha estaba con su hermano. Iván estaba comiendo solo.

III. Los hermanos se conocen

Iván, en todo caso, no ocupaba un reservado. Se trataba simplemente de un lugar junto a la ventana, delimitado por un biombo; de todos modos, la gente no podía ver a los que estaban detrás del biombo. Aquélla era la pieza de entrada a la casa, la primera, con un aparador adosado a una pared lateral. Por allí cruzaban constantemente los camareros. Solo había un cliente, un militar retirado, tomando té en un rincón. En cambio, en las otras salas reinaba el habitual bullicio de las tabernas: gente llamándose a gritos, botellas de cerveza que se destapaban, bolas de billar entrechocando, un órgano estruendoso. Aliosha sabía que Iván no frecuentaba esa taberna, y que en general no era aficionado a esos establecimientos; por tanto, si se encontraba allí, tenía que ser para reunirse, según lo convenido, con su hermano Dmitri. Pero allí no estaba Dmitri.

—Voy a pedirte una sopa de pescado o alguna otra cosa, no puedes vivir solo a base de té —dijo Iván a gritos; parecía muy satisfecho de haber arrastrado a Aliosha hasta allí. Él ya había terminado su almuerzo y estaba tomando té.

—Venga, que sea una sopa, y después té; estoy hambriento —dijo Aliosha alegremente.

—¿Y compota de cerezas? Aquí tienen. ¿Te acuerdas de lo que te gustaba, cuando eras pequeño, la compota de cerezas de los Polénov?

—Y tú ¿cómo te acuerdas? Muy bien, también compota, me sigue gustando.

Iván llamó a un camarero y le encargó sopa de pescado, té y compota.

—Yo me acuerdo de todo, Aliosha, me acuerdo de ti hasta que tuviste once años, yo entonces tenía quince. Quince y once, hay bastante diferencia; es muy raro que con esas edades dos hermanos sean compañeros. No sé siquiera si te quería. Cuando me fui a Moscú, en los primeros años no me acordé de ti en ningún momento. Más tarde, cuando tú también fuiste a parar a Moscú, creo que solo nos encontramos una vez, no recuerdo dónde. Y llevo aquí más de tres meses y hasta ahora no nos hemos dicho nada. Me voy mañana, y estaba aquí pensando en cómo podría verte para despedirme, y justo en ese momento pasabas por aquí.

—¿Tanto deseabas verme?

—Sí, quiero conocerte de una vez por todas y que tú me conozcas a mí. Y con eso decimos adiós. En mi opinión, lo mejor es conocerse antes de la separación. He visto cómo me mirabas estos tres meses; había en tus ojos una especie de espera incesante, y eso es algo que no puedo soportar, por eso no me he acercado a ti. Pero al final he aprendido a respetarte: el hombrecito, me he dicho a mí mismo, no se doblé. Ten

en cuenta que, aunque ahora bromeo, estoy hablando en serio. Porque tú no te doblegas, ¿verdad? A mí me gustan las personas firmes, se sustenten en lo que se sustenten, aunque solo sean unos mozalbetes como tú. Me he acostumbrado a tu mirada expectante, y al final ha acabado gustándome... Me parece que tú, por la razón que sea, también me quieres a mí, ¿no es así, Aliosha?

—Te quiero, Iván. Nuestro hermano Dmitri dice de ti: Iván es una tumba. Yo digo de ti: Iván es un enigma. Todavía, para mí, sigues siendo un enigma, pero ya he llegado a comprenderte en parte, ¡y solo desde esta mañana!

—¿Qué es eso que has comprendido? —Iván se echó a reír.

—¿No te enfadarás? —También Aliosha se echó a reír.

—¿Y bien?

—Pues que eres un joven como todos los jóvenes de veintitrés años: un chico, un jovencuelo, un chaval fresco y simpático; en fin, ¡todo un novato! ¿Qué? ¿Te ha sentado mal?

—Al contrario, ¡me asombra que coincidamos! —exclamó Iván, alegre y apasionadamente—. No te lo vas a creer, pero yo, desde que nos vimos hace un rato en casa de esa mujer, no he hecho más que pensar en esta inexperiencia mía de los veintitrés años, y resulta que ahora tú das en el clavo y empiezas diciendo lo mismo. Yo estaba aquí sentado hace un momento, y ¿sabes lo que me estaba diciendo? Pues que, aunque perdiera la fe en la vida, aunque dejara de creer en la mujer amada y en el orden de las cosas, aunque me convenciera, incluso, de que todo es un caos informe, maldito y acaso diabólico, aunque me fulminaran todos los horrores del desencanto humano, a pesar de todos los pesares, aún desearía vivir: ¡una vez que me he llevado la copa a los labios, pienso apurarla hasta el final! De todos modos, con treinta años, lo más seguro es que arroje la copa, aun sin haberla vaciado, y que me vaya... no sé adónde. Pero hasta los treinta años, de eso sí que estoy seguro, mi juventud podrá con todo: con cualquier desengaño, con cualquier aversión a la vida. Me he preguntado muchas veces si existirá en el mundo una desesperación capaz de vencer esta sed de vida que hay en mí, frenética y tal vez indecente, y he llegado a la conclusión de que no existe, al menos hasta los treinta años; después seré yo mismo quien pierda el interés, me parece a mí. Esta sed de vida, algunos moralistas, mocosos y tísicos a menudo la consideran infame, sobre todo los poetas. Es un rasgo en parte karamazoviano, es verdad: esta sed de vida, a pesar de todos los pesares, forzosamente también se encuentra en ti; pero ¿por qué iba a ser infame? Sigue siendo tremenda la fuerza centrípeta en nuestro planeta. Hay deseos de vivir, y yo vivo, aunque sea en contra de la lógica. Admitamos que no crea en el orden de las cosas, pero aprecio las hojillas pegajosas que brotan en primavera; aprecio el cielo azul; aprecio a ciertas personas a las que a veces uno, aunque no lo creas, coge afecto sin saber por qué; aprecio determinadas proezas humanas en las que quizá hace ya

tiempo dejé de creer, si bien, por la fuerza de la costumbre, sigo respetándolas sinceramente. Aquí está tu sopa de pescado, buen provecho. Es una sopa deliciosa, la preparan muy bien. Quiero viajar por Europa, Aliosha, me iré de aquí; ya sé que solo voy a un cementerio, pero es el cementerio más amado, ¡ya lo ves! Yacen en él difuntos muy queridos, cada una de las piedras que los cubren habla de su ardiente vida pasada, de la apasionada fe en sus hazañas, en su verdad, en su lucha y en su ciencia; sé de antemano que caeré a tierra y besaré esas piedras y lloraré sobre ellas, sabiendo al mismo tiempo, de todo corazón, que aquello ya no es más que un cementerio, únicamente un cementerio. Y no lloraré de desesperación, sino sencillamente porque las lágrimas derramadas me harán feliz. Me embriagaré con mi propia ternura. Amo las pegajosas hojillas primaverales, el cielo azul, ¡ahí está! Aquí no cuenta la razón, no es cuestión de lógica, uno ama con las entrañas, con las tripas, ama sus primeras fuerzas juveniles... ¿Entiendes algo de este galimatías, Aliosha? —De pronto Iván se echó a reír.

—Y tanto que lo entiendo, Iván: uno desea amar con las entrañas, con las tripas... Lo has expresado de una forma preciosa, y estoy encantado de que quieras vivir así —dijo Aliosha—. Creo que lo primero que hay que amar en este mundo es la vida.

—¿Amar más la vida que su sentido?

—Así tiene que ser: amar la vida antes que la lógica, como dices tú, por fuerza antes que la lógica, y solo entonces podré entender también su sentido. Ésa es la idea que tengo hace ya tiempo. La mitad de lo que tenías que hacer, Iván, ya está hecho y conseguido: amas la vida. Ahora tienes que aplicarte a la segunda mitad y estarás salvado.

—¡Tú ya me estás salvando, aunque es posible que yo no me haya perdido! Y ¿en qué consiste esa segunda mitad tuya?

—En que hay que resucitar a tus muertos, que tal vez no hayan muerto nunca. Bueno, venga un poco de té. Me alegro de hablar contigo, Iván.

—Veo que estás inspirado. Me entusiasman tales professions de foi de semejantes... novicios. Eres un hombre firme, Alekséi. ¿Es verdad que quieres dejar el monasterio?

—Sí. Mi stárets me envía al mundo.

—En ese caso, aún nos veremos en este mundo; nos encontraremos antes de los treinta años, cuando empiece a renunciar a la copa. Padre no quiere renunciar a su copa hasta los setenta años, sueña incluso con aguantar hasta los ochenta, eso es lo que ha dicho; se lo toma demasiado en serio, aunque sea un bufón. Se aferra a su lujuria como a una roca... aunque a partir de los treinta, la verdad, es posible que no haya otra cosa a la que aferrarse... Pero hasta los setenta es una vileza, mejor hasta los treinta: uno puede conservar un «matiz de nobleza» si se engaña a sí mismo. ¿No has visto hoy a Dmitri?

—No, no lo he visto, pero he visto a Smerdiakov.

Y Aliosha se lanzó a contarle a su hermano, con todo detalle, su encuentro con Smerdiakov. Iván, de repente, empezó a escuchar con aire preocupado, y hasta le pidió a Aliosha que repitiera algunos detalles.

—Eso sí, me suplicó que no le contara a nuestro hermano Dmitri lo que me había dicho de él —añadió Aliosha.

Iván frunció el ceño y se quedó pensativo.

—¿Te has puesto tan serio por Smerdiakov? —le preguntó Aliosha.

—Sí, por él. ¡Al diablo! Lo cierto es que me habría gustado ver a Dmitri, pero ahora ya no hace falta... —comentó Iván de mala gana.

—¿Y es verdad que te marchas tan pronto, hermano?

—Sí.

—¿Qué será de Dmitri y de nuestro padre? ¿Cómo terminará su asunto? —dijo Aliosha con inquietud.

—¡Siempre estás con lo mismo! ¿Y a mí qué? ¿Soy yo acaso guardián de mi hermano Dmitri? —le cortó Iván, irritado, aunque enseguida sonrió como con amargura—. Así responde Caín cuando Dios le pregunta por el hermano asesinado, ¿no? A lo mejor es lo que estás pensando en este momento. Pero, qué diablos, ¿no querrás que me quede aquí a vigilarlos? He resuelto mis asuntos y me voy. No vayas a pensar que tengo celos de Dmitri y que me he pasado estos tres meses intentando quitarle a su bella Katerina Ivánovna. Ah, diablos, yo tenía mis propios asuntos. Ya los he zanjado y me voy. Hoy mismo los he dejado zanjados, tú has sido testigo.

—¿Te refieres a lo de antes, con Katerina Ivánovna?

—Sí, con ella; me he liberado de golpe. ¿Y qué? ¿Qué me importa a mí Dmitri? Dmitri no tiene nada que ver con esto. Yo tenía que resolver mis propios asuntos con Katerina Ivánovna. En cambio, tú sabes que Dmitri actuaba como si se hubiera puesto de acuerdo conmigo. Yo a él no le había pedido nada de nada, pero él me la cedió solemnemente y me dio su bendición. Parece cosa de risa. No, Aliosha, no, ¡si supieras qué aliviado me siento ahora! Estaba aquí comiendo y ¿creerás que he estado a punto de pedir champán para celebrar mi primera hora de libertad? ¡Uf! Casi medio año y, de pronto, me lo quito de golpe, todo de golpe. Ayer mismo aún no podía sospechar que bastaría con proponérmelo para acabar tan fácilmente con todo.

—¿Estás hablando de tu amor, Iván?

—De mi amor, si quieres, sí; me enamoré de una señorita, de una colegiala. Sufría por ella, y ella me hacía sufrir. Estaba siempre pendiente de ella... y todo eso, de pronto, se ha esfumado. Esta mañana he hablado en tono exaltado, pero ha sido salir de allí y echarme a reír a carcajadas, créeme. Eso es lo que ha ocurrido, ni más ni menos.

—También ahora, mientras lo cuentas, se te ve muy contento —comentó Aliosha, fijándose en su cara, que, en efecto, se le había alegrado en un momento.

—Sí, ¡quién me iba a decir a mí que no la amaba en absoluto! ¡Je, je! Pues ha resultado que no. ¡Y hay que ver cómo me gustaba! Cómo me gustaba incluso esta mañana, mientras pronunciaba mi discurso. Y, ¿sabes?, aún me gusta horrores, pero qué fácil me resulta alejarme de ella. ¿Te parece que soy un fanfarrón?

—No. Pero es posible que no fuera amor.

—Alioshka —se rió Iván—, ¡no te metas a razonar de amor! No está bien en tu caso. Esta mañana, esta mañana sí que has estado oportuno. ¡Ay! Si hasta se me ha olvidado darte un beso por ese motivo... ¡Cómo me estaba atormentando esa mujer! Yo sufría un auténtico desgarró. ¡Oh, ella sabía que yo la quería! No amaba a Dmitri, me amaba a a mí —insistió alegremente Iván—. Dmitri no es más que un desgarró. Todo lo que le he dicho antes es la pura verdad. Pero lo que pasa, y eso es lo más importante, es que ella puede necesitar quince años, veinte años, para caer en la cuenta de que no quiere a Dmitri, sino a mí, y es a mí a quien hace sufrir. Sí, y es muy posible que no caiga nunca en la cuenta, a pesar de la lección de hoy. Bueno, mejor así: me he levantado y me he ido para siempre. Por cierto, ¿qué es de ella ahora? ¿Qué ha pasado después de que me fuera?

Aliosha le contó lo del ataque de histeria y le explicó que, por lo visto, Katerina Ivánovna había perdido el conocimiento y estaba delirando.

—¿No mentirá Jojlakova?

—No lo parece.

—Habrá que enterarse. De todos modos, de un ataque de histeria no ha muerto nunca nadie. Admitamos que sea histeria; Dios, en su amor, ha mandado esos ataques a las mujeres. No pienso ir a verla en ningún caso. Para qué entrometerme otra vez.

—Y, sin embargo, le has dicho esta mañana que no te había amado nunca.

—Ha sido a propósito. Aliosha, voy a pedir champán, beberemos por mi libertad. ¡Ay, si tú supieras lo contento que estoy!

—No, hermano, mejor no bebamos —dijo de pronto Aliosha—; además, estoy algo triste.

—Sí, hace tiempo que estás triste, ya me había dado cuenta.

—Así pues, ¿te vas sin falta mañana por la mañana?

—¿Por la mañana? Yo no he dicho que me fuera a ir por la mañana... Aunque también es posible que me vaya por la mañana. ¿Querrás creer que si he comido hoy aquí ha sido únicamente para no comer con el viejo? Hasta tal punto se me ha hecho repugnante. Si hubiera sido solo por él, hace ya tiempo que me habría marchado de aquí. Pero ¿a ti por qué te inquieta que yo me vaya? Sabe Dios cuánto tiempo tenemos tú y yo antes de mi partida. ¡Toda una eternidad! ¡La inmortalidad!

—Si te vas mañana, ¿qué eternidad es ésa?

—Y eso, a nosotros, ¿en qué nos afecta? —Iván se echó a reír—. En cualquier caso, nos dará tiempo a hablar de lo nuestro, de lo que nos ha traído hasta aquí. ¿Por qué me miras con asombro? Dime: ¿para qué nos hemos reunido aquí? ¿Para hablar del amor a Katerina Ivánovna, del viejo y de Dmitri? ¿Del extranjero? ¿De la fatídica situación de Rusia? ¿Del emperador Napoleón? ¿Para eso?

—No, para eso no.

—O sea, que tú ya sabes para qué. Cada cual tiene lo suyo, pero a nosotros, los novatos, nos toca resolver ante todo las cuestiones eternas, ésa es nuestra preocupación. Toda la Rusia joven debate ahora exclusivamente las cuestiones eternas. Precisamente ahora, cuando a todos los viejos les ha dado de pronto por ocuparse de cuestiones prácticas. ¿Tú por qué has estado mirándome expectante estos tres meses? Para poder preguntarme al final: «¿Crees o no crees?». A eso se han reducido sus miradas en estos tres meses, Alekséi Fiódorovich, ¿no es cierto?

—Es posible que sea así. —Aliosha sonrió—. ¿No te estarás burlando ahora de mí, hermano?

—¿Que me estoy burlando? No quisiera apenar a mi hermanito, que ha estado tres meses mirándome expectante. Aliosha, mírame a la cara: yo también soy un crío, exactamente igual que tú, con la única diferencia, quizá, de no ser un novicio. Pues ¿cómo vienen actuando hasta ahora todos los jóvenes rusos? Bueno, algunos. Fíjate, por ejemplo, en esta hedionda taberna; aquí se reúnen, se sientan en un rincón. Antes no se conocían; una vez que salgan de esta taberna, estarán otros cuarenta años sin saber unos de otros; entonces, ¿de qué pueden hablar en ese minuto del que disfrutaban en la taberna? De las cuestiones universales, de qué si no: ¿existe Dios? ¿Existe la inmortalidad? Y los que no creen en Dios, bueno, éstos se pondrán a hablar del socialismo y del anarquismo, de la reorganización de toda la humanidad según unas nuevas bases, lo cual es tan endiablado como lo otro: vienen a ser las mismas cuestiones, solo que vistas desde el extremo opuesto. Y muchos, muchos de los más originales muchachos rusos no hacen otra cosa en estos tiempos que hablar de las cuestiones eternas. ¿No es así?

—Sí, para los verdaderos rusos las cuestiones relativas a la existencia de Dios y de la inmortalidad, o bien, como tú dices, esas mismas cuestiones vistas desde el extremo opuesto, son, por supuesto, las cuestiones primordiales, y están por encima de todo, como tiene que ser —dijo Aliosha, sin dejar de mirar a su hermano con una sonrisa serena e inquisitiva.

—Pues mira, Aliosha, ser ruso no siempre significa ser inteligente, ni mucho menos, pero de todos modos soy incapaz de imaginarme nada más estúpido que aquello de lo que ahora se ocupan nuestros jóvenes. No obstante, a uno de estos muchachos rusos, a Alioshka, lo quiero con locura.

—Qué ingenioso has estado. —Aliosha, de pronto, se echó a reír.

—Bueno, dime: ¿por dónde quieres empezar? Tú mandas; ¿empezamos por Dios? ¿Existe Dios o no existe?

—Empieza por lo que quieras, aunque sea «desde el extremo opuesto». Ayer ya proclamaste en casa de nuestro padre que no hay Dios. —Aliosha miró a su hermano con aire inquisitivo.

—Ayer, en casa del viejo, después de comer, traté de soliviantarte con estas cuestiones, y vi cómo te brillaban los ojos. Pero ahora tengo interés en charlar contigo, te lo digo muy en serio. Me gustaría que nos entendiésemos, Aliosha, porque no tengo amigos. Quiero intentarlo. Bueno, imagínate, es posible que yo también admita la existencia de Dios —Iván se echó a reír—; esto no te lo esperabas, ¿eh?

—Claro que no; a menos que también ahora estés bromeando.

—Bromeando. Ayer en la celda del stárets ya dijeron que bromeaba. Verás, hermanito, un viejo pecador del siglo XVIII afirmó que, si no hubiera Dios, habría que inventarlo: *s'il n'existait pas Dieu il faudrait l'inventer*. Y, efectivamente, el hombre ha inventado a Dios. Y lo extraño, lo asombroso, no es que Dios exista realmente; lo asombroso es que semejante idea, la idea de un Dios imprescindible, haya podido metérsele en la cabeza a un animal tan salvaje y maligno como el hombre: hasta tal punto es sagrada, hasta tal punto es conmovedora, hasta tal punto es sabia y hasta tal punto hace honor al hombre. En lo que a mí respecta, hace ya tiempo que decidí no pensar en si el hombre ha creado a Dios o Dios al hombre. No voy a ponerme, desde luego, a analizar todos los axiomas contemporáneos de los jóvenes rusos, extraídos sin excepción de hipótesis europeas, porque lo que allí es una hipótesis para el joven ruso se convierte de inmediato en un axioma, y no solo para los jóvenes, sino también, seguramente, para sus profesores, pues con mucha frecuencia los profesores rusos son ahora idénticos a nuestros jóvenes. Prescindo, así pues, de todas las hipótesis. ¿Cuál es ahora nuestra tarea, la tuya y la mía? La tarea consiste en que yo, lo antes posible, te explique mi esencia, o sea, qué clase de persona soy, en qué creo y cuáles son mis esperanzas, ¿no es así? Por eso, declaro que acepto a Dios, lisa y llanamente. No obstante, hay que señalar que, si Dios existe y si realmente ha creado la tierra, la ha creado, como sabemos positivamente, de acuerdo con la geometría euclidiana, y ha creado la mente humana con la noción de tres únicas dimensiones espaciales. Ha habido, sin embargo, y sigue habiendo en la actualidad, geómetras y filósofos, algunos de ellos admirables, que dudan de que todo el universo o, en un sentido más amplio, toda la existencia, haya sido creada, exclusivamente, de acuerdo con la geometría euclidiana, y que se atreven a imaginar incluso que dos líneas paralelas, las cuales, según Euclides, en ningún caso pueden converger en la tierra, quizá puedan encontrarse en algún punto del infinito. Yo, hermanito, he llegado a la conclusión de que, si ni siquiera puedo comprender esto, ¿cómo voy a comprender a Dios? Confieso humildemente que no estoy capacitado para resolver tales problemas; tengo una

mentalidad euclidiana, terrena, difícilmente iba a resolver lo que no es de este mundo. Y a ti también te aconsejo que no pienses nunca en esto, especialmente en si existe Dios o no. Todas estas cuestiones son totalmente impropias de una mente creada con la noción de las tres únicas dimensiones. Así pues, acepto a Dios, y no solo de buen grado, sino que acepto, por añadidura, su sabiduría y sus fines, aunque nos resulten por completo ignotos; creo en el orden, en el sentido de la vida; creo en la armonía eterna, en la que, al parecer, todos acabaremos fundiéndonos; creo en el Verbo, al que tiende el universo, en el Verbo que «era con Dios» y que él mismo es Dios, y etcétera, etcétera, y así hasta el infinito. Muchas palabras se han pronunciado ya sobre este asunto. Me parece que estoy en el buen camino, ¿no? Y, sin embargo, figúrate que, en última instancia, yo este mundo de Dios no lo admito; aunque sé que existe, no estoy dispuesto a aceptarlo de ninguna manera. No es que no acepte a Dios, entiéndeme bien, es el mundo creado por Él, este mundo de Dios, lo que no acepto, ni lo acepto ni estoy dispuesto a aceptarlo. Seré más preciso: estoy convencido, como un crío, de que los sufrimientos sanarán sin dejar huella; de que la ultrajante comicidad de las contradicciones humanas se esfumará como un triste espejismo, como la abyecta invención de la mente euclidiana del hombre, endeble y diminuta como un átomo; de que en el fin del mundo, llegado el momento de la armonía eterna, ocurrirá y surgirá algo tan precioso que bastará para aplacar la indignación en todos los corazones, para redimir todas las malas acciones de los hombres, toda la sangre derramada; bastará no solo para que sea posible perdonar, sino para justificar, además, todo lo ocurrido con los hombres; admitamos, admitamos que todo esto ocurra, que todo esto llegue a ser, pero ¡yo no lo acepto ni quiero aceptarlo! Que incluso se junten las líneas paralelas, y que yo lo vea: lo veré y diré que se han juntado, pero, de todos modos, no voy a aceptarlo. Ésta es mi esencia, Aliosha, ésta es mi tesis. Te lo he dicho con toda seriedad. He empezado a propósito nuestra conversación de la manera más estúpida posible, pero he acabado con esta confesión, porque es lo que de verdad necesitabas. No necesitabas que te hablara de Dios, sino saber únicamente con qué vive tu querido hermano. Y ya te lo he contado.

Iván, súbitamente, concluyó su larga parrafada con un sentimiento tan especial como inesperado.

—Y ¿por qué has empezado «de la manera más estúpida posible»? —preguntó Aliosha, mirando pensativo a su hermano.

—Pues, en primer lugar, por puro rusismo: las conversaciones rusas sobre estos temas se desarrollan siempre de la manera más estúpida posible. En segundo lugar, además, porque, cuanto más estúpida es la forma, tanto más se centra en la cuestión. Cuanto más estúpida, más clara. La estupidez es concisa y es cándida, mientras que la inteligencia es sinuosa y se esconde. La inteligencia es vil; la estupidez es franca y

honrada. Yo lo he llevado hasta el extremo, y, cuanto más torpemente lo haya presentado, mejor para mí.

—¿Puedes explicarme por qué «no aceptas el mundo»? —preguntó Aliosha.

—Claro que puedo, no es ningún secreto; además, a eso iba. Hermanito mío, no quiero pervertirte ni hacerte vacilar en tus firmes convicciones; lo que sí querría, tal vez, es curarme a mí mismo contigo. —Iván sonrió de repente, exactamente igual que un niño bueno. Nunca le había visto Aliosha una sonrisa así.

IV. La rebelión

—Tengo que hacerte una confesión —empezó Iván—: nunca he podido entender cómo es posible amar al prójimo. Precisamente es al prójimo, en mi opinión, a quien resulta imposible amar; solo es posible amar, en todo caso, a quienes están más alejados de nosotros. Recuerdo haber leído en algún sitio la historia de ese santo, Juan el Limosnero, al cual acudió en cierta ocasión un caminante hambriento y aterido, pidiéndole que le diera calor; entonces el santo se acostó con él en el lecho, lo abrazó y empezó a insuflarle aire en la boca, purulenta y apestosa por una terrible enfermedad. Estoy convencido de que lo hizo en un arrebatado de impostura, a causa de un amor forzado por el deber, de una penitencia que él mismo se había impuesto. Para poder amar a alguien, la persona amada tiene que estar oculta: apenas se deja ver, el amor se desvanece.

—Más de una vez ha hablado de eso mismo el stárets Zosima —comentó Aliosha—; también ha dicho que a menudo el rostro de un hombre impide amar a muchos que carecen de experiencia en el amor. Pero, con todo, hay mucho amor en la humanidad, un amor muy parecido al amor de Cristo, lo sé por mí mismo, Iván...

—Sí, pero yo eso todavía no lo sé, ni puedo comprenderlo, y lo mismo le ocurre a un número incontable de personas. Habría que saber si eso obedece a las malas cualidades de los hombres o es que es así por naturaleza. A mi juicio, el amor de Cristo a los hombres es, en su género, un milagro imposible en la tierra. Ciertamente, Él era Dios. Pero nosotros no somos dioses. Supongamos, por ejemplo, que sufro enormemente: los demás jamás sabrán hasta qué punto sufro, por tratarse de gente distinta de mí y, sobre todo, porque es muy raro que nadie le reconozca a otro la condición de mártir (como si ésta fuera un rango). ¿Por qué no se admite que sufro? ¿Tú qué crees? Puede ser, por ejemplo, porque huelo mal, porque tengo cara de tonto, porque alguna vez le habré dado un pisotón a alguien. Además, hay sufrimientos y sufrimientos: un sufrimiento degradante, que me humille, como el hambre, pongamos por caso, aún me lo admitiría un posible benefactor; pero, como el sufrimiento sea algo más elevado, motivado por un ideal, por ejemplo, entonces ya la cosa cambia: solo en contadas ocasiones estaría dispuesto a admitirlo, pues siempre podría fijarse en mí y comprobar, no sé, que mi cara no se corresponde con la cara que, según los dictados de su imaginación, debería tener alguien que esté padeciendo a causa de tal ideal. Así que lo primero que haría sería privarme de su protección, y no necesariamente por su mal corazón. Los mendigos, especialmente los más nobles, no deberían mostrarse nunca en público: más les valdría pedir limosna a través de los periódicos. De forma

abstracta aún es posible amar al prójimo, al menos, a veces, desde lejos, pero de cerca casi nunca. Si pasara como en los escenarios, como en esos ballets, donde los mendigos, cuando hacen su aparición, piden limosna vestidos con harapos de seda y encajes desgarrados, bailando graciosamente, todavía podría uno admirarlos. Admirarlos, pero, eso sí, no amarlos. Bueno, ya es suficiente. Solo pretendía que vieras las cosas desde mi posición. Yo quería hablar del sufrimiento de la humanidad en general, pero será mejor que nos centremos en los sufrimientos exclusivos de los niños. Eso reduce el alcance de mi argumentación a la décima parte, pero es preferible referirse solo a los niños. Evidentemente, eso no me favorece. Pero, en primer lugar, uno puede querer a los niños incluso de cerca, aunque estén sucios, aunque sean feos (de todos modos, a mí me parece que los niños nunca son feos). En segundo lugar, de los adultos no pienso hablar porque, aparte de que son repulsivos y no merecen nuestro amor, han recibido un justo castigo: comieron de la manzana y conocieron el bien y el mal y fueron «como Dios». Y aún siguen comiendo de ella. Los niños, en cambio, no han comido nada y por ahora no son culpables de nada. ¿Te gustan los niños, Aliosha? Sé que te gustan, y entenderás por qué quiero hablar exclusivamente de ellos ahora. Si también sufren atrozmente en la tierra, eso se debe, desde luego, a sus padres; son castigados por culpa de sus padres, que han comido de la manzana; y, sin embargo, este razonamiento es propio de otro mundo: al corazón del hombre, aquí, en la tierra, le resulta incomprensible. Un inocente no debería sufrir por otro, ¡y aún menos esos inocentes! Te sorprenderá saber, Aliosha, que a mí también me gustan horrores los niños. Y date cuenta de que a veces la gente cruel, apasionada, carnal, karamazoviana, también quiere mucho a los niños. Los niños, mientras son niños, hasta los siete años, por ejemplo, están muy alejados de la gente: parecen enteramente unas criaturas distintas, de otra naturaleza. Conocí a un criminal en prisión: en el curso de su carrera, asaltando casas por las noches, había acabado con familias enteras, y de paso había degollado a algunos niños. Pero, una vez en prisión, adoraba a los pequeños. Se pasaba las horas asomado a la ventana del penal, mirando jugar a los niños en el patio de la cárcel. Se las ingenió para que uno de ellos, un niño pequeño, acudiera con frecuencia al pie de su ventana, y se hicieron muy amigos. ¿Sabes por qué te cuento todo esto, Aliosha? Me duele un poco la cabeza, y estoy triste.

—Estás raro hablando —observó Aliosha con inquietud—, como si padecieras una especie de trastorno.

—Hace poco, por cierto, me contaba un búlgaro en Moscú —prosiguió Iván Fiódorovich, como si no hubiera oído a su hermano— que los turcos y los circasianos que hay allá, en Bulgaria, temerosos de un levantamiento en masa de los eslavos, cometen toda clase de tropelías; es decir, incendian, degüellan, violan a mujeres y niñas, a los detenidos los clavan en las vallas por las orejas y así los dejan hasta la

mañana siguiente, para después colgarlos... Es algo inconcebible. Se habla a veces, de hecho, de la crueldad «bestial» del hombre, pero esto es terriblemente injusto y ofensivo para las bestias: una bestia nunca puede ser tan cruel como el hombre, tan artística, tan plásticamente cruel. El tigre muerde, despedaza, no sabe hacer otra cosa. Jamás se le pasaría por la cabeza dejar a nadie clavado por las orejas toda una noche, ni aun en el supuesto de que fuera capaz. Esos turcos, entre otras cosas, han llegado a torturar con auténtica voluptuosidad a los niños, empezando por arrancarlos del seno materno con un puñal y acabando por arrojar al aire a las criaturas para ensartarlas en las bayonetas, y todo ello en presencia de sus madres. Ése era su mayor placer: hacerlo en presencia de las madres. Pero, fíjate, hay una escena que me ha impresionado más que ninguna. Imagínate: un niño de pecho en brazos de su madre temblorosa; alrededor, unos turcos que acaban de entrar en la casa. Se les ha ocurrido una bromita muy graciosa: acarician al crío, se ríen para contagiarle la risa, lo consiguen, y el crío empieza a reírse. En ese momento un turco le apunta con su pistola, a cuatro vershki de la cara. El niño, contento, ríe a carcajadas y alarga las manitas para coger la pistola, cuando, de pronto, el artista aprieta el gatillo, dispara a bocajarro y le destroza la cabecita. Artístico, ¿verdad? Por cierto, según dicen, a los turcos les encantan los dulces.

—Hermano, ¿a qué viene todo esto? —preguntó Aliosha.

—Creo que, si el diablo no existe y, en consecuencia, ha sido el hombre quien lo ha creado, entonces lo ha creado a su imagen y semejanza.

—En ese caso, lo mismo ha hecho con Dios.

—Es asombroso cómo sabes darle la vuelta a las palabritas, como dice Polonio en Hamlet —dijo Iván, echándose a reír—. Me has pillado en un renuncio; estupendo, me alegro. Bueno será tu Dios, si el hombre lo ha creado a su imagen y semejanza. Me preguntabas a qué viene todo esto: verás, yo soy un aficionado y un coleccionista de determinados sucesos, y el caso es que anoto y recojo en periódicos y relatos, donde sea, cierta clase de episodios; tengo ya una buena colección. Los turcos, naturalmente, forman parte de ella, pero, en definitiva, son extranjeros. También he recogido cositas del país, y hasta son mejores que las turcas. ¿Sabes?, aquí lo normal son los golpes, abundan la vara, el látigo, eso es lo nacional; aquí clavar orejas sería inconcebible, al fin y al cabo somos europeos, pero la vara, el látigo son algo muy nuestro y nadie nos lo puede quitar. Parece que ahora en el extranjero ya no pegan, será que las costumbres se han refinado, o que han dictado leyes en virtud de las cuales un hombre ya no osa azotar a otro; con todo, para compensar, se han buscado otra fórmula, también puramente nacional, como pasa entre nosotros; tan nacional es que aquí eso mismo sería inconcebible, aunque lo cierto es que también en nuestro país, al parecer, va abriéndose paso, sobre todo desde que se ha desarrollado un movimiento religioso entre las capas más altas de la sociedad. Tengo un folleto maravilloso, traducido del

francés, donde se cuenta cómo en Ginebra, no hace mucho tiempo, apenas cinco años, ejecutaron a un malhechor, un asesino, llamado Richard; era, si no me equivoco, un joven de veintitrés años, que se había arrepentido de sus crímenes y se había convertido al cristianismo antes de subir al cadalso. El tal Richard era un hijo ilegítimo que, siendo aún un crío de seis años, fue regalado por sus padres a unos pastores suizos, unos montañeses, y éstos lo criaron con la intención de ponerlo a trabajar. Creció a su lado como una fierecilla salvaje, los pastores no solo no le enseñaron nada sino que con siete años lo mandaban ya a cuidar del ganado, con lluvia o con frío, prácticamente sin vestido ni alimento. Y, por supuesto, al obrar así ninguno de ellos se paraba a pensar ni tenía remordimientos; al contrario, se creían con todo el derecho del mundo a hacerlo, ya que les habían regalado a Richard como si fuera un objeto, y ni siquiera consideraban imprescindible darle de comer. El propio Richard recuerda cómo experimentaba en aquellos años, como el hijo pródigo del Evangelio, unos deseos horrorosos de comer al menos del salvado con que cebaban a los cerdos destinados a la venta, pero ni eso le daban y le pegaban cada vez que él se lo robaba a los animales; y así pasó toda su infancia y toda su juventud, hasta que creció y, sintiéndose con fuerzas, se dedicó a robar. Aquel salvaje empezó a ganar dinero trabajando a destajo en Ginebra; todo lo que ganaba se lo bebía, vivía como un monstruo y acabó asesinando y robando a un viejo. Lo prendieron, lo juzgaron y lo condenaron a muerte. Allí no se andan con sentimentalismos. Y resulta que en la cárcel enseguida se vio rodeado por pastores y miembros de las diferentes cofradías cristianas, damas de la beneficencia y demás. Le enseñaron en la cárcel a leer y escribir, empezaron a explicarle el Evangelio, apelaron a su conciencia, lo exhortaron, lo presionaron, lo abrumaron, lo aplastaron, hasta que, por fin, confesó solemnemente su crimen. Se convirtió, escribió al tribunal reconociendo que era un monstruo y que, finalmente, había conseguido que el Señor lo iluminara y le enviara su gracia. Toda Ginebra se conmovió, toda la virtuosa y devota Ginebra. Toda la gente fina y educada acudió corriendo a verlo a la cárcel; todo el mundo besaba y abrazaba a Richard: «¡Eres nuestro hermano! ¡La gracia ha descendido sobre ti!». Y Richard no hace más que llorar enternecido: «¡Sí, la gracia ha descendido sobre mí! Antes, durante toda mi infancia y juventud, mi única alegría era el pienso de los cerdos, pero ahora la gracia ha descendido sobre mí, ¡voy a morir en el Señor!». «Sí, sí, Richard; muere en el Señor, has derramado sangre y debes morir en el Señor. Aunque no seas culpable, pues no tenías conocimiento de Dios cuando envidiabas el alimento de los cerdos y te pegaban por robárselo (y hacías muy mal, porque no es lícito robar), de todos modos has derramado sangre y debes morir.» Y llega el último día. Richard, casi sin fuerzas, llora y no hace más que repetir a cada instante: «Éste es el mejor día de mi vida, ¡voy a reunirme con el Señor!». «Sí —gritan pastores, jueces y damas de la beneficencia—, ¡éste es tu día más dichoso, pues vas a reunirte con el Señor!» Todos, unos en coche,

otros a pie, se dirigen al cadalso, acompañando el oprobioso carro en el que conducen a Richard. Llegan por fin al patíbulo: «¡Muere, hermano nuestro —le gritan a Richard—, muere en el Señor! ¡Sobre ti ha descendido la gracia!». Y así, cubierto por los besos de sus hermanos, arrastran al hermano Richard al cadalso, lo colocan en la guillotina y le cortan, como buenos hermanos, la cabeza, por haber descendido sobre él la gracia del Señor. Sí, es algo muy característico. El folleto ha sido traducido al ruso por unos luteranos rusos, unos filántropos de la alta sociedad, que lo han distribuido gratuitamente, en forma de suplemento de periódicos y otras publicaciones, para ilustrar al pueblo ruso. Lo mejor del caso de Richard es lo que tiene de nacional. En nuestro país, por muy absurdo que nos parezca cortarle la cabeza a un hermano solo por haberse convertido en nuestro hermano y por haber recibido la gracia del Señor, también tenemos lo nuestro, como ya he dicho, y casi es peor. Aquí el placer tradicional, el más inmediato, el más socorrido, ha consistido en moler a palos. Nekrásov tiene unos versos donde se refiere a un campesino que azota a su caballo, dándole con el látigo en los ojos, en los «sumisos ojos». ¿Quién no ha presenciado algo así? Es puramente ruso. Describe cómo un pobre jamelgo, que tira de un carro sobrecargado, se queda atascado y no puede seguir. El campesino le pega; le pega con furia; le pega, al final, sin saber ya ni lo que hace; ciego de ira, lo castiga con saña, sin medida: «¡Aunque estés sin fuerzas, tú sigue tirando! ¡Como si te mueres, tú sigue tirando!». El penco está a punto de reventar, y el campesino no para de azotar al indefenso animal en los ojos llorosos, en los «sumisos ojos». Fuera de sí, el caballo da un tirón, arranca y echa andar, todo tembloroso, sin respirar, dando tumbos, a saltitos, de una manera poco natural y humillante; en Nekrásov resulta aterrador. Pero no es más que un caballo, y los caballos nos los ha dado Dios para azotarlos. Así nos lo explicaron los tártaros, que nos legaron asimismo el knut como recuerdo. Pero también es posible azotar a la gente. Y así vemos cómo un caballero inteligente y educado y su señora azotan a su propia hija, una cría de siete años; he escrito acerca de esto detenidamente. El papá está encantado de que la fusta tenga nudos. «Más le dolerá», dice, y empieza a «sacudir» a su hija. Sé positivamente que hay personas que se van calentando a medida que descargan los golpes, hasta alcanzar el éxtasis, literalmente, y su placer aumenta con cada zurriagazo, de forma progresiva. Azotan un minuto, azotan, finalmente, cinco minutos, diez minutos, y siguen azotando más y más, con un ritmo cada vez más vivo, con saña creciente. La niña grita, la niña al final no puede gritar, jadea. «¡Papá, papá! ¡Papaíto, papaíto!» El asunto, por un endiablado e inoportuno azar, acaba en los tribunales. Contratan a un abogado. Hace ya tiempo que el pueblo ruso llama a los leguleyos «conciencias a sueldo». El abogado brama en defensa de su cliente. «El caso —dice— es bien sencillo; se trata de un vulgar asunto familiar, como hay tantos: un padre que pega a su hijita, y, para vergüenza de nuestros días, ¡lo llevan a juicio!» Los miembros del jurado, ya convencidos, se retiran a

deliberar y pronuncian una sentencia absolutoria. El público ruge de felicidad al saber que el verdugo ha sido absuelto. Lástima que yo no estuviera allí; si no, me habría desgañado proponiendo la institución de una beca que honrara el nombre del torturador. Estas estampas son una preciosidad. Pero tengo otras aún mejores de niños pequeños; he recopilado muchas, muchas cosas sobre los niños rusos, Aliosha. Resulta que a una niña pequeña, de cinco años, el padre y la madre, «gente de lo más respetable, con una buena posición, cultos y educados», la odiaban. ¿Lo ves? Afirmo una vez más, con toda convicción, que abundan las personas con un rasgo peculiar: su afición a hacer sufrir a los niños, y solo a los niños. A los demás miembros del género humano esos verdugos los tratan con deferencia y humildad, como europeos instruidos y humanos que son, pero les encanta torturar a los niños, y por lo mismo sienten una especial inclinación por ellos. Es precisamente el desamparo de estas criaturas, la candidez angelical de los pequeños, que no tienen dónde ocultarse ni a quién acudir, lo que encandila a sus verdugos; eso es lo que enardece la sangre rastrera del maltratador. En todo hombre, sin duda, se oculta una fiera: una fiera iracunda, una fiera que se excita voluptuosamente con los gritos de la víctima martirizada, una fiera desbocada que ha roto sus cadenas, una fiera que ha contraído dolencias en el vicio, como la podagra, las enfermedades del hígado y demás. A esta pobre niña de cinco años sus cultos padres la sometían a tormentos inconcebibles. Golpes, azotes, patadas; sin saber ellos mismos por qué, le cubrieron el cuerpo de cardenales; y así, hasta llegar al colmo del refinamiento: en las noches más frías, en plena helada, la dejaban encerrada en el escusado, y todo porque de noche no pedía que la pusieran a hacer sus necesidades (como si una criatura de cinco años, que duerme profundamente, como un ángel, tuviera que saber, a esa edad, pedir esas cosas); además, le embadurnaban la cara con excrementos y la obligaban a comérselos, ¡y era su madre, su propia madre quien la obligaba a hacerlo! ¡Y esa madre podía dormir, oyendo los lamentos de la pobre cría, encerrada de noche en un lugar tan denigrante! ¿Te imaginas a aquella pobre criatura, incapaz de entender lo que le estaba pasando, en aquel sitio miserable, oscuro y frío, dándose golpes con sus diminutos puñitos en el pecho maltratado y llorando con lágrimas de sangre, inocentes y dóciles, pidiendo al «niño Dios» que la defendiera? ¿Alcanzas a entender tanto absurdo, amigo mío y hermano mío, humilde novicio de Dios, puedes comprender para qué ha sido creado, quién necesitaba todo ese absurdo? Dicen que sin él no podría existir el hombre en la tierra, pues no conocería el bien y el mal. ¿Qué falta hacía conocer este diabólico bien y este mal, cuando cuestan tan caros? Pues todo el mundo del conocimiento no vale lo que esas lágrimas infantiles dirigidas al «niño Dios». No voy a hablar de los padecimientos de los enfermos, éstos han comido de la manzana y al diablo con ellos... Que el diablo se los lleve a todos, pero ¡éstos, éstos!... Te estoy atormentando, Aliosha, pareces un tanto alterado. Lo dejo, si quieres.

—No te preocupes, yo también quiero atormentarme —balbuceó Aliosha.

—Otro cuadro más, solo un cuadro más, por curiosidad, y de lo más característico; además, lo he leído hace poco en una de esas compilaciones de viejos documentos nuestros, no sé si en el Archivo o en Antigüedad, habría que comprobarlo, ya no recuerdo dónde lo he leído. Ocurrió en la época más sombría del régimen de servidumbre, todavía a principios de siglo, ¡que viva el libertador del pueblo! Había entonces, a principios de siglo, un general; era un general con excelentes relaciones y un riquísimo propietario, pero de esos que (es verdad que ya entonces, al parecer, eran muy pocos), en el momento de retirarse del servicio activo, lo hacían plenamente convencidos de que se habían ganado el derecho a decidir sobre la vida y la muerte de sus súbditos. Algunos había así por entonces. El caso es que este general vivía en su hacienda, con dos mil almas, dándose aires, despreciando a sus modestos vecinos, a los que trataba como si vivieran a su costa o fueran bufones suyos. Poseía una perrera con centenares de perros y cerca de cien perreros, todos de uniforme, cada uno con su caballo. Y he aquí que un día el hijo de unos siervos, un niño de apenas ocho años, le tira jugando una piedra al lebel favorito del general y le lastima una pata. «¿Cómo es que renquea mi perro preferido?» Le explican que, por lo visto, un chico le ha tirado una piedra y le ha magullado una pata. «Ah, has sido tú», le echa el ojo el general. «¡Cogedlo!» Lo cogen, se lo arrebatan a la madre, lo tienen toda la noche en una mazmorra, y al día siguiente, de buena mañana, el general se prepara para salir de caza, vestido de gala; monta a caballo, rodeado por todos los que viven a su costa, por sus perros, perreros, monteros, todos a caballo. Ha reunido a toda la servidumbre, para darle un escarmiento, y han puesto en primera fila a la madre del chico culpable. Sacan al niño de la mazmorra. Es un día gris de otoño, frío y brumoso, un día perfecto para la caza. El general ordena desvestir al niño, lo desnudan por completo, el crío se echa a temblar, loco de miedo, no osa rechistar... «¡Que corra!», ordena el general. «¡Corre, corre!», le gritan los perreros, el niño echa a correr... «¡Hala! ¡A él!», vocea el general y lanza contra él a toda la jauría de galgos. ¡Los azuzó a la vista de la madre, y los perros hicieron pedazos al niño! Al general, por lo visto, lo han incapacitado. Bueno... y ¿qué habría que hacer con él? ¿Fusilarlo? ¿Fusilarlo para satisfacer nuestro sentido moral? ¡Habla, Alioshka!

—¡Sí, fusilarlo! —susurró Aliosha, mirando a su hermano con una especie de sonrisa pálida y forzada.

—¡Bravo! —gritó Iván, con cierto entusiasmo—. Si tú lo dices, eso es que... ¡Vaya con el monje asceta! ¡Mira qué diablillo anida en tu corazoncito, Alioshka Karamázov!

—He dicho un disparate, pero...

—Ahí está: resulta que hay un pero... —exclamó Iván—. Debes saber, novicio, que los disparates son imprescindibles en este mundo. El mundo reposa sobre disparates, y es muy posible que sin ellos no ocurriera nunca nada. ¡Sabemos lo que sabemos!

—¿Qué sabes tú?

—Yo no entiendo nada —prosiguió Iván, como en un delirio—, y ahora tampoco quiero entender nada. Quiero atenerme a los hechos. Hace ya tiempo que renuncié a entender. Si intento entender alguna cosa, enseguida distorsiono los hechos, y he decidido atenerme a los hechos...

—¿Por qué me pones a prueba? —exclamó afligido Aliosha, con un desgarró—. ¿Me lo vas a decir de una vez?

—Claro que te lo voy a decir, precisamente a eso iba. Te tengo mucho aprecio, no quiero soltarte y no voy a cederte a tu Zosima. —Iván estuvo como un minuto callado; de repente, se le puso una cara muy triste—. Escucha: me he referido exclusivamente a los niños para que resultara más evidente. De las otras lágrimas del hombre que han empapado la tierra, desde la corteza hasta el centro, no voy a decir una palabra; he preferido acotar mi tema. Yo soy una chinche y me declaro, con toda humildad, profundamente incapaz de comprender con qué objetivo se han organizado así las cosas. Los hombres, ya se sabe, son culpables: se les dio el paraíso, ellos optaron por la libertad y robaron el fuego de los cielos, sabiendo positivamente que serían desgraciados; en definitiva, no hay razón para tenerles lástima. Ah, para una mentalidad tan lamentable como la mía, terrenal y euclidiana, lo único seguro es que el dolor existe, y que no hay culpables, que una cosa se sigue de otra de una manera directa y sencilla, que todo fluye y se equilibra, pero esto no es más que un delirio euclidiano, ya lo sé, y ¡no puedo estar de acuerdo en vivir en función de ese delirio! ¿A mí qué me importa que no haya culpables y que yo sea consciente? Lo que yo necesito es que haya un castigo, si no, acabaré por destruirme. Y que el castigo no se produzca en el infinito, a saber dónde, a saber cuándo, sino aquí, en la tierra, y que pueda verlo personalmente. He tenido fe, quiero ver por mí mismo, y, si para entonces yo ya he muerto, que me resuciten, pues si todo eso ocurre sin mí será un agravio excesivo. No he sufrido yo para abonar con mis malas acciones y mis padecimientos una futura armonía ajena. Quiero ver con mis propios ojos cómo la cierva yace con el león y cómo el degollado se levanta y abraza a su asesino. Quiero estar aquí cuando todos, de pronto, descubran qué sentido ha tenido todo esto. Ese deseo está en la base de todas las religiones de la tierra, y yo tengo fe. Y, sin embargo, ya lo ves, ahí están los niños: ¿qué hago entonces con ellos? Es un problema que no puedo resolver. Lo repito por centésima vez: hay gran cantidad de problemas, pero me he limitado al de los niños porque en él se refleja con toda claridad lo que quiero decir. Escucha: si todos tenemos que sufrir para comprar con nuestro sufrimiento la armonía eterna, ¿qué tienen que ver aquí los niños? ¿Podrías explicármelo? No hay forma de entender por qué tienen que sufrir también ellos, por qué les toca contribuir a la armonía con sus padecimientos. ¿Por qué tienen que servir de materia con la que abonar la futura armonía de no se sabe quién? Puedo entender la solidaridad de los hombres en el

pecado, entiendo también la solidaridad en el castigo, pero en el caso de los niños no puede haber solidaridad en el pecado, y si la verdad estriba en que ellos son, de hecho, solidarios con las fechorías de sus padres, esa verdad, indudablemente, no es de este mundo y a mí me resulta incomprensible. Seguro que a algún guasón se le ocurre decir que el niño va a crecer de todos modos y que ya tendrá tiempo para pecar, pero resulta que aquel niño no creció: a los ocho años lo despedazaron los perros. ¡Oh, Aliosha, yo no blasfemo! Entiendo muy bien cómo será la conmoción universal cuando todas las criaturas en el cielo y en las entrañas de la tierra se fundan en un solo cántico de alabanza y todo cuanto viva o haya vivido pregone: «¡Justo eres, Señor, pues se han abierto tus caminos!». Cuando la madre se abraza al torturador que ha hecho que los perros despedacen a su hijo, y los tres proclamen con lágrimas en los ojos: «¡Justo eres, Señor!». Entonces, naturalmente, se alcanzará la cumbre del conocimiento y todo quedará explicado. Pero ahí está el problema, es eso mismo lo que no puedo aceptar. Y, mientras esté en la tierra, Aliosha, me apresuro a tomar mis medidas. Verás, Aliosha, es posible que, en efecto, si vivo hasta que llegue ese momento, o si resucito para verlo, al contemplar a la madre abrazada al verdugo de su hijo, proclame con todos los demás: «¡Justo eres, Señor!». Pero es que yo no quiero proclamarlo. Mientras me quede tiempo, procuraré mantenerme al margen, renunciando por completo a la suprema armonía. No vale siquiera esa armonía lo que el llanto de aquella sola niña maltratada que se daba golpes en el pecho y, en su hediondo encierro, rogaba al «niño Dios» con lágrimas para las que no cabe perdón. No lo vale, porque esas lágrimas no han sido expiadas. Tienen que ser expiadas, de otro modo, tampoco puede haber armonía. Pero ¿cómo podría uno expiarlas? ¿Acaso es posible? ¿Acaso sabiendo que serán vengadas? Pero ¿de qué me sirve a mí la venganza, de qué el infierno para los verdugos? ¿Qué puede corregir el infierno si esos niños ya han sido torturados? Y ¿qué armonía es ésa si existe el infierno? Yo lo que quiero es perdonar, lo que quiero es abrazar; no quiero que nadie siga sufriendo. Y, si los sufrimientos de los niños han servido para completar la suma de sufrimientos necesaria para comprar la verdad, yo afirmo de antemano que esa verdad no vale un precio semejante. ¡No quiero, en fin, que la madre abraza al verdugo que ha hecho que los perros destrocen a su hijo! ¡Que no se atreva a perdonarlo! Si quiere, que le perdone al torturador su propio sufrimiento, su inconmensurable dolor de madre, pero no tiene derecho a perdonar los padecimientos del hijo despedazado, ¡que no se atreva a perdonárselos al verdugo, por más que el pobre crío se los perdone! Y, si eso es así, si las víctimas no deben atreverse a perdonar, ¿dónde está la armonía? ¿Hay en el mundo un ser capaz de perdonar y que tenga derecho a hacerlo? No quiero esa armonía; por amor a la humanidad, no la quiero. Prefiero que los sufrimientos no reciban castigo. Más vale que mi propio dolor no se vea vengado, que mi indignación no obtenga respuesta, aunque yo no tenga razón. Muy caro le han puesto el precio a

la armonía, la entrada no está al alcance de nuestro bolsillo. En vista de lo cual, me apresuro a devolver mi billete de entrada. Y, a poco que sea yo un hombre honrado, mi obligación es devolverlo cuanto antes. Eso es lo que pienso hacer. No es que no acepte a Dios, Aliosha, me limito a devolverle el billete con todo respeto.

—Es una rebelión —dijo Aliosha en voz baja, mirando al suelo.

—¿Una rebelión? Preferiría no haberte oído esa palabra —dijo Iván con fervor—. Difícilmente se puede vivir en rebelión, y yo quiero vivir. Dime sin rodeos, quiero me respondas con toda franqueza: imagínate que tienes que levantar el edificio del destino humano, con la intención última de hacer feliz al hombre, proporcionándole, al fin, paz y sosiego; pero para eso tendrías que torturar, inevitable e inexcusablemente, a una sola de esas criaturitas, pongamos por caso, a esa niña pequeña que se daba golpes de pecho, y erigir ese edificio sobre sus lágrimas no vindicadas. En esas condiciones, ¿estarías dispuesto a ser el arquitecto? ¡Responde y no mientas!

—No, no estaría dispuesto —dijo Aliosha en voz baja.

—¿Y puedes admitir la idea de que la gente para la que construyes el edificio consintiera alcanzar la felicidad a costa de la intolerable sangre de la pequeña martirizada y viviera después feliz por los siglos de los siglos?

—No, no puedo admitirla. Hermano —dijo repentinamente Aliosha, con los ojos brillantes—, te preguntabas hace un momento si habrá en todo el mundo un ser que pueda perdonar y tenga derecho a hacerlo. Pues ese ser existe, y puede perdonarlo todo y perdonárselo todo a todos, porque ha dado su sangre inocente por todos y por todo. Tú te has olvidado de Él, pero es sobre Él, precisamente, sobre quien se sostiene el edificio, y ante Él proclamarán: «¡Justo eres, Señor, pues se han abierto tus caminos!».

—¡Ah, el «único sin pecado» y su sangre! No, no me he olvidado de Él; al contrario, me extrañaba que tardaras tanto en mencionarlo, porque en cualquier discusión, habitualmente, los tuyos enseguida lo traen a colación. ¿Sabes una cosa, Aliosha? Te vas a reír, pero hará cosa de un año compuse un poema. Si puedes perder unos diez minutos más conmigo, ¿te gustaría que te lo contara?

—¿Que has escrito un poema?

—Oh, no, no lo he escrito —Iván se echó a reír—, y el caso es que tampoco he compuesto un par de versos en toda mi vida. Pero he concebido ese poema y puedo recordarlo. Lo concebí con pasión. Tú serás mi primer lector, o sea, mi primer oyente. Así es, ¿cómo iba a dejar escapar el autor a un solo oyente? —Iván se sonrió—. ¿Te lo cuento o no?

—Soy todo oídos —contestó Aliosha.

—Mi poema se titula El gran inquisidor; es una cosa disparatada, pero me apetece que lo conozcas.

V. El gran inquisidor

—Tampoco aquí puedo pasarme sin un prólogo, quiero decir sin un prólogo literario, ¡uf! —se rió Iván—; ¡valiente autor estoy hecho! Verás, la acción transcurre en el siglo XVI, y en esa época, aunque eso tú ya debes saberlo de la escuela, era costumbre que intervinieran fuerzas sobrenaturales en las obras poéticas. Y no hablo ya de Dante. En Francia, los amanuenses de los tribunales, así como los monjes en los monasterios, daban verdaderas representaciones en las que sacaban a escena a la Virgen, a los ángeles, a los santos, a Jesucristo y al mismísimo Dios. Entonces había mucha ingenuidad en todo eso. En Nuestra Señora de París, de Victor Hugo, en tiempos de Luis XI, con ocasión del nacimiento del delfín de Francia, se le ofrece al público en la sala del Ayuntamiento una representación edificante y gratuita con el título de *Le bon jugement de la très sainte et gracieuse Vierge Marie*, en la que la propia Virgen aparece en persona y pronuncia su *bon jugement*. Entre nosotros, en Moscú, antes de Pedro, también se ofrecían de vez en cuando obras cuasidramáticas de ese tenor, en particular del Antiguo Testamento; pero, aparte de las representaciones dramáticas, en esos tiempos circulaban por todo el mundo numerosos relatos y «baladas» en los que intervenían, según las necesidades, santos, ángeles y todas las fuerzas celestiales. En nuestros monasterios se dedicaban igualmente a traducir, copiar e incluso componer poemas de esa clase ya en tiempos de los tártaros. Hay, por ejemplo, un breve poema monástico (naturalmente, traducido del griego), *Recorrido de la Virgen por los tormentos del infierno*, con unos cuadros de un atrevimiento comparable a los de Dante. La Madre de Dios visita el infierno, y el arcángel Miguel la guía «por los tormentos». Ella ve a los pecadores y contempla sus padecimientos. Allí aparece, entre otras, una categoría interesantísima de pecadores en un lago ardiente: a quienes se hunden en ese lago, de modo que ya no pueden volver a la superficie, «a éstos Dios ya los olvida», expresión ésta de extraordinaria fuerza y profundidad. Pues bien, la Madre de Dios, conmovida y llorosa, se postra ante el trono divino y solicita el perdón para todos cuantos están en el infierno, para todos a los que ha visto allá, sin distinciones. Su conversación con Dios es de un interés colosal. Suplica, no ceja, y cuando Dios le señala las manos y pies de su hijo, atravesados por clavos y le pregunta: «¿Cómo voy a perdonar a sus verdugos?», ella ordena a todos los santos, a todos los mártires, a todos los ángeles y arcángeles que caigan de rodillas junto a ella y que rueguen por el perdón de todos sin excepción. Finalmente, la Virgen obtiene de Dios una suspensión de los tormentos, todos los años, desde el Viernes Santo hasta el día de Pentecostés, y desde el infierno los pecadores dan las gracias al Señor, proclamando: «Justo eres,

Señor, y es justa tu sentencia». Pues mi poemita habría sido por el estilo de haber surgido en aquella época. Él aparece en escena; es verdad que no dice nada en el poema, se limita a aparecer y pasar de largo. Quince siglos han transcurrido ya desde que prometió volver a su reino, desde que su profeta dejó escrito: «Vengo pronto». «Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre», como Él mismo dijo cuando aún estaba en la tierra. No obstante, la humanidad lo espera con la misma fe de antaño y con el mismo afecto de antaño. Oh, incluso con mayor fe, pues ya han pasado quince siglos desde que cesaron las garantías que el hombre recibía del cielo:

Confía en lo que el corazón te diga.

No hay garantías de los cielos.

»¡Y solo quedaba la fe en lo que hubiera dicho el corazón! Es cierto que entonces abundaban los milagros. Había santos que obraban curaciones milagrosas; a algunos justos, según consta en los relatos de sus vidas, se les aparecía la mismísima Reina de los Cielos. Pero el diablo no duerme, y entre los hombres cundió la duda acerca de la autenticidad de tales milagros. Justamente entonces apareció en el norte, en Alemania, una nueva y terrible herejía. Una inmensa estrella, “ardiendo como una estrella” (es decir, la Iglesia), cayó “en las fuentes de las aguas”, que “fueron hechas amargas”. Estas herejías, de manera blasfema, empezaron a negar los milagros. Pero, por eso mismo, quienes se mantienen fieles creen con más fervor. Las lágrimas de la humanidad siguen elevándose hacia Él como antes, lo esperan, lo aman, confían en Él, ansían padecer y morir por Él, igual que antes. Tantos siglos imploró la humanidad con fe y con pasión: “Oh, Señor, ven a nosotros”; tantos siglos lo estuvo invocando, para que Él, en su infinita compasión, quisiera descender junto a los suplicantes. Ya había descendido, ya había visitado con anterioridad a algunos justos, mártires y santos anacoretas estando aún en la tierra, tal y como está escrito en los relatos de sus vidas. Entre nosotros, Tiútchev, profundamente convencido de la veracidad de sus propias palabras, ha proclamado:

Abrumado por el peso de la cruz,
de punta a punta, mi querida tierra,
como un simple esclavo, el Rey de los Cielos
te ha recorrido bendiciéndote.

»Algo que ha ocurrido indefectiblemente, te lo digo yo. He aquí que Él deseó mostrarse aunque solo fuera un momento al pueblo, a ese pueblo atormentado, sufriente, que peca de un modo hediondo pero que lo ama con un amor de niño. La acción de mi poema tiene lugar en España, en Sevilla, en los tiempos más atroces de la Inquisición, cuando en el país ardían a diario las hogueras para glorificar a Dios y en grandiosos autos de fe quemaban a los pérfidos herejes.

»Naturalmente, no fue ése su prometido descenso a la tierra, tal y como se presentará en el fin de los tiempos, con toda su gloria celestial, de forma repentina, “como el relámpago sale del oriente y resplandece hasta el occidente”. No, solo quiso visitar brevemente a sus hijos, precisamente allí donde crepitaban las hogueras de los herejes. Por su misericordia infinita, caminó una vez más entre las gentes, en la misma forma humana que había tenido cuando habitó durante tres años en medio de los hombres, quince siglos antes. Desciende a las “tórridas callejas” de la ciudad meridional, precisamente allí donde la misma víspera, en “un grandioso auto de fe”, en presencia del rey, de la corte, de caballeros, de cardenales y de hermosísimas cortesanas, delante de la numerosa población de toda Sevilla, el cardenal y gran inquisidor había hecho quemar a cerca de un centenar de herejes ad majorem gloriam Dei. Aparece en silencio, discretamente, pero todos, por raro que parezca, lo reconocen. Éste podría ser uno de los mejores pasajes del poema; quiero decir, por qué, precisamente, lo reconocen. La gente, arrastrada por una fuerza invencible, se dirige hacia Él, lo rodea, se apelotona a su alrededor, lo sigue. Él avanza en silencio entre la multitud, con una sonrisa callada de infinita compasión. Arde en su corazón el sol del amor, brotan de sus ojos los rayos de la Luz, de la Iluminación y de la Fuerza y, derramándose sobre los hombres, despierta en sus corazones un amor recíproco. Tiende los brazos hacia ellos, los bendice y, al contacto con Él, incluso con sus vestiduras, surge una fuerza que da salud. Un anciano, ciego desde la infancia, grita en medio de la multitud: “Cúrame, Señor, y así podré verte”, y de pronto se le caen una especie de escamas de los ojos, y el ciego ve al Señor. El pueblo llora y besa la tierra que pisa. Los niños arrojan flores a su paso, proclaman y cantan: “¡Hosanna!”. “Es Él, es Él —repite todo el mundo—, tiene que ser Él, no puede ser otro.” Se detiene en el atrio de la catedral de Sevilla justo en el momento en que introducen en el templo, entre llantos, un pequeño ataúd blanco, abierto: descansa en él una niña de siete años, hija única de un ciudadano ilustre. La criatura muerta está cubierta de flores. “Él resucitará a tu hija”, grita una voz entre la muchedumbre a la madre que llora. El deán del cabildo catedralicio, que ha salido al encuentro del féretro, mira perplejo y frunce el ceño. Pero de pronto resuena el lamento de la madre de la niña muerta. La mujer se arroja a los pies del Señor: “¡Si eres Tú, resucita a mi hija!”, exclama, tendiendo los brazos hacia Él. El cortejo se detiene, depositan el féretro en el suelo del atrio, a sus pies. Él mira con compasión, y sus labios, dulcemente, vuelven a ordenar: “Talitá kum, que quiere decir: Muchacha, a ti te digo, levántate”. La muchacha se incorpora en el féretro, se sienta y mira sonriente, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Tiene en las manos el ramillete de rosas blancas con el que yacía en el ataúd. La gente está emocionada, hay gritos y llantos; y en ese mismo instante cruza la plaza de la catedral el mismísimo cardenal, el gran inquisidor. Es un anciano de casi noventa años, alto y erguido, de rostro enjuto, con los ojos hundidos, pero en los que aún brilla como una

chispa de fuego. Oh, no viste sus espléndidos ropajes cardenalicios, con los que ayer se pavoneaba ante el pueblo mientras quemaban a los enemigos de la fe romana; no, en estos momentos no lleva más que su viejo y tosco hábito monástico. A una distancia prudencial lo siguen sus siniestros auxiliares y siervos, así como la guardia "sagrada". Se detiene delante de la multitud y la observa desde lejos. Lo ha visto todo, ha visto cómo ponían el ataúd a sus pies, ha visto cómo resucitaba a la doncella, y la expresión se le ha ensombrecido. Frunce sus pobladas cejas encanecidas, y su mirada resplandece con un fuego siniestro. Extiende el dedo índice y ordena a sus guardias que lo prendan. Y es tanta su fuerza, hasta tal punto tiene al pueblo adoctrinado, sometido y habituado a obedecer temblando sus órdenes que la muchedumbre de inmediato abre paso a los guardias, y éstos, en medio del silencio sepulcral que se ha hecho de repente, lo detienen y se lo llevan. En un abrir y cerrar de ojos, la multitud, como un solo hombre, inclina la cabeza hasta el suelo ante el anciano inquisidor, el cual, sin decir una palabra, bendice al pueblo y sigue su camino. La guardia conduce al prisionero a una mazmorra abovedada, angosta y tenebrosa, en el viejo caserón del Santo Oficio, y allí lo dejan encerrado. Pasa el día, cae la oscura, sofocante y "mortecina" noche sevillana. El aire "huele a laurel y a limonero". En medio de las profundas tinieblas, se abre la puerta de hierro de la mazmorra y el gran inquisidor en persona entra lentamente con un candil en la mano. Está solo; a su espalda la puerta se cierra de inmediato. Se detiene cerca del umbral y se queda mucho tiempo, un minuto, quizá dos, contemplando el rostro del preso. Por fin, se acerca con paso quedo, deja el candil en la mesa y le dice: "¿Eres Tú? ¿Tú? —Pero, sin recibir respuesta, añade enseguida—: No contestes, guarda silencio. Además, ¿qué podrías decir? De sobra sé lo que dirías. No tienes derecho a añadir nada a lo que ya has dicho antes. ¿Por qué has venido a estorbarnos? Porque Tú has venido a estorbarnos, y también lo sabes. Pero ¿acaso sabes lo que ocurrirá mañana? Yo no sé quién eres ni quiero saberlo, si en verdad eres Tú o solo una apariencia suya, pero mañana te condenaré y te haré quemar en la hoguera, como al más vil de los herejes, y bastará un solo gesto mío para que el mismo pueblo que hoy te ha besado los pies mañana se lance a avivar las brasas de tu hoguera, ¿lo sabes? Sí, puede que lo sepas", añadió, profundamente caviloso, sin apartar un instante la mirada de su prisionero.

—No acabo de entender, Iván, qué significa todo esto —sonrió Aliosha, que llevaba todo ese tiempo escuchando en silencio—: ¿se trata, simplemente, de una fantasía sin límites, o de algún error del viejo, de un imposible qui pro quo?

—Admite aunque sea esto último —se echó a reír Iván—, si es que el realismo contemporáneo te ha estragado el gusto y ya no puedes tolerar nada fantástico. ¿Prefieres que sea un qui pro quo? Pues muy bien. Es verdad —volvió a reírse—, el viejo tiene noventa años, hace ya tiempo que podía haber perdido el juicio dándole vueltas a su idea. El prisionero, además, podía haberlo impresionado vivamente por su

aspecto. Podía tratarse, en fin, de una alucinación, del delirio de un anciano de noventa años a las puertas de la muerte, excitado, además, por el auto de fe de la víspera, con sus cien herejes quemados. Pero ¿qué más nos da, a ti y a mí, que sea un qui pro quo o una fantasía sin límites? La cuestión es que el viejo necesita explicarse, que por fin, a sus noventa años, se manifiesta y dice en voz alta todo lo que en noventa años ha callado.

—¿Y el prisionero también calla? ¿Se queda mirándolo sin decir una palabra?

—En efecto, así tiene que ser de todas todas. —lván se rió de nuevo—. El viejo lo advierte de que no tiene derecho a añadir nada a lo que ya ha dicho antes. Si quieres, en eso consiste el rasgo fundamental del catolicismo romano, al menos, a mi entender. «Tú le has cedido todo al Papa —vienen a decirle—, así que ahora todo está en manos del Papa, mejor no vengas a estorbar, al menos hasta la hora señalada.» No solo hablan en ese sentido, sino que incluso escriben de esa manera; por lo menos, es lo que hacen los jesuitas. Yo lo he leído en sus teólogos. «¿Tienes derecho acaso a revelarnos uno solo de los misterios del mundo del que has venido? —le pregunta mi viejo, y él mismo se responde—: No, no tienes derecho a hacerlo, para no añadir nada a lo que ya está dicho y para no privar a los hombres de su libertad, una libertad que tanto defendiste cuando habitaste entre nosotros. Todo cuanto anunciaras ahora por primera vez atentaría contra la libertad de la fe de los hombres, pues se presentaría como un milagro; en cambio, entonces, hace mil quinientos años, la libertad de su fe era lo más valioso para ti. Fuiste Tú quien repitió entonces con frecuencia: “Quiero haceros libres”. Pues bien, ya has visto a esos hombres “libres” —añade de pronto el viejo con una sonrisa reflexiva—. Sí, todo esto nos ha salido muy caro —prosigue, mirándolo con severidad—, pero al fin hemos terminado esta obra en tu nombre. Quince siglos de sufrimiento nos ha costado esa libertad, pero ahora el asunto está concluido y zanjado de una vez por todas. ¿No crees que esté zanjado de una vez por todas? ¿Me miras con aire sumiso y no me concedes siquiera tu indignación? Pero debes saber que ahora, en nuestros días, estos hombres están más seguros que nunca de que son enteramente libres, y entretanto ellos mismos nos han traído su libertad y la han depositado dócilmente a nuestros pies. Pero eso lo hemos hecho nosotros; ¿es ésta la libertad que deseabas?»

—Tampoco ahora lo entiendo —le interrumpió Aliosha—; ¿acaso ironiza, se burla?

—De ningún modo. Precisamente está presentando como un mérito suyo y de los suyos el hecho de haber triunfado sobre la libertad, y todo con tal de hacer felices a los hombres. «Pues solo ahora —se refiere, como es natural, a la Inquisición— se ha hecho posible por primera vez pensar en la felicidad del hombre. Los hombres fueron creados con una naturaleza rebelde: ¿pueden los rebeldes ser felices? Te habían avisado —sigue diciendo—, no te faltaron advertencias e indicaciones, pero no hiciste caso de tales advertencias; rechazaste el único camino que conducía a la felicidad de

los hombres; no obstante, al marcharte, afortunadamente, pusiste tu obra en nuestras manos. Lo prometiste, empeñaste en ello tu palabra, nos otorgaste el derecho a atar y desatar, y ahora, por descontado, no pienses siquiera en quitarnos ese derecho. ¿Por qué has tenido que venir a estorbarnos?»

—¿Qué quiere decir eso de que no le faltaron advertencias e indicaciones? — preguntó Aliosha.

—Precisamente eso es lo más importante de todo lo que al viejo le toca explicar. «Un espíritu tan terrible como inteligente, el espíritu de la autodestrucción y la inexistencia —sigue diciendo el viejo—, el gran espíritu habló contigo en el desierto y, según dicen los libros, te “tentó”. ¿Es cierto? ¿Podría acaso decirse algo más verdadero que aquellas tres preguntas que te formuló, y que tú rechazaste, y que en los libros se conocen como “tentaciones”? Y lo cierto es que, si alguna vez se ha obrado en la tierra un milagro realmente atronador, fue precisamente aquel día, el día de las tres tentaciones. La mera formulación de esas tres preguntas ya era, justamente, un milagro. Si fuera posible imaginar, solo a modo de prueba y de ejemplo, que esas tres preguntas del terrible espíritu se hubieran perdido sin dejar rastro en los libros y que fuera preciso restablecerlas, idearlas y componerlas de nuevo para volver a introducirlas en esos libros, y que hubiera que reunir con ese fin a todos los sabios de la tierra, a gobernantes, prelados, científicos, filósofos y poetas, diciéndoles: “Discurrid, formulad tres preguntas, pero han de ser tales que, además de responder a la magnitud del acontecimiento, expresen por encima de todo, en tres palabras, en solo tres frases humanas, toda la historia futura del mundo y de la humanidad”, ¿crees Tú que toda la sabiduría de la tierra, así reunida, podría concebir algo remotamente parecido, en fuerza y profundidad, a esas tres preguntas que de hecho te formuló entonces, en el desierto, el poderoso e inteligente espíritu? Solo por esas preguntas, por el simple milagro de su formulación, se comprende que no se trata de una inteligencia humana corriente, sino de una inteligencia eterna y absoluta. Pues en esas tres preguntas está como englobada y profetizada toda la historia sucesiva del hombre y en ellas se presentan los tres modelos a los que se reducen todas las irresolubles contradicciones históricas de la naturaleza humana en la tierra. Entonces eso no podía resultar tan evidente, ya que se desconocía el futuro; pero ahora, quince siglos más tarde, vemos cómo en esas tres preguntas está todo previsto y profetizado, y se han justificado hasta tal punto que es imposible añadirles ni quitarles nada.

»Así pues, Tú decides quién tenía razón: ¿Tú o aquel que entonces te interrogó? Recuerda la primera pregunta; si no era así literalmente, su sentido era éste: “Tú pretendes ir al mundo, y vas con las manos vacías, con una vaga promesa de libertad: una libertad que ellos, en su simplicidad y en su arbitrariedad innata, son incapaces de concebir siquiera; una libertad que temen y que les asusta, pues nunca ha habido para el hombre y para la sociedad humana nada más insoportable que la libertad. ¿Ves esas

pedras del desierto árido y ardiente? Transfórmalas en panes y la humanidad correrá detrás de ti como un rebaño, agradecido y dócil, aunque siempre estará temblando de miedo ante la posibilidad de que retires tu mano y los dejes sin pan". Pero tú no quisiste privar al hombre de libertad y rechazaste la propuesta, pues ¿qué libertad puede haber, debiste pensar, si la obediencia se compra con pan? Replicaste que no solo de pan vive el hombre, pero has de saber que en nombre de ese pan terrenal se rebelará contra ti el espíritu de la tierra, luchará y te derrotará, y todos lo seguirán, proclamando: "¿Quién es semejante a la bestia, que nos ha dado el fuego del cielo?". Has de saber que pasarán los siglos y la humanidad proclamará, por boca de la sabiduría y de la ciencia, que no existe el crimen ni, por tanto, tampoco el pecado, sino que existen solo los hambrientos. "¡Dales de comer, y pregúntales entonces por sus virtudes!"; eso escribirán en la bandera que levantarán contra ti y que agitarán para destruir tu templo. Un nuevo edificio se alzará allí donde estaba tu templo, la horrible torre de Babel volverá a edificarse, y aunque tampoco ésta se vea culminada, como ocurrió con la primera, tú siempre habrías podido evitar la construcción de esta nueva torre y acortar en mil años los sufrimientos de los hombres, pues solo acudirán a nosotros, ¡después de haber padecido mil años con su torre! Vendrán otra vez a buscarnos bajo la superficie de la tierra, en catacumbas, donde estaremos ocultos, porque seremos nuevamente perseguidos y martirizados, y, al encontrarnos, nos implorarán: "¡Dadnos de comer, porque aquellos que nos habían prometido el fuego del cielo no nos lo han traído!". Y entonces acabaremos de edificar su torre, pues culminarán la construcción quienes den de comer, y solo nosotros daremos de comer en tu nombre, y mentiremos al decir que lo hacemos en tu nombre. ¡Oh, nunca, nunca, podrán alimentarse sin nosotros! Ninguna ciencia les proporcionará pan mientras sigan siendo libres, pero al final depositarán su libertad a nuestros pies, diciéndonos: "Es preferible que nos hagáis vuestros esclavos, pero dadnos de comer". Al fin comprenderán que son incompatibles la libertad y el pan terrenal en abundancia para todos, pues nunca, nunca serán capaces de repartirlo entre ellos. Se convencerán también de que jamás podrán ser libres, pues son débiles, depravados, mezquinos y rebeldes. Tú les prometiste el pan celestial, pero, vuelvo a repetir, ¿puede acaso, a los ojos de la débil tribu humana, siempre depravada y siempre ingrata, compararse con el pan de la tierra? Y, aun admitiendo que te siguieran, en nombre de ese pan celestial, miles y decenas de miles de seres humanos, ¿qué sería de los millones y decenas de miles de millones que son incapaces de prescindir del pan terrenal a cambio del celestial? ¿O es que reservas tu amor para las decenas de miles de individuos fuertes y poderosos, mientras que los demás, que son millones, que son incontables como las arenas del desierto, que te aman, a pesar de ser débiles, solo han de servir como material para los grandes y los fuertes? No, para nosotros también los débiles son dignos de amor. Son depravados y rebeldes, pero al final también ellos se tornarán

sumisos. Se quedarán asombrados y nos tendrán por dioses, porque, poniéndonos al frente de ellos, habremos aceptado cargar con su libertad y reinar sobre ellos: ¡así de espantosa les resultará, al final, la idea de ser libres! Pero les diremos que somos tus discípulos y que reinamos en tu nombre. Una vez más, los estaremos engañando, pues a ti ya no te dejaremos acercarte. Esa impostura será nuestro tormento, ya que nos habremos visto obligados a mentir. Ése es el sentido de aquella primera pregunta del desierto, aquella que Tú rechazaste en nombre de la libertad, que situaste por encima de todo. Lo cierto es que en esa pregunta se encerraba el gran secreto de este mundo. De haber aceptado "los panes", habrías respondido a esa angustiada pregunta, eterna y universal, de los hombres, lo mismo tomados de uno en uno que tomados en su conjunto: "¿Ante quién inclinarse?". Para el hombre no hay preocupación más constante y penosa que la de descubrir lo antes posible, apenas alcanzada la libertad, ante quién inclinarse. Mas lo que busca el hombre es doblegarse ante algo que sea indiscutible, tan indiscutible que todos los hombres accedan a reverenciarlo con unanimidad. Pues todo el afán de estas criaturas deplorables no consiste ya en encontrar algo ante lo que tal o cual individuo pueda doblegarse, sino en dar con aquello en lo que todos crean y todos reverencien, todos a una, necesariamente. Y esa necesidad de comunión en la sumisión constituye el mayor tormento de cada individuo, así como de la humanidad en su conjunto, desde el origen de los tiempos. Por culpa de esa sumisión colectiva, los hombres se han exterminado con la espada. Han creado a los dioses y se han desafiado, diciendo: "¡Renunciad a vuestros dioses y acudid a adorar a los nuestros, si no queréis la muerte para vosotros mismos y para los dioses vuestros!". Y así seguirá siendo hasta el fin del mundo: incluso cuando los dioses hayan desaparecido, los hombres seguirán postrándose ante ídolos. Tú conocías, no podías dejar de conocer este secreto fundamental de la naturaleza humana, pero rechazaste la única bandera infalible que se te había ofrecido para obligar a todo el mundo a inclinarse ante ti sin discusión: la bandera del pan terrenal, que rechazaste en nombre de la libertad y del pan celestial. Fíjate en lo que has hecho después. ¡Y siempre en nombre de la libertad! Te repito que no hay para el hombre preocupación más espantosa que la de encontrar a alguien a quien entregar, cuanto antes, el don de la libertad con el que nace este ser desdichado. Pero solo quien tranquiliza su conciencia consigue dominar la libertad de los hombres. Con el pan se ponía en tus manos una bandera infalible: si le das pan a un hombre, se inclinará ante ti, pues nada hay más infalible que el pan; pero, si alguien se apodera de la conciencia de ese hombre, éste despreciará tu pan e irá detrás de aquel que ha seducido su conciencia. En eso tenías razón. Y es que el misterio de la existencia humana no consiste únicamente en vivir, sino en saber para qué se vive. Sin una idea precisa del sentido de su vida, el hombre no quiere vivir y prefiere matarse antes que seguir en la tierra, por mucho que nade en la abundancia. Y, sin embargo,

ya ves lo que ocurrió: en vez de someter la libertad de los hombres, ¡Tú se la hiciste aún mayor! ¿O acaso habías olvidado que el hombre aprecia más la tranquilidad o incluso la muerte que la libertad para discernir el bien y el mal? No hay nada que seduzca más al hombre que el libre albedrío, pero tampoco hay nada que lo haga sufrir más. Pues bien, en lugar de establecer unas bases firmes para tranquilizar, definitivamente, la conciencia de la gente, te inclinaste por todo lo extraordinario, misterioso e indefinido, todo lo que no está al alcance de las fuerzas humanas, actuando como si no amaras en absoluto a los hombres; ¡y eso lo hiciste Tú, ni más ni menos, que habías venido a dar la vida por ellos! En vez de domeñar la libertad humana, la multiplicaste, abrumando con sus tormentos el reino espiritual de los hombres por los siglos de los siglos. Pretendías que el hombre amara libremente, que te siguiera por su propia voluntad, seducido y cautivado por ti. En lugar de someterse al rigor de la vieja ley, el hombre, de corazón libre, tendría que discernir en lo sucesivo el bien y el mal, sin otra guía que tu imagen delante de los ojos. Pero ¿de verdad no previste que el hombre acabaría renegando de ti y que llegaría a poner en cuestión tu imagen y tu verdad, oprimido por la carga espantosa del libre albedrío? Proclamará al final que la verdad no está en ti, pues era imposible dejarlos en mayor turbación y tormento de lo que hiciste Tú, cargándolos de preocupaciones y problemas irresolubles. De ese modo, Tú mismo sentaste las bases para la destrucción de tu reino, y a nadie puedes culpar más que a ti. ¿Acaso era eso lo que te habían propuesto? Hay tres fuerzas, tres únicas fuerzas en la tierra capaces de someter y subyugar para siempre la conciencia de esos débiles rebeldes, en aras de su propia felicidad: el milagro, el misterio y la autoridad. Tú rechazaste las tres, y así diste ejemplo. Cuando el espíritu terrible y sabio te transportó al pináculo del templo, te dijo: "Si quieres saber si eres el hijo de Dios, arrójate al vacío, pues se ha dicho que los ángeles lo sostendrán y lo llevarán, y Él no caerá ni se lastimará; entonces sabrás si eres el hijo de Dios, y así demostrarás tu fe en tu padre"; pero Tú, después de escucharle, rechazaste su proposición, no accediste y no te arrojaste al vacío. Oh, sí, actuaste entonces como un Dios, mostrando orgullo y grandeza, pero la humanidad, esa débil tribu rebelde, ¿está formada acaso por dioses? Oh, entonces comprendiste que con un solo paso, haciendo un simple ademán de arrojarte al vacío, habrías tentado de inmediato al Señor y habrías perdido toda fe en Él. Te habrías estrellado, para regocijo del espíritu inteligente que te tentaba, contra la tierra que habías venido a salvar. Pero, insisto, ¿hay muchos como Tú? Y ¿alguna vez habías imaginado, solo por un momento, que los hombres serían capaces de resistir semejante tentación? ¿Es propio de la naturaleza humana rechazar el milagro y atenerse, en los terribles trances de la vida, cuando se plantean los dilemas espirituales más atroces, esenciales y dolorosos, a lo que libremente dispone el corazón? Oh, Tú sabías que tu proeza quedaría recogida en los libros, que llegaría al fondo de los tiempos y a los últimos

confines de la tierra, y contabas con que el hombre, siguiéndote a ti, también conservaría a Dios sin necesidad de milagros. Pero ignorabas que el hombre, apenas cuestiona el milagro, rechaza de inmediato a Dios, pues el hombre busca el milagro más que a Dios. Y, como el hombre carece de fuerzas para prescindir de los milagros, se forja sus propios milagros, y se inclina ante los prodigios del curandero, o ante la brujería, aunque sea cien veces rebelde, herético y ateo. Tú no bajaste de la cruz cuando te gritaban, mofándose e intentando provocarte: "Desciende de la cruz y crearemos que eres Tú". No bajaste, porque tampoco querías esclavizar al hombre con un milagro, buscabas una fe libre, no una fe milagrosa. Anhelabas un amor libre, no el éxtasis servil del esclavo ante una demostración de poder que lo dejaría aterrorizado para siempre. Otra vez te forjaste una idea en exceso elevada de los hombres, pues éstos son esclavos, sin duda, aunque hayan sido creados rebeldes. Examina los hechos y juzga, ya han transcurrido quince siglos, observa a los hombres: ¿a quién has elevado hasta ti? ¡Te juro que el hombre es una criatura más débil y mezquina de lo que imaginabas! ¿Cómo podría, cómo, hacer lo que Tú has hecho? Al apreciarlo tanto, has obrado como si ya no te apiadaras de él, exigiéndole más de la cuenta; y eso Tú, ¡Tú, que lo amabas más que a ti mismo! De haberlo apreciado menos, también le habrías exigido menos, y le habrías impuesto una carga más liviana, en consonancia con tu amor. El hombre es frágil y ruin. ¿Qué más da que ahora se levante en todas partes contra nuestro poder y se jacte de su rebeldía? Ésa es la jactancia del niño y del escolar. Son como chiquillos que se han amotinado en clase y han echado al maestro. También al alborozo de los niños le llegará su fin, y lo pagarán caro. Derribarán los templos y cubrirán de sangre la tierra. Pero al final esos niños estúpidos caerán en la cuenta de que, por muy rebeldes que sean, carecen de fuerza y no son capaces de mantener mucho tiempo su rebelión. Derramando sus estúpidas lágrimas, acabarán comprendiendo que el Creador, creándolos rebeldes, lo que quería era burlarse de ellos. Así lo proclamarán, desesperados, y lo dicho por ellos será una blasfemia que los hará más infelices, pues la naturaleza humana no soporta la blasfemia y al final siempre acaba vengándola. Esto es, pues, lo que hay: desasosiego, turbación y desdicha; ¡tal es la suerte de los hombres después de todo lo que has sufrido por su libertad! En su visión alegórica, tu gran profeta dice que vio a todos los participantes en la primera resurrección y que eran doce mil de cada tribu. Y, aun siendo tantos, más que hombres, eran como dioses. Habían soportado tu cruz, habían soportado décadas de hambre y aridez en el desierto, alimentándose de langostas y raíces; ciertamente, puedes señalar con orgullo a estos hijos de la libertad, del libre amor, del sacrificio libre y sublime en tu nombre. Recuerda, no obstante, que eran apenas unos cuantos miles y, para colmo, como dioses; pero ¿y los demás? ¿Qué culpa tienen los otros, los débiles, de no haber podido soportar lo mismo que los poderosos? ¿Qué culpa tiene un alma frágil si no tiene fuerzas para alojar tan terribles dones? ¿O es acaso cierto que

viniste solo a los elegidos y para los elegidos? Pero, en tal caso, hay en ello un misterio que no podemos comprender. Y, si hay un misterio, también nosotros teníamos derecho a predicar ese misterio y a enseñar a los hombres que lo importante no es ni la libre elección de los corazones ni el amor, sino el misterio, al que deben someterse ciegamente, aunque sea contra los dictados de su conciencia. Eso es lo que hemos hecho. Hemos corregido tu obra, basándola en el milagro, en el misterio y en la autoridad. Y la gente se alegra al verse otra vez conducida como un rebaño y al comprobar que ya no pesa sobre su corazón un don tan terrible, que tantos tormentos les había acarreado. Dime si no hemos hecho bien al predicar y obrar de este modo. ¿No amábamos acaso a la humanidad cuando reconocíamos humildemente su impotencia, cuando aliviábamos su carga con amor, cuando incluso le tolerábamos el pecado a su frágil naturaleza, siempre que pecara con nuestro consentimiento? Entonces, ¿por qué has tenido que venir a entorpecer nuestra obra? Y ¿por qué me miras ahora en silencio, fijamente, con tus dulces ojos? Deberías irritarte, yo no aspiro a tu amor, porque tampoco te amo. ¿Para qué iba a ocultártelo? ¿O es que te crees que no sé con quién hablo? Todo cuanto tengo que decirte Tú ya lo sabes: lo leo en tus ojos. No tengo por qué ocultarte nuestro secreto. Pero es posible que prefieras oírlo de mis labios. Pues bien, escucha: nosotros no estamos contigo, sino con él, ¡ése es nuestro secreto! Hace mucho que estamos con él, y no contigo, hace ya ocho siglos de eso. Hace justo ocho siglos aceptamos de él aquello que tú habías rechazado indignado, el último don que te ofreció al mostrarte todos los reinos terrenales: de él recibimos Roma y la espada del César y nos declaramos reyes de la tierra, los únicos reyes, aunque todavía no hayamos podido culminar nuestra empresa. Pero ¿quién tiene la culpa? Oh, nuestra empresa está todavía en mantillas, pero ya está en marcha. Aún habrá que esperar mucho tiempo para su culminación, la tierra tiene aún por delante muchos padecimientos, pero alcanzaremos nuestra meta y seremos césares; ya pensaremos entonces en la felicidad universal. No obstante, ya entonces pudiste haber empuñado la espada del César. ¿Por qué rechazaste ese último don? De haber aceptado el tercer consejo del poderoso espíritu, habrías podido ofrecerle al hombre todo cuanto precisa en la tierra; es decir: alguien ante el que inclinarse, alguien a quien confiar su conciencia, y el medio de unirse todos finalmente en un hormiguero común, incontestable y unánime, pues la necesidad de una unión universal constituye el tercer y último tormento de la raza humana. La humanidad, en su conjunto, siempre ha tendido, indefectiblemente, a organizarse sobre una base universal. Ha habido muchos pueblos importantes con una historia gloriosa, pero, cuanto más destacaron esos pueblos, tanto más desgraciados fueron, por experimentar con más intensidad que los otros la necesidad de la unión universal de los hombres. Los grandes conquistadores, los Tamerlán, los Gengis Jan, pasaron como un torbellino sobre la tierra, ansiosos por conquistar el orbe entero, pero hasta ellos, aunque inconscientemente, expresaban

esa misma necesidad profunda que siente la humanidad de alcanzar la plena unión universal. Si hubieras aceptado el mundo y la púrpura imperial, habrías fundado el reino universal y traído la paz al mundo entero. Pues ¿quién iba a señorear sobre los hombres mejor que aquellos que dominen las conciencias y que tengan el pan en sus manos? Nosotros empuñamos la espada del César, y al empuñarla, naturalmente, renegamos de ti y nos unimos a él. Oh, pasarán aún siglos enteros de excesos del librepensamiento, de ciencia humana y de antropofagia, pues, una vez que han empezado a levantar sin nosotros su torre de Babel, los hombres acabarán en la antropofagia. Sin embargo, en ese momento la bestia se arrastrará hasta nosotros y nos lamerá los pies, rociándonos con las lágrimas sangrientas de sus ojos. Y cabalgaremos a la bestia, alzando nuestra copa, donde habremos grabado: “¡Misterio!”. Entonces, y solo entonces, llegará para la gente el reino de la paz y la felicidad. Tú estás orgulloso de tus elegidos, pero solo cuentas con esos elegidos, mientras que nosotros traeremos el sosiego a todos los hombres. Y eso no es todo: aún habrá que ver cuántos de esos elegidos, de los fuertes destinados a figurar entre los elegidos, cansados finalmente de esperarte, han rendido, y aún siguen rindiendo, las fuerzas de su espíritu y el ardor de su corazón a otro campo, y acabarán alzando contra ti su libre bandera. Pero tú mismo has alzado esa bandera. En cambio, con nosotros, todos serán felices y no habrá más rebeliones ni matanzas, como las que, gracias a tu libertad, cunden por todas partes. Oh, los convenceremos de que solo serán realmente libres en el momento en que, poniendo su libertad en nuestras manos, se entreguen a nosotros. ¿Y qué? ¿Será verdad o estaremos mintiendo? Ellos verán que les decimos la verdad cuando recuerden los horrores de la servidumbre y la angustia que les había traído tu libertad. La libertad, el librepensamiento y la ciencia los conducirán a tal laberinto y los colocarán ante tales prodigios y misterios insondables que algunos de ellos, los indomables y feroces, se matarán a sí mismos; otros, igualmente indomables, pero débiles, se matarán entre ellos; y el resto, el tercer grupo, el de los pusilánimes e infelices, se arrastrará a nuestros pies, gritando: “¡Teníais razón! Tan solo vosotros estabais en posesión de su secreto; ahora volvemos a vosotros, ¡salvadnos de nosotros mismos!”. Cada vez que reciban de nosotros el pan, verán, naturalmente, con toda claridad, que nosotros les quitamos su pan, el pan que obtienen con sus manos, para luego distribuirlo entre ellos, sin realizar ningún milagro; verán que no hemos convertido las piedras en pan, pero, en verdad, más que del propio pan, ¡se alegrarán de recibirlo de nuestras manos! Porque recordarán perfectamente que antes, sin nosotros, los panes que habían obtenido se convertían en piedras en sus manos; en cambio, al volver con nosotros, las mismas piedras, en sus manos, se transforman en pan. ¡Comprenderán muy bien lo que vale someterse para siempre! Y, mientras no lo comprendan, los hombres serán infelices. ¿Puedes decirme quién ha contribuido más que nadie a esa incomprensión? ¿Quién ha dividido el

rebaño y lo ha dispersado por caminos ignotos? Pero el rebaño volverá a reunirse y volverá a someterse, y esta vez para siempre. Entonces les daremos una felicidad tranquila y serena, una felicidad de seres débiles, como son ellos. Oh, y al final los convenceremos de que no deben enorgullecerse, pues Tú, al ensalzarlos, los enseñaste a ser orgullosos; les demostraremos que son débiles, que son solo unos niños dignos de lástima y, al mismo tiempo, que no hay felicidad más dulce que la de los niños. Se mostrarán tímidos, empezarán a mirarnos y a apretarse, muertos de miedo, contra nosotros, como los polluelos contra la gallina clueca. Sentirán una mezcla de asombro y de espanto ante nosotros, y se enorgullecerán de nuestro poder y nuestra inteligencia, que nos han permitido someter a un rebaño tan inquieto, integrado por miles de millones de ejemplares. Temblarán, impotentes, ante nuestra cólera; intimidados, los ojos se les llenarán de lágrimas, como si fueran mujeres y niños; pero, con la misma facilidad, bastará una señal nuestra para que pasen al contento y a la risa, a la clara alegría y a la feliz cancioncilla infantil. Sí, los obligaremos a trabajar, pero en los ratos de descanso les tendremos organizada la vida como un juego infantil, con cantos infantiles, a coro, con bailes inocentes. Es más, les daremos permiso para pecar, sabiendo que son débiles e impotentes, y nos querrán como niños por dejarles que pequen. Les diremos que todo pecado será redimido, siempre y cuando se cometa con nuestro consentimiento; si consentimos que pequen, es porque los amamos; y nosotros cargaremos, qué remedio, con el castigo correspondiente. Cargaremos con el castigo y, a cambio, ellos nos adorarán como benefactores, por haber asumido sus pecados a los ojos de Dios. Ya nunca tendrán secretos para nosotros. Les permitiremos o les prohibiremos vivir con sus mujeres y sus amantes, tener o no tener hijos, según su grado de obediencia, y se someterán con dicha y alegría. Nos confiarán los más desgarradores secretos de su conciencia; todo, todo lo pondrán en nuestras manos, y nosotros les daremos la solución. Ellos aceptarán nuestras decisiones de buen grado, sabiéndose libres de la enorme preocupación y los terribles sufrimientos que ahora les supone elegir libremente y por su cuenta. Y habrá millones de personas felices, todas serán felices, salvo un centenar de miles de dirigentes. Pues solo nosotros, los depositarios del secreto, solo nosotros seremos desdichados. Habrá miles de millones de criaturas felices y cien mil mártires abrumados por la maldición del discernimiento del bien y del mal. Aquéllos morirán en silencio, se apagarán dulcemente bendiciendo tu nombre y más allá de la tumba tan solo encontrarán la muerte. Pero nosotros guardaremos el secreto y, pensando en su felicidad, los encandilaremos con el premio celestial y eterno. Pues, aun suponiendo que hubiera algo en el otro mundo, no sería, desde luego, para esa gente. Dicen y profetizan que volverás para vencer de nuevo, rodeado por tus arrogantes y fuertes elegidos; nosotros les diremos a los hombres que éstos solo se han salvado a sí mismos, en tanto que nosotros hemos salvado a todos. Dicen que la ramera que está

sentada sobre la bestia y sostiene en sus manos el misterio será cubierta de oprobio; que los débiles volverán a rebelarse y desgarrarán la púrpura que la cubre, dejando al desnudo su “abominable” cuerpo. Pero entonces me alzaré y te mostraré los miles de millones de criaturas dichosas, que no conocen el pecado. Y nosotros, los que hemos cargado con sus pecados pensando en su felicidad, nos plantaremos ante ti, diciendo: “Júzganos si puedes y te atreves”. Has de saber que no te temo. Has de saber que yo también he estado en el desierto, que yo también me he alimentado de langostas y de raíces, que yo también he bendecido la libertad con la que Tú bendijiste a los hombres, que yo también estaba preparado para formar parte del número de tus elegidos, del número de los poderosos y fuertes, que ardía en deseos de “completar el número”. Pero abrí los ojos y no quise ponerme al servicio de esa locura. Volví sobre mis pasos y me sumé al grupo de los que han corregido tu obra. Me alejé de los orgullosos y me uní a los humildes, para hacer su felicidad. Esto que te digo ha de cumplirse, y se edificará nuestro reino. Te lo repito, mañana mismo verás cómo ese obediente rebaño, a un gesto mío, se precipita a avivar las brasas ardientes de tu hoguera, donde te quemaré por haber venido a estorbarnos. Pues nadie se ha merecido nuestra hoguera más que Tú. Mañana te quemaré. Dixi.»

Iván se detuvo. Hablaba con entusiasmo, y se había ido acalorando; al terminar, sonrió inesperadamente.

Aliosha, que había estado escuchando en silencio, al final ya era presa de una agitación extraordinaria y a punto estuvo varias veces de interrumpir el discurso de su hermano; al parecer, no obstante, logró contenerse, hasta que acabó estallando, como si saltara de su asiento.

—Pero... ¡esto es absurdo! —exclamó, ruborizándose—. Tu poema es una alabanza a Jesús, y no una blasfemia... como pretendías. Y ¿quién va a creer lo que dices de la libertad? ¡Como si hubiera que entenderla así! No es ése el concepto que tiene la Iglesia ortodoxa... Eso es Roma, y ni siquiera toda Roma, no es verdad... ¡Es lo peor del catolicismo, son los inquisidores, los jesuitas!... Además, no hay personaje más fantástico que tu inquisidor. ¿Qué es eso de que carga con los pecados de los hombres? ¿Quiénes son esos portadores del misterio, que asumen no sé qué maldición por la felicidad de los hombres? ¿Cuándo los ha visto nadie? Conocemos a los jesuitas, se habla muy mal de ellos, pero ¿de verdad son como tú los presentas? No son así, ni de lejos... Simplemente, son el ejército de Roma para el futuro reino universal en la tierra, con un emperador, el sumo pontífice romano, a la cabeza... Ése es su ideal, pero nada de misterios ni sublimes tristezas... El más elemental afán de poder, de sucios bienes terrenales, de esclavización... Algo así como un futuro régimen de servidumbre, en el que ellos serán los terratenientes... a eso se reducen. Puede que esa gente ni siquiera crea en Dios. Tu atormentado inquisidor es pura fantasía...

—¡Para, para! —lván se echó a reír—. Sí que te lo tomas a pecho. Pura fantasía, dices, ¿de acuerdo! Claro que sí, es una fantasía. No obstante, permíteme: ¿de verdad crees que todo el movimiento católico de los últimos siglos se reduce a un simple afán de poder para obtener apenas unos sucios bienes? ¿No te lo habrá enseñado el padre Paísi?

—No, no, al contrario; el padre Paísi habló en cierta ocasión en un sentido parecido al tuyo... Aunque no era lo mismo, claro, no era lo mismo en absoluto... —se corrigió rápidamente Aliosha.

—Con todo, es una revelación muy valiosa, aunque hayas aclarado que «no era lo mismo». Lo que yo te pregunto, en concreto, es por qué tus jesuitas y tus inquisidores se han puesto de acuerdo tan solo para obtener esos despreciables bienes materiales. ¿Por qué no puede haber entre ellos ni un solo mártir torturado por un sufrimiento noble y lleno de amor a la humanidad? Verás: supón que, entre todos esos individuos ansiosos de viles bienes materiales, se encontrara uno, solo uno, que, como mi viejo inquisidor, hubiera comido raíces en el desierto y se hubiera mortificado, sometiendo su carne, para llegar a ser libre y perfecto; y que, no obstante, después de haber amado toda la vida a la humanidad, un buen día abre los ojos y cae en la cuenta de que alcanzar la perfección de la voluntad supone una pobre satisfacción moral sabiendo al mismo tiempo que hay millones de criaturas de Dios que son solo dignas de escarnio, porque jamás tendrán la fuerza suficiente para lograr la libertad; que de unos tristes rebeldes no surgirán nunca unos gigantes capaces de culminar la torre; que el gran idealista no había concebido su armonía para unos tipos semejantes. Habiendo caído en la cuenta de todo eso, se vuelve atrás y se une... a la gente inteligente. ¿De verdad te parece imposible?

—¿Que se unió a quienes? ¿Qué gente inteligente era ésa? —exclamó Aliosha, ya casi fuera de sí—. Ninguno de ellos tiene tal inteligencia, ni hay entre ellos misterios y secretos de esa clase... Lo único que tienen, si acaso, es el ateísmo, ése es todo su secreto. Tu inquisidor no cree en Dios, ¡ahí tienes su secreto!

—¡Aunque así fuera! Por fin caes en la cuenta. Y así es, en efecto, en eso radica todo el secreto, pero ¿no es un tormento, al menos para un hombre como él, que ha desperdiciado toda su vida por una gesta en el desierto y no se ha curado de su amor a la humanidad? En el ocaso de sus días ve claramente que solo los consejos del terrible y poderoso espíritu habrían podido hacer algo más llevadera la existencia de los rebeldes impotentes, «esos seres abortados que únicamente han servido de prueba, creados para ser objeto de irrisión». Convencido de eso, comprende que es preciso seguir las indicaciones del espíritu inteligente, del terrible espíritu de la muerte y la destrucción, y admitir para ello la mentira y el engaño, y llevar a los hombres, de manera consciente, a la muerte y a la destrucción, teniéndolos, además, engañados todo el camino, para que no sepan adónde los llevan, de modo que, al menos a lo

largo del trayecto, esos pobres ciegos se crean felices. ¡Date cuenta de que el engaño se hace en nombre de aquel en cuyo ideal había creído el anciano toda su vida con tanto fervor! ¿No te parece una desgracia? Y, si al frente de todo ese ejército, «sediento de poder para alcanzar unos mezquinos bienes», hay un solo hombre como ése, uno solo, ¿no es eso suficiente para que haya una tragedia? Más aún: basta un hombre así al frente para ver encarnada, finalmente, la verdadera idea directriz de toda la empresa romana, con todos sus ejércitos y sus jesuitas, la idea culminante de esta empresa. Te lo digo con toda franqueza: estoy firmemente convencido de que nunca ha faltado esa clase de hombre excepcional entre quienes se encontraban al frente del movimiento. Quién sabe, quizá los haya habido incluso entre los sumos pontífices romanos. Quién sabe si ese maldito viejo, que ama a la humanidad con tanta tenacidad y de un modo tan peculiar, sigue existiendo en nuestros días, encarnado en un grupo de ancianos excepcionales, y no de cualquier modo, sino como un acuerdo, como una unión secreta que lleva mucho tiempo organizada para preservar el misterio, ocultándoselo a los desgraciados y a los débiles, con ánimo de hacerlos felices. Seguro que eso ocurre, y así tiene que ser. Incluso me imagino que los masones basarán su doctrina en un misterio análogo, y que por eso los católicos los odian de ese modo, pues ven en ellos a unos competidores: representan la ruptura de la unidad del ideal, cuando debería haber un solo rebaño y un solo pastor... En todo caso, al defender así mis puntos de vista, parezco un autor que no ha resistido tus críticas. Ya basta.

—¿A ver si tú eres un masón! —estalló de pronto Aliosha—. No crees en Dios —añadió, pero ya con inmensa tristeza. Tenía, además, la sensación de que su hermano lo miraba con aire de burla—. Y ¿cómo termina tu poema? —preguntó de improviso, con la vista clavada en el suelo—. ¿O ya ha terminado?

—Quería terminarlo del siguiente modo. Cuando el inquisidor acaba su discurso, se queda un rato esperando a que su prisionero le responda. El silencio de éste le resulta penoso. Se ha fijado en que el cautivo no ha hecho otra cosa que observarlo detenidamente, en silencio, sin apartar la vista de sus ojos y, aparentemente, sin intención de contestarle. Al viejo le gustaría que le dijera algo, por amargo y terrible que fuese. Pero de pronto, sin mediar palabra, se acerca y besa en los labios exangües al nonagenario. Ésa es toda su respuesta. El viejo se estremece. Algo se agita en las comisuras de sus labios; se dirige a la puerta y la abre, diciendo: «Vete y no vuelvas más... No vuelvas nunca... ¡nunca, nunca!». Y le deja salir a «las oscuras callejuelas de la ciudad». El prisionero se va.

—¿Y el viejo?

—El beso le quema el corazón, pero el viejo se aferra a su idea.

—Y ¿tú estás con él? ¿Tú también? —preguntó amargamente Aliosha.

Iván se rió.

—Todo esto es absurdo, Aliosha; si no es más que un poema disparatado de un estudiante disparatado que no ha escrito dos versos en toda su vida. ¿Por qué te lo tomas tan en serio? No irás a creer que ahora mismo pienso ir a ver a los jesuitas para unirme al grupo de hombres que se dedican a rectificar su gesta. ¡Ay, Señor! ¡A mí qué más me da! Ya te lo he dicho: solo quiero llegar a los treinta años, y entonces... ¡arrojaré la copa al suelo!

—¿Y las hojillas pegajosas, las tumbas adoradas, el cielo azul, la mujer amada? ¿Cómo vas a vivir? ¿Cómo piensas amarlos? —exclamó Aliosha con pesar—. Con semejante infierno en el pecho y en la cabeza, ¿cómo va a ser posible? No; tú te vas, precisamente, para unirte a ellos... Y, si no, te matarás, ¡no vas a poder aguantar!

—¡Hay una fuerza que todo lo aguanta! —replicó Iván, con una sonrisa fría.

—¿Qué fuerza?

—La de los Karamázov... la fuerza de la vileza karamazoviana.

—O sea, hundirse en el vicio, ahogar el alma en la depravación, ¿verdad?, ¿verdad?

—Puede que también consista en eso... Hasta los treinta años, tal vez lo evite, y luego...

—¿Cómo vas a evitarlo? ¿De qué modo? Con tus ideas, eso es algo imposible.

—Una vez más, al estilo de los Karamázov.

—¿Te refieres a que todo está permitido? Todo está permitido, ¿no es eso? ¿No es eso?

Iván frunció el ceño y de pronto palideció de una forma extraña.

—Ah, veo que ayer cazaste al vuelo esas palabritas que tanto ofendieron a Miúsov... y que tan ingenuamente repitió nuestro hermano Dmitri —dijo con una sonrisa forzada—. Sí, puede ser, ya que se ha dicho: «Todo está permitido». No me retracto. Y la versión de Míténka no está nada mal. —Aliosha lo miró sin decir nada—. Yo, hermano, ahora que me voy, pensaba que al menos te tenía a ti en el mundo —dijo de pronto Iván, con inesperada emoción—, pero ya veo que en tu corazón no hay sitio para mí, mi querido ermitaño. Yo no reniego de la fórmula: «Todo está permitido», pero veo que, por lo mismo, tú sí que reniegas de mí, ¿verdad?, ¿verdad?

Aliosha se levantó, se acercó a su hermano y, sin decir nada, le besó dulcemente los labios.

—¡Eso es un plagio literario! —exclamó Iván, presa de un entusiasmo repentino—. ¡Lo has robado de mi poema! Gracias, de todos modos. Levanta, Aliosha, vámonos, ya es hora para mí y para ti.

Salieron, pero se pararon en el porche de la taberna.

—Mira, Aliosha —dijo Iván con voz firme—, si de verdad soy capaz de amar las hojillas pegajosas, solo me hará falta acordarme de ti. Me bastará saber que aquí, en alguna parte, estás tú, para no perder las ganas de vivir. ¿Te basta a ti con eso? Tómatelo incluso, si quieres, como una declaración de amor. Y ahora, tú para la

derecha y yo para la izquierda; y ya es suficiente, ¿me oyes?, ya es suficiente. Quiero decir que si mañana no me fuera, aunque me parece que me iré, con seguridad, y volviéramos a encontrarnos alguna vez, no quiero oír ni una palabra sobre esta cuestión. Insisto. Y, en cuanto a nuestro hermano Dmitri, lo mismo te digo; te lo pido muy en serio, no me lo menciones nunca más —añadió de pronto, irritado—; todo está dicho y más que dicho, ¿verdad? A cambio, por mi parte, voy a hacerte una promesa: cuando, al acercarme a los treinta años, decida «arrojar la copa al suelo», estés donde estés, volveré para hablar contigo... aunque tenga que venir de América, ya lo sabes. Vendré expresamente a eso. Será muy interesante verte al cabo de los años: ¿cómo serás entonces? Ya ves que te hago una promesa muy solemne. De hecho, es posible que nos estemos despidiendo hasta dentro de siete años, de diez. Bueno, ve ahora con tu Pater Seraphicus, que está a punto de morir; si muere en tu ausencia, aún puede que te enfades conmigo, por haberte entretenido. Adiós, dame otro beso, así, y márchate...

Iván, de pronto, se dio la vuelta y echó a andar, sin mirar atrás. Fue algo parecido a lo de la víspera, cuando a Aliosha lo dejó su hermano Dmitri, aunque en circunstancias muy distintas. Una singular observación cruzó como una flecha por el pensamiento de Aliosha, triste y afligido en ese momento. Se quedó esperando unos instantes, viendo a su hermano alejarse. Por alguna razón, advirtió de pronto que Iván iba como balanceándose y que, visto por detrás, su hombro derecho parecía más bajo que el izquierdo. Era la primera vez que se daba cuenta. Pero, de buenas a primeras, también Aliosha se dio la vuelta y se dirigió a toda prisa al monasterio. Ya había caído la noche y casi sentía miedo; notó cómo se apoderaba de él una nueva sensación, que no habría sabido explicar. Como el día anterior, se había levantado el viento y, una vez que hubo entrado en el bosquecillo del asceterio, los pinos centenarios empezaron a susurrar lúgubrementemente a su alrededor. A punto estuvo de echar a correr. «Pater Seraphicus... ¿De dónde habrá sacado ese nombre? —pensó por un momento—. Iván, pobre Iván, ¿cuándo volveré a verte?... Aquí está el asceterio, ¡Señor! Sí, sí, es él, el Pater Seraphicus; él me salvará... ¡de él y para siempre!»

Después, en repetidas ocasiones a lo largo de su vida, pensaría con asombro en cómo había podido, después de separarse de Iván, olvidarse por completo de su hermano Dmitri, habiendo decidido aquella misma mañana, apenas unas horas antes, ir a buscarlo sin falta y no cejar hasta dar con él, aunque tuviera que pasar la noche fuera del monasterio.

VI. Bastante oscuro, de momento

En cuanto a Iván Fiódorovich, después de separarse de Aliosha, se marchó a casa, a casa de Fiódor Pávlovich. Pero, extrañamente, sintió de pronto una angustia insoportable y, sobre todo, cada vez más intensa, a medida que se iba acercando a casa. Lo raro del caso no era la angustia, sino el hecho de que Iván Fiódorovich no fuera capaz de explicarse a qué obedecía. Ya antes, con cierta frecuencia, había experimentado una angustia semejante, y no era de extrañar que le asaltara en aquellos momentos, cuando al día siguiente, rompiendo con todo lo que lo había atraído a aquel lugar, se disponía a cambiar drásticamente de rumbo y a emprender un nuevo camino, totalmente ignoto y, nuevamente, en solitario; partía con grandes expectativas, aun sin saber en relación con qué, esperando mucho, acaso demasiado, de la vida, sin poder precisar, en cualquier caso, en qué consistían ni sus expectativas ni sus anhelos. De todos modos, en aquellos momentos, aunque sin duda sentía angustia ante lo nuevo y desconocido, no era eso, ni mucho menos, lo que le inquietaba. «¿No será la aversión a la casa de mi padre? —se preguntó—. Bien podría ser: me desagrada tanto... Y, aunque ésta va a ser la última vez que pase por esa odiosa puerta, me sigue pareciendo igual de repugnante...» Pero no, tampoco era eso. ¿Habría sido la despedida de Aliosha y la conversación que había tenido con él? «Tantos años guardando silencio con todo el mundo, sin dignarme abrir la boca, y de pronto me pongo a soltar toda esa sarta de disparates.» En verdad, bien podía tratarse de despecho juvenil, de inexperiencia juvenil y de vanidad juvenil; despecho por no haber sabido explicarse, y para colmo con un ser como Aliosha, de quien tanto esperaba, indudablemente, en su fuero interno. Por supuesto que también había algo de eso, ese despecho tenía que influir, necesariamente, pero tampoco era ésa la clave, ni mucho menos. «Es una angustia que me produce náuseas, pero soy incapaz de determinar cuál es la causa. Mejor no darle más vueltas...»

Iván Fiódorovich probó a «no darle más vueltas», pero eso tampoco ayudó. Lo más lamentable y, sobre todo, lo más irritante de aquella angustia era que presentaba un aspecto un tanto fortuito, y totalmente externo; eso se notaba. Había en algún sitio un ser o un objeto que saltaba a la vista, como cuando tenemos algo delante de nuestras narices, algo que también salta a la vista, y durante un buen rato, por estar atareados o enfrascados en una conversación acalorada, no reparamos en esa cosa y, sin embargo, está claro que nos irrita, casi nos tortura, hasta que por fin caemos en la cuenta y apartamos el objeto que nos incordia de nuestra vista; muchas veces es algo insignificante y ridículo, alguna cosa que hemos dejado donde no le corresponde, un

pañuelo caído en el suelo, un libro que no ha sido devuelto a su estante, etcétera, etcétera. El caso es que Iván Fiódorovich llegó a casa de su padre con un humor de perros, presa de una gran irritación, y, de pronto, a unos quince pasos de la cancela, al fijarse en el portalón, cayó en la cuenta de qué era aquello que le inquietaba y le molestaba tanto.

Sentado en un banco, cerca del portalón, tomando el aire fresco del anochecer, estaba el criado Smerdiakov; a Iván le bastó un simple vistazo para caer en la cuenta de que aquel hombre también le pesaba en el alma, y que era a él, precisamente, a quien no podía soportar. Todo quedó, de pronto, perfectamente claro. Poco antes, cuando Aliosha le había hablado de su encuentro con Smerdiakov, Iván había sentido como una súbita punzada, tenebrosa y desagradable, en el corazón, que había despertado en él una cólera inmediata. Más tarde, en el curso de la conversación, se había olvidado de Smerdiakov, el cual, sin embargo, seguía presente en su ánimo; bastó con despedirse de Aliosha y dirigirse a casa en solitario para que la sensación olvidada aflorase de nuevo al instante. «¡Será posible que este canalla redomado me produzca tal desasosiego!», pensó con insufrible rabia.

Lo cierto es que Iván Fiódorovich, desde hacía ya un tiempo, y muy especialmente en los últimos días, le había cobrado una profunda antipatía a Smerdiakov. Él mismo se daba cuenta de cómo iba creciendo su odio, o poco menos, a ese individuo. Posiblemente, si ese proceso se había agudizado tanto había sido porque al principio, nada más aparecer Iván Fiódorovich en nuestra ciudad, había ocurrido todo lo contrario. Entonces había mostrado una especie de interés particular por Smerdiakov, a quien encontraba, incluso, muy original. Él mismo lo animaba a conversar, aunque siempre se asombraba de su torpeza o, mejor dicho, de cierta desazón intelectual, y no alcanzaba a comprender a qué obedecía la continua y obsesiva inquietud de aquel individuo «contemplativo». Habían tratado de cuestiones filosóficas, e incluso de cómo era posible que se hubiera hecho la luz el primer día, teniendo en cuenta que el sol, la luna y las estrellas no fueron creados hasta el cuarto día, y de cómo había que entender esto. Pero Iván Fiódorovich no tardó en concluir que no se trataba del sol, la luna y las estrellas; que, por muy llamativos que sean el sol, la luna y las estrellas, para Smerdiakov tenían un interés muy secundario; que lo que él buscaba era algo bien distinto. De un modo u otro, empezó a manifestarse, en todo caso, de manera palpable, un amor propio desmesurado y, para colmo, herido. Eso no le hizo ninguna gracia a Iván Fiódorovich. De ahí venía su rechazo. Después empezaron las trifulcas en la casa, apareció Grúshenka, comenzaron las historias con su hermano Dmitri, hubo complicaciones; también trataron de todo eso, pero, aunque Smerdiakov siempre hablaba de estos temas con gran agitación, no había forma de averiguar qué era lo que pretendía. Resultaba incluso sorprendente la falta de lógica y la incoherencia de algunos deseos suyos que se manifestaban contra su voluntad y que eran siempre

invariablemente confusos. Smerdiakov no paraba de preguntar; a veces se trataba de preguntas veladas, evidentemente premeditadas, aunque nunca explicaba por qué las hacía, y, por lo general, en el momento culminante de sus interrogatorios se callaba de pronto o cambiaba radicalmente de tema. Pero, al final, lo que había acabado de irritar a Iván Fiódorovich y le había inspirado tal rechazo había sido aquella peculiar familiaridad, tan molesta, con la que había empezado a tratarlo Smerdiakov, y que había ido cada vez a más. No es que se permitiera ser descortés, al contrario, hablaba siempre con muchísimo respeto; sin embargo, las cosas llegaron a tal punto que Smerdiakov, por lo visto, empezó a manifestar, a saber por qué, una especie de complicidad con Iván Fiódorovich: hablaba siempre en un tono tal que parecía que existiera algo así como un acuerdo tácito entre ellos dos, algo que hubiera sido declarado en alguna ocasión por ambas partes y que solo ellos conocieran, incomprensible para los demás mortales que los rodeaban. Iván Fiódorovich, sin embargo, había tardado mucho en caer en la cuenta de que ésa era la verdadera razón de su creciente antipatía, hasta que por fin, y solo en los últimos tiempos, había acertado a adivinar lo que ocurría. En ese preciso momento, con una sensación de desprecio y de irritación, habría deseado pasar de largo e ir directamente a la cancela, sin decir nada y sin mirar a Smerdiakov, pero éste se levantó del banco y ese simple gesto bastó para que Iván Fiódorovich comprendiera que deseaba tener una charla a solas con él. Observó a Smerdiakov y se detuvo, y el mismo hecho de detenerse, en lugar de seguir su camino como tenía pensado hacer, lo sacó de sus casillas. Miró con rabia y repugnancia la demacrada fisonomía de skópets de Smerdiakov, que llevaba las sienes cuidadosamente peinadas y un pequeño tupé alborotado. Su ojo izquierdo, ligeramente entrecerrado, le sonreía con un guiño, como diciendo: «¿Adónde vas? No sigas, ¿no ves que dos personas inteligentes como tú y como yo tenemos que hablar?». Iván Fiódorovich se echó a temblar. «¿Largo de aquí, desgraciado! ¡No pretenderás que te haga compañía, estúpido!», estuvo a punto de decir; no obstante, con gran sorpresa suya, lo que salió de sus labios fue algo muy distinto:

—¿Qué hay de mi padre? ¿Duerme o ya se ha levantado? —dijo suavemente, en tono afable, algo que ni él mismo se esperaba, y de pronto, de forma igualmente inesperada, se sentó en el banco. Por un instante casi tuvo miedo, como recordaría más tarde. Smerdiakov estaba de pie delante de él, con las manos a la espalda, mirándolo con confianza, casi con severidad.

—Aún está descansando, señor —respondió con calma, como dando a entender: «Tú has sido el primero en hablar, no yo»—. Me asombra usted, señor —añadió después de una breve pausa, bajando los ojos con cierta afectación, adelantando el pie derecho y jugando con la puntera del botín charolado.

—¿Qué es lo que te asombra de mí? —preguntó en tono severo, marcando las palabras, Iván Fiódorovich, que hacía todo lo posible por controlarse; de pronto

comprendió, con un profundo disgusto, que sentía una gran curiosidad y que por nada del mundo iba a marcharse sin haberla satisfecho.

—¿Por qué no va usted a Chermashniá, señor? —Smerdiakov, de pronto, levantó los ojillos y sonrió con familiaridad. «Ya que eres tan listo, deberías saber a qué viene esta sonrisa», parecía querer decir su entrecerrado ojo izquierdo.

—¿Para qué quiero ir a Chermashniá? —preguntó sorprendido Iván Fiódorovich.

Smerdiakov volvió a callar un rato.

—Si el propio Fiódor Pávlovich se lo ha suplicado, señor —dijo por fin, sin prisas, como si no le diera mayor importancia a su respuesta: «Te largo una explicación de tres al cuarto, solo por decir algo».

—Ah, demonio, habla más claro, ¿qué es lo que quieres? —gritó finalmente, irritado, Iván Fiódorovich, pasando de la templanza a la aspereza.

Smerdiakov colocó el pie derecho junto al izquierdo, se irguió, pero siguió mirando con la misma calma y la misma sonrisita.

—Nada importante, señor... Era por decir algo...

Otra vez se hizo el silencio. Estuvieron casi un minuto callados. Iván Fiódorovich sabía que lo que tenía que hacer en aquel momento era levantarse y mostrar su enfado, pero Smerdiakov estaba quieto delante de él, como expectante: «Mira, estoy aquí pendiente de si te enfadas o no». Al menos, así se lo figuraba Iván Fiódorovich. Por fin éste hizo ademán de levantarse. Smerdiakov no dejó escapar la ocasión.

—Estoy en una situación terrible, Iván Fiódorovich, no sé cómo salir del paso —dijo con firmeza y claridad, suspirando al pronunciar la última palabra. Iván Fiódorovich volvió a sentarse de inmediato—. Están los dos chiflados, señor, son como dos niños pequeños —siguió diciendo Smerdiakov—. Me refiero a su padre y a su hermano Dmitri Fiódorovich. Ya verá cómo ahora se levanta Fiódor Pávlovich y empieza a darme la tabarra, preguntándome sin parar: «¿Así que no ha venido? ¿Cómo es que no ha venido?». Y así hasta medianoche, o incluso más. Y, si Agrafiona Aleksándrovna no viene (porque yo creo que no tiene la menor intención de venir, señor), entonces por la mañana me vendrá otra vez con la misma canción: «¿Cómo es que no ha venido? ¿A qué se debe que no haya venido? ¿Cuándo va a venir?». Como si yo tuviera la culpa de lo que pasa. Y, del otro lado, la misma historia, señor: en cuanto anochezca, si no antes, su hermano aparecerá por el vecindario con un arma en la mano: «Ándate con ojo, granuja, marmitón: como la dejes pasar sin avisarme, te mato a ti antes que a nadie». Pasará la noche y por la mañana también él, igual que Fiódor Pávlovich, empezará a atormentarme de lo lindo: «¿Cómo es que no ha venido? ¿Se presentará pronto?». Lo mismo que el otro; como si yo fuera culpable de que no se presente esa señora. Y cada día, cada hora que pasa, se van poniendo los dos más rabiosos, tanto que a veces pienso en quitarme la vida, del miedo que tengo. Yo, señor, no me fío de ellos.

—Pero ¡quién te mandará intervenir! ¿Por qué has tenido que irle con el cuento a Dmitri Fiódorovich? —dijo irritado Iván Fiódorovich.

—Y ¿cómo no iba a intervenir, señor? Además, si yo no quería intervenir, por si quiere saberlo, señor. Desde el principio procuré estar callado, y no me atrevía a decir nada, pero él me asignó el papel del criado Licharda. Desde entonces, solo sabe decirme una cosa: «¡Yo a ti te mato, granuja, como la dejes pasar!». Estoy convencido, señor, de que mañana mismo me va a dar un ataque muy largo de mal caduco.

—¿Cómo que un ataque muy largo de mal caduco?

—Muy largo, señor, extraordinariamente largo. De varias horas, señor; igual puede durar un día o dos. Una vez me duró como tres días, me había caído de lo alto del desván. Se me pasaba, y vuelta a empezar; en esos tres días no recobré el juicio. Entonces Fiódor Pávlovich mandó llamar a Herzenstube, el doctor de aquí, señor, que me aplicó hielo en las sienes y además otro remedio... Podría haber muerto, señor.

—Pero si dicen que es imposible predecir esos ataques y saber a qué hora van a ser. ¿Cómo dices que te va a dar mañana? —preguntó Iván Fiódorich, con una curiosidad enconada y peculiar.

—Es verdad, señor, no pueden predecirse.

—Además, aquella vez te habías caído del desván.

—Al desván subo todos los días, señor; también mañana puedo caerme del desván. Y, si no es del desván, siempre puedo caerme en el sótano, señor; también bajo todos los días al sótano, cada vez que me hace falta, señor.

Iván Fiódorovich lo estuvo mirando un buen rato.

—No dices más que bobadas, y no te sigo —dijo en voz baja, pero con cierto tono amenazante—; ¿no estarás pensando en fingir mañana un ataque de tres días?

Smerdiakov, que había estado mirando al suelo y jugando otra vez con la puntera del botín derecho, puso este pie en su sitio, adelantó en su lugar el izquierdo, levantó la cabeza y dijo con una sonrisa:

—Suponiendo que pudiera hacer eso, señor, o sea, fingir un ataque, señor, cosa que no es nada difícil para una persona experimentada, tendría todo el derecho del mundo a servirme de ese método con tal de salvarme de la muerte; porque, si caigo enfermo, aunque Agrafiona Aleksándrovna viniera a ver a su padre, Dmitri Fiódorovich no podría preguntarle a un enfermo: «¿Cómo no me has avisado?». Le daría vergüenza.

—¡Ah, demonio! —exclamó de pronto Iván Fiódorovich, con el rostro contraído por la rabia—. ¿Por qué tienes que estar siempre temiendo por tu vida? Todas esas amenazas de mi hermano Dmitri no son más que palabras pronunciadas en un momento de acaloramiento. A ti no te va a matar; ¡matará a otro, pero a ti no!

—Me matará como a una mosca, señor, y antes que a nadie, señor. Y aún hay otra cosa que me asusta más: que me tomen por cómplice suyo cuando haga alguna estupidez contra su padre.

—¿Por qué iban a tomarte por cómplice suyo?

—Me tomarán por cómplice suyo, porque, con gran secreto, le he explicado lo de las señales.

—¿Qué señales? ¿A quién le has explicado eso? ¡Por todos los demonios, habla más claro!

—Tengo que confesar, con toda franqueza —dijo Smerdiakov, con pedantesca calma, arrastrando las palabras— que hay un secreto entre Fiódor Pávlovich y yo. Como usted sabrá (si es que lo sabe), desde hace ya unos días, en cuanto se hace de noche, o incluso por la tarde, su padre se encierra en casa, a cal y canto. Últimamente se ha retirado usted muy temprano todos los días, a su cuarto de arriba, y ayer no salió a ninguna parte, señor, así que es posible que no sepa con qué cuidado le ha dado ahora por encerrarse de noche. Aunque llegue el mismísimo Grigori Vasílievich, como no esté totalmente convencido, por la voz, de que es él, no le abre, señor. Pero Grigori Vasílievich no se deja ver por allí, señor, porque ahora el único que atiende a Fiódor Pávlovich en sus aposentos soy yo: él mismo lo decidió desde el momento en que empezó todo ese jaleo con Agrafiona Aleksándrovna; además, también por orden suya, yo ahora paso la noche en el pabellón, y para colmo no se me permite dormir antes de la medianoche, sino que me toca montar guardia: tengo que levantarme y rondar por el patio, esperando a que venga Agrafiona Aleksándrovna, señor, porque su padre lleva ya algunos días esperándola, y está como loco. Razona del siguiente modo, señor: según él, ella le tiene miedo a Dmitri Fiódorovich (a Mitka, como lo llama él), y por eso su padre viene a verme de noche, ya tarde, por la parte de atrás de la casa: «Tú —me dice— quédate vigilando por lo menos hasta la medianoche. Y, si ves que ella viene, corre a mi puerta y dame unos golpes, en la puerta misma o, si no, en la ventana que da al huerto; los dos primeros más flojos, así: uno-dos; y justo después otros tres más rápidos: tuc-tuc-tuc. Así —dice— sabré enseguida que ha venido, y te abriré la puerta sin hacer ruido». También me ha indicado otra señal por si hay una emergencia: primero dos golpes rápidos, tuc-tuc, y luego, después de esperar un poco, otro golpe, mucho más fuerte. De ese modo sabrá que ha ocurrido algún imprevisto y tengo que verlo a toda costa; así me abrirá y podré entrar a decirle lo que hay. Todo esto por si Agrafiona Aleksándrovna no pudiera venir en persona, y mandara a alguien con un recado; además de eso, también puede venir Dmitri Fiódorovich, y tengo que comunicar que anda por aquí cerca. Le tiene mucho miedo a Dmitri Fiódorovich, de modo que, aun en el caso de que Agrafiona Aleksándrovna ya hubiera venido y se hubieran encerrado juntos, si entretanto Dmitri Fiódorovich aparece por aquí, yo estoy obligado a avisar de inmediato, dando tres golpes; o sea, que la primera

señal, de cinco golpes, significa: «Ha venido Agrafiona Aleksándrovna», mientras que la segunda, de tres, quiere decir: «Es muy urgente»; él mismo me lo ha repetido varias veces para que yo me lo aprenda, y me lo ha explicado bien. Y, dado que nadie en el mundo conoce estas señales, señor, aparte de su padre y yo, sin ninguna vacilación y sin necesidad de llamar a nadie (le da mucho miedo hablar en voz alta), abrirá. Pero ahora resulta que Dmitri Fiódorovich también conoce esas señales.

—¿Por qué las conoce? ¿Le has dicho cómo eran? ¿Cómo te has atrevido?

—Precisamente, por miedo, señor. ¿Cómo iba a atreverme a callar ante él, señor? Ni un día dejaba de apretarme Dmitri Fiódorovich: «¡Tú a mí me engañas! ¿No me estarás ocultando algo? ¡Te voy a partir las dos piernas!». Entonces le expliqué lo de las señales secretas, para que por lo menos viera que yo solo hago lo que me mandan y se convenciera de que no lo engaño y de que iba a tenerlo informado.

—Si piensas que va a valerse de esas señales para entrar, no se lo permitas.

—Y, si me da un ataque, señor, ¿cómo voy a impedirle que entre? ¡Suponiendo que me atreviera, señor, sabiendo cómo se pone!

—¡Ah, qué diablos! Pero ¿por qué estás tan seguro de que te va a dar un ataque? ¡Maldita sea! ¿Te estás riendo de mí o qué?

—¿Cómo iba a atreverme a reírme de usted? ¡Estoy yo para risas, con tanto miedo! Presiento que me va a dar un ataque; tengo ese presentimiento: y me va a dar por culpa del miedo, señor.

—¡Ah, diablo! Si a ti te da el ataque, ya vigilará Grigori. Avisa antes a Grigori: ya verás cómo no le deja pasar.

—De las señales, sin una orden del señor, no me atrevo a decirle ni una palabra a Grigori Vasílievich. Y, en cuanto a lo de que Grigori Vasílievich pueda oírlo y vaya a impedirle el paso, resulta que está enfermo desde ayer, y Marfa Ignátievna tiene intención de hacerle mañana la cura. En eso han quedado hace un rato. Es una cura muy pintoresca, señor: Marfa Ignátievna sabe preparar una tintura y siempre la tiene a mano; es muy fuerte, a base de no sé qué hierbas: ella conoce el secreto, señor. Y con ese remedio secreto trata a Grigori Vasílievich unas tres veces al año, señor, siempre que se le queda como muerta la cintura, con una especie de parálisis; unas tres veces al año, señor. Entonces Marfa Ignátievna coge una toalla, la empapa en esa tintura y le frota toda la espalda una media hora, señor, hasta que se seca la toalla; la piel se le pone toda roja y se le hincha; después, al tiempo que reza una oración, ella le da a beber lo que queda en el frasco, señor, aunque no todo, porque en ciertos casos se guarda una pequeña parte y también se la bebe. Y le diré que los dos, como no suelen beber, no tardan en caer redondos y duermen como troncos mucho tiempo, señor; y, por lo general, Grigori Vasílievich suele despertarse curado, mientras que a Marfa Ignátievna siempre le duele la cabeza al despertarse, señor. Así que, si mañana Marfa

Ignátievna hace lo que tiene pensado, difícilmente va a poder Grigori Vasílievich oír a Dmitri Fiódorovich e impedirle el paso. Estarán durmiendo, señor.

—¡Qué disparate! Y todo esto coincide así, de repente, como hecho aposta: ¡tú con el mal caduco, y esos dos, inconscientes! —exclamó Iván Fiódorovich—. ¿No será que tú quieres presentar las cosas de modo que coincidan? —se le escapó de pronto, y frunció el ceño con aire amenazante.

—¿Cómo iba yo a presentarlas así, señor?... Y ¿para qué iba a hacerlo, si todo depende, en exclusiva, de Dmitri Fiódorovich y de lo que él piense, señor?... Si quiere hacer algo, lo hará; si no, tampoco voy a ir yo a buscarlo para empujarlo contra su padre.

—Pero ¿para qué iba a venir a ver a nuestro padre, y menos aún a hurtadillas, si, como tú mismo dices, Agrafiona Aleksándrovna no va a aparecer por aquí? —prosiguió Iván Fiódorovich, palideciendo de rabia—; tú ya lo has dicho, y yo, en todo este tiempo que llevo aquí viviendo, me he convencido de que el viejo no hace más que fantasear y que esa tarasca no va a venir a verlo. Entonces, ¿para qué va Dmitri a colarse en esta casa si ella no viene? ¡Dime! Quiero saber lo que piensas.

—Usted ya sabe a qué puede venir aquí, qué más dará lo que yo piense. Vendrá aunque solo sea por rabia o por pura suspicacia, en el caso de que yo, por ejemplo, caiga enfermo; empezará a sospechar y vendrá todo impaciente a buscar por los cuartos, como pasó ayer, por si se las hubiera arreglado ella para entrar discretamente, sin ser vista. Además, él sabe perfectamente que Fiódor Pávlovich tiene preparado un gran sobre con tres mil rublos, sellado con tres sellos y atado con una cinta, con una inscripción de su puño y letra: «A mi ángel Grúshenka, por si tiene a bien venir». Tres días más tarde añadió: «Y a mi pichoncito». Eso es lo sospechoso, señor.

—¡Bobadas! —exclamó Iván Fiódorovich, cada vez más alterado—. Dmitri no va a robar ese dinero, ni mucho menos va a matar a su padre por ese motivo. Ayer pudo haberlo matado por Grúshenka, porque estaba fuera de sí, loco de rabia; pero ¡no va a robar!

—Ahora le hace falta el dinero, muchísima falta, Iván Fiódorovich. Ni se imagina usted cuánta —le explicó Smerdiakov con una calma extraordinaria y una notable precisión—. Además, esos tres mil rublos los considera suyos, señor; él ya me lo ha dejado claro: «Mi padre me debe aún tres mil rublos justos», me ha dicho. Por otra parte, dese usted cuenta de una cosa, Iván Fiódorovich, que es la pura verdad: casi puede darse por seguro que, si Agrafiona Aleksándrovna se empeña, lo obligará a casarse con ella; al señor, me refiero, al propio Fiódor Pávlovich; eso si ella quiere... y, bueno, puede que quiera, señor. Porque, aunque yo haya dicho que ella no va a venir, también es posible que quiera eso y algo más, o sea, convertirse en señora. Sé que su mercader, Samsónov, le dijo con toda franqueza que eso no sería ninguna tontería, y se reía. Y esa mujer no es nada estúpida, señor. Con un pelagatos como Dmitri

Fiódorovich no se va a casar. En vista de lo cual, juzgue usted mismo, Iván Fiódorovich, y verá que ni a Dmitri Fiódorovich, ni siquiera a usted y a su hermanito Alekséi Fiódorovich les va a quedar nada, pero nada de nada, cuando se muera su padre; ni un solo rublo, señor, porque Agrafiona Aleksándrovna, si se casa con su padre, será para poner todo a su nombre y hacerse con todo el capital. En cambio, si ahora muriese su padre, a ustedes les corresponderían, por lo pronto, cuarenta mil rublos a cada uno, incluido Dmitri Fiódorovich, a quien tanto odia su padre, dado que no ha hecho testamento, señor... Todo esto lo sabe de sobra Dmitri Fiódorovich...

A Iván Fiódorovich parecía contraérsele y temblarle el rostro. De repente, se puso colorado.

—En tal caso —cortó de pronto a Smerdiakov—, ¿por qué me aconsejas que vaya a Chermashniá? ¿Qué has querido decirme con eso? Me voy, y resulta que aquí pasa algo. —A Iván Fiódorovich le costaba respirar.

—Tiene toda la razón, señor —dijo Smerdiakov con calma, en tono reflexivo, aunque seguía muy pendiente de Iván Fiódorovich.

—¿Cómo que tengo toda la razón? —preguntó éste, esforzándose por contenerse; había un brillo amenazante en sus ojos.

—Se lo digo, porque le tengo lástima. Yo, en su lugar, me olvidaría de todo... mejor que estar pendiente de estas cosas, señor... —respondió Smerdiakov, mirando con descaro a los resplandecientes ojos de Iván Fiódorovich. Los dos se quedaron callados.

—Me parece que no eres más que un perfecto idiota y, por descontado... ¡un canalla redomado!

De pronto, Iván Fiódorovich se levantó del banco. Acto seguido, hizo ademán de encaminarse hacia la cancela, pero repentinamente se detuvo y se volvió hacia Smerdiakov. Sucedió algo extraño: Iván Fiódorovich, inesperadamente, como si sufriera un espasmo, se mordió los labios, apretó los puños y... un momento más y se habría lanzado, sin duda, sobre Smerdiakov. Al menos, así lo sintió éste, que en ese mismo instante se estremeció y echó todo el cuerpo hacia atrás. Pero pasó el momento, felizmente para Smerdiakov, e Iván Fiódorovich, en silencio, aunque con cierta perplejidad, se dio la vuelta y avanzó hacia la cancela.

—Mañana me marcho a Moscú, por si quieres saberlo, mañana temprano, ¡eso es lo que hay! —dijo de pronto con rabia, gritando y marcando las palabras; él mismo se sorprendería más tarde de que hubiera juzgado necesario decirle tal cosa a Smerdiakov.

—Eso es lo mejor, señor —respondió éste, como si se lo hubiera esperado—; lo único es que en Moscú siempre pueden importunarle, señor, avisándole por telégrafo para que vuelva aquí si ocurriera algo.

Iván Fiódorovich volvió a detenerse y se giró rápidamente hacia Smerdiakov. Pero también a éste le había pasado algo. Toda su familiaridad y su desdén se esfumaron en un instante; en su rostro expectante, aunque ya apocado y servil, se reflejó una insólita concentración: «¿No vas a decir nada más? ¿No piensas añadir nada?», se leía en su atenta mirada, fija en Iván Fiódorovich.

—¿Es que estando en Chermashniá no me iban a llamar también... si pasa alguna cosa? —chilló de pronto Iván Fiódorovich, que había elevado terriblemente el tono de voz sin saber por qué.

—También en Chermashniá, señor... le habrían importunado, señor... —farfulló Smerdiakov, casi en un susurro, como si estuviera desconcertado, aunque sin dejar de mirar fijamente, muy fijamente, a Iván Fiódorovich, directamente a los ojos.

—Solo que Moscú está más lejos, mientras que Chermashniá queda cerca. A lo mejor te da pena que me gaste el dinero en el viaje, y por eso insistes en que vaya a Chermashniá... ¿O es que sientes que tenga que dar un rodeo tan grande?

—Tiene toda la razón, señor... —farfulló, ya con voz temblorosa, Smerdiakov, con una sonrisa ruin y disponiéndose otra vez, convulsivamente, a dar un salto atrás.

Pero de pronto Iván Fiódorovich, para sorpresa de Smerdiakov, soltó una risotada y se dirigió a toda prisa hacia la cancela, sin dejar de reírse. Si alguien le hubiera visto la cara, seguramente habría llegado a la conclusión de que no se reía de alegría. Ni él mismo habría sido capaz de explicar, en ningún caso, lo que le pasaba en esos momentos. Se movía como si sufriera convulsiones.

VII. Da gusto hablar con una persona inteligente

También hablaba de ese modo. Nada más entrar en la sala, se encontró con Fiódor Pávlovich y le gritó, gesticulando: «Subo a mi cuarto; no vengo a verle a usted; adiós». Y pasó de largo, procurando incluso no mirar a su padre. Es muy posible que el viejo le resultara especialmente odioso en esos momentos, pero una manifestación tan desconsiderada de hostilidad sorprendió al propio Fiódor Pávlovich. Éste, por lo visto, quería comunicarle algo urgente, y por eso había salido expresamente a recibirlo en la sala; pero, al oír tales cumplidos, se quedó parado, sin decir nada, y, con aire socarrón, siguió con la mirada a su hijo mientras éste subía por la escalera de la buhardilla, hasta perderlo de vista.

—¿A éste qué le pasa? —le preguntó rápidamente a Smerdiakov, que acababa de entrar siguiendo a Iván Fiódorovich.

—Está enfadado por algo, señor; cualquiera lo entiende —balbuceó Smerdiakov, con evasivas.

—¡Al diablo! ¡Que se enfade! Prepara el samovar y retírate enseguida, venga. ¿No hay novedades?

Empezaron entonces las preguntas; era el tipo de preguntas, precisamente, del que se había estado quejando Smerdiakov hacía un momento a Iván Fiódorovich, es decir, preguntas relativas a la esperada visitante, y no vamos a recogerlas aquí. Al cabo de media hora la casa estaba cerrada, y el vejestorio tronado daba vueltas por las habitaciones, esperando con ansiedad que se oyeran en cualquier momento los cinco golpes convenidos; de vez en cuando miraba por las oscuras ventanas, sin ver nada más que la noche.

Era ya muy tarde, pero Iván Fiódorovich no dormía; estaba entregado a sus reflexiones. Aquella noche no se acostó hasta cerca de las dos. No vamos a registrar todo el flujo de sus pensamientos, pues no es éste el momento de penetrar en su alma: ya le llegará su turno. Incluso, aunque intentásemos transmitir algo, resultaría muy complicado, ya que no se trataba de pensamientos, sino de algo demasiado indefinido y, sobre todo, en exceso emotivo. Él mismo tenía la sensación de estar perdido. Además, toda clase de deseos extraños y casi totalmente inesperados lo atormentaban; pasada la medianoche, por ejemplo, le entraron unas ganas apremiantes e irresistibles de bajar, abrir la puerta, entrar en el pabellón y darle una paliza a Smerdiakov; ahora bien, si alguien le hubiera pedido explicaciones, habría sido totalmente incapaz de exponer ni una sola causa con precisión, salvo, quizá, la de que aquel lacayo se le había hecho odioso, como si fuera el más molesto de los ofensores

que pueda uno encontrar en la tierra. Por otra parte, sintió el alma invadida aquella noche, en más de una ocasión, por una timidez inexplicable y humillante, a causa de la cual —él mismo lo notaba— era como si perdiera de pronto hasta la fuerza física. La cabeza le dolía y le daba vueltas. Una sensación de odio le oprimía el alma, como si estuviese dispuesto a vengarse de alguien. Llegó a odiar al propio Aliosha, recordando su reciente conversación con él; a ratos, también se odió intensamente a sí mismo. Casi se olvidó de Katerina Ivánovna, algo que más tarde le causaría asombro, sobre todo porque recordaba perfectamente cómo la mañana anterior, al jactarse con tanta elocuencia ante ella de su decisión de marcharse a Moscú al día siguiente, se había dicho, para sus adentros: «Qué disparate; tú no te vas de aquí, ni te va a ser tan fácil la ruptura como dices; estás fanfarroneando». Al cabo del tiempo, al recordar aquella noche, Iván Fiódorovich recordaría con especial disgusto cómo en ocasiones se levantaba repentinamente del diván y, sin hacer ruido, como si tuviera un miedo atroz a que lo estuvieran observando, abría la puerta, se asomaba a la escalera y se dedicaba a espiar las idas y venidas de Fiódor Pávlovich en la planta inferior; se quedaba escuchando un buen rato, unos cinco minutos, con una especie de extraña curiosidad, conteniendo el aliento y con el corazón desbocado; pero, desde luego, no sabía por qué hacía todo aquello, por qué le había dado por espiar. Más tarde, a lo largo de toda su vida, calificó siempre de «abyecto» tal «proceder», y en lo más recóndito de su ser, en los recovecos de su alma, lo consideró el acto más ruin que había cometido jamás. En cambio, en relación con el propio Fiódor Pávlovich, en aquellos momentos no sentía ningún odio; sentía únicamente, por alguna razón, una exacerbada curiosidad: lo oía pasear por el piso de abajo; se figuraba lo que estaría haciendo en ese preciso instante en sus aposentos; intuía y se lo imaginaba mirando por las oscuras ventanas o quedándose parado de pronto en medio del cuarto, pendiente, muy pendiente de si alguien llamaba. Dos veces se asomó Iván Fiódorovich a la escalera con esa intención. Cuando por fin reinó el silencio en la casa, una vez que el propio Fiódor Pávlovich ya se había acostado, a eso de las dos, Iván Fiódorovich hizo otro tanto; tenía el firme propósito de dormirse cuanto antes, pues se sentía terriblemente cansado. Y así fue: enseguida cayó dormido, y durmió profundamente, sin sueños, si bien se despertó temprano, alrededor de las siete, cuando ya amanecía. Al abrir los ojos, para su sorpresa, sintió de pronto cómo afluía a él una energía insólita; saltó rápidamente de la cama y se vistió a toda prisa; a continuación sacó su maleta y, sin perder un minuto, empezó a hacer el equipaje apresuradamente. La misma víspera, por la mañana, había recibido toda la ropa blanca de la lavandera. Iván Fiódorovich sonrió pensando que todo estaba saliendo bien, que ningún obstáculo se oponía a su marcha precipitada. Porque partía, en efecto, de manera repentina. A pesar de que la misma víspera había anunciado —a Katerina Ivánovna, a Aliosha y, más tarde, a Smerdiakov— que se marchaba al día siguiente, al acostarse no había pensado

en su partida: recordaba perfectamente que en ese momento no había pensado en absoluto que por la mañana, al despertarse, lo primero que haría sería ponerse a hacer el equipaje. Por fin tuvo preparadas la maleta y una bolsa de viaje; eran ya cerca de las nueve cuando Marfa Ignátievna se presentó con la pregunta habitual de todos los días: «¿Dónde desea tomar el té? ¿Aquí o abajo?». Iván Fiódorovich bajó; tenía un aspecto casi alegre, aunque había en él, en sus palabras y en sus gestos, una especie de desorden, de precipitación. Después de saludar afablemente a su padre y de interesarse especialmente por su salud, sin esperar siquiera a que Fiódor Pávlovich concluyera su respuesta, anunció de buenas a primeras que una hora más tarde partía para Moscú, definitivamente, y pidió que le prepararan los caballos. El viejo recibió la noticia sin dar ninguna muestra de sorpresa y, demostrando muy poco tacto, se olvidó de lamentar la marcha de su hijo; en cambio, de pronto se mostró muy preocupado por un asunto propio de vital importancia del que justamente acababa de acordarse.

—¡Hay que ver! ¡Cómo eres! Mira que no habérmelo dicho ayer... Bueno, qué se le va a hacer, podemos solucionarlo ahora. Tienes que hacerme un favor enorme, por el amor de Dios; acércate a Chermashniá. Todo lo que tienes que hacer es desviarte a la izquierda en la estación de Volovia, son solo como doce verstas de nada, y ya estás en Chermashniá.

—Perdone, pero no puedo: hay ochenta verstas hasta la estación de ferrocarril, y el tren de Moscú sale a las siete de la tarde; tengo el tiempo justo.

—Puedes tomarlo mañana, y si no pasado mañana, pero hoy tienes que acercarte a Chermashniá. ¡Qué te cuesta tranquilizar a tu padre! Si no tuviera cosas que hacer aquí, ya habría ido yo hace tiempo, porque se trata de un asunto urgente, de suma importancia, pero en estos momentos me es imposible... Verás, tengo allí dos parcelas de bosque, en Beguichevo y en Diáchkino, en unos eriales. El viejo Máslov y su hijo, unos comerciantes, solo me ofrecen ocho mil rublos por la tala, cuando el año pasado ya apareció un comprador que daba doce mil; pero no era de aquí, ahí está la diferencia. Y es que ahora, a la gente de aquí, no hay quien le venda nada: todo lo acaparan los Máslov, padre e hijo, que tienen una fortuna; te ofrezcan lo que te ofrezcan, tienes que conformarte, porque aquí no hay nadie que se atreva a competir con ellos. Pero resulta que Ilinski, el pope, me escribió de pronto el jueves pasado, diciendo que se había presentado otro comerciante, Gorstkin; lo conozco, y lo bueno es que no es de aquí, sino de Pogrebovo, lo cual quiere decir que no les tiene miedo a los Máslov; como no es de aquí... Total, que por lo visto está dispuesto a dar once mil por la tala del bosque, ¿lo oyes? Y no va a quedarse por aquí, según dice el pope, más de una semana. Por eso, tendrías que acercarte para llegar a un acuerdo con él...

—Pues escríbale al pope, y que se encargue él.

—Él no sabe, ése es el problema. Ese pope no tiene vista para estas cosas. Es una joya de hombre, ahora mismo pondría en sus manos veinte mil rublos, sin un recibo,

para que me los guardara, pero no tiene vista para los negocios; si no parece un hombre, hasta el más pardillo lo engaña. Y eso que es un hombre muy instruido, imagínate. Ese Gorstkin tiene pinta de aldeano, con su poddiiovka azul, pero por su carácter es un perfecto canalla, para nuestra desgracia: es un embustero, ésa es su manera de ser. A veces suelta unas mentiras que te quedas con los ojos a cuadros, preguntándote cómo puede ser tan mentiroso. Hace tres años contó que se le había muerto la mujer y que ya se había vuelto a casar, y nada de eso era verdad, date cuenta: la mujer no solo no se le había muerto, sino que vive todavía y cada tres días le da una buena tunda. Total, que ahora se trata de averiguar si miente o si habla en serio cuando dice que quiere comprar y que ofrece once mil.

—Pues yo ahí no voy a hacer nada, yo tampoco tengo buen ojo para los negocios.

—Espera, espera; tú puedes hacerlo muy bien, ya te explico yo qué detalles hay que tener en cuenta con ese Gorstkin, hace tiempo que tengo tratos con él. Mira: tienes que fijarte en su barba; lleva una barbita pelirroja, poco poblada, da cosa verla. Si la barbita le tiembla, pero él habla y se enfada, eso es buena señal: está diciendo la verdad y pretende cerrar el trato; pero, si se acaricia la barba con la mano izquierda y se ríe, bueno, eso quiere decir que intenta pegártela, algo está tramando. Nunca lo mires a los ojos, por los ojos no vas a sacar nada, son un misterio; es un pillo; tú fíjate en la barba. Te voy a dar una nota para él, y tú se la enseñas. Lo que pasa con Gorstkin es que en realidad no es Gorstkin, sino Liagavy; pero tú no lo llames Liagavy, no se vaya a ofender. Si llegas a un acuerdo con él y ves que la cosa va bien, escíbeme enseguida. Basta con que pongas: «No miente, al parecer». Mantente firme en los once mil; puedes rebajar mil, no más. Date cuenta: de ocho a once, tres mil de diferencia. Esos tres mil es como si me los hubiera encontrado por ahí tirados, ahora no es nada fácil encontrar a un comprador, y necesito desesperadamente ese dinero. En cuanto me hagas saber que la cosa va en serio, yo mismo iré volando hasta allí y cerraré el trato, ya sacaré tiempo de donde sea. Pero ahora ¿para qué salir corriendo, si a lo mejor no son más que fantasías del pope? Bueno, ¿vas a ir o no?

—Bah, no tengo tiempo, no insista.

—¡Anda, hazle ese favor a tu padre! ¡Lo tendré en cuenta! No tenéis corazón, ninguno, ¡eso es lo que pasa! ¿Qué supone para ti un día o dos? ¿Adónde vas ahora? ¿A Venecia? No va a hundirse tu Venecia en un par de días. Mandaría a Alioshka, pero ¿qué pinta Alioshka en todo esto? Te lo pido a ti, únicamente, porque tú eres una persona inteligente; como si no lo supiera. Ya sé que no negocias con madera, pero tienes ojo. Solo se trata de ver si ese hombre está hablando en serio. Ya te lo he dicho, tú fíjate en la barba: si le tiembla la barbita, eso es que la cosa va en serio.

—No hace usted más que empujarme a esa maldita Chermashniá, ¿eh? —exclamó Iván Fiódorovich, sonriendo maliciosamente.

Fiódor Pávlovich no apreció, o no quiso apreciar, esa malicia, pero sí captó la sonrisa:

—Entonces, ¿vas a ir? ¿Vas a ir? En un momento te escribo esa nota.

—No sé si iré, no lo sé; lo decidiré por el camino.

—¿Cómo que por el camino? Decídetelo ahora mismo. ¡Decídetelo, hijo mío! Una vez que lleguéis a un acuerdo, me escribes un par de líneas, se las das al pope y él, en un santiamén, me manda tu nota. Y, a partir de ahí, ya no te retengo más, puedes irte a Venecia. El pope te llevará de vuelta a la estación de Volovia...

El viejo estaba realmente entusiasmado; garabateó la nota, mandó enganchar los caballos, hizo que sirvieran algo de comer, coñac. Cuando estaba contento, siempre se mostraba expansivo, pero en esta ocasión parecía moderarse. De Dmitri Fiódorovich, por ejemplo, no dijo ni una sola palabra. En cuanto a la marcha de Iván, no le afectaba en absoluto. Parecía como si no encontrara un tema de que hablar; el propio Iván Fiódorovich se dio perfecta cuenta. «¡Hay que ver! Estará harto de mí», se dijo. Solo al despedirse de su hijo, ya en el porche, el viejo pareció algo más conmovido, e hizo ademán de besarlo. Pero Iván Fiódorovich se apresuró a ofrecerle su mano, con la intención evidente de evitar los besos. El viejo lo captó rápidamente y se reprimió al instante.

—Bueno, ¡ve con Dios, ve con Dios! —repitió desde el porche—. Espero que regreses estando aún yo con vida, ¿eh? No dejes de venir, siempre me alegrará verte. Hala, ¡que Cristo te acompañe!

Iván Fiódorovich subió a la calesa.

—¡Adiós, Iván! ¡No te lo tomes a mal! —gritó el padre por última vez.

Salieron a despedirlo todos los criados: Smerdiakov, Marfa y Grigori. Iván Fiódorovich le dio diez rublos a cada uno. Cuando ya se había acomodado en la calesa, Smerdiakov le colocó solícito la manta.

—Ya ves... voy a Chermashniá... —se le escapó de pronto a Iván Fiódorovich, igual que la víspera, como si las palabras le salieran solas, acompañadas, además, de una especie de risita nerviosa. Más tarde, lo recordaría durante mucho tiempo.

—Con razón dicen que da gusto hablar con una persona inteligente —contestó con rotundidad Smerdiakov, dirigiendo una mirada penetrante a Iván Fiódorovich.

La calesa partió a toda velocidad. El viajero, con el alma confusa, miraba con avidez los campos, las colinas, los árboles, una bandada de gansos que volaba muy alto, por encima de él, en el cielo radiante. De pronto se sintió muy a gusto. Probó a entablar conversación con el cochero, y encontró enormemente interesante una de las observaciones del aldeano; no obstante, al cabo de un minuto cayó en la cuenta de que no había prestado mayor atención a sus palabras y de que, en realidad, no había comprendido su respuesta. Se calló; también así se estaba bien: el aire era limpio, puro, fresco; el cielo, claro. Le vinieron a la cabeza, por un momento, las imágenes de

Aliosha y de Katerina Ivánovna; pero sonrió en silencio y sopló suavemente sobre esos queridos fantasmas, y éstos desaparecieron: «Ya habrá tiempo para ellos», pensó. Pronto llegaron a la estación de postas, cambiaron de caballos y salieron a toda prisa hacia Volovia. «Pero ¿por qué da gusto hablar con una persona inteligente? ¿Qué habrá querido decir con eso? —De pronto se le cortó el aliento—. Y ¿por qué le habré dicho que voy a Chermashniá?» Llegaron a la posta de Volovia. Iván Fiódorovich se apeó de la calesa, y se vio rodeado de cocheros. Ajustaron el precio del viaje a Chermashniá, doce verstas de camino vecinal, en un coche alquilado. Mandó enganchar los caballos. Entró en la casa de postas, echó un vistazo, miró a la mujer del maestro de postas y, de repente, se volvió para el porche.

—Nada de Chermashniá, hermanos. ¿Podré llegar al ferrocarril antes de las siete?

—Seguro que sí. Entonces, ¿enganchamos?

—Cuanto antes. ¿Alguno de vosotros va a la ciudad mañana?

—Cómo no; mire, Mitri va a ir.

—¿Podrías hacerme un favor, Mitri? Pásate por casa de mi padre, Fiódor Pávlovich Karamázov, y dile que no he ido a Chermashniá. ¿Podrás?

—¿Por qué no? Me pasaré por allí; a Fiódor Pávlovich lo conozco hace mucho.

—Toma una propina, porque él no creo que te dé nada... —Iván Fiódorovich se rió alegremente.

—Seguro que no. —Mitri también se rió—. Gracias, señor, haré sin falta lo que me ha dicho...

A las siete de la tarde Iván Fiódorovich montó en el vagón y voló hacia Moscú. «Adiós para siempre a todo el pasado, he terminado, sin duda, con ese mundo antiguo; que no me llegue de él ni un recuerdo, ni un eco; al mundo nuevo, a los lugares nuevos, y ¡nada de volver la vista atrás!» Pero, en vez del entusiasmo, se había apoderado de su alma la oscuridad, y había en su corazón tanto pesar como nunca había sentido en toda su vida. Estuvo meditando toda la noche; el vagón volaba, y solo al amanecer, llegando ya a Moscú, cayó de repente en la cuenta de su situación.

—¡Soy un miserable! —se dijo en un susurro.

En cuanto a Fiódor Pávlovich, después de despedirse de su hijo se quedó muy satisfecho. Durante dos largas horas se sintió casi feliz y bebió un poco de coñac; pero, de buenas a primeras, se produjo un incidente de lo más lamentable y desagradable para todos que dejó desconcertado a Fiódor Pávlovich: Smerdiakov fue a buscar algo al sótano y cayó desde lo alto de las escaleras. Y menos mal que Marfa Ignátievna estaba en el patio y pudo oírlo a tiempo. No vio la caída, pero sí oyó el grito, un grito peculiar, extraño, pero que conocía desde hacía tiempo: el grito del epiléptico que sufre un ataque. No hubo manera de saber si el ataque le había sobrevenido en el momento en que se disponía a bajar la escalera —y en tal caso, como es natural, tuvo que rodar por las escaleras ya sin sentido—, o si, por el contrario, la crisis de

Smerdiakov, conocido epiléptico, había sido consecuencia de la caída y la conmoción; el caso es que lo encontraron en el fondo del sótano, entre espasmos y convulsiones, agitándose y con espuma en la boca. Al principio creyeron que se había roto algo, un brazo o una pierna, que se había lastimado; sin embargo, «el Señor le había dado su protección», según dijo Marfa Ignátievna: no le había pasado nada de eso, aunque costó mucho cargar con él y sacarlo del sótano. Hasta tuvieron que pedir ayuda a los vecinos. En toda esta operación estuvo presente el propio Fiódor Pávlovich, que también echó una mano; estaba visiblemente asustado y no sabía muy bien qué hacer. El enfermo, a pesar de todo, no volvía en sí: aunque los ataques cesaban por un tiempo, se reproducían al cabo de un rato, y todo el mundo llegó a la conclusión de que era un caso idéntico al del año anterior, cuando Smerdiakov había tenido el infortunio de caer del desván. Se acordaron de que en aquella ocasión le habían aplicado hielo en las sienes. Aún quedaba algo de hielo en el sótano, y Marfa Ignátievna se ocupó de eso; por la tarde, Fiódor Pávlovich mandó llamar al doctor Herzenstube, que se presentó sin demora. Tras examinar atentamente al enfermo (aquel venerable anciano era el doctor más concienzudo y meticulado de toda la provincia), dictaminó que se trataba de un ataque fuera de lo común y que podía «entrañar un riesgo»; dijo también Herzenstube que aunque, de momento, no acababa de entenderlo del todo, si a la mañana siguiente se comprobaba que los remedios adoptados no habían surtido efecto, no dudaría en proponer otros. Instalaron al enfermo en el pabellón, en un cuarto contiguo a los aposentos de Grigori y Marfa Ignátievna. A partir de aquel incidente, Fiódor Pávlovich se pasó todo el día sufriendo una desgracia tras otra: Marfa Ignátievna le preparó la comida, y la sopa, en comparación con la de Smerdiakov, era «un puro aguachirle», y la gallina le quedó tan reseca que no había forma de hincarle el diente. A los reproches amargos, aunque justificados, del señor, Marfa Ignátievna repuso que la gallina, de todos modos, era ya muy vieja, y que ella no había estudiado para cocinera. Al anoecer surgió un nuevo contratiempo: informaron a Fiódor Pávlovich de que Grigori, que llevaba ya tres días enfermo, no había tenido más remedio que acostarse, por culpa de la parálisis en la cintura. Fiódor Pávlovich se acabó su té lo antes posible y se encerró solo en casa. Vivía una terrible y angustiosa espera. El caso es que, justo aquella noche, daba prácticamente por cierta la aparición de Grúshenka; al menos, esa misma mañana, a primera hora, Smerdiakov le había asegurado, o poco menos, que ella había prometido venir, «sin ningún género de dudas». Al infatigable anciano el corazón le latía ansiosamente, mientras él daba vueltas y más vueltas por sus desiertos aposentos, aguzando el oído. Tenía que estar muy alerta: Dmitri Fiódorovich podía andar por ahí cerca, al acecho, y, si Grúshenka llamaba a la ventana (tres días antes, Smerdiakov le había confirmado que le había explicado a esa mujer dónde y cómo tenía que llamar), habría que abrir la puerta lo más rápido posible, para que Grúshenka no tuviera que

esperar en el zaguán ni un segundo más de lo necesario; de otro modo —¡Dios no lo quisiera!—, podía asustarse y salir corriendo. Fiódor Pávlovich estaba muy inquieto, pero nunca había sentido su corazón bañado en una esperanza más dulce: ¡podía afirmarse, casi con toda certeza, que en esta ocasión ella no le iba a fallar!

LIBRO SEXTO

EL MONJE RUSO

I. El stárets Zosima y sus huéspedes

Cuando Aliosha, con inquietud y pesar en el corazón, entró en la celda del stárets, se detuvo casi maravillado: en lugar de encontrarse al enfermo moribundo y acaso inconsciente, como había temido, lo vio en el sillón con rostro animado y alegre, aunque consumido por la debilidad, rodeado de sus huéspedes y conversando con ellos tranquila y animadamente. Por lo demás, cuando llegó Aliosha no llevaba levantado más de quince minutos; los huéspedes se habían reunido antes en la celda, donde habían aguardado a que se despertara, fiados en la firme creencia del padre Paísi de que «sin ninguna duda, el maestro se levantará para hablar otra vez con los que le son queridos, tal como anunció, tal como prometió esta misma mañana». El padre Paísi creía firmemente en esta promesa, como en cualquier palabra del stárets moribundo, hasta el punto de que, si lo hubiera visto ya sin conocimiento e incluso sin respirar, pero hubiera contado con su promesa de que iba a volver a levantarse para despedirse de él, es posible que no hubiera creído ni a la mismísima muerte y que hubiera seguido esperando que el agonizante volviera en sí y cumpliera lo prometido. Muy de mañana, al retirarse a dormir, el stárets Zosima le había dicho claramente: «No moriré sin deleitarme una vez más conversando con vosotros, los elegidos por mi corazón, sin contemplar vuestros amados rostros y sin abriros mi alma una vez más». Los congregados para la que probablemente sería la última conversación con el stárets eran sus amigos más leales y antiguos. Eran cuatro: los hieromonjes padre Lósif y padre Paísi, el hieromonje padre Mijaíl, el superior del asceterio, un hombre todavía no muy mayor, no especialmente sabio, de origen humilde, pero firme de espíritu, un creyente inquebrantable y simple, de apariencia severa, aunque dotado de un corazón profundamente tierno, si bien, por lo visto, ocultaba su ternura y hasta sentía cierta vergüenza de ella. El cuarto huésped era un monje viejecito, sencillo, de origen campesino y muy pobre, el hermano Anfim, poco menos que analfabeto, callado y tranquilo, que apenas hablaba con nadie, humilde entre los humildes, con aspecto de ser una persona siempre asustada por algo grande y terrible que no estaba al alcance

de su inteligencia. A este hombre que parecía como tembloroso el stárets Zosima lo quería mucho y siempre lo trató con especial respeto: puede que en toda su vida no intercambiara con nadie menos palabras que con él, a pesar de que una vez los dos pasaron juntos muchos años deambulando por toda la santa Rus. Hacía de ello mucho tiempo, unos cuarenta años ya; fue cuando el stárets Zosima comenzó su hazaña monacal en un pobre y oscuro monasterio de Kostromá y cuando, poco después, acompañó al padre Anfim en sus viajes, recaudando donativos para su pobre monasterio. Todos, anfitrión y huéspedes, se habían instalado en la segunda estancia del stárets, donde estaba su cama; era una habitación muy estrecha, como ya se ha dicho, así que los cuatro (aparte del novicio Porfiri, que estaba de pie) se habían distribuido a duras penas alrededor del sillón, sentados en sillas traídas de la primera estancia. Ya había empezado a anochecer, la habitación estaba iluminada por las lamparillas y los cirios de los iconos. Al ver a Aliosha, turbado y parado en la puerta, el stárets le sonrió con alegría y le alargó la mano.

—Salud, joven callado, salud, querido, aquí estás. Sabía que vendrías.

Aliosha se le acercó, hizo una reverencia hasta el suelo y se echó a llorar. Algo le desgarraba el corazón, el alma le temblaba, tenía ganas de gemir.

—¿Qué te ocurre? Espera para lamentarte —sonrió el stárets poniéndole la mano derecha en la cabeza—, ¿lo ves?, aquí estoy hablando, puede que viva veinte años más, como me deseó ayer esa mujer buena y amable de Vyshegorie, la de la niña Lizaveta. ¡Acuérdate de ellas, Señor, de la madre y de la niña Lizaveta! —Se santiguó—. Porfiri, ¿has llevado su donación a donde dije?

Se estaba acordando de las seis grivny donadas por la alegre devota para que se las entregara «a alguna que sea más pobre que yo». Estas ofrendas se realizan como penitencias que se impone uno voluntariamente por alguna razón, y han de ser de dinero ganado con el trabajo propio. Ya el día anterior el stárets había enviado a Porfiri a casa de una de nuestras menestras, una viuda con hijos, cuya casa había ardido recientemente y que tras el incendio se había puesto a mendigar. Porfiri se apresuró a comunicar que el encargo ya estaba hecho y que había entregado el dinero «de parte de una benefactora desconocida», como se le había ordenado.

—Levántate, querido —siguió diciéndole el stárets a Aliosha—, déjame que te vea. ¿Has estado con los tuyos y has visto a tu hermano?

A Aliosha le pareció extraño que le preguntara con firmeza y precisión por uno solo de sus hermanos; pero ¿por cuál? Así pues, si lo había tenido apartado de su lado tanto el día anterior como el presente, quizá había sido precisamente por ese hermano.

—He visto a uno de mis hermanos —respondió Aliosha.

—Hablo del de ayer, del mayor, ante el que hice una reverencia hasta el suelo.

—A ése lo vi ayer, pero hoy no ha habido manera de encontrarlo —dijo Aliosha.

—Date prisa en encontrarlo, mañana ve otra vez, deja todo y date prisa. Quizá aún llegues a tiempo de prevenir algo horrible. Ayer yo me incliné ante un gran sufrimiento en su futuro.

De pronto se quedó callado y como inmerso en sus reflexiones. Las palabras habían sido extrañas. El padre Lósif, testigo de la reverencia hasta el suelo del día anterior, intercambió una mirada con el padre Paísi. Aliosha no se pudo contener.

—Padre y maestro —dijo increíblemente agitado—, sus palabras son demasiado confusas... ¿Cuál es ese sufrimiento que le espera?

—No seas curioso. Tuve ayer un presentimiento terrible... como si ayer su mirada expresara todo su destino. Tenía tal mirada... que mi corazón al instante se espantó ante lo que ese hombre está preparando para sí mismo. En toda mi vida solo he visto una o dos veces esa misma expresión en la cara de alguien... como un reflejo de todo su destino y, desgraciadamente, el destino se cumplió. Te envié a él, Alekséi, porque creí que tu rostro fraternal lo ayudaría. Pero todo depende de Dios, también nuestros destinos. «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto.» Recuerda esto. Y a ti, Alekséi, muchas veces en mi vida te he bendecido en mis pensamientos por ese rostro tuyo, debes saberlo —dijo el stárets con una sonrisa serena—. Pienso en ti de esta manera: saldrás fuera de estos muros, pero en el mundo vivirás como un monje. Vas a tener muchos adversarios, aunque hasta tus enemigos te amarán. La vida te traerá muchas desgracias, pero gracias a ellas serás feliz y bendecirás la vida y harás que otros la bendigan; esto es lo más importante. Bueno, así eres tú. Padres y maestros míos —se dirigió a sus huéspedes con una tierna sonrisa—, nunca hasta hoy había dicho, ni siquiera a él, por qué mi alma se siente tan cercana al rostro de este joven. Solo ahora lo diré: para mí, su rostro ha sido como un recordatorio y una profecía. En el amanecer de mis días, siendo aún un niño pequeño, tuve un hermano mayor que murió joven, en mi presencia, con solo diecisiete años. Y después, según iba discurriendo mi vida, poco a poco me convencí de que este hermano mío estuvo en mi destino como una especie de indicación y predestinación del cielo, pues de no haber estado él en mi vida, de no haber existido en absoluto, puede que nunca, así lo creo yo, hubiera aceptado la dignidad monacal y no hubiera tomado este precioso camino. Esta primera aparición se produjo siendo yo un niño y ahora, en el ocaso de mi camino, se manifiesta de nuevo ante mí. Lo prodigioso, padres y maestros, es que, pareciéndose solo ligeramente de cara, he sentido a Alekséi tan semejante a él en el plano espiritual que muchas veces lo he tomado por aquel joven hermano mío, llegado en secreto hasta mí en el final de mi camino a modo de recuerdo y de inspiración, y hasta yo me he visto sorprendido ante este extraño sueño. Escúchame, Porfiri —se dirigió al novicio que lo asistía—. He visto muchas veces en tu cara cierto pesar porque quiero más a Alekséi que a ti. Ahora sabes por qué, pero has de saber que a ti también te quiero, y he sufrido mucho por tu

pesar. Y a vosotros, mis queridos huéspedes, quiero hablaros de ese joven, de mi hermano, pues no ha habido en mi vida presencia más valiosa que la suya, más profética y conmovedora. Mi corazón se ha llenado de ternura, y en este momento contemplo toda mi vida si la estuviera viviendo de nuevo...

Debo señalar aquí que esta última conversación del stárets con quienes lo visitaron en su último día de vida en parte se ha conservado escrita. La registró Alekséi Fiódorovich Karamázov poco tiempo después de la muerte del stárets para poder recordarla. Si reproduce por entero la conversación de aquel día o si añadió cosas tomadas de conversaciones anteriores con su maestro, eso es algo que no he podido resolver. Además, en ese escrito todas las palabras del stárets se recogen sin interrupciones, como si hubiera expuesto su vida en forma de relato al dirigirse a sus amigos, cuando, sin duda, por lo que luego se contó, en realidad todo fue un poco distinto, pues aquella tarde todos intervinieron en la conversación y, aunque los huéspedes interrumpieron poco a su anfitrión, aun así hablaron de sí mismos y puede que hasta contaran y relataran algo de sus propias vidas; además, tuvieron que producirse necesariamente interrupciones en la narración, puesto que el stárets se ahogaba a veces, perdía la voz e incluso se tendió en la cama a descansar, aunque sin llegar a dormirse, y los huéspedes no abandonaron su sitio. Una o dos veces se hizo un alto en la conversación para leer el Evangelio: lo leía el padre Paísi. También es llamativo que, pese a todo, ninguno de los presentes creía que el stárets fuese a morir esa misma noche, especialmente porque, en la que sería la última tarde de su vida, después de haber dormido profundamente durante el día, parecía haber cobrado de pronto nuevas fuerzas que lo ayudaron a mantener esa larga charla con sus amigos. Fue como si una última manifestación de ternura hubiera sustentado aquella increíble animación, pero solo por un breve plazo, pues su vida cesó de repente... Pero esto vendrá después. Ahora quiero señalar que he preferido no exponer todos los detalles de la conversación y limitarme únicamente al relato del stárets según el manuscrito de Alekséi Fiódorovich Karamázov. Será más corto y no tan tedioso, aunque, repito, Aliosha tomó muchas cosas de conversaciones anteriores y las reunió.

II. De la vida en Dios del reverendo hieromonje stárets Zosima, que partió a reunirse con su hacedor, compuesta a partir de sus propias palabras por Alekséi Fiódorovich Karamázov

Información biográfica:

a) Sobre la juventud del hermano del stárets Zosima

Queridos padres y maestros, nací en una provincia lejana en el norte, en la ciudad de V., de padre noble, pero no ilustre, y de rango no muy elevado. Falleció cuando yo tenía solo dos años de edad y no lo recuerdo en absoluto. Le dejó a mi madre una casa de madera no muy grande y algo de capital, no mucho pero suficiente para vivir con sus hijos sin pasar necesidad. Mi madre tenía dos hijos: mi hermano mayor, Markel, y yo, Zinovi. Markel tenía unos ocho años más que yo, y era de carácter irascible e irritable, pero bondadoso; no era dado a las burlas y sí extrañamente callado, sobre todo en casa conmigo, con nuestra madre y con los criados. En el gimnasio se aplicaba, pero no tenía amistades entre sus compañeros, aunque tampoco reñía con ellos; así, al menos, lo recordaba mi madre. Medio año antes de su muerte, cuando ya había cumplido los diecisiete, cogió la costumbre de visitar a un hombre solitario de nuestra ciudad, un exiliado político, deportado de Moscú, por librepensador. Era este exiliado un científico importante y un filósofo notable de la universidad. Por alguna razón se encariñó con Markel y empezó a recibirlo. El joven pasaba tardes enteras con él, y así ocurrió todo el invierno, hasta que el exiliado, a petición propia, pues no le faltaban protectores, fue reclamado de nuevo para servir al Estado en San Petersburgo. Empezó la Cuaresma, pero Markel no quería observar el ayuno, no hacía más que renegar y burlarse: «No son más que sandeces —decía—, no existe ningún Dios», con lo que horrorizaba a mi madre y a los criados, y hasta a mí que era pequeño, porque, aunque apenas tenía nueve años, me asustaba mucho al oír esas palabras. Todos nuestros criados, cuatro en total, eran siervos, comprados a nombre de un terrateniente conocido. Todavía recuerdo que mi madre vendió a uno de los cuatro, la cocinera Afimia, coja y ya mayor, por sesenta rublos en papel moneda, y en su lugar contrató a otra, una mujer libre. Resulta que en la sexta semana de Cuaresma mi hermano empezó a sentirse peor: siempre había sido enfermizo, padecía del pecho, era de constitución débil y propenso a la tisis. Era bastante alto, pero flaco y endeble, y de cara muy agradable. No sé si se resfrió o qué, pero el caso es que vino el médico y enseguida le susurró a mi madre que aquello era una tisis galopante y que no sobreviviría al invierno. Mi madre se echó a llorar, empezó a pedirle a mi hermano,

con mucho tacto (sobre todo para no asustarlo), que ayunara y recibiera el santísimo sacramento, pues entonces aún no guardaba cama. Al oírlo, éste se enfadó y la tomó con el templo de Dios, pero se quedó pensativo: enseguida adivinó que estaba gravemente enfermo y que por esa razón le pedía nuestra madre, mientras tuviera fuerzas, que ayunara y fuera a comulgar. Por lo demás, él bien sabía que llevaba enfermo mucho tiempo y ya un año antes de esto nos había dicho a nuestra madre y a mí con sangre fría: «No viviré mucho tiempo en este mundo, puede que no llegue a un año», como si lo estuviera prediciendo. Pasaron unos tres días y llegó la Semana Santa. Y el martes por la mañana mi hermano empezó a ayunar. «En realidad, lo hago por usted, madre, para que esté contenta y tranquila», le dijo. Mi madre lloraba de alegría, pero también de pena: «Sabe que su final está cerca, de ahí este cambio repentino». Apenas fue a la iglesia, tuvo que guardar cama, así que se confesaba y recibía la comunión en casa. Llegaron días claros, serenos, fragantes, aquel año la Pascua era tardía. Recuerdo que se pasaba la noche tosiendo, dormía mal, pero por las mañanas siempre se vestía e intentaba sentarse en un sillón. Así se quedó en mi memoria: tranquilo en su sillón, resignado, con una sonrisa; enfermo, pero con la faz alegre y contenta. Espiritualmente, estaba transformado, ¡tan admirable era el cambio que se había iniciado en él! Entraba en su habitación la vieja niñera: «Deja que te encienda una lamparilla ante el icono, hijito». Antes nunca lo permitía, incluso las apagaba. «Enciéndela, querida, enciéndela; he sido un monstruo, no he hecho más que causaros disgustos. Prendiendo la lamparilla, rezas a Dios, y yo rezo alegrándome al verte. Así que rezamos al mismo Dios.» Estas palabras nos parecían extrañas, y mi madre se retiraba a su habitación y no hacía más que llorar; solo cuando entraba a verlo se enjugaba las lágrimas y ponía cara alegre. «Mamá, no llores, cielo —solía decirle—, aún me queda mucho por vivir, mucho que disfrutar con vosotros, eso es la vida, ¡la vida es alegría, gozo!» «Ay, querido mío, pero de qué alegría hablas si por la noche ardes de fiebre y toses tanto que el pecho parece que te va a estallar.» «Mamá —le responde—, no llores, la vida es el paraíso y todos estamos en el paraíso, pero no queremos darnos cuenta. Si quisiésemos darnos cuenta, mañana mismo todo el mundo sería un paraíso.» Y a todos nos sorprendieron sus palabras, puesto que hablaba de forma rara y con mucha convicción; nos emocionábamos y llorábamos. Venían a vernos nuestros conocidos: «Amigos —decía—, queridos míos, ¿qué he hecho yo para que me queráis, por qué me queréis tanto? ¿Cómo es que antes no lo sabía, no lo valoraba?». Cada vez que entraban, les decía a los criados: «Amigos, queridos míos, ¿por qué me servís? ¿Acaso merezco ser servido? Si Dios me perdonara y me dejara seguir entre los vivos, yo mismo me pondría a servirlos a vosotros, pues debemos servirnos los unos a los otros». Al oírle, mi madre negaba con la cabeza: «Hablas así por la enfermedad, querido». «Mamá, mi alegría, es imposible que no haya señores y siervos, pero deja que sea el siervo de mis siervos, como ellos lo son para

mí. Y también te digo, madre, que cada uno de nosotros es culpable de todo ante todos, y yo más que ninguno.» Mi madre incluso esbozó una sonrisa, lloraba y se sonreía: «¿Cómo vas a ser más culpable que nadie? Hay por ahí asesinos, bandidos, no has tenido tiempo de cometer tantos pecados para culparte más que los demás». «Madrecita, autora de mis días —por entonces empezó a emplear esa clase de palabras cariñosas, inesperadas—, queridísima autora de mis días, mi alegría, has de saber que en verdad todos somos culpables por todos y por todo ante todo el mundo. No sé cómo explicártelo, pero este sentimiento me tortura. ¿Y cómo hemos podido vivir y nos hemos enfadado sin saberlo?» Así se despertaba cada día, más y más enternecido y alegrándose y temblando entero de amor. A veces venía el médico, el viejo alemán Eisenschmidt. «Bueno, doctor, ¿aún seguiré otro día en este mundo?», solía bromear con él. «Y no solo un día, sino muchos —respondía el médico—, y hasta meses y años.» «¡Qué dice de meses y años! —exclamaba él—. No hay que contar los días, al hombre le basta un solo día para conocer toda la felicidad. Queridos míos, ¿para qué discutimos, para qué nos jactamos ante nadie, para qué recordamos las ofensas? Salgamos al jardín, vayamos a pasear y a jugar, a amarnos y alabarnos los unos a los otros, a besarnos y a bendecir la vida.» «A su hijo ya no le queda mucho por vivir —informó el médico a nuestra madre cuando ésta salió a despedirlo al porche—, la enfermedad lo está llevando a la locura.» Las ventanas de su habitación daban al jardín, y nuestro jardín era umbrío, con árboles viejos donde empezaban a apuntar las yemas primaverales, llegaban las primeras aves, que graznaban y cantaban en sus ventanas. Y de repente, mirándolos embelesado, empezó a pedirles perdón también a ellos: «Pajaritos divinos, pajaritos alegres, perdonadme vosotros también, porque he pecado ante vosotros». Esto ya sí que nadie fue capaz de comprenderlo, pero él lloraba de alegría: «Sí —decía—, hay tanta gracia de Dios a mi alrededor: pajaritos, árboles, prados, cielos... Solo yo vivía en la vergüenza, solo yo lo he deshonrado todo, y no he reparado en la belleza y en la gracia». «Muchos pecados estás cargando sobre ti», le decía llorando mi madre. «Madre, vida mía, no lloro de pena, sino de alegría; quiero ser culpable ante ellos, es solo que no puedo explicártelo, pues no sé cómo quererlos. Que sea yo pecador ante todos, pero que todos me perdonen: eso es el paraíso. ¿Acaso no estoy ahora en el paraíso?» Y hubo mucho más, cosas que no se pueden recordar o anotar. Recuerdo que una vez entré a verlo solo, no había nadie más. Era una tarde clara, el sol se estaba poniendo y un rayo oblicuo iluminaba toda la habitación. Me llamó con un gesto, yo me acerqué al verlo, me cogió por los hombros con las manos y me miró a la cara conmovido, con afecto; no dijo nada, simplemente me miró así como un minuto. «Anda —dijo—, vete, juega, ¡vive por mí!» Salí y me fui a jugar. Muchas veces en mi vida he recordado con lágrimas cómo me ordenó que viviera por él. Dijo muchas otras palabras, bonitas y asombrosas, pero incomprensibles entonces para nosotros. Murió la tercera semana después de Pascua, consciente, y,

aunque ya había dejado de hablar, no cambió en nada hasta su última hora: miraba contento, en sus ojos había alegría, nos buscaba con la mirada, nos sonreía, nos llamaba. Incluso en la ciudad se habló mucho de su muerte. Entonces me emocioné, pero no demasiado, aunque sí lloré mucho cuando lo enterraron. Yo era muy joven, un crío, pero aquello nunca se borró de mi corazón, el sentimiento quedó allí escondido. A su debido tiempo, éste se levantaría y respondería a la llamada. Y así sucedió.

b) Las Sagradas Escrituras en la vida del padre Zosima

Nos quedamos solos mi madre y yo. Cuentan que unos buenos amigos le aconsejaron entonces: solo le queda un hijo, usted no es pobre, tiene dinero, ¿por qué no envía a su hijo a San Petersburgo, como hacen otros? Dejándolo aquí, puede que lo prive de un brillante porvenir. Y le propusieron a mi madre que me mandara a San Petersburgo, al cuerpo de cadetes, para ingresar después en la Guardia Imperial. Mi madre vaciló mucho tiempo —cómo iba a separarse de su único hijo—, pero se decidió, aunque no sin lágrimas y creyendo que contribuía a mi felicidad. Me llevó a San Petersburgo y me dejó allí instalado, y desde ese momento no la volví a ver. Murió tres años después, tres años que estuvo penando y temblando por nosotros dos. De la casa familiar me llevé solo recuerdos preciosos, pues no hay recuerdos más preciosos que los de los primeros años en la casa familiar, y esto casi siempre es así, a poco que haya algo de amor y unión en las familias. Hasta de la peor familia puede uno conservar recuerdos preciosos, basta que el alma sepa buscar lo precioso. A los recuerdos familiares uno los recuerdos de Historia Sagrada, por la que ya sentía interés cuando vivía en la casa familiar, siendo aún un niño. Tenía entonces un libro, una historia sagrada, con bellas ilustraciones, titulado Ciento cuatro historias sagradas del Viejo y el Nuevo Testamento; aprendí a leer con él. Todavía hoy lo conservo en mi anaquel, lo guardo como un precioso recuerdo. Pero, antes incluso de aprender a leer, me acuerdo de la primera vez que experimenté cierto fervor espiritual, a los ocho años de edad. Mi madre me llevaba (no recuerdo dónde estaba mi hermano) a la casa de Dios, a misa, un Lunes Santo. Era un día claro y yo, al recordarlo ahora, vuelvo a ver claramente el incienso saliendo del incensario y ascendiendo, y arriba en la cúpula, en una ventanita estrecha, los rayos de Dios derramándose sobre nosotros en la iglesia, mientras el incienso, que se elevaba formando ondas, parecía disiparse en ellos. Yo miraba conmovido y, por primera vez en mi vida, mi alma acogió conscientemente la primera simiente de la palabra de Dios. Salió al centro del templo un adolescente con un libro grande, tan grande que entonces me pareció que le costaba llevarlo. Lo depositó en el facistol, lo abrió y empezó a leer y, entonces, de repente, por primera vez comprendí algo, por primera vez en mi vida comprendí lo que leían en el templo de Dios. Había un varón en la tierra de Uz, sincero y piadoso, y tenía tantas riquezas,

tantos camellos, tantas ovejas y asnos, y sus hijos se divertían y él los quería mucho y rogaba a Dios por ellos; quizá hubieran pecado, divirtiéndose tanto. Y he aquí que el diablo se presenta ante Dios, con los hijos de Dios, y le dice al Señor que ha recorrido toda la tierra, de una punta a otra, y ha estado debajo de la tierra. «¿Has visto a mi siervo Job?», le pregunta Dios. Y se jactó Dios ante el diablo, señalándole a su siervo, un hombre muy santo. El diablo se sonrió con malicia al oír las palabras de Dios: «Entrégamelo y verás cómo tu siervo empieza a lamentarse y a maldecir tu nombre». Y Dios entregó a este hombre justo, tan querido por él, al diablo, y el diablo aniquiló a sus hijos y su ganado, y dispersó su riqueza repentinamente, como si fuera el trueno de Dios. Y Job se rasgó las vestiduras, cayó al suelo y dijo: «Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré a la tierra. Dios dio, Dios quitó. Sea el nombre de Dios bendito desde hoy hasta el fin de los días». Padres y maestros, apiadaos de mis lágrimas presentes, pues mi niñez se alza de nuevo frente a mí y respiro ahora como respiraba entonces con mi pecho de ocho años y, como entonces, siento asombro, confusión y alegría. También entonces los camellos se apoderaron de mi imaginación, y Satanás hablando con Dios, y Dios enviando a su siervo a la destrucción, y su siervo exclamando: «Sea tu nombre bendito, a pesar de tu castigo». Y después el canto sereno y dulce en el templo: «Suba mi oración», y de nuevo el incienso del incensario del sacerdote y la oración de rodillas. Desde entonces —ayer mismo lo tuve en mis manos— no puedo leer ese relato sagrado sin lágrimas en los ojos. ¡Cuánto tiene de grandioso, misterioso, inconcebible! Oí después las palabras llenas de orgullo de burlones y blasfemos: cómo pudo el Señor entregar al predilecto de sus santos para que el diablo se divirtiera, quitarle sus hijos, castigarlo con enfermedades y llagas hasta el punto de tener que limpiarse el pus de sus llagas con un pedazo de teja; y ¿para qué? Solo para jactarse delante de Satanás: «¡Mira lo que puede llegar a soportar mi santo por mí!». Pero ahí está lo grandioso, ése es el misterio: la pasajera imagen terrenal y la verdad eterna se tocan. Ante la verdad terrenal se cumple la acción de la verdad eterna. Ahí el Creador, como en los primeros días de la creación, cuando culminaba cada día con una alabanza: «Es bueno lo que he creado», mira a Job y vuelve a alabarse por su creación. Y Job, al glorificar al Señor, no solo lo sirve a Él, sino que servirá a toda su creación generación tras generación, por los siglos de los siglos, pues a tal tarea estaba destinado. ¡Díos mío, qué libro y qué lecciones! ¡Qué libro las Sagradas Escrituras! ¡Qué milagro y qué fuerza se dan con él al hombre! Es como la imagen esculpida del mundo, del hombre y de los caracteres humanos, todo está nombrado y mostrado por los siglos de los siglos. Y cuántos misterios resueltos y revelados: Dios restablece a Job, le vuelve a dar riquezas, pasan muchos años y ya tiene otros hijos, y los quiere, ¡Dios mío! «Pero ¿cómo podía amar a esos nuevos hijos —podría uno pensar— habiendo perdido a los anteriores? Recordando a aquéllos, ¿cómo puede ser plenamente feliz, igual que lo era antes, con esos nuevos hijos, por

mucho que los quiera?» Se puede, se puede: el gran misterio de la vida humana paulatinamente convierte la pena antigua en tranquila y tierna alegría. En lugar de la bullente sangre juvenil, llega la vejez tranquila y dulce: diariamente bendigo la salida del sol, y mi corazón le canta igual que antes, pero ya me gusta más su ocaso, sus rayos largos y oblicuos y los recuerdos serenos, dulces, tiernos, imágenes queridas de toda una vida larga y bienaventurada y, por encima de todo, la verdad de Dios que conmueve, reconcilia y todo lo perdona. Mi vida se extingue, lo sé y lo percibo, mas cada día que me queda siento que mi vida en la tierra entra ya en contacto con una vida nueva, infinita, desconocida, aunque ya muy próxima, y al presentirla tiembla entusiasmada mi alma, resplandece mi espíritu y llora alegre mi corazón... Amigos y maestros, más de una vez he oído, y últimamente con mayor frecuencia, que en nuestro país los sacerdotes de Dios, sobre todo los de las aldeas, se lamentan lloriqueando por todas partes de su bajo salario y de su humillación y declaran abiertamente, incluso en la prensa —yo mismo lo he leído—, que ya no son capaces de explicarle al pueblo las Escrituras, pues su salario es escaso, y, que si vienen los luteranos y los herejes y empiezan a arrebatarse el rebaño, que se lo arrebaten, «ya que es tan escaso nuestro salario». ¡Ay, Señor!, pienso yo, quiera Dios darles algo más valioso que ese salario tan precioso para ellos (pues también su queja está justificada), pero en verdad os digo: si alguien es culpable, ¡la mitad de la culpa es nuestra! Pues, aunque el sacerdote no tenga tiempo, aunque no le falte razón cuando asegura que está abrumado por el trabajo y las ceremonias, siempre le quedará algo de tiempo... ¿No va a tener siquiera una hora semanal para acordarse de Dios? Y tampoco se trabaja todo el año. Que reúna en su casa una vez a la semana, por la tarde, primero solo a los niños: los padres oirán hablar de ello y también empezarán a acudir. Para esta tarea tampoco te hace falta construir una mansión, puedes recibirlos simplemente en tu isba. No temas, no van a ponerte perdida la isba, es solo una hora. Abre el libro y empieza a leerles sin palabras rebuscadas y sin arrogancia, sin ponerte por encima de ellos, con veneración y modestia, gozando tú también de estar leyéndoles y de que ellos te escuchen y te entiendan, amando tú mismo esas palabras. Detente solo de vez en cuando para aclarar alguna palabra que la gente sencilla no alcance a comprender; pero no te preocupes, lo entenderán todo, ¡el corazón ortodoxo entiende todo! Léeles de Abraham y Sara, de Isaac y Rebeca, de cómo Jacob fue a casa de Labán y luchó en sueños contra el Señor y dijo: «¡Cuán terrible es este lugar!», y cautivarás el espíritu piadoso de la gente sencilla. Léeles, sobre todo a los niños, cómo unos hermanos vendieron como esclavo a su hermano carnal, a José, el amado muchacho, el gran profeta que interpretaba los sueños, y le dijeron al padre que una fiera había despedazado a su hijo, y le mostraron la ropa ensangrentada. Léeles cómo llegaron después los hermanos a Egipto en busca de pan, y José, convertido en un alto dignatario, sin que ellos lo reconocieran, los atormentó, los condenó, prendió al

hermano Benjamín, y todo ello sin dejar de quererlos: «Os quiero y, queriéndooos, os hago sufrir tormento». Pues toda su vida había seguido recordando cómo lo habían vendido a unos mercaderes en algún lugar en la estepa abrasadora, junto a un pozo, y cómo él, retorciéndose las manos, lloraba y suplicaba a sus hermanos que no lo vendieran como esclavo en una tierra extraña. Y he aquí que, al verlos después de tantos años, volvió a sentir por ellos un amor inmenso, pero les hizo padecer y sufrir tormento, a pesar de ese amor. Por fin, cuando ya no soporta el sufrimiento de su corazón, se aleja de ellos, se desploma sobre el lecho y llora. Después se seca la cara y vuelve a su lado, radiante y luminoso, y les anuncia: «¡Hermanos, soy José, vuestro hermano!». Y que a continuación les lea cómo se alegró el anciano Jacob al saber que su niño querido aún estaba vivo y cómo partió a Egipto, dejando atrás su país natal, y murió en tierra extraña, legando en testamento, por los siglos de los siglos, la grandiosa palabra que toda su vida se había alojado, de manera misteriosa, en su dócil y medroso corazón: que de su estirpe, de Judá, saldría la gran esperanza del mundo, ¡su reconciliador y su salvador! Padres y maestros, perdonadme y no os enfadéis si, como un niño pequeño, os explico aquello que sabéis desde hace mucho y que podrías enseñarme a mí, con palabras cien veces más atinadas y hermosas. Hablo así movido solo por mi entusiasmo, y perdonad mis lágrimas, pues ¡amo este libro! Dejad que él, el sacerdote de Dios, también llore, y así verá cómo, en respuesta, los corazones de sus oyentes también se conmueven. Solo se necesita una semilla pequeña, diminuta: que la arroje al alma de la gente sencilla y la simiente no morirá, vivirá en el alma de esa gente toda la vida, escondida entre las tinieblas, entre el hedor de sus pecados, como un punto luminoso, como un magnífico recordatorio. Y no es necesario, no lo es, explicar o instruir en exceso, esa gente lo entenderá con sencillez. ¿Creéis acaso que las personas sencillas no lo van a entender? Probad a leerles después el relato tierno y conmovedor de la bella Esther y la arrogante Vasti, o la maravillosa historia del profeta Jonás en el vientre de la ballena. No olvidéis tampoco las parábolas del Señor, preferiblemente las del Evangelio de Lucas (así lo hice yo), después la conversión de Saulo en los Hechos de los Apóstoles (¡indispensable, indispensable!) y, por fin, de las Cheti-Minéi al menos la vida de san Alejo y de la alegre mártir, grande entre las grandes, María Egipcíaca, teovidente y portadora de Cristo. Con estas historias sencillas llegaréis a su corazón, y solo se necesita una hora a la semana, por mucho que el salario sea escaso, una hora de nada. Y verá el sacerdote cómo nuestro pueblo es misericordioso y agradecido, y cómo le devuelve cien veces lo recibido: recordando el celo del sacerdote y sus tiernas palabras, la gente lo ayudará de buena gana en el campo, y también en su casa, y le mostrará mayor respeto que antes, y ya con eso habrá aumentado su salario. La cosa es tan simple que a veces callamos por miedo a que se rían de nosotros, pero ¡es tan evidente! Aquel que no cree en Dios tampoco cree en el pueblo de Dios. Pero quien tenga fe en el pueblo de

Dios verá también la santidad que hay en él, por más que hasta entonces no hubiera creído en ella. Solo el pueblo y su fuerza espiritual verdadera podrán convertir a nuestros ateos, que se han desligado de su propia tierra. ¿Y qué es la palabra de Cristo sin el ejemplo? Sin la palabra de Dios, la destrucción caerá sobre nuestro pueblo, pues su alma está sedienta de su palabra y de cualquier imagen hermosa. En mi juventud, hace mucho tiempo, casi cuarenta años, el padre Anfim y yo recorrimos toda la Rus recolectando limosna para el monasterio, y una noche la pasamos a orillas de un gran río navegable en compañía de unos pescadores; con ellos estaba un joven agradable, un campesino que aparentaba unos dieciocho años; tenía prisa por llegar, a la mañana siguiente, a su trabajo: remolcar, tirando de la sirga, la barcaza de unos mercaderes. Veo que mira al frente con emoción y serenidad. Era una noche de julio clara, tranquila y cálida, el río era ancho, una refrescante bruma ascendía de él, algún pececillo chapoteaba de vez en cuando, los pájaros se habían callado, reinaba la calma, todo era esplendoroso y elevaba una plegaria a Dios. Solo nosotros dos, aquel joven y yo, estábamos despiertos, y nos pusimos a hablar de la belleza de este mundo de Dios y de su grandioso misterio. Cada brizna de hierba, cada pequeño insecto —una hormiga, una abeja dorada—, todos conocen su camino de una manera asombrosa, sin tener inteligencia, todos ponen de manifiesto el misterio divino, lo encarnan sin cesar. Me di cuenta de que el corazón de aquel simpático joven se enardecía. Me contó que le gustaba el bosque, los pájaros silvestres; era pajarero, reconocía cada uno de sus silbidos, sabía cómo capturar cada ave: «No conozco nada mejor que el bosque —me decía—, aunque todas las cosas son buenas». «Es verdad —le respondo—, todo es bueno y grandioso porque todo es verdad. Fíjate en el caballo —le digo—, ese gran animal, tan cercano al hombre, o en el buey, que lo alimenta y trabaja para él, abatido y meditabundo, fíjate en su semblante: qué docilidad, qué apego a un hombre que suele golpearle sin piedad, qué candidez, qué confianza y belleza en su semblante. Y hasta es conmovedor saber que no hay pecado en él, pues todo es perfecto, todo, excepto el hombre, está libre de pecado, y Cristo está con ellos antes que con nosotros.» «¿Cómo es eso? —pregunta el joven—. ¿Cristo está con ellos?» «No puede ser de otra manera —le digo—, pues el Verbo es para todos, para toda creación y para toda criatura, cada hojita tiende hacia el Verbo, canta la gloria de Dios, llora a Cristo, sin conciencia de ello, a través del misterio de su existencia sin pecado. Ahí —le digo—, en el bosque, yerra el oso terrible, amenazador y fiero, pero no es culpable de nada.» Y le conté que, en cierta ocasión, un oso se había acercado a un gran santo que buscaba la salvación en el bosque, en una pequeña celda, y que el gran santo sintió compasión y salió sin temor y le dio un trozo de pan: «Anda, ve —le dijo—, Cristo está contigo», y el fiero animal se alejó, obediente y sumiso, sin causar daños. Y se conmovió el joven al saber que la fiera se había alejado sin causar ningún daño, y que Cristo también estaba con el animal. «¡Ay —dice—, qué maravilla! ¡Qué admirable y

qué maravillosa es toda la obra de Dios!» Estaba allí sentado, meditando tranquila y dulcemente. Vi que me había comprendido. Y se quedó dormido a mi lado, con un sueño ligero y puro. ¡Bendice, señor, la juventud! Y recé por él, mientras me entregaba al sueño yo también. ¡Señor, envía la paz y la luz a tu gente!

c) Recuerdos de mocedad y juventud del stárets Zosima, aún en el siglo. El duelo

Estuve muchos años, casi ocho, en San Petersburgo, en el cuerpo de cadetes, y con la nueva educación muchas de las impresiones de mi infancia se vieron amortiguadas, aunque no olvidé ninguna. A cambio, adopté tantas costumbres nuevas, e incluso opiniones, que me transformé en un ser casi salvaje, cruel y ridículo. Junto con el francés, adquirí el lustre de la urbanidad y de los modales mundanos, pero todos nosotros, yo también, considerábamos auténticas bestias a los soldados que nos servían en el cuerpo. Puede que yo más que nadie, pues era el más susceptible de todos mis camaradas. Cuando llegamos a oficiales, estábamos dispuestos a derramar nuestra sangre por los insultos al honor del regimiento, aunque casi ninguno de nosotros sabía lo que era el auténtico honor y, si alguno lo hubiese descubierto, él habría sido el primero en ridiculizarlo. Poco menos que nos enorgullecíamos de nuestras borracheras, trifulcas y bravatas. No diré que fuéramos ruines; todos esos jóvenes eran buenos, pero se comportaban con ruindad, yo más que ninguno. Lo más importante es que yo ya disponía de mi capital, y por eso me lancé a vivir a mis anchas, con todo el ímpetu de la juventud, sin moderación, a toda vela. Pero había una cosa sorprendente: también leía por entonces, y hasta con gran placer. En esa época casi nunca abría la Biblia, aunque nunca me separé de ella, la llevaba conmigo a todas partes: en verdad, guardaba aquel libro, sin saberlo yo mismo, «para la hora, día, mes y año». Tras servir así unos cuatro años, finalmente recalé en la ciudad de K., donde estaba entonces estacionado nuestro regimiento. La sociedad de esta ciudad era variada, numerosa y alegre, hospitalaria y rica, en todas partes era bien recibido, pues siempre he sido de carácter alegre y, por añadidura, no me tenían por pobre, lo cual, en ese ambiente, cuenta bastante. Y se produjo un hecho que fue el inicio de todo. Le tomé afecto a una muchacha joven y bonita, inteligente y digna, de carácter alegre y noble, hija de padres honorables. Eran gente importante, tenían dinero, influencia y poder, me acogieron con cariño y cordialidad. Me pareció que la muchacha me miraba con buenos ojos: mi corazón se enardecía ante tal sueño. Más tarde, comprendí y acabé de caer en la cuenta de que tal vez no la hubiese amado con tanta pasión, sino que simplemente respetaba su inteligencia y su carácter elevado, como no podía ser de otro modo. Sin embargo, el egoísmo me impidió entonces pedir su mano: me parecía muy duro y terrible despedirme de las tentaciones de la vida depravada y libre de soltero a tan temprana edad, sobre todo disponiendo de dinero. No obstante, sí

hice algunas insinuaciones. En cualquier caso, aplacé por una breve temporada cualquier paso decisivo. Y he aquí que, de pronto, me envían dos meses en comisión de servicio a otro distrito. Regreso a los dos meses y entonces me entero de que la joven se ha casado con un rico terrateniente de los alrededores, un hombre mayor que yo pero joven aún y con buenas relaciones en la capital y entre la alta sociedad, algo de lo que yo carecía; por añadidura, era un hombre muy amable y, además, instruido, mientras que yo no tenía ninguna clase de instrucción. Me afectó tanto aquel acontecimiento inesperado que hasta se me nubló el entendimiento. Pero lo más importante del caso era que, según supe muy pronto, el joven terrateniente venía siendo su prometido desde hacía mucho, y que yo mismo me lo había encontrado en numerosas ocasiones en casa de ella, pero, ofuscado por mis propios méritos, no había notado nada. Eso fue, con diferencia, lo que más me dolió: ¿cómo era posible que casi todo el mundo lo supiera y yo fuera el único que no sabía nada? De pronto sentí una rabia insoportable. Ruborizado, empecé a recordar cuántas veces había estado a punto de declararle mi amor, y, dado que ella no me había detenido ni advertido, quería decirse que se había estado burlando de mí, deduje yo. Más tarde, claro está, lo reconsideré y recordé que ella no se había reído lo más mínimo; al contrario, interrumpía bromeando tales conversaciones y cambiaba de tema, pero en aquellos momentos no fui capaz de darme cuenta y ardía en deseos de venganza. Recuerdo con sorpresa que mi sed de venganza y mi ira hasta a mí me resultaban excesivamente gravosas y desagradables, porque, siendo de carácter apacible, no podía estar enfadado con nadie mucho tiempo, y por eso tenía que incitarme a mí mismo de una manera artificial, y al fin me convertí en un sujeto ruin e insensato. Aguardé mi ocasión, y una vez, en presencia de mucha gente, logré agraviar a mi «rival» por una razón que, aparentemente, nada tenía que ver conmigo: me burlé de una opinión suya sobre un importante suceso de aquellos días —estábamos en 1826—, y conseguí burlarme, eso decía la gente, con ingenio y destreza. Después le exigí una explicación y, cuando me la dio, lo traté con tanta grosería que acabó aceptando mi desafío, sin reparar en la enorme diferencia que había entre nosotros, pues yo era más joven, insignificante y de rango muy inferior. Después supe a ciencia cierta que había aceptado mi desafío también por celos: en su día se había sentido algo celoso de mí por la que luego sería su mujer y todavía era su novia; en aquel momento pensaría que, si ella llegaba a enterarse de que yo lo había ofendido y él no se había decidido a desafiarme, entonces ella, sin darse ni cuenta, empezaría a despreciarlo y su amor se tambalearía. Enseguida encontré un padrino, un camarada, teniente de nuestro regimiento. En aquel tiempo, aunque los duelos se perseguían implacablemente, eran casi una moda entre los militares: hasta tal punto crecen a veces y se hacen fuertes los prejuicios más absurdos. Junio llegaba a su fin y nuestro encuentro tendría lugar al día siguiente, a las siete de la mañana, en el campo; entonces me sucedió algo en verdad fatídico. Al

volver a casa, furioso e intratable, me irrité con Afanasi, mi ordenanza, y le golpeé dos veces con todas mis fuerzas, tanto que la cara se le cubrió de sangre. No hacía mucho que estaba a mi servicio y, aunque ya otras veces le había pegado, nunca lo había hecho con aquella saña brutal. Creedme, queridos, han pasado cuarenta años y aún lo recuerdo con vergüenza y dolor. Me acosté, dormí unas tres horas, me desperté, ya despuntaba el día. De repente me levanté, ya no tenía ganas de dormir, me acerqué a la ventana, la abrí —daba al jardín—, vi que estaba saliendo el sol, el aire era tibio, hacía un día espléndido, empezaban a cantar los pájaros. «¿Por qué habrá en mi alma —pensaba yo— esta sensación de ignominia y bajeza? ¿Será porque voy a derramar sangre? No —me dije—, no parece que sea por eso. ¿Será porque temo la muerte, porque tengo miedo de que me maten? No, no, en absoluto, no tiene nada que ver...» Y de repente caí en la cuenta de lo que me pasaba: ¡había pegado a Afanasi la noche anterior! Todo se me representó de nuevo, como si se estuviera repitiendo: lo tengo delante, le golpeo con fuerza la cara, pero él tiene los brazos pegados al cuerpo, la cabeza erguida, los ojos bien abiertos, en posición de firmes, se estremece con cada golpe pero ni siquiera se atreve a levantar los brazos para protegerse... ¡A lo que puede llegar un hombre! ¡Un hombre golpeando a otro hombre! ¡Qué crimen! Fue como si una aguja punzante atravesara mi alma de parte a parte. Me quedo allí como atontado, mientras el sol brilla, las hojitas se regocijan, resplandecen, y las aves... las aves alaban a Dios... Me cubrí el rostro con ambas manos, me derrumbé sobre la cama y me deshice en lágrimas. Recordé entonces a mi hermano Markel y sus palabras a los criados antes de morir: «Amigos, queridos míos, ¿por qué me servís? ¿Por qué me queréis? ¿Acaso merezco ser servido?». «Eso es, ¿acaso lo merezco?», me vino de repente a la cabeza. Efectivamente, ¿por qué merezco que otro hombre, al igual que yo imagen y semejanza de Dios, me sirva? Y así, por primera vez en mi vida, esta pregunta se quedó grabada en mi cabeza. «Madrecita, hacedora de mis días, en verdad todos somos culpables por todos ante todo el mundo, solo que la gente no lo sabe, si lo supieran, ¡esto sería el paraíso... Señor, ¿es posible que no sea verdad? —lloraba y pensaba—, en verdad, es posible que sea yo el más culpable de todos, ¡y el peor entre todas las personas del mundo!» Y de pronto toda la verdad se presentó ante mí, con todo su resplandor: ¿qué iba a hacer? Iba a matar a un hombre bueno, inteligente y noble, que no me había hecho nada, e iba a privar para siempre a su esposa de la felicidad, iba a hacerla sufrir y la iba a matar. Seguía tumbado boca abajo en la cama sin darme cuenta de que el tiempo pasaba. De pronto entró mi camarada, el teniente; venía a buscarme con las pistolas: «Ah —dijo—, muy bien, ya estás despierto, es la hora, vamos». Me quedé aturdido, sin saber qué hacer; salimos y nos montamos en el coche: «Espera aquí un momento —le dije—, ahora vuelvo, se me ha olvidado el monedero». Y volví corriendo a casa, derecho al cuartucho de Afanasi: «Afanasi —dije—, ayer te pegué dos veces en la cara, perdóname». Él se sobresaltó,

como asustado, me miró y yo me di cuenta de que aquello era poco, muy poco, y de pronto, tal como iba, con charreteras y todo, caigo a sus pies, e inclino la frente hasta el suelo: «¡Perdóname!». Se quedó atónito: «Mi señor, bátiushka, señor, pero cómo... yo no soy digno...», y se echó a llorar, como antes yo, se cubrió el rostro con ambas manos, se volvió hacia la ventana, estremecido por el llanto, mientras yo corría a reunirme con mi compañero y subía precipitadamente al coche: «En marcha —ordené—. ¿Has visto alguna vez —le digo gritando— a un vencedor? ¡Aquí tienes uno, delante de ti!» Estaba extasiado, me río, hago todo el camino hablando y hablando sin parar, ya no recuerdo de qué hablé. Él me mira: «Bravo, hermano; veo que vas a dejar en buen lugar nuestro uniforme». Y llegamos al lugar convenido, ellos ya estaban esperándonos. Nos colocaron a doce pasos el uno del otro, a él le tocaba disparar primero. Yo estaba frente a él, alegre, cara a cara, sin pestañear, lo miraba afectuosamente, sabía lo que iba a hacer. Él disparó, solo me hizo un pequeño rasguño en la mejilla y me rozó la oreja. «¡Gracias a Dios —grité—, no ha matado a un hombre!», y cogí mi pistola, me di la vuelta y la lancé bruscamente al aire, al bosque. «¡Ése es tu sitio!» Me volví hacia mi adversario: «Muy señor mío —le digo—, perdone a este estúpido joven, culpable de haberle ofendido, que le ha forzado a disparar contra él. Soy diez veces peor que usted, puede que más. Dígaselo a la persona que más venera en este mundo». Según acababa de hablar, los tres empezaron a gritar: «¡Será posible! —decía mi adversario enfadado—. Si no quería batirse, ¿por qué tuvo que molestarme?». «Ayer —le dije—, aún era un estúpido, pero hoy soy más juicioso», le respondí alegremente. «Me creo lo de ayer, pero, por lo que respecta a lo de hoy, es difícil llegar a la misma conclusión que usted.» «¡Bravo! —le grito, dando palmas—, estoy de acuerdo con usted, ¡me lo he merecido!» «Muy señor mío, ¿va a disparar o no?» «No —le digo—, si quiere, dispare usted otra vez, solo que sería mejor no hacerlo.» Los padrinos gritaban, sobre todo el mío: «¡Qué afrenta para el regimiento! ¡Pedir perdón en la marca! ¡Si llego a saberlo!». Yo seguía allí delante de todos ellos pero ya no me reía: «Señores, ¿acaso en nuestro tiempo es tan sorprendente encontrar a un hombre que reconozca su estupidez y que públicamente se declare culpable de lo que es culpable?». «¡Pero no en la marca!», gritó mi padrino de nuevo. «¡Precisamente! —les respondí—. Eso es lo sorprendente, porque debería haberme declarado culpable nada más llegar aquí, antes de su disparo, sin haberlo empujado a cometer un gravísimo pecado mortal. Pero hemos organizado el mundo de una manera tan monstruosa que actuar así era casi imposible, pues solo después de haber resistido su disparo a una distancia de doce pasos mis palabras pueden tener algún significado para él; en cambio, si las hubiera pronunciado antes del disparo, nada más llegar, sencillamente habrían dicho ustedes: es un cobarde, se ha asustado al ver la pistola y no hay nada más que hablar. Señores —exclamé de repente, de todo corazón—, contemplen a su alrededor los dones de Dios: el cielo claro, el aire limpio, la hierba

suave, los pájaros, la naturaleza bella y pura; solo nosotros, impíos y necios, no comprendemos que la vida es el paraíso, y bastaría con que quisiésemos comprenderlo para que surgiera en ese mismo instante en todo su esplendor, y nos abrazáramos llorando...» Aún quería seguir, pero no pude; me faltaba el aliento con tanta dulzura, con tanta juventud; era feliz como nunca lo había sido en mi vida. «Todo eso que dice es sensato y piadoso —me dijo mi adversario—, en cualquier caso, es usted un hombre original.» «Ríase —también yo me reí—, pero después debería elogiarme.» «Ya estoy dispuesto a elogiarle —dice—, permítame, le ofrezco mi mano, porque creo que es usted realmente sincero.» «No —le digo—, ahora no, más tarde, cuando sea mejor y me haya merecido su respeto; entonces hará bien ofreciéndome su mano.» Volvimos a casa, mi padrino fue todo el camino blasfemando, pero yo no hacía más que darle besos. Enseguida llegó la noticia a oídos de mis camaradas, se prepararon para juzgarme ese mismo día: «Ha ensuciado nuestro uniforme, que presente su renuncia». También hubo quien me defendió: «Aun así, dicen que ha resistido el disparo». «Sí, pero ha tenido miedo de los otros disparos y ha pedido perdón en la marca.» «Si hubiera tenido miedo de los disparos —objetaban mis defensores—, habría disparado su pistola antes de pedir perdón, y él la ha arrojado cargada al bosque; no, aquí ha pasado algo distinto, original.» Yo estaba escuchando, me divertía mirarlos. «Queridísimos míos —dije—, amigos y compañeros, no os preocupéis por mi renuncia, porque ya la he presentado, esta misma mañana, en la oficina del regimiento; en el momento en que me la concedan ingresaré en un monasterio; por eso he presentado mi renuncia.» Fue decir eso, y todos al unísono rompieron a reír a carcajadas: «Haberlo dicho antes, ahora todo está claro, no se puede juzgar a un monje», no paraban de reírse, pero no se reían en son de burla, sino con ternura, divertidos; de repente, todos me habían cogido cariño, incluso quienes me habían acusado con más fervor; después, en el mes que pasó hasta que me concedieron la renuncia, me llevaron en palmitas: «Ay, nuestro monje», decían. Y cada uno tenía una palabra afectuosa para mí, empezaron a intentar disuadirme, incluso a lamentarse: «¿Qué va a ser de ti?». «Es un valiente —decían—, resistió un disparo y podría haber disparado, pero la víspera había soñado que iba a meterse a monje. He ahí el porqué.» Lo mismo sucedía en la ciudad. Antes nadie había reparado especialmente en mí, aunque me recibían cordialmente, pero ahora todos querían saber de mí, y se peleaban por invitarme: se reían de mí, pero también me querían. Debo señalar que, aunque entonces todo el mundo hablaba sin tapujos de nuestro duelo, los superiores habían dado por cerrado el caso, pues mi adversario era pariente próximo de nuestro general y, dado que el asunto se había resuelto sin sangre, como una especie de broma, y yo, al fin y al cabo, había presentado mi renuncia, lo consideraron, efectivamente, una broma. Entonces empecé a hablar sin disimulo y sin temor a pesar de sus risas, porque, en definitiva, no se trataba de risas malignas, sino

bienintencionadas. Aquellas conversaciones solían tener lugar en las veladas, en compañía de damas: por entonces a las mujeres les gustaba más escucharme y obligaban a los hombres a hacerlo. «Pero ¿cómo es posible que yo sea culpable por todos? —decía uno cualquiera, riéndoseme a la cara—. ¿Acaso yo puedo ser culpable por usted, por ejemplo?» «Y ¿cómo va usted a reconocerlo —le respondí—, si hace mucho que el mundo entero tiró por otro camino y tomamos por verdad la pura mentira y exigimos de los demás la misma mentira? Ya lo ve, por primera vez en la vida voy y actúo con sinceridad, y ahora resulta que soy como un yuródivy para todos ustedes: me han cogido cariño, pero no pueden dejar de reírse de mí», les dije. «Pero ¿cómo no vamos a cogerle cariño?», me dice la anfitriona, riéndose ruidosamente; y había mucha gente en su casa. De repente veo que en medio de las damas se pone en pie la misma joven por la que yo había provocado el duelo y en la que poco antes había pensado como futura novia, y ahora ni siquiera me había dado cuenta de que había acudido a la velada. Se puso en pie, se acercó y me tendió la mano: «Permítame decirle que yo soy la primera que no se ríe de usted: al contrario —me dice—, con lágrimas en los ojos le expreso mi gratitud y le declaro mi respeto por su comportamiento de entonces». Se acercó también su marido, y a continuación todos a la vez, poco les faltó para besarme. Me sentí muy alegre, pero, entre toda aquella gente, reparé de pronto en un hombre ya mayor que también se me había acercado y a quien ya conocía de nombre, a pesar de que nadie me lo había presentado y hasta esa tarde ni siquiera había cambiado una palabra con él.

d) El visitante enigmático

Hacía tiempo que trabajaba en nuestra ciudad, donde ocupaba un puesto destacado, era un hombre respetado por todos, rico, famoso por su filantropía, donaba un capital considerable al asilo y al orfanato y, además, hacía muchas buenas obras en secreto, sin divulgarlo, algo que solo se descubrió después de su muerte. Tenía cerca de cincuenta años y un aspecto casi severo, era hombre de pocas palabras; llevaba casado no más de diez años con una mujer aún joven, con la que tenía tres hijos de corta edad. Y he aquí que a la tarde siguiente estaba yo en casa cuando de repente se abrió la puerta y entró precisamente este señor.

Hay que señalar que yo ya no vivía donde antes, pues en cuanto presenté mi renuncia me mudé a casa de una mujer mayor, viuda de un funcionario, que puso también sus criados a mi disposición; mi traslado a esta nueva vivienda se había debido únicamente a que, nada más regresar del duelo, ese mismo día, mandé a Afanasi de vuelta a su compañía: me daba vergüenza mirarlo a los ojos después de mi reciente comportamiento con él; hasta tal punto es propenso a avergonzarse, aunque sea de la causa más justa, el hombre de mundo poco preparado.

«Hace varios días —me dijo aquel señor nada más entrar— que le vengo escuchando con gran curiosidad en distintas casas y deseaba conocerle personalmente para hablar con usted con más detenimiento. ¿Puede concederme, mi buen señor, ese gran favor?» «Con sumo placer; lo consideraré un honor muy especial», le digo, aunque casi estaba asustado; tal era la impresión que me había producido la aparición de aquel hombre. Porque, aunque la gente me escuchaba y sentía curiosidad por mí, todavía no se me había acercado nadie con ese aspecto de ser tan serio y severo por dentro. Y ese hombre había venido a verme a mi propia casa. Tomó asiento. «Veo en usted —continuó— una gran fuerza de carácter, pues no tuvo miedo de servir a la verdad en un asunto en el que, por esa misma verdad, se arriesgó a sufrir el desprecio general.» «Quizá esté exagerando mucho en sus elogios», le dije. «No, no exagero —me respondió—, créame que hacer algo así es mucho más difícil de lo que usted piensa. De hecho —prosiguió—, ha sido eso lo que me ha impresionado y precisamente por eso he venido a verle. Descríbame, si no desdeña esta curiosidad mía, acaso indiscreta, qué sintió exactamente en el momento en que decidió pedir perdón en el duelo, si es que lo recuerda. No considere frívola mi pregunta, al contrario, se la hago con una finalidad secreta que probablemente le explicaré más adelante si es que Dios considera conveniente acercarnos aún más.»

Mientras hablaba, no dejé de mirarlo y, de pronto, sentí una confianza fortísima en él, además de una excepcional curiosidad, porque tuve la sensación de que su alma guardaba un secreto muy especial.

«Me pregunta qué sentí exactamente en el momento en que pedí perdón a mi adversario —le respondí—, pero será mejor que se lo cuente todo desde el principio, cosa que no he hecho con nadie —y le relaté todo lo ocurrido en casa con Afanasi y cómo me había postrado ante él en el suelo—. Como puede usted ver —concluí—, en el duelo ya fue todo más sencillo, porque yo había dado en casa los primeros pasos y, una vez que emprendes ese camino, lo demás no solo no es difícil, sino incluso placentero y alegre.»

Me escuchaba y me miraba con atención: «Todo esto —me dice— es extraordinariamente curioso, vendré más veces a verle». Y desde entonces empezó a visitarme casi cada tarde. Y nos habríamos hecho amigos íntimos si él me hubiera hablado de sí mismo. Pero de sí mismo no decía casi ni una palabra, no hacía más que interrogarme. Aun así, le tomé mucho aprecio y le confié por completo mis sentimientos, pues pensaba: ¿qué más me da a mí su secreto? Incluso sin él, veo que es un hombre justo. Además, es un hombre tan serio y tan diferente a mí en edad, y viene a mi casa, a casa de un joven como yo, sin el menor desprecio. Aprendí de él muchas cosas de provecho, pues era un hombre de gran inteligencia. «Eso de que la vida es el paraíso... —me dijo un día—; hace mucho que le doy vueltas —y añadió de repente—: no pienso en otra cosa. —Me miró y sonrió—. Estoy más convencido que

usted, más tarde sabrá por qué.» Al oír esto me dije: «Seguro que quiere revelarme algo». «El paraíso —dijo— se esconde en cada uno de nosotros; ahora, por ejemplo, también se oculta en mí y, si así lo quiero, mañana mismo se hará realidad y así será ya para toda la vida. —Lo miro, habla conmovido y me mira misteriosamente, como interrogándome—. Y cuando dice usted que todo hombre —prosiguió— es culpable por todos y por todo, además de por sus propios pecados... ese razonamiento suyo es muy acertado, y es asombroso que, de repente, haya podido abrazar esa idea con tal plenitud. Y, en verdad, es cierto que, cuando la gente comprenda esta idea, entonces surgirá para ella el reino de los cielos no en sueños, sino en realidad.» «Pero ¿cuándo se cumplirá esta idea? —exclamé yo con pesar—. ¿Se hará realidad alguna vez? ¿No será solo un sueño?» «Así que usted no tiene fe, predica pero no tiene fe. Ha de saber que, indudablemente, ese sueño, como usted dice, se hará realidad, créalo, pero no ahora, pues hay una ley para cada acción. Es una cuestión del alma, psicológica. Para rehacer el mundo es necesario que la gente tome, psicológicamente, otro camino. Mientras no nos convirtamos efectivamente en hermanos de todos los hombres, no habrá fraternidad. Ninguna ciencia, ningún interés enseñará nunca a las personas a repartirse propiedades y derechos pacíficamente. Siempre será poco para cada uno y todos seguirán murmurando, envidiándose y destruyéndose mutuamente. Pregunte usted cuándo se hará realidad. Se hará realidad, pero antes debe concluir el período del aislamiento humano.» «¿Qué aislamiento?», le pregunté. «El que ahora reina en todas partes, y especialmente en nuestro siglo, pero aún no ha concluido del todo y no le ha llegado su hora. Pues ahora cada uno aspira a diferenciarse, quiere experimentar en sí mismo la plenitud de la vida, pero el único resultado de todos estos esfuerzos es un completo suicidio y no la plenitud de la vida, ya que, en lugar de alcanzar una plena definición de su ser, las personas caen en un completo aislamiento. En nuestro siglo todos se han dividido en unidades, cada uno se aísla en su guarida, cada uno se distancia del otro, se esconde y esconde lo que posee y termina alejándose de la gente y alejando a la gente de sí. Acumula riquezas en soledad y piensa: cuán fuerte soy ahora, cuán seguro; pero ese insensato no sabe que, cuanto más acumula, más se hunde en su debilidad suicida. Pues se ha acostumbrado a confiar solo en sí mismo, se ha separado del conjunto, como unidad que es, ha enseñado a su alma a no creer ni en la ayuda de los hombres ni en la gente ni en la humanidad, y solo tiembla pensando en que puede perder su dinero y los derechos que ha adquirido con él. Ahora en todas partes la mente humana, de una forma ridícula, empieza a no comprender que la verdadera seguridad para el individuo no reside en su esfuerzo personal aislado, sino en la integridad común de la humanidad. Pero inevitablemente a este horrible aislamiento también le llegará su hora y alguna vez todos comprenderán de qué manera tan poco natural se habían apartado los unos de los otros. Ése será el espíritu de la época y se sorprenderán de haber estado tanto tiempo en la oscuridad sin haber

visto la luz. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo... Pero hasta entonces hay que custodiar esa bandera y, cada cierto tiempo, un hombre, al menos, debe dar ejemplo y, sacando su alma del aislamiento, realizar la proeza de la relación fraternal, aunque sea en calidad de yuródivy. Para que esta gran idea no muera...»

Entre tales conversaciones fervorosas y entusiastas pasábamos las tardes. Yo llegué a prescindir del trato social y cada vez iba menos de visita; además, ya empezaba a estar pasado de moda. No digo esto como crítica, pues la gente seguía queriéndome y me trataba afablemente; pero hay que reconocer que, en efecto, la moda es, en la sociedad, una poderosa soberana. Finalmente empecé a mirar a mi enigmático visitante con admiración, pues, aparte de disfrutar de su inteligencia, tenía el presentimiento de que alimentaba en su interior algún proyecto y se estaba preparando, tal vez, para una gran gesta. Es posible que le agradara que yo no manifestara curiosidad por su secreto, que no le preguntara por él abiertamente ni mediante alusiones. Pero finalmente advertí que él mismo parecía empezar a atormentarse por el deseo de revelarme algo. En cualquier caso, eso se hizo muy patente como un mes después de que hubieran comenzado sus visitas. «¿Sabe usted —me preguntó una vez— que en la ciudad están muy intrigados con nosotros dos y les sorprende que venga a verle con tanta frecuencia? Allá ellos, pronto se aclarará todo.» A veces, de repente, era presa de una gran agitación, y entonces casi siempre se levantaba y se iba. Otras veces me miraba larga y penetrantemente y yo pensaba: «Ahora es cuando me va a contar algo», pero de pronto paraba y empezaba a hablar de algo corriente, ya conocido. También solía quejarse de dolores de cabeza. Y he aquí que una vez, de forma imprevista, después de haberme hablado larga y acaloradamente, se puso pálido, el rostro se le contrajo por completo, y se quedó mirándome de hito en hito.

—¿Qué le ocurre? —le digo—. ¿Se encuentra bien?

Precisamente se había estado quejando de dolor de cabeza.

—Yo... sabe usted... yo... maté a una persona.

Lo dijo sonriendo, pero estaba blanco como la pared. «¿Por qué sonrío?», este pensamiento me atravesó el corazón antes de comprender nada. Yo también palidecí.

—¿Qué está diciendo? —le grité.

—Ya ve —me responde aún con su sonrisa pálida— cuánto me ha costado decir la primera palabra. Ya la he dicho y parece que me he puesto en marcha. Allá voy.

Durante un buen rato no le creí, y ni siquiera le creí a la primera, sino solo después de que viniera tres días a casa y me lo contara con todo detalle. Lo tomé por un chiflado, pero al fin terminé por convencerme sin reservas, con gran pena y asombro. Hacía catorce años había cometido un crimen atroz y espantoso contra una señora rica, joven y guapa, una terrateniente viuda que tenía casa propia en nuestra ciudad, donde pasaba algunas temporadas. Sintiendo un fuerte amor por ella, se declaró y empezó a

rondarla para que se casara con él. Pero ella le había entregado su corazón a otro, a un eminente militar de elevada graduación que en ese momento estaba en campaña y al que esperaba ver pronto. Rechazó la proposición y le pidió que no fuera a visitarla. El hombre dejó de ir, pero, como conocía la distribución de la casa, una noche penetró por el tejado, desde el jardín, con suma temeridad y arriesgándose a ser descubierto. Sin embargo, como sucede con mucha frecuencia, los crímenes cometidos con extraordinaria temeridad suelen tener más éxito que los otros. Tras entrar en el desván por una mansarda, bajó a las habitaciones por una pequeña escalera, sabiendo que la puerta que había al final de esa escalera no siempre tenía la llave echada, por negligencia del servicio. Contaba con ese descuido, y justo así fue como se encontró la puerta. Habiéndose introducido de ese modo en la zona habitada, avanzó a oscuras hasta el dormitorio de la señora, iluminado por una lamparilla. Como hecho a propósito, sus dos doncellas habían salido a escondidas, sin pedir permiso a su señora, para asistir a una fiestecilla de cumpleaños que se celebraba en esa misma calle. Los demás criados y criadas dormían en los cuartos de la servidumbre y en la cocina, en la planta baja. Viendo a la mujer dormida, la pasión se avivó en él, pero después una rabia vengativa y celosa se apoderó de su ánimo y, enajenado, como borracho, se acercó y le clavó un cuchillo en el corazón, de modo que ella ni siquiera dejó escapar un grito. A continuación, de acuerdo con un cálculo diabólico, verdaderamente criminal, dispuso todo de tal manera que sospecharan de los criados: no tuvo ningún reparo en llevarse el monedero de la víctima, abrió la cómoda con unas llaves que sacó de debajo de la almohada y se apoderó de algunos objetos tal y como lo hubiera hecho un criado ignorante, es decir, dejó los títulos de valores y cogió solo el dinero, así como algunos objetos de oro grandes, desdeñando otros pequeños, diez veces más valiosos. También se llevó alguna cosa de recuerdo, pero de esto hablaremos después. Habiendo ejecutado este terrible acto, salió por donde había entrado. Ni al día siguiente, cuando cundió la alarma, ni nunca después en la vida, se le ocurrió a nadie sospechar del verdadero criminal. Tampoco sabía nadie de su amor por ella, pues aquel hombre siempre había sido reservado y huraño, y no tenía un amigo al que abrirle su alma. Lo tenían, sencillamente, por un conocido de la difunta, y no especialmente cercano, puesto que en las últimas dos semanas no había ido a visitarla. En cambio, enseguida sospecharon de Piotr, un siervo, y todas las circunstancias coincidieron en confirmar la sospecha, porque este siervo sabía, dado que la difunta no lo había ocultado, que tenía intención de enviarlo al servicio militar, dentro de la cuota de reclutas que le correspondía, pues era soltero y, encima, se portaba mal. En la taberna le habían oído proferir, rabioso y borracho, amenazas de muerte. Y apenas dos días antes de la muerte de su señora había huido y se había escondido en la ciudad, no se sabía dónde. El día después del asesinato lo encontraron en un camino, en la salida de la ciudad, borracho como una cuba, con su cuchillo en un bolsillo y,

para colmo, con la mano derecha manchada de sangre. Afirmaba que le había salido sangre de la nariz, pero no le creyeron. Las criadas confesaron que habían estado en aquella fiesta y que habían dejado abierta, hasta su regreso, la puerta de entrada por el porche. Y se fueron descubriendo muchos más indicios semejantes que llevaron a la detención del siervo inocente. Lo apresaron y lo procesaron, pero justamente una semana después el preso cayó enfermo de unas fiebres y murió inconsciente en el hospital. Así terminó el proceso, confiado a la voluntad divina, y todos —el juez, las autoridades y la sociedad entera— se quedaron convencidos de que el autor del crimen no era otro que el siervo fallecido. Pero a continuación empezó el castigo.

El visitante enigmático, y ahora ya amigo mío, me reveló que al principio no sintió el menor remordimiento de conciencia. Sufrió mucho tiempo, pero no por ese motivo, sino por la muerte de la mujer amada, porque ella ya no estaba, porque al matarla había matado su amor, mientras que el fuego de la pasión seguía en su sangre. Pero no pensaba apenas en la sangre inocente derramada, en el asesinato de una persona. La idea de que la víctima podía haberse convertido en la esposa de otro le parecía inadmisibles: por eso durante mucho tiempo estuvo convencido en conciencia de que no podía haber actuado de otro modo. Al principio le abrumó un poco la detención del siervo, pero la rápida enfermedad y muerte del preso lo tranquilizaron, pues esta muerte, según todas las evidencias (así razonaba él entonces), no se debió a la detención o al miedo, sino a un resfriado que había cogido precisamente en los días de su huida, cuando, borracho como una cuba, estuvo tirado toda una noche sobre la tierra húmeda. Los objetos y el dinero robado apenas lo turbaban, pues (seguía razonando él) el robo no lo había cometido por codicia, sino para desviar las sospechas hacia otro lado. La cantidad robada era insignificante y poco después la donó toda, y con creces, a un asilo recientemente fundado en la ciudad. Esto lo hizo expresamente para acallar su conciencia en lo tocante al robo, y hay que destacar que durante un tiempo, bastante largo de hecho, verdaderamente la acalló, según me confesó él mismo. Desplegó por entonces una intensa actividad oficial: se ofreció personalmente para una tarea trabajosa y difícil que lo tuvo ocupado dos años y, como era un hombre de carácter fuerte, casi se olvidó de lo sucedido. Cuando se acordaba, intentaba no pensar en ello. También se entregó a la filantropía, hizo mucho y donó mucho dinero en nuestra ciudad; igualmente, se dio a conocer en las capitales, en Moscú y en San Petersburgo, donde fue elegido miembro de las sociedades benéficas. Sin embargo, las cavilaciones acabaron atormentándolo, y el tormento era superior a sus fuerzas. Entonces se sintió atraído por una joven bonita y juiciosa y al poco tiempo se casó con ella, soñando con que el matrimonio ahuyentaría su angustia solitaria y con que, al emprender ese nuevo camino y cumpliendo con diligencia su deber con su mujer y sus hijos, se apartaría por completo de los viejos recuerdos. Pero sucedió justamente lo contrario de lo que había esperado. Ya en el primer mes de matrimonio una idea

incesante empezó a turbarlo: «Mi mujer me quiere, pero ¿y si se enterara?». Cuando ella le comunicó que se había quedado embarazada de su primer hijo, él se alteró repentinamente: «Doy vida, cuando yo mismo quité una vida». Llegaron los niños: «¿Cómo me atrevo a quererlos, a enseñarles y a educarlos, cómo voy a hablarles de la virtud? He derramado sangre». Los niños crecían hermosos, sentía deseos de acariciarlos: «No puedo mirar sus rostros serenos, inocentes; no soy digno de hacerlo». Finalmente, empezó a ver en su imaginación, terrible y amargamente, la sangre de la víctima asesinada, la joven vida truncada, la sangre que clamaba venganza. Empezó a tener sueños espantosos. Pero, siendo de corazón firme, soportó el suplicio mucho tiempo: «Con este suplicio secreto expiaré mi culpa». Pero aquella esperanza era vana: cuanto más tiempo pasaba, más intenso se volvía el sufrimiento. Con su actividad benéfica se había ganado el respeto de la sociedad, aunque todos temían su carácter severo y sombrío; sin embargo, cuanto más lo respetaban, más insoportable se le hacía. Me confesó que había llegado a pensar en el suicidio. Pero, en lugar de dar ese paso, empezó a tener otro sueño, un sueño que al principio consideró imposible e insensato, pero que acabó aferrándose de tal forma a su corazón que fue imposible de arrancar. El sueño era éste: ponerse en pie, presentarse delante de todo el mundo y declarar que había matado a una persona. Llevaba ya como tres años viviendo con ese sueño, que se le presentaba en distintas formas. Finalmente había llegado al convencimiento, de todo corazón, de que, si declaraba su crimen, curaría sin duda su alma y se tranquilizaría de una vez por todas. Pero, habiendo llegado a esta conclusión, sintió terror en su corazón, pues ¿cómo iba a llevar a cabo su propósito? Y de pronto sucedió el incidente de mi duelo. «Viéndole a usted, me he decidido.» Yo lo miré.

—¿Es posible —exclamé, juntando las manos— que un incidente tan nimio haya podido inspirar en usted tal resolución?

—Mi resolución llevaba tres años gestándose —me respondió—, aquel incidente solo le dio un último empujón. Al verle, me lo reproché y le envidié —me dijo con cierta severidad.

—Pero no le creerán —le advertí—, han pasado catorce años.

—Tengo pruebas, pruebas irrefutables. Las presentaré.

Y se echó a llorar. Yo lo cubrí de besos.

—¡Decida una cosa por mí, una sola cosa! —me dijo (parecía que todo dependía de mí en ese momento)—. ¡Mi mujer! ¡Mis hijos! Puede que mi mujer muera de pena, y los niños... aunque no pierdan su condición de nobles ni sus propiedades, serán toda la vida los hijos de un criminal. Y ¿qué recuerdo, qué recuerdo voy a dejar en su corazón?

Yo callaba.

—Y ¿separarme de ellos? ¿Dejarlos para siempre? Porque ¡es para siempre, para siempre!

Yo bisbiseaba una oración en silencio. Por fin, me levanté, estaba aterrado.

—Y ¿entonces? —Me estaba mirando.

—Vaya —le dije—, declárelo delante de la gente. Todo pasa, solo queda la verdad. Sus hijos, cuando crezcan, comprenderán cuánta magnanimidad hubo en su gran resolución.

Se fue entonces de mi casa como si realmente estuviera decidido. Pero lo cierto es que más de dos semanas después seguía viniendo a verme una tarde tras otra, seguía preparándose, seguía sin poder decidirse. Me atormentaba el corazón. Un día vino y, con firmeza, me dijo conmovido:

—Sé que el paraíso llegará para mí, que llegará en el mismo momento en que lo declare. He estado catorce años en el infierno. Quiero sufrir. Aceptaré el sufrimiento y aprenderé a vivir. Con la mentira uno puede recorrer el mundo, pero después no hay vuelta atrás. Ahora no me atrevo a querer no ya a mi prójimo, sino ni siquiera a mis hijos. ¡Dios mío! Quizá mis hijos lleguen a comprender cuál ha sido el coste de mi sufrimiento y no me condenen. El Señor no está en la fuerza, sino en la verdad.

—Todos comprenderán su hazaña —le dije—, no ahora, lo harán después, porque ha servido a la verdad, a la verdad suprema, a la del cielo...

Y se fue de mi lado, aparentemente consolado, pero a la mañana siguiente volvió de nuevo rabioso, pálido, diciendo con aire burlón:

—Cada vez que entro a verle, me mira con curiosidad, como diciendo: «¿Sigue sin declararlo?». Espere, no hace falta que me desprecie. No es tan fácil como a usted le parece. Puede que no lo haga nunca. En ese caso, no irá usted a delatarme, ¿verdad?

El caso es que a veces no solo me daba miedo mirarlo con curiosidad poco juiciosa, sino que me daba miedo hasta dirigirle la mirada. Tanto tormento me hacía enfermar y mi alma estaba llena de lágrimas. Me pasaba las noches en blanco.

—Vengo —prosigue— de estar con mi esposa. ¿Sabe usted lo que es una esposa? Los críos me gritaban al salir: «Adiós, papá, venga pronto a leernos las Lecturas infantiles». No, usted no lo sabe. El mal ajeno no hace sabios.

Los ojos le brillaban, le temblaban los labios. De repente dio un puñetazo en la mesa y saltaron las cosas que había en ella; un hombre tan mesurado... era la primera vez que le pasaba.

—¿Es necesario? —exclamó—. ¿Qué falta hace? Porque nadie fue condenado, no mandaron a nadie a trabajos forzados por mi culpa, aquel siervo murió por una enfermedad. Y, por la sangre derramada, yo he sido castigado con mis tormentos. Además, no me van a creer, no van a creer ninguna de mis pruebas. ¿Hace falta declararlo, hace falta? Por la sangre vertida, estoy dispuesto a seguir sufriendo toda la vida con tal de no hacer daño a mi mujer y a mis hijos. ¿Sería justo causar su perdición, junto con la mía? ¿No nos estaremos equivocando? ¿Dónde está aquí la verdad? ¿Y reconocerá esta gente la verdad, la valorará, la estimará?

«¡Señor —pensé para mí—, pensar en la estima en un momento así!» Y entonces sentí tanta pena por él que creo que habría compartido su suerte con tal de aliviarlo. Me di cuenta de que estaba como frenético. Me horroricé al comprender, no solo con el entendimiento, sino con toda mi alma, lo que le costaba tal resolución.

—¡Decida mi destino! —exclamó de nuevo.

—Vaya y declárelo —le susurré. Me falló la voz, pero lo susurré con firmeza. Cogí el Evangelio de la mesa, una traducción rusa, y le señalé el capítulo 12, versículo 24 de san Juan: «En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto». Había estado leyendo este versículo antes de su llegada.

Él lo leyó.

—Cierto —dijo, pero sonrió con amargura—. Sí, qué horrores —dijo tras un momento de silencio— se pueden encontrar en estos libros. Es fácil plantárselo a alguien delante de las narices. Y ¿quién los ha escrito? ¿Acaso ha sido una persona?

—Ha sido el Espíritu Santo —le digo.

—Para usted es fácil parlotear —aún sonreía, pero ya casi con odio. Yo volví a coger el libro, lo abrí en otro punto y le señalé el capítulo 10, versículo 31 de la Epístola a los hebreos. Él leyó: «¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!».

Lo leyó y arrojó el libro. Empezó a temblar.

—Un versículo terrible —dijo—, no se puede negar, ha sabido elegir. —Se levantó de la silla—. Bueno, adiós, quizá no venga más... nos veremos en el paraíso. De modo que hace catorce años que «caí en manos del Dios vivo», así es como se llaman, por consiguiente, estos catorce años. Mañana pediré a estas manos que me liberen...

Yo quería abrazarlo y besarlo, pero no me atreví, tenía el rostro crispado y costaba mirarlo. Salió. «¡Señor —pensé yo—, adónde habrá ido!» Caí de rodillas ante el icono y lloré por él a nuestra Santísima Virgen, pronta intercesora y protectora. Media hora había pasado orando entre lágrimas, era ya tarde, cerca de las doce de la noche. De repente veo que la puerta se abre, es él que entra de nuevo. Me quedé pasmado.

—¿Dónde ha estado? —le pregunté.

—Yo... —dijo—, creo que he olvidado algo... el pañuelo, creo... bueno, aunque no haya olvidado nada, deje que me siente un momento...

Se sentó en una silla. Yo estaba de pie a su lado. «Siéntese usted también.» Me senté. Estuvimos así un par de minutos, me miraba fijamente y de repente esbozó una sonrisa irónica, lo recuerdo muy bien; a continuación se puso de pie, me abrazó y me besó...

—Recuerda —dijo— que he venido otra vez a verte. ¿Me oyes? ¡Recuérdalo!

Era la primera vez que me trataba de tú. Y se fue. «Mañana», pensé.

Y así fue. Aquella tarde yo no sabía que al día siguiente era su cumpleaños. Últimamente yo no iba a ningún sitio y por eso nadie me lo había dicho. Todos los

años ese día se reunía mucha gente en su casa, acudía allí toda la ciudad. Esta vez también acudió mucha gente. Y he aquí que después del ágape se sitúa en el centro de la sala con una hoja en las manos, una denuncia en toda regla dirigida a las autoridades. Y, dado que las autoridades estaban allí presentes, leyó sin demora aquella hoja a todos los congregados, y había en ella una descripción completa y detallada de su crimen: «Como el monstruo que soy, me excluyo del trato de la gente; Dios me ha visitado —concluía la hoja—, ¡quiero sufrir!». Acto seguido, sacó y puso sobre una mesa todo lo que, a su juicio, probaba su crimen, que había guardado catorce años: los objetos de oro robados a la difunta con el propósito de desviar las sospechas, el medallón y la cruz que le había quitado del cuello —en el medallón había un retrato de su prometido—, un cuaderno de notas y, por último, dos cartas: una carta del prometido, anunciándole su pronta llegada, y la respuesta de ella, empezada pero sin terminar, que había dejado en la mesa para mandar por correo al día siguiente. Había cogido las dos cartas, ¿para qué? ¿Para después guardarlas catorce años en lugar de destruir las pruebas? Y esto es lo que sucedió: todos se quedaron asombrados y espantados, y nadie quiso creerle, aunque le habían escuchado con singular curiosidad, pero como a un enfermo, y pocos días después en todas las casas se había resuelto y sentenciado que aquel infeliz se había vuelto loco. Las autoridades y el juzgado no tuvieron más remedio que dar curso al procedimiento, pero al mismo tiempo lo frenaron: a pesar de que los objetos y las cartas presentadas daban que pensar, se decidió que, aunque estos documentos fueran auténticos, no se podía formular una acusación concluyente solo sobre esta base. Además, los objetos se los podía haber dado ella, siendo conocido suyo, como muestra de confianza. De todos modos, oí decir que la autenticidad de los objetos fue comprobada más tarde por muchos conocidos y familiares de la difunta y que en este particular no había ninguna duda. Pero tampoco este caso estaba destinado a llegar a buen puerto. Unos cinco días después nos enteramos de que el pobre mártir había caído enfermo y de que se temía por su vida. No sabría explicar qué enfermedad tenía, decían que se trataba de palpitaciones, pero se supo que un grupo de médicos, a instancias de la mujer, había examinado también su estado mental y había dictaminado que ya había demencia. Yo no revelé nada, aunque enseguida vinieron a interrogarme, pero, cuando quise visitarlo, me lo impidieron una y otra vez, sobre todo su mujer: «Ha sido usted —me decía—, ha sido usted el que lo ha indisputado; siempre ha sido una persona triste, y este último año todos hemos observado en él una agitación extraordinaria y un comportamiento extraño, pero usted ha acabado de arruinarle la vida; usted lo ha vuelto loco con todas esas lecturas; estuvo todo un mes sin salir de su casa». Pero no fue solo su mujer, toda la ciudad la emprendió conmigo, y me culpaba: «Ha sido usted», decían. Yo guardaba silencio, feliz en el fondo de mi alma porque veía la indudable misericordia divina con aquel que se había rebelado contra sí mismo

y se había castigado a sí mismo. Pero no podía creer en su locura. Por fin me permitieron verlo, él mismo lo había exigido con insistencia, para despedirse de mí. Entré y enseguida me di cuenta de que no solo sus días, sino sus horas estaban contadas. Estaba débil, amarillento, las manos le temblaban, se ahogaba, pero su mirada era tierna y alegre.

—¡Se ha consumado! —me dijo—. Hace mucho que ansiaba verte, ¿cómo no habías venido?

No le conté que me lo habían impedido.

—Dios se ha apiadado de mí y me llama a su lado. Sé que me muero, pero por primera vez en muchos años siento paz y alegría. De pronto sentí el paraíso en mi alma, nada más cumplir lo que debía. Ahora me atrevo a querer a mis hijos y a besarlos. No me creen, nadie me ha creído, ni mi mujer, ni los jueces; tampoco me creerán nunca mis hijos. En eso veo la misericordia de Dios con mis hijos. Yo moriré, pero mi nombre, para ellos, no quedará mancillado. Ahora presiento a Dios, mi corazón se regocija como en el paraíso... he cumplido con mi deber...

No podía hablar, se ahogaba, me estrechaba con fuerza la mano, me miraba con fervor. Pero no estuvimos conversando mucho tiempo, su mujer no paraba de asomarse. Aun así, me susurró:

—¿Te acuerdas de cuando volví aquella vez a tu casa, a medianoche? ¿Y de que te ordené que no lo olvidaras? ¿Sabes a qué fui? ¡Había ido a matarte!

Me estremecí.

—Había salido de tu casa a la oscuridad, erré por las calles luchando contra mí mismo. Y de repente sentí tal odio contra ti que mi corazón apenas lo soportaba. «Ahora —pensé—, es el único que me tiene atado, él es mi juez, ya no puedo rechazar el castigo de mañana, pues él lo sabe todo.» No es que temiera que me delataras (ni se me ocurrió), pero pensaba: «¿Cómo voy a mirarlo si no me acuso?». Y me daba igual que estuvieras en la otra punta del mundo: no podía soportar la idea que estuvieras vivo y lo supieras todo y me juzgaras. Te odiaba, como si tú fueras la causa de todo y tuvieras la culpa de todo. Entonces volví a tu casa, recordaba que en la mesa había una daga. Me senté y te pedí que te sentaras, y me quedé un minuto pensando. Si te mataba, ese crimen, de cualquier modo, habría supuesto mi perdición, aun sin llegar a revelar el anterior crimen. Pero no pensé en eso, y en aquel momento no quería pensar. Solo te odiaba y deseaba vengarme de ti por todo, con todas mis fuerzas. Pero el Señor derrotó al diablo en mi corazón. Has de saber, no obstante, que nunca has estado tan cerca de la muerte.

Murió una semana después. Toda la ciudad acompañó su féretro hasta la tumba. El protopresbítero dijo unas palabras muy sentidas. Lamentaron la terrible enfermedad que había puesto fin a sus días. Pero toda la ciudad se alzó contra mí cuando lo hubieron enterrado, dejaron incluso de recibirme. Cierto que algunos, pocos al

principio pero después cada vez más, comenzaron a creer en la verdad de su confesión y empezaron a visitarme y a interrogarme con gran curiosidad y placer, porque el hombre se deleita con la caída del justo y con su oprobio. Pero yo guardé silencio y al poco abandoné la ciudad. Cinco meses después fui distinguido por nuestro Señor para emprender un camino firme y hermoso y bendije el dedo invisible que me había mostrado tan claramente ese camino. Y al atormentado siervo de Dios Mijaíl lo tengo presente en mis oraciones todos los días hasta el día de hoy.

III. De las conversaciones y enseñanzas del stárets Zosima

e) Sobre el monje ruso y su posible sentido

Padres y maestros, ¿qué es un monje? En nuestros días, en el mundo ilustrado esta palabra algunos la pronuncian a modo de burla y otros como un insulto. Y la situación va a peor. Es verdad, ¡ay!, es verdad que no faltan en el monacato muchos parásitos, voluptuosos, lascivos y vagabundos impúdicos. A éstos son a los que señala la gente de mundo, cultivada: «Vosotros —dicen— sois unos haraganes, sois los miembros inútiles de esta sociedad, vivís del trabajo ajeno, miserables desvergonzados». Mientras tanto, son muchísimos en el monacato los mansos y humildes, los que anhelan el recogimiento y la oración fervorosa en silencio. A éstos los señalan menos e incluso los pasan por alto, y ¡cuánto se sorprenderían si me oyeran decir que de estos monjes sumisos y sedientos de oración solitaria puede que venga la salvación de la tierra rusa! Pues en verdad están preparados en silencio «para la hora, día, mes y año». De momento en su retiro custodian la imagen de Cristo, hermosa e inalterada, con la pureza de la verdad divina, de los Padres de la Iglesia, de los apóstoles y de los mártires y, cuando sea necesario, la mostrarán a la verdad titubeante del mundo. Es ésta una gran idea. Esta estrella brillará desde el oriente.

Eso es lo que yo pienso de los monjes. ¿Acaso falsamente? ¿Acaso con arrogancia? Fijaos en los legos y en todo ese mundo que se exalta por encima del pueblo de Dios, ¿no está ahí desfigurada la imagen de Dios y su verdad? Ellos tienen la ciencia, y en la ciencia solo existe lo que está sujeto a los sentidos. Mientras que el mundo espiritual, la mitad superior del ser humano, ha sido completamente rechazado, expulsado con cierta solemnidad, hasta con odio. El mundo ha proclamado la libertad, especialmente en los últimos tiempos, y ¿qué vemos en esta libertad suya? ¡Únicamente esclavitud y suicidio! Pues el mundo dice: «Tienes necesidades, debes satisfacerlas, ya que tienes los mismos derechos que los más nobles y ricos. No tengas miedo de satisfacerlas, al contrario, multiplícalas», he aquí la doctrina vigente en el mundo. Ahí es donde ven la libertad. Y ¿cuál es el resultado de este derecho al incremento de las necesidades? Entre los ricos, aislamiento y suicidio espiritual, y entre los pobres, envidia y asesinato, pues les han dado unos derechos, pero no les han indicado los medios para satisfacer sus necesidades. Aseguran que el mundo está cada vez más unido, que se está creando una relación fraternal al acortarse las distancias, al transmitirse los pensamientos por el aire. ¡Ay, no deis crédito a semejante unión entre las gentes! Al entender la libertad como un aumento y un rápido alivio de las necesidades, alteran su propia naturaleza, pues alimentan muchos deseos y costumbres estúpidos y carentes

de sentido, muchas fantasías disparatadas. Viven solo para envidiarse mutuamente, para el deleite y la arrogancia. Celebrar banquetes, viajar, tener carruajes, dignidades y esclavos a su servicio se considera ya una necesidad por la que, con tal de saciarla, hay que sacrificar la vida, el honor y el amor al prójimo, y la gente llega a matarse si no puede saciarla. Observamos lo mismo entre quienes son menos ricos, y entre los pobres las necesidades sin saciar y la envidia por el momento se ahogan en alcohol. Pero pronto no se embriagarán con vino, sino con sangre: a eso los están empujando. Y yo os pregunto: ¿es libre ese hombre? Conocí a un «luchador por las ideas», me contó que, cuando lo privaron de tabaco en la cárcel, lo martirizó tanto esa privación que, a cambio de tabaco, estuvo cerca de traicionar sus «ideas». Y alguien así dice: «Voy a luchar por la humanidad». Pero ¿adónde irá ese hombre y de qué será capaz? Tal vez de una acción rápida, pero no resistirá mucho tiempo. Y no es de extrañar que, en vez de alcanzar la libertad, haya caído en la esclavitud; en vez de servir a la fraternidad y a la unión de la humanidad, haya caído, por el contrario, en la desunión y en el aislamiento, como me decía en mi juventud mi enigmático huésped y maestro. Y por eso en el mundo se va extinguiendo la idea de servicio a la humanidad, de la fraternidad y de la integridad de las personas y, aunque ciertamente se encuentra esta idea, es acogida ya con sorna, pues ¿cómo desprenderse de las costumbres? ¿Adónde irá ese cautivo tan acostumbrado a saciar sus infinitas necesidades, que él mismo ha inventado? Está aislado, y le es indiferente lo universal. Ha logrado acumular más bienes, pero su alegría es menor.

Muy distinta es la vía monacal. La gente se burla de la obediencia, el ayuno y el rezo, pero solo en ellos se encuentra el camino a la libertad auténtica, verdadera: cercano en mí las necesidades superfluas e innecesarias, someto y fustigo con la obediencia mi voluntad orgullosa y llena de amor propio, y así, con la ayuda de Dios, alcanzo la libertad de espíritu y, con ella, el regocijo espiritual. ¿Quién es más apto para ensalzar una gran idea y ponerse a su servicio, el rico aislado o el que se ha liberado de la tiranía de objetos y costumbres? Reprochan al monje su aislamiento: «Te aíslas entre los muros del monasterio para salvarte a ti mismo, pero te has olvidado del servicio fraternal a la humanidad». Pero, veamos, ¿quién contribuye con más celo a la fraternidad? Pues no somos nosotros quienes vivimos aislados, sino ellos, aunque no lo vean. Desde tiempos inmemoriales han salido de nosotros destacadas figuras del pueblo, ¿por qué no pueden salir también ahora? Estos humildes y mansos ayunadores y observantes del voto de silencio se alzarán e irán a realizar su gran tarea. Del pueblo vendrá la salvación de la Rus. Siempre el monasterio ruso ha estado con el pueblo. Si el pueblo está aislado, también nosotros estaremos aislados. El pueblo cree como nosotros, y el hombre público que no sea creyente no hará nunca nada en Rusia, por mucho que sea de corazón sincero y de inteligencia genial. Recordad esto. El pueblo se enfrentará al ateo y lo derrotará y surgirá la Rus unida en la ortodoxia. Velad por el

pueblo y proteged su corazón. Ésta es la misión del monje, pues este pueblo es portador de Dios.

f) Sobre señores y siervos y sobre si es posible que señores y siervos sean, el uno para el otro, hermanos de espíritu.

Dios mío, quién puede negar que también entre el pueblo hay pecado. Y la llama de la depravación crece a ojos vistas, con cada hora que pasa, extendiéndose de arriba abajo. El aislamiento avanza en el pueblo: cunden los acaparadores y los explotadores; el mercader aspira cada vez a mayores honores y, aunque carece de formación, intenta dárseles de instruido y con ese fin trata con ruin desdén los usos antiguos y hasta se avergüenza de la fe de sus padres. Frecuenta a los príncipes, pero no es más que un campesino echado a perder. El pueblo está podrido por culpa del alcohol y es incapaz de librarse de él. Y cuánta crueldad con la familia, con la esposa, incluso con los hijos; todo por culpa del alcohol. Hasta a niños de diez años he visto en las fábricas: enclenques, marchitos, encorvados y ya descarriados. Una sala sofocante, una máquina repiqueteando, todo el santo día de trabajo, palabras obscenas y alcohol, ¡alcohol! ¿Es esto lo que necesita el alma de una criatura tan pequeña? Lo que necesita es sol, juegos y buenos ejemplos por doquier y, como mínimo, una pizca de amor. Esto tiene que acabarse, monjes, que no se torture a los niños, levantaos y predicad, rápido, rápido. Pero Dios salvará a Rusia, porque, aunque el hombre del pueblo se haya descarriado y ya no pueda renunciar al pecado hediondo, sabe que ese pecado hediondo está maldito por Dios y que hace mal cuando peca. Así pues, nuestro pueblo aún cree incansablemente en la verdad, acepta a Dios y llora conmovido. No ocurre lo mismo con los que están arriba. Éstos, siguiendo la ciencia, quieren instaurar la justicia recurriendo solo a su intelecto, pero ahora ya sin Cristo, no como antes, y han proclamado que no existe el crimen, que no existe el pecado. En esto, desde su punto de vista, están en lo cierto, pues, sin Dios, ¿cómo va a haber crimen? En Europa el pueblo se alza contra los ricos recurriendo a la fuerza y, por todas partes, los cabecillas populares lo conducen al derramamiento de sangre y le enseñan que su ira es justa. Pero «maldita su ira, por ser tan impetuosa». El Señor salvará a Rusia, igual que la ha salvado muchas veces. La salvación vendrá del pueblo, de su fe y de su humildad. Padres y maestros, cuidad la fe del pueblo, y esto no será un sueño: siempre me ha sorprendido la dignidad hermosa y verdadera de nuestro gran pueblo, yo la he visto personalmente, puedo dar testimonio, la he visto y me he sorprendido, la he visto incluso a pesar del hedor de los pecados y del aspecto miserable de nuestro pueblo. Después de dos siglos de esclavitud, nuestro pueblo no se muestra servil. Es libre por su aspecto y por su trato, pero sin ofender. Y no es vengativo ni envidioso. «Eres noble, eres rico, eres inteligente y talentoso, que el Señor te bendiga. Te honro pero

sé que yo también soy un hombre. Honrándote sin envidias, así precisamente nuestro ante ti mi dignidad humana.» En verdad, si no lo dicen así (porque todavía no saben decirlo), sí que actúan así; yo mismo lo he visto, yo mismo lo he experimentado y, creedme, cuanto más pobre y más bajo es nuestro hombre ruso, más se percibe en él la hermosa verdad, pues los más ricos entre ellos —los acaparadores y los explotadores— están enormemente corruptos, y ¡mucho, mucho de esto se debe a nuestra negligencia y nuestro descuido! Pero Dios salvará a su gente, ya que Rusia es grande en su humildad. Sueño con ver, y es como si ya lo estuviera viendo con claridad, nuestro porvenir: será tal que hasta nuestro ricachón más depravado acabará avergonzándose de su riqueza ante los pobres, y el pobre, al ver esta humildad, la comprenderá y se entregará con alegría, y responderá con dulzura a ese hermoso acto de humildad. Creedme, acabará así, hacia eso nos dirigimos. Solo en la dignidad espiritual del hombre se halla la igualdad, y esto solo entre nosotros se llegará a comprender. Si hubiera hermanos, habría fraternidad, pero hasta que no haya fraternidad no habrá reparto. Conservemos la imagen de Cristo que, como una piedra preciosa, irradiará su luz a todo el mundo... ¡Así sea, así sea!

Padres y maestros, una vez me sucedió algo conmovedor. En mi peregrinar, en la capital de la provincia de K. me encontré a mi antiguo ordenanza Afanasi; habían pasado ocho años desde que me había separado de él. Me vio por casualidad en el mercado, me reconoció, se acercó corriendo y, Dios mío, se alegró tanto que se lanzó sobre mí: «Bátiushka, señor, ¿es usted? ¿De veras le estoy viendo?». Me llevó a su casa. Ya se había licenciado, estaba casado, había traído al mundo a dos niños. Vivía con su mujer del menudeo en un tenderete del mercado. La habitación era pobre, pero limpia, alegre. Me ofreció asiento, preparó el samovar, envió a buscar a su mujer. Era como si mi presencia fuera una fiesta. Me trajo a sus hijos: «Bendígalos, bátiushka». «Soy yo quien debe recibir su bendición —le respondo—, soy un monje ordinario y humilde, rogaré a Dios por ellos, pues lo que es por ti, Afanasi Pávlovich, ya ruego siempre a Dios desde aquel día, ya que contigo empezó todo.» Y se lo expliqué como pude. Y así es la gente: me miraba y era incapaz de comprender que yo, su antiguo señor, un oficial, estuviera allí con aquel aspecto y aquel hábito, incluso se echó a llorar. «¿Por qué lloras? —le digo—. Deja mejor, inolvidable amigo, que tu alma se regocije por mí, querido mío, pues mi camino es alegre y luminoso.» No habló mucho, solo suspiraba y movía la cabeza con ternura. «¿Qué ha sido de su riqueza», me pregunta. Le respondo: «La entregué al monasterio, donde vivimos en comunidad». Después del té, ya me disponía a despedirme y, de pronto, me saca una poltina como donativo para el monasterio, y veo que me pone en la mano otra poltina y se apresura a decirme: «Ésta es para usted, peregrino y viajero, quizá le venga bien, bátiushka». Acepté su moneda, me incliné ante él y su mujer y me marché contento, por el camino iba pensando: «Ahora los dos, él en su casa y yo caminando, probablemente

suspiremos, y también sonreiremos alegres, con regocijo en nuestro corazón, sacudiendo la cabeza y recordando cómo Dios nos ha conducido a este encuentro». No he vuelto a verlo desde entonces. Fui su señor y él mi criado, pero en ese momento nos besamos con afecto y conmovidos espiritualmente, una gran comunión humana surgió entre nosotros. He pensado mucho en ello y ahora pienso lo siguiente: ¿acaso es tan inconcebible que esa unión tan grande y tan sencilla pueda darse, a su debido tiempo, en todas partes entre las gentes de Rusia? Creo que sucederá y que la hora está cerca.

Y en cuanto a los servidores, añadiré lo siguiente: antes, de joven, me enfadaba mucho con ellos: «La cocinera ha servido la comida muy caliente, el ordenanza no me ha cepillado el traje». Pero de pronto me iluminó un razonamiento de mi querido hermano que yo le había oído en mi infancia: «¿Acaso merezco que otro me sirva? ¿Cómo es posible que yo lo muela a palos por su pobreza y su ignorancia?». Y también entonces me asombró que hasta los pensamientos más sencillos, los más evidentes, aparezcan tan tarde en nuestra cabeza. No es posible un mundo sin servidores, pero compórtate con ellos de tal forma que sean más libres de espíritu que si no fueran servidores. ¿Y por qué no puedo yo servir a mi servidor de manera tal que él lo vea, pero sin orgullo por mi parte ni recelo por la suya? ¿Por qué no puede ser mi servidor como un pariente, de modo que al final lo admita en mi familia y me alegre de ello? Incluso hoy en día eso sería factible, pero servirá de base para la gran unión futura de la gente, cuando los hombres no busquen servidores y no deseen convertir en servidores a sus semejantes, como sucede ahora; al contrario, desearán con todas sus fuerzas convertirse en servidores de todos, siguiendo el Evangelio. ¿Será solo un sueño que al final el hombre encuentre su felicidad únicamente en los logros de la instrucción y de la caridad, y no en placeres crueles, como ahora, en la gula, la lujuria, la arrogancia, la jactancia y el afán envidioso de superar a los demás? Creo firmemente que no es así y que el día está próximo. La gente se ríe y pregunta cuándo llegará ese día y si de verdad parece que va a llegar. Y yo creo que esa gran tarea la llevaremos a cabo con Cristo. ¿Cuántas ideas ha habido en la tierra, en la historia de la humanidad, que eran inconcebibles apenas diez años antes y que han surgido un buen día, cuando les ha llegado su hora misteriosa, y se han extendido por toda la tierra? Así sucederá con nosotros y nuestro pueblo irradiará su luz al mundo y la gente dirá: «La piedra que los constructores desecharon en piedra angular se ha convertido». Y a quienes se mofan se les podría preguntar: si lo nuestro es solo un sueño, vosotros ¿cuándo levantaréis vuestro edificio e instauraréis la justicia contando solo con vuestro intelecto, sin Cristo? Aunque aseguren que son ellos, por el contrario, quienes caminan hacia la unión de los hombres, eso solo se lo creen los más simples entre ellos, y hasta cabe sorprenderse de su simpleza. Lo cierto es que hay más fantasía soñadora en ellos que en nosotros. Piensan en instaurar la justicia, pero, habiendo rechazado a Cristo,

acabarán inundando el mundo de sangre, pues la sangre llama a la sangre y el que desenvaina la espada a espada perecerá. Y, si no fuera por la promesa de Cristo, se exterminarían los unos a los otros hasta que solo quedaran los dos últimos hombres sobre la tierra. Y ni siquiera estos dos últimos sabrían aplacar su orgullo uno frente a otro, de modo que el último acabaría con el penúltimo y después consigo mismo. Es lo que ocurriría, de no ser por la promesa de Cristo de acortar esos días en atención a los mansos y a los humildes. En otros tiempos, todavía con mi uniforme de oficial, después del duelo, me dio por hablar en público de los siervos, y recuerdo que todos se quedaban pasmados: «¿Es que debemos sentar al criado en el sofá —decían— y servirle el té?». Y mi respuesta entonces era: «¿Por qué no, aunque solo sea de vez en cuando?». Y todos se echaban a reír. Su pregunta era frívola, y mi respuesta confusa, pero pienso que algo de verdad había en ella.

g) Sobre la oración, el amor y el contacto con otros mundos

Joven, no te olvides de rezar. En cada oración tuya, si es sincera, refulgirá un sentimiento nuevo y, con él, una idea nueva que antes desconocías y que te confortará. Y comprenderás que la plegaria es educación. Recuerda: cada día, y siempre que puedas, repite para ti: «Señor, ten piedad de todos los que hoy comparezcan ante ti». Pues a cada hora y a cada instante miles de personas abandonan la vida en esta tierra y sus almas se presentan ante Dios, y muchas se despiden de la tierra en soledad, ignoradas, tristes y melancólicas, sin que nadie se compadezca de ellas o sepa siquiera si están vivas o no. Ahora bien, es posible que desde el otro extremo de la tierra tu oración por el descanso eterno de una de esas personas se eleve hasta el Señor, aunque tú no la conozcas en absoluto, ni ella a ti. Su alma, que se presenta llena de miedo ante el Señor, se conmueve al sentir que en ese instante alguien reza también por ella, que hay todavía en la tierra un ser humano que la quiere. Y Dios os mirará con más benevolencia a los dos, pues si tú te has apiadado de otra persona, tanto más se apiadará Él, infinitivamente más misericordioso y lleno de amor que tú. Y la perdonará en consideración a ti.

Hermanos, no temáis al pecado de la gente, amad a las personas también con sus pecados, pues ese amor es semejante al amor divino y es la cumbre del amor en la tierra. Amad la obra completa de Dios, cada grano de arena, cada hoja, cada rayo divino habéis de amar. Amad a los animales, amad a las plantas, amad todas y cada una de las cosas. Si amas todas y cada una de las cosas, en ellas percibirás el misterio divino. Cuando lo hayas percibido una vez, empezarás a conocerlo sin descanso, cada vez más, todos los días. Y finalmente amarás a todo el mundo sin excepción, con un amor universal. Amad a los animales: Dios les ha dado un rudimento de inteligencia y una sosegada alegría. No se la turbéis, no los torturéis, no les quitéis su alegría, no os

opongáis a la idea de Dios. Hombre, no te exaltes por encima de los animales: éstos no conocen el pecado, mientras que tú, con toda tu grandeza, corrompes la tierra con tu presencia y vas dejando un rastro de podredumbre... ¡ay, casi todos nosotros! Amad sobre todo a los niños, pues también ellos son puros como los ángeles y viven para enternecernos, para purificar nuestro corazón y para darnos ejemplo. ¡Ay de quien ofenda a un niño! Fue el padre Anfim quien me enseñó a querer a los niños: en nuestros viajes, este hombre entrañable y callado, con los kopeks que nos daban de limosna, les compraba a veces y les repartía dulces y caramelos; no podía pasar al lado de un niño sin que su alma se estremeciera, así es él.

A veces uno se siente perplejo ante ciertas ideas, sobre todo al ver el pecado en las personas, y se pregunta: «¿Debo recurrir a la fuerza o al amor humilde?». La decisión siempre será: «Recurriré al amor humilde». Si tomas esa decisión de una vez por todas, estarás en condiciones de conquistar el mundo. La humildad afectuosa es la fuerza más terrible de todas, no hay nada igual. Cada día y cada hora, a cada momento cuídate y vigila que tu aspecto sea hermoso. Resulta que has pasado al lado de un niño pequeño, has pasado enfurecido, con alguna palabra indebida, enojado; puede que tú no hayas reparado en el niño, pero él sí te ha visto y es posible que tu aspecto lastimoso e impío se haya grabado en su corazón indefenso. No lo sabes, pero tal vez hayas sembrado en él una mala semilla que acabe creciendo, y todo por no haber tenido cuidado delante del niño, por no haberte inculcado un amor prudente y activo. Hermanos, el amor es nuestro maestro, pero hay que saber adquirirlo, porque es difícil de conseguir, se paga caro, con mucho trabajo y después de mucho tiempo, pues no basta con amar un instante, por pura casualidad, sino que hay que amar constantemente. Cualquiera puede amar por casualidad, también un hombre malvado. Mi joven hermano pedía perdón a los pajarillos: parecía una cosa sin sentido, pero él tenía razón, ya que, como en el océano, todo fluye y está conectado: si tocas algo en alguna parte, eso repercute en la otra punta del mundo. Admitamos que sea una locura pedir perdón a los pájaros, pero los pájaros, los niños, cualquier animal que esté cerca de ti estará más a gusto si tú te muestras más grato de lo que eres ahora, por poco que sea. Todo es como el océano, os digo. Y entonces, atormentado por un amor universal, como en una especie de éxtasis, empezarás a rezar a los pájaros y a rogarles que te absuelvan de tus pecados. Ten en mucha estima ese entusiasmo, aunque a la gente le parezca algo absurdo.

Amigos míos, pedidle a Dios alegría. Sed alegres como los niños, como los pájaros del cielo. Y que en vuestro hacer no os turbe el pecado del hombre, no tengáis miedo de que borre vuestra obra y le impida realizarse, no digáis: «Fuerte es el pecado, fuerte es la impiedad, fuerte es el mal ambiente y nosotros estamos solos y sin fuerzas, el mal ambiente nos anula y no permite que la buena obra dé fruto». ¡Huid del abatimiento! Solo hay una forma de salvarse: cargar con la responsabilidad de todos

los pecados de los hombres. Amigo, en verdad esto es así, pues, en cuanto te hagas sinceramente responsable de todo y de todos, inmediatamente verás que eso ocurre en realidad y que tú eres culpable por todos y por todo. Si te hundes en la pereza y en la impotencia ante la gente, acabarás participando del orgullo satánico y murmurando de Dios. Sobre el orgullo satánico pienso esto: nos es difícil en la tierra llegar a comprenderlo y por eso es tan fácil caer en el error e iniciarse en él, creyendo además que hacemos algo grande y bello. Además, buena parte de los sentimientos y movimientos más fuertes de nuestra naturaleza no podemos comprenderlos mientras estamos en la tierra; no te dejes tentar, pensando que cualquier cosa te puede servir de justificación, pues el juez eterno te pedirá cuentas de lo que sí has podido comprender y no de lo que no has podido; cuando te convenzas de eso, verás todo con claridad y dejarás de discutir. Es cierto que parece que vagamos por la tierra y, de no ser por la preciosa imagen de Cristo que tenemos ante nosotros, estaríamos completamente extraviados, igual que el género humano antes del diluvio universal. Muchas cosas de la tierra nos han sido ocultadas, pero a cambio se nos ha otorgado el don secreto y misterioso de percibir nuestro vivo nexos con otro mundo, con el mundo celestial y superior; además, la raíz de nuestros pensamientos y sentimientos no está aquí, sino en otros mundos. Por eso dicen los filósofos que no es posible comprender en la tierra la esencia de las cosas. Dios tomó semillas de otros mundos y las sembró en esta tierra y cultivó su propio jardín; y todo aquello que podía germinar germinó, pero lo cultivado vive y se mantiene vivo gracias a la sensación de contacto con otros mundos misteriosos; si se debilita o se destruye en ti esa sensación, también muere lo que hay cultivado en ti. Y te volverás indiferente a la vida y acabarás odiándola. Así lo veo yo.

h) ¿Se puede ser juez de nuestros semejantes? Sobre la fe hasta el último momento. Sobre todo recuerda que no puedes ser juez de nadie. Pues no puede haber sobre la tierra un juez para los criminales antes de que este mismo juez se reconozca tan criminal como el que tiene delante de él y admita que, antes que nadie, es culpable por el crimen del que tiene delante. Cuando comprenda esto, entonces será capaz de convertirse en juez. Por muy disparatada que parezca, ésta es la verdad. Pues si yo hubiera sido justo, tal vez no tendría delante de mí a un criminal. Si eres capaz de asumir el crimen del criminal que tienes delante y al que juzgas en tu corazón, entonces asúmelo inmediatamente y sufre por él, pero a él déjalo marchar sin hacerle ningún reproche. Y, si la propia ley te coloca de juez, procede también con este espíritu cuanto te sea posible: él se irá libre y se condenará a sí mismo con más severidad de lo que harías tú. Si se aleja insensible ante tu bendición, riéndose de ti, no caigas en la tentación: significa que aún no le ha llegado la hora, pero le llegará a

su debido tiempo. Y, si no le llega, da lo mismo: si no es él, será otro quien lo comprenda por él, y sufrirá y se condenará y se culpará y la verdad quedará afirmada. Créelo, créelo sin dudar, pues aquí es donde yace toda la esperanza y toda la fe de los santos.

Trabaja infatigablemente. Si de noche, al entregarte al sueño, recuerdas: «No he cumplido con lo que debía», levántate de inmediato y cúmplelo. Si a tu alrededor hay gente malvada e insensible que no quiere escucharte, póstrate ante ellos y pídeles perdón, pues en verdad tú eres el culpable de que no quieran escucharte. Y, si ya no puedes hablar con los que están enfurecidos, sé su servidor en silencio, humillándote sin perder nunca la esperanza. Si aun así todos te abandonan y te expulsan por la fuerza, cuando te quedas solo cae sobre la tierra y bésala, humedécela con tus lágrimas y la tierra te ofrecerá el fruto de tus lágrimas, aunque nadie te vea ni te oiga en tu soledad. Ten fe hasta el final, aunque todos en la tierra se hayan descarriado y solo tú sigas siendo fiel: haz una ofrenda y alaba a Dios, tú, el único que has quedado. Y, si os encontráis dos iguales, entonces seréis todo un mundo, un mundo de amor activo: abrazaos enternecidos y alabad al Señor, pues, aunque seáis dos, su verdad se ha cumplido.

Si tú pecas y te vas a sentir mortalmente afligido por tus pecados o por un pecado repentino, regocíjate por otro, regocíjate por el justo, regocíjate porque, si tú has pecado, él sigue siendo justo y no ha pecado.

Pero, si la maldad de los hombres te subleva con indignación e insuperable pesar, hasta el punto de desear vengarte de los malvados, teme ese sentimiento más que ninguna otra cosa; búscate de inmediato un tormento, como si fueras tú el culpable de esa maldad de los hombres. Carga sobre ti ese tormento y sopórtalo; así se apaciguará tu corazón y comprenderás que eres tú el culpable pues, siendo el único sin pecado, podrías haber iluminado a los malvados, pero no lo hiciste. Si los hubieras iluminado, tu luz habría alumbrado el camino a los otros, y el que cometió una maldad quizá no la habría cometido bajo tu luz. Y, aun en el caso de que los ilumines pero veas que la gente no se salva ni siquiera bajo tu luz, tú mantente firme y no dudes de la fuerza del reino de los cielos. Ten fe en que, si ahora no se han salvado, se salvarán después. Y, si no se salvan después, se salvarán sus hijos, pues tu luz no morirá aunque tú ya hayas muerto. El hombre justo parte, pero su luz permanece. Los hombres siempre se salvan después de la muerte de su salvador. El género humano no acepta a sus profetas y los maltrata, pero la gente quiere a sus mártires y honra a quienes han sido martirizados. Trabajas para lo universal, construyes el porvenir. Nunca busques recompensa, pues ya sin ella es grande tu recompensa en esta tierra: la felicidad espiritual que solo el justo halla. No temas ni a los nobles ni a los fuertes, pero sé siempre sabio y hermoso. Has de conocer los límites, has de conocer los plazos, apréndelo. Cuando te quedas solo, ora. Ama el acto de hincarte de rodillas en la tierra y cubrirla de besos. Besa la tierra

incansablemente, ámala insaciablemente, ama a todos, a todo, busca el éxtasis y la exaltación. Humedece la tierra con las lágrimas de tu alegría y ama esas lágrimas. No te avergüences de tu exaltación, apréciala, pues es un gran don de Dios, y no se les entrega a todos, únicamente a los elegidos.

i) Sobre el infierno y el fuego del infierno: un razonamiento místico

Padres y maestros, yo me pregunto: «¿Qué es el infierno?». Y razono así: «El sufrimiento por no poder volver a amar». Una sola vez, en una existencia infinita e inconmensurable tanto en el tiempo como en el espacio, al aparecer en la tierra le fue dada a una criatura espiritual la capacidad de decirse a sí mismo: «Yo soy, yo amo». Una vez, solo una vez, le fue dado un instante de amor activo, vivo, y para eso le fue dada la vida terrenal y, con ella, los tiempos y los plazos, y ocurrió que esta feliz criatura rechazó este valioso don, no lo apreció, no lo amó, lo miró con desdén y se volvió insensible. Y esta criatura, al abandonar este mundo, puede ver el seno de Abraham y hablar con Abraham, tal como se nos muestra en la parábola del rico y el pobre Lázaro, y contempla el paraíso y puede ascender hacia el Señor, y su tormento consiste, precisamente, en acercarse al Señor sin haber amado, junto con aquellos que lo amaron y cuyo amor él despreció. Pues ve con claridad y él mismo se dice: «Ahora ya tengo conocimiento y, aunque haya deseado amar, ya no habrá sacrificio en mi amor, no habrá tampoco ofrenda, pues ha terminado mi vida terrenal y no vendrá Abraham con una sola gota de agua viva (es decir, con el don renovado de una vida terrenal como la anterior, activa) para refrescar la llama de la sed de amor espiritual en que ahora ardo, habiéndola rechazado en la tierra. ¡Ya no hay vida y no habrá más tiempo! Aunque daría alegre mi vida por otros, ya no es posible, pues esa vida (la que podía entregarse como ofrenda de amor) ha pasado y ahora hay un abismo entre esa vida y esta existencia». Hablan de las llamas materiales del infierno: no quiero entrar en ese misterio y me asusta, pero creo que, si hubiera llamas materiales, realmente me alegraría, pues imagino que en el tormento material podría uno olvidarse por un instante del sufrimiento espiritual, mucho más terrible. Y no es posible apartarse de este sufrimiento espiritual, pues no es un tormento externo, sino interno. Y, aunque fuera posible apartarse, creo que entonces su infelicidad sería aún más amarga. Aunque los justos del paraíso lo perdonaran, al contemplar su tormento, y en su amor infinito lo llamaran a su lado, eso no haría más que aumentar su tormento, puesto que se avivaría con más fuerza la llama de la sed de amor recíproco, activo y agradecido, que ya no es posible. No obstante, en la inseguridad de mi corazón, pienso que la conciencia de esta imposibilidad le serviría al fin de alivio, pues al aceptar el amor de los justos sin posibilidad de retribuírselo, en esta sumisión y en este acto de humildad encontrará al fin cierta imagen de ese amor activo que despreció en la tierra, y una

acción hasta cierto punto semejante... Hermanos y amigos, siento no saber expresarlo con claridad. Pero ¡ay de quien se destruya a sí mismo en la tierra!, ¡ay de los suicidas! Creo que no puede haber nadie más infeliz que ellos. Es un pecado, nos dicen, rogar a Dios por ellos, y aparentemente la Iglesia reniega de ellos, pero en lo profundo de mi alma creo que se puede rezar por ellos también. Cristo no va a enojarse por un acto de amor. Os confieso, padres y maestros, que toda la vida he rezado interiormente por ellos, y aún lo sigo haciendo.

Oh, los hay que llegan al infierno orgullosos e iracundos, a pesar de poseer ya un conocimiento indudable y de su contemplación de la verdad irrefutable; hay gente terrible que está en completa comunión con Satanás y con su espíritu arrogante. Para éstos el infierno es algo voluntario y que nunca los sacia, éstos sufren de buena gana. Pues ellos solos se maldijeron al maldecir a Dios y la vida. Se alimentan de su orgullo rabioso, como si un hambriento en el desierto se pusiera a chupar la sangre de su propio cuerpo. Pero son insaciables por los siglos de los siglos y rechazan el perdón, maldicen a Dios, que los llama. No pueden contemplar al Dios vivo sin odio y exigen que no haya un Dios de la vida, que Dios se destruya a sí mismo y toda su creación. Y eternamente arderán en el fuego de su ira, ansiarán la muerte y la nada. Pero no encontrarán la muerte.

Aquí termina el manuscrito de Alekséi Fiódorovich Karamázov. Repito: es incompleto y fragmentario. Los datos biográficos, por ejemplo, abarcan únicamente la primera juventud del stárets. Sus enseñanzas y opiniones han sido reunidas como si formaran un todo, aunque es evidente que se expusieron en diferentes épocas y con distintos motivos. Lo que expresó personalmente el stárets en sus últimas horas de vida no se ha precisado con toda claridad, y solo se da una idea del ánimo y del carácter de esa conversación, poniéndolo en relación con lo que Alekséi Fiódorovich recoge en su manuscrito de enseñanzas anteriores. La muerte del stárets se produjo de hecho de forma totalmente inesperada. Pues, aunque todos los congregados esa última tarde habían comprendido sin duda que su muerte estaba cercana, no podían imaginarse que llegaría tan de repente. Al contrario, sus amigos, como ya he señalado antes, viéndolo tan animado y locuaz aquella noche, llegaron a creer que su salud había mejorado considerablemente, aunque solo fuera por un tiempo breve. Incluso cinco minutos antes de su muerte, como contaron después sorprendidos, no se podía prever nada. De repente el stárets sintió un dolor fortísimo en el pecho, se puso pálido y apretó con fuerza la mano contra su corazón. Todos se levantaron y se acercaron rápidamente, pero él, aunque estaba sufriendo, mirándolos con una sonrisa, se dejó caer al suelo y se puso de rodillas, después agachó la cabeza, extendió los brazos y, en un éxtasis feliz, besando la tierra y orando (tal como enseñaba), serena y alegremente entregó su alma a Dios. La noticia de su muerte se extendió rápidamente por el asceterio y llegó al monasterio. Los allegados del recién fallecido y aquellos a los que

correspondía por su rango empezaron a preparar el cuerpo siguiendo un antiguo rito, mientras todos los monjes se reunían en la iglesia mayor. Y antes del amanecer, según los rumores que circularon después, la nueva del fallecimiento llegó a la ciudad. Por la mañana prácticamente toda la ciudad hablaba del suceso y muchos ciudadanos corrieron al monasterio. Pero de esto hablaremos en el siguiente libro: por ahora solo adelantaremos que no había transcurrido ni un día cuando sucedió algo inesperado y, según las impresiones suscitadas en el monasterio y en la ciudad, hasta tal punto extraño, inquietante y confuso que todavía hoy, después de tantos años, nuestra ciudad guarda un vivo recuerdo de aquel día que tan inquietante fue para muchos...

TERCERA PARTE

LIBRO SÉPTIMO

ALIOSHA

I. Un tufo pestilente

El cuerpo del padre Zosima, hieromonje y asceta, fue preparado para la inhumación de acuerdo con su rango. Como es sabido, los restos mortales de monjes y ascetas no se lavan. «Cuando alguno de los monjes es llamado por el Señor —se dice en el Gran Breviario—, el hermano encargado (es decir, aquel que ha sido designado a tal efecto) le frota el cuerpo con agua tibia, trazando previamente el signo de la cruz con una esponja (una esponja griega) sobre la frente del difunto, en el pecho, en las manos, en los pies y en las rodillas, y nada más.» Fue el padre Paísi quien hizo todo esto con el difunto. Después del frotado, lo vistió con el hábito monástico y lo envolvió con el manto; para ello, según lo prescrito, le hizo algunos cortes, envolviéndolo en forma de cruz. Le puso en la cabeza una capucha con una cruz de ocho puntas. Dejaron la capucha abierta, pero cubrieron la faz del difunto con un aer negro. En las manos le colocaron un icono del Salvador. Así dispuesto, lo depositaron al amanecer en el ataúd (preparado desde hacía mucho tiempo). Tenían intención de dejar el ataúd todo el día en la celda, en el cuarto grande de la entrada, donde el stárets solía recibir a los hermanos y a los seglares. Como el difunto era un hieromonje de la máxima dignidad, los hieromonjes y los hierodiáconos no debían leer ante él el Salterio, sino el Evangelio. Empezó la lectura, justo después del oficio de difuntos, el padre Iósif; en cuanto al padre Paísi, que deseaba leer luego todo el día y toda la noche, estaba por el momento muy ocupado e inquieto, al igual que el superior del asceterio, ya que de pronto —lo mismo entre los miembros de la comunidad que entre la multitud de visitantes seglares, llegados de la hospedería del propio monasterio y de la ciudad— había empezado a cundir, aumentando a medida que pasaban las horas, una agitación insólita y hasta «indecorosa» y una expectativa ansiosa. Tanto el superior del asceterio como el padre Paísi se esforzaban por tranquilizar, en la medida de lo posible, a quienes daban muestras de tan extrema excitación. Cuando ya había amanecido, empezaron a llegar de la ciudad algunas personas que traían consigo a sus enfermos, sobre todo niños: se diría que habían estado esperando expresamente ese momento,

contando, al parecer, con la inmediata fuerza curativa que, de acuerdo con su fe, no podía tardar en manifestarse. Solo entonces nos dimos cuenta todos de hasta qué punto nos habíamos acostumbrado a considerar al difunto stárets, aún en vida, un santo grandioso e incuestionable. Entre quienes iban llegando no había solo gente del pueblo llano, ni mucho menos. Aquella enorme expectación de los fieles, que se manifestaba con tanta premura y de forma tan evidente, acompañada incluso de impaciencia y poco menos que de intransigencia, le parecía al padre Paísi un escándalo indudable; aunque lo presentía desde hacía mucho, la realidad había desbordado sus previsiones. Al encontrarse con algunos de los monjes emocionados, empezó a reprenderles: «Semejante expectativa de que algo grandioso haya de ocurrir de inmediato —les dijo— es una frivolidad, propia únicamente de seculares, pero inadecuada entre nosotros». Sin embargo, apenas le hacían caso, algo que observaba con inquietud el padre Paísi, a pesar de que él mismo (si queremos recordarlo todo de manera fidedigna), aunque le irritasen aquellas muestras de impaciencia excesiva y las considerase frívolas y vanas, en secreto, para sus adentros, en lo más hondo de su alma, esperaba casi lo mismo que quienes estaban tan alterados, algo que no podía dejar de reconocer. De todos modos, le desagradaban especialmente ciertos encuentros que despertaban en él, debido a una suerte de presentimiento, grandes dudas. Entre la multitud que abarrotaba la celda del difunto, observó con repugnancia espiritual (algo que se reprochó al instante) la presencia, por ejemplo, de Rakitin, o de aquel huésped venido de lejos, el monje de Obdorsk, que aún estaba en el monasterio, y a ambos el padre Paísi los consideró de inmediato sospechosos, aunque no eran los únicos que despertaban en él esa clase de recelo. El monje de Obdorsk era el que parecía más inquieto de toda aquella gente agitada; podía uno verlo por todas partes: no había sitio donde no preguntara, donde no escuchara con atención, donde no hiciera comentarios en voz baja, con un aire particularmente misterioso. La expresión de su rostro era de una impaciencia extraordinaria, y parecía casi irritado al ver que no ocurría lo que se esperaba desde hacía tanto tiempo. Por lo que respecta a Rakitin, según se sabría más tarde, se había presentado tan temprano en el asceterio por encargo expreso de la señora Jojlakova. Esta mujer, tan bondadosa como falta de carácter, que no podía ser admitida personalmente en el asceterio, en cuanto se despertó y se enteró de lo ocurrido, sintió de pronto una curiosidad tan viva que envió de inmediato de su parte a Rakitin, con el cometido de observarlo todo y darle noticia puntual por escrito, aproximadamente cada media hora, de todo lo que ocurriera. A Rakitin lo tenía por un joven extremadamente devoto y piadoso: hasta tal punto llegaba la habilidad del joven para complacer a todo el mundo y presentarse en consonancia con los deseos de cada cual, siempre y cuando viera en ello algún beneficio, por pequeño que fuera, para sí mismo. El día era claro y luminoso, y entre los peregrinos llegados al monasterio muchos se apiñaban junto a las tumbas del

asceterio, en gran parte situadas alrededor del templo, aunque también había otras diseminadas por todo el eremitorio. Mientras recorría el recinto, el padre Paísi se acordó de pronto de Aliosha, y cayó en la cuenta de que llevaba tiempo sin saber de él, casi desde la noche. Nada más acordarse de él, lo vio: se encontraba en el rincón más alejado del asceterio, junto a la valla, sentado sobre la lápida de un monje muerto hacía mucho y que se había hecho famoso por sus proezas. Estaba sentado de espaldas al asceterio, vuelto hacia la valla, como escondido detrás del sepulcro. Al acercarse, el padre Paísi vio que se había cubierto el rostro con las manos y lloraba amargamente, aunque en silencio, temblando con cada sollozo. El padre Paísi permaneció un momento a su lado.

—Basta, hijo querido; basta, amigo —dijo al fin, con emoción—. ¿Qué te ocurre? Alégrate, y no llores. ¿O acaso no sabes que éste es el más grandioso de sus días? ¡No tienes más que recordar dónde está ahora, en este preciso momento! —Aliosha levantó la vista, mostrando su rostro hinchado por el llanto, como el de un niño pequeño, pero acto seguido, sin decir una palabra, se volvió y de nuevo se lo cubrió con ambas manos—. Aunque es muy posible que así tenga que ser —dijo el padre Paísi, pensativo—; llora, pues; Cristo te ha enviado esas lágrimas... Tus tiernas lágrimas no son sino un descanso para el espíritu —añadió para sí mientras se alejaba de Aliosha, pensando en él con cariño. Se retiró, además, lo antes posible, porque presentía que también él, si seguía mirándolo, iba a romper a llorar.

El tiempo, entretanto, iba pasando, los oficios y las exequias se sucedían en el monasterio en el debido orden. Una vez más, el padre Paísi sustituyó al padre Lósif junto al féretro y lo sucedió en la lectura del Evangelio. Pero no habían dado aún las tres de la tarde cuando se produjo algo a lo que ya he aludido al final del libro anterior, algo que nadie se podía esperar y que contradecía de tal modo las esperanzas de todos que, repito, el relato prolijo y minucioso de aquel suceso aún se recuerda hoy en día con extraordinaria viveza en nuestra ciudad y en sus alrededores. Añadiré aquí algo más, a título personal: a mí casi me repugna evocar aquel suceso tan frívolo como llamativo, en esencia baladí y natural, y lo habría omitido en mi relato sin ningún género de dudas de no haber ejercido una influencia poderosísima y determinante en el alma y en el corazón del héroe principal, aunque futuro, de mi historia, en Aliosha, originando en él una suerte de ruptura y de cataclismo que sacudió su entendimiento, si bien también lo reafirmó definitivamente, para toda la vida, orientándolo hacia un fin muy preciso.

Así pues, contaré lo ocurrido. Cuando, antes de que amaneciera, colocaron el cuerpo del stárets en el ataúd, preparado para la inhumación, y lo trasladaron al cuarto delantero, donde solía recibir a los visitantes, entre quienes se encontraban junto al féretro se oyó una pregunta: «¿No convendría abrir las ventanas de la estancia?». Pero esta pregunta, que alguien había formulado incidentalmente, sin darle mayor

importancia, quedó sin respuesta y pasó casi inadvertida; a lo sumo repararon en ella, y solo en su fuero interno, algunos de los presentes, y lo único que pensaron fue que esperar la descomposición y la emanación de efluvios pestilentes del cuerpo de semejante difunto era un puro disparate, digno de lástima (cuando no de mofa), debido a la poca fe y a la ligereza de quien hubiera formulado dicha pregunta. Y es que lo que se esperaba era, justamente, todo lo contrario. Pero he aquí que muy poco después del mediodía empezó a ocurrir algo que al principio fue notado en silencio por quienes entraban y salían, pues resultaba evidente que no se atrevían a comunicar a nadie lo que estaban barruntando; con todo, a las tres de la tarde era ya tan manifiesto e incuestionable que la noticia recorrió en un abrir y cerrar de ojos todo el asceterio, difundiéndose entre los peregrinos que allí se habían congregado, para extenderse de inmediato al monasterio, dejando perplejos a todos los miembros de la comunidad; por fin, en muy breve plazo, llegó también a la ciudad, donde conmovió a todo el mundo, lo mismo a creyentes que a incrédulos. Los incrédulos se alegraron; en cuanto a los creyentes, hubo quienes se alegraron incluso más que aquéllos, pues «el hombre se deleita con la caída del justo y con su oprobio», como había dicho el difunto stárets en uno de sus sermones. El caso es que, poco a poco, había empezado a surgir del ataúd un tufo pestilente que cada vez era más evidente, y hacia las tres de la tarde resultaba ya muy intenso y no hacía más que agudizarse. Hacía mucho tiempo, tanto que no era posible recordar nada semejante en toda su historia anterior, que no se producía en nuestro monasterio tamaño escándalo, tan burdamente desencadenado, imposible en cualquier otra circunstancia, como el que estalló entre los propios monjes a raíz de este suceso. Más tarde, y durante muchos años, algunos de los hermanos más sensatos, al recordar aquel día con todo detalle, se sorprendían y se espantaban de que el escándalo hubiera podido cobrar tal magnitud. Pues ya anteriormente habían fallecido monjes de vida ejemplar, cuyas virtudes habían sido evidentes para todos, startsy temerosos de Dios, y de sus humildes ataúdes también se había desprendido un olor a putrefacción, como sucede, de forma natural, con todos los fallecidos, pero eso no había sido motivo de escándalo ni había despertado siquiera la menor inquietud. Por supuesto, también había habido en otros tiempos entre nosotros, y su memoria aún se conservaba viva en el monasterio, monjes cuyos restos, según la tradición, no habían dado muestras de corrupción, algo que influía en la comunidad de un modo conmovedor y misterioso, y que se recordaba como un hecho milagroso, digno de admiración, y como una promesa de mayor gloria futura, asociada a las sepulturas, si es que ese tiempo, por voluntad divina, llegaba alguna vez. Se guardaba un recuerdo especial del stárets lov, que había vivido hasta los ciento cinco años; fue un célebre asceta, un gran ayunador y observador del voto de silencio, fallecido hacía ya mucho, en la segunda década del presente siglo, y su tumba se enseñaba con extraordinaria veneración a cuantos peregrinos visitaban el

monasterio por primera vez, aludiendo misteriosamente, en tales ocasiones, a ciertas grandes esperanzas. (Se trataba, precisamente, de la tumba junto a la que el padre Paísi había encontrado aquella mañana a Aliosha.) Además de este stárets fallecido hacía tiempo, también se preservaba vivo el recuerdo del stárets Varsonofi, otro venerable hieromonje y asceta que había muerto en fecha relativamente reciente: había sido él quien había precedido al padre Zosima en el stárchestvo y, mientras había vivido, todos los peregrinos llegados al monasterio lo tenían abiertamente por un yuródivy. Aseguraba la tradición que ambos habían yacido en su féretro como si aún estuvieran vivos, y habían sido enterrados perfectamente incorruptos, y que incluso sus rostros resplandecían en el ataúd. Hasta había quienes recordaban insistentemente que una fragancia inconfundible se desprendía de sus cuerpos. Pero, a pesar de tan poderosos recuerdos, resultaba difícil encontrar la causa inmediata de que, junto al ataúd del stárets Zosima, se hubiera podido producir un fenómeno tan frívolo, absurdo y pernicioso. Por mi parte, supongo que muy diversas causas vinieron a sumarse, influyendo en el mismo sentido. Entre otras, por ejemplo, se contaba la inveterada hostilidad al stárchestvo, visto como una novedad perniciosa, que había echado hondas raíces en la mentalidad de numerosos monjes del monasterio. Pero, por encima de todo, estaba la envidia a la santidad del difunto, una envidia que había sido tan profunda cuando éste aún vivía que casi estaba prohibido cuestionarla. Pues, si bien el stárets se había ganado el afecto de mucha gente, no tanto con milagros cuanto con amor, y se había formado a su alrededor como un mundo completo de personas que lo amaban, lo cierto es que, por eso mismo, le habían salido envidiosos y, a continuación, encarnizados enemigos, unos declarados y otros secretos, no solo entre los hermanos del monasterio, sino también entre los laicos. No había hecho mal a nadie, pero se oían cosas como ésta: «¿Por qué lo consideran tan santo?». Y esta sola pregunta, repetida una y otra vez, acabó originando un verdadero abismo del más insaciable rencor. Por eso pienso yo que fueron muchos los que, al tener noticia de los pestilentes efluvios de su cuerpo, y para colmo tan prematuros —pues no había transcurrido ni un día desde su muerte—, se regocijaron sin medida; asimismo, entre quienes habían sido devotos seguidores del stárets hasta aquel momento enseguida hubo algunos que se sintieron poco menos que ofendidos y heridos personalmente por este suceso. Ésta fue la secuencia de los acontecimientos.

En cuanto empezó a manifestarse la descomposición, solo por el aspecto de los monjes que entraban en la celda del difunto ya podía adivinarse a qué acudían. Entraba uno, se quedaba allí brevemente y salía para confirmar cuanto antes la noticia al grupo que estaba esperando. Algunos de los que aguardaban movían tristemente la cabeza, pero otros ni siquiera intentaban disimular su alegría, que resplandecía bien a las claras en sus maliciosas miradas. Y nadie se lo reprochaba, nadie alzaba su voz en defensa del difunto, lo cual resultaba asombroso, pues, a pesar de todo, los devotos

del stárets eran mayoría en el monasterio; pero, al parecer, el propio Señor permitía que, en esta ocasión, la minoría se impusiera temporalmente. No tardaron en presentarse en la celda también fisgones laicos, sobre todo personas de cierta cultura. En cambio, apenas entraba gente humilde, a pesar de que formaba una gran multitud junto al portón del asceterio. No hay duda de que fue precisamente a partir de las tres de la tarde cuando la afluencia de visitantes laicos se incrementó de forma considerable, a raíz, justamente, de la escandalosa noticia. Individuos a los que seguramente ni se les habría pasado por la cabeza la idea de ir al monasterio un día como aquél ahora habían decidido acudir a propósito; entre éstos había algunas personalidades de alto rango. De todos modos, aún no se había atentado abiertamente contra el decoro, y el padre Paísi seguía leyendo el Evangelio firme y claramente, con rostro severo, en voz alta, como si no reparara en lo que estaba sucediendo, aunque ya hacía rato que había observado algo insólito. He aquí, no obstante, que algunas voces empezaron a llegar a sus oídos, muy débiles al principio, pero cada vez más rotundas y decididas. «¡Sin duda, no es igual el juicio de Dios que el juicio de los hombres!», oyó decir de pronto el padre Paísi. El primero que pronunció estas palabras fue un seglar, un funcionario de la ciudad, hombre ya entrado en años y, por lo que de él se sabía, muy piadoso; no obstante, al expresarse así en voz alta se limitó a repetir algo que ya llevaban un buen rato diciéndose al oído los monjes. Éstos habían formulado hacía ya tiempo esa idea desesperanzada, y lo peor de todo era que con cada minuto que pasaba la frase se decía en un tono más solemne. Muy pronto, sin embargo, la gente empezó a faltar al decoro, e incluso parecía que todo el mundo se sintiera con cierto derecho a actuar así. «Y ¿cómo ha podido ocurrir esto? —decían algunos monjes, al principio como lamentándose—. Su cuerpo era menudo, seco, estaba en los huesos: ¿de dónde puede provenir este hedor?» «Eso es que Dios ha querido, deliberadamente, darnos esta señal», se apresuraban a asegurar otros, y sus opiniones se aceptaban sin discusión, de manera inmediata, y a lo dicho se añadía que, de haberse tratado de efluvios naturales, como ocurre con el cuerpo de cualquier pecador, el proceso habría comenzado más tarde, sin una celeridad tan palmaria, no antes de que hubiera transcurrido un día completo; éste, por el contrario, «se había adelantado a la naturaleza»; por tanto, todo era cosa de Dios y de su voluntad. Era una señal. Este juicio tan contundente resultaba irrefutable. El manso padre hieromonje Iósif, el bibliotecario, predilecto del difunto, empezó a objetar a algunos de los murmuradores, diciendo que «no en todas partes es así» y que no es ningún dogma de la ortodoxia que los cuerpos de los justos no deban corromperse, sino una mera opinión, y que incluso en los países más ortodoxos, en el monte Athos, por ejemplo, no les causa tanto desasosiego el hedor de la descomposición, ni consideran que sea la incorruptibilidad corporal el principal signo para la glorificación de los elegidos, sino el color de sus huesos: cuando los cuerpos

llevan ya muchos años yaciendo en la tierra y prácticamente se han reducido a polvo, «si los huesos se han vuelto amarillos como la cera, eso es la señal esencial de que el Señor ha glorificado al virtuoso difunto; pero, si no se han vuelto amarillos, sino negros, eso quiere decir que no ha hecho el Señor digno de gloria al finado; así ocurre en el monte Athos, lugar eminente, donde desde los tiempos más antiguos se preserva la ortodoxia de forma incólume y en su más acendrada pureza», concluyó el padre Lósif. Pero las palabras del humilde padre no hicieron efecto, e incluso recibieron una respuesta irónica: «Se trata tan solo de novedades propias de eruditos; no vale la pena escucharlo», concluían algunos monjes. «Aquí seguimos la tradición; ni que fueran pocas las novedades que ahora se estilan: ¿o es que vamos a tener que imitarlas todas?», añadían otros. «Nosotros no tenemos menos santos padres que ellos. Allí padecen el dominio turco y lo han olvidado todo. Entre ellos, la ortodoxia se ha emborronado hace ya tiempo, y ni siquiera tienen campanas», apuntaban los más burlones. El padre Lósif se retiró con amargura, sobre todo porque él mismo había expresado su opinión con escasa firmeza, como si no acabara de creérsela. Intuía, lleno de perplejidad, que estaba gestándose algo digno de censura y que hasta el propio desacato levantaba la cabeza. Poco a poco, siguiendo el ejemplo del padre Lósif, todas las voces sensatas fueron enmudeciendo. Y ocurrió, en cierto modo, que cuantos habían amado al difunto stárets y habían aceptado la institución del stárchestvo con enternecedora obediencia de pronto se llenaron de temor y cuando se encontraban se limitaban a dirigirse una tímida mirada a la cara. Por el contrario, los detractores del stárchestvo, por considerarlo una novedad, levantaban con orgullo la cabeza. «Del difunto stárets Varsonofi no solo no se desprendió ningún hedor, sino que emanaba un dulce perfume —recordaron maliciosamente—; pero no se había hecho acreedor a esa gracia a través del stárchestvo, sino por haber sido un hombre justo.» Después de lo cual, al stárets recién fallecido empezaron a lloverle no solo las críticas, sino incluso las condenas: «Sus enseñanzas eran perniciosas; enseñaba que la vida es profundo gozo, y no humildad compungida», decían algunos de los más obtusos. «Su fe respondía a la moda actual: no aceptaba la existencia del fuego material en el infierno», apuntaban otros, de forma aún más cerril. «No era riguroso con el ayuno, se permitía los dulces, tomaba confitura de cerezas con el té, le encantaba, las damas se la enviaban. ¿Debe un asceta venerable tomar té?», se oía decir a algunos envidiosos. «Vivía instalado en el orgullo —recordaban con crueldad los más rencorosos—, se consideraba un santo, la gente caía de hinojos ante él, y él se lo tomaba como un deber.» «Abusaba del sacramento de la confesión», añadían, en un susurro malévolo, los más encarnizados enemigos del stárchestvo, algunos de los cuales se contaban incluso entre los más ancianos y más estrictamente piadosos de los monjes, genuinos adeptos de las prácticas del ayuno y del silencio, que no habían dicho nada en vida del difunto, pero que ahora, súbitamente, habían abierto la boca; y eso era algo terrible en sí mismo,

pues sus palabras influían poderosamente en los monjes más jóvenes, aún indecisos. También escuchaba todo esto con gran atención el huésped de Obdorsk, el pequeño monje de San Silvestre, que suspiraba profundamente y movía la cabeza: «Sí, se ve que el padre Ferapont estaba ayer en lo cierto cuando lo criticaba», pensaba; justo en ese momento apareció el padre Ferapont, casi expresamente para agravar la conmoción.

Ya he mencionado anteriormente que este anciano abandonaba en contadas ocasiones su celda de madera, en el colmenar; incluso estaba largas temporadas sin pisar la iglesia, algo que se le consentía porque pasaba por ser un yuródivy y, en consecuencia, no se sentía atado por la regla común. Pero, para decir toda la verdad, si se le consentían esas cosas era porque, en cierto modo, no quedaba más remedio. Porque habría sido una vergüenza empeñarse en someter a la regla común a un asceta como aquél, que se entregaba de ese modo al ayuno y al silencio, y que se pasaba los días y las noches orando (a veces llegaba a dormir de rodillas), si él mismo no quería someterse. «Es más santo que cualquiera de nosotros y hace cosas mucho más severas que las que impone la regla —habrían dicho los monjes, en tal caso—; si no frecuenta la iglesia, allá él; ya sabe cuándo tiene que ir, él sigue su propia regla.» Así pues, para evitar las previsibles quejas y escándalos, dejaban en paz al padre Ferapont. Todo el mundo sabía que el padre Ferapont no sentía el menor aprecio por el stárets Zosima; y he aquí que de pronto llegó a su celda la noticia de que no era igual «el juicio de Dios que el juicio de los hombres», y de que, incluso, «se había adelantado a la naturaleza». Es de suponer que uno de los primeros que corrió a darle la noticia fue el huésped de Obdorsk, que el día anterior lo había visitado y había salido horrorizado del encuentro. También he dicho que el padre Paísi, aunque no podía ver ni escuchar lo que ocurría fuera de la celda mientras leía con voz firme e inquebrantable junto al ataúd, en el fondo de su corazón adivinaba lo fundamental sin equivocarse, ya que conocía a fondo el ambiente del monasterio. Sin perder la entereza, esperaba sin temor cualquier cosa que aún pudiera suceder, anticipándose con su mirada penetrante al desenlace, que ya se dibujaba nítidamente en su cabeza, de toda aquella agitación. De pronto, un ruido inaudito en el vestíbulo, abiertamente contrario a todo decoro, le hirió el oído. La puerta se abrió de par en par, y el padre Ferapont apareció en el umbral. A su espalda, como podía advertirse y hasta verse con claridad desde la celda, se agolpaban cerca del porche una gran cantidad de monjes que habían llegado con él, así como algunos laicos. No obstante, los acompañantes no entraron, ni siquiera subieron al porche, sino que se quedaron esperando lo que pudiera hacer y decir a continuación, pues presentían —no sin cierto temor, a pesar de su mucha audacia— que no había venido en vano. Parado en el umbral, levantó los brazos, y por debajo de su mano diestra asomaron los ojillos vivos y curiosos del huésped de Obdorsk, el único integrante del grupo que no había podido contenerse y había subido corriendo la pequeña escalera detrás del padre Ferapont, espoleado por su infinita curiosidad. Los

demás, en cambio, en cuanto la puerta se abrió con estrépito de par en par, retrocedieron aún más, súbitamente intimidados. Con los brazos en alto, el padre Ferapont exclamó de pronto:

—¡Yo te conjuro! —Y, volviéndose sucesivamente hacia los cuatro costados, empezó a persignar las paredes y los cuatro rincones de la celda. Quienes lo acompañaban comprendieron enseguida el sentido de este acto del padre Ferapont, pues sabían que siempre hacía lo mismo, allá adonde fuera, y que jamás se sentaba ni decía una palabra sin haber exorcizado antes al maligno—. ¡Satanás, fuera de aquí! ¡Satanás, fuera de aquí! —repetía cada vez que hacía la señal de la cruz—. ¡Yo te conjuro! —volvió a exclamar.

Vestía su tosco hábito, ceñido con una cuerda. Por debajo de la camisa de cáñamo se le veía el pecho desnudo, todo cubierto de vello gris. Iba completamente descalzo. En cuanto empezó a hacer aspavientos, vibraron y tintinearón las recias cadenas de asceta que llevaba bajo el hábito. El padre Paísi interrumpió la lectura, dio unos pasos al frente y se detuvo ante él, expectante.

—¿A qué has venido, venerable padre? ¿Por qué alteras así el orden? ¿Por qué inquietas al manso rebaño? —dijo al fin, mirándolo con severidad.

—¿A qué he venido? ¿Eso me preguntas? ¿Qué crees tú? —dijo el padre Ferapont, clamando como un yuródivy—. Heme aquí, resuelto a expulsar a vuestros huéspedes, malditos diablos. Deseo comprobar si habéis acogido a muchos en mi ausencia. Quiero barrerlos con una escoba de abedul.

—Expulsas al impuro, pero es posible que tú mismo estés a su servicio —prosiguió impávido el padre Paísi—. ¿Quién puede decir de sí mismo: «Soy un santo»? ¿Puedes tú, padre?

—Soy impuro, y no santo. ¡No me sentaré en un trono ni me exaltaré para ser adorado como un ídolo! —bramó el padre Ferapont—. Hoy los hombres echan a perder la santa fe. El difunto, ese santo vuestro —se volvió hacia la muchedumbre, señalando el ataúd con el dedo—, negaba a los diablos. Daba purgantes contra ellos. Por eso han proliferado tanto entre vosotros, como las arañas en los rincones. Pero hoy es él quien apesta. En ello tenemos que ver una señal grandiosa del Señor.

Eso era lo que había ocurrido una vez, de hecho, en vida del padre Zosima. Uno de los monjes había empezado a soñar con el maligno, y éste acabó apareciéndosele también durante la vigilia. Cuando, muerto de miedo, se lo confesó al stárets, éste le aconsejó que rezara incesantemente y que intensificara el ayuno. Pero, cuando también eso dejó de surtir efecto, le recomendó que, sin abandonar el ayuno y la oración, tomara alguna medicina. Muchos entonces se escandalizaron y empezaron a murmurar, moviendo la cabeza; el primero de todos, el padre Ferapont, a quien algunos detractores del stárets no tardaron a comunicarle la noticia de aquella «insólita» decisión del stárets en aquel caso particular.

—¡Aléjate, padre! —dijo en tono imperioso el padre Paísi—. No son los hombres quienes juzgan, sino Dios. Es posible que estemos ante una «admonición», que ni tú ni yo ni nadie estamos en condiciones de comprender. ¡Aléjate, padre, y no soliviantes el rebaño! —repitió con firmeza.

—No observaba los ayunos propios de su rango, ésa es la causa de esta admonición. ¡Está muy claro, y es pecado ocultarlo! —El fanático no se avenía a razones, excediéndose en su celo de un modo irracional—. Le encantaban los caramelos que le traían las señoras, escondidos en los bolsillos; se deleitaba con el té; ofrecía sacrificios al vientre, llenándolo de golosinas, mientras se llenaba la cabeza de pensamientos altivos... Por eso ha sufrido esta afrenta...

—¡Qué vanas son tus palabras, padre! —También el padre Paísi levantó la voz—. Admiro tu ayuno y tu ascetismo, pero tus palabras son vanas, más propias de un joven mundano, tardo y veleidoso. Aléjate, padre, te lo ordeno —tronó el padre Paísi, para concluir.

—¡Ya me voy! —contestó el padre Ferapont, que parecía algo turbado, aunque no abandonaba su ira—. ¡Vosotros sí que sois sabios! Con vuestra gran sabiduría os habéis elevado sobre mi insignificancia. Llegué a este lugar con escasa instrucción, y aquí lo poco que sabía lo olvidé: el Señor me ha preservado a mí, a este minúsculo ser, de vuestra sapiencia...

El padre Paísi estaba parado ante él, esperando con resolución. El padre Ferapont calló un momento y de pronto, con semblante triste, se llevó la mano derecha a la mejilla y, mirando el féretro del difunto stárets, dijo en tono cantarín:

—Mañana por la mañana entonarán Mi ayuda y mi amparo, un canon glorioso; en cambio, cuando yo estire la pata, solo me cantarán Qué terrenal dulzura, unos versitos de nada —dijo compungido y lacrimoso—. ¡Os habéis vuelto orgullosos y altivos! ¡Es éste un lugar desierto! —gritó de pronto, como enajenado y, con un aspaviento, rápidamente se dio la vuelta y bajó a toda prisa los peldaños del porche.

La multitud que aguardaba al pie del porche vaciló; algunos lo siguieron sin tardanza, pero otros se demoraron, porque la celda aún seguía abierta y el padre Paísi, que había salido al porche nada más marcharse el padre Ferapont, estaba allí observando. Pero el viejo furibundo aún no había dicho su última palabra: tras recorrer unos veinte pasos, se volvió de pronto hacia el sol poniente, levantó ambos brazos por encima de la cabeza y, como si alguien le hubiera segado las piernas, se desplomó con un grito ensordecedor:

—¡Mi Señor ha triunfado! ¡Cristo ha triunfado sobre el sol poniente! —clamó con furia, alzando los brazos hacia el sol y, después de caer de bruces, empezó a sollozar como un crío, sacudido por el llanto y con los brazos extendidos sobre la tierra. En ese momento, todos se abalanzaron hacia él, se oyeron exclamaciones, más sollozos... Una especie de frenesí se había apoderado de todos.

—¡He aquí al santo! ¡He aquí al justo! —se alzaron algunas voces, ya sin ningún reparo.

—¡Éste merecería ser el stárets! —añadían otros, con rencor.

—No querrá ser stárets... Seguro que lo rechaza... No va a ponerse al servicio de esa maldita innovación... No va a imitar sus tonterías —se sumaron de inmediato otras voces, y es difícil imaginar hasta dónde habría llegado aquello de no haber repicado en ese preciso momento la campana, llamando a los oficios.

Todos empezaron a santiguarse. El padre Ferapont se puso de pie y, protegiéndose con la señal de la cruz, se dirigió a su celda sin volver la cabeza, sin dejar de proferir exclamaciones, perfectamente incoherentes ya. Algunos, no demasiados, siguieron sus pasos, pero la mayoría se fue dispersando, para llegar a tiempo a los oficios. El padre Paísi le encomendó al padre Lósif que siguiera con la lectura y bajó. Los gritos exaltados de los fanáticos no habían conseguido que vacilara, pero, de pronto, el corazón se le había entristecido, presa de una angustia por algo muy especial, y él se daba cuenta. Se detuvo y se preguntó: «¿A qué obedece esta tristeza que me lleva incluso al desaliento?»; y comprendió enseguida, con sorpresa, que esa tristeza repentina provenía, al parecer, de una causa muy concreta y muy particular: resulta que, en medio de la multitud que hacía un momento se había agolpado ante la puerta de la celda, había descubierto, entre otros individuos desasosegados, a Aliosha, y recordó que, al verlo, había sentido de inmediato como una punzada en el corazón. «¿Será posible que este joven signifique ahora tanto para mí?», se preguntó, súbitamente asombrado. Justo en ese momento, Aliosha pasó por su lado, como con prisa por ir a alguna parte, aunque no al templo. Sus miradas se cruzaron. Aliosha apartó rápidamente los ojos y miró al suelo; solo por el aspecto del joven el padre Paísi comprendió que en ese preciso instante estaba experimentando un cambio colosal.

—¿Tú también te has dejado tentar? —exclamó de pronto el padre Paísi—. ¡No me digas que tú también estás con los incrédulos! —añadió con amargura.

Aliosha se detuvo y dirigió una vaga mirada al padre Paísi, pero enseguida volvió a apartar los ojos y a bajarlos al suelo. Estaba de lado, sin dar la cara a su interlocutor. El padre Paísi lo observaba con atención.

—¿Adónde vas con tanta prisa? La campana llama a los oficios —preguntó de nuevo, pero Aliosha seguía sin dar una respuesta—. ¿No será que te vas del asceterio? ¿Sin pedir permiso, sin una bendición?

De pronto Aliosha forzó una sonrisa y dirigió una mirada extraña, muy extraña, al padre que lo estaba interrogando, aquel a quien había sido confiado en el momento de su muerte por su antiguo guía, por el antiguo amo de su corazón y de su pensamiento, por su bienamado stárets; entonces, súbitamente, sin una respuesta,

hizo un gesto desdeñoso, como si no le importara en absoluto el respeto, se dirigió a buen paso al portón del asceterio y salió.

—¡Ya volverás! —susurró el padre Paísi, siguiéndolo con la mirada, amargamente sorprendido.

II. La ocasión

No se equivocaba el padre Paísi, ni mucho menos, pensando que su «querido muchacho» iba a volver, y es muy posible que penetrara (si no hasta el fondo, sí con notable perspicacia) en el auténtico sentido del estado anímico de Aliosha. De todos modos, reconozco sinceramente que ahora me costaría mucho transmitir con claridad el sentido preciso de aquel extraño y confuso momento de la vida del protagonista de mi relato, tan joven aún y a quien tengo tanto cariño. Al amargo reproche del padre Paísi, dirigido a Aliosha —«¡No me digas que tú también estás con los incrédulos!»—, podría contestar rotundamente en nombre de éste: «No, él no estaba con los incrédulos». Es más, ocurría todo lo contrario: su confusión obedecía, justamente, a su inmensa fe. Pero, de todos modos, esa confusión existió y fue tan dolorosa que incluso mucho más tarde, después de mucho tiempo, Aliosha seguiría considerando aquel triste día uno de los más aciagos y penosos de toda su vida. Si alguien me pregunta abiertamente: «¿Es posible que toda esa angustia y esa desazón surgieran solo porque el cuerpo de su stárets, en vez de producir curaciones de forma inmediata, sufrió, por el contrario, una descomposición prematura?», le responderé sin vacilar: «En efecto, así fue». Le pediría únicamente al lector que no se apresure a burlarse del puro corazón de mi joven. Por mi parte, no solo no tengo intención de pedir perdón por él ni de disculpar o justificar la ingenuidad de su fe en razón de su juventud, por ejemplo, o de sus escasos éxitos en los estudios que había cursado hasta entonces y etcétera, etcétera, sino que pienso hacer más bien lo contrario, y declaro firmemente que siento un sincero respeto por la naturaleza de su corazón. Sin duda alguna, otro joven, más cauteloso con sus impresiones íntimas, capaz ya de amar con calor, pero sin arrebatos, alguien cuyos pensamientos, aun siendo atinados, resultarían excesivamente racionales (y, por lo mismo, de escaso valor) para su edad; un joven así, digo, habría podido evitar lo que le ocurrió a mi joven; pero lo cierto es que en algunos casos es más honroso dejarse llevar por la pasión, aunque sea insensata, siempre que haya nacido de un gran amor, que resistirse a ella. Y más todavía en la juventud, pues un mozo demasiado razonable a todas horas no es muy de fiar, y es poco lo que vale: ¡así es como lo veo yo! «Pero —replicarán seguramente las personas sensatas— es imposible que todos los jóvenes compartan tales prejuicios, y su joven no es un ejemplo para nadie.» A lo cual, por mi parte, respondo: sí, mi joven creía, creía con una fe sagrada e inquebrantable, pero, con todo, no voy a pedir perdón por él.

Verán: aunque haya declarado más arriba (acaso con excesiva precipitación) que no pienso dar explicaciones ni pedir disculpas ni justificar a mi héroe, me doy cuenta de

que, de todos modos, es necesario aclarar algunas cosas para la ulterior comprensión de la historia. Quiero decir lo siguiente: no era cuestión de milagros. Su impaciencia no obedecía a una frívola espera de milagros. Aliosha no los necesitaba entonces, de ninguna manera, para el triunfo de determinadas convicciones, ni para que cierta idea previa, preconcebida, se impusiese rápidamente sobre otra; oh, no, nada de eso, en aquel asunto, por encima de todo, en primer lugar, solo tenía presente a una persona y nada más que a una persona: su amado stárets, el justo a quien había respetado hasta la veneración. Lo que ocurría era que, tanto en aquellos momentos como a lo largo del año precedente, aquel amor «a todo y a todos» que yacía oculto en el joven y puro corazón de Aliosha se concentraba en ocasiones —quizá de una manera inadecuada—, al menos por lo que respecta a los más intensos arrebatos de su corazón, con preferencia en un único ser: en su amado stárets, ahora fallecido. Ciertamente, aquel ser había representado para él durante tanto tiempo el ideal indiscutible que todas sus fuerzas juveniles y todas sus aspiraciones no podían dejar de orientarse a aquel ideal, llegando a olvidarse por momentos «de todo y de todos». (Más tarde, él mismo recordaría cómo durante aquel penoso día se olvidó por completo de su hermano Dmitri, que tantos quebraderos de cabeza y disgustos le había dado la víspera; también se olvidó de llevarle al padre de Iliúshechka los doscientos rublos, algo que, con tanto entusiasmo, se había propuesto hacer el día anterior.) Pero, insisto, no eran milagros lo que necesitaba, sino tan solo la «justicia suprema», que, a su entender, había sido quebrantada, motivo por el cual su corazón había resultado herido de forma tan cruel e inesperada. ¿Qué más da que dicha «justicia», por el curso mismo de los acontecimientos, hubiese adquirido en las esperanzas de Aliosha la forma de milagros, unos milagros que brotarían sin tardanza de los restos de quien había sido su adorado guía? En el monasterio todos pensaban y esperaban lo mismo, incluso aquellos ante cuya inteligencia se inclinaba Aliosha, como, por ejemplo, el propio padre Paísi; de ahí que Aliosha, sin inquietarse con dudas de ninguna clase, revistiera sus sueños con los mismos ropajes que los demás. Además, tales sueños se habían ido asentando en su interior desde hacía mucho, y a lo largo de aquel año de estancia en el monasterio su corazón se había habituado a esperarlos. Pero era de justicia de lo que tenía sed, ¡de justicia, no solo de milagros! ¡Y he aquí que aquel que debería, de acuerdo con sus esperanzas, haber sido exaltado por encima de todos los hombres de la tierra, en lugar de alcanzar la gloria que le correspondía, había sido derribado y deshonorado! ¿Por qué? ¿Quién lo había condenado? ¿Quién había podido juzgarlo? Esas preguntas atormentaron desde el primer momento su corazón, virginal e inexperto. No podía soportar, sin sentirse ofendido, sin experimentar una profunda rabia, que el más justo entre los justos hubiera sido sometido a la mofa insolente y rencorosa de una muchedumbre tan frívola y tan inferior a él. Podía no haber habido ningún milagro, podía no haberse producido

ningún hecho milagroso, podía no haber ocurrido lo que se esperaba como algo inminente; pero ¿cómo explicarse aquella ignominia? ¿Por qué se había permitido aquella afrenta? ¿A qué se había debido aquella descomposición prematura, que «se había adelantado a la naturaleza», como decían los monjes airados? ¿Qué sentido tenía aquella «admonición», que éstos, junto con el padre Ferapont, sacaban ahora a relucir con tal solemnidad? Y ¿por qué se creían con derecho a actuar así? ¿Dónde estaban, pues, la providencia y el dedo de Dios? ¿Por qué que no lo había mostrado —a juicio de Aliosha— «en una ocasión como aquélla», como si Él mismo hubiera deseado someterse a las leyes de la naturaleza, ciegas, mudas e implacables?

Por esa razón brotaba sangre del corazón de Aliosha y, naturalmente, como ya he dicho, lo primero para él era aquella persona a la que amaba más que nada en el mundo, ¡y esa persona había sido «cubierta de ignominia», había sido «difamada»! Admitamos que la queja de mi joven fuera ligera e insensata; en cualquier caso, y lo repito por tercera vez (y concedo de antemano que también es posible que proceda, al hacerlo, con cierta ligereza), me alegro de que mi joven no fuera demasiado razonable en un momento como ése: ya tendrá tiempo, si no es un necio, de mostrarse razonable; en cambio, si en un momento tan excepcional resulta que no hay amor en el corazón de un joven, ¿cuándo va a haberlo? De todos modos, no quiero omitir a este respecto un extraño fenómeno, aunque muy pasajero, que se produjo en la mente de Aliosha en aquel momento tan fatídico y desconcertante para él. Este nuevo algo que afloró para desaparecer al instante consistía en una huella angustiada de la conversación que había tenido la víspera con su hermano Iván, conversación que en aquellos momentos Aliosha recordaba una y otra vez. Precisamente en aquellos momentos. Oh, no es que ninguna de sus creencias básicas, elementales, por así decir, se hubiera tambaleado en su alma. Amaba a su Dios y tenía en Él una fe inquebrantable, aunque, de pronto, hubiera murmurado contra Él. Pero, con todo, cierta impresión borrosa, aunque atormentada y maligna, de los recuerdos de la conversación del día anterior con su hermano Iván de pronto había vuelto a removerse en su alma e insistía, cada vez con más ahínco, en salir a la superficie.

Caía la tarde cuando Rakitin, yendo del asceterio al monasterio a través del pinar, vio de pronto a Aliosha tendido al pie de un árbol, boca abajo e inmóvil, como si estuviera durmiendo. Se acercó y lo llamó.

—¿Qué haces tú aquí, Alekséi? ¿Es posible que...? —empezó a preguntar, sorprendido, pero dejó la frase a medias. Lo que había querido decir era: «¿Es posible que hayas llegado a esos extremos?». Aliosha no se dignó mirarlo, pero, por el movimiento que hizo, Rakitin comprendió que le oía y comprendía—. ¿Qué te pasa? —siguió diciendo, aún sorprendido, aunque en su rostro, cada vez más burlón, el asombro empezaba ya a ceder el paso a la sonrisa—. Escucha, llevo más de dos horas

buscándote. De repente, se te había tragado la tierra. Pero ¿qué haces aquí? ¿Qué locura es ésta? Mírame, por lo menos...

Aliosha levantó la cabeza, se sentó y apoyó la espalda en el árbol. No lloraba, pero su rostro reflejaba dolor y se apreciaba irritación en su mirada. De todos modos, no miraba a Rakitin, sino un punto impreciso, hacia un lado.

—¿Sabes? —insistió Rakitin—. Te ha cambiado por completo la cara. No queda nada de tu famosa mansedumbre de antes. ¿No te habrás enfadado con alguien? ¿Te han ofendido?

—¡Déjame en paz! —exclamó bruscamente Aliosha, que seguía sin mirar a Rakitin, haciendo a la vez un gesto de cansancio.

—¡Vaya! ¡Conque ésas tenemos! Te has puesto a gritar, como el más común de los mortales. ¡El que pasaba por un ángel! Bueno, Aliosha, me has dejado de piedra, ¿sabes? Te lo digo con toda sinceridad. Hacía ya tiempo que aquí nada me sorprendía tanto. Y yo que te tenía por una persona educada... —Aliosha, finalmente, le dirigió la mirada, pero era una mirada un tanto distraída, como si no acabara de entender lo que le estaba diciendo—. Y ¿todo esto porque tu viejo apesta? ¿No creerías en serio que iba a ponerse a hacer milagros sin ton ni son? —exclamó Rakitin, presa otra vez del más sincero desconcierto.

—He creído, creo, y quiero creer, y voy a creer, ¿qué más necesitas? —gritó Aliosha con irritación.

—Nada de nada, querido. ¡Uf, qué diablos! Estas cosas no se las cree ahora ni un colegial de trece años. Aunque, por mí... Total, que te has enfadado con tu Dios, te has sublevado: es como si no hubieran respetado el escalafón y no te hubieran concedido una medalla con ocasión de una fiesta. ¡Ay, cómo sois!

Aliosha miró largamente a Rakitin, entrecerrando los ojos, y algo brilló de pronto en su mirada... Pero no estaba irritado con Rakitin.

—Yo no me sublevo contra mi Dios, lo que pasa es que «no acepto su mundo» —dijo, forzando una sonrisa.

—¿Qué es eso de que no aceptas el mundo? —Rakitin dedicó unos segundos a meditar la respuesta de Aliosha—. ¿Qué galimatías es ése? —Aliosha no respondió—. Bueno, basta ya de simplezas; al grano: ¿has comido hoy?

—No me acuerdo... Creo que sí.

—A juzgar por tu cara, necesitas reponer fuerzas. Da pena verte. Por lo que he oído, no has dormido en toda la noche, tuvisteis una reunión. Y después, con todo este trajín... Seguro que no has tomado más que un trocito de antídoron. Llevo un poco de salchichón en el bolsillo, lo cogí hace un rato al salir de la ciudad, por si acaso, aunque no creo que quieras...

—Venga ese salchichón.

—¡Caray! ¡Lo que hay que ver! ¡Toda una rebelión, con barricadas! Bueno, hermano, no es nada despreciable. Ven conmigo... Yo ahora me tomaría una copita de vodka, estoy muerto de cansancio. Me imagino que con el vodka no te atreverás... ¿O vas a beber?

—Venga un poco de vodka.

—¡Casi nada! ¡Es asombroso, hermano! —Rakitin lo miraba perplejo—. Bueno, en cualquier caso, lo mismo el vodka que el salchichón son cosa fina, algo estupendo que no hay que dejar escapar. ¡Venga! —Aliosha se levantó sin decir nada y siguió a Rakitin—. ¡Anda, que como viera esto tu hermano Vánechka, se quedaba de piedra! Por cierto, tu querido Iván Fiódorovich se ha largado esta mañana a Moscú, ¿lo sabías?

—Sí, ya lo sabía —respondió Aliosha en tono indiferente, y de pronto le vino fugazmente a la cabeza la imagen de su hermano Dmitri, aunque fue solo un momento; y, a pesar de que aquella imagen le recordó algo, algún asunto urgente que no podía aplazarse ni un minuto más, algún deber, alguna obligación terrible, tampoco ese recuerdo produjo en él mayor impresión, no le llegó al corazón; en un instante, voló de su memoria y quedó olvidado. Pero mucho más tarde Aliosha aún lo recordaría.

—Tu hermanito Vánechka dijo una vez que yo soy un «zopenco liberal, sin el menor talento». Y tú mismo una vez no te pudiste contener y me diste a entender que «no soy honrado»... ¡Muy bien! Vamos a ver ahora qué hay de vuestro talento y de vuestra honradez. —Rakitin acabó esta frase en un susurro, solo ya para sí—. ¡Uf, escucha! —prosiguió, de nuevo en voz alta—. Vamos a alejarnos del monasterio, podemos ir por este sendero derechos a la ciudad... Hum. De paso, necesito acercarme un momento a casa de la Jojlakova. Figúrate: le he escrito contándole todo lo ocurrido y, date cuenta, me contesta enseguida, en una notita escrita a lápiz (a esta señora le encanta escribir notitas), que nunca se habría esperado «de un stárets tan venerable como el padre Zosima, semejante conducta». Eso decía, ni más ni menos: ¡«conducta»! Así que ella también se ha enfadado; ¡ay, cómo sois! ¡Alto! —volvió a gritar, inesperadamente; de pronto, se detuvo y también detuvo a Aliosha, sujetándolo de un hombro—. ¿Sabes, Alioshka? —Le dirigió a los ojos una mirada inquisitiva, bajo la impresión de una nueva idea que se le había ocurrido de repente, y, aunque por fuera se estaba riendo, no se atrevía, por lo visto, a expresar en voz alta esa nueva ocurrencia: hasta tal punto no acababa de fiarse de aquel estado de ánimo de Aliosha, asombroso y totalmente inesperado—. Alioshka, ¿sabes adónde podemos ir ahora, mejor que a ningún otro sitio? —dijo al fin tímidamente, en tono adulator.

—Me da igual... A donde quieras.

—¿Y si vamos a casa de Grúshenka, eh? ¿Vendrías? —soltó finalmente Rakitin, temblando por su tímida ansiedad.

—Vamos a casa de Grúshenka —contestó impasible Aliosha, sin pensárselo dos veces, y esa conformidad tan inmediata y serena dejó tan sorprendido a Rakitin que a punto estuvo de retroceder de un salto.

—¡Sí, sí!... ¡Claro! —gritó desconcertado, pero de pronto, agarrando con fuerza a Aliosha del brazo, lo condujo por el sendero, con un miedo atroz a que aún fuera a echarse atrás. Marchaban en silencio; Rakitin no se atrevía a decir nada—. Qué contenta se va a poner, qué contenta —balbuceó, pero volvió a callarse. Además, no era en absoluto para alegrar a Grúshenka por lo que llevaba a Aliosha a verla; él era un hombre serio y no hacía nada si no era con el propósito de sacar algún provecho. En esta ocasión, tenía un doble objetivo: en primer lugar, la venganza, o sea, asistir al «oprobio del justo» y a la previsible «caída» de Aliosha, pasando «de santo a pecador», algo con lo que ya se estaba deleitando de antemano; en segundo lugar, perseguía un importante beneficio material, algo de lo que ya se hablará más adelante.

«Parece que se ha presentado la ocasión —pensaba con maliciosa alegría—; hay que agarrarla como sea del pescuezo, la ocasión, me refiero, porque es de lo más propicia.»

III. La cebolla

Grúshenka vivía en el barrio más populoso de la ciudad, cerca de la plaza de la Catedral, en casa de la viuda del comerciante Morózov, donde tenía alquilado un pequeño pabellón de madera en el patio. La casa de la Morózova era grande, de piedra, de dos plantas, vieja y muy poco atractiva; en ella vivía retirada la propietaria, una mujer muy mayor, con dos sobrinas, dos solteras también entradas en años. No tenía ninguna necesidad de alquilar el pabellón del patio, y todo el mundo sabía que si había admitido a Grúshenka (hacía ya unos cuatro años) había sido únicamente para dar satisfacción a un pariente suyo, el mercader Samsónov, protector declarado de Grúshenka. Se decía que aquel celoso anciano, al instalar a su «favorita» en casa de Morózova, contaba en un principio con la penetrante mirada de la vieja para que vigilase la conducta de la nueva inquilina. Pero muy pronto su penetrante mirada resultó innecesaria, Morózova acabó viendo muy de tarde en tarde a Grúshenka y al final dejó de importunarla con su vigilancia. El caso es que ya habían transcurrido cuatro años desde que el viejo había llevado a esa casa a la joven de dieciocho años, tímida, retraída, finita, delgada y triste, procedente de la capital de la provincia, y había llovido mucho desde entonces. De todos modos, lo poco que se sabía en nuestra ciudad de la biografía de aquella muchacha era bastante confuso: tampoco se había averiguado mucho más en los últimos tiempos, cuando eran ya muchos los que empezaban a interesarse por aquella «beldad» en que se había convertido en esos cuatro años Agrafiona Aleksándrovna. Únicamente se rumoreaba que, con solo diecisiete años, la muchacha había sido engañada por un oficial, al parecer, el cual no había tardado en abandonarla. Dicho oficial se había trasladado a otra ciudad y después se había casado, y Grúshenka se había quedado deshonrada y en la miseria. Contaban, por otra parte, que, si bien es cierto que Grúshenka estaba en la miseria cuando se hizo cargo de ella el viejo, la joven procedía de una familia honorable y pertenecía, en cierto sentido, al estamento clerical, pues era hija de un diácono supernumerario o algo por el estilo. El caso es que en cuatro años la huerfanita sensible, humillada y digna de lástima se había convertido en una belleza rusa, metida en carnes, así como en una mujer lanzada y decidida, orgullosa y descarada, ducha en cuestiones de dinero, acaparadora, avariciosa y precavida, que había sabido, por las buenas o por las malas, como decían de ella, amasar un pequeño capital. Todos estaban convencidos de una cosa: que era difícil acceder a Grúshenka y que, aparte del viejo, su protector, no había habido un solo hombre en esos cuatro años que pudiera jactarse de haber gozado de sus favores. Ése era un hecho incontrovertible,

pues no eran pocos, sobre todo en los últimos dos años, los pretendientes que habían aparecido con la intención de obtener esos favores. Pero todos los intentos habían resultado baldíos, y algunos de esos aspirantes se habían visto obligados a retirarse después de un desenlace chusco y humillante, por culpa de la resistencia tenaz e irónica de aquella joven tan temperamental. Se sabía, además, que la muchacha, especialmente en el último año, se dedicaba a «trapichear», y había demostrado un talento excepcional en ese terreno, de modo que al final muchos la tenían por una verdadera judía. No es que fuera propiamente una usurera, pero sí se sabía, por ejemplo, que se había dedicado por un tiempo, en compañía de Fiódor Pávlovich, a la compra de letras de cambio a muy bajo precio, a razón de un grívennik por rublo, y que después sacaba por algunas de esas letras un rublo por grívennik. Samsónov, un enfermo que desde hacía un año no podía ni moverse de lo mucho que se le habían hinchado las piernas, un viudo que tiranizaba a sus hijos ya mayores, un individuo cuya fortuna se contaba por centenares de miles de rublos, un hombre tacaño e implacable, había caído, a pesar de todo, bajo el poderoso influjo de su protégée, a la que inicialmente había tratado de mala manera, atándola corto, teniéndola «a pan y agua», como decían entonces algunos bromistas. Pero Grúshenka, a pesar de los pesares, había acertado a emanciparse, inspirándole una confianza ilimitada en lo tocante a la fidelidad que le guardaba. Aquel anciano, gran negociante (hace ya tiempo que ha muerto), tenía también un carácter muy notable; en particular, era avaro y duro como el pedernal y, aunque Grúshenka le hubiera causado una impresión tal que él ya no era capaz de vivir sin ella (así ocurrió, digamos, en los dos últimos años), lo cierto es que no le dejó ninguna suma importante, significativa, y nunca habría cedido en ese terreno por mucho que ella amenazara con abandonarlo. A cambio, le hizo una pequeña donación, y, cuando se supo, todo el mundo se quedó sorprendido. «Tú eres una mujer con mucha vista —le dijo, al donarle unos ocho mil rublos—; maneja este dinero como mejor te parezca, pero quiero que sepas que, aparte de la cantidad anual que ya te venía dando, no vas a recibir nada más de mí hasta el día de mi muerte, y tampoco voy a dejarte nada en mi testamento.» Y cumplió su palabra: a su muerte legó todo a sus hijos, a los que siempre había tenido a su lado, con sus respectivas familias, como si formaran parte de la servidumbre; a Grúshenka el testamento ni la mencionaba. Todo eso se supo después. También ayudó a Grúshenka con sus consejos, diciéndole cómo podía sacar partido a «su propio capital», y le sugirió algunos «negocios». Cuando Fiódor Pávlovich Karamázov, que en un principio había trabado relación con Grúshenka con motivo de uno de tantos «trapicheos», acabó, para su enorme sorpresa, enamorándose de ella hasta perder el seso, el viejo Samsónov, que ya tenía un pie en la tumba, se rió de muy buena gana. Resulta admirable que Grúshenka, en todo el tiempo que duraron sus relaciones, fuera completa y hasta cordialmente sincera con su viejo, y aparentemente con nadie más en

el mundo. Más recientemente, cuando también apareció de pronto Dmitri Fiódorovich con su amor, el viejo dejó de reírse. Al contrario, un día recomendó a Grúshenka, hablando en tono muy serio y severo: «Si se trata de elegir a uno de los dos, al padre o al hijo, elige al viejo, pero con la condición de que ese canalla se case contigo a toda costa, y de que previamente ponga a tu nombre algún capital, como mínimo. Pero no tengas líos con el capitán, no te conviene». Eso fue lo que le dijo a Grúshenka el viejo lascivo, que entonces ya presentía su próxima muerte y que, de hecho, murió cinco meses después de darle estos consejos. Señalaré, de paso, que, aunque en nuestra ciudad eran muchos los que sabían de la insensata y monstruosa rivalidad de los Karamázov, padre e hijo, en torno a Grúshenka, casi nadie entendía el verdadero sentido de la relación de la muchacha con ambos, con el padre y con el hijo. Incluso las dos criadas de Grúshenka (después de que se produjera la catástrofe de la que se hablará más adelante) declararon en su momento ante el tribunal que a Dmitri Fiódorovich lo recibía Agrafiona Aleksándrovna únicamente por miedo, dado que, al parecer, «la había amenazado de muerte». De esas dos criadas, una, la cocinera, que ya había estado al servicio de la familia de Grúshenka, era una anciana enferma y casi sorda; la otra, su nieta, era una jovencita muy despierta, de unos veinte años, y le servía de doncella. Grúshenka vivía muy modestamente, sin ningún lujo. El pabellón constaba únicamente de tres habitaciones, amuebladas por la dueña de la casa con muebles viejos, de los que se estilaban allá por los años veinte. Cuando llegaron Rakitin y Aliosha, ya había caído la noche, pero las luces de los cuartos no estaban aún encendidas. Grúshenka estaba en la salita, echada en su diván, grande y feo, con respaldo de imitación de caoba, duro y tapizado de cuero, gastado y hasta agujereado hacía tiempo. Su cabeza reposaba en dos almohadas blancas de plumón, traídas de su cama. Estaba tumbada boca arriba, estirada e inmóvil, con las dos manos debajo de la cabeza. Vestía como si estuviera esperando una visita, con un vestido negro de seda y una cofia ligera de encaje que le sentaba muy bien; llevaba echado sobre los hombros un chal, también de encaje, sujeto con un macizo broche dorado. Precisamente, estaba esperando a alguien, angustiada e impaciente, algo pálida, con labios y ojos febriles; estaba dando unas pataditas nerviosas con la punta del pie derecho en el brazo del diván. En cuanto aparecieron Rakitin y Aliosha, se produjo una pequeña conmoción: desde el vestíbulo pudo oírse cómo Grúshenka se levantaba de un salto del diván y preguntaba asustada: «¿Quién anda ahí?». Pero la muchacha ya había recibido a los recién llegados, y fue ella quien respondió a la señora:

—No es él, son otros; no pasa nada.

—¿Qué le pasará? —musitó Rakitin, llevando del brazo a Aliosha hasta la salita. Grúshenka estaba de pie al lado del diván; todavía parecía asustada. Un grueso mechón de su trenza castaña se le escapó de pronto por debajo de la cofia y le cayó

sobre el hombro derecho, pero ella no se dio cuenta y solo se lo recogió una vez que ya había examinado a los visitantes y los había reconocido.

—Ah, ¿eres tú, Rakitka? Menudo susto me has dado. ¿Con quién vienes? ¿Quién es este que te acompaña? ¡Dios mío, a quién me traes! —exclamó, viendo que se trataba de Aliosha.

—Pero ¡haz que traigan velas! —dijo Rakitin con aire desenvuelto, como de persona habitual en la casa, con derecho incluso a dar órdenes.

—Velas... sí, claro, velas... Fenia, búscale una vela... ¡Caramba, en buen momento me lo traes! —exclamó otra vez, señalando con la cabeza a Aliosha, y, volviéndose hacia el espejo, se puso rápidamente a arreglarse la trenza con las dos manos. No parecía muy contenta.

—¿Qué pasa? ¿No he atinado? —preguntó Rakitin, sintiéndose al instante poco menos que ofendido.

—Me has asustado, Rakitka, eso es lo que pasa. —Grúshenka se volvió hacia Aliosha con una sonrisa—. No me tengas miedo, Aliosha, querido, no sabes lo que me alegra verte, mi inesperado huésped. Pero tú, Rakitka, me has asustado: creía que era Mitia, que se había propuesto entrar por las bravas. Verás, es que hace un rato le he mentido; le he pedido que me diera su palabra de honor de que me creía, pero le he mentido. Le he dicho que me iba a pasar la tarde a casa de mi viejo, de Kuzmá Kuzmich, y que estaría con él, contando dinero, hasta la noche. Todas las semanas dedico una tarde entera a repasar con él las cuentas. Echamos el cerrojo y, mientras él maneja el ábaco, yo voy anotando en los libros; no se fía de nadie más que de mí. Total, que Mitia se ha creído que yo estaba allí, pero yo estaba aquí encerrada; estoy esperando una noticia. ¡No me explico cómo os ha dejado pasar Fenia! ¡Fenia, Fenia! Acércate corriendo al portalón, abre y echa un vistazo, no vaya a andar por ahí el capitán. Igual está escondido, vigilando. ¡Estoy muerta de miedo!

—No hay nadie, Agrafiona Aleksándrovna, acabo de mirar por todas partes; cada dos por tres me acerco a mirar por la rendija, yo también estoy temblando.

—¿Has cerrado los postigos, Fenia? También convendría correr las cortinas... ¡ya está! —La propia Grúshenka corrió las gruesas cortinas—. No sea que vea la luz. Hoy, Aliosha, tu hermano Mitia me da miedo. —Grúshenka hablaba muy alto y, a pesar de su estado de alarma, parecía casi entusiasmada.

—¿Por qué hoy Mítenka te da miedo? —preguntó Rakitin—. Normalmente no se lo tienes, él siempre baila al son que tú le tocas.

—Ya te he dicho que estoy esperando una noticia, una noticia que vale más que el oro, así que es mucho mejor que Mítenka no ande ahora por aquí. Pero me da la impresión de que no se lo ha tragado cuando le he dicho que iba a quedarme con Kuzmá Kuzmich. Seguro que ahora está en casa de Fiódor Pávlovich, en el huerto trasero, pendiente de si me acerco o no me acerco por allí. Claro que, si está allí, eso

quiere decir que por aquí no va a venir, ¡tanto mejor! El caso es que sí he ido a casa de Kuzmá Kuzmich; de hecho, Mitia me ha acompañado hasta allí; le he dicho que pensaba quedarme hasta la medianoche, y que a esa hora fuera a buscarme sin falta, para acompañarme de vuelta a casa. Nada más irse, a los diez minutos, me he venido otra vez para casa; estaba asustada, así que he venido corriendo, no me lo fuera a encontrar.

—Y ¿adónde pensabas ir, tan emperifollada? ¡Qué cofia más curiosa llevas!

—¡Tú sí que eres curioso, Rakitin! Ya te he dicho que estoy esperando una noticia. En cuanto llegue, me iré volando, y si te he visto no me acuerdo. Por eso me he puesto mis mejores galas, para estar lista.

—Y ¿adónde piensas ir con tanta prisa?

—Demasiado quieres saber, pronto vas a hacerte viejo.

—Caramba. Sí que estás contenta... Nunca te había visto así. Ni que fueras a un baile... —Rakitin no se cansaba de mirarla.

—Mucho sabrás tú de bailes.

—¿Y tú?

—Una vez asistí a un baile. Hace tres años, cuando Kuzmá Kuzmich casó a un hijo suyo, yo estuve mirando desde la galería. Pero ¡qué hago yo hablando contigo, Rakitka, teniendo aquí a semejante príncipe! ¡Éste sí que es un invitado! Aliosha, querido, te miro y no doy crédito. ¡Ay, Señor! ¿Cómo es que has venido a mi casa? La verdad es que no te esperaba; jamás lo habría pensado y nunca habría creído que fueras a venir. Aunque no sea éste el mejor momento, ¡no sabes lo contenta que estoy! Siéntate en el diván; mira, aquí mismo... eso es, ¡eres un sol! La verdad, aún no me hago a la idea... ¡Ay, Rakitka, ya podías haberlo traído ayer o anteayer!... Bueno, aun así estoy contenta. Igual es mejor que sea ahora, en un momento como éste, y no anteayer...

Sin pensárselo dos veces, se sentó en el diván cerca de Aliosha, muy pegada a él, y lo miró con evidente fascinación. Estaba contenta de verdad, no había mentido al afirmarlo. Sus ojos ardían, sus labios reían, pero con una risa franca, alegre. Aliosha no se esperaba una expresión tan bondadosa en su rostro... Hasta el día anterior, la había visto en contadas ocasiones y se había formado un concepto horrible de ella, y la misma víspera se había quedado terriblemente impresionado con la jugada perversa y alevosa que le había preparado a Katerina Ivánovna; por eso, le sorprendía mucho ver en ella a un ser totalmente distinto e inesperado. Y, a pesar de que estaba abrumado por su propio dolor, no podía evitar que sus ojos se posaran en ella y la examinaran con atención. Las maneras de Grúshenka también parecían haber cambiado mucho, y a mejor, desde la víspera: casi no había ni rastro de aquella entonación acaramelada, de aquellos movimientos lánguidos y afectados... Todo era sencillo y natural, sus movimientos resultaban rápidos, simples, confiados, a pesar de toda su excitación.

—Señor, hay que ver cuántas cosas están pasando hoy, la verdad —balbuceó otra vez—. Yo misma no entiendo por qué me alegra tanto verte, Aliosha. Pregúntamelo si quieres, que no sabré que contestarte.

—¿Así que no sabes por qué te alegras? —dijo Rakitin con una sonrisa—. Por algo me habrás insistido tantas veces: anda, tráemelo, tráemelo; algún propósito tendrías.

—Yo antes tenía otro propósito, pero ahora eso ya ha pasado, no es el mejor momento. Voy a ofreceros algo, será lo mejor. Me he vuelto más amable, Rakitka. Pero siéntate tú también, ¿qué haces ahí de pie? Ah, ¿que ya te sientas? No hay miedo de que Rakítushka se olvide de sí mismo. Ahí lo tenemos ahora, Aliosha, sentado justo enfrente y sintiéndose ofendido porque no lo he invitado a sentarse antes que a ti. ¡Ay, qué susceptible es mi Rakitka, qué susceptible! —Grúshenka se echó a reír—. No te enfades, Rakitka, ahora soy buena. Pero ¿por qué estás tan triste, Alióshechka? ¿Es que me tienes miedo? —Con una sonrisa burlona, lo miró a los ojos.

—Está muy apenado. No le han otorgado un ascenso —dijo Rakitin con voz profunda.

—¿Qué ascenso?

—Su stárets ha empezado a apestar.

—¿Cómo que a apestar? No haces más que decir idioteces; seguro que pretendes soltar alguna grosería. Cierra el pico, bobo. Aliosha, déjame que me siente en tus rodillas; mira, ¡así! —Y, de buenas a primeras, se le sentó en las rodillas de un salto, como una gatita cariñosa, rodeándole dulcemente el cuello con el brazo derecho—. ¡Verás cómo te pongo de contento, muchachito beato! Dime, ¿de verdad me dejas que me siente un rato en tus rodillas? ¿No te vas a enfadar? En cuanto me lo mandes, me levanto.

Aliosha no decía nada. No se atrevía a moverse; había oído sus palabras: «En cuanto me lo mandes, me levanto», pero no había acertado a responder, se había quedado de piedra. No se trataba, sin embargo, de lo que uno habría podido esperarse y de lo que estaría imaginándose en aquellos momentos el mismo Rakitin, sin ir más lejos, que miraba con lujuria desde su asiento. La pena inmensa de su alma ahogaba todas las sensaciones que pudieran nacer de su corazón; en esos momentos, si hubiera podido dar plena cuenta de sí mismo, él mismo habría sido consciente de que llevaba puesta la más sólida de las corazas contra toda clase de seducción, contra toda posible tentación. No obstante, pese a la confusa inconsciencia de su estado de ánimo y a la amargura que lo abrumaba, era incapaz de evitar su asombro ante aquella nueva y extraña sensación que le brotaba del pecho: aquella mujer, aquella «terrible» mujer no solo no le inspiraba el mismo terror que antes, un terror que sentía cada vez que pensaba en una mujer a poco que ésta pasara fugazmente por su alma; al contrario, aquella mujer, a la que antes había temido más que a ninguna otra y que en esos momentos estaba sentada en sus rodillas, abrazándolo, de pronto había

despertado en él una sensación completamente nueva, imprevista y peculiar: una insólita, sublime y cándida sensación de curiosidad; y todo ello sin ningún miedo, sin rastro de su antiguo terror. Eso era lo más importante, y no podía dejar de sorprenderle.

—Basta ya de bobadas —exclamó Rakitin—; más vale que nos invites a champán; me lo he ganado, ¡lo sabes de sobra!

—Tienes razón, te lo has ganado. Que sepas, Aliosha, que le prometí champán si te traía aquí. Venga ese champán, ¡os acompaño! Fenia, Fenia, saca el champán, esa botella que se dejó Mitia; venga, rápido. Aunque sea una tacaña, voy a ofreceros esa botella; no por ti, Rakitka, tú eres una seta; en cambio, ¡él es un príncipe! Y, aunque mi alma está ocupada ahora en otra cosa, voy a beber con vosotros, ¡me apetece alborotar!

—Pero ¿qué te traes entre manos? Y ¿qué noticia es ésa, si se puede saber? ¿O acaso es un secreto? —intervino de nuevo Rakitin, intrigado, intentando hacer creer, a toda costa, que no reparaba en las pullas que ella le lanzaba sin cesar.

—Bah, no es ningún secreto, ya lo sabes —dijo Grúshenka, súbitamente preocupada, volviendo la cabeza hacia Rakitin y retirándose un poco de Aliosha, si bien siguió sentada en sus rodillas, abrazándole el cuello—; va a venir el oficial, Rakitin, ¡va a venir mi oficial!

—Ya había oído yo que estaba de camino; pero ¿es posible que esté tan cerca?

—Ahora mismo está en Mókroie; desde allí ha quedado en mandarme un mensaje por la estafeta; así me lo ha escrito, hoy mismo me ha llegado su carta. Estoy esperando al mensajero.

—¡Anda! Y ¿por qué en Mókroie?

—Es largo de contar; además, ya te he dicho bastante.

—Vaya, vaya... ¿Y ahora qué pasa con Mítenka?... ¡Ayayay! ¿Él lo sabe o no lo sabe?

—¡Qué va a saber! ¡No sabe nada! Si lo supiera, me mataba. Pero ahora ya no me da miedo, no me da miedo su cuchillo. Calla, Rakitin, no me recuerdes a Dmitri Fiódorovich: me ha destrozado el corazón. En estos momentos no quiero pensar en esas cosas. En cambio, sí puedo pensar en Alióshechka, estoy aquí mirando a Alióshechka... Sonríeme, tesoro, alégrate; sonrío viendo mi estupidez, sonrío viendo mi alegría... Pero ¡sí ha sonreído, ha sonreído! ¡Qué mirada tan tierna! ¿Sabes, Aliosha? Creía que estabas enfadado conmigo por lo de anteayer, por lo que pasó con la señorita aquella. Me porté como una perra, la verdad... Pero, a pesar de todo, no estuvo mal que pasara lo que pasó. Tuvo su lado bueno y su lado malo. —Grúshenka, de pronto, sonrió pensativa, y una pequeña línea de crueldad se dibujó por un instante en su sonrisa—. Mitia me ha contado cómo gritaba: «¡Se merece unos azotes!». Tuvo que sentirse muy ofendida. Me había llamado, quería triunfar sobre mí, engatusarme

con su chocolate... Pues sí, no estuvo mal que pasara aquello. —Volvió a sonreír—. Pero me sigue preocupando que te hayas podido enfadar...

—Y tanto —terció de pronto Rakitin, realmente sorprendido—. Te tiene auténtico miedo, Aliosha; ya ves, a un pardillo como tú.

—Eso de que es un pardillo lo dirás tú, Rakitka... porque no tienes conciencia, ¡eso es lo que pasa! Yo, mira, lo quiero con toda mi alma, ¡ya lo ves! ¿Me crees, Aliosha, si te digo que te quiero con toda mi alma?

—¡Ay, desvergonzada! ¡Se te está declarando, Alekséi!

—¿Por qué no? Si lo quiero...

—¿Y el oficial? ¿Y esa noticia que vale más que el oro?

—Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.

—¡Vaya una salida! Mujer tenías que ser.

—No me sulfures, Rakitka —replicó Grúshenka, enardecida—. Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. A Aliosha lo quiero de otro modo. Es verdad, Aliosha, yo tenía malas intenciones contigo. Y es que soy una mujer mezquina, y no reparo en nada; pero en ciertos momentos, Aliosha, te miro y es como si viera mi conciencia. No hago más que pensar: «Un hombre como él tiene que despreciar a una mujer tan malvada como yo». Eso mismo pensaba anteayer, cuando venía corriendo de casa de aquella señorita. Hace tiempo que me he fijado en ti, Aliosha, y Mitia lo sabe, se lo he comentado. Y Mitia lo comprende. Lo creas o no, Aliosha, lo cierto es que cuando te miro siento vergüenza, vergüenza de mí misma... No sé, no recuerdo cómo ni cuándo empecé a pensar en ti...

Entró Fenia y puso una bandeja sobre la mesa, con una botella descorchada y tres copas llenas.

—¡Aquí está el champán! —exclamó Rakitin—. Estás excitada, Agrafiona Aleksándrovna, estás fuera de ti. En cuanto te bebas esa copa, te pondrás a bailar. Vaya, vaya, otra cosa que no saben hacer bien —añadió, fijándose en el champán—. Lo ha servido la vieja en la cocina, y traen la botella descorchada, y encima caliente. Bueno, qué se le va a hacer. —Se acercó a la mesa, cogió una copa, se la bebió de un trago y se sirvió otra—. No todos los días tiene uno ocasión de tomar champán —comentó relamiéndose—; venga, Aliosha, toma tu copa, demuestra quién eres. ¿Por qué brindamos? ¿Por las puertas del paraíso? Toma una copa, Grusha, bebe tú también por las puertas del paraíso.

—¿Qué es eso de las puertas del paraíso?

Grúshenka tomó una copa. Aliosha cogió la suya, bebió un sorbito y volvió a dejarla.

—¡No, mejor no! —Sonrió con dulzura.

—¡Y tú que presumías! —exclamó Rakitin.

—En ese caso, yo tampoco bebo —terció Grúshenka—; además, no me apetece. Bébete tú toda la botella, Rakitka. Si bebe Aliosha, entonces beberé también yo.

—¡Ya empezamos con las sensiblerías! —se burló Rakitin—. Ahí la tienes, ¡sentada en sus rodillas! De acuerdo, él está triste; pero tú, ¿qué tienes tú? Él se ha rebelado contra su Dios, estaba dispuesto a comer salchichón...

—Y ¿qué es lo que ha pasado?

—Hoy ha muerto su stárets, el stárets Zosima, el santo.

—¡Que ha muerto el stárets Zosima! —exclamó Grúshenka—. ¡Señor, y yo sin saberlo! —Se persignó con devoción—. ¡Ay, Señor, pero qué estoy haciendo, sentada en sus rodillas! —exclamó de pronto, como asustada; al instante, de un salto, se sentó en el diván. Aliosha la miró largamente, con asombro, y algo pareció iluminarse en su rostro.

—Rakitin —dijo de pronto con voz alta y firme—, no te burles de mí, diciendo que me he rebelado contra mi Dios. No quiero encolerizarme contigo, por eso te pido que tú también seas más amable. Yo he perdido un tesoro como tú no has tenido en la vida, y ahora no puedes juzgarme. Más vale que te fijes en ella: ¿has visto cómo me ha compadecido? He venido aquí pensando que encontraría un alma envilecida; eso era precisamente lo que me atraía, porque yo mismo me sentía abyecto y ruin; pero resulta que he encontrado un tesoro: un alma capaz de amar... Ahora mismo se ha apiadado de mí... Agrafiona Aleksándrovna, estoy hablando de ti. Has hecho que mi alma vuelva a su ser.

A Aliosha le temblaban los labios y le costaba respirar. Se calló.

—¡Ni que te hubiera salvado! —Rakitin soltó una risa maliciosa—. Pues tenía intención de comerte de un bocado, ¿no lo sabes?

—¡Basta, Rakitka! —saltó súbitamente Grúshenka—; callaos los dos. Ahora hablo yo: tú, Aliosha, calla, porque me da vergüenza oírte; y es que yo soy mala, no tengo nada de buena: así son las cosas. Y tú, Rakitka, cállate, porque estás mintiendo. Es verdad que yo tenía la infame intención de comérmelo de un bocado, pero eso ha dejado de ser verdad, ahora estás mintiendo... ¡No quiero volver a oírte una palabra, Rakitka! —Grúshenka dijo todo esto en un estado de extrema agitación.

—¡Míralos a los dos! ¡Hechos una furia! —siseó Rakitin, mirándolos sorprendido—. ¡Parecen dos locos! ¡Ni que estuviéramos en un manicomio! Se han enternecido tanto que en cualquier momento se van a echar a llorar.

—¡Voy a echarme a llorar! ¡Claro que voy a echarme a llorar! —decía Grúshenka—. Me ha llamado hermana, ¡jamás lo olvidaré! Y otra cosa, Rakitka: puede que sea mala, pero, mira, una vez di una cebolla.

—¿Una cebolla? ¡Uf, qué demonios! ¡Sí que han perdido el juicio!

Rakitin estaba sorprendido de su exaltación, y se sentía ofendido e irritado, aunque tendría que haber entendido que en ellos dos había venido a coincidir, como ocurre

pocas veces en la vida, todo lo que era capaz de conmoverlos. El caso es que Rakitin, que tenía una enorme sensibilidad para comprender todo lo que le afectaba a él personalmente, era muy tosco a la hora de apreciar los sentimientos y las sensaciones del prójimo: en parte, por su inexperiencia juvenil; en parte, por su profundo egoísmo.

—Mira, Alióshechka —Grúshenka, dirigiéndose a él, se echó a reír nerviosamente— ; he presumido ante Rakitka de haber dado una vez una cebolla; a ti, en cambio, no te lo cuento por presumir. No es más que una fábula, aunque una fábula preciosa; cuando era niña, se la oí contar a mi Matriona, la que ahora trabaja en casa de cocinera. Dice más o menos así. Érase una vez una mujer muy mala, mala requetemala, y un día se murió. Y no dejó detrás de sí ninguna buena acción. La agarraron los demonios y la arrojaron al lago de fuego. Pero su ángel de la guarda empezó a darle vueltas: «¿Qué buena acción suya —se preguntaba— podría recordarle yo a Dios?». Hizo memoria, y al fin le dijo a Dios: «Una vez cogió una cebolla del huerto y se la dio a una mendiga». Y Dios le responde: «Coge tú esa misma cebolla —le dice—, acércasela hasta el lago y que se agarre de ella; si consigues sacarla del lago tirando de la cebolla, la mujer irá al paraíso, pero si la cebolla se rompe, que se quede donde está». Va corriendo el ángel a donde está la mujer, le alarga la cebolla y le dice: «Toma, mujer, agárrate bien, que ya tiro yo». Y empezó a tirar con mucho cuidado, y ya casi la había sacado del todo, cuando otros pecadores que había en el lago, viendo que la estaban sacando, empezaron a agarrarse a ella para que los sacaran también a ellos a la vez. Pero aquella mujer, que era malísima, mala requetemala, empezó a quitárselos de encima a patadas: «Me están sacando a mí, no a vosotros; la cebolla es mía, no es vuestra». Fue decir estas palabras, y la cebolla se rompió. Y la mujer cayó en el lago, y allí sigue ardiendo hasta el día de hoy. Y el ángel se echó a llorar y se marchó. Así es la fábula, Aliosha, me la sé de memoria, porque yo soy esa mala mujer. A Rakitka le he dicho, para presumir, que una vez di una cebolla, pero a ti te lo diré de otro modo: en toda mi vida solo he dado una cebolla, ésa ha sido mi única buena acción. Así que, sabiéndolo, no me alabes, Aliosha, ni digas que soy buena: soy mala, mala requetemala, y si me alabas haces que me avergüence. Ay, voy a confesártelo todo. Escucha, Aliosha: tenía tantas ganas de que vinieras a esta casa, y le había insistido tanto a Rakitka que le había prometido veinticinco rublos si te traía. ¡Espera un momento, Rakitka! —Se acercó rápidamente a la mesa, abrió un cajón, cogió el monedero y sacó un billete de veinticinco rublos.

—¡Qué disparate! ¡Qué disparate! —exclamó Rakitin, perplejo.

—Cógelos, Rakitka, te los debo; no irás a rechazarlos, tú mismo los pediste. —Y le arrojó el billete.

—¿Quién ha hablado de rechazarlos? —dijo Rakitin, con voz profunda, visiblemente turbado, pero intentando disimular su vergüenza con gallardía—. Me van a venir al pelo; los tontos existen en beneficio de los listos.

—Y ahora estate callado, Rakitka, ahora todo lo que voy a decir no es de tu incumbencia. Siéntate en ese rincón y estate callado; tú no nos quieres, así que estate callado.

—Y ¿por qué no os iba a querer? —replicó Rakitin en mal tono, sin tratar ya de ocultar su enfado. Se había guardado en el bolsillo el billete de veinticinco rublos, y estaba abochornado delante de Aliosha. Contaba con haber cobrado más tarde, para que éste no se enterase, y ahora la vergüenza lo había puesto furioso. Hasta ese momento había considerado que era más político no contradecir a Grúshenka, a pesar de sus continuas pullas, pues era evidente que la joven ejercía cierto dominio sobre él. Pero ahora él también estaba molesto—. A la gente se la quiere por algo, pero vosotros, cualquiera de los dos, ¿qué habéis hecho por mí?

—Deberías querer sin ningún motivo, igual que hace Aliosha.

—Y ¿cómo sabes que te quiere? ¿Qué pruebas te ha dado para que muestres tanto entusiasmo?

Grúshenka, de pie en mitad del cuarto, hablaba con calor, y en su voz se percibían notas de histerismo:

—¡Cállate, Rakitka, no entiendes nada de nosotros! Y en lo sucesivo no te atrevas a tutearme, no te lo consiento, ¡habrase visto qué descaró! Siéntate en un rincón y no digas nada, como si fueras mi lacayo. Y ahora, Aliosha, voy a contarte a ti y solo a ti la pura verdad, para que veas qué clase de bicho soy. No, a Rakitka no; a ti te lo digo. Quería perderte, Aliosha, estaba totalmente decidida, ésa es la gran verdad; tanto lo quería que soborné a Rakitin para que te trajera. Y ¿por qué lo deseaba hasta tal punto? Tú, Aliosha, no sabías nada, te apartabas de mí, pasabas de largo, bajando la mirada; yo, en cambio, te había mirado ya cien veces, había empezado a preguntar por ti a todo el mundo. Tu cara se me había quedado grabada en el corazón: «Me desprecia —pensaba—, no quiere ni mirarme». Al final, se apoderó de mí tal sentimiento que no salía de mi asombro: «¿Cómo puedo tenerle tanto miedo a un muchachito como él? Voy a comérmelo de un bocado, y me voy a reír de él». Estaba furiosa. Lo creas o no, aquí nadie se atreve a decir ni a pensar que alguien puede venir a casa de Agrafiona Aleksándrovna con malas intenciones; no tengo más hombre que ese viejo, estoy ligada y vendida a él, Satanás nos casó; pero no hay nadie más. Pero, viéndote a ti, me decía: yo a éste me lo como de un bocado. Me lo como y me río. Ya ves qué clase de perra rabiosa soy, ¡y tú llamándome hermana! Y ahora ha venido mi ofensor, aquí estoy esperando noticias tuyas. ¿Sabes lo que ha sido ese hombre para mí? Hace cinco años me trajo aquí Kuzmá; solía quedarme en casa, apartada de todo el mundo, para que nadie me viera ni me oyera; yo era una muchachita delgada y estúpida, y estaba llorando todo el día; me pasaba las noches en blanco, pensando: «¿Dónde estará ahora mi ofensor? Seguro que está con otra, riéndose de mí. Si alguna vez lo vuelvo a ver, si alguna vez me lo encuentro —pensaba yo—, ¡me las pagará! ¡Me

las pagará!». De noche, en la oscuridad, sollozaba en la almohada y no paraba de pensar, desgarrándome aposta el corazón y aplacándolo con malos deseos: «¡Me las pagará! ¡Me las pagará!». A veces gritaba así en la oscuridad. Pero después, cuando de pronto caía en la cuenta de que no iba a hacerle nada, y de que él en esos momentos se estaría riendo de mí, o a lo mejor se había olvidado de mí por completo y no se acordaba de nada, me tiraba de la cama, con lágrimas de impotencia, y temblaba sin cesar hasta el amanecer. Por la mañana, me levantaba más rabiosa que una perra, dispuesta a tragarme el mundo entero. Después, seguro que piensas que empecé a ahorrar, que me volví insensible, que engordé, que me hice más juiciosa... ¿a que sí? Pues, mira, no; no hay nadie en todo el universo que vea y que sepa esas cosas, pero cuando oscurece, exactamente igual que hace cinco años, cuando era una jovencita, a veces me rechinan los dientes, acostada en la cama, y me paso toda la noche llorando: «¡Se va a enterar de quién soy yo! —pienso—. ¡Se va a enterar de quién soy yo!». Me has escuchado, ¿no? Entonces podrás entenderme; hace ahora un mes, me llegó de pronto una carta: que viene, que se ha quedado viudo y quiere que nos veamos. Ay, Señor, me quedé sin respiración, pero de pronto caí en la cuenta: ahora viene, me llama con un silbido y yo me arrastro hasta él como un perrillo apaleado, ¡como si fuera yo la culpable! Lo pienso y no doy crédito: «¿Soy o no soy una miserable? ¿Voy a correr a su encuentro?». Y todo este mes he sentido más rabia contra mí misma que hace cinco años. ¿Ves ahora, Aliosha, cómo soy de impulsiva, de irrefrenable? ¡Te he expuesto toda la verdad! Me he divertido con Mitia para no salir corriendo hacia el otro. Cállate, Rakitka, tú no eres quién para juzgarme, no te estaba hablando a ti. Antes de que vinierais, estaba aquí pensando, decidiendo todo mi destino, y jamás llegaréis a saber lo que había en mi corazón. No, Aliosha, dile a aquella señorita que no se enfade por lo que pasó anteayer... No hay nadie en el mundo que sepa ni pueda saber lo que me ocurre ahora... Porque es posible que hoy lleve encima un cuchillo, aún no lo he decidido...

Y, después de haber pronunciado estas «lamentables» palabras, Grúshenka, de pronto, fue ya incapaz de contenerse y, sin terminar de explicarse, se cubrió el rostro con las manos, se desplomó sobre el diván, hundió la cara en una almohada y empezó a sollozar como una chiquilla. Aliosha se puso de pie y se acercó a Rakitin.

—Misha —le dijo—, no te enfades. Te sientes ofendido, pero no te enfades. ¿Has oído lo que acaba de decir? No se le puede pedir tanto al alma de una persona, hay que ser más compasivo...

Aliosha dijo eso movido por un impulso irreprimible de su corazón. Tenía necesidad de expresarse, y se dirigió a Rakitin. De no haber estado allí Rakitin, se habría puesto a dar gritos solo. Pero Rakitin lo miró con aire burlón, y Aliosha, de repente, se quedó callado.

—Últimamente te han cargado con tu stárets, y ahora tú me lo largas a mí, Alióshenka, hombrecito de Dios —dijo Rakitin, con una sonrisa de odio.

—No te rías, Rakitin, no te burles, no hables del difunto: ¡él está por encima de cuanto ha existido en la tierra! —gritó Aliosha, con la voz entrecortada por el llanto—. No te he hablado como juez, sino como el último de los acusados. ¿Quién soy yo ante ella? He venido aquí buscando mi perdición, diciendo: «¡Sea! ¡Sea!». Y eso por culpa de mi cobardía. ¡Ella, en cambio, después de cinco años de tormento, al primero que ha aparecido por aquí y le ha dicho una palabra sincera se lo perdona todo, lo olvida todo y se echa a llorar! Ha vuelto su ofensor, la va a llamar y ella se lo perdonará todo y correrá alegre a su encuentro, sin llevar ese cuchillo, ¡sin el cuchillo! No, yo no soy así. No sé cómo serás tú, Misha, pero ¡yo no soy así! Hoy, hace un momento, me he llevado esa lección... En virtud de su amor, esta mujer está por encima de nosotros... ¿Le habías oído contar antes lo que acaba de contar? No, no se lo habías oído; de habérselo oído, hace tiempo que lo habrías comprendido todo... Y la otra, la que anteayer resultó ofendida, ¡que la perdone también ella! Y la perdonaría si supiera... y lo sabrá... Esta alma aún no ha hallado la paz, hay que tratarla con cuidado... En esa alma puede haber un tesoro...

Aliosha se calló, porque la respiración se le había cortado. Rakitin, a pesar de su cólera, lo miraba con asombro. Jamás se habría esperado una tirada semejante del lacónico Aliosha.

—¡Vaya, nos ha salido un abogado! ¿Te has enamorado de ella o qué? Agrafiona Aleksándrovna, nuestro ayunador se enamorado de ti, ¡has triunfado! —gritó, riéndose con descaro.

Grúshenka levantó la cabeza de la almohada y miró a Aliosha con una sonrisa cariñosa; esa sonrisa iluminó su rostro, que se había hinchado de repente por las recientes lágrimas.

—Déjalo, Aliosha, mi querubín, ya ves cómo es, no vale la pena hablar con él. Yo, Mijaíl Ósipovich —se dirigió a Rakitin—, tenía intención de pedirte perdón por haberte tratado tan mal, pero se me han pasado las ganas. Aliosha, acércate, siéntate aquí —lo llamó con una sonrisa alegre—; eso, aquí mismo, siéntate y dime —le cogió la mano y lo miró a la cara, sin dejar de sonreír—, dime una cosa: ¿quiero o no quiero a ese hombre? A mi ofensor, ¿lo quiero o no lo quiero? Antes de que vinierais, estaba aquí tumbada, a oscuras, y no hacía más que preguntarle a mi corazón: ¿quiero a ese hombre o no lo quiero? Sácame de la duda, Aliosha, ha llegado el momento; lo que tú decidas, se hará. ¿Debo o no debo perdonarlo?

—Pero si ya lo has perdonado —contestó Aliosha con una sonrisa.

—Es verdad, ya lo he perdonado —asintió Grúshenka, con aire pensativo—. ¡Ay, qué corazón más vill! ¡A la salud de mi corazón vill! —Cogió de pronto una copa de la mesa, se la bebió de un trago, la levantó y la arrojó con todas sus fuerzas contra el

suelo. La copa se hizo añicos y los cristales tintinearón. Una línea de crueldad se dibujó fugazmente en su sonrisa—. O puede que aún no lo haya perdonado —añadió, con cierto aire amenazante, bajando la mirada al suelo, como si estuviera hablando sola—. A lo mejor mi corazón tan solo está preparándose para perdonar. Aún tengo que combatir con el corazón. Como ves, Aliosha, en estos cinco años le he cogido un cariño enorme a las lágrimas... ¡Igual lo que he amado ha sido la ofensa sufrida, en vez de amarlo a él!

—¡Pues no me gustaría estar en su pellejo! —siseó Rakitin.

—No te preocupes, Rakitka, tú nunca vas a estar en su pellejo. Tú me harás unos zapatos, Rakitka, para eso es para lo único que me vas a servir, y no esperes tener nunca a una mujer como yo... Y puede que él tampoco...

—¿Él tampoco? Y, entonces, ¿por qué te has puesto tan elegante? —se burló Rakitin, en tono cáustico.

—No me eches en cara que me haya vestido así, Rakitka, ¡aún no conoces tú todo mi corazón! Si me da la gana, ahora mismo hago pedazos mi vestido, en este mismo instante —gritó con fuerza Grúshenka—. ¡No sabes para qué me he puesto esta ropa, Rakitka! A lo mejor, voy a su encuentro y le digo: «¿A que nunca me habías visto así?». Porque él me dejó cuando yo era una muchacha de diecisiete años, flacucha, tísica, llorona. Quiero sentarme a su lado, seducirlo, avivar la llama: «¿Me ves bien ahora? —pienso decirle—. Pues quédate con eso, señor mío: ¡lo verás pero no lo catarás!». Ya ves, Rakitka, para qué me pueden servir estas galas —concluyó Grúshenka con una risita maliciosa—. Soy una mujer violenta, Aliosha, impulsiva. Soy capaz de arrancarme el vestido, de mutilarme, de arruinar mi belleza, de quemarme la cara y desfigurarla a cuchilladas, y luego ir por ahí pidiendo limosna. Que no me apetece, no voy ahora a ningún sitio ni a casa de nadie; que me apetece, mañana mismo le devuelvo a Kuzmá todo lo que me ha regalado, todo su dinero, ¡y me pongo a trabajar de jornalera para el resto de mis días!... ¿Crees que no voy a hacerlo, Rakitka? ¿Que no me voy a atrever? Lo haré, lo haré, ahora mismo si hace falta; vosotros no me provoquéis... Y a ese otro, lo mando al diablo, le hago una higa, ¡y no me vuelve a ver!

Pronunció las últimas palabras a gritos, como histérica, pero una vez más fue incapaz de contenerse y, cubriéndose el rostro con las manos, se echó sobre la almohada y volvió a estremecerse con los sollozos. Rakitin se levantó.

—Hora de irse —dijo—; ya es tarde, no van a dejarnos entrar en el monasterio.

Grúshenka se puso de pie de un salto.

—¡No se te ocurrirá marcharte así, Aliosha! —exclamó, con amargo desconcierto—. ¿Qué vas a hacer ahora conmigo? Me has conmovido, me has atormentado, y ¡ahora me toca quedarme sola otra noche!

—¿No querrás que pase la noche aquí contigo? Claro que, si le apetece... ¡él sabrá! ¡Yo puedo irme solo! —bromeó Rakitin en tono hiriente.

—Calla, alma ruin —le gritó Grúshenka, furiosa—; tú nunca me has dicho cosas como las que él ha venido a decirme.

—Y ¿qué es lo que te ha dicho? —protestó Rakitin, irritado.

—No sé, no tengo ni idea, no sé lo que me ha dicho; le ha hablado al corazón, ha puesto patas arriba mi corazón... Ha sido el primero que me ha tenido lástima, el primero y el único, ¡eso es! ¿Por qué no has venido antes, querubín? —Grúshenka cayó de rodillas delante de Aliosha, como en éxtasis—. Toda la vida he estado esperando a alguien como tú, sabía que vendría alguien así y me perdonaría. Creía que a una mujer tan despreciable como yo también podían quererla, sin buscar únicamente mi perdición...

—Y ¿qué he hecho yo por ti? —replicó Aliosha, sonriendo con ternura, al tiempo que se inclinaba hacia ella y la cogía cariñosamente de las manos—. Te he dado una cebolla, una cebolla diminuta, ¡nada más, nada más!

Dicho lo cual, se echó a llorar. En ese mismo instante, se oyó de pronto un ruido en el zaguán y alguien entró hasta el vestíbulo; Grúshenka se levantó a toda prisa, como si se hubiera llevado un susto de muerte. Fenia entró corriendo en la estancia, armando un gran alboroto y gritando:

—¡Señora, mi querida señora, ha llegado la estafeta! —exclamó, sofocándose de lo alegre que estaba—. Han mandado una calesa de Móvroie a buscar a la señora; está ahí Timoféi, el cochero, con una troika; ahora mismo están cambiando los caballos... ¡La carta, la carta, señora, aquí tiene la carta!

Tenía la carta en la mano y la agitaba en el aire mientras gritaba. Grúshenka se la arrebató y se acercó a la vela. Era solo una notita, unas cuantas líneas, y la leyó en un momento.

—¡Me ha llamado! —exclamó, pálida, con el rostro contraído por una sonrisa dolorosa—. ¡Me ha silbado! ¡Arrástrate, perrito!

Pero apenas estuvo parada un momento, como indecisa; de pronto, la sangre se le subió a la cabeza y le cubrió de fuego las mejillas.

—¡Voy! —exclamó súbitamente—. ¡Adiós a cinco años de mi vida! Adiós, Aliosha, la suerte está echada... Fuera de aquí, fuera de aquí ahora mismo; marchaos todos, ¡no quiero volver a veros! Grúshenka vuela al encuentro de una nueva vida... Rakitka, tú tampoco me guardes rencor. ¡Es posible que me dirija a mi propia muerte! ¡Uf! ¡Me siento como si estuviera borracha!

De repente los dejó y se retiró corriendo a su cuarto.

—Bueno, ¡ahora ya no puede ocuparse de nosotros! —gruñó Rakitin—. Vámonos de aquí, no vaya a soltar otro de esos gritos femeninos, estoy harto de esos chillidos lacrimosos...

Aliosha se dejó llevar maquinalmente. Había una calesa en el patio, estaban desenganchando los caballos; iban de acá para allá con faroles, muy atareados. Por el

portal abierto entraba una troika de refresco. Pero justo acababan de salir Aliosha y Rakitin cuando de pronto se abrió una ventana de la alcoba de Grúshenka, y la joven llamó a Aliosha, que ya se alejaba:

—Alióshechka, saluda de mi parte a tu hermano Mítenka, y dile que no guarde un mal recuerdo de mí, de esta malhechora suya. Y no dejes de repetirle estas palabras mías: «A Grúshenka se la lleva un canalla, no un hombre noble como tú». Y añade, además, que Grúshenka lo amó solo una hora, apenas una hora en total, y que recuerde esa hora toda la vida; dile que así se lo ha ordenado Grúshenka: toda la vida...

Acabó con la voz entrecortada por el llanto. La ventana se cerró de golpe.

—¡Hum, hum! —gruñó Rakitin, riéndose—. Acuchilla a tu hermano Mítenka, y encima le ordena que la recuerde toda la vida. ¡Qué voracidad!

Aliosha no replicó, no parecía haber oído su comentario; marchaba a buen paso al lado de Rakitin, como si llevara muchísima prisa; caminaba maquinalmente, con la cabeza en otra parte. De pronto, Rakitin sintió un dolor agudo, como si alguien le hubiera hurgado en una herida abierta. Aquella misma tarde, cuando se propuso reunir a Grúshenka con Aliosha, jamás habría pensado que las cosas iban a salir como habían salido; nada se había ajustado a sus expectativas.

—Ese oficial suyo es polaco —volvió a hablar Rakitin, controlando sus impulsos—, y ahora ni siquiera es oficial; ha servido como funcionario de aduanas en Siberia, en algún sitio en la frontera china; seguro que es algún polacucho birrioso. Dicen que se ha quedado sin trabajo. Habrá oído que ahora Grúshenka ha reunido un capital, y ha vuelto. ¡Ése es todo el milagro!

Una vez más, Aliosha no dijo nada, como si no se hubiera dado por enterado. Rakitin ya no pudo contenerse:

—¿Qué? ¿Has convertido a la pecadora? —se burló malignamente de Aliosha—. ¿Has hecho que la oveja descarriada volviera al buen camino? ¿Has expulsado a los siete demonios? ¡Aquí ha sido donde se han obrado los milagros que tanto ansiábamos!

—Basta, Rakitin —replicó Aliosha, con el alma dolorida.

—¿Ahora me «desprecias» por los veinticinco rublos de antes? Dirás que he vendido a un verdadero amigo. Pero tú no eres Cristo, ni yo soy Judas.

—Ah, Rakitin, te aseguro que ya me había olvidado de ese asunto —exclamó Aliosha—; me lo acabas de recordar...

Pero Rakitin ya no atendía a razones.

—¡Al diablo con todos vosotros! —De pronto se puso a vociferar—. ¿Quién me mandaría meterme en tus asuntos? En lo sucesivo, no quiero saber nada más de ti. ¡Sigue tú solo, ahí tienes el camino!

Dobló rápidamente por otra calle, dejando a Aliosha solo en la oscuridad. Aliosha salió de la ciudad y se encaminó al monasterio atravesando los campos.

IV. Caná de Galilea

Era ya muy tarde para los usos del monasterio cuando Aliosha llegó al asceterio; el hermano portero le dejó pasar por una entrada especial. Habían dado ya las nueve, hora de retiro y descanso colectivo después de un día tan agitado para todos. Aliosha abrió tímidamente la puerta y entró en la celda del stárets, donde ahora estaba instalado el ataúd. Aparte del padre Paísi, que estaba leyendo en solitario el Evangelio junto al féretro, y del joven novicio Porfiri, quien, agotado por el coloquio de la noche anterior y por los afanes de la jornada, dormía en la otra habitación, en el suelo, con el profundo sueño de la juventud, no había nadie más en la celda. Aunque oyó entrar a Aliosha, el padre Paísi ni siquiera le dirigió una mirada. Aliosha fue a un rincón, a la derecha de la puerta, se puso de rodillas y empezó a rezar. Su alma estaba colmada de sensaciones, aunque de una manera un tanto confusa, y ninguna destacaba, ninguna se hacía notar en exceso; al contrario, unas sensaciones desplazaban a otras en una especie de rotación suave y regular. A pesar de todo, había dulzura en su corazón y, extrañamente, eso a Aliosha no le sorprendía. De nuevo se encontraba en presencia de aquel ataúd donde estaban ocultos los restos de quien había sido tan precioso para él, pero en su alma ya no quedaba nada de la pena lacrimosa, sorda y lacerante de aquella mañana. Al entrar, había caído de rodillas ante el féretro, como ante un santuario, pero la alegría resplandecía en su cabeza y en su corazón. Una ventana de la celda estaba abierta, el aire era puro y fresco. «El olor tiene que haberse hecho más intenso para que hayan decidido abrir la ventana», pensó. Pero ni siquiera esta reflexión en torno al tufo pestilente, que tan atroz y denigrante le había parecido hacía unas horas, despertó en él la angustia ni la indignación de antes. Empezó a rezar en voz baja, pero muy pronto se dio cuenta de que estaba rezando casi maquinalmente. Retazos de ideas aparecían fugazmente en su alma, brillaban como estrellas para extinguirse al instante, reemplazadas por otras; sin embargo, en su espíritu reinaba una sensación de plenitud, de firmeza, de alivio, y él mismo se daba cuenta. De pronto empezaba con fervor una oración, era tal su deseo de agradecer y de amar... Sin embargo, una vez empezada la oración, enseguida se distraía con otra cosa, se quedaba pensativo, se olvidaba tanto de la propia plegaria como de aquello que la había interrumpido... Decidió atender a la lectura del padre Paísi, pero estaba tan cansado que poco a poco se fue quedando dormido...

—«Y al tercer día hiciéronse unas bodas en Caná de Galilea —leía el padre Paísi—; y estaba allí la madre de Jesús. Y fue también llamado Jesús y sus discípulos a las bodas.»

«¿Unas bodas? Qué es eso... unas bodas... —las palabras giraban como un torbellino en la mente de Aliosha—. Ella también es feliz... ha acudido al banquete... No, no se ha llevado el cuchillo, no se ha llevado el cuchillo... No ha sido más que una palabra "lamentable"... Bueno... las palabras lamentables hay que perdonarlas, por descontado. Las palabras lamentables consuelan el alma... Sin ellas, el dolor sería demasiado duro para la gente. Rakitin se marchó por aquel callejón... Mientras Rakitin no deje de pensar en las ofensas sufridas, siempre se marchará por un callejón... En cambio, el camino... el camino es ancho, recto, luminoso, cristalino, y al fondo brilla el sol... ¿Eh?... ¿Qué es eso que están leyendo?»

—«Y, faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: "Vino no tienen".» —oyó Aliosha.

«Ah, sí; me lo he perdido, y yo no quería perdérmelo, me encanta este pasaje: se trata del primer milagro, en Caná de Galilea... ¡Ah, ese milagro! ¡Ah, ese milagro tan entrañable! No era la tristeza, sino la alegría de los hombres lo que había ido a visitar Cristo cuando obró por primera vez un milagro; contribuyó a la alegría de la gente... "Quien ama a los hombres, ama también su alegría." Al difunto le gustaba repetirlo a cada instante, era una de sus principales ideas... No se puede vivir sin alegría, dice Mitia... Sí, Mitia... Todo lo que es verdadero y hermoso está siempre lleno de misericordia; también solía decir eso...»

—«Y dícele Jesús: "¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha venido mi hora". Su madre dice a los que servían: "Haced todo lo que os dijere".»

«Haced... La alegría, la alegría de unos pobres, de una gente muy pobre... Pobres, sin duda, pues hasta en una boda les faltaba el vino... Escriben los historiadores que en las proximidades del lago de Genesaret y en todos aquellos lugares vivía entonces la población más pobre que uno pueda imaginar... Y sabía el otro gran corazón del otro gran ser que estaba allí presente, su madre, que Él no había venido al mundo solo para su grandioso y terrible sacrificio, sino que su corazón también estaba abierto a la alegría sencilla e ingenua de ciertas criaturas oscuras, oscuras pero cándidas, que lo habían invitado con todo cariño a sus pobres bodas. "Aún no ha venido mi hora", dice con una dulce sonrisa (seguro que le sonrió mansamente)... En efecto, ¿acaso había venido Él a la tierra para multiplicar el vino en las bodas de los pobres? Pero el caso es que atendió su ruego... Ah, está leyendo otra vez.»

—«Díceles Jesús: "Henchid estas tinajuelas de agua". E hinchieronlas hasta arriba. Y díceles: "Sacad ahora, y presentad al maestresala". Y presentáronle. Y como el maestresala gustó el agua hecha vino, que no sabía de dónde era (mas lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), el maestresala llama al esposo. Y dícele: "Todo hombre pone primero el buen vino, y cuando están satisfechos, entonces lo que es peor; mas tú has guardado el buen vino hasta ahora".»

«Pero ¿qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Por qué se está ensanchando la habitación?... Ah, sí... pero si es la boda, el casamiento... sí, claro. Aquí están los invitados, aquí los

recién casados y la alegre multitud y... y ¿dónde está el sabio maestresala? Pero ¿quién es ése? ¿Quién? Otra vez se ha ensanchado la habitación... ¿Quién es ese que se está levantando por detrás de esa gran mesa? ¿Cómo?... ¿Que también está aquí? Pero si yace en el ataúd... Pues él también está aquí... se ha levantado, me ha visto, viene hacia aquí... ¡Señor!»

Efectivamente, se le acercó; era un anciano enjuto, con el rostro surcado por pequeñas arrugas, alegre y de risa serena. Ya no se veía ningún ataúd, y el anciano llevaba la misma ropa del día anterior, cuando había estado con ellos y los visitantes se habían reunido en torno a él. Tenía el rostro despejado, los ojos le brillaban. ¿Cómo podía ser? De modo que él también acudía al banquete, que también estaba invitado a las bodas en Caná de Galilea...

—También a mí, querido hijo, me han invitado y me han llamado —dijo una dulce voz, resonando por encima de él—. ¿Por qué te has escondido aquí, donde nadie te ve?... Únete tú también a nosotros. —Aquella voz era la voz del stárets Zosima... Y ¿cómo no iba a ser él, si lo llamaba? El stárets ayudó a Aliosha, que estaba arrodillado, a ponerse de pie—. Regocijémonos —prosiguió el viejecillo reseco—; bebamos del vino nuevo, el vino de la nueva alegría, de la gran alegría; ¿ves cuántos invitados? Aquí están el novio y la novia, aquí el sabio maestresala, probando el vino nuevo. ¿Por qué me miras tan asombrado? He dado una cebolla y aquí me tienes. Muchos de los que están aquí solo han dado una cebolla, una cebolla pequeñita... ¿Qué son nuestras obras? Tú también, dulce y manso hijo mío, tú también, has acertado a dar una cebolla a una hambrienta. ¡Empieza tu obra, querido mío, empiézala!... Mira, ¿no ves nuestro sol? ¿A Él no lo ves?

—Me da miedo... no me atrevo a mirar —susurró Aliosha.

—No le tengas miedo. Es temible por su grandeza ante nosotros, es espantoso por su altura, pero es infinitamente misericordioso, por amor se hizo semejante a nosotros y con nosotros se regocija, transforma el agua en vino para que no cese la alegría de los invitados. Está aguardando la llegada de otros, siempre está convocando a nuevos invitados, por los siglos de los siglos. Mira, están trayendo vino nuevo, ahí sacan las jarras...

Algo ardía en el corazón de Aliosha; algo, de improviso, lo colmó hasta el dolor; lágrimas de entusiasmo le brotaban del alma... Estiró los brazos, dio un grito y se despertó...

Otra vez tenía delante el ataúd, la ventana abierta y la lectura del Evangelio, con voz tranquila, solemne y clara. Pero Aliosha ya no escuchaba lo que estaban leyendo. Extrañamente, se había dormido de rodillas y ahora estaba de pie; visto y no visto, con tres pasos rápidos y firmes, se plantó al lado del ataúd. Incluso rozó con el hombro al padre Paísi, pero no se dio ni cuenta. Éste, por un momento, levantó los ojos del libro, pero volvió a bajarlos enseguida, comprendiendo que al joven le ocurría algo extraño.

Aliosha estuvo como medio minuto mirando el ataúd, el cadáver encerrado, inmóvil, tendido en la caja, con un icono sobre el pecho y una capucha con una cruz de ocho puntas en la cabeza. Acababa de oír su voz, y esa voz aún resonaba en sus oídos. Aliosha todavía escuchaba atento, seguía esperando aquel sonido... Pero de pronto, volviéndose con brusquedad, salió de la celda.

No se detuvo en el porche, sino que bajó rápidamente. Su alma, llena de entusiasmo, anhelaba la libertad, el espacio, las anchuras. Sobre él se extendía sin fin la cúpula celeste, plagada de estrellas brillantes y calladas. Desde el cenit hasta el horizonte se bifurcaba, difusa aún, la Vía Láctea. La noche, fresca y serena hasta la inmovilidad, envolvía a la tierra. Las blancas torres y las cúpulas doradas de la catedral resplandecían sobre el cielo cuajado de rubíes. Las opulentas flores otoñales se habían dormido hasta la mañana siguiente en los arriates próximos a la casa. El silencio terrenal parecía fundirse con el silencio celeste, los misterios de la tierra se tocaban con los de las estrellas... Aliosha estaba quieto, mirando, y de pronto cayó al suelo como si le hubieran segado las piernas.

No sabía por qué la abrazaba, no era consciente de la razón por la que deseaba a toda costa besarla, cubrirla de besos; pero la besaba llorando, sollozando, regándola con sus lágrimas, y se juró frenéticamente amarla, amarla por los siglos de los siglos. «Humedece la tierra con las lágrimas de tu alegría y ama esas lágrimas», resonaba en su alma. ¿Por qué lloraba? Oh, lloraba en su delirio incluso por aquellas estrellas que brillaban para él desde los abismos, y «no se avergonzaba de su exaltación». Era como si los hilos de todos aquellos incontables mundos de Dios se juntaran en su alma, y toda ella temblara, «al contacto con otros mundos». Sentía deseos de perdonar a todos y por todo, y de pedir perdón, oh, no para él mismo, sino para todos y por todo, sabiendo que «también los demás pedían por él», y estas palabras volvieron a resonar en su alma. Pero a cada instante notaba claramente, de forma casi tangible, cómo penetraba en su alma aquella bóveda celeste. Una vaga idea se iba adueñando de su pensamiento, para toda la vida, por los siglos de los siglos. Había caído a tierra como un joven débil y se levantaba como un duro combatiente, preparado para el resto de sus días; lo había sabido y lo había sentido súbitamente, en aquel momento de éxtasis. Y ya nunca, nunca en la vida, podría olvidar Aliosha aquel instante. «Alguien vino a visitar mi alma en aquella hora», diría más tarde, firmemente convencido de sus palabras...

A los tres días dejó el monasterio, en consonancia con las palabras de su difunto stárets, que le había ordenado «vivir en el mundo».

LIBRO OCTAVO

MITIA

I. Kuzmá Samsónov

Grúshenka, de camino a su nueva vida, había «ordenado» a Aliosha que le transmitiera a Dmitri su último saludo y le pidiera que recordara siempre su hora de amor, pero en ese momento Dmitri Fiódorovich estaba, sin saber nada de lo ocurrido, terriblemente confuso y ajetreado. Los últimos dos días los había pasado en un estado tan inimaginable que en verdad podía haber enfermado de inflamación en el cerebro, como él mismo diría después. La víspera Aliosha no había podido encontrarlo por la mañana, mientras que su hermano Iván tampoco había podido tener con él su cita en la taberna. Los propietarios de la vivienda donde se alojaba habían ocultado sus huellas, a petición del propio Dmitri. En esos dos días corrió literalmente de un lado a otro «luchando por su destino y su salvación», como manifestaría él mismo después, e incluso salió unas horas de la ciudad por un asunto urgente, a pesar de que le daba miedo irse y dejar a Grúshenka sin vigilancia siquiera un minuto. Posteriormente todo esto se aclararía de forma detallada y documentada, pero ahora solo esbozaremos lo realmente necesario de la historia de esos dos horribles días de su vida que precedieron a la terrible catástrofe que, inesperadamente, se cernió sobre su destino.

Grúshenka lo había querido verdadera y sinceramente por espacio de una hora, cierto es, pero al mismo tiempo también lo había atormentado, a veces de forma realmente cruel y despiadada. Lo principal es que él no fue capaz de descifrar ni por un momento sus intenciones. Tampoco hubo posibilidad de ganársela con caricias o por la fuerza: no se habría dejado, solo se habría enfadado y habría roto con él definitivamente, eso lo sabía bien. Por entonces sospechaba, y con razón, que ella también se debatía en alguna pugna, que era presa de una extraordinaria indecisión, que tenía algo que resolver y que no conseguía hacerlo, y por eso, con el corazón helado, suponía y no sin fundamento que en esos momentos Grúshenka, sencillamente, debía de odiarlo a él y su pasión. Puede que fuera así, pero él no llegaba a comprender a qué obedecía exactamente la angustia de la joven. En definitiva, la cuestión que lo atormentaba se componía únicamente de dos factores:

«O él, Mitia, o Fiódor Pávlovich». Aquí, por cierto, hay que señalar que estaba completamente seguro de que Fiódor Pávlovich le iba a proponer (si no lo había hecho ya) a Grúshenka matrimonio legítimo y que no creía ni por un momento que el viejo voluptuoso contara con resolver el asunto únicamente con tres mil rublos. Llegó a esta conclusión porque conocía a Grúshenka y su carácter. Por eso en ocasiones creía que todo el sufrimiento de Grúshenka y toda su indecisión venían de que ella no sabía a quién elegir y con cuál obtendría más beneficio. Aunque parezca extraño, en aquellos días no se le ocurrió pensar en el inminente regreso del «oficial», es decir, de aquel hombre fatídico en la vida de Grúshenka cuya llegada esperaba ella con tanta agitación y temor. Verdad es que los últimos días Grúshenka había guardado silencio al respecto. Sin embargo, fue ella quien le habló de la carta que había recibido un mes antes de su antiguo seductor, y él conocía parcialmente lo que decía dicha carta. En un momento de rabia, Grúshenka se la había enseñado pero, para sorpresa de ella, Dmitri no le dio apenas importancia. Habría sido muy difícil explicar por qué: quizá simplemente porque, abrumado por todo el escándalo y el horror de la lucha con su padre por esa mujer, ya no podía imaginarse nada más terrible ni peligroso, al menos en ese momento. Sencillamente, no se creía lo de ese novio que, de pronto, había surgido de la nada después de cinco años desaparecido y menos aún se creía que fuera a aparecer pronto. En realidad, en esa primera carta del «oficial» que le habían enseñado a Mítenka se hablaba de la llegada del nuevo rival muy vagamente: era una carta bastante confusa, muy grandilocuente y repleta de sentimentalismo. Hemos de señalar que Grúshenka le había ocultado las últimas líneas, donde se hablaba con mayor precisión del regreso. Además, Mítenka recordaría más tarde que entonces le había parecido captar cierto desprecio espontáneo y altivo por la misiva de Siberia en el rostro de la joven. Después Grúshenka ya no le había dicho nada de posteriores tratos con el nuevo rival. Así, poco a poco, Dmitri se olvidó por completo del oficial. Solo pensaba en que, pasara lo que pasara y acabara como acabara ese asunto, el encontronazo definitivo con Fiódor Pávlovich era inminente, estaba demasiado próximo, y debía resolverse antes que nada. Con el alma en vilo aguardaba la decisión de Grúshenka y aún creía que todo sucedería de improviso, como por inspiración. De repente ella le diría: «Tómame, soy tuya para siempre», y asunto concluido. En ese mismo instante, él la cogería y se la llevaría al fin del mundo. Oh, sí, se la llevaría en ese mismo instante lo más lejos posible, si no al fin del mundo, sí a algún lugar en los confines de Rusia, donde se casaría con ella y se instalaría incognito, para que nadie supiera nada de ellos, ni aquí, ni allí ni en ninguna otra parte. ¡Entonces, oh, entonces empezaría una vida completamente nueva! Soñaba continua y frenéticamente con esa otra vida, renovada y «virtuosa» («es indispensable, indispensable que sea virtuosa»). Ansiaba el renacimiento y la renovación. El torbellino infame en el que se había quedado atrapado por voluntad propia le resultaba demasiado agobiante, y él, como

muchos en estos casos, confiaba sobre todo en un cambio de aires: si no estuviera esta gente, si no fueran éstas las circunstancias, si pudiera marcharme de este maldito sitio... ¡todo renacería, todo sería como nuevo! En eso creía y por eso se consumía.

Pero para eso tenía que darse la primera solución, la solución feliz al problema. Podía haber otra solución, imaginaba también otro resultado, uno terrible. De repente ella le dice: «Vete, me he decidido por Fiódor Pávlovich y voy a casarme con él, no te necesito», entonces... entonces... Mitia, por lo demás, no sabía qué pasaría entonces, hasta el último momento no lo supo, eso hay que reconocérselo. No tenía unas intenciones definidas, no planeaba ningún crimen. Solo acechaba, espiaba y sufría, pero aun así se preparaba únicamente para el primero de los posibles desenlaces de su destino, el desenlace feliz. Incluso ahuyentaba cualquier otro pensamiento. Pero aquí empezaba un tormento bien distinto, se presentaba una circunstancia completamente nueva y accesoria, pero igualmente fatal e irresoluble.

En el caso de que ella le dijera: «Soy tuya, llévame contigo», ¿cómo se la iba a llevar? ¿Dónde estaban los medios, el dinero? Por esas mismas fechas se le agotaron todos los ingresos provenientes de las pequeñas entregas de Fiódor Pávlovich, que hasta entonces, en el curso de tantos años, jamás se habían interrumpido. Grúshenka, desde luego, tenía dinero, pero Mitia en este terreno se mostró de pronto muy orgulloso: quería llevársela de allí y empezar una vida nueva con sus propios medios, no con los de ella; ni siquiera podía imaginarse aceptando dinero suyo y, solo de pensarlo, sufría hasta experimentar una repugnancia atroz. No voy a extenderme aquí sobre este hecho, no voy a analizarlo, me limito a señalar que tal era la disposición de su alma en ese momento. Todo esto podía deberse indirecta y como inconscientemente al sufrimiento secreto de su conciencia por haberse apropiado furtivamente del dinero de Katerina Ivánovna: «Ante una soy un canalla y ante la otra también quedaré enseguida como un canalla —pensaba entonces, tal y como confesaría más tarde—; además, si Grúshenka se entera, no va a querer a semejante canalla». Así pues, ¿de dónde sacar los medios, de dónde sacar el fatídico dinero? De otro modo, todo estaría perdido, nada podría llevarse a término «y todo por falta de dinero, ¡qué deshonra!».

Me anticiparé a los hechos: el caso es que quizá supiera dónde conseguir dinero y quizá supiera dónde se guardaba. Por ahora no daré más detalles, pues más tarde se aclarará todo, pero sí explicaré, aunque sea de forma poco clara, en qué consistía la principal desgracia de Mitia; para hacerse con esos recursos que estaban en algún lado, para tener derecho a cogerlos, era necesario devolverle previamente los tres mil rublos a Katerina Ivánovna: de lo contrario, «solo soy un carterista, un canalla y no quiero empezar una vida nueva siendo un canalla», había resuelto, así que decidió poner el mundo patas arriba si hacía falta, pero devolverle los tres mil a Katerina Ivánovna costara lo que costara y antes que nada. El proceso definitivo de esta

decisión se había dado, por así decirlo, en las últimas horas de su vida, precisamente desde el último encuentro con Aliosha, dos días antes, al anochecer, en el camino, después de que Grúshenka ofendiera a Katerina Ivánovna, cuando Mitia, tras oír el relato de Aliosha, había reconocido que era un canalla y le había encomendado que se lo dijera a Katerina Ivánovna, «si eso le servía mínimamente de consuelo». Entonces, esa misma noche, tras despedirse de su hermano, llegó a creer, en su frenesí, que era preferible «matar y desvalijar a alguien, con tal de saldar la deuda con Katia». «Es preferible quedar como un asesino y un ladrón ante aquel a quien haya matado y robado, y ante todo el mundo, y que me manden a Siberia, que ver cómo Katia tiene todo el derecho a decir que la he traicionado, que le he robado dinero y que con ese dinero he huido con Grúshenka para empezar una vida virtuosa. ¡No lo soportaría!» Así, rechinándole los dientes, pontificaba Mitia y, en efecto, a veces podía imaginarse que acabaría con una inflamación en el cerebro. Pero, de momento, luchaba...

Aunque suene extraño, podría parecer que, una vez tomada esta decisión, no le quedaba más opción que la de desesperarse, pues ¿de dónde iba a sacar, de buenas a primeras, un pobretón como él tanto dinero? Aun así, hasta el último momento tuvo la esperanza de conseguir los tres mil, de que le caerían de alguna parte, aunque fuera del cielo. Justamente esto les suele suceder a quienes, como Dmitri Fiódorovich, en toda su vida solo han sabido gastar y derrochar en vano el dinero heredado, pero no tienen ni idea de cómo ganárselo. Dos días después de haberse despedido de Aliosha, en su cabeza se había formado el más fantástico de los torbellinos, y todas sus ideas estaban enredadas. De ese modo, acometió una empresa de lo más disparatada. Sí, es posible que justo en situaciones así a esta clase de gente las empresas más imposibles y fantasiosas les parezcan las más realizables. Decidió ir a ver al mercader Samsónov, el protector de Grúshenka, proponerle un «plan» y sacarle de golpe la suma necesaria para dicho «plan»; del aspecto comercial de su proyecto no albergaba ninguna duda, solo dudaba de cómo se tomaría Samsónov aquella ocurrencia si le daba por fijarse en algo más que en el aspecto comercial. Aunque Mitia conocía de vista al mercader, no habían sido presentados y no había hablado nunca con él. Pero, por alguna razón, tenía el convencimiento, y ya desde hacía tiempo, de que ese viejo depravado que se encontraba en las últimas quizá no se opusiera ahora a que Grúshenka llevara una vida honrada y se casara con «hombre digno de confianza». Y que no solo no iba a oponerse, sino que él mismo lo estaba deseando y, en cuanto surgiera la ocasión, se prestaría a colaborar. Basándose en ciertos rumores o en alguna palabra de Grúshenka, también había llegado a la conclusión de que, quizá, el viejo prefiriera para ella a Fiódor Pávlovich. Tal vez a muchos de los lectores de nuestra historia la expectativa de contar con semejante ayuda y la intención de tomar a su novia, por así decir, de los brazos de su protector les parezca demasiado ordinario y falto de escrúpulos por parte de Dmitri Fiódorovich. Yo solo puedo señalar que para Mitia el

pasado de Grúshenka había quedado definitivamente atrás. Había contemplado ese pasado con infinita piedad y había decidido, inflamado de pasión, que en el momento mismo en que Grúshenka le dijera que lo amaba y que estaba dispuesta a casarse con él surgiría una Grúshenka completamente nueva y, con ella, un nuevo Dmitri Fiódorovich, sin vicios de ninguna clase, únicamente con virtudes: se perdonarían el uno al otro y empezarían una vida también nueva. En cuanto a Kuzmá Samsónov, formaba parte de aquel pasado previo, ya desaparecido, y lo consideraba un hombre fatídico en la vida de Grúshenka, al que, no obstante, ella nunca había amado y que, sobre todo, también «había quedado atrás», había terminado, así que ya no contaba en absoluto. Además, Mitia ni siquiera podía considerarlo un hombre, pues en la ciudad todo el mundo sabía que no era más que una ruina enferma que tenía una relación paternal, por así decir, con Grúshenka, una relación basada en unos fundamentos muy distintos a los del pasado, y hacía mucho tiempo que era así, casi un año. En cualquier caso, había en todo esto mucha ingenuidad por parte de Mitia, quien, a pesar de todos sus vicios, era una persona muy ingenua. Debido a su ingenuidad, estaba seriamente convencido, entre otras cosas, de que el viejo Kuzmá, al prepararse para partir al otro mundo, sentía un sincero arrepentimiento de su pasado con Grúshenka, y de que ella ahora no contaba con un protector y amigo más fiel que aquel viejo inofensivo.

Al día siguiente de su conversación con Aliosha en el campo, después de toda una noche prácticamente en blanco, Mitia se presentó en casa de Samsónov hacia las nueve de la mañana y se hizo anunciar. Era una casa vieja, lóbrega, muy espaciosa, de dos pisos, con dependencias anexas y un pabellón. La planta baja estaba habitada por los dos hijos casados de Samsónov y sus familias, su anciana hermana y una hija soltera. En el pabellón estaban instalados sus dos dependientes, uno de ellos con familia numerosa. Tanto los hijos de Samsónov como los dependientes vivían apretados en estas estancias, mientras que la planta superior de la casa la ocupaba en exclusiva el viejo y no permitía que nadie viviera allí, ni siquiera su hija, que lo cuidaba, y que a horas fijas, así como también cada vez que la llamaba, debía subir corriendo a pesar de su disnea crónica. Esta «planta superior» constaba de un gran número de salas grandes y solemnes amuebladas al estilo de los antiguos mercaderes, con hileras largas y aburridas de macizos sillones y sillas de caoba adosadas a las paredes, con arañas de cristal enfundadas, con tétricos espejos entre las ventanas. Todas estas salas estaban completamente vacías y deshabitadas, porque el viejo enfermo se acurrucaba en un cuartito, en un dormitorio pequeño y apartado donde le servían una vieja criada, que se cubría los cabellos con un pañuelo, y un «rapaz» que se pasaba las horas apostado en el arcón de la antesala. Por culpa de sus piernas hinchadas el viejo casi no podía andar y solo de vez en cuando se levantaba de su sillón de cuero y, con la vieja sujetándolo por el brazo, daba un par de vueltas por la habitación. Hasta con esta vieja

se mostraba severo y huraño. Cuando le anunciaron la llegada del «capitán», enseguida ordenó que lo despacharan. Pero Mitia insistió y se anunció otra vez. Kuzmá Kuzmich interrogó al rapaz detenidamente: ¿qué pinta tiene?, ¿no estará bebido?, ¿no irá a armar un escándalo? Y la respuesta fue: «Está sobrio, pero no quiere irse». El viejo volvió a ordenar que lo echaran. Entonces Mitia, que lo había previsto y había cogido, por si acaso, papel y lápiz, escribió con letra clara en un trozo de papel: «Por un asunto urgentísimo que afecta mucho a Agrafiona Aleksándrovna», y se lo envió al viejo. Tras pensárselo un momento, el viejo le dijo al muchacho que llevara al visitante a la sala y a la vieja la envió abajo con la orden de que su hijo menor se presentara arriba inmediatamente. El hijo menor, un hombre de unos doce vershki y de fuerza extraordinaria, que se afeitaba la cara y vestía a la alemana (el propio Samsónov llevaba caftán y barba), se presentó enseguida, sin decir ni palabra. Todos temblaban ante el padre. Éste había llamado al joven no por miedo al capitán, pues era un hombre que no se amilanaba fácilmente, sino por si acaso, por contar con un testigo. Acompañado de su hijo, que lo llevaba del brazo, y del muchacho, apareció por fin en la sala. Cabe suponer que sentía una curiosidad bastante grande. La sala en la que esperaba Mitia era una pieza enorme y tétrica, que llenaba el alma de angustia, con dos filas de ventanas y una galería, con las paredes imitando el mármol y tres enormes arañas con fundas. Mitia estaba sentado en una silla pequeña junto a la puerta de entrada y aguardaba su destino con nerviosa impaciencia. Cuando el viejo apareció por la puerta del otro extremo, a unos diez sazheni, Mitia saltó de la silla y fue a su encuentro con paso firme y largo de soldado. Iba convenientemente vestido, la levita abotonada, el sombrero redondo en la mano y guantes negros, exactamente igual a como había ido al monasterio tres días antes a ver al stárets, en compañía de Fiódor Pávlovich y sus hermanos. El viejo lo esperó de pie, severo y con aire de importancia, y Mitia pudo sentir que, mientras se acercaba, lo examinaba de arriba abajo. También le llamó la atención la cara de Kuzmá Kuzmich, excesivamente abotargada en los últimos tiempos: el labio inferior ya de por sí grueso ahora parecía una especie de torta colgando. Grave y en silencio se inclinó ante el visitante, le señaló un sillón junto al diván y lentamente, apoyándose en el brazo de su hijo y gimiendo de dolor, tomó asiento en el diván enfrente de Mitia; éste, al ver el doloroso esfuerzo, no tardó en arrepentirse y se sintió ligeramente avergonzado por su insignificancia en esos momentos ante una persona tan importante a la que había importunado.

—¿Qué se le ofrece, señor? —dijo lenta y claramente el viejo, al fin sentado, en tono severo, pero cortés.

Mitia se estremeció, poco le faltó para ponerse en pie, pero siguió sentado. Después comenzó a hablar alto, rápido, nervioso, gesticulando, con evidente excitación. Se notaba que era un hombre que había llegado al límite, que estaba destruido y buscaba una última salida; si fracasaba, estaba dispuesto a arrojarse al

agua de inmediato. Probablemente el viejo Samsónov lo había comprendido al instante, aunque su rostro permanecía inmutable y frío como una estatua.

—El honorabilísimo Kuzmá Kuzmich probablemente haya oído hablar más de una vez de mis discrepancias con mi padre, Fiódor Pávlovich Karamázov, que me ha despojado de mi herencia después de que mi madre... como toda la ciudad se calienta la boca hablando de eso... porque aquí todos hablan de lo que no deben... Y, además, ha podido enterarse por Grúhenka... perdón, por Agrafiona Aleksándrovna... a la que tanto respeto y venero... —Así empezó Mitia, atascándose desde la primera palabra. Pero no vamos a reproducir aquí su discurso palabra por palabra, sino que ofreceremos solo un resumen. El asunto consistía en que tres meses antes había consultado premeditadamente (dijo «premeditadamente» y no «expresamente») a un abogado de la capital, «seguramente Kuzmá Kuzmich haya tenido el placer de conocer a ese famoso abogado, Pável Pávlovich Korneplódov... De frente despejada, talento casi de estadista... él también le conoce a usted... dijo maravillas de usted...», y aquí se lió de nuevo. Pero estas interrupciones no lo detenían, enseguida las superaba y proseguía. Este Korneplódov le había dicho, tras interrogarlo minuciosamente y examinar los documentos que pudo mostrarle (Mitia habló con poca claridad y especial precipitación de aquellos documentos), que era posible entablar una demanda por la aldea de Chermashniá, pues en efecto debía pertenecerle a él, por herencia materna, y de esa manera dejar desconcertado a ese viejo bribón... «porque no todas las puertas están cerradas y la justicia conoce bien todos los resquicios». En una palabra, había esperanzas de que Fiódor Pávlovich le pagara otros seis mil, incluso siete, puesto que Chermashniá valía no menos de veinticinco mil, es decir, seguro que veintiocho, «treinta, treinta, Kuzmá Kuzmich, mientras que yo, figúrese, ¡ni diecisiete he sacado de ese hombre despiadado! Así que yo, —decía Mitia—, dejé ese asunto porque no entiendo de leyes, pero al llegar aquí me quedé petrificado con una demanda en mi contra —aquí Mitia volvió a embrollarse y de nuevo saltó bruscamente a otra cosa—: así que —dijo—, si usted deseara, honorabilísimo Kuzmá Kuzmich, adquirir mis derechos contra ese monstruo, dándome a mí solo tres mil... En ningún caso saldría usted perdiendo, se lo juro por mi honor, todo lo contrario, puede hacerse con unos seis o siete mil en lugar de esos tres... Pero lo más importante es que todo quede zanjado “hoy mismo”. Puede ser ante notario, si le parece... o como usted vea... En una palabra, estoy dispuesto a todo, le entregaré todos los documentos que exija, firmaré lo que haga falta... y ese papel lo formalizaríamos enseguida, a ser posible, a poco que fuera posible, esta misma mañana... Usted me entregaría esos tres mil... aparte de usted, quién tiene tanto capital en esta ciudad... y así me salvaría de... en una palabra, salvaría mi pobre cabeza para una acción noble, una acción muy noble, podría decirse... puesto que profeso los más nobles sentimientos por cierta persona que usted conoce bien y por la que vela como un padre. De otro modo no habría

venido, si no fuera como un padre. Y, si usted quiere, aquí hemos chocado tres frentes, pues el destino es algo terrible, Kuzmá Kuzmich. ¡Realismo, Kuzmá Kuzmich, realismo! Y, dado que usted hace ya tiempo que debería haber sido excluido, quedan dos frentes, quizá no me haya expresado con habilidad, pero no soy un hombre de letras. Así pues, una frente es la mía y la otra la de ese monstruo. Elija, entonces, o el monstruo o yo. Ahora depende de usted, tres destinos y dos opciones... Disculpe, me he liado, pero usted me entiende... En sus venerables ojos veo que me ha entendido... Si no me ha entendido, hoy mismo me arrojo al agua, ¡eso es!».

Mitia concluyó su disparatado discurso con este «¡eso es!» y, habiéndose levantado bruscamente, aguardaba la respuesta a su estúpida propuesta. En su última frase tuvo la repentina y desesperada sensación de que había fracasado y, sobre todo, de que no había dicho más que sandeces. «¡Qué extraño! De camino parecía buena idea, pero ¡qué de sandeces!»., pensó por un momento, presa de la desesperación. Mientras estuvo hablando, el viejo no se había movido y no había dejado de observarlo con una expresión glacial en la mirada. Lo hizo esperar un momento y por fin Kuzmá Kuzmich dijo con tono decidido y desolador:

—Disculpe, señor, pero nosotros no nos dedicamos a esa clase de negocios.

Mitia notó que le temblaban las piernas.

—¿Y qué hago yo ahora, Kuzmá Kuzmich? —balbuceó sonriendo lívido—. Estoy perdido, sabe usted.

—Disculpe, señor...

Mitia seguía de pie, mirándolo fijamente, cuando de pronto percibió que algo se movía en la cara del viejo. Se estremeció.

—Mire usted, esos negocios no nos convienen —dijo lentamente el viejo—, ir a juicio, abogados, ¡es una auténtica carga! Pero, si quiere, hay una persona, puede dirigirse a ella...

—¡Dios mío! ¿Quién es?... Me devuelve usted la vida, Kuzmá Kuzmich —balbuceó Mitia.

—No es de aquí y tampoco está en la ciudad, es un campesino que comercia con madera, le llaman Liagavy. Lleva ya un año en tratos con Fiódor Pávlovich por ese bosquecillo suyo de Chermashniá, quizá haya oído decir que tienen diferencias sobre el precio. Precisamente ahora ha vuelto y está en casa del pope Ilinski, a unas doce verstas de la posta de Volovia, en la aldea de Ilínskoie. Me ha escrito por ese negocio, es decir, a propósito del bosquecillo, pidiéndome consejo. El propio Fiódor Pávlovich quiere ir a verlo. Si usted se adelantara a Fiódor Pávlovich y le propusiera a Liagavy lo mismo que a mí, quizá él...

—¡Es una idea genial! —le interrumpió Mitia entusiasmado—. ¡Claro, directamente a él! Está regateando, le piden un precio demasiado alto, y en éstas le muestra nada menos que un documento de propiedad, ¡ja, ja, ja! —Mitia, de repente, soltó una

risotada corta y seca, tan inesperada que incluso a Samsónov le tembló la cabeza—. No sé cómo agradecerérselo, Kuzmá Kuzmich. —A Mitia le bullía la sangre.

—No hay de qué. —Samsónov inclinó la cabeza.

—Pero no sabe usted... me ha salvado, ay, un presentimiento me trajo hasta usted... En fin, ¡a ver al pope!

—No tiene que agradecermelo.

—Me voy ya mismo. He abusado de su salud. Nunca lo olvidaré, se lo dice un hombre ruso, Kuzmá Kuzmich, ¡un hombre rrruso!

—Claro, claro.

Mitia estuvo a punto de darle un apretón de manos al viejo, pero un destello maligno apareció fugazmente en su mirada. Mitia apartó la mano, aunque al mismo tiempo se reprochó su recelo. «Tiene que estar cansado...», pensó por un momento.

—¡Por ella! ¡Es por ella, Kuzmá Kuzmich! Comprende usted que todo es por ella — bramó de repente, con voz que retumbó por toda la sala, hizo una reverencia, se giró bruscamente y con los mismos pasos rápidos y largos de antes se dirigió a la salida sin volverse. Temblaba de emoción. «Todo estaba perdido y he aquí que un ángel de la guarda me ha salvado —le vino a la cabeza—. Y, si un comerciante como este anciano (un anciano nobilísimo, y ¡qué presencia!) me ha indicado este camino, está claro que... el camino ya está ganado. Ahora a correr. Regresaré antes de que anochezca, esta noche regresaré, pero la victoria es mía. ¿O es que el viejo se ha burlado de mí?» Eso exclamaba Mitia de camino a casa y, claro está, no podía imaginarse otra cosa, es decir, o se trataba de un consejo sensato (de un hombre de negocios como él), de alguien que conocía el asunto, que conocía al tal Liagavy (¡qué apellido tan raro!), o... ¡o el viejo se estaba burlando de él! ¡Ay!, este último pensamiento era el único cierto. Más tarde, mucho tiempo después, cuando ya había ocurrido toda la catástrofe, el propio Samsónov reconoció riéndose que había estado divirtiéndose a costa del «capitán». Era un hombre malvado, frío y malicioso, y con antipatías enfermizas por añadidura. No sé qué fue exactamente lo que movió entonces al viejo, si fue el entusiasmo evidente del capitán, la estúpida convicción de ese «manirroto y derrochador» de que Samsónov podía dejarse enredar en un «plan» que era un enorme disparate, o sus celos por Grúshenka, en cuyo nombre «ese golfo» había ido a pedirle dinero con semejante despropósito... pero el caso es que, mientras tenía delante a Mitia, quien sentía que le fallaban las piernas y exclamaba absurdamente que estaba perdido, en ese momento el viejo lo miró con rabia infinita y buscó la forma de burlarse de él. Una vez que Mitia hubo salido, Kuzmá Kuzmich, pálido de ira, se dirigió a su hijo y le ordenó que se tomaran medidas para en lo sucesivo no volver a ver el pelo a semejante desharrapado y para que no se le permitiera la entrada; de lo contrario...

No llegó a terminar su amenaza, pero incluso su hijo, que lo veía furioso a menudo, se echó a temblar de miedo. Una hora más tarde, el viejo aún tiritaba de rabia. Al anochecer, enfermó y mandó buscar al «galeno».

II. Liagavy

Así pues, tocaba «galopar», pero no tenía ni un kopek para los caballos, bueno, tenía dos grivny, pero nada más, ¡lo único que le quedaba de tantos años de bienestar! En casa tenía un viejo reloj de plata parado desde hacía mucho. Lo cogió y lo llevó a un relojero judío que tenía un tenderete en el mercado. Le dio seis rublos. «¡Esto no me lo esperaba!», exclamó Mitia entusiasmado (seguía estando entusiasmado), cogió los seis rublos y corrió a casa. En casa completó la cantidad cogiendo prestados tres rublos a los caseros, que se los dieron gustosos a pesar de que era su último dinero, hasta ese punto lo querían. En su estado de entusiasmo, Mitia les reveló enseguida que su destino se estaba decidiendo y les contó, claro que con muchísima prisa, casi todo el «plan» que acababa de exponer a Samsónov, después, la decisión de Samsónov, sus futuras esperanzas y demás. Ya antes les había confiado a los caseros muchos de sus secretos: por eso lo miraban como a uno de los suyos y no como a un señor orgulloso. Habiendo reunido de este modo nueve rublos, mandó buscar caballos de posta para ir a Volovia. Sin embargo, de esta forma, quedó registrado y señalado el hecho de que «la víspera de cierto suceso, a mediodía, Mitia no tenía ni un kopek y, para conseguir dinero, vendió un reloj y tomó prestados tres rublos a los caseros, y todo ello en presencia de testigos».

Señalo este hecho de antemano, después quedará claro por qué lo hago.

Tras partir al galope hacia la posta de Volovia, Mitia, aunque se regocijaba con el presentimiento de que al fin terminarían «todos estos asuntos» y les daría solución, temblaba de miedo: ¿qué pasaría con Grúshenka en su ausencia? ¿Y si precisamente se decidía a ir a ver a Fiódor Pávlovich ese mismo día? Por eso se había ido sin decírselo y había pedido a los caseros que por nada del mundo revelaran dónde se había metido si alguien preguntaba por él. «Es imprescindible, imprescindible, que esté de regreso antes de la noche —se repetía mientras iba dando bandazos en la telega—, y lo mejor sería traerme a ese Liagavy... para cerrar la operación»; así, con el alma en vilo, iba soñando Mitia, pero ¡ay!, no estaba escrito, ni mucho menos, que sus sueños fueran a cumplirse de acuerdo con su «plan».

En primer lugar, sufrió un retraso al tomar por un camino vecinal a partir de la posta de Volovia. Por este camino eran dieciocho verstas, no doce. En segundo lugar, no encontró en casa al pope Ilinski, pues se había acercado un momento a una aldea vecina. Mientras lo buscaba allí, y habiendo ido hasta esta otra aldea con los mismos caballos, ya agotados, se le hizo casi de noche. El pope, un hombre de aspecto tímido y afectuoso, enseguida le explicó que el tal Liagavy, que en un principio se había

hospedado en su casa, estaba ahora en Sujói Posiólok e iba a pasar la noche en la isba del guardabosque, porque también allí comerciaba con madera. Ante los reiterados ruegos de Mitia de que lo llevara a ver a Liagavy inmediatamente, para «de ese modo, por así decirlo, salvarlo», el pope terminó por acceder, aunque al principio había titubeado, pues parece que le producía curiosidad acompañarlo a Sujói Posiólok; pero, por desgracia, aconsejó que fueran «a pata», puesto que solo sería una versta «y poquito más». Mitia, claro está, accedió y echó a andar con sus largas zancadas, por lo que el pobre pope casi tuvo que correr tras él. Era un hombrecillo aún joven y muy precavido. Enseguida Mitia empezó a hablarle de sus planes con viveza y nerviosismo y a pedirle consejo respecto a Liagavy, y así fue todo el camino. El pope le escuchaba con atención, pero le aconsejó poco. A las preguntas de Mitia respondía con evasivas: «No sé, huy, no sé, cómo quiere que lo sepa», y cosas así. Cuando Mitia empezó a hablar de sus discrepancias con su padre a cuenta de la herencia, el pope hasta se asustó, porque su relación con Fiódor Pávlovich era de cierta dependencia. De todos modos, le preguntó sorprendido por qué llamaba Liagavy a Gorstkin, ese campesino que se dedicaba al comercio, y le aclaró cumplidamente a Mitia que, aunque en realidad era Liagavy, tampoco lo era del todo, porque se ofendía muchísimo con ese nombre y había que llamarlo obligatoriamente Gorstkin, «de lo contrario no tendrá nada que hacer, ni siquiera le escuchará», concluyó el pope. Mitia se asombró un poco y enseguida explicó que Samsónov lo había llamado con ese nombre. Al conocer esa circunstancia, el pope cambió rápidamente de tema, aunque habría hecho bien si le hubiera explicado a Dmitri Fiódorovich lo que acababa de sospechar: si el propio Samsónov lo había enviado a ese hombre, y le había dicho que se llamaba Liagavy, ¿no lo estaría haciendo, por la razón que fuera, para burlarse? Y ¿no veía nada extraño en todo eso? Pero Mitia no tenía tiempo de detenerse «en esos detalles». Caminaba de prisa y solo al llegar a Sujói Posiólok intuyó que habían recorrido no una versta ni versta y media, sino seguramente tres; esto lo enojó, pero se dominó. Entraron en la isba. El guardabosque, conocido del pope, ocupaba una mitad; en la otra mitad, la estancia principal, separada por el zaguán, se había instalado Gorstkin. Entraron en esa estancia principal y prendieron una vela de sebo. La isba estaba bien caldeada. En una mesa de pino había un samovar apagado, una bandeja con tazas, una botella vacía de ron, un shtof de vodka sin terminar y unos restos de pan blanco. El forastero estaba tendido sobre el banco, con la ropa de abrigo doblada bajo la cabeza a modo de almohada, y roncaba profundamente. Mitia se quedó perplejo. «Tengo que despertarlo, este asunto es demasiado importante, con la prisa que me he dado; tengo que apresurarme y volver hoy mismo», empezaba a inquietarse; pero el pope y el guarda estaban callados sin dar su opinión. Mitia se acercó e intentó despertar a Gorstkin, lo hizo con energía, pero el durmiente no reaccionaba. «Está borracho — dictaminó Mitia—; ¿qué hago, Dios mío, qué hago ahora?» Y, de repente, con una

impaciencia terrible, empezó a tirarle de los brazos, de las piernas, a sacudirle la cabeza y a intentar incorporarlo para sentarlo en el banco. Aun así, después de grandes esfuerzos solo consiguió que empezara a gruñir y a maldecir con fuerza, aunque pronunciando con poca claridad.

—Será mejor que le dé algo de tiempo —dijo por fin el pope—; a lo que parece, no está en condiciones.

—Ha estado todo el día bebiendo —comentó el guarda.

—¡Dios mío! —gritó Mitia—, ¡si supieran lo importante que es para mí! ¡Lo desesperado que estoy!

—Sería mejor esperar a mañana —insistió el pope.

—¿A mañana? Por el amor de Dios, ¡eso es imposible! —Y en su desesperación a punto estuvo de lanzarse otra vez a despertar al borracho, pero desistió al comprender la inutilidad del esfuerzo. El pope callaba, el guarda, soñoliento, tenía un aire sombrío—. ¡Qué tragedias tan terribles origina en la gente el realismo! —dijo completamente desesperado. El sudor le corría por la cara.

Aprovechando la ocasión, el pope le expuso muy razonablemente que, aun suponiendo que consiguiera despertar al borracho, éste no iba a estar en condiciones de tener una conversación, tan bebido, «y, tratándose de un asunto tan importante, sería mejor que lo dejara para mañana...». Mitia abrió los brazos, desesperado, y accedió.

—Me quedaré aquí con una vela, bátiushka, para aprovechar la menor oportunidad. En cuanto se despierte, yo empezaré con lo mío... Te pagaré la vela —se dirigió al guarda—, también el cobijo, no olvidarás a Dmitri Karamázov. Solo que con usted, bátiushka, no sé qué hacer, ¿dónde se va a acostar?

—No, no, yo me voy a casa. En su yegua. —Señaló al guarda—. Y, con esto, me despido de usted. Le deseo éxito.

Así lo hicieron. El pope partió en la yegua contento de haberse librado al fin, pero seguía negando con la cabeza y dándole vueltas a si no sería mejor anticiparse e informar al día siguiente de este curioso caso a su protector Fiódor Pávlovich, «de lo contrario, puede enterarse en cualquier momento, enojarse y retirarme su favor». El guarda, rascándose, se dirigió en silencio a la otra parte de la isba y Mitia se sentó en el banco dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad, como había explicado. Una profunda angustia envolvía su alma como una bruma densa. ¡Una angustia profunda, terrible! Por más que cavilaba, no lograba llegar a ninguna conclusión. La vela se consumía, un grillo cantaba, en la habitación caldeada se hacía imposible respirar. De repente se imaginó un huerto, la entrada trasera de ese huerto, la puerta de la casa de su padre que se abre misteriosamente y Grúshenka que entra corriendo por esa puerta... Se levantó de un salto del banco.

—¡Qué tragedia! —exclamó, apretando los dientes, se acercó maquinalmente al durmiente y se puso a observarle la cara. Era un campesino enjuto, todavía joven, de cara bastante alargada, rizos castaños y una barbita rojiza, larga y fina; vestía camisa de percal y chaleco negro, en cuyo bolsillo asomaba la cadenita de un reloj de plata. Mitia contemplaba esa fisonomía con un odio terrible, y por alguna razón le resultaba especialmente odioso que tuviera el pelo rizado. Pero lo más insoportablemente ofensivo era estar allí, con su problema urgente, después de haber sacrificado tanto, de haber dejado tantas cosas, completamente agotado, y ver cómo ese parásito «del que ahora depende todo mi futuro ronca como si tal cosa, como si viniera de otro planeta»—. ¡Ay, ironía del destino! —exclamó Mitia y, de repente, perdiendo completamente la cabeza, se lanzó de nuevo a despertar al aldeano. Lo hacía con furia, tiraba de él, lo empujaba, incluso le golpeó, pero al cabo de unos cinco minutos sin haber conseguido nada, desesperado e impotente volvió al banco y se sentó—. ¡Qué estupidez, qué estupidez! —exclamaba—. Y... ¡qué deshonor! —añadió de repente sin saber por qué. Empezó a dolerle muchísimo la cabeza—. ¿Debería dejarlo? ¿Marcharme? —pensó—. Nada de eso, esperaré a mañana. Me he quedado aposta, ¡aposta! ¿A qué he venido a fin de cuentas? Además, no tengo cómo irme, a ver cómo me voy ahora de aquí, ¡ay, qué sinsentido!

La cabeza, sin embargo, le dolía cada vez más. Estaba sentado inmóvil y no fue consciente de que se iba adormeciendo y de que se quedaba dormido así, sentado. Debió de dormir dos horas o más. Se despertó por culpa de un dolor de cabeza insoportable, tan insoportable que quería gritar. Las sienas le palpitaban, le dolía la coronilla; una vez despierto, durante un buen rato no fue capaz de volver del todo en sí y darse cuenta de lo que pasaba. Por fin intuyó que en la habitación caldeada había muchísimo tufo y que podía morir. El campesino borracho seguía acostado y roncando; la vela se había derretido y estaba a punto de apagarse. Mitia empezó a gritar y, tambaleándose, atravesó el zaguán y entró en el cuarto del guarda. Éste se despertó enseguida al oír que en la otra pieza había tufo y, aunque reaccionó, se lo tomó con tal indiferencia que Mitia se sintió ofendido.

—Y, si se muere, si se muere, entonces... entonces ¿qué? —exclamaba Mitia delante de él, frenético.

Abrieron la puerta de par en par, abrieron las ventanas, el cañón de la chimenea, Mitia llevó a rastras desde el zaguán un cubo con agua, primero se remojó la cabeza y después, tras encontrar un trapo, lo empapó de agua y se lo aplicó a Liagavy en la cabeza. El guarda, en cambio, seguía tomándose lo ocurrido casi con desprecio y, después de abrir las ventanas, dijo lacónico: «Así está bien», y se volvió a acostar, dejando a Mitia un farol de hierro encendido. Mitia se ocupó del borracho atontado una media hora, remojándole la cabeza, y tenía el firme propósito de no dormir en toda la noche, pero, extenuado, se sentó un momento para recobrar aliento y cerró los

ojos al instante; a continuación se tendió en el banco sin darse cuenta y durmió como un tronco.

Se despertó muy tarde, eran alrededor de las nueve de la mañana. El sol brillaba con fuerza en las dos ventanas de la isba. El campesino de pelo rizado de la víspera estaba ya sentado en el banco y vestido con su poddiovka. Tenía delante un nuevo samovar y un nuevo shtof de vodka. Se había acabado el del día anterior y el nuevo estaba ya a medias. Mitia se incorporó y en un santiamén se dio cuenta de que el maldito campesino estaba otra vez borracho, profunda e irremediabilmente borracho. Lo miró un momento con los ojos a cuadros. El campesino lo miraba en silencio y con malicia, con cierta calma ofensiva, incluso con altanería y desdén, según le pareció a Mitia. Éste se decidió a hablar.

—Permítame, verá... yo... probablemente ya se haya enterado por el guarda de aquí, de la isba: soy el teniente Dmitri Karamázov, el hijo del viejo Karamázov, con quien está usted en tratos en relación con ese bosquecillo...

—¡Mientes! —recalcó de pronto el hombre, con firmeza y tranquilidad.

—¿Cómo que miento? ¿No conoce a Fiódor Pávlovich?

—No conozco a ningún Fiódor Pávlovich —profirió el campesino, moviendo la lengua con cierta torpeza.

—El bosquecillo, está usted negociando el precio del bosquecillo, despierte, vuelva en sí. El padre Pável Ilinski me ha acompañado hasta aquí... Usted escribió a Samsónov y él me ha enviado a verle... —Mitia jadeaba.

—¡M-mientes! —volvió a recalcar Liagavy.

A Mitia se le helaron los pies.

—Tenga piedad, ¡no es broma! Puede que sea por el alcohol. Pero, al fin y al cabo, usted puede hablar, comprender... de lo contrario... de lo contrario yo... ¡no entiendo nada!

—¡Eres el tintorero!

—Tenga piedad, soy Karamázov, Dmitri Karamázov, tengo un propuesta para usted... una propuesta ventajosa... muy ventajosa... sobre el bosquecillo.

El campesino se acariciaba la barba.

—No, tú aceptaste el trabajo y has resultado ser un canalla. ¡Eres un canalla!

—Le aseguro que se equivoca. —Mitia se retorció las manos desesperado. El campesino seguía acariciándose la barba y de pronto entornó los ojos con malicia.

—No, mira, tú dime una cosa: dime qué ley permite hacer jugarretas, ¿me oyes bien? ¡Eres un canalla! ¿Eso lo entiendes?

Mitia, pesaroso, dio un paso atrás, y de pronto fue como si «algo me golpeara en la frente», como él mismo diría más tarde. En un instante tuvo una especie de iluminación, «una luz se encendió y lo comprendí todo». Se quedó estupefacto, incapaz de entender cómo él, un hombre inteligente al fin y al cabo, había podido

cometer una estupidez de ese calibre, meterse en una aventura semejante y alargarla casi una jornada entera, ocuparse de ese Liagavy, humedecerle la cabeza... «En fin, está borracho como una cuba, y va a seguir bebiendo sin parar una semana más, ¿qué puedo esperar? ¿Y si Samsónov me ha enviado aquí a propósito? ¿Y si ella...? ¡Dios mío, qué he hecho!...»

El campesino lo miraba y se reía. En otra situación, es probable que Mitia hubiera matado, colérico, a ese estúpido, pero ahora se sentía débil como un niño. Se acercó lentamente al banco, cogió su abrigo, se lo puso en silencio y salió. No encontró al guarda en la otra habitación, no había nadie. Sacó del bolsillo cincuenta kopeks en monedas y las dejó sobre la mesa, por la estancia, la vela y las molestias. Al salir de la isba vio que alrededor solo había bosque, nada más. Caminó al azar sin recordar siquiera qué dirección debía tomar desde la isba, si a la derecha o a la izquierda. La noche anterior, viniendo con el pope, no se había fijado en el camino. No había en su alma el menor deseo de vengarse de nadie, ni siquiera de Samsónov. Caminaba por un estrecho camino forestal sin pensar en nada, perdido, con «su idea perdida», sin preocuparse en absoluto de hacia dónde iba. Un niño que le hubiera salido al paso habría podido derribarlo, tal era entonces su debilidad de cuerpo y alma. Con gran esfuerzo, sin embargo, consiguió salir del bosque, aparecieron campos segados, desnudos, en un espacio inmenso. «¡Qué desolación! ¡Cuánta muerte alrededor!», se repetía mientras seguía adelante.

Lo salvaron unos viajeros: un cochero llevaba a un viejo comerciante por un camino vecinal. Cuando los tuvo a su altura, Mitia les preguntó por el camino y resultó que también iban a Volovia. Negociaron y lo aceptaron como compañero de viaje. Llegaron en tres horas. En la posta de Volovia Mitia pidió inmediatamente caballos para la ciudad y se dio cuenta de que estaba muerto de hambre. Mientras enganchaban los caballos le hicieron unos huevos. Se los comió en un santiamén, también se comió una rebanada grande de pan, un trozo de salchichón que encontró, se bebió tres copitas de vodka. Habiendo recobrado fuerzas, se animó y su alma volvió a despejarse. Volaba por el camino, apremiaba al cochero y, de pronto, trazó un plan nuevo ya «indiscutible» para conseguir ese mismo día antes del anochecer «el maldito dinero». «¡Pensar que por culpa de tres mil insignificantes rublos puede arruinarse el destino de un hombre! —exclamó con desdén—. ¡Hoy mismo lo solucionaré!» Y, de no haber sido porque no podía parar de pensar en Grúshenka y en si le había sucedido algo, quizá se hubiera alegrado. Pero el recuerdo de ella se clavaba en su alma a cada minuto como un cuchillo afiliado. Al fin llegaron y corrió a casa de Grúshenka.

III. Minas de oro

Ésta era, precisamente, la visita de Mitia de la que Grúshenka había hablado a Rakitin con tanto miedo. Estaba esperando la llegada de su «estafeta», encantada de que Mitia no hubiera ido ni ese día ni el anterior; tenía la esperanza de que, Dios mediante, no apareciera por allí antes de que ella partiera, pero entonces se presentó de improviso. Lo demás lo conocemos: para deshacerse de él, lo convenció rápidamente de que la acompañara a casa de Kuzmá Samsónov, como si necesitara ir allí a «contar dinero», y una vez que Mitia la hubo acompañado le arrancó la promesa, al despedirse junto al portalón de Kuzmá, de que pasaría a buscarla pasadas las once para acompañarla de vuelta a casa. Mitia también quedó satisfecho con esta decisión: «Si está en casa de Kuzmá, quiere decirse que no irá a ver a Fiódor Pávlovich... siempre que no esté mintiendo», añadió acto seguido. Pero, a simple vista, parecía que no mentía. Dada la índole de sus celos, en cuanto se separaba de la mujer amada ya estaba imaginando Dios sabe qué horrores sobre lo que estaría haciendo, y pensando en cómo lo «engañaba», pero, en cuanto volvía corriendo a su lado, conmovido, abatido e irremediamente convencido de que la amada se las había ingeniado para engañarlo, con la primera mirada a su rostro, al rostro risueño, alegre y dulce de aquella mujer, su espíritu resucitaba y al instante desaparecía toda sospecha y con dichosa vergüenza se reprendía por sus celos. Después de acompañar a Grúshenka, se fue corriendo a casa. ¡Tenía todavía tantas cosas que hacer! Pero, al menos, se sentía aliviado. «Ahora tengo que interrogar cuanto antes a Smerdiakov y saber si anoche pasó algo, si estuvo ella, esperemos que no, en casa de Fiódor Pávlovich, ¡ay!», se decía. Así que ni tiempo había tenido de llegar a su casa cuando los celos ya estaban escarabajando de nuevo en su inquieto corazón.

¡Celos! «Otelo no era celoso, sino confiado», observó Pushkin, y ya solo esta observación pone de manifiesto la profunda inteligencia de nuestro gran poeta. Otelo simplemente tenía el alma rota y toda su concepción del mundo se vio enturbiada porque su ideal había sido destruido. Pero Otelo no comenzó a ocultarse, a espiar y a acechar, él confiaba. Al contrario, hubo que provocarlo, sugerirle, excitarlo con considerable esfuerzo para que se diera cuenta de la traición. Los auténticos celosos no son así. No es posible imaginar siquiera toda la deshonra y la decadencia moral con la que es capaz de transigir el celoso sin el menor remordimiento de conciencia. Y no es que sean almas vulgares y sucias. Al contrario, es posible ocultarse bajo las mesas, sobornar a gente infame y acostumbrarse a la inmundicia más ruin del acecho y el fisgoneo teniendo un gran corazón, sintiendo un amor puro, lleno de abnegación.

Otelo no podía de ninguna forma resignarse a la traición —no era incapaz de perdonar, sino de resignarse—, a pesar de que su alma era apacible y pura como el alma de un niño. No sucede lo mismo con un auténtico celoso: ¡es difícil imaginar a qué puede acostumbrarse y resignarse y qué puede perdonar un celoso! Los celosos están más dispuestos a perdonar que los demás hombres, y esto lo saben todas las mujeres. Un celoso puede y es capaz de perdonar (después de una terrible escena, desde luego) muy rápidamente, por ejemplo, una traición que prácticamente ha sido probada, unos abrazos y unos besos que ha visto con sus propios ojos, siempre que al mismo tiempo pueda convencerse de algún modo de que eso ha ocurrido «por última vez» y de que, desde ese momento, su rival va a desaparecer, parte a los confines del mundo, o de que él mismo se lleva a su amada a cualquier sitio donde ya no va a encontrarse con ese terrible adversario. Por supuesto, la reconciliación apenas durará una hora porque, aun en el caso de que el adversario haya desaparecido realmente, al día siguiente el celoso se inventará uno nuevo y empezará a sentir celos de este nuevo rival. Y alguien podría preguntarse qué puede haber en un amor ante el que hay que estar siempre alerta, qué puede valer tanto en un amor para que deba vigilarse con tal esfuerzo. Pero esto nunca lo comprenderá un auténtico celoso, aunque entre ellos en verdad haya personas de gran corazón. Es admirable que estas mismas personas de gran corazón, cuando están en algún cuartucho figoneando y espiando, aunque son plenamente conscientes, «con su gran corazón», de la vergüenza a la que se han arrastrado, al menos en ese momento, mientras están en ese cuartucho, no sienten remordimientos de conciencia. En presencia de Grúshenka, los celos de Mitia desaparecían y por un instante se convertía en una persona confiada y noble, incluso se despreciaba por sus malos sentimientos. Pero eso solo significaba que en su amor por esa mujer se encerraba algo bastante más elevado de lo que él suponía, que no era solo pasión, no era solo la «sinuosidad en el cuerpo» de la que le había hablado a Aliosha. Sin embargo, cuando Grúshenka desaparecía, Mitia empezaba automáticamente a sospechar en ella todas las bajezas y perfidias de la traición. Y sin remordimientos de conciencia.

Así pues, los celos volvían a bullir en él. En cualquier caso, debía darse prisa. Lo primero era conseguir algo de dinero, por poco que fuera, dando un sablazo. Los nueve rublos del día anterior casi se habían consumido en el viaje y es sabido que sin dinero no es posible dar un paso en ningún sitio. Pero ya en la telega, al tiempo que ideaba su nuevo plan, también había pensado a quién podía dar ese sablazo. Tenía un par de pistolas de duelo, bastante buenas, con cartuchos; hasta ahora no las había empeñado porque eran su bien máspreciado. Hacía tiempo había conocido en la taberna Ciudad Capital a un joven funcionario y allí se había enterado de que a este funcionario, soltero y con posibles, le apasionaban las armas, compraba pistolas, revólveres, dagas, las colgaba por las paredes de su casa, se las enseñaba a los

conocidos, se jactaba explicando cual maestro el mecanismo del revólver, cómo cargarlo, cómo disparar, etcétera. Sin pensárselo mucho, Mitia partió en su busca y le propuso que tomara en prenda las pistolas a cambio de diez rublos. Encantado, el funcionario intentó convencerlo de que se las vendiera, pero Mitia no accedió y el joven le entregó diez rublos después de asegurar que no le cobraría intereses. Se despidieron como amigos. Mitia se dirigió rápidamente al patio trasero de Fiódor Pávlovich, al cenador, para llamar cuanto antes a Smerdiakov. De esta suerte, volvió a darse el caso de que, apenas tres o cuatro horas antes de cierto incidente del que hablaré más tarde, Mitia no tenía ni un kopek y había empeñado por diez rublos su pertenencia más querida, y de repente, tres horas más tarde, había miles en sus manos... Pero me estoy adelantando.

En casa de Maria Kondrátiévna (la vecina de Fiódor Pávlovich) le esperaba una noticia que le sorprendió y alteró sobremanera, la enfermedad de Smerdiakov. Escuchó la historia de su caída en el sótano, luego la del ataque de mal caduco, la llegada del médico, la inquietud de Fiódor Pávlovich; con curiosidad se enteró de que su hermano Iván Fiódorovich había salido esa misma mañana para Moscú. «Debe de haber pasado por Volovia antes que yo —pensó, pero Smerdiakov le preocupaba en extremo—. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Quién va a vigilar, quién me va a tener informado?» Empezó a preguntar con ansia a las mujeres si no habían notado algo la tarde del día anterior. Ellas comprendieron muy bien lo que estaba tratando de averiguar y lo convencieron: no había venido nadie, Iván Fiódorovich había pasado la noche allí, «todo estaba en perfecto orden». Mitia se quedó pensativo. Sin lugar a dudas, también aquella noche tocaba montar guardia, pero ¿dónde? ¿Aquí o junto a la casa de Samsónov? Resolvió que aquí y allí, según su criterio, pero mientras, mientras... El caso era que tenía que poner en marcha su «plan» más reciente, ese nuevo y seguro, ideado en la telega y cuya ejecución ya no era posible posponer. Mitia decidió dedicarle una hora: «En una hora lo habré resuelto todo, me habré enterado de todo y entonces... entonces, iré primero a casa de Samsónov, averiguaré si está allí Grúshenka, y luego regresaré aquí, hasta las once, después otra vez a casa de Samsónov a buscarla para acompañarla de vuelta a casa». Eso fue lo que decidió.

Corrió a su casa, se lavó, se peinó, se cepilló la ropa, se vistió y salió hacia casa de la señora Jojlakova. ¡Ay!, ahí estaba su «plan». Había decidido pedirle prestados tres mil rublos a esta dama. Y, sobre todo, de forma repentina, se había apoderado de él la insólita certeza de que no se los iba a negar. Quizá sorprenda que, estando tan seguro, no hubiera recurrido antes a ella, que formaba parte de su propio círculo, por así decir, en lugar de ir a ver a Samsónov, un hombre de otra clase con el que casi no sabía ni cómo hablar. Pero el caso era que en ese último mes casi había roto su relación con Jojlakova, e incluso antes ya se trataban poco y, sobre todo, él sabía perfectamente que ella no lo soportaba. Esta dama lo había odiado desde el principio

simplemente por ser el novio de Katerina Ivánovna, cuando ella por alguna razón lo que quería era que Katerina Ivánovna lo dejara y se casara con el «simpático Iván Fiódorovich, educado como un caballero, que tenía tan buenos modales». Odiaba los modales de Mitia. Éste solía burlarse de ella y en una ocasión dijo que era «tan viva y desenfadada como ignorante». Y he aquí que esa misma mañana, en la telega, se había visto iluminado por una brillante idea: «Ya que no quiere que me case con Katerina Ivánovna, y no lo quiere bajo ningún concepto —Mitia sabía que la idea la ponía histérica—, ¿por qué iba a negarme ahora esos tres mil rublos que, precisamente, me permitirían marcharme de aquí para siempre y dejar a Katia? Esas señoras malcriadas de clase alta, cuando se les antoja algo, no reparan en nada con tal de salirse con la suya. Y, además, es rica», razonaba. En cuanto al «plan» propiamente dicho, era el mismo que el anterior, es decir, se trataba de ofrecerle sus derechos sobre Chermashniá, pero ya no con fines comerciales como a Samsónov, ya no tentando a la dama con la posibilidad de amasar el doble de los tres mil, unos seis o siete mil rublos, sino simplemente como una valiosa garantía por la deuda. Mientras pergeñaba esta nueva idea, Mitia llegó al éxtasis, algo que siempre le sucedía cuando empezaba algo, en todas sus decisiones repentinas. Se entregaba con pasión a cada idea nueva. Aun así, cuando puso el pie en el porche de la casa de la señora Jojlakova, de pronto notó en la espalda un escalofrío de pánico: solo en ese segundo comprendió plenamente, y con claridad matemática, que aquélla sí era su última esperanza, que ya no le quedaba nada más si no le salía bien, «si acaso apuñalar y atracar a alguien por tres mil rublos, pero nada más...». Eran las siete y media cuando hizo sonar la campana.

Al principio la empresa pareció sonreírle: nada más anunciarse, lo recibieron con inusitada rapidez. «Ni que estuviera esperándome», se dijo Mitia y después, nada más ser conducido a la sala, entró la dueña casi corriendo y le confesó sin más que lo esperaba...

—¡Sí, sí, le estaba esperando! No podía imaginarme siquiera que viniera usted a verme, estará usted de acuerdo conmigo, y, sin embargo, le estaba esperando, se sorprenderá de mi instinto, Dmitri Fiódorovich, pero esta mañana estaba convencida de que vendría hoy.

—En efecto, es sorprendente, señora —dijo Mitia mientras tomaba asiento con cierta torpeza—, pero... he venido por un asunto extremadamente importante... importante entre los importantes, para mí, quiero decir, señora, para mí únicamente, es que tengo prisa...

—Sé que es por un asunto importantísimo, Dmitri Fiódorovich, y aquí ya no se trata de ningún presentimiento ni de una retrógrada inclinación a los milagros (¿ha oído lo del stárets Zosima?), esto son matemáticas: usted no podía dejar de venir después de todo lo ocurrido con Katerina Ivánovna, no podía, no podía, es matemático.

—El realismo de la vida real, señora, eso es lo que es. Pero permítame que le esponga...

—Eso es, el realismo, Dmitri Fiódorovich. Ahora estoy totalmente a favor del realismo, estoy demasiado escarmentada con los milagros. ¿Se ha enterado de que ha muerto el stárets Zosima?

—No, señora, es la primera vez que lo oigo. —Mitia se sorprendió un poco. En su cabeza se formó la imagen de Aliosha.

—Esta noche, y figúrese...

—Señora —la interrumpió Mitia—, yo solo me figuro que estoy en una situación desesperadísima y que, si usted no me ayuda, todo se hundirá y yo me hundiré el primero. Perdone por la trivialidad de la expresión, pero estoy ardiendo, tengo fiebre...

—Lo sé, sé que tiene usted fiebre, lo sé todo, y usted no puede encontrarse en otro estado de ánimo y, diga usted lo que diga, yo lo voy a saber de antemano. Hace mucho que vengo pensando en su destino, Dmitri Fiódorovich, yo velo por usted y he llegado a conocerle... Huy, créame, soy un doctor de almas experimentado, Dmitri Fiódorovich.

—Señora, si usted es un doctor experimentado, yo soy un enfermo experimentado —Mitia se obligó a hacerle un cumplido—, y presiento que, ya que tanto vela usted por mi destino, podrá favorecerlo en el momento de su perdición, pero para ello permítame que le esponga el plan con el que he tenido la osadía de presentarme... y lo que espero de usted... He venido, señora...

—No lo esponga, eso es secundario. Y, si hay que ayudarle, no será el primero al que ayudo, Dmitri Fiódorovich. Seguramente habrá oído hablar de mi prima Belmésova: su marido estaba perdido, hundido, como ha dicho usted de forma tan característica, Dmitri Fiódorovich, pues bien, yo lo orienté hacia la cría de caballos de raza y ahora está prosperando. ¿Usted entiende de cría de caballos, Dmitri Fiódorovich?

—No tengo la menor idea, señora, ¡ni la menor idea! —exclamó Mitia impaciente y nervioso, casi poniéndose de pie—. Solo le suplico, señora, que me escuche, déjeme hablar libremente apenas dos minutos para que pueda, en primer lugar, exponerle todo, todo el proyecto que me ha traído aquí. Además, me falta tiempo, ¡tengo muchísima prisa! —gritó histérico, viendo que ella iba a ponerse a hablar otra vez y con la esperanza de acallarla—. He venido aquí desesperado... en el último grado de la desesperación, para pedirle a usted dinero prestado, tres mil rublos, prestados, pero con una garantía segura, segurísima, señora, ¡de una seguridad total! Pero permita que se lo explique.

—¡Después, todo eso después! —la señora Jojlakova, a su vez, agitaba los brazos— ; y todo lo que pueda decirme lo sé de antemano, ya se lo he dicho. Usted pide una

cantidad, necesita tres mil, pero yo le daré más, infinitamente más, le salvaré, Dmitri Fiódorovich, pero ¡tiene que obedecerme!

Mitia volvió a saltar de su asiento.

—Señora, ¡cómo puede ser usted tan buena! —exclamó con extraordinaria emoción—. Me ha salvado, Dios mío. Ha salvado a un hombre de una muerte violenta, señora, de un disparo de pistola... Mi eterno agradecimiento...

—¡Le daré infinitamente más, infinitamente más de tres mil rublos! —gritaba la señora Jojlakova observando con una sonrisa radiante el entusiasmo de Mitia.

—¿Infinitamente? No hace falta tanto. Necesito solo esos tres mil rublos fatídicos para mí y, por mi parte, he venido a garantizarle esa cantidad con gratitud infinita y le propongo un plan que...

—Ya ha dicho y hecho suficiente, Dmitri Fiódorovich —le atajó la señora Jojlakova con la pudorosa solemnidad de una benefactora—. He prometido salvarle y lo haré. Le salvaré igual que a Belmésov. ¿Qué opina de las minas de oro, Dmitri Fiódorovich?

—¿De las minas de oro, señora? Nunca he pensado en ellas.

—Sin embargo, yo lo he hecho por usted. He pensado y mucho. Hace un mes que le vengo observando con ese fin. Cien veces le he mirado cuando le veía pasar y me repetía: ahí va la persona enérgica que se necesita para las minas. Incluso he estudiado su forma de andar y me decidí: este hombre encontrará muchas minas.

—¿Por la forma de andar, señora? —Mitia sonrió.

—Sí, claro, por la forma de andar, ¿acaso niega que pueda conocerse el carácter por la forma de andar, Dmitri Fiódorovich? Las ciencias naturales lo confirman. Oh, ahora soy realista, Dmitri Fiódorovich. Desde hoy, después de toda esa historia en el monasterio que tanto me indispuso, soy una completa realista y quiero lanzarme a la actividad práctica. Estoy curada. ¡Suficiente!, como dijo Turguénev.

—Pero, señora, los tres mil que con tanta generosidad ha prometido prestarme...

—No se le escapan, Dmitri Fiódorovich —le interrumpió al instante Jojlakova—, esos tres mil los tiene de todas formas en el bolsillo, y no tres mil, sino tres millones, Dmitri Fiódorovich, ¡y en poquísimo tiempo! Le explicaré la idea: usted descubrirá unas minas, conseguirá millones, regresará y se convertirá en un hombre de acción, y también a nosotros nos pondrá en marcha, orientándonos hacia el bien. ¿O acaso hay que dejárselo todo a los judíos? Levantará edificios y fundará toda clase de empresas. Ayudará a los pobres y éstos le bendecirán. Estamos en el siglo del ferrocarril, Dmitri Fiódorovich. Usted será famoso e imprescindible para el Ministerio de Finanzas, que ahora anda tan necesitado. La caída de nuestro rublo no me deja dormir, Dmitri Fiódorovich, esta faceta mía apenas se conoce...

—¡Señora, por favor! —volvió a interrumpir Dmitri Fiódorovich con un presentimiento inquietante—, es muy, muy posible que siga su consejo, su sabio consejo, señora, y me ponga rumbo a... a esas minas... y vendré otra vez a hablar con

usted de ello... incluso muchas veces... pero ahora los tres mil rublos que con tanta generosidad... Ay, me sacarían del aprieto, y si fuera posible hoy... Es decir, verá, ahora no tengo tiempo, ni una hora...

—Suficiente, Dmitri Fiódorovich, ¡suficiente! —le interrumpió con firmeza la señora Jojlakova—. La pregunta es: ¿va a ir usted o no a las minas? ¿Ha tomado ya una decisión? Responda matemáticamente.

—Iré, señora, después... Iré a donde quiera, señora, pero ahora...

—¡Espere! —gritó la señora Jojlakova, se puso en pie de un salto, se abalanzó sobre un espléndido escritorio con innumerables cajoncitos y empezó a abrir uno tras otro buscando algo con mucha urgencia.

«¡Los tres mil! —pensó Mitia petrificado—, y así, de repente, sin ningún papel, sin documentos... ¡Oh, es como un pacto entre caballeros! Es una mujer admirable, si no fuera tan parlanchina...»

—¡Aquí está! —gritó exultante la señora Jojlakova dirigiéndose a Mitia—. ¡Esto es lo que buscaba!

Era un icono de plata minúsculo con un cordón, de los que se llevan a veces al cuello junto con un crucifijo.

—Es de Kiev, Dmitri Fiódorovich —dijo con veneración—, de las reliquias de santa Bárbara, mártir. Permítame que se lo ponga al cuello y así bendecirle para su nueva vida y sus nuevas hazañas.

Y, efectivamente, le puso la imagen en el cuello y empezó a colocársela. Confuso, Mitia se inclinó un poco hacia delante y la ayudó, se colocó la imagen en el pecho, pasándola por la corbata y el cuello de la camisa.

—¡Ahora ya puede ir! —dijo la señora Jojlakova volviendo a sentarse solemnemente.

—Señora, estoy conmovido... ni siquiera sé cómo agradecerle, son tantos sentimientos, pero... si supiera lo valioso que es mi tiempo ahora... Esa cantidad que espero de su generosidad... Ay, señora, si tuviera la bondad, si fuera tan generosa conmigo —exclamó Mitia inspirado—, permítame que le confiese... que, bueno, usted ya lo sabe... sabe que amo aquí a cierta criatura... He engañado a Katia... a Katerina Ivánovna, quiero decir. Ay, he sido inhumano y deshonesto con ella, pero aquí me enamoré de otra... de una mujer que quizá usted desprecie, señora, porque usted ya sabe toda la historia, pero yo nunca podré dejarla, de ninguna manera, y por eso ahora esos tres mil...

—¡Déjelo todo, Dmitri Fiódorovich! —le cortó la señora Jojlakova con tono resuelto—. Déjelo todo, en especial a las mujeres. Su objetivo ahora son las minas, y no hay ninguna necesidad de llevar mujeres allí. Después, cuando regrese con dinero y gloria, encontrará a la compañera de su corazón entre la alta sociedad. Será una joven moderna, con conocimientos y sin prejuicios. Precisamente para entonces habré

madurado la cuestión de la mujer que ahora está empezando y aparecerá una mujer nueva...

—Señora, no se trata de eso, no... —imploraba Dmitri Fiódorovich.

—Sí, Dmitri Fiódorovich, justamente eso es lo que usted necesita, lo que ansía sin saberlo. Yo no estoy al margen, ni mucho menos, de la actual cuestión de la mujer, Dmitri Fiódorovich. El progreso de la mujer e incluso el papel político de la mujer en un futuro próximo, éstos son mis ideales. Yo también tengo una hija, Dmitri Fiódorovich, esta otra faceta mía tampoco se conoce apenas. He escrito sobre esto al escritor Shchedrín. Este escritor me ha enseñado tanto, tantas cosas me ha enseñado del destino de la mujer que el año pasado le envié una carta anónima con dos líneas: «Le envío un abrazo y un beso, querido escritor, por la mujer moderna, siga así». Y firmé: «Una madre». Estuve a punto de firmar «una madre contemporánea», pero dudé y me quede solo con «una madre», tiene más belleza moral, Dmitri Fiódorovich, además, la palabra «contemporánea» le hubiera recordado a El Contemporáneo, un recuerdo amargo para él en vista de la actual censura... Ay, Dios mío, ¿qué le ocurre?

—Señora —Mitia saltó al fin, juntando sus manos ante ella en una súplica impotente—, me va a hacer llorar, señora, si sigue retrasando lo que con tanta generosidad...

—¡Llore, Dmitri Fiódorovich, llore! Es un sentimiento hermoso... ¡le espera un buen camino! Las lágrimas le aliviarán, regresará después y se alegrará. Vendrá derecho de Siberia, galopando hasta mí, para compartir conmigo su alegría...

—Pero permítame —Mitia ya vociferaba—, se lo ruego por última vez, dígame, ¿puedo recibir hoy de usted la cantidad prometida? Si no, ¿cuándo debo venir a buscarla?

—¿Qué cantidad, Dmitri Fiódorovich?

—Los tres mil que me ha prometido... los que con tanta generosidad...

—¿Tres mil? ¿Rublos? No, no, yo no tengo tres mil rublos —dijo la señora Jojlakova entre tranquila y sorprendida. Mitia se quedó atónito.

—Cómo que... pero si ahora mismo... usted ha dicho... incluso que era como si ya los tuviera en el bolsillo...

—Huy, no me ha entendido bien, Dmitri Fiódorovich. Si piensa eso, es que no me ha entendido bien. Yo le hablaba de las minas... Es cierto que le he prometido más, infinitamente más que tres mil, lo recuerdo bien, pero yo me refería a las minas.

—Pero ¿el dinero? ¿Los tres mil? —exclamó tontamente Dmitri Fiódorovich.

—Ah, si usted está hablando de dinero, yo no lo tengo. Ahora no tengo nada, Dmitri Fiódorovich, precisamente ahora estoy batallando con mi administrador y hace unos días le pedí prestados quinientos rublos a Miúsov. No, no tengo dinero. Y sepa usted, Dmitri Fiódorovich, que si lo hubiera tenido, no se lo habría dado. En primer lugar, yo no le presto a nadie. Prestar dinero implica reñir. Y a usted, especialmente a

usted no se lo habría prestado, porque le aprecio, por eso no se lo habría dado, para salvarle, no se lo habría dado porque usted solo necesita una cosa: minas, minas, ¡minas!...

—¡Oh, que el diablo...! —rugió Mita y soltó un puñetazo en la mesa con todas sus fuerzas.

—¡Ay, ay! —gritó Jojlakova asustada y se alejó hasta la otra punta de la sala.

Mitia escupió y con pasos rápidos salió del cuarto, de la casa, a la calle, ¡a la noche! Andaba como loco golpeándose el pecho, en el mismo punto del pecho donde se había golpeado dos días antes en presencia de Aliosha, la última vez que lo había visto, a la caída de la tarde, en el camino. Qué significaban esos golpes en el pecho en el mismo punto y qué quería señalar de ese modo, de momento era un secreto que nadie en el mundo conocía y que ni siquiera había revelado a Aliosha entonces, pero ese secreto encerraba para él algo más que la deshonra, encerraba la derrota y el suicidio, así lo había decidido si no conseguía los tres mil rublos para pagar a Katerina Ivánovna y con ello arrancar de su pecho, «de ese punto del pecho», la deshonra que cargaba en él y que tanto pesaba en su conciencia. Todo eso le quedará claro al lector más adelante, pero ahora, después de que se esfumara su última esperanza, este hombre tan fuerte físicamente no había dado más que unos pocos pasos desde la casa de la Jojlakova cuando de pronto rompió a llorar como un niño pequeño. Caminaba sin sentir y se secaba las lágrimas con el puño. Así salió a la plaza y de pronto vio que tropezaba. Se oyó el chillido de una viejecita a la que había estado a punto de derribar.

—¡Ay, Señor, por poco no me matas! ¡Vas por ahí sin mirar, golfo!

—¿Cómo? ¿Es usted? —gritó Mitia al ver bien a la vieja. Era la criada que servía a Kuzmá Samsónov y en la que había reparado el día anterior.

—¿Y usted quién es, bátiushka? —dijo la vieja ya en un tono totalmente distinto—. No puedo reconocerle en esta oscuridad.

—Usted estaba en casa de Kuzmá Kuzmich, es su criada.

—Así es, bátiushka, he ido un momento a ver a Prójorych... Me parece que no le reconozco.

—Dígame, mátushka, ¿Agrafiona Aleksándrovna está allí ahora? —dijo Mitia fuera de sí por la espera—. La he acompañado hasta allí hace poco.

—Ha estado, bátiushka, vino, se quedó un rato y se marchó.

—¿Qué? ¿Se ha ido? —gritó Mitia—. ¿Cuándo?

—Pues nada más llegar, solo estuvo un minuto. Le contó una historia a Kuzmá Kuzmich, lo hizo reír y se fue corriendo.

—¡Mientes, maldita! —Mitia vociferaba.

—¡Ay, ay! —gritaba la vieja, pero Mitia ya había desaparecido, había echado a correr a casa de Morózova. Justo en ese momento Grúshenka se dirigía hacia Mókroie,

no había pasado más de un cuarto de hora desde su partida. Fenia estaba con su abuela, la cocinera Matriona, en la cocina cuando entró corriendo el «capitán». Al verlo, Fenia soltó un fuerte grito.

—Así que gritamos... —vociferó Mitia—. ¿Dónde está? —Pero, sin dar tiempo a responder a Fenia, que estaba aturdida por el miedo, se derrumbó a sus pies—: Fenia, por el amor de Dios, dime, ¿dónde está?

—Bátiushka, no sé nada, mi querido Dmitri Fiódorovich, no sé nada, aunque me mate, no sé nada —Fenia juraba y perjuraba—, si usted salió con ella hace nada...

—Pero ¡ella volvió!

—No ha venido, corazón, por Dios se lo juro, ¡no ha venido!

—Estás mintiendo —gritó Mitia—, tu miedo te delata, ¿dónde está?

Corrió a la calle. La aterrada Fenia estaba contenta de que todo hubiera acabado bien, pero comprendía perfectamente que, si no hubiera tenido él tanta prisa, quizá no se habría librado. Aunque fue todo muy rápido, Mitia aún había tenido tiempo de sorprender a Fenia y a la vieja Matriona con una ocurrencia totalmente inesperada: en la mesa había un mortero de cobre con su mano, una mano de cobre pequeña, que no pasaría de un cuarto de arshín de largo. Mientras salía, y ya con la puerta abierta, Mitia cogió al vuelo la mano del mortero, se la guardó en un bolsillo lateral y se esfumó.

—¡Ay, señor, quiere matar a alguien! —Fenia juntó las manos.

IV. De noche

¿Adónde iba? Es sabido: «¿Dónde iba a estar ella más que en casa de Fiódor Pávlovich? Ha ido allí desde casa de Samsónov, ahora está claro. Toda esta intriga, todos estos engaños ahora quedan al descubierto»... Todo esto le pasaba por la cabeza como un torbellino. No fue por el patio de Maria Kondrátievna: «No hace falta, ninguna falta... Así no darán la voz de alarma... Enseguida me traicionarían, irían a informarlos... Está claro que Maria Kondrátievna está también conchabada, y lo mismo Smerdiakov, sí, ¡están todos comprados!». Cambió de parecer: rodeó la casa de Fiódor Pávlovich por un callejón, atravesó corriendo la calle Dmítrovskaia, cruzó la pasarela y fue a parar directamente al apartado callejón trasero, vacío y desierto, cercado por un lado por la valla de zarzo del huerto vecino y por otro por la valla alta y sólida del huerto de Fiódor Pavlovich. Allí buscó un sitio, al parecer el mismo por el que, según contaba la leyenda que él conocía, Lizaveta la Maloliente se había subido a la valla. «Si ella pudo subirse —Dios sabrá por qué le vino ese pensamiento a la cabeza—, ¿por qué no voy a hacerlo yo?» Y, efectivamente, dio un salto y se las ingenió para agarrarse con una mano a la parte superior de la valla, cogió impulso, hizo un esfuerzo para subirse y se quedó sentado en lo alto. Muy cerca, en el huerto, estaba la bania y también se veían las ventanas iluminadas de la casa. «Ajá, hay luz en el dormitorio del viejo, ¡ella está ahí!», y saltó al huerto. Aunque sabía que Grigori estaba enfermo, que era posible que Smerdiakov lo estuviera también y que no había nadie que pudiera oírlo, instintivamente se escondió, se quedó inmóvil y aguzó el oído. Pero reinaba un silencio mortal y, como hecho aposta, la calma era total, no soplaba el más ligero viento.

«Y solo susurraba el silencio —sin saber por qué le vino este verso a la cabeza—. ¿Habrá oído alguien el salto? Parece que no.» Esperó un minuto y echó a andar en silencio por el huerto, por la hierba; esquivando árboles y arbustos, caminó un buen rato, procurando disimular cada paso y deteniéndose a escuchar a cada paso. Al cabo de unos cinco minutos llegó a las ventanas iluminadas. Recordaba que justo debajo de las ventanas había varios arbustos grandes, altos y frondosos de saúco y de mundillo. La puerta de la casa que daba al huerto, en la parte izquierda de la fachada, estaba cerrada con llave, cosa que comprobó expresa y concienzudamente al pasar. Finalmente alcanzó los arbustos y se escondió detrás de ellos. Contenía la respiración. «Tengo que esperar un poco —pensó—, por si han oído mis pasos y están atentos para asegurarse... con tal de no toser ni estornudar...»

Esperó un par de minutos, su corazón latía con fuerza y por momentos casi se ahogaba. «No, estas palpitaciones no se me van a pasar —pensó—, no puedo esperar más.» Estaba a la sombra de un arbusto, iluminado por delante por la luz de la ventana. «Un mundillo, ¡qué bayas más rojas!», susurró sin saber por qué. Suavemente, con pasos amplios y silenciosos se acercó a la ventana y se puso de puntillas. Toda la alcoba de Fiódor Pávlovich apareció con claridad ante sus ojos. Era una habitación pequeña dividida transversalmente por unos biombos rojos «chinos», como los llamaba Fiódor Pávlovich. «Chinos —recordó Mitia—, y Grúshenka está detrás.» Se puso a observar a Fiódor Pávlovich. Llevaba una bata de seda a rayas nueva —Mitia nunca se la había visto—, con el cinturón de seda de borlas atado. Por debajo del cuello de la bata asomaba ropa blanca limpia y elegante, una fina camisa holandesa con gemelos dorados. En la cabeza llevaba el mismo vendaje rojo que le había visto Aliosha. «Se ha engalanado», pensó Mitia. Fiódor Pávlovich estaba cerca de la ventana, aparentemente meditando; de pronto estiró el cuello, aguzó el oído por un momento y, al no oír nada, se acercó a la mesa, se sirvió media copita de coñac de una licorera y se la bebió. A continuación respiró a pleno pulmón, volvió a quedarse quieto, se acercó distraído al espejo de la entreventana, con la mano derecha se levantó un poco el vendaje rojo de la frente y empezó a examinarse los moratones y las heridas que todavía no se le habían ido. «Está solo —pensó Mitia—, con toda probabilidad está solo.» Fiódor Pávlovich se apartó del espejo, se volvió de pronto hacia la ventana y miró por ella. Mitia, de un salto, se metió entre las sombras.

«Puede que esté detrás de los biombos, puede que ya esté durmiendo», la idea le atravesó el corazón. Fiódor Pávlovich se apartó de la ventana. «Es a ella a quien busca por la ventana, así que no está. ¿Por qué, si no, iba a buscar en la oscuridad?... Está impaciente, se consume...» Mitia volvió a acercarse de un salto y otra vez miró por la ventana. El viejo ya estaba otra vez sentado a la mesa, visiblemente abatido. Finalmente se acodó en la mesa y apoyó la cabeza sobre la mano derecha. Mitia escrutaba con avidez.

«¡Solo, está solo! —se repetía—. Si ella estuviera aquí, tendría otra cara.» Era extraño pero en su corazón empezó a bullir cierto enfado absurdo y extraño por que ella no estuviera. «No es porque ella no esté —Mitia lo había comprendido y él solo se respondió—, es que nunca podré saber con seguridad si está o no.» Mitia recordaría después que en ese momento su cabeza estaba increíblemente despejada y comprendía hasta el último detalle, no se le escapaba nada. Pero la angustia, la angustia del desconocimiento y de la indecisión crecía en su corazón con excesiva rapidez. «Pero ¿está aquí o no?», su corazón palpitaba con rabia. Y de repente se decidió, alargó el brazo y golpeó suavemente el marco de la ventana. Hizo la señal convenida entre el viejo y Smerdiakov, dos primeros golpes más flojos y después tres más rápidos: tuc-tuc-tuc, la señal que indicaba: «Grúshenka ha venido». El viejo se

estremeció, levantó la cabeza y se acercó rápidamente a la ventana. Mitia retrocedió de un salto a la sombra. Fiódor Pávlovich abrió la ventana y asomó la cabeza.

—Grúshenka, ¿eres tú? ¿Eres tú? —decía medio susurrando, tembloroso—. ¿Dónde estás, chiquilla, ángel mío, dónde estás? —estaba terriblemente alterado, se ahogaba.

«¡Está solo!», resolvió Mitia.

—¿Dónde estás? —gritó de nuevo el viejo y asomó aún más la cabeza, también los hombros, para mirar por todos lados, a derecha y a izquierda—. Ven aquí, te he preparado un regalito, ven, te lo enseñaré.

«Es el sobre de los tres mil», pensó Mitia.

—Pero ¿dónde estás?... ¿En la puerta? Voy a abrir...

El viejo casi se cae por la ventana al mirar hacia la derecha, hacia donde estaba la puerta del huerto, intentando distinguirla en la oscuridad. Un segundo más, y saldría corriendo a abrir la puerta sin esperar la respuesta de Grúshenka. Mitia miraba de costado sin moverse. Le repugnaba muchísimo el perfil del viejo, la nuez flácida, la nariz de gancho, que sonreía ante la feliz expectativa, los labios, todo estaba vivamente iluminado por la luz oblicua de una lámpara en el lado izquierdo de la habitación. Una rabia terrible, frenética, empezó a agitarse en el corazón de Mitia: ¡ahí estaba, su rival, su verdugo, el verdugo de su vida! Era otro acceso de la misma rabia inesperada, vengativa y frenética que le había anunciado, como presintiéndola, a Aliosha cuatro días antes en el cenador, cuando respondió a su pregunta: «¿Cómo puedes decir que matarás a padre?».

«No lo sé, no lo sé... —dijo entonces—. Quizá no lo mate o quizá sí. Tengo miedo de que en ese momento su cara se vuelva odiosa para mí. Odio la nuez de su garganta, su nariz, sus ojos, su sonrisa obscena. Siento repugnancia física. Eso es lo que me da miedo. No podré contenerme...»

La repugnancia física aumentaba insoportablemente. Mitia estaba fuera de sí y de repente sacó la mano de cobre del bolsillo...

«Dios —diría Mitia después— velaba por mí.» Justo en ese momento el enfermo Grigori Vasílievich se despertó en su lecho. Esa tarde se había aplicado la conocida cura de la que Smerdiakov le había hablado a Iván Fiódorovich, que consistía en frotarse, con ayuda de su mujer, una tintura secreta fortísima a base de vodka y beberse el resto mientras ella murmuraba «una oración» y, después, echarse a dormir. Marfa Ignátievna también bebió y, como no acostumbraba a beber, se quedó dormida como un tronco al lado de su marido. Pero, inesperadamente, Grigori se despertó por la noche, reflexionó un momento y enseguida sintió un dolor agudo en la cintura, aunque se sentó en la cama. Después volvió a quedarse pensativo, se levantó y se vistió rápidamente. Quizá tuviera remordimientos de conciencia por haber estado durmiendo, dejando la casa sin vigilar «en un momento tan peligroso». Smerdiakov, lastimado por la caída, yacía sin moverse en el otro cuchitril. Marfa Ignátievna tampoco

se movía. «Esta mujer ya flojea», pensó Grigori Vasílievich y salió al porche gimiendo. Por supuesto, lo único que quería era echar un vistazo desde el porche, porque no tenía fuerzas para andar, el dolor en la cintura y en la pierna derecha era insoportable. Pero entonces recordó que aquella tarde no había cerrado con llave la cancela del huerto. Era un hombre de lo más cuidadoso y puntilloso, un hombre de viejas costumbres que se atenía al orden establecido. Cojeando y contrayéndose de dolor, bajó del porche y se dirigió al huerto. En efecto, la cancela estaba abierta de par en par. Maquinalmente se asomó al huerto, quizá le pareciera haber oído algún ruido; al mirar a la izquierda vio la ventana abierta en el dormitorio del señor, la ventana estaba vacía, ya nadie miraba por ella. «¿Qué hace abierta? No estamos en verano», pensó Grigori y, de pronto, justo en ese momento algo extraño atravesó el huerto. A unos cuarenta pasos corría lo que parecía un hombre, una sombra que se movía con mucha rapidez. «¡Ay, señor!», dijo Grigori y, fuera de sí, olvidándose del dolor en la cintura, se lanzó a cortar el paso. Atajó, pues conocía el huerto mejor que quien corría; éste se dirigía a la bania, se metió por detrás, se dirigió rápidamente hacia la pared... Grigori lo seguía sin perderlo de vista, corría frenético... Llegó a la valla justo en el momento en que el fugitivo intentaba saltarla. Fuera de sí, Grigori empezó a gritar, se lanzó contra la valla y con las dos manos le agarró la pierna.

En efecto su presentimiento no lo había engañado, lo había reconocido: era él, «el monstruo parricida».

—¡Parricida! —gritó el viejo para que le oyeran alrededor, pero solo le dio tiempo a gritar esto, luego cayó como fulminado por un rayo. Mitia saltó de nuevo al jardín y se inclinó sobre el caído. En las manos llevaba la mano de cobre y, maquinalmente, la arrojó a la hierba. Cayó a dos pasos de Grigori, pero no en la hierba, sino en el sendero, en el lugar más visible. Durante unos segundos contempló a Grigori. La cabeza del viejo estaba llena de sangre; Mitia alargó el brazo y empezó a palparle. Más tarde recordaría claramente que en ese momento deseaba «convencerse plenamente» de si le había roto la cabeza al viejo o solo lo había «aturdido» al golpearle en la coronilla con la mano de mortero. Pero la sangre manaba y manaba y enseguida un chorro caliente empapó los dedos temblorosos de Mitia. Recordaba haber sacado del bolsillo un pañuelo blanco nuevo, del que se había provisto para ir a casa de Jójlakova, y habérselo puesto al viejo en la cabeza, en un intento absurdo de retirarle la sangre de la frente y de la cara. Pero al instante el pañuelo se empapó de sangre. «Señor, para qué hago esto —Mitia, de pronto, recapacitó—, si le he roto la cabeza, cómo lo voy a saber ahora... Aunque en realidad da igual —añadió con desesperación—, si lo he matado, pues lo he matado... Has caído, viejo, así que descansa», dijo en voz alta y saltó la valla, aterrizó en el callejón y echó a correr. Llevaba arrugado en el puño derecho el pañuelo empapado de sangre, se lo guardó en el bolsillo trasero de la levita. Corría desesperado y los pocos transeúntes que se encontraron con él esa

noche en las calles de la ciudad recordarían después haber visto a un hombre que corría con rabia. Voló de nuevo a casa de Morózova. Poco antes Fenia, nada más marcharse él, había ido a ver al viejo portero Nazar Ivánovich y le había rogado «en nombre de Dios» que «no dejara entrar más al capitán ni hoy ni mañana». Nazar Ivánovich accedió, pero, como si lo hubieran hecho a propósito, se tuvo que ausentar, pues la señora lo llamó desde arriba. Por el camino se encontró con su sobrino, un joven de unos veinte años que acababa de llegar de la aldea, y le ordenó que se quedara en el patio, pero olvidó hablarle del capitán. Al llegar al portalón, Mitia llamó. El joven lo reconoció al instante: Mitia le había dado propina más de una vez. Le abrió la cancela, le dejó pasar y, con una alegre sonrisa, se apresuró a comunicarle amablemente que «Agrafiona Aleksándrovna no está en casa, señor».

—¿Dónde está, Prójor? —Mitia se detuvo.

—Se fue hace nada, como un par de horas, con Timoféi, a Mókroie.

—¿A qué? —gritó Mitia.

—Eso no puedo saberlo, señor... algo de un oficial, alguien de allá la llamó, enviaron caballos...

Mitia lo dejó allí y corrió como loco a buscar a Fenia.

V. Una decisión repentina

Fenia estaba en la cocina con su abuela, las dos se disponían a acostarse. Confiando en Nazar Ivánovich, tampoco esta vez habían cerrado por dentro. Mitia entró corriendo, se abalanzó sobre Fenia y la agarró por el cuello.

—Dime ahora mismo dónde está, a quién ha ido a ver a Mókroie —vociferaba exaltado.

Las dos mujeres chillaban.

—¡Ay!, se lo diré, ¡ay!, Dmitri Fiódorovich, querido, ahora mismo se lo digo, no me guardaré nada —gritó atropelladamente Fenia, muerta de miedo—. Ha ido a Mókroie, a ver al oficial.

—¿Qué oficial?

—El oficial de antes, el mismo, el de hace cinco años, el que la abandonó y se marchó —prosiguió Fenia, igual de atropelladamente.

Dmitri Fiódorovich apartó la mano del cuello. Estaba pálido como un muerto, mudo, pero en sus ojos se veía que lo había comprendido todo de golpe, con media palabra había comprendido hasta el último detalle y se había dado cuenta de todo. Lo hubiera comprendido o no, en ese momento no estaba para fijarse en la pobre Fenia. Al entrar, la había encontrado sentada sobre el baúl y así seguía ahora, temblando e inmóvil con las manos delante de la cara, como si quisiera defenderse. Lo miraba fijamente con sus pupilas asustadas, dilatadas por el miedo. Aquel hombre, para colmo, tenía las dos manos manchadas de sangre. Además, por el camino, mientras corría, debía de haberse tocado la frente para secarse el sudor de la cara, y también se había embadurnado la frente y la mejilla derecha con manchas rojas de sangre. Fenia estaba a punto de sufrir un ataque de histeria y la vieja cocinera se había levantado bruscamente y miraba como loca, casi había perdido el sentido. Dmitri Fiódorovich se quedó parado un minuto y luego se desmoronó en una silla al lado de ella.

No se sentó para pensar, sino que estaba como asustado, más exactamente estupefacto. Pero todo estaba claro como la luz del día. Ese oficial... lo sabía, lo sabía todo de él, Grúshenka se lo había contado personalmente, sabía que le había enviado una carta un mes antes. Así que a lo largo de todo ese mes lo habían tramado todo en secreto, a sus espaldas, justo hasta la presente llegada del nuevo personaje, ¡y ni siquiera había pensado en él! Pero ¿cómo había podido no pensar en él? ¿Por qué se había olvidado del oficial? ¿Por qué lo había olvidado nada más saber de su existencia? He aquí la pregunta que se alzaba ante él como una especie de monstruo. Y él contemplaba este monstruo realmente asustado, congelado de miedo. Pero de

pronto se puso a hablar con Fenia suave y dócilmente, como un niño tranquilo y cariñoso, olvidando por completo que acababa de aterrorizarla, ofenderla y herirla. Con una precisión extraordinaria, sorprendente incluso en su situación, empezó a interrogar a Fenia. Y Fenia, aunque le miraba asustada las manos ensangrentadas, comenzó a responder a cada pregunta también con sorprendente disposición y solicitud, casi como si tuviera prisa por contarle toda «la verdad verdadera». Poco a poco, incluso con cierta alegría, le fue exponiendo todos los detalles, no porque deseara atormentarlo, sino como si deseara de todo corazón hacerle un favor. Le contó hasta el último detalle de ese día, la visita de Rakitin y Aliosha, y cómo ella había montado guardia, cómo se había marchado la señorita y cómo le había gritado a Aliosha por la ventana que le mandaba a él, a Míténka, un saludo con una reverencia y que «recordara eternamente que ella lo había querido durante una hora». Al oír lo de la reverencia, Mitia de pronto esbozó una sonrisa y sus mejillas pálidas se sonrojaron. En ese momento Fenia le dijo, sin pizca de miedo por su curiosidad:

—Sus manos, Dmitri Fiódorovich, ¡están llenas de sangre!

—Sí —respondió Mitia mecánicamente, mirándose distraído las manos y olvidándose al instante de ellas y de la pregunta de Fenia. Volvió a sumirse en el silencio. Habían pasado unos veinte minutos desde que entró tan precipitadamente. El susto reciente se le había pasado, pero parecía que lo dominaba ya alguna nueva resolución inexorable. Se puso en pie de repente y sonrió pensativo.

—Señor, ¿qué le ha pasado? —dijo Fenia, volviendo a señalar sus manos: hablaba con compasión, como la criatura más cercana a él en ese momento de dolor.

Mitia se miró las manos de nuevo.

—Es sangre, Fenia —dijo mirándola con expresión extraña—, es sangre humana, ¡Dios mío, por qué la habré derramado! Pero... Fenia... aquí hay una valla —la miraba como si le estuviera proponiendo una adivinanza—, una valla alta y de aspecto terrible, pero... mañana al amanecer, cuando «el sol levante el vuelo», Míténka saltará esa valla... No entiendes qué valla es ésa, Fenia, pero no pasa nada... Da igual, mañana te enterarás y comprenderás todo... pero ahora ¡adiós! No te molestaré, me hago a un lado, sabré hacerme a un lado. Vive, vida mía... me amaste durante una hora, y recuerda siempre a Míténka Karamázov... Ella me llamaba Míténka, ¿te acuerdas?

Y con estas palabras salió de la cocina. Fenia se asustó con esta salida casi más que cuando había entrado corriendo y se había abalanzado sobre ella.

Exactamente diez minutos después, Dmitri Karamázov entraba en casa del joven funcionario Piotr Ilich Perjotin, a quien había dejado en prenda las pistolas. Ya eran las ocho y media y Piotr Ilich, que se había tomado un té en casa, acababa de ponerse de nuevo la levita para ir a la taberna Ciudad Capital a jugar al billar. Mitia lo sorprendió al salir. Éste, al ver su rostro manchado de sangre, soltó un grito:

—¡Dios mío! ¿Qué le ocurre?

—Bueno —dijo Mitia rápidamente—, he venido a por las pistolas, le he traído su dinero. Y mi gratitud. Voy con prisa, Piotr Ilich, por favor, rápido.

Piotr Ilich se iba sorprendiendo por momentos: Mitia llevaba en las manos un montón de dinero, pero lo más importante era que lo tenía cogido como nadie coge el dinero y había entrado con él como nadie entra con dinero. Llevaba todos los billetes en la mano derecha como exhibiéndolos, sujetándolos por delante de él. Un chico, el criado del funcionario que había recibido a Mitia en el vestíbulo, diría después que había entrado con el dinero en la mano y que también debía de haberlo llevado así por la calle, con la mano derecha adelantada. Eran todos billetes de cien rublos, de los irisados, y los sujetaba con los dedos ensangrentados. Más tarde Piotr Ilich declararía, ante las preguntas de los interesados en saber cuánto dinero había, que calcularlo a simple vista no era fácil, tal vez fueran dos mil, tal vez tres, pero el fajo era grande, y «bien prieto». El propio Dmitri Fiódorovich, como declaró más tarde, «estaba totalmente ido, pero no borracho, sino como en una especie de éxtasis, muy distraído, aunque al mismo tiempo como concentrado, pensando e intentando resolver algo, pero sin poder tomar una decisión. Tenía mucha prisa, respondía con brusquedad, de forma rara, por momentos parecía que no estaba apenado, sino incluso alegre».

—Pero ¿qué le ocurre, qué le ha pasado? —volvió a gritar Piotr Ilich mirando asustado a su huésped—. ¿Cómo se ha hecho tanta sangre? ¿Es que se ha caído? ¡Mire!

Lo agarró del codo y lo llevó delante de un espejo. Mitia, al ver su rostro lleno de sangre, se estremeció y frunció el ceño enojado.

—¡Demonios! ¡Solo me faltaba esto! —farfulló con rabia, se pasó rápidamente los billetes de la mano derecha a la izquierda y se sacó febrilmente el pañuelo del bolsillo. Pero el pañuelo estaba también lleno de sangre (era el mismo pañuelo con el que había limpiado la cabeza y la cara de Grigori), casi no quedaba ni un trocito blanco y, como había empezado a secarse, se había hecho un pegote duro y no había forma de extenderlo. Mitia lo arrojó con rabia al suelo—. ¡Demonios! No tendrá usted un trapo... para limpiarme...

—Entonces ¿solo se ha manchado? ¿No está herido? Será mejor que se lave —respondió Piotr Ilich—. Ahí está el aguamanil, yo le ayudaré.

—¿Un aguamanil? Está bien... solo que ¿dónde pongo esto? —Con una extraña perplejidad, le señaló a Piotr Ilich el fajo de billetes de cien, interrogándolo con la mirada, como si éste tuviera que decidir dónde debía guardar Mitia su dinero.

—Guárdelo en el bolsillo o déjelo ahí, en la mesa, no se perderá.

—¿En el bolsillo? Claro, en el bolsillo. Eso está bien... No, ¿sabe?, ¡todo esto son sandeces! —gritó, saliendo de pronto de su ensimismamiento—. Verá, primero acabemos con este asunto, el de las pistolas, usted me las devuelve y aquí está su

dinero... porque a mí me hace falta... me hace muchísima falta... y no tengo tiempo, lo que se dice ni un momento...

Cogió el primer billete del fajo y se lo alargó al funcionario.

—Pero no tengo cambio —señaló éste—. ¿No tiene uno más pequeño?

—No —dijo Mitia mirando otra vez el montón y, como si dudara de sus palabras, comprobó dos o tres de los primeros billetes—, no, son todos iguales —añadió y volvió a preguntar con la mirada a Piotr Ilich.

—Pero ¿de dónde ha sacado tanto dinero? —preguntó éste—. Espere que envíe al chico a la tienda de los Plótnikov. Suelen cerrar tarde, a ver si nos cambian. ¡Eh, Misha! —gritó, volviéndose hacia la entrada.

—A la tienda de los Plótnikov, ¡magnífico! —gritó Mitia, como iluminado por alguna idea—. Misha —se dirigió al chico que acababa de entrar—, mira, corre a la tienda de los Plótnikov y diles que Dmitri Fiódorovich les manda un saludo y que irá ahora mismo... Y escucha, que preparen champán para cuando llegue, tres docenas, y que me las empaqueten como la otra vez, cuando fui a Mó Kroie... Entonces me llevé cuatro docenas —de repente se dirigió a Piotr Ilich—; ellos ya saben, no te preocupes, Misha —se volvió de nuevo al chico—. Y otra cosa: que también haya queso, pastel de Estrasburgo, pescado ahumado, jamón, caviar, bueno, de todo lo que tengan, unos cien o ciento veinte rublos, como la otra vez... Y, atento, que no se olviden del postre, bombones, peras, dos o tres sandías, o cuatro, bueno, no, es suficiente con una, pero chocolate, pirulís, caramelos de fruta, caramelos blandos, bueno, de todo lo que me empaquetaron la otra vez para Mó Kroie, que sean como trescientos rublos con el champán... Bueno, que sea todo ahora exactamente igual. Te acordarás, Misha, si es que tú eres Misha, claro... Se llama Misha, ¿no? —volvió a dirigirse a Piotr Ilich.

—Espere —le interrumpió éste, que lo observaba con preocupación—, es mejor que vaya usted y se lo diga, porque él se va a liar.

—Sí, ya veo que se va a liar. Ay, Misha, y yo que quería darte un beso por el recado... Si no te lías, te doy diez rublos, venga, rápido... Champán, lo importante es que saquen el champán, y también coñac, y vino tinto, blanco... todo igual que entonces... Ellos ya saben cómo fue.

—¿Quiere escucharme? —le interrumpió Piotr Ilich ya con impaciencia—. Le digo que es mejor que vaya solo a por cambio y que les diga que no cierren, y ya irá luego usted y se lo encarga personalmente... A ver su billete. Marchando, Misha, rapidito.

Al parecer, Piotr Ilich quería echar de allí a Misha cuanto antes, porque el muchacho no apartaba la vista del rostro ensangrentado y de las manos llenas de sangre que sujetaban un manojo de billetes con dedos temblorosos, y se había quedado parado, boquiabierto por la sorpresa y el miedo, probablemente sin entender casi nada de lo que Mitia le estaba ordenando.

—Venga, ahora a lavarse —dijo Piotr Ilich inflexible—. Ponga el dinero en la mesa o guárdese en el bolsillo... Muy bien, vamos. Quítese la levita. —Y estaba ayudándolo a quitársela cuando de pronto volvió a gritar—: ¡Mire! ¡La levita también tiene sangre!

—No... no es la levita, es solo un poco en la manga... Y solo aquí, donde estaba el pañuelo. Habrá calado el bolsillo. Me senté encima del pañuelo en la cocina de Fenia, la sangre debe de haberse filtrado —le explicó enseguida Mitia con sorprendente confianza.

Piotr Ilich le escuchaba frunciendo el ceño.

—Qué será lo que ha hecho... Seguro que se ha pegado con alguien —farfulló.

Mitia empezó a lavarse. Piotr Ilich sujetaba el jarro y vertía el agua. Mitia se precipitaba y se enjabonó mal las manos (las manos le temblaban, recordaría más tarde Piotr Ilich). Entonces Piotr Ilich le ordenó que se echara más jabón y se frotara mejor. En ese momento parecía tener cierta autoridad sobre Mitia, cada vez más, a medida que pasaba el tiempo. Señalemos, de paso, que el joven no era nada tímido.

—Mire, no se ha lavado bien debajo de las uñas. Bueno, ahora frótese la cara, aquí, las sienes, las orejas... ¿Piensa ir por ahí con esa camisa? ¿Adónde va usted? Mire, el puño de la manga derecha tiene sangre.

—Sí, es sangre —advirtió Mitia al examinar el puño de la camisa.

—Cámbiesela.

—No tengo tiempo. Pero vea, vea... —continuó Mitia con la misma confianza, mientras se secaba con una toalla la cara y las manos y se ponía la levita—, si doblo por aquí el borde de la camisa, debajo de la levita ya no se ve... ¡Mire!

—Ahora dígame en qué lío se ha metido. ¿Se ha peleado con alguien? ¿Otra vez en la taberna, como aquella vez? ¿No habrá sido otra vez con el capitán, como cuando le golpeó y lo llevó a rastras? —le recordó Piotr Ilich, en tono de reproche—. O habrá zurrado a otro... ¿no habrá matado a alguien, por casualidad?

—¡Qué disparate! —dijo Mitia.

—¿Cómo que disparate?

—Déjelo —dijo Mitia y, de pronto, sonrió—. Lo que pasa es que hace un momento he atropellado a una viejecilla en la plaza.

—¿Atropellado? ¿A una viejecilla?

—¡A un viejo! —gritó Mitia mirando a Piotr Ilich a la cara, riendo y gritándole como si estuviera sordo.

—¡El diablo le lleve! Un viejo, una vieja... ¿Ha matado a alguien o no?

—Hemos hecho las paces. Nos hemos peleado, pero hemos hecho las paces. Allí mismo. Nos hemos separado amigablemente. Era un tonto... me ha perdonado, seguro que ya me ha perdonado... Si se hubiera levantado, no me habría perdonado —de pronto Mitia le guiñó el ojo—, pero ¿sabe?, al diablo con él, ¿lo oye, Piotr Ilich?,

¡al diablo con él! ¡No lo necesito! ¡En este momento no quiero! —concluyó Mitia tajantemente.

—Qué ganas tiene de meterse con todo el mundo... como entonces por esa tontería con el capitán asistente. Se ha peleado y ahora corre a montar una juerga, menudo carácter. Tres docenas de champán, ¿adónde va con tanto?

—¡Bravo! Y ahora las pistolas. Se lo juro, no tengo tiempo. Me encantaría hablar contigo, querido, pero no tengo tiempo. Además, no hace falta, ya es tarde para hablar. ¡Ah! ¿Dónde está el dinero, dónde lo he metido? —gritó y empezó a rebuscar en sus bolsillos.

—Lo ha dejado en la mesa... mire, ahí está. ¿Lo había olvidado? La verdad es que el dinero es como basura o agua para usted. Ahí tiene sus pistolas. Es extraño, hoy mismo, pasadas las cinco, empeña sus pistolas por diez rublos y ahora, fíjese, tiene usted miles. ¿Dos o tres mil, quizá?

—Tres quizá. —Mitia se echó a reír, metiéndose el dinero en un bolsillo lateral del pantalón.

—Ahí lo perderá. ¿Es que tiene una mina de oro?

—¿Una mina? ¡Minas de oro! —exclamó Mitia a voz en grito, y soltó una carcajada—. ¿Quiere una mina, Perjotin? Porque ahí mismo hay una dama que le dará alegremente tres mil, con tal de que vaya a las minas. A mí ya me los iba a dar, huy, ¡le gustan tanto las minas! ¿Conoce a Jojlakova?

—No, pero sé quién es. ¿Acaso ella le ha dado los tres mil? ¿Se los ha soltado así como así? —Piotr Ilich le miraba con desconfianza.

—Mañana, en cuanto el sol levante el vuelo, en cuanto ascienda Febo, eternamente joven, glorificando y alabando a Dios, vaya a su casa, vaya a ver a Jojlakova y pregúntele si me ha soltado esos tres mil o no. Compruébelo usted.

—No sé cuál es su relación con ella... Si usted lo afirma, será que se lo ha dado... Y tiene el dinero bien agarrado, y, en lugar de ir a Siberia, está usted lanzado... Y ¿adónde va usted ahora en realidad?

—A Mókroie.

—¿A Mókroie? Pero ¡si es de noche!

—¡Tenía Mastriuk todo, se quedó Mastriuk sin nada! —dijo Mitia de repente.

—¿Cómo que sin nada? ¿Es que esos miles no son nada?

—No hablo del dinero. ¡Al diablo el dinero! Hablo del carácter femenino.

Crédulo es el carácter de la mujer
y mudable, deshonesto.

»Estoy de acuerdo con Ulises, fue él quien lo dijo.

—¡No le entiendo!

—¿Es que está borracho?

—No estoy borracho, sino algo peor.

—Yo estoy borracho de espíritu, Piotr Ilich, borracho de espíritu, y con eso basta, con eso basta...

—Pero ¿qué está haciendo? ¿Carga la pistola?

—Sí, estoy cargando la pistola.

En efecto Mitia, tras abrir la caja con las pistolas, había quitado el sello al cuerno de la pólvora y, concentrado, la vertía y rellenaba la carga. Después cogió la bala y, antes de introducirla, la sujetó con dos dedos sobre una vela.

—¿Qué hace mirando una bala? —Piotr Ilich lo observaba entre inquieto y curioso.

—Nada, imaginar. Si estuvieras pensando en meterte esta bala en el cerebro, ¿no la mirarías mientras cargas la pistola?

—¿Para qué iba a mirarla?

—Bueno, va a entrar en mi cerebro, así que es interesante echarle un vistazo, saber cómo es... De todos modos, es una tontería, una tontería momentánea. Ya está —añadió, después de meter la bala y encajarla con estopa—. Piotr Ilich, querido, es una tontería, si usted supiera hasta qué punto... Bueno, deme un trocito de papel.

—Ahí tiene.

—No, uno liso, en blanco, para escribir. Eso es. —Y Mitia, que había cogido una pluma de la mesa, escribió rápidamente dos líneas en el papel, lo dobló en cuatro y se lo guardó en el bolsillo del chaleco. Metió las pistolas en la caja, la cerró con llave y cogió la caja. Después miró a Piotr Ilich con una sonrisa larga, pensativa—. Y, ahora, nos vamos.

—¿Adónde nos vamos? No, espere... No estará pensando en meterla en su cerebro, la bala esa... —dijo Piotr Ilich preocupado.

—¡La bala es una tontería! ¡Quiero vivir, amo la vida! Entérese. Y también amo al rubicundo Febo y su cálida luz... Querido Piotr Ilich, ¿sabes hacerte a un lado?

—¿Cómo que hacerme a un lado?

—Dejar el camino libre. Dejar el camino libre a la persona amada y a la persona odiada. Para que lo odiado se convierta en querido... ¡hay que dejarle el camino libre! Y decirles: «Quedad con Dios, adelante, seguid vuestro camino, mientras yo»...

—¿Mientras usted...?

—Es suficiente, vamos.

—Por el amor de Dios, voy a avisar a alguien —Piotr Ilich lo miró— para que no le dejen ir. ¿Para qué quiere ir ahora a Mókroie?

—Hay allí una mujer, una mujer, y ya es suficiente, Piotr Ilich, ¡se acabó!

—Óigame, aunque es usted un salvaje, siempre me ha caído bien... por eso me preocupo.

—Gracias, hermano. Un salvaje, dices. ¡Salvajes, salvajes! No hago más que repetirlo: ¡salvajes! Anda, aquí está Misha, me había olvidado de él.

Misha había entrado corriendo con el dinero cambiado e informó de que en la tienda de los Plótnikov «todos se han puesto en marcha» e iban a sacar las botellas, el pescado, el té... y que enseguida estaría todo listo. Mitia cogió diez rublos y se los tendió a Piotr Ilich; le ofreció otros diez a Misha.

—¡Ni se le ocurra! —gritó Piotr Ilich—. En mi casa no, además, es un regalo pernicioso. Guárdese su dinero, póngalo ahí, ¿qué hace derrochándolo así? Luego mañana le hará falta y vendrá a pedirme diez rublos. Pero ¿por qué se lo mete en el bolsillo lateral? ¡Lo va a perder!

—Escucha, querido amigo, ¿por qué no vamos juntos a Mókroie?

—¿Para qué quiero ir yo?

—Mira, si quieres, descorchamos ahora mismo una botella, ¡beberemos por la vida! Me apetece beber y, sobre todo, me apetece beber contigo. Nunca he bebido contigo, ¿no?

—Está bien, podemos ir a la taberna, yo ya iba hacia allá.

—No tengo tiempo para la taberna, vamos a la tienda de los Plótnikov, a la trastienda. ¿Quieres que te diga una adivinanza?

—A ver.

Mitia sacó del chaleco el papelito, lo desdobló y se lo enseñó. Con letra clara y grande se leía: «¡Me castigo con la muerte por toda mi vida! ¡Castigo toda mi vida!».

—Definitivamente, tengo que avisar a alguien, ahora mismo voy —dijo Piotr Ilich tras leer el papelito.

—No te va a dar tiempo, amigo, vamos a beber, ¡andando!

La tienda de los Plótnikov estaba un par de casas más allá de la de Piotr Ilich, en la esquina de la calle. Era el colmado más importante de nuestra ciudad, era de unos ricos comerciantes y no estaba nada mal. Tenía todo lo que se podía encontrar en cualquier tienda de la capital, toda clase de comestibles: vino «embotellado de los hermanos Yeliséiev», frutas, cigarros, té, azúcar, café y demás. Siempre había tres dependientes más otros dos chicos de reparto. Aunque nuestro país se había empobrecido, los terratenientes se habían dispersado y el comercio estaba estancado, esta tienda prosperaba igual que antes, incluso más cada año: nunca faltan compradores para estos artículos. En la tienda esperaban impacientes a Mitia. Recordaban muy bien que tres o cuatro semanas antes se había llevado también de una vez género de todo tipo y vino por valor de varios cientos de rublos y en dinero contante (no le habrían fiado nada, por supuesto); recordaban que, al igual que ahora, exhibía en sus manos un fajo de billetes irisados y los soltaba a lo loco, sin regatear, sin pensar ni querer pensar en cuánto costaba cada cosa, el vino y lo demás. Después se comentó por toda la ciudad que en aquella ocasión, cuando fue con Grúshenka a Mókroie, «se gastó en una noche y en el día siguiente tres mil rublos de golpe y volvió de la juerga sin nada, como su madre lo trajo al mundo». Movilizó a todo un campamento de cíngaros que en ese

momento estaba instalado en los alrededores de nuestra ciudad, y que en dos días, como estaba borracho, le sacaron el dinero a espuertas y bebieron a espuertas del vino más caro. Contaban, riéndose de Mitia, que en Mókroie había emborrachado con champán a los toscos aldeanos, que había dado de comer bombones y pastel de Estrasburgo a las mozas y a las mujeres del pueblo. También se reían en la ciudad, sobre todo en la taberna, contando que el propio Mitia había confesado sincera y públicamente (no se reían delante de él, claro está, reírse delante de él era un tanto peligroso) que por toda esa «escapada» solo había conseguido que Grúshenka «le permitiera besarle el pie, pero nada más».

Cuando Mitia y Piotr Ilich se acercaron a la tienda, en la entrada encontraron una troika ya preparada; en la telega, cubierta con una alfombra, llena de campanillas y cascabeles, el cochero Andréi aguardaba a Mitia. En la tienda ya casi les había dado tiempo a «apañar» una caja con artículos y solo esperaban que apareciera Mitia para clavetearla y cargarla en la telega. Piotr Ilich se sorprendió.

—Pero ¿de dónde has sacado una troika? —le preguntó a Mitia.

—Cuando iba corriendo a tu casa, me encontré con éste, con Andréi, y le ordené que fuera derecho a la tienda. ¡No hay tiempo que perder! La última vez fui con Timoféi, pero ahora a Timoféi échale un galgo, va por delante de mí con una hechicera. Andréi, ¿llevamos mucho retraso?

—Llegarán una hora antes que nosotros, o puede que ni eso, ¡solo nos llevan una hora! —respondió rápidamente Andréi—. Le he preparado el coche a Timoféi, sé cómo van. No llevan nuestra marcha, Dmitri Fiódorovich, nada que ver. ¡No van a sacarnos ni una hora! —remató, enardecido, Andréi, un cochero aún joven y pelirrojo, un muchacho enjuto vestido con poddiiovka y con un armiak en la mano izquierda.

—Cincuenta rublos para vodka si solo llegas una hora después.

—Una hora está garantizada, Dmitri Fiódorovich, ni media hora nos sacan, ya no digamos una.

Mitia se afanaba en disponerlo todo, pero hablaba y daba instrucciones de forma extraña, al azar, sin orden alguno. Empezaba una cosa y olvidaba terminarla. Piotr Ilich consideró necesario inmiscuirse y echar una mano.

—Cuatrocientos rublos, ni uno menos, para que todo sea como entonces, punto por punto —ordenaba Mitia—. Cuatro docenas de champán, ni una botella menos.

—¿Para qué tanto? ¿Con qué fin? ¡Espera! —gritó Piotr Ilich—. ¿Qué es esa caja? ¿Qué contiene? ¿De verdad hay aquí cuatrocientos rublos?

Con palabras lisonjeras, los afanosos dependientes enseguida le explicaron que en esa primera caja solo había media docena de botellas de champán y «todo lo necesario para ir empezando»: entremeses, bombones, caramelos y demás. Pero que las «provisiones» principales se empaquetarían enseguida y se enviarían aparte, como

la otra vez, en otra telega y también con una troika, y llegarían a tiempo, «si acaso una hora más tarde que Dmitri Fiódorovich».

—No más de una hora, que no sea más de una hora, y meta todos los caramelos que pueda, duros y blandos; a las muchachas les encantan —insistía Mitia con ardor.

—Caramelos, vale. Pero ¿por qué cuatro docenas? Con una es suficiente. —Piotr Ilich empezaba a enfadarse. Se había puesto a regatear, exigía las cuentas, no quería calmarse. Con todo, solo consiguió salvar cien rublos. Acordaron que toda la mercancía enviada no superaría los trescientos rublos—. ¡Por todos los demonios! —gritó Piotr Ilich como si de repente hubiera cambiado de opinión—. ¿Y a mí qué más me da? ¡Tira el dinero, ya que te lo has encontrado!

—Por aquí, amigo, por aquí, no te enfades —Mitia tiró de él hasta la trastienda—. Ahora nos traen una botella y echamos unos tragos. Vamos, Piotr Ilich, vamos juntos porque eres un tipo simpático, me gusta la gente como tú.

Mitia se sentó en una sillita de mimbre junto a una mesa diminuta cubierta con un mantelito sucísimo. Piotr Ilich se colocó enfrente de él y enseguida apareció el champán. Preguntaron si los señores no desearían ostras, «unas ostras de primerísima calidad, recién traídas».

—Al diablo las ostras, yo no las como, y no hace falta nada —soltó Piotr Ilich, enseñando los dientes, casi con rabia.

—Nada de ostras —dijo Mitia—, no tengo apetito. ¿Sabes, amigo? —dijo con emoción—, nunca me ha gustado todo este desorden.

—Y ¡a quién puede gustarle! Por el amor de Dios, tres docenas para unos aldeanos, eso indigna a cualquiera.

—No es eso, me refiero a un orden superior. No hay ese orden en mí, un orden superior... Pero... todo ha terminado, no hay por qué afligirse. ¡Ya es tarde, demonios! Toda mi vida ha sido un continuo desorden y hay que poner orden. ¿Qué te parece el juego de palabras, eh?

—Eso son desvaríos, no juegos de palabras.

—«Gloria al Altísimo en el mundo, ¡gloria al Altísimo en mí!» Estos versos surgieron en mi alma hace tiempo, no es un poema, es una lágrima... Yo mismo los compuse... pero no cuando arrastré de la barba al capitán asistente...

—Pero ¿a qué viene hablar de él ahora?

—¿Por qué hablo de él? ¡Sandeces! En resumidas cuentas, todo se acaba, todo se iguala; una línea, y la suma total.

—La verdad, no dejo de pensar en tus pistolas.

—¡Las pistolas también son sandeces! Bebe y no fantasees. Amo la vida, he amado demasiado la vida, tanto que hasta es desagradable. ¡Suficiente! Por la vida, querido, bebamos por la vida, ¡propongo un brindis por la vida! ¿Por qué estoy satisfecho de mí mismo? Soy un canalla, pero estoy satisfecho de mí mismo. Y, sin embargo, me

atormenta ser un canalla y estar satisfecho de mí mismo. Bendigo la creación, ahora estoy listo para bendecir a Dios y su creación, pero... hay que aplastar a un insecto nauseabundo para que no se arrastre, para que no arruine la vida a los demás... ¡Bebamos por la vida, querido hermano! ¿Qué hay más valiosos que la vida? ¡Nada, no hay nada! ¡Por la vida y por la reina entre las reinas!

—Bebamos por la vida y puede que también por tu reina.

Vaciaron los vasos. Mitia, aunque estaba exultante y expansivo, parecía algo triste. Era como si pesara sobre él una preocupación grave e insuperable.

—Misha... ¿es tu Misha ese que acaba de entrar? Misha, pequeño, ven aquí, Misha, toma este vaso, bebe por el rubicundo Febo, el que mañana...

—Pero ¿por qué se lo ofreces? —gritó Piotr Ilich irritado.

—Bueno, permíteme, ya está, quiero que beba.

—¡Aaaj!

Misha se bebió el vaso, hizo una reverencia y salió corriendo.

—Se acordará más tiempo —observó Mitia—. Amo a una mujer, ¡a una mujer! ¿Qué es la mujer? ¡La reina de la tierra! Estoy triste, triste, Piotr Ilich. ¿Recuerdas a Hamlet? «Estoy tan triste, tan triste, Horacio... ¡Ay, pobre Yorick!» Es posible que yo sea Yorick. Justamente ahora Yorick; después, la calavera.

Piotr Ilich le escuchaba y guardaba silencio, también Mitia se quedó callado.

—¿Y ese perro? —preguntó de pronto distraído a uno de los dependientes, pues había reparado en un precioso perrito de lanas de ojos negros que estaba en un rincón.

—Es el perrito de Varvara Alekséievna, la dueña —respondió el dependiente—. Se lo ha dejado aquí hace un rato. Habrá que llevárselo.

—Vi uno igual... en el regimiento... —dijo Mitia pensativo—, solo que aquél tenía una pata trasera rota... Piotr Ilich, por cierto, quería hacerte una pregunta, ¿has robado alguna vez en tu vida?

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—Es solo por preguntar. Yasabes, del bolsillo de alguien, algo ajeno... No me refiero al dinero del Estado, ahí todo el mundo mete la mano, y tú también, claro...

—¡Vete al infierno!

—Hablo de algo ajeno, de un bolsillo o de un monedero, ¿eh?

—Una vez le robé a mi madre dos grivny, tenía nueve años, estaban en la mesa. Las cogí sin que me vieran y cerré el puño.

—Bueno, ¿y qué?

—Y nada. Me las quedé tres días, me dio vergüenza, lo confesé y las devolví.

—Bueno, ¿y qué?

—Me zurraron, naturalmente. Pero ¿qué te pasa? ¿Tú nunca has robado?

—Sí que he robado. —Mitia le guiñó el ojo con picardía.

—¿El qué? —Piotr Ilich sintió curiosidad.

—Dos grivny a mi madre, con nueve años, las devolví tres días después. —Acto seguido, Mitia se levantó repentinamente de la mesa.

—Dmitri Fiódorovich, ¿no deberíamos irnos? —gritó Andréi desde la puerta de la tienda.

—¿Todo listo? ¡Vamos! —Mitia se alarmó—. Una última leyenda y... ¡Un vaso de vodka para Andréi, para el camino! Y, aparte de vodka, también coñac, ¡una copa! Esta caja —era el estuche de las pistolas— ponedla debajo de mi asiento. Adiós, Piotr Ilich, no me recuerdes con rencor.

—Pero vuelves mañana, ¿no?

—Sin duda.

—¿Tendría la bondad de liquidar la cuenta ahora? —el tendero casi saltó.

—¡Ah, claro! ¡La cuenta! ¡Sin duda!

Volvió a sacar del bolsillo el fajo de billetes, sacó tres de cien, los lanzó sobre el mostrador y salió rápidamente de la tienda. Todos fueron tras él y, haciendo reverencias, lo despidieron con muestras de respeto y buenos deseos. Andréi carraspeó por el coñac recién bebido y saltó al pescante. Pero no había tenido tiempo Mitia de subir al coche cuando apareció Fenia delante de él de forma totalmente inesperada. Casi sin respiración por la carrera, juntó las manos y se arrojó a sus pies:

—Bátíushka, Dmitri Fiódorovich, tesoro, ¡no le haga daño a la señora! ¡Y yo que se lo he contado todo!... Tampoco le haga daño a él, que fue el primero para ella. Ahora va a casarse con Agrafiona Aleksándrovna, por eso ha vuelto de Siberia... Bátíushka, Dmitri Fiódorovich, ¡no destruya una vida ajena!

—¡Así que era eso! ¡Eso es lo que te traías entre manos! —musitó para sí Piotr Ilich—. Ahora está claro, ahora ya se entiende. Dmitri Fiódorovich, dame ahora mismo las pistolas si quieres ser un hombre —exclamó en voz alta—. ¿Me oyes, Dmitri?

—¿Las pistolas? Espera, amigo, iba a tirarlas a un charco por el camino —respondió Mitia—. Fenia, levántate, no estés ahí tumbada. Mitia no va a hacer daño a nadie, de ahora en adelante este mentecato ya no va a hacer daño a nadie. Fenia —le gritó, ya desde el coche—, hace poco te he ofendido, así que perdóname y ten compasión de mí, perdona a este canalla... Y, si no me perdonas, ¡da igual! ¡Porque ahora ya todo da igual! Arranca, Andréi, ¡volando!

Andréi se puso en marcha; la campanilla tintineó.

—¡Adiós, Piotr Ilich! ¡Para ti es mi última lágrima!...

«No está borracho, pero qué disparates dice», pensó Piotr Ilich siguiéndolo con la mirada. Se disponía a quedarse a vigilar cómo preparaban la carga, en otra troika, con el vino y las demás provisiones, presintiendo que iban a timar a Mitia y enviarle de menos, pero de repente se enfadó consigo mismo, escupió y se fue a la taberna a jugar al billar.

—Es tonto, aunque un buen tipo... —farfullaba por el camino—. Algo he oído de ese oficial de Grúshenka, el «de antes». Bueno, como haya venido... ¡Ay, las pistolas! Pero, demonios, ¿acaso soy su niñera? ¡Que se las lleve! No va a pasar nada. Se les va la fuerza por la boca. Se emborracharán y se pelearán, se pelearán y harán las paces. ¿No es eso lo que hace la gente? ¿Y todo eso de «me haré a un lado» y «me castigo»? ¡No va a pasar nada! Habrá gritado borracho cosas como ésas miles de veces en la taberna. Aunque ahora no está borracho. «Borracho de espíritu», a los canallas les encanta este tipo de frases. ¿Acaso soy su niñera? Seguro que se ha peleado con alguien, tenía toda la cara llena de sangre. ¿Con quién habrá sido? Me enteraré en la taberna. Y ese pañuelo ensangrentado... Demonios, si lo ha dejado en el suelo, en casa... ¡Qué más da!

Llegó a la taberna en una disposición de ánimo horrible y enseguida empezó a jugar. La partida le cambió el humor. Echó otra y de pronto empezó a contarle a uno de los jugadores que Dmitri Karamázov otra vez tenía dinero, unos tres mil, que él mismo los había visto, y que otra vez se había ido de juerga con Grúshenka a Mókroie. Los que le escuchaban lo recibieron con inesperada curiosidad. Y todos empezaron a hablar de ello pero sin reírse, extrañamente serios. Incluso interrumpieron el juego.

—¿Tres mil? Pero ¿de dónde ha sacado tres mil?

Empezaron a hacerle más preguntas. La información sobre Jojلاكova les pareció sospechosa.

—¿Y no habrá robado al viejo?

—¡Tres mil! Aquí hay algo raro.

—Se estuvo jactando en voz alta de que iba a matar a su padre, todos lo oímos. Y precisamente habló de tres mil rublos...

Piotr Ilich escuchaba y de repente se volvió frío y parco en las respuestas. No dijo ni una palabra de la sangre que tenía Mitia en la cara y en las manos, aunque de camino a la taberna sí había tenido intención de contarlo. Empezaron una tercera partida, poco a poco se apagó la conversación sobre Mitia, pero, al terminar la partida, Piotr Ilich no quiso seguir jugando, puso el taco en su sitio y, en lugar de cenar como tenía previsto, se fue de la taberna. Al salir a la plaza, se sentía perplejo y casi asombrado de sí mismo. De repente se había dado cuenta de que quería ir a casa de Fiódor Pávlovich para averiguar si había ocurrido algo. «Por una tontería voy a despertar a toda una casa y a armar un escándalo. Ya está bien, ¿acaso soy su niñera?»

Con un humor de perros fue derecho a su casa, y entonces se acordó de Fenia. «Maldita sea, tenía que haberla interrogado —pensó enojado—, ahora lo sabría todo.» Y hasta tal punto prendió en él el deseo más impaciente y obstinado de hablar con ella y enterarse de lo ocurrido que a mitad de camino giró bruscamente y se dirigió a casa de Morózova, donde vivía Grúshenka. Al llegar, llamó al portalón y el golpe, que retumbó en el silencio de la noche, lo devolvió a la realidad y acabó de irritarlo: «¡Aquí

también voy a montar un escándalo!», pensó con cierto sufrimiento, pero, en lugar de irse definitivamente, se puso a llamar otra vez y ya con todas sus fuerzas. Toda la calle se alborotó. «¡Pienso seguir llamando hasta que me abran!», farfullaba, y con cada golpe se enfurecía consigo mismo hasta la exasperación, pero, al mismo tiempo, llamaba cada vez con más fuerza.

VI. ¡Aquí estoy!

Mientras tanto, Dmitri Fiódorovich volaba por el camino. Hasta Mókroie había poco más de veinte verstas, pero la troika de Andréi galopaba tanto que pudo recorrerlas en una hora y cuarto. La velocidad de la marcha avivó de pronto a Mitia. El aire era puro y fresco, estrellas enormes brillaban en el cielo despejado. Fue la misma noche, y puede que la misma hora, en que Aliosha, tras caer sobre la tierra, juró extasiado «amarla por los siglos de los siglos». Pero había confusión, mucha confusión, en el alma de Mitia y, aunque ahora muchas cosas desgarraban su alma, todo su ser ansiaba irresistiblemente acercarse a ella, a la reina hacia la que volaba para verla una última vez. Solo diré una cosa: su corazón no le rebatió en ningún momento. Quizá no se me crea si digo que este hombre celoso no sentía ni un ápice de celos por el recién llegado, por el nuevo rival que había surgido de debajo de la tierra, por ese «oficial». Si hubiera aparecido cualquier otro, se habría puesto celoso desde el primer momento y, quizá, habría vuelto a manchar de sangre sus terribles manos, pero por éste, por «el primero de ella» no sentía ahora, mientras volaba en la troika, no ya el odio de los celos, sino ni siquiera enemistad, aunque lo cierto es que aún no lo había visto. «No hay nada que discutir, los dos están en su derecho; es su primer amor, un amor que no ha olvidado en estos cinco años; es decir, que en estos cinco años solo lo ha querido a él, mientras que yo... ¿quién me manda entrometerme? ¿Qué hago yo aquí? Hazte a un lado, Mitia, ¡déjales el camino libre! ¿Y yo qué soy ahora? Ahora todo está perdido, incluso sin el oficial, aunque él no hubiera aparecido, igualmente habría estado todo perdido...»

Con estas palabras podría haber expresado aproximadamente sus sentimientos si hubiera sido capaz de razonar. Pero entonces ya no era capaz de razonar. Toda la resolución de ese momento había surgido al margen de cualquier razonamiento, en un instante; la había sentido de repente y la había hecho suya con todas las consecuencias poco antes, en la cocina de Fenia, al oír sus primeras palabras. Aun así, a pesar de semejante determinación, su alma estaba confusa, confusa hasta hacerlo sufrir: la determinación no le había traído tranquilidad. Había dejado demasiadas cosas a sus espaldas y eso le atormentaba. Y por momentos le resultaba extraño, puesto que él mismo había escrito su sentencia en un papel: «Me castigo y me condeno», y el papel estaba en su bolsillo, listo, y la pistola ya estaba cargada, puesto que tenía decidido cómo iba a recibir al día siguiente el primer cálido rayo del «rubicundo Febo»; pero, aun así, no le era posible saldar cuentas con lo sucedido, con todo lo que había dejado detrás, y esto le torturaba, esta idea se aferraba a su alma y le desesperaba. Hubo un instante en el camino en que quiso detener a Andréi, saltar de

la telega, sacar la pistola cargada y acabar con todo sin esperar al amanecer. Pero ese instante pasó volando como una chispa. También la troika volaba «engullendo el espacio» y, a medida que se acercaba a su objetivo, otra vez la imagen de ella, únicamente de ella, se apoderaba con más fuerza de su ánimo y expulsaba de su corazón a los demás fantasmas terribles. ¡Ay, cuánto deseaba verla, aunque solo fuera fugazmente, aunque fuera desde lejos! «Ahora está con él, pues nada, veré cómo está con él, con su antiguo amado, no necesito nada más.» Y nunca su pecho había albergado tanto amor por esa mujer, tan fatídica en su destino, un sentimiento nuevo que jamás había experimentado, un sentimiento inesperado incluso para él, un sentimiento enternecedor hasta el punto de rezar, de desaparecer en presencia de ella. «¡Y desapareceré!», se dijo en un ataque de entusiasmo histérico.

Llevaban ya una hora brincando. Mitia guardaba silencio y Andréi, aunque era un campesino locuaz, tampoco había dicho ni una palabra, como si temiera hablar, y se limitaba a arrear con ánimo a sus «jamelgos», a su troika de bayos flacuchos pero veloces. Y, de repente, Mitia exclamó terriblemente preocupado:

—Andréi, ¿y si están durmiendo?

Le había venido de repente a la cabeza, hasta ese momento ni lo había pensado.

—Hay que pensar que ya se habrán acostado, Dmitri Fiódorovich.

Mitia frunció el ceño con dolor: y si él, en efecto, volaba... con tales sentimientos... y ellos duermen... y ella también duerme, puede que a su lado... Un sentimiento de rabia empezó a bullir en su corazón.

—Vamos, Andréi, arrea, Andréi, venga, ¡rápido! —gritó fuera de sí.

—Aunque también puede que no se hayan acostado —comentó Andréi tras un momento de silencio—. Hace un rato Timoféi contaba que se había juntado mucha gente...

—¿En la posta?

—En la posta no, en casa de los Plastúnov, en la posada; también sirve de posta, pero por libre.

—Ya lo sé; pero ¿qué quieres decir con eso de que hay mucha gente? ¿Cuántos? ¿Quiénes son? —se lanzó a preguntar Mitia, terriblemente alarmado ante la inesperada noticia.

—Según Timoféi, son todos señores, dos de ellos de nuestra ciudad, pero no sé quiénes son, solo sé que Timoféi decía que había dos señores de aquí, y hay otros dos señores que no son de aquí, dos forasteros, por lo visto, y puede que alguien más, no le he preguntado tanto. Decía que se habían puesto a jugar a las cartas.

—¿A las cartas?

—Así que quizá no estén durmiendo si se han puesto a jugar. No creo que sean más de las once.

—¡Más rápido, Andréi, más rápido! —volvió a gritar Mitia nervioso.

—¿Puedo preguntarle una cosa, señor? —después de un momento de silencio Andréi volvió a hablar—. Pero temo que se enfade conmigo, señor.

—¿De qué se trata?

—Antes Fedosia Márkovna se postró a sus pies, le rogó a usted que no hiciera daño a la señora y a no sé quién más... y, bueno, señor, como yo le estoy llevando... Perdóneme, señor, es por mi conciencia, puede que haya sido una tontería decirlo.

Mitia, desde atrás, lo agarró del hombro.

—¿Eres un cochero? ¿Un cochero? —preguntó con frenesí.

—Sí, soy un cochero...

—Sabes que tienes que dejar el camino libre. Como cochero, no puedes cerrar el camino a la gente, decir: «¡Eh, que os arrollo! ¡Ahí voy yo!» No, cochero, nada de ir arrollando. No se puede arrollar a la gente, no se puede arruinarle la vida a la gente; y, si le arruinas la vida a alguien, castígate a ti mismo... si le has amargado, si le has arruinado la vida a alguien... castígate a ti mismo y vete.

Todo esto salió de Mitia como en un completo ataque de histeria. Andréi se quedó muy sorprendido con el señor, pero continuó la conversación.

—Es verdad, bátiushka Dmitri Fiodoróvich, tiene usted razón, no hay que arrollar a la gente, ni hacerle daño, y lo mismo pasa con cualquier criatura, porque toda criatura ha sido creada; ahí tiene a los caballos, sin ir más lejos, hay quienes los azotan sin motivo, incluso cocheros... No tienen freno, se ponen a zurrar y así avanzan.

—¿Hacia el infierno? —le interrumpió Mitia y soltó de improviso una breve carcajada—. Andréi, eres un alma sencilla —volvió a sujetarlo con fuerza por los hombros—, dime: ¿irá Dmitri Fiódorovich Karamázov al infierno o no? ¿Tú qué crees?

—No lo sé, buen señor, de usted depende, porque usted... Verá, señor, cuando el hijo de Dios fue crucificado y murió en la cruz, descendió de la cruz directamente al infierno y liberó a todos los pecadores que allí sufrían tormento. Y el infierno empezó a lamentarse porque ya nadie más llegaría hasta allí, ningún pecador. Y le dijo entonces el Señor al infierno: «No te laments, infierno, pues desde aquí llegarán a ti toda clase de dignatarios, gobernantes, grandes jueces y ricachones, y estarás tan lleno como lo has estado siempre y así será hasta el día de mi vuelta». Y así fue, ésas fueron sus palabras...

—¡Una leyenda popular! ¡Magnífico! ¡Arrea al de la izquierda, Andréi!

—Ya ve, señor, quién está predestinado al infierno —Andréi arreó al de la izquierda—, y usted, señor, siempre ha sido como un niño pequeño... Así es como le ve la gente... Y, aunque se encoleriza fácilmente, señor, eso es así, Dios le perdonará por su sencillez.

—¿Y tú? ¿Tú me perdonas, Andréi?

—Yo no tengo nada que perdonarle, a mí no me ha hecho nada.

—No, por todos, tú solo por todos, ahora, en este momento, aquí en el camino, ¿me perdonas en nombre de todos? ¡Habla, alma cándida!

—¡Ay! Da miedo llevarle, señor, dice unas cosas tan raras...

Pero Mitia ya no le oía. Alterado, se puso a rezar y susurraba para sí frenéticamente:

—Señor, acógeme con todas mi faltas, pero no me juzgues. Déjame entrar sin tu juicio... No me juzgues porque ya me he condenado yo, no me juzgues porque te amo, Señor. Soy un hombre abyecto, pero te amo: me enviarás al infierno, pero también allí te amaré y desde allí gritaré que te amo por los siglos de los siglos... Pero déjame amar hasta el final... aquí y ahora, amar hasta el final, solo cinco horas hasta que salga tu cálido rayo... Pues amo a la reina de mi alma. La amo y no puedo dejar de amarla. Tú, Señor, me ves todo entero. Cuando llegue al galope, caeré a sus pies: «Has hecho bien al pasar de largo... Adiós y olvida a tu víctima, ¡no te inquietes nunca!».

—¡Mó kroie! —gritó Andréi señalando al frente con el látigo.

A través de la pálida oscuridad de la noche surgió una masa negra y sólida de edificios que se extendían por una superficie enorme. En la aldea de Mó kroie había unas dos mil almas, pero a esa hora ya todos dormían y solo en algunos puntos fulguraban todavía unas pocas luces.

—Más rápido, Andréi, más rápido, ¡ya llego! —exclamó Mitia como enfebrecido.

—¡No duermen! —dijo Andréi señalando con el látigo la posada de los Plastúnov, situada justo en la entrada de la aldea y donde brillaba luz en las seis ventanas que daban a la calle.

—¡No duermen! —repitió feliz Mitia—. Que resuene, Andréi, vamos, al galope, que tintinee, que chirrie con el galope. ¡Que todos sepan que he llegado! ¡Ya llego! ¡Aquí estoy! —exclamaba con frenesí.

Andréi lanzó al galope la troika extenuada y efectivamente se acercó chirriando hasta un porche de techos altos, donde detuvo a los caballos sudorosos y medio asfixiados. Mitia saltó de la telega. El dueño de la posada, que a decir verdad ya se iba a dormir, había sentido curiosidad y se asomó desde el porche para ver quién se acercaba al galope.

—Trifon Borísych, ¿eres tú?

El posadero se inclinó, observó atentamente, bajó a toda prisa del porche y saludó al huésped con obsequioso entusiasmo.

—¡Bátiushka, Dmitri Fiódorych! ¡Volvemos a verle!

Este Trifon Borísych era un aldeano robusto y sano de estatura mediana, cara más bien regordeta, de aspecto severo e implacable, sobre todo con sus paisanos, pero que tenía el don de adoptar rápidamente una expresión de lo más obsequiosa cuando le parecía que podía obtener beneficio. Vestía a la rusa, con camisa de cuello oblicuo y poddiovka, tenía una cantidad de dinero considerable, pero soñaba sin cesar con una

posición de mayor relevancia. Tenía en sus garras a más de la mitad de los aldeanos, todos los que lo rodeaban estaban en deuda con él. Arrendaba tierras de los terratenientes y también se las compraba, y los campesinos le labraban estas tierras en pago de una deuda de la que nunca podían librarse. Era viudo y tenía cuatro hijas mayores. Una ya era viuda, vivía en su casa con dos niños de corta edad, sus nietos, y trabajaba para él a jornal. La segunda hija era una mujerona casada con un funcionario, un escribano que había hecho carrera, y en la pared de uno de los cuartos de la posada podía verse, entre las fotografías familiares, una de tamaño minúsculo de este funcionario con guerrera de gala y las hombreras de su grado. Las dos hijas pequeñas, en los días de fiesta en la parroquia o cuando iban de visita, se ponían vestidos azules y verdes confeccionados a la última moda, ceñidos por detrás y con cola de un arshín, pero a la mañana siguiente, como cualquier otro día, se levantaban al alba y con escobas de abedul barrían las habitaciones, sacaban el agua de fregar y recogían la basura de los hospedados. A pesar de los miles de rublos que ya había acumulado, a Trifon Borísych le gustaba desangrar a los huéspedes juerguistas y, recordando que no hacía ni un mes había hecho, en un solo día, bastante más de doscientos rublos, si no trescientos, a costa de Dmitri Fiódorovich gracias a su juerga con Grúshenka, lo recibió con alegría y presteza, pues, solo por la manera en que Mitia se acercó al porche, olfateaba de nuevo a su presa.

—Bátíushka, Dmitri Fiódorovich, volvemos a encontrarnos.

—Espera, Trifon Borísych —empezó Mitia—. Primero lo más importante: ¿dónde está ella?

—¿Agrafiona Aleksándrovna? —El posadero lo entendió enseguida y fijó su mirada vigilante en el rostro de Mitia—. Sí, también está aquí.

—¿Con quién? ¿Con quién?

—Unos huéspedes de fuera... Uno es un funcionario, debe de ser polaco a juzgar por su habla; él fue quien envió caballos para traerla. El otro es un camarada suyo, o si no un compañero de camino, quién sabe; visten de paisano...

—¿Qué, están de juerga? ¿Son ricos?

—¡Nada de juergas! Es gente de poca monta, Dmitri Fiódorovich.

—¿De poca monta? ¿Y los otros?

—Son de la ciudad, dos señores... Regresaban de Cherni y se han quedado... Uno es joven, debe de ser pariente del señor Miúsov, pero he olvidado cómo se llama... Y al otro probablemente también lo conozca, el terrateniente Maksímov, dice que ha ido de peregrinación al monasterio que hay en su ciudad, viaja con ese pariente joven del señor Miúsov...

—¿No hay nadie más?

—Nadie más.

—Alto, no sigas, Trifon Borísych; ahora dime lo más importante: ¿ella qué hace? ¿Cómo está?

—Pues hace poco que ha llegado y está con ellos.

—¿Está alegre? ¿Se ríe?

—No, me parece que no se ríe mucho... De hecho está muy aburrida, le ha estado peinando el pelo al joven.

—¿Al polaco, al oficial?

—Ése ni es joven ni es oficial; no, señor, a él no, a ese sobrino joven de Miúsov... pero se me ha olvidado el nombre.

—¿Kalgánov?

—Eso es, Kalgánov.

—Bueno, ya veré yo. ¿Están jugando a las cartas?

—Han jugado, pero ya lo han dejado, han tomado té, el funcionario ha pedido licores.

—Espera, Trifon Borísych, espera, alma querida, ya veré yo. Ahora responde a lo más importante: ¿no hay cíngaros?

—Últimamente no se sabe de ellos, Dmitri Fiódorovich, las autoridades los han echado, pero hay unos judíos en Rozhdéstvenskaia, tocan los címbalos y el violín; puedo mandar a buscarlos ahora mismo si hace falta. Seguro que vienen.

—¡Manda a buscarlos! ¡Claro que sí, manda a buscarlos! —gritó Mitia—. Y puedes despertar a las mozas, como entonces, a Maria sobre todo, y a Stepánida también, y a Arina. ¡Doscientos rublos por el coro!

—Por ese dinero despierto a toda la aldea, aunque estén todos roncando. Pero no sé yo si los aldeanos de aquí se merecen tanta generosidad, bátiushka Dmitri Fiódorovich, ni tampoco las mozas... ¡Gastar esa fortuna en esa gente tan ruin y grosera! A quién se le ocurre dar de fumar cigarros a nuestros aldeanos... ¡Así apestan esos rufianes! Y todas las mozas, todas, tienen piojos. Nada de pagar esa suma, voy a hacer que mis hijas se levanten gratis; acaban de acostarse, así que les doy una patada en la espalda y las pongo a cantar para ti. Mira que emborrachar a los aldeanos con champán, ¡ay!

Trifon Borísych se lamentaba por lamentarse: él mismo había escondido media docena de botellas de champán y había cogido de debajo de la mesa un billete de cien rublos; lo había apretado en el puño y ahí se había quedado.

—Trifon Borísych, me gasté entonces más de mil, ¿te acuerdas?

—Se los gastó, querido Dmitri Fiódorovich, cómo no recordarlo, amigo, quizá nos dejara entonces tres mil.

—Bien, pues he venido con lo mismo que entonces, mira.

Y sacó el fajo de billetes y se lo puso en las mismas narices al posadero.

—Ahora escucha y entérate bien: dentro de una hora llegarán el vino, los entrantes, pasteles y bombones, que vaya todo arriba directamente. Esa caja que trae Andréi, también ahora mismo para arriba, que la abran y sirvan el champán. Y lo más importante, que vengan las mozas, las mozas, y que no falte Maria.

Se volvió a la telega y sacó de debajo del asiento el estuche con las pistolas.

—Haz las cuentas, Andréi. Aquí tienes quince rublos por la troika, y otros cincuenta para vodka... por tu buena disposición, por tu afecto... ¡Recuerda al señor Karamázov!

—Tengo miedo, señor... —Andréi titubeaba—, le acepto cinco rublos de propina, ni uno más. Trifon Borísych es testigo. Y perdone las tonterías que digo...

—¿A qué tienes miedo? —Mitia lo midió con la mirada—. Ya que es así, ¡vete al diablo! —le gritó lanzándole cinco rublos—. Ahora, Trifon Borísych, acompáñame sin hacer ruido y deja que eche un primer vistazo, pero sin que ellos me vean. ¿Dónde están, en la habitación azul?

Trifon Borísych miró a Mitia con recelo, pero obediente, cumplió con lo ordenado: lo condujo al vestíbulo, luego entró él solo en la primera pieza, una sala grande que estaba al lado de la habitación que ocupaban los huéspedes, y sacó de allí una vela. Después hizo entrar a Mitia a hurtadillas y lo dejó en un rincón a oscuras, desde donde podía observar con total libertad al grupo sin ser visto. Pero Mitia no miró mucho tiempo ni pudo sopesar la situación: vio a Grúshenka y su corazón empezó a latir con fuerza, la vista se le nubló. Estaba a un lado de la mesa, en un sillón, y en un diván junto a ella estaba el joven y guapo Kalgánov. Ella le cogía la mano y parecía reírse, mientras que él, sin mirarla, decía algo en voz alta y como disgustado a Maksímov, que estaba sentado al otro lado de la mesa, enfrente de Grúshenka. Maksímov, en cambio, se reía mucho de algo. En el diván estaba sentado él, y cerca del diván, en una silla arrimada a la pared, otro desconocido. El que estaba en el diván se había arrellanado y fumaba en pipa, y Mitia tuvo la sensación de que ese hombre algo grueso y de cara ancha no debía de ser muy alto y de que estaba como enfadado por algo. Su camarada, el otro desconocido, le pareció extremadamente alto, pero no pudo distinguir nada más. Se le cortó la respiración. Y no fue capaz de aguantar ni un minuto, dejó el estuche en una cómoda y se dirigió directamente, sintiendo frío y con el corazón parado, al grupo de la habitación azul.

—¡Ah! —gritó Grúshenka asustada, pues fue la primera que lo vio.

VII. El anterior e indiscutible

Mitia se acercó a la mesa con sus pasos largos y rápidos.

—Señores —empezó en voz alta, casi gritando pero tartamudeando en cada palabra—, yo... ¡no pasa nada! No teman —exclamó—, yo... de verdad, no pasa nada —se volvió de repente hacia Grúshenka, que se había inclinado en el sillón hacia Kalgánov y le sujetaba con fuerza el brazo—. Yo... voy de viaje, me iré a primera hora. Señores, ¿puede este viajero de paso... quedarse con ustedes hasta que amanezca? Solo hasta que amanezca, por última vez, en esta misma habitación.

Las últimas palabras se las dirigió al hombre grueso de la pipa. Éste se apartó la pipa de los labios dándose aires de importancia y dijo severo:

—Panie, esto es un reunión privada. Hay otros cuartos.

—Pero si es usted, Dmitri Fiódorovich, ¿qué cosas tiene! —intervino de pronto Kalgánov—. ¡Siéntese con nosotros! ¿Cómo está?

—Saludos, querido amigo... e inestimable. Siempre le he respetado... —respondió Mitia alegre e impetuosamente, al tiempo que le tendía la mano por encima de la mesa.

—¡Huy, cómo aprieta! Me ha roto los dedos. —Kalgánov se echó a reír.

—Siempre la estrecha así, ¡siempre! —comentó divertida Grúshenka, aunque todavía con una sonrisa tímida. Al parecer, se había convencido, viendo el aspecto de Mitia, de que no venía buscando pelea, y lo miraba enormemente curiosa, aunque aún intranquila. Algo en él la había sorprendido sobremanera; además, jamás se habría esperado que en un momento así fuera capaz de irrumpir y hablar de esa manera.

—Buenas noches —dijo con dulzura desde la izquierda el terrateniente Maksímov. Mitia se apresuró a responderle:

—Buenas noches, pero si también usted está aquí, ¡cómo me alegro de verle! Señores, señores, yo... —de nuevo se dirigía al polaco de la pipa, tomándolo, al parecer, por la persona más importante de todos los presentes—. He venido volando. Quería pasar mi último día y mi última hora en esta habitación, en esta misma habitación... donde yo... adoré a... ¡mi reina!... ¡Perdone, panie! —gritó alterado—. He venido volando y he jurado... Oh, no tema, ¡es mi última noche! Bebamos, panie, por nuestro acuerdo amistoso. Ahora nos servirán vino... He traído esto... —de repente, por alguna razón, sacó el fajo de billetes—. ¡Con su permiso, panie! Quiero música, ruido, alboroto, todo igual que antes... Pero un reptil, un reptil inútil se arrastra por la tierra, y ¡pronto ya no estará! ¡Conmemoraré el día de mi alegría en mi última noche!...

Casi se ahoga. Quería decir muchas, muchísimas cosas, pero solo le salían extrañas exclamaciones. El polaco lo miraba sin moverse, miraba luego el fajo de billetes y a Grúshenka; estaba visiblemente perplejo.

—Si mi królowa lo consiente... —empezó a decir.

—¿Y eso de królowa? Será reina, ¿no? —le interrumpió Grúshenka—. Me hace gracia cómo hablan. Siéntate, Mitia, ¿de qué estás hablando? No nos asustes, por favor. ¿Verdad que no vas a asustarnos? Si no nos asustas, estaré muy contenta de verte...

—¿Yo? ¿Asustar yo? —gritó de repente Mitia alzando los brazos—. Oh, pasad de largo, seguid, ¡no os molestaré!... —E, inesperadamente para todos, incluso para sí mismo, se desplomó en una silla y se echó a llorar a lágrima viva, con la cabeza contra la pared y rodeando con fuerza el respaldo de la silla, como si lo abrazara.

—¡Hay que ver, hay que ver cómo eres! —exclamó Grúshenka en tono de reproche—. Igualito que cuando venía a verme; de pronto se pone a hablar, y yo que no entiendo nada. Ya una vez se echó a llorar así, y ahora lo mismo, ¡qué vergüenza! Y ¿por qué lloras? ¡Si aun tuvieras motivos para hacerlo! —añadió enigmática y marcando algo irritada sus palabras.

—Yo... yo no estoy llorando... En fin, ¡buenas noches! —Inmediatamente se dio la vuelta y se echó a reír, pero no con aquella risa seca y abrupta, sino con una risa larga, inaudible, nerviosa y que lo hacía temblar.

—Bueno, otra vez... ¡Anímate, anímate! —intentaba persuadirlo Grúshenka—. Estoy muy contenta de que hayas venido, muy contenta, Mitia, ¿me has oído que estoy muy contenta? Quiero que te quedes aquí con nosotros —hizo como que les hablaba a todos, en tono imperioso, aunque estaba claro que sus palabras iban dirigidas al del diván—. ¡Eso es lo que quiero! Y si él se va, pues yo también —añadió, con un brillo en los ojos.

—¡Lo que mi reina desea es ley! —dijo el polaco besando galante la mano de Grúshenka—. Ruego al señor que se una a nuestro grupo —se dirigió afablemente a Mitia. Éste se puso en pie con la clara intención de largar una nueva tirada, pero le salió algo distinto.

—¡Bebamos, panie! —soltó, por todo discurso. Todos se echaron a reír.

—¡Ay, señor! Y yo que creía que quería hablar otra vez —exclamó Grúshenka nerviosa—. Mitia —añadió, insistente—, no vuelvas a saltar, pero lo de traer champán ha estado muy bien... Yo también voy a tomar un poco, no soporto los licores. Aunque lo mejor de todo es que hayas venido, estaba aburrida... Entonces, ¿has venido otra vez de juerga? Pero ¡guárdate el dinero en el bolsillo! ¿De dónde has sacado tanto?

Mitia, que seguía apretando en la mano unos billetes arrugados en los que todos habían reparado, especialmente los polacos, se los guardó en el bolsillo presuroso, pero turbado. Se había puesto colorado. En ese momento el posadero trajo una

bandeja con una botella de champán descorchada y vasos. Mitia cogió la botella, pero estaba tan desconcertado que se había olvidado de lo que tenía que hacer con ella. Kalgánov se la quitó y lo sirvió él.

—¡Otra más! ¡Otra botella! —gritó Mitia al posadero y, olvidando brindar con el pan, a quien había invitado a beber tan solemnemente por su acuerdo amistoso, vació de golpe su vaso, sin esperar a nadie. Su rostro cambió al instante. En lugar de la expresión solemne y trágica con la que había entrado, apareció en él una que tenía algo de infantil. Parecía haberse resignado y sometido a todo. Miraba a todos con timidez y alegría, a veces reía nervioso y con aire agradecido, como un perrillo culpable al que de nuevo acarician y dejan acercarse. Parecía haberse olvidado de todo y contemplaba a los presentes con admiración, sonriendo como un niño. Miró a Grúshenka sin parar de reír y acercó su silla justo hasta el sillón de ella. Poco a poco fue examinando a los dos panowie, aunque sin llegar a hacerse una idea clara de ellos. El polaco del diván le había sorprendido con su porte, su acento y, sobre todo, con la pipa. «No pasa nada, está bien que fume en pipa», se dijo Mitia. La cara un tanto abotargada de casi cuarenta años y una nariz pequeña bajo la que se veían dos bigotitos finísimos y puntiagudos, teñidos y desafiantes, no despertó en él ni el más mínimo interés. Ni siquiera la infame peluquita, hecha en Siberia, con el pelo de las sienes peinado tontamente hacia delante, le sorprendió especialmente: «Si lleva peluca será que le hace falta», seguía observando beatíficamente. El otro pan, el que estaba junto a la pared, era más joven que el del diván y había estado observando a todo el grupo con insolencia y agresividad y había escuchado la conversación general con silencioso desdén; a Mitia le llamó la atención su enorme estatura, tremendamente desproporcionada respecto al polaco del diván. «Si se pone de pie, medirá unos once vershki», pensó Mitia. Y también pensó que este pan alto era probablemente amigo y cómplice del pan del diván, algo así como su «guardaespaldas», y que el pequeño de la pipa mandaba sobre el grande. Y esto le pareció a Mitia magnífico e indiscutible. Había desaparecido en el perrillo todo resto de rivalidad. Seguía sin entender a Grúshenka y el tono enigmático de algunas de sus frases; solo había llegado a comprender, temblándole todo el corazón, que era cariñosa con él, que lo había «perdonado» y que lo había sentado a su lado. No cabía en sí de gozo viéndola tomar un vaso de champán. No obstante, le sorprendió el silencio repentino del grupo y fue deteniendo en todos, uno tras otro, sus ojos expectantes: «Pero ¿qué hacemos aquí sentados? ¿Por qué nadie se mueve, señores?», parecía decir su mirada sonriente.

Rápidamente fijó la vista en Kalgánov y luego en Maksímov.

—No para de contar embustes y nosotros nos reímos —empezó a decir Kalgánov, como si hubiera adivinado su pensamiento, señalando a Maksímov.

—¿Embustes? —se echó a reír con su risa seca y abrupta, al tiempo que se le levantaba el ánimo—. ¡Ja, ja!

—Sí, figúrese, afirma que en los años veinte toda nuestra caballería se casó con polacas, pero es un disparate colosal, ¿no le parece?

—¿Con polacas? —repitió Mitia definitivamente extasiado.

Kalgánov comprendía muy bien la relación de Mitia con Grúshenka, había adivinado lo del polaco, pero eso no le interesaba demasiado, puede que no le interesara en absoluto, estaba bastante más interesado en Maksímov. Había llegado con Maksímov por casualidad y se había encontrado con los polacos en la posada, era la primera vez que los veía. A Grúshenka sí la conocía de antes, e incluso la había visitado en cierta ocasión con alguien más; entonces él no le había gustado. Pero aquí ella lo había mirado con dulzura, incluso lo había acariciado antes de que llegara Mitia, aunque él había respondido con indiferencia. Era un hombre joven de no más de veinte años, que vestía como un dandi, con una agradable carita blanca y un pelo castaño bonito y tupido. Y esa carita blanca tenía unos ojos azul claro encantadores con una expresión inteligente y, en ocasiones, profunda, que no era propia de su edad; con todo, este joven a veces hablaba y miraba igual que un niño, algo de lo que no se avergonzaba en absoluto y de lo que era consciente. En general era muy original, incluso caprichoso, aunque siempre afectuoso. En algunos momentos su expresión se volvía fija y obstinada: podía estar mirándolo, escuchándole a uno, pero mientras tanto él estaba pensando obstinadamente en sus cosas. A veces se le veía apático e indolente, otras veces le daba por agitarse, al parecer, por la causa más simple.

—Figúrese, ya son cuatro días que lo llevo conmigo —continuó, alargando con pereza las palabras, pero sin ninguna afectación, de forma completamente natural—. Desde que su hermano lo sacó del coche de un empujón y él salió despedido, ¿se acuerda usted? Entonces me interesé por él y me lo llevé a la aldea, pero ahora no hace más que soltar embustes, así que da vergüenza estar con él. Lo llevo de vuelta...

—Usted no ha visto a una pani polaca y mówi cosas que no pueden ser —le hizo ver a Maksímov el pan de la pipa.

Éste hablaba un ruso decente, al menos bastante mejor de lo que aparentaba. Las palabras rusas, si es que las empleaba, las desfiguraba pronunciándolas al modo polaco.

—Pero si yo mismo estuve casado con una pani polaca, señor —respondió Maksímov entre risas nerviosas.

—Pero ¿es que usted ha servido en la caballería? Porque estaba hablando de la caballería. ¿Así que es usted miembro de la caballería? —intervino Kalgánov.

—Sí, seguro que es de la caballería... ¡Ja, ja! —exclamó Mitia, que estaba escuchando ansioso y rápidamente dirigía su mirada interrogante hacia el que tomaba la palabra, como si esperase oír Dios sabe qué.

—No, verá, señor —Maksímov se volvió hacia él—, yo, señor, me refería a que aquellas panienki... tan de buen ver... en cuanto bailaban una mazurca con uno de nuestros ulanos... en cuanto una de ellas bailaba la mazurca con él, se le subía de un salto a las rodillas como una gatita, como una gatita, señor... toda blanquita, señor... y el pan-ojciec y la pani-matka veían todo aquello y consentían... consentían, señor... y el ulano a la mañana siguiente iba y le pedía la mano... tal cual, señor... ¡le pedía la mano, ji, ji! —Maksímov concluyó con unas risitas nerviosas.

—Pan —łajdak! —gruñó de pronto el polaco alto que estaba sentado en una silla y cruzó las piernas. Mitia solo pudo fijarse en la enorme bota engrasada con la suela gruesa y sucia. En general, la ropa de los dos polacos estaba bastante mugrienta.

—¡Vaya, también łajdak! ¿Y por qué insulta? —Grúshenka se enfadó de repente.

—Pani Agrypina, lo que ha visto el señor en las tierras polacas han sido mozas de aldea y no panie de la szlachta —le comentó a Grúshenka el polaco de la pipa.

—Możesz na to rachować! —terció en tono despectivo el polaco alto, el que estaba sentado en la silla.

—¡Ya estamos! ¡Deje hablar a la gente! Solo están hablando, ¿por qué se lo impide? Una se lo pasa bien con ellos. —Grúshenka enseñaba los dientes.

—Yo no se lo impido, pani —replicó significativamente el de la peluca, dirigiendo una larga mirada a Grúshenka; a continuación, callando con aire de importancia, empezó otra vez a dar caladas a la pipa.

—No, no, ahora el pan ha dicho la verdad —Kalgánov empezaba a irritarse, como si la discusión versara sobre Dios sabe qué—. Si no ha estado en Polonia, ¿cómo puede hablar de Polonia? Porque usted no se casó en Polonia, ¿a que no?

—No, señor, en la provincia de Smolensk, señor. Pero es que un ulano ya se la había traído a ella, a mi futura esposa, señor, y a su pani-matka y a su tante, y a otra pariente con un hijo mayor, desde Polonia, desde la mismísima Polonia... y me la cedió. Era uno de nuestros tenientes, un hombre muy joven. Al principio quería casarse él mismo con ella, pero al final no se casó porque resultó que era coja...

—¿Se casó usted con una coja? —exclamó Kalgánov.

—Con una coja, sí, señor. Entonces ambos me mintieron un poco y me lo ocultaron. Yo creía que ella daba saltitos... que siempre iba dando saltitos, y creía que era de alegría...

—¿De alegría por casarse con usted? —gritó con voz sonora y algo infantil Kalgánov.

—Sí, señor, de alegría. Y resultó que era por algo bien distinto. Después, una vez casados, la misma tarde de la ceremonia, me lo confesó y me pidió perdón con mucho sentimiento, me contó que de joven una vez fue a cruzar un charco de un salto y se lastimó la pierna, jji, ji!.

Kalgánov rompió a reír como un niño y casi se cae en el diván. También se reía Grúshenka. Mitia estaba en la cima de la felicidad.

—¿Sabe, sabe?, ahora ya está diciendo la verdad, ¡ahora sí que no miente! — exclamó Kalgánov, dirigiéndose a Mitia—. Y ¿sabe que estuvo casado dos veces? Está hablando de la primera mujer, la segunda se fugó y vive aún, ¿lo sabía?

—¿De veras? —Rápidamente, Mitia se giró hacia Maksímov con una expresión de asombro en la cara.

—Así es, señor, se fugó, ese disgusto me dio, señor —corroboró Maksímov con modestia—. Con un monsieur, pero lo más importante es que previamente había puesto toda mi aldea a su nombre. «Tú —me decía— eres un hombre instruido, siempre podrás ganarte el pan.» Y así me lió. En una ocasión el venerable obispo me hizo una observación: una de tus esposas era coja, pero la otra corría demasiado, ¡ji, ji!

—¡Escuchen, escuchen! —A Kalgánov le hervía la sangre—. Si miente, y miente a menudo, lo hace únicamente para complacer a todo el mundo, y eso no es ninguna bajeza, ¿verdad que no lo es? ¿Saben?, a veces le tengo mucho aprecio. Es un hombre muy ruin, pero lo es de una forma natural, ¿no? ¿Qué les parece a ustedes? Hay quienes cometen ruindades por cualquier cosa, para sacar beneficios, pero él es así por naturaleza... Imagínense, por ejemplo, que pretende (ayer veníamos discutiéndolo por el camino) que Gógol hablaba de él en *Almas muertas*. ¿Recuerdan que hay un terrateniente Maksímov al que Nozdriov da una paliza y a éste lo llevan a los tribunales: «por infligir una ofensa personal a Maksímov al azotarlo en estado de embriaguez»? Bueno, ¿se acuerdan? Pues imagínense, ¡dice que ese Maksímov es él y que fue a él a quien azotaron! ¿Cómo es posible? Chíchikov anduvo por ahí, a lo sumo, en los primeros años veinte, así que las fechas no coinciden. No es posible que lo azotaran entonces. No es posible, ¿a que no es posible?

Resultaba difícil imaginarse por qué Kalgánov se había alterado tanto, pero estaba sinceramente alterado. Mitia lo secundaba sin reservas.

—Bueno, pero al final sí que lo azotaron —gritó entre carcajadas.

—No es que me azotaran exactamente, pero fue algo parecido —dijo Maksímov.

—¿Cómo es eso? ¿Le azotaron o no?

—Która godzina, panie? (¿Qué hora es?) —preguntó con aire aburrido el polaco de la pipa al alto de la silla. Éste se encogió de hombros como respuesta: ninguno de los dos tenía reloj.

—¿Por qué no podemos hablar un poco? Dejen hablar a los demás. Como ustedes se aburren, que los demás tampoco hablen —saltó de nuevo Grúshenka, aparentemente con intención de provocarlo. Por primera vez algo se le pasó por la cabeza a Mitia. Esta vez el pan respondió ya con evidente irritación.

—Pani, ja nic nie mówię protiv, nic nie powiedziałem. (Señora, yo no me opongo, yo no he dicho nada.)

—Muy bien, pues sigue contando —le dijo Grúshenka a Maksímov, gritando—. ¿Qué hacen todos callados?

—Pero si no hay nada que contar, señores, si no son más que tonterías —respondió enseguida Maksímov con evidente placer y ligera afectación—. En Gógol todo eran alegorías, por eso todos los apellidos son alegóricos: Nozdriov no era Nozdriov, sino Nósov, y Kuvshínnikov ya ni siquiera se parece, porque era Shkvórnev. Pero Fenardi era, en efecto, Fenardi, solo que no era italiano, sino el ruso Petrov, señores, y mademoiselle Fenardi era bonita, señores, con unas bonitas piernas enfundadas en mallas, una falda cortita de lentejuelas y giraba sobre sí misma, pero no cuatro horas, sino solo cuatro minutos, señores... y a todos seducía...

—Ya, pero ¿por qué te azotaron? ¿Por qué? —vociferó Kalgánov.

—Por culpa de Piron, señor —respondió Maksímov.

—¿Qué Piron? —gritó Mitia.

—Piron, el famoso escritor francés, señores. Éramos un grupo grande y estábamos bebiendo en una taberna, era en una feria. Me habían invitado y al principio me puse a recitar epigramas: «¿Eres tú, Boileau? ¡Qué atavío más ridículo!». Y Boileau responde que se dirige a un baile de disfraces, o sea, que va a la bania, ji, ji, y ellos se lo tomaron como algo personal. Así que me apresuré a recitar otro muy conocido entre la gente instruida, uno mordaz, señores:

Tú Safo, yo Faón, y no hay porfía,
pero, para la inmensa pena mía,
no conoces del mar ninguna vía.

»Se ofendieron aún más y empezaron a reñirme de forma muy poco decorosa, y voy yo, para mi desgracia, y para arreglar la situación les conté una anécdota muy culta de Piron, a quien no habían aceptado en la Academia francesa y él, para vengarse, escribió su propio epitafio para su lápida:

Ci-gît Piron qui ne fut rien,
pas même académicien.

»Me sujetaron y me zurraron.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué fue?

—Por mi educación. No son pocos los motivos por los que se puede azotar a un hombre —concluyó Maksímov con brevedad y en tono moralizante.

—Ya basta, todo esto es absurdo, ya no quiero oír más, yo creía que iba a ser divertido —les interrumpió Grúshenka. Mitia se alarmó e inmediatamente dejó de reírse. El polaco alto se levantó de su sitio y, con el aspecto altanero de un hombre que se aburre cuando no está con los suyos, empezó a dar pasos por la habitación, de esquina a esquina, con las manos a la espalda—. ¡Y ahora se pone a dar zancadas! —Grúshenka lo miraba con desprecio. Mitia empezaba a ponerse nervioso; además había notado que el polaco del diván lo observaba con irritación.

—¡Pan —gritó Mitia—, bebamos, panie! Y también el otro pan, ¡vamos a beber, panowie! —en un momento acercó tres vasos y sirvió champán.

—Por Polonia, panowie, un brindis por vuestra Polonia, ¡por las tierras polacas! —exclamó Mitia.

—Bardzo mi to miło, panie, wypijem (Con mucho gusto, panie, bebamos) —dijo el polaco del diván con solemnidad y buena disposición, y cogió un vaso.

—Y el otro, ¿cómo se llama? ¡Eh, ilustrísimo señor, coge un vaso! —se afanaba Mitia.

—Pan Wróblewski —le apuntó el pan del diván.

Pan Wróblewski se acercó a la mesa balanceándose y aceptó un vaso.

—¡Por Polonia, panowie, hurra! —gritó Mitia alzando el vaso.

Los tres bebieron. Mitia cogió la botella y volvió a llenar tres vasos.

—¡Ahora por Rusia, panowie, por nuestro hermanamiento!

—Sírvenos también a nosotros —dijo Grúshenka—, yo también quiero beber por Rusia.

—Y yo —dijo Kalgánov.

—A mí también me gustaría... por nuestra Rusita, la vieja abuelita. —Maksímov soltó una risita.

—¡Todos, todos! —exclamaba Mitia—. ¡Posadero, otra botella!

Les sacaron las tres botellas que quedaban de las que había traído Mitia. Él mismo sirvió.

—¡Por Rusia, hurra! —proclamó de nuevo. Bebieron todos excepto los polacos: Grúshenka se acabó su vaso de un trago, pero los polacos ni siquiera tocaron los suyos.

—¿Qué es esto, panowie? —exclamó Mitia—. ¿Y ustedes?

Pan Wróblewski cogió un vaso, lo alzó y dijo con voz estentórea:

—¡Por Rusia con las fronteras de 1772!

—Oto bardzo pięknie! (¡Muy bien dicho!) —gritó el otro polaco y ambos apuraron sus vasos de un trago.

—¡Son unos estúpidos, panowie! —se le escapó de pronto a Mitia.

—Panie! —gritaron los dos polacos en tono amenazante y mirando fijamente a Mitia como dos gallitos. Wróblewski, sobre todo, estaba colérico.

—Ale nie można nie mieć słabości do swojego kraju? (¿Se puede acaso no amar a la propia tierra?) —proclamó.

—¡A callar! ¡Nada de discusiones! ¡No quiero peleas! —gritó Grúshenka con autoridad, dando una patada contra el suelo. Tenía la cara encendida, los ojos le brillaban. El vaso recién bebido empezaba a hacerle efecto. Mitia se asustó muchísimo.

—¡Panowie, perdónenme! Es culpa mía, no lo haré más. Wróblewski, pan Wróblewski, no lo haré más.

—¡Tú cállate también! ¡Y siéntate, estúpido! —le gruñó Grúshenka enojada y rabiosa.

Todos tomaron asiento, se miraban en silencio unos a otros.

—Señores, yo he sido el causante de todo —empezó otra vez Mitia sin haber comprendido los gritos de Grúshenka—. Bueno, ¿y qué hacemos aquí sentados? Habrá que hacer algo... para divertirnos, para divertirnos otra vez.

—Ah, en efecto, esto no es nada divertido —murmuró con pereza Kalgánov.

—Podemos jugar al faro, señores, como antes... —Maksímov soltó su risita.

—¿Al faro? ¡Perfecto! —le apoyó Mitia—. Si los panowie...

—Późno, panie —respondió de mala gana el polaco del diván.

—Es verdad —confirmó Wróblewski.

—¿Puzno? ¿Qué es eso de puzno? —preguntó Grúshenka.

—Quiere decir que es tarde, pani, tarde, que ya es una hora avanzada —le explicó el polaco del diván.

—¡Para esta gente siempre es tarde! ¡No hay manera con ellos! —Grúshenka casi aullaba del enfado—. Son unos aburridos y por eso quieren que los demás se aburran. Antes de que llegaras, Mitia, también estaban así de callados y no paraban de bufarme...

—¡Mi diosa! —exclamó el polaco del diván—. Co mówisz, to się stanie. Widzę niełaskę i jestem smutny (Veo tu desafecto y por eso estoy triste). Jestem gotów, panie (Estoy listo, señor) —concluyó, dirigiéndose a Mitia.

—¡Empecemos, panie! —respondió éste sacando el dinero del bolsillo y separando dos billetes de cien que dejó sobre la mesa—. Quiero perder mucho contigo, pan. Coge tus cartas, y lleva la banca.

—Las cartas que las ponga el posadero, panie —dijo el polaco pequeño, en tono convincente y serio.

—To najlepszy sposób (Es la mejor forma) —corroboró pan Wróblewski.

—¿Del posadero? Está bien, lo entiendo, pues que sean del posadero. Buena idea, panowie. ¡Cartas! —ordenó Mitia al posadero.

Éste trajo un juego de cartas sin abrir e informó a Mitia de que las mozas ya estaban llegando, de que los judíos con los címbalos también vendrían, seguramente a no tardar, y de que la troika con los víveres aún no había llegado. Mitia se levantó de la mesa y corrió a la sala contigua para prepararlo todo, pero solo habían venido tres muchachas y Maria todavía no estaba. Aunque él tampoco sabía qué disponer ni por qué había salido corriendo: se limitó a ordenar que sacaran de la caja las golosinas, los pirulís y los caramelos blandos y lo repartieran todo entre las jóvenes. «Y vodka para Andréi, ¡vodka para Andréi! —ordenó a toda prisa—. ¡He ofendido a Andréi!» De pronto Maksímov, que había salido corriendo tras él, le tocó en el hombro.

—Déjeme cinco rublos —le susurró a Mitia—, no me importaría arriesgar al faro, ji, ji.

—¡Magnífico, perfecto! ¡Toma diez! —volvió a sacar los billetes del bolsillo y buscó diez rublos—. Y si pierdes, ven otra vez, ven...

—De acuerdo, señor —susurró feliz Maksímov y corrió a la habitación.

En ese momento también regresó Mitia y se disculpó por haberlos hecho esperar. Los polacos ya estaban sentados y habían abierto las cartas. Parecían bastante más amistosos, casi cordiales. El polaco del diván se había encendido otra vez la pipa y se preparaba para llevar la banca, en su cara se reflejaba hasta cierta solemnidad.

—Na miejsca, panowie! —anunció pan Wróblewski.

—No, yo no voy a jugar más —respondió Kalgánov—, acabo de perder cincuenta rublos con ellos.

—Pan ha sido nieszczęśliwy, quizá otra vez sea szczęśliwy —comentó, dirigiéndose a él, el polaco del diván.

—¿Cuánto hay en la banca? ¿Hay para cubrir las puestas?

—Słucham, panie, może sto, może dwieście, lo que quiera apostar.

—¡Un millón! —Mitia soltó una carcajada.

—Quizá el capitán haya oído hablar de pan Podwysocki.

—¿Qué Podwysocki?

—En Varsovia, el primero que llega puede apostar contra la banca. Llega Podwysocki, ve tysiąc złotych y hace su apuesta: va banque. Bankier mówi: «Panie Podwysocki, stawisz złoto czy na honor?». «Na honor, panie», mówi Podwysocki. «Tym lepiej, panie.» El banquero descubre su carta, y Podwysocki se lleva los tysiąc złotych. «Poczekaj, panie», mówi bankier, saca un cajón y le entrega un millón: «Toma, panie, oto jest twój rachunek» (aquí tienes tu cuenta). Había un millón en la banca. «No lo sabía», mówi Podwysocki. «Panie Podwysocki —mówi bankier—, ty stawiałeś na honor, i my na honor.» Podwysocki cogió el millón.

—No es verdad —dijo Kalgánov.

—Panie Kalgánov, w szlachetnej kompanii tak mówić nie przystoi (esas cosas no se dicen en compañía de gente decente).

—¡Pronto te va a dar un millón un jugador polaco! —exclamó Mitia, pero enseguida se contuvo—. Disculpe, panie, lo siento, lo siento otra vez, claro que lo daría, daría un millón, na honor, por su honor de polaco. Mira cómo hablo polaco, ja, ja. Apuesto diez rublos, al valet.

—Y yo un rublito a la damita, la de corazones, la más bonita, la panienochka, ji, ji —se rió Maksímov sacando su dama, y, como si quisiera ocultarla de todos, se inclinó hasta tocar la mesa y rápidamente se santiguó por debajo. Ganó Mitia. También ganó el rublito.

—¡Un cuarto! —exclamó Mitia.

—Yo otro rublito, una apuesta simple, una apuesta simple y pequeñita —musitó beatíficamente Maksimov, entusiasmado por haber ganado un rublo.

—¡Pierdo! —gritó Mitia—. ¡Paix al siete!

Perdió también.

—Déjelo —dijo de pronto Kalgánov.

—Paix, paix. —Doblaba la apuesta Mitia, y, apostara a lo que apostara, siempre perdía. Pero los rublitos seguían ganando.

—¡Paix! —aulló Mitia rabioso.

—Ha perdido dwieście, panie. ¿Va a apostar otros dwieście? —preguntó el polaco del diván.

—¿Cómo? ¿Ya he perdido doscientos? Pues ¡otros doscientos! ¡Paix! —Y, sacando el dinero del bolsillo, iba a lanzar doscientos rublos sobre la dama cuando Kalgánov la cubrió con la mano.

—¡Ya basta! —gritó con su voz sonora.

—¿Qué hace? —Mitia lo miraba fijamente.

—¡Ya basta! No le dejes. Ya no va a jugar más.

—¿Por qué?

—Porque sí. Olvídese de todo y váyase, no hay más. ¡No le dejaré seguir jugando! Mitia lo miraba estupefacto.

—Déjalo, Mitia, puede que tenga razón; ya has perdido mucho —dijo Grúshenka con un tono extraño en la voz. Ambos panowie se levantaron con aspecto de estar terriblemente ofendidos.

—Żartujesz, panie? (¿Estás de broma?) —dijo el polaco pequeño, mirando a Kalgánov con severidad.

—Jak się poważasz to robić? (¿Cómo se atreve a hacer eso?) —también pan Wróblewski le aulló a Kalgánov.

—¡Ni se os ocurra gritar! —gritó Grúshenka—. ¡Ay, qué gallitos!

Mitia los fue mirando a todos, uno a uno; pero de pronto algo en el semblante de Grúshenka le llamó la atención y en ese momento algo completamente nuevo le vino a la cabeza, ¡una idea nueva y extraña!

—Pani Agrypina! —empezó a decir el polaco pequeño, rojo de ira, pero entonces Mitia se acercó hasta él y le dio unas palmadas en el hombro.

—Ilustrísimo señor, ¿me permites dos palabras?

—Czego chcesz, panie? (¿Qué se le ofrece?)

—Vamos a esa otra habitación, ahí al lado, te diré dos palabritas muy bonitas, las más bonitas, quedarás satisfecho.

El polaco pequeño se sorprendió y miró receloso a Mitia. Luego accedió, pero con la condición indispensable de que pan Wróblewski fuera con ellos.

—¿Su guardaespaldas? Que venga, también lo necesito. Es hasta imprescindible — exclamó Mitia—. ¡Andando, panowie!

—¿Adónde vais? —preguntó Grúshenka inquieta.

—Volvemos en un momento —respondió Mitia. Cierta audacia, cierto brío inesperado le iluminaba la cara, no era en absoluto la cara con la que había entrado en la habitación una hora antes. Llevó a los polacos al cuarto de la derecha, no a la sala grande donde se estaba reuniendo el coro de las mozas y preparando la mesa, sino a un dormitorio en el que había baúles, cofres y dos camas grandes con un montón de almohadas de percal cada una. En un rincón, en una mesita de tablas, ardía una vela. El polaco y Mitia se instalaron en esta mesa el uno enfrente del otro, y el enorme pan Wróblewski a un lado, con las manos a la espalda. Los polacos miraban a Mitia severos, pero con evidente curiosidad.

—Czym mogę służyć panu? —balbuceó el polaco pequeño.

—Pues verás, panie, no voy a hablar mucho: aquí hay dinero —sacó los billetes—. ¿Quieres tres mil? Cógelos y vete por donde has venido.

El pan lo observaba intrigado, sin pestañear, con la mirada fija en el rostro de Mitia.

—Trzy tysiące, panie? —Intercambió una mirada con Wróblewski.

—Trzy, panowie, trzy. Escucha, panie, veo que eres un hombre razonable. Coge los tres mil y vete al diablo, y llévate a tu Wróblewski, ¿me has oído? Y ahora mismo, en este mismo instante, vas a salir por esa puerta para siempre. ¿Me has entendido, panie? Para siempre, por esa misma puerta. ¿Ahí qué tienes? ¿El abrigo, la pelliza? Ya te lo traigo yo. En un segundo tendrás lista una troika y... do widzenia, panie!

Mitia esperaba convencido una respuesta. No albergaba dudas. En el semblante del polaco se advirtió fugazmente que estaba adoptando una decisión excepcional.

—¿Y los rublos, panie?

—Haremos esto, panie: le doy ahora mismo quinientos rublos, para el cochero y en concepto de adelanto, y los otros dos mil quinientos mañana en la ciudad, le juro por mi honor que los tendrá, ¡los sacaré de debajo de las piedras! —gritó Mitia. Los polacos volvieron a intercambiar una mirada. La cara del pequeño empezó a cambiar a peor—. Setecientos, setecientos, no quinientos, ahora mismo, ¡setecientos ahora en mano! —Mitia subió la cantidad, notando que algo no iba bien—. ¿Qué te pasa, pan? ¿No me crees? No voy a darte los tres mil a la primera. Si te los doy, mañana mismo ya has vuelto con ella... Además, ahora no tengo aquí tres mil, los tengo en casa —balbuceaba asustado, sintiendo que perdía ánimos con cada palabra—, te lo juro, están allí escondidos...

En un momento en el rostro del polaco pequeño empezó a brillar un sentimiento de extraordinaria dignidad:

—Czy nie potrzebujesz jeszcze czego? —preguntó con ironía—. Pfe! A pfe! (¡Qué vergüenza! ¡Qué infamia!) —Y escupió. También escupió pan Wróblewski.

—Me escupes, panie —dijo Mitia desesperado, comprendiendo que aquello era el fin—, solo porque esperas sacar más de Grúshenka. ¡Sois unos capones, los dos! ¡Eso es!

—Jestem do żywego dotkniętym! (¡Estoy extraordinariamente ofendido!) —De pronto, el polaco pequeño se puso colorado como un cangrejo y, con viveza, presa de una terrible indignación, salió de la habitación, sin querer oír nada más. Lo siguió Wróblewski, balanceándose, y tras ellos fue Mitia, confuso y abatido. Tenía miedo de Grúshenka, presentía que el polaco iba a organizar una escena. Y así fue. Entró en la habitación y se detuvo teatralmente delante de Grúshenka.

—Pani Agrypina, jestem do żywego dotkniętym! —exclamó, pero Grúshenka ya había perdido toda su paciencia, parecía que le hubieran dado donde más le dolía.

—¡En ruso! ¡Habla en ruso! ¡No quiero oír ni una palabra más en polaco! —le gritó—. Antes hablabas ruso, ¿es que en cinco años se te ha olvidado? —Estaba roja de ira.

—Pani Agrypina...

—Me llamo Agrafiona, me llamo Grúshenka, ¡o hablas en ruso o no quiero escucharte!

El polaco resopló arrogante y, destrozando el idioma ruso, dijo rápida y pomposamente:

—Pani Agrafiona, he venido a olvidar el pasado y a perdonarlo, a olvidar lo que ha habido antes de hoy...

—¿Cómo que a perdonar? O sea, ¿que has venido a perdonarme a mí? —le interrumpió Grúshenka poniéndose en pie de un salto.

—Tak jest, pani (eso es, panie), yo no soy pusilánime, soy magnánimo. Pero byłem zdziwiony (me quedé sorprendido) al ver a tus amantes. En ese cuarto pan Mitia me ofrecía trzy tysiące para que me vaya. Yo escupí al pan a la cara.

—¿Cómo? ¿Que te ha ofrecido dinero por mí? —Grúshenka gritaba histérica—. ¿Eso es verdad, Mitia? Pero ¿cómo te has atrevido? ¿Acaso estoy en venta?

—Panie, panie —chillaba Mitia—, ella es pura y resplandece, ¡yo nunca he sido su amante! En eso mientes...

—Pero ¿cómo te atreves a defenderme delante de él? —Grúshenka seguía gritando—. No he sido pura por virtud o porque tuviera miedo de Kuzmá, sino para poder sentirme orgullosa en su presencia y para tener derecho a decirle, cuando lo encontrara, que es un canalla. Entonces, ¿no te ha cogido el dinero?

—¡Lo habría cogido, claro que sí! —exclamó Mitia—. Solo que quería los tres mil ya, y yo solo le daba setecientos por adelantado.

—Comprendo, se habrá enterado de que tengo dinero y por eso ha venido a casarse.

—Pani Agrypina —gritaba el polaco—, soy un caballero, soy un szlachcic, ¡no soy un łajdak! He venido a tomarte como esposa, pero veo una pani nueva, no la misma de antes, sino otra upartą i bez wstydu (caprichosa y desvergonzada).

—¡Pues vuelve por donde has venido! ¡Ahora mismo haré que te echen! —gritó Grúshenka furiosa—. Qué tonta, qué tonta he sido por haberme atormentado así estos cinco años. Y no me atormentaba por él, no, ¡me atormentaba de rabia! Además, éste no es el mismo para nada. ¿Acaso él era así? Éste debe de ser su padre. ¿Y dónde te compraste esa peluca? Aquél era un halcón y éste es un pato. Aquél se reía y me cantaba canciones... Y yo... yo he pasado cinco años entre lágrimas, maldita tonta, ¡qué humillación, qué vergüenza!

Cayó en el sillón y se cubrió la cara con las manos. En ese momento se oyó desde la sala contigua el coro de las muchachas de Mó Kroie que al fin se había reunido: era una desenfadada canción de baile.

—¡Esto es Sodoma! —rugió de pronto pan Wróblewski—. ¡Posadero, eche a esas desvergonzadas!

El posadero, que llevaba un rato asomándose con curiosidad desde la puerta, al oír gritos, y presintiendo que los huéspedes iban a pelearse, apareció enseguida.

—Pero ¡tú qué haces gritando y desgañitándote! —se dirigió a Wróblewski con una descortesía que resultaba incomprensible.

—¡Animal!

—¿Animal yo? Y tú ¿con qué cartas has jugado? Te he dado mi baraja y ¡la has escondido! ¡Has jugado con cartas marcadas! Puedo mandarte a Siberia por esas cartas marcadas, no sé si lo sabes, es lo mismo que los billetes falsos... —Se acercó al diván, metió los dedos entre el respaldo y el cojín y sacó una baraja de cartas sin abrir.

—Aquí está mi baraja, ¡sin abrir! —Se la enseñó a todo el grupo—. Vi desde allí cómo metía mi baraja en el hueco y hacía el cambio. Un bribón, eso es lo que eres, y no un pan.

—Y yo he visto a ese otro pan cambiar las cartas dos veces —gritó Kalgánov.

—¡Ah, qué vergüenza, qué vergüenza! —exclamó Grúshenka agitando los brazos, y en verdad se había puesto colorada de vergüenza—. ¡Ay, Señor, a lo que ha llegado!

—Yo también lo había pensado —dijo Mitia. Sin embargo, no había acabado de hablar cuando pan Wróblewski, confuso y enrabiado, empezó a gritar a Grúshenka y a amenazarla con el puño.

—¡Vulgar ramera! —Pero apenas tuvo tiempo de terminar la exclamación, porque Mitia ya se había abalanzado sobre él: lo agarró con ambas manos, lo levantó en vilo y en un abrir y cerrar de ojos lo sacó de la sala y lo llevó al cuarto de la derecha, donde acababa de estar con los dos polacos.

—¡Lo he dejado ahí en el suelo! —informó nada más regresar, sofocado por la agitación—. Cómo pelea, el granuja, pero de ahí ya no vuelve... —Cerró una de las

hojas de la puerta y, abriendo la otra del todo, le dijo al polaco pequeño—: Ilustrísimo señor, ¿te importaría seguirlo? Przepraszam!

—Pero, batiushka, Dmitri Fiódorovich —dijo Trifon Borísych—, quítale el dinero que has perdido. Al fin y al cabo, es como si te lo hubieran robado.

—Yo no quiero recuperar mis cincuenta rublos —intervino Kalgánov.

—¡Ni yo mis doscientos! —exclamó Mitia—. No los cogería por nada del mundo, que se los quede, y que le sirvan de consuelo.

—¡Bien dicho, Mitia! ¡Muy bien, Mitia! —exclamó Grúshenka y una nota maliciosa resonó en su exclamación. El polaco pequeño, con la cara púrpura de rabia, aunque sin perder ni un ápice de dignidad, se encaminó a la puerta, pero se detuvo y dijo de repente, dirigiéndose a Grúshenka:

—Pani, jeżeli chcesz iść za mną, idźmy; jeżeli nie — bywaj zdrowa (Pani, si quieres venir conmigo, vamos; si no, ¡adiós!)

Y altivo, resoplando de indignación y de ambición, cruzó la puerta. Era un hombre de carácter: después de todo lo que había pasado no había perdido la esperanza de que la mujer se fuera con él, hasta tal punto se valoraba. Mitia cerró de un portazo.

—Cierre con llave —dijo Kalgánov. Pero se oyó el chasquido del cerrojo desde el otro lado: ellos solos se habían encerrado.

—¡Qué bueno! —volvió a gritar Grúshenka, furiosa y despiadada—. ¡Qué bueno! ¡Se lo tienen merecido!

VIII. Delirio

Y empezó casi una orgía, un gran festín. Grúshenka fue la primera en gritar pidiendo champán: «Quiero beber, quiero emborracharme como antes, ¿te acuerdas, Mitia, de cómo nos conocimos entonces aquí?». El propio Mitia parecía delirar y presentía «su felicidad». Aunque Grúshenka, por cierto, lo apartaba sin cesar de su lado: «Vete, diviértete, díles que bailen, que se diviertan, “Camina, isba, camina, estufa”, como entonces, como la otra vez», seguía exclamando. Estaba realmente emocionada. Mitia se lanzó a dar órdenes. El coro estaba reunido en la sala de al lado. La pieza en la que habían estado hasta entonces era demasiado pequeña en todo caso; estaba dividida en dos por una cortina de percal tras la cual había otra cama enorme con un colchón de plumas y un montón idéntico de almohadas de percal. En las cuatro piezas habitables de la casa había camas por todas partes. Grúshenka se quedó en la puerta, Mitia le acercó un sillón: «entonces», el día de la primera juerga, se había sentado en ese mismo sitio, y había visto desde ahí el coro y los bailes. Ya estaban todas las muchachas de entonces, habían llegado los judíos con violines y cítaras y también, por fin, el tan ansiado carro con la bebida y las provisiones. Mitia iba de un lado para otro. Algunos extraños se asomaban a echar un vistazo, hombres y mujeres de la aldea que estaban durmiendo pero se habían despertado y presentían un banquete fuera de lo común, como el de un mes antes. Mitia saludaba y abrazaba a los conocidos, recordaba caras, descorchaba botellas y daba de beber a todo el mundo. El champán solo les apetecía a las muchachas, los aldeanos preferían ron, coñac y, sobre todo, ponche caliente. Mitia dispuso que prepararan chocolate para todas las mozas y que no faltara en toda la noche, y que hubiera tres samovares listos para el té y el ponche, a disposición de todo el que llegara: que cada uno se sirviera a voluntad. En una palabra, empezó el desorden y el absurdo, pero Mitia parecía estar en su elemento natural y, cuanto más absurdo era todo, más se animaba él. Si en esos momentos un aldeano le hubiera pedido dinero, habría sacado el fajo y se habría puesto a repartirlo a diestro y siniestro sin freno. Probablemente por eso, para velar por Mitia, Trifon Borísych, que había renunciado a la idea de acostarse en toda la noche, aunque había bebido muy poco (apenas se tomó un vasito de ponche), no paraba de dar vueltas a su alrededor, con ánimo de proteger de cerca y a su manera sus intereses. Cada vez que hacía falta, lo detenía cariñoso y solícito y trataba de disuadirlo, procurando impedir que, como «entonces», ofreciera a los aldeanos «cigarros y vino del Rin», y mucho menos, Dios no lo quiera, dinero; con todo, lo que más le disgustaba era que las muchachas bebieran licor y comieran bombones: «Son unas piojosas, Mitri Fiódorovich

—decía—, yo les daría un buen rodillazo a todas ellas, y aun les diría que debían considerarlo un honor, ¡ya ve cómo son!». Mitia volvió a acordarse de Andréi y ordenó que le llevaran ponche. «Antes lo ofendí», se repetía con voz débil y enternecida. Kalgánov no quería beber y al principio no le hizo mucha gracia el coro de las muchachas, pero después de otras dos copas de champán se animó de una forma extraordinaria, empezó a dar vueltas por la habitación, riéndose y alabándolo todo y a todos, canciones y música. Maksímov, achispado y gozoso, no se alejaba de él. Grúshenka, que también empezaba a sentir los efectos del alcohol, le decía a Mitia señalando a Kalgánov: «Es encantador, ¡qué maravilla de muchacho!». Y Mitia corría a besar entusiasmado a Kalgánov y a Maksímov. Oh, podía presentir tantas cosas, ella todavía no le había dicho nada y hasta parecía que iba retrasando a propósito la ocasión, y solo de vez en cuando lo miraba con ojos tiernos, pero ardientes. Finalmente lo cogió firmemente de la mano y tiró de él con fuerza. Ella no se había movido del sillón al lado de la puerta.

—¡Ay, qué forma de entrar antes! ¡Qué forma de entrar!... Me he asustado tanto. Así que ibas a dejar que me fuera con él, ¿no? ¿De verdad querías eso?

—¡No quería arruinar tu felicidad! —balbuceó Mitia extasiado. Pero ella no necesitaba su respuesta.

—Anda, vete... Diviértete —volvía a echarlo de su lado—, y no llores, ya volveré a llamarte.

Él se retiraba corriendo y ella se ponía otra vez a escuchar las canciones y a contemplar los bailes, siguiéndolo con la mirada allá donde estuviera, pero un cuarto de hora más tarde ya estaba llamándolo otra vez y él acudía solícito.

—Siéntate a mi lado y cuéntame cómo te enteraste ayer de que estaba yo aquí; ¿por quién te enteraste?

Mitia empezó a contárselo todo sin coherencia ni orden, con mucha viveza, aunque de una forma extraña, frunciendo a menudo el entrecejo e interrumpiendo el relato.

—¿Por qué frunces el entrecejo? —preguntaba Grúshenka.

—No es nada... He dejado allí a un enfermo. Si se curase, si supiese que iba a curarse... ¡daba ahora mismo diez años de mi vida!

—Bueno, que Dios lo ayude si está enfermo. Pero ¿de verdad pensabas pegarte un tiro mañana? Serás bobo, pero ¿por qué? La verdad es que me gustan los hombres como tú, impulsivos —balbuceaba, trabándosele ya un poco la lengua—. Conque estabas dispuesto a todo por mí, ¿eh? ¡No, si será verdad que pensabas pegarte un tiro mañana! ¡Ay, qué bobo! No, tú de momento espera, mañana puede que te diga unas palabritas... hoy no te digo nada, mañana. ¿Te gustaría que fuera hoy? No, hoy no quiero... Venga, largo de aquí, ve a divertirte...

Una vez, sin embargo, cuando lo llamó, parecía perpleja y preocupada.

—¿Por qué estás triste? Veo que estás triste... Sí, puedo verlo —añadió mirándolo a los ojos con insistencia—. Por más que des voces y besos a los lugareños, puedo ver que pasa algo. No, ve a divertirte, yo estoy bien, tú ve a divertirte... Quiero a alguien aquí, a ver si adivinas a quién... Ay, mira, mi niño se ha quedado dormido, ha bebido de más, pobrecito.

Se refería a Kalgánov. En efecto, se había emborrachado y, al sentarse en el diván, se había quedado dormido al instante. Y no había sido solo por culpa del alcohol: de repente se había sentido triste o, como él mismo había dicho, «aburrido». Al final le habían desanimado muchísimo las canciones de las mozas, que con la bebida empezaban a convertirse poco a poco en algo excesivamente lascivo y desenfrenado. Lo mismo pasaba con los bailes: dos de las muchachas se habían disfrazado de osos y Stepánida, una moza animosa con una vara en la mano, hacía de domadora y se puso a «amaestrarlos». «Más brío, Maria —gritaba—, o probarás la vara.» Por fin los osos rodaron por el suelo de una manera completamente indecente entre las estrepitosas carcajadas de un público formado por hombres y mujeres de la aldea que se apiñaban sin dejar un hueco. «Nada, dejadles, dejadles —decía Grúshenka, sentenciosa, con una expresión de júbilo—, al menos que se diviertan por un día, ¿o es que el pueblo no puede estar contento?» Kalgánov lo observaba como si se hubiera puesto perdido. «Todo esto es una porquería, todo este populismo —dijo mientras se retiraba—, lo mismo que sus juegos en primavera, o como cuando se pasan toda una noche de verano vigilando el sol. » Le disgustó especialmente una canción «nueva» con un estribilloailable muy animado que cantaba los intentos de un barin con unas muchachas:

Un barin a unas mozas les preguntó:

¿estas muchachitas me querrán o no?

Un barin a unas mozas les preguntó:

¿estas muchachitas me querrán o no?

Pero las muchachas no veían posible amar al barin:

El barin seguro que me va a pegar,
de modo que yo no lo puedo amar.

Venía después un gitano (pronunciaban gitanó), y lo mismo:

Pregunta a las mozas luego un gitanó:

¿estas muchachitas me querrán o no?

Pero tampoco era posible amar al gitano:

Después al gitanó le da por robar,
pero a mí me toca sufrir y penar.

Y así pasaba mucha más gente preguntando a las muchachas, hasta un soldado:

Un joven soldado se les presentó:

¿estas muchachitas me querrán o no?

Pero también rechazaron con desprecio al soldado:

Este soldadito llevará un morral
y me llevará...

Y seguía un verso de lo más censurable cantado sin ningún pudor y que causó furor entre el público. La historia acababa con un comerciante:

Luego un comerciante también indagó:
¿estas muchachitas me querrán o no?

Y resultó que lo querían y mucho, porque, como decían ellas:

Este comerciante se irá a negociar
y así seré yo quien pueda reinar.

A Kalgánov se lo llevaban los demonios.

—Es una canción de ayer mismo —comentó en voz alta—. ¿Quién se la habrá escrito? Solo falta que pase un ferroviario o un judío por allí y pregunte a las chicas: éstos ganarían a todos. —Y acto seguido, poco menos que ofendido, declaró que estaba aburrido, se sentó en el diván y se durmió. Su linda cara, un poco pálida, reposaba en un cojín del diván.

—Mira qué guapo es... —decía Grúshenka llevando hasta él a Mitia—. Hace nada que le he peinado, tiene el pelo como el lino, y espeso...

Enternecida, se inclinó sobre él y le besó la frente. Kalgánov abrió un momento los ojos, la miró, se incorporó y preguntó muy preocupado dónde estaba Maksímov.

—Fíjate a quién necesita —Grúshenka se echó a reír—, quédate conmigo un ratito. Mitia, ve a buscar a su Maksímov.

Pero Maksímov ya no se apartaba de las muchachas, aunque de cuando en cuando iba corriendo a servirse licor, y de chocolate ya se había bebido dos tazas. Tenía la cara toda colorada y la nariz púrpura, los ojos húmedos y dulzones. Se acercó corriendo y declaró que tenía ganas de bailar una sabotière «al ritmo de cierta melodía».

—Resulta que de niño me enseñaron todos esos bailes refinados de la alta sociedad...

—Vamos, Mitia, ve con él, yo lo veré bailar desde aquí...

—Y yo, yo también voy a verlo —exclamó Kalgánov rechazando de la forma más ingenua la propuesta de Grúshenka de que se quedara con ella. Y todos se fueron a verlo. En efecto, Maksímov bailó, pero, excepto en Mitia, no causó especial admiración en nadie. Todo el secreto del baile consistía en dar saltitos y en girar los pies con las suelas hacia arriba, y en cada salto Maksímov se golpeaba la suela con las manos. A Kalgánov no le gustó en absoluto, pero Mitia cubrió de besos al bailarín.

—Ay, gracias, ¿estás cansado? ¿Qué miras ahí? ¿Te apetece un caramelo? ¿Qué tal un cigarro?

—Un cigarro, señor.

—¿Y no quieres beber?

—Tengo aquí un licorcito, señor... ¿No habrá por ahí bombones, señor?

—Ahí en la mesa tienes un montón, elige el que quieras, mi querido amigo.

—No, quisiera uno de esos con vainilla, señor... para los viejos, señor... ¡Ji, ji!

—No, hermano, de esos en concreto no hay.

—¡Escuche! —el viejo se inclinó y le habló a Mitia al oído—, esa muchacha, Máriushka... ji, ji, me gustaría, señor, si fuera posible, conocerla... si fuera tan amable...

—¡Anda lo que pides! No, hermano, qué cosas tienes.

—Pero si no hago daño a nadie, señor —susurró Maksímov, tristón.

—Ya vale, ya vale. Aquí, hermano, solo se canta y se baila, aunque... ¡qué demonios! Espera... De momento come, bebe, canta y disfruta. ¿No necesitas dinero?

—Quizá después, señor... —sonrió Maksímov.

—Está bien, está bien...

A Mitia le ardía la cabeza. Salió por el zaguán a la pequeña galería elevada de madera que, dando al patio, recorría por dentro una parte del edificio. El aire fresco lo reanimó. Estaba solo en la oscuridad, en un rincón, y de repente se agarró la cabeza con las dos manos. Sus ideas dispersas se conectaron de pronto, las sensaciones convergieron y se hizo la luz. ¡Una luz terrible, espantosa! «Si he de pegarme un tiro, ¿por qué no ahora? Voy a por la pistola, la traigo aquí y acabo conmigo en este rincón sucio y oscuro.» Estuvo indeciso un minuto. Unas horas antes, volando hacia allí, dejaba tras de sí la deshonra, el robo cometido y la sangre, ¡la sangre!... Pero antes parecía más fácil, ¡más fácil! Porque entonces todo había terminado: la había perdido, se había hecho a un lado, ella había muerto para él, había desaparecido, ¡ay!, la sentencia resultaba más leve, al menos le parecía ineludible, imprescindible: ¿para qué seguir en este mundo? Pero ahora... ¿Acaso ahora era todo igual? Ahora al menos uno de los fantasmas, de los monstruos, estaba acabado: el «anterior», el indiscutible, ese hombre fatídico, había desaparecido sin dejar huella. El fantasma terrible se había convertido de repente en algo muy pequeño, muy cómico; lo había llevado en vilo a ese dormitorio y lo había encerrado con llave. Jamás regresaría. Ella se sentía avergonzada y en sus ojos él podía ver con claridad a quién quería. Ahora solo se trataba de vivir... pero no era posible, no era posible vivir, ¡maldición! «Señor, devuelve la vida al que está tendido al lado de la valla. ¡Aparta de mí este cáliz! Porque tus milagros, Señor, se hicieron para los pecadores como yo. ¿Y si el viejo está vivo? Ay, entonces borraré la vergüenza del oprobio que aún queda, devolveré el dinero robado, lo repondré, lo sacaré de debajo de las piedras... ¡No quedarán huellas de la deshonra, salvo en mi corazón, ya para siempre! Pero no, no, ¡oh, sueños cobardes e imposibles! ¡Oh, maldición!»

Aun así, un rayo de esperanza lo iluminó en las tinieblas. Huyó de allí y corrió a la habitación, con ella, otra vez con ella, ¡con su reina! «¿Acaso una hora, un solo minuto

de su amor no vale toda una vida, aunque tenga que sufrir por la deshonra?» Esta pregunta brutal oprimía su corazón. «Reunirme con ella, estar solo con ella, verla, oír-la y no pensar en nada, olvidarlo todo, aunque solo sea una noche, una hora, ¡un instante!» Justo en la puerta del zaguán, aún en la galería, se tropezó con el posadero, Trifon Borísych. Le pareció que estaba sombrío y preocupado; por lo visto, había salido a buscarlo.

—¿Qué ocurre, Borísych? ¿Me buscabas?

—No, señor, a usted no —lo había pillado desprevenido—. ¿Por qué iba yo a buscarle? Y usted... ¿dónde estaba, señor?

—¿Por qué estás tan serio? ¿No estarás enfadado? Ten paciencia, que pronto podrás acostarte... ¿Qué hora es, por cierto?

—Pues serán las tres. Puede que pasadas.

—Ya acabamos, ya acabamos.

—No se preocupe, señor, si no pasa nada. Pueden estar cuanto quieran, señor...

«¿Qué le pasará?», se preguntó Mitia y entró corriendo en la sala donde bailaban las muchachas. Pero ella no estaba allí. Tampoco en la habitación azul, solo estaba Kalgánov durmiendo en el diván. Mitia miró detrás de la cortina, y estaba ahí. Estaba en un rincón, sentada en un baúl, con los brazos y la cabeza apoyados en la cama de al lado; lloraba amargamente, intentando dominarse por todos los medios y sofocando los sollozos para que no la oyera nadie. Al ver a Mitia, le indicó con la mano que se acercara, él corrió a su lado y ella le agarró con fuerza la mano.

—Mitia, Mitia, ¡yo lo amaba! —empezó a susurrarle—. Lo he amado tanto estos cinco años, todo este tiempo, todo... ¿Lo amaba a él o amaba solo mi rencor? ¡No, a él! ¡Ay, sí, a él! Miento si digo que amaba solo mi rencor y no lo amaba a él. Mitia, entonces yo tenía solo diecisiete años, y era tan cariñoso, tan alegre, me cantaba canciones... O al menos así me lo parecía a mí entonces, tonta de mí, yo era una cría... Pero ahora, Dios mío, no es el mismo de antes, no es el mismo en absoluto. Ni siquiera es su cara, no es él. No lo he reconocido. Viniendo hacia aquí con Timoféi, no hacía más que pensar: «¿Cómo lo encontraré? ¿Qué le digo? ¿Cómo vamos a mirarnos?»... Tenía el alma paralizada, y de pronto ha sido como si me hubiera echado encima un cubo de agua sucia. Habla como un maestro de escuela: con ese tono tan erudito, tan solemne; me recibió con tanta solemnidad que no sabía qué hacer. No me salían las palabras. Al principio pensé que se sentía cohibido en presencia de ese polaco tan largo. Yo los miraba y pensaba: ¿cómo es que ahora ya no sé hablar con él? ¿Sabes?, ha sido su mujer, ella lo ha estropeado, esa con la que se casó cuando me abandonó... Ha sido ella la que lo ha cambiado. ¡Qué vergüenza, Mitia! ¡Ay, me da tanta vergüenza, Mitia, tanta vergüenza! ¡Me siento avergonzada de toda mi vida! ¡Malditos, malditos sean esos cinco años! —Y volvieron a saltársele las lágrimas, pero no soltaba la mano de Mitia, la agarraba con fuerza—. Mitia, corazón, quédate, no te vayas, quiero decirte

una cosa —susurró y de repente alzó el rostro, mirándolo—. Escúchame, dime, ¿a quién quiero yo? Yo aquí quiero a un hombre. ¿Quién es ese hombre? Dímelo tú. —Su cara hinchada por las lágrimas se iluminó con una sonrisa, sus ojos brillaban en la penumbra—. Esta noche ha entrado un halcón y mi corazón ha dejado de latir. «Serás boba, ése es el que tú quieres», me susurró al instante mi corazón. Entraste tú y todo se iluminó. «Pero ¿de qué tendrá miedo?», pensé. Porque estabas asustado, muy asustado, no sabías ni hablar. «No se ha asustado de ellos», pensé, a ti no hay quien te asuste. «Es de mí de quien tiene miedo —pensé—, solo de mí.» Porque seguro que Fenia te había contado, ¡ay, tonto!, que yo le había gritado a Aliosha por la ventana que había querido a Mítienka una hora y que en ese momento me marchaba, dispuesta a querer... a otro. Mitia, Mitia, ¿cómo he podido ser tan boba para pensar en querer a nadie después de ti? ¿Me perdonas, Mitia? ¿Me perdonas o no? ¿Me quieres? Di, ¿me quieres?

Se puso en pie y lo sujetó por los hombros. Mitia, mudo de éxtasis, contemplaba sus ojos, su rostro, su sonrisa y de pronto, tras abrazarla con fuerza, empezó a besarla.

—¿Y me perdonas que te haya hecho sufrir? Por rencor os he torturado a todos. Incluso a ese viejecito lo he vuelto loco a propósito, solo por rencor... ¿Recuerdas que una vez rompiste una copa en mi casa? Pues hoy me he acordado y yo también he roto una copa, he bebido por «mi corazón infame». Mitia, halcón, ¿por qué no me besas? Me has besado una vez y te has apartado, me miras, me escuchas... ¡Qué es eso de escucharme! Bésame, bésame con fuerza, eso es. ¿Me quieres? ¡Quiéreme! Ahora seré tu esclava, tu esclava para siempre. Qué dulce es ser esclava... ¡Bésame! ¡Pégame, tortúrame, haz lo que quieras conmigo!... Me merezco que me torturen. ¡Para! Espera, luego, así no quiero... —Lo apartó—. Vete, Mitka, ahora voy a tomar champán, quiero emborracharme, voy a ponerme a bailar borracha, ¡eso es lo que quiero!

Se zafó de él y salió de detrás de la cortina, y Mitia la siguió como borracho. «Sea lo que sea lo que ocurra ahora, daría todo el mundo por un solo minuto», pensó. Grúshenka, efectivamente, se bebió de un trago otro vaso de champán y enseguida le hizo efecto. Se sentó en el sillón de antes con una sonrisa de felicidad. Sus mejillas ardían, sus labios llameaban, sus ojos brillantes se humedecieron, su mirada apasionada seducía. Incluso Kalgánov sintió una punzada en el corazón y se acercó a ella.

—¿Te has enterado de cuando te he besado mientras dormías? —balbuceó Grúshenka—. Ahora estoy borracha, fíjate... ¿Y tú no estás borracho? ¿Y Mitia por qué no bebe? Mitia, ¿por qué no bebes? Yo he bebido y tú no...

—¡Borracho! Ya estoy borracho... borracho de ti, pero también quiero estarlo de vino. —Se tomó otro vaso y solo por este último vaso, algo que a él también le extrañó, se emborrachó, se emborrachó de repente porque hasta ese momento había estado sobrio, lo recordaba bien. A partir de entonces todo empezó a dar vueltas a su

alrededor, como en un delirio. Iba y venía, se reía, hablaba con todo el mundo, como sin darse cuenta de lo que hacía. Un solo sentimiento, fijo y abrasador, se manifestaba a cada paso, «como un carbón ardiendo en el corazón», recordaría después. Se acercaba a ella, se sentaba a su lado, la miraba, la escuchaba... Ella, por su parte, se había vuelto muy locuaz, llamaba a todo el mundo, de repente le hacía una señal a alguna de las mozas del coro y, cuando se acercaba, unas veces la besaba y dejaba que se fuera, otras veces la persignaba. Y un minuto más tarde lo mismo se echaba a llorar. También se estaba divirtiendo mucho el «viejecito», como había llamado Grúshenka a Maksímov. Cada poco tiempo se acercaba corriendo a besarle la mano «y todos sus deditos», y casi al final volvió a bailar al son de una canción antigua que él mismo interpretó. El estribillo lo bailó con singular ardor:

El cerdito, oinc-oinc.

El ternero, mu-mu.

El patito, cua-cua.

El gansito, on-on.

Y la gallinita va por el zaguán,
haciendo clo-clo, clo-clo,
ay, ay, haciendo clo-clo.

—Dale algo, Mitia —decía Grúshenka—, hazle algún regalo, que es pobre. ¡Ah, los pobres, los humillados!... Mitia, ¿sabes?, voy a ir al monasterio. No, de verdad, alguna vez pienso ir. Hoy Aliosha me ha dicho algo que recordaré toda la vida... Sí... Pero hoy, de momento, bailemos. Mañana al monasterio, pero hoy bailemos. Quiero hacer locuras, buena gente; total, ¿qué más da? Ya me perdonará Dios. Si yo fuera Dios, perdonaría a todo el mundo: «Amados pecadores míos, desde este día estáis todos perdonados». Y yo iré a pedir perdón: «Perdonad, buena gente, a esta pobre tonta, que es lo que soy». Soy una fiera, eso es lo que soy. Y quiero rezar. He dado una cebolla pequeñita. ¡Una malvada como yo, que quiere rezar! Mitia, deja que bailen, no molestes. Todas las personas del mundo son buenas, todas, hasta la última. El mundo es un buen sitio. Aunque nosotros seamos malos, el mundo es un buen sitio. Somos malos y buenos, malos y buenos a la vez... Decidme, a vosotros os lo pregunto, venid que os pregunte, decidme una cosa: ¿por qué soy tan buena? Porque soy buena, muy buena... Así pues, ¿por qué soy tan buena? —balbuceaba Grúshenka, cada vez más borracha, hasta que por fin proclamó que quería bailar. Se levantó del sillón tambaleándose—. Mitia, no me des más vino, aunque te pida, tú no me des. El vino no te trae la paz. Y todo da vueltas, también la estufa, todo da vueltas... Quiero bailar. Que todos vean cómo bailo... lo bonito y lo bien que bailo...

Su propósito era serio: se sacó del bolsillo un pañuelo de batista blanco y, con la mano derecha, lo sujetó por una de las puntas para agitarlo al bailar. Mitia no paraba, las mozas se callaron, listas para entonar a coro una danza a la primera señal.

Maksímov, al enterarse de que Grúshenka se disponía a bailar, chilló entusiasmado, y ya estaba colocándose delante de ella, dando saltitos y canturreando:

Pies finitos, sonoros costados
y el rabito como un gancho.

Pero Grúshenka le hizo un gesto con el pañuelo para que se apartara.

—¡Chis! Mitia, ¿por qué no vienen? Que vengan todos... a mirar. Llama también a éstos, a los que están encerrados... ¿Por qué has tenido que encerrarlos? Diles que voy a bailar, que vengan a mirar cómo bailo...

Con sus andares de borracho, Mitia se acercó a la puerta cerrada y empezó a llamar a golpes a los panowie.

—Eh, vosotros... ¡los Podwysocki! Salid, ella quiere bailar, os llama.

—Łajdak! —respondió gritando uno de los polacos.

—Tú sí que eres un... ¡un podłajdak! Un miserable canalla de tres al cuarto; eso es lo que eres.

—Ya está bien de burlarse de Polonia —le señaló Kalgánov sentencioso, que también había bebido mucho más de la cuenta.

—¡Calla, niño! Si le llamo canalla, eso no significa que se lo esté llamando a toda Polonia. Un łajdak no hace Polonia. Calla, niño bonito, tómate un bombón.

—¡Ay, cómo son! No parecen personas. ¿Por qué no querrán hacer las paces? —dijo Grúshenka y salió a bailar. El coro empezó a cantar: «Ay, zaguán, mi zaguán». Grúshenka echó la cabeza hacia atrás, entreabrió los labios, sonrió y agitó el pañuelo; entonces, tambaleándose bruscamente, se quedó desconcertada en el centro de la habitación—. Estoy débil... —dijo con un hilo de voz—, perdonen, estoy débil, no puedo... Es culpa mía... —Hizo una reverencia al coro y después empezó a hacer reverencias a los cuatro costados—: Es culpa mía... perdonen...

—Ha bebido la señorita, la guapa señorita ha bebido —se alzaron varias voces.

—Se han emborrachado los dos —explicó, entre risitas, Maksímov a las muchachas.

—Mitia, sácame de aquí... cógeme... —decía Grúshenka sin fuerzas. Mitia se precipitó hacia ella, la cogió en brazos y corrió tras las cortinas con su valioso botín. «Bueno, ahora sí que me voy», pensó Kalgánov y al salir de la habitación azul cerró tras de sí las dos hojas de la puerta. Pero en la sala el festín seguía con gran estrépito, cada vez más ensordecedor. Mitia acostó a Grúshenka en la cama y atrapó sus labios en un beso.

—No me toques... —balbuceaba ella implorante—, no me toques, aún no soy tuya... Te he dicho que soy tuya, pero no me toques... ten compasión... Con éstos ahí, con éstos ahí al lado, no puede ser... Él está aquí... Aquí sería una vileza...

—Como quieras. Ni se me ocurre... ¡te adoro!... —Mitia farfullaba—. Sí, aquí sería una vileza, ah, algo despreciable. —Sin dejar de abrazarla, cayó de rodillas junto a la cama.

—Sé que eres noble, aunque seas una fiera —dijo Grúshenka, articulando con dificultad—. Es necesario que esto sea noble... en adelante lo será... y que nosotros también seamos nobles, y que seamos buenos, no fieras, sino buenos... Sácame de aquí, llévame lejos, ¿me oyes?... No quiero que sea aquí, tiene que ser lejos, lejos...

—¡Ah, sí, claro que sí! —Mitia la cubría de abrazos—, te llevaré lejos, iremos volando... ¡Ay, ahora mismo daría toda mi vida a cambio de un solo año con tal de saber qué ha sido de esa sangre!

—¿Qué sangre? —preguntó Grúshenka perpleja.

—¡No es nada! —bramó Mitia—. Grusha, tú quieres que todo sea noble, pero yo soy un ladrón. Le robé dinero a Katka... ¡Qué vergüenza, qué vergüenza!

—¿A Katka? ¿A la señorita? No, no le has robado. Devuélveselo, yo tengo... ¿Por qué gritas? Ahora todo lo mío es tuyo. ¿Qué nos importa el dinero? De todas maneras, lo habríamos derrochado en juergas... Buenos somos tú y yo para no derrocharlo. Mejor será que nos vayamos a labrar la tierra. Quiero arañar la tierra con estas manos. Hay que trabajar, ¿me oyes? Aliosha me lo ha ordenado. No voy a ser tu amante, te voy a ser fiel, voy a ser tu esclava, voy a trabajar para ti. Iremos los dos a ver a la señorita, nos inclinaremos ante ella para que nos perdone y nos iremos lejos. Y, si no nos perdona, aun así nos iremos. Tú llévale el dinero, y quíereme a mí, no la quieras a ella. No la quieras más. Si sigues queriéndola, la estrangularé... Le sacaré los ojos con una aguja...

—Te quiero a ti, solo a ti, en Siberia te voy a querer...

—¿Por qué en Siberia? Bueno, también en Siberia si quieres, da igual... Trabajaremos... y en Siberia hay nieve... Me gusta viajar por la nieve... y tiene que haber una campanilla... ¿No oyes una campanilla?... ¿Dónde suena esa campanilla? Alguien pasa... ahora ha dejado de sonar.

Desfallecida, cerró los ojos y debió de quedarse dormida un momento. La campanilla había sonado de verdad a lo lejos y luego dejó de oírse. Mitia recostó la cabeza sobre su pecho. No se había dado cuenta de que la campanilla había dejado de oírse y tampoco de que de repente también las canciones cesaban y, en lugar de canciones y alboroto de borrachos, reinaba en toda la casa un silencio mortal. Grúshenka abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado? ¿Me he dormido? Sí... la campanilla. Me he dormido y he tenido un sueño, estaba viajando, por la nieve... Suena la campanilla y yo dormitaba. Viajaba con mi amado, contigo. Y lejos, lejos... Te abrazaba y te besaba, me estrechaba contra ti, creo que tenía frío, y la nieve brillaba... Ya sabes cómo brilla la nieve por la noche, bajo la luna, era como si no estuviera en la tierra... Me he despertado y mi amado está a mi lado, qué bien...

—A tu lado —farfulló Mitia besándole el vestido, el pecho, las manos. Pero de pronto sintió algo extraño: le parecía que ella miraba al frente, pero no a él, sino por

encima de su cabeza, fijamente, con una extraña inmovilidad. De repente la sorpresa, casi el miedo, se reflejó en su cara.

—Mitia, ¿quién es ese que nos mira desde allí? —susurró de pronto Grúshenka. Mitia se volvió y vio que en efecto alguien había descorrido la cortina y parecía observarles. Y no estaba solo. Mitia se puso en pie de un salto y rápidamente se dirigió a los que miraban.

—Aquí, si es tan amable, venga aquí —le dijo una voz suave pero firme e insistente. Mitia salió de detrás de la cortina y se quedó inmóvil.

Toda la habitación estaba llena de gente, pero no la misma de antes, sino gente nueva. Un escalofrío instantáneo le recorrió la espalda y se estremeció. Enseguida reconoció a toda esa gente. El viejo alto y corpulento con abrigo y gorra con escarapela era el isprávník Mijaíl Makárych. Y el dandi «tísico» y atildado, «siempre con esas botas tan limpias», era el ayudante del fiscal. «Tiene un cronómetro de cuatrocientos rublos, él me lo enseñó.» Y aquel jovencito, el pequeño con gafas... Mitia no recordaba su apellido, pero lo conocía, lo había visto antes, era el juez de instrucción, había llegado hacía poco «de la Jurisprudencia». Y ahí estaba el stanovói Mavriki Mavríkich, de este nombre sí se acordaba, eran conocidos. Y esos con distintivos, ¿a qué habrían venido? Y otros dos hombres más... Y en las puertas estaban Kalgánov y Trifon Borísych...

—Señores... ¿Qué es todo esto, señores? —dijo Mitia, pero de pronto, fuera de sí, como sin ser consciente del todo, exclamó con todas sus fuerzas, a voz en grito—: ¡Com-pren-do!

El joven de gafas se adelantó y, tras acercarse a Mitia, empezó a decir con compostura, aunque atropellándose un poco:

—Tenemos que... en una palabra, le ruego que venga, sí, aquí, al diván... Es urgente que dé unas explicaciones.

—¡El viejo! —gritó Mitia agitado—. ¡El viejo y su sangre!... ¡Com-pren-do!

Y, como si le hubieran segado las piernas, no se sentó, sino que se derrumbó en la silla que tenía al lado.

—¿Lo comprendes? ¡Lo has comprendido! Parricida y monstruo, ¡la sangre de tu anciano padre clama contra ti! —empezó a rugir súbitamente el viejo isprávník, acercándose a Mitia. Estaba fuera de sí, completamente rojo y temblando todo él.

—Pero ¡no puede ser! —gritó el joven bajito—. ¡Mijaíl Makárych, Mijaíl Makárych! ¡Esto no se hace así, no se hace así, señor!... Le ruego que me permita hablar a mí... Nunca me habría esperado una escena semejante por parte de usted...

—Pero ¡es que todo esto es un delirio, señores, un delirio! —exclamó el isprávník—. Mírenlo: de noche, borracho, con una joven disoluta y cubierto con la sangre de su padre... ¡Un delirio!

—Le pido con todas mis fuerzas, querido Mijaíl Makárych, que por esta vez reprima sus sentimientos —le susurró al viejo, atropelladamente, el ayudante del fiscal—, de lo contrario me veré obligado...

Pero el pequeño juez de instrucción no le dejó terminar. Se dirigió a Mitia y le comunicó en voz alta, con firmeza y autoridad:

—Teniente en la reserva Karamázov, debo informarle de que se le acusa del asesinato de su padre, Fiódor Pávlovich Karamázov, ocurrido esta noche...

Dijo algo más, también el fiscal debió de añadir algo, pero Mitia los escuchaba sin comprenderlos. Los miraba a todos con expresión salvaje...

LIBRO NOVENO

DILIGENCIAS PREVIAS

I. Comienza la carrera del funcionario Perjotin

Piotr Ilich Perjotin, a quien habíamos dejado golpeando con todas sus fuerzas el sólido portalón de la casa de la comerciante Morózova, al final consiguió, como es natural, que le abrieran. Al oír aquellos golpes furibundos, Fenia, que tanto se había asustado dos horas antes y que, debido a su inquietud y a sus «cavilaciones», aún no se había acostado, volvió a sentirse aterrorizada y a punto estuvo de sufrir un ataque de histeria: se imaginó que quien llamaba era otra vez Dmitri Fiódorovich (a pesar de que ella misma lo había visto partir), pues nadie más que él podía llamar con tanta «insolencia». Corrió hacia el portero, que se había despertado y ya se dirigía al portalón para ver quién estaba dando aquellos golpes, y empezó a suplicarle que no dejara pasar a nadie. Pero el portero interrogó a la persona que estaba llamando y, al averiguar de quién se trataba y que quería ver a Fedosia Márkovna por un asunto de enorme trascendencia, se decidió finalmente a abrirle. Habiendo entrado hasta la misma cocina de Fedosia Márkovna, y tras acceder al ruego de que también el portero estuviera presente, «por si las dudas», Piotr Ilich empezó a interrogarla y en un momento había dado con lo más importante: o sea, que Dmitri Fiódorovich, al salir corriendo en busca de Grúshenka, se había llevado la mano de mortero, y había vuelto sin ella, y con las manos manchadas de sangre. «Y aún le goteaba la sangre de las manos, ¿no hacía más que gotearle!», exclamó Fenia, que al parecer había recreado en su alterada imaginación aquel detalle atroz. No obstante, el propio Piotr Ilich había visto aquellas manos ensangrentadas, aunque de ellas no goteara la sangre, y había ayudado a lavarlas, si bien la cuestión no era si se habían secado pronto o no, sino adónde había ido corriendo Dmitri Fiódorovich con la mano de mortero, es decir, si realmente se había dirigido a casa de Fiódor Pávlovich y sobre qué base podía llegarse a semejante conclusión. Piotr Ilich hizo especial hincapié en este punto y, a pesar de que al final no pudo averiguar nada en firme, quedó casi totalmente convencido de que Dmitri Fiódorovich no había podido ir a otro sitio que a casa de su padre y de que allí, por tanto, tenía que haber ocurrido algo necesariamente. «Y cuando regresó —añadió

Fenia, muy nerviosa— y le confesé todo, empecé a preguntarle: “¿Cómo es que tiene usted las manos manchadas de sangre, mi buen Dmitri Fiódorovich?”», y al parecer él le había respondido que aquella sangre era humana y que acababa de matar a una persona. «Así lo admitió, así me lo confesó aquí mismo, y de repente salió corriendo como un loco. Yo me senté y me puse a pensar: “¿Adónde habrá ido corriendo ahora este loco? Seguro que va a Mókroie —me dije—, a matar a la señora”. Salí a toda prisa a suplicarle que no matara a la señora; me dirigí a su casa, pero delante de la tienda de los Plótnikov vi que estaba a punto de partir y que ya no tenía sangre en las manos.» (Fenia se había fijado en ese detalle y lo recordaba.) La vieja, la abuela de Fenia, confirmó la declaración de su nieta hasta donde le fue posible. Después de haber preguntado alguna cosa más, Piotr Ilich dejó la casa más preocupado e inquieto que al llegar.

Se diría que, para él, lo más directo e inmediato habría sido encaminarse en ese momento a casa de Fiódor Pávlovich con la intención de averiguar si había ocurrido algo allí y, de ser así, exactamente qué, para acudir entonces, y solo entonces, cuando ya no hubiera lugar a dudas, al isprávník, cosa ya firmemente decidida por Piotr Ilich. Pero la noche era oscura y el portalón de la casa de Fiódor Pávlovich era sólido; una vez más se vería obligado a llamar, pues apenas conocía a Fiódor Pávlovich; si al final le abrían, después de mucho llamar, y resultaba que allí no había ocurrido nada, el guasón de Fiódor Pávlovich iría al día siguiente con el cuento por toda la ciudad, explicando cómo a medianoche un desconocido, el funcionario Perjotin, había irrumpido en su casa para averiguar si alguien lo había matado. ¡Menudo escándalo! Y no había nada en el mundo que Piotr Ilich temiera más que el escándalo. No obstante, el sentimiento que lo animaba era tan fuerte que, dando una patada de rabia en el suelo y volviendo a maldecirse a sí mismo, de inmediato se puso nuevamente en marcha, pero ya no hacia la casa de Fiódor Pávlovich, sino hacia la de la señora Jojlakova. Si ésta respondía negativamente a la pregunta de si le había dado tres mil rublos a Dmitri Fiódorovich un rato antes, a una hora determinada, Piotr Pávlovich pensaba acudir de inmediato al isprávník, sin pasar antes por casa de Fiódor Pávlovich; en caso contrario, lo dejaría todo para el día siguiente y se iría a casa. Evidentemente, la decisión del joven de presentarse de noche, casi a las once, en casa de una señora de posición, a la que no conocía de nada, levantándola tal vez de la cama, para hacerle una pregunta asombrosa, dadas las circunstancias, entrañaba mucho más riesgo de suscitar un escándalo que la opción de ir a casa de Fiódor Pávlovich. Pero así ocurre a veces, sobre todo en casos así, con las decisiones de las personas más metódicas y flemáticas. ¡Y en ese momento Piotr Ilich era cualquier cosa menos un hombre flemático! Toda su vida recordaría después cómo había ido apoderándose de él, gradualmente, un desasosiego invencible que había acabado por torturarlo, arrastrándolo contra su propia voluntad. Como es natural, en todo el camino no dejó

de reprenderse por ir a casa de aquella dama, aunque se repitió por décima vez, haciendo rechinar los dientes: «¡Llegaré hasta el final! ¡Hasta el final!». Y logró su propósito: llegó hasta el final.

Eran las once en punto cuando llegó a casa de la señora Jojlakova. Enseguida le dejaron entrar al patio, pero a su pregunta de si la señora dormía ya o estaba todavía levantada el portero no supo responder con precisión, y solo fue capaz de decirle que a esa hora por lo general estaba ya en la cama. «Hágase anunciar ahí arriba; si quiere recibirle, le recibirá; si no quiere, no le recibirá.» Piotr Ilich subió al piso principal, pero una vez allí la situación se complicó. El lacayo no quería anunciarlo; finalmente, llamó a una doncella. Piotr Ilich, en tono cortés pero insistente, le pidió que informara a su señora de que un funcionario local, Perjotin, se había presentado por un asunto especial, y añadió que de no haberse tratado de un asunto tan importante no habría osado venir. «Comuníquese exactamente así, con estas mismas palabras», le pidió a la doncella. La muchacha salió. Él se quedó esperando en el recibidor. La señora Jojlakova no se había acostado aún, pero ya se había retirado a su dormitorio. Estaba muy disgustada desde la reciente visita de Mitia y presentía que aquella noche no iba a poder evitar la migraña que solía sufrir en tales casos. Tras escuchar las explicaciones de la doncella, con la consiguiente sorpresa, mandó con irritación despedir a la visita, a pesar del extraordinario interés que había despertado en su curiosidad femenina la inesperada presencia, a esas horas, de un «funcionario local» desconocido. Pero Piotr Ilich, en esta ocasión, se mostró testarudo como una mula: al oír la negativa, rogó nuevamente, con una insistencia extraordinaria, que anunciaran su presencia y que le dijeran a la señora, «con estas mismas palabras», que estaba allí «por un asunto de una importancia excepcional», y que quizá la señora podría arrepentirse más tarde de no haberlo recibido en ese momento. «Fue como si me arrojara desde lo alto de una montaña», contaría más tarde. Tras mirarlo con asombro, la doncella fue a informar por segunda vez. La señora Jojlakova se quedó desconcertada; reflexionó, preguntó qué aspecto tenía el visitante y se enteró de que iba «muy bien vestido», y era «joven y muy cortés». Señalemos, entre paréntesis y como de paso, que Piotr Ilich era un joven bastante bien parecido, y él mismo lo sabía. La señora Jojlakova se decidió a salir a recibirlo. Llevaba puesta una bata de andar por casa y unas chinelas, pero se echó un chal negro por encima de los hombros. Rogaron al «funcionario» que pasara al salón, el mismo en el que hacía unas horas habían recibido a Mitia. La señora de la casa se presentó ante el visitante con un aire severo e inquisitivo y, sin invitarlo a sentarse, le preguntó abiertamente:

—¿Qué se le ofrece?

—Me he decidido a importunarla, señora, a propósito de nuestro común conocido Dmitri Fiódorovich Karamázov —empezó diciendo Perjotin, pero, nada más pronunciar

este nombre, en el rostro de la señora se dibujó una vivísima irritación. Ésta reprimió un chillido e interrumpió, encolerizada, a su interlocutor.

—¿Hasta cuándo van a seguir atormentándome con ese hombre espantoso? ¿Hasta cuándo? —empezó a gritar, fuera de sí—. ¿Cómo ha osado usted, señor mío, cómo ha tenido el atrevimiento de venir a molestar a una dama a la que no conoce, en su casa y a estas horas... y para hablar de un hombre que aquí mismo, en este mismo salón, hace apenas tres horas, vino dispuesto a matarme, me pateó y salió como no sale nadie de una casa decente? Sepa, señor mío, que pienso presentar una queja contra usted, que no se lo voy a perdonar; así que haga el favor de dejarme tranquila en este mismo instante... Soy una madre, y ahora mismo... yo... yo...

—¡Matarla! ¿Conque también a usted quería matarla?

—¿Es que ya había matado a alguien más? —preguntó impetuosamente la señora Jojlakova.

—Tenga la bondad de escucharme, señora, tan solo medio minuto, y yo en dos palabras se lo explicaré todo —contestó rotundamente Perjotin—. Hoy mismo, a las cinco de la tarde, el señor Karamázov me pidió prestados diez rublos en calidad de amigo, y sé positivamente que carecía de dinero; resulta que a las nueve de la noche ha venido a verme llevando en las manos, a la vista de todo el mundo, un fajo de billetes de cien rublos; serían aproximadamente dos mil o puede que incluso tres mil rublos. Tenía la cara y las manos todas llenas de sangre, y parecía como si se hubiera vuelto loco. Al preguntarle de dónde había sacado tanto dinero, me respondió con precisión que se lo acababa de dar usted y que usted le había prestado un total de tres mil rublos para ir, según me dijo, a las minas de oro...

En la cara de la señora Jojlakova se reflejó de pronto una inusitada y dolorosa emoción.

—¡Dios mío! ¡Ha matado a su anciano padre! —exclamó, juntando las manos—. ¡Yo no le he dado nada de dinero, nada! ¡Oh, corra, corra!... ¡No diga ni una palabra más! Salve al viejo, vaya corriendo a casa de su padre, ¡corra!

—Permítame, señora, ¿de modo que no le ha dado usted dinero? ¿Recuerda claramente que no le ha dado ninguna cantidad?

—¡No le he dado nada, nada! Se lo he negado, porque no es capaz de apreciar su valor. Ha salido hecho una furia y dando patadas. Se ha abalanzado sobre mí, pero yo me he apartado de un salto... Y le diré además a usted, a quien ya no tengo intención de ocultar nada, que ese hombre incluso me ha escupido, ¿se lo imagina? Pero ¿qué hacemos de pie? Ah, siéntese... Disculpe, yo... O mejor corra, corra, ¡tiene usted que correr a salvar a ese pobre viejo de una muerte espantosa!

—Pero ¿y si ya lo ha matado?

—¡Ay, Dios mío, es verdad! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué cree usted que debemos hacer ahora?

Entretanto había invitado a sentarse a Piotr Ilich y ella misma se había sentado enfrente de él. Piotr Ilich le expuso, brevemente pero con bastante claridad, la historia del caso, al menos aquella parte de la historia de la que ese mismo día había sido testigo; le contó su reciente visita a Fenia y la informó de lo ocurrido con la mano de mortero. Todos estos detalles impresionaron a más no poder a la excitada dama, que se puso a chillar y se cubrió el rostro con las manos...

—Figúrese, ¡todo esto yo ya lo veía venir! Tengo este don: todo lo que me imagino, sea lo que sea, luego se cumple. Cuántas veces, cuántas, al mirar a ese hombre horrible, habré pensado: al final este hombre acabará matándome. Y así ha sido... Quiero decir, si no me ha matado a mí, sino a su padre, eso se debe, muy probablemente, a que la mano de Dios tiene que haber velado por mí, y también a que a ese hombre le ha dado vergüenza matarme, porque aquí mismo, en este lugar, le colgué del cuello una estampa con una reliquia de santa Bárbara, esa gran mártir... ¡Qué cerca he estado en ese momento de la muerte! ¡Me he acercado tanto a él, y él ha alargado todo el cuello hacia mí! ¿Sabe, Piotr Ilich? (Disculpe, ha dicho que se llamaba Piotr Ilich, ¿verdad?)... ¿Sabe?, yo no creo en los milagros, pero esa estampa y el evidente milagro que ha obrado conmigo hace un rato... eso es algo que me conmueve, y estoy empezando a creer otra vez en lo que haga falta. ¿Ha oído usted hablar del stárets Zosima?... Es igual, ya no sé ni lo que me digo... Imagínese, ese hombre, aun llevando la imagen al cuello, me ha escupido... Sí, claro, solo me ha escupido, no me ha matado, y... y ¡hay que ver adónde ha ido a parar! Y ¿qué hacemos ahora nosotros? ¿Adónde deberíamos ir? ¿Qué piensa usted?

Piotr Ilich se levantó y anunció que pensaba ir directamente a ver al isprávník a contárselo todo, y que éste ya sabría lo que había que hacer.

—Ah, es un hombre estupendo, estupendo; conozco a Mijaíl Makárovich. Vaya a verlo sin falta. Qué resolutivo es usted, Piotr Ilich, y qué bien lo ha pensado todo; ¿sabe?, ¡a mí nunca se me habría ocurrido!

—Además, yo también soy un buen amigo del isprávník —señaló Piotr Ilich, que seguía ahí parado y que, evidentemente, tenía muchas ganas de librarse como fuera de aquella impulsiva dama, que no le daba ocasión de despedirse y marcharse.

—Y ¿sabe, sabe? —farfullaba ella—. Venga a contarme todo lo que vea y oiga allí... y lo que se descubra... y lo que decidan hacer con él y adónde lo van a mandar cuando lo condenen. Dígame, aquí no hay pena de muerte, ¿verdad? Pero venga sin falta, aunque sean las tres de la madrugada, aunque sean las cuatro, las cuatro y media incluso... Mande que me despierten, que me zarandeen si no me levanto... ¡Oh, Dios!, si no voy a poder ni dormirme... Escuche, ¿y si fuera con usted?...

—No, no; ahora bien, si quisiera escribir ahora mismo de su puño y letra tres líneas, por si acaso, diciendo que no le ha dado usted ningún dinero a Dmitri Fiódorovich, quizá no estaría de más... por si acaso...

—¡Cómo no! —La señora Jojlkova, entusiasmada, se acercó de un salto a su escritorio—. ¿Sabe? Me deja usted anonadada, sencillamente me admiran su diligencia y su habilidad en estas cuestiones... ¿Presta usted aquí sus servicios? Qué gusto da saber que presta aquí sus servicios...

Sin dejar de hablar, trazó rápidamente en medio folio de papel de carta, en grandes caracteres, las siguientes líneas:

Nunca en la vida he prestado al desdichado Dmitri Fiódorovich Karamázov (pues, a pesar de todo, ahora es un desdichado) tres mil rublos en el día de hoy, ni ninguna otra cantidad de dinero, ¡nunca, nunca! Lo juro por todo lo que hay de sagrado en este mundo.

JOJLAKOVA

—¡Aquí tiene la nota! —Rápidamente, se volvió hacia Piotr Ilich—. Vaya ahora y sálvelo. Será una gran acción de su parte.

Y lo persignó tres veces. Incluso lo acompañó hasta el vestíbulo para despedirlo.

—¡Qué agradecida le estoy! No puede usted creerse cómo le agradezco que haya venido a verme a mí antes que a nadie. ¿Cómo es que no nos habíamos visto antes? Me sentiría muy halagada si, en lo sucesivo, pudiera recibirle a usted en mi casa. Me ha encantado saber que usted presta aquí sus servicios... y con semejante precisión, con semejante eficacia... A usted tendrán que apreciarle en lo que vale, acabarán por comprenderle, y todo lo que yo pudiera hacer por usted, créame que... ¡Oh, adoro a la gente joven! Estoy enamorada de la gente joven. Los jóvenes son el fundamento de nuestra Rusia sufriente de hoy, son toda su esperanza... ¡Oh, vaya usted, vaya usted!

Pero Piotr Ilich ya había salido corriendo; si no, ella no le habría dejado marcharse tan pronto. De todos modos, la señora Jojlkova le había producido una impresión bastante agradable, que hasta atenuaba en alguna medida su inquietud por verse implicado en un asunto tan desagradable. Cada uno tiene sus gustos, eso ya se sabe. «Tampoco es tan mayor —pensaba él con satisfacción—; al contrario, la habría tomado por su hija.»

Por su parte, la señora Jojlkova estaba sencillamente fascinada con aquel joven. «Cuánto talento, cuánta precisión en una persona tan joven en los tiempos que corren, y todo ello con esos modales y esa presencia. Tanto que dicen que si los jóvenes actuales no valen para nada; pues aquí tenemos un ejemplo.» Y etcétera, etcétera. De ese modo, sencillamente se olvidó del «terrible incidente», y solo en el momento de acostarse, al acordarse de pronto una vez más de «lo cerca que había estado de la muerte», exclamó: «¡Ah, es algo terrible, terrible!». Pero enseguida se quedó dormida, sumiéndose en el más profundo y dulce de los sueños. De todos modos, no me habría extendido tanto en detalles nimios y episódicos si la excéntrica entrevista, que acabo de describir, entre el joven funcionario y la viuda en absoluto vieja no hubiera servido después de base para la carrera de toda una vida de aquel preciso y meticoloso joven,

algo que todavía se recuerda con asombro en nuestra pequeña ciudad y de lo que posiblemente digamos alguna palabrilla especial una vez que hayamos concluido nuestro largo relato sobre los hermanos Karamázov.

II. La alarma

Nuestro isprávník, Mijaíl Makárovich Makárov, teniente coronel retirado con el grado de consejero de corte, era un hombre viudo y una buena persona. Había llegado a nuestra ciudad hacía solo tres años, pero ya se había ganado la simpatía general, gracias, sobre todo, a que «sabía unir a la sociedad». Nunca faltaban invitados en su casa, y se diría que sin ellos no habría podido vivir. Todos los días, sin falta, alguien comía con él, aunque solo fueran un par de invitados, o uno solo, pero sin invitados no se sentaba a la mesa. Tampoco eran raros los banquetes formales, que organizaba con toda clase de pretextos, hasta los más imprevistos. La comida que servía no es que fuera exquisita, pero sí era abundante; se preparaban unas kulebiaki excelentes y los vinos, sin brillar por su calidad, destacaban por su cantidad. La primera pieza de la casa, donde había instalado un billar, presentaba un mobiliario muy distinguido: es decir, colgaban incluso de las paredes unos grabados, con sus marcos negros, de caballos de carreras ingleses, adorno imprescindible, como es sabido, en toda sala de billar de un hombre soltero. Todas las noches se jugaba a las cartas, aunque no fuera más que en una sola mesa. Pero muy a menudo también se reunía allí lo mejor de la sociedad de nuestra ciudad, con las mamás y las jovencitas, para bailar. Mijaíl Makárovich, aunque era viudo, era un hombre familiar y vivía en compañía de una hija suya, viuda también desde hacía mucho y madre a su vez de dos muchachas, nietas de Mijaíl Makárovich. Éstas ya eran mayores y habían concluido su formación; no eran nada feas y tenían un carácter alegre y, aunque todo el mundo sabía que carecían de dote, atraían a casa de su abuelo a nuestra juventud mundana. En el trabajo Mijaíl Makárovich no era precisamente brillante, pero tampoco desempeñaba sus funciones peor que otros muchos. A decir verdad, era un hombre poco instruido e incluso despreocupado en lo referente a la clara comprensión de los límites de su poder administrativo. No es que no alcanzara a comprender en su integridad determinadas reformas del actual reinado, pero sí es verdad que las entendía con ciertos errores, en ocasiones muy notorios, y no porque fuera particularmente incapaz, sino sencillamente por la indolencia de su carácter, porque nunca tenía tiempo para estudiarlas a fondo. «Tengo alma de militar, caballeros, más que de civil», solía decir de sí mismo. Ni siquiera parecía haber llegado a hacerse una idea firme y definitiva de los fundamentos precisos de la reforma campesina, y los iba descubriendo, por así decir, de año en año, aumentando sus conocimientos de forma práctica y a su pesar, aun siendo también él, por cierto, un propietario. Piotr Ilich sabía a ciencia cierta que aquella noche en casa de Mijaíl Makárovich encontraría sin falta invitados, pero ignoraba exactamente cuáles.

El caso es que en aquellos precisos momentos estaban jugando a las cartas en su casa el fiscal y el médico del zemstvo, Varvinski, un joven recién llegado de San Petersburgo, después de haber completado brillantemente sus estudios en la Academia de Medicina de la capital. En cuanto al fiscal —es decir, el ayudante del fiscal, aunque en nuestra ciudad siempre lo llamaban «el fiscal»—, Ippolit Kiríllovich, era un sujeto singular, joven aún, de unos treinta y cinco años, pero con una fuerte propensión a la tisis; además, estaba casado con una dama excesivamente gruesa, y sin hijos; era un hombre orgulloso e irritable, aunque de notable inteligencia e incluso de buen corazón. Por lo visto, todo el problema de su carácter consistía en que tenía una idea de sí mismo que estaba por encima de lo que autorizaban sus verdaderas cualidades. Ésa era la razón de que pareciera estar continuamente nervioso. Aparte de eso, se manifestaban en él ciertas aspiraciones elevadas, incluso de tipo artístico, como, por ejemplo, su psicologismo, su particular conocimiento del alma humana, su especial talento para comprender al criminal y para comprender su crimen. En ese sentido, se consideraba un tanto maltratado y relegado en su carrera, y nunca dejó de estar convencido de que en las altas esferas no sabían valorarlo adecuadamente y tenía enemigos en esos círculos. En los momentos más lúgubres amenazaba incluso con convertirse en abogado defensor en materia criminal. El inesperado caso del parricidio de los Karamázov pareció causarle una gran conmoción: «Un caso como éste podría conocerse en toda Rusia». Pero me estoy adelantando al decir esto.

En la estancia contigua, en compañía de unas señoritas, se encontraba nuestro joven juez de instrucción Nikolái Parfiónovich Neliúdob, llegado hacía solo dos meses de San Petersburgo. Más tarde, todo el mundo comentó, con cierto asombro, que todas aquellas personas se hallaban reunidas la noche del «crimen» en casa del poder ejecutivo, y que parecía hecho a propósito. En realidad, era algo mucho más sencillo y había ocurrido con toda naturalidad: a la mujer de Ippolit Kiríllovich le dolían las muelas desde el día anterior, y el hombre no había tenido más remedio que salir por ahí, huyendo de sus gemidos; el médico, por su condición misma, no podía pasar la velada de otro modo que jugando a las cartas. En cuanto a Nikolái Parfiónovich Neliúdob, hacía ya tres días que tenía planeado presentarse aquella noche en casa de Mijail Makárovich como por casualidad, por así decir, con ánimo de sorprender repentina y maliciosamente a la mayor de las dos jóvenes, Olga Mijáilovna, revelándole que estaba al corriente de su secreto, que sabía que aquél era el día de su cumpleaños y que ella había decidido ocultárselo a la gente para no tener que dar un baile. Se esperaba que hubiera muchas risas y alusiones a la edad de la joven, a su supuesto miedo a declararla, y al hecho de que él, estando en posesión del secreto, pensaba divulgarlo al día siguiente por toda la ciudad, y etcétera, etcétera. El simpático jovencito era en ese sentido de lo más travieso; de hecho, así lo llamaban las damas, «el travieso», y eso, por lo visto, a él le encantaba. Por lo demás, pertenecía a

lo mejor de la sociedad, era de buena familia, tenía una buena educación y buenos sentimientos, y, aunque era un vividor, resultaba inofensivo y siempre se mostraba correcto. Físicamente, era de baja estatura, débil y de complexión delicada. En sus dedos finos y pálidos siempre brillaban algunos anillos de un tamaño excepcional. En el ejercicio de su cargo exhibía una extraordinaria gravedad, como si considerara sagradas su significación y sus obligaciones. Tenía una especial habilidad para desconcertar en los interrogatorios a los asesinos y demás malhechores del populacho y, efectivamente, despertaba en ellos, si no respeto por su persona, sí al menos cierto asombro.

Al entrar en casa del isprávník, Piotr Ilich se quedó sencillamente estupefacto: de repente se dio cuenta de que allí ya se sabía todo. De hecho, habían dejado las cartas y todos estaban de pie haciendo comentarios, e incluso Nikolái Parfiónovich había acudido a toda prisa desde la sala donde estaba con las señoritas y tenía una expresión de lo más decidida e impetuosa. Recibieron a Piotr Ilich con la pasmosa noticia de que, efectivamente, el viejo Fiódor Pávlovich había sido asesinado aquella misma noche en su propia casa, asesinado y robado. Era algo que acababa de saberse, del siguiente modo.

Marfa Ignátievna, la mujer de Grigori, que había sido derribado junto a la valla, a pesar de que estaba durmiendo como un tronco en su cama y de que habría podido seguir durmiendo hasta la mañana siguiente, se despertó súbitamente. A ello contribuyó el espantoso grito epiléptico de Smerdiakov, que yacía inconsciente en la habitación vecina: era el grito con el que empezaban invariablemente sus ataques de mal caduco, ataques que siempre, durante toda su vida, habían causado pánico a Marfa Ignátievna, afectándola de un modo pernicioso. Nunca había podido acostumbrarse. Adormilada, saltó de la cama y casi fuera de sí corrió al cuartucho de Smerdiakov. Pero estaba a oscuras, y solo pudo oír que el enfermo había empezado a roncar y a removerse de un modo espantoso. Entonces Marfa Ignátievna se puso a gritar y a llamar a su marido, pero de pronto cayó en la cuenta de que al parecer Grigori no estaba en la cama en el momento en que ella se había levantado. Corrió de vuelta a su cama y empezó a palparla, pero efectivamente estaba vacía. Así pues, Grigori se había marchado, pero ¿adónde? Marfa Ignátievna salió corriendo al porche y desde allí llamó tímidamente a su marido. Naturalmente, no obtuvo respuesta, aunque sí oyó, en medio del silencio de la noche, unos gemidos que parecían venir de algún lugar retirado en el huerto. Aguzó el oído; los gemidos se repitieron y quedó claro que, efectivamente, provenían del huerto. «¡Señor, igual que aquella vez con Lizaveta la Maloliente!», se le pasó por la cabeza, trastornada. Bajó con aprensión los peldaños y distinguió la cancela del huerto, que estaba abierta. «Tiene que estar ahí, pobrecillo», pensó; se acercó a la cancela y, de pronto, oyó con toda claridad que Grigori la estaba llamando a gritos, con una voz débil, agónica, terrible: «¡Marfa,

Marfa!». «Señor, presérvanos de todo mal», susurró Marfa Ignátievna y acudió corriendo a la llamada, y de ese modo encontró a Grigori. Pero no lo encontró junto a la valla, en el mismo lugar donde había sido derribado, sino a unos veinte pasos de allí. Más tarde se supo que Grigori, al volver en sí, había empezado a arrastrarse, y seguramente habría avanzado así un buen rato, perdiendo el sentido y cayendo inconsciente en varias ocasiones. Su mujer se dio cuenta enseguida de que estaba cubierto de sangre y se puso a chillar como una condenada. Grigori farfullaba en voz baja y de forma inconexa: «Lo ha matado... ha matado al padre... para qué gritas, boba... corre, llama»... Pero Marfa Ignátievna no se calmaba y no paraba de gritar, hasta que de pronto, viendo que la ventana del señor estaba abierta y había luz en ella, echó a correr en esa dirección y empezó a llamar a Fiódor Pávlovich. Sin embargo, al mirar por la ventana vio un espectáculo aterrador: el señor estaba tendido boca arriba en el suelo y no se movía. Su bata clara y la pechera de su camisa blanca estaban empapadas de sangre. Una vela sobre la mesa iluminaba nítidamente la sangre y el rostro inerte, sin vida, de Fiódor Pávlovich. En ese momento, presa del pánico más espantoso, Marfa Ignátievna se apartó rápidamente de la ventana, atravesó a toda prisa el huerto, abrió el cerrojo del portalón y corrió como una loca, cruzando por detrás de la casa, a avisar a su vecina Maria Kondrátievna. Las dos vecinas, madre e hija, ya dormían, pero los furibundos y apremiantes golpes en los postigos y los gritos de Marfa Ignátievna las despertaron, y ambas mujeres se precipitaron a la ventana. Marfa Ignátievna, de manera confusa, entre chillidos y gritos, acertó a contarles lo fundamental y les pidió ayuda. Precisamente, estaba pasando la noche en su casa el errabundo Fomá. Lo despertaron al instante, y los tres corrieron al lugar del crimen. Por el camino, Maria Kondrátievna acertó a recordar que algo más temprano, antes de las nueve de la noche, había sentido un grito penetrante y aterrador, que había podido oírse por todo el vecindario, procedente del huerto de Fiódor Pávlovich: sin duda, se había tratado del grito de Grigori cuando éste, agarrado a la pierna de Dmitri Fiódorovich, que ya se había sentado a horcajadas sobre la valla, exclamó: «¡Parricida!». «Alguien soltó un grito y luego se calló», declaró a la carrera Maria Kondrátievna. Al llegar al sitio donde yacía Grigori, las dos mujeres, con ayuda de Fomá, lo trasladaron al pabellón. Encendieron una luz y vieron que Smerdiakov no se había calmado todavía y seguía removiéndose en su cuchitril, con los ojos en blanco y echando espuma por la boca. A Grigori le lavaron la cabeza con agua y vinagre, y gracias al agua volvió en sí y preguntó de inmediato: «¿Han matado al señor?». Entonces las dos mujeres fueron con Fomá a ver al señor y al entrar en el huerto vieron en esta ocasión que no solo la ventana sino también la puerta de la casa que daba al huerto estaba abierta de par en par, y ello a pesar de que el señor se encargaba personalmente de cerrarla a cal y canto todas las noches desde hacía una semana y no le permitía ni al mismo Grigori que fuera a llamar a su cuarto por nada del mundo.

Viendo abierta esa puerta, ninguno de los tres, lo mismo las dos mujeres que Fomá, se atrevía a entrar en la casa, «por lo que pudiera pasar después». Pero Grigori, cuando volvieron a su lado, les mandó que fueran enseguida a avisar al isprávník. Fue entonces cuando Maria Kondrátievna se acercó corriendo a casa de Mijaíl Makárovich y alertó a todos los que estaban allí. Apenas se adelantó en cinco minutos a la llegada de Piotr Ilich, de modo que éste ya no se presentó únicamente con sus propias conjeturas y conclusiones, sino como un testigo ocular cuyo relato vino a confirmar la sospecha general en lo tocante a la identidad del criminal (sospecha que, por cierto, él mismo, en el fondo de su alma, se negó a aceptar hasta el último momento).

Decidieron actuar con energía. Inmediatamente encomendaron al ayudante del comisario de policía que reuniera a un total de cuatro testigos y que, observando todas las reglas, que no voy a describir aquí, se introdujeran en casa de Fiódor Pávlovich y procedieran a la investigación sobre el terreno. El médico del zemstvo, persona impulsiva y hombre de nuestro tiempo, poco menos que insistió en acompañar al isprávník, al fiscal y al juez de instrucción. Me limitaré a reseñar brevemente: Fiódor Pávlovich, definitivamente, había sido asesinado; lo hallaron con el cráneo hundido, pero ¿con qué? Lo más probable es que fuera con la misma arma con la que después habían abatido a Grigori. Precisamente dieron con el arma después de escuchar de Grigori, a quien se prestó toda la ayuda médica posible, un relato bastante coherente, a pesar de su voz débil y entrecortada, acerca de cómo había sido atacado. Con la ayuda de un farol, empezaron a buscar al lado de la valla y encontraron la mano de cobre arrojada junto al sendero del huerto, perfectamente visible. En la habitación donde yacía Fiódor Pávlovich no detectaron un desorden inusual, pero por detrás del biombo, al pie de la cama, recogieron del suelo un sobre grande, de papel grueso, de dimensiones oficiales, con una inscripción: «Un regalito de tres mil rublos a mi ángel Grúshenka, por si tiene a bien venir»; en la parte inferior el mismo Fiódor Pávlovich había añadido, probablemente con posterioridad: «Y a mi pichoncito». Había tres grandes sellos de lacre rojo en el sobre, pero ya lo habían abierto y vaciado: se habían llevado el dinero. También encontraron en el suelo una fina cintita rosa, que había servido para atar el sobre. En las declaraciones de Piotr Ilich había, entre otras, una circunstancia que impresionó enormemente al fiscal y al juez de instrucción: concretamente, su firme sospecha de que Dmitri Fiódorovich se iba a pegar un tiro al amanecer, de que estaba decidido a dar ese paso; él mismo le había hablado de esa cuestión a Piotr Ilich, había cargado la pistola en su presencia, había escrito una breve nota, se la había guardado en el bolsillo, y todo eso. Y, cuando el propio Piotr Ilich, que aún se resistía a creerle, lo amenazó con ir a contárselo a alguien para evitar el suicidio, el mismo Mitia le había replicado, forzando una sonrisa: «No te va a dar tiempo». Así pues, tenían que llegar cuanto antes a ese sitio, a Mókroie, para atrapar al criminal antes de que le diera tiempo a pegarse un tiro, si es que realmente

tomaba esa decisión. «¡Está claro, está claro! —repetía el fiscal, extraordinariamente agitado—. Es justo lo que suelen hacer los alborotadores como él: mañana me mato, pero, antes de morir, juega y más juega.» La historia de cómo se había llevado de la tienda los vinos y los demás productos no hizo sino excitar aún más al fiscal. «Acuérdense, señores, de aquel mozo que mató al mercader Olsufiev, le robó mil quinientos rublos y acto seguido fue a rizarse el pelo, y después, sin preocuparse siquiera de esconder bien el dinero, poco menos que con él en la mano, se fue de picos pardos.» A todos, sin embargo, los retuvo la investigación, el registro en casa de Fiódor Pávlovich, las formalidades y demás. Todo eso requirió su tiempo, por lo cual mandaron por delante a Mókroie, un par de horas antes de partir ellos mismos, al stanovói Mavriki Mavríkievich Shmertsov, llegado a la ciudad la misma víspera por la mañana para cobrar la paga. Le dieron instrucciones de ir a Mókroie y, sin despertar ninguna alarma, vigilar incansablemente al «criminal» hasta la llegada de las autoridades competentes, al tiempo que se ocupaba de los testigos, los sotskie y esa clase de cosas. Así hizo Mavriki Mavríkievich, que guardó el incógnito y solo a Trifon Borísovich, viejo amigo suyo, le desveló en parte el secreto del caso. Todo lo cual vino a coincidir, precisamente, con el momento en que Mitia encontró en la oscuridad de la galería al posadero que andaba buscándolo, y enseguida advirtió la repentina mudanza que se había producido en su rostro y en sus palabras. De ese modo, ni Mitia ni nadie se dio cuenta de que los estaban vigilando; en cuanto al estuche con las pistolas, hacía ya un buen rato que Trifon Borísovich se lo había birlado y lo había puesto a buen recaudo. Y solo pasadas las cuatro de la madrugada, poco antes del amanecer, llegaron las autoridades, el isprávník, el fiscal y el juez de instrucción, en dos coches tirados por sendas troikas. El doctor, en cambio, se había quedado en casa de Fiódor Pávlovich, con el propósito de practicar por la mañana la autopsia al cadáver del asesinado, aunque lo que más le interesaba era el estado del criado enfermo, Smerdiakov. «Ataques tan violentos y prolongados de mal caduco, que se repiten incesantemente durante dos días seguidos, no se encuentran a menudo; es un caso que compete a la ciencia», declaró con entusiasmo a sus compañeros cuando ya se iban, y éstos lo felicitaban, entre risas, por su hallazgo. Además, el fiscal y el juez de instrucción recordarían después claramente que el doctor había añadido, en un tono muy decidido, que Smerdiakov no llegaría vivo a la mañana siguiente.

Ahora, tras esta larga, pero aparentemente necesaria aclaración, hemos regresado al mismo punto en el que dejé mi relato en el libro anterior.

III. Viaje del alma a través de los tormentos. Primer tormento

Así pues, Mitia estaba sentado y contemplaba a los allí presentes con una mirada salvaje, sin entender lo que le decían. De repente se puso de pie, levantó los brazos y gritó con fuerza:

—¡No soy culpable! ¡No soy culpable de esa sangre! No soy culpable de la sangre de mi padre... ¡Quería matarlo, pero no soy culpable! ¡No he sido yo!

Apenas había acabado de decir estas palabras cuando Grúshenka, saliendo de detrás de las cortinas, se desplomó a los pies del isprávník.

—¡He sido yo, maldita! ¡Yo soy la culpable! —gritó, entre unos lamentos que desgarraban el alma, hecha un mar de lágrimas, extendiendo los brazos hacia todos los presentes—. ¡Lo ha matado por mí!... ¡Yo lo he atormentado y lo he empujado a hacerlo! ¡También al pobre viejo, al difunto, lo hice sufrir, por pura maldad, y he conseguido que las cosas llegaran a este extremo! ¡Yo soy la culpable, la primera y la más importante! ¡Yo soy la culpable!

—¡Sí, tú eres la culpable! ¡Tú eres la principal responsable! ¡Eres arrebatada, disoluta, eres la principal culpable! —empezó a vociferar, amenazándola con la mano, el isprávník, pero enseguida lo aplacaron con determinación. El fiscal tuvo incluso que sujetarlo.

—Esto es un verdadero desbarajuste, Mijaíl Makárovich —le gritó—. Decididamente, está usted entorpeciendo la investigación... Va a echarlo todo a perder... —dijo, casi sofocándose.

—¡Medidas, medidas, hay que tomar medidas! —Nicolái Parfiónovich estaba también que echaba humo—. ¡Si no, es totalmente imposible!

—¡Júzguennos a los dos juntos! —seguía clamando Grúshenka con frenesí, aún de rodillas—. Castíguennos juntos, ¡ahora estoy dispuesta a ir con él al cadalso!

—¡Grusha, mi vida, mi sangre, mi santuario! —También Mitia cayó de rodillas a su lado y la estrechó con fuerza entre sus brazos—. No la crean —gritó—, no tiene culpa de nada, ¡ni de la sangre ni de nada!

Más tarde recordaría que varios hombres lo habían separado de Grúshenka a la fuerza, que a ella se la llevaron repentinamente y que, cuando volvió en sí, ya estaba sentado a la mesa. A sus costados y a su espalda había unos hombres con distintivos de metal. Enfrente, al otro lado de la mesa, sentado en un sofá, se encontraba Nikolái Parfiónovich, el juez de instrucción, que estaba tratando de convencerlo de que bebiera un poco de agua del vaso que había sobre la mesa: «Le refrescará, verá cómo le calma, no tenga miedo, no se preocupe usted», añadió con extrema cortesía. De

pronto a Mitia —así lo recordó él— le llamaron mucho la atención sus grandes anillos, uno de ellos con una amatista y otro con una piedra transparente de color amarillo vivo, con unos reflejos preciosos. Más tarde, durante mucho tiempo, recordaría admirado que los anillos habían atraído su mirada de una manera irresistible, incluso en aquellas horas terribles de interrogatorios, hasta el punto de que era incapaz de apartar los ojos y olvidarse de ellos, siendo como eran unos objetos completamente inapropiados en aquella situación. A la izquierda de Mitia, en el asiento que había ocupado Maksímov al comienzo de la velada, estaba sentado el fiscal, y a la derecha, en el sitio donde entonces había estado Grúshenka, se acomodó un joven de tez sonrosada con una especie de cazadora muy gastada; enfrente de él había un tintero y unos folios. Por lo visto, se trataba del escribiente del juez de instrucción, que lo había traído consigo. El isprávník estaba de pie, al lado de una ventana, en el otro extremo de la habitación, junto a Kalgánov, que se había sentado en una silla cerca de la misma ventana.

—¡Beba un poco de agua! —repitió amablemente, por décima vez, el juez de instrucción.

—Ya he bebido, señores, ya he bebido... pero... muy bien, señores, aplástenme, castíguenme, ¡decidan mi destino! —exclamó Mitia, mirando al juez con unos ojos terriblemente fijos y desorbitados.

—Así pues ¿afirma usted taxativamente que no es el culpable de la muerte de su padre, Fiódor Pávlovich? —preguntó el juez de instrucción, suavemente pero con firmeza.

—¡No soy el culpable! Soy el culpable de otra sangre, de la sangre de otro anciano, pero no de la de mi padre. ¡Y lo lamento! He matado, he matado a un anciano, lo he matado y lo he dejado tirado... Pero es duro tener que responder de esta sangre con otra sangre, una sangre terrible de la que no soy culpable... Terrible acusación, señores, ¡un mazazo en la frente! Pero ¿quién ha matado a mi padre? ¿Quién lo ha matado? ¿Quién ha podido matarlo, si no he sido yo? ¡Es algo descabellado, absurdo, imposible!...

—Sí, yo le diré quién ha podido matarlo... —empezó a decir el juez de instrucción, pero el fiscal Ippolit Kirílovich (ayudante del fiscal, pero también nosotros vamos a llamarlo fiscal, para abreviar), intercambió una mirada con el juez y dijo, dirigiéndose a Mitia:

—No tiene por qué inquietarse usted por el viejo criado, Grigori Vasíliev. Sepa que está vivo, ha recobrado el conocimiento y, a pesar del tremendo golpe que usted le propinó, según se desprende de su propia declaración y ahora también de la de usted, parece que su vida no corre peligro, al menos en opinión del doctor.

—¿Vivo? ¡Así que está vivo! —gritó de pronto Mitia, juntando las manos. La cara se le iluminó—. ¡Señor, te doy las gracias por este grandioso milagro que has hecho por

mí, pecador y malvado, atendiendo mis plegarias!... Sí, sí, ha sido gracias a mis plegarias, ¡he estado rezando toda la noche! —Y se santiguó tres veces. Casi no podía respirar.

—Y ha sido precisamente de Grigori de quien hemos obtenido una declaración tan relevante en lo que a usted concierne que... —siguió diciendo el fiscal, pero Mitia, de pronto, se levantó de un salto de la silla.

—Un momento, caballeros; por el amor de Dios, solo un momento; iré corriendo a decirle a ella...

—¡Disculpe! ¡Ahora mismo es imposible! —Nicolái Parfiónovich estuvo a punto de chillar, y también él se puso en pie de un salto. Los hombres con distintivos en el pecho agarraron a Mitia, el cual, de todos modos, se sentó en la silla...

—¡Lo lamento, señores! Quería ir a verla solo un momento... Quería comunicarle que ya está lavada, que ha desaparecido esa sangre que me ha lacerado el corazón toda la noche, ¡que ya no soy un asesino! ¡Sepan que es mi novia, señores! —dijo de pronto, con entusiasmo y veneración, mirando a todos los presentes—. ¡Oh, gracias, señores! ¡Oh, cómo me han hecho renacer, cómo me han resucitado en un instante! Ese anciano, señores, me llevaba en sus brazos, me lavaba en un dornajo; cuando, siendo yo una criatura de tres años, todos me abandonaron, ¡él fue mi padre!

—Así pues, usted... —empezó el juez de instrucción.

—Permítanme, señores, permítanme un minuto más —le interrumpió Mitia, poniendo los codos sobre la mesa y cubriéndose el rostro con las manos—; déjenme meditar una pizca, déjenme respirar, señores. ¡Todo esto me conmueve de una manera terrible, terrible! ¡Un hombre no es una piel de tambor, caballeros!

—Tome otro poquito de agua... —musitó Nikolái Parfiónovich.

Mitia retiró las manos de la cara y se echó a reír. Tenía una mirada resuelta, parecía haberse transformado en un momento. También había cambiado su tono por completo: allí estaba, de nuevo, un hombre igual a todos aquellos hombres, a todos aquellos antiguos conocidos suyos; era lo mismo que si hubieran coincidido la víspera, antes de que pasara nada, en alguna reunión social. No obstante, conviene señalar, de paso, que Mitia, al principio de su estancia en nuestra ciudad, era recibido cordialmente en casa del isprávník, pero más tarde, sobre todo en el último mes, casi había dejado de visitarlo, y el isprávník, cada vez que se lo encontraba por la calle, por ejemplo, torcía el gesto y solo por urbanidad le devolvía el saludo, algo de lo que Mitia se había dado muy buena cuenta. Su relación con el fiscal era aún más distante, pero a su mujer, dama nerviosa y fantasiosa, la había ido a ver en varias ocasiones, siempre en visitas estrictamente protocolarias, sin que Mitia acabara de entender muy bien por qué la visitaba, y ella siempre lo había recibido afablemente, mostrando interés por él, a saber por qué, hasta fechas muy recientes. En cuanto al juez de instrucción, aún no había tenido ocasión de intimar con él, si bien lo había visto un par

de veces e incluso habían intercambiado unas palabras, ambas veces sobre el sexo femenino.

—Usted, Nikolái Parfiónych, por lo que veo, es un juez de instrucción de lo más habilidoso —Mitia, de pronto, se echó a reír alegremente—, pero ahora yo le voy a ayudar. Oh, señores, he resucitado... y no se tomen a mal que me dirija a ustedes con tanta naturalidad y tanta franqueza. Además, estoy un poco achispado, se lo digo con toda sinceridad. Al parecer, he tenido el honor... el honor y el placer de encontrarle, Nikolái Parfiónych, en casa de mi pariente Miúsov... Caballeros, caballeros, no pretendo que seamos iguales, soy muy consciente de la situación en que me encuentro ahora ante ustedes. Pesa sobre mí... si es que Grigori ha declarado contra mí... pesa sobre mí... sí, claro que pesa sobre mí... ¡una terrible sospecha! ¡Es terrible, terrible, lo comprendo muy bien! Pero vamos al grano, señores, estoy preparado, y ahora podemos acabar con todo esto en un momento, porque escuchen, señores, escuchen. Si yo ya sé que no soy culpable, entonces, sin duda, acabaremos en un instante. ¿No es así? ¿No es así?

Mitia hablaba mucho y de prisa, de una forma nerviosa y expansiva, como si decididamente tuviera a sus oyentes por sus mejores amigos.

—Entonces, por el momento vamos a anotar que usted rechaza radicalmente la acusación que se le ha hecho —declaró Nikolái Parfiónovich en un tono que imponía y, volviéndose hacia el escribiente, le dictó a media voz lo que tenía que escribir.

—¿Anotar? ¿Quieren anotar eso? Muy bien, anótenlo, estoy conforme, tienen mi plena conformidad, señores... Pero verán... Espere, espere, escriba esto: «De emplear la violencia, culpable; de la grave agresión sufrida por el pobre anciano, culpable». Y además, en su fuero interno, en lo más hondo de su corazón, también es culpable, pero esto no hace falta escribirlo —de pronto se dirigió al escribiente—, esto ya es cosa de mi vida privada, señores, eso a ustedes ya no les concierne, las profundidades de mi corazón, me refiero... Pero, del asesinato de su anciano padre, ¡no es culpable! ¡Es una idea descabellada! ¡Una idea completamente descabellada!... Se lo voy a demostrar, y ustedes se van a convencer al instante. Se van a reír, señores, ¡se van a reír a carcajadas de sus propias sospechas!...

—Cálmese, Dmitri Fiódorovich —recordó el juez de instrucción, como si, por lo visto, deseara aplacar a aquel hombre exaltado con su propia serenidad—. Antes de proseguir con el interrogatorio, desearía oír de usted, si es que no tiene inconveniente en responder, la confirmación del hecho de que, al parecer, usted no apreciaba al difunto Fiódor Pávlovich y estaba con él en una disputa permanente... Aquí, al menos, hace un cuarto de hora, usted se ha permitido decir que incluso quería matarlo: «Yo no lo he matado —ha proclamado usted—, pero ¡quería matarlo!».

—¿Yo he proclamado eso? ¡Oh, es posible, señores! Sí, por desgracia, yo quería matarlo, lo he querido muchas veces... ¡por desgracia, por desgracia!

—Quería. ¿Estaría de acuerdo en explicarnos qué principios, realmente, le llevaron a sentir semejante odio a la persona de su padre?

—¡Qué voy a explicarles, señores! —Mitia, con aire sombrío, se encogió de hombros y bajó la vista—. Yo nunca he ocultado mis sentimientos, toda la ciudad está enterada, en la taberna todos los conocen. Recientemente, en el monasterio, en la celda del stárets Zosima lo declaré... Aquel mismo día, por la tarde, pegué a mi padre y a punto estuve de matarlo, y juré, en presencia de testigos, que volvería a matarlo... ¡Oh, hay mil testigos! ¡Me he pasado un mes entero gritándolo, todo el mundo ha sido testigo!... El hecho está a la vista, el hecho habla, grita, pero los sentimientos, señores, los sentimientos ya son otra cosa. Veán, señores —Mitia frunció el ceño—, a mí me parece que no tienen ustedes derecho a preguntarme por mis sentimientos. Se les ha conferido una autoridad, lo entiendo, pero eso es asunto mío, es algo muy privado, íntimo, aunque... dado que en otras ocasiones no he ocultado mis sentimientos... en la taberna, por ejemplo, y he hablado de esas cosas con todo hijo de vecino, ahora... ahora no voy a hacer un secreto de esto. Verán, señores, soy consciente de que en este caso hay indicios terribles contra mí: le he dicho a todo el mundo que pensaba matarlo, y de pronto lo matan: ¿quién mejor que yo, en este caso? ¡Ja, ja! Les disculpo, señores, les disculpo por completo. Si yo mismo estoy desconcertado hasta la epidermis, porque, a fin de cuentas, ¿quién puede haberlo matado, en tal caso, si no he sido yo? ¿No es verdad? Si no he sido yo, ¿quién puede haber sido, quién? Señores —exclamó de pronto—, quiero saber una cosa e incluso exijo que me digan: ¿dónde lo han matado? ¿Cómo lo han matado, cómo y con qué? Díganmelo —preguntó a toda prisa, mirando detenidamente al fiscal y al juez de instrucción.

—Lo hemos encontrado tendido en el suelo, boca arriba, en su despacho, con la cabeza partida —contestó el fiscal.

—¡Es algo espantoso, señores! —Mitia se estremeció de pronto y, apoyando los codos en la mesa, se cubrió el rostro con la mano derecha.

—Vamos a continuar —lo interrumpió Nikolái Parfiónovich—. Así pues, ¿qué fue lo que le movió entonces en sus sentimientos de odio? Al parecer, usted ha declarado públicamente que se trataba de un sentimiento de celos, ¿no es así?

—Bueno, sí, los celos, y no solo los celos.

—¿Discusiones por culpa del dinero?

—Pues sí, también por el dinero.

—Por lo visto, la discusión era por tres mil rublos que a usted, supuestamente, se le debían de la herencia.

—¡Qué tres mil! Más, más —se animó Mitia—, más de seis mil, puede que más de diez mil. ¡Se lo he dicho a todo el mundo, se lo he gritado! Pero decidí dejarlo estar y conformarme con tres mil. Necesitaba a toda costa esos tres mil... de modo que el sobre con los tres mil rublos, que, como yo ya sabía, tenía guardado debajo de la

almohada, preparado para Grúshenka, lo consideraba definitivamente mío, como si me lo hubieran robado, ni más ni menos, señores, exactamente igual que si fuera de mi propiedad...

El fiscal intercambió con el juez de instrucción una mirada de inteligencia, al tiempo que le hacía un guiño imperceptible.

—Ya volveremos más tarde a este asunto —dijo inmediatamente el juez de instrucción—; permítanos ahora registrar y anotar precisamente este pequeño punto: que usted consideraba ese dinero, el que había en aquel sobre, de su propiedad.

—Escriban, señores; ya me doy cuenta de que éste es otro indicio en mi contra, pero no les tengo miedo a los indicios y yo mismo digo cosas que me perjudican. ¿Me han oído? ¡Yo mismo! Verán, señores, al parecer me han tomado por un hombre totalmente distinto del que soy —añadió de repente, en tono desconsolado y sombrío—. Está hablando con ustedes un hombre noble, una persona nobilísima que, sobre todo (no lo pierdan ustedes de vista), ha cometido infinitas bajezas, pero siempre ha sido y sigue siendo un ser nobilísimo, como tal ser, en su interior, en sus profundidades; en fin, en una palabra, no sé explicarme... Precisamente lo que me ha atormentado toda mi vida ha sido mi ansia de nobleza, he sido, por así decir, un mártir de la nobleza y la he buscado con un farol, con el farol de Diógenes, y, mientras tanto, en toda mi vida no he cometido más que bajezas, como hacemos todos, señores... quiero decir, como yo solo, señores, no todos, me he confundido, ¡yo solo, yo solo!... Señores, me duele la cabeza —contrajo dolorosamente la cara—; verán, señores, no me gustaba su aspecto, había en él algo innoble, era mera jactancia y desprecio por todo lo sagrado, burla e incredulidad, ¡era repugnante, repugnante! Pero ahora que está muerto lo veo de otro modo.

—¿Cómo que de otro modo?

—No es que lo vea de otro modo, pero siento haberlo odiado tanto.

—¿Se siente arrepentido?

—No es que me sienta arrepentido; esto no lo escriban. Yo tampoco soy bueno, señores, eso es lo que pasa; tampoco soy tan guapo, y por eso mismo no tenía ningún derecho a considerarlo repulsivo, ¡eso es! Eso sí pueden escribirlo.

Dicho esto, Mitia se puso de pronto extremadamente triste. Desde hacía ya un rato, a medida que iba respondiendo a las preguntas del juez de instrucción, se iba apagando cada vez más y más. Y, de buenas a primeras, justo en ese momento, se produjo otra escena inesperada. El caso es que a Grúshenka, aunque la habían sacado antes de allí, no la habían llevado demasiado lejos: la habían dejado solo dos cuartos más allá de la habitación azul donde tenía lugar el interrogatorio. Era una pieza pequeña con una sola ventana, que estaba situada justo detrás de la gran sala donde habían bailado por la noche y se había celebrado el festín. Allí se encontraba Grúshenka, sin otra compañía, de momento, que la de Maksímov, que estaba

tremendamente afectado, tremendamente asustado y pegado a ella como si buscara a su lado la salvación. Un aldeano con un distintivo en el pecho montaba guardia junto a la puerta. Grúshenka estaba llorando y, de pronto, cuando la pena ya no le cabía en el alma, se levantó de un salto, juntó las manos y, exclamando a voz en grito: «¡Ay de mí! ¡Ay de mí!», se precipitó fuera de la habitación en busca de él, de su Mitia, de un modo tan imprevisto que nadie acertó a detenerla. Mitia, por su parte, al oír aquel grito, se estremeció, se puso en pie de un salto y se lanzó a su encuentro como un rayo, sin darse ni cuenta de lo que hacía. Pero tampoco esta vez lograron reunirse, aunque sí llegaron a verse. A Mitia lo sujetaron firmemente de los brazos: se debatió, forcejeó, fueron precisos tres o cuatro hombres para someterlo. También a ella la agarraron, y Mitia vio cómo tendía hacia él los brazos, con un grito, mientras se la llevaban. Al acabar la escena, Mitia se vio en el sitio de antes, sentado a la mesa, enfrente del juez de instrucción, y se puso a gritar a los allí presentes:

—¿Qué quieren de ella? ¿Por qué la hacen sufrir? ¡Es inocente, inocente!...

Entre el fiscal y el juez de instrucción procuraron calmarlo. Eso llevó un tiempo, como unos diez minutos; finalmente irrumpió en la habitación Mijaíl Makárovich, que se había ausentado, y en voz alta, muy excitado, le dijo al fiscal:

—Ya nos la hemos llevado, está abajo; pero ¿me permiten ustedes, caballeros, decirle una sola palabra a este infeliz? ¡En su presencia, caballeros, en su presencia!

—Como usted guste, Mijaíl Makárovich —respondió el juez de instrucción—, en este caso no tenemos nada que objetar.

—Escucha, Dmitri Fiódorovich, bátiushka —empezó diciendo Mijaíl Makárovich, y en su compungido rostro se reflejó una cálida compasión, casi paternal, por el pobre desdichado—; yo mismo he bajado a tu Agrafiona Aleksándrovna, se la he confiado a las hijas del posadero, y ahora está con ella y no se aparta de su lado ese vejete, Maksímov; yo he hablado con ella, ¿me oyes?, he hablado con ella y la he tranquilizado, la he convencido de que lo que tú necesitas ahora es explicarte, así que no debe entrometerse, debe procurar que no te desesperes, porque, si no, podrías embarullarte y hacer declaraciones que vayan contra tus intereses, ¿comprendes? Bueno, en resumidas cuentas, he hablado con ella y lo ha comprendido. Es una joven muy lista, hermano, y es buena, quería besar las manos de este viejo; suplicaba por ti. Es ella la que me ha mandado aquí para que te diga que no te preocupes por ella, y ahora convendría, amigo mío, convendría que yo fuera a decirle que tú estás tranquilo y no estás preocupado por ella. Así pues, ya lo ves, tienes que calmarte. Me siento culpable ante ella, es un alma cristiana, sí, caballeros, es un alma dócil y no tiene la culpa de nada. Así pues, ¿puedo o no puedo decirle, Dmitri Fiódorovich, que vas a estar tranquilo?

Aquel buenazo dijo muchas cosas de más, pero la pena de Grúshenka, una pena tan humana, le había llegado al alma, y poco faltó para que se le saltaran las lágrimas. Mitia se levantó de un salto y corrió hacia él.

—Disculpen, señores, ¡con su permiso, oh, con su permiso! —gritó—. ¡Es usted un ángel, Mijaíl Makárovich, un ángel! ¡Le doy las gracias por ella! Sí, sí, voy a estar tranquilo, voy a estar alegre; dígame, por la infinita bondad de su alma, que estoy alegre, alegre, que hasta me entran ganas de reír ahora mismo, sabiendo que tiene a su lado a un ángel de la guarda como usted. Enseguida acabaré con todo esto y, en cuanto quede libre, iré de inmediato a buscarla, ya lo verá, ¡que me espere! Señores — se dirigió de pronto al fiscal y al juez de instrucción—, ahora voy a abrirles toda mi alma, voy a desahogarme, acabaremos con esto en un instante, y acabaremos alegremente: al final todos reiremos, ¿verdad que sí? Pero, señores, ¡esa mujer es la reina de mi alma! Oh, permítanme que se lo diga, tengo que confesárselo... Ya veo que estoy en compañía de personas nobilísimas: ella es mi luz, es mi santuario, ¡si ustedes supieran! Ya la han oído gritar: «¡Contigo al cadalso!». Y ¿qué le he dado yo, un miserable, un andrajoso, para que me ame de ese modo? ¿Acaso soy yo, una criatura torpe y ridícula con esta cara ridícula, digno de tanto amor como para que me acompañe al presidio? Por mí, ella acaba de arrojarse a sus pies, ¡una mujer tan orgullosa y del todo inocente! ¿Cómo no iba a adorarla, a implorar, a desearla como hago ahora? ¡Oh, señores, disculpen! Pero ¡ahora, ahora ya me siento consolado!

Se desplomó en la silla y, cubriéndose la cara con las dos manos, rompió a llorar. Pero eran ya las suyas lágrimas de alegría. No tardó en dominarse. El viejo isprávník estaba muy satisfecho y, al parecer, también los juristas: veían que el interrogatorio estaba entrando en una nueva fase. Una vez que hubo salido el isprávník, Mitia recobró el buen humor.

—Muy bien, señores, ahora estoy a su disposición, a su entera disposición. Y... de no ser por todos esos pequeños detalles, nos pondríamos de acuerdo enseguida. Otra vez me ha dado por los pequeños detalles. Soy todo suyo, señores, pero les juro que es preciso que haya confianza mutua, la de ustedes en mí y la mía en ustedes: si no, no acabaremos nunca. Lo digo pensando en ustedes. Al grano, señores, al grano, y, sobre todo, no escarben de ese modo en mi alma, no la torturen con pequeñeces, y límitense a preguntar por lo ocurrido, por los hechos; en ese caso, enseguida quedarán satisfechos. ¡Al diablo los pequeños detalles!

Eso fue lo que proclamó Mitia. El interrogatorio volvía a empezar.

IV. Segundo tormento

—No se imagina usted, Dmitri Fiódorovich, cuántas esperanzas nos inspira su buena disposición... —empezó a decir Nikolái Parfiónovich con aire animado y una evidente satisfacción que se reflejaba en sus grandes ojos saltones, de color gris claro y extremadamente miopes, de los que se había quitado las gafas hacía un momento—. Y es muy justa la observación que acaba de hacer sobre nuestra mutua confianza, sin la cual a veces resulta imposible proceder en casos de semejante importancia, en el supuesto y sentido de que el sospechoso realmente desee, espere y pueda justificarse. Por nuestra parte, haremos todo lo que esté en nuestra mano, y usted ha podido ver ahora mismo de qué modo llevamos este asunto... ¿Lo aprueba usted, Ippolit Kirílovich? —Súbitamente, se dirigió al fiscal.

—Oh, sin duda —asintió el fiscal, aunque con cierta sequedad en comparación con el impulso de Nikolái Parfiónovich.

Mencionaré, de una vez por todas, que Nikolái Parfiónovich, recién llegado a nuestra ciudad, en el comienzo mismo de su carrera entre nosotros, sintió por nuestro Ippolit Kirílovich, el fiscal, un respeto extraordinario y se hizo amigo suyo de todo corazón, o poco menos. Era prácticamente la única persona que creía sin reservas en el insólito talento psicológico y oratorio de nuestro Ippolit Kirílovich, «postergado en su carrera», y estaba plenamente convencido de que, en efecto, había sido postergado. Estando aún en San Petersburgo, ya había oído hablar de él. Por su parte, el joven Nikolái Parfiónovich resultó ser el único hombre en el mundo a quien apreciaba sinceramente nuestro «postergado» fiscal. De camino a Mókroie habían tenido tiempo de ponerse de acuerdo en algunos aspectos y convenir ciertas cosas en relación con el caso al que se enfrentaban, y ahora, en torno a la mesa, la aguda inteligencia de Nikolái Parfiónovich cazaba al vuelo y captaba cualquier indicación, cualquier movimiento en el rostro de su colega más veterano, ya fuera media palabra, una mirada o un guiño.

—Señores, permitan que cuente yo mismo mi historia sin interrumpirme con banalidades, y en un momento se lo explicaré todo. —Mitia se iba acalorando.

—Magnífico. Se lo agradezco. Pero, antes de que pasemos a escuchar su declaración, desearía que me permitiera únicamente constatar otro pequeño hecho, muy interesante para nosotros; me refiero, concretamente, a los diez rublos que ayer, en torno a las cinco, le pidió prestados a su amigo Piotr Ilich Perjotin, dejándole en prenda sus pistolas.

—Las empeñé, señores, las empeñé por diez rublos, ¿y qué? Eso es todo; nada más volver a la ciudad de mi viaje, las empeñé.

—Pero ¿volvía usted de viaje? ¿Había salido usted de la ciudad?

—Sí, señores, había viajado a cuarenta verstas, ¿es que no lo sabían?

El fiscal y Nikolái Parfiónovich intercambiaron una mirada.

—En todo caso, ¿qué tal si comenzase usted su relato con una descripción sistemática de todo el día de ayer, desde primera hora de la mañana? Permítanos saber, por ejemplo, por qué dejó la ciudad y exactamente cuándo se fue y cuándo regresó... y todos esos hechos...

—Deberían habérmelo preguntado desde el principio —Mitia se echó a reír ruidosamente—, y, si quieren, habría que empezar no desde ayer, sino desde anteayer por la mañana, así comprenderán adónde, cómo y por qué emprendí viaje. Anteayer por la mañana, señores, fui a ver a un comerciante local, Samsónov, a pedirle prestados tres mil rublos, ofreciéndole las más sólidas garantías; una necesidad repentina, señores, una necesidad repentina...

—Permítame que le interrumpa —le cortó amablemente el fiscal—; ¿por qué necesitó repentinamente el dinero, y concretamente esa suma, es decir, tres mil rublos?

—Eh, señores, nada de minucias: cómo, cuándo y por qué, y por qué precisamente esa cantidad y no esa otra, y todo ese lío... Si seguimos así, vamos a llenar más de tres tomos, ¡y aún faltaría el epílogo! —Todo esto lo dijo Mitia con la familiaridad bondadosa, aunque impaciente, del hombre que está deseando contar toda la verdad, lleno de las mejores intenciones—. Señores —de pronto, pareció refrenarse—, no murmuren contra mí por culpa de mi brusquedad, se lo ruego otra vez: créanme, nuevamente, que siento el mayor de los respetos y soy consciente de la verdadera situación. No vayan a pensar que estoy ebrio. Ya se me ha pasado la borrachera. Aunque tampoco tendría mayor importancia que estuviera borracho. Conmigo rige aquello de:

Sobrio y sereno, se volvió estúpido;

bebido y atontado, se volvió sabio.

»¡Ja, ja! De todos modos, ya me doy cuenta, señores, de que por ahora no está bien visto que me haga el listo con ustedes, es decir, hasta que no nos hayamos explicado. Permítanme conservar mi dignidad. Comprendo dónde está ahora la diferencia: al fin y al cabo, estoy aquí, delante de ustedes, como un delincuente y soy, en consecuencia, inferior a ustedes en grado sumo, y ustedes tienen la obligación de observarme: no van a darme una palmadita en el hombro por lo de Grigori; lo cierto es que uno no puede romperle la cabeza a un viejo y quedar impune, probablemente me van a juzgar por ese motivo y a encerrarme, qué sé yo, medio año o un año en prisión, a saber cuánto me cae, aunque no acarrearé ninguna pérdida de derechos; porque será sin

pérdida de derechos, ¿verdad, fiscal? Ya lo ven, señores, soy consciente de la diferencia... Pero estarán de acuerdo en que son ustedes capaces de volver loco al mismísimo Dios con esa clase de preguntas: ¿dónde ha puesto el pie? ¿Cómo lo ha puesto? ¿Cuándo lo ha puesto? ¿En qué lo ha puesto? En ese caso, voy a hacerme un lío, y ustedes anotarán una sarta de bobadas en sus escritos, y ¿con qué resultado? ¡Con ningún resultado! En fin, ya que he empezado a hablar sin ton ni son, voy a acabar mi historia, y ustedes, señores, como personas con una formación exquisita y gente nobilísima, sabrán perdonarme. Voy a concluir, precisamente, con una petición: olvídense, señores, de toda esa rutina oficial de los interrogatorios, es decir, eso de empezar, no sé, con cosas ridículas e insignificantes: ¿cómo te has levantado?, ¿qué has comido?, ¿cómo has escupido?, para, "una vez adormecida la atención del criminal", largarle de repente una pregunta desconcertante: "¿A quién has matado? ¿A quién has robado?". ¡Ja, ja! ¡Ésa es su rutina, ésas son sus reglas, en eso se basa toda su astucia! Con semejantes tretas podrán ustedes atontar a los campesinos, pero no a mí. Yo me las sé todas, he servido en el ejército, ¡ja, ja, ja! No se enfaden, señores, ¿me perdonan la insolencia? —gritó, mirándolos con un aire de bondad poco menos que asombroso—. Lo ha dicho Mitia Karamázov, así que se le puede perdonar: sería imperdonable si se tratase de una persona inteligente, pero no tratándose de Mitka. ¡Ja, ja!

Nicolái Parfiónovich escuchaba y también se reía. El fiscal, aunque no se reía, miraba atentamente a Mitia, sin apartar los ojos de él, como si no quisiese perderse ni la menor palabra, ni el más ligero movimiento, ni la más leve contracción del más imperceptible de los rasgos de su rostro.

—Así es como nosotros, por cierto, hemos empezado con usted —replicó, sin dejar de reírse, Nikolái Parfiónovich—. No nos hemos dedicado a volverle loco preguntándole cómo se había levantado esa mañana o qué había comido, sino que hemos ido, demasiado pronto incluso, a lo esencial.

—Lo entiendo; así lo he entendido y lo aprecio, y aprecio aún más la bondad que ahora me muestran, una bondad sin precedentes, digna de las almas más nobles. Hemos coincidido aquí tres personas nobles, y ojalá que todo lo que haya entre nosotros se base en la confianza mutua entre personas cultas y educadas, unidas en su nobleza y honor. En todo caso, permítanme considerarlos mis mejores amigos en este momento de mi vida, ¡en este momento de humillación para mi honor! No se lo tomarán como una ofensa, señores, ¿verdad que no?

—Al contrario, se ha expresado usted divinamente, Dmitri Fiódorovich —asintió Nikolái Parfiónovich, en tono grave y aprobatorio.

—Y nada de detalles, señores, todos esos detalles de leguleyos —exclamó Mitia con entusiasmo—; si no, el diablo sabe cómo puede acabar todo esto, ¿no es cierto?

—Pienso seguir sus razonables consejos al pie de la letra —terció de pronto el fiscal, dirigiéndose a Mitia—, pero mi pregunta, no obstante, no la retiro. Para nosotros es esencialmente imprescindible saber para qué necesitaba usted esa cantidad en concreto, o sea, exactamente tres mil rublos.

—¿Para qué la necesitaba? Bueno, pues para esto, para lo otro... bueno, para pagar una deuda.

—Concretamente, ¿a quién?

—¡Me niego terminantemente a decirles eso, señores! Verán, no es porque no pueda decírselo, o porque no me atreva o tenga miedo, pues todo eso es despreciable y no son más que bobadas, sino por una cuestión de principios: se trata de mi vida privada y no permito que nadie se entrometa en mi vida privada. Ése es uno de mis principios. Su pregunta no guarda relación con el caso, y todo lo que no guarda relación con el caso, ¡pertenece a mi vida privada! Quería pagar una deuda, una deuda de honor, pero no voy a decir a quién.

—Permita que anotemos eso —dijo el fiscal.

—Como quiera. Puede anotarlos así: que no lo voy a decir, que no. Escriban, señores, que hasta considero deshonroso decirlo. ¡Se ve que tienen mucho tiempo para escribir!

—Permítame advertirle, señor mío, y volver a recordarle, en el supuesto de que no lo supiera —dijo el fiscal en un tono muy severo y particularmente convincente—, que tiene usted perfecto derecho a no responder a las preguntas que ahora le hagamos, mientras que nosotros, por el contrario, no tenemos ningún derecho a apremiarle para que nos conteste en el caso de que usted decida no responder por la razón que sea. Eso depende de lo que usted considere oportuno. Pero, en cualquier caso, en un asunto como el que nos ocupa, nuestro cometido consiste en hacerle ver y en explicarle hasta qué punto se causa a sí mismo un perjuicio al negarse a prestar tal o cual declaración. Dicho lo cual, le ruego que continuemos.

—Señores, pero si yo no me enfado... yo... —balbuceó Mitia, un tanto turbado por aquella advertencia—. Verán, señores, ese Samsónov, al que entonces fui a ver...

Naturalmente, no vamos a reproducir con detalle el relato de unos hechos que ya conoce el lector. El narrador, impaciente, quería contarlos todo pormenorizadamente, y al mismo tiempo acabar cuanto antes. Pero, en la medida en que estaban poniendo por escrito su declaración, era inevitable que lo interrumpieran en ocasiones. Dmitri Fiódorovich ponía reparos, pero no tenía más remedio que someterse; se enfadaba, aunque sin perder de momento el buen ánimo. Es verdad que, de vez en cuando, gritaba: «Señores, esto sacaré de sus casillas al mismo Dios», o bien: «Señores, ¿no ven que me están irritando en vano?», pero, a pesar de estas manifestaciones, por el momento no se alteraba su estado de ánimo, amigable y expansivo. De ese modo contó cómo Samsónov le había «tomado el pelo» hacía dos días. (Ya era plenamente

consciente de que se habían burlado de él.) La venta del reloj por seis rublos, para reunir el dinero del viaje, hecho que hasta entonces desconocían tanto el juez de instrucción como el fiscal, despertó al punto en ellos un extraordinario interés; es más, estimaron necesario, con gran indignación de Mitia, anotar este hecho con todo lujo de detalles, en vista de que así se confirmaba por segunda vez la circunstancia de que, desde la misma víspera, estaba prácticamente sin blanca. Poco a poco, Mitia empezó a ponerse serio. Más tarde, después de describir su viaje en busca de Liagavy y la noche que había pasado en la isba llena de tufo y demás, continuó con su relato hasta el regreso a la ciudad, y ahí empezó por sí mismo, sin ser expresamente interrogado al respecto, a describir pormenorizadamente el tormento de sus celos por Grúshenka. Le escuchaban en silencio y con atención; se fijaron sobre todo en la circunstancia de que hubiera establecido, hacía ya tiempo, un punto de observación junto a la casa de Fiódor Pávlovich, en el huerto trasero de Maria Kondrátiévna, para vigilar a Grúshenka, así como en el hecho de que Smerdiakov le suministrara información: eso les llamó la atención y no dejaron de anotarlo. De sus celos habló apasionada y extensamente y, aunque en su fuero interno se avergonzaba de exponer sus sentimientos más íntimos, por así decir, «a la pública infamia», hizo un evidente esfuerzo para vencer su vergüenza con tal de ser veraz. No obstante, la impasible severidad de las miradas del juez de instrucción y, sobre todo, del fiscal, fijadas en él a lo largo de todo el relato, acabaron por turbarlo seriamente. «Este mozalbeta, Nikolái Parfiónovich, con quien hace apenas unos días aún estuve diciendo tonterías sobre las mujeres, y este fiscal enfermizo no son dignos de que les cuente estas cosas —pensó fugazmente, con tristeza—; ¡qué vergüenza!... Aguanta, resígnate y calla», concluyó su reflexión con un verso, pero aún consiguió reunir fuerzas para seguir adelante. Cuando pasó a hablar de la Jojlakova, volvió a animarse un poco e incluso quiso contar cierta anécdota reciente sobre esta dama, que no venía al caso, pero el juez de instrucción le interrumpió y le sugirió amablemente que pasara «a algo más sustancial». Por fin, después de describir su desesperación y de referirse al momento en que, saliendo de casa de la señora Jojlakova, llegó a pensar en «acuchillar enseguida a alguien para conseguir los tres mil rublos», volvieron a interrumpirle para dejar constancia de que «quería acuchillar» a alguien. Mitia les dejaba escribir sin decir nada. Por fin llegaron al punto del relato en que se había enterado de repente de que Grúshenka lo había engañado y había dejado la casa de Samsónov muy poco después de que el propio Mitia la hubiera acompañado hasta allí, a pesar de que ella le había dicho que se quedaría con el viejo hasta la medianoche: «Si no maté entonces a esa Fenia, señores, fue solo porque no tenía tiempo», se le escapó de repente en un momento del relato. Y eso también lo anotaron cuidadosamente. Mitia, con aire sombrío, esperó a que acabaran y empezó a contar cómo había ido corriendo a casa de su padre, al huerto,

pero de pronto el juez de instrucción le cortó y, abriendo la gran cartera que tenía a su lado, sobre el diván, sacó de él la mano de mortero de cobre.

—¿Conoce usted este objeto? —Se lo mostró a Mitia.

—¡Ah, sí! —Mitia sonrió lúgubrementemente—. ¡Cómo no iba a conocerlo! Déjeme verlo... ¡Al diablo, no hace falta!

—Se le ha olvidado a usted mencionarlo —observó el juez de instrucción.

—¡Ah, diablos! Nunca se lo habría ocultado, seguramente no habríamos podido pasarlo por alto, ¿no le parece? Sencillamente, se me había ido de la cabeza.

—Tenga la bondad de contar detenidamente cómo se armó usted con este objeto.

—Permítanme, señores, con mucho gusto.

Y Mitia contó cómo había cogido la mano de mortero y había echado a correr.

—Pero ¿qué pretendía usted al armarse con semejante instrumento?

—¿Qué pretendía? ¡No pretendía nada! Me lo llevé y salí corriendo.

—Pero ¿por qué? Si dice usted que no pretendía nada...

En Mitia crecía la indignación. Miró de hito en hito al «mozalbetes» y se sonrió sombría y maliciosamente. El caso es que cada vez se sentía más y más avergonzado por haber sido tan sincero en esos momentos y haber contado tan efusivamente a «semejantes personas» la historia de sus celos.

—¡Me trae sin cuidado la mano de mortero! —soltó de pronto.

—Lo mismo da, señor.

—Bueno, la cogí para defenderme de los perros. O por la oscuridad... No sé, por si acaso.

—Y antes, cuando salía a la calle de noche, ¿también cogía usted alguna clase de arma, si es que le daba miedo la oscuridad?

—¡Ah, diablo, fu! ¡Señores, es literalmente imposible hablar con ustedes! —gritó Mitia, fuera de sí; entonces, volviéndose hacia el escribiente, rojo de ira, con una nota de frenesí en la voz, le dijo a toda prisa—: Escribe ahora mismo... ahora mismo... «Que cogí la mano de mortero con la intención de ir corriendo a matar a mi padre... a Fiódor Pávlovich... ¡de un golpe en la cabeza!» ¿Qué, están ahora satisfechos, señores? ¿Les he quitado un peso de encima? —dijo, dirigiendo una mirada retadora al juez de instrucción y al fiscal.

—Comprendemos de sobra que acaba de hacer semejante declaración como consecuencia de su irritación con nosotros y porque está indignado con las preguntas que le venimos haciendo y que usted considera irrelevantes, aunque, en esencia, son realmente esenciales —le dijo secamente el fiscal, a modo de respuesta.

—¡Por el amor de Dios, señores! Bueno, me llevé la mano... ¿Para qué coge uno algo en estos casos? No lo sé. La cogí y salí corriendo. Es una vergüenza, señores, passons, ¡o juro que no cuento nada más! —Puso los codos sobre la mesa y apoyó la cabeza en una mano. Estaba sentado de flanco con respecto a sus interrogadores,

mirando a la pared, intentando aplacar un mal sentimiento en su interior. Lo cierto es que tenía unas ganas tremendas de levantarse y declarar que no pensaba decir ni una palabra más: «Ni aunque me lleven al patíbulo»—. Verán, señores —dijo de pronto, haciendo un esfuerzo por dominarse—, verán. Les escucho y estoy imaginándome... Verán, a veces tengo un sueño... Un sueño frecuente, que se repite; sueño que alguien me persigue, alguien a quien tengo un miedo terrible, me persigue en la oscuridad, de noche, me busca, y yo me escondo de él detrás de la puerta o del armario, me escondo de una forma humillante; lo más importante es que él sabe muy bien dónde me escondo, pero hace apuesta como si no lo supiera para prolongar mi sufrimiento, para recrearse en mi terror... ¡Eso es lo que están haciendo ustedes ahora! ¡Algo muy parecido!

—¿Sueña con esas cosas? —preguntó el fiscal.

—Sí, sueño con esas cosas... ¿No quieren tomar nota? —Mitia forzó una sonrisa.

—No, señor, no lo vamos a anotar, pero, de todos modos, tiene usted unos sueños muy curiosos.

—¡Ahora ya no se trata de un sueño! ¡Es realismo, señores, el realismo de la auténtica vida! Yo soy el lobo, y ustedes los cazadores, y están acosando al lobo.

—Esa comparación no tiene ningún sentido... —empezó a decir Nikolái Parfiónovich con extraordinaria dulzura.

—¡Cómo que no, señores, cómo que no! —Mitia volvió a saltar, aunque, después de haber aliviado visiblemente su alma con aquella explosión de cólera repentina, empezó otra vez a ablandarse con cada palabra que pronunciaba—. Pueden ustedes no creer a un criminal o a un acusado al que están torturando con sus preguntas, pero al más noble de los hombres, señores, a los más nobles impulsos del alma (¡lo gritaré con osadía!), ¡no! A ese hombre no pueden dejar de creerlo... no tienen siquiera derecho a hacerlo... pero

Calla, corazón.

¡Aguanta, resígnate y calla!

»Bueno, ¿qué? ¿Sigo? —se interrumpió, taciturno.

—Naturalmente, tenga la bondad —contestó Nikolái Parfiónovich.

V. Tercer momento

Mitia empezó a hablar con rudeza, pero era evidente que aún se esforzaba más por no olvidar ni pasar por alto ningún detalle de su relato. Contó cómo había saltado la valla del huerto de su padre y cómo se había acercado a la ventana, antes de referirse, en fin, a todo lo que allí había ocurrido, al pie de la ventana. Habló con claridad y precisión, como subrayando las palabras, de los sentimientos que tanto le habían inquietado en esos momentos en el huerto, con aquellas ansias horribles de saber si Grúshenka estaba o no en casa de su padre. Pero, por raro que parezca, tanto el fiscal como el juez de instrucción le escuchaban esta vez con una reserva extrema, lo miraban secamente, hacían bastantes menos preguntas. Mitia no pudo llegar a ninguna conclusión por lo que veía en sus caras. «Se habrán enfadado y se sentirán ofendidos —pensó—; bueno, ¡qué diablos!» En cambio, cuando contó cómo había decidido hacerle a su padre la señal de que había llegado Grúshenka para que abriese la ventana, ni el fiscal ni el juez de instrucción repararon en la palabra «señal», como si no hubieran entendido en absoluto cuál era su significado preciso en aquel contexto, algo que a Mitia le llamó la atención. Al llegar por fin al instante en que, viendo a su padre asomado a la ventana, y sintiendo que el odio lo abrasaba por dentro, había sacado del bolsillo la mano de mortero, se detuvo repentinamente, como si lo hiciera aposta. Estaba mirando a la pared, y sabía que aquellos hombres tenían la mirada clavada en él.

—Muy bien —dijo el juez de instrucción—; usted agarró el arma y... y ¿qué pasó después?

—¿Después? Después lo maté... Le di un golpe en la coronilla y le abrí el cráneo... Para ustedes, ¡así ocurrió! —De pronto, los ojos le centellearon. Toda su cólera, apagada hasta entonces, estalló de repente en su alma con una fuerza insólita.

—Para nosotros —repitió Nikolái Parfiónovich—; muy bien, y ¿para usted?

Mitia bajó los ojos y estuvo un buen rato en silencio.

—Para mí, señores, para mí, lo que pasó fue esto —empezó a decir en voz baja—. No sé si fueron las lágrimas de alguien, no sé si Dios escuchó los ruegos de mi madre, si un espíritu luminoso me besó en aquel momento, no lo sé; pero el diablo fue vencido. Me alejé rápidamente de la ventana y eché a correr hacia la valla... Mi padre se asustó y fue entonces cuando me vio por primera vez, dio un grito y se retiró de un salto de la ventana: me acuerdo muy bien de eso. Yo estaba cruzando el huerto, en dirección a la valla... y Grigori me dio alcance justo cuando yo ya me había encaramado a lo alto de la valla... —En ese momento Mitia levantó finalmente los ojos

hacia sus interlocutores. Éstos, al parecer, lo estaban mirando con una atención impasible. Una especie de espasmo de indignación le recorrió el alma a Mitia—. Ahora mismo, señores, están ustedes riéndose de mí —zanjó súbitamente.

—¿Por qué saca usted esa conclusión? —preguntó Nikolái Parfiónovich.

—¡Porque no se creen ustedes ni una sola palabra, por eso mismo! Comprendo muy bien que hemos llegado al punto principal: el viejo yace ahí con la cabeza rota, y yo, después de haber descrito trágicamente cómo quería matarlo y cómo había agarrado una mano de mortero, huyo de pronto de la ventana... ¡Un poema! ¡En verso! ¡Cualquiera se cree lo que dice este valiente! ¡Ja, ja! ¡Qué guasones son ustedes, señores!

Se revolvió con todo su peso en la silla, haciéndola crujir.

—Y ¿no se fijó usted —empezó a preguntar el fiscal, que parecía no haber reparado en la agitación de Mitia—, no se fijó usted, cuando se alejó corriendo de la ventana, en si la puerta que da al huerto, una que está situada en el otro extremo del pabellón, estaba abierta?

—No, no estaba abierta.

—¿No lo estaba?

—Al contrario, estaba cerrada; además, ¿quién habría podido abrirla? Bah, la puerta... ¡un momento! —De pronto, parecía haber caído en la cuenta de algo y a punto estuvo de estremecerse—. No me diga que se han encontrado ustedes la puerta abierta.

—Sí, estaba abierta.

—Y ¿quién ha podido abrirla, si no han sido ustedes? —Mitia, de pronto, estaba terriblemente sorprendido.

—La puerta estaba abierta, y el asesino de su padre entró indudablemente por esa puerta y, una vez cometido el asesinato, salió por esa misma puerta —dijo el fiscal despacio, claramente, como subrayando las palabras—. Eso está totalmente claro para nosotros. El asesinato, evidentemente, se cometió dentro del cuarto, y no a través de la ventana, algo que resulta positivamente manifiesto a partir de la investigación llevada a cabo, de la posición del cuerpo y de todo lo demás. En relación con esta circunstancia no puede haber la menor duda.

Mitia estaba terriblemente sorprendido.

—Pero ¡si eso es imposible, señores! —gritó, totalmente desconcertado—. Yo... yo no entré... Les aseguro rotundamente, con toda certeza, que la puerta estuvo siempre cerrada mientras yo estuve en el huerto y cuando salí corriendo de allí. Yo me quedé al pie de la ventana, y a él lo vi a través de la ventana, y solo, solo... Recuerdo todo aquello hasta el último minuto. Y, aunque no lo recordara, daría lo mismo, porque las señales solo las conocíamos Smerdiakov y yo, aparte del propio difunto, y él, sin las señales, ¡jamás habría abierto a nadie!

—¿Señales? ¿De qué señales habla? —preguntó el fiscal con una curiosidad ansiosa, casi histérica, y se olvidó al instante de todas sus reservas. Lo preguntó como si se arrastrara con cautela. Había olfateado un hecho relevante, que no conocía todavía, y enseguida sintió un miedo atroz a que Mitia no quisiera acabar de desvelárselo.

—¡Así que no lo sabía! —Mitia le hizo un guiño, sonriendo burlona y maliciosamente—. ¿Y si yo no se lo digo? ¿Cómo se habría enterado? Conocíamos esas señales el difunto, Smerdiakov y yo, nadie más; también el cielo, pero el cielo no se lo iba a decir. Pero es un hecho interesante, el diablo sabrá el partido que se le puede sacar, ¡ja, ja! Tranquilos, señores, les pondré al corriente, solo están pensando en tonterías. ¡No saben ustedes con quién están tratando! Están tratando con un sospechoso que declara contra sí mismo, que declara en su propio perjuicio. Sí, ¡porque yo soy un caballero de honor, cosa que no son ustedes!

El fiscal no tuvo más remedio que tragarse el sapo, estaba temblando de impaciencia por conocer aquel nuevo hecho. Mitia les dio una explicación precisa y extensa de todo lo relativo a las señales que Fiódor Pávlovich había ideado para Smerdiakov, les contó lo que significaba cada golpe en la ventana y hasta reprodujo esas señales dando golpes en la mesa; a la pregunta que le hizo Nikolái Parfiónovich de si él, al llamar a la ventana del viejo, había hecho precisamente la señal que significaba: «Ha venido Grúshenka», respondió con precisión que sí, que había hecho, efectivamente, aquella señal.

—Ahí tienen, ¡ahora construyan su torre! —concluyó Mitia, y volvió a darles la espalda con desprecio.

—¿Y de esas señales solo tenían noticia su difunto padre, usted y el criado Smerdiakov? ¿Y nadie más? —volvió a preguntar Nikolái Parfiónovich.

—Sí, el criado Smerdiakov, y también el cielo. Anoten lo del cielo; no está de más escribirlo. Ustedes mismos van a necesitar de Dios.

Empezaron a escribirlo, como es natural, pero ya estaban haciéndolo cuando el fiscal, de pronto, como si se le hubiera ocurrido inesperadamente una nueva idea, dijo:

—Pero, en vista de que Smerdiakov también conocía estas señales, y ya que usted rechaza tajantemente la acusación de haber matado a su padre, ¿no sería él quien, haciendo la señal convenida, consiguió que su padre le abriera la puerta y luego... cometió el crimen?

Mitia le dirigió una mirada profundamente irónica, aunque cargada, al mismo tiempo, de un odio terrible. Lo miró mucho tiempo, en silencio, hasta que el fiscal empezó a parpadear.

—¡Ya ha vuelto a cazar otra zorra! —dijo Mitia finalmente—. ¡Ha pillado por la cola a esa desvergonzada! ¡Je, je! ¡Le tengo muy calado, fiscal! Usted se pensaba que yo iba a saltar de inmediato, que me iba a aferrar a eso que acaba de insinuar y me iba a

poner a gritar como un descosido: «¡Ah, ha sido Smerdiakov! ¡Él es el asesino!». Reconozca que es eso lo que ha pensado, reconózcalo, y entonces seguiré adelante.

Pero el fiscal no reconoció nada. Se quedó callado, esperando.

—Se ha equivocado, ¡no voy a gritar contra Smerdiakov! —dijo Mitia.

—¿Ni siquiera sospecha de él?

—¿Y ustedes sí sospechan?

—También de él hemos tenido sospechas.

Mitia clavó los ojos en el suelo.

—Bromas aparte —dijo en tono sombrío—, escuchen: desde el primer momento, casi desde que salí corriendo hacia ustedes desde detrás de la cortina, me asaltó una idea: «¡Smerdiakov!». Aquí, sentado a esta mesa, mientras gritaba que era inocente de aquella sangre, no he dejado de pensar: «¡Smerdiakov!». No me quitaba de encima a Smerdiakov. Por fin, justo hace un momento he tenido la misma idea: «¡Smerdiakov!»; pero solo ha sido un segundo, al instante siguiente he pensado: «¡No, no ha sido Smerdiakov!». ¡Esto no es obra suya, señores!

—En tal caso, ¿no sospecha usted de alguna otra persona? —preguntó con cautela Nikolái Parfiónovich.

—No sé yo quién, o qué persona, si ha sido la mano del cielo o de Satanás, pero... ¡no ha sido Smerdiakov! —concluyó Mitia con decisión.

—Pero ¿cómo afirma usted con tanta rotundidad, con tanta insistencia, que él no ha sido?

—Por convicción. Basándome en mis impresiones. Porque Smerdiakov es un hombre de lo más abyecto y cobarde que pueda haber. No solo un cobarde, sino la conjunción de todas las cobardías del mundo, todas en una, caminando sobre dos piernas. Nació de una gallina. Cada vez que hablaba conmigo, temblaba de miedo, pensando que lo iba a matar, aunque no le levantase la mano. Caía a mis pies y lloraba, me besaba estas mismas botas, literalmente, suplicándome que «no lo asustara». ¿Lo han oído? Que «no lo asustara», ¿qué palabras son ésas? Si yo hasta le hacía regalos. Es una gallina enfermiza, que padece del mal caduco, con una mente debilitada; un crío de ocho años podría darle una paliza. ¿Qué clase de persona es ésa? No ha sido Smerdiakov, señores; si ni siquiera le importa el dinero, no aceptaba ni lo que yo le daba... Además, ¿por qué iba a matar al viejo? Si es posible que sea hijo suyo, un hijo natural, ¿no lo sabían?

—Habíamos oído esa leyenda. Pero también usted es hijo de su padre, y ha ido por ahí diciendo a todo el mundo que quería matarlo.

—¡Otra pedrada! ¡Y con muy mala intención! ¡No me da miedo! ¡Oh, señores, me parece excesiva vileza que me digan esas cosas a la cara! Una vileza, porque he sido yo quien se lo ha dicho. No solo quería, sino que podía haberlo matado, y he cargado voluntariamente con la culpa de haber estado a punto de hacerlo. Pero el caso es que

no lo he matado, que me ha salvado el ángel de la guarda: eso es algo que a ustedes no les entra en la cabeza... Por eso es una vileza de su parte, ¡una auténtica vileza! Porque ¡yo no lo he matado, no lo he matado, no lo he matado! Escúcheme bien, fiscal: ¡no lo he matado! —Por poco no se ahoga. En todo el interrogatorio no se había alterado tanto—. Y ¿qué les ha dicho a ustedes?... Smerdiakov, digo —añadió de pronto, después de una pausa—. ¿Puedo preguntárselo?

—Usted puede preguntarnos cualquier cosa —respondió el fiscal con aire frío y severo—; cualquier cosa que tenga ver con la parte material del caso, y nosotros, se lo repito, estamos incluso obligados a dar cumplida respuesta a sus preguntas. Encontramos al criado Smerdiakov, por el que usted pregunta, yaciendo inconsciente en su cama, aquejado de un ataque extraordinariamente agudo de mal caduco, que podía estársele repitiendo por décima vez consecutiva. El médico que estaba con nosotros, tras examinar al paciente, nos ha comunicado que incluso es posible que no llegue vivo a mañana.

—Bueno, en tal caso, ¡ha sido el demonio quien ha matado a mi padre! —se le escapó de pronto a Mitia, como si hasta ese preciso instante se hubiera estado preguntando incesantemente: «¿Habrá sido Smerdiakov o no habrá sido Smerdiakov?».

—Volveremos a este hecho —resolvió Nikolái Parfiónovich—; pero ahora ¿no desearía usted seguir con su declaración?

Mitia solicitó un descanso. Se lo concedieron amablemente. Después de descansar, reanudó el relato. Pero era evidente que se le hacía muy cuesta arriba. Estaba extenuado, se sentía ofendido y moralmente derrotado. Además, el fiscal, ahora con toda intención, se dedicó a exasperarlo reiteradamente, aferrándose a los «pequeños detalles». Acababa de describir Mitia cómo, sentado en lo alto de la valla, había golpeado en la cabeza con la mano de mortero a Grigori, quien lo tenía agarrado por la pierna izquierda, cuando el fiscal le interrumpió y le pidió que describiera más pormenorizadamente cómo estaba sentado en la valla. Mitia se quedó sorprendido.

—Bueno, pues estaba así sentado, en todo lo alto, con una pierna por este lado, la otra por aquel lado...

—¿Y la mano de mortero?

—Cogida en la mano.

—¿No la llevaba en el bolsillo? ¿Lo recuerda con tanta precisión? Habría cogido un buen impulso...

—Supongo que sí, ¿y a usted qué más le da?

—¿Qué tal si se sentara en la silla exactamente como entonces en la valla, y nos mostrara gráficamente, para que podamos verlo con claridad, hasta dónde alzó el brazo en el momento de coger impulso, y en qué dirección?

—¿No estará burlándose de mí? —preguntó Mitia, mirando altivamente al interrogador, pero éste ni siquiera parpadeó. Mitia se volvió convulsivamente, se sentó a horcajadas sobre la silla y echó el brazo hacia atrás, como cogiendo impulso—. ¡Así lo golpeé! ¡Así lo maté! ¿Qué más quiere?

—Se lo agradezco. ¿Le importaría ahora explicarnos por qué, en definitiva, saltó al huerto, con qué fin lo hizo y qué pretendía realmente?

—Caramba, qué demonios... salté detrás del caído... ¡No sé con qué fin!

—¿En aquel estado de nervios? ¿Y huyendo?

—Sí, nervioso y huyendo.

—¿Quería prestarle auxilio?

—Qué auxilio... Puede que sí, que también quisiera prestarle auxilio, no me acuerdo.

—¿No se acuerda? Quiero decir, ¿llegó usted a estar inconsciente, de algún modo?

—No, no, nada de eso, me acuerdo de todo. Hasta de las cosas más nimias. Salté a ver qué le había pasado y le limpié la sangre con un pañuelo.

—Hemos visto su pañuelo. ¿Tenía esperanzas de devolver la vida a la persona a la que había agredido?

—No sé si tenía esas esperanzas. Sencillamente quería cerciorarme de si estaba vivo o no.

—Ah, ¿de modo que quería cerciorarse? Bueno, ¿y qué?

—No soy médico, no estaba seguro. Hui pensando que lo había matado, pero resulta que ha vuelto en sí.

—Estupendo —concluyó el fiscal—. Se lo agradezco. Es justo lo que necesitaba. Intente continuar.

Por desgracia, a Mitia no se le había pasado por la cabeza contar, a pesar de que lo había recordado, que había saltado por lástima y que, de pie junto a la víctima, había pronunciado incluso unas palabras de conmiseración: «Has caído, viejo, qué se le va a hacer; así que descansa». Pero el fiscal sacó una sola conclusión: que el hombre había saltado «en aquel momento, y en aquel estado de agitación», sin otro objetivo que el de asegurarse, más allá de toda duda, de si vivía o no el único testigo de su crimen. En vista de lo cual, qué fuerza, qué audacia, qué sangre fría, qué precaución tendría un hombre que incluso en un momento semejante... y etcétera, etcétera. El fiscal estaba satisfecho: «A base de "pequeños detalles" he sacado de sus casillas a este hombre enfermizo, hasta que se ha ido de la lengua».

Penosamente, Mitia siguió con su relato. Pero enseguida volvieron a interrumpirle; en esta ocasión fue Nikolái Parfiónovich:

—¿Cómo pudo usted presentarse ante la sirvienta Fedosia Márkova, teniendo las manos y, como luego se vio, también la cara cubiertas de sangre?

—¡Yo entonces no me di ni cuenta de que tenía sangre! —replicó Mitia.

—Eso que dice es verosímil, esas cosas pasan. —El fiscal intercambió una mirada con Nikolái Parfiónovich.

—De verdad que no me di cuenta; muy bien dicho, fiscal —asintió también Mitia. Pero siguió después la historia de cómo había decidido, repentinamente, «hacerse a un lado» y «dejar libre el camino a los dichosos». Y esta vez ya no le fue posible desnudar su corazón, como había hecho antes, hablando de la «reina de su alma». Le repugnaba hacerlo delante de aquellas personas frías, «que le chupaban la sangre como chinches». Por eso, ante sus reiteradas preguntas, declaró concisa y tajantemente—: Total, que decidí matarme. Para qué iba a seguir viviendo: la solución saltaba a la vista. Había aparecido su ofensor, aquel primer, indiscutible amor; pasados cinco años, volvía enamorado, dispuesto a reparar su ofensa por medio del matrimonio legítimo. Así que comprendí que para mí todo había terminado... Detrás de mí dejaba el deshonor, y encima aquella sangre, la sangre de Grigori... ¿Para qué vivir? Así pues, fui a desempeñar mis pistolas, para cargarlas y meterme una bala en la sesera al amanecer...

—Y por la noche, ¿la gran juerga?

—Por la noche, la gran juerga. Ah, qué diablos, vayan terminando, señores. Estaba decidido a pegarme un tiro, por aquí cerca, en las afueras de este pueblo, y pensaba acabar con mi vida hacia las cinco de la mañana; llevaba una notita preparada en el bolsillo, la había escrito en casa de Perjotin, cuando cargué la pistola. Aquí tienen la nota, lean. ¡No cuento todo esto por ustedes! —añadió en un tono repentinamente despectivo. Se sacó un papel del bolsillo del chaleco y lo arrojó sobre la mesa; los investigadores leyeron la nota con curiosidad y, como corresponde, la incorporaron al sumario.

—Y, a todo esto, ¿no había pensado aún en lavarse las manos, ni siquiera cuando fue a ver al señor Perjotin? ¿No tenía miedo, en definitiva, de despertar sospechas?

—¿Qué clase de sospechas? Sospecharan o no, qué más me daba; de todos modos, tenía pensado venir aquí a las cinco a pegarme un tiro y nadie habría tenido tiempo de hacer nada. De no haber sido por lo que le ha pasado a mi padre, ustedes no habrían sabido nada y no estarían aquí. ¡Oh, esto ha sido obra del diablo! ¡El diablo ha matado a mi padre y a través del diablo lo han sabido ustedes enseguida! ¿Cómo han podido llegar aquí tan pronto? ¡Es un prodigio, es algo fantástico!

—El señor Perjotin nos informó de que usted, cuando se presentó en su casa, llevaba en las manos... en las manos cubiertas de sangre... el dinero... un montón de dinero... un fajo de billetes de cien rublos, y que también lo vio un mozo que tiene a su servicio.

—Sí, señores, así fue, lo recuerdo.

—Ahora nos enfrentamos a una cuestión. ¿Le importaría explicarnos —empezó Nikolái Parfiónovich, en un tono excepcionalmente suave— de dónde sacó de pronto

tanto dinero, dado que todo apunta, empezando por el mero cálculo temporal, a que usted no había pasado por casa?

El fiscal frunció ligeramente el ceño al oír esta pregunta, formulada de manera tan categórica, pero no interrumpió a Nikolái Parfiónovich.

—No, no pasé por casa —respondió Mitia, aparentemente con mucha calma, aunque mirando al suelo.

—Permita, en ese caso, que le repita la pregunta —siguió diciendo Nikolái Parfiónovich, que parecía ir con pies de plomo—. ¿Dónde pudo usted obtener de repente esa suma cuando, según su propia confesión, a las cinco de aquella misma tarde...?

—Necesitaba diez rublos y le empeñé mis pistolas a Perjotin, después fui a casa de la señora Jojlakova a pedirle tres mil, pero no me los prestó, y luego vino todo ese lío —le cortó Mitia con brusquedad—; pues sí, señores, me hacía falta el dinero, y de pronto me encontré con unos miles, ¿eh? ¿Saben una cosa, señores? Están ahora los dos aterrados: ¿y si éste no nos cuenta de dónde lo ha sacado? Pues eso es lo que va a pasar: no pienso decírselo, señores, lo han adivinado, se van a quedar sin saberlo —recalcó de pronto Mitia con gran determinación. Por unos instantes, los investigadores se quedaron callados.

—Comprenda, señor Karamázov, que para nosotros es totalmente imprescindible conocer eso —dijo Nikolái Parfiónovich, en tono suave y humilde.

—Lo entiendo, pero de todos modos no voy a decírselo.

Intervino también el fiscal y volvió a recordar que el interrogado, naturalmente, podía no responder a las preguntas si entendía que eso era lo más beneficioso para él y todo eso; pero, en vista del perjuicio que el sospechoso podía ocasionarse a sí mismo con su silencio y, sobre todo, en vista de la importancia de ciertas preguntas que...

—¡Y etcétera, etcétera, señores, etcétera, etcétera! ¡Basta, ya he escuchado antes este sermón! —volvió a cortarle Mitia—. Comprendo la importancia de esta cuestión y sé que es el punto capital, pero de todos modos no se lo voy a decir.

—Pues a nosotros nos da igual, no es asunto nuestro, sino suyo; se está perjudicando a sí mismo —señaló nervioso Nikolái Parfiónovich.

—Verán, señores, bromas aparte. —Mitia levantó los ojos y miró con dureza a sus dos interlocutores—. Yo ya presentía, desde el primer momento, que al llegar a este punto íbamos a chocar de frente. Pero al principio, cuando he empezado mi declaración, todo eso estaba envuelto en una neblina lejana, flotando, y yo he sido tan ingenuo que hasta he empezado proponiendo que hubiera «confianza mutua entre nosotros». ¡Ahora ya veo que no podía haber tal confianza, porque de todos modos teníamos que llegar a ese maldito límite! Bueno, pues ¡ya hemos llegado! ¡No puede

ser, y punto! Por cierto, yo no les culpo a ustedes, tampoco ustedes pueden fiarse de mi palabra, ¡lo comprendo!

Se quedó callado, con aire sombrío.

—Y ¿no podría usted, sin romper en absoluto su determinación de guardar silencio sobre lo esencial, no podría usted, al mismo tiempo, darnos al menos alguna pequeña indicación acerca de cuáles son, precisamente, los poderosos motivos que le han llevado a guardar silencio en un momento tan peligroso para usted de la presente declaración?

Mitia sonrió con tristeza y como pensativo.

—Soy bastante mejor de lo que ustedes creen, señores; les voy a explicar cuáles son mis razones, y les voy a dar esa información a pesar de que no se la merecen. Si callo, señores, es porque ese asunto encierra una deshonra para mí. Responder a su pregunta relativa al origen del dinero supondría tal afrenta que no hay comparación con el asesinato y el robo de mi padre, suponiendo que yo hubiera sido el autor de esos crímenes. Ésa es la razón de que no pueda hablar. La vergüenza me lo impide. ¿Qué, señores, no quieren escribir eso?

—Sí, ya lo anotamos —musitó Nikolái Parfiónovich.

—No deberían anotar ustedes lo relativo a la «afrenta». Si se lo he confesado ha sido únicamente por bondad, podría no haberles dicho nada; ha sido un regalo, por así decir, pero ustedes no perdonan una. Venga, escriban, escriban lo que quieran —concluyó desdeñoso y con cierta repugnancia—, no me dan miedo y... me siento orgulloso ante ustedes.

—Y ¿no podría decirnos de qué clase de afrenta se trataba? —musitó apenas Nikolái Parfiónovich.

El fiscal frunció terriblemente el ceño.

—Ni por asomo, c'est fini, no se molesten. Además, no vale la pena mancharse las manos. Bastante me las he manchado yo con ustedes. No son ustedes dignos, ni ustedes ni nadie... Ya es suficiente, señores, aquí lo dejo.

Lo había dicho muy categóricamente. Nikolái Parfiónovich dejó de insistir, pero enseguida, por las miradas de Ippolit Kirílovich, se dio cuenta de que éste aún no había perdido la esperanza.

—¿No podría, tan siquiera, declarar cuál era la suma que había en sus manos cuando se presentó en casa del señor Perjotin, esto es, cuántos rublos tenía usted?

—Eso tampoco puedo declararlo.

—Al parecer, le hablé al señor Perjotin de tres mil rublos que habría recibido usted de la señora Jojlakova, ¿es eso así?

—Es posible que le hablara de eso. Basta, señores, no voy a decir cuánto era.

—En tal caso, ¿le importaría explicar cómo vino hasta aquí y todo lo que hizo una vez que llegó?

—Oh, acerca de eso pregunte a toda la gente de aquí. Aunque, por otra parte, creo que puedo contárselo yo.

Lo contó, aunque no vamos a reproducir aquí su historia. Fue un relato seco, por encima. No dijo una palabra de sus éxtasis amorosos. Contó, no obstante, cómo se le pasó la determinación de pegarse un tiro, «a la vista de nuevos hechos». Lo contaba todo sin ofrecer motivos, sin entrar en detalles. Y esta vez los investigadores apenas lo molestaron: estaba claro que para ellos tampoco estaba allí lo fundamental.

—Ya comprobaremos todo esto, habrá que volver a referirse a estas cuestiones durante el interrogatorio a los testigos, el cual tendrá lugar, desde luego, en presencia de usted. —Nicolái Parfiónovich dio por concluido el interrogatorio—. Ahora, permítame que le ruegue que ponga ahí, sobre la mesa, todos los objetos que lleve encima y, especialmente, todo el dinero que tenga usted en estos momentos.

—¿El dinero, señores? Como quieran, me hago cargo de que es necesario. Incluso me sorprende que no hayan sentido curiosidad hasta ahora. La verdad es que no podría haber ido a ninguna parte, me tienen ustedes bien a la vista. Bueno, aquí está mi dinero, cuéntenlo, tengan, creo que es todo.

Se vació los bolsillos, sacó hasta la calderilla: de un bolsillo lateral del chaleco salieron dos monedas de veinte kopeks. Contaron el dinero; sumaba ochocientos treinta y seis rublos con cuarenta kopeks.

—¿Eso es todo? —preguntó el juez de instrucción.

—Todo.

—Usted ha dicho, hace un momento, al hacer su declaración, que en la tienda de los Plótnikov se había gastado trescientos rublos, que a Perjotin le había dado diez, veinte al cochero, que aquí, jugando, había perdido doscientos, luego...

Nicolái Parfiónovich echó la cuenta. Mitia lo ayudó de buena gana. Hicieron memoria de todo, hasta el último kopek, y lo incluyeron en la cuenta. Nicolái Parfiónovich calculó rápidamente el total.

—Por tanto, incluyendo estos ochocientos, al principio tendría usted unos mil quinientos rublos, ¿no es así?

—Eso parece —respondió Mitia secamente.

—¿Cómo es que todo el mundo afirma que había bastante más?

—Que lo afirmen.

—Usted mismo lo ha afirmado.

—Yo mismo lo he afirmado.

—Tendremos que corroborar todo eso con los testimonios de otras personas a las que aún no hemos interrogado; no se preocupe por su dinero, se guardará como es debido y estará a su disposición cuando termine todo... lo que ha comenzado... si resulta o, por así decir, si se demuestra que tiene usted un derecho incuestionable sobre él. Bien, y ahora...

Nicolái Parfiónovich se levantó de pronto y le comunicó a Mitia, en tono firme, que «se veía en la necesidad y en la obligación» de llevar a cabo un registro extremadamente preciso y minucioso, «lo mismo de su ropa que del resto»...

—Como gusten, señores; voy a darles la vuelta a mis bolsillos, si así lo desean.

Y, efectivamente, se puso a darles la vuelta a sus bolsillos.

—Va a ser necesario incluso quitarse la ropa.

—¿Cómo? ¿Desvestirme? ¡Uf, demonio! Puede registrarme así. ¿No es posible?

—De ninguna manera, Dmitri Fiódorovich. Tiene que quitarse la ropa.

—Como quiera —Mitia se sometió, pesaroso—; pero no aquí, por favor, sino detrás de las cortinas. ¿Quién va a hacer el registro?

—Naturalmente, detrás de las cortinas. —Nicolái Parfiónovich inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Su pequeño rostro adoptó incluso una expresión de especial gravedad.

VI. El fiscal da caza a Mitia

Empezó algo totalmente inesperado y sorprendente para Mitia. Un minuto antes, por nada del mundo habría podido pensar que alguien pudiera tratarlo a él, a Mitia Karamázov, de ese modo. Fue, por encima de todo, algo humillante; se produjo, por parte de ellos, una exhibición «de altivez y de desprecio». No le importó quitarse la levita, pero le pidieron que siguiera desvistiéndose. Y ni siquiera se lo pidieron, sino que, en el fondo, se lo ordenaron; se dio perfecta cuenta de ello. Por orgullo y desdén, se sometió por completo, sin decir una palabra. Detrás de las cortinas, además de Nikolái Parfiónovich, también estuvo presente el fiscal, así como varios campesinos, «debido a su fuerza, como es natural —pensó Mitia—, y quizá por alguna otra razón».

—¿Cómo? ¿Que tengo que quitarme también la camisa? —preguntó con brusquedad, pero Nikolái Parfiónovich no le contestó: estaba concentrado, junto con el fiscal, en el examen de la levita, los pantalones, el chaleco y la gorra, y se notaba que ambos estaban muy interesados en el registro: «No se andan con cumplidos —pensó Mitia—, no observan unas mínimas reglas de cortesía»—. Se lo vuelvo a preguntar: ¿tengo o no tengo que quitarme la camisa? —dijo, cada vez más seco e irritado.

—No se preocupe, ya le avisaremos —respondió Nikolái Parfiónovich en un tono un tanto autoritario. Al menos, esa impresión le dio a Mitia.

Entretanto, el juez de instrucción y el fiscal estaban cambiando impresiones en voz baja, concienzudamente. En la levita, sobre todo en el faldón izquierdo, por detrás, se veían unas enormes manchas de sangre, resacas, apelmazadas, que apenas habían tenido tiempo de ablandarse. Lo mismo en los pantalones. Aparte de eso, Nikolái Parfiónovich, con sus propias manos, en presencia de testigos, había palpado el cuello, los puños y todas las costuras de la levita y los pantalones, evidentemente en busca de algo: sin duda, de dinero. Sobre todo, no le ocultaban a Mitia sus sospechas de que había podido —y de que era capaz de hacerlo— coserse el dinero a la ropa. «Ya me están tratando como a un ladrón, no como a un oficial», se quejó para sus adentros. En su presencia, intercambiaban pareceres con una franqueza pasmosa. Por ejemplo, el escribiente, muy diligente y solícito, que también se encontraba detrás de la cortina, llamó la atención de Nikolái Parfiónovich sobre la gorra, que también procedieron a examinar: «Acuérdese de Gridenko, el auxiliar —señaló el escribiente—; en verano lo mandaron a recoger la paga de toda la oficina, y al volver declaró que se había emborrachado y había perdido el dinero. Y ¿dónde se lo encontraron? Pues justo en el ribete de la gorra, uno como éste: había enrollado los billetes de cien rublos y los

había cosido en el ribete». Tanto el juez de instrucción como el fiscal se acordaban muy bien del caso de Gridenko, así que apartaron la gorra de Mitia y decidieron que más tarde habría que volver a revisarla seriamente, al igual que toda la ropa.

—Permítame —gritó de pronto Nikolái Parfiónovich al advertir que el puño derecho de la camisa de Mitia, todo manchado de sangre, estaba doblado para dentro—; permítame, ¿esto es sangre?

—Sí, sangre —respondió secamente Mitia.

—Ya, pero ¿sangre de quién?... Y ¿por qué está doblado el puño hacia dentro?

Mitia le contó cómo se había manchado el puño de la camisa al ocuparse de Grigori y cómo lo había doblado hacia dentro estando en casa de Perjotin, cuando se lavó las manos.

—Su camisa también nos la tenemos que quedar, es muy importante... para las pruebas materiales.

Mitia se puso colorado y se enfureció.

—¿Cómo es esto? ¿Tengo que quedarme desnudo? —gritó.

—No se preocupe... Ya lo arreglaremos de algún modo; de momento haga el favor de quitarse también los calcetines.

—¿Está de broma? ¿De verdad es imprescindible? —A Mitia le centellearon los ojos.

—No estamos para bromas —replicó con severidad Nikolái Parfiónovich.

—Bueno, si no hay más remedio... yo... —balbuceó Mitia y, sentado en la cama, empezó a quitarse los calcetines. Estaba turbado de un modo insufrible: todos estaban vestidos, y él desnudo; y, por raro que parezca, así desnudo se sentía como culpable ante todos ellos y, sobre todo, casi estaba de acuerdo en que, de repente, se había vuelto de hecho inferior a los demás, que tenían perfecto derecho a mirarlo con desprecio. «Si todos estuvieran desnudos, no me daría vergüenza, pero, cuando es uno solo y los demás están mirando, ¡qué bochorno! —No se quitaba la idea de la cabeza—. Es como una pesadilla; a veces, en sueños, he vivido situaciones igual de vergonzosas.» Hasta quitarse los calcetines supuso un martirio para él: no los llevaba muy limpios, lo mismo que la ropa interior, y ahora todo el mundo se podía dar cuenta. Y, sobre todo, no le gustaban sus propios pies; toda la vida le había parecido que los dedos gordos los tenía mal hechos, en particular el del pie derecho, con aquella uña basta, plana, algo doblada hacia abajo, y ahora todo el mundo lo iba a ver. Era tan insufrible su vergüenza que, de buenas a primeras, ahora ya de forma deliberada, se volvió aún más grosero. De un tirón, se quitó la camisa—. ¿No quieren buscar en algún otro sitio, si es que no les da vergüenza?

—No, señor; por ahora no es necesario.

—Bueno, ¿qué? ¿Tengo que quedarme aquí desnudo? —añadió en muy mal tono.

—Sí, de momento no hay más remedio... Mientras tanto, tenga la bondad de sentarse aquí; puede coger una manta de la cama y arroparse con ella, y yo... yo ya me ocupo de todo.

Mostraron todos los objetos a los testigos y levantaron acta del registro; finalmente salió Nikolái Parfiónovich y tras él sacaron la ropa. También salió Ippolit Kirillovich. Quedó allí solo Mitia con unos campesinos, que guardaban silencio y no le quitaban la vista de encima. Mitia se arropó con la manta, empezaba a tener frío. Los pies desnudos se le quedaban destapados, y era incapaz de cubrirlos con la manta. Nikolái Parfiónovich tardaba mucho en volver; «esta espera tan larga es una tortura». «Me trata como a un cachorrillo», a Mitia le rechinaban los dientes. «Ese odioso fiscal también ha salido; por desprecio, sin duda: le ha dado asco mirar a un hombre desnudo.» Mitia suponía, de todos modos, que estarían examinando su ropa en algún sitio y que luego se la devolverían. Cuál no sería su indignación cuando, de pronto, Nikolái Parfiónovich regresó seguido por un mozo que le traía un traje completamente distinto al suyo.

—Bueno, aquí tiene un traje —le dijo con toda naturalidad, muy satisfecho, al parecer, con el éxito de sus gestiones—. Se lo ofrece el señor Kalgánov, en esta curiosa situación; también le manda una camisa limpia. Por suerte, llevaba todo esto en la maleta. Puede usted conservar su ropa interior y sus calcetines.

Mitia se puso hecho una furia.

—¡No quiero el traje de otra persona! —gritó en tono amenazante—. ¡Deme el mío!

—No puede ser.

—Deme el mío, ¡al diablo Kalgánov, su traje y su persona!

Les llevó mucho tiempo convencerlo. No obstante, hasta cierto punto, consiguieron calmarlo. Le hicieron ver que su traje, manchado de sangre, había que «incorporarlo al inventario de pruebas materiales», que no podían permitir que se lo quedara puesto, que no tenían «ningún derecho a hacerlo... en vista del posible desenlace del caso». Al final, mal que bien, Mitia se hizo cargo. Se quedó callado, con aire sombrío, y empezó a vestirse apresuradamente. Comentó únicamente, mientras se ponía el traje, que aquel traje era mucho mejor que el suyo, que ya estaba viejo, y que no pretendía «salir ganando». Aparte de eso, le quedaba «humillantemente estrecho». «Seguro que parezco un bufón con cascabeles... ¡para diversión suya!»

Volvieron a insistirle en que también en eso exageraba, que el señor Kalgánov era más alto que él, pero solo un poco, y si acaso los pantalones le estarían algo largos. Pero la levita le quedaba realmente estrecha de hombros.

—Maldita sea, no hay quien se abroche —rezongó Mitia una vez más—; háganme el favor de decirle ahora mismo de mi parte al señor Kalgánov que yo no le he pedido su traje y que a mí me han hecho disfrazarme de bufón.

—El señor Kalgánov lo entiende muy bien y lo lamenta... es decir, no es que lamente lo del traje, sino que, en realidad, lamenta todo lo ocurrido... —dijo entre dientes Nikolái Parfiónovich.

—¡Me importa un rábano lo que él lamente! Bueno, ¿y ahora para dónde? ¿O tengo que seguir aquí?

Le pidieron que pasara otra vez a «esa habitación». Mitia salió con gesto hosco de rabia y procurando no mirar a nadie. Vestido con el traje de otro se sentía abochornado, incluso ante aquellos campesinos y ante Trifon Borísovich, cuyo rostro apareció fugazmente en la puerta, por alguna razón, y desapareció. «Ha venido a echar un vistazo al disfrazado», pensó Mitia. Se sentó en la misma silla de antes. Le parecía vivir una pesadilla, algo sin pies ni cabeza; tenía la sensación de haber perdido el juicio.

—Bueno, ¿y ahora qué? ¿Va a empezar a azotarme? Porque ya no le queda mucho más —se dirigió al fiscal; le rechinaban los dientes. A Nikolái Parfiónovich ya no quería ni mirarlo, como si le pareciese indigno dirigirle la palabra. «Se ha entretenido demasiado contemplando mis calcetines, y encima me ha mandado, el muy canalla, que les diera la vuelta; ¡lo ha hecho aposta para que todos pudieran ver lo sucia que llevo la ropa interior!»

—Ahora hay que proceder al interrogatorio de los testigos —anunció Nikolái Parfiónovich, a modo de respuesta a la pregunta de Dmitri Fiódorovich.

—Sí, señor —dijo pensativo el fiscal, como si también él estuviera dándole vueltas a algo.

—Nosotros, Dmitri Fiódorovich, hemos hecho lo que hemos podido en su interés —prosiguió Nikolái Parfiónovich—, pero, habiendo recibido una negativa tan radical de su parte a aclararnos la procedencia del dinero hallado en su poder, en este momento...

—¿De qué es la sortija esa que lleva? —le interrumpió de pronto Mitia, como saliendo de su ensimismamiento y señalando con el dedo una de las tres grandes sortijas que adornaban la mano derecha de Nikolái Parfiónovich.

—¿La sortija? —repitió la pregunta Nikolái Parfiónovich, sorprendido.

—Sí, ésa... la del dedo corazón, veteadada, ¿qué piedra es? —insistió Mitia, un tanto irritado, como un crío terco.

—Es un topacio ahumado —Nicolái Parfiónovich sonrió—; si quiere verlo, me lo quito...

—¡No, no, no se lo quite! —gritó como un loco Mitia, volviendo en sí de pronto, furioso consigo mismo—. No se lo quite, no hace falta... Qué diablos... Señores, ¡me han ensuciado el alma! ¿De verdad creen ustedes que, si hubiera matado a mi padre, iba a intentar ocultárselo? ¿Que iba a andarme con triquiñuelas, mintiendo y escondiéndome? No, Dmitri Karamázov no es de éstos, no sería capaz, y, ¡si yo fuera el

culpable, les juro que no me habría hecho falta esperar a que ustedes llegaran o a que el sol saliese, como tenía decidido al principio, sino que antes me habría quitado la vida, sin esperar hasta el amanecer! Lo siento ahora mismo en mi interior. ¡En veinte años de vida no habría aprendido tanto como he aprendido en esta maldita noche!... Y ¿creen ustedes que habría actuado a lo largo de toda esta noche, que estaría actuando en este mismo instante como estoy actuando aquí con ustedes, que hablaría como estoy hablando, que me movería así, que les miraría de este mismo modo a ustedes y al resto del mundo, si de verdad fuera un parricida, cuando hasta el asesinato accidental de Grigori no me ha dejado tranquilo en toda la noche? Y ¿no ha sido por temor, oh no! ¡No ha sido solo por temor a su castigo! ¡Qué oprobio! Y ¿quieren que yo, a unos desvergonzados como ustedes, que no ven nada ni creen en nada, a unos topos ciegos que no se toman nada en serio, les revele y me ponga a contarles una nueva infamia mía, una vergüenza más, con tal de librarme de su acusación? ¡Prefiero el presidio! Quienquiera que abriera la puerta del cuarto de mi padre y entrara por esa puerta, ése es el asesino, ése es el ladrón. ¿Quién ha podido ser? Estoy confuso y atormentado, pero no ha sido Dmitri Karamázov, sépanlo. Eso es lo único que puedo decirles, y ya es suficiente, no insistan... Mándenme al destierro, al patíbulo, pero dejen de intentar ponerme nervioso... ¡Llamen a sus testigos!

Mitia pronunció su inesperado monólogo como si estuviera ya del todo decidido a callar definitivamente en lo sucesivo. El fiscal lo estuvo observando todo el tiempo y, en cuanto Mitia se calló, anunció con toda calma y frialdad, como si fuese algo de lo más normal:

—Precisamente, a propósito de esa puerta abierta que acaba usted de mencionar, podemos informarle, y viene muy a cuento en estos momentos, de una declaración extremadamente interesante e importante en grado sumo, tanto para usted como para nosotros, de Grigori Vasíliev, el anciano al que usted hirió. Al volver en sí, con toda claridad y certeza, en respuesta a nuestras preguntas, nos ha contado cómo, cuando salió al porche, oyó un ruido procedente del huerto, por lo que decidió acercarse a él a través de la cancela abierta; una vez allí, antes incluso de distinguirlo a usted en la oscuridad, alejándose a todo correr, según ha declarado usted mismo, de la ventana abierta donde había visto a su padre, Grigori nos ha contado que echó un vistazo a la izquierda y se fijó, efectivamente, en que dicha ventana estaba abierta, pero que al mismo tiempo, mucho más cerca de él, vio también abierta, de par en par, la puerta que, según usted, habría estado cerrada mientras usted permaneció en el huerto. No le ocultaré que el propio Vasíliev ha llegado a la firme conclusión, y así lo declara, de que usted tuvo que haber salido corriendo por esa misma puerta, aunque, desde luego, no le vio huir con sus propios ojos, pues cuando le distinguió a usted por primera vez, a cierta distancia de él, corría ya por medio del huerto en dirección a la valla...

A mitad del discurso, Mitia se levantó de un salto de la silla.

—¡Qué absurdo! —exclamó—. ¡Es un embuste descarado! No pudo ver la puerta abierta, porque entonces estaba cerrada... ¡Miente!...

—Considero mi deber insistir en que la declaración de ese hombre es firme. No ha vacilado. Se atiene a ella. Le hemos repetido las preguntas varias veces.

—Así es, ¡le he repetido varias veces las preguntas! —confirmó con entusiasmo Nikolái Parfiónovich.

—¡No es verdad, no es verdad! O es una calumnia o la alucinación de un loco —siguió gritando Mitia—; así le habrá parecido, sencillamente, en su delirio, entre la sangre y las heridas, al recobrar el conocimiento... Y sigue delirando.

—Sí, pero no se dio cuenta de que la puerta estaba abierta cuando volvió en sí, al recuperarse de sus heridas, sino antes de todo eso, cuando entró en el huerto al salir del pabellón.

—¡No es verdad, no es verdad, no puede ser! Seguro que me calumnia por rencor... No pudo haberlo visto... Yo no salí corriendo por esa puerta. —Mitia se sofocaba.

El fiscal se volvió hacia Nikolái Parfiónovich y le dijo con gravedad:

—Muéstreselo.

—¿Conoce usted este objeto? —De pronto, Nikolái Parfiónovich depositó sobre la mesa un sobre grande, de papel grueso, de dimensiones oficiales, en el que se veían aún los tres sellos, intactos. No obstante, el sobre estaba vacío, roto por uno de los lados. Mitia lo miró con los ojos desorbitados.

—Éste... éste tiene que ser el sobre de mi padre —balbuceó—, el que contenía los tres mil rublos... Tendría que haber una inscripción, permítanme: «A mi pichoncito»... Aquí está: tres mil rublos —gritó—, tres mil, ¿lo ven?

—Sí, claro que lo vemos, pero no hemos encontrado ningún dinero dentro, estaba vacío y tirado en el suelo, al pie de la cama, detrás del biombo.

Mitia se quedó algunos segundos desconcertado.

—¡Señores, ha sido Smerdiakov! —gritó de repente, con todas sus fuerzas—. ¡Él lo ha matado, le ha robado! Él era el único que sabía dónde estaba escondido el sobre en el cuarto del viejo... Ha sido él, ¡ahora está claro!

—Pero usted también sabía lo del sobre, y que estaba debajo de la almohada.

—Nunca lo he sabido: yo nunca lo había visto, ahora lo veo por primera vez, antes solo le había oído hablar de él a Smerdiakov... Él era el único que sabía dónde lo escondía el viejo, yo no lo sabía... —A Mitia ya no le llegaba el aire.

—Y, sin embargo, usted mismo declaró antes que el sobre estaba en el dormitorio de su difunto padre, debajo de la almohada. Así lo dijo, precisamente, que estaba debajo de la almohada, de modo que usted tenía que saber dónde estaba.

—¡Así está escrito! —confirmó Nikolái Parfiónovich.

—¡Es algo absurdo, descabellado! Yo no tenía ni idea de que estaba debajo de la almohada. Igual podía no estar debajo de la almohada... Lo he dicho por decir... ¿Qué dice Smerdiakov? ¿Le han preguntado dónde estaba el sobre? ¿Qué dice Smerdiakov? Eso es lo principal... Yo he mentido a propósito, contra mí... Les he mentido, sin pensar, diciendo que estaba debajo de la almohada, y ahora ustedes... Bueno, ya saben, dices lo primero que se te pasa por la cabeza y sueltas una mentira. Pero el único que lo sabía era Smerdiakov, solo Smerdiakov, y nadie más... ¡Ni siquiera a mí me dijo dónde estaba el sobre! Pero ha sido él, ha sido él; no cabe duda de que ha sido él quien lo ha matado, ahora lo veo tan claro como el día —exclamaba Mitia, cada vez más fuera de sí, repitiendo las cosas de manera inconexa, enardecido y amargado—. Entiéndanlo y vayan a detenerlo cuanto antes, cuanto antes... Justamente lo ha matado mientras yo huía y Grigori estaba tendido sin conocimiento, ahora está claro... Él hizo la señal, y mi padre le abrió... Porque nadie salvo él conocía las señales, y sin una señal mi padre no le habría abierto a nadie...

—Pero otra vez se olvida usted de una circunstancia —señaló el fiscal, con la misma contención de antes, pero como sabiéndose ya vencedor—; no habrían sido necesarias las señales si la puerta ya estaba abierta cuando usted se encontraba allí, en el huerto...

—La puerta, la puerta —balbuceó Mitia, y miró fijamente al fiscal, en silencio; después volvió a desplomarse en la silla, impotente. Todos se quedaron callados—. ¡Sí, la puerta!... ¡Es un fantasma! ¡Dios está contra mí! —exclamó, mirando al frente, con la mente en blanco.

—Ya lo ve —dijo el fiscal, con gravedad—; juzgue ahora usted mismo, Dmitri Fiódorovich: por una parte, esta declaración sobre la puerta abierta, por la que usted salió corriendo, demoledora para todos, para usted y para nosotros. Por otra parte, su silencio, incomprensible, tenaz y casi desesperado, respecto a la procedencia del dinero que apareció de pronto en sus manos, cuando tres horas antes usted, según su propia declaración, había empeñado sus pistolas para obtener ¡apenas diez rublos! En vista de todo lo cual, decida usted: ¿qué creemos y con qué nos quedamos? Y no nos eche en cara que somos unos «cínicos fríos y unos bromistas», incapaces de dar crédito a los nobles impulsos de su alma... Al contrario, póngase usted en nuestro lugar...

Mitia, presa de una agitación inimaginable, palideció.

—¡Está bien! —exclamó de pronto—. Voy a revelarles mi secreto, ¡voy a revelarles de dónde he sacado el dinero!... Les revelaré mi vergüenza, para no tener después que culparles ni a ustedes ni a mí...

—Y créame, Dmitri Fiódorovich —Nicolái Parfiónovich le respondió con una vocecilla enternecedoramente alegre—, que toda confesión sincera y completa, hecha

por usted en este momento, puede favorecer más adelante considerablemente su suerte, sin contar con que...

Pero el fiscal le dio un ligero golpe por debajo de la mesa, consiguiendo que se callara a tiempo. Lo cierto es que Mitia ni siquiera le estaba escuchando.

VII. El gran secreto de Mitia. Lo abuchean

—Señores —empezó a decir, con la misma agitación—, ese dinero... quiero confesárselo todo... ese dinero era mío.

Al fiscal y al juez de instrucción hasta se les alargó la cara; aquello era lo último que se habrían esperado.

—¿Qué es eso de que era suyo —musitó Nikolái Parfiónovich—, si a las cinco de la tarde, según ha confesado usted mismo...?

—¡Al diablo las cinco de la tarde y mi propia confesión! ¡No se trata de eso ahora! Ese dinero era mío, mío; quiero decir, robado, pero mío... o sea, no mío, sino robado, robado por mí, y había mil quinientos rublos, y yo los llevaba encima, siempre los llevaba encima...

—Y ¿de dónde los había sacado?

—Del cuello, señores, me los había sacado del cuello; miren, de aquí, de mi cuello... Aquí los llevaba, en el cuello, cosidos a un trapo y colgados al cuello, hace ya tiempo; ¡un mes hacía ya que los llevaba colgados al cuello, con vergüenza y deshonor!

—Pero ¿cómo... se apoderó de ese dinero?

—¿Quiere decir que cómo lo «robé»? Puede hablar ahora sin rodeos. Sí, yo considero que es igual que si lo hubiera robado, aunque, si ustedes quieren, efectivamente «me apoderé» del dinero. Pero, en mi opinión, lo robé. Y ayer por la tarde acabé de robarlo del todo.

—¿Ayer por la tarde? Pero ¡si acaba de decir que hace ya un mes que lo... consiguió!

—Sí, pero no de mi padre, no de mi padre, no se inquieten, no se lo robé a mi padre, sino a ella. Dejen que se lo cuente y no me interrumpen. Ya es bastante penoso. Verán, hace un mes me llamó Katerina Ivánovna Verjóvtseva, mi antigua prometida... ¿La conocen?

—Claro, ¿cómo no?

—Ya sé que la conocen. Es un alma nobilísima, noble entre las nobles, aunque a mí hace ya tiempo que me odia. Oh, hace tiempo, hace tiempo... ¡Y bien me lo merezco, bien me merezco que me odie!

—¿Katerina Ivánovna? —preguntó, sorprendido, el juez de instrucción. El fiscal también lo miró con cara de espanto.

—¡Oh, no pronuncien su nombre en vano! Soy un canalla, por haberla mencionado aquí. Sí, yo veía que me odiaba... hace tiempo... desde la primera vez que estuvo en

mi casa, allí... Pero basta, basta, ustedes ni siquiera son dignos de saber estas cosas, no hace ninguna falta... Lo único que necesitan saber es que ella me llamó hace un mes y me entregó tres mil rublos para mandárselos a su hermana y a otra pariente suya, a Moscú (¡como si no pudiera mandárselos ella misma!), y yo... Eso ocurrió justamente en aquella hora fatídica de mi vida, cuando yo... bueno, en una palabra, cuando acababa de enamorarme de otra, de ella, de la de ahora, esa misma que tienen ustedes abajo, Grúshenka... Entonces me la traje aquí, a Mó Kroie, y en dos días dilapidé la mitad de esos malditos tres mil rublos, o sea, mil quinientos, y la otra mitad me la guardé. Total, que eran esos mil quinientos rublos con los que me había quedado los que llevaba colgados del cuello, como si fuera un escapulario, hasta que ayer los descosí y me los gasté en otra juerga. Los ochocientos rublos que me sobraron son los que obran ahora en su poder, Nikolái Parfiónovich; es lo que me queda de los mil quinientos que tenía ayer.

—Permítame, ¿cómo es posible? Pero si todo el mundo sabe que hace un mes usted se gastó aquí tres mil rublos, no mil quinientos...

—Y eso ¿quién lo sabe? ¿Quién contó el dinero? ¿A quién se lo dejé para que lo contara?

—Por favor, si usted mismo le ha dicho a todo el mundo que en aquella ocasión se gastó tres mil rublos justos.

—Es verdad que lo he dicho, lo he ido diciendo por toda la ciudad y toda la ciudad lo ha repetido, y todo el mundo lo ha dado por hecho, y también aquí, en Mó Kroie, todos estaban convencidos de que habían sido tres mil. Pero, de todos modos, no me gasté tres mil, sino mil quinientos, y los otros mil quinientos los llevaba cosidos como un escapulario; eso es lo que ha pasado, señores, ya saben de dónde ha salido el dinero de ayer...

—Es casi milagroso... —balbuceó Nikolái Parfiónovich.

—Permítame que le pregunte —dijo por último el fiscal— si no ha informado usted a nadie anteriormente de esta circunstancia... es decir, de que entonces, hace un mes, se quedó con los mil quinientos rublos...

—No se lo he dicho a nadie.

—Qué raro. ¿Es posible que no se lo haya dicho a nadie en absoluto?

—A nadie en absoluto. Lo que es a nadie.

—Y ¿a qué obedece ese silencio? ¿Qué le ha llevado a guardar semejante secreto? Me explicaré mejor: usted, finalmente, nos ha revelado su secreto, un secreto «vergonzoso», según sus propias palabras, aunque en el fondo (hablando, desde luego, en términos relativos) ese comportamiento, es decir, la apropiación de tres mil rublos ajenos, y, sin duda alguna, solo temporalmente... ese comportamiento, a mi modo de ver, al menos, no pasa de ser un comportamiento extremadamente frívolo, pero ni mucho menos tan deshonesto, habida cuenta, además, del carácter de usted...

En fin, admitamos incluso que se tratara de una conducta que le desacredita en grado sumo, yo puedo estar de acuerdo; pero el descrédito, en todo caso, no equivale a la deshonra... A donde yo quiero ir a parar, en el fondo, es a que muchas personas, en este último mes, ya se habían hecho a la idea de que usted había malgastado esos tres mil rublos de la señora Verjóvtseva, sin necesidad de su confesión, yo mismo había oído esa leyenda... Mijaíl Makárovich, por ejemplo, también la había oído. Así que, en definitiva, ya casi no es una leyenda, sino un chismorreo de toda la ciudad. Además, hay indicios de que también usted, si no me equivoco, ya le había confesado a alguien, precisamente, que ese dinero lo había recibido de la señora Verjóvtseva... Por eso, me sorprende a mí tanto que hasta ahora, es decir, hasta este preciso momento, haya rodeado de un misterio tan inaudito esos mil quinientos rublos que usted había apartado, según sus propias palabras, presentando ese secreto suyo como algo espantoso... Es increíble que confesar ese secreto haya podido acarrearle tanto sufrimiento... porque usted mismo ha asegurado entre gritos hace un momento que prefería el presidio a confesar nada...

El fiscal se calló. Se había acalorado. No disimulaba su disgusto, casi su ira, y había dado rienda suelta a todo lo que había ido acumulando en su interior, sin preocuparse siquiera por la belleza de su estilo, esto es, hablando de manera inconexa y un tanto confusa.

—El deshonor no estaba en los mil quinientos rublos, sino en haber apartado esos mil quinientos de los tres mil —dijo Mitia con firmeza.

—Pero ¿qué más da? —El fiscal sonrió de un modo irritante—. ¿Qué tiene especialmente de vergonzoso, a su modo de ver, el hecho de que, de los tres mil rublos con los que usted se había quedado, en una acción que le desacredita o, si así lo prefiere, incluso le deshonra, haya apartado la mitad? Lo realmente importante es que usted se apropió de esos tres mil rublos, y no el uso que haya hecho de ellos. Por cierto, ¿por qué tomó usted esa medida, quiero decir, por qué apartó la mitad del dinero? ¿Para qué, con qué fin lo hizo? ¿Podría explicárnoslo?

—¡Oh, señores, pero si en ese fin está la clave de todo! —exclamó Mitia—. Lo aparté por vileza, o sea, por cálculo, pues el cálculo, en este caso, es una vileza... ¡Y esa vileza se ha prolongado un mes entero!

—No hay quien lo entienda.

—Me sorprenden ustedes. En todo caso, me explicaré mejor, es posible que, efectivamente, no se entienda. A ver si me siguen: yo me apropio de tres mil rublos, confiados a mi honor, me voy de juerga y los dilapido; a la mañana siguiente me presento en su casa y le digo: «Katia, lo siento, he dilapidado tus tres mil rublos». ¿Qué? ¿Estaría bien? No, no estaría bien: es algo deshonesto y cobarde, propio de una bestia, de un hombre incapaz de dominarse, igual que una bestia, ¿a que sí?, ¿a que sí? Pero ¿sería por eso un ladrón? No, todavía no sería un ladrón, todavía no,

¡admítanlo! ¡He malgastado el dinero, pero no lo he robado! Ahora un segundo caso, más favorable aún, procuren seguirme, no vaya a liarme otra vez, la cabeza parece que me da vueltas... bueno, el segundo caso: ahora me gasto solamente mil quinientos rublos de los tres mil, o sea, la mitad. Al día siguiente me presento y le llevo esa mitad: «Katia, soy un miserable y un canalla, un inconsciente; toma esta mitad, porque la otra mitad la he derrochado, y seguro que con ésta haría lo mismo, ¡de modo que más vale poner este dinero fuera de peligro!». ¿Qué pasaría en ese caso? Sería una bestia, un miserable, lo que ustedes quieran, pero no un ladrón, definitivamente no un ladrón, porque, de ser yo un ladrón, no se me ocurriría devolverle la mitad que me había sobrado, sino que me la habría apropiado igualmente. Enseguida se daría cuenta de que, igual que le he llevado esa mitad, también le llevaré el resto, o sea, la parte que ya he malgastado, aunque me pase toda la vida buscándola; tendré que trabajar, pero me haré con ese dinero y se lo devolveré. De ese modo, seré un canalla, pero no un ladrón, no un ladrón, ¡todo lo que ustedes quieran, menos un ladrón!

—Admitamos que hay cierta diferencia. —El fiscal sonrió con frialdad—. Pero sigue resultando extraño que vea usted ahí una diferencia tan fatal.

—Pues ¡sí, veo ahí una diferencia fatal! Cualquiera puede ser un canalla, y lo es, probablemente, pero no todo el mundo puede ser un ladrón, solo un archicanalla puede serlo. Bueno, estas sutilezas yo no las domino... Pero, de todos modos, un ladrón es más canalla que un canalla, tengo esa convicción. Escuchen: yo llevo el dinero encima un mes entero, y el día menos pensado puedo decidirme a devolverlo, y así dejo de ser un canalla; pero el caso es que no acabo de decidirme, eso es lo que pasa, aunque lo intento todos los días, aunque todos los días me digo a mí mismo: «¡Decídete, decídete, canalla!», y así todo el mes, sin poder decidirme, ¡eso es lo que pasa! ¿Qué, está bien? ¿A usted le parece que está bien?

—Admitamos que no está del todo bien, eso lo puedo entender yo perfectamente y no se lo voy a discutir —contestó el fiscal, en tono reservado—. Y, en general, dejemos de lado toda polémica sobre estas sutilezas y distinciones, y vamos a volver, si no tiene inconveniente, al fondo de la cuestión. Y la cuestión estriba, precisamente, en que usted todavía no se ha dignado explicarnos, aunque se lo hemos preguntado, por qué hizo, desde el primer momento, esa separación en los tres mil rublos, o sea, por qué se gastó una mitad y se guardó la otra mitad. En definitiva, ¿para qué se guardó esos mil quinientos rublos que había apartado? ¿En qué pensaba emplearlos realmente? Insisto en esta cuestión, Dmitri Fiódorovich.

—¡Ah, sí, ciertamente! —gritó Mitia, dándose una palmada en la frente—. Disculpe, les estoy martirizando, y sigo sin explicarles lo esencial; de otro modo, lo entenderían enseguida, porque es justamente en el propósito de esto, en el propósito, donde radica el deshonor. Verán, se trata del difunto anciano, que no dejaba en paz a Agrafiona Aleksándrovna, y yo estaba celoso, creía que ella vacilaba entre él y yo;

todos los días pensaba: «¿Y si de pronto hay una decisión por su parte? ¿Y si se cansa de torturarme y me dice de pronto: “Te quiero a ti, no a él; llévame contigo al fin del mundo”. Lo único que tengo es un par de grívenniki; ¿cómo voy a llevármela? ¿Qué hago en ese caso?». Así me perdí. Y es que yo entonces no la conocía ni la comprendía, pensaba que necesitaría dinero y que no iba a perdonarme mi pobreza. Así que, maliciosamente, aparté la mitad de los tres mil rublos y los cosí con una aguja, a sangre fría, los cosí calculando muy bien, antes de emborracharme; después, una vez cosido ese dinero, con la otra mitad me corrí una gran juerga. ¡Sí, señor, toda una canallada! ¿Lo entienden ahora?

El fiscal se echó a reír ruidosamente, lo mismo que el juez de instrucción.

—En mi opinión, es incluso razonable y moral que usted se refrenara y no dilapidara todo —Nicolái Parfiónovich se reía maliciosamente—, ¿qué tiene eso de malo?

—¡Pues que lo había robado, eso es lo malo! ¡Oh, Dios, me horrorizan ustedes con su incompreensión! En todo el tiempo que he llevado conmigo esos mil quinientos rublos, cosidos sobre el pecho, no ha habido día ni hora que no me haya dicho: «¡Eres un ladrón, eres un ladrón!». Por eso llevo furioso todo el mes, por eso me he peleado en la taberna, por eso he pegado a mi padre: ¡porque me sentía un ladrón! Ni siquiera a Aliosha, mi hermano, me he decidido a confesarle lo de los mil quinientos rublos, no he tenido el valor: ¡hasta tal punto me sentía un canalla y un ratero! Pero sepan que, mientras llevaba ese dinero encima, no dejaba de decirme a todas horas: «No, Dmitri Fiódorovich, es posible que todavía no seas un ladrón». ¿Por qué? Pues precisamente porque al día siguiente podía ir a devolverle esos mil quinientos a Katia. Y solo ayer me decidí a arrancarme el escapulario del cuello, yendo a casa de Perjotin después de hablar con Fenia; hasta ese momento no me había decidido y, en cuanto lo hice, en ese mismo instante, me convertí definitivamente en un ladrón indiscutible, un ladrón y un hombre sin honor para toda la vida. ¿Por qué? ¡Porque, al romper el escapulario, rompí también mi sueño de ir a ver a Katia y decirle: «Soy un canalla, pero no un ladrón»! ¿Lo entienden ahora, lo entienden?

—¿Por qué se decidió a dar ese paso precisamente ayer por la tarde? —intervino Nikolái Parfiónovich.

—¿Por qué? Tiene gracia que me lo pregunte: porque me había condenado a muerte, a las cinco de la mañana, aquí, al amanecer. «¡Qué más dará morir —pensé— como un canalla o como un hombre honrado!» Pues no, resulta que no, ¡que no da lo mismo! Puede que no me crean, señores, pero lo que más me ha atormentado toda esta noche no ha sido la idea de que había matado al viejo criado y me amenazaba Siberia, y ¡en qué momento, para colmo! ¡En el momento en que veía coronado mi amor y el cielo de nuevo se abría ante mí! Oh, todo eso me atormentaba, pero no hasta tal punto: no tanto, a pesar de todo, como la maldita conciencia de que, al final,

me había arrancado del pecho ese maldito dinero y me lo había gastado, y de que, por tanto, ya era, definitivamente, un ladrón. Oh, señores, se lo repito con la sangre de mi corazón: ¡he aprendido muchas cosas esta noche! He aprendido que no solo es imposible vivir como un canalla, sino que morir como un canalla también es imposible... ¡No, señores, hay que morir siendo honrado!...

Mitia estaba pálido. Su rostro tenía un aspecto demacrado y exhausto, a pesar de su extrema excitación.

—Empiezo a comprenderle, Dmitri Fiódorovich —dijo el fiscal con suavidad, en un tono casi compasivo—; pero todo esto, si usted me lo permite, es cosa de los nervios, en mi opinión... de sus nervios enfermizos, solo eso. ¿Por qué, por ejemplo, para librarse de tantos tormentos como ha sufrido durante casi un mes, no ha ido a devolverle esos mil quinientos rublos a la persona que se los confió y, tras tener una explicación con ella, en vista de su situación, tan espantosa, según usted la pinta, no intentó la solución que parecería más natural? Es decir, después de reconocer noblemente sus errores, ¿por qué no le pidió a esa misma persona la suma necesaria para sus gastos, suma que dicha persona, dado lo magnánimo de su corazón y viendo lo desesperado que estaba usted, no le habría negado en ningún caso, sobre todo con algún documento de por medio o, en último término, con la misma clase de garantía que ofreció usted al mercader Samsónov o a la señora Jojlakova? Porque supongo que usted, a estas alturas, seguirá considerando valiosa esa garantía, ¿no es así?

Mitia, de pronto, se ruborizó:

—¿De verdad me considera usted canalla hasta tal punto? ¡No es posible que esté hablando en serio!... —dijo con indignación, mirando a los ojos al fiscal, como si no pudiera creerse lo que acababa de oír.

—Estoy hablando en serio, se lo aseguro... ¿Por qué piensa usted que no? —dijo el fiscal, a su vez sorprendido.

—¡Oh, qué infame habría sido! Señores, ¡deben saber que me están martirizando! Como quieran, voy a decírselo todo, de acuerdo; voy a confesarles ahora todo cuanto hay de infernal en mí, aunque solo sea para que se avergüencen y se asombren viendo a qué grado de bajeza puede llegar una combinación de sentimientos humanos. ¡Sepan que yo ya había pensado en ese arreglo, el mismo del que acaba usted de hablar, fiscal! Sí, señores, yo también he tenido esa idea en este maldito mes, de modo que ya casi estaba decidido a ir a ver a Katia, ¡hasta tal punto de vileza he llegado! Pero ir a verla, comunicarle mi traición y pedirle dinero (pedírselo, ¿me están oyendo?, ¡pedírselo!), a ella misma, a la propia Katia, para esa traición, para consumir esa traición, para afrontar los gastos venideros de esa traición, y acto seguido huir con la otra, con su rival, con alguien que la odia y que la ha ofendido... ¡por el amor de Dios! ¡Se ha vuelto usted loco, fiscal!

—Loco no diría yo, pero lo cierto es que así, de improviso, no se me ha ocurrido pensar... en eso de los celos femeninos... si es que, efectivamente, pudiera tratarse de una cuestión de celos, como afirma usted... sí, es posible que haya algo de ese género. —El fiscal se sonrió.

—Pero habría sido una abominación —Mitia, furioso, dio un puñetazo en la mesa—, algo tan hediondo que no sé ni qué decir. Y sepan que ella podría haberme dado ese dinero, y me lo habría dado, seguro que me lo habría dado, me lo habría dado por venganza, para disfrutar de su venganza, por desprecio me lo habría dado, porque ella también es un alma infernal y una mujer inmensamente colérica. Y yo habría aceptado ese dinero, oh, sí, lo habría aceptado, y entonces toda la vida... ¡oh, Dios! Perdonen, señores, si grito de este modo es porque yo tuve esa misma idea hace bien poco, hace solo un par de días, precisamente la noche en que andaba tan preocupado con Liagavy, y después volví a tenerla ayer, sí, ayer, durante todo el día, lo recuerdo, hasta que pasó aquello...

—Hasta que pasó ¿qué? —intervino Nikolái Parfiónovich con curiosidad, pero Mitia no llegó a escucharle.

—Les he hecho a ustedes una confesión terrible —concluyó en tono sombrío—. Aprécienla, señores. Y eso no es suficiente, apreciarla es poco, no la aprecien, valórenla como se merece; y si no, si no les deja una huella en el alma, eso quiere decir sencillamente que no me respetan, señores, ya ven lo que les digo, y me moriré de vergüenza por haber confesado ante gente como ustedes. ¡Oh, me pegaré un tiro! ¡Sí, ya veo que no me creen! Cómo, ¿también quieren anotar esto? —gritó asustado.

—Solo lo que acaba usted de decir —Nicolái Parfiónovich lo miró con asombro—, o sea, que hasta el último momento pensó usted en acudir a la señora Verjótseva para pedirle esa suma... Le aseguro que para nosotros es una declaración de gran importancia, Dmitri Fiódorovich, toda esta historia, quiero decir... y sobre todo para usted, sobre todo es importante para usted.

—Tengan compasión, señores —Mitia juntó las manos—, dejen esto por lo menos sin escribir, ¡por pudor! Yo he desgarrado, por así decir, mi alma en dos mitades delante de ustedes, y ustedes se aprovechan para hundir los dedos en ambas mitades, en la parte desgarrada... ¡Oh, Dios!

Desesperado, se cubrió con las manos.

—No se preocupe de ese modo, Dmitri Fiódorovich —concluyó el fiscal—, todo lo que hemos anotado se le leerá más tarde y, si no está conforme con algo, lo modificaremos como usted nos indique; y ahora le repito por tercera vez una simple pregunta: ¿de verdad que no hay nadie, absolutamente nadie, que le haya oído a usted hablar del dinero que llevaba cosido a modo de escapulario? Debo decirle que es casi inconcebible.

—Nadie, nadie, ya se lo he dicho; ¿o es que no han entendido nada? Déjenme en paz.

—Como desee, señor, este asunto tiene que aclararse y aún tenemos mucho tiempo por delante; pero, entretanto, reflexione: tenemos tal vez decenas de testimonios de cómo precisamente usted ha difundido la noticia, e incluso la ha gritado en todas partes, de que se había gastado tres mil rublos, tres mil, no mil quinientos, e incluso esta vez, cuando apareció el dinero de ayer, dio a entender a mucha gente que nuevamente había traído tres mil rublos...

—No ya decenas, sino centenares de testimonios obran en su poder, dos centenares de testimonios, dos centenares de personas lo oyeron, ¡un millar de personas lo oyó! —exclamó Mitia.

—Ya lo ve usted, todos, todos lo atestiguan. ¿No significa nada la palabra todos?

—No significa nada: yo mentí, y todos repiten mi mentira.

—Pero ¿para qué necesitaba «mentir», como usted dice?

—El diablo sabrá. Para presumir, a lo mejor... no sé... de todo ese dinero derrochado... O quizá para olvidarme del dinero que llevaba cosido... sí, justamente por eso... demonios... ¿Cuántas veces va a hacerme esa pregunta? Bueno, mentí y, naturalmente, una vez que había mentido ya no quería desdecirme. ¿Sabe por qué mentimos a veces?

—Es muy difícil decir, Dmitri Fiódorovich, por qué mentimos los hombres —dijo el fiscal con gravedad—. Pero dígame una cosa: ¿era muy grande ese escapulario, como lo llama usted, que llevaba al cuello?

—No, no era grande.

—¿De qué tamaño, más o menos?

—Un billete de cien rublos doblado por la mitad: ése era el tamaño.

—¿No sería mejor que nos mostrara los pedazos? Debe de tenerlos en algún sitio.

—Eh, diablos... qué estupidez... no sé dónde están.

—Pero permítame: ¿dónde y cuándo se lo quitó del cuello? Ha declarado usted que no pasó por casa, ¿cierto?

—Fue cuando dejé a Fenia y me dirigí a casa de Perjotin: por el camino me lo arranqué del cuello y saqué el dinero.

—¿A oscuras?

—¿Para qué quería una vela? Lo hice en un segundo, con los dedos.

—¿Sin unas tijeras, en la calle?

—En la plaza, creo recordar; tijeras ¿para qué? Era un trapo viejo, se desgarró enseguida.

—¿Qué hizo con él después?

—Lo tiré allí mismo.

—Concretamente, ¿dónde?

—Pues en la plaza, ¡en la plaza, en cualquier sitio! El diablo sabrá en qué parte de la plaza. ¿Para qué necesita saberlo?

—Es extraordinariamente importante, Dmitri Fiódorovich: pruebas materiales en su favor, ¿cómo es que se niega a entenderlo? ¿Quién le ayudó a coserlo, hace un mes?

—No me ayudó nadie, lo cosí yo solo.

—¿Sabe usted coser?

—Un soldado tiene que saber coser, pero en este caso no se requería ninguna destreza.

—¿De dónde sacó la tela, o sea, el trapo al que cosió el dinero?

—¿No estará usted riéndose de mí?

—De ningún modo; y no estamos para risas, Dmitri Fiódorovich.

—No recuerdo dónde cogí el trapo; en algún sitio lo tuve que coger.

—¿Cómo es que no lo recuerda?

—Le juro que no lo recuerdo; puede que arrancara algún trozo de ropa blanca.

—Es muy interesante: mañana podría aparecer en su casa la prenda, quizá una camisa, de la que arrancó usted ese trozo. ¿De qué era ese trozo? ¿De lienzo, de tela?

—El diablo sabrá. Espere... me parece que no lo arranqué de ninguna parte. Era de percal... Me parece que cosí el dinero en la cofia de mi patrona.

—¿En la cofia de su patrona?

—Sí, se la había birlado.

—¿Cómo que se la había birlado?

—Verá, recuerdo que en cierta ocasión, efectivamente, le birlé una cofia para hacer trapos con ella, o quizá para secar la pluma. La cogí sin decir nada, porque era un trapo inservible, en mi cuarto había trozos por todas partes, y de pronto me vi con esos mil quinientos rublos, así que cogí y cosí el dinero... Creo que fue precisamente en un trapo de éstos. Era un viejo pedazo de percal, lavado mil veces.

—¿Y ahora lo recuerda con claridad?

—No sé con cuánta claridad. Me parece que fue en una cofia. Total, ¡qué más dará!

—En ese caso, ¿su patrona podría recordar al menos que le había desaparecido esa prenda?

—De ninguna manera, no la ha echado de menos. Se trataba de un trapo viejo, ya se lo he dicho, un trapo viejo que no valía nada.

—La aguja ¿de dónde la sacó? ¿Y los hilos?

—Lo dejo, no quiero hablar más. ¡Ya basta! —Mitia acabó enfadándose.

—De todos modos, no deja de ser extraño que se haya olvidado por completo de en qué lugar exacto de la plaza tiró ese... escapulario.

—Manden barrer mañana la plaza y a lo mejor lo encuentran. —Mitia sonrió—. Basta, señores, basta —concluyó con un hilo de voz—. Lo veo claro: ¡no me han creído! ¡Ni una palabra, nada! La culpa es mía, no de ustedes, ¡quién me mandará

meterme en esto! ¡Por qué, por qué me habré rebajado a confesarles mi secreto! Y a ustedes les parece divertido, lo veo en sus ojos. ¡Ha sido usted, fiscal, quien me ha empujado! Puede entonar un himno, si sabe... ¡Malditos sean, verdugos!

Agachó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos. El fiscal y el juez de instrucción guardaban silencio. Después de un momento, Mitia levantó la cabeza y los miró como con la mente en blanco. Su cara reflejaba una desesperación que ya era completa, irreversible, y se quedó tranquilamente en su asiento, callado, como ausente. A todo esto, había que acabar la tarea: tenían que proceder, urgentemente, a interrogar a los testigos. Ya eran las ocho de la mañana. Las velas llevaban mucho rato apagadas. Mijaíl Makárovich y Kalgánov, que habían estado entrando y saliendo del cuarto durante todo el interrogatorio, en ese momento estaban fuera. El fiscal y el juez de instrucción también tenían cara de agotamiento. La mañana se presentaba desapacible, el cielo estaba encapotado y llovía a cántaros. Mitia miraba a las ventanas sin pensar en nada.

—¿Puedo asomarme a la ventana? —preguntó de pronto a Nikolái Parfiónovich.

—Oh, todo lo que quiera —le contestó.

Mitia se levantó y se acercó a la ventana. La lluvia azotaba los pequeños cristales verdosos. Justo al pie de la ventana se veía un camino embarrado, y a lo lejos, entre la bruma lluviosa, las hileras negras, pobres, deprimentes, de las isbas, que parecían aún más negras y pobres entre la lluvia. Mitia se acordó del «rubicundo Febo» y de cómo había querido pegarse un tiro con su primer rayo. «Seguramente en una mañana como ésta habría sido aún mejor», se sonrió y, de pronto, agitando su mano de arriba abajo, en un gesto de resignación, se volvió hacia sus «verdugos».

—¡Señores! —exclamó—. Yo estoy perdido, ya lo veo. Pero ¿ella? Díganme, se lo suplico: ¿es posible que ella también tenga que perderse conmigo? Si es inocente, si ayer, cuando gritaba que tenía «la culpa de todo», no sabía lo que decía. ¡Ella no tiene ninguna culpa, ninguna! Toda esta noche, aquí con ustedes, lo he pasado fatal... ¿No pueden decirme qué van a hacer con ella ahora?

—Decididamente, puede estar tranquilo, Dmitri Fiódorovich —le respondió de inmediato el fiscal, con evidente precipitación—; por el momento no tenemos motivos de peso para molestar por ningún concepto a esa persona por la que tanto se interesa usted. A medida que la instrucción avance, confío en que ocurra lo mismo... Antes al contrario, haremos en ese sentido todo cuanto esté en nuestra mano... Puede estar completamente tranquilo.

—Señores, se lo agradezco, ya sabía yo que ustedes son, a pesar de todo, personas honradas y justas. Me han quitado un peso de encima... Bueno, ¿qué hay que hacer ahora? Yo estoy listo.

—Pues sí, convendría darse prisa. Hay que proceder sin demora al interrogatorio de los testigos. Eso es algo que tiene que hacerse en su presencia, obligatoriamente, de modo que...

—¿Qué tal si tomamos primero una taza de té? —intervino Nikolái Parfiónovich—. ¡Creo que nos la hemos ganado!

Decidieron beberse un vasito de té, si es que abajo lo tenían preparado (en vista de que Mijaíl Makárovich seguramente habría salido a «tomar una taza»), para después «seguir ya sin parar». Y dejarían para más adelante, cuando estuvieran menos ocupados, el verdadero «refrigerio». Efectivamente, había té abajo, y no tardaron en subírselo. Al principio Mitia rechazó el vaso que le ofrecía amablemente Nikolái Parfiónovich, pero después él mismo lo pidió y se lo tomó con avidez. En términos generales, tenía tal aspecto de agotamiento que llamaba la atención. En vista de sus fuerzas de coloso, cualquiera habría dicho que una noche de parranda, aun seguida de las más fuertes impresiones, no podría tener graves consecuencias para él. Pero él mismo se daba cuenta de que apenas podía mantenerse erguido en la silla, y que de vez en cuando todo parecía moverse y girar delante de sus ojos. «Un poco más y es posible que empiece a delirar», pensó para sus adentros.

VIII. La declaración de los testigos. El chiquillo

Comenzó el interrogatorio de los testigos. Pero no vamos a proseguir nuestro relato con tanto detalle como hasta ahora. Por eso, pasaremos por alto cómo recordaba Nikolái Parfiónovich a cada testigo que iba llamando que estaba obligado a prestar declaración conforme a la verdad y según su conciencia, y que más tarde debería repetir su declaración bajo juramento. O cómo, finalmente, se exigió a cada testigo que firmase el acta de sus declaraciones, y etcétera, etcétera. Nos limitaremos a señalar que el punto más importante, en el que concentraron su atención todos los interrogados, fue preferentemente la cuestión de los tres mil rublos, es decir, si habían sido tres mil o mil quinientos la primera vez, o sea, cuando Dmitri Fiódorovich se corrió su primera juerga allí en Mókroie, un mes antes, y si llevaba tres mil o mil quinientos la víspera, cuando su segunda juerga. Lamentablemente, todos los testigos, del primero al último, declararon en contra de Mitia, y ni uno solo a su favor, y algunos de los testigos aportaron incluso nuevos datos, casi apabullantes, que refutaban su testimonio. El primer interrogado fue Trifon Borísych. Se presentó ante los interrogadores sin ningún temor, al contrario, con una actitud de estricta y severa indignación con el acusado, adoptando así, indudablemente, un aire de extraordinaria veracidad y dignidad personal. Hablaba poco y con discreción, esperando a que le hicieran las preguntas, y respondía con precisión, de forma meditada. Declaró firmemente y sin vacilación que hacía un mes la cantidad gastada no pudo haber bajado de los tres mil rublos, que todos los lugareños testificarían que le habían oído hablar de tres mil rublos al propio «Mitri Fiódorych»: «Basta con ver la de dinero que se gastó con las cingaras. Ya solo con ellas debió de pasar de los mil rublos».

—Puede que no llegara ni a quinientos —comentó Mitia, al oírlo, en tono sombrío—; lo que pasa es que entonces no los conté; estaba borracho, y es una pena.

Mitia, sentado de lado esta vez, de espaldas a las cortinas, escuchaba con aire abatido; tenía un aspecto triste y cansado, como si dijese: «¡Bah, que declaren lo que quieran, ahora todo da lo mismo!».

—Se gastó con ellas más de mil rublos, Mitri Fiódorovich —replicó con firmeza Trifon Borísovich—, tiraba los billetes como si nada, y ellas los recogían. Esa gente, ya se sabe, son unos ladrones y unos truhanes, se dedican a robar caballos; ya no andan por aquí, los han echado; si no, quizá ellas mismas podrían declarar cuánto le sacaron a usted. Yo mismo vi entonces en sus manos una buena suma; contar no la conté, ésa es la verdad, tampoco me dejó usted, pero, así a ojo, recuerdo que había mucho más de

mil quinientos rublos... ¡Dónde va a parar! No es la primera vez que veo dinero, sé lo que me digo...

A propósito de la suma del día anterior, Trifon Borísovich declaró que Dmitri Fiódorovich, personalmente, le había dicho nada más bajarse del coche que traía tres mil rublos.

—¿Cómo es eso, Trifon Borísych? —protestó Mitia—. ¿De verdad dije con tanta claridad que había traído tres mil?

—Sí que lo dije, Mitri Fiódorovich. Lo dije delante de Andréi. Andréi todavía está aquí, aún no se ha marchado, llámenlo. Y en la sala, cuando estaba atendiendo al coro, gritó muy clarito que se iba dejar aquí su sexto millar... incluidos los de la otra vez, así lo entiendo yo. Stepán y Semión se lo oyeron decir, y puede que también se acuerde Piotr Fomich Kalgánov, que estaba a su lado.

La declaración sobre los seis mil rublos fue acogida por los interrogadores con un interés extraordinario. Les gustó la nueva versión: tres y tres son seis; por tanto, tres mil de entonces y tres mil de ahora hacían seis mil en total; el resultado estaba claro.

Interrogaron a todos los lugareños que había mencionado Trifon Borísovich: a Stepán y a Semión, al cochero Andréi y a Piotr Fomich Kalgánov. Los lugareños y el cochero confirmaron sin vacilar la declaración de Trifon Borísych. Aparte de eso, tomaron buena nota de las palabras de Andréi sobre su conversación con Mitia durante el viaje; al parecer, éste había dicho: «Y yo, Dmitri Fiódorovich, ¿adónde crees que iré a parar: al cielo o al infierno? Y ¿me perdonarán en la otra vida?». El «psicólogo» Ippolit Kirílovich escuchó todo eso con una sonrisa sutil y acabó recomendando que también se «incorporara al sumario» esa declaración relativa al lugar al que iría a parar Dmitri Fiódorovich.

Kalgánov acudió al llamamiento de mala gana, taciturno, irritado, y habló con el fiscal y con Nikolái Parfiónovich como si fuera la primera vez en su vida que los veía, a pesar de que se conocían desde hacía mucho y se trataban a diario. Empezó diciendo que «ni sabía nada del asunto ni quería saberlo». Pero resultó que había oído lo del sexto millar, y admitió que en ese momento él estaba muy cerca. En su opinión, Mitia tenía dinero en la mano, «no sé cuánto». En cuanto a si los polacos habían hecho trampas con las cartas, declaró afirmativamente. También explicó, en respuesta a las reiteradas preguntas, que, a raíz de la expulsión de los polacos, a Mitia le había ido mucho mejor, realmente, con Agrafiona Aleksándrovna, y que ella misma había dicho que lo quería. Se refería a Agrafiona Aleksándrovna con reserva y respeto, como si se tratase de una señora de la alta sociedad, y ni una sola vez se permitió llamarla «Grúshenka». A pesar de la evidente repugnancia del joven a prestar declaración, Ippolit Kirílovich estuvo interrogándolo largo rato, y solo gracias a él llegó a conocer todos los detalles que componían, por así decir, la «novela» de Mitia de aquella noche.

Mitia no interrumpió a Kalgánov ni una sola vez. Finalmente, permitieron retirarse al joven, y éste se alejó con una indignación palmaria.

También interrogaron a los polacos. Aunque se habían acostado en su cuartito, no habían pegado ojo en toda la noche y, al llegar las autoridades, se vistieron y prepararon a toda prisa, conscientes de que iban a llamarlos sin falta. Hicieron su aparición con dignidad, aunque no sin cierto temor. El más importante entre ellos, o sea, aquel pequeño pan, resultó ser un funcionario de la duodécima clase, ya retirado; había servido en Siberia como veterinario y su apellido era el de pan Musiałowicz. En cuanto a pan Wróblewski, resultó ser un dentista que ejercía su profesión por su cuenta, dicho de otro modo, un sacamuelas. Desde el momento mismo en que entraron en la habitación, los dos polacos, a pesar de que las preguntas las hacía Nikolái Parfiónovich, empezaron a dirigir sus respuestas a Mijaíl Makárovich, que estaba algo apartado; lo habían tomado, en su ignorancia, por la persona de mayor rango y mayor autoridad de los allí presentes y lo llamaban a cada paso panie pułkowniku. Y solo después de varios intentos, y merced a las advertencias del propio Mijaíl Makárovich, comprendieron que debían dirigirse en sus respuestas únicamente a Nikolái Parfiónovich. Resultó que eran capaces de hablar en ruso más que correctamente, dejando aparte la pronunciación de determinadas palabras. De sus relaciones con Grúshenka, pasadas y presentes, pan Musiałowicz empezó a manifestarse con entusiasmo y orgullo, tanto que Mitia no tardó en perder la compostura y se puso a gritar que no permitía a un «canalla» hablar de esa manera en su presencia. Pan Musiałowicz reparó de inmediato en la palabra «canalla» y pidió que constara en el atestado. Mitia no pudo contener su ira.

—¡Sí, canalla, canalla! ¡Anótenlo y anoten también que, a pesar del atestado, yo sigo gritando que es un canalla!

Nicolái Parfiónovich, sin dejar de apuntar aquello en el atestado, puso de manifiesto en este desagradable incidente una eficacia y una capacidad organizativa encomiables: después de una severa reprimenda a Mitia, él mismo puso fin a las preguntas relativas al aspecto novelesco del caso y se centró rápidamente en lo esencial. Y de lo esencial formaba parte una de las declaraciones de los panowie que había despertado un interés insólito en los investigadores: concretamente, la cuestión de cómo Mitia, en el cuartito aquel, había querido sobornar al pan Musiałowicz y le había ofrecido tres mil rublos, setecientos en mano y los dos mil trescientos restantes «mañana por la mañana, en la ciudad», jurándole por su honor que allí, en Mókroie, no disponía de tanto dinero, pero sí en la ciudad. Mitia, dejándose llevar por sus impulsos, replicó que él no había dicho nada de darle el resto al día siguiente, en la ciudad, pero pan Wróblewski confirmó la declaración, y el propio Mitia, después de reflexionar unos momentos, convino de mal humor que probablemente las cosas habían ocurrido como decían los panowie, que él se encontraba entonces muy alterado y que, efectivamente,

bien pudo haber dicho eso. El fiscal prestó mucha atención a esta declaración: la investigación empezaba a dejar claro (y así se hizo constar más tarde) que la mitad o una parte de los tres mil rublos que estaban en manos de Mitia podía realmente estar oculta en algún lugar de la ciudad, o puede que incluso allí en Mó Kroie; de ese modo se explicaba de paso la circunstancia, tan embarazosa para la investigación, de que apenas se hubieran encontrado ochocientos rublos en poder de Mitia, circunstancia que, aunque bastante irrelevante, había constituido hasta entonces la única prueba favorable a Mitia. Pero ahora esa única prueba en su favor se desmoronaba. A la pregunta del fiscal de dónde pensaba obtener los dos mil trescientos rublos restantes para dárselos al pan al día siguiente, en vista de que él mismo aseguraba que no tenía más de mil quinientos, si bien había empeñado su palabra con el pan, Mitia respondió sin vacilar que tenía intención de ofrecerle al día siguiente al «polacucho», en lugar de dinero, la cesión formal de sus derechos sobre la finca de Chermashniá, los mismos derechos que ya había ofrecido a Samsónov y a la Jojlakova. El fiscal se sonrió ante la «ingenuidad de la treta».

—Y ¿cree usted que él habría aceptado adquirir esos «derechos» en lugar de los dos mil trescientos rublos en efectivo?

—Claro que habría aceptado —replicó Mitia con ardor—. ¡Por el amor de Dios, de ese modo podía embolsarse no ya dos, sino cuatro y hasta seis mil rublos! Enseguida habría reunido a sus abogaduchos, a sus polacuchos y a sus judiuchos, y le habrían sacado al viejo no solo tres mil rublos, sino Chermashniá entera.

Naturalmente, la declaración del pan Musiałowicz fue recogida en el atestado con todo detalle. Con eso, dejaron marchar a los panowie. En cambio, apenas se hizo mención a sus trampas en las cartas; Nikolái Parfiónovich ya les estaba bastante agradecido y no quería molestarlos con pequeñeces; además, todo se reducía a una riña de juego entre borrachos, nada más. No habían faltado escándalos ni excesos aquella noche... Total, que aquel dinero, doscientos rublos, se quedó en el bolsillo de los polacos.

A continuación llamaron al viejo Maksímov. Se presentó intimidado, dando pasitos cortos; tenía un aspecto desaliñado y muy triste. Había estado abajo todo el tiempo, sin apartarse de Grúshenka, en silencio, «poniéndose a lloriquear cada dos por tres y secándose los ojos con un pañuelo azul a cuadros», según contó luego Mijaíl Makárovich. Así que ella misma tuvo que ocuparse de calmarlo y consolarlo. El viejecillo, entre lágrimas, confesó de inmediato que lo sentía mucho, pero que había tomado prestados de Dmitri Fiódorovich «diez rublos, señor, por culpa de mi pobreza», y que estaba dispuesto a devolverlos... Cuando Nikolái Parfiónovich le preguntó abiertamente si había observado cuánto dinero llevaba Dmitri Fiódorovich en la mano, dado que él había podido verlo desde más cerca que nadie en el momento

en que le dejó los diez rublos, Maksímov respondió con toda rotundidad que allí había «veinte mil».

—¿Había visto usted antes veinte mil rublos en alguna parte? —preguntó Nikolái Parfiónovich con una sonrisa.

—Sí, señor, claro que los había visto, solo que no fueron veinte, sino siete mil; fue cuando mi mujer hipotecó mi pequeña aldea. Solo me dejó mirar de lejos, estaba presumiendo delante de mí. Era un buen fajo de billetes, señor, todos irisados, de cien...

Pronto lo dejaron en paz. Por fin le llegó el turno a Grúshenka. Los investigadores, por lo visto, tenían la impresión que su aparición pudiera producir en Dmitri Fiódorovich, y Nikolái Parfiónovich farfulló incluso unas palabras admonitorias, pero Mitia, por toda respuesta, agachó la cabeza en silencio, dándole a entender así que «no iba a producirse ningún desorden». Fue el propio Mijaíl Makárovich quien acompañó a Grúshenka. Venía la joven con expresión severa y sombría, con un aspecto casi sereno, y se sentó en silencio en la silla que le señalaron, enfrente de Nikolái Parfiónovich. Estaba muy pálida; parecía como si tuviera frío, y no hacía más que arroparse con su precioso chal negro. De hecho, estaba empezando a experimentar unos ligeros escalofríos febriles, preludio de una larga enfermedad que sufriría a partir de aquella noche. Su severo aspecto, su mirada franca y seria y sus serenos ademanes causaron en todos los presentes una impresión muy favorable. Enseguida, Nikolái Parfiónovich se quedó incluso un tanto «prendado». Más tarde, contando por ahí la escena, él mismo reconocería que solo en aquel momento había llegado a apreciar lo «guapa» que era aquella mujer, porque, aunque antes ya la había visto en más de una ocasión, siempre la había considerado una especie de «hetaira de provincias». «Tiene unos modales dignos de la más alta sociedad», soltó una vez, entusiasmado, en medio de un círculo de damas. Pero sus palabras fueron recibidas con gran indignación, y enseguida sus oyentes empezaron a llamarlo «travieso», cosa que le encantó. Al entrar en el cuarto, Grúshenka se limitó a mirar furtivamente a Mitia, el cual, a su vez, la observó con inquietud, pero el aspecto de la joven lo tranquilizó de inmediato. Después de las primeras preguntas y advertencias de rigor, Nikolái Parfiónovich, trabándose un poco, pero, pese a todo, con el aire más cortés, le preguntó:

—¿Qué clase de relaciones mantenía con el teniente retirado Dmitri Fiódorovich Karamázov?

A lo cual Grúshenka respondió con suavidad y firmeza:

—Era un conocido mío, y como conocido lo he recibido este último mes.

En respuesta a las preguntas que siguieron, fruto de la curiosidad, declaró sin vacilar y con toda sinceridad que, aunque él le gustaba «a ratos», ella no lo quería, pero lo había seducido por su «abominable maldad», lo mismo que al «viejo»; sabía

que Mitia, por su culpa, estaba muy celoso de Fiódor Pávlovich y de todo el mundo, pero para ella aquello no pasaba de ser una simple diversión. Nunca había tenido intención de ir a casa de Fiódor Pávlovich, lo único que hacía era reírse de él. «En todo este mes no he tenido tiempo para pensar en ninguno de los dos; esperaba a otro hombre, uno que era culpable ante mí... Pero no creo —concluyó— que esa cuestión deba interesarles, y yo no tengo por qué responderles, porque se trata de un asunto particular mío.»

De inmediato, Nikolái Parfiónovich procedió en consecuencia: una vez más, dejó de insistir en los puntos «novelescos», y pasó sin más a las cuestiones serias, es decir, nuevamente a la pregunta capital de los tres mil rublos. Grúshenka confirmó que un mes antes, en Mókroie, se habían gastado efectivamente tres mil rublos y, aunque no había contado personalmente el dinero, sí le había oído decir al propio Dmitri Fiódorovich que habían sido tres mil rublos.

—¿Se lo dijo a usted a solas o en presencia de alguien más? ¿O tal vez usted se limitó a oír cómo se lo decía a otras personas estando usted delante? —se apresuró a preguntar el fiscal.

En respuesta, Grúshenka declaró que lo había oído decir en presencia de otras personas, que lo había oído cuando Mitia estaba hablando con otros y que también se lo había dicho a ella a solas.

—¿Se lo ha oído decir a solas en una sola ocasión o en más de una? —insistió el fiscal, y averiguó que Grúshenka se lo había oído decir más de una vez.

Ippolit Kirílych se quedó muy satisfecho con esta declaración. Las preguntas ulteriores permitieron aclarar asimismo que Grúshenka estaba al corriente de la procedencia de aquel dinero y que Dmitri Fiódorovich lo había tomado de Katerina Ivánovna.

—¿Y no había oído decir usted, aunque fuera una sola vez, que la cantidad de dinero dilapidado hacía un mes no ascendía a tres mil rublos, sino que era menos, y que Dmitri Fiódorovich se había guardado la mitad de esa suma?

—No, nunca lo había oído —declaró Grúshenka.

A continuación, se puso incluso de manifiesto que, por el contrario, Mitia le había comentado a menudo en todo ese mes que no tenía ni un kopek. «Aún esperaba recibirlo de su padre», concluyó Grúshenka.

—Pero ¿no habrá dicho alguna vez en su presencia... aunque no fuera más que de pasada, o en un arrebató de cólera —irrumpió Nikolái Parfiónovich—, que tenía intención de atentar contra la vida de su padre?

—¡Ay, sí, lo ha dicho! —Grúshenka suspiró.

—¿Una vez o varias veces?

—Lo ha mencionado varias veces, siempre en momentos de cólera.

—¿Y usted creía que lo fuera a hacer?

—¡No, nunca lo he creído! —respondió con aplomo—. Yo confiaba en su nobleza.

—Permítanme, señores —gritó de pronto Mitia—, permítanme decirle en su presencia una sola cosa a Agrafiona Aleksándrovna.

—Dígala —consintió Nikolái Parfiónovich.

—Agrafiona Aleksándrovna —Mitia se levantó de la silla—, cree en Dios, y créeme a mí: ¡de la sangre de mi padre, asesinado ayer, yo no soy el culpable!

Dicho lo cual, Mitia volvió a sentarse. Grúshenka se incorporó ligeramente y, vuelta hacia el icono, se persignó con devoción.

—¡Alabado sea Dios! —proclamó con voz cálida, conmovedora y, sin acabar de sentarse, dirigiéndose a Nikolái Parfiónovich, añadió—: ¡Tienen que creer lo que acaba de decir! Lo conozco: es capaz de decir cualquier barbaridad, ya sea para burlarse, o por tozudez; pero, si va en contra de su conciencia, jamás mentirá. Les dirá la verdad a la cara, ¡pueden creerle!

—Gracias, Agrafiona Aleksándrovna, ¡has hecho revivir a mi alma! —respondió Mitia con voz temblorosa.

A las preguntas relativas al dinero de la víspera, Grúshenka declaró que ignoraba cuánto había, pero le había oído a Mitia decir muchas veces a distintas personas que había traído tres mil rublos. Y, en lo tocante a la procedencia del dinero, le había dicho solo a ella que se lo había «robado» a Katerina Ivánovna, a lo cual ella le había respondido que no lo había robado y que tenía que devolver ese dinero, sin falta, al día siguiente. A la insistente pregunta del fiscal acerca de qué dinero era ese que Mitia decía haberle robado a Katerina Ivánovna, si era el de la víspera o eran los tres mil rublos gastados allí el mes pasado, declaró que Mitia se había referido a los del mes pasado y que así lo había entendido ella.

Por fin dejaron marchar a Grúshenka, y Nikolái Parfiónovich se apresuró a comunicarle que era libre de regresar a la ciudad cuando quisiera, y que si él, por su parte, podía prestarle alguna ayuda, por ejemplo, en caso de que necesitase caballos, o si, por ejemplo, prefería que alguien la acompañase, entonces él... por su parte...

—Se lo agradezco humildemente —Grúshenka se inclinó ante él—; puedo regresar con ese anciano, el terrateniente, viajaré con él; pero de momento voy a esperar abajo, si me lo permiten, hasta que decidan qué va a pasar con Dmitri Fiódorovich.

Salió. Mitia estaba tranquilo e incluso se le veía muy animado, pero solo por unos momentos. Una extraña debilidad física se fue apoderando de él paulatinamente. Los ojos se le cerraban de cansancio. El interrogatorio a los testigos terminó finalmente. Procedieron a la redacción definitiva del atestado. Mitia se levantó de la silla y se dirigió a un rincón, cerca de las cortinas, y se tumbó sobre un gran arcón cubierto por una alfombra, y al instante se quedó dormido. Tuvo un sueño muy extraño, que no parecía apropiado ni al momento ni al lugar. El caso es que se vio viajando por la estepa, por unos parajes donde había servido hacía tiempo, mucho tiempo, y un

campesino lo transportaba en su telega de dos caballos a través de la llanura embarrada. Mitia tenía algo de frío, estaban a comienzos de noviembre y la nieve caía en grandes copos húmedos que se fundían en cuanto tocaban el suelo. El campesino llevaba los caballos a buen paso, manejando el látigo con destreza; tenía una larga barba rubia y, aun sin ser propiamente un anciano, sí rondaría los cincuenta años; vestía un modesto caftán gris de campesino. Se acercaban a un poblado, podían distinguir las isbas negras, más que negras, la mitad de las isbas había ardido, tan solo los pilares calcinados seguían en pie. Y a la salida del poblado, formando una larga hilera al borde del camino, había muchas mujeres, todas flacas, consumidas, con las caras parduzcas. Sobre todo aquella del extremo, alta, en los huesos, que aparentaba cuarenta años pero a lo mejor no pasaba de veinte, de cara alargada y fina, con un niño en brazos, llorando; seguro que tenía los pechos resecos, sin una sola gota de leche. Y la criatura lloraba y lloraba, extendiendo los bracitos desnudos, con los puños amoratados por el frío.

—¿Por qué lloran? ¿Por qué lloran? —pregunta Mitia, al pasar por delante de ellos, como una exhalación.

—Es el chiquillo —le contesta el cochero—, está llorando ese chiquillo. —Y a Mitia le sorprende que haya dicho, al modo popular, «chiquillo», en vez de «niño». Y le gusta que el campesino haya dicho «chiquillo»: es como si hubiera más compasión.

—Pero ¿por qué llora? —porfía, como un idiota, Mitia—. ¿Por qué tiene los bracitos desnudos? ¿Por qué no lo abrigan?

—El chiquillo está muerto de frío, tiene la ropita helada y ya no le calienta.

—Pero ¿por qué es así? ¿Por qué? —El simple de Mitia no da su brazo a torcer.

—Son pobres, sus isbas han ardido, no tienen un mendrugo de pan, están pidiendo por su aldea incendiada.

—No, no —parece que Mitia sigue sin enterarse de nada—, dime: ¿qué hacen ahí esas madres, víctimas de un incendio? ¿Por qué es pobre esa gente? ¿Por qué es pobre el chiquillo? ¿Por qué está desnuda la estepa? ¿Por qué no se abrazan ni se besan? ¿Por qué no cantan canciones alegres? ¿Por qué se han vuelto tan negros con su negra miseria? ¿Por qué no dan de comer al chiquillo?

Y siente en su interior que está haciendo preguntas absurdas, sin el menor sentido, pero experimenta un deseo irrefrenable de hacer esa clase de preguntas, y sabe que es eso, precisamente, lo que hay que preguntar. Y siente, además, que en su corazón crece una ternura como nunca la había conocido, tanto que arde en deseos de llorar, de hacer algo por todos ellos, para que el chiquillo no llore más, para que no llore la madre del chiquillo, negra y reseca, para que desde este momento ya nadie vuelva a derramar lágrimas, y desea hacerlo enseguida, sin perder un instante, sin pararse en barras, con todo el ímpetu karamazoviano.

—Y yo también estoy contigo, ahora no pienso dejarte, iré toda la vida a tu lado —suenan muy cerca de él las palabras de Grúshenka, tiernas, llenas de sentimiento. Y he aquí que todo su corazón se inflama y se dirige hacia una luz, y ya solo desea vivir y vivir, seguir y seguir por el camino, hacia esa nueva luz que lo está llamando, pero ¡que sea cuanto antes, lo más pronto posible, ahora mismo, ya!

—¿Cómo? ¿Adónde? —exclamó, abriendo los ojos e incorporándose en el arcón, como si hubiera vuelto en sí después de un desmayo, con una sonrisa radiante. A su lado estaba Nikolái Parfiónovich, invitándolo a escuchar y firmar el atestado. Mitia supuso que habría dormido al menos una hora, pero no prestó atención a Nikolái Parfiónovich. De pronto se quedó sorprendido al ver una almohada debajo de su cabeza, a pesar de que no estaba allí cuando se tendió, agotado, encima del arcón—. ¿Quién me ha puesto esta almohada debajo de la cabeza? ¿Quién ha sido tan buena persona? —exclamó con una especie de entusiasta gratitud y con la voz algo llorosa, como si se hubiera visto favorecido por solo Dios sabe qué clase de gesto magnánimo. Nunca llegó a saberse quién había sido aquella buena persona: algún subordinado o, tal vez, el escribiente de Nikolái Parfiónovich habría dispuesto, por compasión, que le pusieran una almohada, pero el alma de Misha se estremeció hasta las lágrimas. Se acercó a la mesa y anunció que firmaría lo que fuese—. He tenido un buen sueño, señores —dijo de un modo extraño, con una nueva expresión en el rostro, como radiante de alegría.

IX. Se llevan a Mitia

Una vez firmado el atestado, Nikolái Parfiónovich se dirigió solemnemente al acusado y le leyó un «auto», en el que se establecía que el día tal del año cual, en la localidad de tal, el juez de instrucción del distrito judicial de tal, habiendo interrogado a fulano (o sea, a Mitia) en calidad de acusado de esto y de aquello (todas las acusaciones habían sido minuciosamente consignadas), y tomando en consideración que el acusado, sin admitir su culpabilidad en los delitos que se le imputaban, no había presentado ninguna prueba en su descargo, mientras que los testigos (tales) y las circunstancias (tales) determinaban plenamente su culpabilidad, de conformidad con los artículos tales y cuales del Código Penal, etcétera, disponía: con el fin de privar a fulano (a Mitia) de la posibilidad de sustraerse a la instrucción y al juicio, se le recluirá en la prisión de tal, dándose noticia de ello al acusado, y entregándose una copia del presente auto al ayudante del fiscal, y etcétera, etcétera. En una palabra, le comunicaron a Mitia que desde ese mismo instante quedaba detenido y que sería conducido de inmediato a la ciudad, donde lo encerrarían en un lugar sumamente desagradable. Mitia, tras escuchar atentamente, se limitó a encogerse de hombros.

—Qué se le va a hacer, señores, no les culpo a ustedes, estoy preparado... Entiendo que no les queda otra opción.

Nikolái Parfiónovich le explicó suavemente que sería conducido de inmediato por el stanovói Mavriki Mavríkievich, que precisamente se encontraba allí en esos momentos...

—Un segundo —le interrumpió de pronto Mitia y, con una especie de sentimiento irreprimible, dirigiéndose a todos los presentes en la estancia, dijo—: Señores, todos somos crueles, todos somos unos monstruos, todos hacemos llorar a la gente, a las madres y a los niños de pecho, pero de todos, que quede establecido para siempre, ¡de todos yo soy el reptil más abominable! ¡Así sea! Todos los días de mi vida, dándome golpes de pecho, he prometido corregirme y todos los días he cometido las mismas vilezas. Ahora comprendo que quienes son como yo necesitan un golpe, un golpe del destino, que los atrape como un lazo y los retuerza con su fuerza externa. ¡Yo solo jamás me habría levantado, jamás! Pero ha retumbado el trueno. Acepto el tormento de la acusación y de mi pública afrenta, ¡quiero sufrir y purificarme con el sufrimiento! Porque es posible que me purifique, ¿verdad, señores? Pero escuchen, no obstante, por última vez: ¡soy inocente de la sangre de mi padre! Acepto el castigo no por haberlo matado, sino por haberlo querido matar y porque, tal vez, realmente lo habría matado... Pero, de todos modos, tengo intención de pelear con ustedes, ya se

lo advierto. Pelearé hasta final, y entonces ¡que Dios decida! Adiós, señores, no me guarden rencor por haberles gritado durante el interrogatorio, oh, era yo entonces tan estúpido aún... Dentro de un momento seré un detenido, pero ahora, por última vez, Dmitri Karamázov, como un hombre todavía libre, les ofrece su mano. ¡Al despedirme de ustedes, me despido de la gente!...

La voz le temblaba, y realmente se disponía a ofrecerles la mano, pero Nikolái Parfiónovich, que era el que estaba más próximo a él, con un gesto casi convulsivo, retiró de repente la suya. Mitia se dio cuenta inmediatamente y se estremeció. Enseguida dejó caer la mano que había empezado a tender.

—La instrucción aún no está cerrada —farfulló Nikolái Parfiónovich, un tanto desconcertado—; habrá que proseguir en la ciudad, y yo, naturalmente, estoy dispuesto por mi parte a desearle el mayor de los éxitos... en la defensa de su inocencia... A decir verdad, Dmitri Fiódorovich, siempre me he sentido inclinado a considerarle, por así decir, más un hombre desgraciado que culpable... Todos los aquí presentes, si se me permite el atrevimiento de hablar en nombre de todos, estamos dispuestos a reconocerle como un joven de nobles fundamentos, aunque, ¡ay!, se haya dejado arrastrar por ciertas pasiones hasta unos niveles un tanto excesivos...

La pequeña figura de Nikolái Parfiónovich era expresión, hacia el final de su discurso, de la más acabada majestuosidad. A Mitia se le ocurrió de pronto que en cualquier momento ese «muchacho» iba a tomarlo del brazo, llevárselo al rincón más alejado y reanudar allí su conversación, aún reciente, sobre «chicas». Pero cuántas veces habrá sucedido que toda suerte de ideas extrañas, ajenas a las circunstancias, se le pasen por la cabeza incluso al criminal al que conducen al patíbulo.

—Señores, son ustedes buenos, son humanos... ¿Podría verla, despedirme de ella por última vez? —preguntó Mitia.

—Sin duda, pero a la vista... en una palabra, ahora ya no es posible si no es en presencia de...

—¡Por favor, puede estar usted presente!

Trajeron a Grúshenka, pero la despedida fue breve, lacónica, y no dejó satisfecho a Nikolái Parfiónovich. Grúshenka hizo una profunda inclinación ante Mitia.

—Te he dicho que soy tuya, y seré tuya, iré siempre a tu lado, da igual adónde te manden. ¡Adiós, hombre inocente que se ha buscado su propia ruina!

Los labios le temblaban, brotaron lágrimas de sus ojos.

—¡Perdóname, Grusha, por mi amor, por haberte arruinado la vida a ti también con mi amor!

Mitia quiso decir algo más, pero de pronto se quedó callado y salió. Al instante lo rodearon unos hombres que no le quitaban la vista de encima. Abajo, junto al porche al que con tanto estrépito había llegado corriendo la víspera en la troika de Andréi, aguardaban ya dos telegas. Mavriki Mavríkievich, hombre recio y achaparrado, de cara

flácida, estaba irritado por algún contratiempo surgido inopinadamente y gritaba con enojo. En un tono demasiado severo invitó a Mitia a subir al carro. «Antes, cuando le di de beber en la taberna, este hombre tenía una cara muy distinta», pensó Mitia al subir. También Trifon Borísovich bajó del porche. La gente se agolpaba junto al portal: campesinos, aldeanas, cocheros, todos se fijaban en Mitia.

—¡Adiós, gente de Dios! —les gritó de pronto Mitia desde la telega.

—Y tú perdónanos —se oyeron dos o tres voces.

—¡Adiós a ti también, Trifon Borísych!

Pero Trifon Borísych ni se volvió, puede que estuviera muy ocupado. También él daba gritos y no paraba de moverse. Resulta que en la segunda telega, en la que dos sotskie iban a acompañar a Mavriki Mavríkievich, aún no estaba todo listo. El mozo al que habían asignado esa segunda troika se estaba poniendo el caftán y discutía acaloradamente, diciendo que no le tocaba conducir a él, sino a Akim. Pero Akim no estaba, habían ido en su busca; el mozo no daba su brazo a torcer e insistía en que esperaran.

—Hay que ver qué gente, Mavriki Mavríkievich, ¡no tienen vergüenza! —exclamó Trifon Borísych—. Hace un par de días Akim te dio un chetvertak, tú te lo has bebido, y ahora gritas. Lo que me maravilla es su bondad con esta gente tan rastrea, Mavriki Mavríkievich, ¡no le digo más!

—Y ¿para qué necesitamos otra troika? —terció Mitia—. Podemos ir en una, Mavriki Mavríkievich; no voy a darte problemas ni pienso fugarme, ¿qué falta hace la escolta?

—Tenga la bondad, caballero, de aprender a dirigirse a mí, si es que no se lo han enseñado: no nos une nada, así que déjese de tutearme, y la próxima vez ahórrese los consejos... —le cortó de pronto, sin contemplaciones, Mavriki Mavríkievich, encantado de poder depacharse a gusto.

Mitia se calló. Se puso todo colorado. Un momento después, empezó a tener mucho frío. Había dejado de llover, pero el cielo turbio estaba cubierto de nubes, un viento penetrante le azotaba la cara. «¿Me habré resfriado?», pensó Mitia, con un escalofrío en la espalda. Por fin se subió a la telega Mavriki Mavríkievich, se dejó caer de golpe en el asiento, se arrellanó y, haciendo como si no se diera cuenta, obligó a encogerse a Mitia. La verdad es que estaba de muy mal humor, y no le gustaba nada la misión que le habían encomendado.

—¡Adiós, Trifon Borísych! —volvió a gritar Mitia, y se dio cuenta de que en esta ocasión no había gritado por bondad, sino con rencor, de mala gana. Pero Trifon Borísych, orgulloso, con las manos a la espalda, sin apartar la vista de Mitia, lo miró con severidad y enojo, y no le contestó.

—¡Adiós, Dmitri Fiódorovich, adiós! —resonó la voz de Kalgánov, surgido inesperadamente de no se sabe dónde. Se acercó corriendo a la telega y le tendió la mano. No llevaba gorra. Mitia aún tuvo tiempo de cogerle y estrecharle la mano.

—¡Adiós, buen hombre, no olvidaré tu generosidad! —exclamó con ardor. Pero la telega echó a andar, y las manos se separaron. Tintinearón las campanillas: se llevaban a Mitia.

Kalgánov entró corriendo en el zaguán, se sentó en un rincón, inclinó la cabeza, se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar; estuvo así mucho tiempo, sentado y llorando; lloraba como si fuera todavía un niño pequeño, no un joven de veinte años. ¡Oh, creía en la inocencia de Mitia casi sin vacilar! «¡Qué gente ésta! ¡Qué clase de gente puede ser, después de ver esto!», exclamaba atropelladamente, en su amargo abatimiento, casi desesperado. En esos momentos, ni siquiera quería vivir en este mundo. «¡No vale la pena, no vale la pena!», exclamaba el joven apesadumbrado.

CUARTA PARTE

LIBRO DÉCIMO

LOS NIÑOS

I. Kolia Krasotkin

Principios de noviembre. Habían llegado a nuestra ciudad los once grados bajo cero y, con ellos, la tierra completamente helada. Por la noche había caído un poco de nieve seca sobre la tierra congelada y el viento «seco y penetrante» la agitaba por las aburridas calles de nuestra ciudad y, sobre todo, por la plaza del mercado. La mañana era gris, pero había dejado de nevar. Cerca de la plaza, en las proximidades de la tienda de los Plótnikov, estaba la pequeña casa, muy limpiita por dentro y por fuera, de la viuda del funcionario Krasotkin. El secretario provincial Krasotkin había muerto hacía mucho, casi catorce años antes, pero su viuda, una dama que apenas pasaba de los treinta, bastante bonita todavía, vivía en la limpia casita, manteniéndose «de su propio capital». Vivía honrada y temerosamente, era de carácter dulce, pero bastante alegre. Había perdido al marido a los dieciocho años, cuando solo llevaban un año juntos y nada más darle un hijo. Desde entonces, desde el mismo día de su muerte, se había consagrado a la educación de su tesoro, de su Kolia, y, aunque lo había querido con locura catorce años, había conocido por su culpa, desde luego, considerablemente más sufrimientos que alegrías, y temblaba y se moría de miedo casi cada día pensando en que podía enfermar, resfriarse, hacer alguna travesura, trepar a una silla y caerse y otras cosas por el estilo. Cuando Kolia empezó a ir a la escuela, y después a los primeros cursos de nuestro gimnasio, a la madre le faltó tiempo para estudiar todas las ciencias con ánimo de ayudarlo y repasar con él las lecciones, y para conocer a los maestros y a sus mujeres; incluso trataba con cariño a los compañeros de Kolia, a los escolares, y los adulaba para que no lo tocaran, no se burlaran de él, no le pegaran. La cosa llegó al punto de que los chicos, de hecho, empezaron a burlarse de él llamándolo niño de mamá. El muchacho, no obstante, supo defenderse. Era un chico valiente, «terriblemente fuerte», como aseguraba un rumor que se extendió por la clase y que muy pronto se confirmó; era hábil, de carácter tenaz y espíritu audaz y emprendedor. Era buen estudiante e incluso se decía que en aritmética y en historia universal superaba al propio profesor Dardanélov. Pero el chico, aunque miraba a

todos con altivez, con la frente alta, era un buen compañero y no era presumido. El respeto de los demás escolares lo aceptaba como algo merecido, pero se comportaba amistosamente. Lo principal era que tenía sentido de la medida, sabía contenerse en caso necesario y en su relación con sus superiores jamás había traspasado esa última línea sagrada más allá de la cual ya no se perdonan las transgresiones, sino que se tratan como desórdenes, revueltas o ilegalidades. Sin embargo, no estaba nada pero que nada en contra de hacer, en cuanto se presentaba la ocasión, travesuras propias de un niño pequeño, aunque no se trataba tanto de hacer travesuras como de enredar, de cometer alguna excentricidad, de despacharse a gusto, de deslumbrar, de hacerse notar. Tenía, sobre todo, mucho amor propio. Había conseguido incluso someter a su madre, comportándose como un déspota con ella. Ella se había sometido, oh, sí, hacía mucho que se había sometido, y lo único que no podía soportar era la idea de que su niño «no la quería lo suficiente». Tenía la continua sensación de que Kolia se mostraba «insensible» con ella, y había momentos en los que, deshecha en lágrimas histéricas, le reprochaba su frialdad. Al chico esto no le gustaba, y cuantas más demostraciones de cariño le exigían, más intratable se volvía, como a propósito. Pero no lo hacía a propósito, lo hacía sin querer: así era su carácter. Su madre estaba equivocada: él la quería mucho, simplemente no le gustaban las «ñoñerías», como decía él con su vocabulario de escolar. Había heredado de su padre un armario en el que se guardaban unos cuantos libros; a Kolia le gustaba leer y ya se había leído algunos. A su madre esto no le preocupaba, aunque a veces se quedaba extrañada de que el chico, en lugar de ir a jugar, se pasara las horas muertas con un libro junto al armario. De ese modo, Kolia leyó cosas que no se le debería haber permitido leer a su edad. Por lo demás, aunque el chico seguía sin querer traspasar la famosa línea en sus travesuras, últimamente éstas habían empezado a asustar seriamente a su madre: es verdad que no eran actos inmorales, pero sí temerarios, insensatos. Precisamente ese mismo verano, en julio, durante las vacaciones, se dio el caso de que la mamá y su hijo fueron una semana a otro distrito, a setenta verstas, a visitar a una pariente lejana cuyo marido trabajaba en la estación de ferrocarril (era esa estación cercana a nuestra ciudad desde la que Iván Fiódorovich Karamázov partiría hacia Moscú un mes después). Allí Kolia empezó a examinar con detalle el ferrocarril, a estudiar su funcionamiento, habiendo comprendido que, cuando regresara a casa, podía destacar por sus nuevos conocimientos entre los compañeros de su escuela. Pero precisamente coincidió con varios chicos con los que se entendió. Uno de ellos vivía en la estación, otros vivían cerca de allí, en total eran seis o siete muchachos de entre doce y quince años, dos de ellos de nuestra ciudad. Los chicos jugaban juntos y hacían algunas trastadas, hasta que, cuando llevaban cuatro o cinco días viéndose en la estación, estos atolondrados muchachitos se apostaron dos rublos de la forma más descabellada: en concreto, Kolia, que era casi el más pequeño de todos y por eso sufría cierto desdén de los

mayores, se ofreció, ya fuera por amor propio o como consecuencia de una osadía insolente, a tumbarse boca abajo entre los raíles cuando se aproximara el tren de las once de la noche y quedarse allí inmóvil mientras el tren pasaba a todo vapor por encima de él. Cierto es que había hecho un examen previo y había concluido que, en efecto, era posible tumbarse entre los raíles y tenderse a lo largo bien pegado al suelo y que el tren, naturalmente, pasara sin rozar al que estuviera echado; pero, con todo, ¡a ver quién era el guapo que se tumbaba! Kolia no dio su brazo a torcer, y aseguró que él lo haría. Empezaron a reírse de él, le llamaron mentiroso, fanfarrón, pero así lo azuzaban más. Lo más importante era que esos quinceañeros habían presumido mucho delante de él y al principio ni siquiera habían querido considerarlo un «compañero», por ser pequeño, algo que resultaba insoportablemente ofensivo. El caso es que esa tarde resolvieron andar una versta desde la estación para que el tren, una vez lejos de ella, tuviera tiempo de coger velocidad. Se reunieron los chicos. Era una noche sin luna, no ya oscura, sino casi negra. A la hora acordada, Kolia se tendió entre los raíles. Los otros cinco que habían aceptado la apuesta esperaban, con el corazón parado, y finalmente asustados y arrepentidos, al pie del terraplén, en unos arbustos junto a las vías. Por fin el tren sonó a lo lejos mientras salía de la estación. En la oscuridad centellearon dos faros rojos, el monstruo retumbaba al acercarse. «¡Corre! ¡Sal de los raíles!», le gritaban a Kolia los chicos, muertos de miedo, desde los arbustos, pero ya era tarde: el tren llegó y pasó de largo a toda velocidad. Los chicos se lanzaron sobre Kolia, que yacía inmóvil. Empezaron a tirar de él, a intentar levantarlo. Kolia se levantó de repente y bajó del terraplén en silencio. Les dijo entonces que se había quedado tumbado como sin sentido a propósito, para asustarlos, pero la verdad era que había perdido el sentido realmente, como le reconocería a su madre mucho tiempo después. Y así fue como se aseguró la fama de «temerario» para siempre. Regresó a su casa en la estación pálido como el papel. Al día siguiente cayó enfermo, con ligeros escalofríos nerviosos, pero de ánimo estaba tremendamente feliz, alegre y contento. El suceso no se conoció de inmediato, sino ya en nuestra ciudad: se extendió por el gimnasio y llegó a oídos de la dirección. Pero enseguida la madre de Kolia corrió a suplicar por su hijo, y consiguió que el respetado e influyente profesor Dardanélov lo defendiera e intercediera por él, así que se echó tierra sobre el asunto, como si nunca hubiera sucedido. Dardanélov, un hombre soltero y aún joven, llevaba muchos años locamente enamorado de la señora Krasótkina, y hacía cosa de un año, de la forma más respetuosa y paralizado de miedo y delicadeza, se había atrevido a pedirle la mano; ella se negó categóricamente, convencida de que, si aceptaba, traicionaría a su hijo, si bien Dardanélov, por algunas señales misteriosas, se sentía, tal vez, con algún derecho a soñar con que no desagradaba del todo a la encantadora aunque en exceso casta y frágil viuda. La locura de Kolia parecía haber roto el hielo y, a cambio de su intercesión, el joven profesor obtuvo una insinuación de

esperanza, bien es verdad que remota, pero el propio Dardanélov era un dechado de pureza y delicadeza y solo con eso tenía suficiente para ser plenamente feliz. Quería al chico, aunque habría considerado humillante halagarlo, y en clase lo trataba con severidad y exigencia. También Kolia guardaba una respetuosa distancia, se preparaba muy bien las lecciones, era el segundo alumno de la clase, se dirigía a él con frialdad y todos sus compañeros creían firmemente que estaba tan fuerte en historia universal que podía «derrotar» al mismísimo Dardanélov. Y, en efecto, Kolia le preguntó en una ocasión: «¿Quién fundó Troya?», a lo que Dardanélov respondió con generalidades sobre los pueblos, sus desplazamientos y migraciones, sobre la Antigüedad, la mitología, pero exactamente quién había fundado Troya, es decir, qué personas concretas, eso no pudo responderlo, e incluso encontró la pregunta, por alguna razón, vacía e insustancial. Pero los chicos se quedaron convencidos de que Dardanélov no sabía quién fundó Troya. En cambio Kolia había leído acerca de los fundadores de Troya en el Smarágdov que se conservaba en el armario con libros que había heredado de su padre. Al final todos los chicos estaban interesados en saber exactamente quién había sido el fundador de Troya, pero Krasotkin no reveló su secreto y la fama de su saber se mantuvo incólume.

Después del suceso con el ferrocarril la relación entre Kolia y su madre sufrió cierta transformación. Cuando Anna Fiódorovna (la viuda de Krasotkin) se enteró de la hazaña de su hijito, por poco se vuelve loca del horror. Le dieron unos ataques de histeria que se prolongaron, aunque con intervalos, varios días y que fueron tan terribles que Kolia, realmente asustado, le dio su noble y sincera palabra de honor de que tales travesuras no volverían a repetirse. Juró de rodillas frente a un icono y juró por la memoria de su padre, como le exigió la señora Krasótkina; además el «valeroso» Kolia se echó a llorar como un niño de seis años, movido por «los sentimientos», y madre e hijo pasaron todo el día arrojándose el uno en brazos del otro y llorando temblorosos. Al día siguiente Kolia se despertó tan «insensible» como antes; no obstante, se volvió más callado y tímido, más severo y reflexivo. Es cierto que mes y medio más tarde ya había vuelto a meterse en una travesura y que su nombre llegó a ser conocido incluso por nuestro juez de paz, pero fue ya una travesura de otro estilo, una cosa tonta y divertida, y además resultó que no la había hecho él personalmente, sino que se había visto involucrado en ella. Pero ya hablaremos de eso más tarde. Su madre seguía temblando y sufriendo, y a medida que crecían sus inquietudes también lo hacían las esperanzas de Dardanélov. Hay que señalar que Kolia ya había descubierto y comprendía esta faceta de Dardanélov y, naturalmente, lo despreciaba por sus «sentimientos»; antes tenía incluso el poco tacto de manifestar ese desprecio delante de su madre, insinuándole indirectamente que comprendía cuáles eran las intenciones de su profesor. Pero después del incidente en el ferrocarril también cambió de actitud en ese aspecto: ya no se permitió más insinuaciones, ni siquiera las

más vagas, y en presencia de su madre empezó a hablar con mayor respeto de Dardanélov, algo que inmediatamente comprendió la delicada Anna Fiódorovna con infinita gratitud en su corazón; aun así, ante la más mínima palabra sobre el maestro, aunque fuera puramente inadvertida, de algún visitante ocasional en presencia de Kolia, se ponía colorada de vergüenza como una rosa. En esos momentos Kolia miraba ceñudo por la ventana o examinaba si sus botas necesitaban un arreglo, o llamaba con furia a Perezvón, un perro tiñoso, peludo y bastante grande que había encontrado un mes antes, se había llevado a casa y que por alguna razón tenía escondido en las habitaciones, sin enseñárselo a ninguno de sus compañeros. Lo tiranizaba terriblemente, enseñándole toda clase de trucos y gracias, hasta tal punto que el perro aullaba cuando él se ausentaba para ir a clase, pero, cuando volvía, chillaba entusiasmado, saltaba como loco, se alzaba sobre sus patas traseras, se tiraba al suelo y se hacía el muerto y cosas así; en una palabra, hacía todos los trucos que él le había enseñado, pero ya no porque se lo exigieran, sino por el propio impulso de sus sentimientos entusiastas y de su agradecido corazón.

Por cierto, he olvidado mencionar que Kolia Krasotkin es el mismo chico al que Iliusha, conocido ya del lector, hijo del capitán asistente en la reserva Sneguiriov, pinchó con un cortaplumas en una cadera al salir en defensa de su padre, apodado «estropajo» por los escolares.

II. Los pequeños

Así pues, aquella mañana de noviembre gélida y húmeda Kolia Krasotkin estaba en casa. Era domingo y no había clase. Ya habían dado las once y no tenía más remedio que salir «por un asunto importantísimo», pero se había quedado solo en casa y, para colmo, al cuidado de ella, pues se había dado el caso de que todos los habitantes adultos se habían ausentado por una circunstancia urgente y peculiar. En la casa de la viuda Krasótkina, a través del zaguán de su propia vivienda se accedía a otra vivienda, alquilada, de dos habitaciones pequeñas, que ocupaba la mujer de un médico y sus dos hijos de corta edad. Esta señora tenía los mismos años que Anna Fiódorovna y era muy amiga suya. Hacía como un año que el médico se había marchado, primero a Orenburg y después a Taskent, y ya llevaba medio año sin noticias de él, por lo que, si la amistad con la señora Krasótkina no hubiera atenuado un poco la pena de la esposa abandonada, seguramente se habría consumido en llanto. Y, como remate de todas las calamidades del destino, la noche del sábado al domingo Katerina, la única criada de la mujer del médico, comunicó inesperadamente a su señora que se disponía a dar a luz a la mañana siguiente. Cómo había hecho para que nadie se hubiera dado cuenta hasta ese momento era casi un misterio. La estupefacta mujer del médico resolvió llevar a Katerina, mientras hubiera tiempo, a un establecimiento apropiado para esas situaciones que había montado una comadrona en nuestra ciudad. Como apreciaba mucho a la criada, se puso en marcha rápidamente, la llevó hasta allí y, además, se quedó con ella. Ya de mañana fue también necesaria, por alguna razón, la colaboración amistosa y la ayuda de la propia señora Krasótkina, que en este caso podía pedir algún favor y proporcionar cierto amparo. De ese modo, ambas señoras estaban fuera, mientras que la criada de la señora Krasótkina, Agafia, había ido al mercado y Kolia se había quedado un rato a cargo del cuidado y la vigilancia de los «polluelos», es decir, del niño y la niña de la mujer del médico, que se habían quedado solitos. A Kolia no le daba miedo vigilar la casa, además tenía a Perezvón, al que había ordenado que se quedara tumbado, «sin moverse», debajo del banco de la entrada y que, por eso mismo, cada vez que Kolia, en su deambular por las habitaciones, se asomaba a la entrada, meneaba la cabeza y daba con el rabo dos golpes fuertes y obsequiosos contra el suelo; pero ¡ay!, no se oía un silbido llamándolo. Kolia miraba amenazante al pobre perro y éste volvía a quedarse paralizado en su obediente rigidez. Pero si algo turbaba a Kolia eran únicamente los «polluelos». La imprevista aventura de Katerina la contemplaba, desde luego, con el más profundo de los desprecios, pero quería mucho a los huérfanos y ya les había llevado algún librito

infantil. Nastia, la mayor, de ocho años, sabía leer y, al menor de los polluelos, el pequeño Kostia, de siete años, le gustaba mucho que Nastia le leyera. Naturalmente, Krasotkin podía haberlos entretenido de alguna forma más amena, por ejemplo, jugando con ellos a los soldados o al escondite por toda la casa. Esto ya lo había hecho antes en más de una ocasión y no le importaba hacerlo: de hecho una vez se difundió por la clase la noticia de que Krasotkin jugaba a los caballitos con sus pequeños inquilinos, que daba saltos y encorbaba la cabeza como un caballo de refuerzo, pero él rebatió orgulloso esta acusación haciendo ver que con sus coetáneos, con chicos de trece años, efectivamente sería vergonzoso jugar a los caballitos «en nuestra época», pero que él lo hacía para los «polluelos», porque los quería, y de sus sentimientos nadie iba a osar pedirle cuentas. Los dos «polluelos» lo adoraban, pero ese día él no estaba para juegos. Tenía por delante un asunto muy importante, y aparentemente casi secreto, mientras el tiempo pasaba y Agafia, con quien podría dejar a los niños, seguía sin querer regresar del mercado. Ya había cruzado varias veces el zaguán, abierto la puerta de sus inquilinos y echado un vistazo inquieto a los «polluelos», quienes, siguiendo sus órdenes, estaban leyendo y, cada vez que abría la puerta, lo recibían con una amplia sonrisa, con la esperanza de que entrara e hiciera alguna cosa bonita y divertida. Pero Kolia estaba inquieto y no entraba. Finalmente dieron las once y decidió firme y terminantemente que, si al cabo de diez minutos la «maldita» Agafia no había vuelto, se marcharía sin esperarla; claro que antes les haría prometer a los niños que no se iban a acobardar sin él, que no iban a hacer travesuras ni a llorar de miedo. Con esta idea empezó a ponerse el abrigo de invierno, guateado y con cuello de piel de foca, se colgó el bolso en bandolera y, a pesar de los continuos ruegos previos de su madre de que no saliera a la calle «con tanto frío» sin ponerse los chanclos, los miró con desdén al cruzar la entrada y salió solo con las botas. Al verlo vestido, Perezvón empezó a dar fuertes golpes en el suelo con el rabo, poniendo todo el cuerpo en tensión, y hasta empezó a emitir un aullido lastimero, pero Kolia, al observar la apasionada impaciencia de su perro, llegó a la conclusión de que eso podía relajar su disciplina y lo dejó un poquito más debajo del banco, y solo una vez que había abierto la puerta del zaguán le silbó. El perro se lanzó como loco y empezó a saltar de emoción delante de él. Kolia cruzó el zaguán y abrió la puerta de los «polluelos». Los dos estaban a la mesa, igual que antes, pero ya no leían, sino que discutían acaloradamente. Los niños discutían a menudo de toda clase de cuestiones polémicas de la vida cotidiana, aunque Nastia, al ser la mayor, siempre se salía con la suya; Kostia, por su parte, si no estaba de acuerdo con ella, normalmente apelaba al criterio de Kolia Krasotkin, y lo que éste decidiera se aceptaba como veredicto definitivo para ambas partes. Esta vez la discusión de los «polluelos» atrajo un tanto el interés de Krasotkin, que se quedó escuchando en la puerta. Los niños lo vieron y eso los llevó a continuar su disputa con más pasión.

—Nunca, nunca me podré creer —balbuceaba Nastia, encendida— eso de que las parteras se encuentran a los bebés en el huerto, entre los caballones de las coles. Ya estamos en invierno y no hay ni un solo caballón y la partera no habría podido traerle una niña a Katerina.

—¡Fiu! —silbó Kolia para sí.

—O a lo mejor es que se los traen de algún sitio, pero solo a las que están casadas. Kostia miraba atentamente a Nastia, la escuchaba pensativo y le daba vueltas a lo que decía.

—Nastia, mira que eres boba —dijo al fin con firmeza y sin alterarse—, ¿cómo va a tener un niño Katerina si no está casada?

Nastia estaba terriblemente agitada.

—No te enteras de nada —le interrumpió irritada—, sí que puede tenerlos; tenía un marido, solo que está en la cárcel, por eso ha tenido un bebé.

—¿De verdad tiene el marido en la cárcel? —preguntó gravemente Kostia, siempre serio.

—O mira —le interrumpió Nastia precipitadamente, descartando y olvidándose por completo de su primera teoría—, no tiene marido, ahí tienes tú razón, pero quiere casarse y empezó a pensar en cómo casarse y no hacía más que pensarlo y pensarlo y lo ha pensado tanto que, en lugar de tener marido, ha tenido un hijo.

—A lo mejor —accedió Kostia, ya completamente convencido—, pero eso no me lo habías dicho antes, yo no podía saberlo.

—Bueno, pequeños —dijo Kolia, entrando en el cuarto y acercándose a ellos—, ¡ya veo que sois gente peligrosa!

—¿Está Perezvón con usted? —Kostia esbozó una gran sonrisa y empezó a chasquear los dedos y a llamar al perro.

—Polluelos, estoy en un apuro —empezó Krasotkin dándose aires— y vosotros tenéis que ayudarme; Agafia ha debido de romperse una pierna porque aún no ha aparecido, está clarísimo, y yo tengo que irme sin falta. ¿Dejáis que me retire?

Los niños intercambiaron miradas de inquietud, sus caras sonrientes empezaron a expresar preocupación. Por lo demás, no habían entendido muy bien qué se esperaba de ellos.

—Mientras no esté no vais a hacer travesuras, ¿verdad? No vais a subiros a un armario ni a romperos una pierna, ni os pondréis a llorar cuando estéis solos.

El semblante de los niños expresaba una angustia terrible.

—Y así yo podría enseñaros una cosita, el cañoncito de cobre, ese que dispara pólvora de verdad.

Las caras de los niños se iluminaron al instante.

—Enséñenos el cañoncito —dijo Kostia, radiante.

Krasotkin metió la mano en su bolsa, sacó un cañoncito pequeño de cobre y lo dejó en la mesa.

—¡Muy bien, ya os lo enseño!... Mira, con ruedas y todo —hizo rodar el juguete por la mesa—, y puede disparar. Se carga con perdigones y dispara.

—Y ¿puede matar?

—Puede matar a cualquiera, solo hay que apuntar. —Y Krasotkin les explicó al detalle dónde poner la pólvora, dónde introducir los perdigones, les mostró el pequeño orificio para el cebo y les contó que tenía retroceso. Los niños le escuchaban con gran curiosidad. Su imaginación se excitó sobre todo con la idea del retroceso.

—¿Tiene usted pólvora? —preguntó Nastia.

—Sí.

—Enséñenos también la pólvora —pidió, alargando las palabras, con una sonrisa de súplica.

Krasotkin volvió a rebuscar en la bolsa y sacó un frasquito pequeño lleno de pólvora auténtica, y en un papel doblado había unos pocos perdigones. Incluso les abrió el frasquito y se echó un poco de pólvora en la mano.

—Aquí está, pero que no haya fuego cerca, porque, de haberlo, explotaría y nos mataría a todos —advirtió Krasotkin para impresionarlos.

Los niños examinaban la pólvora con temor reverencial, lo que intensificaba el disfrute. Pero a Kostia le gustaron más los perdigones.

—Y ¿los perdigones no arden?

—No, los perdigones no arden.

—Regáleme algunos —dijo con vocecita suplicante.

—Te regalaré algunos, toma, pero no se los enseñes a tu madre hasta que yo vuelva, porque pensará que es pólvora y se morirá del susto, y a vosotros os sacudirá.

—Mamá nunca nos pega con una vara —le hizo ver Nastia al instante.

—Lo sé, solo lo he dicho para que quedara bonito. Y vosotros nunca mintáis a mamá, solo por esta vez, y hasta que yo vuelva. Entonces, polluelos, ¿puedo irme o no? ¿Vais a llorar de miedo sin mí?

—Va-vamos... a llo... a llo-llorar... —gimoteaba Kostia, a punto de echarse a llorar.

—Lloraremos, ¡claro que lloraremos! —confirmó asustada Nastia, hablando atropelladamente.

—¡Ay, niños, niños, qué peligrosa es vuestra edad! No hay nada que hacer, cachorrillos, tendré que quedarme con vosotros a saber hasta cuándo. Y es la hora, es la hora, ¡uf!

—Dígale a Perezvón que se haga el muerto —le pidió Kostia.

—Qué se le va a hacer, habrá que recurrir a Perezvón. ¡Ici, Perezvón! —Y Kolia se puso a dar órdenes al perro y éste empezó a hacer todo lo que sabía. Era un perro peludo del tamaño de un chucho callejero corriente, con el pelo como lila grisáceo.

Era tuerto del ojo derecho y tenía un tajo en la oreja izquierda, a saber por qué. Gañía y saltaba, se alzaba sobre las patas traseras, caminaba sobre ellas, se tumbaba con las cuatro patas hacia arriba y se quedaba inmóvil, como muerto. Mientras estaba haciendo este último truco se abrió la puerta y Agafia, la gruesa criada de la señora Krasótkina, una mujer de unos cuarenta años, con la cara picada, apareció en el umbral, volviendo del mercado con un cucurucho de papel lleno de provisiones. Se quedó quieta y, sujetando el cucurucho con la mano izquierda, se puso a mirar al perro. Kolia, a pesar de lo que había esperado a Agafia, no interrumpió la representación, aguantó el tiempo preciso a Perezvón y, finalmente, le silbó: el perro se levantó rápidamente y empezó a saltar de alegría por haber cumplido su deber.

—Caramba con el perro —dijo Agafia en tono sentencioso.

—Y tú, mujer, ¿cómo llegas tan tarde? —preguntó Krasotkin, amenazante.

—Mujer, ¡valiente mocoso!

—¿Mocoso?

—Sí, mocoso. Mucho te importará a ti si llego tarde; y, si llego tarde, es porque me ha hecho falta —farfulló Agafia, que se afanaba ya junto a la estufa, pero su voz no sonaba disgustada o enfadada, sino, por el contrario, muy satisfecha, como si se alegrara de tener ocasión de bromear con el jovial señorito.

—Escucha, vieja frívola —empezó Krasotkin levantándose del diván—, ¿puedes jurarme por todo lo sagrado de este mundo, y por algo más, que vas a vigilar incansablemente a los polluelos en mi ausencia? Tengo que salir.

—Y ¿por qué iba yo a jurarte nada? —se reía Agafia—. De todos modos los iba a vigilar.

—No, tienes que jurar por la salvación eterna de tu alma. Si no, no me iré.

—Pues no te vayas. A mí qué más me da, en la calle hace muchísimo frío, quédate en casa.

—Polluelos —Kolia se dirigió a los niños—, esta mujer se quedará con vosotros hasta que yo llegue o hasta que llegue vuestra madre, porque ella también tendría que haber vuelto hace mucho. Y, sobre todo, os dará algo de comer. ¿Lo harás, Agafia?

—Es posible.

—Hasta luego, cachorrillos, me voy con el corazón tranquilo. Y tú, abuela —dijo a media voz y con gravedad al pasar junto a Agafia—, espero que no empieces a contar tus absurdas mentiras de siempre sobre Katerina, ten piedad de la edad infantil. ¡Ici, Perezvón!

—¡No quiero ni verte! —le gruñó Agafia, esta vez ya enfadada—. ¡Será ridículo! Habría que sacudirle por hablar así.

III. El escolar

Pero Kolia ya no la oía. Por fin podía marcharse. Al salir a la calle, miró a su alrededor, se encogió de hombros y, diciendo: «¡Mucho frío, bah!», bajó todo recto por la calle y después torció a la derecha por una calleja hacia la plaza del mercado. Al llegar a la última casa antes de la plaza, se detuvo junto al portalón, se sacó del bolsillo un silbato y silbó con todas sus fuerzas, como haciendo una señal convenida. No tuvo que esperar ni un minuto, de pronto salió corriendo por la cancela un chico de mejillas coloradas, de unos once años, vestido también con un abrigo grueso, limpio y hasta elegante. Era Smúrov, que estaba en el curso preparatorio —Kolia Krasotkin estaba dos cursos por encima—, hijo de un funcionario acomodado y al que, por lo visto, sus padres no permitían juntarse con Krasotkin, con esa fama suya de pillo temerario, así que era evidente que Smúrov había salido a escondidas. Este Smúrov era, por si lo ha olvidado el lector, uno de los del grupo de muchachos que dos meses antes había estado tirándole piedras por encima de una zanja a Iliusha, sobre el cual habló luego a Aliosha Karamázov.

—Llevo esperándole una hora, Krasotkin —dijo Smúrov con aire resuelto, y los chicos echaron a andar hacia la plaza.

—Me han entretenido —respondió Krasotkin—. Las circunstancias. ¿No van a sacudirte por estar conmigo?

—Bueno, ya basta, ¿cuándo me han sacudido a mí? ¿Viene también Perezvón?

—Sí, ¡también viene!

—Y ¿también lo lleva allí?

—Sí, también lo llevo.

—Ay, ojalá estuviera Zhuchka.

—Eso es imposible. Zhuchka no existe. Zhuchka desapareció en las tinieblas de lo desconocido.

—Ay, ¿y no podríamos...? —Smúrov se interrumpió de repente—. Iliusha dice que Zhuchka también era peludo y que también era gris como el humo, igual que Perezvón, ¿no podemos decirle que éste es Zhuchka? A lo mejor se lo cree.

—Desprecia la mentira, escolar, lo primero; aunque sea por una buena obra, lo segundo. Y, lo más importante, espero que no hayas dicho nada de que voy.

—Dios me libre, yo sé lo que me hago. Pero a él no vas a consolarlo con Perezvón —suspiró Smúrov—. ¿Sabes una cosa? Su padre, el capitán, el del estropajo, nos ha dicho que hoy le va a llevar un cachorrito, un mediolano auténtico de morro negro; cree que así va a consolar a Iliusha, pero yo no lo veo así.

—Y ¿cómo está él, Iliusha?

—¡Ay, mal, mal! Creo que tiene tisis. Está consciente, pero respira así así, no respira nada bien. El otro día pidió dar un paseo, le pusieron las botas, echó a andar y se cayó. «¡Ay! —dijo—. Ya te había dicho, papá, que estas botas mías son malas, que están viejas, antes también me costaba andar con ellas.» Eso es lo que él se cree, que se cayó por culpa de las botas, pero fue porque está débil. No sobrevivirá una semana. Lo está tratando Herzenstube. Otra vez son ricos, tienen mucho dinero.

—Sinvergüenzas.

—¿Quiénes?

—Los médicos, toda esa canalla médica, hablando en general y, naturalmente, en particular. Rechazo la medicina. Es una institución inútil. De todos modos, voy a investigar todo eso. Y ¿qué es ese sentimentalismo que os ha entrado a todos? Tengo entendido que vais todos los de la clase a verlo.

—Todos no, cada día vamos unos diez de nosotros. No tiene importancia.

—Me sorprende el papel de Alekséi Karamázov en todo esto: mañana o pasado mañana van a juzgar a su hermano por semejante crimen, y él todavía tiene tiempo para estas sensiblerías de críos.

—Aquí no hay ninguna sensiblería. Tú mismo vas a hacer las paces con Iliusha.

—¿Hacer las paces? Qué expresión más ridícula. Por cierto que no permito que nadie analice mi proceder.

—¡Y lo que se va a alegrar Iliusha cuando te vea! Ni se imagina que vienes. ¿Por qué has tardado tanto? —exclamó Smúrov con ardor.

—Querido niño, eso es asunto mío, no tuyo. Yo voy por iniciativa propia, porque ésa es mi voluntad, y a todos vosotros os ha arrastrado Alekséi Karamázov, hay una diferencia. Además, ¿cómo lo sabes? Puede que no vaya a hacer las paces. Qué expresión más tonta.

—No ha sido Karamázov, en absoluto ha sido él. Simplemente algunos empezamos a ir por allí por nuestra cuenta, al principio con Karamázov, desde luego. Pero no ha habido nada de eso, ninguna de esas tonterías. Primero fue uno, luego otro. Su padre se ponía muy contento al vernos. ¿Sabes?, se va a volver loco si Iliusha se muere. Ve que se va a morir. Y por eso se alegra de que hayamos hecho las paces con Iliusha. Iliusha ha preguntado por ti, y no ha dicho nada más. Solo pregunta y luego se calla. Y su padre se va a volver loco o se va a colgar. Ya antes no tenía un comportamiento muy normal. ¿Sabes?, es un hombre noble, lo de entonces fue un error. Ese parricida tiene la culpa de todo, por pegarle.

—Aun así, Karamázov es un misterio para mí. Podía haberlo conocido hace mucho, pero en ciertos casos me gusta ser orgulloso. Además, me he formado cierta opinión de él que todavía tengo que confirmar y esclarecer.

Kolia se calló, muy serio. También Smúrov. Éste, naturalmente, veneraba a Kolia Krasotkin y no se atrevía ni a pensar en compararse con él. En ese momento tenía mucha curiosidad, porque Kolia había aclarado que iba «por iniciativa propia», de modo que tenía que haber algún misterio en el hecho de que de repente se le hubiera ocurrido ir justamente ese día. Caminaban por la plaza del mercado, donde esta vez había muchos carros venidos de fuera y muchas aves a la venta. Bajo los tejadillos, mujeres de la ciudad vendían roscas de pan, hilos y demás. En nuestra ciudad, a estas reuniones dominicales las llaman ingenuamente ferias, y hay un montón de ferias así a lo largo del año. Perezvón se lo estaba pasando en grande, corriendo y desviándose a derecha e izquierda para olfatear cualquier cosa. Cuando se encontraba con otros perros, los olisqueaba con singulares ganas, siguiendo todas las reglas perrunas.

—Me gusta observar el realismo, Smúrov —dijo Kolia de repente—. ¿Te has fijado en cómo se saludan y olisquean los perros? Es como una ley común de su naturaleza.

—Sí, es gracioso.

—No es gracioso, en eso te equivocas. En la naturaleza no hay nada gracioso, por mucho que se lo parezca al hombre con sus prejuicios. Si los perros pudiesen razonar y criticar, seguramente encontrarían tantas cosas graciosas para ellos, cuando no bastantes más, en las relaciones sociales de las personas, de sus amos... cuando no bastantes más, y lo repito porque estoy convencido de que nosotros hacemos bastantes más tonterías. Ésta es una idea de Rakitin, una idea admirable. Yo soy socialista, Smúrov.

—¿Qué es eso de socialista? —preguntó Smúrov.

—Eso es que todos somos iguales, la propiedad es de todos en común, no hay matrimonios, y cada uno tiene la religión y todas las leyes que le parecen bien, y así con todo. Tú aún eres pequeño para esto, es pronto para ti. Hace frío, por cierto.

—Sí, doce grados. Hace nada mi padre ha mirado el termómetro.

—Y ¿te has dado cuenta, Smúrov, de que en pleno invierno, con quince e incluso con dieciocho grados, parece que no hace tanto frío como por ejemplo ahora, a principios, cuando cae una helada de repente, sin avisar, y bajamos hasta los doce grados, como ahora, que todavía hay poca nieve? Eso quiere decir que la gente aún no se ha acostumbrado. Para la gente todo es cuestión de costumbre, todo, incluso las relaciones políticas y estatales. La costumbre es su principal motor. Qué tipo tan gracioso, por cierto.

Kolia señalaba a un campesino alto con una zamarra larga de piel de oveja, de rostro bondadoso, que estaba al lado de su carreta dando palmadas para combatir el frío, con las manos enfundadas en manoplas. Su larga barba castaña estaba toda cubierta de escarcha.

—¡Al campesino se le ha congelado la barba! —gritó Kolia con descaro al pasar por delante.

—A muchos se les ha congelado —le respondió tranquila y sentenciosamente el campesino.

—No lo provoques —dijo Smúrov.

—No pasa nada, no va a enfadarse, es buena persona. Adiós, Matvéi.

—Adiós.

—¿De veras te llamas Matvéi?

—Sí, ¿no lo sabías?

—No, lo he dicho al azar.

—Mira tú qué cosas. Sois escolares, claro.

—Sí.

—¿Y qué? ¿Te sacuden bien?

—No mucho, a veces.

—¿Duele?

—Pues ¡claro!

—¡Ay, qué vida ésta! —suspiró el aldeano de todo corazón.

—Adiós, Matvéi.

—Adiós. Eres un buen chico, ya lo sabes.

Los chicos continuaron su camino.

—Es un buen hombre —le dijo Kolia a Smúrov—. Me gusta hablar con el pueblo y siempre me alegra hacerle justicia.

—¿Por qué le has mentido con lo de que nos pegan? —preguntó Smúrov.

—Había que consolarlo.

—Y ¿cómo?

—Mira, Smúrov, no me gusta que me hagan tantas preguntas cuando no se entienden las cosas a la primera. Hay cosas que no se pueden explicar. Ese aldeano piensa que a los escolares les pegan y que ha de ser así: ¿qué clase de escolar es uno al que no pegan? Y, si yo le digo que no nos pegan, se quedará triste. Pero, bueno, tú no lo entiendes. Hay que saber hablar con el pueblo.

—Pero no los provoques, por favor, o tendremos otra historia como la de aquel ganso.

—¿Es que tienes miedo?

—No te rías, Kolia, claro que tengo miedo, por Dios. Mi padre se enfadará muchísimo. Tengo terminantemente prohibido juntarme contigo.

—No te preocupes, esta vez no va a pasar nada. Hola, Natasha —le gritó a una de las vendedoras de los tejadillos.

—Pero ¿qué dices de Natasha? Soy Maria —le respondió a voces la vendedora, una mujer nada vieja.

—Qué bien que seas Maria, ¡adiós!

—Anda, diablillo, si no levantas un palmo del suelo.

—No tengo tiempo, no tengo tiempo ahora para ocuparme de ti, ya me lo cuentas el próximo domingo. —Kolia hizo un gesto desdeñoso con la mano, como si fuera la mujer quien lo había importunado y no al revés.

—¿Cómo que ya te lo cuento el domingo? Has empezado tú, no yo, mal bicho —se desgañitaba Maria—, deberían darte una buena tunda, menudo deslenguado.

Se empezaron a oír risas entre las vendedoras de los puestecitos próximos al de Maria. De repente, y sin venir a cuento, de la galería donde estaban los puestos municipales salió un hombre muy enojado; parecía un tendero, pero no era un vendedor de la ciudad, sino uno de fuera; vestía un caftán azul de faldón largo y gorra de visera, era joven, con rizos castaño oscuro y cara alargada, pálida, un poco picada. Era presa de una agitación estúpida y al momento empezó a amenazar a Kolia con el puño.

—¡Sé quién eres! —exclamaba enojado—. ¡Sé quién eres!

Kolia se quedó mirándolo fijamente. No podía recordar si había tenido alguna pelea con ese hombre. No eran pocas las peleas que había tenido en la calle, era imposible recordarlas todas.

—¿Lo sabes? —le preguntó irónico.

—¡Sé quién eres! ¡Sé quién eres! —insistía como un tonto el comerciante.

—Mejor para ti. Bueno, no tengo tiempo, ¡adiós!

—¿Ya estás con tus diabluras? —empezó a gritar el comerciante—. ¿Otra vez con tus diabluras? ¡Te conozco! ¿Otra vez con tus diabluras?

—Ahora, hermano, no es asunto tuyo si yo hago o no hago diabluras —dijo Kolia, deteniéndose y sin dejar de mirarlo.

—¿Cómo que no es asunto mío?

—No, no lo es.

—¿Y de quién, eh? ¿De quién? Vamos, ¿de quién es?

—Hermano, ahora es asunto de Trifon Nikítich, y no tuyo.

—¿Qué Trifon Nikítich? —El joven se quedó mirando a Kolia con una estúpida expresión de sorpresa, aunque todavía alterado. Kolia, muy serio, lo midió con la mirada.

—¿Has ido a la Ascensión? —le preguntó de repente, severo y resuelto.

—¿A qué Ascensión? ¿Para qué? No, no he ido. —El joven empezaba a desconcertarse.

—¿Conoces a Sabanéiev? —continuó Kolia, aún más severo y resuelto.

—¿Qué Sabanéiev? No, no lo conozco.

—¡Vete al diablo, entonces! —cortó de repente el muchacho y, girando a la derecha con brusquedad, siguió rápidamente su camino como si despreciara hablar con alguien tan bruto que ni siquiera conocía a Sabanéiev.

—¡Oye, espera! ¿Quién es ese Sabanéiev? —El joven reaccionó, empezaba a alterarse de nuevo—. ¿De quién está hablando? —se dirigió a las vendedoras mirándolas con aire estúpido.

Las mujeres rompieron a reír.

—Un chiquillo retorcido —dijo una.

—Pero ¿quién es ese Sabanéiev, quién? —repetía frenético el joven, agitando la mano derecha.

—Ah, debe de ser el Sabanéiev que sirvió en casa de los Kuzmichov, sí, ése debe de ser —aventuró una de las mujeres.

El joven la miró con expresión salvaje.

—¿De los Kuzmichov? —repetió otra mujer—. Pero ése no es Trifon. Ése se llama Kuzmá, no Trifon, y el chaval ha dicho Trifon Nikítich, así que no es él.

—Mira, no es ni Trifon ni Sabanéiev, es Chizhov —apuntó de pronto una tercera que hasta entonces había estado escuchando en silencio, pero atenta—, Alekséi Ivánovich se llama. Alekséi Ivánovich Chizhov.

—Ése es, sí, Chizhov —confirmó una cuarta.

El perplejo joven miraba ahora a la una, ahora a la otra.

—Pero, buenas mujeres, ¿para qué me lo ha preguntado, para qué? —exclamaba ya casi con desesperación—. «¿Conoces a Sabanéiev?» ¡A saber quién demonios es ese Sabanéiev!

—Pero ¡serás torpe! ¿No te están diciendo que no es Sabanéiev, sino Chizhov, Alekséi Ivánovich Chizhov? ¡Ése es! —le dijo, con un grito imponente, una de las vendedoras.

—¿Qué Chizhov? ¿Quién es? Dímelo si lo sabes.

—Uno alto, que estaba siempre moqueando; tuvo un puesto en el mercado el año pasado.

—Pero, buenas mujeres, ¿para qué diantres necesito yo a ese Chizhov?

—Y ¿cómo quieres que sepa para qué necesitas tú a Chizhov?

—Aquí nadie sabe para qué —intervino otra mujer—; tú sabrás para qué lo necesitas, ya que armas tanto escándalo. Además, te lo ha dicho a ti, no a nosotras; ¡serás bobo! Pero ¿de verdad no lo conoces?

—¿A quién?

—A Chizhov.

—¡Al diablo con vuestro Chizhov, y tú con él! Voy a darle una buena tunda, eso es lo que voy a hacer. ¡Se ha burlado de mí!

—¿Vas a darle una tunda a Chizhov? ¡Te la dará él a ti! ¡Menudo bobo!

—No, no, a Chizhov no; ¡qué mujer más mala y más dañina! A ese chico se la voy a dar, ya verás. Traédmelo, traédmelo aquí, ¡se ha burlado de mí!

Las mujeres reían a carcajadas. Pero Kolia ya estaba lejos, andando a buen paso con rostro victorioso. Smúrov iba a su lado, de vez en cuando se volvía a mirar al grupo que gritaba a lo lejos. Él también se había divertido de lo lindo, aunque todavía temía que Kolia pudiera meterse en otro lío.

—¿Por qué Sabanéiev le has preguntado? —le dijo a Kolia, presintiendo la respuesta.

—¡Yo qué sé! Ahora estarán dando voces hasta la tarde. Me gusta sacudir a los tontos de todas las capas de la sociedad. Mira, ahí tenemos a otro bruto, ese aldeano. Fíjate, dicen que «no hay nada más tonto que un francés tonto», pero también la fisonomía rusa revela muchas cosas. O ¿es que ese campesino no lleva escrito en la cara que es un idiota, eh?

—Déjalo tranquilo, Kolia, pasemos de largo.

—Por nada del mundo lo dejo, ahora que he empezado. ¡Eh, buenos días, campesino!

El robusto aldeano que pasaba despacio a su lado y que, a todas luces, ya había bebido, de cara redonda y simplona y barba canosa, levantó la cabeza y miró al chico.

—Buenos días, si no estás de broma —le respondió sin prisas.

—¿Y si estoy de broma? —Kolia se echó a reír.

—Pues si estás de broma, estás de broma, ve con Dios. No pasa nada, bien puede ser. Siempre es posible estar de broma.

—Discúlpame, hermano, estaba de broma.

—Bueno, Dios te perdonará.

—¿Y tú me perdonas?

—No sabes cuánto te perdono. Y ahora vete.

—Hay que ver, parece que eres un campesino inteligente.

—Más inteligente que tú —respondió el aldeano de forma inesperada, pero igual de serio.

—No creo. —Kolia se quedó un tanto perplejo.

—Te digo la verdad.

—Es muy posible.

—Claro que sí, hermano.

—Adiós, buen hombre.

—Adiós.

—Hay aldeanos y aldeanos —le comentó Kolia a Smúrov tras un momento de silencio—. ¿Cómo podía saber que iba a dar con uno tan listo? Siempre estoy dispuesto a admitir la inteligencia en el pueblo.

Lejos, el reloj de la catedral dio las once y media. Los muchachos se apresuraron y el resto del camino, aún largo, que les quedaba hasta la casa del capitán asistente lo

hicieron de prisa y casi sin hablar. A veinte pasos de la casa, Kolia se detuvo y le ordenó a Smúrov que se adelantara y le dijera a Karamázov que saliera.

—Hay que olfatearse previamente —le dijo.

—Pero ¿para qué quieres que salga? —Smúrov empezó a poner objeciones—. Entra y ya está, se alegrarán mucho de verte. ¿Qué es eso de conocerse aquí fuera con tanto frío?

—Yo sé bien para qué necesito que sea aquí, con el frío —le interrumpió despótico Kolia (le encantaba hacer esto con los «pequeños») y Smúrov corrió a cumplir con lo ordenado.

IV. Zhuchka

Con semblante serio, Kolia se apoyó en la valla y se dispuso a esperar la llegada de Aliosha. Sí, hacía tiempo que quería conocerlo. Había oído hablar muchísimo de él a los chicos, pero hasta ahora siempre había mostrado un aire de indiferencia despectiva cada vez que le hablaban de Aliosha, e incluso lo «criticaba» mientras oía lo que le contaban. Pero en su fuero interno tenía muchas, muchas ganas de conocerlo: había algo simpático y atrayente en todos los relatos que había oído sobre Aliosha. Así que aquél era un momento importante; en primer lugar, tenía que mostrar su mejor cara, demostrar independencia: «Si no pensaré que tengo trece años y me tomará por un chiquillo más. Pero ¿qué verá él en esos chiquillos? Se lo preguntaré cuando nos hayamos conocido. Pero qué rabia ser tan bajo de estatura. Túzikov es más joven que yo, y me saca media cabeza. De todos modos, tengo cara inteligente; no soy guapo, lo sé, tengo una cara desagradable, aunque inteligente. Tampoco conviene ser demasiado expansivo, porque, como empiece con los abrazos, va a creerse... ¡Fu, vaya un asco como se piense...!».

Así de inquieto estaba Kolia mientras intentaba con todas sus fuerzas aparentar independencia. Lo que más lo atormentaba era su estatura, no tanto su cara «desagradable» como su estatura. En su casa, en un rincón, había una señal de lápiz en la pared hecha el año anterior, con la que había marcado su altura; desde entonces cada dos meses volvía a medirse nervioso: ¿cuánto había crecido? Pero ¡ay!, había crecido poquísimo, lo que a veces le causaba verdadera desesperación. En cuanto a su cara, en absoluto era «desagradable», al contrario, era bastante agraciada, blanca, pálida, con pecas. Sus ojos grises, pequeños pero vivos, miraban con valentía y a menudo brillaban emocionados. Tenía los pómulos un poco anchos, los labios pequeños, no muy gruesos pero muy rojos; la nariz pequeña y resueltamente respingona: «¡Completamente chata! ¡Completamente chata!», farfullaba para sí Kolia cuando se miraba al espejo, y siempre se apartaba de él indignado. «¿De verdad tengo cara inteligente?», dudaba a veces. Por lo demás, no se debe suponer que la preocupación por su cara y su altura absorbiera toda su alma. Al contrario, por muy hirientes que fueran esos minutos frente al espejo, se olvidaba de ellos rápidamente y por mucho tiempo, «totalmente entregado a las ideas y a la vida real», como él mismo definía sus actividades.

Aliosha apareció enseguida y se acercó a Kolia a toda prisa; ya a pocos pasos éste pudo ver que la cara de Aliosha era de completa alegría. «¿Será posible que se alegre tanto de verme?», pensó encantado. Señalaremos aquí, por cierto, que Aliosha había

cambiado mucho desde el momento en que lo dejamos: se había quitado el hábito y ahora llevaba una levita de impecable hechura, un sombrero blando redondo y el pelo muy corto. Todo esto le favorecía mucho y se le veía muy guapo. Su encantadora cara estaba siempre alegre, pero era una alegría serena y tranquila. Para sorpresa de Kolia, Aliosha salió a verlo tal y como estaba dentro de la casa, sin abrigo; era evidente que había salido a toda prisa. Le tendió la mano a Kolia.

—Por fin está aquí, cuánto le hemos esperado todos.

—Tenía mis motivos y ahora los sabrá. En cualquier caso, me alegro de conocerle. Hacía tiempo que esperaba este momento, he oído hablar mucho de usted — balbuceó Kolia sofocándose un poco.

—Nos habríamos conocido de todas formas, yo también he oído hablar de usted, pero lo que es aquí se ha hecho esperar.

—Dígame, ¿cómo está?

—Iliusha está muy mal, morirá irremediamente.

—¡Qué me dice! Estará de acuerdo conmigo, Karamázov, en que la medicina es una bajeza —exclamó Kolia con pasión.

—Iliusha le nombra a menudo, muy a menudo, incluso en sueños, ¿sabe?, cuando delira. Está claro que antes le quería mucho... antes del incidente... con el cortaplumas. Tiene que haber algún otro motivo... Dígame, ¿ese perro es suyo?

—Sí, Perezvón.

—¿No será Zhuchka? —Aliosha miró con pena a Kolia a los ojos—. Entonces, ¿ése ha desaparecido?

—Sé que a todos les habría gustado que fuese Zhuchka, he oído toda la historia, señor. —Kolia sonrió enigmáticamente—. Mire, Karamázov, voy a explicarle todo el caso; precisamente para eso he venido y le he llamado, para explicarle de antemano la situación antes de entrar —empezó animadamente—. Verá, Karamázov, en primavera Iliusha empezó el curso preparatorio. Bueno, ya sabe lo que es nuestro preparatorio: niños, chiquillería. Enseguida empezaron a incordiar a Iliusha. Yo estoy dos cursos por encima y, naturalmente, todo esto lo veo en la distancia, desde fuera. Veo que es un niño pequeño, debilucho, pero que no se somete, incluso se pelea con ellos, es orgulloso, los ojos le brillan. Me gusta la gente así. Pero ellos van a más. Lo peor es que entonces solo tenía un trajecillo birrioso, los pantalones le quedaban cortos y las botas pedían a gritos un arreglo. También se metían con él por eso. Lo humillaban. No, eso ya no me gusta, intervine al instante, les dije un par de cosas bien dichas. Yo les pego, y ellos me adoran, ¿lo sabía, Karamázov? —se jactó efusivamente—. En general me gustan los niños. En casa siempre tengo a dos polluelos subidos encima, hoy mismo me han entretenido. De ese modo, dejaron de pegar a Iliusha y yo lo tomé bajo mi protección. Veía que era un chico orgulloso, de verdad se lo digo, era orgulloso, pero acabó sometiéndose como un esclavo, cumplía la más mínima de mis

órdenes, me obedecía como a un dios, intentaba imitarme. En los descansos entre clase y clase venía corriendo a verme y dábamos un paseo juntos. También los domingos. En nuestro gimnasio se ríen cuando uno de los mayores se hace amigo de un pequeño, pero eso es un prejuicio. A mí me apetecía y punto, ¿no es verdad? Yo le enseñaba, hacía que se desarrollase... Dígame, ¿por qué no podía procurar su desarrollo si el chico me agradaba? Usted, por ejemplo, Karamázov, se ha hecho amigo de todos esos chiquillos, y eso significa que quiere influir en la generación joven, contribuir a su desarrollo, serles útil. Y reconozco que ese rasgo de su carácter, que conozco de oídas, es el que más me ha interesado. Bueno, al grano: notaba que en el chico se estaba desarrollando cierta sensiblería, cierto sentimentalismo y, ¿sabe?, soy un enemigo declarado de cualquier ñoñería ya desde que nací. Y además veía sus contradicciones: era orgulloso pero estaba entregado a mí como un esclavo; estaba entregado como un esclavo, pero, de repente, los ojos empezaban a brillarle y se negaba en redondo a ponerse de acuerdo conmigo, no hacía más que discutir, se subía por las paredes. A veces le exponía algunas ideas, y él no es que estuviera en desacuerdo con esas ideas, sino que sencillamente yo veía que se estaba revolviendo personalmente contra mí, porque yo respondía con frialdad a sus muestras de cariño. Total que, para que madurara, cuanto más cariñoso era él, más frío me volvía yo, lo hacía a propósito, estaba convencido de que era lo mejor. Tenía intención de disciplinar su carácter, moldearlo, forjar un hombre... y, bueno... sin duda usted capta la idea. De pronto noto que un día y otro día y un tercero está confuso, afligido, y ya no es por lo de las muestras de afecto, sino por algo distinto, más fuerte, superior. Me digo: ¿qué tragedia es ésta? Lo acoso a preguntas hasta que me entero de la historia: había conocido, no sé cómo, al criado de su difunto padre (que aún estaba vivo por entonces), a Smerdiakov, y éste le había enseñado al pobre una broma estúpida, en realidad una broma brutal, ruin; se trata de coger un trozo de pan, de miga, clavarle un alfiler y echárselo a algún chuchó, a uno de esos tan hambrientos que se tragan lo que sea sin masticar, y ver qué es lo que ocurre. Total, que prepararon uno de esos trozos de pan y se lo echaron a Zhuchka, ese perro peludo del que ahora hablan, un perro de corral que estaba en una casa donde no le daban de comer y se pasaba todo el santo día ladrándole al viento. ¿Le gustan esos ladridos estúpidos, Karamázov? Yo no los soporto. Bueno, pues se lo echaron, el perro se lo tragó y se puso a aullar, y empezó a dar vueltas y a correr, y venga a aullar y a correr, hasta que desapareció; así me lo describió el propio Iliusha. Según me lo contaba, no hacía más que llorar, me abrazaba temblando: «Venga a aullar y a correr, a aullar y a correr», repetía una y otra vez; me afectó mucho aquella imagen. Bueno, vi que le remordía la conciencia. Y me lo tomé en serio. Lo importante es que yo ya quería corregirle por lo de antes, así que reconozco que recurrí a la astucia y fingí una indignación que seguramente no sentía: «Has cometido —le digo— una bajeza, eres un canalla. Por supuesto que no se lo voy

a contar a nadie, pero de momento rompo mi relación contigo. Voy a pensarme bien todo este asunto y te haré saber por Smúrov —ese chico que venía conmigo y que siempre me ha sido fiel— si en lo sucesivo seguimos siendo amigos o si rompo contigo para siempre por canalla». Se quedó muy afectado. Confieso que ya entonces tuve la impresión de ser quizá demasiado severo, pero qué podía hacer, así pensaba yo entonces. Al día siguiente le mando a Smúrov y le comunico que ya «no le ajunto»: es lo que decimos cuando dos amigos dejan de serlo. El secreto estaba en que yo quería tenerlo desterrado solo unos pocos días y después, al verlo arrepentido, volver a tenderle la mano. Ése era mi firme propósito. Y ¿qué cree usted que pasó? Pues que al oír a Smúrov los ojos empezaron a brillarle: «Dile —se puso a gritar— de mi parte a Krasotkin que ahora voy a echarles trozos de pan con alfileres a todos los perros, ¡a todos, a todos!». «¡Ay! —pensé yo—. Ha echado a andar un espíritu libre, habrá que aplacarlo», y empecé a demostrarle mi desprecio, a darle la vuelta cada vez que lo veía o a sonreírle irónico. Y entonces ocurrió el incidente con su padre, ¿se acuerda?, lo del estropajo. Comprenda que él ya estaba predispuesto a irritarse de una manera terrible. Los chicos, viendo que yo le había dado de lado, se le echaron encima, se metían con él: «¡Estropajo, estropajo!». Y empezaron aquellas batallas entre ellos, que tanto lamento, porque creo que entonces le hicieron mucho daño. Una vez se lanzó contra todos en el patio, a la salida de clase. Esa vez yo estaba a diez pasos y me quedé mirándolo. Juro que no recuerdo haberme reído de él, al contrario, me dio mucha, mucha pena: un segundo más y habría salido a defenderlo. Pero su mirada se cruzó con la mía, no sé qué pensaría, solo que cogió el cortaplumas, se abalanzó sobre mí y me lo hincó en la cadera, justo aquí, junto a la pierna derecha. Yo no me moví, confieso que a veces soy valiente, Karamázov, me limité a mirarlo con desprecio como diciéndole con la mirada: «¿No querrás pincharme otra vez en agradecimiento por mi amistad? Estoy a tu servicio». Pero no me lo volvió a clavar, no lo soportó, se asustó, tiró el cortaplumas, empezó a llorar ruidosamente y echó a correr. Yo, por supuesto, no lo denuncié y ordené a todos que guardaran silencio para que no llegara a oídos de la dirección, y solo se lo dije a mi madre cuando la herida ya se había curado; además, no era nada, apenas un rasguño. Después oí que ese mismo día estuvo tirando piedras y que le mordió a usted, pero ¡comprenda en qué estado se encontraba! Qué le voy a hacer, he sido un tonto: cuando enfermó no vine a perdonarlo, quiero decir, a hacer las paces, y ahora me arrepiento. Pero ahora tengo un objetivo especial. Y he aquí toda la historia... creo que he sido un tonto...

—¡Ay! Qué pena —exclamó Aliosha emocionado— no haber sabido antes de su amistad, porque entonces yo mismo habría ido hace tiempo a pedirle que viniera conmigo. Créame, en el curso de su enfermedad, cuando tenía fiebre, deliraba con usted. Yo no sabía lo mucho que le aprecia. Y ¿de verdad, de verdad que no ha encontrado a Zhuchka? El padre y todos los chicos lo han estado buscando por toda la

ciudad. Lo crea o no, enfermo, hecho un mar de lágrimas, tres veces le ha dicho a su padre en mi presencia: «Por eso estoy malo, papá, por haber matado a Zhuchka, Dios me ha castigado». ¡No hay forma de sacarle esa idea de la cabeza! Y, si hubiera dado con el perro y pudiera demostrar que Zhuchka no está muerto, sino vivo, creo que reviviría de alegría. Teníamos puestas las esperanzas en usted.

—Dígame, y ¿con qué fundamento esperaban ustedes que yo encontrara a Zhuchka? Es decir, ¿por qué yo precisamente? —preguntó Kolia con extraordinaria curiosidad—. ¿Por qué contaban precisamente conmigo y no con otro?

—Corrían rumores de que usted lo estaba buscando y lo iba a traer en cuanto lo encontrara. Smúrov dijo algo parecido. Lo importante es que nos esforzamos en hacerle creer que Zhuchka está vivo, que alguien lo ha visto. Los chicos le trajeron una liebre viva, pero, nada más verla, sonrió un poquito y pidió que la soltaran en el campo. Y así hicimos. Su padre acaba de regresar y le ha traído un cachorrito de mediolano, también lo ha conseguido por ahí, pensaba que así lo consolaría, pero parece que ha sido peor...

—Dígame otra cosa, Karamázov: ¿cómo es el padre? Lo conozco, pero ¿cómo lo definiría usted? ¿Es un bufón, un payaso?

—Ah, no, hay gente profundamente sensible, aunque esté como abatida. Sus bufonadas son una especie de ironía maligna contra aquellos a quienes, por una timidez humillante que viene de lejos, no se atreve a decirles la verdad a la cara. Créame, Krasotkin, que esta clase de bufonadas a veces son extremadamente trágicas. Ahora todo lo que tiene, todo lo que hay en el mundo está centrado en Iliusha y, si Iliusha muere, se volverá loco o se quitará la vida. Cada vez que lo miro estoy más convencido.

—Le comprendo, Karamázov; veo que conoce usted a las personas —añadió Kolia con sentimiento.

—Al verle con un perro pensé que podía ser Zhuchka.

—Aguarde, Karamázov, quizá aún podamos encontrarlo, pero éste es Perezvón. Ahora lo haré entrar en la habitación, quizá Iliusha se anime más que con el cachorro de mediolano. Aguarde, Karamázov, ahora descubrirá algo. ¡Ay, Dios mío, cómo se me ocurre retenerle aquí! —de pronto gritó Kolia impetuosamente—. Le estoy reteniendo con este frío y solo lleva la levita. ¿Lo ve? ¡Qué egoísta soy! ¡Ay, todos somos egoístas, Karamázov!

—No se preocupe, hace frío, es cierto, pero no suelo resfriarme. Vamos ya, de todas formas. Por cierto, ¿cómo se llama? Kolia ¿qué más?

—Nicolái, Nikolái Ivánov Krasotkin; o, como se dice en la jerga oficial, Krasotkin hijo. —Kolia se rió de algo, pero luego añadió—: Naturalmente odió el nombre de Nikolái.

—Y eso ¿por qué?

—Es trivial, burocrático...

—¿Tiene usted trece años? —preguntó Aliosha.

—En realidad, catorce, dentro de dos semanas cumplo catorce, muy pronto. Le confesaré de antemano una debilidad, Karamázov, se la confieso solo a usted para que nos vayamos conociendo, para que desde el principio pueda ver toda mi naturaleza: odio que me pregunten la edad, es más que odio... y finalmente... circula por ahí una calumnia sobre mí: dicen que la semana pasada estuve jugando a bandidos con los de preparatorio. Estuve jugando, eso es verdad, pero decir que yo jugara para mí, para mi propia diversión, es decididamente una calumnia. Tengo fundamentos para pensar que ha llegado a oídos de usted, pero yo no jugaba para mí, sino para los pequeños, porque sin mí no se les ocurría nada. Pero luego siempre se propagan esas tonterías. Ésta es la ciudad de los chismes, se lo aseguro.

—Y, aunque hubiera jugado para entretenerse usted, ¿qué habría pasado?

—¿Para entretenerme? ¿Es que acaso usted juega a los caballitos?

—Véalo de este modo —sonrió Aliosha—, los adultos van, por ejemplo, al teatro y en el teatro se representan aventuras de personajes de todo tipo, a veces también con bandidos y con guerras, ¿acaso esto no es lo mismo, solo que, naturalmente, a su manera? Que los jóvenes jueguen a la guerra en el recreo, o a los bandidos, es también un arte incipiente, una necesidad incipiente de arte en el alma joven y, a veces, esos juegos están mejor concebidos que las representaciones teatrales, con la diferencia de que al teatro se va a ver a los actores y que aquí son los propios jóvenes los actores. Pero eso es natural.

—¿Así lo cree? ¿Está convencido? —Kolia lo miraba fijamente—. ¿Sabe?, ha expresado una idea bastante curiosa, luego iré a casa y me devanaré los sesos pensando en ella. Reconozco que había puesto muchas esperanzas en aprender algo de usted. He venido a aprender de usted, Karamázov —concluyó Kolia con voz sentida y efusiva.

—Y yo de usted —sonrió Aliosha estrechándole la mano. Kolia estaba extraordinariamente contento con Aliosha. Le había sorprendido que lo tratara a todos los efectos como un igual y que le hablara como hablaría con «la persona más adulta».

—Ahora voy a hacerles un numerito, Karamázov, otra representación teatral —rió nervioso—, para eso he venido.

—Vamos a pasar primero ahí a la izquierda, donde viven las caseras; todos sus compañeros han dejado ahí el abrigo, porque en la habitación hay poco sitio y hace calor.

—Oh, solo será un momento, no hace falta que me quite el abrigo. Perezvón se quedará aquí en el zaguán, haciéndose el muerto: «¡Ici, Perezvón, ¡échate y quieto!». ¿Lo ve? Ya está muerto. Primero entraré, observaré la situación y después, cuando haga falta, daré un silbido: «¡Ici, Perezvón!», y ya verá cómo entra corriendo, todo

alborotado. Solo hace falta que Smúrov no se olvide de abrir la puerta en ese momento. Lo dispondré todo y ya verá usted qué truco...

V. Junto a la cama de Iliusha

En la estancia que ya conocemos, donde vivía la familia del capitán asistente en la reserva Sneguiriov, al que también conocemos, en ese momento había un ambiente sofocante y poco espacio debido al numeroso público congregado. Varios chicos se encontraban con Iliusha en esta ocasión y aunque todos ellos estaban dispuestos a negar, como Smúrov, que era Aliosha quien los había reconciliado y reunido con Iliusha, ésa era la realidad. Todo su arte en este caso había consistido en llevarlos uno tras a otro a ver a Iliusha sin «ñoñerías», sino como sin querer, por casualidad. Esto alivió enormemente el sufrimiento de Iliusha. Al ver la amistad, casi la ternura, y la simpatía de todos esos chicos, antes enemigos suyos, se sintió muy conmovido. Sin embargo, le faltaba Krasotkin y esta ausencia era una carga terrible para su corazón. Si en sus recuerdos más amargos había alguno especialmente amargo, era precisamente todo el episodio con Krasotkin, su antiguo único amigo y defensor sobre el que se había abalanzado con un cortaplumas. Así lo creía también el inteligente Smúrov, que había sido el primero en ir a hacer las paces con Iliusha. Pero Krasotkin, cuando Smúrov le comunicó como de pasada que Aliosha quería verlo «por cierto asunto», le interrumpió al instante y le cortó el paso, encargándole a su amigo que comunicara inmediatamente a «Karamázov» que él sabía cómo debía actuar, que no pedía consejos a nadie y que, si iba a ver al enfermo, él ya sabría cuándo debía ir, puesto que tenía sus «propios cálculos». Esto había sido dos semanas antes de este domingo. Por eso Aliosha no fue a verlo, como había sido su intención. De todas formas, aunque esperó un poco, mandó a Smúrov a ver a Krasotkin una segunda vez y una tercera. Pero ambas veces Krasotkin le respondió con una negativa igual de impaciente y brusca, transmitiendo a Aliosha que, si iba a buscarlo, entonces no iría nunca a ver a Iliusha y que no lo importunaran más. Ni siquiera Smúrov supo hasta el último día que Kolia había decidido ir a ver a Iliusha esa mañana, y solo la víspera, al despedirse por la tarde, de pronto le dijo bruscamente que lo esperara en casa a la mañana siguiente para ir juntos a ver a los Sneguiriov, pero que no se le ocurriera informar a nadie de su propósito, pues quería aparecer de improviso. Smúrov le obedeció. En cuanto a su esperanza de que Krasotkin llevara al perro desaparecido, a Zhuchka, estaba fundada en unas palabras que había dejado caer una vez: «Si no son capaces de encontrar a un perro, y ese perro está vivo, es que son todos unos burros». Pero cuando Smúrov, pasado un tiempo, le insinuó tímidamente lo que sospechaba acerca del perro,

Krasotkin se enfureció terriblemente: «¿Qué clase de burro crees que soy para andar buscando perros ajenos por toda la ciudad teniendo ya a Perezvón? ¿Cómo se puede soñar con que un perro que se ha tragado un alfiler siga vivo? ¡No son más que ñoñerías!».

Entretanto hacía ya casi dos semanas que Iliusha no se movía de su camita en el rincón de los iconos. No iba a clase desde el incidente con Aliosha, cuando le mordió en el dedo. Es más, se puso malo ese mismo día, aunque durante un mes pudo caminar mejor o peor por la habitación y el zaguán, las pocas veces que se levantaba de la cama. Al final se quedó sin fuerzas y ya no podía moverse sin ayuda de su padre. Éste temblaba por él, había dejado de beber por completo, casi había perdido la cabeza por temor a que su hijo pudiera morir y con frecuencia, sobre todo después de llevarlo del brazo por la habitación y de acostarlo de nuevo, salía corriendo al zaguán y en un rincón oscuro, con la frente apoyada en la pared, empezaba a sollozar con un llanto entrecortado que lo sacudía por entero, ahogando el ruido para que Iliusha no lo oyera.

Al regresar a la habitación, por lo general empezaba a distraer y a consolar a su querido niño, le contaba cuentos, anécdotas graciosas o parodiaba a distintas personas graciosas que había conocido, incluso imitaba animales, con sus graciosos aullidos y gritos. Pero a Iliusha no le gustaba nada que su padre hiciera muecas y se presentara como un bufón. El muchacho intentaba que no se notara que le desagradaba, pero era consciente, con dolor en el corazón, de que su padre estaba humillado socialmente y siempre, de forma obsesiva, le venían a la cabeza el «estropajo» y aquel «fatídico día». A Nínochka, la hermana tullida, callada y dócil de Iliusha, tampoco le gustaba que su padre hiciera muecas (en cuanto a Varvara Nikoláievna, hacía tiempo que había vuelto a San Petersburgo para seguir sus estudios); en cambio, la madre trastornada se lo pasaba en grande y reía con gusto cuando su marido hacía alguna imitación o realizaba gestos ridículos. Era lo único que la calmaba, el resto del tiempo refunfuñaba y se quejaba sin parar de que todos la habían olvidado, de que nadie la respetaba, de que la ofendían, etcétera, etcétera... Pero los últimos días parecía haber sufrido un cambio. A menudo miraba hacia el rincón de Iliusha y se quedaba pensativa. Se había vuelto más callada, más tranquila y, si se echaba a llorar, lo hacía en silencio para que no la oyeran. El capitán asistente, con amarga perplejidad, se dio cuenta del cambio. Al principio las visitas de los chicos no le gustaban y solo conseguían enfadarla, pero después sus gritos y relatos alegres empezaron a entretenerla y finalmente llegaron a gustarle tanto que, si hubieran dejado de ir, los habría echado mucho de menos. Cuando contaban algo o se ponían a jugar, ella se reía y daba palmas. A algunos les pedía que se acercaran para darles un beso. Apreciaba especialmente a Smúrov. En cuanto al capitán asistente, desde el principio la presencia en su casa de aquellos niños que venían a divertir a Iliusha colmó

su alma de alegría y entusiasmo e incluso le infundió esperanzas de que Iliusha dejaría de estar triste y así, quién sabe, se curaría antes. A pesar de su miedo por Iliusha, en ningún momento, prácticamente hasta el final, albergó la menor duda de que su niño se curaría de repente. Recibía a los pequeños huéspedes con veneración, se ocupaba de ellos y les servía; estaba dispuesto a llevarlos a caballito, y de hecho empezó a llevarlos, pero a Iliusha esos juegos no le gustaban y los dejaron. Empezó a comprarles dulces, priániki, frutos secos, les preparaba té, les hacía bocadillos. Hay que señalar que todo este tiempo el dinero no les faltó. El capitán asistente había acabado aceptando aquellos doscientos rublos de Katerina Ivánovna, según había predicho Aliosha. Y después Katerina Ivánovna, al conocer con mayor detalle su situación y la enfermedad de Iliusha, visitó personalmente la vivienda, conoció a toda la familia y logró incluso encandilar a la enajenada capitana. Desde entonces su generosidad no había cesado, y el capitán asistente, abrumado por el horror de pensar que su chico podía morir, se olvidó de su antiguo honor y aceptó sumiso los donativos. Todo este tiempo el doctor Herzenstube, a petición de Katerina Ivánovna, pasaba a ver al enfermo regular y puntualmente en días alternos, pero sus visitas apenas servían de ayuda y se limitaba a atiborrar de medicinas al chico. Sin embargo, ese día, es decir, ese domingo por la mañana, en casa del capitán asistente se esperaba a otro médico, venido de Moscú, donde se le consideraba una eminencia. Le había escrito e invitado expresamente Katerina Ivánovna a cambio de mucho dinero, no para tratar a Iliúshechka, sino con otro objetivo del que se hablará más adelante, en el momento oportuno; pero, ya que había venido, le pidió que visitara también a Iliúshechka, de lo que se había informado previamente al capitán asistente. En cambio, de la llegada de Kolia Krasotkin no tenía el menor presentimiento, aunque hacía tiempo que deseaba que viniera aquel muchacho por el que tanto sufría su Iliúshechka. En el momento en que Krasotkin abrió la puerta y entró en la habitación, todos, el capitán asistente y los chicos, se agolpaban alrededor de la cama del enfermo y observaban el diminuto cachorrito de mediolano recién traído, nacido la misma víspera, pero reservado por el capitán asistente desde hacía una semana para distraer y consolar a Iliúshechka, angustiado por Zhuchka, desaparecido y, naturalmente, muerto. Pero, aunque Iliusha, que se había enterado tres días antes de que le iban a regalar un perrito y no uno cualquiera, sino un mediolano (algo muy importante, desde luego), manifestaba por delicadeza y tacto su alegría por el regalo, todos, lo mismo el padre que los chicos, veían claramente que el perrito nuevo quizá solo había servido para remover con más fuerza en su corazón el recuerdo del infeliz Zhuchka, al que había martirizado. El cachorro se agitaba tumbado a su lado mientras él, con una sonrisa dolorosa, lo acariciaba con su mano delgadita, pálida, seca; se veía incluso que el perro le gustaba, pero... Zhuchka seguía sin aparecer, aquél no era Zhuchka; en cambio, si pudiera tener a Zhuchka y al cachorrito juntos, ¡su felicidad sería completa!

—¡Krasotkin! —gritó de pronto uno de los chicos, el primero que vio entrar a Kolia. Hubo una agitación visible, los chicos se apartaron y se colocaron a ambos lados de la cama, dejando a Iliúshechka a la vista. El capitán asistente se levantó precipitadamente para recibir a Kolia.

—Tenga la bondad, por favor... ¡querido huésped! —balbuceaba—. Iliúshechka, el señor Krasotkin ha venido a verte...

Pero Krasotkin, tras darle la mano rápidamente, mostró al instante su extraordinario conocimiento de las normas de etiqueta. Se dirigió en primer lugar a la esposa del capitán asistente, que estaba en su sillón (y que precisamente en ese momento estaba terriblemente descontenta y refunfuñaba porque los chicos le tapaban la cama de Iliusha y no le dejaban ver el perrito nuevo), y juntó los tacones frente a ella con extrema cortesía, a continuación se volvió hacia Nínochka y, como a una dama, le dedicó idéntico saludo. Este comportamiento cortés produjo en la dama enferma una impresión singularmente agradable.

—Éste sí que es un joven bien educado —dijo a voz en grito, abriendo los brazos—, no como los otros invitados: vienen el uno encima del otro.

—¿Cómo que el uno encima del otro, mami, cómo es eso? —balbuceó el capitán asistente con dulzura, aunque recelando un poco de la «mami».

—Pues que entran así. Ahí en el zaguán se suben los unos a hombros de los otros y entran así a ver a una familia respetable, a caballo. ¿Qué clase de visitas son ésas?

—Pero ¿quién, mami, quién ha entrado así?

—Pues ese chico hoy ha entrado encima de ese otro; aquél encima de ese de allí...

Pero Kolia ya estaba junto a la cama de Iliusha. El enfermo había palidecido visiblemente. Se había incorporado y miraba fija e intensamente a Kolia. Éste llevaba sin ver a su antiguo pequeño amigo un par de meses ya, y de repente se había quedado parado delante de él muy impresionado: jamás habría podido imaginarse que vería su carita tan demacrada y amarillenta, sus ojos ardiendo febriles y como terriblemente agrandados, sus manos tan delgaditas. Con doloroso asombro percibía la respiración profunda y acelerada de Iliusha, sus labios secos. Dio un paso hacia él, le tendió la mano y, casi completamente aturdido, dijo:

—Bueno, viejo... ¿qué tal?

Pero la voz se le cortó, le faltó resolución, la cara se le contrajo de pronto y la comisura de los labios empezó a temblarle. Iliusha le sonrió penosamente, todavía sin fuerzas para hablar. De repente Kolia alzó la mano y, sin saber por qué, la pasó por el pelo de Iliusha.

—No pasa nada —balbuceó en voz baja, acaso para animarlo, aunque en realidad no sabía para qué lo había dicho. Volvieron a guardar silencio—. ¿Qué es esto? ¿Tienes un cachorro nuevo? —preguntó Kolia con voz completamente indiferente.

—¡Sí-i-i! —Iliusha respondió con un susurro largo, ahogándose.

—Tiene el morro negro, así que es de los fieros, de presa —indicó Kolia con gravedad y firmeza, como si solo importaran el cachorro y su morro negro. Pero lo más importante era que estaba intentando con todas sus fuerzas dominar sus sentimientos para no llorar como un «pequeño», aunque no lo conseguía—. Cuando crezca, habrá que encadenarlo, eso ya lo sé yo.

—¡Va a ser enorme! —exclamó uno de los chicos del grupo.

—Ya se sabe que los mediolanos son enormes, de este porte, como un ternero —se alzaron de pronto varias voces.

—Como un ternero, como un auténtico ternero —intervino el capitán asistente—. He buscado a propósito uno así, de los más fieros, sus padres también son enormes y muy fieros, levantan todo esto desde el suelo... Siéntese, señor, ahí mismo en la cama, al lado de Iliusha, o aquí en el banco. Por favor se lo pedimos, querido huésped, tanto tiempo esperado... ¿Ha venido usted con Alekséi Fiódorovich, señor?

Krasotkin se sentó en la cama a los pies de Iliusha. Aunque es muy posible que se hubiera preparado por el camino para empezar con soltura la conversación, ahora había perdido completamente el hilo.

—No... con Perezvón... Ahora tengo un perro, Perezvón. Un nombre eslavo. Está ahí esperando... En cuanto silbe, entrará corriendo. Yo también tengo un perro —de repente se dirigió a Iliusha—, ¿te acuerdas, viejo, de Zhuchka? —Lo tumbó con esta pregunta.

A Iliúshechka se le desfiguró la cara. Miraba con sufrimiento a Kolia. Aliosha, de pie junto a la puerta, frunció el ceño y le hizo con la cabeza un gesto disimulado a Kolia para que no hablara de Zhuchka, pero el muchacho no se enteró o no quiso enterarse.

—Y ¿dónde está... Zhuchka? —preguntó Iliusha con una vocecita entrecortada.

—Bueno, hermano, tu Zhuchka... ¡fu! ¡Tu Zhuchka ha desaparecido!

Iliusha no dijo nada, pero una vez más miró muy fijamente a Kolia. Aliosha, captando la mirada de éste, volvió a hacerle señales enérgicas con la cabeza, pero Kolia apartó nuevamente los ojos, fingiendo que no había notado nada.

—Salió corriendo y desapareció. Y ¿cómo no después de un bocado así? —soltó sin piedad Kolia, pero también a él parecía faltarle el aire—. Pero tengo a Perezvón... Un nombre eslavo... Te lo he traído...

—¡No hace falta! —dijo de pronto Iliúshechka.

—Sí, sí, tienes que verlo sin falta... Te vas a divertir. Lo he traído a propósito... Es tan peludo como el otro... ¿Permite, señora, que llame a mi perro? —se dirigió de pronto a la señora Sneguiriova, con una emoción inconcebible.

—¡No, no hace falta! —exclamó Iliusha con la voz desgarrada de pena. Sus ojos brillaban con reproche.

—Tal vez, señor... —el capitán asistente se levantó bruscamente del baúl arrimado a la pared donde acababa de sentarse—, tal vez, usted... en otra ocasión... —

balbuceaba, pero Kolia, sin que nadie pudiera impedirselo, siguió a lo suyo y, apresurándose, le gritó de repente a Smúrov: «¡Smúrov, abre la puerta!»; en cuanto éste la abrió, Kolia sopló su silbato. Perezvón entró en la habitación precipitadamente.

—¡Salta, Perezvón! ¡A dos patas! ¡A dos patas! —empezó a gritar Kolia, poniéndose de pie de un salto; el perro, alzado sobre sus patas traseras, se estiró justo delante de la cama de Iliusha. Y sucedió algo que nadie esperaba: Iliusha se estremeció y de pronto se desplazó con fuerza hacia delante, se inclinó hacia Perezvón y se quedó mirándolo como petrificado.

—Es... ¡Zhuchka! —gritó de repente con la vocecita rota de sufrimiento y felicidad.

—Y ¿quién creías que era? —gritó con todas sus fuerzas, con voz sonora, feliz, Krasotkin; luego, inclinándose hacia el perro, lo cogió en brazos y se lo acercó a Iliusha—. Mira, viejo, ¿lo ves? Un ojo tuerto y la oreja izquierda con un corte, exactamente las marcas que me dijiste. ¡Lo encontré por esas marcas! Lo encontré justo entonces, al poco tiempo. No era de nadie, ¡no era de nadie! —explicaba, volviéndose rápidamente hacia el capitán asistente, su esposa, Aliosha y luego otra vez hacia Iliusha—. Estaba en el patio trasero de los Fedótov, allí se había instalado, pero no le daban de comer; es un perro fugitivo, se había escapado de una aldea... Y lo he encontrado... ¿Lo ves, viejo? Eso quiere decir que aquella vez no se tragó tu pan. Si se lo hubiera tragado, claro que se habría muerto, ¡claro que sí! De modo que le dio tiempo a escupirlo, ya que está vivo. Y tú no te diste cuenta de que lo había escupido. Lo escupió, pero de todas formas se pinchó en la lengua y por eso aullaba. Corría y aullaba y tú pensaste que se lo había tragado. Tuvo que aullar mucho porque los perros tienen la piel de la boca muy delicada... más delicada que las personas, ¡bastante más! —exclamó frenético Kolia, con la cara encendida y radiante de entusiasmo.

Iliusha no podía ni hablar. Miraba a Kolia con sus ojos grandes y como extremadamente desenchajados, con la boca abierta y pálido como el papel. Y, si Krasotkin, que no sospechaba nada, hubiera sabido de qué forma tan atroz y mortal podía influir ese momento en la salud del enfermo, por nada del mundo se habría decidido a hacer el truco que había hecho. Pero, de toda la habitación, puede que solo Aliosha lo comprendiera. En cuanto al capitán asistente, era como si se hubiera transformado en un niño pequeño.

—¡Zhuchka! Entonces, ¿es Zhuchka? —gritaba feliz—. Iliúshechka, ¡es Zhuchka! ¡Tu Zhuchka! Mami, ¡es Zhuchka! —Estaba a punto de echarse a llorar.

—¡Y yo que no me había dado cuenta! —exclamó Smúrov con pesar—. ¡Vaya con Krasotkin! Dije que encontraría a Zhuchka, y ¡lo ha encontrado!

—¡Lo ha encontrado! —repitió alguien alegremente.

—¡Bravo, Krasotkin! —se oyó una tercera voz.

—¡Bravo, Krasotkin! —empezaron a gritar y a aplaudir todos los chicos.

—¡Un momento, un momento! —Krasotkin intentaba gritar más fuerte que los otros—. Os voy a contar cómo ha sido, ¡la gracia está en cómo ha sido y no en otra cosa! El caso es que lo encontré, me lo llevé a casa y lo escondí, lo tuve en casa bajo llave y no se lo enseñé a nadie hasta el último momento. Smúrov fue el único que se enteró hace dos semanas, pero lo convencí de que era Perezvón y no se dio cuenta; entretanto le he enseñado a Zhuchka todas las lecciones: ahora veréis, ¡ahora veréis qué cosas sabe hacer! Para eso se las enseñé, para traértelo adiestrado y pulido, viejo. Ya verás, viejo, ¡menudo es Zhuchka ahora! ¿No tendrán un trocito de carne? Les va a hacer un numerito para partirse de risa. Un trocito de carne, ¿de verdad que no tienen?

El capitán asistente atravesó corriendo el zaguán y fue a la estancia de las caseras, donde se preparaba también la comida de su familia. Mientras tanto Kolia, con unas prisas desesperadas para no perder un tiempo valioso, le gritó a Perezvón: «¡Muerto!». Y el animal se dio una vuelta, se tumbó y se quedó inmóvil con las cuatro patas en alto. Los chicos se reían, Iliusha lo miraba con la misma sonrisa dolorosa de antes, pero a quien más le gustó la muerte de Perezvón fue a la «mami». Estalló en carcajadas al ver al perro y empezó a chasquear los dedos para llamarlo:

—¡Perezvón, Perezvón!

—No se va a levantar de ninguna manera, de ninguna —gritaba Kolia triunfante, enorgulleciéndose justamente—, ni aunque le grite todo el mundo; en cambio, si le grito yo, se levantará inmediatamente. ¡Ici, Perezvón!

El perro se levantó y empezó a dar saltos, aullando de alegría. El capitán asistente entró corriendo con un trozo de carne cocida.

—¿No estará caliente? —Kolia se informó, presuroso y diligente, mientras cogía el trozo—. No, no lo está, es que a los perros no les gusta la comida caliente. Mirad todos, Iliúshechka, mira, pero mira, viejo, ¿por qué no miras? Se lo traigo, ¡y no lo mira!

El nuevo número consistía en que el perro se quedase de pie, inmóvil y con el hocico hacia arriba, sosteniendo el delicioso trozo de carne justo en la punta del hocico. El infeliz animal debía aguantar con el trozo sobre el hocico tanto como quisiera el dueño, sin moverse, sin agitarse, aunque fuera media hora. Pero a Perezvón solo lo tuvieron así un momentito.

—¡Píllalo! —gritó Kolia y en un instante el trozo voló del hocico a la boca de Perezvón. Naturalmente, el público expresó un asombro entusiasta.

—Y ¡será posible, será posible que no haya venido en todo este tiempo solo por adiestrar al perro! —exclamó Aliosha, con un reproche involuntario.

—Por eso mismo —gritó Kolia con la mayor ingenuidad—. Quería mostrarlo en todo su esplendor.

—¡Perezvón! ¡Perezvón! —Iliusha empezó de pronto a chasquear sus delgaditos dedos para atraer al perro.

—¿Para qué? Que salte él solo a tu cama. Ici, Perezvón. —Kolia dio una palmada en la cama y Perezvón voló como una flecha hacia Iliusha. Éste le abrazó la cabeza con ambas manos y acto seguido Perezvón le lamió la mejilla. Iliúshechka se estrechó contra él, se tendió en la cama y ocultó la cara entre su pelo desgredado.

—¡Señor, Señor! —exclamaba el capitán asistente. Kolia volvió a sentarse en la cama.

—Iliusha, todavía puedo enseñarte otra cosa. Te he traído el cañoncito. ¿Te acuerdas? Ya te hablé de él, y tú dijiste: «¡Ay, cómo me gustaría poder verlo yo también!». Bueno, pues ahora lo he traído.

Y rápidamente sacó de la bolsa el cañoncito de bronce. Se daba tanta prisa porque estaba muy feliz: en otro tiempo se habría esperado a que pasara el efecto causado por Perezvón, pero ahora se apresuraba despreciando todo freno: «¿Sois felices? Pues ¡aquí tenéis aún más felicidad!». Él mismo estaba extasiado.

—Hace tiempo que le había echado el ojo a esta cosita en casa del funcionario Morózov; para ti, viejo, para ti. No la quería para nada, la había heredado de un hermano; se la cambié por un libro del armario de mi padre, El pariente de Mahoma o Una tontería curativa. Es un librito libertino, tiene cien años, lo publicaron en Moscú cuando todavía no había censura, y Morózov es aficionado a estas cosas. Encima me dio las gracias...

Kolia sostenía el cañoncito delante de todos para que pudieran verlo y deleitarse. Iliusha se incorporó y, sin dejar de abrazar con la mano derecha a Perezvón, examinaba maravillado el juguete. El efecto llegó a su grado máximo cuando Kolia declaró que también tenía pólvora y que se podía hacer fuego de inmediato «siempre que no moleste a las damas». Enseguida la «mami» pidió que le dejaran ver el juguete más de cerca, lo cual se cumplió en el acto. El cañoncito de bronce con ruedas le gustó muchísimo y se puso a hacerlo rodar sobre las rodillas. Dio su pleno consentimiento a la petición de hacer fuego, aunque sin entender qué le habían preguntado. Kolia mostró la pólvora y la munición. El capitán asistente, como antiguo militar, se ocupó de la carga, vertiendo una cantidad de pólvora muy pequeña, y pidió que dejaran el perdigón para otra ocasión. Colocaron el cañón en el suelo, con la boca apuntando a un lugar vacío, embutieron en el cebo tres granitos de pólvora y prendieron una cerilla. Y hubo un disparo esplendoroso. La madre tembló un poco, pero enseguida se echó a reír de contento. Los chicos miraban con aire de triunfo silencioso, pero quien se sentía completamente dichoso contemplando a Iliusha era el capitán. Kolia cogió el cañoncito y de inmediato se lo regaló a Iliusha, junto con la munición y la pólvora.

—¡Es para ti, para ti! Hace mucho que lo tenía preparado —repetía una y otra vez, en el colmo de la dicha.

—¡Ay, regálemelo a mí! Sí, ¡mejor regáleme a mí el cañoncito! —empezó a suplicar de pronto la madre, como si fuera una niña pequeña. Su semblante expresaba triste

preocupación ante el temor de que no se lo regalaran. Kolia se quedó turbado. El capitán asistente empezó a agitarse inquieto.

—¡Mamá, mamá! —Se acercó de un salto—. El cañón es tuyo, tuyo, pero deja que lo tenga Iliusha, porque se lo han regalado a él, pero aun así es tuyo, Iliúshechka siempre te dejará jugar; que sea de los dos, de los dos...

—No, no quiero que sea de los dos, no; que sea solo mío y no de Iliusha —continuaba la madre, ya dispuesta a echarse a llorar.

—¡Mamá, quédatelo, quédatelo! —gritó de repente Iliusha—. Krasotkin, ¿puedo regalárselo a mi madre? —se dirigió con aspecto suplicante a Krasotkin, como si temiera que éste se ofendiera por darle a otro su regalo.

—¡Claro que puedes! —afirmó Krasotkin y, cogiendo el cañoncito de las manos de Iliusha, él mismo se lo entregó con la más cortés de las reverencias a la madre. Ésta incluso se echó a llorar enternecida.

—Iliúshechka, cariño, ¡tú sí que quieres a tu mamá! —exclamó con ternura y enseguida se puso otra vez a hacer rodar el cañón por las rodillas.

—Mami, deja que te bese la mano —se acercó su marido y acto seguido cumplió su propósito.

—Y ¿quién es el joven más simpático? Pues ¡este chico tan bueno! —dijo la madre agradecida señalando a Krasotkin.

—Te traeré toda la pólvora que quieras, Iliusha. Ahora hacemos nosotros la pólvora. Borovikov ha averiguado su composición: veinticuatro partes de salitre, diez de azufre y seis de carbón de abedul, se muele todo junto, se le añade agua, se remueve la mezcla y se tamiza con una piel de tambor, y ya está lista la pólvora.

—Smúrov me ha hablado de la pólvora, pero papá dice que no es pólvora auténtica —respondió Iliusha.

—¿Cómo que no es auténtica? —Kolia enrojció—. Si arde... Por otra parte, no sé...

—No, señor, yo no he dicho eso, señor —intervino de pronto el capitán asistente con aire de culpabilidad—. Yo lo que he dicho es que la pólvora auténtica no se hace así, pero no pasa nada, señor, también se puede hacer así, señor.

—No sé, usted lo sabrá mejor. Nosotros la prendimos en un tarro de ungüentos de cerámica, y ardió muy bien, se consumió entera, solo quedó un pequeño resto de hollín. Pero aquello era solo una pasta, mientras que si se tamiza con la piel... Por lo demás, usted lo sabrá mejor que yo, yo no lo sé... A Bulkin le zurró su padre por culpa de la pólvora, ¿te lo han contado? —se dirigió de pronto a Iliusha.

—Sí —respondió éste. Escuchaba a Kolia con interés y placer infinitos.

—Preparamos una botella entera y él la guardó debajo de la cama. Su padre la vio. Puede estallar, le dijo. Y le dio unos azotes sin pensárselo dos veces. Quería quejarse de mí en el gimnasio. Y ahora no le deja juntarse conmigo, no dejan a nadie venir

conmigo. A Smúrov tampoco, tengo mala fama; dicen que soy un «temerario». —Kolia se sonrió con desprecio—. Todo empezó con lo del ferrocarril.

—¡Ah! Nosotros también oímos hablar de esa ocurrencia suya —exclamó el capitán asistente—. ¿Cómo le dio por tumbarse ahí? Y ¿será posible que no se asustara en absoluto mientras el tren le pasaba por encima? ¿No le dio miedo?

El capitán asistente le daba una coba terrible a Kolia.

—No... ¡no especialmente! —respondió desdeñoso Kolia—. El que sí le jugó una mala pasada a mi reputación fue aquel maldito ganso —volvió a dirigirse a Iliusha, y, aunque intentaba aparentar despreocupación para contarle, no conseguía dominarse y continuó como si no hubiera elegido el tono adecuado.

—¡Ah, también he oído lo del ganso! —Iliusha se echó a reír, estaba radiante—. Me lo contaron, pero no lo entendí, ¿de verdad te llevaron ante el juez?

—Una cosa de lo más estúpida, insignificante, de la que hicieron toda una montaña, según es costumbre —empezó Kolia con desenvoltura—. Un día iba yo por la plaza y justo acababan de traer unos gansos. Me paré y me puse a mirarlos. De pronto un mozo de aquí, Vishniakov, uno que ahora hace recados para los Plótnikov, se queda mirándome y me dice: «¿Qué haces mirando a los gansos?». Y yo me fijo en él: una jeta estúpida, redonda, un mozo de veinte años; yo, ya saben, nunca rechazo al pueblo. Me gusta estar con el pueblo... Nos hemos quedado a la zaga del pueblo, esto es un axioma... Creo que se está usted riendo, Karamázov.

—No, Dios me libre, le escucho con atención —respondió Aliosha con aire realmente cándido y el receloso Kolia se animó en un santiamén.

—Mi teoría, Karamázov, es clara y sencilla. —Volvía a acelerarse de puro contento—. Yo creo en el pueblo y siempre me alegro de que se le haga justicia, pero sin mimarlo en absoluto, esto es sine qua... Pero estaba hablando del ganso. Total, que me dirijo a ese idiota y le respondo: «Estaba pensando en lo que piensa un ganso». Me mira ya completamente atontado: «Y ¿en qué piensa?», dice. «¿Ves —le digo— esa telega cargada de avena? Está derramándose avena de un saco y el ganso ha estirado el cuello y lo ha metido por debajo de la rueda para picotear el grano, ¿lo ves?» «Claro que lo veo», me dice. «Bueno —le digo—, pues si ahora la telega se mueve un poquitín hacia delante, ¿le cortará el cuello al ganso con la rueda?» «Y tanto que se la cortará», dice con una sonrisa de oreja a oreja, derritiéndose de satisfacción. «Muy bien, pues vamos allá, muchacho, venga», le digo, y él: «Venga». Y no nos llevó mucho tiempo la operación: él se colocó junto a las bridas sin ser visto y yo en un lateral para dirigir al ganso. En ese momento el campesino estaba despistado, hablando con alguien, así que no tuve ni que dirigir al ganso: él solito alargó el cuello buscando avena debajo de la telega, justo bajo la rueda. Le hice un guiño al mozo, él dio un tirón de las bridas y... ¡crac! La rueda le pasó por encima del cuello, ¡justo por la mitad! Pero, mira por dónde, en ese preciso momento todos los aldeanos nos vieron y

empezaron a gritar a la vez: «¡Lo has hecho adrede!». «No, no ha sido adrede.» «¡Sí, ha sido adrede!» Y vociferaban: «¡Al juez de paz!». También me agarraron a mí, decían: «Tú también estabas aquí, le has echado una mano, ¡a ti todo el mercado te conoce!». En efecto, por algún motivo todo el mercado me conoce —añadió Kolia con orgullo—. Así que fuimos todos a ver al juez de paz, también llevaron el ganso. Miro y veo que el mozo se ha acobardado y se ha puesto a lloriquear, de verdad, lloriqueaba como una mujer. Y el pastor de los gansos gritaba: «¡Así puede uno aplastar todos los gansos que quiera!». Había testigos, naturalmente. El juez de paz acabó en un momento: que le den un rublo al pastor, y el mozo que se quede con el ganso. Y en lo sucesivo que no se permita gastar estas bromas. Y el mozo venga a berrear como una mujer: «No he sido yo —decía—, él me ha incitado», y me señalaba a mí. Le respondí completamente sereno que yo no lo había aleccionado para nada, que yo simplemente había expuesto la idea principal y le había hablado de un proyecto. El juez Nefiódov sonrió, pero luego se enfadó consigo mismo por haber sonreído: «Ahora mismo —me dice— enviaré un informe a sus superiores para que en adelante no vuelva a dedicarse a semejantes proyectos en lugar de estar sentado delante de un libro estudiando sus lecciones». No informó a los superiores, era una broma, pero la noticia se difundió y llegó a sus oídos, ¡y aquí hay quien tiene muy buen oído! El que más se indignó fue el profesor de clásicas, Kolbásnikov, pero Dardanélov me defendió otra vez. Y Kolbásnikov ahora está furioso con todos nosotros, como un burro verde. Iliusha, ¿sabes que se ha casado? Ha conseguido de los Mijáilov una dote de mil rublos; eso sí, la novia es un espantajo de mucho cuidado. Los de tercero enseguida compusieron un epigrama:

Asombrados dejó a los de tercero la novedad
de la boda de Kolbásnikov, entre tanta suciedad.

»Y sigue, es muy divertido, luego te lo traeré. De Dardanélov no digo nada, es un hombre de conocimientos, de conocimientos incuestionables. A la gente como él la respeto, y no porque me haya defendido...

—Pero ¡tú le diste una buena lección con lo de la fundación de Troya! —apuntó Smúrov, decididamente orgulloso de Krasotkin en ese momento. Le había gustado mucho la historia del ganso.

—¿De verdad le dio una lección, señor? —preguntó lisonjero el capitán—. ¿Se refiere a eso de quién fundó Troya, señor? Ya habíamos oído que lo puso usted en un aprieto, señor. Ya entonces me lo contó Iliúshechka...

—Papá, él lo sabe todo, ¡sabe más que nadie! —intervino también Iliusha—. Solo finge que es así, pero es el mejor alumno en todas las asignaturas...

Iliusha miraba a Kolia con felicidad inmensa.

—Eso de Troya es una tontería, no es nada. Yo mismo creo que esa cuestión no tiene importancia —intervino Kolia con orgullosa modestia. Había dado con el tono

justo, aunque también estaba algo preocupado. Sentía que estaba muy excitado y que la historia del ganso, por ejemplo, la había contado con demasiado sentimiento, mientras que Aliosha había guardado silencio durante todo el relato y estaba serio, y al orgulloso muchacho poco a poco empezó a roerle el corazón: «¿No será que está callado porque me desprecia pensando que estoy buscando sus elogios? En ese caso, si se atreve a pensar eso, entonces yo»...—. Creo que esa cuestión no tiene ninguna importancia —insistió con orgullo.

—Pues yo sé quién fundó Troya —dijo de pronto y de forma completamente inesperada un chico que hasta entonces casi no había abierto la boca, callado y aparentemente tímido; era muy guapo, tenía unos once años y se apellidaba Kartashov. Estaba sentado justo al lado de la puerta. Kolia lo miró con sorpresa y gravedad. El caso es que la cuestión de quién exactamente había fundado Troya se había convertido en un misterio en todas las clases y para desentrañarlo había que leer a Smarágdov. Pero, aparte de Kolia, nadie tenía ese libro. Y resulta que Kartashov, a hurtadillas, en una ocasión en que Kolia se había dado la vuelta, abrió rápidamente el Smarágdov, que estaba entre sus libros, y fue a dar directamente con el pasaje donde se hablaba de los fundadores de Troya. Esto había sucedido hacía tiempo, pero él se había quedado algo turbado y no se había decidido a confesar públicamente que sabía quién había fundado Troya, pues temía que no le serviría de nada y que Kolia lo haría sentirse incómodo. Pero en ese momento, por alguna razón, no pudo contenerse y lo dijo. Hacía mucho que quería hacerlo.

—Bueno, y ¿quién fue? —Kolia se volvió hacia él, arrogante y altanero, adivinando por su expresión que en efecto lo sabía y preparándose de inmediato para hacerle pagar las consecuencias. En el estado de ánimo colectivo se dio eso que llaman disonancia.

—Troya fue fundada por Teucro, Dárdano, Ilio y Tros —dijo de golpe el niño poniéndose colorado, tanto que daba pena verlo. Pero todos los chicos lo miraban de hito en hito, lo miraron un minuto entero y después todos esos ojos se volvieron al unísono hacia Kolia. Éste, desdeñoso y frío, seguía midiendo con la mirada al niño impertinente.

—Y ¿qué es eso de que la fundaron? —se dignó hablar por fin—. ¿Qué significa, en general, fundar una ciudad o un estado? ¿Qué hicieron, llegaron allí y cada uno puso un ladrillo?

Se oyeron risas. El chico culpable pasó del rosa al rojo vivo. Estaba callado, a punto de echarse a llorar. Kolia lo tuvo así un minuto más.

—Para hablar de acontecimientos históricos como la fundación de una nación, primero hay que entender lo que esto significa —recalcó con severidad—. Yo, de todos modos, no doy importancia a todos esos cuentos de viejas, en general no le

tengo mucho respeto a la historia universal —añadió de pronto con desdén, dirigiéndose ya a todos.

—¿A la historia universal? —preguntó, algo asustado, el capitán asistente.

—Sí, a la historia universal. El estudio de una serie de tonterías humanas, nada más. Solo respeto las matemáticas y las ciencias naturales —se jactó Kolia mirando fugazmente a Aliosha: su opinión era la única que temía en ese momento. Pero Aliosha seguía callado y estaba igual de serio que antes. Si hubiera dicho cualquier cosa, el asunto se habría dado por zanjado de inmediato, pero Aliosha guardaba silencio y «su silencio podría ser desdeñoso», así que Kolia terminó por enojarse—. Y además tenemos las lenguas clásicas: sencillamente una locura, nada más... Veo que de nuevo no está de acuerdo conmigo, Karamázov.

—No lo estoy. —Aliosha sonrió discretamente.

—Las lenguas clásicas, si quieren oír toda mi opinión, son una medida policial, se han introducido solo por eso —poco a poco volvía a faltarle el aire—, se han introducido porque son aburridas y porque embotan las facultades. Ya era aburrido, así que ¿qué hacer para que lo sea más aún? Ya era absurdo, así que ¿qué hacer para que lo sea más aún? Pues se inventaron las lenguas clásicas. Ésa es toda mi opinión sobre ellas y espero no cambiarla nunca —concluyó bruscamente Kolia. Le habían aparecido en las mejillas unos puntos rojos de rubor.

—Es verdad —convino Smúrov, que había estado escuchando aplicadamente, con voz sonora y segura.

—Pero ¡si es el mejor en latín! —gritó un chico entre el grupo.

—Sí, papá, habla así, pero es el mejor de la clase en latín —confirmó Iliusha.

—¿Y qué? —Kolia consideró necesario defenderse, aunque le habían agradado mucho los elogios—. Me aprendo el latín porque tengo que hacerlo, porque le prometí a mi madre terminar el curso y, en mi opinión, haga uno lo que haga, debe hacerlo bien, pero en lo profundo de mi alma desprecio el clasicismo y todas esas mezquindades... ¿No está de acuerdo, Karamázov?

—Pero ¿por qué «mezquindades»? —Aliosha volvió a esbozar una sonrisa.

—Por favor, si todos los clásicos están traducidos a todos los idiomas; por tanto el latín no lo necesitan para que estudiemos a los clásicos, sino solo como medida policial y para embotar nuestras facultades. ¿Cómo no ver aquí una mezquindad?

—Y ¿quién le ha enseñado todo eso? —exclamó al fin Aliosha, sorprendido.

—En primer lugar, soy capaz de entenderlo yo solo, sin que me lo enseñen, y en segundo lugar ha de saber que esto mismo que acabo de decir yo sobre los clásicos traducidos lo dijo en voz alta a toda la clase de tercero el profesor Kolbásnikov...

—¡Ha venido el médico! —exclamó de repente Nínochka, callada hasta entonces.

En efecto, a la puerta cochera de la casa había llegado el carruaje de la señora Jojlakova. El capitán asistente, que llevaba toda la mañana esperando al médico, salió

disparado a la puerta para recibirlo. La madre se arregló y adoptó un aire de importancia. Aliosha se acercó a Iliusha y empezó a colocarle la almohada. Nínochka observaba intranquila desde su sillón cómo le arreglaba la cama. Los chicos empezaron a despedirse precipitadamente, algunos prometieron pasar por la tarde. Kolia llamó a Perezvón, que saltó de la cama.

—¡Yo no me voy, no me voy! —le dijo a Iliusha a toda prisa—. Esperaré en el vestíbulo y vendré cuando se haya ido el médico, traeré a Perezvón.

El médico ya estaba entrando, una figura majestuosa con abrigo de piel de oso, largas patillas oscuras y barbilla lustrosamente afeitada. Tras franquear el umbral, se detuvo repentinamente como confuso, seguramente le parecía que se había equivocado de sitio: «¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?», farfulló sin quitarse el abrigo de los hombros ni la gorra de piel de foca con visera de idéntica piel de la cabeza. El gentío, la pobreza de la estancia, la ropa tendida en un rincón lo habían desconcertado. El capitán se inclinó ante él casi hasta el suelo.

—Es aquí, señor, aquí —farfullaba obsequioso—, es aquí, señor, está en nuestra casa, señor...

—¿Sne-gui-riov? —pronunció el médico en voz alta y majestuosa—. ¿Es usted el señor Sneguiriov?

—Sí, señor.

—¡Ah!

El médico volvió a examinar la habitación con aprensión y se quitó el abrigo. Todos quedaron deslumbrados por la importante condecoración que llevaba al cuello. El capitán agarró al vuelo el abrigo mientras el médico se quitaba la gorra.

—¿Dónde está el paciente? —preguntó en tono alto e imperioso.

VI. Desarrollo precoz

—¿Qué cree que le dirá el médico? —dijo Kolia precipitadamente—. Por cierto, vaya jeta tan detestable, ¿verdad? ¡No soporto la medicina!

—Iliusha se está muriendo. Me parece que eso es seguro —respondió Aliosha tristemente.

—¡Estafadores! ¡La medicina es una estafa! Pero me alegro de haberle conocido, Karamázov, hacía mucho que quería conocerle. Solo que es una pena que hayamos coincidido en un momento tan triste...

Kolia tenía muchas ganas de decir algo aún más intenso, más expansivo, pero era como si algo se lo impidiera. Aliosha se dio cuenta, sonrió y le apretó la mano.

—Hace tiempo que aprendí a estimar a la persona singular que hay en usted —volvió a farfullar Kolia, desconcertado e incómodo—. He oído decir que es usted un místico y que ha estado en un monasterio. Sé que es un místico, pero... eso no me ha detenido. El contacto con la realidad le curará... Con una naturaleza como la suya, no puede ser de otro modo.

—¿Qué entiende usted por místico? ¿Curarme de qué? —Aliosha estaba un poco sorprendido.

—Bueno, de Dios y esas cosas.

—Pero ¿de verdad no cree usted en Dios?

—Al contrario, no tengo nada en contra de Dios. Por supuesto que Dios es solo una hipótesis... pero... reconozco que es necesario, para el orden... para el orden del universo y todo eso... y si no existiera habría que inventarlo —añadió Kolia, que empezaba a ponerse colorado. De repente se había figurado que Aliosha iba a pensar de él que quería exhibir sus conocimientos y demostrar lo «mayor» que era. «Y yo para nada quiero exhibir mis conocimientos ante él», pensó indignado. Y de pronto se sintió terriblemente disgustado—. Confieso que no puedo participar en todas esas disputas —zanjó—, y es que se puede amar a la humanidad sin creer en Dios, ¿qué opina usted? Voltaire no creía en Dios pero amaba a la humanidad, ¿no?

«¡Otra vez! ¡Otra vez!», se dijo.

—Voltaire creía en Dios, aunque parece que no mucho, y por lo visto tampoco amaba mucho a la humanidad —dijo Aliosha tranquilo, reservado y con toda naturalidad, como si estuviera hablando con una persona de su misma edad o incluso mayor que él. Precisamente a Kolia le sorprendía esa especie de inseguridad de Aliosha al opinar sobre Voltaire y que le devolviera la pregunta a él, al pequeño Kolia, para que la resolviera—. ¿Ha leído usted a Voltaire? —concluyó Aliosha.

—No, no se puede decir que lo haya leído... Bueno, he leído Cándido, en la traducción rusa... una traducción antigua, monstruosa, ridícula...

«¡Otra vez, otra vez!»

—¿Y lo ha comprendido?

—Huy, sí, todo... es decir... ¿por qué cree que podría no haberlo comprendido? Claro que hay muchas cosas indecentes... Por supuesto que estoy en condiciones de comprender que es una novela filosófica y que se ha escrito para aplicar una idea... —Kolia ya se había liado del todo—. Yo soy socialista, Karamázov, soy un socialista incorregible —concluyó sin que viniera al caso.

—¿Socialista? —Aliosha se echó a reír—. Pero si no le ha dado tiempo, solo tiene trece años, creo.

Kolia se revolvió.

—En primer lugar, no son trece, sino catorce, dentro de dos semanas tendré catorce —se encendió—, y, en segundo lugar, no entiendo en lo más mínimo qué tiene que ver mi edad aquí. Estamos hablando de mis convicciones, y no de los años que tengo, ¿o no?

—Cuando tenga más años, verá por sí mismo la importancia de la edad para las convicciones. También me ha parecido que no habla con palabras propias —respondió Aliosha modesta y tranquilamente, pero Kolia le interrumpió acalorado.

—Ya veo, usted quiere obediencia y misticismo. Estará de acuerdo conmigo en que, por ejemplo, la fe cristiana solo ha servido para que ricos y nobles tengan esclavizada a la clase baja, ¿o no?

—Ah, sé dónde ha leído eso, y ¡alguien ha tenido que enseñárselo! —exclamó Aliosha.

—Vaya, ¿por qué he tenido que leerlo? Y nadie en absoluto me lo ha enseñado. Puedo yo solo... Y, si usted quiere, no estoy en contra de Cristo. Era una personalidad plenamente humana y, de estar vivo en nuestros días, iría directamente a unirse a los revolucionarios y puede que hasta tuviera un papel destacado... Incluso eso es seguro.

—Bueno, pero ¿de dónde se ha sacado todo eso? ¿Con qué idiota se ha mezclado? —exclamó Aliosha.

—Ya ve, no se puede ocultar la verdad. Yo, naturalmente, suelo hablar con el señor Rakitin por cierto motivo, pero... Ya lo dijo el viejo Belinski, según dicen.

—¿Belinski? No lo recuerdo, eso no lo escribió en ningún sitio.

—Pues si no lo escribió, dicen que lo dijo. Yo se lo he oído a un... ¡qué diablos!...

—Y ¿ha leído a Belinski?

—Verá... no... no lo he leído, pero... pero sí he leído el pasaje sobre Tatiana, de por qué no se fue con Oneguin.

—¿Que no se fue con Oneguin? ¿Acaso usted ya... entiende eso?

—Por lo que más quiera, parece que me ha tomado por el pequeño Smúrov. —Kolia sonrió irritado—. Además, no vaya usted a pensar que tengo tanto de revolucionario, por favor. Con mucha frecuencia no estoy de acuerdo con el señor Rakitin. Si hablamos de Tatiana, no estoy a favor de la emancipación de la mujer. Considero que la mujer es una criatura subordinada y debe obedecer. Les femmes tricotent, como dijo Napoleón —por alguna razón, Kolia se sonrió—, y al menos en esto sí comparto del todo las convicciones de ese pseudo gran hombre. Por ejemplo, también creo que dejar la patria camino de América es ruin, peor que ruin, es estúpido. ¿Para qué irse a América cuando aquí podemos ser de gran utilidad a la humanidad? Sobre todo ahora. Hay una cantidad enorme de actividades fructíferas. Así respondí yo.

—¿Cómo que respondió? ¿A quién? ¿Es que alguien le ha invitado a ir a América?

—Admito que me lo han sugerido, pero yo me negué. Que quede entre nosotros, Karamázov, ni una palabra a nadie. Solo se lo he dicho a usted. No tengo ninguna gana de acabar en las garras de la Tercera Sección y recibir lecciones junto al Puente de las Cadenas:

¡Recordarás el edificio

junto al Puente de las Cadenas!

»¿Se acuerda? ¡Es magnífico! ¿De qué se ríe? ¿Piensa que no hago más que contarle mentiras?

«¿Y si se entera de que en el armario de mi padre no hay más que un número de La Campana, y que no he leído nada más sobre eso?», pensó fugazmente pero con temor.

—Huy, no, no me estoy riendo y no creo en absoluto que me esté contando mentiras. Eso es precisamente lo que pasa, que no lo creo porque todo eso, ay, ¡es la pura verdad! Pero, dígame, a Pushkin, entonces, ¿lo ha leído? ¿Ha leído el Oneguín? Como ha hablado de Tatiana...

—No, todavía no, pero quiero leerlo. No tengo prejuicios, Karamázov. Quiero oír a las dos partes. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada.

—Dígame, Karamázov, usted me desprecia muchísimo, ¿no? —le atajó Kolia, irguiéndose frente a Aliosha como marcando su posición—. Haga el favor, dígamelo sin rodeos.

—¿Que yo le desprecio? —Aliosha le miraba sorprendido—. Y ¿por qué? Simplemente me da pena que una naturaleza encantadora como la suya y que aún no ha empezado a vivir esté ya pervertida por todas esas burdas tonterías.

—No se preocupe por mi naturaleza —le interrumpió Kolia no sin arrogancia—, pero es verdad que soy desconfiado. Estúpidamente desconfiado, burdamente desconfiado. Usted ha sonreído y me ha parecido que...

—Ah, he sonreído por otra cosa. Mire por qué sonreía: hace poco leí la opinión de un extranjero, de un alemán, que ha vivido en Rusia, sobre nuestros jóvenes estudiantes de hoy: «Muéstrole —escribe— a un escolar ruso un mapa del cielo estrellado del que hasta ese momento no tenía ni la menor idea y al día siguiente se lo devolverá corregido». Cero conocimiento y presunción sin límites, eso es lo que quería decir el alemán sobre los escolares rusos.

—¡Ah, es completamente cierto! —Kolia se echó a reír a carcajadas—. ¡Ciertísimo! ¡Punto por punto! ¡Bravo, alemán! Pero ese teutón no ha sabido ver la parte positiva, ¿usted qué cree? La presunción, de acuerdo, es por la edad, puede corregirse si fuera necesario corregirla, pero, por otra parte, está el espíritu independiente casi desde la misma infancia, la audacia de pensamiento y de convicciones y no ese espíritu salchichero suyo de servilismo ante las autoridades... Pero, aun así, ¡qué bien ha hablado el alemán! ¡Bravo, alemán! Aunque, de todas formas, hay que aplastar a los alemanes. De acuerdo que allí son buenos en ciencias, pero aun así hay que aplastarlos...

—¿Aplastarlos? ¿Por qué? —Aliosha sonrió.

—Bueno, puede que fuera un disparate, estamos de acuerdo. A veces soy un niño terrible y, cuando me alegro por alguna razón, soy incapaz de contenerme y no hago más que soltar sandeces. Escuche, usted y yo, no obstante, estamos aquí hablando de nimiedades y ese médico lleva un buen rato ahí dentro encerrado. Aunque quizá también esté examinando a «mami» y a la tullida Nínochka. ¿Sabe?, me gusta esa Nínochka. De pronto me ha susurrado mientras salía: «¿Por qué no ha venido antes?». ¡Y con qué voz, con un reproche! Me parece que es tremendamente buena y digna de lástima...

—¡Sí, sí! Si va a venir por aquí, ya verá qué clase de criatura es. Le vendrá muy bien conocer a tales criaturas para saber valorar muchas otras cosas que descubrirá precisamente conociéndolas —observó Aliosha con calor—. Eso le hará cambiar más que ninguna otra cosa.

—¡Ay, cuánto lamento y me reprocho por no haber venido antes! —exclamó Kolia con un amargo sentimiento.

—Sí, es una pena. Ya ha visto usted qué impresión tan alegre le ha causado a la pobre criaturita. ¡Cuánto se habrá consumido en la espera!

—¡No me lo diga! Lo que hace es enconar la herida. Por lo demás, me lo tengo merecido: si no he venido, ha sido por amor propio, por un amor propio egoísta y por un despotismo vil del que no he podido liberarme en toda la vida aunque haya intentado cambiar. Ahora veo que soy un canalla en muchos aspectos, Karamázov.

—No, tiene una naturaleza encantadora, aunque se haya pervertido, y comprendo bien por qué ha podido tener tanta influencia sobre ese chico noble y enfermizamente sensible —respondió Aliosha acaloradamente.

—Y ¿usted me dice eso a mí! —gritó Kolia—. Imagínese, y yo que pensaba (¡en el tiempo que llevo hoy aquí lo he pensado varias veces!)... yo que pensaba que usted me despreciaba. ¡Si usted supiera cómo valoro su opinión!

—Pero ¿tan desconfiado es usted? ¡A su edad! Bueno, imagínese, antes, mirándole mientras hablaba, precisamente he pensado que debía ser muy desconfiado.

—¿Eso ha pensado? Caramba, vaya ojo tiene usted, ya lo ve. Apuesto a que ha sido cuando estaba contando lo del ganso. Precisamente en ese instante me he creído que me despreciaba profundamente por esas ganas mías de ser el protagonista, incluso sentí odio y empecé a decir cosas absurdas. Después me he imaginado (esto ya ha sido ahora mismo, aquí), cuando estaba diciendo: «Si Dios no existiera habría que inventarlo», que tenía demasiadas ganas de demostrarle mi instrucción, sobre todo porque esa frase la he leído en un libro. Pero le juro que las ganas de exhibirme no se debían a la soberbia, sino... bueno, no sé por qué, a la alegría, eso es, a la alegría... aunque es un rasgo profundamente vergonzoso que uno vaya por ahí molestando a todo el mundo por alegría. Eso ya lo sé yo. Pero ahora, en cambio, estoy convencido de que usted no me desprecia, sino que son imaginaciones mías. ¡Ay, Karamázov, soy tan desgraciado! A veces me imagino, Dios sabrá por qué, que todos, todo el mundo, se ríen de mí, y en esos momentos estoy dispuesto a destruir todo el orden de las cosas.

—Y hace sufrir a quienes le rodean —sonrió Aliosha.

—Y hago sufrir a quienes me rodean, especialmente a mi madre. Karamázov, dígame, ahora ¿estoy haciendo mucho el ridículo?

—¡No piense eso! ¡No lo piense en absoluto! —exclamó Aliosha—. Además, ¿qué es hacer el ridículo? Hoy día casi todas las personas con talento tienen un miedo terrible a hacer el ridículo y por eso son desgraciadas. No puede dejar de sorprenderme que haya empezado usted a sentirse así tan pronto, aunque, por lo demás, hace mucho que lo vengo notando y no solo en usted. Hoy día hasta los niños casi han empezado a sufrir por ello. Es poco menos que una locura. El diablo se ha encarnado en ese amor propio y se ha introducido en toda una generación; precisamente el diablo —añadió Aliosha sin sonreír en absoluto, a pesar de lo que había estado a punto de pensar Kolia, que lo miraba de hito en hito—. Usted es como todos —concluyó Aliosha—, o como muchos; simplemente no sea como todos y ya está.

—¿A pesar de que todos son así?

—Eso es, a pesar de que todos son así. Sea usted el único distinto. En realidad, usted no es como todos, por ejemplo, ahora no ha tenido vergüenza en confesar algo tonto y hasta ridículo. Y en nuestros días ¿quién más lo habría hecho? Nadie, incluso han dejado de considerar necesario censurarse a sí mismos. Así pues, no sea como todos, aunque sea usted el único diferente, no sea como todos.

—¡Magnífico! No me he equivocado con usted. Es capaz de consolar. ¡Oh, cuánto deseaba conocerle, Karamázov! ¡Hacía tanto tiempo que buscaba este encuentro! ¿De verdad usted también pensaba en mí? Hace un momento ha dicho que también pensaba en mí.

—Sí, había oído hablar de usted y pensaba en usted... y, si en parte lo pregunta por amor propio, no pasa nada.

—¿Sabe una cosa, Karamázov? Nuestras declaraciones se parecen mucho a una declaración de amor —dijo Kolia con voz débil y avergonzada—. Eso no será algo ridículo, ¿verdad?

—En absoluto y, aunque fuera ridículo, no pasaría nada, porque es algo bueno. —Aliosha sonrió radiante.

—Pero, Karamázov, admitirá que ahora está un poco avergonzado de estar conmigo... Lo veo en sus ojos. —Kolia esbozó una sonrisa un tanto maliciosa, pero también casi de felicidad.

—¿Avergonzado? ¿Por qué?

—Entonces, ¿por qué se ha puesto colorado?

—¡Usted ha hecho que me ponga colorado! —Aliosha se echó a reír y, en efecto, enrojeció totalmente—. Bueno, sí, un poco avergonzado sí, Dios sabrá por qué, yo no sé por qué... —farfulló casi desconcertado.

—¡Oh, cuánto le quiero y le aprecio en este momento precisamente por eso, porque se siente avergonzado de estar conmigo! ¡Porque usted es como yo! —exclamó Kolia totalmente extasiado. Las mejillas le ardían, los ojos le brillaban.

—Oiga, Kolia, va a ser usted, por cierto, un hombre muy desgraciado en la vida —dijo de pronto Aliosha sin saber muy bien por qué.

—Lo sé, lo sé. ¡Usted lo sabe todo de antemano! —corroboró Kolia al instante.

—Pero, aun así, bendecirá la vida en su conjunto.

—¡Exactamente! ¡Hurra! ¡Es usted un profeta! Oh, vamos a entendernos, Karamázov. ¿Sabe?, lo que más me maravilla es que habla conmigo como con un igual. Y no somos iguales, no, no somos iguales, ¡usted es superior! Pero vamos a entendernos. ¿Sabe?, todo este último mes me decía: «¡O nos hacemos amigos de golpe y para siempre o a la primera nos separamos como enemigos hasta la tumba!».

—Y, diciendo eso, usted ya me quería, naturalmente. —Aliosha reía alegremente.

—Le quería, le quería terriblemente, ¡le quería y soñaba con usted! Pero ¿cómo sabía todo eso de antemano? Vaya, ahí está el médico. Señor, va a decir algo, ¡mire qué cara tiene!

VII. Iliusha

El médico salía de la estancia envuelto de nuevo en el abrigo de piel y con la gorra en la cabeza. Tenía cara casi de enfado y aprensión, como si temiera mancharse con algo. Echó un vistazo rápido por el zaguán y miró con severidad a Aliosha y a Kolia. Desde la puerta Aliosha le hizo un gesto con la mano al cochero y el carruaje que había traído al médico se acercó hasta la entrada. El capitán asistente salió precipitadamente detrás del médico e inclinándose, casi doblándose, lo detuvo para una última palabra. La cara del pobre hombre estaba destrozada, la mirada asustada:

—Excelencia, excelencia... ¿de veras?... —empezó, pero no terminó de hablar, solo juntó las manos con desesperación, aunque seguía mirando al médico en un último ruego, como si de verdad con una palabra suya se pudiera cambiar el veredicto del pobre niño.

—¿Qué quiere que haga? ¡No soy Dios! —respondió el médico en tono desdeñoso aunque imponente, como acostumbraba.

—Doctor... Excelencia... y ¿será pronto, lo será?

—Pre-pá-ren-se para cualquier cosa —respondió el médico recalcando cada sílaba y, bajando la vista, se dispuso a cruzar el umbral y encaminarse hacia el carruaje.

—¡Excelencia, por el amor de Dios! —volvió a detenerlo asustado el capitán—. ¡Excelencia!... Entonces, ¿ya nada, de verdad que ya nada puede ahora salvarlo?...

—Ahora no de-pen-de de mí —dijo el médico con impaciencia—, sin embargo, hum... —se detuvo de repente—, si usted pudiera, por ejemplo, en-vi-ar... al paciente... ahora mismo y sin perder ni un momento —las palabras «ahora mismo y sin perder ni un momento» el médico las pronunció ya no en tono severo, sino casi furioso, tanto que el capitán asistente casi se estremeció— a Si-ra-cu-sa, quizá... gracias a unas condiciones cli-má-ti-cas nuevas y pro-pi-ci-as... podría, tal vez, ocurrir...

—¡A Siracusa! —gritó el capitán asistente como si no entendiera nada.

—Siracusa está en Sicilia —intervino en voz alta Kolia para aclarárselo. El médico lo miró.

—¡A Sicilia! Bátiuska, excelencia —el capitán asistente estaba desconcertado—, pero ¡usted lo ha visto! —Abarcó con ambas manos todo cuanto lo rodeaba para indicar sus circunstancias—. Y ¿qué hago con mami, qué hago con la familia?

—Nooo, su familia no tiene que ir a Sicilia, envíe su familia al Cáucaso al principio de la primavera... Envíe a su hija al Cáucaso, y a su esposa... Si hiciera una cura de aguas en el Cáu-ca-so en vista de su reumatismo... y justo después la en-via-ra a París,

a la clínica del doctor en psi-quia-trí-a Le-pel-le-tier... yo podría darle una nota para él, entonces... podría, tal vez, ocurrir...

—¡Doctor, doctor! Pero ¡ya lo está viendo! —el capitán volvió a abrir los brazos señalando desesperado las paredes de troncos desnudas del zaguán.

—Eso ya no es asunto mío —se sonrió el médico—, yo solo he dicho lo que la ciencia podía decir a su pregunta sobre los últimos medios, lo demás... sintiéndolo...

—No se preocupe, galeno, mi perro no va a morderle —soltó en voz alta Kolia tras advertir la mirada algo inquieta del médico a Perezvón, que estaba en el umbral. Se podía percibir una nota de rabia en su voz. Había dicho «galeno» en lugar de médico a propósito; «lo dije para ofender», explicaría más tarde.

—¿Qué significa esto? —El médico levantó la cabeza después de mirar sorprendido a Kolia—. ¿Quién es éste? —le preguntó de repente a Aliosha, como pidiéndole cuentas.

—Soy el dueño de Perezvón, galeno, no se preocupe por mí —recalcó Kolia.

—¿Zvon? —repitió el médico, sin entender qué era eso de «Perezvón».

—Habla sin ton ni son. Adiós, galeno, nos vemos en Siracusa.

—¿Quién es é-se? ¿Quién? ¿Quién? —El médico, de pronto, se sulfuró terriblemente.

—Es un escolar de por aquí, doctor, un chico travieso, no le haga caso —dijo Aliosha atropelladamente con el ceño fruncido—. ¡Kolia, cálese! —le gritó a Krasotkin—. No hay que prestarle atención, doctor —repitió ya un tanto impaciente.

—Unos a-zo-tes, eso es lo que necesita, unos a-zo-tes. —El médico, que había montado en cólera, se puso a patalear.

—Pues sabe, galeno, ¡puede que Perezvón sí que muerda! —dijo Kolia con voz temblorosa, pálido y con los ojos brillantes—. ¡lci, Perezvón!

—¡Kolia, si dice una sola palabra más, romperé con usted para siempre! —gritó Aliosha con autoridad.

—Galeno, en todo el mundo solo hay un ser que puede dar órdenes a Nikolái Krasotkin, y es este hombre —Kolia señaló a Aliosha—, a él me someto. ¡Adiós!

Salió disparado y, tras abrir la puerta, entró en la habitación. Perezvón se lanzó tras él. El médico se quedó unos cinco segundos como pasmado mirando a Aliosha, a continuación escupió y se fue rápidamente hacia el carruaje repitiendo en voz alta: «Esto, esto, esto... ¡no sé lo que es esto!». El capitán corrió a ayudarlo a subir. Aliosha entró en la habitación siguiendo a Kolia. Éste ya estaba en la cama de Iliusha. Iliusha le cogía de la mano y llamaba a su padre. Un minuto después regresó el capitán asistente.

—Papá, papá, ven aquí... nosotros... —empezó Iliusha enormemente agitado, pero, al parecer sin fuerzas para seguir, alargó sus demacrados brazos y con fuerza, con toda la que podía, abrazó a los dos a la vez, a Kolia y a su padre, uniéndolos en un

único abrazo y estrechándose contra ellos. El capitán empezó a temblar entre sollozos ahogados y a Kolia le temblaban los labios y la barbilla—. ¡Papá, papá! ¡Cuánto lo siento por ti, papá! —Iliusha gemía amargamente.

—Iliúshechka... corazón... el médico ha dicho... Te vas a poner bien... Seremos felices... El médico... —empezó a decir el capitán asistente.

—¡Ay, papá! Sé lo que te ha dicho el médico nuevo... ¡Lo he visto! —exclamó Iliusha y volvió a estrechar a los dos con todas sus fuerzas, escondiendo la cara en el hombro de su padre—. Papá, no llores... y, cuando muera, busca a un buen chico, a otro... Elige a uno de ellos, a uno bueno, llámale Iliusha y quiérela a él en mi lugar...

—No digas nada, viejo, ¡vas a curarte! —gritó Krasotkin, parecía furioso.

—Y no me olvides nunca, papá —continuaba Iliusha—, ven a visitarme a la tumba... Papá, entiérrame junto a nuestra roca grande, a la que íbamos a pasear tú y yo, ven a visitarme con Krasotkin, por las tardes... Y Perezvón... yo os esperaré... ¡Papá, papá!

Se le cortó la voz, los tres se quedaron abrazados en silencio. En su sillón, Nínochka también lloraba en silencio y, de repente, al ver a todos llorando, también la madre se cubrió de lágrimas.

—¡Iliúshechka, Iliúshechka! —decía.

Krasotkin se liberó del abrazo de Iliusha.

—Adiós, viejo, me espera mi madre para comer —dijo precipitadamente—. Es una pena no haberla advertido. Se va a preocupar mucho... Pero después de comer vendré enseguida a verte, todo el día, toda la tarde, y te contaré muchas cosas, ¡muchas! Y traeré a Perezvón, ahora me lo llevo porque, si no estoy, empezará a aullar y te va a molestar. ¡Hasta la vista!

Y salió corriendo al zaguán. No quería echarse a llorar, pero aun así, en el zaguán se deshizo en lágrimas. Y en ese estado se lo encontró Aliosha.

—Kolia, es indispensable que cumpla su palabra y venga, o Iliusha se afligirá muchísimo —dijo Aliosha con tono insistente.

—¡Lo haré! Oh, cuánto me maldigo por no haber venido antes —farfulló Kolia llorando y ya sin turbarse por hacerlo. En ese momento el capitán salió como volando de la habitación y al instante cerró la puerta. Tenía el rostro exaltado, los labios le temblaban. Delante de los dos jóvenes suplicó con las manos.

—¡No quiero un buen chico! ¡No quiero otro chico! —susurró violentamente, le rechinaban los dientes—. Jerusalén, si yo de ti me olvido, que se pegue...

No terminó de hablar, se ahogaba, se arrodilló sin fuerzas frente al banco de madera. Apretando los puños contra la cabeza, empezó a sollozar aullando absurdamente, pero aun así conteniéndose con todas sus fuerzas para que los aullidos no se oyeran en el interior de la isba. Kolia salió a la calle.

—¡Adiós, Karamázov! ¿Usted vendrá? —le gritó a Aliosha con brusquedad, enojado.

—Esta tarde estaré seguro.

—Eso que ha dicho él sobre Jerusalén... ¿qué era?

—De la Biblia: «Jerusalén, si yo de ti me olvido», es decir, si me olvido de lo más valioso que tengo, si lo sustituyo, que entonces me derribe...

—Comprendo, ¡es suficiente! ¡Venga usted también! ¡Ici, Perezvón! —le gritó al animal ya completamente furioso y echó a andar hacia su casa con pasos grandes, rápidos.

LIBRO UNDÉCIMO

EL HERMANO IVÁN FIÓDOROVICH

I. En casa de Grúshenka

Aliosha se dirigió a la plaza de la Catedral, a casa de la comerciante Morózova, a ver a Grúshenka. Ésta, a primera hora de la mañana, le había mandado a Fenia con el encarecido ruego de que fuera a verla. Interrogando a Fenia, Aliosha averiguó que su señora era presa, ya desde la víspera, de una enorme e inusitada preocupación. En los dos meses que habían seguido a la detención de su hermano, Aliosha había visitado con frecuencia la casa de Morózova, tanto por su propia iniciativa como por encargo de Mitia. A los tres días de la detención, Grúshenka había caído gravemente enferma, y su dolencia se prolongó cerca de cinco semanas. Una de esas cinco semanas la pasó inconsciente. Le había cambiado enormemente la cara, había adelgazado y se había puesto amarilla, a pesar de que ya hacía casi dos semanas que podía salir a la calle. Pero, en opinión de Aliosha, su rostro se había vuelto aún más atractivo, y le gustaba encontrarse con su mirada al entrar a verla. Algo en aquella mirada parecía ahora más asentado, más razonable. Se manifestaba cierta transformación anímica, iba surgiendo una capacidad de decisión firme aunque humilde, dulce e irrevocable a un tiempo. En la frente, entre las cejas, había aparecido una pequeña arruga vertical que daba al simpático rostro un aire meditativo, concentrado en sí mismo, casi severo a primera vista. De la frivolidad anterior, por ejemplo, no quedaba ni rastro. También le parecía extraño a Aliosha que, a pesar de las desgracias sufridas por aquella pobre mujer, prometida de un hombre detenido por un crimen atroz prácticamente en el mismo instante en que se hacían novios, a pesar de la enfermedad que siguió después y de la amenaza de una condena casi inevitable, no hubiera perdido Grúshenka su alegría juvenil. En sus ojos, antes orgullosos, brillaba ahora cierta mansedumbre, aunque... aunque también es verdad que esos ojos volvían a encenderse en ocasiones con una chispa maliciosa, cada vez que rondaba a la joven una antigua inquietud que no solo no se había extinguido sino que incluso había crecido en su corazón. El objeto de esa inquietud seguía siendo el mismo: Katerina Ivánovna, de quien Grúshenka, cuando yacía aún enferma, se acordaba hasta en sus delirios. Aliosha era consciente de que

sentía unos celos terribles de esa mujer por culpa de Mitia, de Mitia el recluso, a pesar de que Katerina no había ido a visitarlo a la cárcel ni una sola vez, algo que podría haber hecho si hubiera querido. Todo eso le había creado un delicado problema a Aliosha, pues solo a él le abría Grúshenka su corazón y le pedía incesantemente consejo; a veces, sin embargo, él no estaba en condiciones de decirle absolutamente nada.

Aliosha llegó preocupado a casa de Grúshenka. Ella ya estaba allí, hacía una media hora que había vuelto de ver a Mitia y, por la rapidez con que se levantó del sillón, situado detrás de la mesa, y fue a su encuentro, Aliosha dedujo que estaba esperándolo con gran impaciencia. Había unas cartas sobre la mesa, repartidas ya para jugar al tonto. En un diván de cuero, al otro lado de la mesa, habían preparado una cama en la que estaba medio echado Maksímov, en bata y con un gorro de dormir de algodón; se le veía enfermo y débil, a pesar de su dulce sonrisa. A su regreso de Mókroie, en compañía de Grúshenka, hacía dos meses, aquel anciano sin techo se había instalado en casa de la joven y allí seguía desde entonces. Cuando llegó con ella, entre la lluvia y el barro, calado hasta los huesos y asustado, se sentó en el diván y se quedó mirándola en silencio, con una tímida y suplicante sonrisa. Grúshenka, abrumada por una pena terrible y con una incipiente calentura, y habiéndose olvidado casi por completo de él en la primera media hora después de su llegada, mientras atendía otras tareas, de pronto lo miró fijamente: Maksímov le respondió con una risita triste y desconcertada. Grúshenka llamó a Fenia y le mandó que le diera de comer. Todo aquel día se lo pasó Maksímov sentado en el mismo sitio, sin moverse apenas; cuando anocheció y cerraron los postigos, Fenia preguntó a su señora:

—Dígame, señora, ¿se va a quedar el señor a pasar aquí la noche?

—Sí, hazle la cama en el diván —respondió Grúshenka.

Interrogándolo con más detalle, la joven se enteró de que Maksímov realmente no tenía dónde meterse y de que «el señor Kalgánov, mi bienhechor, me ha dicho claramente que no piensa seguir acogiéndome, y me ha dado cinco rublos». «Bueno, que Dios te guarde, puedes quedarte», resolvió Grúshenka con tristeza, sonriéndole compasivamente. Aquella sonrisa conmovió al viejo, y los labios le temblaron en un llanto agradecido. Así que a partir de entonces aquel gorrón errante se quedó en su casa. Ni siquiera se marchó cuando ella estuvo enferma. Fenia y su madre, la cocinera de Grúshenka, no lo echaron, sino que siguieron dándole de comer y haciéndole la cama en el diván. Después Grúshenka incluso se acostumbró a su presencia y, cada vez que volvía de ver a Mitia (a quien empezó a visitar en cuanto mejoró un poco, aun sin haberse restablecido del todo), para aliviar su pena, se sentaba y empezaba a charlar con «Maksímushka» de toda clase de trivialidades con tal de no pensar en su angustia. Resulta que al viejecillo no se le daba mal contar alguna historia de vez en cuando, así que al final a Grúshenka hasta se le hacía imprescindible. Aparte de Aliosha, que de

todos modos tampoco se pasaba a verla todos los días, y nunca se quedaba demasiado tiempo, Grúshenka prácticamente no recibía a nadie. En cuanto al viejo mercader, su protector, ya estaba por entonces gravemente enfermo, «en las últimas», como decían en la ciudad, y efectivamente murió una semana después de que se celebrara el juicio de Mitia. Tres semanas antes de su muerte, sintiendo próximo el final, mandó llamar, por fin, a sus hijos, con sus mujeres y sus nietos, y les mandó que no se apartaran ya de su lado. Desde ese mismo instante, dio orden terminante a sus criados de no permitir la entrada de Grúshenka, y de decirle, en caso de que se presentara: «Dice que le desea una vida larga y alegre, y que se olvide de él para siempre». Grúshenka, no obstante, casi todos los días mandaba a alguien a interesarse por la salud del viejo.

—¡Por fin has llegado! —gritó, soltando las cartas y saludando alegremente a Aliosha—. Maksímushka me había asustado, diciéndome que seguramente ya no vendrías. ¡Ay, cómo te necesito! Anda, siéntate. ¿Qué te apetece? ¿Un café?

—¿Por qué no? —dijo Aliosha, sentándose a la mesa—. Estoy hambriento.

—Vaya, vaya. ¡Fenia, Fenia! ¡El café! —gritó Grúshenka—. Ya lleva un rato hirviendo, te está esperando; trae también unas empanadillas, pero mira que estén calientes. Espera, Aliosha, con estas empanadillas se ha liado hoy una buena. Se las he llevado a la cárcel y él, no te lo vas a creer, me las ha rechazado, no ha querido comerlas. Una empanadilla la ha tirado al suelo y la ha pisoteado. Yo le he dicho: «Se las dejo al vigilante; ¡si no te las comes de aquí a la noche, es que te alimentas de tu venenosa maldad!», y me he ido. Ya hemos vuelto a reñir, ¿querrás creértelo? No hay vez que vaya a verlo que no nos peleemos.

Grúshenka contó todo eso de un tirón, muy agitada. Maksímov se turbó enseguida; sonrió, bajando los ojos.

—Pero, esta vez, ¿por qué habéis reñido? —preguntó Aliosha.

—¡Jamás me lo habría esperado! Imagínate, está celoso del «anterior». «¿Para qué lo mantienes? —dice—. ¿Así que ahora te ha dado por mantenerlo?» ¡Siempre está celoso, siempre está celoso de mí! Hasta comiendo y durmiendo tiene celos. Una vez, la semana pasada, hasta se puso celoso por culpa de Kuzmá.

—Pero ¿es que no sabía lo del «anterior»?

—¿Qué quieres que te diga? Lo ha sabido desde el primer día, pero hoy, de repente, se ha puesto a insultarme. Vergüenza me da repetir lo que ha dicho. ¡El muy idiota! Nada más salir yo, ha entrado Rakitka. ¿No será que Rakitka lo está malmetiendo contra mí? ¿Tú qué crees? —añadió, como abstraída.

—Él te quiere, eso es lo que pasa, te quiere mucho. Y ahora, precisamente, está muy preocupado.

—Cómo no va a estarlo, mañana lo juzgan. He ido para hablar con él de lo de mañana, porque a mí, Aliosha, me aterra solo de pensar en lo que puede ocurrir

mañana. Dices que está preocupado, pues ¡más lo estoy yo! Y ¡él me sale con el polaco! Ya solo falta que tenga celos de Maksímushka.

—Mi esposa siempre estaba celosa de mí —dejó oír su voz Maksímov.

—¿De ti? ¿Seguro? —Grúshenka, sin poder evitarlo, se echó a reír—. Y ¿por culpa de quién?

—Por culpa de las criadas.

—Eh, calla, Maksímushka, no estoy para bromas, es más, me ponen de mal humor. Y no mires tanto las empanadillas, que no son para ti, te sientan mal, y lo que es bálsamo tampoco te voy a dar. Ya lo ves, tengo que andar siempre detrás de él; esto es como llevar un asilo, la verdad —dijo entre risas.

—No me merezco sus atenciones, señora, no valgo para nada —dijo Maksímov con su vocecilla lacrimosa—. Más valdría que favoreciera con sus buenas obras a otras personas más necesarias que yo.

—Eh, todos somos necesarios, Maksímushka, vete tú a saber quién es más necesario y quién menos. Ojalá no estuviera aquí ese polaco, Aliosha; ya ves, hoy se le ha ocurrido ponerse enfermo, otro que tal. También he estado viéndolo. Y ahora se me ha antojado mandarle unas empanadillas; no se las había mandado, pero Mitia me acusó de haberlo hecho, así que ahora se las pienso mandar a propósito, ¡a propósito! ¡Ah, aquí está Fenia con una carta! ¡Vaya, lo que me suponía, otra vez los polacos, otra vez pidiendo dinero!

Pan Musiałowicz, en efecto, le había enviado una carta extremadamente larga y alambicada, como era habitual en él, en la que pedía que le prestara tres rublos. Adjuntaba a la carta un recibo, más una nota por la que se comprometía a pagar esa cantidad en el plazo de tres meses; debajo de su firma, aparecía además la de pan Wróblewski. A Grúshenka le habían llegado ya muchas cartas parecidas del «anterior», con recibos de ese estilo. La cosa había empezado con el restablecimiento de Grúshenka, hacía un par de semanas. Ella sabía, de todos modos, que los dos panowie, mientras había estado enferma, habían acudido con frecuencia a interesarse por su salud. La primera carta que recibió Grúshenka era una carta larga, escrita en una hoja de correos de gran formato, lacrada con un gran sello familiar, terriblemente oscura y ampulosa, tanto que Grúshenka se limitó a leer la mitad y la dejó sin haber entendido nada de nada. Además, en esos momentos no estaba para cartas. Después de esa primera carta vino una segunda, al día siguiente, en la que pan Musiałowicz pedía un préstamo de dos mil rublos a devolver en brevísimo plazo. También esta carta la dejó Grúshenka sin respuesta. Siguió después toda una serie de cartas, una al día, todas igual de graves y ampulosas, si bien en ellas la suma solicitada en préstamo iba descendiendo paulatinamente, llegando a cien rublos, a veinticinco, a diez rublos, hasta que finalmente Grúshenka recibió una carta en la que ambos panowie le pedían únicamente un rublo y adjuntaban un recibo firmado por los dos. Entonces a

Grúshenka le dio pena y ella misma, en persona, acudió al anochecer a casa del pan. Encontró a los dos polacos en la más terrible pobreza, prácticamente en la indigencia, sin comida, sin leña, sin cigarrillos, atrapados con su casera. Los doscientos rublos ganados a Mitia en Mókroie no habían tardado en desaparecer. Grúshenka, no obstante, se sorprendió al ver cómo aquellos dos panowie la recibían con arrogante pomposidad y aires de independencia, con extraordinaria etiqueta, con rimbombantes discursos. Grúshenka sencillamente se echó a reír y le entregó al «anterior» diez rublos. Entonces, entre risas, se lo contó a Mitia, que en ningún momento se puso celoso. Pero en lo sucesivo los panowie se aferraron a Grúshenka y la bombardeaban a diario con cartas en las que le pedían dinero, y ella cada vez les mandaba una pequeña cantidad. Pero he aquí que ese día a Mitia le había dado por mostrar unos celos furibundos.

—Y yo, tonta de mí, me he pasado un momento por su casa, yendo a ver a Mitia, porque resulta que mi pan, el «anterior», también ha caído enfermo —prosiguió Grúshenka, azorada, atropellándose—; y yo voy y se lo cuento a Mitia, entre risas: «Imagínate —le digo—, a ese polaco mío no se le ocurre nada mejor que coger la guitarra y empezar a cantarme las viejas canciones, pensando que así igual me enternecía y que iba a hacer que volviera con él». Y Mitia salta hecho una furia y se pone a insultarme... Pues nada, ¡voy a mandarles las empanadillas a los panowie! Fenia, ¿han mandado a la misma chiquilla? Toma, dale estos tres rublos y envuélvele además una docena de empanadillas en un trozo de papel y dile que se las lleve, y tú, Aliosha, no dejes de contarle a Mitia que les he mandado las empanadillas.

—No pienso contárselo por nada del mundo —replicó Aliosha, sonriendo.

—Bah, te crees que está sufriendo, pero se ha puesto celoso a propósito, en realidad le da lo mismo —dijo Grúshenka con amargura.

—¿Cómo que a propósito? —preguntó Aliosha.

—Pareces bobo, Alióshenka, hay que ver, tan inteligente como eres y no entiendes nada de esto, eso es lo que pasa. A mí no me molesta que tenga celos de mí, sabiendo cómo soy; lo que me molestaría sería que no tuviera celos. Así soy yo. Los celos no me ofenden, yo también soy dura de corazón, yo también soy celosa. No, lo que me duele es que él no me quiere nada y ahora se muestra celoso a propósito, eso es. ¿Acaso soy ciega y no veo lo que pasa? Ahora, de pronto, le ha dado por hablarme de la otra, de Katia: que hay que ver cómo es, que si esto, que si lo otro, que si ha escrito a un médico de Moscú para que asista al juicio, que ese médico lo va a salvar, y que también ha escrito a un abogado, uno de primera, que sabe más que nadie. Si ha empezado a elogiarla de ese modo delante de mí, eso es que la quiere, ¡el muy caradura! Se siente culpable ante mí, y por eso la toma conmigo, para presentarme como la primera culpable y hacer que yo cargue con toda la culpa: «Tú —viene a decir— ya andabas con el polaco antes de conocerme a mí; así que yo tengo derecho

a hacer igual con Katia». ¡Eso es lo que pasa! Que quiere cargarme a mí con toda la culpa. Se ha metido conmigo a propósito, a propósito, te lo digo yo, solo que yo...

Grúshenka no acabó de explicar lo que iba a hacer; se cubrió los ojos con el pañuelo y prorrumpió en unos sollozos terribles.

—No quiere a Katerina Ivánovna —dijo Aliosha con firmeza.

—Bueno, pronto descubriré yo misma si la quiere o no —aseguró Grúshenka, con una nota de amenaza en la voz, quitándose el pañuelo de los ojos. Se le había demudado la cara. Aliosha vio con amargura cómo su rostro manso y dulcemente alegre había adoptado una expresión sombría y maligna—. Pero ¡basta ya de estupideces! —exclamó bruscamente—. No te he llamado para esto. Aliosha, querido, y mañana, ¿qué va a pasar mañana? ¡Eso es lo que me atormenta! Y ¡me atormenta solo a mí! Miro a todo el mundo, nadie piensa en eso, a nadie le importa, no es asunto de nadie. ¿Piensas en eso por lo menos tú? ¡Mañana lo juzgan! Cuéntame: ¿cómo van a juzgarlo? Porque ¡ha sido el lacayo, el lacayo lo ha matado, el lacayo! ¡Señor! ¿Cómo es posible que, en lugar de condenar a ese lacayo, lo condenen a él, y nadie proteste? Ni siquiera han molestado a ese lacayo, ¿no es verdad?

—Lo han interrogado con todo rigor —replicó Aliosha, pensativo—, pero todos han llegado a la conclusión de que no ha sido él. Ahora está muy enfermo. Lleva enfermo desde que tuvo aquel ataque de mal caduco. Enfermo de verdad —añadió Aliosha.

—Dios mío, deberías ir tú a ver a ese abogado y explicarle todo el asunto a solas. Dicen que ha costado tres mil rublos traerlo desde San Petersburgo.

—Hemos puesto ese dinero entre los tres: mi hermano Iván, Katerina Ivánovna y yo, y al médico de Moscú lo ha hecho venir ella sola, por dos mil. El abogado Fetiukóvich habría pedido más, pero este caso ha tenido mucho eco en toda Rusia, en todos los diarios y revistas se habla de él, así que Fetiukóvich ha aceptado venir más que nada por la fama, porque el caso se ha hecho muy famoso. Ayer lo vi.

—Y ¿qué? ¿Hablaste con él? —se apresuró a preguntar Grúshenka.

—Me escuchó y no dijo nada. Dijo que ya se había formado una opinión. Pero prometió que tomaría mis palabras en consideración.

—¿Qué es eso de que las tomaría en consideración! ¡Serán sinvergüenzas! ¡Le van a arruinar la vida! Bueno, y al médico ese, al médico ¿para qué lo ha hecho venir?

—Como experto. Quieren demostrar que mi hermano estaba loco y mató a mi padre en un acceso de enajenación, sin saber lo que hacía —Aliosha sonrió dulcemente—, pero mi hermano no va a estar de acuerdo.

—¡Ah, pero eso sería verdad si lo hubiera matado él! —exclamó Grúshenka—. Él en ese momento estaba loco, completamente loco, y ¡yo, que soy una miserable, tuve toda la culpa! Pero ¡él no lo mató, no lo mató! Y todos repiten que él lo mató, toda la ciudad. Hasta la propia Fenia ha declarado que todo hace pensar que fue él. Y ¡los que

estaban en la tienda, y el funcionario aquel, y los que le habían oído anteriormente en la taberna! Todos están en contra de él, todos lo acusan a gritos.

—Sí, las declaraciones se han multiplicado de una forma terrible —comentó Aliosha en tono lúgubre.

—Y luego Grigori, Grigori Vasílich, venga a decir que si la puerta estaba abierta, y que si él lo vio; y de ahí no hay quien lo saque. Mira que yo he ido a verlo y he estado hablando con él. ¡Encima te insulta!

—Sí, seguramente es la declaración más fuerte contra mi hermano —dijo Aliosha.

—En cuanto a lo de que Mitia está loco, eso es precisamente lo que parece ahora —empezó de pronto Grúshenka, con un aire de especial preocupación y misterio—. ¿Sabes, Aliosha? Hace ya tiempo que quería hablarte de una cosa: todos los días voy a verlo y no dejo de asombrarme. Dime qué piensas: ¿de qué le ha dado por hablar últimamente? No para de hablar, y yo no logro entender una palabra; al principio pensé que se trataba de algo muy sofisticado, que no estaba al alcance de una simple como yo; pero de pronto se puso a hablarme de un chiquillo, quiero decir, de un niño que no sé quién es: «¿Por qué —me dice— es tan pobre el chiquillo? Por ese chiquillo ahora tengo que ir a Siberia; yo no he matado a nadie, pero ¡tengo que ir a Siberia!». ¿A qué se refiere? ¿Quién es ese chiquillo? No he entendido nada de nada. Pero, mientras me hablaba, no he parado de llorar, porque hablaba tan bien, y también lloraba, y entonces yo me he echado a llorar, y él de repente me ha besado y me ha persignado. ¿Qué es toda esa historia, Aliosha? Dime, ¿qué «chiquillo» era ése?

—Por alguna razón, a Rakitin le ha dado por visitarlo —Aliosha se sonrió—; pero, de todos modos... eso no es cosa de Rakitin. Yo ayer no fui a verlo, hoy voy a ir.

—No, no es cosa de Rakitka, es su hermano Iván Fiódorovich el que lo vuelve loco, ahora que va a verlo, eso es lo que pasa... —dijo Grúshenka, y de repente se quedó como cortada. Aliosha la miró perplejo.

—¿Qué es eso de que va a verlo? ¿De verdad ha ido a verlo? ¡Si el propio Mitia me dijo que Iván no había ido a verlo ni una sola vez!

—Bueno... bueno, ¡la que he liado! ¡Me he ido de la lengua! —exclamó Grúshenka, turbada, poniéndose toda colorada—. Espera, Aliosha, no digas nada, qué se le va a hacer, ya que se me ha escapado, te contaré toda la verdad: ha ido a verlo dos veces; la primera fue nada más llegar... porque vino a toda prisa de Moscú, yo por entonces aún no había caído enferma; y la segunda vez fue la semana pasada. A Mitia le mandó que no te dijera nada de eso, bajo ningún concepto, y que no se lo dijera a nadie, porque había venido en secreto.

Aliosha estaba profundamente pensativo, dándole vueltas a algo. Evidentemente, la noticia lo había dejado estupefacto.

—Mi hermano Iván no habla conmigo del asunto de Mitia —dijo despacio—, y, en general, en estos dos meses apenas ha hablado conmigo y, cada vez que iba a verlo,

siempre estaba descontento con mi visita; por eso, hace tres semanas que no voy a verlo. Hum... Si ha ido a ver a Mitia la semana pasada, entonces... en esta semana, en Mitia, realmente, se ha producido un cambio...

—¡Un cambio, un cambio! —Grúshenka enseguida repitió sus palabras—. ¡Un secreto, tienen un secreto! El propio Mitia me ha dicho que hay un secreto y, ¿sabes?, es un secreto tal que Mitia no consigue tranquilizarse. Antes estaba alegre, y ahora también, pero, ¿sabes?, cada vez que empieza a mover la cabeza y a dar vueltas por el cuarto, y a tirarse del pelo de las sienes con este dedo de la mano derecha, entonces yo ya sé que algo le inquieta el alma... ¡lo sé!... Pues, si antes estaba alegre, ¡hoy también lo estaba!

—Pero ¿no has dicho que estaba preocupado?

—Pues sí, está preocupado, aunque también alegre. Se le ve muy preocupado, pero solo un momento, y luego está alegre, y de repente otra vez preocupado. Y, ¿sabes, Aliosha?, no deja de asombrarme: es tan horrible lo que le espera, y a veces se ríe a carcajadas por verdaderas tonterías, como un niño.

—Y ¿es verdad que te ha mandado que no me dijeras nada de Iván? ¿Te lo ha dicho tal cual: no le digas nada?

—Tal cual: no le digas nada. Es a ti, sobre todo, a quien tiene miedo... Mitia, me refiero. Porque aquí hay un secreto, él mismo ha dicho que hay un secreto... Aliosha, querido, ve a verlo y trata de averiguar qué secreto es ése, y luego vienes a contármelo —Grúshenka, de pronto, se lanzó a suplicar—, ¡sácame de esa duda, pobre de mí, y que conozca la maldita suerte que me espera! Para eso te he llamado.

—¿Crees que es algo que tiene que ver contigo? De haber sido así, no habría dicho nada del secreto estando tú delante.

—No lo sé. A lo mejor quiere decirme algo, pero no se atreve. Me está advirtiéndome. Dice que hay un secreto, pero no dice cuál.

—Y ¿tú qué crees que puede ser?

—¿Qué creo yo? Que me ha llegado el fin, eso es lo que creo. Entre los tres me han preparado el fin, porque Katka también anda metida en esto. Todo es cosa de Katka, ella está detrás. «Hay que ver cómo es ella, que si esto, que si lo otro»: eso quiere decir que yo no soy igual. Algo me está insinuando, me está advirtiéndome por adelantado. Ha pensado dejarme, ¡ése es todo el secreto! Lo han planeado entre los tres: Mitka, Katka e Iván Fiódorovich. Aliosha, hace ya tiempo que quería preguntarte una cosa: la semana pasada me reveló, de pronto, que Iván está enamorado de Katka, porque va a visitarla con frecuencia. ¿Eso que me ha dicho es verdad? Sé sincero, aunque me partas el alma.

—No voy a mentirte. Iván no está enamorado de Katerina Ivánovna, eso es lo que creo.

—¡Mira, eso mismo pensé yo entonces! Me está mintiendo, el muy sinvergüenza, ¡ya lo ves! Y ahora hace ver que está celoso de mí, para cargarme con toda la culpa después. Es un simple, ni siquiera sabe disimular, se le ve el plumero... Pero ¡ya le enseñaré yo, ya le enseñaré! «Tú crees que yo lo he matado», me ha dicho... Y ¡me lo dice a mí, a mí! ¡Nada menos que a mí me lo echa en cara! ¡Que Dios le perdone! Tú espérate, ¡se va a enterar esa Katka en el juicio de quién soy yo! Tengo algunas cositas que decirle... ¡No me pienso callar!

Y otra vez se echó a llorar amargamente.

—Esto es lo único que puedo decirte con seguridad, Grúshenka —dijo Aliosha, levantándose de su asiento—; en primer lugar, que te quiere, te quiere más que a nadie en el mundo, y solo a ti, puedes creerme. Lo sé. Lo sé muy bien. En segundo lugar, te diré que no quiero arrancarle el secreto, pero, si él mismo me lo cuenta hoy, le diré sin rodeos que he prometido revelártelo. Entonces, hoy mismo vendré a verte y te lo contaré. Pero... me parece a mí que... que Katerina Ivánovna no tiene nada que ver en este asunto, y que este secreto trata de otra cosa. Es lo más probable. No tiene ninguna pinta de que guarde relación con Katerina Ivánovna, tengo esa impresión. Y ahora, ¡adiós!

Aliosha le estrechó la mano. Grúshenka aún seguía llorando. Él veía que la joven tenía muy poca confianza en sus palabras de consuelo, pero que al menos le había venido bien dar rienda suelta a su pena y desahogarse. Sentía dejarla en ese estado, pero llevaba prisa. Aún tenía mucho que hacer.

II. El piececito lastimado

La primera de sus ocupaciones lo llevaba a casa de la señora Jojlakova, y hacia allí se dirigió a toda prisa, para acabar cuanto antes y no llegar tarde a ver a Mitia. Hacía ya tres semanas que la señora Jojlakova estaba medio mala: se le había hinchado un pie, no se sabía por qué, y, aunque no guardaba cama, se pasaba los días echada en un diván en su tocador, vestida con un déshabillé atractivo pero decente. Aliosha, con una sonrisa cándida, ya se había dado cuenta en su momento de que a la señora Jojlakova, a pesar de su dolencia, le había dado por ponerse bastante elegante —había empezado a lucir toda clase de tocados, lacitos y blusitas—, y ya se imaginaba a qué podía deberse, aunque procuró apartar de su cabeza esa clase de pensamientos ociosos. En los últimos dos meses, entre otros invitados suyos, el joven Perjotin había empezado a frecuentar a la señora Jojlakova. Aliosha llevaba cuatro días sin aparecer por allí y, al entrar en la casa, quiso ir directamente a ver a Liza, pues tenía algo que tratar con ella, ya que la víspera la propia Liza le había mandado a la doncella con la petición urgente de que acudiera a verla cuanto antes «por una circunstancia muy importante», cosa que, por diversas razones, había despertado el interés de Aliosha. Pero, mientras la doncella iba a anunciarle su presencia a Liza, la señora Jojlakova ya había sido informada de su llegada, e inmediatamente le mandó recado de que fuera a verla «solo un momento». Aliosha consideró que sería preferible satisfacer en primer lugar el ruego de la mamá, pues de otro modo iba a estar importunando continuamente a Liza mientras él estuviera en su compañía. La señora Jojlakova estaba echada en el diván, vestida, más que en otras ocasiones, como de fiesta y en un evidente estado de extrema excitación nerviosa. Recibió a Aliosha con gritos de entusiasmo.

—¡Llevaba siglos, siglos, siglos enteros sin verle! Toda una semana, cómo es posible; ah, no, es verdad que estuvo usted hace cuatro días tan solo, el miércoles. Ya iba usted a ver a Lise, estoy convencida de que pensaba entrar a verla directamente, de puntillas, para que no le oyera yo. ¡Querido, querido Alekséi Fiódorovich, si supiera usted lo mucho que me preocupa esa chiquilla! Pero ya hablaremos de eso. Aunque es lo más importante, ya hablaremos de eso después. Mi querido Alekséi Fiódorovich, le confío a mi Liza sin reservas. Después de la muerte del stárets Zosima, ¡que Dios lo tenga en su gloria! —se santiguó—, después de su muerte, le miro a usted y veo a un asceta, aunque le sienta a usted maravillosamente su traje nuevo. ¿Dónde ha encontrado usted un sastre tan bueno por aquí? Pero no, no, eso no es lo importante, ya hablaremos de eso más tarde. Disculpe si de vez en cuando le llamo a usted

Aliosha, yo ya soy una vieja, todo me está permitido —sonrió, coqueta—, pero también de eso hablaremos después. Lo importante, no tengo que olvidarme de lo más importante. Por favor, no deje de recordármelo si hablo de más; tiene usted que decirme: «¿Y lo más importante?». Ah, y ¿cómo sé yo ahora qué es lo más importante? Desde que Lise le ha retirado su promesa... la promesa de una niña, Alekséi Fiódorovich, de casarse con usted, usted ha comprendido, naturalmente, que eso no era más que una fantasía infantil, una fantasía caprichosa, propia de una chiquilla enferma que se había pasado demasiado tiempo inmovilizada en un sillón... Gracias a Dios, ahora ya ha vuelto a caminar. Ese nuevo médico, que Katia ha hecho venir de Moscú para ese desdichado hermano suyo que mañana... Pero ¡para qué vamos a hablar de lo de mañana! ¡Me muero solo de pensarlo! Sobre todo, de curiosidad... En una palabra, ese médico estuvo ayer aquí, examinando a Lise... Le pagué cincuenta rublos por la visita. Pero no, tampoco me refería a eso... ¿Lo ve? Ahora ya he perdido el hilo del todo. Me atropello. ¿Por qué me atropello? No lo sé. Es terrible cómo cada vez sé menos. Todo lo confundo y lo embarullo. Tengo miedo de que coja usted y se vaya corriendo de mi lado por aburrimiento, y si te he visto no me acuerdo. ¡Ay, Dios mío! Pero estamos aquí de charla, y lo primero es el café, ¡Yulia, Glafira, el café!

Aliosha se apresuró a darle las gracias, y le explicó que acababa de tomar café.

—¿Dónde?

—En casa de Agrafiona Aleksándrovna.

—En casa... ¡en casa de esa mujer! Ah, ella es la que les ha arruinado la vida a todos, aunque, no sé, dicen que ahora se ha vuelto una santa, pero ya es tarde. Mejor habría sido antes, cuando hacía falta, pero ahora, ¿de qué sirve? Calle, calle, Alekséi Fiódorovich, porque hay tantas cosas que le quiero contar que me parece que al final no voy a decir nada. Ese horrible proceso... yo voy a ir sin falta, me estoy preparando, me llevarán en una silla; además, puedo estar sentada, habrá gente conmigo, y ya sabe usted que figuro entre los testigos. ¿Cómo voy a hablar, cómo voy a hablar? No sé lo que voy a decir. Tendré que prestar juramento, ¿a que sí, a que sí?

—Sí, pero no creo que pueda usted presentarse.

—Puedo estar sentada; ¡ah, me está usted confundiendo! Ese proceso, ese acto salvaje, y después todos van a Siberia, algunos se casan, y todo eso deprisa, deprisa, y todo va cambiando, y al final no hay nada, todos se vuelven unos viejos y tienen un pie en la tumba. Bueno, qué más da, yo estoy cansada. Esa Katia, cette charmante personne, ha arruinado todas mis esperanzas, ahora irá a Siberia siguiendo a uno de sus hermanos, y su otro hermano, Alekséi Fiódorovich, la seguirá a ella y vivirá en una ciudad vecina, y se atormentarán unos a otros. A mí esto me está volviendo loca; con toda esa publicidad, además: en todos los periódicos de San Petersburgo y de Moscú han escrito del caso un millón de veces. Ah, sí, figúrese que han hablado incluso de mí,

asegurando que era una «tierna amiga» de su hermano; no quisiera decir ninguna ordinariéz; pero ¡figúrese usted, figúrese usted!

—¡No puede ser! Pero ¿dónde lo han escrito? ¿Y cómo?

—Ahora se lo enseño. Ayer lo recibí, y ayer lo leí. Aquí aparece, en el periódico Rumores, de San Petersburgo. Estos Rumores han empezado a publicarse este año, y a mí me apasionan los rumores, así que me he suscrito, pero ahora me he llevado mi merecido: ahora verá qué clase de rumores son éstos. Aquí, en este sitio, lea usted.

Y le tendió a Aliosha una hoja de periódico que tenía debajo de la almohada.

No es que estuviera disgustada, sino más bien abatida, y es posible que, efectivamente, tuviera todo confundido y embarullado en su cabeza. La noticia del periódico era muy característica y, desde luego, debía de haber producido en ella un efecto muy delicado, pero la señora Jojlakova, quizá por suerte para ella, no era capaz en ese momento de concentrarse en un solo punto, por lo cual al cabo de un minuto podía olvidarse hasta del periódico y cambiar radicalmente de tema. En cuanto a lo de que la fama del terrible proceso había llegado ya hasta el último rincón de Rusia, era cosa sabida por Aliosha desde hacía tiempo, y había que ver qué informaciones y crónicas tan descabelladas, Dios mío, había tenido ocasión de leer en aquellos dos meses, entre otras noticias más ponderadas, acerca de su hermano, de los Karamázov en general y hasta de sí mismo. En un periódico se decía incluso que Aliosha, aterrorizado después del crimen de su hermano, había ingresado en un convento, donde vivía enclaustrado; en otro desmentían esta noticia y escribían, por el contrario, que había desvalijado la caja del convento en compañía de su stárets Zosima, y los dos «se habían dado a la fuga». La presente noticia del periódico Rumores llevaba el siguiente titular: «De Skotoprignonievsk —ay, así se llama nuestra pequeña ciudad, llevaba mucho tiempo ocultando su nombre—, en torno al proceso de Karamázov». Era un artículo breve, y en él no se hacía mención de la señora Jojlakova, y en general todos los nombres aparecían ocultos. Se informaba únicamente de que el criminal, al que con tanto ruido se disponían a juzgar, era un capitán retirado del ejército, de actitud insolente, holgazán y contrario a la liberación de los siervos, que dedicaba su tiempo a los amoríos y ejercía una especial influencia en algunas «damas que languidecían en soledad». Una de esas damas, una «viudita languideciente», que se las daba de joven a pesar de que tenía ya una hija mayor, se encaprichó de él hasta tal punto que solo dos horas antes del crimen le ofreció tres mil rublos a condición de que huyese con ella sin demora a las minas de oro. Pero el malvado consideró preferible asesinar a su padre y robarle precisamente tres mil rublos, contando con hacerlo impunemente, a verse forzado a marchar a Siberia en compañía de los encantos cuádragenarios de su languideciente dama. Esta festiva crónica concluía, como es de rigor, expresando una noble indignación contra la inmoralidad del parricida y contra el

antiguo régimen de servidumbre. Después de haberla leído con curiosidad, Aliosha dobló la hoja y se la devolvió a la señora Jojlakova.

—Bueno, ¿cómo no voy a ser yo? —empezó ésta a farfullar de nuevo—. Si fui yo, yo, la que casi una hora antes le propuse lo de las minas de oro, y luego, de buenas a primeras, ¡esos «encantos cuadragenarios»! ¿Acaso lo hice con esa intención? ¡Lo ha escrito a propósito! Que le perdone el juez eterno por lo de los encantos cuadragenarios, como yo le perdono, pero éste... ¿Sabe usted quién es? Su amigo Rakitin.

—Puede ser —dijo Aliosha—, aunque yo no he oído nada.

—Sí, sí, es él, ¡nada de «puede ser»! Yo lo eché de esta casa... ¿Conoce usted toda la historia?

—Sí, ya sé que usted lo invitó a que no volviera por aquí, pero exactamente por qué, eso... por lo menos a usted no se lo he oído decir.

—O sea, ¡que se lo ha oído contar a él! Y qué, ¿se mete conmigo? ¿Se mete mucho?

—Sí, aunque se mete con todo el mundo. Pero lo que no le he oído contar, ni siquiera a él, es por qué le ha cerrado usted las puertas de su casa. De todos modos, nos vemos pocas veces. No somos amigos.

—Bueno, se lo contaré todo y, ya que no hay más remedio, tendré que mostrarme arrepentida, porque hay un punto en el que, posiblemente, sea yo la culpable. Es solo un punto pequeño, muy pequeño, pequeñísimo, tanto que puede que ni exista. Verá, querido amigo —la señora Jojlakova adoptó de pronto una especie de aire juguetón, y afloró a sus labios una sonrisa encantadora, aunque enigmática—, verá, yo sospecho... tendrá que perdonarme, Aliosha, le estoy hablando como una madre... oh, no, no, al contrario, me estoy dirigiendo ahora a usted como a mi padre... porque una madre aquí no encaja... Bueno, igual que le hablaría al stárets Zosima en confesión, y eso es lo más acertado, eso se ajusta a la perfección: hace un momento ya le he llamado asceta... el caso es que ese pobre joven, su amigo Rakitin (¡oh, Dios mío, pero si soy incapaz de enfadarme con él!; me enfado y me pongo furiosa, pero no mucho), en una palabra, ese joven frívolo, de pronto, imagínese, tuvo la ocurrencia, al parecer, de enamorarse de mí. Yo ya me di cuenta después, así, de repente, pero al principio, o sea, hará cosa de un mes, él empezó a visitarme más a menudo, casi a diario, y eso que ya nos conocíamos de antes. Y yo sin saber nada... hasta que de pronto fue como una iluminación y, para mi sorpresa, empecé a advertirlo. Como sabe, hace dos meses empecé a recibir a Piotr Ilich Perjotin, ese joven modesto, encantador y respetable, que está destinado en nuestra ciudad. Usted ya lo conoce de sobra. ¿Verdad que es serio, respetable? Viene una vez cada tres días, no viene a diario (y aunque viniera a diario), y siempre tan bien vestido, y en general me gustan los jóvenes, Aliosha, con talento, modestos, así, como usted; y ese joven tiene casi mentalidad de estadista, da

gusto oírlo hablar, y pienso interceder en su favor, de todas todas. Tiene madera de diplomático. Aquel horrible día casi me salvó de la muerte, al venir a verme por la noche. En cambio, su amigo Rakitin siempre se presenta con esas botas y las arrastra por la alfombra... en una palabra, empezó incluso a insinuarse, y una vez, al marcharse, de buenas a primeras me estrechó la mano con una fuerza tremenda. Fue estrecharme la mano y empezar a dolerme el pie. Ya había visto antes a Piotr Ilich en mi casa y, créame, siempre estaba pinchándole, venga a pincharle, la tenía tomada con él por alguna razón. Yo me limitaba a observarlos a los dos para ver cómo se las arreglaban, y me reía para mis adentros. Resulta que un buen día yo estaba aquí sola, sentada, o no, mejor dicho, yo ya estaba echada; así que yo estaba aquí sola, echada, cuando aparece Mijaíl Ivánovich y, figúrese, me trae unos versitos, unos muy cortitos, sobre mi pie lastimado; o sea, que había descrito en verso mi pie dolorido. Espere, ¿cómo era aquello?:

Este piececito, dulce piececito,
se ha puesto malito, mas solo un poquito...

»O algo así, soy incapaz de aprenderme los versos, los tengo ahí mismo; bueno, se los enseñaré más tarde, son encantadores, encantadores, y ¿sabe?, no tratan únicamente de mi piececito, también son edificantes, con una idea admirable, aunque se me ha olvidado, en una palabra, dignos de un álbum. Bueno, yo, como es natural, le di las gracias, y él, por lo visto, se sintió halagado. Apenas había acabado yo de agradecerse, cuando de pronto entró Piotr Ilich, y Mijaíl Ivánovich, súbitamente, puso un gesto hosco como la noche. Yo me daba cuenta de que Piotr Ilich lo estaba estorbando, porque Mijaíl Ivánovich, sin duda, quería decirme algo justo después de los versos; yo ya lo había presentido, pero el caso es que Piotr Ilich entró. Yo, sin más, le enseñé los versos, aunque sin decirle quién los había compuesto. Pero estoy convencida, convencida de que lo adivinó enseguida, aunque hasta la fecha no ha querido reconocerlo, y niega que lo hubiera adivinado; pero eso lo dice con toda intención. Piotr Ilich se carcajeó de inmediato y empezó a criticar: “¡Qué birria de versos! —dijo—. Los habrá escrito algún seminarista”; y no sabe con qué pasión lo dijo, ¡con qué pasión! Entonces su amigo, en lugar de reírse, se puso hecho una furia... ¡Ay, Señor!, yo ya creía que se iban a pegar: “Los he escrito yo —dice—. Los he escrito en broma, porque considero una bajeza escribir versos... Los únicos versos buenos son los míos. Quieren levantarle un monumento a su Pushkin por haber cantado a unos piecitos de mujer, mis versos, en cambio, tienen una orientación; y usted —le dice— es partidario de la servidumbre; usted no tiene humanidad —dice—, usted no comparte ninguno de los sentimientos ilustrados actuales, el progreso no le concierne, ¡usted —dice— es un funcionario y acepta sobornos!”. Llegados a este punto, empecé a gritar y a suplicarles. Y Piotr Ilich, usted ya lo conoce, no es de los que se amilanan, y de pronto adoptó un tono de lo más respetuoso: “No lo sabía —dijo—. De haberlo

sabido, no lo habría dicho, los habría alabado... Los poetas —dijo— son todos tan irritables"... En una palabra, una sarta de burlas, dichas en el tono más respetuoso. Él mismo me explicó después que aquello no eran más que burlas, aunque yo creí que hablaba en serio. El caso es que yo estaba echada, como ahora ante usted, y pensé: "¿Sería un acto noble echar de repente a Mijaíl Ivánovich por haberle gritado, en mi propia casa, a un invitado mío de forma descortés?". Créame, yo estaba allí echada, con los ojos cerrados, preguntándome si sería o no sería noble, y era incapaz de decidirme, no hacía más que atormentarme, y el corazón me palpitaba: ¿gritaba o no? Una voz me decía: grita, y otra me decía: no, ¡no grites! Y fue decirme esto la segunda voz y yo, de repente, me puse a gritar, y me desmayé. Y claro, como es natural, se armó un alboroto. De pronto me levanté y le dije a Mijaíl Ivánovich: "Lamento mucho tener que anunciarle que no deseo volver a recibirle en esta casa". Total, que lo eché. ¡Ay, Alekséi Fiódorovich! Yo ya sé que estuvo muy mal hecho, que todo era mentira, yo no estaba enfadada con él, pero de repente, y esto es lo importante, de repente me pareció que aquella escena podía quedar tan bien... El caso, aunque no se lo crea, es que aquella escena resultó de lo más natural, porque incluso me eché a llorar y, después de aquello, estuve llorando varios días, hasta que un día, después de comer, me olvidé de todo. Así que dejó de venir, hace ya dos semanas, y en cierto momento me pregunté: ¿será verdad que no va a volver? Eso fue ayer, y resulta que por la tarde me traen esos Rumores. Lo leí y me quedé de piedra; pero ¿quién ha escrito esto?, esto lo ha escrito él: aquel día volvió a su casa, se sentó y se puso a escribirlo; lo envié y se lo han publicado. Eso ocurrió hace dos semanas. Ay, Aliosha, es terrible lo que hablo, y eso que no hablo en absoluto de lo que debería hablar. ¡Ay, si es que me sale solo!

—Hoy necesito a toda costa llegar a tiempo a ver a mi hermano —musitó Aliosha.

—¡Eso es, eso es! ¡Acaba usted de recordármelo! Escuche, ¿qué es un arrebató?

—¿Qué clase de arrebató? —Aliosha se sorprendió.

—Un arrebató penal. Un arrebató por el que todo se perdona. Da igual lo que uno haya hecho, se le perdona de inmediato.

—Pero ¿a qué se refiere?

—Verá: esa Katia... Ah, es una criatura encantadora, encantadora, pero soy incapaz de averiguar de quién está enamorada. Hace poco estuvo aquí, y no conseguí sacarle nada. Sobre todo, porque últimamente le ha dado por hablarme solo de cosas superficiales; en una palabra, siempre me está preguntando por mi salud, y nada más, y encima adopta tal tono que me he dicho a mí misma: pues nada, que Dios la guarde... Ah, sí, verá, el arrebató: ha venido el médico ese. ¿Sabía que ha venido el médico? Claro, cómo no lo va a saber, es ese que reconoce a los locos, si usted mismo lo hizo llamar, quiero decir, no usted, sino Katia. ¡Siempre Katia! Bueno, pues verá: imaginemos que hay un individuo que no está loco en absoluto, solo que de pronto le

entra un arrebató. Está consciente y sabe lo que hace, pero, al mismo tiempo, sufre un arrebató. Bueno, pues seguramente Dmitri Fiódorovich también sufriría un arrebató. En cuanto se establecieron los nuevos tribunales, enseguida se descubrió eso del arrebató. Es un favor de los nuevos tribunales. Ese médico ha estado aquí y me ha preguntado por lo ocurrido aquella tarde, bueno, por lo de las minas de oro: «¿Y él? —me ha preguntado—. ¿Cómo estaba él entonces?». No cabe duda de que sufría un arrebató; si vino aquí y le dio por gritar: «Dinero, dinero, tres mil rublos, deme tres mil rublos», y luego se fue y lo mató de pronto. «No quiero —decía—, no quiero matar», y lo mató de pronto. Precisamente por eso le van a perdonar, porque intentó resistirse, aunque lo matara después.

—Pero si él no lo mató —la interrumpió Aliosha con cierta brusquedad. La inquietud y la impaciencia se iban apoderando, cada vez más, de él.

—Ya sé que fue ese viejo, Grigori, quien lo mató...

—¿Cómo? ¿Grigori? —exclamó Aliosha.

—Sí, él, él, Grigori. Dmitri Fiódorovich le dio un golpe, y lo dejó allí tirado, pero después se levantó, vio que la puerta estaba abierta, entró y mató a Fiódor Pávlovich.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Porque sufría un arrebató. Dmitri Fiódorovich le dio un golpe en la cabeza, pero luego volvió en sí y le entró un arrebató, y entonces fue y lo mató. Y, si dice que él no lo mató, es posible que no lo recuerde. Pero fíjese, sería mejor, mucho mejor, si hubiera sido Dmitri Fiódorovich el asesino. Y así ocurrió, aunque yo diga que fue Grigori, seguramente fue Dmitri Fiódorovich, ¡y eso es mejor, mucho mejor! Ah, pero no es que sea mejor porque el hijo haya matado al padre, no estoy alabando eso, al contrario, los hijos tienen que respetar a sus padres; pero, de todos modos, sí sería preferible que hubiera sido él, porque en ese caso no habría motivos para llorar, pues él lo habría matado sin ser consciente o, mejor dicho, siendo plenamente consciente de todo pero sin entender qué era lo que le estaba pasando. Muy bien, que le perdonen; eso es lo más humano, y que veamos todos la bondad de los nuevos tribunales; yo ni me había enterado, pero dicen que hace ya tiempo que existen, y ayer, cuando lo supe, me quedé tan sorprendida que enseguida quise mandarle llamar a usted; y luego, si le perdonan, que venga a comer aquí a casa, directamente desde el tribunal, que yo ya invitaré a mis conocidos, y brindaremos por los nuevos tribunales. No creo que sea peligroso, además, pienso llamar a muchos invitados, de modo que siempre podremos sacarlo de aquí si se le ocurre hacer alguna cosa, y después podrá ser juez de paz en otra ciudad o alguna cosa de éstas, porque los que han sufrido desgracias son los que mejor pueden juzgar a los demás. Y, sobre todo, ¿quién está libre en estos tiempos de sufrir un arrebató? Usted, yo, todos sufrimos algún arrebató, ejemplos no faltan: un hombre está cantando una romanza, de pronto hay algo que no le agrada, coge una pistola y mata al primero que pasa, y luego todo

el mundo se lo perdona. Lo he leído no hace mucho, y todos los médicos lo confirmaron. Hoy en día los médicos confirman todo lo que haga falta. Ya ve usted, mi Lise sufre un arrebató, ayer me hizo llorar, antes de ayer también, pero hoy he caído en la cuenta de que no es más que un arrebató. ¡Ay, Lise me tiene tan preocupada! Creo que ha perdido el juicio. ¿Por qué le ha llamado a usted? ¿Le ha llamado ella, o ha decidido usted venir a verla?

—Sí, me ha llamado ella, y ahora iba a verla. —Aliosha se levantó con decisión.

—Ah, querido, querido Alekséi Fiódorovich, tal vez sea eso lo más importante — exclamó la señora Jójlakova, echándose de pronto a llorar—. Sabe Dios que yo a usted le confío sinceramente a Lise, y no tiene importancia que le haya llamado a espaldas de su madre. Pero lo que es a Iván Fiódorovich, su hermano, perdóneme, pero no puedo confiarle a mi hija con la misma tranquilidad, a pesar de que sigo considerándolo el más caballeroso de los jóvenes. Figúrese, se presentó de pronto a ver a Lise sin que yo supiera nada del asunto.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? ¿Cuándo? —Aliosha se quedó estupefacto. Ya no volvió a sentarse, y siguió escuchando de pie.

—Se lo voy a contar, es posible que le haya mandado llamar por este motivo, porque yo ya no sé ni para qué le he llamado. Pues verá: Iván Fiódorovich ha venido a verme solo dos veces desde su regreso de Moscú; la primera vez vino de visita, como conocido, y la segunda vez, hace ya poco, vino porque Katia estaba en casa y él se había enterado de eso. Yo, desde luego, no pretendía que me visitara a menudo, sabiendo las muchas preocupaciones que tiene actualmente, vous comprenez, cette affaire et la mort terrible de votre papa, pero de pronto me entero de que ha venido otra vez, solo que no para verme a mí, sino a Lise, y hará de eso unos seis días; vino, estuvo cinco minutos y se marchó. Y me enteré tres días después, por Glafira, y me quedé bizca. Llamo enseguida a Lise, y se ríe: «Él se pensaba —me dice— que usted estaba durmiendo y entró a preguntarme por su salud». Así fue, desde luego. Pero esta Lise, esta Lise... ¡Dios mío, me tiene tan preocupada! Imagínese, una noche, de pronto... fue hace cuatro días, justo después de su última visita; el caso es que de pronto esa noche sufre un ataque, venga a gritar y a chillar, como una histérica. ¿Por qué será que yo nunca tengo esos ataques? Al día siguiente, otro ataque, y lo mismo al tercer día, y ayer; y luego, ayer, ese arrebató. Y me grita, de repente: «Odio a Iván Fiódorovich; ¡exijo que no lo reciba usted, que le prohíba entrar en esta casa!». Me quedé atónita de la sorpresa, y repliqué: «¿A santo de qué debo negarle la entrada a un joven tan digno, con tantos conocimientos además, y tan desdichado? Porque, en cualquier caso, todas esas historias son una desdicha, y no una dicha, ¿no te parece?». Al oír mis palabras, se echó a reír, y de un modo ofensivo, ¿sabe usted? Bueno, yo estaba contenta pensando que la había hecho reír y que se le iban a pasar los ataques, en vista, además, de que yo también quería negarle la entrada a Iván Fiódorovich por

sus extrañas visitas sin mi consentimiento, y pensaba exigirle una explicación. Pero de pronto esta misma mañana Lise se ha despertado y se ha enfadado con Yulia y, figúrese, le ha dado una bofetada. Eso es algo monstruoso, yo a mis doncellas las trato de usted. Y una hora más tarde va y abraza a Yulia y le besa los pies. Y a mí me manda decir que nunca más iba a estar conmigo y que en lo sucesivo no iba a pasarse a verme, pero cuando yo misma me he decidido a ir a verla, se ha echado en mis brazos, besándome y llorando, y así, entre besos, me ha sacado de su habitación, sin decir una palabra, así que no me he enterado de nada. Ahora, querido Alekséi Fiódorovich, todas mis esperanzas las deposito en usted y, desde luego, el destino de toda mi vida está en sus manos. Lo único que le pido es que vaya a ver a Lise, que averigüe todo lo que le pasa como solo usted sabe hacerlo, y que venga a contármelo a mí, a su madre, porque, como usted comprenderá, voy a morirme, voy a morirme sin más si todo esto continúa así, o tendré que huir de esta casa. No puedo más, yo tengo paciencia, pero puedo perderla, y entonces... y entonces pasarán cosas terribles. ¡Ay, Dios mío, por fin ha llegado Piotr Ilich! —exclamó la señora Jojlakova, toda radiante de pronto, viendo entrar a Piotr Ilich Perjotin—. ¡Llega tarde, llega tarde! Bien, siéntese, cuente, decida mi suerte, ¿qué hay de ese abogado? Pero ¿adónde va usted, Alekséi Fiódorovich?

—A ver a Lise.

—¡Ah, sí! ¿No se olvidará, no se olvidará de lo que le he pedido? ¡Es mi destino, mi destino!

—Claro que no me olvido, siempre que sea posible... pero ya se me hace tarde —farfulló Aliosha, retirándose a toda prisa.

—No, venga sin falta, sin falta, déjese de: «Siempre que sea posible», ¡si no, me moriré! —gritó la señora Jojlakova, siguiendo a Aliosha con la vista, pero éste ya había salido de la habitación.

III. Un diablillo

Al entrar en el cuarto de Liza, la encontró echada en su antiguo sillón, aquel en que la transportaban cuando aún no podía andar. La muchacha no hizo el menor ademán de ir a su encuentro, aunque clavó en él su aguda y penetrante mirada. Tenía los ojos un tanto hinchados, la tez pálida y amarilla. Aliosha se sorprendió al comprobar cómo había cambiado en tres días, incluso estaba más delgada. Liza no le ofreció la mano. Fue el propio Aliosha quien le rozó los dedos finos y largos, que yacían inmóviles encima de su vestido; luego se sentó enfrente de ella, en silencio.

—Sé que va a la cárcel y que lleva prisa —dijo bruscamente Liza—, y que mamá le ha retenido un par de horas; hace un momento le estaba hablando de Yulia y de mí.

—¿Cómo se ha enterado? —preguntó Aliosha.

—He estado escuchando. ¿Por qué me mira de ese modo? Si quiero escuchar, escucho, no hay nada de malo. No voy a pedir perdón.

—¿Hay algo que la haya disgustado?

—Al contrario, estoy muy contenta. Hace un momento estaba reflexionando, por trigésima vez, y pensaba en lo bien que he hecho al rechazarle a usted y negarme a ser su mujer. No sería usted un buen marido: suponiendo que me casara con usted y le entregara de pronto una nota para que se la llevara a alguien de quien me hubiese enamorado una vez casada, usted la cogería y se la llevaría sin falta, y para colmo me traería la respuesta. Cumpliría usted cuarenta años, y aún seguiría llevando esas notas mías.

De repente, se echó a reír.

—Hay en usted algo maligno e ingenuo al mismo tiempo. —Aliosha le sonrió.

—Lo que hay de ingenuo es que no me avergüenzo delante de usted. No solo no me avergüenzo, sino que tampoco quiero avergonzarme, sobre todo delante de usted, sobre todo de usted. Aliosha, ¿por qué será que no le respeto? Le quiero mucho, pero no le respeto. Si le respetara, no hablaría sin avergonzarme, ¿no cree?

—Sí.

—Y ¿cree que no me avergüenzo delante de usted?

—No, no lo creo.

Liza volvió a reírse nerviosamente; hablaba deprisa, precipitadamente.

—Le he mandado bombones a la cárcel a su hermano Dmitri Fiódorovich. ¡Aliosha, es usted un encanto! Voy a quererle enormemente por haberme permitido tan pronto que no le quisiera.

—¿Para qué me ha llamado hoy, Lise?

—Me apetecía transmitirle un deseo mío. Quiero que alguien me torture: que se case conmigo y luego me torture, me engañe, se vaya y me abandone. ¡Yo no quiero ser feliz!

—¿Ha aprendido a amar el desorden?

—Ah, yo amo el desorden. Siempre estoy deseando prender fuego a la casa. Me imagino acercándome a escondidas, tiene que ser a escondidas, y prendiéndole fuego a la casa. Tratarían de apagarlo, pero la casa ardería. Y yo callada, sabiendo lo que había ocurrido. ¡Ay, qué bobadas! ¡Y qué aburrido!

Hizo un gesto de disgusto con la mano.

—Vive usted muy bien —dijo Aliosha en voz baja.

—¿Acaso es preferible ser pobre?

—Sí, es mejor.

—Eso son cuentos de su difunto monje. No es verdad. Ojalá sea yo rica y todos los demás pobres; podré tomar nata y bombones, y no pienso dar a nadie. Ah, no diga nada, nada —sacudió la mano, a pesar de que Aliosha no había abierto la boca—, ya me ha hablado usted antes de todo esto, me lo sé de memoria. Es un aburrimiento. Como llegue a ser pobre, mataré a alguien... claro que, si soy rica, puede que también. ¡Nada de quedarse quietos! ¿Sabe una cosa? Yo lo que quiero es segar, segar centeno. Me casaré con usted, usted se hará campesino, un campesino de verdad, criaremos un potrillo, ¿quiere? ¿Conoce usted a Kalgánov?

—Sí.

—No hace más que andar y soñar. Dice: para qué vivir de verdad; es mejor soñar. Uno puede soñar las cosas más alegres, pero vivir es aburrido. Y eso que no tardará en casarse, se me ha declarado hasta a mí. ¿Sabe usted jugar a la peonza?

—Sí.

—Pues él es como una peonza: hay que hacer que dé vueltas, soltarlo y sacudir, sacudir y sacudir con el látigo; me casaré con él, y lo tendré dando vueltas toda la vida. ¿No le da vergüenza estar aquí conmigo?

—No.

—Está usted terriblemente enfadado porque no hablo de cosas sagradas. Yo no quiero ser una santa. ¿Qué te hacen en el otro mundo por el más grave de los pecados? Usted debería saberlo con toda exactitud.

—Dios la condenará. —Aliosha la miró fijamente.

—Pues eso es lo que quiero. Llegaría, me condenarían, y de pronto me reiría a la cara de todos. Tengo unas ganas enormes de quemar la casa, Aliosha, nuestra casa, ¿sigue usted sin creermelo?

—¿Por qué no? Si hasta hay niños de doce años a los que se les antoja quemar algo y lo quemar. Es una especie de enfermedad.

—No es verdad, no es verdad; pongamos que hay niños así, pero yo no me refiero a eso.

—Usted confunde el mal con el bien: se trata de una crisis pasajera, es posible que obedezca a su anterior enfermedad.

—¡Usted, después de todo, me desprecia! Yo, sencillamente, no quiero hacer el bien, quiero hacer el mal, y no hay enfermedad que valga.

—¿Por qué quiere hacer el mal?

—Para que no quede nada en ninguna parte. ¡Ah, qué bueno sería que no quedara nada! Sepa, Aliosha, que a veces me apetece hacer un montón enorme de maldades, toda clase de tropelías, hacerlo a escondidas durante largo tiempo, hasta que de repente se descubra. Todos me rodearán y me señalarán con el dedo, y yo me quedaré mirándolos a todos. Es algo muy agradable. ¿Por qué es tan agradable, Aliosha?

—Ya veo. Se trata de la necesidad de aplastar algo bueno o, como decía usted, de prenderle fuego. Eso también pasa.

—No es que lo haya dicho, es que pienso hacerlo.

—La creo.

—Ay, cómo le quiero por lo que dice: la creo. Porque usted nunca miente, nunca. O ¿tal vez piensa que estoy diciéndole todo esto con la única intención de irritarle?

—No, no lo creo... aunque, quién sabe, también es posible que haya algo de esa necesidad.

—Algo hay de eso. A usted no le voy a mentir —dijo con ojos resplandecientes, donde ardía una especie de llama.

Lo que más impresionaba a Aliosha era su seriedad: en ese instante no había en el rostro de la muchacha ni una sombra de chanza o de burla, a pesar de que antes la alegría y el buen humor no la abandonaban ni en sus ratos de mayor «seriedad».

—Hay momentos en que los hombres aman el crimen —dijo Aliosha pensativo.

—¡Sí, sí! Me ha leído usted el pensamiento: lo aman, todos lo aman y siempre lo aman, y no solo en determinados «momentos». ¿Sabe?, a este respecto es como si alguna vez todos se hubieran puesto de acuerdo en mentir y desde entonces no pararan de hacerlo. Todos dicen que odian el mal, pero en el fondo todos lo aman.

—¿Sigue usted leyendo, como antes, libros malos?

—Sí. Mamá los lee y los esconde debajo de la almohada, pero yo se los cojo.

—Y ¿no le da vergüenza destruirse?

—Yo quiero destruirme. Hay aquí un muchacho que aguantó tendido entre los raíles mientras los vagones le pasaban por encima. ¡Qué suerte! Escuche, ahora a su hermano lo van a juzgar por haber matado a su padre, y a todos les encanta que haya hecho eso.

—¿Les encanta que haya matado a su padre?

—¡Sí, les encanta, a todos les encanta! Todos dicen que es algo horrible, pero en el fondo están encantados. Y yo la primera.

—En eso que dice de la gente no le falta algo de razón —dijo Aliosha suavemente.

—¡Ah, pero qué ideas tiene usted! —Liza soltó un chillido, entusiasmada—. ¡Y lo dice un monje! No se creería usted lo mucho que le respeto, Aliosha, por no mentir nunca. Ah, voy a contarle un sueño ridículo que he tenido: a veces sueño con diablos, parece que es de noche, yo estoy en mi cuarto con una vela, y de pronto hay diablos por todas partes, en todos los rincones, debajo de la mesa; abren la puerta y aparece detrás una multitud, y están deseando entrar y cogermme. Se acercan, se acercan, ya están a punto de agarrarme. Pero de pronto me persigno, y todos retroceden, se asustan, pero no acaban de irse, y se quedan ahí en la puerta y por todos los rincones, esperando. Entonces me entran unas ganas terribles de ponerme a insultar a Dios en voz alta, así que empiezo a insultarlo, y ellos otra vez se me acercan en tropel, y yo vuelvo a santiguarme, y ellos retroceden. Es divertidísimo, se me corta el aliento.

—Yo también he tenido a veces ese mismo sueño —dijo Aliosha de repente.

—¿De verdad? —exclamó Liza asombrada—. Escuche, Aliosha, no se burle, esto es tremendamente importante: ¿de verdad es posible que dos personas distintas tengan el mismo sueño?

—Claro que es posible.

—Aliosha, le digo que es tremendamente importante —prosiguió Liza, con una sorpresa un tanto exagerada—. Lo importante no es el sueño, sino que usted haya podido tener el mismo sueño que yo. Usted nunca me miente, así que no me mienta ahora tampoco: ¿es verdad lo que dice? ¿No se burla de mí?

—Es verdad.

Liza, por alguna razón, estaba terriblemente impresionada, y enmudeció medio minuto.

—Aliosha, venga a verme, venga a verme más a menudo —dijo de pronto con voz suplicante.

—Yo siempre vendré a verla, toda mi vida —respondió Aliosha con firmeza.

—Solo a usted le digo estas cosas —volvió a empezar Liza—. Solo a mí misma, y también a usted. Solo a usted en el mundo entero. Y con más ganas que cuando me hablo a mí misma. Y con usted no siento ninguna vergüenza. Aliosha, ¿cómo es que no siento ninguna vergüenza estando con usted, ninguna? Aliosha, ¿es verdad que los judíos, por la Pascua, roban niños y los degüellan?

—No sé.

—Pues yo tengo un libro en el que leí algo de un juicio que se celebró no sé dónde, y de que un judío le cortó primero todos los dedos de las dos manos a un niño de cuatro años y después lo crucificó en una pared, lo clavó con unos clavos y lo crucificó, y más tarde declaró en el juicio que el niño había muerto rápido, a las cuatro

horas. Pues ¡sí que es rápido! Dicen que gemía y gemía, mientras el otro estaba a su lado, disfrutando del espectáculo. ¡Eso está bien!

—¿Bien?

—Sí, bien. A veces pienso que he sido yo quien lo ha crucificado. El niño está ahí colgado, gimiendo, y yo me siento enfrente y me tomo una compota de piña. Me encanta la compota de piña. Y ¿a usted? —Aliosha la contemplaba en silencio. El rostro pálido, amarillento de Liza se alteró de repente, los ojos se le encendieron—. ¿Sabe? Cuando leí lo de ese judío, me pasé toda la noche temblando, hecha un mar de lágrimas. Me imaginaba al niño gritando y gimiendo (porque los niños de cuatro años ya entienden lo que pasa), pero esa imagen de la compota no se me iba de la cabeza. Por la mañana le mandé una carta a cierta persona, diciéndole que viniera a verme sin falta. Vino, y de pronto le conté lo del niño y lo de la compota, se lo conté todo, todo, y dije que «estaba bien». Entonces él se echó a reír y dijo que, efectivamente, estaba bien. Luego se levantó y se fue. No estuvo más de cinco minutos. ¿Me despreció? ¿Qué cree usted? Dígame, Aliosha, dígame, ¿me despreció ese hombre o no me despreció? —Liza se incorporó en el sillón, los ojos le centellearon.

—Dígame —dijo Aliosha, agitado—, ¿había llamado usted misma a esa persona?

—Sí, yo misma.

—¿Le mandó una carta?

—Sí.

—¿Para preguntarle precisamente por eso, por lo del niño?

—No, no era para eso, qué va. Pero, nada más llegar, se lo pregunté. Él me respondió, se echó a reír, se levantó y se fue.

—Ese hombre fue honrado con usted —dijo Aliosha suavemente.

—Y ¿no me despreció? ¿No se burló de mí?

—No, porque es posible que él también crea en la compota de piña. También él está ahora muy enfermo, Lise.

—¡Sí, cree en ella! —A Liza le centellearon los ojos.

—No desprecia a nadie —prosiguió Aliosha—. Lo que pasa es que no cree en nadie. Claro que, si no cree, como es natural, desprecia.

—Entonces, ¿también a mí? ¿A mí?

—También a usted.

—Eso está bien. —A Liza le rechinaron los dientes—. Cuando aquel hombre se marchó entre risas, sentí que estaba bien que la despreciaran a una. Está bien lo del niño con los dedos cortados, está bien que la desprecien a una... —Y se le rió a Aliosha a la cara, con malicia y rencor—. Sabe, Aliosha, sabe, yo querría... ¡Aliosha, sálveme! —Súbitamente, se levantó de un salto del sillón, corrió hacia él y lo estrechó con fuerza entre sus brazos—. Sálveme —dijo, casi con un gemido—. ¿Acaso le diría a

nadie en el mundo lo que le estoy diciendo a usted? ¡Y, sin embargo, no he dicho más que la verdad, la verdad, la verdad! ¡Voy a matarme, porque todo me resulta repugnante! ¡No quiero vivir, porque todo me resulta repugnante! ¡Todo es repugnante, repugnante! Aliosha, ¿por qué, por qué no me quiere nada? —concluyó, fuera de sí.

—Sí, ¡sí que la quiero! —respondió Aliosha con vehemencia.

—Y ¿llorará por mí?

—Sí.

—Pero no porque no haya querido ser su mujer, sino así, sin más, ¿llorará por mí?

—Sí.

—¡Gracias! Lo único que necesito son sus lágrimas. Los demás ya pueden condenarme y pisotearme, ¡todos ellos, todos, sin excluir a nadie! Porque yo no quiero a nadie. ¿Me ha oído? ¡A na-di-e! ¡Al contrario, los odio! Márchese, Aliosha, ¡ya es hora de que vaya a ver a su hermano! —De pronto, se separó de él.

—Y ¿cómo voy a dejarla así? —dijo Aliosha, casi asustado.

—Vaya con su hermano, van a cerrar la cárcel, váyase, aquí tiene el sombrero. Dele un beso a Mitia, ¡váyase, váyase!

Y lo empujó casi a la fuerza hasta la puerta. Aliosha la miraba con amarga perplejidad cuando, de pronto, notó una carta en su mano derecha, una carta pequeña, muy bien doblada y sellada. Le echó un vistazo y en un segundo leyó la dirección: «A Iván Fiódorovich Karamázov». Volvió rápidamente los ojos hacia Liza. Su rostro se había vuelto casi amenazante.

—¡Entréguesela, entréguesela sin falta! —le ordenó frenéticamente, temblando toda ella—. ¡Hoy mismo, ahora mismo! ¡Si no, me enveneno! ¡Por eso le he llamado!

Y cerró de un portazo. Se oyó el chasquido del pestillo. Aliosha se guardó la carta en el bolsillo y fue derecho a la escalera, sin pasarse a ver a la señora Jojlakova, de la que incluso se había olvidado. Mientras, Liza, nada más marcharse Aliosha, quitó enseguida el pestillo, entreabrió la puerta, metió un dedo en la rendija y, cerrando de un portazo, se lo aplastó con todas sus fuerzas. Unos diez segundos después, libre ya la mano, se dirigió en silencio, lentamente, a su silla, se sentó con el cuerpo erguido, y se quedó mirando fijamente el dedito ennegrecido y la sangre que le brotaba de debajo de la uña. Los labios le temblaban y rápidamente, muy rápidamente, se dijo en un susurro:

—¡Mala, mala, mala, mala!

IV. Un himno y un secreto

Era ya muy tarde (pero ¿cómo es de largo un día de noviembre?) cuando Aliosha llamó al portón de la cárcel. Empezaba a oscurecer. Aliosha, sin embargo, sabía que no le pondrían impedimentos para ver a Mitia. Esas cosas pasan aquí, en nuestra pequeña ciudad, como pasan en todas partes. Al principio, como es natural, una vez concluida toda la investigación preliminar, las visitas a Mitia de sus allegados y de algunas otras personas estaban sujetas a determinadas formalidades ineludibles, pero posteriormente, sin que se relajaran propiamente tales formalidades, al menos para algunas de las personas que solían visitar a Mitia se establecieron, casi por sí solas, ciertas excepciones. Hasta tal punto que en ocasiones las entrevistas con el preso en la sala destinada a tal fin se celebraban prácticamente a solas. De todos modos, esas personas eran muy pocas: solo Grúshenka, Aliosha y Rakitin. Pero Grúshenka gozaba del favor del propio isprávník Mijaíl Makárovich. Al viejo le pesaba en el alma haberle gritado de esa manera en Mókroie. Más tarde, cuando conoció el asunto a fondo, cambió por completo su opinión de ella. Y, cosa rara, aunque estaba firmemente convencido de que Mitia era el autor del crimen, desde el momento de su ingreso en prisión fue viéndolo paulatinamente con menos severidad: «¡Es posible que fuera un hombre de buen corazón, pero se perdió, como un sueco, por la bebida y el desorden!». El horror de los primeros momentos fue dejando paso en su alma a cierta compasión. En cuanto a Aliosha, el isprávník lo apreciaba mucho y lo conocía hacía tiempo, y Rakitin, que últimamente acudía con mucha frecuencia a visitar al preso, tenía una relación muy estrecha con las «señoritas del isprávník», como él las llamaba, y se dejaba ver por su casa a diario. Además, daba lecciones en casa del inspector de la prisión, un anciano bondadoso, aunque asimismo un estricto servidor de la ley. También Aliosha era un viejo y apreciado conocido del inspector, que disfrutaba hablando con él de «temas sapienciales» en general. A Iván Fiódorovich, por ejemplo, el inspector no es que lo respetara, sino que incluso le tenía miedo, sobre todo, por sus juicios, a pesar de ser él mismo un gran filósofo que, por supuesto, «podía llegar muy lejos con su propio discernimiento». Pero por Aliosha sentía una simpatía invencible. El último año al anciano le había dado por la lectura de los evangelios apócrifos y estaba comunicándole continuamente sus impresiones a su joven amigo. Antes incluso iba a verlo al monasterio y se pasaba horas enteras departiendo con él y con los hieromonjes. En una palabra, Aliosha, aunque llegara tarde a la prisión, no tenía más que acudir al inspector, y el problema siempre se solucionaba. Además, todo el personal de la cárcel, hasta el último vigilante, estaba acostumbrado a la

presencia de Aliosha. La guardia, por supuesto, no ponía mayores impedimentos, siempre que se contara con el permiso de la dirección. Cada vez que lo llamaban, Mitia bajaba desde su celda al lugar designado para las entrevistas. Al entrar en la sala, Aliosha se topó precisamente con Rakitin, que ya se marchaba después haber visitado a Mitia. Tanto Rakitin como Mitia estaban hablando en voz alta. Mientras despedía a su amigo, Mitia no hacía más que reírse de algo, y Rakitin parecía refunfuñar. A Rakitin, sobre todo en los últimos tiempos, no le hacía gracia encontrarse con Aliosha, apenas cruzaban alguna palabra y hasta para saludarlo tenía que hacer un esfuerzo. Esta vez, al verlo entrar, frunció el ceño más de lo habitual y miró a un lado, como si estuviera muy ocupado abrochándose su gran abrigo, muy caliente, con cuello de piel. Acto seguido se puso a buscar su paraguas.

—No se me vaya a olvidar alguna prenda mía —farfulló, solo por decir algo.

—Y ¡no se te vaya a olvidar alguna ajena! —bromeó Mitia, y enseguida se rió a carcajadas de su propia ocurrencia. Rakitin saltó de inmediato.

—¡Eso tendrías que recomendárselo a tus Karamázov, raza de explotadores, en vez de a Rakitin! —gritó de pronto, temblando todo él de cólera.

—¿Qué mosca te ha picado? ¡Solo estaba bromeando! —exclamó Mitia—. ¡Fu, demonio! Así son todos —se dirigió a Aliosha, señalando con la cabeza a Rakitin, que se marchaba a toda prisa—; ése ha estado aquí riéndose, tan contento, y de repente se ha puesto hecho una furia. A ti ni te ha mirado. ¿Qué os ha pasado? ¿Os habéis peleado? Y tú ¿cómo vienes tan tarde? He estado toda la mañana, más que esperándote, anhelando tu visita. Bueno, no pasa nada. Podemos recuperar el tiempo perdido.

—¿Cómo es que le ha dado por venir con tanta frecuencia? ¿Es que os habéis hecho amigos? —preguntó Aliosha, señalando también con la cabeza la puerta por la que acababa de salir Rakitin.

—¿Que si me he hecho amigo de Mijaíl? No, la verdad. Para qué, ¡menudo cerdo! A mí me considera... un canalla. No entiende una broma, eso es lo peor. Esta gente nunca entiende una broma. Tienen el alma seca, lisa y seca: así veía yo aquel día, cuando me trajeron aquí, los muros de la cárcel. Pero es un hombre inteligente, muy inteligente. Bueno, Alekséi, ¡ya puedo dar por perdida la cabeza!

Se sentó en un banco e invitó a Aliosha a sentarse a su lado.

—Sí, mañana es el juicio. Pero ¿de verdad no tienes ninguna esperanza, hermano? —dijo Aliosha con una sensación de aprensión.

—¿A qué te refieres? —Mitia lo miró con cierta vaguedad—. ¡Ah, sí, el juicio! ¡Al diablo! Hasta ahora, tú y yo solo hemos hablado de bobadas, siempre en relación con ese juicio, y de lo más importante no te he dicho ni una palabra. Pues sí, mañana es el juicio, pero si te he dicho que daba la cabeza por perdida no ha sido pensando en el

juicio. No es que pierda la cabeza, sino lo que hay dentro de ella. ¿Por qué me miras con ese aire de crítica?

—¿De qué me estás hablando, Mitia?

—Las ideas, las ideas, de eso se trata. La ética. ¿Qué es la ética?

—¿La ética? —Aliosha se sorprendió.

—Sí, ¿no es una especie de ciencia?

—Sí, existe una ciencia así... solo que... yo, lo confieso, no puedo explicarte qué clase de ciencia es ésta.

—Rakitin lo sabe. Sabe mucho Rakitin, ¡que se lo lleve el diablo! No piensa ser monje. Quiere ir a San Petersburgo. Allí, según dice, se dedicará a la crítica, pero con una orientación noble. ¿Por qué no? Puede hacer algo útil y labrarse una carrera. ¡Huy, menudos maestros ésos en labrarse una carrera! ¡Al diablo con la ética! Pero yo estoy perdido, Alekséi, ¡yo sí que estoy perdido, hombre de Dios! A ti te quiero más que a nadie. Por ti me tiembla el corazón, ya lo ves. ¿Quién es Carl Bernard?

—¿Carl Bernard? —Aliosha volvió a sorprenderse.

—No, Carl no, espera, me he confundido: Claude Bernard. ¿Qué es lo suyo? La química, ¿no?

—Debe de ser un científico —respondió Aliosha—, pero te confieso que no sé decirte mucho de él. He oído decir, únicamente, que es un científico, pero no sé de qué clase.

—Bueno, al diablo con él, tampoco yo lo sé —maldijo Mitia—. Será algún canalla, eso es lo más probable, son todos unos canallas. Aunque Rakitin llegará lejos, Rakitin es de los que aprovechan cualquier rendija para colarse, es otro Bernard. ¡Uh, los Bernard! ¡Cómo se reproducen!

—Bueno, pero ¿a ti qué te pasa? —preguntó Aliosha, que no daba su brazo a torcer.

—Quiere escribir un artículo sobre mí, sobre mi caso, para empezar de ese modo su carrera literaria; por eso viene a verme, él mismo me lo ha explicado. Quiere algo con una determinada orientación: «No podía dejar de matar, era una víctima de su ambiente», y esa clase de cosas; así me lo ha explicado. Tendrá un matiz socialista, dice. Bueno, al diablo con él, que tenga el matiz que quiera, a mí me da igual. A nuestro hermano Iván no lo quiere, lo odia, a ti tampoco te tiene mucho afecto. Yo no lo echo, porque es un hombre inteligente. Pero es demasiado engreído. Hace un rato le estaba diciendo: «Los Karamázov no somos unos canallas, sino unos filósofos, porque todos los rusos auténticos somos filósofos; pero tú ya puedes haber estudiado que no eres un filósofo, sino un gañán». Se ha reído, aunque en mal tono. Así que le he dicho: De myslibus non est disputandum, buen chiste, ¿verdad? Por lo menos, yo también me he sumado al clasicismo. —Mitia, de repente, se echó a reír a carcajadas.

—¿Por qué ibas a estar perdido? Eso has dicho hace un momento, ¿no? —le interrumpió Aliosha.

—¿Que por qué estoy perdido? ¡Hum! En el fondo... tomando todo en consideración, me da pena Dios, ¡por eso estoy perdido!

—¿Cómo que te da pena Dios?

—Imagínate: está todo ahí, en los nervios, en la cabeza, o sea, esos nervios que están en el cerebro (bueno, ¡al diablo con ellos!)... hay como unos rabilos, los nervios tienen esos rabilos, bueno, y en cuanto empiezan a vibrar... quiero decir, verás, yo miro algo con los ojos, así, y empiezan a vibrar esos rabilos... y al vibrar aparece la imagen, pero no aparece enseguida, sino que pasa un instante, como un segundo, y aparece algo así como un momento, o sea, no un momento (al diablo el momento), sino una imagen, es decir, el objeto o el acontecimiento (bueno, al diablo con ellos), y gracias a eso puedo ver, y luego pienso... es por esos rabilos, de ningún modo porque tenga yo un alma o esté yo hecho a imagen y semejanza de nada, todo eso son tonterías. Eso, hermano, me lo explicó ayer Mijaíl, y fue como si me hubieran quemado. ¡Esta ciencia, Aliosha, es algo grandioso! Un nuevo hombre va a surgir, eso sí que lo entiendo... Pero, de todos modos, ¡Dios me da pena!

—Bueno, tampoco está mal —dijo Aliosha.

—¿Que me dé pena Dios? ¡La química, hermano, la química! No hay nada que hacer, reverendo padre, apártese un poco, ¡llega la química! Y Rakitin no ama a Dios, ¡huy, no lo ama! Ése es el punto flaco de toda esa gente. Pero lo ocultan. Mienten. Fingen. «Entonces, ¿vas a ocuparte de eso en la sección de crítica?», le pregunto. «Así, abiertamente, no me van a dejar», dice, y se ríe. «Pero, después de eso —le pregunto—, ¿qué va a ser del hombre, sin Dios y sin la otra vida? ¿Quiere eso decir que ahora todo está permitido, que uno puede hacer cualquier cosa?» «¿Y tú no lo sabías?», me dice. Se ríe. «A un hombre inteligente —dice— todo se le permite. Un hombre inteligente sabe pescar cangrejos; tú, en cambio —me dice—, mataste y caíste en la trampa, ¡y ahora te pudres en la cárcel!» Eso me dice. ¡Un auténtico cerdo! Yo, antes, a los tipos como él los echaba a patadas, y ahora, ya ves, los escucho. Aunque también dice muchas cosas sensatas. Y escribe con inteligencia. Hace como una semana me empezó a leer un artículo; me apeteció copiar tres líneas; espera, aquí están. —Rápidamente Mitia se sacó del bolsillo del chaleco un papelito y leyó—: «Para resolver esta cuestión, es imprescindible ante todo situar la propia personalidad en conflicto con lo que uno es realmente». ¿Lo comprendes?

—No, no lo comprendo —dijo Aliosha.

Miraba y escuchaba a Mitia con curiosidad.

—Pues yo tampoco lo comprendo. Es oscuro y confuso, pero inteligente. «Ahora —dice— todos escriben así, es cosa del ambiente...» Le tienen miedo al ambiente.

También escribe versos, el muy canalla. Ha cantado al piececito de la señora Jojlakova, ¡ja, ja, ja!

—Ya lo había oído —dijo Aliosha.

—¿Lo habías oído? Y los versitos, ¿los has oído?

—No.

—Aquí los tengo, mira, te los voy a leer. Tú no lo sabes, no te lo he contado, es toda una historia. ¡Valiente granuja! Hace tres semanas decidió hacerme rabiar: «Mira —me dice—, tú has caído en la trampa como un idiota por tres mil rublos, y yo voy a embolsarme ciento cincuenta mil: voy a casarme con una viudita y me voy a comprar una casa de piedra en San Petersburgo». Y me contó que estaba cortejando a la señora Jojlakova, y que ésta, que de joven no era precisamente inteligente, a sus cuarenta años estaba como un cencerro. «Pero es sentimental —dice—, y mucho, y por ahí la pienso conquistar. Me caso con ella, me la llevo a San Petersburgo y allí empezaré a sacar un periódico.» Y tenía en los labios una asquerosa baba de lujuria, pero no babeaba por ella, sino por los ciento cincuenta mil. Y me convenció, me convenció; venía a verme todos los días: «Está a punto de rendirse», me decía. Estaba radiante de alegría. Y un día, de repente, lo ponen de patitas en la calle: Perjotin, Piotr Ilich, le ganó la partida, ¡bravo! Quiero decir, ¡de buena gana le daría un beso a esa mentecata por haberlo echado de su casa! Así que cuando venía tanto a verme fue cuando compuso aquellos versitos. «Es la primera vez —me dijo— que me mancho las manos y escribo unos versos, y ha sido para seducir, o sea, con un fin práctico. Si me hago con el capital de esa chiflada, podré aportar un beneficio a la ciudadanía.» ¡Esa gente justifica cualquier infamia apelando al beneficio ciudadano! «De todos modos —me dice—, yo he escrito mejor que tu Pushkin, porque incluso en unos versos festivos he sabido introducir preocupaciones ciudadanas.» Lo que dice de Pushkin, la verdad, lo comprendo. Después de todo, seguramente sería un hombre muy capaz, pero ¡solo escribió de piececitos! ¡Y bien orgulloso que estaba de sus versos! ¡Cuánta vanidad hay en esa gente, cuánta vanidad! «Por el restablecimiento del piececito lastimado del objeto de mi amor», ése era el título que se le había ocurrido, ¡qué hombre más vivo!

¡Ay, mira ese lindo, dulce piececito,
cómo se nos hincha, se pone malito!
Llegan los doctores, tocan con cuidado,
y, aunque se lo vendan, lo dejan lisiado.
No, no es ese pie el que me da pena,
si lo canta Pushkin, sea en hora buena:
es por la cabeza todo mi pesar,
donde las ideas se niegan a entrar.
Cuando ya empezaba a entender un poco
te has entrometido, piececito loco.

Ojalá por fin ese pie se cure
y la cabecita, que también madure.

»Un cerdo, un puro cerdo, pero ¡al muy canalla le ha salido bien jovial! Y realmente ha colado la cuestión “ciudadana”. Pero ¡cómo se enfureció cuando lo echaron! ¡Le rechinaban los dientes!

—Ya se ha vengado —dijo Aliosha—. Ha escrito una crónica donde habla de la señora Jojlkova.

Y Aliosha le contó brevemente lo del artículo en el periódico Rumores.

—¡Ha sido él, ha sido él! —confirmó Mitia, frunciendo el ceño—. ¡Ha sido él! Estas crónicas... ya sé yo... quiero decir, ¡cuántas bajezas se han escrito ya, de Grusha, sin ir más lejos!... Y también de la otra, de Katia... ¡Hum!

Empezó a dar vueltas por la estancia, preocupado.

—Hermano, no puedo quedarme mucho rato —dijo Aliosha, después de una pausa—. Mañana es un día terrible y memorable para ti: el juicio divino se cumplirá en ti... y me sorprende que estés ahí dando vueltas y que, en lugar de ir al grano, me hables de sabe Dios qué.

—No, no te sorprendas —le interrumpió Mitia con ardor—. ¿Debería acaso hablar de ese perro maloliente? ¿Del asesino? Ya hemos hablado bastante de este asunto. ¡No quiero volver a hablar de ese maloliente, el hijo de la Maloliente! Dios lo matará, ya lo verás, y ¡calla! —Se acercó muy agitado a Aliosha y lo besó de pronto. Los ojos le resplandecían—. Rakitin esto no lo entendería —empezó a decir, casi como en éxtasis—, pero tú vas a entenderlo todo. Por eso estaba ansioso por verte. Verás, hace ya tiempo que deseaba contarte muchas cosas aquí, entre estos muros desconchados, pero no decía ni palabra de lo más importante: era como si aún no hubiera llegado la hora. He esperado hasta ahora, hasta el final del plazo, para abrirte mi alma. Hermano, en estos dos últimos meses he sentido que había un hombre nuevo en mí, ¡que un hombre nuevo había resucitado en mí! Estaba encerrado en mi interior, pero, de no haber sido por este trueno, jamás habría aparecido. ¡Es terrible! Qué poco me importa tener que pasarme veinte años en las minas arrancando el mineral con un martillo, no me da ningún miedo; hay otra cosa que me aterra ahora: ¡que ese hombre resucitado se aleje de mí! Incluso allí, en las minas, en las entrañas de la tierra, es posible encontrar un corazón humano en el presidiario, en el asesino que tienes a tu lado, y sentirte unido a él, porque ¡allí también es posible vivir, y amar, y sufrir! Es posible hacer que renazca, que resucite el corazón helado de ese convicto, es posible cuidarlo durante años y hacer que de la cueva salga a la luz un alma elevada, una conciencia dolorida, ¡es posible hacer que renazca un ángel, que resucite un héroe! Y lo cierto es que son muchos, centenares, y ¡todos nosotros somos culpables por ellos! ¿Por qué soñé entonces, en un momento como ése, con aquel «chiquillo»? «¿Por qué es pobre el chiquillo?» ¡Fue una profecía para mí en aquel momento! Iré por aquel «chiquillo».

Porque todos somos culpables por todos. Por todos los «chiquillos», porque hay niños pequeños y niños grandes. Todos somos «chiquillos». Iré por todos, porque es necesario que alguien vaya por todos. Yo no he matado a nuestro padre, pero debo ir. ¡Lo acepto! Todo esto me ha llegado aquí... entre estos muros desconchados. Y lo cierto es que son muchos, que son centenares, y se encuentran bajo tierra con un martillo en la mano. Oh, sí, estaremos encadenados, y no tendremos libertad, pero entonces, en medio de nuestro inmenso pesar, resucitaremos de nuevo a la alegría, sin la cual el hombre no puede vivir, ni puede existir Dios, pues Dios da la alegría, ése es su privilegio, un privilegio inmenso... ¡Señor, que el hombre se disuelva en la plegaria! ¿Cómo iba yo a vivir bajo tierra sin Dios? Rakitin miente: ¡si arrojan a Dios de la tierra, nosotros lo encontraremos bajo tierra! Al presidiario le es imposible vivir sin Dios, más imposible aún que al hombre que está fuera de prisión. Entonces, desde las entrañas de la tierra, los hombres de las profundidades elevaremos un trágico himno a Dios, fuente de toda alegría. ¡Gloria a Dios y a su alegría! ¡Lo amo! —Mientras pronunciaba su insólito discurso, a Mitia le faltaba el aliento. Palideció, los labios le temblaban, las lágrimas le brotaban de los ojos—. No, la vida está en su plenitud, ¡incluso bajo tierra hay vida! —volvió a empezar—. ¡No te creerías, Alekséi, hasta qué punto quiero vivir ahora, qué ansia de existir y de comprender ha surgido en mí precisamente entre estos muros desconchados! Rakitin no lo entiende, a él lo único que le preocupa es hacerse una casa y meter inquilinos en ella, pero yo te estaba esperando a ti. Además, ¿qué es el sufrimiento? Yo no lo temo, antes sí lo temía. ¿Sabes?, es posible que ni siquiera conteste en el juicio... Y me parece que hay ahora tanta fuerza en mí que soy capaz de sobrellevarlo todo, todos los sufrimientos, solo para poder decirme a mí mismo y repetirme a cada momento: ¡yo soy! En un millar de tormentos, soy; retorciéndome en la tortura, pero ¡soy! Encerrado en una torre, pero seguiré existiendo; veré el sol, y si no lo veo sabré que existe. Pero, saber que el sol existe, eso ya es toda la vida. Aliosha, mi querubín, todas estas filosofías me están matando, ¡al diablo con ellas! Nuestro hermano Iván...

—¿Qué pasa con nuestro hermano Iván? —Aliosha quiso interrumpirle, pero Mitia no lo oyó.

—Verás, yo antes no tenía ninguna de estas dudas, pero estaban todas ocultas en mi interior. Tal vez, si me emborrachaba, si me peleaba, si me enfurecía, era porque esas ideas desconocidas se agitaban dentro de mí. Me peleaba para ahogarlas en mí, para someterlas, para aplastarlas. Nuestro hermano Iván no es Rakitin, él esconde su idea. Nuestro hermano Iván es una esfinge: calla, siempre calla. Y a mí Dios me atormenta. Eso es lo único que me atormenta. ¿Y si resulta que no existe? ¿Y si Rakitin tiene razón, y es una idea artificial de los hombres? Entonces, si de verdad no existe, el hombre es el señor de la tierra, del universo. ¡Espléndido! Pero ¿cómo va a ser virtuoso sin Dios? ¡Buena pregunta! No hago más que darle vueltas. Pues, en ese caso, ¿a quién

va a amar el hombre? ¿A quién va a estar agradecido, a quién va a entonar un himno? Rakitin se ríe. Rakitin dice que es posible amar a la humanidad aunque no exista Dios. Bueno, ese mequetrefe puede afirmar lo que quiera, pero yo soy incapaz de entenderlo. A Rakitin le es fácil vivir: «Más vale que te preocupes —me dice hoy— de que se amplíen los derechos ciudadanos de la gente o de que no suba el precio de la carne; de ese modo, tu amor a la humanidad resultará más sencillo y más inmediato que con esas filosofías». A lo cual he replicado: «Pues lo que es tú —le digo—, si no hay Dios, seguro que inflas el precio de la carne a las primeras de cambio, y te sacas un rublo por kopek». Se ha enfadado. Porque, dime, Alekséi, ¿qué es la virtud? Para mí la virtud es una cosa, para un chino otra distinta; de manera que es algo relativo. ¿O no? ¿O no es algo relativo? ¡Es una pregunta insidiosa! No te rías si te digo que me he pasado dos noches sin dormir por este motivo. No deja de asombrarme que la gente pueda vivir sin pensar en estas cosas. ¡Vanidad! Iván no tiene un Dios. Tiene una idea. Eso me desborda. Pero él calla. Pienso que es masón. Se lo he preguntado, y calla. Yo quería beber agua de su manantial, y él calla. Solo una vez me dijo algo.

—¿Qué te dijo? —se apresuró a preguntar Aliosha.

—Le digo: «Entonces, todo está permitido, ¿no es eso?». Él frunció el ceño: «Fiódor Pávlovich —dice—, nuestro papaíto, era un cerdo, pero su razonamiento era correcto». Eso fue todo lo que me contestó. No dijo nada más. Aunque ya está más claro que lo de Rakitin.

—Sí —concedió amargamente Aliosha—. ¿Cuándo ha venido?

—Luego hablamos de eso, ahora quiero comentarte otra cosa. De Iván casi no te había hablado hasta hoy. Lo he ido dejando para el final. Cuando termine aquí este asunto mío y dicten sentencia, entonces ya te contaré ciertas cosas, te lo contaré todo. Aquí hay algo terrible... Y en eso tú vas a ser mi juez. Pero de momento no empieces con eso; de momento, ni palabra. Me hablabas de lo de mañana, del juicio, y, la verdad, no sé nada de eso.

—¿Has hablado con ese abogado?

—¡Valiente abogado! Se lo he contado todo. Es un granuja de los finos, de esos de la capital. ¡Un Bernard! No se cree ni un tanto así de lo que le digo. Está convencido de que lo he matado yo, imagínate; se lo noto. «Siendo así —le he preguntado—, ¿por qué ha venido usted a defenderme?» Ni caso. También han hecho venir a un médico, quieren demostrar que estoy loco. ¡No pienso consentirlo! Katerina Ivánovna quiere cumplir con «su deber» hasta el final. ¡Cuánto esfuerzo! —Mitia se sonrió amargamente—. ¡Es una gata! ¡Tiene un corazón de piedra! Y sabe lo que dije de ella entonces en Mókroie, que es una mujer «inmensamente colérica». Le han ido con el cuento. ¡Sí, las declaraciones se han multiplicado como las arenas de la mar! Grigori no da su brazo a torcer. Grigori es honrado, pero es tonto. Mucha gente es honrada gracias a que es tonta. Así lo ve Rakitin. Grigori es enemigo mío. A algunos es mejor

tenerlos de enemigos que de amigos. Lo digo por Katerina Ivánovna. ¡Me da miedo, oh, sí, me da miedo que hable en el juicio de su reverencia hasta el suelo cuando lo de los cuatro mil quinientos rublos! Querrá saldar la cuenta hasta el fin, hasta el último cuadrante. ¡No quiero yo su sacrificio! ¡Me van a avergonzar en el juicio! Tendré que soportarlo como sea. Vete a verla, Aliosha, pídele que no hable de eso en el juicio. ¿O acaso es imposible? ¡Al diablo, da igual, lo soportaré! Ella no me da pena. Lo está deseando. El que la hace la paga. Yo, Alekséi, soltaré mi discurso. —Volvió a sonreírse amargamente—. Solo... solo que Grusha, Grusha, ¡Señor! ¿Por qué tiene ella que aceptar semejante suplicio? —exclamó de repente entre lágrimas—. Grusha me está matando, pensar en ella me está matando, ¡me está matando! Hoy mismo ha venido a verme...

—Me lo ha contado. Hoy estaba muy disgustada contigo.

—Lo sé. Que el diablo me lleve por mi mal carácter. ¡Me he puesto celoso! Al despedirme de ella, me he arrepentido, la he besado. Pero no le he pedido perdón.

—¿Por qué no se lo has pedido? —exclamó Aliosha.

Mitia, de pronto, se echó a reír, casi contento.

—¡Dios te guarde, buen muchacho, de pedir jamás perdón por tus faltas a la mujer amada! ¡Especialmente a la amada, ni se te ocurra, sea cual sea tu falta! Porque las mujeres... solo el diablo sabe lo que son las mujeres, y ¡te lo digo yo, que de mujeres, por lo menos, algo sé! Tú prueba a reconocer tu culpa ante ella: «Perdona —dile—, lo siento, yo tengo la culpa»; ¡ya verás el chaparrón de reproches que te cae encima! Por nada del mundo te va a perdonar sencilla y llanamente; primero te humilla hasta dejarte hecho un guiñapo, saca a relucir cosas que ni han pasado, todo te lo tiene en cuenta, no se olvida de nada, después añade alguna cosa más de su cosecha, y entonces, y solo entonces, te perdona. ¡Y eso la mejor, la mejor de todas! Te arrancará la piel a tiras y te la pondrá toda sobre la cabeza; así son de feroces todas ellas, de la primera a la última, te lo digo yo, ¡así son esos ángeles sin los cuales no podemos vivir! Verás, querido, te lo voy a decir francamente, para que se entienda: todo hombre decente tiene que estar bajo la suela de una mujer. Ésa es mi convicción; no es una convicción, sino un sentimiento. El hombre tiene que ser magnánimo, y eso no mancha su reputación. Ni aunque sea un héroe, ¡ni al mismísimo César! Pero, de todos modos, tú no pidas perdón, nunca, por nada del mundo. No olvides esta regla que te da tu hermano Mitia, a quien las mujeres han llevado a la perdición. No, más me vale rehabilitarme ante Grusha de otra manera, sin pedirle perdón. Yo la adoro, Alekséi, ¡la adoro! Pero ella no lo ve, no, para ella sigue siendo poco amor. Y me hace sufrir, me hace sufrir con su amor. ¡Lo de antes no era nada! Antes se limitaba a hacerme sufrir con sus idas y venidas infernales, pero ahora he tomado toda su alma en mi alma, y a través de ella me he convertido en un hombre. ¿Dejarán que nos casemos? Si no es así, me moriré de celos. Todos los días sueño algo así... ¿Qué te ha dicho de mí?

Aliosha le repitió todo lo que Grúshenka le había dicho ese día. Mitia escuchó con atención, le hizo muchas preguntas y se quedó satisfecho.

—Así que no está enfadada de mis celos —exclamó—. ¡Toda una mujer! «Yo también soy dura de corazón.» Huy, me gustan las que son como ella, duras de corazón, pero no soporto que me vengan con celos, ¡no lo soporto! Seguro que nos peleamos. Pero quererla... voy a quererla eternamente. ¿Dejarán que nos casemos? ¿Dejan casarse a los presidiarios? Buena pregunta. Y sin ella yo no puedo vivir... — Mitia dio unos pasos por la estancia con el ceño fruncido. Estaba casi a oscuras. De pronto se mostró tremendamente preocupado—. Un secreto, ¿así que dice que hay un secreto? ¿Que entre los tres estamos tramando algo contra ella, y que «Katka», según dice, está implicada? No, Grúshenka, vieja amiga, no se trata de eso. ¡No has dado una, como es propio de una estúpida mujer! Aliosha, querido, ¿por qué no? ¡Te contaré nuestro secreto!

Miró a todas partes, se acercó rápidamente a Aliosha, que estaba de pie, delante de él, y le susurró algo con aire de misterio, aunque en verdad nadie podía oírles: el viejo vigilante dormitaba en un banco, en un rincón, y a los soldados que estaban de guardia no les llegaba ni una palabra.

—¡Voy a revelarte todo nuestro secreto! —susurró Mitia a toda prisa—. Quería revelártelo después, porque ¿qué podría decidir yo sin ti? Tú lo eres todo para mí. Aunque diga que Iván está por encima de nosotros, tú eres mi querubín. Tu decisión es la que cuenta. Puede que seas tú, en vez de Iván, el que está por encima. Verás, es una cuestión de conciencia, de la más alta conciencia: el secreto es tan importante que yo solo no puedo enfrentarme a él, y lo había aplazado todo hasta hablar contigo. Pero, de todos modos, ahora es demasiado pronto para decidir, hay que esperar a la sentencia: cuando se dicte la sentencia, entonces tú decidirás mi destino. Por ahora no tomes ninguna decisión: escucha lo que te voy a decir, pero no decidas nada. Espera y calla. No voy a contártelo todo. Voy a limitarme a contarte la idea, sin entrar en detalles; tú no digas nada. Ni una pregunta, ni un movimiento, ¿de acuerdo? Pero, ¡ay, Señor!, ¿qué voy a hacer con tus ojos? Me temo que tus ojos hablen por ti, por mucho que tú guardes silencio. ¡Ay, eso me temo! Escucha, Aliosha: nuestro hermano Iván me sugiere que me fugue. No voy a darte más detalles: todo está previsto, todo puede arreglarse. Calla, no decidas. A América, con Grusha. Porque ¡sin Grusha no puedo vivir! ¿Y si no le permiten reunirse conmigo allí? ¿Dejan casarse a los presidiarios? Nuestro hermano Iván dice que no. Y, sin Grusha, ¿qué hago allí, bajo tierra, con el martillo? ¡Lo que haré será abrimme la cabeza con él! Pero, por otra parte, ¿y la conciencia? ¡Estaría huyendo del sufrimiento! Había una señal, y la he ignorado; había un camino de purificación, y he dado media vuelta hacia la izquierda. Dice Iván que en América, «con buenas inclinaciones», uno puede ser más útil que bajo tierra. Sí, pero ¿dónde vamos a entonar nuestro himno de las profundidades? ¡Déjate de América,

América no es más que vanidad! Y me imagino que también en América habrá mucha pillería. ¡Huir de mi crucifixión! Por eso te digo, Alekséi, que tú eres el único que puede entenderlo, y nadie más; para los demás todo esto son estupideces, delirios: todo esto que te he dicho del himno. Dirán: se ha vuelto loco, o es un necio. Y yo no me he vuelto loco, tampoco soy un necio. También Iván entiende lo del himno, vaya si lo entiende, pero no dice nada, se queda callado. No cree en el himno. No digas nada, no digas nada; ya veo cómo estás mirando: ¡ya has decidido! No decidas, ten compasión de mí, sin Grusha yo no puedo vivir, ¡espera al juicio! —concluyó Mitia, en un estado de frenesí. Con las dos manos, sujetaba a Aliosha de los hombros, y estaba concentrado en sus ojos, con una mirada anhelante y febril—. ¿Dejan casarse a los presidiarios? —repitió por tercera vez, con voz suplicante.

Aliosha escuchaba extremadamente sorprendido y profundamente impresionado.

—Dime una cosa —preguntó—, ¿ha insistido mucho Iván? Y ¿de quién fue la idea?

—¡Suya, la idea fue suya, e insiste en ella! Nunca venía a verme, y de repente vino hace una semana y empezó con eso sin más. Insiste sin parar. Él no pide, él ordena. No tiene dudas de mi obediencia, aunque le he abierto mi corazón, igual que a ti, y le he hablado del himno. Me ha contado cómo podría organizarlo, ha reunido toda la información, pero ya te hablaré luego de eso. Lo desea de una forma histérica. Lo principal es el dinero: «Diez mil para tu huida —dice—, y veinte mil para América; con diez mil rublos —dice— podemos organizar una fuga memorable».

—Y ¿te habrá ordenado que no me lo digas bajo ningún concepto? —volvió a preguntar Aliosha.

—A nadie, en ningún caso, pero a ti menos que a nadie: ¡a ti bajo ningún concepto! Seguramente tiene miedo de que te levantes ante mí como mi propia conciencia. No le digas que te lo he contado. ¡Uf, no se lo digas!

—Tienes razón —admitió Aliosha—, es imposible decidir antes de la sentencia del tribunal. Después del juicio, decidirás tú mismo; entonces encontrarás en ti a un hombre nuevo, él será quien decida.

—¡A un hombre nuevo o a un Bernard, que decidirá al estilo de los Bernard! ¡Porque me parece que yo también soy un despreciable Bernard! —Mitia forzó una amarga sonrisa.

—Pero ¿será posible, hermano, será posible que no tengas ninguna esperanza de justificarte?

Mitia se encogió de hombros convulsivamente y negó con la cabeza.

—¡Aliosha, querido, ya es hora! —De repente, le entró la prisa—. El inspector ha dado un grito en el patio, estará aquí enseguida. Ya es tarde para nosotros, estamos alterando el orden. Abrázame, deprisa, dame un beso, persígname, querido, y haz sobre mí la cruz de mañana...

Se abrazaron y se besaron.

—Iván —dijo de pronto Mitia— me ha propuesto que huya, ¡eso es que cree que yo lo he matado!

Una sonrisa triste afloró a sus labios.

—¿Tú le has preguntado si lo cree o no? —preguntó Aliosha.

—No, no se lo he preguntado. Quería preguntárselo, pero no he sido capaz, me han faltado las fuerzas. Pero es igual, se lo noto en los ojos. Bueno, ¡adiós!

Volvieron a besarse a toda prisa, y Aliosha ya se iba cuando Mitia lo llamó una vez más, de improviso:

—Quédate ahí delante de mí, así.

Y, con ambas manos, volvió a sujetar a Aliosha de los hombros, haciendo fuerza. En un instante su rostro palideció, hasta tal punto que resaltaba terriblemente en la oscuridad. Se le contrajeron los labios, clavó la mirada en Aliosha.

—Aliosha, dime toda la verdad, como ante Dios nuestro Señor: ¿crees o no crees que lo maté? Tú, y solo tú, ¿lo crees o no? ¡Toda la verdad, no mientas! —le gritó con frenesí.

Aliosha sintió como si se tambalease, y fue como si algo afilado —llegó a oírlo— le atravesara el corazón.

—Basta ya, qué cosas tienes... —balbuceó, como desconcertado.

—¡Toda la verdad, toda, no mientas! —repitió Mitia.

—Ni un solo momento he creído que fueras tú el asesino —dijo de pronto Aliosha, con voz temblorosa, como si le hubiera brotado del pecho, y alzó la mano derecha, como poniendo a Dios por testigo de sus palabras. Una expresión de beatitud iluminó al instante toda la faz de Mitia.

—¡Te doy las gracias! —dijo despacio, como si exhalara un suspiro después de un desvanecimiento—. Me has devuelto la vida... Aunque no lo creas, hasta ahora tenía miedo de preguntártelo, ¡a ti, a ti! Bueno, ¡vete, vete! Me has dado fuerzas para mañana, ¡que Dios te bendiga! Venga, márchate, ¡ama a Iván! —fueron las últimas palabras que salieron de Mitia.

Aliosha salió hecho un mar de lágrimas. Era tal el grado de inseguridad de Mitia, era tal su grado de recelo, que Aliosha había vislumbrado de pronto un abismo de amargura invencible y de desesperación en el alma de su desdichado hermano, un abismo de cuya existencia no había siquiera sospechado hasta entonces. Una compasión profunda, infinita, se apoderó de él y lo atormentó en un instante. Su corazón, desgarrado, le dolía de un modo atroz. «¡Ama a Iván!»: de pronto recordó las últimas palabras de Mitia. Se dirigía, precisamente, a ver a Iván. Desde por la mañana, tenía una necesidad terrible de ver a Iván. Iván le preocupaba tanto como Mitia, y ahora, después de la entrevista con su hermano, más todavía.

V. ¡No fuiste tú, no fuiste tú!

Yendo a ver a Iván, tuvo que pasar cerca de la casa donde residía Katerina Ivánovna. Había luz en las ventanas. Se detuvo de pronto y decidió entrar. Hacía más de una semana que no veía a Katerina Ivánovna. Pero en ese momento cayó en la cuenta de que Iván podría estar con ella, especialmente en vísperas de un día semejante. Después de llamar, y mientras subía por la escalera, débilmente iluminada por un farol chino, vio bajar a un hombre en quien reconoció, al llegar a su altura, a su hermano. Así pues, éste salía de ver a Katerina Ivánovna.

—Ah, solo eres tú —dijo Iván Fiódorovich con sequedad—. Muy bien, adiós. ¿Vienes a verla?

—Sí.

—No te lo aconsejo, está «alterada» y tú vas a ponerla aún más nerviosa.

—¡No, no! —gritó arriba una voz, desde una puerta que acababan de abrir—. Alekséi Fiódorovich, ¿viene usted de verlo?

—Sí, he estado con él.

—¿Le ha dado algún recado para mí? Entre, Aliosha, y usted, Iván Fiódorovich, vuelva aquí sin falta. ¿Me está escuchando?

Resonaba en la voz de Katia una nota tan imperiosa que Iván Fiódorovich, tras un momento de vacilación, se decidió, a pesar de todo, a subir otra vez en compañía de Aliosha.

—¡Estaba escuchando! —susurró para sí con irritación, aunque Aliosha pudo oírle—. . Permita que me deje puesto el abrigo —dijo Iván Fiódorovich al entrar en la sala—. No voy a sentarme. Voy a quedarme solo un minuto.

—Siéntese, Alekséi Fiódorovich —dijo Katerina Ivánovna, mientras ella se quedaba de pie. Apenas había cambiado en ese tiempo, pero sus ojos oscuros centelleaban con un fulgor maligno. Más tarde Aliosha recordaría que en aquellos momentos le había parecido extraordinariamente guapa—. ¿Qué le ha pedido que me dijera?

—Solo una cosa —dijo Aliosha, mirándola directamente a la cara—; que se compadezca de sí misma y no declare nada en el juicio acerca de... —se turbó un poco— de lo que ocurrió entre ustedes... cuando se conocieron por primera vez... en aquella ciudad...

—¡Ah, se refiere a mi profunda reverencia por el dinero aquel! —le interrumpió, riendo amargamente—. ¿Y qué? ¿Tiene miedo por él o por mí? Le ha dicho que me compadezca, pero ¿de quién? ¿De él o de mí? Dígame, Alekséi Fiódorovich.

Aliosha la miraba atentamente, haciendo un esfuerzo por comprenderla.

—De usted misma y de él —dijo suavemente.

—Ya veo —replicó con cierta malicia, y de pronto se ruborizó—. Usted no me conoce todavía, Alekséi Fiódorovich —dijo amenazante—, y yo tampoco me conozco todavía. Podría ocurrir que, después del interrogatorio de mañana, sintiera usted deseos de pisotearme.

—Usted declarará con honradez —dijo Aliosha—, eso es lo único que se necesita.

—Las mujeres no siempre somos honradas. —Le rechinaron los dientes—. Hace solo una hora pensaba que me daría pavor acercarme a ese monstruo... como a un reptil... pero la verdad es que no, ¡sigue siendo un hombre para mí! Además, ¿lo ha matado él? ¿Ha sido él quien lo ha matado? —exclamó, presa de una histeria repentina, volviéndose rápidamente hacia Iván Fiódorovich. Aliosha no tardó en comprender que esa misma pregunta ya se la había hecho a su hermano, tal vez incluso justo antes de su llegada, y que no se la había hecho una vez, sino cien veces, y habían terminado discutiendo—. He ido a ver a Smerdiakov... Has sido tú, tú has sido quien me ha convencido de que es un parricida. ¡Yo solo te creía a ti! —prosiguió, sin dejar de dirigirse a Iván Fiódorovich. Éste se esforzaba por sonreír. Aliosha se sobresaltó al oír aquel tú. Nunca habría sospechado que había tanta confianza entre ellos.

—Bueno, en todo caso, ya es suficiente —cortó Iván—. Me voy. Vendré mañana. —Y, dando media vuelta de inmediato, salió de la estancia y se dirigió a la escalera. De repente, Katerina Ivánovna, con un gesto imperioso, cogió a Aliosha de ambas manos.

—¡Vaya tras él! ¡Alcáncelo! No lo deje solo ni un minuto —le susurró a toda prisa—. Está loco. ¿No sabía que se ha vuelto loco? ¡Tiene fiebre, una fiebre nerviosa! Me lo ha dicho el médico, vaya, corra tras él...

Aliosha echó a correr y se lanzó en pos de Iván Fiódorovich. Éste no había tenido tiempo de recorrer cincuenta pasos.

—¿Qué quieres? —viendo que Aliosha le daba alcance, se volvió súbitamente hacia él—; te ha mandado que corras detrás de mí porque estoy loco. Me lo sé de memoria —añadió irritado.

—Desde luego, está equivocada, pero tiene razón al decir que estás enfermo —dijo Aliosha—. Hace un momento, estando con ella, me he fijado en tu cara; ¡tienes cara de estar muy enfermo, Iván, muy enfermo!

Iván siguió caminando, sin detenerse. Aliosha iba detrás de él.

—Y ¿sabes tú, Alekséi Fiódorovich, cómo se vuelve uno loco? —preguntó Iván con una voz repentinamente sosegada, sin la menor irritación, en la que podía oírse una curiosidad de lo más ingenua.

—No, no lo sé; supongo que hay muchas clases de locura.

—Y ¿puede uno mismo observar cómo se vuelve loco?

—Creo que, en ese caso, es imposible verse uno mismo con claridad —respondió sorprendido Aliosha. Iván estuvo callado medio minuto.

—Si quieres hablar conmigo de lo que sea, cambia de tema, por favor —dijo de pronto.

—Toma, no se me vaya a olvidar, tengo una carta para ti —dijo Aliosha tímidamente y, sacándose del bolsillo la carta de Liza, se la tendió. Precisamente, se habían aproximado a una farola. Iván reconoció la letra enseguida.

—¡Ah, es de ese diablillo! —Se rió maliciosamente y, sin abrir el sobre, rompió la carta en pedazos y los arrojó al viento. Los fragmentos de papel se dispersaron—. No tiene aún dieciséis años, al parecer, y ¡ya se ofrece! —dijo con desprecio, echando a andar de nuevo.

—¿Cómo que se ofrece? —exclamó Aliosha.

—Ya se sabe, como se ofrecen las mujeres depravadas.

—¡Qué dices, Iván, qué dices! —protestó Aliosha amarga y vehementemente—. No es más que una criatura, ¡estás ofendiendo a una criatura! Está enferma, está muy enferma; es posible que ella también se esté volviendo loca... Yo no tenía más remedio que darte su carta... Al contrario, esperaba oír algo de ti... que pudiera salvarla.

—De mí no vas a oír nada. Si es una niña, yo no soy su niñera. Calla, Alekséi. No sigas. Ni siquiera estoy pensando en ese asunto.

Estuvieron cosa de un minuto en silencio.

—Va a estar toda la noche rezando a la Madre de Dios para que le indique cómo debe actuar mañana en el juicio —volvió a hablar Iván de pronto, en tono hiriente y despectivo.

—¿Te refieres... a Katerina Ivánovna?

—Sí. ¿Qué tiene que hacer? ¿Salvar a Mítenka o causar su perdición? Rezará para que su alma se ilumine. Ya lo ves, aún no sabe qué hacer, no ha tenido tiempo de prepararse. También ella me toma por una niñera, ¡quiere que la acune!

—Katerina Ivánovna te quiere, hermano —dijo Aliosha con un sentimiento de tristeza.

—Puede ser. Pero ella a mí no me interesa.

—Está sufriendo. ¿Por qué, entonces, le dices... a veces... ciertas cosas que le hacen concebir esperanzas? —siguió diciendo Aliosha, con un tímido reproche—. Porque yo sé que tú le has dado esperanzas; perdona que te hable de este modo —añadió.

—Ahora mismo no puedo actuar como debería: no puedo romper con ella y decírselo a las claras —replicó Iván, irritado—. Hay que esperar a que condenen al asesino. Si rompo ahora con ella, mañana, para vengarse de mí, destruirá a ese desgraciado en el juicio, porque lo odia, y sabe que lo odia. Aquí todo es mentira, ¡una

mentira tras otra! Pero, por ahora, mientras yo no rompa con ella y sus esperanzas sigan intactas, se abstendrá de hundir a ese monstruo, sabiendo que yo deseo evitar su perdición. ¡A ver cuándo se dicta esa maldita sentencia!

Las palabras «asesino» y «monstruo» resonaron dolorosamente en el corazón de Aliosha.

—Y ¿qué medios tiene esa mujer para hundir a nuestro hermano? —preguntó, pensando en las palabras de Iván—. ¿Qué puede declarar que signifique la perdición de Mitia?

—Tú aún no lo sabes. Tiene en sus manos un documento, escrito por Mítenka, de su puño y letra, que demuestra matemáticamente que él mató a Fiódor Pávlovich.

—¡No puede ser! —exclamó Aliosha.

—¿Cómo que no? Yo lo he leído.

—¡Tal documento no puede existir! —insistió Aliosha con vehemencia—. No puede existir, porque él no es el asesino. ¡No ha sido él el que ha matado a nuestro padre, no ha sido él!

Iván Fiódorovich se detuvo de pronto.

—Entonces, para usted, ¿quién es el asesino? —preguntó con frialdad, y en el tono de su pregunta resonó incluso una nota de altivez.

—Tú ya sabes quién —dijo Aliosha, suavemente y con emoción.

—¿Quién? ¿Te estás refiriendo a esa fábula que trata de un idiota loco y epiléptico? ¿De Smerdiakov?

Aliosha sintió de repente que le temblaba todo el cuerpo.

—Tú sabes quién —soltó sin ganas. Le faltaba el aliento.

—A ver, ¿quién, quién? —gritó Iván, casi furioso. Toda su reserva se había esfumado.

—Yo solo sé una cosa —dijo Aliosha, casi en un susurro, como antes—. El que mató a nuestro padre no fuiste tú.

—¡«No fuiste tú»! ¿Qué quieres decir con eso? —Iván se quedó de piedra.

—Que tú no mataste a nuestro padre, ¡que no fuiste tú! —repitió Aliosha con firmeza.

El silencio duró cerca de medio minuto.

—De sobra sé que no fui yo, ¿estás delirando? —dijo Iván, con una sonrisa pálida y forzada. Tenía la mirada clavada en Aliosha. Otra vez se encontraban al pie de una farola.

—No, Iván; en más de una ocasión te has dicho a ti mismo que tú eras el asesino.

—¿Cuándo lo he dicho?... Yo estaba en Moscú... ¿Cuándo lo he dicho? —balbuceó Iván, totalmente desconcertado.

—Te lo has dicho a ti mismo muchas veces, cuando te quedabas solo en estos dos meses terribles —siguió diciendo Aliosha, hablando, como antes, con suavidad y

nitidez. Pero hablaba ya como si no fuera cosa suya, como si actuara al margen de su voluntad, sometido a un mandato impreciso—. Te culpabas y te confesabas que tú y nadie más que tú eras el asesino. Pero tú no has matado a nadie, te equivocas, no eres tú el asesino, ¿me estás escuchando?: ¡no fuiste tú! Dios me ha enviado para que te lo diga.

Los dos se callaron. El silencio duró un minuto entero. Los dos estaban parados, mirándose mutuamente a los ojos. Los dos estaban pálidos. Súbitamente, Iván se estremeció y agarró con fuerza a Aliosha de un hombro.

—¡Estabas en mi casa! —dijo en un susurro chirriante—. Estabas en mi casa por la noche, cuando vino a verme... Confiésalo... ¿Lo viste? ¿Lo viste?

—¿A quién te refieres?... ¿A Mitia? —preguntó perplejo Aliosha.

—No, no me refiero a Mitia, ¡al diablo, ese monstruo! —gritó Iván, enfurecido—. ¿De verdad sabes que él viene a verme? ¿Cómo lo has sabido? ¡Dímelo!

—¿Quién es? No sé de quién estás hablando —balbuceó Aliosha, que empezaba a asustarse.

—Sí, sí que lo sabes... De otro modo, ¿cómo habrías podido...? Es imposible que no lo sepas...

Pero, de pronto, pareció dominarse. Estaba parado, como dándole vueltas a algo. Una extraña sonrisa le retorció los labios.

—Hermano —volvió a empezar Aliosha con voz trémula—, si te lo he dicho, es porque crees en mi palabra, lo sé. Te he dicho estas palabras para toda la vida: ¡no fuiste tú! ¿Me has oído? Para toda la vida. Dios me ha inspirado para que te lo dijera, aunque desde esta hora me odies eternamente...

Iván Fiódorovich, por lo visto, ya había conseguido dominarse del todo.

—Alekséi Fiódorovich —dijo con una fría sonrisa—, no puedo soportar ni a los profetas ni a los epilépticos, y menos aún a los enviados de Dios, eso lo sabe usted muy bien. Desde este momento, rompo con usted, y creo que para siempre. Le ruego que en este preciso instante, en este cruce, me deje usted. Por ese callejón puede usted llegar a su casa. ¡Guárdese especialmente de venir hoy a verme! ¿Me oye?

Se dio la vuelta y, con paso firme, siguió su camino sin mirar atrás.

—Hermano —le gritó Aliosha, según se alejaba—, ¡si hoy te ocurriera alguna cosa, ante todo piensa en mí!...

Pero Iván no respondió. Aliosha se quedó en el cruce, al pie de la farola, mientras su hermano acababa de perderse en las tinieblas. Entonces se dio la vuelta y se dirigió lentamente a su casa por el callejón. Iván Fiódorovich y él vivían separados, en distintas residencias: ninguno de los dos había querido quedarse a vivir en la casa de Fiódor Pávlovich, ahora desierta. Aliosha había alquilado un cuarto a una familia de menestrales; en cuanto a Iván Fiódorovich, vivía bastante lejos de él: ocupaba unos aposentos espaciosos y muy confortables en un ala de una buena casa, perteneciente

a la viuda acomodada de un funcionario. Pero la única criada que atendía toda el ala era una vetusta anciana, sorda como una tapia, aquejada de reumatismo, que se acostaba a las seis de la tarde y se levantaba a las seis de la mañana. En aquellos dos meses Iván Fiódorovich se había vuelto de un poco exigente que causaba extrañeza y le encantaba quedarse completamente solo. Incluso limpiaba él mismo el cuarto que ocupaba, y apenas entraba en las otras piezas de sus aposentos. Habiendo llegado al portal de su casa, y con la mano ya preparada para tirar de la campanilla, se detuvo. Notó que todo el cuerpo aún le seguía temblando de rabia. Soltó la campanilla, escupió, se dio media vuelta y se encaminó rápidamente a la otra punta de la ciudad, a un par de verstas de su residencia, hacia una diminuta y desvencijada casita de troncos en la que vivía Maria Kondrátievna, aquella vecina de Fiódor Pávlovich que solía acudir a la cocina de éste en busca de un plato de sopa y a la que Smerdiakov, por aquel entonces, cantaba canciones y tocaba la guitarra. Había vendido su antigua casa y ahora vivía con su madre en una especie de isba, donde, después de la muerte de Fiódor Pávlovich, se había instalado Smerdiakov, enfermo, casi agonizante. Precisamente, Iván Fiódorovich se dirigía a verlo a él, empujado por una consideración repentina e irresistible.

VI. Primera entrevista con Smerdiakov

Era ya la tercera vez que, después de su regreso de Moscú, iba Iván Fiódorovich a hablar con Smerdiakov. Lo había visto y había hablado con él inmediatamente después de la catástrofe, el mismo día de su llegada; dos semanas más tarde, había vuelto a visitarlo. Pero, después de esa segunda vez, había interrumpido sus entrevistas, de modo que llevaba ya más de un mes sin verlo, y apenas había oído nada de él. Iván Fiódorovich había vuelto de Moscú solo al quinto día de la muerte de su padre, de modo que no pudo ni ver el ataúd: el entierro se había celebrado la misma víspera de su llegada. La causa de su demora obedecía a que Aliosha, que desconocía su dirección exacta en Moscú, había recurrido a Katerina Ivánovna para enviarle un telegrama, pero, como ella tampoco sabía cuál era la verdadera dirección, telegrafió a su hermana y a su tía, contando con que Iván Fiódorovich iría a verlas nada más llegar a Moscú. Pero no fue a visitarlas hasta el cuarto día, aunque, eso sí, fue leer el telegrama y regresar aquí a toda prisa. Una vez aquí, a quien primero vio fue a Aliosha, si bien, después de hablar con él, se quedó muy sorprendido al ver que se negaba incluso a sospechar de Mitia y apuntaba directamente a Smerdiakov como asesino, en abierta oposición a todas las demás opiniones que había en nuestra ciudad. Más tarde, después de haber hablado con el isprávník y con el fiscal y de haber conocido los detalles de la acusación y de la detención, se sorprendió aún más de Aliosha, y atribuyó su opinión únicamente a un sentimiento fraternal exacerbado hasta el extremo y a su compasión por Mitia, a quien, como bien sabía Iván, tanto quería Aliosha. Recordemos a este respecto, y de una vez por todas, solo un par de palabras sobre los sentimientos de Iván por su hermano Dmitri Fiódorovich: decididamente, no lo apreciaba, y lo más que llegó a sentir por él fue una ocasional compasión, mezclada, así y todo, con un profundo desprecio que rayaba en la repugnancia. Todo en Mitia, empezando por su físico, le resultaba extremadamente antipático. Iván miraba con indignación el amor que Katerina Ivánovna sentía por él. No obstante, el mismo día de su llegada también había ido a ver a Mitia a la cárcel, y esa entrevista no solo no había debilitado su convicción de que su hermano era culpable, sino que incluso la había reafirmado. En esa ocasión encontró a Mitia muy intranquilo, presa de una agitación enfermiza. Éste se mostró muy locuaz, pero distraído y disperso, hablaba con mucha brusquedad, acusaba a Smerdiakov y no hacía más que confundirse. Se refería continuamente a los tres mil rublos que el difunto le había «robado». «Ese dinero era mío, era mío —aseguraba Mitia—; aunque se lo hubiese robado, habría estado en mi derecho.» Apenas discutía los indicios que había contra él y, si interpretaba los hechos

en su favor, lo hacía, una vez más, de manera inconsistente y absurda, como si no pretendiera justificarse ni ante Iván ni ante nadie; al contrario, se enfadaba, despreciaba con orgullo las acusaciones, insultaba y se ponía hecho una furia. Se limitaba a burlarse desdeñosamente del testimonio de Grigori relativo a la puerta abierta, y aseguraba que «la había abierto el diablo». Pero era incapaz de ofrecer una explicación coherente de este hecho. Incluso se las arregló para ofender a Iván Fiódorovich en aquella primera entrevista, diciéndole abruptamente que quienes sostienen que «todo está permitido» no eran los más indicados para sospechar de él y someterlo a un interrogatorio. En general, en aquella ocasión se mostró muy poco amigable con su hermano. Justo después de esta entrevista con Mitia, Iván Fiódorovich se dirigió a ver a Smerdiakov.

Ya en el vagón del tren, volviendo precipitadamente de Moscú, no había dejado de pensar en Smerdiakov y en la última conversación que había tenido con él la víspera de su partida. Había muchas cosas que le desconcertaban, muchas que le parecían sospechosas. Pero, al prestar declaración ante el juez de instrucción, Iván Fiódorovich no había mencionado aquella conversación, y por el momento seguía sin hacerlo. Lo había aplazado todo hasta entrevistarse con Smerdiakov. En aquellos momentos, éste se hallaba ingresado en el hospital local. El doctor Herzenstube y el doctor Varvinski, que recibió a Iván Fiódorovich en el hospital, aseguraron con rotundidad, ante las reiteradas preguntas de éste, que la crisis de mal caduco de Smerdiakov no admitía dudas e incluso se extrañaron de que les preguntase si podía haber estado fingiendo el día de la catástrofe. Le dieron a entender que el ataque se había salido de lo corriente, prolongándose y repitiéndose a lo largo de varios días, de modo que la vida del paciente había corrido un grave peligro, y solo entonces, después de las medidas adoptadas, podía afirmarse con rotundidad que el enfermo saldría adelante, si bien era muy posible (añadió el doctor Herzenstube) que sus facultades quedaran un tanto perturbadas, «si no de por vida, sí por un largo período». A la apremiante pregunta de Iván Fiódorovich, que deseaba saber si en aquellos momentos estaba loco, la respuesta fue: «No lo está en toda la extensión de la palabra, pero sí se aprecian determinadas anomalías». Iván Fiódorovich se propuso comprobar por sí mismo qué clase de anomalías eran aquéllas. En el hospital, enseguida le permitieron visitarlo. Smerdiakov se encontraba en una dependencia aparte, acostado en un camastro. Justo al lado, en otro camastro, yacía un menestral de la ciudad, casi en las últimas, todo hinchado por la hidropesía, que parecía abocado a morir en un día o dos; no podía suponer ningún obstáculo para la conversación. Smerdiakov puso cara recelosa al ver a Iván Fiódorovich, y al principio se le notaba un tanto intimidado. Esa impresión, al menos, le produjo a Iván Fiódorovich. Pero apenas fue un instante; el resto del tiempo, por el contrario, más bien le sorprendió la tranquilidad de Smerdiakov. A Iván Fiódorovich le bastó una mirada para convencerse plenamente de que Smerdiakov

estaba, en verdad, muy enfermo: se encontraba muy débil, hablaba despacio y como si tuviera problemas para mover la lengua; estaba muy flaco y amarillo. En los veinte minutos de entrevista no hizo más que quejarse de dolor de cabeza y de molestias en todos los miembros. Su seco rostro de skópets parecía haberse vuelto muy pequeño, se le alborotaba el pelo sobre las sienes y, en lugar de tupé, tenía un fino mechón de escasos cabellos. Pero el ojo izquierdo, entornado y como apuntando a algo, traicionaba al Smerdiakov de siempre. «Da gusto hablar con una persona inteligente», recordó de inmediato Iván Fiódorovich. Se sentó en un taburete, a los pies del camastro. Smerdiakov cambió de postura penosamente, pero no quiso iniciar la conversación; callaba, y ya no parecía mirar con mucha curiosidad.

—¿Puedes hablar conmigo? —preguntó Iván Fiódorovich—. No voy a cansarte mucho.

—Claro que puedo, señor —musitó Smerdiakov con voz débil—. ¿Hace mucho que ha llegado, señor? —añadió condescendiente, como tratando de animar al visitante turbado.

—Hoy mismo... Vengo a ver si me aclaro con el lío que habéis montado aquí. Smerdiakov suspiró.

—¿A qué vienen esos suspiros? Como si no lo supieras —le soltó sin rodeos Iván Fiódorovich.

Smerdiakov estuvo un rato en profundo silencio.

—¿Cómo no iba a saberlo, señor? Se veía venir. Pero ¿cómo iba a saber, además, que la cosa acabaría así?

—¿Que acabaría así? ¡Déjate de truquitos! ¿No habías predicho que sufrirías un ataque tan pronto como bajaras al sótano? Dijiste claramente lo del sótano.

—¿Ya lo ha declarado en el interrogatorio? —se interesó Smerdiakov, tranquilamente.

Iván Fiódorovich se enfadó de pronto.

—No, aún no lo he declarado, pero lo haré sin falta. Ahora tienes que explicarme muchas cosas, hermano; y ¡has de saber, querido mío, que no voy a dejarte que juegues conmigo!

—Y ¿para qué iba yo a querer ese juego, señor, si toda mi esperanza está puesta en usted, como si fuera Dios nuestro Señor? —dijo Smerdiakov, siempre con la misma calma, después de cerrar los ojos un momento.

—En primer lugar —empezó Iván Fiódorovich—, sé que los ataques de mal caduco no se pueden predecir de antemano. Me he informado, no te hagas el loco. El día y la hora no se pueden predecir. ¿Cómo me anunciaste entonces el día y la hora, con el sótano por añadidura? ¿Cómo pudiste saber de antemano que ibas a sufrir el ataque precisamente en ese sótano, si es que no lo fingiste a propósito?

—Al sótano, señor, tenía que bajar de todos modos, y varias veces al día, señor — dijo Smerdiakov sin prisa—. Así fue como me caí hace un año del desván. Es verdad, señor, que no hay manera de predecir de antemano el día y la hora de un ataque, pero siempre es posible presentirlo.

—Pero ¡tú predijiste el día y la hora!

—Por lo que respecta a mi enfermedad, señor, lo mejor es que se informe por los médicos de aquí: si fue de verdad o no fue de verdad, y de esa cuestión yo no tengo nada más que decir.

—¿Y el sótano? ¿Cómo adivinaste lo del sótano?

—¡Le ha dado por el sótano, señor! Entonces, cuando bajé al sótano, estaba asustado y sin saber qué hacer; sobre todo, asustado, porque estaba sin usted y no esperaba que nadie más me defendiera en el mundo entero. Total, que bajé al sótano y pensé: «Ya lo veo venir, me va a dar el ataque, ¿me voy a caer o no?», y de las propias dudas que tenía de pronto me agarró de la garganta ese espasmo inevitable... y caí redondo, señor. Todo eso, más la conversación que había tenido la víspera con usted, a la caída de la tarde, junto al portalón, cuando le hablé de mis temores y le conté lo del sótano, señor... todo eso se lo he explicado con todo detalle al señor doctor Herzenstube y al juez de instrucción Nikolái Parfiónovich, y él ya lo ha anotado todo en el atestado. Y el médico de aquí, el señor Varvinski, ha insistido delante de todos ellos en que fue precisamente de tanto pensarlo, o sea, de la propia inseguridad: «¿Qué va a pasar? ¿Me voy a caer o no?». Hasta que me dio el ataque. Eso es lo que han puesto, señor, que tuvo que ocurrir de ese modo, por culpa, únicamente, de mi propio miedo.

Dicho esto, Smerdiakov respiró profundamente, como si no pudiera más de la fatiga.

—¿Has explicado todo esto en tu declaración? —preguntó Iván Fiódorovich, algo desconcertado. Lo que pretendía era meterle miedo diciendo que iba a informar de la conversación que habían tenido entonces, pero resultaba que el propio Smerdiakov ya lo había declarado.

—¿Qué podía temer yo? Que escriban toda la auténtica verdad —dijo con firmeza Smerdiakov.

—Y ¿les has contado cada palabra de la charla que tuvimos junto al portalón?

—No, no les he contado cada palabra, señor.

—Y eso de que sabes fingir un ataque de mal caduco, como alardeaste entonces ante mí, ¿también se lo has dicho?

—No, eso tampoco se lo he dicho, señor.

—Ahora dime por qué querías mandarme entonces a Chermashniá.

—Tenía miedo de que se fuera a Moscú; Chermashniá está más cerca, al fin y al cabo.

—Mentira, tú mismo me invitabas a marcharme: «Váyase —me decías—, ¡aléjese del mal!».

—Se lo decía únicamente por la amistad que le profeso y por mi sincera fidelidad, presintiendo alguna desgracia en la casa y compadeciéndome de usted. Solo que me compadecía aún más de mí. Por eso mismo le decía: aléjese del mal, para que comprendiera que las cosas iban a ponerse feas en la casa y así se quedara a defender a su padre.

—¡Haberlo dicho a las claras, imbécil! —Iván Fiódorovich se enfureció de pronto.

—¿Cómo iba a decírselo a las claras? El miedo, y solo el miedo, hablaba por mí; y usted, además, podía enfadarse. Yo, desde luego, tenía mis razones para temer que Dmitri Fiódorovich armara un escándalo y se llevara ese dinero, que, en todo caso, consideraba suyo, pero ¿quién iba a imaginar que la cosa acabaría con ese asesinato? Pensé que se limitaría a llevarse los tres mil rublos que el señor tenía debajo del colchón, en aquel sobre, pero al final lo mató. Ni usted lo habría adivinado. ¿Cómo iba a adivinarlo, señor?

—Pero si tú mismo dices que era imposible adivinarlo, ¿cómo iba yo a suponer nada y quedarme? ¿Qué líos te traes entre manos? —dijo Iván Fiódorovich, tras pensárselo un poco.

—Podía haberlo adivinado al ver que estaba mandándole a Chermashniá, en lugar de a Moscú, señor.

—Y ¿qué iba yo a sacar de ahí?

Smerdiakov parecía exhausto, y volvió a callar como un minuto.

—Podía haberse imaginado, señor, que si estaba insistiéndole en que fuera a Chermashniá, mejor que a Moscú, eso era porque yo deseaba tenerle a usted cerca, y Moscú está muy lejos, y Dmitri Fiódorovich, sabiendo que usted andaba cerca, no se iba a envalentonar tanto. Y, si pasaba algo, siempre podría usted volver más rápido y defenderme, pues ya le había comentado, además, lo de la enfermedad de Grigori Vasílich, y mi miedo a sufrir un ataque. Y, como ya le había explicado lo de los golpes que había que dar para poder entrar en casa del difunto, y le había dicho que Dmitri Fiódorovich los conocía por mí, pensé que igual usted adivinaba que él estaría dispuesto a intentar cualquier cosa y, en vez de viajar a Chermashniá, decidía quedarse al final.

«Habla con bastante coherencia —pensó Iván Fiódorovich—, aunque sea farfullando; ¿a qué facultades perturbadas se refería Herzenstube?»

—¡Estás jugando conmigo! ¡Vete al infierno! —exclamó furioso.

—Pues yo le confieso que entonces pensé que usted lo había adivinado todo —replicó Smerdiakov con un semblante de lo más ingenuo.

—¡De haberlo adivinado, me habría quedado aquí! —gritó Iván Fiódorovich, acalorándose de nuevo.

—Bueno, señor, yo es que creí que usted lo había adivinado todo y que por eso se había marchado a toda prisa, huyendo del mal, y que había puesto tierra de por medio para ahuyentar sus temores.

—¿Creías que todo el mundo es tan cobarde como tú?

—Perdone, señor, lo que pensé es que usted sí era como yo.

—Naturalmente, tenía que haberlo adivinado —Iván se inquietó—, y de hecho yo ya me olía alguna bajeza por tu parte... Pero estás mintiendo, estás mintiendo otra vez —gritó, cayendo en la cuenta de algo—. ¿No te acuerdas de cómo te acercaste entonces a la calesa y me dijiste: «Da gusto hablar con una persona inteligente»? Ya que me elogiaste, estarías contento con mi partida, ¿o no?

Smerdiakov no paraba de suspirar. Cierta rubor pareció asomar a su rostro.

—De lo único de lo que estaba contento —dijo, sofocándose un poco— era de que hubiera accedido a ir a Chermashniá, en vez de a Moscú. Porque, a pesar de todo, está más cerca; y aquellas palabras no se las dije como un elogio, señor, sino como un reproche. No lo entendió usted bien, señor.

—Un reproche ¿por qué?

—Porque, presintiendo semejante desgracia, abandonara a su propio padre y no quisiera defendernos, en vista de que a mí siempre podían acusarme de haber robado esos tres mil rublos.

—¡Vete al diablo! —volvió a maldecir Iván—. Espera: ¿les has contado lo de las señales, lo de los golpes esos, al juez de instrucción y al fiscal?

—Se lo he contado todo.

Iván Fiódorovich volvió a sorprenderse en su fuero interno.

—Si acaso pensé en algo entonces —empezó a decir—, fue únicamente en alguna bajeza por parte tuya. Dmitri era capaz de matar, pero robar... no creía yo entonces en esa posibilidad... Pero de tu parte me habría esperado cualquier bajeza. Tú mismo me dijiste que sabías fingir una crisis, ¿por qué dijiste eso?

—Únicamente por ingenuidad. Pero si nunca en la vida he simulado el mal caduco, lo dije únicamente para presumir ante usted. Fue una estupidez, señor. Yo entonces le tenía mucho aprecio y le trataba con toda naturalidad.

—Mi hermano te acusa abiertamente de haber matado y robado a mi padre.

—Y ¿qué otra cosa puede hacer? —Smerdiakov forzó una sonrisa amarga—. ¿Quién iba a creerle con todas esas pruebas? La puerta la vio abierta Grigori Vasílievich, señor; con eso, ya está todo dicho, señor. Pues sí, ¡que Dios lo ampare! Tiembla, intentando salvarse... —Estuvo unos momentos callado, en calma, y de pronto añadió, como si hubiera caído en la cuenta de algo—: El caso, señor, es que ha vuelto a las andadas: quiere que pague yo el pato, haciendo creer que ha sido cosa mía; ya lo he oído decir, señor; pero fíjese, sin ir más lejos, en eso de que soy un maestro en fingir el mal caduco: ¿le habría dicho de antemano que sé simularlo si de verdad estuviera

tramando algo contra su padre? Si estuviera planeando semejante asesinato, ¿iba a ser tan estúpido para ofrecer por anticipado una prueba como ésta en mi contra? ¿Y decírselo a su propio hijo? ¡Por el amor de Dios! ¿Hay quien se crea eso? Como si pudiera pasar algo así, señor; todo lo contrario, jamás en la vida. Nadie puede oír esta conversación de ahora entre nosotros, salvo la misma Providencia, señor, pero si usted informara al fiscal y a Nikolái Parfiónovich, podría usted defenderme por fin, señor, pues ¿qué clase de malvado se muestra de antemano tan ingenuo? Podrían tenerlo muy en cuenta.

—Escucha —Iván Fiódorovich se levantó, impresionado por este último argumento de Smerdiakov, y dando por zanjada la conversación—, yo no sospecho de ti en absoluto y hasta considero ridículo acusarte... al contrario, te agradezco que me hayas tranquilizado. Ahora me voy, pero ya volveré. Hasta entonces, adiós. ¿No necesitas nada?

—Le estoy agradecido por todo, señor. Marfa Ignátievna no se olvida de mí, señor, y me ayuda en todo lo que necesito, con su bondad de siempre. Todos los días me visitan buenas personas.

—Hasta la vista. Por cierto, no pienso decir una palabra de tu habilidad para fingir... y te aconsejo que tú no lo declares —dijo de pronto Iván, por alguna razón.

—Lo entiendo muy bien, señor. Y, ya que usted no va a declararlo, tampoco yo voy a informar de la conversación que tuvimos aquel día, junto al portalón...

Lo que pasó a continuación fue que Iván Fiódorovich salió precipitadamente, y solo cuando ya había recorrido una decena de pasos por el pasillo, pensó de repente que la última frase de Smerdiakov tenía cierto sentido vejatorio. Estuvo a punto de darse la vuelta, pero solo fue un impulso pasajero y, después de decir: «¡Bobadas!», salió rápidamente del hospital. Tenía la sensación, sobre todo, de estar realmente tranquilo, y precisamente por la circunstancia de que el culpable no era Smerdiakov, sino su hermano Mitia, aunque pareciera que debería haber sido al revés. No quiso analizar en ese momento a qué obedecía, y hasta le producía repugnancia profundizar en sus sensaciones. Estaba deseando olvidar algo cuanto antes. En los días que siguieron acabó de convencerse de la culpabilidad de Mitia, a medida que tuvo ocasión de conocer más de cerca y con mayor fundamento las pruebas concluyentes que había contra él. Estaban las declaraciones de gente de lo más insignificante, pero que resultaban casi estremecedoras, como era el caso de Fenia y su madre. Por no hablar de Perjotin, de la taberna, de la tienda de los Plótnikov o de los testigos de Mókroie. Los detalles, sobre todo, eran abrumadores. Las noticias de los «golpes» secretos impresionaron al juez de instrucción y al fiscal casi en la misma medida que el testimonio de Grigori sobre la puerta abierta. La mujer de Grigori, Marfa Ignátievna, a una pregunta de Iván Fiódorovich respondió sin rodeos que Smerdiakov había estado toda la noche acostado al otro lado del tabique, «a menos de tres pasos de nuestra

cama», y que, aunque ella dormía como un tronco, se había despertado muchas veces, oyendo los quejidos del enfermo: «Estuvo quejándose todo el tiempo, no hacía más que quejarse». Cuando habló con Herzenstube y le transmitió su impresión de que Smerdiakov no le parecía en absoluto transtornado, sino únicamente debilitado, solo despertó una fina sonrisa en el viejo. «¿Sabe usted a qué se dedica ahora en particular? —le preguntó a Iván Fiódorovich—. Se aprende de memoria vocablos franceses; guarda un cuaderno debajo de la almohada y alguien le ha apuntado palabras francesas escritas con caracteres rusos, ¡je, je, je!» Iván Fiódorovich despejó, finalmente, todas sus dudas. Ya no era capaz de pensar en su hermano Dmitri sin aversión. Solo había una cosa extraña: que Aliosha siguiera insistiendo, tenazmente, en que no lo había asesinado Dmitri, sino, «con toda probabilidad», Smerdiakov. Iván siempre había tenido en mucho la opinión de Aliosha, de ahí que ahora estuviera tan desconcertado. También era raro que Aliosha no procurara hablar con él sobre Mitia, y nunca planteara personalmente la cuestión, limitándose a responder a las preguntas de Iván. Era algo que le llamaba mucho la atención a Iván Fiódorovich. Lo cierto es que, por aquel entonces, él estaba absorbido por una circunstancia ajena al caso: a su vuelta de Moscú, desde los primeros días se había entregado entera e irrevocablemente a su fogosa e insensata pasión por Katerina Ivánovna. No es éste el lugar para empezar a narrar ese nuevo amor de Iván Fiódorovich, que afectaría luego a toda su vida: podría servir de base para otro relato, otra novela que no sé si me animaré a escribir alguna vez. En todo caso, ni siquiera ahora puedo pasar por alto un hecho: cuando Iván Fiódorovich, yendo de noche con Aliosha, como ya he contado, después de haber estado los dos en casa de Katerina Ivánovna, le dijo: «Pero ella a mí no me interesa», estaba mintiendo horribilmente en ese momento. La amaba locamente, si bien es cierto que, en ocasiones, la odiaba hasta tal punto que habría podido matarla. Aquí concurrían numerosas causas: profundamente conmovida por lo ocurrido con Mitia, se echó en brazos de Iván Fiódorovich, que volvía de nuevo a su lado, y lo acogió como si fuera su salvador. Se sentía insultada, ofendida, humillada en sus sentimientos. Y he aquí que aparece de nuevo un hombre que ya la había amado —oh, de sobra lo sabía ella—, y cuya inteligencia y corazón siempre había puesto Katerina Ivánovna por encima de los suyos. Pero la estricta joven no se sacrificó enteramente, a pesar del ímpetu karamazoviano de los deseos de su enamorado y de toda la fascinación que en ella ejercía. Al mismo tiempo, a Katerina Ivánovna la atormentaba sin cesar el remordimiento por haber traicionado a Mitia, y en los terribles momentos (y eran muchos) en que reñía con Iván se lo decía sin rodeos. Eso era, precisamente, lo que éste había llamado, hablando con Aliosha, «una mentira tras otra». Sin duda, había ahí mucha mentira, y eso era lo que más irritaba a Iván Fiódorovich... pero de eso nos ocuparemos más adelante. En una palabra, durante un tiempo casi se había olvidado de Smerdiakov. Y, sin embargo, dos semanas después

de visitarlo por primera vez, empezaron nuevamente a atormentarlo los mismos extraños pensamientos de antes. Baste decir que se preguntaba una y otra vez por qué entonces, la última noche que había pasado en casa de Fiódor Pávlovich antes de su partida, se había asomado cautelosamente a la escalera, como un ladrón, y había estado escuchando lo que hacía su padre en el piso de abajo. ¿Por qué más tarde había recordado todo aquello con repugnancia, por qué a la mañana siguiente, yendo de camino, había sentido de pronto aquella angustia y, al llegar a Moscú, se había dicho: «¡Soy un miserable!»? Hasta que un día se le ocurrió pensar que, por culpa de esas ideas atroces, estaba dispuesto, posiblemente, a olvidarse incluso de Katerina Ivánovna: ¡con tanta fuerza habían vuelto esas ideas a apoderarse de él! Acababa de pensarlo cuando, precisamente, se encontró con Aliosha en la calle. Lo detuvo enseguida y, de buenas a primeras, le preguntó:

—¿Te acuerdas de aquella vez, después de comer, cuando Dmitri irrumpió en casa y golpeó a padre? Luego, en el patio, te dije que me reservaba el «derecho a desear». Dime, ¿pensaste entonces que lo que deseaba era la muerte de padre?

—Sí, lo pensé —respondió en voz baja Aliosha.

—Así era, en efecto; allí no había mucho que adivinar. Pero, además de eso, ¿no se te ocurrió pensar entonces que lo que yo deseaba era, precisamente, que «un reptil devorara a otro reptil», es decir, que Dmitri, y no otro, matara a padre, y además lo antes posible... y que yo no estaba en contra de facilitarlo?

Aliosha palideció ligeramente y miró en silencio a su hermano a los ojos.

—Pero ¡habla! —exclamó Iván—. Quiero saber con todas mis fuerzas qué fue lo que pensaste entonces. Lo necesito; ¡la verdad, la verdad! —Respiraba con dificultad, mirando a Aliosha con cierto rencor anticipado.

—Perdóname, eso también lo pensé —susurró Aliosha, y se calló, sin añadir ni una «circunstancia atenuante».

—¡Gracias! —dijo Iván con brusquedad y, dejando a Aliosha, siguió rápidamente su camino. A partir de entonces, Aliosha advirtió que su hermano Iván había empezado abruptamente a apartarse de él y que parecía incluso haberle tomado antipatía, de modo que en lo sucesivo él mismo dejó de ir a verlo. Pero aquella vez, justo después de su encuentro con él, Iván Fiódorovich, en lugar de regresar a casa, se dirigió de nuevo a visitar a Smerdiakov.

VII. Segunda visita a Smerdiakov

Por entonces, Smerdiakov ya había sido dado de alta en el hospital. Iván Fiódorovich conocía su nueva vivienda: era precisamente esa pequeña casa de troncos, ladeada, formada por dos piezas divididas por un zaguán. En una de las piezas se había instalado Maria Kondrátievna con su madre; en la otra Smerdiakov, por su cuenta. Sabe Dios en qué condiciones se alojaba: ¿vivía allí de balde o pagaba una renta? Más tarde se supuso que se había instalado allí en calidad de prometido de Maria Kondrátievna y que, por el momento, no pagaba nada. Tanto la madre como la hija lo respetaban mucho y lo miraban como a alguien que estaba por encima de ellas. Después de llamar, Iván Fiódorovich entró en el zaguán y, siguiendo las indicaciones de Maria Kondrátievna, se dirigió a la izquierda, a la «estancia blanca», ocupada por Smerdiakov. Había una estufa de azulejos en esta pieza, que estaba bien caldeada. Las paredes estaban adornadas de papel pintado azul, bien es verdad que hecho pedazos, y por debajo del papel, en las grietas, las cucarachas rubias pululaban de un modo espantoso, así que se oía un runrún incesante. El mobiliario era insignificante: dos bancos arrimados a las paredes y dos sillas al lado de la mesa. Pero la mesa, aunque muy sencilla, de madera, estaba cubierta con un mantel con dibujos rosados. En cada uno de los dos ventanucos había una maceta con geranios. En el rincón estaba la urna de los iconos. Sobre la mesa había un pequeño samovar de cobre, lleno de abolladuras, y una bandeja con dos tazas. Pero Smerdiakov ya se había acabado su té, y el samovar se había enfriado... Estaba sentado a la mesa, en un banco, y, con la vista puesta en un cuaderno, trazaba unos signos con una pluma. Tenía a su lado un tintero, así como una palmatoria de hierro colado, con una vela de estearina, por cierto. Solo con mirarlo a la cara, Iván Fiódorovich comprendió de inmediato que se había restablecido completamente de su enfermedad. Era una cara más fresca, más rellena, con el tupé levantado y las sienes peinadas. Llevaba una bata guateada de alegres colores, aunque muy gastada y raída. De la nariz le colgaban unas gafas que Iván Fiódorovich nunca le había visto. De pronto, esta circunstancia trivial pareció irritarlo doblemente: «¡Esta mala bestia, y encima con gafas!». Smerdiakov levantó despacio la cabeza y miró fijamente, a través de las gafas, al recién llegado; después se las quitó con mucha calma y se irguió en el banco, pero con más pereza que respeto, con el exclusivo fin de observar la cortesía más elemental, sin la cual es imposible manejarse. Todo esto lo percibió al instante Iván, quien no tardó en captarlo y advertirlo, muy especialmente la mirada de Smerdiakov, decididamente maliciosa, hostil e incluso

altiva: «¿Qué haces por estos andurriales? —parecía decir—. Ya nos pusimos de acuerdo la otra vez, ¿a qué has vuelto?». Iván Fiódorovich apenas pudo dominarse:

—Hace calor aquí —dijo, aún de pie, y se desabrochó el abrigo.

—Quíteselo, señor —concedió Smerdiakov.

Iván Fiódorovich se quitó el abrigo y lo arrojó en un banco; cogió una silla con manos temblorosas, la acercó rápidamente a la mesa y se sentó. Para entonces, a Smerdiakov ya le había dado tiempo de arrellanarse en el banco.

—Lo primero, ¿estamos solos? —preguntó Iván Fiódorovich, en tono severo e impetuoso—. ¿No nos oirán desde allí?

—Nadie va a oír nada, señor. Usted ya lo ha visto: está el zaguán.

—Escucha, amigo: ¿qué tontería fue aquella que soltaste el otro día, cuando salía de verte en el hospital, diciendo que si yo me callaba lo de que tú eres un maestro fingiendo ataques de mal caduco, tú tampoco le contarías al juez de instrucción toda nuestra conversación junto al portalón? ¿Cómo que toda? ¿A qué te referías? ¿Me estabas amenazando, acaso? ¿Es que me he asociado contigo de algún modo? ¿O crees que te tengo miedo?

Iván Fiódorovich dijo esto muy furioso, dando a entender claramente y con toda intención que despreciaba toda clase de rodeos y subterfugios, y jugaba con las cartas boca arriba. A Smerdiakov le brillaron los ojos maliciosamente, el ojo izquierdo le empezó a parpadear y enseguida, aunque con la reserva y medida acostumbradas, le dio su respuesta como diciendo: «¿Quieres limpieza? Pues aquí tienes limpieza».

—A lo que me refería yo entonces, y por eso dije lo que dije, fue a que usted, sabiendo de antemano que iban a matar a su padre, lo dejó allí indefenso; así que, para que la gente no pensase después nada malo de sus sentimientos, y puede que de otras cosas, prometí entonces no informar a las autoridades.

Aunque Smerdiakov dijo esto sin ninguna prisa y, aparentemente, sin perder el dominio de sí mismo, se apreciaba en su voz una nota dura y apremiante, maliciosa y descarada. Miró con insolencia a Iván Fiódorovich, a quien, en un primer momento, se le nubló la vista:

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Estás en tu sano juicio?

—Completamente, señor.

—¿Cómo que yo sabía que lo iban a matar? —gritó por fin Iván Fiódorovich, dando un fuerte puñetazo en la mesa—. ¿Qué quiere decir eso de: «Y puede que de otras cosas»? ¡Habla, canalla! —Smerdiakov callaba y no dejaba de observar a Iván Fiódorovich con su mirada insolente—. Habla, bribón maloliente, ¿de qué «otras cosas» hablas? —siguió gritando.

—En ese momento, con eso quise decir que a lo mejor usted también deseaba, y mucho, la muerte de su padre.

Iván Fiódorovich se levantó de un salto y con todas sus fuerzas le dio un puñetazo en un hombro, lanzándolo contra la pared. En un instante, Smerdiakov tenía la cara bañada en lágrimas, y diciendo: «¡Vergüenza debería darle, señor, pegar a un hombre débil!», se cubrió los ojos con un pañuelo de algodón, a cuadros azules, todo lleno de mocos, y se sumió en un callado llanto lacrimoso. Transcurrió como un minuto.

—¡Ya está bien! ¡Déjalo ya! —dijo al fin Iván Fiódorovich, en tono imperioso, y volvió a sentarse en su silla—. No hagas que se me agote la paciencia. —Smerdiakov se quitó el trapo de la cara. Hasta la más pequeña línea de su rostro contraído expresaba la ofensa recién sufrida—. Así pues, miserable, ¿pensaste entonces que me había puesto de acuerdo con Dmitri y quería matar a mi padre?

—Yo no sabía qué pensaba usted por entonces, señor —dijo Smerdiakov, ofendido—, y por eso le detuve aquella vez, al llegar usted al portalón, para tantearle en ese punto, señor.

—¿Para tantearme? Y ¿qué querías averiguar?

—Pues esa circunstancia, precisamente: si deseaba usted o no que a su padre lo mataran cuanto antes.

Lo que más indignaba a Iván Fiódorovich era ese tono insistente y descarado, del que Smerdiakov, tozudamente, se negaba a prescindir.

—¡Tú lo mataste! —exclamó de pronto Iván. Smerdiakov sonrió desdeñosamente.

—Que yo no lo maté lo sabe usted más que de sobra. Y yo pensaba que para un hombre inteligente ya estaría todo dicho.

—Pero ¿por qué, por qué, tuviste entonces aquella sospecha de mí?

—Como ya sabe, fue solo por miedo, señor. Porque yo estaba entonces en un estado tal, temblando de miedo, que sospechaba de todo el mundo. Además, decidí ponerle a usted a prueba porque si usted, así pensaba yo, deseaba lo mismo que su hermano, entonces la cuestión estaba clara, y yo caería de paso, como una mosca.

—Escucha, hace dos semanas no decías lo mismo.

—Es lo mismo que tenía en la cabeza en el hospital, cuando hablé con usted, pero supuse que usted lo entendería con medias palabras, y que no querría que se lo dijese a las claras, siendo usted tan listo como es, señor.

—¡Vaya! Pero responde de una vez, insisto: ¿exactamente qué es lo que pude hacer para que esa alma miserable tuya sospechara de mí de una forma tan mezquina?

—Lo que es matar, señor, usted personalmente no podía hacerlo de ningún modo, y tampoco quería, pero querer que lo matara otro, eso sí que lo quería.

—Y ¡lo dices así, tan tranquilo! Pero ¿por qué iba a querer yo eso? ¿A cuento de qué?

—¿Cómo que a cuento de qué? ¿Qué pasa con la herencia, señor? —replicó Smerdiakov, en tono venenoso y hasta vengativo—. Después de la muerte de su padre, cada uno de ustedes, de los tres hermanos, podía haberse llevado por lo

menos cuarenta mil rublos, o puede que más, señor, mientras que, de haberse casado Fiódor Pávlovich con Agrafiona Aleksándrovna, ésta, al día siguiente de la boda, habría puesto a su nombre todo el capital, porque ésa no tiene un pelo de tonta, señor, de modo que ustedes tres se habrían quedado a dos velas. Y ¿acaso faltaba mucho entonces para la boda? Nada, señor, ni una pizca: esa señora no tenía más que hacerle así con el meñique a su padre, y él habría ido corriendo detrás de ella hasta la iglesia, con la lengua fuera.

Iván Fiódorovich hacía un gran esfuerzo para contenerse.

—Muy bien —dijo al fin—, ya ves que no he saltado, no te he molido a palos, no te he matado. Dime otra cosa: según tú, ¿pensaba yo de antemano que lo haría mi hermano Dmitri? ¿Contaba con que sería él?

—¿Cómo no iba a contar con que sería él, señor? Si lo mataba, perdía todos sus derechos de nobleza, se quedaba sin rango y sin bienes, y además lo deportaban, señor. En ese caso, la parte que le correspondía tras la muerte de su padre se la habrían repartido entre usted y su hermano Alekséi Fiódorovich, así que ya no eran cuarenta, sino sesenta mil rublos para cada uno. ¡Vaya si contaba usted entonces con que fuera Dmitri Fiódorovich!

—¡Lo que hay que aguantar! Escucha, desgraciado: de haber contado yo entonces con que lo iba a hacer alguien, tendrías que haber sido tú, y no Dmitri, y te juro que llegué a presentir que ibas a hacer alguna canallada... entonces... ¡recuerdo la impresión que me dio!

—Pues yo, por un momento, pensé lo mismo entonces, que usted también contaba con que lo haría yo —Smerdiakov hizo una mueca burlona—, así que, para mí, quedó usted más aún en evidencia, pues, si tenía ese presentimiento, pero, a la vez, se marchaba de aquí, era lo mismo que si me hubiera dicho: puedes matar a mi padre, no te lo voy a impedir.

—¡Canalla! ¡Conque lo entendiste así!

—Y todo por esa dichosa Chermashniá, señor. ¡Por el amor de Dios! Usted tenía pensado ir a Moscú, señor, y cada vez que su padre le pedía que fuera a Chermashniá le decía que no. Y ¡solo por una tontería que le dije yo, va usted y accede! ¿Por qué accedió al final a ir a Chermashniá? Si, en vez de ir a Moscú, había decidido usted ir a Chermashniá sin más motivo que una palabra mía, eso es que algo esperaba de mí.

—¡No, no, juro que no! —gritó Iván, haciendo rechinar los dientes.

—¿Cómo que no, señor? Pues mire, entonces, lo que primero que tenía que haber hecho, como hijo de su padre, era llevarme a comisaría y molerme a palos, señor... o, como mínimo, haberme partido la cara, pero usted, al revés, sin alterarse lo más mínimo, de manera amigable, señor, hizo punto por punto lo que le sugerí cuando le dije aquella tontería, señor, y se largó, algo completamente absurdo, señor, porque lo

que tenía que haber hecho era quedarse a defender la vida de su padre... ¿Qué quería que pensara yo?

Iván estaba sentado, con aspecto hosco, apoyando de forma convulsiva los puños en las rodillas.

—Pues sí, es una pena que no te partiera la cara. —Sonrió amargamente—. A comisaría, en aquel momento, cómo iba a llevarte: quién iba a creerme y cómo podía probar nada, pero lo de partirte la cara... ah, qué pena que no se me hubiera ocurrido; aunque están prohibidas las bofetadas, te habría machacado esa cara tan fea.

Smerdiakov lo miraba casi con placer.

—En las situaciones corrientes de la vida —dijo en ese tono pretencioso y doctrinario que adoptaba a veces para debatir cuestiones de fe con Grigori Vasílievich y sacarlo de sus casillas, cuando atendían a la mesa de Fiódor Pávlovich—, en las situaciones corrientes de la vida, es verdad que las bofetadas están ahora prohibidas por ley y todo el mundo ha dejado de pegar, señor, pero en ciertos casos excepcionales, no solo entre nosotros, sino en todo el mundo, hasta en la más plena República francesa, aún se sigue pegando, como en los tiempos de Adán y Eva, señor, y siempre será así, y usted, en una situación tan especial como aquélla, no se atrevió, señor.

—¿Cómo es que te dedicas a estudiar vocablos franceses? —Iván señaló con la cabeza el cuaderno que había encima de la mesa.

—Y ¿por qué no iba a estudiarlos con vistas a completar mi formación, pensando que quizá algún día pueda visitar esos felices lugares de Europa?

—Escucha, monstruo —a Iván le centellearon los ojos, mientras se estremecía de pies a cabeza—, no me asustan tus acusaciones, declara contra mí lo que quieras y, si ahora mismo no te mato a golpes, es únicamente porque sospecho que has sido tú el autor del crimen y voy a llevarte a juicio. ¡Aún pienso ponerte en evidencia!

—A mi modo de ver, más le vale quedarse callado, señor. Porque ¿qué puede declarar contra mí, si soy totalmente inocente? Y, además, ¿quién iba a creerle? Y, si empieza usted, pues yo también lo cuento todo, señor, ¿cómo voy a dejar de defenderme?

—¿Crees que ahora te tengo miedo?

—Es posible que el tribunal no se crea todas las palabras que acabo de decirle, pero seguro que el público las cree, señor, y usted se morirá de vergüenza.

—O sea, que vuelves a aquello de que «da gusto hablar con una persona inteligente», ¿eh? —gruñó Iván.

—Ha dado en el clavo, señor. Pues sea inteligente, señor.

Iván Fiódorovich se levantó, temblando todo él de indignación, se puso el abrigo y, sin volver a replicar a Smerdiakov, sin mirarlo siquiera, salió a toda prisa de la isba. El aire fresco del anochecer lo despejó. La luna brillaba claramente en el cielo. Una

horrible pesadilla de ideas y sensaciones le bullía en el alma. «¿Y si voy ahora mismo a denunciar a Smerdiakov? Pero ¿denunciarlo por qué?: a pesar de todo, es inocente. Al contrario, me acusaría él a mí. Es verdad, ¿con qué intención salí entonces para Chermashniá? Sí, ¿con qué intención? ¿Con qué intención? —se preguntaba Iván Fiódorovich—. Sí, naturalmente, yo esperaba algo, tiene razón...» Y volvió a recordar, por centésima vez, cómo la última noche que pasó en casa de su padre estuvo espiando lo que hacía, desde la escalera, pero lo recordaba ahora con tanto pesar que tuvo que pararse en seco, como fulminado: «Sí, entonces yo me estaba esperando algo así, ¡es verdad! Yo quería que lo mataran, ¡era justamente lo que quería! ¿Quería que lo mataran, lo quería?... ¡Hay que matar a Smerdiakov!... Si no me atrevo ahora a matar a Smerdiakov, ¡no vale la pena vivir!... Iván Fiódorovich, sin pasar por casa, se fue directamente a ver a Katerina Ivánovna, y ella se asustó al verlo aparecer: estaba como loco. Le contó toda la conversación que acaba de tener con Smerdiakov, hasta el último detalle. No podía calmarse, por más que ella intentaba persuadirlo; no dejaba de dar vueltas por la habitación y hablaba de manera entrecortada y extraña. Por fin se sentó, puso los codos sobre la mesa, apoyó la cabeza en las manos y formuló un raro aforismo:

—Si no lo mató Dmitri, sino Smerdiakov, es evidente que soy cómplice suyo, porque yo lo instigué. Si lo instigué o no, no lo sé todavía. Pero, si resulta que lo mató él, en vez de Dmitri, entonces, desde luego, yo también soy un asesino.

Al oírlo, Katerina Ivánovna se levantó de su asiento sin decir nada, se dirigió a su escritorio, abrió una cajita que había encima, sacó un papel y se lo puso delante a Iván. Era el mismo documento del que más tarde Iván Fiódorovich daría noticia a Aliosha, calificándolo de «demostración matemática» de que el asesinato del padre había sido su hermano Dmitri. Se trataba de una carta de Mitia, dirigida a Katerina Ivánovna, escrita en estado de embriaguez, la misma noche en que se encontró en el campo con Aliosha, mientras éste regresaba al monasterio después de aquella escena en casa de Katerina Ivánovna, cuando Grúshenka la había ofendido. En aquella ocasión, tras separarse de Aliosha, Mitia corrió en busca de Grúshenka; no se sabe si llegó a verla, pero esa misma noche se encontraba en la taberna Ciudad Capital, donde bebió a base de bien. Borracho, solicitó papel y pluma y garrapateó un documento importante contra sí mismo. Era una carta exaltada, farragosa e incoherente, la carta de un borracho, ni más ni menos. Recordaba a uno de esos borrachos que, al volver a casa, con una vehemencia insólita, empieza a contarle a su mujer o a alguien de la casa cómo acaban de insultarlo, cuán canalla es su ofensor, no como él, que es una persona estupenda, y cómo le va a enseñar lo que es bueno a ese miserable; y todo esto lo cuenta por extenso, de forma inconexa y muy excitado, entre puñetazos en la mesa y lágrimas de borracho. El papel que le dieron en la taberna era un pedazo sucio de papel de carta corriente, de baja calidad, y había una cuenta anotada en el reverso.

Por lo visto, para su verborrea de borracho no había suficiente espacio, y Mitia no solo aprovechó todos los márgenes, sino que incluso las últimas líneas las escribió de través, sobre lo ya escrito. El contenido de la carta era el que sigue:

¡Fatídica Katia!

Mañana conseguiré el dinero y te devolveré tus tres mil; y ¡adiós, mujer iracunda, pero adiós también, amor mío! ¡Acabemos! Mañana probaré a pedir dinero a todo el mundo pero, si nadie me lo deja, te doy mi palabra de honor de que iré a ver a mi padre y le abriré la cabeza y se lo cogeré de debajo de la almohada, siempre y cuando se haya marchado Iván. Me condenarán a trabajos forzados, pero esos tres mil te los devolveré. Y adiós a ti. Me inclino hasta el suelo, pues ante ti soy un canalla. Perdóname. No, mejor no me perdones: ¡así será más fácil para los dos! Es preferible la condena que tu amor, porque amo a otra, y hoy has sabido demasiado de ella, ¿cómo ibas a poder perdonar? ¡Mataré al hombre que me ha robado! Me alejaré de todos, me iré al este, donde no conozca a nadie. Me alejaré también de ella, pues tú no eres mi único verdugo, también ella lo es. ¡Adiós!

P.S. Esto que escribo es una maldición, pero ¡te adoro! Lo oigo en mi pecho. Una cuerda ha quedado, y aún resuena. ¡Sería preferible que el corazón se me partiera en dos! Me mataré, pero antes mataré a ese perro. Le arrancaré los tres mil y te los arrojaré. Puede que sea un canalla a tus ojos, pero ¡no soy un ladrón! Cuenta con los tres mil. Los tiene ese perro, debajo del colchón, con una cinta rosa. Katia, no mires con desprecio: ¡Dmitri no es ladrón, sino asesino! Mató a su padre y arruinó su vida para aguantar en pie y no tener que soportar tu orgullo. Y para no tener que amarte.

P.S.2. Beso tus pies, ¡adiós!

P.S.3. Katia, ruega a Dios que la gente me dé el dinero. En ese caso, la sangre no pesará sobre mí, pero, si no me lo dan, ¡pesará sobre mí! ¡Mátame!

Tu esclavo y enemigo,

D. KARAMÁZOV

Al acabar de leer el «documento», Iván se levantó, convencido. Así pues, su hermano lo había matado, no Smerdiakov. Si no había sido Smerdiakov, entonces él, Iván, tampoco había sido. A sus ojos, aquella carta adquirió de pronto un sentido matemático. Para él, ya no podía haber ninguna duda de la culpabilidad de Mitia. Por cierto que Iván nunca tuvo la sospecha de que Mitia hubiera podido matarlo de común acuerdo con Smerdiakov, pues eso, por otra parte, tampoco se correspondía con los hechos. Iván se quedó totalmente tranquilo. A la mañana siguiente se acordaba de Smerdiakov y de sus burlas únicamente con desprecio. Unos días después hasta se asombraba de que sus sospechas hubieran podido ofenderlo de un modo tan terrible. Decidió despreciarlo y olvidarse de él. Pasó así un mes. No volvió a preguntar a nadie por Smerdiakov, pero oyó decir un par de veces, de pasada, que estaba muy enfermo

y un tanto trastornado. «Acabará mal de la cabeza», dijo de él una vez el joven médico Varvinski, y a Iván se le quedó grabado. Durante la última semana de ese mes, el propio Iván empezó a sentirse muy mal. Ya había ido a consultar al médico de Moscú, llamado por Katerina Ivánovna, que había llegado en vísperas del juicio. Y justo por entonces sus relaciones con Katerina Ivánovna se volvieron extraordinariamente tensas. Eran como dos enemigos enamorados el uno del otro. Cada vez que Katerina Ivánovna volvía a recordar a Mitia, de manera fugaz pero intensa, Iván se ponía hecho una furia. Resulta extraño que, hasta que se produjo aquella última escena en casa de Katerina Ivánovna, que ya hemos descrito, cuando se presentó Aliosha después de haber estado con Mitia, Iván no le hubiera oído a la joven, en todo un mes, manifestar ni una sola duda en relación con la culpabilidad de Mitia, a pesar de todas sus «vueltas» a él, que tan odiosas le resultaban al propio Iván. También era digno de notar que éste, sintiendo que cada día que pasaba odiaba a Mitia más y más, comprendía al mismo tiempo que no lo odiaba por aquellas «vueltas» de Katia a él, sino, precisamente, ¡por haber matado a su padre! Él mismo se daba cuenta y era plenamente consciente de eso. No obstante, unos diez días antes de la celebración del juicio, fue a visitar a Mitia y le expuso un plan de evasión, un plan que, evidentemente, había concebido hacía ya tiempo. Aparte de la razón principal que lo había llevado a dar ese paso, también había contribuido a ello la pequeña herida en su corazón, que aún no había cicatrizado, causada por aquella alusión de Smerdiakov, según el cual a él le convenía que condenaran a su hermano, pues en ese caso la suma que heredarían del padre, tanto él como Aliosha, ascendería de cuarenta a sesenta mil rublos. Había decidido sacrificar treinta mil rublos solo de su parte para organizar la fuga de Mitia. Cuando volvió de visitarlo en aquella ocasión, estaba enormemente triste y confuso: de pronto había empezado a sentir que deseaba aquella fuga no solo para sacrificar los treinta mil rublos y cicatrizar así la herida, sino también por otra razón. «¿No será que en el fondo de mi alma yo también soy un asesino?», se preguntó. Algo muy lejano, pero abrasador, le lastimaba el alma. Lo más importante era que en todo aquel mes su orgullo había sufrido de una manera atroz, pero de eso ya hablaremos más tarde... En el momento en que alargó su mano para tirar de la campanilla de su casa después de la conversación con Aliosha y decidió de repente ir a ver a Smerdiakov, Iván Fiódorovich estaba obedeciendo a un sentimiento especial de indignación que le había estallado súbitamente en el pecho. Se acordó de pronto de que Katerina Ivánovna acababa de exclamar en presencia de Aliosha: «Has sido tú, ¡tú me has hecho creer que es un asesino!», refiriéndose a Mitia. Al recordarlo, Iván se quedó petrificado: nunca en la vida le había asegurado a ella que el asesino era Mitia; al contrario, aquella vez, cuando volvió de ver a Smerdiakov, había manifestado delante de ella las sospechas que tenía de sí mismo. ¡Al revés, había sido ella, precisamente ella, la que le había puesto delante aquel «documento» y le había demostrado la culpa de su

hermano! Y de repente había exclamado: «¡He ido a ver a Smerdiakov!». ¿Cuándo había ido? Iván no sabía nada al respecto. O sea, ¡que ella tampoco estaba tan convencida de la culpabilidad de Mitia! Y ¿qué había podido decirle Smerdiakov? ¿Qué le había dicho exactamente? Una furia terrible incendió su corazón. No comprendía cómo media hora antes había podido pasar por alto aquellas palabras y no se había puesto a gritar de inmediato. Soltó la campanilla y se dirigió a ver a Smerdiakov. «Puede que esta vez lo mate», iba pensando por el camino.

VIII. Tercera y última entrevista con Smerdiakov

Estaba a mitad de camino cuando se levantó un viento seco y penetrante —igual que había ocurrido aquella misma mañana, a primera hora—, que esparcía una nieve menuda, densa y seca. La nieve caía al suelo sin quedarse pegada a la tierra, el viento la arremolinaba, y pronto se desencadenó una verdadera ventisca. En la parte de la ciudad donde vivía Smerdiakov apenas había farolas. Iván Fiódorovich avanzaba entre tinieblas, sin reparar en la ventisca, siguiendo el camino instintivamente. Le dolía la cabeza y sentía unos pinchazos atroces en las sienes. Notaba calambres en las manos. A cierta distancia de la casita de Maria Kondrátievna, Iván Fiódorovich se cruzó repentinamente con un borracho solitario, un campesino menudo, con un modesto caftán remendado, que iba haciendo eses, renegando y blasfemando, hasta que de pronto dejaba de blasfemar y empezaba a cantar con voz aguardentosa:

¡Ay, Vanka se ha ido a Píter,
no lo pienso esperar!

Pero siempre se quedaba atascado en ese segundo verso y otra vez se ponía a insultar a alguien, para volver a entonar después la misma canción. Hacía ya un rato que Iván Fiódorovich detestaba espantosamente a aquel borracho, sin darse ni cuenta, y de pronto reparó en su presencia. Inmediatamente le entraron unas ganas irresistibles de tumbar de un puñetazo al campesino. En ese mismo instante se cruzaron, y el borracho, de pronto, dio un fuerte traspiés y le cayó encima a Iván, con todo su peso. Éste lo rechazó con furia. El hombrecillo salió despedido y se desplomó como un tronco en la tierra helada, soltando un único gemido de dolor: «¡Uuuh!». Y se quedó callado. Iván se acercó hasta él. Yacía de espaldas, completamente inmóvil, sin sentido. «¡Se va a congelar!», pensó Iván, y siguió andando hacia casa de Smerdiakov.

Ya en el zaguán de Maria Kondrátievna, ésta, que había salido corriendo a abrirla con una vela en la mano, le dijo en voz baja que Pável Fiódorovich (o sea, Smerdiakov) estaba muy enfermo; no es que guardara cama, pero no parecía en su sano juicio e incluso había mandado que se llevaran el té, no había querido probarlo.

—¿Qué pasa? ¿Ha montado algún escándalo o qué? —preguntó con rudeza Iván Fiódorovich.

—Nada de eso, al revés, está muy tranquilo, señor; pero no hable mucho rato con él... —le pidió Maria Kondrátievna.

Iván Fiódorovich abrió la puerta y entró en la estancia.

Estaba caldeada, como la otra vez, pero se apreciaban algunos cambios: se habían llevado uno de los bancos laterales y en su lugar se veía un viejo diván grande de

cuero y madera, de imitación caoba. Habían hecho la cama en el diván, con unas almohadas blancas bastante limpias. Allí estaba sentado Smerdiakov, con su bata de siempre. Habían colocado la mesa delante del diván, de modo que quedaba muy poco espacio libre en la habitación. Encima de la mesa había un libro grueso de cubiertas amarillas, pero Smerdiakov no estaba leyendo: sencillamente estaba allí sentado, sin hacer nada, al parecer. Recibió a Iván Fiódorovich con una mirada larga y silenciosa; por lo visto, su visita no le causaba el menor asombro. Estaba muy cambiado, había adelgazado mucho y tenía la tez amarillenta, los ojos hundidos y las bolsas de los ojos amoratadas.

—¿Así que estás realmente enfermo? —Iván Fiódorovich se detuvo—. No te entretengo mucho, ni siquiera me voy a quitar el abrigo. ¿Dónde puede uno sentarse? —Rodeó la mesa, acercó una silla a la mesa y se sentó—. ¿Por qué me miras tan callado? He venido exclusivamente para hacerte una pregunta, y te juro que no me iré de aquí sin una respuesta: ¿ha estado aquí la señora Katerina Ivánovna?

Smerdiakov estuvo un buen rato sin decir nada, mirando con calma a Iván, como antes, pero de pronto hizo un gesto desdeñoso con la mano y volvió la cabeza.

—¿Qué te pasa? —exclamó Iván.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Bueno, sí, ha estado aquí, y a usted qué más le da. Déjeme ya, señor.

—¡No, no te dejes! Dime: ¿cuándo ha estado?

—Ya ni me acuerdo. —Smerdiakov sonrió con desprecio y, de repente, volviendo otra vez la cara hacia Iván, clavó en él una mirada furiosa, una mirada de odio, como la que le había dirigido durante la otra entrevista, hacía un mes—. También usted parece enfermo, hay que ver lo que ha adelgazado, tiene muy mala cara —le dijo a Iván.

—Olvídate de mi salud, contesta a lo que te he preguntado.

—Y ¿cómo es que se le han puesto los ojos amarillentos? El blanco de los ojos lo tiene completamente amarillo. ¿Es que sufre usted mucho?

Nuevamente sonrió con desprecio, y de repente se echó a reír sin disimulo.

—Escucha, ¡ya te he dicho que no pienso irme de aquí sin una respuesta! —gritó Iván, presa de una terrible irritación.

—¿Por qué se pone usted así conmigo, señor? ¿Por qué me hace sufrir? —dijo Smerdiakov pesaroso.

—¡Eh, diablo! La cosa no va contigo. Responde a la pregunta, y me iré enseguida.

—¡No tengo nada que decirle! —Smerdiakov volvió a apartar la mirada.

—¡Te aseguro que voy a obligarte a responder!

—¿Por qué está usted tan preocupado? —De pronto, Smerdiakov lo miró, no solo ya con desprecio, sino casi con cierta repugnancia—. ¿Es porque mañana empieza el

juicio? A usted no va a pasarle nada, ¡convéznase de una vez! Váyase a casa, acuéstese tranquilamente, no tiene nada que temer.

—No te comprendo... ¿Qué podría temer yo mañana? —dijo Iván sorprendido, y de pronto, en efecto, una suerte de temor le heló el alma. Smerdiakov lo midió con la mirada.

—¿Có-mo que no com-pren-de? —dijo, arrastrando las sílabas, en tono de reproche—. ¡Ya hacen falta ganas para representar esta comedia, tratándose de un hombre inteligente!

Iván lo miraba en silencio. Aquel tono inesperado, de una altanería inaudita, con el que se estaba dirigiendo a él su antiguo lacayo, resultaba insólito de por sí. Ni siquiera la vez anterior le había hablado en ese tono.

—Le digo que no tiene nada que temer. No voy a declarar contra usted, no hay pruebas. Mira cómo le tiemblan las manos. ¿Cómo es que se le mueven los dedos de ese modo? Váyase a casa, usted no lo mató.

Iván se estremeció, se había acordado de Aliosha.

—Ya sé que no fui yo... —balbuceó.

—¿Lo sa-be? —Smerdiakov volvió a hacerse eco de sus palabras.

Iván se levantó de un salto y lo agarró de los hombros:

—¡Dilo todo, gusano! ¡Dilo todo!

Smerdiakov ni se inmutó. Se limitó a clavar la mirada en Iván con un odio demencial.

—Bueno, pues usted lo mató, ya que estamos —le susurró con rabia.

Iván se dejó caer en la silla, como si hubiera llegado a alguna conclusión. Se sonrió maliciosamente.

—¿Sigues refiriéndote a aquello? ¿Lo mismo de la otra vez?

—Sí, y la otra vez también estaba usted delante de mí, y lo comprendió todo, y ahora también lo comprende.

—Lo único que comprendo es que estás loco.

—¡Y dale! Estamos aquí solos, ¿a cuento de qué, digo yo, seguimos mareándonos el uno al otro con esta comedia? ¿O es que todavía pretende hacerme cargar a mí con toda la culpa, y me lo dice a la cara? Usted lo mató, usted es el principal asesino, y yo no fui más que su cómplice, su fiel criado Licharda, y actué ateniéndome a sus palabras.

—¿Actuaste? Pero ¿de verdad lo mataste tú? —Iván se quedó helado.

Era como si hubiera sufrido una conmoción en el cerebro, y empezó a temblar todo él con sacudidas pequeñas y frías. Ahora era Smerdiakov quien lo miraba sorprendido: probablemente, era la sinceridad del susto de Iván lo que, en definitiva, le había impresionado.

—¿Es posible realmente que usted no supiera nada? —balbuceó receloso, con una sonrisa torva y descarada.

Iván no dejaba de mirarlo, parecía que se hubiera quedado sin habla. De pronto resonó en su cabeza:

¡Ay, Vanka se ha ido a Píter,
no lo pienso esperar!

—¿Sabes una cosa? Temo que seas un sueño, un fantasma que tengo delante de mí —murmuró.

—Aquí no hay ningún fantasma, señor, aparte de nosotros dos, además de un tercero, señor. Sin duda, está aquí ahora ese tercero, entre nosotros dos.

—¿Quién? ¿Quién está aquí? ¿Quién es ese tercero? —dijo asustado Iván Fiódorovich, mirando a su alrededor y buscando apresuradamente con la vista por todos los rincones, para ver si había alguien.

—Ese tercero es Dios, la Providencia misma, señor, está aquí ahora a nuestro lado, señor, pero no lo busque, que no lo va a encontrar.

—¡Has mentido al decir que tú lo mataste! —vociferó con furia Iván—. ¡O estás loco, o me estás provocando, como la otra vez!

Smerdiakov, sin inmutarse, igual que antes, no dejaba de observarlo con mucha curiosidad. Aún no había podido superar su desconfianza: estaba convencido de que Iván «lo sabía todo», y solo estaba fingiendo para «hacer que cargara él con toda la culpa».

—Espere —dijo al fin con voz débil, y de pronto, sacando la pierna izquierda de debajo de la mesa, empezó a remangarse el pantalón. Llevaba una larga media blanca y calzaba una zapatilla. Sin apresurarse, Smerdiakov se quitó la liga y metió bien hondo los dedos por debajo de la media. Iván Fiódorovich lo estaba mirando, y de pronto se puso a temblar, con un terror convulsivo.

—¡Loco! —bramó y, levantándose de un salto, se echó hacia atrás con tal ímpetu que chocó con la espalda contra la pared, quedándose como pegado a ella, completamente rígido. Miraba a Smerdiakov con un terror irracional. Éste, sin inmutarse lo más mínimo con su terror, seguía escudriñando en la media, como si estuviera intentando por todos los medios sacar de ahí alguna cosa, tirando con los dedos. Al final la agarró y empezó a tirar de ella. Iván Fiódorovich vio que se trataba de unos papeles o de una especie de paquete. Smerdiakov acabó de sacar aquello y lo depositó encima de la mesa.

—¡Aquí tiene, señor! —dijo en voz baja.

—¿Qué es? —respondió Iván, temblando.

—Haga el favor de mirarlo, señor —añadió Smerdiakov, igual de bajo.

Iván se acercó a la mesa, cogió el paquete y empezó a deshacerlo, pero de pronto encogió los dedos, como si hubiese tocado un bicho repugnante, estremecedor.

—Los dedos no paran de temblarle, señor; le ha dado un calambre —advirtió Smerdiakov, y él mismo, sin prisas, desenvolvió el paquete. Bajo la envoltura aparecieron tres fajos de irisados billetes de cien rublos—. Aquí está todo, señor, los tres mil rublos, no hace falta que los cuente. Coja, señor —invitó a Iván, señalando el dinero con la cabeza. Iván se desplomó en la silla. Estaba pálido como un pañuelo.

—Me habías asustado... con esa media... —dijo, sonriéndose de una forma extraña.

—Pero ¿es posible, es posible que no lo supiera hasta ahora? —le preguntó una vez más Smerdiakov.

—No, no lo sabía. Seguía pensando que había sido Dmitri. ¡Hermano! ¡Hermano! ¡Ah! —De repente, se cogió la cabeza con ambas manos—. Escucha: ¿lo mataste tú solo? ¿Sin mi hermano o con mi hermano?

—Únicamente con usted, señor; con usted lo maté, pero Dmitri Fiódorovich es inocente a todas luces, señor.

—Está bien, está bien... De mí ya hablaremos luego. ¿Cómo es que tiemblo de este modo?... Soy incapaz de articular palabra.

—Entonces sí que era usted valiente, señor, «todo está permitido», decía, ¡y ahora hay que ver cómo se ha asustado! —murmuró Smerdiakov, con asombro—. ¿No querrá usted una limonada? Ahora mismo digo que se la traigan, señor. Verá cómo le refresca. Pero antes habría que esconder esto, señor.

Y volvió a señalar los fajos con la cabeza. Se levantó para acercarse a la puerta, con intención de llamar desde allí a Maria Kondrátievna y pedirle que preparara una limonada y se la trajera; sin embargo, buscando algo con que tapar el dinero, a fin de que ella no pudiera verlo, se sacó primero el pañuelo del bolsillo, pero, como también en esta ocasión estaba muy sucio, cogió el único libro que había sobre la mesa, un grueso volumen amarillo en el que se había fijado Iván al entrar, y lo puso encima del dinero, aplastándolo. El libro se llamaba Sermones de nuestro santo padre Isaac de Siria. A Iván Fiódorovich le había dado tiempo de leer maquinalmente el título.

—No quiero limonada —dijo—. Ya hablaremos luego de mí. Siéntate y dime: ¿cómo lo hiciste? Cuéntamelo todo...

—Debería quitarse el abrigo, señor; si no quiere sudar de lo lindo.

Iván Fiódorovich, como si no se hubiera dado cuenta hasta entonces, se quitó el abrigo de un tirón y, sin levantarse de la silla, lo arrojó sobre el banco.

—Pero habla, ¡por favor, habla!

Parecía haberse calmado. Esperaba, con el convencimiento de que Smerdiakov ahora lo contaría todo.

—¿Quiere que le cuente cómo se hizo aquello, señor? —Smerdiakov suspiró—. Se hizo de la forma más natural, de acuerdo con sus propias palabras...

—Ya hablaremos después de mis palabras —le interrumpió otra vez Iván, pero ya sin gritar como antes, articulando con firmeza, como dominándose ya por completo—. Límitate a contar con todo detalle cómo lo hiciste. Por orden. No te olvides de nada. Los detalles, lo principal son los detalles. Te lo ruego.

—Usted se marchó, y yo entonces me caí en el sótano, señor...

—¿Fue un ataque o lo fingiste?

—Naturalmente, lo fingí, señor. Lo fingí todo. Bajé con calma la escalera, señor, hasta abajo del todo, señor, y me tumbé tranquilamente, y, una vez tumbado, me puse a gritar, señor. Y mientras me sacaban de allí no dejaba de removerme.

—¡Un momento! ¿Todo el tiempo, también más tarde, en el hospital, estuviste fingiendo?

—De ningún modo. A la mañana siguiente, antes incluso de que me llevaran al hospital, me dio un ataque de verdad, y muy fuerte, como no me había dado en muchos años. Estuve dos días totalmente inconsciente.

—Está bien, está bien. Continúa.

—Me acostaron en aquel catre, señor, yo ya sabía que sería en ese que está al otro lado del tabique, porque Marfa Ignátievna, cada vez que estaba enfermo, siempre me acomodaba en su estancia, detrás del tabique, señor, para pasar la noche. Siempre ha sido muy cariñosa conmigo, desde que nací, señor. Por la noche, seguí lamentándome, señor, pero ya más flojo, señor. Esperaba que viniese Dmitri Fiódorovich.

—¿Qué esperabas? ¿Que fuera a verte?

—¿A mí? ¿Para qué? Esperaba que viniese a casa, porque a mí ya no me cabía ninguna duda de que vendría aquella noche, ya que, privado de mi ayuda y sin ninguna clase de noticias, necesariamente tenía que entrar por su cuenta en la casa, saltando por encima de la valla, cosa que sabía hacer, y llevar a cabo sus planes.

—¿Y si no se hubiera presentado?

—Entonces no habría pasado nada. Sin él, no me habría decidido.

—Está bien, está bien... Procura ser más claro, no te apresures y, sobre todo, ¡no omitas nada!

—Esperaba que matase él a Fiódor Pávlovich, señor... Era lo más probable, señor. Porque yo ya lo había preparado... los días previos, señor... sobre todo, ya estaba enterado de lo de las señales. Con la desconfianza y la rabia que había ido acumulando en esos días, estaba claro que iba a introducirse en la casa, señor, valiéndose de las señales. De todas todas. Así que lo estaba esperando, señor.

—Un momento —le interrumpió Iván—; si él lo hubiera matado, habría cogido el dinero y se lo habría quedado; ¿no lo pensaste así precisamente? ¿Qué te habría quedado a ti entonces? No lo veo.

—Lo que pasa es que él nunca habría encontrado el dinero, señor. Era yo quien lo había convencido de que el dinero estaba escondido debajo del colchón. Pero era

mentira, señor. Primero estuvo guardado en un cofrecillo, señor. Pero después convencí a Fiódor Pávlovich, que no se fiaba de nadie más que de mí en todo el mundo, de que escondiera el sobre con el dinero en un rincón, detrás de los iconos, porque nadie iba nunca a adivinar que estaba allí, y menos alguien que fuera con prisas. Así que el sobre lo puso allí, detrás de los iconos, señor. Habría sido ridículo dejarlo debajo del colchón, en el cofrecillo, por lo menos, estaba bajo llave. Pero aquí todo el mundo se ha creído que lo había escondido debajo del colchón. Es un razonamiento estúpido, señor. De modo que, si Dmitri Fiódorovich hubiera cometido el crimen, entonces, al no encontrar nada, o bien habría huido a toda prisa, procurando no hacer ningún ruido, como les pasa siempre a los asesinos, señor, o bien lo habrían detenido, señor. De manera que yo siempre habría podido, señor, ya fuera al día siguiente o incluso esa misma noche, hurgar por detrás de los iconos y llevarme el dinero, y todas las sospechas habrían recaído sobre Dmitri Fiódorovich. Con eso siempre podía contar.

—Ya, ¿y si se hubiera limitado a golpearlo, sin llegar a matarlo?

—Si no lo hubiera matado, yo, desde luego, no me habría atrevido a coger el dinero y todo aquello habría sido inútil. Pero también contaba con la posibilidad de que lo dejara inconsciente, y en ese caso yo habría tenido tiempo de hacerme con el dinero, y después le habría hecho saber a Fiódor Pávlovich que había sido Dmitri Fiódorovich, y no otro, el que, después de pegarle, le había robado el dinero.

—Espera... me estoy perdiendo. Entonces, después de todo, ¿fue Dmitri el que lo mató y tú te limitaste a coger el dinero?

—No, no fue él quien lo mató, señor. Mire, yo ahora podría haberle dicho que él fue el asesino... pero ahora yo no quiero mentirle, porque... aun admitiendo que usted, como veo, efectivamente no se había dado cuenta de nada hasta ahora, y no estaba fingiendo delante de mí para hacerme cargar a mí con su culpa, que es más que evidente, aun admitiendo eso, usted sigue siendo el culpable de todo, señor, porque usted sabía que se iba a cometer el crimen, señor, y me encargó que lo matara, señor, y sabiéndolo todo se marchó. Por eso, lo que quiero demostrarle esta noche, a la cara, es que el principal asesino en toda historia no es otro que usted, señor, y no yo, por mucho que fuera yo quien lo mató. ¡El auténtico asesino es usted!

—¿Por qué, por qué soy yo el asesino? ¡Oh, Dios! —Iván ya no pudo contenerse, olvidándose de que había decidido no hablar de sí mismo hasta el final de la charla—. Veo que sigues insistiendo en lo de Chermashniá. Espera un poco, dime, ¿qué necesidad tenías tú de mi consentimiento, suponiendo que tomaras lo de Chermashniá como una muestra de consentimiento? ¿Cómo me explicas eso ahora?

—Si contaba con su consentimiento, yo sabía que usted, al volver, no iba a armar ningún escándalo por esos tres mil rublos, si es que las autoridades, por la razón que fuese, sospechaban de mí en lugar de sospechar de Dmitri Fiódorovich, o me tomaban

por cómplice suyo; al contrario, usted me habría protegido de los demás... Y más tarde, después de recibir la herencia, podría incluso compensarme durante toda mi vida, teniendo en cuenta que, al fin y al cabo, si había conseguido esa herencia había sido gracias a mí; de otro modo, con aquel matrimonio con Agrafiona Aleksándrovna, se habría quedado usted con un palmo de narices.

—¡Ah! ¡Así que tenías intención de seguir torturándome después, durante toda mi vida! —rugió Iván—. Y ¿qué habría pasado si entonces, en lugar de marcharme, te hubiera denunciado?

—Y ¿qué es lo que podía denunciar? ¿Que había intentado convencerle de que fuera a Chermashniá? Valiente tontería, señor. Además, después de nuestra conversación, usted podía marcharse o quedarse. Si se quedaba, no habría pasado nada, yo habría sabido de ese modo que usted no deseaba nada de eso, y yo no habría intentado nada. Pero, si usted se marchaba, eso es que me aseguraba que no iba a atreverse a denunciarme a la justicia y que me perdonaba esos tres mil rublos. Y después ya no podía perseguirme de ningún modo, porque en ese caso yo lo habría declarado todo ante la justicia, quiero decir, no que yo había robado o matado, eso no lo habría dicho, sino que había sido usted quien me había incitado a robar y a matar, aunque yo no había estado de acuerdo. Por eso mismo necesitaba entonces su consentimiento, para que no pudiese usted ponerme en un aprieto, señor, porque de dónde iba a sacar ninguna prueba, mientras que yo siempre podía ponerle en un aprieto, señor, revelando de qué modo anhelaba usted la muerte de su padre, y le doy mi palabra de que el público me habría creído y usted se habría cubierto de vergüenza para toda su vida.

—¿Tanto anhelaba yo esa muerte, tanto? —volvió a rugir Iván.

—Sin duda, señor, y con su silencio usted me dio permiso entonces para actuar, señor. —Smerdiakov miró firmemente a Iván. Estaba muy débil y hablaba bajo, con voz de cansancio, pero una fuerza interior, oculta, lo animaba; evidentemente, actuaba con algún propósito. Iván lo intuía.

—Sigue —le dijo—, sigue explicando lo de aquella noche.

—Pues nada, señor, seguiré. Yo estaba allí acostado cuando me pareció oír como si el señor soltara un grito. Y antes de eso Grigori Vasílich se había levantado de pronto y había salido, y de repente se puso a chillar, después todo se quedó en silencio, y a oscuras. Yo seguía acostado, esperando, el corazón me latía con fuerza, no me podía aguantar. Me levanto por fin y me asomo; veo que la ventana de la izquierda del cuarto del señor está abierta, y doy unos pasos en esa dirección, para escuchar si sigue vivo allí dentro, y lo oigo moverse y lamentarse, de modo que tenía que estar vivo, señor. ¡Eh!, me dije. Me acerqué a la ventana y le grité: «Soy yo». Y él me responde: «¡Ha estado aquí, ha estado aquí, ha huido!». O sea, que Dmitri Fiódorovich había estado allí, señor. «¡Ha matado a Grigori!» «¿Dónde?», le susurro. «Allí, en el rincón»,

me indica, susurrando él también. «Espere», le digo. Me fui a echar un vistazo a aquel rincón y al lado de la valla me tropecé con Grigori Vasílievich, tendido en el suelo, estaba cubierto de sangre, inconsciente. «Entonces es verdad, Dmitri Fiódorovich ha estado aquí», pensé de inmediato, y en ese mismo instante decidí acabar de una vez con todo aquello, señor, pues, aunque Grigori Vasílievich aún seguía con vida, de todos modos yacía inconsciente y de momento no iba a ver nada. Solo había un riesgo, y era que de repente se despertara Marfa Ignátievna. Caí en la cuenta en ese mismo instante, pero la codicia se había adueñado de mí de tal modo que hasta me faltaba el aire. Me acerqué otra vez a la ventana del señor y dije: «Está aquí, ha venido; Agrafiona Aleksándrovna ha venido, quiere pasar». Se estremeció, como una criatura: «Aquí, pero ¿dónde? ¿Dónde?»; no hacía más que manifestar su sorpresa, sin acabar de creérselo. «Está ahí mismo —le digo—, esperando, ¡abra!» Me miró a través de la ventana y no sabía si creérselo, le daba miedo abrir: «Me tiene miedo a mí», pienso. Resulta hasta cómico: de pronto se me ocurrió dar en el marco de la ventana los golpecitos que servían como señal de que Grúshenka había venido, y lo hice delante de sus narices: se ve que no se fiaba de mis palabras, pero, en cuanto hice la señal, salió corriendo de inmediato a abrir la puerta. La abrió. Yo quise entrar, pero él no se movía, me obstaculizaba el paso con el cuerpo. «¿Dónde está, dónde está?» Me miraba temblando. «Vaya —pensé—, si tanto miedo tiene de mí, ¡mala cosa!» Y en ese momento las piernas me fallaron, por el miedo a que no me dejara entrar o se pusiera a gritar, o incluso a que Marfa Ignátievna acudiera corriendo o no sé qué más, ya ni me acuerdo, pero seguramente estaba allí pálido delante de él. Le susurro: «Pero si está allí mismo, al pie de la ventana, ¿es que no la ha visto?». «¡Pues tráemela, tráemela!» «Pero es que tiene miedo —le digo—, se ha asustado con los gritos, y se ha escondido entre unos arbustos, vaya a llamarla usted desde el despacho.» Corriendo, se acercó a la ventana, puso una vela al lado. «Grúshenka —grita—, Grúshenka, ¿estás ahí?» Él la llamaba, pero no quería asomarse por la ventana, no quería alejarse de mí, porque estaba muy asustado, me tenía mucho miedo y por eso mismo no se atrevía a apartarse. «Ahí está —le digo; entretanto me había acercado a la ventana y me había asomado, tenía medio cuerpo fuera—; ahí está, en esos arbustos, le está sonriendo, ¿la ve?» De pronto me creyó, se echó a temblar, de tan enamorado como estaba, señor, y se asomó por la ventana, con todo el cuerpo fuera. En ese momento, agarré aquel pisapapeles de hierro colado que tenía sobre la mesa, no sé si se acuerda, señor, pesará unas tres libras, levanté el brazo y le di por detrás, de canto, en toda la coronilla. No soltó ni un grito. Se fue deslizándose hacia abajo, mientras yo le asestaba un segundo golpe y un tercero. Al tercer golpe noté que le había roto el cráneo. Se derrumbó por fin de espaldas, boca arriba, todo cubierto de sangre. Me miré bien: no estaba manchado de sangre, no me había salpicado, limpié el pisapapeles, lo coloqué en su sitio, me acerqué al rincón de los iconos, saqué el dinero del sobre y arrojé el

sobre al suelo, y al lado tiré la cinta rosa. Salí al huerto, temblando de pies a cabeza. Me dirigí a ese manzano con un hueco, ya sabe usted qué hueco es éste, ya hacía mucho que me había fijado en él, había metido dentro un trapo y papel, lo tenía preparado hacía tiempo; envolví todo el dinero en papel, luego en el trapo y lo metí bien hondo. Allí se quedó más de dos semanas, me refiero al dinero, señor; después, al salir del hospital, lo saqué. Me volví a la cama, me acosté y pensé, muerto de miedo: «Como sea verdad que ha matado a Grigori Vasílievich, esto puede acabar fatal, pero, si no lo ha matado y recobra el sentido, todo irá muy bien, porque será testigo de que Dmitri Fiódorovich ha estado aquí y, por lo tanto, de que él es el autor del crimen y se ha llevado el dinero». Presa de las dudas y la impaciencia, empecé a gemir, para despertar cuanto antes a Marfa Ignátievna. Por fin se levantó y vino corriendo a mi lado, pero, al ver de repente que Grigori Vasílievich no estaba allí, salió corriendo y, por lo que pude oír, se puso a chillar en el huerto. Empezó entonces el ajeteo de toda la noche, señor, pero yo ya estaba muy tranquilo.

El narrador se detuvo. Iván había estado escuchándole todo el rato en medio de un silencio sepulcral, sin moverse, sin apartar la vista de él. En cambio, Smerdiakov, mientras estaba narrando, solo de vez en cuando le había echado un vistazo, pero casi siempre miraba hacia un lado. Al final de su relato se encontraba claramente alterado y le costaba respirar. Tenía el rostro bañado en sudor. Con todo, era imposible adivinar si sentía o no arrepentimiento.

—Espera —dijo Iván reflexionando—. ¿Qué hay de la puerta? Si te abrió la puerta precisamente a ti, ¿cómo pudo, antes de eso, haberla visto abierta Grigori? Porque Grigori la había visto abierta antes que tú, ¿no es así?

Curiosamente, Iván se lo preguntó con una voz totalmente apacible, incluso con un tono bien distinto, en absoluto rencoroso, de modo que, si alguien hubiese abierto la puerta en ese momento y los hubiese observado desde el umbral, habría llegado a la conclusión de que estaban allí conversando pacíficamente sobre una cuestión ordinaria, aunque de interés.

—En lo tocante a esa puerta y a si Grigori la vio abierta o no, eso no fue más que un fruto de su imaginación. —Smerdiakov forzó una sonrisa contrahecha—. Eso no es un hombre, se lo digo yo, es más terco que una mula, señor: no ha visto nada de eso, pero se imagina que lo ha visto, y de ahí no hay quien lo apee, señor. Ha sido una suerte para los dos que se haya imaginado eso, porque así ya no hay duda de que al final van a condenar a Dmitri Fiódorovich.

—Escucha —dijo Iván Fiódorovich, como si empezara otra vez a perderse y se esforzara por comprender alguna cosa—, escucha... Aún quería preguntarte muchas más cosas, pero se me han olvidado... Todo lo olvido y lo confundo... ¡Sí! Dime una cosa, por lo menos: ¿por qué abriste el sobre y lo dejaste allí mismo, en el suelo? ¿Por qué no te lo llevaste sin más, con sobre y todo? Cuando me lo has contado, me ha

parecido oírte, en relación con el sobre, que eso era lo que había que hacer... pero no alcanzo a entender por qué...

—Pues lo hice así por una razón, señor. Porque, si se trataba de un hombre que estaba al corriente de todo y familiarizado con la casa, alguien como yo, por ejemplo, que ya había visto antes el dinero, que a lo mejor lo había metido personalmente en ese sobre y había visto con sus propios ojos cómo lo sellaban y escribían algo encima, ese hombre, si resultaba ser él quien lo mataba, ¿a santo de qué iba a ponerse a abrir el sobre después del asesinato, y menos aún con aquellas prisas, sabiendo con toda certeza que el dinero tenía que estar dentro del sobre? Todo lo contrario, señor, si el ladrón era alguien como yo, por ejemplo, se habría limitado a guardarse el sobre en el bolsillo, sin perder el tiempo abriéndolo, y habría salido corriendo lo más rápido posible, señor. El caso de Dmitri Fiódorovich es totalmente distinto: él sabía de la existencia del sobre solo de oídas, y no lo había visto personalmente; de haberlo encontrado, pongamos, debajo del colchón, lo habría abierto de inmediato para comprobar si de verdad estaba dentro el dinero. Y el sobre lo habría arrojado allí mismo, sin pararse a pensar que eso después podía ser una prueba en su contra, ya que no se trataba de un ladrón experimentado, señor, y nunca había robado de forma manifiesta, pues era noble de nacimiento, señor, y si se había decidido a robar no se trataba propiamente de un robo, sino que había venido a recuperar lo que era suyo, cosa que ya se había encargado de airear previamente por toda la ciudad, e incluso se había jactado de antemano delante de todo el mundo, diciendo bien alto que pensaba presentarse en casa de Fiódor Pávlovich a coger lo que le pertenecía. Cuando me interrogaron, eso mismo le dije al fiscal, sin exponerle abiertamente la idea, sino por medio de alusiones, señor, como si yo mismo no me diera cuenta de lo que decía y como si se le hubiera ocurrido a él solo, sin que yo se lo hubiera sugerido, señor; el caso es que al señor fiscal hasta se le hacía la boca agua con aquella alusión mía...

—Pero ¿cómo es posible que entonces se te ocurriera todo esto, así, sobre la marcha? —exclamó Iván Fiódorovich, que no salía de su asombro. Volvió a mirar a Smerdiakov asustado.

—Por el amor de Dios, ¿cómo iba a pensar todo eso con semejantes prisas, señor? Estaba todo pensado de antemano.

—Vaya... vaya, ¡se ve que te ayudó el mismísimo diablo! —volvió a exclamar Iván Fiódorovich—. No, tú no eres tonto, eres mucho más listo de lo que había pensado...

Se levantó con la evidente intención de pasearse por la habitación. Sentía una angustia terrible. Pero, como la mesa le cerraba el paso y apenas había espacio para colarse entre la mesa y la pared, se limitó a darse la vuelta en el sitio y se volvió a sentar. No poder pasear, posiblemente, lo sacó de sus casillas, así que, casi con la misma furia de antes, de repente gritó:

—¡Escucha, desgraciado, hombre despreciable! ¿Es que no comprendes que, si no te he matado todavía, es solo porque te estoy reservando para que mañana respondas ante el tribunal? Sabe Dios —Iván alzó su mano— que yo, quizá, también fuera culpable; que acaso abrigaba el deseo secreto de que... muriese mi padre, pero te juro que no fui tan culpable como piensas, y hasta es posible que yo no te instigara en absoluto. ¡No, no, yo no te instigué! Pero es igual, mañana mismo declararé contra mí en el juicio, ¡ya lo he decidido! Y lo contaré todo, todo. Pero ¡compareceremos juntos, tú y yo! Y digas lo que digas contra mí en ese juicio, sea cual sea tu testimonio, lo acepto sin temor: ¡yo mismo lo confirmaré! Pero ¡tú también tienes que confesar ante el tribunal! Tienes que hacerlo, tienes que hacerlo, ¡iremos juntos! ¡Así será!

Iván hizo esta declaración solemne y enérgicamente, y solo por el resplandor de su mirada era evidente que sería así.

—Está usted enfermo, lo veo, señor, muy enfermo, señor. Tiene los ojos muy amarillos, señor —dijo Smerdiakov sin sombra de ironía, con cierta compasión incluso.

—¡Iremos juntos! —repitió Iván—. Y, si no vas, da igual, confesaré de todos modos. Smerdiakov calló un momento, como cavilando.

—Nada de eso va a ocurrir, señor, y usted no irá, señor —decidió finalmente, de forma inapelable.

—¡Tú no me conoces! —exclamó Iván, a modo de reproche.

—Será una vergüenza enorme para usted, señor, si lo confiesa todo. Y para colmo será inútil, completamente inútil, señor, porque pienso declarar abiertamente que yo jamás le dije nada semejante, y que o bien estaba usted enfermo (y de hecho lo parece, señor), o bien le daba tanta pena su hermano que había decidido sacrificarse, y se ha inventado todo eso contra mí porque, de todos modos, toda la vida me ha considerado una mosca, no un hombre. Y ¿quién le iba a creer? ¿Qué pruebas tiene usted, aunque sea una sola?

—Escucha, ese dinero me lo has enseñado, sin duda, para convencerme...

Smerdiakov quitó a Isaac de Siria de encima de los fajos y lo puso a un lado.

—Coja ese dinero, señor, y lléveselo —suspiró Smerdiakov.

—¡Desde luego que sí! Pero ¿por qué me lo das ahora si mataste por este dinero? —Iván lo miraba con enorme asombro.

—Yo no lo necesito para nada, señor —dijo Smerdiakov con la voz trémula, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. Al principio tenía la idea, señor, de empezar una nueva vida con ese dinero, en Moscú o mejor aún en el extranjero; ése era mi sueño, señor, sobre todo porque «todo está permitido». En verdad, fue usted quien me lo enseñó, porque entonces me lo dijo muchas veces: si no hay un Dios infinito, tampoco hay ninguna virtud, ni falta que hace. Fue usted, en verdad. Y así razoné yo.

—¿Se te ocurrió a ti solo? —Iván forzó una sonrisa.

—Con su guía, señor.

—Entonces, ¿ahora crees en Dios, ya que devuelves el dinero?

—No, señor, no creo en Dios, señor —susurró Smerdiakov.

—Y ¿por qué lo devuelves?

—Ya basta... ¡qué más da, señor! —Smerdiakov volvió a hacer un gesto desdeñoso con la mano—. Entonces usted no paraba decir que todo está permitido, y ahora ¿cómo es que está tan alarmado, señor? Quiere incluso ir a declarar contra sí mismo... ¡Solo que eso no va a ocurrir! ¡No irá a declarar! —con firmeza y convicción, concluyó de nuevo Smerdiakov.

—¡Ya lo verás! —dijo Iván.

—No puede ser. Es usted demasiado inteligente, señor. Le gusta el dinero, eso lo sé, señor; también le gustan los honores, porque es usted muy orgulloso; le gustan sobremanera los encantos del sexo femenino; y, por encima de todo, le gusta vivir en serena abundancia, sin tener que inclinarse ante nadie, eso más que nada, señor. No querrá usted arruinarse la vida cargando con tanta vergüenza en el juicio. Es usted como Fiódor Pávlovich: de todos los hijos, señor, usted es el que más se le parece, tiene la misma alma que su padre, señor.

—Tú no eres estúpido —dijo Iván, como aturdido; la sangre se le subió a la cara—; yo antes pensaba que eras estúpido. ¡Sí que estás serio ahora! —observó, como si de pronto mirase a Smerdiakov de una manera nueva.

—Era su orgullo lo que le hacía pensar que yo era estúpido. Coja el dinero, señor.

Iván cogió los tres fajos de billetes y se los metió en el bolsillo, sin envolver.

—Mañana los mostraré en el juicio —dijo.

—Nadie le creerá, señor; ahora tiene usted bastante dinero, puede haberlo cogido simplemente de un cofrecillo y haberlo llevado allí, señor.

Iván se levantó del asiento.

—Te repito que, si no te he matado, ha sido únicamente porque te necesito mañana, recuérdalo, ¡no lo olvides!

—Pues máteme, señor. Máteme ahora —dijo de pronto Smerdiakov de una manera rara, mirando a Iván de una manera rara—. Tampoco a eso se va a atrever, señor —añadió, sonriendo amargamente—, no se va a atrever a nada, ¡con lo valiente que era usted!

—¡Hasta mañana! —gritó Iván, y se dispuso a salir.

—Aguarde... enséñemelos otra vez.

Iván sacó los billetes y se los enseñó. Smerdiakov los estuvo mirando como unos diez segundos.

—Bueno, márchese —dijo, agitando la mano—. ¡Iván Fiódorovich! —volvió a gritar de pronto, viéndolo salir.

—¿Qué quieres? —Iván se volvió, sin detenerse.

—¡Adiós, señor!

—¡Hasta mañana! —volvió a gritar Iván, y salió de la isba.

La ventisca no había cesado. Echó a andar con decisión, pero de pronto pareció como si empezara a tambalearse. «Esto es algo físico», pensó, con una sonrisa. Era como si una especie de alegría descendiera a su alma. Sentía en su interior una firmeza infinita: ¡era el final de todos sus titubeos, que tan horriblemente lo habían martirizado en los últimos tiempos! La decisión estaba tomada, «y ya no va a cambiar», pensó dichoso. En ese momento se tropezó de pronto con algo y estuvo a punto de caerse al suelo. Se detuvo y distinguió a sus pies al pequeño campesino que había derribado antes, que seguía tendido en el mismo sitio, inmóvil y sin sentido. La nieve ya casi le había cubierto toda la cara. Iván, de pronto, lo agarró y se lo echó auestas. Viendo luz en una casita que estaba a su derecha, se acercó hasta allí, llamó a los postigos y al menestral que se asomó al oír sus golpes, el dueño de la casa, le pidió ayuda para trasladar al campesino a la comisaría, prometiéndole a cambio que le daría de inmediato tres rublos. El menestral se preparó y salió. No voy a describir en detalle cómo se las arregló Iván Fiódorovich para lograr su objetivo, dejando al campesino en la comisaría y consiguiendo además que lo examinara de inmediato un médico, al tiempo que proveía con mano generosa «para los gastos». Solo diré que todo ello le llevó casi una hora entera. Pero Iván Fiódorovich se quedó muy contento. Su pensamiento se expandía y funcionaba. «Si no hubiera adoptado una resolución tan firme para mañana —pensó de repente con satisfacción—, no me habría quedado toda una hora para echar una mano a ese campesino, sino que habría pasado de largo a su lado sin importarme lo más mínimo que se hubiera congelado... Ahora, sin embargo, estoy capacitado para observar lo que hago —pensó en ese mismo instante, aún con mayor satisfacción—, y ¡seguro que habrán pensado que me estoy volviendo loco!» Cerca ya de casa, una duda repentina lo hizo detenerse: «¿No debería presentarme ante el fiscal ahora mismo y contárselo todo?». Resolvió el dilema reanudando la marcha hacia su casa: «¡Mañana, todo a la vez!», se dijo en un susurro y, extrañamente, casi toda su alegría, su satisfacción consigo mismo se desvanecieron en un instante. Cuando entró en su cuarto, una sensación glacial le rozó de pronto el corazón: era como el recuerdo o, más bien, el recordatorio de algo doloroso y repugnante que se encontraba en esa misma estancia en aquellos momentos, pero que ya había estado antes allí. Se dejó caer, cansado, en el diván. La vieja criada le llevó el samovar, él mismo se preparó el té, pero no lo probó; le dijo a la vieja que podía retirarse hasta el día siguiente. Sentado en el diván, notaba cómo la cabeza le daba vueltas. Se sentía enfermo y sin fuerzas. Empezó a adormecerse, pero se levantó intranquilo y empezó a dar vueltas por el cuarto, para ahuyentar el sueño. Por momentos tenía la sensación de estar delirando. Pero no era la enfermedad lo que más le preocupaba; volvió a sentarse, y empezó a mirar de vez en cuando a su alrededor, como buscando algo. Así

ocurrió varias veces. Por fin su mirada se quedó fija en un punto. Iván se sonrió, pero su rostro enrojeció de ira. Estuvo mucho tiempo sentado en su sitio, sujetándose firmemente la cabeza con ambas manos, pero sin dejar de mirar de refilón al mismo punto de antes, al diván arrimado a la pared de enfrente. Evidentemente, había algo allí, algún objeto, que hacía que se sintiera irritado, intranquilo, atormentado.

IX. El diablo. La pesadilla de Iván Fiódorovich

No soy médico, pero creo, no obstante, que, llegados a este punto, es imprescindible que explique al lector, aunque sea a grandes rasgos, la naturaleza de la enfermedad de Iván Fiódorovich. Anticipándome al relato, me limitaré a decir que, aquella tarde, se encontraba justo al borde de un colapso nervioso y que éste, al fin, se apoderó por completo de su organismo, alterado hacía tiempo pero empeñado tenazmente en resistir. Aun sin saber nada de medicina, me arriesgaré a conjeturar que de hecho, con un tremendo esfuerzo de voluntad, había logrado alejar la dolencia por cierto tiempo, con la esperanza, claro está, de que acabaría superándola del todo. Se sabía enfermo, pero detestaba estarlo justo entonces, en aquel momento decisivo para su vida, cuando debía hacer acto de presencia, exponer su opinión valiente y decididamente y «justificarse ante sí mismo». Aun así, había ido a ver al nuevo médico llegado de Moscú, a quien había hecho venir Katerina Ivánovna debido a una fantasía suya a la que ya me he referido antes. El médico, después de haberle escuchado y examinado, concluyó que en efecto sufría una especie de trastorno cerebral, por así decirlo, y no se sorprendió en lo más mínimo de cierta confesión que Iván le hizo, aunque a regañadientes. «En su estado, las alucinaciones son muy posibles —había dictaminado el médico—, aunque haría falta comprobarlas... En cualquier caso, es indispensable que inicie un tratamiento riguroso sin perder ni un minuto o, de lo contrario, empeorará.» Pero, tras dejar al médico, Iván Fiódorovich no siguió este sensato consejo y no había querido considerar la idea del tratamiento: «Aún puedo valerme, aún no me han abandonado las fuerzas; si me desplomase sería diferente, entonces, que me cuide quien quiera», decidió, encogiéndose de hombros. Así pues, estaba allí sentado en aquel momento, casi consciente de que deliraba y, como ya he dicho, mirando fijamente algo que había en el diván arrimado a la pared de enfrente. Resultó, de pronto, que había alguien allí sentado, aunque Dios sabe cómo habría entrado, pues no estaba en la habitación cuando Iván Fiódorovich regresó de su visita a Smerdiakov. Se trataba de un caballero, o mejor dicho, de cierto tipo de gentleman ruso, de mediana edad, qui frisait la cinquantaine, como dicen los franceses, con apenas algunas canas en el cabello oscuro, bastante largo y todavía abundante y con una barba puntiaguda. Llevaba una especie de chaqueta marrón, a primera vista de corte excelente pero ya muy gastada, confeccionada poco más o menos tres años antes y completamente pasada de moda, en desuso entre los hombres de buena posición desde hacía al menos dos años. La camisa de lino, la larga corbata a modo de bufanda, toda la indumentaria parecía propia de un caballero elegante, pero, más de

cerca, la camisa se veía algo sucia y la ancha bufanda, muy raída. Los pantalones a cuadros le quedaban al visitante perfectamente, aunque eran asimismo demasiado claros y también demasiado estrechos, de un estilo que ya no se llevaba, como el del sombrero blando de fieltro blanco que traía, totalmente fuera de temporada. En resumen, su apariencia era la de un hombre distinguido pero muy venido a menos. Aquel caballero daba la impresión de pertenecer a la clase de los antiguos terratenientes ociosos que habían prosperado bajo el régimen de servidumbre; era evidente que había viajado y frecuentado la alta sociedad, que había estado bien relacionado y quizá lo seguía estando, pero, pasadas las alegrías de su juventud y tras la reciente abolición de la servidumbre, se había ido quedando gradualmente sin recursos hasta convertirse en una especie de parásito de buen tono, por llamarlo de algún modo, que se dejaba caer por las casas de sus buenos conocidos de antes y era recibido por éstos gracias a su carácter complaciente y afable, y también porque, pese a todo, era un hombre decente, al que incluso se podía sentar a la mesa en presencia de cualquiera, aunque desde luego asignándole un lugar modesto. Estos gorriones, estos caballeros bienhumorados que saben contar algunas anécdotas y jugar una partida de cartas, y a los que desagrada sobremanera que se les encomiende cualquier tarea, suelen ser hombres solos, bien solteros o viudos, y, si tienen hijos, sus hijos se crían siempre en algún lugar lejano, en casa de unas tías a las que casi nunca mencionan en sociedad, como si se avergonzaran en cierto modo de semejantes parientes; poco a poco, se van distanciando por completo de sus hijos, y ya solo de vez en cuando, por su cumpleaños o en Navidad, reciben de ellos cartas a las que algunas veces contestan. La fisonomía del inesperado huésped no era tanto bondadosa como, en efecto, afable y dispuesta a adoptar, en función de las circunstancias, la expresión más cordial. No llevaba reloj, pero sí unos impertinentes de carey que colgaban de una cinta negra. En el dedo corazón de la mano derecha lucía una sortija de oro macizo con un ópalo de escaso valor. Iván Fiódorovich callaba maliciosamente y no quería romper a hablar. El visitante aguardaba sentado, exactamente como haría un parásito que acabase de bajar de la habitación que tuviera asignada para hacer compañía al dueño de la casa a la hora del té, pero que, al ver a su anfitrión preocupado y pensando en algo con el ceño fruncido, se hubiera quedado humildemente callado, aunque dispuesto a participar en cualquier amigable conversación en cuanto el anfitrión la iniciase. De súbito, apareció en su rostro la sombra de una repentina preocupación.

—Escucha —se arrancó, dirigiéndose a Iván Fiódorovich—, perdona, solo quiero recordarte una cosa: ¿no fuiste a ver a Smerdiakov para interrogarlo sobre Katerina Ivánovna? Pues te has ido sin haber averiguado nada acerca de ella, seguramente se te olvidó...

—¡Ah, sí! —exclamó de pronto Iván, y se le ensombreció la cara—. Sí, se me olvidó... De todos modos, ya da lo mismo, ya todo da igual hasta mañana —musitó para sí—. En cuanto a ti —se revolvió irritado contra el visitante—, ¡iba a recordarlo enseguida, porque es precisamente lo que me tenía tan angustiado! ¿Por qué has tenido que sacar tú el tema? ¿Piensas que voy a creer que me lo has sugerido tú y no que lo he recordado yo solo?

—No lo creas, entonces —el gentleman sonrió con dulzura—, ¿de qué vale creer si es por la fuerza? Además, las pruebas no ayudan a la fe, especialmente las pruebas materiales. Tomás no creyó por haber visto al Cristo resucitado, sino porque ya antes de verlo deseaba creer. Los espiritistas, por ejemplo... Les tengo tanto aprecio... Imagínate, suponen que son útiles a la fe porque los demonios, desde el otro mundo, les muestran los cuernecillos. Esto, según ellos, es una prueba material, por así decirlo, de que existe el otro mundo. El otro mundo y pruebas materiales, ¡bobadas! Y, al fin y al cabo, ¿quién puede saber si la existencia del diablo demuestra que exista Dios? Me gustaría inscribirme en una sociedad de idealistas y formar un grupo de oposición interna: «Soy un realista —les diría—, no un materialista», ¡je, je!

—Escucha. —Iván Fiódorovich se levantó de pronto de la mesa—. Ahora es como si estuviera delirando... Y, por supuesto, estoy delirando... ¡Miente cuanto quieras, me da lo mismo! No lograrás ponerme furioso, como la última vez. Solo que me siento avergonzado y no sé de qué... Tengo ganas de dar vueltas por la habitación... A veces no te veo y ni siquiera oigo tu voz, como la última vez, pero siempre adivino tus monsergas, porque ¡soy yo quien habla, yo mismo, y no tú! Solo que no sé si la vez pasada estaba dormido o en realidad te vi. Mejor será que moje una toalla con agua fría y me la aplique en la cabeza, a ver si así te esfumas.

Iván Fiódorovich se dirigió a un rincón, cogió una toalla, hizo lo que acababa de decir y, con la toalla mojada en la cabeza, se puso a caminar de un lado a otro del cuarto.

—Me alegra que hayamos empezado a tutearnos... —el visitante intentó reanudar su discurso.

—Idiota —se rió Iván—, ¿qué te crees, que voy a tratarte de usted o qué? Ya me encuentro mejor, ya solo me duelen las sienes... y la coronilla... Lo único, por favor, no te pongas a filosofar, como la vez pasada. Si no vas a desaparecer, cuenta al menos mentiras entretenidas. Chismorrea; ya que eres un parásito, chismorrea. ¡Por qué no podré librarme de esta pesadilla! Pero no te tengo miedo. Te venceré. ¡No me llevarán al manicomio!

—C'est charmant: ¡parásito! Sí, desde luego, tengo pinta de eso. ¿Qué soy yo en la Tierra sino un parásito? Dicho sea de paso, estoy un poco sorprendido de escucharte: te lo juro, parece que empiezas a tomarme gradualmente por algo que es real y no solo producto de tu fantasía, como sostenías tenazmente la última vez...

—Ni por un momento te he considerado una verdad real —gritó Iván, hasta con un punto de furor—. Tú eres una mentira, eres mi enfermedad, eres un espectro, solo que no sé cómo destruirte y veo que por un tiempo voy a tener que cargar contigo. Eres una alucinación mía. Eres la encarnación de mí mismo, pero solo de una parte; de mis pensamientos y sentimientos, pero solo de los más repugnantes y estúpidos. Desde ese punto de vista, podrías resultarme incluso interesante, si tuviera tiempo para ocuparme de ti...

—Discúlpame, pero te voy a poner en un aprieto: antes, junto a la farola, cuando te echaste encima de Aliosha y le gritaste: «¡Lo has sabido por él! ¿Cómo has sabido que él viene a verme?», te referías a mí. Eso significa que por un breve instante has creído que yo realmente existo, lo has creído... —dijo el gentleman riendo suavemente.

—Sí, eso ha sido un lapsus... pero ni aun así creía en ti. No sé si la vez pasada estaba dormido o no. Tal vez te viera solo en sueños y de ningún modo estando despierto.

—Y ¿por qué has sido hoy tan duro con él, con Aliosha, quiero decir? Es un buen chico; ante él me siento en deuda por el stárets Zosima.

—¡No hables de Aliosha! ¡Cómo te atreves, lacayo! —Iván se rió otra vez.

—Me insultas, pero a la vez te ríes: buena señal. De todos modos, hoy estás mucho más amable conmigo que la otra vez, y sé a qué se debe: esa gran decisión...

—¡No hables de mi decisión! —gritó Iván hecho una furia.

—Lo comprendo, lo comprendo, c'est noble, c'est charmant, mañana irás a defender a tu hermano y a ofrecerte en sacrificio... C'est chevaleresque.

—¡Cierra la boca o te pateo!

—Eso en parte me alegraría, porque entonces habría logrado mi objetivo: si llegases a las manos, significaría que me crees auténtico, porque a un fantasma no se le golpea. Bromas aparte: me da lo mismo, insúltame si te apetece, aunque siempre es preferible ser un poco más educado, incluso conmigo. Idiota, lacayo... ¿Qué formas son ésas?

—¡Insultándote a ti me insulto a mí mismo! —Iván se rió otra vez—. Tú eres yo, yo mismo, solo que con otra cara. Tú dices palabra por palabra lo que yo estoy pensando... ¡y no hay nada nuevo que puedas decirme!

—Si mis pensamientos coinciden con los tuyos, eso solo es para mí un honor —repuso el gentleman con delicadeza y dignidad.

—Tú siempre escoges mis peores pensamientos y, de entre ellos, los más estúpidos. Eres estúpido y banal. Eres tremendamente estúpido. ¡No puedo soportarte! ¡Qué puedo hacer, qué puedo hacer! —gruñó Iván.

—Amigo mío, de todos modos yo quiero ser un gentleman y que me tomen por tal —prosiguió el visitante, en el tono campechano y de antemano conciliador del gorrón que ambiciona dar un sablazo—. Soy pobre, pero... no diré que muy honrado,

aunque... por lo común, en la sociedad se acepta como un axioma que soy un ángel caído. Te juro que no logro imaginarme de qué modo pude haber sido yo un ángel alguna vez. Si lo fui, hace ya tanto tiempo que no tengo la culpa de haberlo olvidado. Hoy ya solo me interesa tener buena reputación y salir adelante como pueda, procurando ser agradable. Quiero de verdad a los hombres, ¡se han dicho tantas calumnias de mí! Aquí, cuando me instalo temporalmente entre vosotros, mi vida transcurre como si fuera real, por decirlo de algún modo, y eso es lo que más me gusta. Porque, igual que tú, yo también tiendo a fantasear, y por eso me encanta vuestro realismo terrenal. Aquí todo está acotado, aquí tenéis fórmulas, tenéis geometría, ¡mientras que entre nosotros todo son ecuaciones indeterminadas! Aquí me paseo y sueño, me encanta soñar. Por otra parte, en la Tierra me vuelvo supersticioso; no te rías, por favor: eso es en realidad lo que me gusta, que me vuelvo supersticioso. Aquí adopto todas vuestras costumbres: me he aficionado a frecuentar los baños públicos, ¿te lo puedes creer? Me chifla tomar un baño de vapor en compañía de tenderos y popes. Mi sueño es encarnarme, pero de manera definitiva, irreversible, en la gorda esposa de un tendero, una que pese siete pudy, y creer en todo lo que ella crea. Mi ideal es entrar en una iglesia y encender una vela de todo corazón: te lo juro. Eso terminaría con mis sufrimientos. También me he aficionado a los tratamientos médicos: en primavera hubo epidemia de viruela, así que fui al hospicio y me hice vacunar. Si supieras lo contento que estaba aquel día: ¡di diez rublos para nuestros hermanos eslavos...! No me estás escuchando. ¿Sabes?, esta noche no te veo muy centrado. —Se quedó callado un instante—. Sé que ayer fuiste a ver a ese médico... Bueno, ¿cómo te encontró? ¿Qué te dijo?

—¡Idiota! —bramó Iván.

—¡En cambio, tú sí que eres inteligente! ¿Otra vez me insultas? He preguntado por preguntar, no es que me interese mucho. No hace falta que me contestes. Y encima otra vez este reumatismo...

—Idiota —repitió Iván.

—Tú, erre que erre... Pues sí, el año pasado tuve un reúma del que todavía me resiento.

—¿El diablo, con reúma?

—¿Por qué no, si a veces me encarno? Una vez encarnado, asumo las consecuencias. Satanás sum et nihil humanum a me alienum puto.

—¿Cómo has dicho? Satanás sum et nihil humanum... ¡No está mal, para ser el diablo!

—Me alegra haberte dado gusto por fin.

—Pero eso no lo has sacado de mí —de pronto Iván se detuvo, como estupefacto—, eso no me había venido nunca a la cabeza; qué raro...

—C'est de nouveau, n'est-ce pas? Esta vez seré honrado y te lo explicaré. Atiende: en sueños y sobre todo en las pesadillas, digamos que a raíz de una indigestión o por cualquier otra causa, un hombre ve a veces escenas tan artísticas, una realidad tan compleja y verdadera, tales acontecimientos, o incluso un mundo entero de acontecimientos que forman una trama tan rica en detalles sorprendentes, desde las manifestaciones más elevadas hasta el último botón de la camisa, que te juro que ni el mismo Lev Tolstói podría idearlos; y, por cierto, quienes tienen de vez en cuando estos sueños no son escritores, sino personas de lo más corriente, funcionarios, periodistas, popes... Esta cuestión suscita hasta algún que otro problema: un ministro del gobierno ha llegado a confesarme que todas sus mejores ideas se le ocurren mientras duerme. Y eso es lo que sucede ahora. Aunque soy una alucinación tuya, digo, como en una pesadilla, cosas originales que hasta ahora nunca habías pensado, de modo que no repito ni mucho menos tus pensamientos, aun siendo únicamente tu pesadilla y nada más.

—Mentira. Tu objetivo consiste precisamente en convencerme de que existes por ti mismo y no como mi pesadilla, y ahora de repente vas y aseguras que eres un sueño.

—Amigo mío, hoy he elegido un método especial, luego te lo explicaré. A ver, ¿por dónde iba? Ah, sí: el caso es que me enfrié, pero no aquí, sino allí...

—¿Allí, dónde? Dime, ¿te vas a quedar mucho rato? ¿No podrías irte ya? —exclamó Iván al borde de la desesperación. Dejó de pasearse, se sentó en el diván, volvió a apoyar los codos sobre la mesa y se apretó la cabeza con ambas manos. Se arrancó de encima la toalla mojada y la arrojó con enojo: era evidente que no le había servido de nada.

—Estás muy alterado —observó el gentleman, con un aire desdeñosamente familiar a la par que perfectamente amistoso—, te enfadas conmigo hasta por decir que cogí frío, y eso que ocurrió de la manera más normal del mundo. Aquel día llegaba tarde a una velada diplomática en casa de una dama petersburguesa del más alto copete, que ambicionaba un ministerio. Ya sabes, frac, pajarita blanca, guantes... y estaba todavía Dios sabe dónde, y para llegar a la Tierra aún tenía que cruzar el espacio... Naturalmente, no se tarda nada, pero hasta a un rayo de sol le lleva ocho minutos, y, figúrate, yo con frac y chaleco abierto: los espíritus no se hielan, pero cuando uno se encarna... Resumiendo, fui un inconsciente y me lancé sin más, y en esos espacios, esto es, en el éter, en las aguas esas de por encima del firmamento, hace tal frío... que ni siquiera se puede llamar frío, qué va, imagínate: ¡ciento cincuenta grados bajo cero! Ya sabrás cómo las gastan las mozas de pueblo para divertirse: cuando se llega a treinta grados bajo cero, le piden a algún pardillo que pase la lengua por un hacha; la lengua se le queda pegada al instante, y el tarugo no tiene más remedio que despegarla de un tirón y dejarse un trozo de piel ensangrentada; y eso es a treinta bajo

cero, a ciento cincuenta me figuro que con solo rozar un poco el hacha te quedarías sin dedo, siempre y cuando... siempre y cuando pudiera haber allí un hacha.

—Y ¿podría haber allí un hacha? —le interrumpió de pronto Iván Fiódorovich, medio ausente y asqueado. Se resistía con todas sus fuerzas a creer en su delirio y caer definitivamente en la locura.

—¿Un hacha? —repitió el visitante, sorprendido.

—Sí, ¿qué le pasaría allí a un hacha? —gritó Iván Fiódorovich con una especie de obstinación furiosa.

—¿Qué le pasaría a un hacha en el espacio? Quelle idée! Si llegara lo suficientemente lejos, supongo que empezaría a dar vueltas alrededor de la Tierra, sin saber por qué, como un satélite. Los astrónomos calcularían las fases de salida y de ocaso del hacha, Gattsuk las incluiría en su Almanaque, y listos.

—¡Qué estúpido eres, qué terriblemente estúpido! —dijo con terquedad Iván—. Miente con más ingenio, o dejaré de escucharte. Quieres rendirme a base de realismo, convencerme de que existes, pero ¡yo no quiero creer que existes! ¡No lo conseguirás!

—Pero si no miento, si todo lo que digo es verdad; por desgracia, la verdad casi nunca es ingeniosa. Ya veo que esperas de mí algo grande, quizá incluso hermoso. Es una lástima, porque yo doy solo lo que puedo...

—¡Déjate de filosofar, asno!

—Bueno estoy yo para filosofar, ¡si tengo todo el costado derecho entumecido y gimo y bramo de dolor! No me he dejado un médico por consultar: saben diagnosticar a las mil maravillas, explicarte al dedillo todo lo que tienes mal, pero no saben curarte. Tuve ocasión de hablar con un estudiante de medicina muy entusiasta: «Puede que muera —me dijo—, pero ¡al menos tendrá usted un conocimiento exhaustivo de la enfermedad que le ha matado!». Y luego está esa obsesión por mandarte a los especialistas: «Nosotros le haremos un diagnóstico —te dicen—, después vaya a ver a tal especialista y a tal otro y ellos le tratarán». El médico de toda la vida que te curaba todos los males ha desaparecido por completo, te lo digo yo, ahora no hay más que especialistas que se anuncian constantemente en los periódicos. Si te duele la nariz, te mandan a París: allí hay un especialista europeo en narices. Llegas a París, te examina: «Solo puedo curarle la fosa nasal derecha —te dice—, no me ocupo de fosas nasales izquierdas, no es mi especialidad; vaya a Viena después de verme a mí, hay allí un especialista que se encargará de curarle la fosa izquierda». ¿Qué puede hacer uno? He recurrido a los remedios tradicionales: un médico alemán me recomendó que me frotase, después del baño, con miel mezclada con sal. Lo hice, solo por el placer de acudir una vez más a los baños: me unté bien untado, y nada. Desesperado, escribí al conde Mattei, de Milán; me mandó un libro y unas gotas, que Dios lo asista. Y figúrate: ¡el extracto de malta de Hoff es lo que al final me ha aliviado! Lo compré al azar, me tomé vaso y medio y me sentí como hasta para ir a bailar: me desaparecieron todos los

dolores. Estaba absolutamente decidido a agradecersele públicamente en los periódicos, rebosaba gratitud, pero, figúrate, entonces me encontré con otro problema: ¡ni un solo editor se avino a publicarlo! «Sería demasiado retrógrado, nadie se lo creería, le diable n'existe point.» Me aconsejaron que escribiera una carta anónima. Pero ¿qué sentido tiene un «gracias» si no se sabe de quién procede? Bromeé con los empleados: «Lo que es anticuado, hoy en día, es creer en Dios; pero yo soy el diablo, creer en mí sí que se puede». «Tiene usted toda la razón —dijeron—, ¿quién no cree en el diablo? Pero aun así no podemos permitirnoslo, perjudicaría a nuestra línea editorial. Tal vez en plan de broma...» Bueno, pensé, en plan de broma no tendría mucha gracia. Así que no lo han publicado. ¿Y querrás creer que me ha dejado una congoja en el alma? Los mejores sentimientos, como el de gratitud, me están expresamente vedados únicamente a causa de mi posición social.

—¡Otra vez hasta el cuello de filosofía! —rugió Iván con odio.

—Dios me libre, pero a veces me es imposible no quejarme. Soy un hombre calumniado. Tú mismo, cada dos por tres, me sueltas que soy estúpido. En eso se ve lo joven que eres. ¡Amigo mío, no todo es cuestión de inteligencia! Por naturaleza, tengo un corazón bueno y alegre, «porque yo, los vodeviles»... Parece que sin duda me tomas por una suerte de canoso Jlestakov y, sin embargo, mi destino es mucho más serio. Por no sé qué designio inmemorial, que nunca he podido llegar a descifrar, debo dedicarme a «negar» a pesar de carecer de toda aptitud para ello y de ser sinceramente bueno. «No importa —me dicen—, tú niega, sin negación no habría crítica, ¿y en qué revista no hay una "sección de crítica"? Y, sin crítica, no habría más que hosannas. Pero no se puede vivir solo de hosannas, hay que hacer pasar estos hosannas por el crisol de la duda», y así sucesivamente. En cualquier caso, yo en todo eso no me meto, no lo he creado yo ni puedo dar respuesta de ello. El asunto es que eligieron un chivo expiatorio, me mandaron escribir en la sección de crítica y aquí me tienes. Tú y yo comprendemos esta comedia: yo, por ejemplo, exijo simple y llanamente ser destruido. No, me dicen, vive, porque sin ti no habría nada de nada. Si en la Tierra todo fuera razonable, no ocurriría nada. Sin ti, no habría acontecimientos, y es preciso que los haya. Así que presto mi servicio de mala gana para que haya acontecimientos y hago surgir lo irracional por decreto. La gente se toma en serio toda esta comedia, a despecho de su indiscutible inteligencia. En ello radica su tragedia. Bueno, sufren, claro está, pero... a cambio viven, viven realmente, no de un modo imaginario; porque el sufrimiento es la sal de la vida. ¿Qué satisfacción habría en vivir si no se sufriera? Todo se convertiría en un interminable oficio religioso: divino, pero un poco aburrido. Pero ¿y yo? Yo sufro y, sin embargo, no vivo. Soy la equis de una ecuación indeterminada. Soy una especie de espectro de la vida que ha perdido todo principio y fin, y hasta se me ha olvidado cómo me llamo. Te estás riendo... No, no te estás riendo, ya has vuelto a enfadarte. Te pasas la vida enfadado, solo te interesan los

razonamientos, pero vuelvo a repetirte que de buena gana daría toda mi vida sideral, todos mis títulos y dignidades, a cambio de poder encarnarme en el alma de la esposa de un tendero de siete pudy y ponerle velas a Dios.

—Así que entonces no crees en Dios... —lván se sonrió con sarcasmo.

—Verás, ¿cómo podría explicártelo?... Si es que hablas en serio...

—¿Existe Dios o no? —volvió a gritar lván con furiosa insistencia.

—Ah, ¿así que va en serio? Te juro, querido, que no lo sé, y ¡te acabo de dar una gran respuesta!

—¿Ves a Dios y no lo sabes? No, tú no existes por ti mismo, tú eres yo, ¡y nada más que yo! ¡Eres basura, eres mi fantasía!

—Digamos, si te parece, que tú y yo compartimos una misma filosofía, eso es cierto. Je pense, donc je suis: de eso puedo estar seguro; pero todo lo otro que me rodea, todos esos mundos, Dios, hasta el propio Satanás, todo eso está para mí por demostrar, no es seguro si existe en sí o si es tan solo una emanación mía, un desarrollo consistente de mi yo, cuya existencia es eterna y única... En resumen, me apresuro a terminar, porque tienes cara de estar a punto de levantarte de un brinco y empezar a pegarme.

—¡Mejor cuéntame alguna anécdota pintoresca! —dijo lván, doliente.

—Precisamente, conozco una sobre este tema nuestro; es decir, no una anécdota, sino más bien una leyenda. Me reprochas mi descreimiento: «Ves y no crees». Pero, amigo mío, no soy yo el único de los nuestros al que le pasa, allí todos andan revolucionados, y todo se debe a vuestra ciencia. Mientras no se trataba más que de los átomos, de los cinco sentidos, de los cuatro elementos, bueno, todo seguía estando más o menos como siempre; ya se hablaba de átomos en el mundo antiguo. Pero cuando supimos que habíais descubierto la «molécula química», el «protoplasma» y el demonio sabe qué otras cosas, nos quedamos con el rabo entre las piernas. Se desató un auténtico caos: sobre todo, supersticiones, cotilleos (entre nosotros hay tantas habladurías como entre vosotros, o incluso más) y, finalmente, delaciones (también nosotros tenemos cierto departamento en el que se recibe esa clase de «informes»). Pues bien, esta insólita leyenda se remonta a nuestra Edad Media (no la vuestra, la nuestra) y nadie se la cree excepto las tenderas de siete pudy: vuelvo a referirme a las nuestras, no a las vuestras. Todo lo que tenéis, lo tenemos nosotros también; es un secreto que te revelo solo por amistad, aunque nos está prohibido hacerlo. Esta leyenda trata del paraíso. Se cuenta que aquí, en la Tierra, hubo una vez cierto pensador y filósofo que «lo negaba todo, leyes, conciencia, fe» y, en especial, la vida eterna. Murió creyendo que iba a desaparecer en las tinieblas y la nada, pero no: hete aquí que se encontró ante la vida eterna. Estaba asombrado e indignado: «Esto —dijo— va en contra de mis convicciones». Y por estas palabras lo condenaron... (en fin, perdona, yo solo te cuento lo que he oído decir, no es más que una leyenda) lo

condenaron a que recorriera en las tinieblas un cuatrillón de kilómetros (también usamos los kilómetros ahora); y, una vez que acabase el recorrido, le abrirían las puertas del paraíso y le perdonarían todas sus faltas.

—Y ¿qué otros tormentos tenéis en ese mundo, aparte de lo del cuatrillón? —le interrumpió Iván con cierta viveza inesperada.

—¿Qué otros tormentos? ¡Ah, ni me lo preguntes! Antes los había de todas clases, pero ahora solo se llevan los de tipo moral, «remordimientos de conciencia» y todas esas zarandajas. Eso también nos ha venido de vosotros, de la «suavización de vuestras costumbres». Y ¿quién crees que ha salido ganando? Pues los sinvergüenzas, porque ¿qué es un remordimiento de conciencia para alguien que no tiene conciencia siquiera? Los que han pagado el pato, en cambio, han sido las personas decentes, las que no han perdido del todo la conciencia y el honor... Se emprenden reformas sin preparar el terreno, copiadas además de instituciones extranjeras, y ahí tienes el resultado: ¡un completo desastre! Mucho mejor una buena caldera de las de antes. Sigo: el hombre condenado al cuatrillón de kilómetros se quedó parado un instante, miró a su alrededor y luego se echó de través en el camino: «No quiero andar, ¡me niego por principio!». Toma el alma de un ateo ruso instruido, mézclala con la del profeta Jonás, que se pasó tres días y tres noches refunfuñando en el vientre de una ballena, y te saldrá el carácter de aquel pensador que se echó en el camino.

—Pero ¿sobre qué pudo echarse?

—Bueno, algo habría allí. ¿O te estás burlando?

—¡Bravo! —gritó Iván, con la misma extraña viveza. Ahora escuchaba con inusitada curiosidad—. Y entonces, ¿aún sigue allí echado?

—El caso es que no: estuvo echado cerca de mil años, y luego se levantó y se puso a andar.

—¡Vaya zopenco! —exclamó Iván con un estallido de risa nerviosa, como esforzándose por recordar algo—. ¿No da lo mismo estar eternamente echado que andar un cuatrillón de kilómetros? ¡Debe de suponer como un billón de años de camino!

—Mucho más aún. Si tuviéramos lápiz y papel, podríamos calcularlo. Pero hace mucho tiempo que llegó, y es ahí donde empieza la anécdota.

—¡Cómo que llegó! Pero ¿de dónde sacó un billón de años?

—¡Tú estás aplicando criterios de la Tierra actual! Pero la Tierra actual quizá se haya repetido un billón de veces; expiró, por decirlo así, quedó cubierta de hielo, se resquebrajó, se hizo pedazos, se descompuso en sus elementos primigenios, las aguas volvieron a cubrir el firmamento, luego apareció otra vez un cometa, otra vez el sol, del sol otra vez la Tierra... Todo este proceso puede que se haya repetido ya un número infinito de veces, y siempre de la misma manera, hasta el último detalle. Un aburrimiento totalmente indescriptible...

—Continúa, ¿qué sucedió después de que llegara?

—Fue abrirle las puertas del paraíso y entrar él, y antes de que hubiera pasado allí ni dos segundos (y esto reloj en mano, reloj en mano... aunque el reloj, creo yo, tendría que habersele descompuesto en el bolsillo mucho antes, durante el recorrido), antes de que hubiera pasado allí dos segundos, ¡exclamó que por aquellos dos segundos valía la pena caminar no ya un cuatrillón de kilómetros, sino un cuatrillón de cuatrillones y hasta elevado a la cuadrillonésima potencia! En definitiva, cantó hosanna y exageró la nota hasta tal punto que algunos de los de allí, los de ideas más nobles, al principio le negaron incluso el saludo: se había pasado al bando conservador con excesiva precipitación. El temperamento ruso. Repito: se trata de una leyenda. Apréciala en lo que vale. Ésta es la clase de ideas que circula entre nosotros sobre todas estas cuestiones.

—¡Te he pillado! —gritó Iván con regocijo casi infantil, como si por fin se hubiera acordado de algo—. ¡Esta anécdota sobre el cuatrillón la inventé yo mismo! Fue a los diecisiete años, cuando iba al gimnasio... Ideé esta historia por entonces y se la conté a un amigo mío que se apellidaba Korovkin, fue en Moscú... Es una anécdota tan característica que no pude haberla sacado de ninguna parte. La tenía casi olvidada... pero la he recordado ahora inconscientemente, ¡la he recordado yo, no has sido tú quien la ha contado! Del mismo modo que uno recuerda, a veces, miles de cosas inconscientemente, incluso cuando lo conducen al cadalso... Lo he recordado en sueños. ¡Tú eres mi sueño! ¡Eres un sueño, no existes!

—Por el entusiasmo con que me niegas —se rió el gentleman—, estoy convencido de que, a pesar de todo, crees en mí.

—¡Ni lo más mínimo! ¡No creo en ti ni en una centésima parte!

—Pero sí en una milésima parte. Las dosis homeopáticas son, quizá, las más fuertes. Admite que crees, digamos, en una diezmilésima parte...

—¡Ni por un instante! —gritó Iván fuera de sí—. ¡Bien quisiera yo, por cierto, creer en ti! —añadió de pronto, extrañamente.

—¡Ajá! ¡Toda una confesión, sin duda! Pero, como soy bueno, también en este caso voy a ayudarte. Escucha: ¡he sido yo quien te ha engatusado a ti, no al revés! Te he contado adrede tu propia anécdota, que habías olvidado, para que definitivamente pierdas la fe en mí.

—¡Mentira! El objetivo de tu aparición es convencerme de que existes.

—Precisamente. Pero las vacilaciones, la inquietud, la lucha entre la fe y la incredulidad, todo eso a veces constituye una tortura tan grande para un hombre de conciencia, como eres tú, que preferiría ahorcarse. Precisamente porque sabía que creías en mí una pizca, sembré en ti una desconfianza definitiva contándote esa anécdota. Te llevo alternativamente de la fe a la incredulidad, y tengo mis motivos para obrar así. Es un método nuevo, señor mío. Cuando hayas acabado de

convencerte de que no existo, enseguida empezarás a asegurar ante mis propios ojos que no soy un sueño sino una realidad: ya te voy conociendo; y entonces habré cumplido mi objetivo. Un loable objetivo, por cierto. Echaré yo en ti solo una minúscula semilla de fe y de ella nacerá un roble; y un roble tal que tú, subido a él, desearás unirse a «los padres del desierto y las castas mujeres», puesto que, secretamente, esto es lo que anhelas con la mayor vehemencia; te alimentarás con langostas de los campos, irás a buscar tu salvación en el desierto.

—Así pues, miserable, ¿procuras la salvación de mi alma?

—Es necesario hacer una buena obra de vez en cuando. Pero ya veo que estás furioso conmigo, ¡furioso de verdad!

—¡Bufón! ¿Y acaso has tentado alguna vez a esos que viven de langostas de los campos y se pasan diecisiete años rezando en el árido desierto y criando mohos?

—Querido, no he hecho otra cosa. Uno se olvida del mundo y de todos los mundos cuando se aferra a una de esas almas, porque un diamante así es demasiado valioso; a veces una sola de ellas vale por toda una constelación (tenemos nuestra propia aritmética). ¡Es una victoria impagable! Algunas de ellas no son inferiores a ti en cuanto a desarrollo intelectual, te lo juro, aunque no lo creas: en un mismo y único instante pueden asomarse a tales abismos de fe e incredulidad que a veces da la impresión de que bastaría un empujoncito para que dieran «el salto mortal», como dice el actor Gorbunov.

—Y ¿qué? ¿Te has quedado con un palmo de narices?

—Amigo mío —repuso el visitante sentenciosamente—, a veces es mejor quedarse con un palmo de narices que quedarse sin nariz, como le oí decir no hace mucho a un afligido marqués (es de suponer que le había tratado un especialista) al confesarse con su padre espiritual, un jesuita. Yo estaba presente: fue delicioso. «¡Devuélvame la nariz!», decía, dándose golpes de pecho. «Hijo mío —se zafaba el páter—, merced a los inescrutables designios de la Providencia todo tiene su recompensa, y una desgracia visible a veces viene acompañada de un beneficio extraordinario, aunque invisible. Si un cruel destino te ha privado de nariz, tu beneficio es que ya en toda tu vida nadie se atreverá a decirte que te has quedado con un palmo de narices.» «¡Padre santo, eso no es un consuelo! —exclamó el hombre, desesperado—. ¡Al contrario, yo estaría encantado de quedarme para toda la vida con un palmo de narices con tal de tenerlas en su sitio!» «Hijo mío —suspiró el páter—, no es posible pedir todos los bienes a la vez. Eso sería rebelarse contra la Providencia, que ni siquiera en este caso te ha abandonado; porque, si proclamas, como acabas de hacerlo, que con alegría estarías dispuesto a quedarte el resto de tu vida con un palmo de narices, tu deseo ya ha sido satisfecho indirectamente, pues, habiendo perdido la nariz, es como si, por ello mismo, te hubieras quedado ya con un palmo de narices...»

—¡Bah, qué estupidez! —gritó Iván.

—Solo intentaba hacerte reír, pero te juro que es un sofisma jesuítico verídico y que todo sucedió literalmente como te lo he contado. Es algo aún reciente, y me dio no pocos quebraderos de cabeza. Aquella misma noche, el desgraciado joven, de vuelta en su casa, se pegó un tiro; no me separé de su lado hasta el último instante... En cuanto a esas pequeñas garitas en que los jesuitas confiesan, constituyen en verdad mi distracción preferida en los momentos de abatimiento. Te voy a contar otro caso, ocurrido hace pocos días. Una chica va a confesarse con un viejo cura, una rubia de Normandía, de unos veinte años: guapa, exuberante, con un cuerpo que se te hace la boca agua. Se arrodilla y le susurra al padre, por la rejilla, su pecado. «Qué dices, hija mía, ¿es posible que ya hayas caído otra vez...? —exclama el cura—. O Sancta Maria, ¿qué estoy oyendo? ¿Esta vez con otro? ¿Hasta cuándo va a durar esto? ¡Qué vergüenza!» «Ah, mon père —responde la pecadora, con el rostro bañado en lágrimas de arrepentimiento—, ça lui fait tant de plaisir, et à moi si peu de peine!» ¡Imagínate qué respuesta! Ante algo así, hasta yo me batí en retirada: era la llamada de la mismísima naturaleza, que, si quieres, es mejor todavía que la inocencia. Perdoné su pecado al instante y ya estaba por marcharme, pero me vi obligado a volver sobre mis pasos: oí cómo el cura, a través de la rejilla, arreglaba una cita con ella para esa noche. ¡El viejo parecía sólido como una roca, y cayó en un abrir y cerrar de ojos! ¡Era la naturaleza, la verdad de la naturaleza, reclamando lo que es suyo! ¿Qué? ¿Otra vez pones mala cara, otra vez te enojas? Ya no sé qué contarte para tenerte contento...

—Déjame, no paras de martillar en mi cerebro como una pesadilla obsesiva —gimió Iván dolorosamente, vencido por su alucinación—. ¡Me aburres, es insoportable, agónico! ¡No sé lo que daría por librarme de ti!

—Te lo repito: modera tus exigencias, no exijas de mí «todo lo grande y hermoso», y ya verás cómo nos llevamos bien —dijo el gentleman en tono solemne—. En realidad, lo que te molesta es que no me haya aparecido ante ti entre fulgores rojos, «entre rayos y truenos», con las alas chamuscadas, y que me haya presentado en cambio con un aspecto tan modesto. Eso hiere, en primer lugar, tu conciencia estética y, en segundo lugar, tu orgullo: ¿cómo es posible que a un gran hombre como tú lo visite un diablo tan vulgar? Sí, hay en ti esa vena romántica de la que tanto se ha burlado Belinski. Qué le vamos a hacer, muchacho. Esta tarde, mientras me preparaba para visitarte, se me ocurrió gastarte una broma y presentarme bajo la forma de un consejero de Estado retirado que hubiera servido en el Cáucaso, con la estrella del León y del Sol prendida en el frac, pero no me he atrevido, francamente, porque me habrías dado una paliza por el mero hecho de osar ponerme el León y el Sol y no, por lo menos, la Estrella Polar o Sirio. Y tú, repitiendo que soy un estúpido. Pero, Dios mío, yo no pretendo siquiera compararme contigo en inteligencia. Mefistófeles, al presentarse a Fausto, dice de sí mismo que desea el mal, pero que no hace más que el bien. Bueno, allá él; a mí me ocurre todo lo contrario. Yo soy, quizá, el único hombre

en todo el universo que ama la verdad y desea sinceramente el bien. Yo estaba presente cuando el Verbo, muerto en la cruz, ascendió a los cielos llevando en su seno el alma del ladrón crucificado a su derecha, oí los jubilosos gritos de los querubines que cantaban y vociferaban «hosanna» y el estrepitoso clamor de éxtasis de los serafines, que retumbó en el cielo y en todo el universo. Y yo, lo juro por lo más sagrado, quería sumarme al coro y gritar «hosanna» como todos. Tenía el grito en la punta de la lengua, estaba a punto de salirseme del pecho (sí, soy muy impresionable y muy sensible a todo lo artístico), pero el sentido común (ay, la cualidad más desdichada de mi naturaleza) me contuvo en los límites debidos también en este caso, y ¡dejé pasar la ocasión! Porque (pensé yo en aquel mismo instante), ¿qué hubiera sucedido después de mi «hosanna»? Todo se habría extinguido de inmediato y no habría habido más acontecimientos en el mundo. Y así, únicamente por los deberes de mi cargo y por mi posición social, me vi obligado a sofocar el buen impulso y a proseguir con mis bajezas. Hay alguien que se lleva todos los honores y que a mí solo me deja el juego sucio... Pero no envidio el honor de vivir del cuento, no soy ambicioso. ¿Por qué, de cuantos seres existen en el mundo, soy yo el único condenado a las maldiciones de todas las personas decentes y hasta a sus puntapiés, pues, cuando me encarno, incluso eso he de soportar a veces? Aquí hay gato encerrado, lo sé, mas por nada del mundo me quieren desvelar de qué se trata porque entonces, si lo supiera, tal vez gritara «hosanna», y la indispensable negación desaparecería de inmediato y en todas partes se impondría la cordura, y así, naturalmente, a todo le llegaría su fin, incluso a los periódicos y revistas, porque ¿quién iba a suscribirse? Sé que, al final, me reconciliaré, que también yo completaré mi cuatrillón y me dejarán enterarme del secreto. Pero, mientras eso llega, refunfuño y, a regañadientes, cumplo mi cometido: destruir a miles para que uno pueda salvarse. Sin ir más lejos, ¡cuántas almas no fue preciso destruir y cuántas honradas reputaciones cubrir de oprobio para obtener un solo justo como Job, a quien usaron de carnaza en los viejos tiempos para jugarme una mala pasada! Sí, hasta que el secreto sea revelado, para mí existen dos verdades: la de allí, la suya, que por ahora me es totalmente desconocida, y la mía. Y quién sabe cuál es mejor... ¿Te has dormido?

—¡Lo intento! —gimió Iván con rabia—. Todo lo que hay en mi naturaleza de estúpido, de caduco, de rumiado mil veces y desechado como carroña, ¡me lo ofreces ahora como si fuera una novedad!

—¡Otra vez disgustado! Y yo que esperaba incluso encandilarte con una narración tan literaria: ese «hosanna» en el cielo no me ha salido del todo mal, ¿verdad? Y luego ese tono sarcástico, a lo Heine, ¿eh? ¿No te parece?

—¡No, yo nunca he sido un lacayo así! ¿Cómo ha podido entonces mi alma engendrar un lacayo como tú?

—Amigo mío, conozco a un joven caballero ruso de lo más encantador y simpático: un pensador, un gran aficionado a la literatura y a otras cosas exquisitas, autor de un prometedor poema titulado El gran inquisidor... No en otro sino en él me he inspirado.

—Te prohíbo hablar de El gran inquisidor —chilló Iván, rojo de vergüenza.

—Bueno, ¿y el Cataclismo geológico? ¿Te acuerdas? ¡Qué poema!

—¡Cállate o te mato!

—¿Matarme? No, lo siento, vas a dejar que acabe. He venido para darme ese capricho. Yo adoro los sueños de mis amigos: ¡fervientes, juveniles, palpitantes de sed de vivir! «Ha surgido gente nueva —pensaste la pasada primavera, cuando te disponías a venir aquí— que propone destruirlo todo y recomenzar por la antropofagia. ¡Idiotas, si me hubieran preguntado antes! En mi opinión, no hay necesidad de destruir nada, solo hace falta quitarle de la cabeza a la humanidad la idea de Dios, ¡es por ahí por donde hay que poner manos a la obra! Hay que empezar por ahí, por ahí, ¡oh, ciegos, que nada comprenden! En cuanto la humanidad haya renunciado a Dios (y creo que, al igual que las eras geológicas, esta era llegará), el viejo modo de entender el mundo y, sobre todo, la antigua moral se derrumbarán por sí solos, sin antropofagia que valga, y todo se renovará. Los seres humanos se unirán para exprimir de la vida cuanto ésta pueda dar, pero, por supuesto, solo para lograr la felicidad y la alegría en este mundo. El hombre se henchirá con el espíritu de un divino, titánico orgullo, y surgirá el hombre-dios. El hombre, con su voluntad y su ciencia ya sin constreñir, venciendo a cada hora a la naturaleza, experimentará a partir de entonces y a cada hora un placer tan sublime que éste reemplazará a todas sus antiguas esperanzas en las recompensas celestiales. Cada uno se sabrá mortal en cuerpo y alma, sin resurrección posible, y aceptará la muerte orgullosa y tranquilamente, como un dios. Con orgullo comprenderá que no debe quejarse de la fugacidad de la existencia, y amará a su prójimo sin esperar nada a cambio. El amor durará solo lo que dura la vida, pero la simple conciencia de su brevedad hará más poderoso su fuego, en tanto en cuanto anteriormente se dispersaba en las esperanzas de un amor eterno más allá de la muerte...» Bueno, y así seguía, en esta línea. ¡Precioso! —Iván estaba sentado, tapándose los oídos con las manos y mirando al suelo; todo el cuerpo empezó a temblarle. La voz continuó—: «La cuestión —caviló mi joven pensador— es si es posible que semejante era llegue o no alguna vez. Si llega, entonces todo quedará resuelto y la humanidad prosperará al fin. Pero, como quiera que, dada la contumacia de la estupidez humana, esto puede no producirse ni en mil años, todo aquel que ahora ya tenga conciencia de la verdad está en su derecho de vivir como le plazca con arreglo a los nuevos principios. En este sentido, para él "todo está permitido". Es más: puesto que, en cualquier caso, Dios y la inmortalidad no existen, incluso aunque nunca llegara esa era, nada impide al nuevo hombre

convertirse en hombre-dios, aunque sea el único en hacerlo en todo el mundo, y por supuesto, desde este nuevo rango, saltar alegremente por encima de cualquier antiguo obstáculo moral del antiguo hombre-esclavo, si le es preciso. ¡Para Dios, la ley no existe! ¡Allá donde está Dios, ese lugar es divino! Donde esté yo, ése será al instante el lugar principal... "Todo está permitido", ¡y sanseacabó!». Todo esto está muy bien, solo que, si quieres hacer lo que te dé la gana, ¿para qué, me pregunto, necesitas aprobación ni permiso? Pero así es el hombrecillo ruso moderno: si no le dan permiso, no se atreve a saltarse las reglas, hasta tal punto ama que lo aprueben...

El visitante, obviamente enardecido por su propia elocuencia, hablaba cada vez más y más alto, sin dejar de mirar de soslayo a su anfitrión; pero no logró terminar: Iván agarró de pronto un vaso de la mesa y lo arrojó contra el orador.

—Ah, mais c'est bête enfin! —exclamó éste, levantándose de un salto del diván y sacudiéndose de encima las salpicaduras de té—. ¡Se ha acordado del tintero de Lutero! ¡Me considera un sueño, y a un sueño le tira vasos! ¡Igual que una mujer! Ya sabía yo que solo fingías que te tapabas los oídos y que en realidad estabas escuchando...

De pronto, resonaron unos golpes firmes e insistentes en el marco de la ventana. Iván Fiódorovich saltó del diván.

—¡Mejor será que abras! —gritó el visitante—. ¡Es tu hermano Aliosha y te trae la más inesperada y sorprendente de las noticias, te lo aseguro!

—¡Cállate, impostor, he sabido antes que tú que era Aliosha, lo presentía, y no viene porque sí, claro que me trae «noticias»! —exclamó Iván, frenético.

—Pero abre ya, ábrele. Fuera hay una tormenta de nieve, y es tu hermano. Monsieur, sait-il le temps qu'il fait? C'est à ne pas mettre un chien dehors...

Seguían llamando. Iván quería correr a la ventana; pero era como si de pronto algo le hubiera atado de pies y manos. Se esforzaba todo lo que podía para romper sus ataduras, pero en vano. Los golpes en la ventana se hicieron más fuertes y sonoros. Por fin las ligaduras se rompieron e Iván Fiódorovich se incorporó bruscamente en el diván. Miró aturdido a su alrededor. Las dos velas casi se habían consumido, el vaso que acababa de arrojarle al visitante estaba sobre la mesa y en el otro diván no había nadie. Los golpes contra la ventana, aunque seguían sonando con insistencia, no eran ni mucho menos tan fuertes como acababa de imaginarlos en sueños; al contrario, eran muy mesurados.

—¡No ha sido un sueño! ¡No, juro que no ha sido un sueño, todo ha sucedido de veras! —exclamó Iván Fiódorovich, y corrió a abrir la ventana—. Aliosha, ¡te dije que no vinieras! —le gritó furioso a su hermano—. Dime en dos palabras: ¿qué quieres? En dos palabras, ¿me oyes?

—Hace una hora que se ha ahorcado Smerdiakov —le respondió Aliosha desde el patio.

—Pasa al porche, ahora mismo te abro —dijo Iván, y fue a abrirle la puerta a Aliosha.

X. ¡Lo ha dicho él!

Una vez dentro, Aliosha le contó a Iván Fiódorovich que, poco más de una hora antes, Maria Kondrátievna se había acercado corriendo hasta su casa para anunciar que Smerdiakov se había quitado la vida: «Entré en su habitación para retirar el samovar y me lo encontré colgado de un clavo de la pared». Al preguntarle Aliosha si lo había puesto en conocimiento de la autoridad competente, respondió que no se lo había dicho a nadie: «He venido a la carrera a decírselo a usted primero». Estaba como loca, siguió contando Aliosha, y temblaba de pies a cabeza como una hoja. Cuando Aliosha regresó con ella a toda prisa a la isba, encontró a Smerdiakov ahorcado. Había una nota sobre la mesa: «Acabo con mi vida por mi propia voluntad y deseo, no acusen a nadie». Aliosha dejó la nota sobre la mesa y se fue derecho a ver al isprávník, a quien puso al corriente de todo, «y de allí, directamente para acá», concluyó, mirando a Iván con fijeza. No había apartado los ojos de él mientras hablaba, como si algo en la expresión de su rostro lo impresionara.

—Hermano —exclamó de pronto—, ¡debes de estar muy enfermo! Me miras como si no comprendieses lo que te estoy contando.

—Has hecho bien en venir —dijo Iván pensativo, haciendo oídos sordos a las palabras de Aliosha—. Yo ya sabía que se había ahorcado.

—¿Quién te lo ha dicho?

—No sé. Pero lo sabía. ¿Lo sabía? Sí, él me lo ha dicho. Acaba de decírmelo...

Iván, de pie en medio del cuarto, seguía hablando con el mismo aire de preocupación, con la cabeza gacha.

—¿Quién es él? —preguntó Aliosha, mirando instintivamente a su alrededor.

—Se ha esfumado.

Iván alzó la vista y sonrió amablemente.

—Ha tenido miedo de ti, de ti, de una paloma. Tú eres un «querubín puro». Dmitri te llama querubín. Un querubín... ¡El estrepitoso clamor de éxtasis de los serafines! ¿Qué es un serafín? Quizá toda una constelación. Y quizá la constelación es solo una molécula química... Hay una constelación del León y del Sol, ¿lo sabías?

—¡Hermano, siéntate! —dijo Aliosha, alarmado—. Siéntate en el diván, por el amor de Dios. Estás delirando, reclínate sobre la almohada, así. ¿Quieres que te ponga una toalla húmeda en la cabeza? ¿No te sentaría bien?

—Dame esa toalla, la de la silla, acabo de tirarla ahí.

—Ahí no está. Espera, ya la estoy viendo; aquí la tienes —dijo Aliosha, trayéndole del otro rincón del cuarto, junto al vestidor, la toalla limpia, todavía doblada y sin usar. Iván miró la toalla con extrañeza; parecía estar recobrando la memoria de golpe.

—Espera —se incorporó un poco—, hará cosa de una hora cogí esa misma toalla y la mojé. Me la puse en la cabeza y más tarde la arrojé ahí... ¿Cómo puede estar seca? No tengo otra.

—¿Te pusiste la toalla en la cabeza? —preguntó Aliosha.

—Sí, y me paseé por la habitación, hace una hora... ¿Por qué se han gastado tanto las velas? ¿Qué hora es?

—Cerca de las doce.

—¡No, no, no! —se puso a gritar Iván—. ¡No ha sido un sueño! Ha estado aquí, sentado ahí, en ese diván. Cuando llamaste a la ventana, le tiré un vaso... Mira, éste... Antes estaba dormido, pero este sueño no es un sueño. Ya me ha ocurrido antes. Últimamente, Aliosha, tengo unos sueños... Pero no son sueños, sino realidad: camino, hablo y veo... aunque estoy dormido. Pero él ha estado aquí sentado, ha venido, estaba en ese diván... Es estúpido, Aliosha, tremendamente estúpido —de pronto Iván se echó a reír y empezó a pasearse por la habitación.

—¿Quién es estúpido? ¿De quién hablas, hermano? —volvió a preguntar Aliosha, compungido.

—¡El diablo! Se dedica a visitarme. Ha estado aquí dos veces, bueno, casi tres. Me provoca diciéndome que me enoja porque es un simple diablo y no Satán con las alas chamuscadas, rodeado de rayos y truenos. Pero no es Satán, miente. Es un impostor. Es solamente un diablo, un pobre diablo de poca monta. Frecuenta los baños públicos. Si lo desnudas, le encontrarás sin duda el rabo, largo y liso como el de un gran danés, de un arshín de largo, parduzco... Aliosha, estás tiritando, has estado mucho rato bajo la nieve, ¿quieres un té? ¿Qué? ¿Está frío? ¿Quieres que lo mande calentar? C'est à ne pas mettre un chien dehors...

Aliosha corrió al lavabo, mojó la toalla, volvió a hacer sentarse a Iván y le envolvió la cabeza con la toalla húmeda. Se sentó a su lado.

—¿Qué me decías hoy de Liza? —prosiguió Iván, cada vez más locuaz—. Liza me gusta. Antes te dije algo desagradable de ella. Era mentira, me gusta... Tengo miedo de lo que pase mañana por Katia, es lo que más temo. Por el futuro. Mañana me abandonará y me pisoteará. ¡Cree que voy a destruir a Mitia por celos, a causa de ella! ¡Sí, eso es lo que piensa! Pero ¡no será así! Mañana será la cruz, pero no el patíbulo. No, yo no me ahorcaré. ¡Sabes, Aliosha, que nunca sería capaz de quitarme la vida! ¿Será por bajeza, quizá? No soy un cobarde. ¡Por sed de vivir! ¿Cómo sabía yo que Smerdiakov se había ahorcado? Porque él me lo dijo...

—¿Estás firmemente convencido de que aquí había alguien sentado? —preguntó Aliosha.

—En ese diván del rincón. Tú lo habrías echado. Y de hecho lo has echado: ha desaparecido en cuanto llegaste tú. Adoro tu cara, Aliosha. ¿Sabías que adoro tu cara? Y él... soy yo, Aliosha, yo mismo. ¡Todo lo que hay de bajo, de vil y despreciable en mí! Sí, soy un «romántico», él lo ha sabido... aunque es una calumnia. Es terriblemente estúpido, pero se vale de ello. Es astuto, astuto como un animal, sabía cómo enfurecerme. No ha parado de provocarme diciéndome que creo en él y obligándome así a escucharle. Me ha tomado el pelo como a un crío. De todos modos, ha dicho de mí muchas cosas que son ciertas y que nunca me habría atrevido a confesar. ¿Sabes, Aliosha, sabes? —añadió Iván, muy serio y en tono confidencial—, ¡ojalá él de verdad fuera él y no yo!

—Te ha atormentado —dijo Aliosha, mirando con compasión a su hermano.

—¡Me ha hecho rabiar! Y, ¿sabes?, con mucha habilidad, mucha: «¡La conciencia! ¿Qué es la conciencia? Es un invento mío. ¿Por qué me atormento, entonces? Por la fuerza de la costumbre. Por una costumbre universal que tiene el hombre desde hace siete mil años. ¡Desprendámonos de esta costumbre y seremos dioses!». ¡Lo ha dicho él, lo ha dicho él!

—Y ¡no has sido tú, no has sido tú! —sollozó Aliosha sin poderse contener, dirigiendo una luminosa mirada a su hermano—. ¡Así que no le hagas caso, mándalo a paseo y olvídate de él! ¡Que se lleve consigo todo aquello que ahora tú maldices y que no vuelva jamás!

—¡Sí, pero es malvado! Se rió de mí. Fue un insolente, Aliosha —dijo Iván, indignado por la ofensa sufrida—. Me calumnió, me calumnió gravemente. Me dijo a la cara mentiras sobre mí. «Te dispones a representar una comedia virtuosa, declararás que mataste a tu padre, que el lacayo mató a tu padre, instigado por ti...».

—Hermano —le interrumpió Aliosha—, refrénate: tú no lo mataste. ¡Eso no es verdad!

—Es él quien lo dice, él, y él lo sabe: «Te dispones a realizar un acto virtuoso, pero ni siquiera crees en la virtud: eso es lo que te irrita y te atormenta, por eso eres tan vengativo». Me lo ha dicho a la cara, y sabe lo que dice...

—¡Eres tú quien lo dice y no él! —exclamó Aliosha con remordimiento—. Y ¡lo dices porque estás enfermo, delirando, atormentándote!

—No, él sabe lo que dice. Acudirás movido por tu orgullo, dice, te pondrás en pie y declararás: «Yo lo maté, y vosotros, ¿a qué vienen esas caras de horror? ¡Mentís! Desprecio vuestra opinión, desprecio vuestro horror». Eso ha dicho de mí, y de pronto ha añadido: «Y, ¿sabes?, lo que tú buscas es que te alaben: es un criminal, un asesino, pero ¡qué sentimientos más nobles los suyos, por salvar a su hermano ha confesado!». Pero ¡eso es mentira, Aliosha! —gritó de súbito Iván con los ojos relampagueantes—. Yo no quiero que la apestosa chusma me alabe. En eso ha mentido, Aliosha, ha mentido, ¡te lo juro! Por eso le he tirado el vaso y se lo he roto en sus horribles morros.

—Hermano, cálmate, ¡para ya! —le suplicó Aliosha.

—Sabe torturar, es cruel —prosiguió Iván, sin hacerle caso—. Siempre he presentado por qué venía. «Admitamos —dice— que tú estabas dispuesto a ir movido por tu orgullo, pero de todos modos cabía la esperanza de que considerasen culpable a Smerdiakov y lo condenaran a trabajos forzados, de que absolvieran a Mitia y de que a ti te condenaran solo moralmente —¿lo oyes? Y ¡al decirlo, se reía!— y de que algunos incluso te alabasen. Pero Smerdiakov está muerto, se ha ahorcado, así que ¿quién va a creerte en el juicio ahora que estás solo? Pero irás, irás, a pesar de todo irás, has decidido ir. Pero, en tal caso, ¿para qué vas a ir?» Tengo miedo, Aliosha, ¡no puedo soportar estas preguntas! ¡Quién se atreve a formulármelas!

—Hermano —le interrumpió Aliosha, helado de espanto, pero como si esperase aún hacer entrar en razón a Iván—, ¿cómo ha podido hablarte de la muerte de Smerdiakov antes de mi llegada, si nadie sabía aún de ella ni había habido tiempo de que nadie se enterara?

—Él lo ha dicho —repuso firmemente Iván, sin admitir siquiera la duda—. Es de lo único que me ha hablado, en realidad. «Aún podría entenderse —dijo—, si creyeras en la virtud: lo mismo da que no me crean, voy por fidelidad a mis principios. Pero tú eres un cerdo, como Fiódor Pávlovich, ¿qué te importa a ti la virtud? ¿Para qué vas a arrastrarte allí si tu sacrificio no va a servir de nada? ¡Ni tú mismo sabes para qué vas! ¡Oh, cuánto darías por saberlo! Y ¿crees que ya te has decidido? No, aún no has decidido nada. Te pasarás la noche entera en vela preguntándote si vas a ir o no. Pero de todos modos irás, y sabes que irás, sabes que da igual lo mucho que te esfuerces por decidir una cosa u otra, pues la decisión ya no depende de ti. Irás porque no te atreves a no ir. Por qué no te atreves, adivínalo tú mismo, ¡te dejo que resuelvas este acertijo!» Se levantó y se fue. Llegaste tú y él se marchó. ¡Me llamó cobarde, Aliosha! ¡Le mot de l'énigme es que soy un cobarde! «¡No son tales águilas las que ascienden tan alto en el cielo!» Ha añadido eso, ¡lo ha añadido! Y Smerdiakov dijo lo mismo. ¡Hay que matarlo! Katia me desprecia, lo veo hace ya un mes, y ¡Liza pronto empezará a despreciarme también! «Irás para que te alaben», ¡eso es una horrenda mentira! Y tú también me desprecias, Aliosha. Ahora vuelvo a odiarte. ¡También odio al monstruo, también odio al monstruo! No quiero salvar al monstruo, ¡que se pudra en presidio! ¡Ha empezado a cantar un himno! ¡Oh, mañana iré, me presentaré ante ellos y les escupiré a todos a la cara!

Se levantó frenético, arrojó la toalla y de nuevo se puso a dar zancadas por la habitación. Aliosha recordó lo que había dicho su hermano: «Es como si estuviera despierto mientras duermo... Camino, hablo y veo, pero estoy dormido». Eso era justo lo que parecía estar sucediendo ahora. Aliosha se quedó con él. Por un momento contempló la idea de correr en busca de un médico, pero temía dejar a su hermano solo: no había a quién confiarlo. Finalmente, Iván fue perdiendo poco a poco

conciencia de sus actos. Seguía hablando, hablaba sin parar, pero ya sin ilación alguna. Hasta articulaba mal las palabras, y de pronto se tambaleó, aunque Aliosha logró sostenerlo. Iván se dejó llevar hasta la cama; Aliosha lo desnudó como pudo y lo acostó. Se quedó a su lado un par de horas más. El enfermo se durmió enseguida, sin moverse, respirando suave y acompasadamente. Aliosha cogió una almohada y se acostó en el diván sin desnudarse. Antes de quedarse dormido, rezó por Mitia y por Iván. Comenzaba a comprender la enfermedad de Iván: «¡Los tormentos de una decisión orgullosa, de una profunda conciencia!». Dios, en quien no creía, y su verdad estaban venciendo al corazón, que aún no quería someterse. «Sí —se le pasó a Aliosha por la cabeza, reclinada ya sobre la almohada—, sí, habiendo muerto Smerdiakov, nadie creerá ya en el testimonio de Iván; pero ¡él se presentará y declarará!» Aliosha se sonrió dulcemente: «¡Dios triunfará! —pensó—. Renacerá a la luz de la verdad o... perecerá en el odio, vengándose a sí mismo y a todos por haber servido a una causa en la que no cree», añadió Aliosha con amargura, y volvió a rezar por Iván.

LIBRO DUODÉCIMO

UN ERROR JUDICIAL

I. Un día fatídico

El día después de los sucesos descritos, a las diez de la mañana, se abrió la sesión de nuestro tribunal de distrito y empezó el juicio a Dmitri Karamázov.

Diré algo de antemano, e insistiré en ello: no me considero capaz, ni de lejos, de transmitir todo lo que ocurrió en el juicio, y no solo con la debida plenitud, sino ni siquiera en el debido orden. Tengo la impresión de que, si hubiera que recordarlo todo y explicarlo todo como es debido, se necesitaría un libro entero, y uno bien grueso. Por eso espero no recibir quejas por limitarme a transmitir aquello que me conmovió personalmente y que se me quedó especialmente grabado. He podido tomar algo secundario por lo más importante, e incluso omitir los rasgos más destacados e imprescindibles... De todas formas, veo que es mejor no ofrecer disculpas. Lo haré lo mejor que pueda, y los lectores comprenderán que lo he hecho lo mejor que he podido.

En primer lugar, y antes de que entremos en la sala del juzgado, mencionaré algo que ese día me sorprendió especialmente. Por cierto que no me sorprendió solo a mí, sino a todo el mundo, como después se vería. Concretamente, se sabía que este proceso había atraído el interés de mucha gente, que todos se consumían de impaciencia por que el juicio empezara, que en nuestra sociedad se habían dicho, supuesto, exclamado y soñado muchas cosas a lo largo de dos meses enteros. Se sabía también que este asunto había tenido mucho eco en toda Rusia, pero aun así nadie podía imaginar que hubiera conmocionado a todo el mundo —no solo en nuestra ciudad, sino en todas partes— de una forma tan intensa, tan irritante, como se puso de manifiesto ese día en el juicio. Para ese día se habían congregado en nuestra ciudad visitantes no solo de la capital de nuestra provincia, sino de otras ciudades de Rusia y, finalmente, de Moscú y de San Petersburgo. Habían venido juristas, habían venido incluso algunas personas ilustres y damas también. Los pases se agotaron en un santiamén. A los visitantes especialmente honorables e ilustres se les asignó un puesto completamente insólito, detrás de la mesa del tribunal: allí apareció toda una hilera de

sillones ocupados por diferentes personas, algo que nunca se había permitido. También se presentaron muchas damas, de nuestra ciudad y forasteras; creo que eran, por lo menos, la mitad del público. Solo los juristas, llegados de todas partes, eran tantos que ya no sabían ni dónde colocarlos, en vista de que todos los pases habían sido distribuidos, solicitados y mendigados hacía tiempo. Yo mismo vi cómo al fondo de la sala, detrás del estrado, se instalaba provisionalmente y a toda prisa un reservado en el que dejaron entrar a todos los juristas que habían venido, y éstos se consideraban incluso afortunados de poder estar allí de pie, pues todas las sillas se habían sacado de ese reservado para ganar espacio, mientras la muchedumbre congregada seguía todo el «proceso» de pie, muy apretujada, hombro con hombro. Algunas de las damas, sobre todo las forasteras, se presentaron en la galería de la sala extremadamente engalanadas, pero la mayoría hasta se despreocupó del vestuario. Sus rostros revelaban curiosidad histérica, ansiosa, casi mórbida. Una de las peculiaridades más características de toda esa sociedad congregada en la sala que es necesario señalar era que, como ratificarían numerosos testimonios después, casi todas las damas, o al menos una gran mayoría de ellas, defendían a Mitia y su absolución. Más que nada, quizá, porque se había creado una imagen de él como conquistador de corazones femeninos. Se sabía que iban a aparecer las dos mujeres rivales. Una, Katerina Ivánovna, atrajo especialmente el interés de todo el mundo; se habían contado muchas cosas extraordinarias de ella; se habían contado historias increíbles de su pasión por Mitia a pesar incluso del crimen. Se hablaba sobre todo de su orgullo (no había visitado a casi nadie en nuestra ciudad), de sus «lazos aristocráticos». Decían que tenía intención de pedir al gobierno que le permitiera acompañar al criminal en su condena y casarse con él en alguna de las minas, bajo tierra. Con no menos emoción se esperaba la aparición en el juzgado de Grúshenka, la rival de Katerina Ivánovna. Con atroz curiosidad aguardaban el encuentro ante el tribunal de las dos rivales: la orgullosa joven aristocrática y la hetaira; Grúshenka, por cierto, era mucho más conocida entre nuestras damas que Katerina Ivánovna. A la primera, «que había llevado a la perdición a Fiódor Pávlovich y a su desgraciado hijo», ya la habían visto antes nuestras damas, y todas, de forma casi unánime, estaban sorprendidas de que padre e hijo se hubieran podido enamorar hasta tal punto de «una menestrala rusa de lo más normal, que ni siquiera era bonita». En definitiva, abundaban los comentarios. Sé positivamente que en nuestra ciudad se produjeron varias riñas familiares serias a propósito de Mitia. Muchas damas habían discutido acaloradamente con sus maridos por su diferencia de opinión en este terrible asunto y, naturalmente, todos los maridos de esas damas se plantaron en la sala del juicio ya no mal dispuestos, sino incluso furiosos con el acusado. En general, podría afirmarse que, en contraposición a las damas, todos los hombres eran hostiles al acusado. Se veían caras adustas, ceñudas, otras llenas de rabia, y éstas eran la mayoría. Ciertamente es que Mitia se las había arreglado

para ofender personalmente a un gran número de ellos durante su estancia entre nosotros. Naturalmente, algunos de los visitantes estaban casi divertidos y sentían gran indiferencia por el destino personal de Mitia, pero no así por el caso que se estaba examinando; todos estaban interesados por su desenlace y la mayoría de los hombres deseaba decididamente que se castigara al criminal, excepto quizá los juristas, a quienes importaba no el aspecto moral del asunto, sino únicamente el plano jurídico contemporáneo, por así decir. A nadie dejó indiferente la llegada del célebre Fetiukóvich. Su talento era universalmente conocido y no era la primera vez que se desplazaba a provincias para defender una causa criminal de mucha resonancia. A raíz de su defensa, tales causas siempre se acababan conociendo en toda Rusia y se recordaban mucho tiempo. También circularon varias anécdotas sobre nuestro fiscal y sobre el presidente del tribunal. Se contaba que nuestro fiscal temblaba ante el encuentro con Fetiukóvich; que eran viejos enemigos ya desde San Petersburgo, desde el inicio de sus carreras; que nuestro orgulloso Ippolit Kirílovich, que se había sentido permanentemente maltratado por alguien desde San Petersburgo, debido a que su talento no había sido debidamente apreciado, había recobrado el ánimo con el caso de los Karamázov e incluso soñaba con dar un nuevo impulso, con ese motivo, a su languideciente trayectoria, y lo único que le asustaba era Fetiukóvich. Pero, en lo tocante a tales temores, las opiniones no eran del todo justas. Nuestro fiscal no era de los que se achican ante el peligro: al contrario, era de aquellos cuyo amor propio crece y cobra alas a medida que aumenta el riesgo. En general, hay que señalar que nuestro fiscal era demasiado impulsivo y enfermizamente susceptible. En algún caso se había dejado el alma y había actuado como si de la sentencia dependiera todo su destino y toda su fortuna. En el mundo judicial se habían reído un tanto de él, pues gracias a esa cualidad nuestro fiscal se había granjeado cierta fama, una fama que distaba de ser universal pero que era bastante mayor de lo que cabría suponer en vista de su modesto puesto en nuestro juzgado. Se reían sobre todo de su pasión por la psicología. En mi opinión, estaban equivocados: nuestro fiscal, como hombre y como carácter, era bastante más serio de lo que muchos pensaban, me parece. El caso es que este hombre enfermizo no había sabido hacerse respetar desde los primeros pasos de su carrera, y así había seguido toda su vida.

En cuanto al presidente del tribunal, solo puede decirse de él que era un hombre culto, humano, con un conocimiento práctico de su oficio y de ideas modernas. Tenía bastante amor propio, pero no se preocupaba por su carrera. El objetivo principal de su vida era ser un hombre avanzado. Por lo demás, tenía contactos y fortuna. Contemplaba el caso de los Karamázov, como se vería después, con bastante pasión, pero solo en un sentido genérico. Le interesaba el fenómeno, su clasificación, su interpretación como un producto de nuestros principios sociales, como una característica del elemento ruso, etcétera, etcétera. Pero se refería con bastante

indiferencia y abstracción al carácter personal del caso, a su tragedia, al igual que a la personalidad de los implicados, empezando por el acusado, como, probablemente, debía ser.

Mucho antes de que hiciera su aparición el tribunal, la sala estaba ya abarrotada. Era la mejor sala del juzgado, espaciosa, alta, con buena sonoridad. A la derecha de los miembros del tribunal, situados en un estrado, se habían dispuesto una mesa y dos hileras de sillas para el jurado. A la izquierda estaba el banquillo del acusado y de su abogado. En el centro de la sala, cerca del tribunal, había una mesa con las «pruebas materiales», donde se veían la bata de seda blanca ensangrentada de Fiódor Pávlovich, la ominosa mano de mortero de cobre con la que se había cometido el presunto asesinato, la camisa de Mitia con la manga manchada de sangre, su levita llena también de manchas de sangre en la parte de atrás, a la altura del bolsillo en el que había guardado el pañuelo ensangrentado, el propio pañuelo, todo rígido por la sangre y ya completamente amarillento, la pistola que Mitia había cargado en casa de Perjotin con ánimo de suicidarse y que le había quitado a escondidas Trifon Borísovich en Mókroie, el sobre con la inscripción donde se habían preparado los tres mil rublos para Grúshenka, y la fina cinta rosa que lo ataba, y muchos otros objetos que ya no recuerdo. A cierta distancia, hacia el fondo de la sala, empezaban los asientos del público, pero delante de la balaustrada había varias sillas para aquellos testigos que, habiendo ya prestado testimonio, se iban a quedar en la sala. A las diez entró el tribunal, formado por el presidente, otro miembro y un juez de paz honorario. Naturalmente, el fiscal apareció enseguida. El presidente era un hombre robusto, rechoncho, de estatura inferior a la media, con cara hemorroidal, de unos cincuenta años, cabello moreno con canas, muy corto, con una banda roja, ya no recuerdo de qué orden. En cuanto al fiscal, me dio la impresión, a mí y a todo el mundo, de que estaba un poco pálido, casi con la cara verde; por la razón que fuera, parecía haber adelgazado repentinamente, puede que en una sola noche, porque yo lo había visto dos días antes con un aspecto bien distinto. El presidente empezó preguntando al secretario judicial si estaban presentes todos los miembros del jurado... Veo, no obstante, que no puedo continuar así, aunque solo sea porque hubo muchas cosas que no oí bien, de otras hice caso omiso, otras las he olvidado, pero sobre todo porque, como ya he dicho antes, literalmente me faltaría tiempo y espacio para recordar todo lo que se dijo y todo lo que ocurrió. Solo sé que ninguna de las dos partes, es decir, el abogado defensor y el fiscal, recusó a muchos miembros del jurado. Pero sí recuerdo que entre los doce miembros del jurado había cuatro que eran funcionarios locales, dos mercaderes y seis campesinos y menestrales de la ciudad. Recuerdo que mucho antes del juicio había gente, sobre todo damas, que ya se preguntaba con cierto estupor: «¿Será posible que un asunto tan sutil, complejo y psicológico vaya a someterse a la fatídica decisión de unos funcionarios y, más aún, de

unos campesinos? ¿Qué puede entender de todo esto un funcionario de éstos, y ya no digamos un campesino?». En efecto, los cuatro funcionarios que formaban parte del jurado eran gente mediocre, de bajo rango, de pelo gris —solo uno de ellos era un poco más joven—, escasamente conocidos en nuestra sociedad, que vegetaban con un modesto salario y que probablemente tenían mujeres mayores, de esas, por tanto, que no hay dónde mostrarlas, y un montón de hijos, puede que incluso descalzos, que en el mejor de los casos en su tiempo libre se divertían jugando por ahí a las cartas y que, naturalmente, no habían leído un libro en su vida. Aunque los dos mercaderes tenían un aire grave, estaban extrañamente silenciosos e inmóviles; uno de ellos se había afeitado la barba y vestía a la alemana; el otro, de barba canosa, llevaba al cuello una medalla en una cinta roja. De los menestrales y campesinos no hay nada que decir. Los menestrales de Skotoprignonievsk son casi iguales que los campesinos, incluso trabajan la tierra. Dos de ellos también vestían a la alemana y quizá por eso tenían una apariencia más sucia y miserable que los otros cuatro. De modo que, en efecto, cabía pensar, como pensé yo mismo, sin ir más lejos, en cuanto los vi: «¿Qué podrá comprender esa gente de todo este asunto?». Sin embargo, sus semblantes producían una impresión extrañamente imponente y casi amenazante, estaban serios y con el ceño fruncido.

Por fin el presidente anunció el comienzo de la audiencia del asesinato del consejero titular retirado Fiódor Pávlovich Karamázov... no recuerdo muy bien cómo se expresó entonces. Al alguacil se le ordenó que hiciera entrar al acusado, y en ese momento apareció Mitia. La sala guardó silencio, se habría podido oír el vuelo de una mosca. No sé qué pensarían los demás, pero a mí Mitia me causó una impresión muy desagradable. Sobre todo, porque se presentó como un petimetre espantoso con su flamante levita. Supe después que había encargado a propósito para ese día una levita en Moscú, a su anterior sastre, que conservaba sus medidas. Llevaba unos guantes negros nuevecitos de piel de cabritillo y una camisa muy vistosa. Avanzó con sus largas zancadas de un arshín, mirando fijamente al frente, y tomó asiento con un aire de lo más intrépido. Acto seguido apareció su abogado, el famoso Fetiukóvich, y un rumor apenas perceptible recorrió la sala. Era un hombre largo, enjuto, de piernas finas y largas, dedos extraordinariamente largos, pálidos y finos, cara afeitada, pelo bastante corto y peinado con modestia, labios finos que muy de vez en cuando esbozaban algo que no era ni una mueca ni una sonrisa. Aparentaba unos cuarenta años. Su rostro habría resultado agradable de no haber sido por sus ojos: pequeños, inexpresivos y extrañamente pegados el uno al otro, de tal forma que solo los separaba el fino huesecillo de su fina y alargada nariz. En resumen, su fisonomía tenía un aspecto tan marcado de pájaro que impresionaba. Vestía de frac y corbata blanca. Recuerdo las primeras preguntas del presidente a Mitia, es decir, su nombre, estado social, esa clase de cosas. Mitia respondió con brusquedad, pero con un tono de voz inesperadamente

alto, tanto que el presidente negó con la cabeza y lo miró casi sorprendido. A continuación se leyó la lista de personas citadas para el proceso, es decir, de testigos y peritos. La lista era larga; cuatro de los testigos no se presentaron: Miúsov, que en ese momento ya estaba en París, pero cuya declaración constaba en la instrucción del sumario, la señora Jojlakova y el terrateniente Maksímov por enfermedad, y Smerdiakov a causa de su muerte repentina, de la que se presentó un certificado de la policía. La noticia sobre Smerdiakov causó una fuerte conmoción y murmullos en la sala. Como es natural, mucha gente del público aún no sabía nada del inesperado suicidio. Pero lo más sorprendente fue la inesperada reacción de Mitia; nada más notificarse lo ocurrido con Smerdiakov, de pronto exclamó desde su sitio, dirigiéndose a toda la sala:

—¡Para el perro, muerte de perro!

Recuerdo cómo se lanzó su defensor hacia él y cómo el presidente lo amenazó con adoptar severas medidas si volvía a repetir un exabrupto semejante. Mitia, de forma entrecortada y asintiendo con la cabeza, pero como si no se arrepintiera en absoluto, le repetía a media voz a su abogado:

—¡No lo haré, no lo haré! ¡Ha sido sin querer! ¡No lo haré más!

Pero este episodio, claro está, no obró en su favor en la opinión del jurado y del público. Su carácter se había puesto al descubierto y había hablado por sí mismo. Bajo aquella impresión el secretario del juzgado leyó el acta de acusación.

Era bastante breve pero pormenorizada. Solo se expusieron las causas principales: por qué se le había detenido, por qué debía ser sometido a juicio, etcétera. Aun así, me impresionó profundamente. El secretario leía alto y claro, con precisión. Toda la tragedia volvió a surgir ante nosotros con todo relieve, concéntricamente, iluminada por una luz fatídica, implacable. Recuerdo que justo después de la lectura el presidente le preguntó a Mitia en voz alta e imponente:

—Acusado, ¿se declara usted culpable?

Mitia se levantó del sitio:

—Me declaro culpable de alcoholismo y libertinaje —exclamó de nuevo con voz brusca, casi exaltada—, de pereza y escándalo. ¡Iba a convertirme en un hombre honrado en el preciso instante en que el destino me derribó! Pero de la muerte del viejo, mi padre y enemigo, ¡no soy culpable! Tampoco soy culpable del robo, no, no lo soy ni podría serlo: ¡Dmitri Karamázov es un canalla, pero no un ladrón!

Después de gritar todo esto, se sentó temblando visiblemente. El presidente volvió a dirigirse a él, con una breve pero edificante exhortación, para que se limitara a responder a las preguntas y no se perdiera en exclamaciones accesorias y exaltadas. A continuación ordenó dar comienzo a la fase probatoria. Hicieron entrar a todos los testigos para el juramento. Entonces pude verlos a todos juntos. Por cierto, a los hermanos del acusado se les permitió testificar sin prestar juramento. Tras la

amonestación de un sacerdote y del presidente, se llevaron a los testigos y los acomodaron por separado, en la medida de lo posible. Después empezaron a llamarlos uno a uno.

II. Testigos peligrosos

No sé si los testigos del fiscal y del defensor habían sido repartidos de alguna manera en grupos por el presidente ni en qué orden preciso se suponía que iban a ser llamados. Pero debió de haber algo de esto. Solo sé que primero llamaron a los testigos de la fiscalía. Repito que no pretendo describir todos los interrogatorios paso a paso. Además, mi descripción sería a veces superflua, porque en las palabras del fiscal y del abogado, cuando empezaron sus alegatos, el desarrollo y el sentido de todos los testimonios presentados y oídos fueron reducidos a un único punto con una iluminación brillante y característica; y estos dos magníficos discursos yo los he anotado con todo detalle, al menos algunas de sus partes, y los reproduciré en su momento, así como un episodio extraordinario y completamente inesperado del proceso que se desencadenó de repente, antes incluso de los alegatos, y que, indudablemente, influyó en el fatídico y terrible resultado. Solo señalaré que desde los primeros minutos del juicio fue realmente evidente cierta característica especial de este «caso», por todos percibida: la extraordinaria fuerza de la acusación en comparación con los medios de que disponía la defensa. Todos lo comprendimos en el mismo momento en que en la inquietante sala del juicio empezaron a reunirse los hechos, concentrándose en un punto, y poco a poco fue surgiendo todo aquel horror y toda aquella sangre. A todos debió de quedarnos claro ya desde los primeros pasos que estábamos ante un caso incuestionable, que no había dudas y que, en realidad, los alegatos no eran necesarios, que los alegatos se hacían solo por guardar las formas, pero que el criminal era culpable, manifiestamente culpable, definitivamente culpable. Creo que hasta las damas, todas y cada una de ellas, que habían esperado con tanta impaciencia la absolución del interesante acusado, estaban en ese momento completamente convencidas de su total culpabilidad. Es más, me parece que incluso se habrían sentido decepcionadas si su culpabilidad no hubiera quedado tan inequívocamente demostrada, pues en ese caso no causaría tanto efecto el desenlace, cuando el acusado fuera absuelto. Porque, cosa extraña, casi hasta el último minuto las damas estuvieron todas completamente seguras de que iba a ser absuelto: «Es culpable, pero lo absolverán por humanidad, por las nuevas ideas, los nuevos sentimientos que cunden ahora», etcétera, etcétera. Por eso mismo habían venido hasta aquí con tanta impaciencia. Los hombres estaban más interesados en la pelea entre el fiscal y el famoso Fetiukóvich. Todos estaban asombrados y se preguntaban qué podía hacer con un caso tan perdido, donde casi no había nada que hacer, incluso para alguien de su talento, y por eso seguían su actuación paso a paso y con tensa

atención. Pero Fetiukóvich, hasta el mismísimo final, hasta su último discurso, siguió siendo un misterio para todos. La gente con más experiencia presentía que tenía un sistema, que había preparado algo, que tenía un objetivo a la vista, pero fue prácticamente imposible averiguar cuál. No obstante, su seguridad y autosuficiencia sí saltaban a la vista. Además, todo el mundo advirtió con agrado que en el poco tiempo que llevaba entre nosotros, puede que apenas tres días, había sido capaz de familiarizarse sorprendentemente con el caso y de «examinarlo con todo detalle». Más tarde la gente contaría con fruición cómo, por ejemplo, había sabido «confundir» oportunamente a todos los testigos del fiscal, desconcertarlos en la medida de lo posible y, sobre todo, empañar ligeramente su reputación moral y, por lo tanto, su propio testimonio. Cabía suponer, no obstante, que actuaba así, en gran medida, a modo de juego, para mostrar, digamos, cierto brillo jurídico, para no pasar por alto ninguno de los recursos usuales de los abogados, pues todos estaban convencidos de que no podría obtener ningún beneficio sustancial y definitivo de aquellos «empañamientos» y probablemente él lo comprendía mejor que nadie y por eso tendría alguna idea en reserva, un arma de defensa todavía escondida que pensaba sacar de repente, llegado el momento. Y entretanto, consciente de su fuerza, parecía jugar y divertirse. Así ocurrió, por ejemplo, durante la declaración de Grigori Vasíliev, el antiguo ayuda de cámara de Fiódor Pávlovich, quien había ofrecido aquel testimonio capital, según el cual «estaba abierta la puerta que daba al huerto»: el abogado se regodeó con él cuando le llegó el turno de preguntarle. Hay que señalar que Grigori Vasílievich se presentó en la sala con aire tranquilo y casi solemne, sin inmutarse lo más mínimo por la majestuosidad del tribunal ni por la presencia del numeroso público que estaba escuchándole. Declaró con tanto aplomo como si estuviera charlando a solas con Marfa Ignátievna, si acaso con mayor respeto. Fue imposible desconcertarlo. Al principio el fiscal lo interrogó un buen rato sobre todos los detalles de la familia Karamázov. El cuadro familiar fue perfilándose con claridad. Se pudo oír y ver que el testigo era ingenuo e imparcial. A pesar del profundísimo respeto a la memoria de su antiguo señor declaró, por ejemplo, que éste había sido injusto con Mitia y «no había criado a sus hijos como debía. De pequeño, de no haber sido por mí, lo habrían devorado los piojos —añadió mientras relataba la infancia de Mitia—. Tampoco hizo bien el padre al privar al hijo del patrimonio de su madre». A la pregunta del fiscal sobre sus razones para afirmar que Fiódor Pávlovich había engañado a su hijo con las cuentas, Grigori Vasílievich, para sorpresa de todos, no ofreció ningún dato sólido, pero aun así insistió en que las cuentas con el hijo habían sido «incorrectas» y que, sin duda, «había que pagarle unos cuantos miles más». Señalaré, por cierto, que la pregunta de si, efectivamente, Fiódor Pávlovich había dejado de pagar alguna cantidad a Mitia se la plantearía después el fiscal con especial insistencia a todos los testigos a los que pudo planteársela, sin excluir ni a Aliosha ni a Iván Fiódorovich, pero

de ninguno de ellos consiguió información concreta. Todos lo confirmaban, pero ninguno podía aducir una prueba mínimamente clara. Después de que Grigori describiera la escena del comedor, cuando Dmitri Fiódorovich irrumpió y golpeó a su padre amenazando con volver y matarlo, una impresión sombría recorrió toda la sala, tanto más por cuanto el viejo criado la contó con calma, sin palabras de más, con su singular manera de hablar, y resultó tremendamente elocuente. En cuanto a la ofensa cometida por Mitia al golpearlo en la cara y derribarlo, señaló que no estaba enfadado y que hacía mucho que le había perdonado. Sobre el difunto Smerdiakov dijo, santiguándose, que el muchacho había tenido aptitudes, pero que era un estúpido y vivía atormentando por su enfermedad, y para colmo era un descreído, y que ese descreimiento se lo habían enseñado Fiódor Pávlovich y su hijo mayor. Pero confirmó la honradez de Smerdiakov casi con ardor y enseguida contó que un día Smerdiakov había encontrado un dinero que se le había caído al señor, pero no lo escondió, sino que se lo llevó al señor y por eso él le «regaló una moneda de oro» y en lo sucesivo empezó a confiar en él para todo. Confirmó con insistencia pertinaz que la puerta que daba al huerto estaba abierta. En cualquier caso, le preguntaron tantísimas cosas que no puedo recordarlo todo. Finalmente el turno de preguntas pasó al defensor, y éste en primer lugar quiso saber del sobre en el que «al parecer» Fiódor Pávlovich había escondido tres mil rublos para «cierta persona». «¿Lo vio usted personalmente, usted, un hombre que estuvo tantos años tan cerca de su señor?» Grigori respondió que no lo había visto, y que tampoco había oído hablar a nadie de ese dinero «hasta ahora mismo, cuando todo el mundo ha empezado a hablar de él». Esta pregunta relativa al sobre se la formuló Fetiukóvich a todos los testigos a los que pudo interrogar, con la misma insistencia con la que el fiscal preguntó sobre la repartición de las tierras, y de todos ellos recibió idéntica respuesta: que nadie había visto el sobre, aunque muchos habían oído hablar de él. Desde el principio todos notaron la insistencia del abogado en ese tema.

—Ahora voy a dirigirme a usted con otra pregunta, si me lo permite —dijo Fetiukóvich de forma completamente inesperada—. ¿De qué estaba compuesto el bálsamo o, llamémoslo así, la tintura con la que usted aquella noche, antes de dormir, como se sabe por las diligencias previas, se frotó su maltrecha cintura con la esperanza de curarse?

Grigori lanzó una mirada inexpresiva a su interrogador y, tras un momento de silencio, farfulló:

—Tenía salvia.

—¿Solo salvia? ¿No recuerda alguna otra cosa?

—También llantén.

—¿Y pimienta, quizá? —se interesó Fetiukóvich.

—Sí, también.

—Y cosas así. Y ¿todo eso bañado en vodka?

—En alcohol.

Algunas risitas recorrieron la sala.

—Ya lo ven, nada menos que en alcohol. Y, una vez que se restregó la espalda, lo que quedaba en la botella, con una oración piadosa solo conocida por su esposa, se lo bebió, ¿es así?

—Sí.

—Y ¿bebió mucho, aproximadamente? ¿Más o menos? ¿Una copita, dos?

—Sería como un vaso.

—Nada menos que un vaso... ¿Tal vez un vaso y medio?

Grigori se calló. Parecía haber comprendido.

—Vaso y medio de alcohol puro, no está mal, ¿qué opina usted? Se podrían ver «las puertas del paraíso abiertas», ¿qué decir de la puerta del huerto?

Grigori seguía callado. Volvieron a oírse risitas en la sala. El presidente se removió.

—¿No sabrá usted con seguridad —Fetiukóvich cada vez ahondaba más— si estaría durmiendo en el momento en que vio abierta la puerta del huerto?

—Estaba de pie.

—Eso no demuestra que no estuviera durmiendo. —Risas y más risas en la sala—. En ese momento, ¿habría podido usted, por ejemplo, responder si alguien le hubiera preguntado algo? Pongamos, por ejemplo, que le hubieran preguntado en qué año estamos.

—Eso no lo sé.

—Y ¿no sabe en qué año de nuestra era estamos, en qué año de gracia?

Grigori se quedó mirando fijamente a su torturador con aire abatido. Por raro que parezca, se diría que, efectivamente, no sabía en qué año estábamos.

—¿Quizá sepa, sin embargo, cuántos dedos tiene en la mano?

—Yo soy un subordinado —dijo de pronto Grigori en voz alta y clara—; si las autoridades desean reírse de mí, yo tengo que aguantarlo.

Esto pilló desprevenido a Fetiukóvich, pero entonces intervino el presidente y, en tono aleccionador, recordó al abogado que debía formular preguntas más adecuadas. Al oírle, Fetiukóvich se inclinó con dignidad y declaró que había terminado su turno de preguntas. Por supuesto, en el público y en el jurado podía haber quedado una pequeña sombra de duda respecto al testimonio del hombre que había tenido la posibilidad de «ver las puertas del paraíso» en el curso de un determinado tratamiento y que, además, ni siquiera sabía en qué año de gracia estábamos; así que el defensor había alcanzado su objetivo, a pesar de todo. Pero antes de que Grigori se marchara se produjo otro incidente. El presidente se dirigió al acusado y le preguntó si tenía algo que declarar en relación al testimonio oído.

—Excepto lo de la puerta, todo lo que ha dicho es verdad —gritó Mitia—. Le agradezco que me quitara los piojos, le agradezco que me haya perdonado el golpe que le di; el viejo ha sido honrado toda su vida y fiel a mi padre como setecientos perros falderos.

—Acusado, cuide ese vocabulario —dijo con severidad el presidente.

—Yo no soy un perro faldero —gruñó Grigori.

—En ese caso, ¡yo sí lo soy! —gritó Mitia—. Si ha podido sentirse ofendido, asumo la culpa, y le pido perdón. ¡He sido una bestia cruel con él! Con Esopo también fui cruel.

—¿Con qué Esopo? —dijo otra vez severo el presidente.

—Bueno, con Pierrot... con mi padre, con Fiódor Pávlovich.

Con aire imponente y aún más severo, el presidente avisó varias veces a Mitia de que debía escoger sus expresiones con más cautela.

—Se está perjudicando a sí mismo por la opinión que puedan formarse sus jueces de usted.

El abogado actuó con la misma destreza durante el interrogatorio del testigo Rakitin. Señalaré que Rakitin era uno de los testigos más importantes y, sin duda, de los más valorados por el fiscal. Resultó que él lo sabía todo, sorprendentemente sabía muchas cosas, había estado en todas partes, lo había visto todo, había hablado con todos, conocía hasta el último detalle de la biografía de Fiódor Pávlovich y de todos los Karamázov. Es cierto que de la existencia del sobre de los tres mil rublos solo había oído hablar al propio Mitia. En cambio, describió al detalle las proezas de Mitia en la taberna Ciudad Capital, todas las palabras y gestos comprometedores de éste, y contó la historia del «estropajo» del capitán asistente Sneguiriov. En cuanto al otro punto especial de si Fiódor Pávlovich aún le debía algo a Mitia por las cuentas de las fincas, ni siquiera Rakitin pudo confirmar nada y se limitó a una serie de lugares comunes de carácter despectivo: «¿Quién podría aclarar cuál de ellos es culpable y calcular quién debe a quién en todo ese desbarajuste que son los Karamázov, donde nadie ha sido capaz de comprender ni definir nada?». Pintó toda la tragedia del crimen que se estaba juzgando como un producto de las inveteradas costumbres del régimen de servidumbre y de una Rusia sumida en el desorden, que sufría sin las instituciones adecuadas. En una palabra, dejaron que se explayara. Fue en este proceso cuando el señor Rakitin se dio a conocer por primera vez y empezó a destacar; el fiscal sabía que el testigo estaba preparando para una revista un artículo sobre el presente crimen y más tarde, ya en su discurso (lo veremos después), citó algunas ideas de ese artículo, lo cual quiere decir que ya estaba familiarizado con él. El cuadro pintado por el testigo era tenebroso y fatídico y reforzaba en gran medida la «acusación». En general, la exposición de Rakitin cautivó al público por su independencia de criterio y su insólita altura de miras. Se oyeron incluso dos o tres conatos de ovación espontánea,

concretamente en los momentos en que se habló del régimen de servidumbre y del sufrimiento de Rusia a causa del desorden. Pero Rakitin, hombre joven al fin, sufrió un pequeño lapsus del que inmediatamente supo aprovecharse muy bien el defensor. Respondiendo a ciertas preguntas sobre Grúshenka, Rakitin, dejándose llevar por su éxito, del que, naturalmente, era muy consciente, y por la altura moral a la que se sentía transportado, se permitió aludir a Grúshenka con cierto desdén, como la «mantenida del mercader Samsónov». Más tarde habría dado cualquier cosa por poder borrar esas palabras, pues por ahí lo atrapó de inmediato Fetiukóvich. Y todo porque Rakitin no contó con que en un plazo tan breve de tiempo el abogado hubiera podido familiarizarse con el caso hasta en los detalles más íntimos.

—Permítame saber —empezó el defensor con la sonrisa más amable e incluso respetuosa, cuando le llegó el turno de hacer preguntas— si es usted el mismo señor Rakitin cuyo folleto Vida del difunto stárets padre Zosima, editado por las autoridades diocesanas, lleno de ideas profundas y religiosas y con una excelente y piadosa dedicatoria a su ilustrísima el obispo, he leído recientemente con gran placer.

—No lo escribí para ser impreso... fue después cuando lo imprimieron —farfulló Rakitin, que parecía desconcertado y casi avergonzado.

—¡Oh, es magnífico! Un pensador como usted puede e incluso debe tratar ampliamente cualquier fenómeno social. Su utilísimo folleto se distribuyó con el apoyo de su ilustrísima y ha sido relativamente beneficioso... Pero, ante todo, lo que yo quería saber de usted es esto: ¿acaba usted de declarar que conocía bien a la señorita Svetlova? —Nota bene: resulta que el apellido de Grúshenka era Svetlova. Lo oí por primera vez ese día, durante el proceso.

—No puedo responder por todos mis conocidos... Soy joven... y ¿quién puede responder por todas las personas a las que trata? —Rakitin se sonrojó.

—Comprendo, ¡lo comprendo muy bien! —exclamó Fetiukóvich como si él también estuviera confuso y tuviera prisa por disculparse—. Usted, como cualquier otro, también pudo sentirse interesado por conocer a una mujer joven y bella que gustosamente recibe en casa a la flor de la juventud local, pero... solo por informarme: es sabido que hace unos dos meses Svetlova tenía unos deseos extraordinarios de conocer al joven de los Karamázov, a Alekséi Fiódorovich, y que, solo por llevarlo a su casa, y precisamente con el hábito monástico que solía vestir por entonces, prometió pagarle veinticinco rublos, que le daría en cuanto se lo llevara. Esto, como es sabido, tuvo lugar justamente la tarde de ese día que acabó en la trágica catástrofe que es la base de la presente causa. Usted llevó a Alekséi Karamázov a ver a la señora Svetlova y ¿recibió usted entonces los veinticinco rublos de recompensa de manos de Svetlova? Eso es lo que desearía saber de usted.

—Era una broma... No sé qué interés tiene para usted. Los cogí de broma... y para devolverlos después...

—Por lo tanto, los cogió. Pero hasta ahora no los ha devuelto... ¿o sí?

—No tiene importancia... —farfulló Rakitin—, no puedo responder semejantes preguntas... Por supuesto que los devolveré.

El presidente intervino, pero el defensor anunció que no tenía más preguntas para el señor Rakitin. Éste se retiró de la escena un tanto desacreditado. La impresión de elevada nobleza de su discurso se había echado a perder y Fetiukóvich, que lo acompañaba con la mirada, parecía decirle al público: «¡Vaya con vuestros nobles acusadores!». Recuerdo que tampoco se libró de un incidente con Mitia: colérico con el tono con el que Rakitin se había referido a Grúshenka, de pronto le gritó desde su sitio: «¡Bernard!». Cuando el presidente, una vez acabado el interrogatorio a Rakitin, se dirigió al acusado por si deseaba hacer alguna declaración, Mitia gritó con voz atronadora:

—¡Estando ya procesado, ha venido a pedirme dinero prestado! ¡Bernard despreciable y oportunista, no cree en Dios y ha engañado a su ilustrísima!

A Mitia, naturalmente, tuvieron que llamarlo de nuevo al orden por la violencia de sus expresiones, pero el señor Rakitin estaba acabado. Tampoco fue afortunado el testimonio del capitán asistente Sneguiriov, pero por motivos muy diferentes. Compareció con la ropa destrozada y sucia, con las botas también sucias y, a pesar de todas las medidas de precaución y del «examen» previo, resultó estar completamente bebido. Preguntado por el agravio al que lo había sometido Mitia, de pronto se negó a responder:

—Que Dios le guarde, señor. Iliúshechka no me lo permite. Dios me lo premiará.

—¿Quién no le permite hablar? ¿A quién se refiere?

—Iliúshechka, mi hijito: «¡Papi, papi, cómo te ha humillado!». En la roca lo dijo. Ahora se está muriendo, señor...

El capitán asistente de pronto empezó a sollozar y se desplomó a los pies del presidente. Se lo llevaron rápidamente entre las risas del público. El fiscal no consiguió causar la impresión que había buscado.

El abogado continuaba aprovechando todas las posibilidades y cada vez nos sorprendía más con su conocimiento del caso hasta en el más mínimo detalle. Así, por ejemplo, la declaración de Trifon Borísovich produjo una fuerte impresión y, como es natural, fue extraordinariamente desfavorable para Mitia. Calculó con precisión, prácticamente con los dedos, que Mitia, en su primera estancia en Mó Kroie, casi un mes antes de la catástrofe, tuvo que gastar no menos de tres mil rublos, «si acaso una pizca menos. ¡Lo que derrocharía solo en las cingaras! A los aldeanos piojosos no es ya que les “lanzara poltyny en la calle”, señor, sino que les iba regalando billetes de veinticinco rublos, ni uno menos. ¡Más todo lo que le robaron, señor! Porque el que robó no dejó huellas, no, vete tú ahora a buscar al ladrón cuando el propio Mitia derrochó a manos llenas. Si es que tenemos un pueblo de bandidos, que no se

preocupan de su alma. Y las mozas... ¡lo que se pudo gastar en las mozas de la aldea! Desde entonces son todos ricos, señor, eso es lo que pasa, señor, porque antes no había más que pobreza». En una palabra, recordó todos los gastos y sacó la cuenta como si tuviera un ábaco. De esta forma, la suposición de que solo se habían gastado mil quinientos y que el resto se lo había guardado en el escapulario se volvió inconcebible. «Yo mismo lo vi, vi que tenía en las manos tres mil rublos, hasta el último kopek, lo vi con estos ojos, y ¡vaya si entiendo de cuentas, señor!», exclamó Trifon Borísovich, que deseaba con toda el alma complacer a la «autoridad». Pero, cuando el interrogatorio pasó al defensor, éste, sin intentar de hecho refutar el testimonio, de pronto empezó a recordar que en aquella primera parranda en Mókroie, un mes antes de la detención, el cochero Timoféi y otro aldeano, Akim, habían recogido del suelo del zaguán cien rublos que se le habían perdido a Mitia en su borrachera y se los habían llevado a Trifon Borísovich, el cual les había dado un rublo a cada uno. «Pues bien, ¿devolvió usted entonces esos cien rublos al señor Karamázov o no?» Trifon Borísovich intentó eludir la cuestión, pero, una vez que se hubo interrogado a los aldeanos, tuvo que reconocer que habían aparecido esos cien rublos y se limitó a añadir que le había devuelto todo el dinero religiosamente a su dueño y que lo había hecho «por pura honradez, porque lo que era el propio Dmitri Fiódorovich, que estaba completamente borracho, difícilmente iba a poder acordarse». Pero, en vista de que antes de que llamaran a testificar a los aldeanos había negado el hallazgo de los cien rublos, su declaración sobre la devolución del dinero al embriagado Mitia fue puesta, lógicamente, en tela de juicio. De este modo uno de los testigos más peligrosos presentados por la fiscalía se retiró bajo sospecha y con la reputación fuertemente dañada. Lo mismo ocurrió con los polacos: éstos comparecieron con aire orgulloso e independiente. Declararon en voz alta que, en primer lugar, ambos «servían a la corona», que «pan Mitia» les había ofrecido tres mil rublos para comprar su honor y que habían visto mucho dinero en sus manos. Pan Musiałowicz intercaló muchísimas palabras polacas en sus frases y al ver que eso lo engrandecía a ojos del presidente y del fiscal, definitivamente cobró nuevos ánimos y se puso a hablar solo en polaco. Pero Fetiukóvich también los atrapó en sus redes: por muchas vueltas que le quiso dar Trifon Borísovich, a quien habían llamado de nuevo, al final tuvo que reconocer que pan Wróblewski había sustituido su baraja de cartas por una propia y que pan Musiałowicz, llevando la banca, había hecho trampas. Esto lo corroboró Kalgánov cuando le llegó el turno de prestar declaración, y ambos panowie se retiraron cubiertos de vergüenza y acompañados de las risas del público.

Y fue sucediendo lo mismo con todos los testigos más peligrosos. Fetiukóvich supo denigrar moralmente a cada uno de ellos y hacer que se marcharan después con el rabo entre las piernas. Los aficionados y los juristas estaban admirados, aunque seguían sin entender si todo eso podría servir para algo importante y decisivo, pues

repito que todos eran conscientes de que la acusación, que iba creciendo cada vez más y haciéndose más trágica, era irrefutable. Pero, viendo el aplomo de aquel «gran mago», se daban cuenta de que él estaba tranquilo y seguían confiando: un «hombre así» no había venido desde San Petersburgo en vano, no era aquél un hombre de los que se vuelven con las manos vacías.

III. El informe médico y una libra de nueces

El informe médico pericial tampoco ayudó mucho al acusado. Parecía que el propio Fetiukóvich no contaba mucho con él, como se vio más tarde. Originalmente se había realizado a petición de Katerina Ivánovna, que había hecho venir expresamente a un médico de renombre desde Moscú. La defensa, naturalmente, no tenía nada que perder y, en el mejor de los casos, sí podía ganar alguna cosa. De todos modos, se produjo una situación un tanto cómica, a causa precisamente de cierta discrepancia entre los médicos. Los peritos eran el célebre doctor venido de Moscú, nuestro doctor Herzenstube y, finalmente, el joven médico Varvinski. Estos dos últimos figuraban también como simples testigos de la fiscalía. El primer interrogado en calidad de perito fue el doctor Herzenstube, un septuagenario canoso, bastante calvo, de estatura mediana y complexión fuerte. En la ciudad se le valoraba y respetaba mucho. Era un médico concienzudo, un hombre bueno y devoto, una especie de Herrnhuter o «hermano moravo», no lo sé con certeza. Vivía en nuestra ciudad desde hacía mucho y se comportaba con extraordinaria dignidad. Era bondadoso y filántropo, trataba a los enfermos pobres y a los campesinos gratuitamente, los visitaba en sus covachas e isbas y les dejaba dinero para medicinas, aunque también era tozudo como una mula. Como se le metiera algo en la cabeza, era imposible hacerle cambiar de idea. Por cierto que ya casi toda la ciudad sabía que el célebre médico forastero, en los apenas dos o tres días que llevaba entre nosotros, se había permitido ciertos comentarios muy ofensivos respecto a las capacidades del doctor Herzenstube. El caso era que, aunque el médico moscovita pedía no menos de veinticinco rublos por visita, algunos en la ciudad se alegraron de su presencia, no escatimaron su dinero y corrieron a pedirle consejo. A todos estos enfermos los había tratado antes el doctor Herzenstube, claro está, y en todas partes el médico de renombre criticaba con excesiva brusquedad sus tratamientos. Al final, en cuanto aparecía un enfermo, le preguntaba directamente: «Bueno, ¿quién le ha estropeado así, Herzenstube? ¡Je, je!». El doctor Herzenstube se enteró de todo esto, claro está. Así pues, estos tres médicos iban a comparecer uno tras otro para ser interrogados. El doctor Herzenstube declaró abiertamente que «la anomalía de las facultades mentales del acusado se percibe por sí sola». A continuación, tras exponer sus consideraciones, que voy a omitir, añadió que dicha anomalía podía apreciarse no solo en muchos ejemplos de su conducta anterior, sino también en esos momentos, incluso en ese mismo instante, y, cuando le pidieron que explicara en qué se apreciaba, el viejo médico, con toda la franqueza que le daba su ingenuidad, señaló que el acusado, al entrar en la sala, «tenía un aire insólito y extraño

dadas las circunstancias, avanzando como un soldado y con la vista al frente, con los ojos fijos, cuando lo más probable en su caso habría sido mirar a la izquierda, donde se sientan las damas, pues es un apasionado del bello sexo y debe de haber pensado mucho en qué dirán ahora de él las damas», concluyó el vejete con su original forma de hablar. Hay que añadir que hablaba ruso frecuentemente y de buena gana, pero las frases le solían salir a la manera alemana, algo que, por cierto, nunca le molestó, pues toda la vida tuvo la debilidad de considerar su ruso modélico, «mejor incluso que el de los rusos», y le gustaba mucho recurrir a los proverbios rusos, asegurando siempre que los proverbios rusos eran los mejores y más expresivos de todos los proverbios del mundo. Señalaré también que al hablar, probablemente por una especie de distracción, a menudo olvidaba las palabras más corrientes, que conocía perfectamente, pero que de repente se le borraban de la memoria sin saber por qué. Por otra parte, solía ocurrirle lo mismo cuando hablaba en alemán y entonces siempre manoteaba delante de su cara, como si buscara atrapar la palabra perdida, y ya nadie podía hacerle continuar la frase empezada mientras no diera con la palabra desaparecida. Su observación sobre que el acusado, al entrar, debería haber mirado a las damas, arrancó un murmullo jocoso entre el público. Todas las damas querían mucho al viejo; también sabían que él, un soltero de por vida, devoto y casto, contemplaba a las mujeres como criaturas superiores e ideales. Por eso a todos les extrañó enormemente esa inesperada observación.

El médico moscovita, interrogado a su vez, confirmó tajante e insistentemente que consideraba anómalo el estado mental del acusado, «incluso en grado sumo». Habló mucho y sabiamente del «arrebato» y la «manía» y concluyó que, según todos los datos reunidos, el acusado, ya varios días antes de su detención, se encontraba en un estado evidente de arrebato enfermizo y, si cometió un crimen, aunque tenía conciencia de lo que hacía, actuó de forma prácticamente involuntaria, sin ninguna fuerza para oponerse a la malsana inclinación moral que se había apoderado de él. Además del arrebato, el médico había detectado en él una manía que pronosticaba, según sus palabras, un camino directo a la demencia completa. (NB: lo transmito con mis propias palabras, el médico se explicó con vocabulario marcadamente científico y especializado.) «Todas sus acciones son contrarias al sentido común y a la lógica. No estoy hablando de lo que no he visto, es decir, del crimen en sí y de toda esa catástrofe, pero incluso anteayer, mientras hablaba conmigo, su mirada era inexplicable e inmóvil. Risas inesperadas cuando no venían a cuento. Irritación continua e incomprensible, palabras extrañas, que si "Bernard", que si "ética", y otras innecesarias.» Pero el médico sobre todo había percibido esa manía en que el acusado era incapaz de hablar de los tres mil rublos que, en su opinión, le habían estafado, sin irritarse sobremanera, mientras que de todas sus demás desgracias y ofensas hablaba y se acordaba con bastante facilidad. Finalmente, según los informes, había sido siempre

así, cada vez que se hacía referencia a los tres mil rublos parecía volverse frenético, aunque al mismo tiempo no faltaban los testimonios de que era desinteresado y desprendido. «En cuanto a la opinión de mi docto colega —agregó irónico el médico moscovita para terminar su discurso— de que el acusado, al entrar a la sala, debería haber mirado hacia las damas, y no al frente, solo diré de semejante conclusión que, aparte de su carácter festivo, es radicalmente errónea; pues, aunque estoy completamente de acuerdo con que el acusado, al entrar a la sala del tribunal donde va a decidirse su suerte no debería mirar tan fijamente al frente y que esto podría, en efecto, tomarse como un indicio de su anómalo estado espiritual en un determinado momento, al mismo tiempo sostengo que debería haber mirado no a la izquierda, a las damas, sino al contrario, a la derecha, buscando con los ojos a su defensor, en cuya asistencia residen todas sus esperanzas y de cuya defensa depende ahora toda su suerte.» El médico expresó su opinión con decisión e insistencia. A la discrepancia entre estos doctos expertos añadió una nota de humor la inesperada conclusión de Varvinski, el último médico en ser interrogado. En su opinión, el acusado tanto ahora como antes era completamente normal y aunque, en efecto, justo antes de su detención debía de estar nervioso y singularmente agitado, el origen de ese estado podía encontrarse en causas muy evidentes: celos, ira, su continuo estado de embriaguez, etcétera. Pero ese nerviosismo no encerraba ningún «arrebato» especial, como se había dicho. En cuanto a si el acusado debía mirar a derecha o izquierda al entrar en la sala, «según su modesta opinión», el acusado debía mirar justo al frente, como había hecho, pues justo enfrente de él estaban sentados el presidente y los miembros del jurado, de quienes dependía toda su suerte, «así que, al mirar al frente, ha demostrado el estado completamente normal de su juicio en este momento», concluyó con ardor su «modesta» declaración el joven médico.

—¡Bravo, galeno! —gritó Mitia—. ¡Eso es!

A Mitia, naturalmente, le pararon los pies, pero la opinión del joven médico tuvo una influencia decisiva tanto en el tribunal como en el público, pues todos estuvieron de acuerdo con él, como se vería después. Por otra parte, el doctor Herzenstube, interrogado ya como testigo, intervino, de forma completamente inesperada, en beneficio de Mitia. Como viejo vecino de la ciudad que conocía desde hacía mucho a la familia Karamázov, hizo algunas declaraciones muy interesantes para la «acusación», y de repente, como si hubiera caído en la cuenta de algo, agregó:

—Y, sin embargo, ese pobre joven podía haber tenido un destino incomparablemente mejor, pues tanto en su infancia como después tuvo buen corazón, eso me consta. Pero un proverbio ruso dice: «Es bueno tener cabeza, pero si se recibe la visita de un hombre inteligente, será aún mejor, pues entonces habrá dos cabezas, en vez de una»...

—Dos cabezas piensan mejor que una —le apuntó impaciente el fiscal, que conocía bien la costumbre del viejo de hablar despacio, extendiéndose, sin turbarse por la impresión que pudiera causar o por hacer esperar: al contrario, valoraba mucho su ingenio de alemán, torpón y siempre risueño y satisfecho de sí mismo. Al vejete le gustaba hacer gracias.

—Ah, sí, sí, eso es lo que estoy diciendo —continuó obstinado—, que una cabeza está bien, pero que dos, bastante mejor. Pero a él no vino a verlo otro con cabeza, y él mandó la suya... ¿Cómo se dice lo que hizo? Esa palabra... lo que le mandó hacer a su cabeza, se me ha olvidado —decía, dándole vueltas a una mano delante de los ojos—, ah, sí, spazieren.

—¿Pasear?

—Pasear, lo que estaba diciendo. Bueno, pues mandó su cabeza a pasear y llegó a un sitio tan profundo que se perdió. Sin embargo, fue un joven noble y sensible, oh, lo recuerdo bien cuando era así de pequeñito, abandonado por su padre en el patio de atrás, corría por la tierra sin botitas y con unos pantaloncitos sujetos por un único botón.

Se percibía cierto tono sensible y emocionado en la voz del honorable viejo. Fetiukóvich pareció estremecerse, como si hubiera presentido algo, y al instante lo atrapó.

—Huy, sí, yo era joven entonces... Tenía, sí, tenía cuarenta y cinco años, acababa de llegar aquí. El niño me dio lástima y me pregunté por qué no comprarle una libra... Vaya, ¿de qué era la libra? He olvidado cómo se llama... una libra de eso que les gusta tanto a los niños, ¿cómo se dice? A ver cómo era... —el médico empezó a manotear otra vez—, crece en los árboles, y las recolectan y las regalan a todo el mundo...

—¿Manzanas?

—¡No, nooo! Una libra, ¡una libra!, las manzanas se venden por decenas, no por libras... No, son muchas y pequeñas, te las pones en la boca y ¡crac!...

—¿Nueces?

—Sí, nueces, lo que yo le decía —corroboró el médico con toda tranquilidad, como si no hubiera estado buscando la palabra—, le llevé una libra de nueces, pues nunca nadie le había llevado todavía nueces al niño, yo levanté un dedo y le dije: «¡Niño! Gott der Vater», él se echó a reír y dijo: «Gott der Vater». «Gott der Sohn». Volvió a reírse y balbuceó: «Gott der Sohn». «Gott der heilige Geist», se rió aun más y pronunció como pudo: «Gott der heilige Geist». Y me fui. Dos días después paso por allí y él me grita: «Señor, Gott der Vater, Gott der Sohn», solo se olvidó de «Gott der heilige Geist», pero yo se lo recordé. Y volvió a darme mucha pena. Pero se lo llevaron, no lo vi más. Y he aquí que pasan veintitrés años y estoy una mañana en mi despacho, ya con el pelo blanco, y de pronto entra un joven lozano al que no reconocí, pero él alzó un dedo y dijo riéndose: «Gott der Vater, Gott der Sohn, Gott der heilige

Geist! Acabo de llegar y he venido a darle las gracias por la libra de nueces, pues nunca nadie me había comprado nueces y usted fue el único que lo hizo». Entonces me acordé de mi feliz juventud y de un pobre niño sin botitas en un patio, y el corazón me dio un vuelco y le dije: «Eres un joven agradecido si toda la vida has recordado esa libra de nueces que te regalé en tu infancia». Lo abracé y lo bendije. Y rompí a llorar. Él se reía, pero también lloraba... pues con mucha frecuencia los rusos ríen cuando hay que llorar. Pero él estaba llorando, yo lo vi. Y ahora, ¡ay!...

—También ahora estoy llorando, alemán, también ahora estoy llorando, ¡eres un hombre de Dios!

Sea como fuere, la anécdota causó en el público una impresión favorable. Pero el principal efecto a favor de Mitia lo causó el testimonio de Katerina Ivánovna, que ahora contaré. En general, cuando empezaron los testigos à décharge, es decir, los citados por el abogado defensor, el destino parecía sonreír a Mitia de veras y —lo que es más notable— de forma inesperada incluso para la defensa. Antes de Katerina Ivánovna había sido interrogado Aliosha, quien de repente había recordado un hecho que parecía incluso un testimonio positivo en contra de uno de los puntos más importantes de la acusación.

IV. La suerte sonrío a Mitia

Sucedió de forma totalmente inesperada incluso para el propio Aliosha. Había sido citado sin prestar juramento y recuerdo que, ya desde las primeras palabras, todas las partes se dirigieron a él con muchísima dulzura y simpatía. Se veía que lo precedía su buena reputación. Aliosha se mostró discreto y contenido, pero en sus declaraciones claramente se abría paso una cálida simpatía por su desgraciado hermano. En respuesta a una de las preguntas, esbozó el carácter de éste como un hombre quizá violento y dominado por las pasiones, pero también noble, orgulloso y magnánimo, dispuesto incluso a sacrificarse si se lo exigían. Reconoció, no obstante, que los últimos días se encontraba en una situación insoportable por culpa de su pasión por Grúshenka y por la rivalidad con su padre. Pero rechazó indignado la sugerencia de que su hermano hubiera podido matar con la intención de robar, aunque sí reconoció que esos tres mil rublos se habían convertido casi en una manía para él, quien los consideraba parte de la herencia que se le había escamoteado por el engaño de su padre y, aunque no era nada avaricioso, era incapaz de hablar de esos tres mil sin exaltarse ni rabiarse. Sobre la rivalidad de aquellas dos «personas», como se expresó el fiscal, esto es, de Grúshenka y Katia, respondió con evasivas y se negó en redondo a responder a una o dos preguntas.

—¿Le dijo al menos su hermano que tenía intención de matar a su propio padre? —preguntó el fiscal y añadió—: Puede no responder si lo cree necesario.

—De forma directa, no —respondió Aliosha.

—Entonces, ¿indirectamente?

—Una vez me habló de su odio físico a padre y de que temía que... en un momento límite... en un momento de repugnancia... quizá pudiera llegar a matarlo.

—Y, al oírle, ¿usted le creyó?

—Temo decir que le creí. Pero siempre he estado seguro de que un sentimiento superior lo salvaría en ese momento fatídico, como en efecto lo salvó, porque él no mató a mi padre —concluyó Aliosha con firmeza y en voz alta, para toda la sala. El fiscal se estremeció, como un caballo en la batalla cuando oye el toque de trompeta.

—Tenga la certeza de que creo totalmente en la plena sinceridad de su convicción, sin condicionarla en absoluto ni identificarla con su amor por su infeliz hermano. Su original manera de ver todo este episodio trágico que se ha desencadenado en su familia ya nos es conocida gracias al sumario. No voy a ocultarle que es peculiar en grado sumo y contrario a todos los demás testimonios recogidos por la fiscalía. Es por eso por lo que considero necesario insistirle: ¿qué datos precisos han guiado su idea y

la han dirigido hasta la conclusión de que su hermano es inocente y de que, por el contrario, el culpable es otra persona, a la que ya señaló directamente en el curso de la instrucción?

—En el curso de la instrucción me limité a responder a las preguntas —dijo Aliosha tranquila y suavemente—, no fui yo quien acusó a Smerdiakov.

—Aun así, ¿lo señaló?

—Lo señalé por unas palabras de mi hermano Dmitri. Antes de que me interrogaran, me habían hablado de lo ocurrido en la detención, cuando declaró contra Smerdiakov. Creo firmemente que mi hermano es inocente. Y, si él no lo mató, entonces...

—¿Smerdiakov? ¿Por qué Smerdiakov, precisamente? Y, concretamente, ¿por qué está usted tan seguro de la inocencia de su hermano?

—No puedo dejar de creer a mi hermano. Sé que él no me mentiría. Vi en su cara que no me estaba mintiendo.

—¿Solo en su cara? ¿Ésas son todas sus pruebas?

—No tengo más.

—Y para la culpabilidad de Smerdiakov ¿tampoco se basa en ninguna otra prueba que no sean las palabras de su hermano y la expresión de su rostro?

—No, no tengo otra prueba.

Con eso el fiscal puso fin a sus preguntas. Las respuestas de Aliosha habían producido una impresión decepcionante en el público. Antes del juicio ya se había hablado de Smerdiakov, alguien había oído algo, alguien había indicado algo, se hablaba de Aliosha, de que había reunido unas pruebas extraordinarias en favor de su hermano y de la culpabilidad del lacayo, y ahora resulta que no había nada, ninguna prueba excepto el convencimiento moral, algo tan natural siendo el hermano del acusado.

Pero Fetiukóvich ya había empezado a preguntar. A la pregunta de cuándo exactamente le había dicho el acusado que odiaba a su padre y que podría matarlo y que si esto se lo había oído, por ejemplo, en su último encuentro antes de la tragedia, Aliosha de repente se estremeció mientras respondía, como si solo entonces hubiera recordado y comprendido algo:

—Acabo de recordar una circunstancia que había olvidado por completo, entonces me resultó tan confusa, pero ahora...

Y Aliosha, animado, pues por lo visto solo en ese momento, repentinamente, había caído en la cuenta, recordó que la última vez que vio a Mitia, al anochecer, junto al árbol, de camino al monasterio, su hermano, mientras se golpeaba el pecho, «la parte superior del pecho», le repitió varias veces que tenía un medio para reparar su honor, que ese medio estaba ahí, justo ahí, en su pecho...

—Entonces pensé que, al golpearse el pecho, estaba hablando de su corazón — continuó Aliosha—, de que en su corazón podría encontrar fuerzas para salir de alguna terrible vergüenza que lo estaba acechando y que ni siquiera se atrevía a confesarme a mí. Admito que entonces pensé que hablaba de padre y que se estremecía, como avergonzado, por la idea de ir a su casa y cometer algún acto de violencia, pero justo en ese momento se estaba señalando algo en el pecho, y recuerdo haber pensado fugazmente que el corazón no está en esa parte del pecho, sino más abajo, y él se estaba golpeando bastante arriba, aquí, justo debajo del cuello, no dejaba de señalarse este punto. Esta idea me pareció entonces tonta, pero ¡quizá estuviera señalando el escapulario al que había cosido los mil quinientos rublos!...

—¡Justo! —gritó Mitia—. Es así, Aliosha, ¡lo estaba golpeando con el puño!

Fetiukóvich se precipitó hacia él implorándole que se tranquilizara, y al mismo tiempo se concentró en Aliosha. Éste, entusiasmado por lo que acababa de recordar, expuso con ardor su suposición de que aquella vergüenza obedecía, con toda probabilidad, a que, teniendo encima mil quinientos rublos que habría podido devolver a Katerina Ivánovna, la mitad de su deuda con ella, había decidido, a pesar de todo, no devolvérselos y utilizarlos para otra cosa, esto es, para marcharse con Grúshenka, si es que ella accedía...

—Eso es, eso es —exclamó Aliosha con inesperada agitación—, mi hermano, precisamente, no dejaba de exclamar que podría deshacerse en cualquier momento de la mitad, de la mitad de su vergüenza; lo repitió varias veces: ¡la mitad!... Pero que era tan infeliz por su debilidad de carácter que no lo haría... ¡Sabía de antemano que no podía y que no tenía fuerzas para hacerlo!

—Y ¿usted recuerda firme, claramente, que él se golpeaba en ese punto del pecho? —repitió con ansiedad Fetiukóvich.

—Firme y claramente, porque me pregunté por qué se golpearía tan arriba cuando el corazón está más abajo, y enseguida me pareció una idea estúpida... recuerdo que me pareció estúpida... se me ocurrió enseguida. ¡Por eso me ha venido a la cabeza ahora! ¿Cómo he podido olvidarlo? Precisamente estaba señalando el escapulario, dando a entender que tenía los medios, pero que no iba a devolver esos mil quinientos. Y cuando lo detuvieron en Mókroie gritó (lo sé porque me lo han contado) que la mayor vergüenza de su vida había sido que, teniendo medios para devolver la mitad (¡la mitad!) de la deuda a Katerina Ivánovna y no pasar por ladrón delante de ella, aun así resolvió no hacerlo y prefirió seguir siendo un ladrón a sus ojos que desprenderse del dinero. ¡Cuánto sufría, cuánto sufría por esa deuda! —exclamó Aliosha como conclusión.

Naturalmente, también intervino el fiscal. Le pidió a Aliosha que describiera otra vez cómo había sucedido todo y preguntó reiteradamente si era exacto que el

acusado, al golpearse el pecho, parecía señalar algo. ¿No estaría simplemente dándose golpes de pecho con el puño?

—¡Es que no era con el puño! —exclamó Aliosha—. Justamente estaba señalando con los dedos, y señalaba aquí, muy arriba... ¿Cómo he podido olvidarlo?

El presidente le preguntó a Mitia qué podía decir a propósito de este testimonio. Mitia confirmó que había sido exactamente así, que él había señalado los mil quinientos rublos que llevaba en el pecho, justo debajo del cuello y que, naturalmente, era una vergüenza, «una vergüenza, no voy a negarlo, ¡la acción más vergonzosa de toda mi vida! —gritó—. Podía haberlos devuelto y no lo hice. Preferí seguir siendo un ladrón a sus ojos, no los devolví, y lo más vergonzoso es que sabía de antemano que no los iba a devolver. ¡Aliosha tiene razón! ¡Gracias, Aliosha!».

Y así terminó el interrogatorio de Aliosha. Lo importante, lo significativo había sido, precisamente, la circunstancia de que al menos había aparecido un dato, al menos uno, una prueba, por pequeña que fuera, apenas un indicio de prueba, pero que confirmaba mínimamente que ese escapulario había existido de verdad, que en él había habido mil quinientos rublos y que el acusado no había mentado durante la instrucción del sumario, cuando había declarado en Mókroie que los mil quinientos «eran míos». Aliosha estaba contento; se dirigió, todo colorado, al lugar que le habían indicado. Y durante un buen rato siguió repitiéndose: «¿Cómo he podido olvidarlo? Pero ¿cómo he podido olvidarlo? ¡Y que no me haya acordado hasta ahora!».

Empezó el interrogatorio a Katerina Ivánovna. En cuanto apareció, algo extraordinario sucedió en la sala. Las damas cogieron sus impertinentes y anteojos, algunos hombres empezaron a agitarse, otros se estiraban en el sitio para ver mejor. Todos asegurarían después que Mitia se puso pálido «como un pañuelo» en cuanto ella entró. Toda de negro, con modestia y casi con timidez se acercó al sitio que le indicaban. Era imposible adivinar por su cara si estaba inquieta, pero había un brillo de resolución en su mirada oscura, sombría. Hay que señalar que muchos afirmarían después que en ese momento estaba increíblemente bella. Empezó a hablar suavemente pero con claridad, para toda la sala. Se expresaba con mucha tranquilidad o, al menos, esforzándose por estar tranquila. El presidente empezó sus preguntas con cautela, con un respeto extraordinario, como si temiera tocar «determinadas fibras» y respetara la enorme desdicha. Pero ya en sus primeras palabras la propia Katerina Ivánovna reconoció con firmeza ante una de las preguntas formuladas que había sido la prometida formal del acusado «hasta el momento en que él me abandonó...», añadió serena. Cuando le preguntaron sobre los tres mil rublos confiados a Mitia para su envío por correo a sus familiares, dijo sin vacilar:

—No se los di para que los enviara directamente, por entonces presentía que le hacía falta dinero... en ese momento. Le di los tres mil con la condición de que los

enviara, si quería, en el plazo de un mes. Se ha estado torturando en vano por esa deuda...

No voy a reproducir con exactitud todas las preguntas y todas sus respuestas, me limitaré a reproducir el sentido esencial de su testimonio:

—Estaba completamente segura de que conseguiría enviar aquellos tres mil rublos en cuanto los obtuviera de su padre —continuó, respondiendo a las preguntas—. Siempre estuve segura de su desinterés y de su honradez... de su gran honradez... en cuestiones de dinero. Él estaba completamente seguro de que obtendría tres mil rublos de su padre y varias veces me habló de ello. Yo sabía que tenía una disputa con su padre y siempre estuve convencida, y lo sigo estando, de que su padre lo había agraviado. No recuerdo ninguna amenaza a su padre por su parte. Al menos en mi presencia no dijo nada, ninguna amenaza. Si hubiera venido a verme, enseguida le habría tranquilizado respecto a esos tres mil nefastos rublos que me debía, pero ya no vino... y yo... yo me vi en tal posición... que no podía pedirle que viniera... Además, no tenía ningún derecho a exigirle nada por la deuda —añadió de repente, y algo resolutivo resonó en su voz—, en una ocasión yo misma recibí de él un favor monetario por una cantidad superior a tres mil rublos, y lo acepté a pesar de que no podía prever cuándo estaría en condiciones de poder saldar mi deuda.

En el tono de su voz podía detectarse cierto desafío. Precisamente en ese momento el turno de preguntas pasó a Fetiukóvich.

—Eso no sucedió aquí, sino al principio de su relación, ¿no? —Fetiukóvich siguió por ese camino, avanzando con cautela, pues presentía que podía favorecerlos. (Señalaré entre paréntesis que, a pesar de que había venido de San Petersburgo en parte por iniciativa de la propia Katerina Ivánovna, él no sabía nada del episodio de los cinco mil rublos que Mitia le había dado en la otra ciudad ni de la «reverencia hasta el suelo». ¡No se lo había contado, se lo había ocultado! Lo cual era sorprendente. Es más que probable que hasta el último momento ni siquiera ella misma supiera si iba a contar ese episodio en el juicio y que estuviera esperando alguna clase de inspiración.)

¡Nunca podré olvidar aquellos momentos! Ella empezó a contar, lo contó todo, todo el episodio que Mitia había revelado a Aliosha, también la «reverencia hasta el suelo», y los motivos, y habló de su padre, y de su aparición en casa de Mitia, pero no dijo ni una palabra, no hubo una sola alusión a que Mitia, por vía de su hermana, había propuesto «que le enviaran a Katerina Ivánovna a buscar el dinero». Eso lo ocultó con generosidad y no tuvo vergüenza de dar a conocer que ella, ella misma, había ido corriendo a casa de un joven oficial, en un arrebato, confiando en algo... para obtener de él dinero. Fue algo conmovedor. Yo sentí escalofríos al oírla, la sala estaba inmóvil, escuchando cada palabra con avidez. Era algo sin igual, nadie habría esperado de una joven tan autoritaria y desdeñosamente orgullosa como ella un testimonio tan extremadamente sincero, tal sacrificio, tal inmolación. Y ¿para qué? ¿Para quién? Para

salvar a quien la había traicionado y ofendido, para contribuir aunque fuera mínimamente a su salvación, para dar una buena impresión de él. Y, en efecto, la imagen del oficial entregando sus últimos cinco mil rublos —todo lo que le quedaba en la vida— y haciendo una respetuosa reverencia ante una muchacha inocente resultaba simpática y encantadora, pero... ¡el corazón se me encogió dolorosamente! Sentía que lo que podía surgir más tarde (y surgió, ¡claro que surgió!) era la calumnia. Comentarían después por toda la ciudad, entre risas maliciosas, que acaso el relato no había sido del todo exacto, concretamente en el punto en que el oficial había dejado que la señorita se fuera, «únicamente, al parecer, con una respetuosa reverencia». Se insinuaba que ahí se había «omitido» algo. «Incluso si no ha habido omisiones, si se ha dicho toda la verdad —decían hasta nuestras damas más honorables—, sigue sin estar clara una cosa: ¿era aquél un proceder noble para una joven, por mucho que lo hiciera para salvar a su padre?» ¿De verdad Katerina Ivánovna, con su inteligencia, con su perspicacia enfermiza, no había presentido que dirían esas cosas? Seguro que sí, pero decidió contarlo todo. Desde luego, todas aquellas sucias dudas sobre la veracidad del relato no empezaron hasta más tarde, pues en el primer momento todo el mundo estaba conmocionado. En cuanto a los miembros del tribunal, escucharon a Katerina Ivánovna en un silencio reverencial, por así decir, casi pudoroso. El fiscal no se permitió ni una pregunta más sobre ese tema. Fetiukóvich se inclinó profundamente ante ella. ¡Oh, ya estaba casi festejándolo! Había conseguido mucho: ¿un hombre entrega en un noble impulso sus últimos cinco mil rublos y ese mismo hombre mata después a su padre una noche para robarle tres mil? Resultaba en parte incongruente. Ahora Fetiukóvich, como mínimo, podía descartar el robo. De pronto, la «causa» aparecía bañada por una nueva luz. Cierta simpatía se extendió rápidamente en favor de Mitia. En cuanto a él... de él contaron que, durante el testimonio de Katerina Ivánovna, se levantó un par de veces repentinamente de su asiento para volver a caer en el banquillo y taparse la cara con las manos. Pero, cuando ella acabó, de pronto exclamó con voz compungida, tendiéndole las manos:

—Katia, ¿por qué me has destruido?

Y prorrumpió en ruidosos sollozos. No obstante, se repuso en un momento y volvió a gritar:

—¡Ahora estoy condenado!

Después se quedó como entumecido, apretando los dientes y con los brazos cruzados sobre el pecho. Katerina Ivánovna permaneció en la sala en una silla que le indicaron. Estaba pálida y con la cabeza baja. Quienes estaban cerca de ella contaron que estuvo un buen rato temblando, como si tuviera fiebre. Apareció Grúshenka para declarar.

Me voy aproximando a la catástrofe que, al desencadenarse repentinamente, pudo acarrear, de hecho, la ruina de Mitia. Pues estoy convencido, como lo está todo el

mundo, y también los juristas lo dirían después, que, de no haber sido por ese episodio, al menos habrían sido más indulgentes con el criminal. Pero enseguida hablaré de eso. Primero dos palabras sobre Grúshenka.

Se presentó en la sala toda vestida de negro, con su bonito chal negro sobre los hombros. Suavemente, con sus andares inaudibles, con un leve balanceo, tal como caminan a veces las mujeres gruesas, se acercó a la balaustrada mirando atentamente al presidente y sin echar ni una sola vez una ojeada a derecha o a izquierda. En mi opinión, estaba muy bella en ese momento, en absoluto pálida, como afirmarían después las damas. También dijeron que su expresión era maligna y parecía concentrada en algo. Yo creo simplemente que estaba enojada y que sentía penosamente sobre ella las miradas entre desdeñosas y curiosas de nuestro público ávido de escándalos. Tenía un carácter orgulloso, no soportaba el desdén; era de esas personas que, en cuanto empiezan a sospechar que alguien las desprecia, se inflaman con furia y ansias de desquite. A eso, desde luego, se le sumaba la timidez, y la vergüenza íntima por ser tímida, de modo que no es extraño que su forma de hablar fuera cambiante, unas veces iracunda, otras desdeñosa y marcadamente grosera, y otras, de pronto, con una nota sincera y cordial de acusación y condena de sí misma. Pero a veces hablaba igual que si estuviera precipitándose a algún abismo: «Me da igual lo que ocurra, lo diré de todas formas»... Sobre su relación con Fiódor Pávlovich comentó bruscamente: «Todo eso son tonterías, ¿qué culpa tengo yo de que se encariñara de mí?». Pero un minuto después añadió: «Yo tengo la culpa de todo, me burlé del uno y del otro, del viejo y de éste, yo los conduje al desastre. Todo ha ocurrido por mi culpa». De algún modo, salió el tema de Samsónov: «Eso no le importa a nadie —se revolvió, en un tono de insolente desafío—, fue mi benefactor, me recogió cuando estaba descalza, cuando mis parientes me echaron de la isba». El presidente, muy cortésmente, por cierto, le recordó que debía responder a las preguntas sin entrar en detalles superfluos. Grúshenka se ruborizó, los ojos le brillaron.

No había visto el sobre con el dinero, solo le había oído decir al «malvado» que Fiódor Pávlovich tenía un sobre con tres mil rublos.

—Todo eso no son más que tonterías, yo me estaba burlando, no habría ido allí por nada del mundo...

—¿A quién se refiere con el «malvado»? —se interesó el fiscal.

—Al lacayo, a Smerdiakov, el que mató a su señor y se colgó ayer.

Por supuesto, le preguntaron al instante en qué se basaba para una acusación tan categórica, pero resultó que tampoco ella tenía en qué basarse.

—Así me lo dijo Dmitri Fiódorovich, pueden creerle. Esa mujer que se ha interpuesto entre nosotros es quien lo ha llevado a la ruina, eso es, ella es la causa de todo, eso es —añadió Grúshenka temblando de odio, y una nota de maldad comenzó a resonar en su voz.

Quisieron saber a quién aludía esta vez:

—A la señorita, a esa de ahí, a Katerina Ivánovna. Me llamó para que fuera a verla, me sirvió chocolate, pretendía engatusarme. De verdad que tiene poca vergüenza, eso es...

En ese momento el presidente la interrumpió con severidad y le pidió que midiera sus palabras. Pero el corazón de la celosa mujer ya se había enardecido, estaba dispuesta a lanzarse al abismo...

—En el momento de la detención en Móvroie —preguntó el fiscal haciendo memoria—, todos la vieron y oyeron gritar, mientras usted salía de otro cuarto: «Yo tengo la culpa de todo, ¡cumpliremos juntos la pena!». Por lo tanto, ¿tenía usted ya la convicción en ese momento de que él era un parricida?

—No recuerdo mis sentimientos de entonces —respondió Grúshenka—, todos gritaban que él había matado a su padre y yo sentí que había sido por mi culpa, que lo había matado por mí. Pero, en cuanto dijo que era inocente, le creí, sigo creyéndole y le voy a creer siempre: no es un hombre de los que mienten.

Era el turno de preguntas de Fetiukóvich. Recuerdo que le preguntó por Rakitin y los veinticinco rublos «por haber llevado a su casa a Alekséi Fiódorovich Karamázov».

—No tiene nada de sorprendente que aceptara el dinero —Grúshenka sonrió con maldad y desprecio—, siempre venía llorando a pedirme dinero, solía sacarme unos treinta al mes, sobre todo para caprichos: para comer y beber no me necesitaba.

—Y ¿por qué razón era usted tan generosa con el señor Rakitin? —aprovechó la ocasión Fetiukóvich, a pesar de que el presidente no paraba de agitarse.

—Resulta que es mi primo. Mi madre y su madre son hermanas. Siempre me ha suplicado que no se lo contara a nadie, se avergüenza mucho de mí.

Este nuevo hecho dejó sorprendido a todo el mundo, nadie en la ciudad lo sabía hasta entonces, ni en el monasterio, ni el propio Mitia. Contaban que Rakitin se puso rojo de vergüenza en su asiento. Grúshenka, antes de entrar en la sala, por alguna razón se había enterado de que Rakitin había declarado en contra de Mitia y montó en cólera. Todo el anterior discurso del señor Rakitin, toda su nobleza, sus ocurrencias sobre el régimen de servidumbre, sobre el desorden civil de Rusia, todo esto había quedado definitivamente cancelado y suprimido en la opinión general. Fetiukóvich estaba satisfecho, se había encontrado otro regalo llovido del cielo. Pero, en general, no estuvieron mucho rato interrogando a Grúshenka y, desde luego, no podía contar nada especialmente nuevo. Dejó en el público una impresión muy desagradable. Cientos de miradas de desprecio se clavaron en ella cuando, una vez concluido su testimonio, ocupó su asiento en la sala, bastante lejos de Katerina Ivánovna. Durante el interrogatorio, Mitia guardó silencio, mirando fijamente al suelo, como petrificado.

Compareció el testigo Iván Fiódorovich.

V. Una catástrofe inesperada

He de señalar que lo habían citado antes que a Aliosha. Pero el secretario judicial informó al presidente de que, debido a una indisposición repentina o alguna clase de ataque, el testigo no podía comparecer en ese momento, pero que, en cuanto se repusiera, estaría dispuesto a ofrecer testimonio a cualquier hora. Esto no lo oyó nadie, nos enteraríamos más tarde. Al principio su presencia no fue percibida: los principales testigos, sobre todo las dos rivales, ya habían sido interrogados; por el momento la curiosidad estaba satisfecha. En el público se advertía hasta cansancio. Aún tenían que escuchar a varios testigos que probablemente ya no podrían contar nada especial en vista de que ya se había dicho todo. El tiempo pasaba. Iván Fiódorovich se acercó extraordinariamente despacio, sin mirar a nadie e incluso con la cabeza baja, como si estuviera enfurruñado, pensando en algo. Iba impecablemente vestido pero su semblante transmitía una impresión —al menos para mí— enfermiza: ese rostro parecía estar tocado por la tierra, parecía la cara de un moribundo. Tenía los ojos turbios, los alzó y recorrió la sala lentamente. Aliosha por poco se levanta de la silla y gimió, ¡ay! Yo me acuerdo, pero fueron pocos los que se enteraron.

El presidente empezó con que era un testigo sin juramento, que podía testificar o guardar silencio, pero que todo lo que dijera, por supuesto, debía decirlo a conciencia, etcétera, etcétera. Iván Fiódorovich escuchaba y le miraba confuso, pero de pronto en su rostro empezó a formarse una sonrisa y cuando el presidente, que le miraba sorprendido, hubo terminado de hablar, él se echó a reír.

—¿Algo más? —preguntó en voz alta.

Toda la sala guardó silencio como si presintiera algo. El presidente se alarmó.

—¿Puede... puede que no se encuentre aún bien? —dijo mientras buscaba con la mirada al secretario judicial.

—No se preocupe, señoría, estoy bastante bien y puedo contarle algo muy curioso —respondió Iván Fiódorovich con calma y respeto total.

—¿Tiene alguna información especial que presentar? —continuó el presidente que seguía desconfiando.

Iván Fiódorovich bajó los ojos, esperó unos segundos y, alzando de nuevo la cabeza, respondió casi tartamudeando:

—No... no la tengo, no tengo nada especial.

Empezaron a formularle preguntas. Respondía a todas desganado, brevemente, incluso con una repugnancia que iba en aumento, aunque, por lo demás, lo hacía juiciosamente. Muchas veces pretextó desconocimiento. No sabía nada de las cuentas

de su padre con Dmitri Fiódorovich. «No me dedicaba a eso», dijo. Había oído al acusado amenazar con matar a su padre. En cuanto al paquetito del dinero lo sabía por Smerdiakov...

—Lo mismo una y otra vez —cortó de repente, extenuado—, no puedo decirle al tribunal nada especial.

—Veo que no se encuentra bien y comprendo sus sentimientos —dijo el presidente.

Empezaba a mirar a las partes, al fiscal y al abogado defensor, para saber si consideraban necesario plantear alguna cuestión, cuando Iván Fiódorovich pidió con voz exánime:

—Deje que me vaya, señoría, no me encuentro nada bien.

Con estas palabras y sin esperar la autorización, se dio la vuelta e iba a salir de la sala, pero después de dar unos cuatro pasos se detuvo, como si le hubiera dado vueltas a algo, sonrió en silencio y volvió a su puesto.

—Yo, señoría, soy como una muchacha campesina... cómo era eso... «Si quiero, salto; si quiero, no salto». Van a buscarla con un sarafán o una paniova para que salte, para atarla y llevarla a su boda, y ella dice: «Si quiero, salto; si quiero, no salto»... Es algo de nuestro carácter nacional...

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó el presidente muy serio.

—Aquí está —de repente Iván Fiódorovich sacó un paquetito de dinero—, aquí está el dinero... el que estaba en el otro sobre —señaló la mesa con las pruebas materiales—, por el que mataron a mi padre. ¿Dónde lo dejó? Señor secretario judicial, déselo.

El secretario judicial cogió el envoltorio y se lo entregó al presidente.

—Y ¿cómo ha podido hacerse usted con ese dinero?... Si es que es el mismo —dijo el presidente sorprendido.

—Lo recibí de manos de Smerdiakov, del asesino, ayer. Estuve con él antes de que se colgara. Él mató a mi padre y no mi hermano. Él le mató y yo le enseñé a matar... ¿Quién no desea la muerte de su padre?...

—¿Está usted en su sano juicio? —se le escapó sin querer al presidente.

—Pues claro que estoy en mi sano juicio... en un juicio infame, en el mismo que usted y que todos estos... ¡descarados! —se volvió hacia el público—. Han matado a un padre y ellos fingen espanto —hizo rechinar los dientes con violento desprecio—. Se hacen gestos unos a otros, ¡farsantes! Todos desean la muerte de su padre. Un reptil devorará a otro reptil... De no haber habido un parricidio todos se habrían enfadado y marchado molestos... ¡Un circo! ¡Pan y circo! Claro que también quien lo dice... ¿Tienen agua? ¡Denme de beber, por el amor de Dios! —de repente se llevó las manos a la cabeza.

El secretario se acercó a él rápidamente. Aliosha se puso en pie de un salto y empezó a gritar: «Está enfermo, no le crean, ¡sufre un delirium trémens!». Katerina Ivánovna se levantó precipitadamente e, inmóvil por el espanto, miraba a Iván Fiódorovich. Mitia se estiró y con una sonrisa torcida y salvaje miraba y escuchaba ansioso a su hermano.

—¡Tranquilícense! No estoy loco, ¡solo soy un asesino! —Iván volvió a empezar—. No hay que pedirle elocuencia a un asesino... —añadió a saber por qué y se echó a reír descompuesto.

El fiscal se inclinó sobre el presidente visiblemente confuso. Los miembros del tribunal cuchicheaban agitados. Fetiukóvich era todo oídos. La sala aguardaba pasmada. El presidente se recobró.

—Testigo, sus palabras son ininteligibles e inadmisibles aquí. Tranquilícese si puede y cuéntenos... si de verdad tiene algo que contarnos. ¿Cómo puede corroborar esa confesión?... Si es que no está delirando.

—Ése es el caso, que no tengo testigos. El perro de Smerdiakov no os va a enviar una declaración desde el otro mundo... en un sobre. Les gustaría tener más sobres, pero con uno es suficiente. No tengo testigos... Excepto puede que uno —sonrió pensativo.

—¿Quién es su testigo?

—Tiene rabo, señoría, ¡no será adecuado! Le diable n'existe point! No le hagáis caso, es un diablo malillo, insignificante —añadió, dejando de reír y en tono semiconfidencial—, seguro que está por aquí, ahí debajo de la mesa con las pruebas materiales, ¿qué mejor sitio para él? ¿Lo ven? Escúchenme, yo le dije: no quiero callarme, pero él decía algo de un cataclismo geológico... ¡tonterías! En fin, liberad al monstruo... Ha entonado un himno, ha sido porque se siente bien. Es igual que el borracho canalla desentonando «Vanka se ha ido a Píter» y por dos segundos de alegría habría dado un cuatrillón de cuatrillones. ¡Ustedes no me conocen! ¡Qué absurdo es todo esto que tienen aquí! ¡Llebadme a mí en su lugar! Para algo he venido, ¿no? ¿Por qué, por qué todo, sea lo que sea, es tan absurdo?...

Y de nuevo empezó a contemplar la sala lentamente, como si estuviera reflexionando. Pero ya todo el mundo estaba alterado. Aliosha se disponía a correr hacia él, pero el secretario judicial ya estaba sujetando a Iván Fiódorovich del brazo.

—¿Qué es todo esto? —gritó contemplando fijamente la cara del secretario y, de pronto, tras agarrarle por los hombros, le tiró con rabia al suelo. La guardia llegó a tiempo, le sujetaron y él soltó un lamento frenético. Y, mientras se lo llevaban, se lamentaba y gritaba cosas incoherentes.

Hubo un gran alboroto. No lo iré recordando por orden, pues yo mismo estaba alterado y no pude seguirlo todo. Solo sé que después, cuando ya regresó la calma y todos comprendimos qué había ocurrido, al secretario judicial le cayó una reprimenda,

aunque éste argumentó a la autoridad que el testigo había estado bien todo el rato, que le había visto un médico una hora antes, cuando le dio un ligero mareo, pero que antes de entrar en la sala hablaba con coherencia, así que había sido imposible predecir nada, y que él, además, había insistido en que quería testificar. Y antes de llegar siquiera a tranquilizarnos un poco y a recuperarnos de esta escena, se desencadenó otra: Katerina Ivánovna se volvió histérica. Se echó a llorar entre aullidos, pero no quería irse, se soltaba, suplicaba que no se la llevaran y, de pronto, le gritó al presidente:

—Tengo que prestar un nuevo testimonio, inmediatamente... ¡inmediatamente! Ahí tiene ese papel, una carta... ¡tenga! ¡Léala de prisa, de prisa! Es una carta de ese monstruo, ¡de ése, de ése! —Señalaba a Mitia—. Él mató a su padre, ya lo verá, ¡escribe cómo iba a matar a su padre! Y el otro está enfermo, enfermo, ¡sufre un delirium trémens! Lleva así tres días.

Gritaba fuera de sí. El secretario cogió el papel que ella le tendía al presidente. Katerina Ivánovna se derrumbó en la silla y en silencio, convulsivamente, empezó a sollozar temblando y ahogando el más mínimo gemido por temor a que la echaran de la sala. El papel que había entregado era la carta de Mitia desde la taberna Ciudad Capital, que Iván Fiódorovich había calificado de documento de importancia «matemática». ¡Ay!, precisamente la aceptaron con exactitud matemática y de no haber sido por esa carta quizá Mitia no habría caído o, al menos, no con tanto horror. Repito que fue difícil seguir los detalles. Todavía ahora se me aparece como un tumulto. Probablemente el presidente informó del nuevo documento al tribunal, al fiscal, al abogado defensor y al jurado. Solo recuerdo que empezaron a preguntar a la testigo. A la pregunta de si se había tranquilizado, que le dirigió suavemente el presidente, Katerina Ivánovna respondió precipitadamente:

—¡Estoy lista, estoy lista! Estoy en condiciones de responderles —añadió después, por lo visto seguía temiendo que no la escucharan. Le pidieron que explicara más detalladamente qué carta era ésa y en qué condiciones la había recibido—. La recibí la víspera del crimen y él la había escrito un día antes en la taberna, por lo tanto dos días antes del crimen, fíjense, ¡está escrita en una cuenta! —gritó quedándose sin respiración—. Por entonces él me odiaba porque se había comportado como un canalla y se había ido tras esa mala criatura... y porque además me debía esos tres mil... Sí, se sentía agraviado por esos tres mil y por su propia mezquindad. Esto es lo que ocurrió con los tres mil rublos, les pido, les suplico que me escuchen: tres semanas antes de matar a su padre, vino a verme una mañana. Sabía que necesitaba dinero y sabía para qué, sí, precisamente para seducir a esa mujerzuela y llevársela con él. Sabía que me había traicionado y que quería dejarme, y yo, yo misma le di entonces el dinero, yo misma se lo ofrecí como si fuera para que se lo enviara a mi hermana a Moscú. Mientras se lo entregaba, le miré a la cara y le dije que podía enviarlo cuando

quisiera, «incluso dentro de un mes». Pero ¿cómo, cómo no pudo comprender lo que le estaba diciendo a la cara? «Necesitas el dinero para traicionarme con esa mujerzuela, bien, aquí tienes el dinero, yo misma te lo doy, ¡cógelo si es que eres tan mezquino como para cogerlo!...» Quería ponerlo a prueba y ¿qué pasó? Que lo cogió, sí, lo cogió y se fue y se lo gastó allí con esa mujerzuela, en una sola noche... Pero lo comprendió, comprendió que yo lo sabía, les aseguro que entonces comprendió también que, al darle el dinero, solo le estaba poniendo a prueba: ¿sería tan mezquino como para coger mi dinero? Yo le miraba a los ojos, y él a mí, y lo comprendió, lo comprendió y lo cogió, lo cogió ¡y se fue con mi dinero!

—¡Es verdad, Katia! —Mitia empezó a vociferar—. Te miré a los ojos y comprendí que me estabas denigrando pero, aun así, ¡cogí tu dinero! ¡Despreciad a este canalla, despreciadle todos! ¡Se lo merece!

—Acusado —exclamó el presidente—, una palabra más y haré que le expulsen.

—Ese dinero le atormentaba —continuó Katia con prisa convulsiva—, él quería devolvérmelo, es verdad que quería, pero también necesitaba dinero para ésa. Y entonces mató a su padre, pero aun así no me devolvió el dinero y se fue con ella a esa aldea donde le atraparon. De nuevo a despilfarrar el dinero que le había robado a su padre, asesinado. Y un día antes de matar a su padre me escribió esa carta, la escribió borracho, ya me di cuenta entonces, la escribió por maldad y sabiendo, seguro que lo sabía, que yo nunca se la enseñaría a nadie, incluso si él mataba. O no la habría escrito. ¡Sabía que yo no iba a querer vengarme ni destruirle! Pero léanla, léanla atentamente. Con más atención, por favor. Y verán que en ella lo describe todo antes de tiempo: cómo va a matar a su padre y donde tiene éste el dinero. Miren esa frase; no se la pierdan, por favor: «Lo mataré en cuanto Iván se vaya». Es decir, que había estado dándole vueltas a cómo hacerlo —le sugirió Katerina Ivánovna al tribunal con malévolos alegrías, venenosas. Estaba claro que había leído la fatídica carta al detalle y que había estudiado cada letra—. Si no hubiera estado borracho, no me habría escrito, pero miren, ahí está todo escrito de antemano, punto por punto, y así mató después a su padre, ¡es todo un plan!

Hablaba fuera de sí y, claro está, desafiando todas las consecuencias, aunque naturalmente las había previsto puede que un mes antes, porque ya entonces había soñado temblando de rabia: «¿No debería leer un juez esta carta?». Y ahora parecía volar montaña abajo. Creo recordar que la carta fue leída en voz alta por el secretario y que causó una impresión abrumadora. Le preguntaron a Mitia:

—¿Reconoce esta carta?

—¡Es mía, mía! —exclamó Mitia—. ¡No la habría escrito de no haber estado borracho!... Nos hemos odiado por muchas cosas, Katia, pero te juro, te juro que te quería cuando te odiaba, y ¡tú a mí no!

Se desplomó retorciéndose los brazos desesperado. El fiscal y el abogado empezaron a pisarse las preguntas siempre en este sentido: «¿Qué le ha llevado a ocultar este documento hace un momento y a declarar en un tono y espíritu tan distinto?»

—Sí, sí, antes he mentado, era todo mentira, en contra de mi honor y mi conciencia, pero antes quería salvarlo por odiarme y despreciarme así —decía Katia como loca—. Oh, me ha despreciado muchísimo, siempre me ha despreciado y, ¿saben?, me ha despreciado desde el momento en que me postré a sus pies por ese dinero. Pude verlo... Ya entonces lo supe pero no quise creerlo. Cuántas veces habré leído en sus ojos: «Tú sola viniste a mí». Ay, él no lo comprendió, no comprendió para nada por qué fui a verle entonces, ¡únicamente es capaz de sospechar bajezas! Me midió según su rasero, piensa que todos son como él —dijo, le rechinaban los dientes con furia, estaba completamente exaltada—. Y solo quería casarse conmigo por mi herencia, ¡solo por eso! ¡Siempre he sospechado que era por eso! ¡Oh, ese animal! Siempre ha creído que iba a temblar toda la vida de vergüenza porque entonces fui a verle, y que podía despreciarme eternamente por ello y tener poder sobre mí, ¡por eso quería casarse conmigo! ¡Así es, así es! Intenté vencerle con mi amor, con mi amor sin fin, incluso resolví soportar su traición pero él no comprendió nada, ¡nada! Pero ¿acaso es capaz de comprender algo? ¡Es un monstruo! Recibí la carta solo al día siguiente por la tarde, me la trajeron de la taberna. Y todavía esa misma mañana quería perdonárselo todo, incluso su traición.

El presidente y el fiscal la tranquilizaron. Estoy seguro de que les incomodaba aprovecharse de su estado de nervios y escuchar tales confesiones. Oí que le dijeron: «Comprendemos lo difícil que es para usted, créanos, somos capaces de entenderlo» y otras cosas similares, pero, aun así le sacaron la declaración a un mujer enloquecida e histérica. Por fin Katerina Ivánovna describió con la excepcional claridad que a menudo, aunque sea por un instante, surge en momentos tan tensos, que Iván Fiódorovich casi se había vuelto loco en estos dos últimos meses por intentar salvar «a ese monstruo y asesino», a su hermano.

—Se ha estado torturando —exclamó—, solo quería atenuar su culpa confesándome que él tampoco quería a su padre y que puede que hubiera deseado su muerte. ¡Ay, esa conciencia profunda, profunda! La conciencia le torturaba. Me lo contó todo, todo, venía a verme todos los días y hablaba conmigo como su único amigo. ¡Tengo el honor de ser su único amigo! —exclamó, desafiante de repente y con mirada centelleante—. Fue dos veces a ver a Smerdiakov. En una ocasión vino a verme y dijo: «Si no lo ha matado mi hermano, sino Smerdiakov (porque todos rumoreaban que lo había matado Smerdiakov), entonces puede que yo también sea culpable: Smerdiakov sabía que no quería a mi padre y quizá haya pensado que yo deseaba esa muerte». Entonces yo saqué la carta y se la enseñé y terminó de convencerse de que

había sido su hermano, algo que le destrozó. ¡No podía aceptar que su hermano fuera un parricida! Y no hace ni una semana que le vi caer enfermo. Los últimos días, en mi casa, deliraba. Veía cómo estaba perdiendo la cabeza. Caminaba y deliraba, le han visto por la calle. El médico que vino a petición mía le examinó anteayer y me dijo que está cerca de la fiebre cerebral, ¡todo por él, por ese monstruo! Y ayer se enteró de que Smerdiakov había muerto... Se quedó tan afectado que se volvió loco... y todo por culpa de ese monstruo, ¡todo por salvar a ese monstruo!

Sin duda hablar y confesarse así solo es posible una vez en la vida, en el momento de morir, por ejemplo, camino del cadalso. Pero el carácter de Katia era así, también en ese momento. Era la impetuosa Katia que corrió a casa de un joven inmoral para salvar a su padre; la misma Katia que poco antes, delante de todo ese público, orgullosa y casta, se había ofrecido en sacrificio a sí misma y había comprometido su pudor de doncella al hablar del «noble proceder de Mitia» para suavizar aunque fuera un poco la suerte que le aguardaba. Y he aquí que ahora volvía a ofrecerse en sacrificio, pero esta vez era por otro, pues puede que solo ahora, solo en ese momento, por primera vez sintiera y comprendiera de verdad cuánto quería a ese otro. Se había inmolado asustada por él, pues comprendía que se estaba destruyendo al declarar que era él quien había matado a su padre y no su hermano. Ella se había inmolado para salvarle a él, su buen nombre, su reputación. Sin embargo, apareció algo terrible, una pregunta: ¿había difamado a Mitia al describir su antigua relación con él? No, no, ella no le había calumniado intencionadamente cuando gritaba que Mitia la despreciaba por su reverencia hasta el suelo. Ella creía —estaba profundamente convencida, tal vez desde la misma reverencia— que el simplón de Mitia, que por entonces la idolatraba, se burlaba de ella y la despreciaba. Y solo desde el orgullo sintió por él un amor histérico y doloroso, desde su orgullo herido, y ese amor no parecía amor, sino venganza. Ay, puede que de ese amor doloroso hubiera surgido uno auténtico, puede. Katia no deseaba otra cosa, pero Mitia la agravió con su traición en lo más profundo de su alma, y el alma no perdona. El momento de la venganza había desaparecido inesperadamente, pero todo lo acumulado larga y dolorosamente en el pecho de la mujer agraviada estalló también inesperadamente. Había traicionado a Mitia, pero ¡también se había traicionado a sí misma! Y, naturalmente, en cuanto consiguió expresarse, la tensión cesó y sintió que la vergüenza la oprimía. Volvieron los ataques de nervios, se derrumbó entre gritos y sollozos. Se la llevaron. Mientras la sacaban de la sala, Grúshenka se lanzó sobre Mitia con un lamento, no dio tiempo a retenerla.

—¡Mitia —se desgañitaba—, esa víbora te ha destruido! ¡Hay que ver cómo se ha puesto en evidencia! —gritaba al tribunal, temblando de furia. A una señal del presidente la sujetaron y se dispusieron a sacarla de la sala. Ella no se dejó, se revolvió

y se soltaba para volver con Mitia. Éste empezó a gritar y también corrió hacia ella. Los dominaron.

Imagino que las damas que estaban observando se quedaron contentas: el espectáculo era rico. Después recuerdo que compareció el médico que había venido desde Moscú. Parece que antes de todo esto el presidente había enviado al secretario para que se prestara asistencia a Iván Fiódorovich. El médico informó al tribunal de que el enfermo tenía un acceso peligrosísimo de fiebre y de que era necesario trasladarlo inmediatamente. A preguntas del fiscal y del abogado defensor, confirmó que el paciente había ido a verle dos días antes y que ya entonces le había pronosticado fiebres inminentes, pero que no había querido tratarse. «Su estado mental de ningún modo era normal, me confesó que había tenido visiones, que veía por la calle a gente que ya había muerto y que el diablo iba a visitarle todas las tardes», concluyó. Después de esta declaración, el famoso médico se retiró. La carta presentada por Katerina Ivánovna fue incorporada a las pruebas materiales. Tras una deliberación, el tribunal dispuso continuar con la fase probatoria e incluir en el acta los dos inesperados testimonios, el de Katerina Ivánovna y el de Iván Fiódorovich.

Pero ya no voy a describir las posteriores instrucciones. Además, los testimonios de los demás testigos solo repitieron y confirmaron los anteriores, aunque cada uno con sus particularidades. Pero repito que todo se reduciría a un único punto en la intervención del fiscal, a la que pasaré ahora. Todos estábamos agitados, todos estábamos electrizados por la última catástrofe y con ardiente impaciencia esperábamos el desenlace cuanto antes, los alegatos de ambas partes y la sentencia. Fetiukóvich estaba visiblemente conmocionado por el testimonio de Katerina Ivánovna. El fiscal, por su parte, se sentía triunfador. Cuando hubo acabado la fase probatoria, se declaró un descanso en la sesión que se alargó casi una hora. Por fin el presidente dio comienzo a los alegatos. Creo que eran las ocho en punto de la tarde cuando nuestro fiscal Ippolit Kirílovich empezó su discurso inculpatario.

VI. El alegato del fiscal

Ippolit Kirílovich empezó su discurso inculpatario sacudido por un temblor nervioso, con sudor frío primero y luego enfermizo en la frente y en las sienes, sintiendo que el frío y el calor se alternaban en su cuerpo. Él mismo lo contaría después. Consideraba este discurso su *chef d'oeuvre*, le *chef d'oeuvre* de su vida, su canto del cisne. Lo cierto es que murió nueve meses después a causa de una terrible tisis, así que efectivamente habría tenido derecho a compararse con un cisne entonando su último canto si hubiera presentido su final. Puso en ese discurso todo su corazón y todo cuanto había en su cabeza, e inesperadamente demostró que en ella se ocultaban cierto sentimiento cívico y cuestiones «malditas», al menos en la medida en que nuestro pobre Ippolit Kirílovich había sido capaz de meterlas ahí dentro. Lo principal es que sus palabras fueron sinceras: creía sinceramente en la culpabilidad del acusado, no le acusaba solo por oficio, por cumplir con su deber y, mientras exigía castigo, vibraba por el deseo de «salvar a la sociedad». Incluso el público femenino, aunque hostil a Ippolit Kirílovich, reconoció haber recibido una impresión extraordinaria. Empezó con voz cascada, quebrada, pero se rehízo rápidamente y resonó por toda la sala, y ya fue así hasta el final. Pero, nada más terminar, por poco no se desmaya.

—Señores miembros del jurado —empezó—, el presente caso ha recorrido toda Rusia. Pero ¿qué tiene de sorprendente? ¿Por qué ha causado tanto espanto? Y ¿por qué especialmente a nosotros? ¡Si estamos muy acostumbrados a todo esto! Ahí reside el horror: en que casos tan tenebrosos casi han dejado de ser terribles para nosotros. De eso hay que espantarse, de nuestra costumbre, y no del crimen en particular de uno u otro individuo. ¿Dónde están las causas de nuestra indiferencia, de nuestra relación casi tibia con estos casos, con estos signos del tiempo que nos profetizan un futuro poco envidiable? ¿En nuestro cinismo, en el agotamiento antes de hora de la inteligencia e imaginación de nuestra sociedad, todavía tan joven, pero tan prematuramente caduca? ¿En nuestros principios morales destruidos hasta los cimientos o en que quizá ni siquiera tenemos esos principios morales? No voy a solucionar estas cuestiones; sin embargo, son dolorosas y todos y cada uno de los ciudadanos no solo debe, sino que está obligado a sufrir por ellas. Nuestra prensa recién nacida y todavía tímida ha prestado ya, sin embargo, varios servicios a la sociedad, pues sin ella nunca habríamos conocido, en cierta medida, los horrores de una voluntad licenciosa y de la decadencia moral que ininterrumpidamente transmiten sus páginas a todo el mundo, no solo a quienes frecuentan las salas del nuevo juicio público que hoy día nos ha concedido el zar. Y ¿qué podemos leer casi a diario? Oh, a

cada minuto cosas que hacen palidecer nuestro caso y que lo convierten en algo casi habitual. Pero lo más importante es que muchos de los procesos criminales rusos, nacionales, ponen de manifiesto precisamente algo general, una tragedia común con la que estamos familiarizados y contra la que ya es difícil combatir, al igual que contra el mal común. Ahí tenéis a ese joven y brillante oficial de la alta sociedad que, apenas empezada su vida y su carrera, vilmente, con calma, sin ningún remordimiento de conciencia, apuñaló a un funcionario de bajo rango, que había sido en parte su benefactor, y a su criada para robarle el comprobante de su deuda con él, así como todo el dinero: «Me venía bien para mis placeres de aristócrata y para el porvenir de mi carrera». Después de apuñalarles, se fue no sin haber colocado antes una almohada debajo de la cabeza de los dos muertos. Luego tenemos a un joven héroe que exhibe numerosas cruces por su valentía, pero que, como un bandido, en una carretera principal, da muerte a la madre de su jefe y benefactor e, instigando a sus compañeros, les asegura que «ella le quiere como a un hijo y por eso sigue todos sus consejos y no tomará ninguna medida de precaución». Son unos monstruos, pero ahora, en nuestra época, ya no me atrevo a decir que son los únicos monstruos. Puede que otras personas no apuñalen, pero piensan y sienten exactamente igual que ellos, en su alma hay la misma falta de honradez. En un momento de calma, a solas con su conciencia, quizá esas personas se pregunten: «¿Qué es el honor? ¿No es la sangre un prejuicio?». Puede que algunos griten en mi contra y digan que soy un hombre enfermizo, histérico, que digo calumnias monstruosas, deliro, exagero. Que lo hagan, sí, Dios mío ¡yo sería el primero en alegrarme! Ah, no me crean, tómenme por un enfermo, pero aun así recuerden mis palabras: y es que si solo es verdad una décima o una vigésima parte de mis palabras ¡ya es terrible! Contemplan, señores, contemplan cómo nuestros jóvenes se pegan tiros, ay, sin la más mínima pregunta hamletiana, además, sobre «¿Qué habrá más allá?», sin indicios de ella, como si este capítulo sobre nuestro espíritu y sobre todo lo que nos espera más allá de la tumba llevara mucho tiempo borrado en su naturaleza, enterrado y cubierto de arena. Contemplan, finalmente, nuestro libertinaje, a nuestros lujuriosos. Fiódor Pávlovich, la infeliz víctima de este proceso, es casi un niño inocente en comparación con alguno de ellos. Y todos lo conocíamos, «entre nosotros vivía»... Sí, puede que alguna vez mentes privilegiadas, nuestras y europeas, se dediquen a la psicología del crimen ruso, pues el tema lo vale. Pero este estudio se llevará a cabo más adelante, en tiempo de ocio, y cuando toda la trágica barahúnda del momento actual haya pasado a otro plano, más distante, así que podrá emprenderlo gente más inteligente e imparcial que, por ejemplo, yo. Ahora o nos horrorizamos o fingimos que nos horrorizamos mientras saboreamos el espectáculo como amantes de las emociones fuertes, extravagantes, que animan nuestro ocio cínico e indolente; o como niños pequeños espantamos con las manos a los fantasmas terribles y escondemos la cabeza en la almohada hasta que pase la

terrible visión, para poco después olvidarla entre diversiones y juegos. Pero en algún momento también nosotros tendremos que empezar a vivir juiciosa y reflexivamente, también nosotros tendremos que dirigir la mirada hacia nosotros mismos como sociedad, también nosotros tendremos que comprender, aunque sea un poco, nuestra cosa pública o, al menos, establecer los inicios para su comprensión. Un gran escritor de otra época, al final de la más grande de sus obras, al representar a toda Rusia como una audaz troika galopando hacia un objetivo desconocido, exclama: «¡Ay, troika, troika alada, quién te ha inventado!», y con entusiasmo y orgullo añade que ante la troika al galope todos los pueblos se apartan respetuosamente. Así, señores, dejemos que se aparten, con respeto o no, pero, según mi pecador parecer, el genial artista terminó así su obra, o bien en un arranque de mentalidad bienintencionada, infantil e inocente, o bien simplemente temía a la censura de entonces. Pues, si a esa troika enganchas solo a los héroes de su novela, a los Sobakévich, Nozdriov y Chíchikov, da igual a quién pongas de cochero, ¡esos caballos no te llevarán a nada bueno! Y esos eran los caballos de antes, ¿qué pasaría si engancháramos a los de ahora?...

En este punto el discurso de Ippolit Kirílovich se vio interrumpido por algunos aplausos. El liberalismo de la imagen de la troika rusa había gustado. Cierto es que solo se escaparon dos o tres aplausos, así que el presidente no tuvo necesidad de dirigirse al público con la amenaza de «vaciar la sala» y solo miró severamente hacia el lado de los entusiastas. Pero Ippolit Kirílovich se animó: ¡era la primera vez que le aplaudían! ¡Durante tantos años nadie había querido oír a su persona y ahora tenía la posibilidad de intervenir para toda Rusia!

—En realidad —continuó—, ¿de dónde sale esa estirpe de los Karamázov que de repente ha merecido ser tristemente conocida por toda Rusia? Puede que exagere un poco, pero a mí me parece que en la estampa de esta familia están presentes ciertos elementos básicos y generales de nuestra sociedad intelectual contemporánea, oh, no todos los elementos, y además solo de forma microscópica, «como el sol en una pequeña gota de agua», pero aun así algo se refleja, aun así algo se manifiesta. Vean a ese viejo infeliz, desenfrenado e inmoral, ese «padre de familia» que terminó su existencia de forma tan triste. Un noble de nacimiento que empezó su carrera como un pobre gorrón y que, por medio de un matrimonio imprevisto y repentino, se hizo con el pequeño capital de una dote: al principio fue un pillo insignificante y un bufón adulator con un germen de facultades mentales bastante fuerte, por cierto, y, sobre todo, un usurero. Con los años, esto es, con el aumento de su pequeño capital, se va animando. Desaparecen la humillación y la adulación, permanecen únicamente el cínico burlón y malvado y el lujurioso. Su parte espiritual está completamente borrada y su sed de vida es excepcional. Todo se redujo a que no ve en la vida más que placeres voluptuosos, y así educó a sus hijos. No había obligación espiritual alguna como padre. Se burla de ellos, cría a sus hijos pequeños en el patio de atrás y se

alegra de que se los lleven. Incluso llega a olvidarse por completo de ellos. Todas las reglas morales del viejo son après moi le déluge. Todo lo contrario a la noción de ciudadano, se aísla por completo, hasta con hostilidad, de la sociedad: «Ya puede arder el mundo, mientras a mí me vaya bien». Y le va bien, está completamente satisfecho, espera vivir otros veinte o treinta años. Estafa a su propio hijo con la herencia de su madre, pues no quiere dársela, y le quita a éste, a su propio hijo, la amante. No, no quiero cederle la defensa del acusado a un abogado de gran talento venido desde San Petersburgo. Yo mismo diré la verdad, pues yo también comprendo la cantidad de indignación con que el padre alimentó el corazón de su hijo. Pero ya basta, basta ya de hablar del infeliz viejo, él ya obtuvo su recompensa. Recordemos, sin embargo, que era un padre, uno de los clásicos padres de hoy. ¿Ofenderé a la sociedad si digo que es uno de los muchos padres de hoy? Oh, lo que pasa es que muchos de estos padres no manifiestan su opinión con tanto cinismo como éste, pues son más educados, más instruidos pero, en esencia, la filosofía es casi la misma. Quizá sea ahora pesimista, quizá. Pero ya habíamos acordado que me iban a perdonar. Lleguemos a un acuerdo: ustedes no me crean, no me crean, yo voy a hablar y ustedes no me crean. Aun así, dejen que me exprese, aun así quédense con alguna de mis palabras. Pero aquí están los hijos de este viejo, de esta estirpe: uno está frente a ustedes en el banquillo de los acusados, a partir de ahora todo mi discurso será sobre él. De los otros solo hablaré por encima. De estos otros, el mayor es uno de esos jóvenes de ahora con una educación brillante, de inteligencia bastante potente y que, sin embargo, ya no cree en nada, que ya ha renegado de muchas cosas en su vida, y las ha borrado, demasiadas, exactamente igual que su padre. Todos le hemos oído, fue recibido con afecto en nuestro mundo. No callaba sus opiniones, todo lo contrario, lo que me hace ser valiente y hablar de él con cierta franqueza, claro que no de él como individuo particular, sino como miembro de la familia Karamázov. Ayer murió aquí (se suicidó a las afueras de la ciudad) un idiota enfermo muy ligado a esta causa; había sido el criado de Fiódor Pávlovich y, quizá, su hijo ilegítimo: Smerdiakov. Durante la instrucción preliminar me contó, entre lágrimas histéricas, que el joven Karamázov, Iván Fiódorovich, le había horrorizado con su incontinencia espiritual. «Según él, todo está permitido, sea lo que sea, y en adelante nada debe prohibirse, eso es lo que me enseñaba», decía. Parece que el idiota, por estas tesis que le enseñaron, se volvió definitivamente loco, aunque, por supuesto, en ese desorden mental también influyeron su mal caduco y toda la catástrofe que se había desencadenado en la casa. Pero este idiota soltó una observación muy curiosa, que honraría a un observador más inteligente que él, y por eso la menciono: «Si hay un hijo que, por carácter, se parece más a Fiódor Pávlovich, ése es Iván Fiódorovich». Y con esta observación interrumpo la descripción iniciada, pues creo que no está bien seguir. Oh, no quiero sacar más conclusiones y, como un cuervo agorero, adivinar solo ruina

en un joven destino. Hoy hemos visto aquí, en esta sala, que la fuerza espontánea de la verdad todavía vive en su joven corazón, que los sentimientos de apego familiar todavía no han sido extinguidos por su falta de fe y su cinismo moral, adquirido éste más por herencia que por sufrimiento auténtico de sus ideas. Luego tenemos al otro hijo, oh, todavía es un niño, piadoso y humilde, en contraposición a la concepción del mundo sombría y corrupta de su hermano, y que busca aferrarse, por así decirlo, a los «principios nacionales» o a eso que se denomina con una palabrita compleja en determinados rincones teóricos de nuestra clase pensante. Ya han visto, se aferró al monasterio, a punto estuvo de tomar los hábitos. Me parece que en él se ha manifestado, como inconscientemente y muy pronto, esa tímida desesperación con la que ahora muchos en nuestra pobre sociedad, asustados por su cinismo y su depravación y atribuyendo erróneamente todo el mal a la ilustración europea, se arrojan al «terruño», como dicen ellos, en un abrazo maternal, llamémoslo así, con la tierra natal, como niños asustados por fantasmas que ansían quedarse tranquilamente dormidos al pecho seco de su debilitada madre e, incluso, dormir toda su vida con tal de no ver los horrores que les asustan. Por mi parte, yo le deseo todo lo mejor a este joven bueno y talentoso, deseo que su joven benignidad y su aspiración a los principios del pueblo no se conviertan más tarde, como sucede con tanta frecuencia, en sombrío misticismo, en cuanto a moral se refiere, y en torpe chovinismo por el lado cívico, dos cualidades que quizá sean una amenaza mayor para la nación incluso que la temprana corrupción por culpa de lo erróneamente comprendido y de lo adquirido en vano de la ilustración europea, que es de lo que adolece su hermano mayor.

El misticismo y el chovinismo volvieron a arrancar aplausos. Y, claro está, Ippolit Kirílovich estaba entusiasmado, aunque todo esto no tuviera mucho que ver con el caso, por no hablar de que resultaba bastante confuso, pero este hombre tísico y enrabiado tenía demasiadas ganas de expresarse al menos una vez en su vida. Después se diría en la ciudad que en la descripción de Iván Fiódorovich se había guiado por un sentimiento poco delicado, porque este último le había hecho morder el polvo públicamente en una o dos discusiones e Ippolit Kirílovich, que no lo había olvidado, buscaba vengarse. Pero no sé si es posible sacar esta conclusión. En cualquier caso, todo esto había sido el preámbulo: a continuación el alegato fue más directo y pegado al tema.

—Y aquí tenemos al tercer hijo de un padre de una familia actual —continuó Ippolit Kirílovich—, en el banquillo de los acusados, frente a nosotros. También están frente a nosotros sus proezas, su vida y sus obras: el momento ha llegado, todo se ha desplegado, todo se ha descubierto. En contraposición al «européismo» y a los «principios nacionales» de sus hermanos, él parece representar Rusia tal cual es, no todo, no toda, ¡Dios nos ampare si fuera toda! Y, sin embargo, aquí está ella, nuestra Rusita, puede olerse, sentirse, ¡madre! Ay, nosotros somos espontáneos, tenemos el

bien y el mal sorprendentemente mezclados, somos unos apasionados de la Ilustración y de Schiller y, al mismo tiempo, alborotamos por las tabernas y arrancamos la barba a los borrachines, a nuestros compañeros de botella. Sí, solemos ser buenos y maravillosos, pero solo cuando nos va bien a nosotros mismos. Por el contrario, estamos casi poseídos —en efecto poseídos— por los más nobles ideales, pero solo con la condición de que se realicen solos, de que aparezcan sobre la mesa como caídos del cielo y, lo más importante, que sean gratis, gratis, que no haya que pagar nada por ellos. No nos gusta nada pagar, pero sí nos gusta mucho cobrar, y así con todo. Ah, dadnos todos los bienes posibles de la vida (exactamente todos los posibles, no nos resignamos a menos) y, sobre todo, no os opongáis lo más mínimo a mis costumbres y, entonces, os demostraremos que podemos ser buenos y maravillosos. No somos codiciosos, no: sin embargo, dadnos dinero, más, mucho más, todo cuanto sea posible, y veréis con qué generosidad, con qué desprecio del vil metal lo despilfarramos en una sola noche de juerga vertiginosa. Y, si no nos dan el dinero, os mostraremos cómo sabemos conseguirlo cuando lo deseamos mucho. Pero ya hablaremos de eso, vayamos por orden. Primero, tenemos delante a un pobre niño abandonado, ay, «sin botas en el patio de atrás», como ha dicho hace poco nuestro honorable y estimado conciudadano de procedencia extranjera. Vuelvo a repetirlo: ¡no voy a cederle a nadie la defensa del acusado! Seré fiscal y abogado. Sí, señor, nosotros también somos personas, somos humanos, y sabemos sopesar cuánto pueden influir en el carácter las primeras impresiones de la niñez y del hogar familiar. Y entonces el niño ya ha crecido, es un joven, un oficial al que destierran a una remota ciudad fronteriza de nuestra bendita Rusia por su conducta violenta y por batirse en duelo. Allí sirve, se va de juerga y, ya se sabe, a gran río, gran puente. Necesitamos recursos, ante todo recursos, y entonces, después de largos litigios, su padre y él pactan los últimos seis mil rublos que le son enviados. Fíjense en que él extiende un documento y en que existe una carta suya en la que prácticamente renuncia al resto y con esos seis mil se termina la disputa con su padre por la herencia. Entonces conoce a una joven de gran carácter y educación. Huy, no me atrevo a repetir los pormenores, acaban de oírlos ustedes, hay honor, hay espíritu de sacrificio, así que yo guardaré silencio. La imagen del joven frívolo y libertino pero que se inclina ante la auténtica nobleza, ante una idea suprema, se nos ha aparecido despertando gran simpatía. Pero justo después, en esta misma sala del juzgado, inesperadamente se nos mostró el reverso de la medalla. De nuevo no me atrevo a hacer suposiciones y me abstendré de analizar por qué ha sucedido. Aunque hubo razones para que sucediera. La misma persona, llorando por una indignación largamente oculta, nos informa de que el mismo de antes la ha despreciado por su proceder imprudente, irresistible, pero aun así sublime, generoso. En el novio de la muchacha se deslizó esa sonrisa burlesca, lo único que ella no podía soportar de él. Sabiendo que él ya la había traicionado (la había traicionado

convencido de que en adelante ella debía soportar cualquier cosa de él, incluso la traición), sabiendo esto, ella le ofrece a propósito tres mil rublos y claramente, demasiado claramente le da a entender que le está ofreciendo dinero para que la traicione: «¿Qué harás, lo aceptarás? ¿Vas a ser tan cínico?», le dice ella en silencio con mirada juzgadora y penetrante. Él la mira, comprende perfectamente su idea (él mismo ha reconocido aquí que lo había comprendido) y se apropia sin reservas de los tres mil y ¡los derrocha en dos días con su nueva amante! ¿Qué debemos creer? ¿La primera leyenda, el arranque de sublime nobleza que entrega sus últimos medios de vida y se inclina ante la virtud, o el reverso de la medalla, tan detestable? Normalmente en la vida, ante los dos extremos de la verdad, hay que buscar el centro; en el presente caso no es así. Lo más probable es que en el primer caso él fuera sinceramente noble, y en el segundo mezquino, también sinceramente. ¿Por qué? Porque somos de naturaleza amplia, somos Karamázov, aquí es donde quiero llegar, capaces de tener todos los extremos posibles y de contemplar al mismo tiempo dos abismos, uno encima de nosotros, el abismo de los grandes ideales, y otro debajo, el abismo de la decadencia más ruin y nauseabunda. Recuerden la brillante idea expresada recientemente por un observador joven que ha examinado de cerca y en profundidad a toda la familia Karamávoz, el señor Rakitin: «La sensación de decadencia ruin es igual de imprescindible para esas naturalezas desenfrenadas, impetuosas, como la sensación de gran nobleza», y es verdad: ellos necesitan continua e incesantemente esa mezcla poco natural. Dos abismos, señores, dos abismos y en el mismo momento, sin ellos somos desgraciados y nos sentimos insatisfechos, nuestra existencia está incompleta. Somos extensos, extensos igual que nuestra madre Rusia, lo abarcamos todo y vivimos en armonía con todo. Por cierto, señores del jurado, nos hemos referido a los tres mil rublos y voy a permitirme anticiparme un poco. Imaginen por un momento que esta persona que ya ha conseguido el dinero, además de qué forma, con qué vergüenza, mediante la mayor humillación, bueno, pues imagínense que ese mismo día estuvo en condiciones de apartar la mitad, coserla a un escapulario y después durante un mes tener la fuerza de llevarla al cuello, ¡a pesar de todas sus tentaciones y excesivas necesidades! Ni en sus borracheras por las tabernas, ni cuando tuvo que irse de la ciudad para conseguir a saber de quién el dinero que tanto necesitaba para arrancar a su amada de las tentaciones de su rival, su propio padre, él no se decide a tocar ese escapulario. Aunque, precisamente para no dejar que su amada fuera tentada por el viejo, de quien tantos celos tenía, debería haber descosido el escapulario y haberse quedado en casa vigilando constantemente a su amada, esperando el momento en que al fin le dijera: «Soy tuya», para irse con ella lo más lejos posible de este ambiente fatídico. Pero no, él no toca ese talismán, ¿con qué pretexto? El primer pretexto, ya lo hemos dicho, era tener con qué marcharse cuando le dijeran: «Soy tuya, llévame donde quieras». Pero este primer pretexto, según las propias palabras del acusado,

palideció ante el segundo. Mientras llevara encima el dinero «soy un canalla, no un ladrón», dice, pues siempre puedo ir a ver a mi novia, a la que he agraviado, mostrarle la mitad de la suma de la que me he apropiado de mala fe y decirle: «¿Lo ves? He estado de juerga con la mitad de tu dinero y así te he demostrado que soy un hombre débil e inmoral y, si quieres, un canalla (por decirlo con las palabras del acusado), pero aunque soy un canalla, no soy un ladrón, pues, si fuera un ladrón, no te traería el dinero que me queda, sino que me lo habría quedado, como la otra mitad». ¡Una explicación sorprendente! Ese mismo hombre enfurecido, pero débil, que no pudo evitar la tentación de aceptar tres mil rublos con tanta vergüenza, ese mismo hombre siente de pronto tal firmeza estoica y lleva al cuello miles de rublos ¡sin atreverse a tocarlos! ¿Coincide esto de alguna manera con el carácter que hemos examinado! No, y voy a permitirme contarles cómo habría actuado en esa situación el auténtico Dmitri Karamázov, si de verdad se hubiera decidido a coser el dinero al escapulario. Ante la primera tentación, para agasajar de nuevo a su nueva amada, con la que despilfarró la primera mitad del dinero, habría descosido el escapulario y separado, no sé, pongamos que primero solo cien rublos, pues tampoco es indispensable devolver la mitad, esto es, mil quinientos, es suficiente con mil cuatrocientos; aún podía decir: «Soy un canalla, pero no un ladrón, porque te he traído mil cuatrocientos rublos, y un ladrón se habría quedado con todo y no te habría traído nada». Después, pasado un tiempo, volvería a descoser el escapulario y a sacar unos segundos cien, después unos terceros, unos cuartos y para fin de mes ya estaría sacando los penúltimos cien; llevaría al menos cien, y aun así podría decir: «Soy un canalla, no un ladrón. He gastado veintinueve billetes de cien, pero he devuelto uno, un ladrón no lo habría devuelto». Finalmente, tras gastarse esos penúltimos cien, miraría los últimos y se diría: «En realidad, no merece la pena devolver solo cien, ¡vamos a gastarlos!». Así habría actuado el auténtico Dmitri Karamázov, el que conocemos. Es imposible imaginarse algo más contradictorio con la realidad que la historia del escapulario. Es posible presuponer cualquier cosa, excepto eso. Pero ya volveremos sobre esta cuestión.

Tras recalcar por orden todo lo que se había conocido en el curso del juicio sobre las disputas patrimoniales y las relaciones familiares entre padre e hijo e infiriendo una vez más que, según los datos conocidos, no había la más mínima posibilidad de determinar la repartición de la herencia, quién había contado de más y quién de menos, Ippolit Kirílovich mencionó a los expertos médicos a propósito de los tres mil rublos metidos en la cabeza de Mitia como una idea fija.

VII. Una visión histórica

—Los expertos médicos se han esforzado en demostrarnos que el acusado no está en su sano juicio y que es un maniaco. Yo afirmo que sí está en su juicio, y lo que es peor: si no lo hubiera estado, habría sido bastante más inteligente. En cuanto a lo de que sea un maniaco, estaría de acuerdo pero solo en un punto, aquel en el que los expertos han señalado la visión del acusado respecto a los tres mil rublos que supuestamente su padre no le pagó. No obstante quizá se pueda encontrar un punto de vista mucho más inmediato para explicar la exaltación constante del acusado a cuenta de ese dinero que su disposición a la locura. Por mi parte, coincido plenamente con la opinión del joven médico, quien considera que el acusado goza y ha gozado de plenas y normales facultades mentales, y que solo estaba irritado y rabioso. Ése es el caso: no son los tres mil rublos, no era la cantidad en sí el objeto de su rabia continua y frenética, sino que existía una causa especial que despertó su ira: ¡los celos!

Aquí Ippolit Kirílovich desarrolló ampliamente el cuadro de la fatídica pasión del acusado por Grúshenka. Empezó desde el mismo momento en que el acusado se dirigió a ver a una «persona joven» para «zurrarla», explicó Ippolit Kirílovich utilizando las palabras de él, «pero en lugar de zurrarla se quedó a sus pies, y así empezó su amor. Al mismo tiempo el viejo, el padre del acusado, pone los ojos en esa misma persona, una coincidencia sorprendente y funesta, pues ambos corazones se inflamaron a la vez, aunque tanto el uno como el otro ya conocían y habían visto a esa persona, pero ambos corazones se encendieron con una pasión irrefrenable, con la pasión propia de los Karamázov. Tenemos la confesión de ella: “Yo me burlaba de ambos”. Sí, de pronto ella quiso burlarse de los dos, antes no, pero de repente se le metió en la cabeza ese propósito, y todo acabó con que ambos cayeron rendidos ante ella. El viejo, que adoraba al dinero como a un dios, enseguida dispone tres mil rublos solo para que ella visite su morada, pero poco después llega a un punto en que podría encontrar la felicidad en el hecho de poner a los pies de ella su nombre y toda su fortuna con tal de que acceda a convertirse en su legítima esposa. Tenemos testimonios sólidos de esto. En cuanto al acusado, su tragedia es patente, está delante de nosotros. Pero ése era el “juego” de la joven. Al infeliz joven la hechicera no le da ni esperanzas, pues solo le dio esperanzas, esperanzas auténticas en el último momento, cuando él, de rodillas ante su torturadora, le tendió unas manos que ya estaban manchadas con la sangre de su padre y rival: justo en esta posición fue detenido. “¡Enviadme con él a prisión! ¡Yo le he llevado a esto! ¡Yo soy la mayor culpable”, exclamaba la mujer sinceramente arrepentida en el momento de la

detención. Un joven de talento que ha tomado a su cargo la tarea de describir el presente caso —el señor Rakitin, al que ya he citado—, en unas pocas frases cortas y características, define el carácter de esta heroína: “Una prematura desilusión, un prematuro engaño y caída, la traición del novio o seductor que la abandonó, después la pobreza, la maldición de su respetable familia y, finalmente, la protección de un viejo rico, al que, por lo demás, ella todavía considera su benefactor. En un corazón joven, que puede que encierre muchas cosas buenas, se refugió la ira demasiado pronto. Se formó una persona cautelosa, que acumulaba capital. Se formó la burla malvada y las ganas de vengarse de la sociedad”. Después de esta descripción, está claro que ella fue capaz de burlarse de ambos solo como un juego, como un juego rabioso. Y en ese mes de amor desesperado, de decadencias morales, de traicionar a su novia y apropiarse de un dinero ajeno confiado a su honor, el acusado llega casi a la histeria, a la locura, por culpa de sus incesantes celos ¿de quién? ¡De su propio padre! Además, el viejo insensato tienta y seduce al objeto de su pasión con los tres mil rublos que el hijo considera su patrimonio, la herencia de su madre, por lo que censura a su padre. Estoy de acuerdo, ¡fue muy duro suportarlo! Es posible que apareciera la manía. Pero no se trataba del dinero, sino de que por ese dinero y por un cinismo tan repugnante ¡se desmoronaba su felicidad!».

A continuación Ippolit Kirílovich pasó a cómo había nacido paulatinamente en el acusado la idea del parricidio, y la examinó paso a paso.

—Al principio solo gritamos por las tabernas, todo un mes estuvimos gritando. Ay, nos gusta estar con gente e informarla de todo, incluso de nuestras ideas más infernales y peligrosas, nos gusta departir con la gente y, no se sabe por qué, enseguida reclamamos que la gente nos responda con plena simpatía, que se identifique con nuestras preocupaciones e inquietudes, que nos haga coro y no se oponga a nuestras costumbres. O nos enfadaremos y destruiremos la taberna. —Y siguió el relato sobre el capitán asistente Sneguiriov—. Quienes vieron y oyeron al acusado ese mes acabaron teniendo la sensación de que quizá ya no se trataba solo de gritar y amenazar al padre, sino de que ante tal frenesí era posible que de las amenazas pasara a los hechos. —Y el fiscal describió el encuentro familiar en el monasterio, las conversaciones con Aliosha y la escena escandalosa y violenta en la que el acusado irrumpió en casa de su padre después de comer—. No pretendo asegurar —continuó Ippolit Kirílovich— que antes de esta escena el acusado ya hubiera decidido deliberada e intencionadamente terminar con su padre. No obstante, la idea se le había ocurrido varias veces y él le había dado varias vueltas, y tenemos datos al respecto, testigos y su confesión. Señores del jurado, he de confesar —agregó Ippolit Kirílovich— que hasta hoy había vacilado en presuponerle al acusado premeditación plena y consciente de su crimen. Estaba firmemente convencido de que su alma había considerado repetidas veces el momento fatídico, pero que solo lo

había considerado, lo había imaginado como una posibilidad, pero aún no había calculado ni el momento de su realización ni las circunstancias. Pero he vacilado hasta hoy, hasta que he visto el fatal documento presentado al tribunal por la señorita Verjóvtseva. Ustedes mismos han podido oír su expresión: «¡Es un plan, es el programa del asesinato!», así ha definido ella la infeliz carta «ebria» del infeliz acusado. Y, en efecto, esa carta supone un plan, supone premeditación. Está escrita dos días antes del crimen, así que ahora sabemos con seguridad que dos días antes de ejecutar su terrible plan, el acusado juró que, si al día siguiente no conseguía dinero, mataría a su padre para quitarle de debajo de la almohada «el sobre con la cintita roja, en cuanto Iván se vaya». Escuchen: «en cuanto Iván se vaya», así que ya estaba todo bien pensado, las circunstancias sopesadas y, bueno, ¡después todo sucedió como en el escrito! La premeditación y la deliberación son indudables, el crimen debía cometerse para hacerse con el dinero, está anunciado, está escrito y firmado. El acusado ha reconocido su firma. Ustedes dirán: lo escribió borracho. Pero eso no le quita importancia, es más, escribió en estado de embriaguez lo que había tramado sobrio. De no haberlo tramado sobrio, no lo habría escrito borracho. Puede que digan: ¿para qué iba a proclamar sus intenciones por las tabernas? Quien ha decidido un asunto así premeditadamente, guarda silencio y disimula. Es cierto, pero lo proclamaba cuando aún no era un plan ni algo premeditado, sino solo un deseo, un propósito madurando. Después ya gritaba menos. La tarde que escribió la carta en la taberna Ciudad Capital, en contra de su costumbre, estuvo callado, no jugó al billar, se sentó aparte, no habló con nadie y solo echó del local a un tendero, pero fue casi inconscientemente, por esa afición suya a pelearse sin la que no podía pasarse cuando iba a la taberna. Cierto que, junto con la decisión definitiva, al acusado también debió de pasársele por la cabeza el temor de haberlo proclamado en exceso por la ciudad y que esto podría servir como prueba para acusarle cuando cumpliera lo que había tramado. Pero qué se le iba a hacer, ya lo había divulgado, no se podía deshacer y, si hasta entonces lo había dejado todo al azar, ahora también. ¡Confiábamos en nuestra estrella, señores! Debo además reconocer que hizo muchas cosas para evitar el momento fatídico, que dedicó muchos esfuerzos para no llegar a una solución sangrienta. «Mañana voy a pedir tres mil rublos a todo el mundo —escribe él con su original lenguaje—, si no me los dan, se derramará la sangre.» ¡De nuevo escrito en estado de embriaguez y de nuevo ejecutado ya sobrio, siguiendo lo que ha escrito!

Empezó así Ippolit Kirílovich una descripción detallada de todos los esfuerzos de Mitia por procurarse dinero y evitar así el crimen. Describió sus aventuras con Samsónov, su viaje a ver a Liagavy, todo según la documentación.

—Extenuado, ridiculizado, hambriento, habiendo vendido un reloj para el viaje (aunque al parecer llevaba encima mil quinientos rublos, ¡al parecer!), torturado por los celos ya que había dejado al objeto de su amor en la ciudad, sospechando que, al no

estar él, ella iría a ver a Fiódor Pávlovich, por fin regresa a la ciudad. ¡Gracias a Dios! Ella no había estado con Fiódor Pávlovich. La acompaña a casa de su protector, de Samsónov. (Cosa extraña, de Samsónov no tenemos celos, lo que es una particularidad psicológica muy característica de este caso.) A continuación corre a su puesto de vigilancia en el «patio trasero» y aquí se entera de que a Smerdiakov le ha dado un ataque, de que el otro criado está enfermo: el camino está libre y conoce las «señales», ¡qué tentación! No obstante, se resiste; va a ver a una residente temporal de la ciudad muy respetada por todos, a la señora Jojlakova. Esta dama, que se ha compadecido de su destino, le ofrece un consejo muy juicioso: dejar todas esas juergas, ese amor indecente, los correteos por las tabernas, la inútil pérdida de su vigor juvenil, y partir a las minas de oro de Siberia: «Allí hay una salida para su impetuosidad, para su carácter novelesco y sediento de aventuras».

Tras describir el desenlace de esta conversación y el momento en que el acusado recibió la noticia de que Grúshenka no estaba en casa de Samsónov, tras describir el frenesí instantáneo de una persona desgraciada, celosa y con los nervios destrozados ante la idea de que ella le había engañado y que justo en ese momento estaba en casa de Fiódor Pávlovich, Ippolit Kirílovich terminó llamando la atención sobre el fatal significado de un hecho:

—De haberle dicho la criada que su amada estaba en Mókroie con el «anterior» e «indiscutible», nada habría sucedido. Pero a ella le confundió el miedo, solo juraba e imploraba, y si el acusado no la mató allí mismo fue porque salió a todo correr en busca de la traidora. Pero fíjense en que, a pesar de estar fuera de sí, se llevó consigo la mano de cobre. ¿Por qué esa mano, por qué no otra arma? Si hemos estado un mes entero contemplando la escena y preparándonos para ella, en cuanto vislumbramos algo parecido a un arma, nos lo llevamos. Todo un mes hemos estado imaginando que cualquier objeto puede servir de arma. Por eso inmediatamente, sin dudar, lo hemos reconocido como arma. Por eso no fue de forma inconsciente, no fue sin querer el que se llevara esa mano fatídica. Ya lo tenemos en el jardín de su padre, el camino está libre, no hay testigos, es tarde, oscuridad y celos. La sospecha de que ella está ahí, de que se está burlando de él, se ha apoderado de su alma. Y no es una simple sospecha: ya no hay sospecha que valga, el engaño es claro, evidente, ella está ahí, en esa habitación iluminada, ella está ahí con él, detrás de los biombos... Entonces el infeliz se aproxima furtivamente a la ventana, mira por ella con respeto, se resigna mesurado y se marcha prudentemente, se aleja cuanto antes de la desgracia, para que no pase nada peligroso ni inmoral. Y quieren convencernos de esto a nosotros, a nosotros, que conocemos la naturaleza del acusado, que comprendemos en qué estado se encontraba, en un estado que conocemos por los hechos y, lo más importante, ¡cuando él conocía las señales que podían hacerle entrar en la casa!

Aquí, con motivo de las «señales», Ippolit Kirílovich se olvidó por un momento de la acusación y encontró indispensable extenderse sobre Smerdiakov para cerrar definitivamente el paréntesis sobre la hipótesis de que Smerdiakov fuera el culpable del asesinato y acabar con semejante idea de una vez y para siempre. Lo hizo a fondo y todos comprendimos que, a pesar de que había expresado su desprecio por esa suposición, la consideraba muy importante.

VIII. Tratado sobre Smerdiakov

—En primer lugar, ¿de dónde ha salido esa suposición? —empezó preguntando Ippolit Kirílovich—. El primero en proclamar que Smerdiakov era el asesino fue el propio acusado en el momento de su detención y, sin embargo, desde ese primer grito hasta este momento, en el juicio, no ha presentado ni una sola prueba que corrobore tal acusación. Ni hay pruebas ni indicios de pruebas con sentido. Después han corroborado esa acusación tres personas: los dos hermanos del acusado y la señorita Svetlova. El hermano mayor del acusado nos ha informado de sus sospechas hoy, enfermo, con un acceso de delirio indiscutible y fiebre, pero en los dos meses anteriores, como bien sabemos, compartía la opinión de que su hermano era culpable, ni siquiera intentó oponerse a la idea. Pero ya nos ocuparemos de esto más adelante. Además, el hermano menor del acusado acaba de exponer que no tiene ninguna prueba, ni la más mínima, que corrobore su idea sobre la culpabilidad de Smerdiakov, y que lo deduce de las palabras del propio acusado y de «la expresión de su cara», sí, esta colosal prueba ha sido dos veces pronunciada por el hermano. La expresión utilizada por la señorita Svetlova ha sido aún más colosal: «Creed lo que diga el acusado, no es un hombre de los que mienten». Y éstas son todas las pruebas fácticas que tienen contra Smerdiakov estas tres personas, demasiado interesadas en el destino del acusado. Mientras, la acusación se propagaba y se mantenía, y aún se mantiene, pero ¿es creíble? ¿Es concebible?

Ippolit Kirílovich encontró necesario esbozar ligeramente el carácter del difunto Smerdiakov, «quien había puesto fin a su vida en un ataque de delirio enfermizo y de locura». Le presentó como un hombre de poca inteligencia, con rudimentos de cierta educación confusa, aturullado por ideas filosóficas que no estaban al alcance de su inteligencia y asustado por algunas teorías contemporáneas sobre el deber y la obligación que le habían explicado de forma práctica —con la vida desordenada de su difunto señor y, quizá, su padre, Fiódor Pávlovich— y teórica —en diferentes y extrañas conversaciones filosóficas con el hijo mayor del señor, con Iván Fiódorovich, quien de buena gana se permitía estas distracciones, probablemente por aburrimiento o por necesidad de burlarse, y no encontró otro mejor de quien reírse.

—Él personalmente me habló de su estado espiritual en los últimos días de estancia en casa de su señor —explicó Ippolit Kirílovich—, y que otros también certifican: el acusado, el hermano de éste e incluso el criado Grigori, es decir, todos los que debían conocerle bastante bien. Además, abrumado por el mal caduco, Smerdiakov era «cobarde como una gallina». «Cayó a mis pies y me los besó —nos contó el acusado

cuando aún no se daba cuenta del perjuicio que suponía esa información—, era una gallina con mal caduco», así se expresó él con su peculiar lenguaje. Y es a éste a quien el acusado (tal como él ha confirmado) elige para hombre de confianza, y le asusta tanto que accede a hacer de espía y de transmisor para él. En calidad de echadizo de la casa traiciona a su señor, informa al acusado de la existencia del sobre con dinero y de las señales con las que se puede llegar hasta el señor, y ¡cómo no contárselo! «¡Me matarán, sé que me matarán!», decía durante la instrucción, tiritando y temblando incluso ante nosotros a pesar de que el torturador que le tenía atemorizado ya había sido detenido y no podía castigarle. «Desconfiaba de mí a cada minuto y yo, por miedo, solo para calmar su furia, corría a contarle cualquier secreto, para que el señor pudiera ver mi inocencia y me dejara ir vivo.» Estas fueron sus palabras, yo tomaba notas y se me quedaron grabadas. «En cuanto me grita, caigo de rodillas ante él.» Al ser un joven de naturaleza honesta y habiéndose ganado por ello la confianza de su señor, que había distinguido su honradez cuando le devolvió un dinero que había perdido, es muy posible que el infeliz Smerdiakov sufriera terriblemente, arrepentido por la traición a su señor, al que tanto quería por ser su benefactor. Los que sufren del mal caduco, según atestiguan los principales psiquiatras, son propensos a inculparse incesante y enfermizamente. Sufren por toda clase de «culpabilidad», se atormentan por los remordimientos a menudo sin fundamento alguno, exageran e incluso se inventan diferentes faltas y crímenes. Y una persona así se convirtió realmente en culpable y criminal por culpa del miedo y la intimidación. Además, tenía el fuerte presentimiento de que nada bueno podía ocurrir, dado el cariz que estaban tomando las circunstancias. Cuando el hijo mayor de Fiódor Pávlovich, Iván Fiódorovich, partía hacia Moscú justo antes de la catástrofe, Smerdiakov le rogó que se quedara, sin atreverse a contarle clara y categóricamente, por su habitual cobardía, sus recelos. Se limitó a hacer alusiones, pero nadie las comprendió. Hay que señalar que él veía a Iván Fiódorovich como una defensa, una garantía de que, mientras éste estuviera en casa, no sucedería ninguna desgracia. Recuerden la expresión en la carta «ebria» de Dmitri Karamázov: «Mataré al viejo en cuanto se vaya Iván»; es decir, que la presencia de Iván Fiódorovich les parecía a todos garantía de tranquilidad y orden en la casa. Y entonces Iván Fiódorovich se marcha y casi al mismo tiempo, una hora después de la marcha del joven señor, Smerdiakov sufre un ataque. Es completamente comprensible. Hay que recordar que en los últimos días, abrumado por el miedo y desesperado, había sentido especialmente la posibilidad de que se aproximara un ataque, como ya le había pasado antes en momentos de tensión moral y de conmoción. Por supuesto no se puede adivinar el día y la hora de esos ataques, pero la disposición a ellos sí que puede percibirla de antemano un epiléptico. Eso dice la medicina. Así que nada más partir Iván Fiódorovich, Smerdiakov, bajo la impresión de su orfandad, llamémoslo así, y de su desamparo, va al sótano a hacer sus quehaceres, baja por las escaleras y

piensa: «¿Me dará o no me dará un ataque? ¿Y si me da ahora?». Y precisamente por esa disposición, por esa aprensión, por esas preguntas, le ataca un espasmo en la garganta, que precede siempre a la epilepsia, y sale disparado sin conocimiento hasta el fondo del sótano. Y en esta casualidad natural se están ingeniando para ver algo sospechoso, algún testimonio, algún indicio de que se había fingido enfermo ¡a propósito! Pero, si fue a propósito, entonces surge la pregunta: ¿para qué? ¿Contando con qué? ¿A qué fin? No diré nada de la medicina; dicen que la ciencia miente, que la ciencia se equivoca, que los médicos no han sabido distinguir entre lo real y lo simulado, es posible, sí. Pero respóndame a esta pregunta: ¿para qué iba a querer fingir? ¿Para, habiendo tramado un asesinato, atraer con el ataque antes y más rápido la atención sobre la casa? Veán, señores del jurado, en casa de Fiódor Pávlovich la noche del crimen hubo cinco personas: en primer lugar, el propio Fiódor Pávlovich, pero él no se mató a sí mismo, esto está claro; en segundo lugar, su criado Grigori, al que casi matan; en tercero, la mujer de Grigori, la criada Marfa Ignátievna, pero imaginársela matando a su señor es simplemente vergonzoso. Quedan, por consiguiente, dos: el acusado y Smerdiakov. Pero, puesto que el acusado asegura que él no le mató, entonces tuvo que ser Smerdiakov, no hay otra opción, pues no se ha encontrado a nadie más, ya no vamos a elegir otro asesino. Probablemente de aquí viene esa acusación «taimada» y colosal contra el desgraciado idiota que ayer se suicidó. Porque ya no había nadie más. Si hubiera habido aunque fuera una sombra, una sospecha de otro, de una sexta persona, estoy convencido de que hasta el acusado sentiría vergüenza de haber señalado a Smerdiakov y señalaría a esa sexta persona, pues acusar a Smerdiakov de este asesinato es completamente absurdo.

»Señores, dejemos la psicología, dejemos la medicina, dejemos incluso la lógica, centrémonos en los hechos, única y exclusivamente en los hechos, y veamos qué nos dicen. Fue Smerdiakov, pero ¿cómo? ¿Solo o con ayuda del acusado? Empecemos examinando el primer supuesto, es decir, que lo hizo Smerdiakov solo. Por supuesto, si lo mató, sería por alguna razón, por algún beneficio. Pero, sin tener ni sombra de motivos para el asesinato como los tiene el acusado, esto es, odio, celos, etcétera, etcétera, Smerdiakov solo podría haber matado por dinero, para apropiarse de esos tres mil rublos, los que había visto guardar en un sobre. Tras urdir el asesinato, le cuenta a otra persona (al mayor interesado además, al acusado) todas las circunstancias del dinero y las señales: dónde está el sobre, qué tiene escrito, con qué está envuelto el dinero y, lo más importante, le cuenta las "señales" con las que se puede entrar a la casa. ¿Por qué lo hace? ¿Para delatarse? ¿O para buscarse un rival que también quiera entrar y hacerse con el sobre? Ahora me dirán que se lo contó por miedo. Pero ¿cómo es eso? ¿Una persona que no ha pestañado en tramar algo tan audaz y atroz y en llevarlo a cabo después va y cuenta una información que solo él conoce y que nadie en el mundo habría adivinado nunca si él hubiera callado? No, por

muy cobarde que sea, si hubiera tramado algo así, no le habría contado a nadie lo del sobre y las señales, pues eso habría sido delatarse. Se habría inventado otra cosa, habría contado alguna mentira en caso de que le hubieran exigido información, pero ¡eso se lo habría callado! Por el contrario, repito, si hubiera callado al menos lo del dinero, y después de matar se hubiera apoderado de él, nadie le habría podido acusar nunca de haber asesinado para robar, pues nadie excepto él había visto ese dinero, nadie sabía que estaba en la casa. E incluso si le acusaban, habría que considerar algún otro motivo para el asesinato. Pero, puesto que previamente nadie ha reparado en otros motivos, al contrario, todos hemos visto que era el preferido de su señor, que gozaba de su confianza, sería el último de quien se sospechara, se sospecharía primero de aquel que tuviera motivos, de quien ha ido proclamando que los tenía, de quien no los ha ocultado, sino que los ha manifestado delante de todo el mundo, en una palabra, se sospecharía del hijo del muerto, de Dmitri Fiódorovich. Smerdiakov habría matado y robado, pero se culparía a su hijo. ¿No sería esto beneficioso para el Smerdiakov asesino? Pues aun así, Smerdiakov, habiendo tramado el asesinato, le habla al hijo, a Dmitri, del dinero, del sobre y de las señales, ¡qué lógico, qué evidente!

»Llega el día señalado para el asesinato y Smerdiakov se cae, fingiendo, en un ataque del mal caduco, ¿para qué? Ah, claro, primero para que el criado Grigori, que tenía preparada su cura, al ver que no había nadie para cuidar la casa, quizá aplase la cura y se ponga a vigilar. Segundo, para que el señor, al ver que nadie va a vigilar, y temiendo muchísimo que venga su hijo (algo que no ha ocultado) redoble su desconfianza y su precaución. Y por fin lo más importante: para que a él, a Smerdiakov, herido por el ataque, lo trasladen de la cocina, donde dormía siempre separado de los demás y donde tenía su entrada y salida propia, al otro extremo del pabellón, a los aposentos de Grigori, con ellos dos al otro lado del tabique, a tres pasos de su cama, como se había hecho desde siempre en cuanto sufría un ataque, siguiendo las disposiciones del señor y de la compasiva Marfa Ignátievna. Aquí, para fingirse aun más enfermo, probablemente empezaría a gemir tras el tabique, esto es, les tendría despiertos toda la noche (y así fue según el testimonio de Grigori y de su mujer), y todo ¡para levantarse más cómodamente y matar a su señor!

»Quizá ahora me digan que precisamente fingió para que no pensarán en él, pues estaba enfermo, y que le habló al acusado del dinero y de las señales precisamente para que éste se sintiera tentado y le matara él mismo y, una vez que lo ha hecho, se marcha y se lleva el dinero y, quizá así monte ruido, escándalo, despierte a los testigos, y entonces es cuando Smerdiakov se levanta y va a... ¿a hacer qué? Claro, a matar otra vez al señor y a llevarse otra vez el dinero que ya se han llevado. Señores, ¿se están riendo? Vergüenza me da hacer estas suposiciones, pero imagínense, esto precisamente es lo que afirma el acusado: después de que yo saliera de la casa — dice—, tras derribar a Grigori y causar alarma, Smerdiakov se levantó, mató y robó. Y

ya no voy a hablar de cómo pudo Smerdiakov calcular todo eso con antelación, prever con exactitud que el hijo enojado y rabioso iría únicamente a mirar por la ventana con respeto y que, aun conociendo las señales, se retiraría para dejarle a él, a Smerdiakov, todo el botín. Señores, se lo pregunto en serio: ¿en qué momento Smerdiakov pudo haber cometido el crimen? Señálenme ese momento, pues sin él es imposible acusarle.

»“Quizá el ataque fue auténtico. El enfermo vuelve en sí de repente, oye gritos, sale”, bien, así que echa un vistazo y se dice: ¿y si voy a matar al señor? Y ¿cómo sabía lo que había sucedido, si hasta ese momento había estado sin conocimiento? Por lo demás, señores, hasta la fantasía tiene un límite.

»“¿Y si —dirán los perspicaces—, y si los dos estaban de acuerdo? ¿Y si lo mataron los dos juntos y se repartieron el dinero?”

»Sí, en efecto, es una sospecha seria y, en primer lugar, corroborada por importantes pruebas: uno le mata y hace todo el trabajo mientras el otro cómplice está sin hacer nada, tras haber fingido un ataque del mal caduco precisamente para despertar sospechas en todos, para alarmar al señor y a Grigori. Sería interesante conocer los motivos por los que ambos cómplices llegaron a inventar un plan tan disparatado. Pero quizá no hubiera una colaboración activa por parte de Smerdiakov, sino pasiva y dolorosa, por así decirlo: quizá el atemorizado Smerdiakov solo accediera a no oponerse al asesinato y, presintiendo que podían acusarle de haber permitido la muerte de su señor por no gritar, por no oponer resistencia, se aseguró el permiso de Dmitri Karamázov para guardar cama por un supuesto ataque “y tú mátalos como te venga bien, eso ya no es cosa mía”. Pero, de ser así, el ataque causaría sobresalto en la casa y, previéndolo, Dmitri Karamázov nunca habría estado de acuerdo con esa condición. Pero voy a conceder que estuvo de acuerdo: de todas formas, resulta que Dmitri Karamázov es el asesino, el asesino e instigador, mientras que Smerdiakov es solo un participante pasivo, puede que ni siquiera participante, sino solo consentidor por miedo y en contra de su voluntad, lo que un tribunal podría distinguir perfectamente. Así que ¿qué es lo que tenemos? Nada más ser detenido, el acusado se lo carga todo a Smerdiakov y le culpa solo a él: lo ha hecho él, dice, él ha asesinado y robado, ¡es cosa suya! Pero ¿qué clase de cómplices son esos que enseguida empiezan a hablar el uno del otro? Esto no sucede nunca. Y fíjense en el riesgo para Karamázov: él es el principal asesino, el otro no, el otro solo es un consentidor que duerme tras un tabique, y él va y se lo carga todo al enfermo. Porque el enfermo puede enfadarse y, por instinto de supervivencia, reconocer la pura verdad: ambos participamos, pero yo no le maté, yo solo lo permití, lo consentí, por miedo. Porque Smerdiakov podía comprender que un tribunal distinguiría enseguida su grado de culpabilidad y, por consiguiente, podía contar con que, si le castigaban, serían muchísimo menos duros que con el principal asesino que pretende culparle de todo. Y entonces seguro que habría confesado. Sin embargo, esto no ha sucedido.

Smerdiakov no ha dicho ni palabra de una colaboración, a pesar de que el asesino ha insistido en acusarle y continuamente le señalaba como único asesino. Es más, en el curso del sumario fue Smerdiakov quien reveló que él había hablado con el acusado del sobre con el dinero y de las señales y que sin él nunca lo habría averiguado. Si de verdad fuera cómplice y culpable, ¿habría contado con tanta facilidad en el sumario que fue él quien informó al acusado? Al contrario, habría empezado a negarlo, a tergiversar los hechos y a atenuarlos. Pero ni tergiversó ni atenuó. Y eso solo puede hacerlo un inocente que no teme que le acusen de complicidad. He aquí que ayer él, en un ataque de melancolía enfermiza por culpa de su mal caduco y de toda la catástrofe desencadenada, se ahorcó. Y dejó una nota escrita con un estilo peculiar: "Me destruyo por voluntad y deseo propio, que no se acuse a nadie". ¿Qué le hubiera costado añadir a la nota: yo soy el asesino y no Karamázov? Pero no lo hizo, ¿tenía conciencia para una cosa y no para la otra?

»¿Qué más? Hace poco le han traído dinero al tribunal, tres mil rublos, "los mismos que estaban en el sobre de la mesa con las pruebas materiales; lo recibí ayer de Smerdiakov", han dicho. Pero ustedes, señores del jurado, seguro que recuerdan la triste escena. No voy a reproducir los detalles, pero sí voy a permitirme un par de consideraciones elegidas entre lo más insignificante, precisamente porque al ser insignificantes no todos las tenemos en cuenta y podemos olvidarlas. En primer lugar, y una vez más, Smerdiakov devolvió el dinero ayer y se ahorcó por remordimiento de conciencia. (Pues no habría devuelto el dinero sin tener remordimientos.) Y, claro, solo ayer por la tarde le confesó su crimen a Iván Karamázov, como ha declarado el propio Iván Karamázov; de lo contrario ¿por qué éste habría guardado silencio hasta ahora? Bien, ha confesado, y yo vuelvo a repetir: ¿por qué no nos cuenta toda la verdad en su última nota sabiendo que al día siguiente va a ser juzgado un acusado inocente? Porque el dinero solo no es una prueba. Por ejemplo, hace una semana dos personas más de esta sala y yo supimos de forma totalmente casual un hecho, y es precisamente que Iván Fiódorovich Karamázov envió a canjear a la capital de la provincia dos títulos de cinco mil rublos al cinco por ciento, en total diez mil. Solo quiero decir que todos podemos tener dinero en un momento dado y que, si alguien tiene tres mil rublos, eso no demuestra que sea el mismo dinero de un determinado cajón o sobre. Finalmente, Iván Karamázov, tras recibir ayer una información tan importante sobre el auténtico asesino, se queda tan tranquilo. ¿Por qué no declararlo inmediatamente? ¿Por qué lo retrasa hasta la mañana? Voy a suponer que tengo derecho a adivinar por qué: ya lleva una semana con la salud quebrantada, él mismo ha reconocido al médico y a sus allegados que tiene visiones, que ve a gente ya muerta; la víspera del delirium trémens que hoy le ha atacado, tras enterarse de la muerte de Smerdiakov, construye el siguiente razonamiento: "El hombre está muerto, puedo acusarle a él y salvar a mi hermano. Tengo dinero, cogeré un fajo y diré que Smerdiakov me lo entregó antes de

morir". Ustedes dirán que es desleal; que aunque sea sobre un muerto, es desleal mentir incluso para salvar a un hermano. Pero ¿y si él ha mentido inconscientemente? ¿Y si él imagina que de verdad fue así, con el juicio definitivamente afectado por la noticia de la repentina muerte del criado? Ustedes han visto la reciente escena, han visto en qué estado se encontraba. Se tenía de pie y hablaba, pero ¿dónde estaba su cabeza? A este testimonio de un febril le ha seguido un documento, una carta del acusado a la señorita Verjóvtseva, escrita dos días antes del crimen y con un detallado plan de ejecución. Entonces, ¿qué hacemos buscando otro plan y a sus autores? El crimen fue cometido siguiendo palabra por palabra este plan y no fue cometido por ningún otro que por su autor. Sí, señores del jurado, "¡se cometió según el escrito!". Y no, no nos alejamos corriendo con respeto y temor de la ventana del padre, sobre todo si estábamos firmemente seguros de que nuestra amada estaba con él. No, es absurdo e inverosímil. Él entró y... puso fin al asunto. Probablemente le mató en un momento de irritación, enardecido de ira, en cuanto vio a su enemigo y rival, pero cuando le hubo matado —algo que hizo quizá de un solo golpe, de un único movimiento, armado con la mano de cobre— y se hubo convencido, tras un minucioso registro, de que ella no estaba, no se olvidó de meter la mano debajo de la almohada y sacar el sobre con dinero, cuyo envoltorio hecho trizas está ahí, en la mesa de las pruebas materiales. Les pediré además que se fijen en una circunstancia para mí muy significativa. De haber sido un asesino experimentado o un asesino que solo quisiera robar, ¿habría dejado el sobre en el suelo, donde se encontró junto al cadáver? Por ejemplo, si hubiera sido Smerdiakov, que ha cometido el asesinato para robar, simplemente se habría llevado el sobre entero, sin molestarse en abrirlo justo encima del cadáver de su víctima. Él sabía con seguridad que en ese sobre había dinero —lo habían guardado y sellado en su presencia—, y si se lo llevaba nadie sabría que se había cometido un robo. Y yo les pregunto, señores del jurado, ¿habría actuado así Smerdiakov, se habría dejado el sobre en el suelo? No, así actúa precisamente un asesino exaltado que no razona bien, un asesino que no es un ladrón y que hasta entonces nunca había robado, que incluso en ese momento que saca el dinero de debajo de la cama no es un ladrón robando, sino alguien que le quita una cosa propia al ladrón que se lo robó, pues esto era lo que pensaba Dmitri Fiódorovich de los tres mil rublos, convertidos en una manía para él. Así que, tras hacerse con un sobre que no ha visto antes, lo rompe para asegurarse de que es el dinero, después corre con el dinero en el bolsillo, incluso se olvida de que ha dejado en el suelo una enorme acusación contra él en forma de sobre roto. Todo porque es Karamázov y no Smerdiakov, él no piensa, no entiende, ¿cómo podría? Sale huyendo, oye el lamento del criado que le ha sorprendido, el criado le alcanza, se detiene y cae derribado por la mano de cobre. El acusado baja de un salto para verle, por pena. Imagínense, de repente asegura que bajó por pena, por compasión, para ver si podía ayudarle. ¡Vaya

un momento para expresar tal compasión! No, saltó para asegurarse de si estaba vivo el único testigo de su fechoría. ¡Cualquier otro sentimiento, cualquier otro motivo no sería natural! Fíjense en que le dedica tiempo a Grigori, le limpia la cabeza con un pañuelo y, una vez convencido de que no está muerto, todo lleno de sangre y como aturdido llega otra vez a casa de su amada, ¿cómo no pensó en que estaba cubierto de sangre y que enseguida le denunciarían? El acusado nos asegura que ni siquiera prestó atención a la sangre. Podemos admitirlo, es muy posible, les suele pasar a los criminales. Un cálculo infernal para unas cosas, y otras no llegan a entenderlas. Y él, en ese momento, solo pensaba en dónde estaría ella. Necesitaba averiguar cuanto antes dónde estaba, así que llega corriendo a su casa y averigua una noticia inesperada y colosal: ¡ella se ha ido a Mókroie con su «anterior», con el «indiscutible»!

IX. Psicología a todo vapor. La troika al galope. El final del alegato del fiscal

Al llegar a este momento de su alegato, Ippolit Kirílovich, que claramente había elegido el método histórico de exposición, al que tanto les gusta recurrir a los oradores nerviosos en busca de unos límites rigurosamente establecidos para reprimir su propio entusiasmo impaciente, se extendió especialmente en el «anterior» e «indiscutible» y expresó sobre este tema varias ideas entretenidas a su manera.

—Karamázov, que se volvía loco de celos por todos, de repente parece caer y desaparecer ante el «anterior» e «indiscutible». Y, cuando menos, es extraño que casi no hubiera prestado atención a este nuevo peligro que le acechaba en forma de rival inesperado. Pero siempre se había imaginado que aún estaba lejos y Karamázov siempre vive en el presente. Es probable que hasta lo considerara ficción. Su corazón lastimero comprendió enseguida que quizá por eso la mujer le había ocultado al nuevo rival, que por eso le había mentado poco antes, que el rival recién llegado no era para ella ni fantasía ni ficción, sino todo, todas sus expectativas en la vida; habiendo comprendido esto, él se resignó. Bien, señores del jurado, no puedo silenciar este repentino rasgo en el alma del acusado, quien parecía no ser capaz de manifestar algo así y que, de repente, hace gala de una implacable necesidad de verdad, de respeto a la mujer, de aceptar los dictados de su corazón, ¡en qué momento! ¡En el momento en que se ha manchado las manos con la sangre de su propio padre! Cierto que la sangre derramada ya clamaba venganza, pues él, que había destruido su alma y todo su destino en la tierra, involuntariamente debía sentir y preguntarse en ese momento qué significaba él y qué podía significar él ya para ella, la criatura a la que quería más que a su propia alma, en comparación con el «anterior» e «indiscutible», que se había arrepentido y había regresado junto a la mujer a la que una vez destruyó con un amor nuevo, con proposiciones honradas, con la promesa de una vida nueva y feliz. Mientras que él, infeliz, ¿qué podría darle él ahora? ¿Qué podía ofrecerle? Karamázov lo comprendió, comprendió que su crimen le había cerrado todos los caminos y que solo era un criminal condenado a muerte y no un hombre que fuera a vivir. Esta idea lo aplastó y lo destruyó. Y al momento se concentra en un plan frenético que, dado el carácter de Karamázov, se le planteó como la única y fatal salida de su terrible situación. Esa salida era el suicidio. Corre a por las pistolas que ha empeñado al funcionario Perjotin y por el camino, a la carrera, saca del bolsillo todo el dinero por el que se ha salpicado las manos con la sangre paterna. Oh, el dinero es lo que más necesita ahora: Karamázov va a morir, Karamázov va a pegarse un tiro, y ¡todos deben recordarlo! Por algo somos poetas, por algo hemos consumido nuestra vida como una

vela, por los dos extremos. «Iré con ella, con ella, y allí daré un gran festín, uno como nunca hayan visto para que me recuerden y hablen durante mucho tiempo. Entre gritos salvajes, locas canciones y bailes cíngaros brindaremos y felicitaremos a la mujer adorada por su nueva dicha y, después, allí mismo, a sus pies ¡nos volaremos el cráneo y nos castigaremos! ¡Algún día se acordará de Mitia Karamázov! ¡Verá cómo la quería Mitia, sentirá pena por Mitia!» Muchas escenas pintorescas, mucho frenesí novelesco, salvaje ímpetu karamazoviano y sentimentalismo, pero también algo más, señores del jurado, algo más que grita en su alma, que golpea en su cabeza incansablemente y envenena su corazón dirigiéndolo hacia la muerte. Ese algo es la conciencia, señores del jurado, es su juicio, ¡son los terribles remordimientos! Pero la pistola lo arreglará todo, la pistola es la única salida, no hay ninguna otra, y allí... No sé si Karamázov pensaba en qué habrá más allá ni si Karamázov puede pensar, como Hamlet, en qué habrá más allá. No, señores del jurado, unos tienen a Hamlets, pero nosotros, por el momento, ¡solo tenemos a Karamázovs!

Ippolit Kirílovich desplegó un cuadro detalladísimo de los preparativos de Mitia, la escena en casa de Perjotin, en la tienda, con las cajas. Reprodujo un montón de palabras, sentencias y gestos confirmados por los testigos, y este cuadro influyó terriblemente en la opinión de los oyentes. Lo importante es que influyó en el conjunto de hechos. La culpabilidad de este tempestuoso exaltado que ya no cuidaba de sí era irrefutable.

—Ya no tenía nada por lo que cuidarse —decía Ippolit Kirílovich—, dos o tres veces estuvo a punto de confesarlo todo, lo daba a entender aunque no llegó a decirlo —citó entonces los testimonios de los testigos—. Incluso en el camino le gritó al cochero: «¿Sabes? ¡Estás llevando a un asesino!». Pero no podía contarle, primero tenía que llegar a Mó Kroie y ya allí terminaría el poema. Sin embargo, ¿qué es lo que aguardaba al acusado? El caso es que casi desde el primer momento, al llegar a Mó Kroie, siente, para después comprenderlo del todo, que el rival «indiscutible» puede que no sea tan indiscutible y que no desean ni aceptan de él ni felicitaciones por la nueva dicha ni brindis. Pero ya conocen los hechos, señores del jurado, por el sumario. El triunfo de Karamázov sobre su adversario resultó incontestable y entonces, pues entonces se inició en su alma una nueva fase, ¡puede que la fase más terrible de todas las que ha sufrido y sigue sufriendo esta alma! Señores del jurado, se puede reconocer positivamente —exclamó Ippolit Kirílovich— que su naturaleza ultrajada y su corazón criminal ya eran de por sí vengadores de cualquier justicia terrenal. Es más: la justicia y el castigo terrenal puede que hasta alivien el castigo de la naturaleza, en estos momentos son imprescindibles para el alma del criminal, para salvarla de la desesperación, pues no puedo ni imaginar el horror y los sufrimientos morales de Karamázov cuando se enteró de que ella le quería, de que por él renunciaba al «anterior» e «indiscutible», de que era a él, a Mitia, a quien invitaba a su vida

renovada, de que le prometía la felicidad. Pero ¿en qué momento? ¿Cuando ya todo había terminado para él y ya nada era posible! Por cierto, haré un breve comentario muy importante para nosotros para esclarecer la auténtica esencia de la situación del acusado en ese momento: esa mujer, ese amor suyo, siguió siendo para él hasta el último minuto, hasta el mismo instante de la detención, una criatura inalcanzable a la que deseaba con pasión, pero inaccesible. Y ¿por qué no se pegó un tiro entonces, por qué abandonó su buena intención e incluso olvidó dónde estaba su pistola? Precisamente esa sed apasionada de amor y la esperanza de saciarla en ese momento se lo impidieron. Embriagado por el banquete, se prendió a su amada, que festejaba junto a él más encantadora y seductora que nunca; él no se aparta de ella, la admira, desaparece en presencia de ella. Esa sed apasionada pudo reprimir por un instante no solo el miedo a ser detenido, sino ¡hasta los remordimientos de conciencia! ¡Por un instante, ay, solo por un instante! Imagino el estado en ese momento del alma del criminal sometida indiscutible y servilmente por tres elementos que la aplastaban por completo: en primer lugar, la borrachera, la embriaguez y el jolgorio, el pataleo de los bailes, los chillidos de las canciones y ella, ella, colorada por el vino, cantando y bailando, borracha y riéndose para él. En segundo lugar, el sueño lejano y alentador de que su fatídico final aún estaba lejos, al menos no estaba cerca, si acaso al día siguiente, como mucho vendrían a buscarlo por la mañana. Por lo tanto aún tenía varias horas, y esto es mucho, ¡muchísimo! En varias horas se pueden idear muchas cosas. Imagino que sucede algo parecido cuando un criminal es conducido al cadalso: todavía hay que recorrer una calle larga, muy larga, y además despacio, flanqueado por miles de personas, después torcer por otra calle y solo al final de esa calle está la terrible plaza. Me parece que al principio del camino el condenado, subido en el oprobioso carro, debe tener precisamente la sensación de que tiene por delante una vida infinita. Pero he aquí que las casas van pasando, el carro sigue avanzando, bueno, no pasa nada, todavía está lejos la vuelta de la esquina, él sigue mirando animoso a derecha e izquierda y a esas miles de personas curiosas pero indiferentes que clavan la mirada en él, y todavía cree que es igual que ellos, que es una persona. Pero aquí está ya la vuelta de la esquina, oh, no pasa nada, es una calle entera. Y lo mismo da cuántas casas pasen, él piensa: «Todavía quedan muchas casas». Y así hasta el final, hasta la plaza. E imagino que esto es lo que le pasó a Karamázov. «No han tenido tiempo — pensaba—, todavía se puede buscar algo, ya habrá tiempo de componer un plan de defensa, de pensar una respuesta, pero ahora... ¡está tan encantadora!» Hay angustia y miedo en su alma, pero consigue separar la mitad del dinero y esconderlo en algún lugar; de lo contrario, no me explico cómo pudo desaparecer la mitad de los tres mil que acababa de quitarle a su padre de debajo de la almohada. No era la primera vez que estaba en Mókroie, había estado de juerga dos días. Conocía esa casa de madera vieja y grande, sus cobertizos y galerías. Supongo que ocultó parte del dinero

entonces, en esa casa, poco antes de ser detenido, en alguna rendija, en una grieta, debajo de alguna tabla, en un rincón, debajo de la cubierta, ¿para qué? ¿Cómo que para qué? La catástrofe podía suceder enseguida, y todavía no hemos pensado cómo recibirla, no tenemos tiempo para eso, pues nos golpea en la cabeza y además ella nos llama, pero ¿y el dinero? ¡El dinero es imprescindible en cualquier situación! Un hombre con dinero es un hombre en todas partes. ¿Quizá no les parece natural esa prudencia en un momento así? Pues es que él mismo asegura que un mes antes, en un momento igual de alarmante y fatídico para él, apartó la mitad de los tres mil y los cosió a un escapulario y, claro, esto no es verdad, algo que ahora demostraremos, pero aun así era una idea familiar para Karamázov, la había contemplado. Es más, cuando más tarde aseguró al juez instructor que había apartado mil quinientos rublos en el escapulario (lo que nunca sucedió), es posible que se inventara lo del escapulario en ese instante precisamente porque dos horas antes había apartado la mitad del dinero y la había escondido en Mókroie, por si acaso, hasta la mañana, para no llevarlo encima, por una inspiración que le vino de repente. Dos abismos, señores del jurado, recuerden que Karamázov puede contemplar dos abismos ¡y los dos a la vez! Hemos buscado en la casa, pero no lo hemos encontrado. Es posible que el dinero siga allí, pero es posible que al día siguiente desapareciera y ahora lo tenga el acusado. En cualquier caso, le detuvieron al lado de ella, arrodillado ante ella. Ella estaba echada en la cama y él le tendía las manos, y hasta tal punto se había olvidado de todo que no oyó cómo se acercaban los que iban a detenerle. Aún no le había dado tiempo a prepararse mentalmente para las respuestas. Tanto él como su cabeza fueron pillados de improviso.

»Y ahora está ante sus jueces, ante quienes van a decidir su destino. Señores del jurado, hay momentos en que, debido a nuestras obligaciones, sentimos miedo ante una persona, y ¡miedo por esa persona! Es el momento de contemplar el miedo animal, cuando el criminal siente que todo está perdido, pero aun así lucha, aun así tiene intención de luchar contra ustedes. Es el momento en que todos los instintos de supervivencia se alzan a la vez y, para salvarse, les dirige una mirada penetrante, interrogante y sufriente, les atrapa y les estudia, a ustedes, a sus caras, sus ideas, espera a ver por qué lado van a golpear, y en su cabeza temblorosa al instante se forjan inmediatamente miles de planes, aunque teme hablar, ¡teme irse de la lengua! Estos momentos humillantes del alma humana, este calvario, esta sed animal por la propia salvación, son terribles y a veces producen temblores y compasión por el criminal incluso en el juez instructor. Bueno, nosotros hemos sido testigos de todo eso. Al principio estaba aturdido, empujado por el horror se le escaparon varias palabras que le comprometían gravemente: “¡Sangre! ¡Me lo merezco!”. Pero se dominó rápidamente. Qué decir, cómo responder, todavía no lo tenía preparado, solo tenía preparada una negación sin fundamento: “¡No soy culpable de la muerte de mi

padre!”. De momento ésta es nuestra barrera y quizá podamos levantar algo más detrás de la barrera, una barricada. Anticipándose a nuestras preguntas, se apresura a explicar esas primeras exclamaciones comprometidas con que se considera culpable de la muerte del criado Grigori. “Soy culpable de esa sangre, pero ¿quién mató a mi padre, señores, quién? ¿Quién más pudo matarle si no he sido yo?”. ¿Lo han oído? Nos lo pregunta a nosotros, ¡a nosotros, que hemos ido a hacerle esa misma pregunta! Y ¿han oído esa palabrita que se ha adelantado? “Si no he sido yo.” Ay, ese ardid, esa inocencia y esa impaciencia karamazoviana. Yo no lo he matado, ni se les ocurra pensar que he sido yo: “Quería matarle, señores, quería —admite rápidamente (¡se apresura, se apresura muchísimo!)—, pero soy inocente, ¡yo no le he matado!”. Nos concede que quería matarle, ¿ven qué sincero que soy? —parece decir—, así que tienen que creer que no le he matado. Ay, en estos casos el criminal a veces se vuelve increíblemente irreflexivo y crédulo. Y he aquí que como por casualidad en la instrucción se le plantea una pregunta de lo más ingenua: “¿No lo habrá matado Smerdiakov?”. Y sucedió lo que esperábamos: se enfadó terriblemente porque nos habíamos adelantado y le habíamos pillado por sorpresa cuando aún no le había dado tiempo de prepararse, de elegir y atrapar el momento más verosímil para sacar a Smerdiakov. Por su naturaleza, enseguida se lanzó a un extremo y empezó a asegurarnos con todas sus fuerzas que Smerdiakov no podía matar, que no era capaz de matar. Pero no le crean, es puro ardid: no ha renunciado por completo a Smerdiakov, al contrario, volverá a sacarlo porque a quién más va a sacar si no es a él, pero lo hará en otra ocasión porque de momento ese plan se ha echado a perder. Lo sacará quizá al día siguiente o puede que cuando hayan pasado varios días, una vez encontrado el momento en que gritarnos: “Ya ven, yo negué que fuera Smerdiakov más que ustedes, ¿se acuerdan?, pero ahora estoy convencido, él fue quien le mató, ¿quién si no?”. Aunque, de momento, nos contradice sombrío e irritado; la impaciencia y la ira le sugieren, sin embargo, una explicación de lo más inepta e inverosímil sobre cómo había visto a su padre por la ventana y se había alejado de allí respetuosamente. Lo principal es que todavía no conoce las circunstancias, el valor de las declaraciones de Grigori, quien ha vuelto en sí. Comenzamos a examinarlo y a registrarlo. El registro lo enfurece pero también lo anima: no encontramos los tres mil rublos, solo se encuentran mil quinientos. Y, claro, en ese momento de silencio colérico y negación por primera vez le viene a la cabeza la idea del escapulario. Sin duda, es consciente de la poca credibilidad de su invención y se tortura, se tortura terriblemente, por hacerla más creíble, por componerla de forma que resulte una novela verdadera y verosímil. En estos casos, lo primero, la principal tarea de la instrucción es no permitir los preparativos, pillar desprevenido al criminal para que exprese sus ideas ocultas con toda sencillez, inverosimilitud y contradicciones. Solo se puede hacer hablar a un criminal comunicándole repentinamente y como por

casualidad algún hecho nuevo, alguna circunstancia del caso colosal por su significado, pero que hasta entonces él no había supuesto ni había podido prever. Nosotros teníamos preparada esa circunstancia, sí, llevaba preparada mucho tiempo: era el testimonio del criado Grigori, que había vuelto en sí, sobre la puerta abierta por la que salió corriendo el acusado. Él se había olvidado por completo de la puerta y había supuesto que Grigori no la había visto. El efecto fue colosal. Se puso en pie de un salto y empezó a gritar: "¡Fue Smerdiakov, Smerdiakov!", y así reveló su idea oculta, su idea fundamental, de la forma más inverosímil, pues Smerdiakov solo pudo haber matado después de que él derribara a Grigori y saliera huyendo. Cuando le informamos de que Grigori había visto la puerta abierta antes de la agresión y que, mientras salía de su dormitorio, había oído gemir a Smerdiakov tras el tabique, Karamázov estaba ciertamente abrumado. Mi colaborador, nuestro honorable y agudo Nikolái Parfiónovich, me contó después que en ese instante sintió tanta pena por él que casi se echa a llorar. Y es en ese instante, para arreglar el asunto, cuando él empieza rápidamente a hablarnos del famoso escapulario: muy bien, parece decir, pues ¡ahora oíd esta historia! Señores del jurado, ya les he explicado por qué considero toda esa ocurrencia sobre el dinero guardado un mes antes en el escapulario no solo algo absurdo, sino también una invención tan inverosímil que solo podemos esperar en un caso como el que nos ocupa. Incluso si para una apuesta quisiéramos decir o imaginar algo más inverosímil, no podríamos encontrar nada peor. Aquí lo principal es que se puede frenar y reducir a la nada al novelista con los detalles, con esos detalles en los que es tan rica la realidad y que siempre, como si fueran una nadería insignificante e innecesaria, son menospreciados por estos desgraciados cuentistas involuntarios que nunca piensan en ellos. Oh, en esos momentos no están para esas cosas, su cabeza solo crea un todo grandioso y entonces ¡va alguien y se atreve a preguntarle por esas naderías! Y ¡es aquí cuando se les atrapa! Le preguntan al acusado: "Bien, y ¿dónde se sirvió coger el material para su escapulario, quién se lo cosió?". "¡Lo hice yo solo!" "Y ¿dónde se sirvió coger la tela?" El acusado se ofende, lo considera una nadería ofensiva y, créanme, ¡es sincero, sincero! Son todos así. "La arranqué de una camisa." "Perfecto, señor, pues mañana buscaremos entre su ropa blanca una camisa con un trozo arrancado." Y comprendan, señores del jurado, que si al menos hubiéramos encontrado la camisa (y cómo no íbamos a encontrarla en su maleta o en la cómoda si la camisa hubiera existido de verdad), habríamos tenido una prueba, una prueba palpable a favor de la legitimidad de su testimonio. Pero esto él no lo entiende: "No me acuerdo, quizá no fuera de una camisa, lo cosí de una cofia de la patrona". "¿Cómo era la cofia?" "Pues la cogí, no sé, estaba por ahí tirada, una vieja y gastada de percal." "¿Lo recuerda bien?" "No, bien no..." Y se enfada, se enfada, pero imagínense: ¿cómo puede no acordarse? En los momentos más terribles de un hombre, como cuando es conducido al cadalso, son estas naderías las que se quedan

grabadas. Y él se ha olvidado de todo, excepto cierto tejado verde que vio por el camino o una chova en una cruz, eso sí lo recuerda. Porque, si al coser el escapulario se ocultó de los suyos, tendría que acordarse de cómo sufrió humillado por el miedo a que alguien entrara y le pillara con una aguja en las manos, de cómo al primer ruido dio un salto y corrió tras el tabique (en su piso hay un tabique)... Pero, señores del jurado, ¿por qué les cuento todo esto, todos estos detalles, naderías? —exclamó de pronto Ippolit Kirílovich—. Pues precisamente porque ¡el acusado sigue obstinándose en ese disparate! En estos dos meses, desde la mismísima fatídica noche, no ha aclarado nada, no ha añadido ni una sola circunstancia explicativa y real a su fantástico testimonio previo; todo eso son tonterías, dice, ¡crean en mi honor! Oh, nos alegramos de creer, ansiamos creer, ¡incluso por su honor! ¿O es que somos chacales sedientos de sangre humana? Dadnos, enseñadnos al menos un hecho a favor del acusado y nos alegraremos, pero un hecho palpable, real, y no la deducción por la expresión de la cara del acusado que ha hecho su hermano o la indicación de que, golpeándose el pecho, sin duda estaba señalando el escapulario... de noche, encima. Nos alegraremos si hay un hecho nuevo, seremos los primeros en renunciar a las acusaciones, nos apresuraremos a renunciar. Ahora es la justicia quien clama y nosotros insistimos, no podemos renunciar a nada.

Ippolit Kirílovich pasó al desenlace. Parecía tener fiebre, clamaba por la sangre derramada, por la sangre de un padre asesinado por su hijo «con el ruin objetivo de robar». Señalaba con firmeza el trágico e indignante conjunto de hechos.

—Oigan lo que oigan al abogado del acusado, famoso por su talento —Ippolit Kirílovich no pudo evitarlo—, por elocuentes y conmovedoras que resuenen unas palabras que apelarán a su sensibilidad, recuerden que en este momento ustedes son el santuario de nuestra justicia. Recuerden que son los defensores de la verdad, ¡los defensores de nuestra sagrada Rusia, de sus cimientos, de su familia, de todo lo santo que hay en ella! Sí, en este momento ustedes representan a Rusia, y su sentencia no se oirá solo en esta sala, sino en toda Rusia, y toda Rusia les escuchará como sus defensores y jueces y se sentirá animada o abatida con la sentencia. No torturen a Rusia y a sus esperanzas, nuestra troika galopa a toda velocidad puede que hacia la ruina. Y hace ya mucho que en toda Rusia las manos se alzan e imploran que se detenga esa carrera frenética y desvergonzada. Y, si otros pueblos todavía se apartan de la troika que salta como loca quizá no sea por respeto, como deseaba el poeta, sino solo por miedo, tengan eso en cuenta. Por miedo y quizá también por aversión, así que bien está que se aparten, porque puede que cojan y dejen de apartarse y se conviertan en un sólido muro ante semejante precipitación y sean ellos quienes detengan la carrera demente y desenfrenada ¡para salvarse, instruirse e ilustrarse! Ya hemos oído voces alarmadas en Europa. Ya han empezado a elevarse. No las tienten,

¡no hagan que acumulen su odio en aumento con una sentencia que absuelva el asesinato de un padre a manos de su propio hijo!...

En una palabra, Ippolit Kirílovich se había apasionado mucho y, aunque terminó con este patetismo, la impresión que causó fue extraordinaria. Al terminar su discurso, salió a toda prisa y, lo repito, casi se desmaya en otro cuarto. La sala no aplaudió pero las personas formales estaban contentas. No estaban tan contentas las damas, pero aun así les gustó mucho la elocuencia, sobre todo porque no temían las consecuencias y seguían teniendo puestas todas sus esperanzas en Fetiukóvich: «Por fin va a hablar, ganará, ¡por supuesto!». Todos miraban a Mitia; durante el discurso del fiscal estuvo sentado en silencio con las manos crispadas, los dientes apretados, la mirada baja. Solo en algunos momentos levantó la cabeza y prestó más atención. Sobre todo cuando empezaron a hablar de Grúshenka. Cuando el fiscal reprodujo la opinión de Rakitin sobre ella, en su rostro apareció una sonrisa de desprecio y cólera y dijo de forma bastante audible: «¡Bernard!». Pero cuando Ippolit Kirílovich habló de cómo le había interrogado y hecho sufrir en Móvroie, levantó la cabeza y aguzó el oído con terrible curiosidad. En un punto del discurso pareció incluso que quería levantarse y gritar algo; sin embargo, se dominó y solo se encogió de hombros con desdén. Del final del alegato, justamente de las hazañas del fiscal en Móvroie durante el interrogatorio del criminal, se hablaría después en la ciudad haciendo burla de Ippolit Kirílovich: «El hombre no pudo contenerse y se jactó de sus aptitudes». La sesión se interrumpió pero por poco tiempo, un cuarto de hora, veinte minutos como mucho. Entre el público se escucharon conversaciones y exclamaciones. Recuerdo algunas:

—¡Un discurso serio! —señaló con el ceño fruncido un señor en un corrillo.

—Se ha liado mucho con la psicología —se oyó otra voz.

—Pero ¡es que todo es verdad, es una verdad irrefutable!

—Sí, es un maestro.

—Ha hecho un resumen generalizando.

—Sobre nosotros, también ha generalizado sobre nosotros —se unió una tercera voz—, al principio del discurso, recuerden eso de que todos somos como Fiódor Pávlovich.

—Y al final también. Solo que ahí ha mentado.

—Y además no ha sido claro.

—Se ha entusiasmado un poco.

—Eso es injusto, injusto.

—Pues no, aun así ha sido hábil. El hombre ha esperado mucho, y ¡al fin ha hablado, je, je!

—Y ¿qué dirá el abogado?

En otro corrillo:

—Pues ha molestado al petersburgués para nada: ¿recuerdan lo de «que apelarán a su sensibilidad»?

—Sí, ha sido inoportuno.

—Se ha precipitado.

—Es un hombre nervioso.

—Aquí estamos nosotros riéndonos, pero ¿cómo estará el acusado?

—Sí, ¿cómo estará Mitenka?

—¿Dirá algo el abogado?

En un tercer corrillo:

—¿Quién es esa señora? La gruesa con impertinentes que está sentada en un lateral.

—Una generala, divorciada, la conozco.

—Por eso los impertinentes.

—No es gran cosa.

—Huy, no, es tentadora.

—Dos puestos más allá hay una rubia, es mejor.

—Le pillaron con destreza en Mókroie, ¿verdad?

—Con mucha. Lo ha vuelto a contar. En cuantas casas lo habrá contado ya.

—Y ahora no ha podido contenerse, el amor propio.

—Es un hombre ofendido, je, je.

—Y susceptible. Con mucha retórica, sus frases son largas.

—E intenta asustarnos, fíjense, asustarnos. ¿Recuerdan la troika? «Unos tienen Hamlets, pero nosotros, por el momento, ¡solo tenemos Karamázovs!» Ahí ha sido hábil.

—Era para adular al liberalismo. ¡Les tiene miedo!

—Y también al abogado.

—Sí, y ¿qué dirá el señor Fetiukóvich?

—Bueno, diga lo que diga, no va a calar en nuestros aldeanos.

—¿Usted cree?

En un cuarto corrillo:

—Lo de la troika le ha quedado bien, cuando hablaba de los pueblos.

—Pues es verdad lo que dice de que los pueblos no van a esperar, ¿lo recuerdas?

—¿Y?

—Un miembro del Parlamento inglés se puso en pie la semana pasada a propósito de los nihilistas y preguntó al Ministerio si no era hora de intervenir en la nación bárbara para educarnos. Ippolit se refería a eso, lo sé, era eso. Ya lo contó la semana pasada.

—Anda que no les queda.

—¿A quién? ¿Por qué?

—Cerraremos Kronstadt y no les daremos pan. ¿De dónde van a sacarlo?

—¿De América? Ahora lo sacan de ahí.

—Mentira.

Pero sonó la campanita y todos corrieron a su sitio. Fetiukóvich salió al estrado.

X. El alegato del abogado defensor. El arma de dos filos

Todo cesó en cuanto se oyeron las primeras palabras del famoso orador. La sala entera clavó la mirada en él. Empezó muy directo, con sencillez y convicción, pero sin la más mínima arrogancia. Ni la más mínima tentativa de elocuencia, de notas patéticas, de palabras que removieran sentimientos. Era un hombre hablando para un círculo íntimo de simpatizantes. Su voz era bonita, fuerte y encantadora, incluso en la misma voz podía detectarse algo sincero y sencillo. Pero enseguida a todos nos quedó claro que podía elevarse de repente hasta lo realmente patético y «golpear los corazones con fuerza desconocida». Quizá hablaba peor que Ippolit Kirílovich, pero sin frases largas y con mayor precisión. Solo una cosa no les gustó a las damas: estaba como un poco encogido de espaldas, sobre todo al principio del discurso, no como si estuviera haciendo una reverencia, sino que parecía lanzarse y volar hacia sus oyentes; además, parecía inclinarse justo por la mitad de su larga espalda, como si en el centro de esa espalda larga y fina tuviera instalada una bisagra y ésta pudiera doblarse casi en ángulo recto. Al principio del discurso habló como disperso, como si no tuviera un sistema, asiendo los hechos en fragmentos, pero al final compuso un conjunto. Su discurso podría dividirse en dos mitades: la primera mitad era la crítica, la refutación de la acusación, a veces perversa y satírica. Pero en la segunda mitad de repente cambió el tono e incluso el método y ascendió de golpe al patetismo. La sala parecía haber estado esperándolo y se puso a temblar entusiasmada. Se acercó directo al tema y empezó con que, aunque su campo de acción era San Petersburgo, no era la primera vez que acudía a ciudades de Rusia a defender acusados, pero a aquellos de los que estaba convencido de su inocencia o que podía presentirla de antemano.

—Lo mismo me ha pasado en el caso actual —explicó—. Solo con las misivas iniciales de los periódicos ya hubo algo que me afectó muchísimo y me puso a favor del acusado. En una palabra, ante todo me llamó la atención cierta situación jurídica que se repite a menudo en la práctica judicial, pero nunca, creo yo, con tal plenitud y con tantas particularidades características como en el presente caso. Este hecho no necesitaré formularlo sino al final de mi alegato, cuando termine mi discurso; sin embargo, daré constancia de mi opinión ya al empezar, pues tengo la debilidad de ir directo al grano sin esconder efectos ni economizar impresiones. Puede que sea poco práctico por mi parte, pero es sincero. Mi idea, mi fórmula, es la siguiente: existe un aplastante conjunto de hechos en contra del acusado y, al mismo tiempo, ni uno solo de esos hechos resiste el menor análisis examinado de forma individual, uno por uno. Siguiendo después los rumores y los periódicos fui confirmando cada vez más mi idea

y, de repente, recibí de los familiares del acusado una petición para defenderle. En ese momento me apresuré a venir aquí, donde me convencí definitivamente. Así que para rebatir ese terrible conjunto de hechos y exponer la inconsistencia y la irrealidad de cada hecho acusatorio me encargué de defender este caso.

Así empezó el abogado y de repente proclamó:

—Señores del jurado, soy nuevo aquí. Recibí todas las impresiones sin ideas preconcebidas. El acusado, de carácter impetuoso y desenfrenado, no me ofendió de buenas a primeras, como quizá a un centenar de personas en esta ciudad, por lo que muchos me habían prevenido contra él. Por supuesto, reconozco que la moral de la sociedad local está soliviantada justamente en su contra: el acusado es impetuoso y desenfrenado. Sin embargo, era recibido por la sociedad local, incluso la familia del muy talentoso fiscal le colmó de atenciones. —Nota bene: Ante estas palabras se oyeron dos o tres risas entre el público, rápidamente reprimidas aunque notadas por todos. Sabido era que el fiscal había admitido en su casa a Mitia en contra de su voluntad, únicamente porque su mujer lo había encontrado curioso: era una dama virtuosa y respetable en grado sumo, pero fantasiosa, caprichosa y a la que en algunos casos, principalmente en los más nimios, le gustaba llevar la contraria a su marido. Por lo demás, Mitia había estado en su casa escasísimas veces—. Con todo, voy a atreverme a admitir —continuó el abogado— que incluso en una cabeza independiente y en un carácter justo como el de mi oponente haya anidado cierto prejuicio erróneo. Oh, es algo natural: el infeliz se ha merecido demasiado que le traten con prejuicios. El sentimiento moral agraviado y, sobre todo, el estético a veces son implacables. Por supuesto, en el alegato de la acusación, hecho con gran talento, todos hemos oído un severo análisis del carácter y de los actos del acusado, una actitud severa y crítica ante el caso y, lo principal, se han presentado tales profundidades psicológicas para explicarnos la esencia del asunto que internarse en esas profundidades no podría haberse hecho de ninguna manera con una actitud premeditada y malévola y tendenciosa contra la personalidad del acusado. Pero es que hay cosas que son incluso peores, incluso más dañinas en estos casos que la actitud más malévola e intencionada ante un caso. Y es que de nosotros, por ejemplo, se apodera cierto brillo artístico, llamémoslo así, una necesidad de creación artística, de crear una novela, sobre todo teniendo esta riqueza de ingenio psicológico con el que Dios ha adornado nuestras capacidades. Ya en San Petersburgo, en cuanto me dispuse a venir aquí, fui prevenido, aunque yo ya lo sabía sin que me previnieran, de que aquí iba a encontrar en mi oponente a un psicólogo profundo y muy perspicaz que hace mucho que, por esa cualidad, ha merecido singular fama en nuestro aún joven mundo judicial. Pero es que la psicología, señores, aunque sea algo profundo, se parece a un arma de dos filos. —Risas entre el público—. Oh, claro, perdonen esta comparación trivial, no soy un maestro en hablar con demasiada elocuencia. Sin

embargo, aquí tenemos un ejemplo: cogeré lo primero que se me ocurra del discurso del fiscal. El acusado, de noche en el jardín, mientras salta corriendo la valla, abate con la mano de cobre al criado que se ha agarrado a su pierna. Poco después, salta de regreso al jardín y está cinco minutos cuidando del caído, intentado adivinar si le ha matado o no. Y resulta que el fiscal no quiere creer de ninguna manera en la legitimidad del testimonio del acusado, que bajó a ver a Grigori por pena: «No puede darse tal sentimiento en ese momento —dice—, no es natural; saltó para asegurarse de si estaba vivo o muerto el único testigo de su fechoría, y así certifica que él cometió esa fechoría, puesto que no pudo saltar al jardín por ningún otro motivo, propensión o sentimiento». Eso es psicología. Pero tomemos esta misma psicología y apliquémosla al caso, aunque esta vez usaremos el otro filo, y resultará algo no menos verosímil. El asesino baja de un salto por precaución, para asegurarse de si está vivo o no el testigo; a todo esto acaba de dejar en el despacho de su padre, al que ha asesinado, una prueba colosal, según el testimonio del propio fiscal, en forma de un sobre roto, en el que estaba escrito que había tres mil rublos. «Si se llevaba el sobre, nadie en el mundo sabría que había existido un sobre y que en él había dinero y, por consiguiente, que el dinero había sido robado por el acusado.» Ésta es la máxima de la acusación. Así que ya ven, para una cosa al hombre le faltó precaución, se aturdió, se asustó y huyó dejando en el suelo una prueba, y solo dos minutos después golpea y mata a otra persona, pero ahora ya demuestra un gran sentimiento desalmado y calculador de precaución ante nuestro criado. Bueno, bien, fue así: ahí reside la sutileza de la psicología, en que ante tales circunstancias soy sanguinario y vigilante como un águila del Cáucaso y, al minuto siguiente, ciego y vacilante como un insignificante topo. Pero, si soy tan sanguinario y cruelmente calculador que, después de matar bajo de nuevo para ver si está vivo un testigo, ¿para qué atender a mi nueva víctima durante cinco minutos y crearme así, quizá, nuevos testigos? ¿Para qué empapar mi pañuelo limpiando la sangre de la cabeza del abatido y que ese pañuelo después sirva de prueba en mi contra? No, si somos tan calculadores y duros de corazón, ¿no habría sido mejor saltar y simplemente abatir con la mano de cobre al criado caído con más y más golpes en la cabeza para matarle definitivamente y, habiendo acabado con el testigo, eliminar toda inquietud de nuestro corazón? Y, para terminar, salto para comprobar si está vivo o no mi testigo, pero al mismo tiempo dejo en el camino otro testigo, la mano de cobre que me llevé de casa de las dos mujeres: las dos siempre pueden reconocer ese objeto como suyo y testificar que yo me lo llevé de su casa. Y no es que lo olvidáramos en el camino, se nos cayera por distracción o aturdimiento, no, nos hemos deshecho del arma a propósito, puesto que la encontraron a unos quince pasos del lugar donde fue abatido Grigori. Así que hay que preguntarse: ¿para qué lo hicimos? Pues precisamente lo hicimos porque nos dolía haber matado a un hombre, al viejo criado, y por eso enfadados, maldiciendo, nos deshacemos de la

mano, del arma del crimen, no podía ser de otra forma; si no, ¿por qué lanzarla con tanta fuerza? Si podíamos sentir dolor y pena por haber matado a un hombre es, por supuesto, porque no habíamos matado a nuestro padre: de haberlo hecho, no habríamos saltado por pena a ver a este otro caído, se habría dado otro sentimiento, no habríamos estado para penas, sino para salvarnos a nosotros, esto está claro. Muy al contrario, repito, le habríamos aplastado el cráneo decididamente en lugar de ocuparnos de él cinco minutos. Si hubo lugar para la pena y los buenos sentimientos es precisamente porque teníamos la conciencia limpia. Por lo tanto, tenemos otra psicología. Señores del jurado, he recurrido a propósito a la psicología para demostrar de forma palpable que de ella se puede deducir lo que se quiera. Todo dependerá de en qué manos esté. La psicología llama a la novela incluso a las personas más formales y de forma completamente involuntaria. Hablo de la psicología superflua, señores del jurado, del mal uso que se hace de ella.

De nuevo pudieron oírse risas de aprobación entre el público, siempre dirigidas al fiscal. No voy a reproducir al detalle todo el alegato del abogado defensor, escogeré solo algunos fragmentos, algunos puntos muy importantes.

XI. No había dinero. No hubo robo

Hubo un punto en el alegato del abogado que nos dejó a todos estupefactos, y fue precisamente la negación total de la existencia de los fatídicos tres mil rublos y, por consiguiente, la posibilidad de que fueran robados.

—Señores del jurado —comenzó—, en el presente caso a todo hombre nuevo e imparcial le sorprende una particularidad muy característica: la acusación de robo y, al mismo tiempo, la completa imposibilidad de señalar qué fue robado exactamente. Dicen que se ha robado dinero, tres mil rublos para ser exactos, pero nadie sabe si en realidad existieron. Piénsenlo bien: en primer lugar, ¿cómo hemos sabido que existían y quién los vio? Solo una persona los ha visto y nos ha indicado que se habían metido en un sobre con una instrucción: el criado Smerdiakov. Ya antes de la catástrofe informó de su existencia al acusado y a su hermano Iván Fiódorovich. También fue informada la señorita Svetlova. Sin embargo, ninguno de los tres los ha visto personalmente, solo los ha visto Smerdiakov, y entonces la pregunta surge por sí sola: si es verdad que existieron y que Smerdiakov los vio, ¿cuándo los vio por última vez? ¿Y si el señor sacó el dinero de debajo de la cama y volvió a ponerlo en el cofre sin decírselo? Fíjense en que, según las palabras de Smerdiakov, el dinero estaba debajo de la cama, debajo del colchón, el acusado debía de sacarlos de debajo del colchón; sin embargo, la cama no estaba arrugada, lo que está cuidadosamente registrado en el acta. ¿Cómo pudo el acusado no arrugar nada de nada la cama y, además, no ensuciar con las manos todavía ensangrentadas la fina ropa de cama, puesta expresamente para esa ocasión? Y ustedes me preguntarán: entonces, ¿el sobre en el suelo? Bueno, merece la pena que hablemos de ese sobre. Hace nada hasta me he sorprendido un poco: nuestro fiscal de gran talento, al empezar a hablar de ese sobre, de pronto él (presten atención, él mismo) ha dicho precisamente al señalar lo absurda que es la suposición de que Smerdiakov es el asesino: «De no haber sido por el sobre, si no hubiera quedado en el suelo como prueba, si se lo hubiera llevado el ladrón, nadie en el mundo habría sabido que existía tal sobre y que en él había dinero y, por consiguiente, que el dinero había sido robado por el acusado». Así que únicamente este trozo roto de papel con una inscripción, según ha reconocido el propio fiscal, es la prueba que ha servido para inculpar al acusado de robo: «De lo contrario nadie habría sabido que se ha cometido un robo y, quizá, que había habido dinero». Pero ¿es posible que solo un trozo de papel tirado en el suelo pruebe que en su interior había dinero y que ese dinero fue robado? «Pero —me responderán ustedes— es que Smerdiakov lo había visto en el sobre», pero ¿cuándo, cuándo vio los rublos por última

vez? Eso es lo que les pregunto. Yo he hablado con Smerdiakov y él me dijo que los vio dos días antes de la catástrofe. Entonces, ¿por qué no puedo yo proponer, por ejemplo, una situación en la que al viejo Fiódor Pávlovich, encerrado en casa, esperando impaciente e histérico a su enamorada, se le ocurra, para matar el tiempo, sacar el sobre y abrirlo? «A lo mejor Grúshenka no se cree que estén en el sobre —se dice—, mejor le enseño el fajo con los treinta de cien, seguro que causan más impresión, le harán salivar.» Y rompe el sobre, saca el dinero y tira el sobre al suelo con mano imperiosa propia de un señor y sin temer, claro está, dejar pruebas. Oigan, señores del jurado, ¿no son más posibles esta proposición y este hecho? ¿Por qué no son posibles? Y es que, si pudo haber sucedido algo así, la acusación de robo desaparece por sí sola: no había dinero, por consiguiente, no hubo robo. Si el sobre en el suelo es una prueba de que había dinero, ¿por qué no puedo yo afirmar lo contrario, es decir, que el sobre estaba tirado en el suelo precisamente porque ya no había dinero en él, porque su dueño lo había cogido previamente? «Sí, pero, en ese caso, ¿dónde ha ido a parar el dinero, si lo sacó Fiódor Pávlovich del sobre? Al registrar su casa no se encontró.» En primer lugar, en el cofre se ha encontrado parte del dinero, y, en segundo, pudo haberlo sacado por la mañana, incluso la víspera, y emplearlo de otra forma, darlo, enviarlo, en definitiva, cambiar de idea, cambiar su plan de acción desde la misma base sin parecerle necesario informar previamente a Smerdiakov. Y, si esta proposición existe aunque solo sea como posibilidad, entonces ¿cómo se puede culpar con tanta insistencia y seguridad al acusado de haber cometido un asesinato a fin de robar y de que efectivamente existió el robo? Porque de esta forma nos metemos en el terreno de las novelas. Porque, si afirmamos que una cosa ha sido robada, es indispensable mostrar esa cosa o, al menos, demostrar indiscutiblemente que existió. Pero resulta que nadie la ha visto. Recientemente, en San Petersburgo un joven, casi un niño, de dieciocho años, un vendedor ambulante de los de bandejita entró a plena luz del día con un hacha en una casa de cambio y con temeridad excepcional, característica, mató al dueño del local y se llevó mil quinientos rublos en efectivo. Fue detenido cinco horas después. Menos quince rublos que ya se había gastado, le encontraron encima los mil quinientos. Además, cuando volvió a la tienda después del asesinato, el vendedor informó a la policía no solo de la cantidad robada, sino del tipo de dinero que era exactamente, es decir, cuántos billetes de cien, cuántos azules y cuántos rojos, cuántas monedas de oro y de qué valor, y al asesino detenido le fueron encontrados esos billetes y esas monedas. Aparte, todo esto vino seguido de una confesión completa y sincera del asesino de que había matado y se había llevado el dinero. ¡Esto, señores del jurado, es lo que yo llamo prueba! Conozco, veo, palpo el dinero y no puedo decir que no existe o que no haya existido. ¿Es así en el caso que nos ocupa? Porque estamos en un caso de vida o muerte, del destino de un hombre. «Pero es que —dirán—, esa noche estuvo de juerga, derrochó el dinero, le

encontraron encima mil quinientos, ¿de dónde los sacó?» Pues precisamente porque solo se le encontraron mil quinientos, y la otra mitad de la cantidad no ha habido forma de encontrarla ni de descubrirla, se demuestra que ese dinero puede no ser el mismo, que nunca estuvo en ningún sobre. Según el cálculo (de lo más estricto) de tiempo averiguado y demostrado por la instrucción, después de hablar con la criada y salir corriendo a casa de Perjotin, no pasó ni por su casa ni por ningún otro lugar, y después estuvo en público en todo momento, por consiguiente, no pudo separar la mitad de los tres mil y esconderlos en algún punto de la ciudad. Precisamente esta situación ha dado pie a la propuesta del fiscal de que el dinero está escondido en alguna grieta en la aldea de Mó Kroie. Y ¿no estará en los sótanos del castillo de Udolfo, señores? ¿No es una suposición fantástica, de novela? Y fíjense que basta con que desaparezca esta suposición, es decir, que está escondido en Mó Kroie, para que toda la acusación de robo se deshaga en pedazos, porque ¿dónde están, dónde se han metido los mil quinientos rublos? ¿Por qué milagro han podido desaparecer si se ha demostrado que el acusado no entró en ningún sitio? Y ¡por estas historias novelescas estamos dispuestos a destruir la vida de un hombre! Y dirán: «De todas formas, no ha sido capaz de explicar de dónde ha sacado los mil quinientos rublos que se le encontraron encima, y de todos era sabido que hasta esa noche no tenía dinero». Díganme, ¿quién lo sabía? Pues el acusado ha ofrecido un testimonio claro y firme sobre de dónde había sacado el dinero y, si así lo quieren, señores del jurado, si así lo quieren, nunca ha podido ni podrá darse nada más verosímil que este testimonio, ni más unido al carácter y al alma del acusado. Pero a la acusación le gusta su novela: un hombre de voluntad débil que ha decidido aceptar los tres mil rublos que le ofrece su novia, además de forma tan vergonzosa para él, no puede apartar la mitad y coserlos en un escapulario, es más, si los hubiera cosido, los habría descosido cada dos días y habría hurgado en ellos para ir sacándolos de cien en cien y, de esa forma, los habría consumido en un mes. Recuerden que todo esto fue planteado en un tono que no admitía ninguna réplica. Bueno, pero... ¿y si no fue así? ¿Y si han creado una novela y en ella hay otra persona? Porque ahí está el quid, ¡en que ustedes han creado a otra persona! Quizá alguien replique: «Hay testigos de que, un mes antes de la catástrofe, se gastó en Mó Kroie los tres mil de la señorita Verjótseva de golpe, hasta el último kopek, por consiguiente no pudo apartar la mitad». Pero ¿quiénes son esos testigos? El grado de credibilidad de esos testigos ya se ha puesto de manifiesto en el juicio. Y, ya se sabe, la gallina de mi vecina más huevos pone que la mía. Para terminar, ningún testigo contó personalmente el dinero, simplemente lo valoraron a ojo. Al testigo Maksímov le pareció que el acusado tenía veinte mil rublos. Ya ven, señores del jurado, puesto que ya les hablé de los dos filos de la psicología, permítanme que añada ahora el segundo, a ver qué sale.

»Un mes antes de la catástrofe la señorita Verjóvtseva le confía al acusado tres mil rublos para que los envíe por correo, y la cuestión es: ¿es cierto que fueron confiados con tanta vergüenza y tanta humillación como se ha proclamado hace nada? En el primer testimonio de la señorita Verjóvtseva no era así, para nada; y en el segundo testimonio solo hemos oído gritos de furia, de venganza, gritos de un odio largamente contenido. Pero el hecho de que la testigo declarara en falso en su primer testimonio nos da derecho a concluir que su segundo testimonio también pudo ser falso. El fiscal “no quiere, no se atreve” (palabras suyas) a referirse a esta novela. Bien, que así sea, yo tampoco lo haré; sin embargo, sí voy a permitirme señalar que si una persona pura y de gran moral como es sin lugar a dudas la muy respetada señorita Verjóvtseva, si una persona así, digo, se permite de repente, súbitamente, modificar su primer testimonio en un juicio con el objetivo claro de destruir al acusado, entonces está claro que ese testimonio no fue prestado de forma imparcial, con serenidad. ¿Es posible que se nos prive del derecho a concluir que una mujer que busca venganza puede haber exagerado muchas cosas? Sí, exagerar precisamente esa vergüenza y humillación con la que se ofreció el dinero. Al contrario, fue ofrecido precisamente porque todavía era posible aceptarlo, sobre todo para una persona tan irreflexiva como nuestro acusado. Lo principal es que, en ese momento, él tenía en mente la pronta obtención de los tres mil rublos que, según las cuentas, su padre le debía. Es irreflexivo, pero precisamente por su irreflexión estaba tan firmemente seguro de que aquél se los iba a entregar y, por consiguiente, siempre podría enviar por correo el dinero que le había confiado la señorita Verjóvtseva y desquitarse de su deuda. Pero el fiscal se niega a admitir que ese día, el día de los hechos, el acusado pudo haber separado la mitad del dinero recibido y coserlo al escapulario: “Él no es así —dice—, no pudo tener esos sentimientos”. Pero es la acusación la que ha afirmado a voz en grito que Karamázov es extenso, es la acusación la que ha vociferado sobre los dos abismos extremos que Karamázov puede contemplar. Karamázov es justamente esa naturaleza con dos lados, con dos abismos, que en la necesidad más imperiosa de jugar puede detenerse si algo le sorprende desde el otro lado. Y ese otro lado es el amor, ese amor nuevo que empezaba entonces a inflamarse como la pólvora, y para ese amor era necesario el dinero, mucho más necesario, ay, bastante más que para las juergas con la amada. Ella le diría: “Soy tuya, no quiero a Fiódor Pávlovich”, y él se la llevaría, así que tenía que tener con qué llevársela. Esto es más importante que la juerga. ¿Cómo no iba a entender esto Karamázov? Si precisamente enfermó por eso, por esa preocupación, ¿cómo puede ser inverosímil que separara ese dinero y lo escondiera por si acaso? Sin embargo, el tiempo pasa y Fiódor Pávlovich no le entrega al acusado los tres mil, al contrario, se dice que los ha destinado a tentar con ellos a su enamorada. “Si Fiódor Pávlovich no me los da —piensa el acusado—, seré un ladrón ante Katerina Ivánovna.” Y entonces nace la idea de que irá y esos mil quinientos que

continúa llevando en el escapulario los pondrá ante la señorita Verjóvtseva y le dirá: "Soy un canalla, pero no un ladrón". Así que tiene doble razón para guardar los mil quinientos como a la niña de sus ojos y ninguna para descoser e ir sacándolos de cien en cien. ¿Por qué le niegan al acusado el sentido del honor? Tiene sentido del honor, pongamos que incorrecto, pongamos que muy equivocado, pero lo tiene, lo tiene hasta rabiar, y lo ha demostrado. Pero he aquí que el asunto se complica, el suplicio de los celos alcanza su máximo grado, pero aun así las dos cuestiones anteriores siguen manifestándose cada vez con mayor dolor en el cerebro inflamado del acusado: "Si se lo devuelvo a Katerina Ivánovna, ¿con qué medios me llevaré a Grúshenka?". Si cometió locuras, si bebió y rabió por las tabernas todo un mes, puede que fuera precisamente por pesar, por no poder soportarlo. Estas dos cuestiones terminaron por agudizarse tanto que lo condujeron a la desesperación. Iba a enviar a su hermano pequeño a que le pidiera al padre por última vez los tres mil rublos, pero, sin esperar la respuesta, irrumpió violentamente y todo acabó en que golpeó al viejo delante de testigos. Después de esto ya no iba a recibir dinero de nadie, el padre golpeado no se lo iba a dar. Ese mismo día por la tarde se golpea el pecho, la parte superior del pecho, donde está el escapulario, y le jura a su hermano que tiene un medio para no ser un canalla, pero que aun así lo seguirá siendo, pues prevé que no va a utilizar ese medio, que le falta fuerza moral, que le falta carácter. ¿Por qué, por qué la acusación no cree el testimonio de Alekséi Karamázov hecho con tanta pureza, sinceridad, sin preparar y tan verosímil? ¿Por qué, por el contrario, me obliga a creer en un dinero en no sé qué grieta de los sótanos del castillo de Udolfo? Esa misma tarde, después de hablar con su hermano, el acusado escribe esa funesta carta y es esta carta la principal prueba, la más colosal de que el acusado robó: "Voy a pedir a todo el mundo, si no me lo dan, mataré a mi padre y se lo quitaré de debajo del colchón, del sobre con la cintita roja, cuando se vaya Iván"; es el plan completo del asesinato, ¿cómo no va a ser él? "¡Se cometió según el escrito!", exclama la acusación. Pero, primero, es la carta de un borracho y fue escrita en un momento de terrible irritación; segundo, vuelve a hablar del sobre con las palabras de Smerdiakov porque él no ha visto personalmente ese sobre y, tercero, lo que está escrito, escrito está, pero ¿qué prueba hay de que se cometiera según lo escrito? ¿Sacó el acusado el sobre de debajo de la almohada? ¿Encontró el dinero? ¿Existió de verdad? ¿Es que el acusado echó a correr en busca de dinero? ¡Acuérdense, acuérdense! Corría desesperado no para robar, sino para averiguar dónde estaba ella, la mujer que lo había destruido, y no siguiendo un plan, por consiguiente, no echó a correr según el escrito, no para un robo bien pensado, sino que echó a correr repentinamente, sin intención, ¡por furia celosa! "Sí —dirán—, pero aun así llegó, mató y cogió el dinero." Bien, pero ¿le mató él o no, en realidad? La acusación del robo la rechaza con indignación: no se puede acusar de un robo si no

se puede indicar con exactitud lo que se ha robado, ¿es un axioma! Pero ¿le mató él?
Aun sin robo, ¿es él el asesino? ¿Se ha demostrado? ¿No será también una novela?

XII. Tampoco hubo asesinato

—Con su permiso, señores del jurado, estamos hablando de la vida de un hombre y hay que ser más prudentes. Hemos oído al mismísimo fiscal declarar que hasta el último día, hasta hoy, hasta el día del juicio, ha vacilado en imputar al acusado un asesinato con total y completa premeditación; ha vacilado hasta esa fatídica carta «ebria» presentada hoy al tribunal. «¡Se cometió según el escrito!» Pero vuelvo a repetirlo: él echó a correr en pos de Grúshenka, buscándola, solo quería averiguar dónde estaba. Este hecho es indiscutible. De haber estado ella en casa, él no habría corrido a ningún sitio, se habría quedado a su lado y no habría cumplido lo que escribió en la carta. Echó a correr sin intención, repentinamente, y puede que entonces no se acordara para nada de su carta «ebria». «Se llevó la mano de mortero cobre», dicen. Recuerden que se nos ha ofrecido toda una teoría psicológica basada en esa mano de mortero: por qué debía reconocerla como arma, llevársela como arma, etcétera etcétera. Ahora me viene a la cabeza una idea de lo más común: ¿y si esa mano de mortero no hubiera estado a la vista, en el estante del que se la llevó el acusado, sino guardada en un armario? Porque entonces al acusado no le habría saltado a los ojos y habría salido corriendo sin arma, con las manos vacías y, quizá, no habría matado. ¿Cómo puedo concluir que la mano de mortero es una prueba de premeditación y de deseo de hacerse con un arma? Sí, fue gritando por las tabernas que mataría a su padre y dos días antes, la tarde en que escribió la carta ebria, estuvo tranquilo y discutió solo con un tendero «porque Karamázov no puede estar sin discutir». Pues a esto respondo que, de haber tramado el asesinato, encima con un plan escrito, seguramente ni habría discutido con el tendero ni, quizá, habría pasado por la taberna, porque su alma, habiendo tramado un asunto semejante, buscaría la calma y el retiro, buscaría desaparecer para que no le vieran, no le oyeran. «Olvidaos de mí si podéis», y no por interés, sino por instinto. Señores del jurado, la psicología tiene dos filos y nosotros también sabemos entender la psicología. En cuanto a los gritos de las tabernas de ese mes, anda que no se gritan y riñen los niños y los juerguistas borrachos al salir de las cantinas: «¡Te mataré!», pero no se matan, no. Y la carta fatídica no deja de ser un enfado de borracho, un grito al salir de la taberna: «¡Os mataré —dice—, os mataré a todos!» ¿Por qué no, por qué no pudo ser así? ¿Por qué esa carta fatídica no puede ser graciosa? Pues porque se encontró el cadáver de su padre muerto, porque un testigo vio al acusado en el jardín armado y huyendo, y el mismo testigo fue abatido por el acusado, así que todo se cometió según fue escrito y por eso la carta no es graciosa, sino fatídica. Gracias a Dios, hemos llegado al punto de

«si estaba en el jardín, significa que ha matado». En estas dos palabras, si estaba entonces con toda seguridad significa, se sostiene toda la acusación: «Estaba, así que significa». ¿Y si no significa, aunque sí estuviera? Oh, estoy de acuerdo en que el conjunto de los hechos, la coincidencia de los hechos es, en efecto, bastante significativa. Pero examinen todos esos hechos por separado sin incluirlos en un conjunto: ¿por qué, por ejemplo, la acusación no quiere admitir la veracidad del testimonio del acusado de que se alejó de la ventana? Recuerden también el sarcasmo al que ha recurrido aquí la acusación al hablar del respeto y de los sentimientos «piadosos» que de repente se apoderaron del asesino. ¿Y si de verdad hubo algo parecido? Es decir, puede que no un sentimiento de respeto pero sí de piedad. «Probablemente fue mi madre que rezaba por mí en ese momento», señala el acusado en el sumario, y que salió corriendo en cuanto se aseguró de que Svetlova no estaba en casa de su padre. «Pero no podía asegurarse desde la ventana», replica la acusación. Pero ¿por qué no? La ventana se abrió ante las señales hechas por el acusado. Fiódor Pávlovich pudo haber pronunciado alguna palabra, se le pudo haber escapado algún grito, y el acusado tuvo la certeza de que Svetlova no estaba allí. ¿Por qué debemos admitir las cosas tal como nosotros nos las imaginamos, como hemos decidido imaginárnoslas? En la realidad pueden pasar miles de cosas que escapan a la vigilancia del novelista más sutil. «Bien, pero Grigori vio la puerta abierta, por consiguiente, el acusado seguramente estaba en la casa y, por consiguiente, él le mató.» Sobre esa puerta abierta, señores del jurado... Miren, solo una persona ha atestado que la puerta estaba abierta y, bueno, esa persona estaba en un estado que... Pero vale, pongamos que la puerta estaba abierta: el acusado la abrió, mintió por un sentimiento de defensa propia tan comprensible en su situación, se coló en la casa, estuvo dentro, ¿y qué? ¿Por qué estar significar matar? Pudo irrumpir, recorrer las habitaciones, apartar violentamente a su padre, incluso golpearle, pero, tras cerciorarse de que Svetlova no estaba allí, salir corriendo feliz por que no estuviera y por haberse ido sin matar a su padre. Precisamente quizá por eso al minuto saltara desde la valla para examinar a Grigori, al que había derribado en un momento de acaloramiento: estaba en condiciones de experimentar un sentimiento puro, un sentimiento de compasión y piedad, había huido de la tentación de matar a su padre, había percibido en su interior un corazón puro y alegría por no haber matado a su padre. La acusación nos ha descrito con pronunciada elocuencia el terrible estado del acusado en la aldea de Mókroie, cuando el amor volvió a revelársele invitándolo a una vida nueva, cuando para él ya era imposible amar porque había dejado tras de sí el cuerpo ensangrentado de su padre y el castigo por ese cuerpo. Sin embargo, la acusación ha admitido el amor, que también ha explicado con ayuda de su psicología: «Estado de embriaguez, conducen a un criminal al cadalso, todavía se puede esperar, etcétera etcétera». Pero, señor fiscal, vuelvo a preguntarle: ¿no se ha inventado usted

a otra persona? ¿Tan bruto e insensible sería el acusado para pensar en ese momento en el amor y en subterfugios con vistas a un juicio si de verdad estuviera cubierto con la sangre de su padre? ¡No, no y no! Acaba de descubrir que ella le ama, que le llama a su lado, le aguarda una dicha nueva, oh, les juro que entonces sentiría doble, ¡triple!, necesidad de matarse y ¡se habría matado sin dudarlo de haber dejado atrás el cuerpo de su padre! ¡No habría olvidado dónde estaban las pistolas! Conozco al acusado: la crueldad salvaje y tosca que le atribuye la acusación es incompatible con su carácter. Se habría matado, eso es seguro; no se mató precisamente porque «su madre rezó por él» y su corazón era inocente de la sangre de su padre. Esa noche en Mókröie sufría, penaba por haber abatido al viejo Grigori y rogaba a Dios para que el viejo se levantara y se recuperara, para que el golpe no hubiera sido mortal y evitar así el castigo. ¿Por qué no aceptar esta interpretación de los hechos? ¿Qué prueba sólida tenemos de que el acusado nos ha mentado? Y ahora volverán a señalarnos el cuerpo de su padre: él salió huyendo, él no lo mató, entonces ¿quién mató al viejo?

»Repito que ésta es la lógica de la acusación: si no fue él, entonces ¿quién? No hay nadie a quien poner en su lugar, dice. Señores del jurado, ¿es así? ¿De verdad no hay nadie más a quien poner? Hemos oído a la acusación contar con los dedos a todos los que esa noche estuvieron y visitaron la casa. Eran cinco. Tres de ellos, en eso estoy de acuerdo, no son responsables: el propio muerto, el viejo Grigori y su mujer. Quedan, por consiguiente, el acusado y Smerdiakov. Y he aquí que la acusación exclama con énfasis que el acusado señala a Smerdiakov porque no hay nadie más a quien señalar, que de haber una sexta persona, incluso la sombra de un sexto, el acusado enseguida dejaría de acusar a Smerdiakov, avergonzado, y señalaría a ese sexto. Pero, señores del jurado, ¿por qué no se puede concluir de forma completamente opuesta? Quedan dos: el acusado y Smerdiakov, ¿por qué no puedo yo decir que ustedes acusan a mi cliente solo porque no tienen a nadie más a quien acusar? Y no tienen a nadie más porque han excluido a Smerdiakov de cualquier sospecha de forma totalmente preconcebida y antes de tiempo. Sí, es cierto, solo señalan a Smerdiakov el acusado, sus dos hermanos y Svetlova, nadie más. Pero es que hay alguien más entre los que han declarado: cierta agitación, aunque poco clara, en la sociedad sobre esta cuestión, una sospecha, rumores poco claros, puede notarse la expectación. Finalmente, también se ha manifestado cierta confrontación en los hechos muy característica, aunque reconozco que confusa: en primer lugar, ese ataque del mal caduco precisamente el día de la catástrofe, el ataque que, no sé por qué, con tanto afán el fiscal se ha visto obligado a defender y a sostener. Después el inesperado suicidio de Smerdiakov la víspera del juicio. Después el no menos inesperado testimonio del hermano mayor del acusado, hoy en el juicio, quien hasta ahora había creído en la culpabilidad de su hermano y que de pronto aparece con dinero y también proclama a Smerdiakov como asesino. Oh, al igual que el tribunal y la fiscalía, estoy plenamente

convencido de que Iván Karamázov está enfermo y sufre de fiebres, de que su testimonio, en efecto, podría ser un intento desesperado, tramado además desde el delirio, por salvar a su hermano cargándole la culpa a un muerto. Sin embargo, de nuevo se ha pronunciado el nombre de Smerdiakov, de nuevo parece oírse algo misterioso. Es como si algo no se hubiera dicho, señores del jurado, no se hubiera terminado. Y quizá se termine de decir. Pero de momento vamos a dejar esto, ya lo veremos después. Hace poco el tribunal ha decidido continuar con la sesión y, mientras esperaba, he podido darme cuenta de ciertas cosas a propósito, por ejemplo, de la caracterización del difunto Smerdiakov esbozada por la acusación con tanto detalle y talento. Pero, aun sorprendido por el talento, no puedo estar completamente de acuerdo con la esencia de esta caracterización. Yo estuve con Smerdiakov, le vi y hablé con él, y me causó una impresión completamente distinta. Su salud era débil, es cierto, pero su carácter, su corazón, ah, no, no era para nada ese hombre débil que dice la acusación. Sobre todo no encontré en él timidez, esa timidez tan característica que nos ha descrito el fiscal. No tenía nada de simple, al contrario, yo me encontré con una desconfianza terrible disimulada de inocencia, y una inteligencia capaz de observar muchas cosas. ¡Ay! La acusación fue demasiado simple al considerarlo falto de juicio. Me causó una impresión bien definida: salí de allí convencido de que esa persona era decididamente malvada, demasiado ambiciosa, vengativa e intensamente envidiosa. He reunido algunos datos: odiaba sus orígenes, se avergonzaba de ellos y recordaba apretando los dientes que “provenía de la Maloliente”. Era irrespetuoso con el criado Grigori y su mujer, sus benefactores en su infancia. Maldecía Rusia y se burlaba de ella. Soñaba con marcharse a Francia, con convertirse en francés. Con frecuencia había explicado que le faltaban los medios para ello. Me parece que no quería a nadie, excepto a sí mismo, que se tenía en muy alta estima. Para él, ser educado era tener ropa buena, camisolines limpios y botas lustrosas. Como se creía (y hay pruebas de esto) el hijo ilegítimo de Fiódor Pávlovich, tal vez odiara su situación en comparación con la de los hijos legítimos de su señor: ellos lo tienen todo, decía, y yo nada, para ellos son los derechos, la herencia, y yo solo soy el cocinero. Me contó que Fiódor Pávlovich y él habían puesto juntos el dinero en el sobre. El destino de esa cantidad, una cantidad con la que él podría hacer carrera, le resultaba odioso. Además, vio tres mil rublos en billetes de cien nuevecitos (le pregunte a propósito sobre esto). Oh, nunca le enseñen gran cantidad de dinero de una sola vez a un hombre envidioso y orgulloso. Era la primera vez que veía tanto dinero en manos de una sola persona. La impresión del fajo de billetes pudo influir lastimosamente en su imaginación, al principio sin consecuencias. El fiscal, con su gran talento, nos ha esbozado con excepcional sutileza todos los pro y contra de la hipótesis de culpar a Smerdiakov del asesinato y se preguntaba especialmente: ¿para qué iba éste a fingir el ataque? Bien, es que pudo no fingir en absoluto, el ataque pudo sobrevenirle de forma natural, pero

también se le pudo pasar de forma natural y el enfermo pudo haberse recuperado. Pongamos que no se cura pero, aun así, en algún momento vuelve en sí y se recupera, como sucede en el mal caduco. La acusación pregunta: ¿en qué momento cometió Smerdiakov el asesinato? Señalar ese momento es muy fácil. Pudo recobrase y levantarse de su profundo sueño (pues simplemente estaba durmiendo: después de los ataques del mal caduco siempre cae en un sueño profundo) precisamente en el instante en que el viejo Grigori, sujetando por la pierna al acusado que huía saltando la valla, aulló para que le oyeran en todos los alrededores: “¡Parricida!”. Fue un grito excepcional en mitad de la calma de la noche, y pudo despertar a Smerdiakov, cuyo sueño podía ser ya entonces no muy profundo (naturalmente también podía haber empezado a despertarse una hora antes). Se levanta de la cama, se dirige casi sin conocimiento y sin ninguna intención hacia el grito, a ver qué está pasando. En su cabeza hay embriaguez enfermiza, su entendimiento aún duerme, pero él está en el huerto, se acerca a las ventanas iluminadas y oye la terrible novedad en boca del señor, quien, naturalmente, se alegra de verle. El entendimiento se enciende de golpe en su cabeza. Por su asustado señor se entera de todos los detalles. Y he aquí que poco a poco en su cerebro desordenado y enfermo se va formando una idea, terrible, pero seductora y muy lógica: matarlo, llevarse los tres mil rublos y cargárselo todo al señorito, ¿a quién podían acusar si no era al señorito? Las pruebas decían que había estado allí. La terrible ansia de dinero, de hacerse con el botín, pudo apoderarse de él junto con un sentimiento de impunidad. Ay, estos arrebatos repentinos e irresistibles se dan tan a menudo en caso necesario y, lo principal, ¡se dan repentinamente en asesinos que un minuto antes no sabían que querían asesinar! Así que Smerdiakov pudo entrar a ver a su señor y ejecutar su plan. ¿Cómo? ¿Con qué arma? Pues con la primera piedra que cogiera del jardín. Pero ¿para qué? ¿Con qué fin? Los tres mil rublos, toda una carrera. Ah, no, no me estoy contradiciendo: el dinero pudo haber existido. Y hasta puede que Smerdiakov fuera el único que supiera dónde encontrarlo, en qué lugar de la habitación del señor estaba. “Bien, ¿y allí donde se guardaba el dinero, el sobre roto en el suelo?” Hace poco, al hablar de este sobre, la acusación ha expuesto esa consideración tan sutil acerca de que solo un ladrón no acostumbrado podía haberlo dejado en el suelo, precisamente uno como Karamázov y no como Smerdiakov, que nunca habría dejado tal prueba en su contra. Hace poco, señores del jurado, mientras escuchaba me ha parecido oír algo que me resultaba muy conocido. Imagínense, esa misma consideración, esa suposición sobre cómo debería haber actuado Karamázov con el sobre se la había oído exactamente dos días antes al propio Smerdiakov, es más, me dejó sorprendido con ella: me parecía que se estaba haciendo el ingenuo, que se adelantaba, que me imponía esa idea para que yo sacara esa misma conclusión, parecía estar sugiriéndomela. ¿No la habrá sugerido también durante la instrucción? ¿No se la habrá impuesto también al brillante fiscal? Ahora

dirán: ¿y la vieja, la mujer de Grigori? Porque oyó al enfermo gemir toda la noche. Sí, le oyó, pero esta opinión es bastante inconsistente. Conocí a una dama que se quejaba amargamente de que un perrillo de la calle la había despertado y no le dejó dormir en toda la noche. Sin embargo, luego se supo que el pobre perrillo solo había ladrado dos o tres veces en toda la noche. Es natural, una persona está durmiendo, oye un gemido, se despierta enojada porque la han despertado, pero enseguida vuelve a quedarse dormida. Dos horas después un nuevo gemido, vuelve a despertarse y a dormirse, finalmente otro gemido de nuevo a las dos horas, en total tres veces en toda la noche. Por la mañana el durmiente se levanta y se queja de que alguien ha estado gimiendo toda la noche y de que lo despertaba sin cesar. Y seguramente eso es lo que le pareció: ha dormido a intervalos de sueño de dos horas pero no lo recuerda, solo recuerda los momentos en los que se despertaba, por eso le parece que ha estado toda la noche en vela. Pero “¿por qué, por qué —exclama la acusación— no ha confesado en su nota póstuma? Para una cosa tuvo conciencia y para otra no”, dice. Pero permítanme: la conciencia es arrepentimiento, y puede que no hubiera arrepentimiento en el suicida, sino solo desesperación. Desesperación y arrepentimiento son dos cosas completamente diferentes. La desesperación puede ser malvada y despiadada, y el suicida, mientras se quita la vida, puede odiar doblemente a aquellos a los que siempre ha envidiado. Señores del jurado, ¡guárdense de un error judicial! ¿Qué tiene de inverosímil todo lo que les he presentado y descrito? Encuentren un error en mi exposición, encuentren algo imposible o absurdo. Pero, si hay aunque solo sea una sombra de posibilidad, aunque solo sea una sombra de verosimilitud, absténganse de condenarle. Sin embargo, ¿acaso es solo una sombra? Se lo juro por todos los santos, creo completamente en la interpretación del asesinato que les acabo de presentar. Y lo principal, lo principal es que siempre me desconcierta y me molesta la misma idea, que de toda la masa de hechos apilados por el fiscal sobre el acusado no haya ni uno que sea mínimamente preciso o irrefutable, y que se va a destruir a un infeliz únicamente por un conjunto de hechos. Sí, el conjunto es terrible: la sangre, la sangre corriendo por los dedos, la ropa blanca ensangrentada, la noche oscura inundada por un clamor: “¡Parricida!”, el que grita cayendo con la cabeza abierta, a continuación el cúmulo de sentencias, de testimonios, gestos, gritos... Oh, eso influye tanto, puede persuadir tanto el convencimiento, pero el suyo, señores del jurado, ¿su convencimiento se puede persuadir? Recuerden: les ha sido entregado un poder inabarcable, el poder de atar y decidir. Pero ¡cuanto más fuerte es el poder, más terrible es su aplicación! No retiraré ni una coma de lo que he dicho ahora, pero digamos que es así, digamos que por un minuto estoy de acuerdo con la acusación en que mi infeliz cliente se ha manchado las manos con la sangre de su padre. Es solo una suposición, les repito que no he dudado ni por un instante de su inocencia, pero que sea así: voy a suponer que mi acusado es culpable de parricidio, pero atentos a mis

palabras incluso cuando me permito esta suposición. Mi conciencia me lleva a decirles algo más, pues presiento una gran lucha en su corazón y cabeza... Perdónenme estas palabras, señores miembros del jurado, sobre su corazón y su cabeza. Pero quiero ser franco y sincero hasta el final. ¡Seamos todos sinceros!...

En este punto el abogado fue interrumpido por aplausos bastante fuertes. Las últimas palabras las había pronunciado en un tono que había sonado tan sincero que todos pensaron que, quizá, en efecto tenía algo que decir y que ese algo que iba a decir ahora era lo más importante. Pero el presidente, al oír los aplausos, amenazó en voz alta con «desalojar» la sala del tribunal si volvía a repetirse «un incidente similar». Todos se calmaron y Fetiukóvich empezó a hablar con voz nueva, penetrante: no era en absoluto la voz con la que había hablado hasta entonces.

XIII. Adúltero de pensamiento

—No es solo un conjunto de hechos lo que destruye a mi cliente, señores del jurado — proclamó—, no, a mi cliente lo destruye en realidad un único hecho: ¡el cuerpo de su viejo padre! De haber sido un simple asesinato, ustedes habrían rechazado la acusación ante la nimiedad, ante la falta de pruebas, ante lo fantasioso de los hechos, si los examinamos por separado y no como un conjunto, al menos dudarían en destruir el destino de un hombre solo por los prejuicios en su contra, bien merecidos, ¡ay! Pero no es un simple asesinato, ¡sino un parricidio! Y esto impone hasta el punto de que, hasta en la cabeza más imparcial, la nimiedad y la falta de pruebas de los hechos inculpatorios ya no es tan nimia y ya no faltan pruebas. Porque ¿cómo absolver a un acusado así? ¿Y si es el asesino y queda impune? Esto es lo que todos sienten en su corazón casi involuntariamente, por instinto. Sí, es horrible derramar la sangre paterna, la sangre del que me engendró, la sangre de quien me amó, la sangre de quien en su vida no escatimó por mí, de quien se preocupó desde mis primeros años por mis enfermedades, de quien sufrió toda su vida por mi felicidad y que solo vivió por mis alegrías y mis éxitos. Ah, matar a un padre así ¡es algo que no puede ni pensarse! Señores del jurado, ¿qué es un padre, un padre de verdad? ¿Qué significa esa gran palabra? ¿Qué idea terriblemente grande denominamos así? Ahora solo hemos señalado en parte qué es y qué debe ser un auténtico padre. En el caso que nos ocupa, el que hace sufrir a nuestras almas, en el presente caso, el difunto Fiódor Pávlovich Karamázov no se acercaba lo más mínimo a esa idea de padre que acaba de reflejarse en nuestro corazón. Es una desgracia. Sí, en efecto, algunos padres son como una desgracia. Examinemos esa desgracia más de cerca, no hay nada que temer,

señores del jurado, en vista de la importancia de la inminente decisión. Sobre todo no debemos temer ahora y, por así decirlo, eludir determinada idea, como niños o mujeres miedosas, según la afortunada expresión del brillante fiscal. Pero en su apasionado discurso mi adversario (adversario ya antes de que yo dijera mi primera palabra) ha exclamado varias veces: «No, no voy a dejar que nadie defienda al acusado, no voy a ceder su defensa al abogado venido desde San Petersburgo. ¡Yo soy acusador y también defensor!». Lo ha exclamado varias veces y, sin embargo, se ha olvidado de mencionar que, si durante veintitrés años el horrible acusado estuvo tan agradecido por una simple libra de nueces que recibió de la única persona que le mostró cariño en la casa paterna, entonces también ese hombre estaba obligado a recordar durante veintitrés años cómo corrió descalzo «en el patio de atrás, sin botas y vestido con unos pantaloncitos sujetos por un único botón», según la expresión del humanitario doctor Herzenstube. Ay, señores del jurado, ¿para qué queremos examinar más de cerca esta «tragedia» y repetir lo que todos ya saben? ¿Qué encontró mi cliente cuando llegó a casa de su padre? Y ¿para qué, para qué representar a mi cliente como un insensible, un egoísta, un monstruo? Es impetuoso, es salvaje y furioso, y por eso ahora le estamos juzgando, pero ¿quién es el culpable de su destino? ¿Quién es el culpable de que su buena disposición, su corazón sensible y agradecido recibieran una educación tan disparatada? ¿Alguien le enseñó buen juicio, le ilustró en las ciencias? ¿Quién le quiso siquiera un poco en su infancia? Mi cliente creció al amparo de Dios, esto es, como una fiera salvaje. Puede que ansiara ver a su padre después de muchos años de separación; puede que miles de veces, al recordar entre sueños su infancia, hubiera ahuyentado las visiones repulsivas con las que soñaba de pequeño y que ansiara de todo corazón absolver y abrazar a su padre. Y ¿qué ocurrió? Lo reciben con burlas cínicas, con desconfianza y tejemanejes a cuenta del dinero en litigio; solo oye palabrería y ve un comportamiento que le revuelve las entrañas, todos los días «con un coñac» y, finalmente, ve a un padre que le arrebató la amante a él, al hijo, y con el dinero del hijo. Ay, señores del jurado, ¡es detestable y cruel! Y ese viejo se va quejando a todos de la falta de respeto y de la crueldad de su hijo, lo denigra en sociedad, lo perjudica, lo calumnia, ¡acaparó los recibos de sus deudas para enviarlo a la cárcel! Señores del jurado, las almas, las personas aparentemente inhumanas, furiosas e impetuosas como mi cliente suelen ser la mayoría de las veces increíblemente blandas de corazón, solo que no lo expresan. No se rían, ¡no se rían de mi idea! Hace poco, el brillante fiscal se ha reído cruelmente de mi cliente aduciendo que le gusta Schiller, que le gusta «lo bello y elevado». Yo no me habría reído si hubiera estado en su lugar, ¡en el lugar del fiscal! Sí, esos corazones (oh, déjenme que defienda esos corazones muy pocas veces comprendidos y siempre injustamente), esos corazones suelen ansiar lo tierno, lo bello y justo, precisamente por ser un contraste consigo mismos, con su furia, con su crueldad, lo ansían

inconscientemente, pero lo ansían. Apasionados y crueles por fuera, son capaces de amar dolorosamente a una mujer, por ejemplo, y siempre con amor espiritual y supremo. No se rían de mí otra vez: ¡eso es lo que la mayoría de las veces les ocurre a ellos! No pueden ocultar sus pasiones, en ocasiones ordinarias, y esto es lo que sorprende, esto es lo que vemos, pero no vemos el interior de la persona. Por el contrario, todas sus pasiones se calman rápidamente, pero cerca de una criatura bella, agradecida, ese hombre al parecer ordinario y cruel busca la renovación, busca la posibilidad de enmendarse, de ser mejor, de volverse elevado y honrado, «elevado y bello», por muy ridícula que sea la palabra. Hace poco he dicho que no iba a permitirme tocar los amoríos de mi cliente con la señorita Verjóvtseva. Sin embargo, puedo decir media palabra: hemos oído no una declaración, sino los gritos de una mujer exaltada en busca de venganza, y no es ella, oh, no es ella quién para reprochar traiciones, puesto que ¡ella misma ha traicionado! Si hubiera tenido algo de tiempo para reflexionar, no se habría permitido ese testimonio. No la crean, no, el «monstruo» no es mi cliente, como ella le ha llamado. Un filántropo crucificado dijo camino de la cruz: «Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas, y ni una se perderá...». ¡No destruyamos nosotros un alma humana! Les he preguntado qué era un padre y pronuncié esa gran palabra, esa valiosa denominación. Pero, señores del jurado, hay que ser sincero con la palabra, y voy a permitirme llamar el objeto por su propio nombre, por su propia denominación: un padre como el viejo asesinado Karamázov no puede y no es digno de llamarse padre. Amar a un padre que no se ha mostrado digno de ser padre es absurdo, es imposible. No se puede engendrar amor desde la nada, solo Dios puede crear desde la nada. «Padres, no aflijáis a vuestros hijos», escribe el apóstol con el corazón ardiendo de amor. No cito estas palabras santas para mi cliente, sino que se las recuerdo a todos los padres. ¿Quién me ha dado el poder de enseñar a los padres? Nadie. Pero como persona y ciudadano os invoco: vivos voco! Estamos poco tiempo en la tierra, hacemos muchas cosas malas y decimos palabras malas. Y por eso vamos todos a buscar un momento propicio para comunicarnos, para decirnos palabras buenas unos a otros. Como yo: mientras estoy aquí, estoy aprovechando mi momento. No en vano una voluntad suprema nos ha otorgado esta tribuna: desde ella nos oye toda Rusia. No hablo solo para los padres de aquí, sino que a todos los padres les digo: «Padres, ¡no aflijáis a vuestros hijos!». Cumplamos primero el mandato de Jesucristo y solo entonces nos permitiremos exigirselo a nuestros hijos. De lo contrario, no somos padres, sino enemigos de nuestros hijos, y ellos no son nuestros hijos, sino nuestros enemigos, y ¡somos nosotros quienes los hemos convertido en enemigos! «Con la medida con que midáis se os medirá», no soy yo quien lo dice, lo ordena el Evangelio: medir con la misma medida con la que os miden a vosotros. ¿Cómo culpar a los hijos si ellos nos miden con nuestra medida? Hace poco en Finlandia, una joven, una criada, fue sospechosa de

haber dado a luz en secreto. Empezaron a seguirla y en la buhardilla de la casa, en un rincón detrás de unos ladrillos, encontraron un baúl del que nadie sabía nada, lo abrieron y de allí sacaron el cuerpecito del recién nacido al que ella había dado muerte. En el mismo baúl hallaron dos esqueletos de otros dos bebés a los que había parido y dado muerte al nacer, como ella confesó. Señores del jurado, ¿es esto una madre? Sí, ella los parió, pero ¿fue una madre para ellos? ¿Se atreverá alguno de ustedes a darle el sagrado nombre de madre? Seamos valientes, señores del jurado, seamos audaces incluso, estamos hasta obligados a serlo en el momento presente y a no tener miedo de otras palabras e ideas, como las mercaderes moscovitas que tienen miedo del «metal» y del «azufre». No, demostraremos por el contrario que el progreso de los últimos años también ha alcanzado a nuestro desarrollo y diremos: el que ha engendrado no es todavía padre, padre es quien ha engendrado y se lo ha merecido. Oh, claro, hay otro significado, otra interpretación de la palabra «padre» que reivindica que mi padre, aunque sea un monstruo, aunque sea malo con sus hijos, siga siendo mi padre solo porque me ha engendrado. Pero éste es ya un significado místico, por así decirlo, y ya no lo entiendo con la mente, solo puedo aceptarlo con la fe o, mejor dicho, por la fe, igual que otras muchas cosas que no entiendo pero que la religión me lleva a creer. Pero, en tal caso, que se quede fuera de la esfera de la vida real. En la esfera de la vida real, que tiene no solo sus propios derechos, sino que carga con grandes responsabilidades, en esta esfera, si queremos ser humanos, cristianos, debemos y estamos obligados a actuar por convicciones justificadas por la razón y la experiencia, que hayan pasado por el crisol del análisis, en una palabra, estamos obligados a obrar juiciosamente y no a lo loco, como en sueños o delirando, para no causar daño a un hombre, para no atormentar ni destruir a un hombre. Ésta será entonces la auténtica labor cristiana, no solo mística, sino también una labor juiciosa y ya verdaderamente filantrópica...

En este punto se desataron fuertes aplausos en muchos puntos de la sala, pero Fetiukóvich alzó los brazos como rogando que no le interrumpieran y le dejaran hablar. Automáticamente la sala se calmó. El orador continuó:

—Señores del jurado, ¿piensan que estas cuestiones pueden escapar a los ojos de nuestros hijos, digamos que ya jóvenes, que ya, por así decir, están empezando a razonar? No, no pueden, y ¡no vamos a exigirles una moderación imposible! La visión de un padre indigno, sobre todo en comparación con otros padres, dignos, de otros niños, de sus coetáneos, involuntariamente dicta a un joven preguntas dolorosas. Le responden con banalidad a estas preguntas: «Te ha engendrado, eres su sangre y por eso debes quererlo». El joven reflexiona involuntariamente: «¿Acaso él me quería cuando me engendró? —se pregunta cada vez más sorprendido—. ¿Acaso él me engendró para mí? No me conocía, no sabía ni mi sexo en ese momento, en ese momento de pasión quizá enardecida por el vino, y puede que solo me haya

transmitido la tendencia a la bebida, ésta es toda su buena obra... ¿Por qué tengo que quererle? ¿Solo porque me haya engendrado para después no quererme en toda su vida?». Oh, puede que a ustedes estas preguntas les parezcan groseras, crueles, pero no exijan moderación imposible a una cabeza joven: «Si echas a tu naturaleza por la puerta, entrará volando por la ventana...», pero lo principal, lo principal es que no vamos a tener miedo al «metal» y al «azufre» y decidiremos la cuestión tal como prescriben la razón y la filantropía, y no como prescriben las ideas místicas. ¿Cómo decidirla, entonces? Pues así: que el hijo se presente ante su padre y le pregunte conscientemente: «Padre, dime: ¿por qué debo quererte? Padre, demuéstrame que debo quererte», y si ese padre es capaz y está en condiciones de responderle y de demostrárselo, tendremos una familia auténtica y normal, que no se sostiene sobre prejuicios místicos, sino sobre fundamentos juiciosos, que puedan revisarse y estrictamente humanitarios. En el caso contrario, si el padre no lo demostrara, sería el fin de la familia: no es un padre para él, el hijo consigue la libertad y el derecho de considerar, en lo sucesivo, a su padre un extraño y hasta un enemigo. ¡Nuestra tribuna, señores del jurado, debe ser escuela de la verdad y de las ideas juiciosas!

El orador fue interrumpido por aplausos impetuosos, casi exaltados. Por supuesto que no toda la sala aplaudía, pero la mitad sí. Aplaudían padres y madres. Arriba, donde estaban las damas, se oían sollozos y gritos. Agitaban los pañuelos. El presidente empezó a tocar la campanilla con todas sus fuerzas. Estaba visiblemente irritado por el comportamiento de la sala, pero no se atrevía a «desalojarla», como había amenazado poco antes: aplaudían al orador y agitaban pañuelos hasta las venerables personas sentadas detrás de él en sillas aparte, viejecitos con estrellas en el frac, así que, cuando el ruido cesó, el presidente se contentó solo con la promesa severa de antes de «desalojar» la sala, y Fetiukóvich, triunfante y emocionado, se dispuso a continuar con su discurso:

—Señores del jurado, ¿recuerdan esa noche de la que tanto se ha hablado hoy aquí, cuando el hijo, saltando la valla, penetró en la casa de su padre y al fin estaba cara a cara con su enemigo y ofensor, que le había engendrado? Insisto con todas mis fuerzas: no llegó corriendo en busca de dinero, la acusación de robo es absurda, como ya he expuesto antes. Y tampoco irrumpió allí para matar, claro que no. Si hubiera tenido esa intención premeditada, se habría procurado al menos un arma, mientras que la mano de cobre la cogió por instinto, sin saber por qué. Admitamos que engañó a su padre con las señales, admitamos que penetró en la casa... ya he dicho que ni por un momento me he creído esa historia, pero, muy bien, que así sea, ¡supongámoslo por un momento! Señores del jurado, les juro por todo lo sagrado que, de no haber sido ése su padre, sino un ofensor extraño, tras recorrer todas las habitaciones y cerciorarse de que la mujer no estaba en la casa, se habría marchado a todo correr sin hacer ningún daño a su rival, quizá le habría dado un golpe, lo habría empujado, pero

solo eso, pues no estaba para esas cosas, no tenía tiempo, necesitaba saber dónde estaba ella. Pero su padre, ¡su padre!, ay, todo lo que hacía la simple visión de su padre, aborrecido desde la infancia, su enemigo, su ofensor y ahora... ¡un rival monstruoso! Un sentimiento de odio se apoderó involuntariamente de él, era un sentimiento incontenible, se hacía imposible razonar: ¡todo se removió al instante! Era un arrebató de sinrazón y de locura, pero también un arrebató de la naturaleza vengándose impetuosa e inconscientemente (como todo en la naturaleza) por sus leyes eternas. Pero el asesino tampoco asesinó entonces, lo afirmo, lo grito, no, solo agitó la mano de mortero con repugnante indignación, sin desear matar, sin saber que mataría. De no haber tenido esa fatídica mano de mortero, quizá solo habría golpeado a su padre, pero no lo habría matado. Cuando salió corriendo, no sabía si el viejo derribado estaba muerto. Un asesinato así no es un asesinato. Un asesinato así no es un parricidio. No, asesinar a un padre así no puede calificarse de parricidio. ¿Un asesinato así puede ser clasificado de parricidio solo por prejuicio? Pero ¿hubo asesinato, lo hubo en realidad?, les pregunto de nuevo, y de nuevo desde lo más profundo de mi alma. Señores del jurado, lo condenaremos y él se dirá a sí mismo: «Esa gente no ha hecho nada por mi destino, por mi educación, por mi instrucción, por hacerme mejor, por hacer de mí una persona. Esa gente no me dio de comer ni de beber, y cuando estuve en el calabozo, desnudo, no me visitaron, pero me han enviado a trabajos forzados. Estamos en paz, ahora no les debo nada y no le debo nada a nadie por los siglos de los siglos. Son malvados, yo también voy a serlo. Son crueles, yo también voy a serlo». ¡Eso es lo que él dirá, señores del jurado! Se lo juro: culpándole solo le aliviarán, aliviarán su conciencia, maldecirá la sangre que ha derramado en lugar de lamentarla. Al mismo tiempo destruirán el posible hombre que todavía hay en él, pues seguirá siendo ruin y ciego ya toda su vida. Pero ¿quieren castigarlo horrible, severamente, con el mayor de los castigos imaginables y, así, salvar y resucitar su alma para siempre? Si es así, ¡abrumenlo con su misericordia! Verán, oirán cómo su alma tiembla y se espanta: «Tengo que soportar su clemencia, tanto amor, y no soy digno», ¡eso es lo que dirá! Oh, lo conozco, conozco ese corazón, señores del jurado, ese corazón salvaje pero generoso que se inclinará ante su hazaña, ansiará un gran acto de amor, arderá y resucitará para siempre. Hay almas que, en su limitación, acusan a todo el mundo. Pero abrumen a esa alma con misericordia, denle amor, y ella maldecirá sus obras, pues tiene muchos posos de bondad. El alma se amplía y descubre que Dios es misericordioso y que la gente es bella y justa. Le espantarán, le abrumarán el arrepentimiento y la deuda infinita que desde ahora le aguardan. Ya no dirá: «Estamos en paz», sino que dirá: «Soy culpable ante todos y soy el más indigno de todos». Entre lágrimas de arrepentimiento y emociones agudas y dolorosas, proclamará: «La gente es mejor que yo, pues no querían destruirme, sino salvarme». Oh, es muy fácil hacerlo, es un acto de misericordia, pues ante la ausencia de alguna prueba que se parezca

mínimamente a la verdad, les va a costar mucho pronunciar: «Sí, es culpable». Es mejor liberar a diez culpables que castigar a un inocente, ¿pueden verlo? ¿Oyen la voz majestuosa del siglo pasado de nuestra gloriosa historia? ¿Debo yo, un don nadie, recordarles que la justicia rusa no es solo castigo, sino también salvación para un hombre destruido? Dejemos para otros pueblos que sea literalmente castigo, para nosotros es espíritu y razón, salvación y renacimiento de los destruidos. Y, si es así, si en efecto Rusia y su justicia son así, entonces... adelante, Rusia, y no nos asusten, oh, ¡no nos asusten con sus troikas desbocadas ante las que todos los pueblos se apartan con repugnancia! Y no una troika desbocada, sino una majestuosa carroza rusa llegará a su objetivo solemne y tranquilamente. En sus manos está el destino de mi cliente, en sus manos también el destino de la verdad rusa. ¡Ustedes la salvarán, ustedes la defenderán, ustedes demostrarán que tiene quien la respete, que está en buenas manos!

XIV. Los campesinos no se doblegan

Así concluyó Fetiukóvich, y el entusiasmo que se desató entonces entre los oyentes fue imparable como una tempestad. Era impensable contenerla: las mujeres lloraban y también lloraban muchos hombres, hasta dos altos dignatarios derramaron lágrimas. El presidente se resignó y no se apresuró a tocar la campana. «Atentar contra semejante entusiasmo habría significado atentar contra algo sagrado», gritarían después nuestras damas. El propio orador estaba sinceramente conmovido. Y he aquí que en ese momento nuestro Ippolit Kirílovich se puso en pie otra vez para «intercambiar algunas objeciones». Lo miraron con odio: «¿Cómo? ¿Qué es esto? ¿Todavía se atreve a replicar?», balbuceaban las damas. Pero aunque hubieran balbuceado las damas de todo el mundo, con la mismísima fiscal, la mujer de Ippolit Kirílovich, a la cabeza, no habrían podido detenerlo en ese momento. Estaba pálido, temblaba de emoción; las primeras palabras, las primeras frases que pronunció fueron incluso incomprensibles; se ahogaba, pronunciaba mal, se embarullaba. Pero se repuso enseguida. De este segundo discurso solo citaré unas pocas frases.

—... Nos reprochan que nos hemos dedicado a inventar novelas. Y ¿qué ha hecho el abogado defensor, sino una novela tras otra? Lo único que ha faltado es algún verso. Mientras espera a su amante, Fiódor Pávlovich rompe el sobre y lo tira al suelo. Se ha citado hasta lo que dijo en esa situación sorprendente. ¿Acaso no es eso un poema? Y ¿dónde está la prueba de que sacó el dinero? ¿Quién oyó lo que dijo? Smerdiakov, un idiota de escaso juicio, convertido en una especie de héroe byroniano

vengándose de la sociedad por su nacimiento ilegítimo, ¿acaso no es un poema al estilo de Byron? Y el hijo que irrumpe en casa del padre, que lo mata pero a la vez no lo mata, esto ya no es una novela ni un poema, es la esfinge proponiendo acertijos que ni ella misma, claro está, puede resolver. Si lo mató, lo mató, ¿qué es eso de que lo mató pero no lo mató? ¿Quién puede entenderlo? Y luego se nos hace saber que nuestra tribuna es la tribuna de la verdad y de las ideas juiciosas, pero he aquí que desde esta tribuna de «ideas juiciosas» se proclama con un juramento el axioma de que llamar parricidio al asesinato de un padre no es más que un prejuicio. Pero, si el parricidio es un prejuicio y si todos los niños van a tener que preguntar a su padre: «Padre, ¿por qué debo quererte?», ¿qué será de nosotros? ¿Qué será de los fundamentos de la sociedad? ¿Dónde terminará la familia? El parricidio, ya ven, es solo el «azufre» de las mercaderes moscovitas. Los preceptos más valiosos, más sagrados para el destino y el futuro de los tribunales rusos se presentan tergiversados y de forma frívola, únicamente para conseguir un fin, para lograr la absolución de algo que no puede ser absuelto. «Oh, abrumenlo con misericordia», ha dicho el defensor, eso es justo lo que necesita un criminal, y ¡ya verán mañana lo abrumado que está! ¿No habrá sido demasiado modesto el defensor reclamando solo la absolución del acusado? ¿Por qué no reclamar la institución de una beca con el nombre del parricida para perpetuar su hazaña entre nuestros descendientes y en la generación más joven? Se corrige el Evangelio y la religión: todo eso es mística, se dice, el nuestro es el único cristianismo verdadero, verificado mediante el análisis de la razón y de las ideas sensatas. Y ¡he aquí que levantan ante nosotros una imagen falsa de Cristo! Con la medida con que midáis se os medirá, dice el defensor y en ese mismo instante concluye que Cristo nos enseña a medir con la medida con la que nos van a medir a nosotros, y ¡esto lo dice desde la tribuna de la verdad y de las ideas sensatas! Hemos echado un vistazo al Evangelio la víspera de nuestros discursos únicamente para poder brillar con nuestro conocimiento de una obra, bastante original en todo caso, que puede sernos útil y servirnos para crear cierto efecto en la medida de lo necesario, ¡todo en la medida de lo necesario! Pero lo que Cristo nos manda, precisamente, es no obrar así, guardarnos de obrar así, porque así es como obra el mundo inicuo, mientras que nosotros debemos perdonar y poner la mejilla y no medir con la misma medida con la que nos han medido nuestros ofensores. Esto es lo que nos ha enseñado nuestro Dios y no que es un prejuicio prohibir a los hijos matar a sus padres. Y no vamos nosotros a ponernos a corregir desde la cátedra de la verdad y las ideas sensatas el Evangelio de nuestro Señor, a quien el defensor ha tenido a bien llamar simplemente «el filántropo crucificado», en contraste con toda la Rusia ortodoxa que lo invoca diciendo: «Pues Tú eres nuestro Dios»...

Aquí el presidente intervino y paró al exaltado orador, pidiéndole que no exagerara, que no se saliera de los límites debidos, etcétera, etcétera, lo que suelen

decir los presidentes en tales casos. La sala también estaba inquieta. El público se agitaba, hasta lanzaba exclamaciones de indignación. Fetiukóvich ni siquiera replicó, se levantó solo para, con la mano en el corazón, decir con voz ofendida algunas palabras repletas de dignidad. Volvió a referirse, a la ligera y en tono burlón, a las «novelas» y a la «psicología» y en un determinado momento acertó a añadir oportunamente: «Te enfadas, Júpiter; así pues, no tienes razón», lo que arrancó numerosas risas de aprobación entre el público, ya que Ippolit Kirílovich no se parecía en nada a Júpiter. Después Fetiukóvich indicó con profunda dignidad que no iba a replicar a la acusación de que supuestamente daba permiso a la joven generación para matar a los padres. En cuanto a «la falsa imagen de Cristo» y a lo de que no había tenido a bien llamar Dios a Cristo, sino tan solo «filántropo crucificado», lo que «es contrario a la ortodoxia y no puede ser formulado desde la tribuna de la verdad y las ideas sensatas», Fetiukóvich aludió a una «insinuación» y dijo que, cuando se disponía a venir a nuestra ciudad, había contado al menos con que en esta tribuna estaría a salvo de acusaciones «peligrosas para mí como ciudadano y como súbdito leal»... Pero, al oír estas palabras, el presidente también le interrumpió y Fetiukóvich, con una reverencia, concluyó su réplica, acompañado de un murmullo general de aprobación de la sala. Ippolit Kirílovich, en opinión de nuestras damas, estaba «aplastado para siempre».

Después se le concedió la palabra al acusado. Mitia se levantó, pero apenas habló. Estaba terriblemente fatigado, de cuerpo y alma. El aire de independencia y fuerza con el que se había presentado en la sala por la mañana casi había desaparecido. Era como si ese día hubiera experimentado algo para toda su vida, algo que le había enseñado y le había hecho comprender una cosa muy importante que antes no había comprendido. Su voz se había debilitado, ya no gritaba. En sus palabras se percibía algo nuevo, resignado, vencido y sometido.

—¿Qué puedo decir, señores del jurado? Ha llegado mi juicio, oigo la diestra de Dios sobre mí. ¡El fin de un libertino! Pero, como si me confesara ante Dios, les diré: «¡Soy inocente de la sangre de mi padre!». Y repito por última vez: «Yo no lo maté». He sido un libertino, pero amaba el bien. A cada instante ansiaba enmendarme, pero vivía igual que una bestia salvaje. Le doy las gracias al fiscal, me ha dicho muchas cosas de mí que yo no conocía, pero no es verdad que haya matado a mi padre, ¡el fiscal se equivoca! Y gracias también al abogado defensor, he llorado al oírle, pero no es verdad que haya matado a mi padre, no había por qué suponerlo. Y no crean a los médicos, estoy en mi sano juicio, solo mi alma está apesadumbrada. Si se apiadan, si me dejan libre, rezaré por ustedes. Seré mejor, les doy mi palabra, ante Dios se la doy. Y, si me condenan, ¡yo mismo partiré mi espada sobre mi cabeza y besaré luego los fragmentos! Pero apiádense, no me priven de mi Dios, me conozco, me sublevaré. Mi alma está apesadumbrada, señores... ¡apiádense!

Casi se derrumbó sobre la silla, la voz se le cortó, la última frase apenas si pudo pronunciarla. Después el tribunal procedió a plantear cuestiones y a pedir sus conclusiones a las partes. Pero no voy a describir los detalles. Finalmente el jurado se levantó para retirarse a deliberar. El presidente estaba agotado y por eso su alocución final fue tan débil: «Sean ecuánimes, no se dejen influir por las elocuentes palabras de la defensa, pero considérenlas, recuerden que recae en ustedes una gran responsabilidad», etcétera, etcétera. El jurado se retiró y hubo un alto en la sesión. Uno podía levantarse, caminar, intercambiar las impresiones acumuladas, tomar algo en el bufé. Era muy tarde, casi la una de la madrugada, pero nadie se marchó. Todos estaban muy tensos y sin ánimo para descansar. Esperaban con el corazón helado, aunque quizá el corazón no se les había helado a todos. Las mujeres solo estaban impacientes e histéricas, pero su corazón estaba tranquilo: «La absolución es inevitable». Todas ellas se preparaban para el momento dramático de entusiasmo general. Reconozco que en la mitad masculina de la sala también había muchos que estaban convencidos de la inevitable absolución. Unos se alegraban, otros fruncían el ceño y otros simplemente estaban descorazonados: ¡no deseaban que lo absolvieran! El propio Fetiukóvich estaba firmemente confiado de su éxito. Había mucha gente a su alrededor, lo felicitaban, se dejaba adular.

—Hay —dijo en un corrillo, según se contó después—, hay unos lazos invisibles que unen al defensor con el jurado. Empiezan a formarse y se pueden sentir ya durante el alegato. Yo los he percibido, existen. La causa está ganada, estén tranquilos.

—Y ¿qué dirán ahora los campesinos? —dijo un señor gordo, con la cara picada y el ceño fruncido, un terrateniente de las afueras, acercándose a un grupo de caballeros que estaban charlando.

—No todos son campesinos. También hay cuatro funcionarios.

—Sí, también funcionarios —dijo aproximándose un miembro del consejo del zemstvo.

—Prójor Ivánovich, ¿conoce a Nazárev, el mercader de la medalla, ese que es miembro del jurado?

—¿Por qué?

—Es un pozo de sabiduría.

—Pero siempre está callado.

—Es muy callado, sí, pero es mejor así. Uno de San Petersburgo no tiene que enseñarle, él solo puede enseñar a todo San Petersburgo. ¡Tiene doce hijos, dense cuenta!

—Pero, por Dios, ¿será posible que no lo absuelvan? —gritaba en otro corrillo uno de nuestros jóvenes funcionarios.

—Seguro que lo absuelven —se oyó una voz decidida.

—¡Sería una vergüenza, una ignominia, que no lo absolvieran! —exclamó el funcionario—. Pongamos que lo mató, pero ¡hay padres y padres! Y, además, estaba tan exaltado... Pudo haber sacudido la mano de mortero, es cierto, y que el otro se derrumbara. Aunque está mal que hayan metido al criado en esto. Es un episodio ridículo. De haber estado en el lugar del abogado, yo habría dicho directamente: lo mató pero no es culpable, y ¡al diablo con todo!

—Eso es lo que ha hecho, solo que no ha dicho: «¡Al diablo con todo!».

—No, Mijaíl Semiónych, prácticamente lo ha dicho —se sumó una tercera voz.

—Pero, señores, si durante la Cuaresma absolvieron a una actriz que le había cortado el cuello a la legítima esposa de su amante.

—Pero es que no se lo cortó del todo.

—¡Da igual, da igual! ¡Había empezado a cortar!

—Y ¿eso que ha dicho de los hijos? ¡Ha sido magnífico!

—¡Magnífico!

—Bueno, y ¿qué me dicen de lo de la mística, eh? ¿Qué me dicen de lo de la mística?

—Vale ya con tanta mística —gritó algún otro—, fíjense en Ippolit, en el destino que le espera a partir de ahora. Porque mañana mismo la fiscalía le va a sacar los ojos por culpa de Mitia.

—¿Está ella aquí?

—¡Qué va a estar aquí! De haber estado, aquí mismo se los habría sacado. Se ha quedado en casa, le duelen las muelas. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja!

En un tercer corrillo:

—Pues es posible que absuelvan a Mitia.

—Igual mañana pone Ciudad Capital patas arriba, va a estar bebiendo diez días.

—¡Qué demonios!

—Pues sí, el demonio ha tenido que andar por aquí, ¿dónde iba a estar mejor que aquí?

—Señores, pongamos que ha sido elocuente. Pero, aun así, no se puede ir rompiéndole la cabeza a un padre con una romana. Si no, ¿adónde iremos a parar?

—¿Recuerdan lo de la carroza? ¿Lo recuerdan?

—Sí, de una telega ha hecho una carroza.

—Y mañana de una carroza una telega, «en la medida de lo necesario, todo en la medida de lo necesario».

—La gente se ha vuelto muy lista. ¿Existe la verdad en la Rus, señores, o no existe en absoluto?

Pero empezó a sonar la campana. El jurado había deliberado justo una hora, ni más, ni menos. Se hizo un profundo silencio en cuanto el público tomó asiento.

Recuerdo al jurado entrando en la sala. ¡Por fin! No voy a reproducir punto por punto las preguntas, aparte de que las he olvidado. Solo recuerdo la respuesta a la primera, y fundamental, pregunta del presidente, esto es, «si mató premeditadamente con el fin de robar» (no recuerdo el texto). Todo quedó en suspenso. El portavoz del jurado, concretamente, uno de los funcionarios, el más joven de todos ellos, pronunció alto y claro en medio del silencio sepulcral de la sala:

—Sí, ¡culpable!

Y después sucedió lo mismo en todos los puntos: culpable, sí, culpable, ¡sin la menor indulgencia! Nadie se lo había esperado, casi todos estaban convencidos de que habría, cuando menos, cierta indulgencia. El silencio sepulcral de la sala no se rompió, era como si todos estuvieran literalmente petrificados. Pero solo los primeros minutos. Después reinó un terrible caos. Entre el público masculino muchos estaban realmente contentos. Algunos hasta se frotaban las manos sin disimular su alegría. Los descontentos estaban como aplastados, se encogían de hombros, susurraban, como si no acabaran de creérselo. Pero, Dios mío, ¡lo que ocurrió con nuestras damas! Creí que iban a organizar un motín. Al principio parecía que no dieran crédito a sus oídos. Y, de pronto, empezaron a oírse exclamaciones en toda la sala: «Pero, ¿qué es esto? ¿Qué es todo esto?». Se pusieron de pie. Seguramente pensaban que todo aquello se podía volver a cambiar y rehacer de inmediato. Y en ese momento Mitia se levantó y lanzó un lamento desgarrador, extendiendo los brazos:

—¡Juro por Dios y por su Juicio Final que no soy culpable de la sangre de mi padre! ¡Katia, te perdono! ¡Hermanos, amigos, apiadaos de la otra!

No terminó de hablar, se echó a llorar y sus sollozos se oían por toda la sala, de forma extraña, con una voz que no parecía la suya, sino una voz distinta, inesperada, Dios sabrá de dónde le había venido en ese momento. Arriba, en el rincón más apartado de la galería, resonó un lamento penetrante de mujer: era Grúshenka. Poco antes le había suplicado a alguien y le habían permitido regresar a la sala justo antes de los alegatos. Se llevaron a Mitia. La lectura de la sentencia se aplazó hasta el día siguiente. Toda la sala se levantó alborotada, pero yo ya no me quedé a escuchar. Solo recuerdo algunas exclamaciones ya en el porche, a la salida.

—Le van a caer veinte años en las minas.

—Menos no.

—Sí, nuestros campesinos no se han doblegado.

—Y ¡han acabado con nuestro Mítenka!

FIN DE LA CUARTA Y ÚLTIMA PARTE

EPÍLOGO

I. Planes para salvar a Mitia

Cinco días después del juicio de Mitia, a primera hora de la mañana, pasadas las ocho, Aliosha se acercó a casa de Katerina Ivánovna para llegar a un acuerdo definitivo sobre un asunto importante para los dos y, sobre todo, para darle un recado. Hablaron en la misma sala en la que ella, hacía tiempo, había recibido a Grúshenka; cerca, en otra habitación, yacía con fiebre y sin sentido Iván Fiódorovich. Justo después del episodio en el juicio, Katerina Ivánovna ordenó trasladar a su casa a un Iván Fiódorovich enfermo e inconsciente, desdeñando las inevitables habladurías futuras y la censura de la sociedad. Una de las tías que vivía con ella se fue a Moscú inmediatamente después del episodio en el juicio, la otra se quedó. Pero, aunque se hubieran marchado las dos, Katerina Ivánovna no habría cambiado de opinión y habría seguido cuidando del enfermo y velando por él día y noche. Lo trataban Varvinski y Herzenstube; el médico moscovita había regresado a Moscú tras negarse a expresar su opinión sobre el posible desenlace de la enfermedad. Y era evidente que los otros dos médicos, a pesar de haber animado a Katerina Ivánovna y a Aliosha, todavía no podían ofrecer esperanzas fundadas. Aliosha pasaba a ver a su hermano enfermo dos veces al día. Pero esta vez venía para tratar un asunto especial, realmente complicado, y presentía lo difícil que le iba a ser hablar de él; además, tenía mucha prisa: esa misma mañana tenía otro asunto inaplazable en otra parte y debía apresurarse. Llevaban hablando un cuarto de hora. Katerina Ivánovna estaba pálida, extenuada y, al mismo tiempo, enfermizamente agitada: presentía para qué, entre otras cosas, había ido a verla Aliosha.

—No se preocupe por su decisión —le dijo a Aliosha con firme insistencia—. De un modo u otro llegará a esa conclusión: ¡tiene que escapar! Este desgraciado, este héroe del honor y de la conciencia... no él, no Dmitri Fiódorovich, sino el que yace tras esa puerta, el que se sacrificó por su hermano —añadió Katia con ojos brillantes—, hace mucho que me informó de todo el plan de fuga. ¿Sabe?, ya había entrado en tratos... Ya le conté alguna cosa... Mire, con toda probabilidad será en la tercera etapa a partir de aquí, cuando conduzcan a Siberia a la partida de deportados. Oh, todavía queda para eso. Iván Fiódorovich ya había ido a ver al jefe de la tercera etapa. Lo único que

no se sabe es quién va a ser el jefe de la partida, no se puede saber con tanta antelación. Puede que mañana le enseñe todos los detalles del plan que me dejó Iván Fiódorovich la víspera del juicio por si ocurría algo... Fue esa tarde que nos encontramos discutiendo, ¿se acuerda? Él estaba bajando las escaleras y yo, al verle a usted, lo hice regresar, ¿se acuerda? ¿Sabe de lo que estábamos discutiendo entonces?

—No, no lo sé —dijo Aliosha.

—Claro, él entonces se lo ocultó: pues precisamente del plan de fuga. Tres días antes me había revelado todos los detalles importantes, y entonces empezamos a discutir, llevábamos tres días enfadados. Discutimos cuando me anunció que, en caso de que condenaran a Dmitri Fiódorovich, éste huiría al extranjero con esa mujerzuela; de pronto yo me puse furiosa, no puedo decirle por qué, ni yo misma lo sé... Oh, claro, por esa mujerzuela, me puse furiosa por culpa de esa mujerzuela, porque ¡ella también va a huir al extranjero, con Dmitri! —exclamó de repente Katerina Ivánovna; los labios le temblaban de rabia—. En cuanto Iván Fiódorovich vio que me ponía furiosa por culpa de esa mujerzuela, enseguida pensó que sentía celos de ella, por Dmitri, y que, por tanto, seguía queriendo a Dmitri. Y entonces tuvimos la primera pelea. No quise darle explicaciones, no podía pedirle perdón; me dolía que un hombre así pudiera sospechar que siguiera queriendo a ese... Y eso a pesar de que mucho antes yo misma le había dicho que no quería a Dmitri, que ¡lo quería solo a él! ¡Me enfadé con él solo por la rabia que me da esa mujerzuela! Tres días después, la tarde que vino usted, Iván me trajo un sobre sellado para que lo abriera si a él le sucedía algo. ¡Ay, había presagiado su enfermedad! Me reveló que el sobre contenía los detalles de la huida para que, en el caso de que él muriera o enfermara gravemente, yo me encargara de salvar a Mitia. También me dejó dinero, casi diez mil rublos, los mismos que el fiscal, enterado de que había dado orden de hacerlos efectivos, mencionó en su discurso. Me sorprendió terriblemente que Iván Fiódorovich, todavía celoso por mí y convencido de que yo amaba a Mitia, no hubiera, a pesar de todo, abandonado la idea de salvar a su hermano y me confiara a mí, ¡a mí!, la tarea de salvarlo. ¡Oh, aquello era un sacrificio! No, usted no puede entender en toda su plenitud ese espíritu de sacrificio, Alekséi Fiódorovich. A punto estuve de arrojarme a sus pies en señal de veneración, pero pensé de pronto que él iba a creer que era una muestra de alegría por salvar a Mitia (¡seguro que lo habría pensado!), y me molestaba hasta tal punto la mera posibilidad de que pensara algo tan injusto que volví a enojarme y, en lugar de besar sus pies, ¡le hice otra escena! ¡Qué desgraciada soy! Así es mi carácter, un carácter terrible, desgraciado. Oh, ya lo verá, acabaré por conseguirlo, lo llevaré hasta un punto en que él me dejará por otra mujer con la que sea más fácil vivir, como hizo Dmitri, pero entonces... No, ya no podré soportarlo, ¡me mataré! Y aquella vez, cuando usted entró y yo le grité, y luego le ordené a él que regresara, él entró con usted y hasta tal punto se apoderó de mí la rabia por la

expresión de odio y de desprecio con la que me miró que yo, ¿se acuerda?, ¡empecé a gritarle que él, que él era el único que me había asegurado que su hermano Dmitri era el asesino! Lo calumnié a propósito, para herirlo de nuevo, porque él nunca, nunca, había tratado de convencerme de que su hermano fuera el asesino, al contrario, ¡era yo quien intentaba convencerlo a él! Oh, mi rabia tiene la culpa de todo, ¡de todo! Fui yo, yo fui la causante de esa maldita escena en el juicio. Él quería demostrarme lo noble que es y que, aunque yo ame a su hermano, no iba a causar su perdición por venganza o por celos. Y se presentó en el juicio... ¡Yo tengo la culpa de todo! ¡Yo soy la única culpable!

Nunca le había hecho Katia tales confesiones a Aliosha y éste sintió que justo entonces ella había alcanzado ese grado de sufrimiento insoportable en que hasta el corazón más orgulloso aniquila dolorosamente su orgullo y cae vencido por la pena. Ay, Aliosha conocía otra terrible razón de su sufrimiento, por mucho que ella se lo hubiera ocultado todos esos días, desde la condena de Mitia; pero, por alguna razón, habría sido muy doloroso para él si en ese momento ella hubiera resuelto rebajarse tanto como para empezar a hablar con él acerca de esa razón. Katia sufría por su «traición» en el juicio, y Aliosha intuía que la conciencia la estaba arrastrando a reconocerse culpable precisamente ante él, ante Aliosha, entre lágrimas y gritos, con un ataque de histeria, dando golpes en el suelo. Pero él temía ese momento y deseaba ahorrárselo a aquella mujer que sufría. Eso hacía aun más duro el encargo que lo había llevado hasta allí. Empezó a hablar de Mitia otra vez.

—No se preocupe, no se preocupe, ¡no tema por él! —volvió a decir Katia, terca y tajante—; todo eso en él es pasajero, lo conozco, conozco demasiado bien su corazón. Puede estar tranquilo, estará de acuerdo con la fuga. Y, sobre todo, no va a ser ahora mismo, aún tiene tiempo para tomar la decisión. Para entonces Iván Fiódorovich ya se habrá curado y se ocupará de todo, así que yo no tendré que hacer nada. No se preocupe, estará de acuerdo con la fuga. En realidad, ya está de acuerdo: ¿acaso puede dejar aquí a esa mujerzuela? Porque no van a permitir que lo acompañe en su condena, así pues, ¿cómo va a renunciar a huir? Lo principal es que tiene miedo de usted, miedo de que no apruebe usted la fuga desde un punto de vista moral, pero usted tiene que ser magnánimo y permitirselo, pues su permiso es imprescindible —añadió Katia con veneno. Se quedó callada un momento y sonrió con malicia—. Siempre está hablando —continuó— de unos himnos, de la cruz con la que debe cargar, de una deuda; recuerdo que Iván Fiódorovich ya me contó muchas cosas al respecto, y si supiera usted lo que decía... —exclamó de pronto con un sentimiento incontenible—. ¡Si supiera usted cuánto quería a ese infeliz mientras me hablaba de él y, quizá, cuánto le odiaba al mismo tiempo! Pero yo, oh, yo escuchaba su relato y sus lágrimas con sonrisa arrogante. ¡Ay, mujerzuela! ¡Yo soy la mujerzuela, yo! ¡Yo le causé la fiebre! Y ése, el condenado, ¿acaso está él preparado para el sufrimiento? —

concluyó Katia con resentimiento—. ¿Acaso puede sufrir? ¡Esa clase de gente nunca sufre!

Cierto sentimiento de odio y de repugnante desprecio acompañó estas palabras. En todo caso, ella lo había traicionado. «Puede que se sienta tan culpable ante él que a veces lo odie», pensó Aliosha. Deseaba que fuera solo «a veces». Había percibido un desafío en las últimas palabras de Katia, pero no lo aceptó.

—Por eso le he llamado hoy, para que me prometa que lo va a convencer. A no ser que usted crea que huir es una deshonra, que no es heroico o... ¿cómo llamarlo?... cristiano —añadió Katia aún desafiante.

—No, en absoluto. Se lo diré... —farfulló Aliosha—. Ha pedido que vaya usted hoy a verlo —soltó de repente mirándola a los ojos duramente. Ella se estremeció y se echó para atrás en el diván, apartándose de él.

—¿Yo?... Pero ¿de verdad es posible? —balbuceó palideciendo.

—¡Es posible y necesario! —insistió Aliosha, sintiéndose más animado—. La necesita mucho, precisamente a usted. No le diría nada ni la haría sufrir antes de tiempo si no fuera necesario. Está enfermo, está como loco, no hace más que llamarla. No la llama para reconciliarse, pero al menos vaya y asómese desde el umbral. Le han pasado muchas cosas desde ese día. Comprende lo infinitamente culpable que es ante usted. No quiere su perdón: «Es imposible perdonarme», dice, pero solo con que usted se asomara desde el umbral...

—Usted... de repente... —balbuceaba Katia—, todos los días presentía que vendría con eso... ¡Sabía que me llamaría!... ¡Es imposible!

—Aunque sea imposible, hágalo. Piense que por primera vez se siente afectado por haberla ofendido, por primera vez en la vida, ¡nunca lo había comprendido con tal plenitud! Si se niega, dice, «seré desgraciado toda mi vida». ¿Se da cuenta? Veinte años de trabajos forzados y todavía tiene intención de ser feliz, ¿no le da pena? Piénselo, va a visitar a un inocente al que han destruido —soltó Aliosha desafiante—, sus manos están limpias, ¡no hay sangre en ellas! ¡Visítelo ahora por su infinito sufrimiento futuro! Vaya, guíelo en la oscuridad... Quédese en el umbral y solo... Porque usted debe, ¡debe hacerlo! —concluyó Aliosha subrayando con gran fuerza la palabra «debe».

—Lo sé, pero... no puedo —Katia gemía—. Me mirará... no puedo.

—Sus miradas deben encontrarse. ¿Cómo va a seguir viviendo si no se decide ahora?

—Es mejor sufrir toda la vida.

—Debe ir, debe ir —volvió a subrayar Aliosha, implacable.

—Pero ¿por qué hoy? ¿Por qué ahora?... No puedo dejar solo al enfermo...

—Un minuto sí puede, solo será un minuto. Si no va, por la noche enfermará de fiebres. Sabe que no le miento, ¡apiádese de él!

—Apiádese usted de mí —le reprochó amargamente Katia y se echó a llorar.

—Entonces, ¡va a ir! —dijo Aliosha con firmeza al ver sus lágrimas—. Voy a decirle que enseguida va.

—¡No! ¡No se lo diga por nada del mundo! —gritó Katia asustada—. Iré, pero no lo avise porque puede que vaya pero no entre... Todavía no sé si...

Se le cortó la voz. Le costaba respirar. Aliosha se levantó para marcharse.

—¿Y si me encuentro con alguien? —dijo de pronto en voz baja y palideciendo de nuevo.

—Por eso tiene que ser ahora, para que no se encuentre con nadie. Se lo digo de verdad, no habrá nadie. Estaremos esperándola —insistió y salió de la sala.

II. Por un momento la mentira se convierte en verdad

Se dio prisa en llegar al hospital donde estaba ahora Mitia. Dos días después de la decisión del tribunal enfermó de fiebre nerviosa y fue enviado al hospital de la ciudad, a la sección de presos. Pero el doctor Varvinski, a petición de Aliosha y muchas personas más (Jojlakova, Liza y otros), no instaló a Mitia con los demás presos, sino aparte, en el mismo cuarto donde antes había estado Smerdiakov. Ciertamente que al final del pasillo había un centinela y las ventanas tenían rejas, de modo que Varvinski podía estar tranquilo en relación con su indulgencia, no excesivamente legal, pero era un joven bondadoso y compasivo. Comprendía lo duro que era para alguien como Mitia pasar de pronto al grupo de asesinos y estafadores, y sabía que primero necesitaba acostumbrarse. Las visitas de familiares y amigos eran autorizadas por el médico, por el vigilante y hasta por el isprávník, siempre bajo cuerda. Pero esos días solo Aliosha y Grúshenka habían visitado a Mitia. Rakitin intentó verlo dos veces, pero Mitia le pidió con insistencia a Varvinski que no le permitiera entrar.

Aliosha lo encontró sentado en el camastro, con la bata del hospital; tenía un poco de fiebre y le habían envuelto la cabeza en una toalla humedecida en agua y vinagre. Lanzó una mirada indefinida a Aliosha, pero aun así en su mirada brilló cierto temor.

En general, desde el día del juicio se había vuelto terriblemente meditabundo. A veces se quedaba callado media hora, parecía estar reflexionando intensa y dolorosamente, olvidándose de los presentes. Si salía de sus cavilaciones y empezaba a hablar, siempre lo hacía de un modo repentino e invariablemente decía algo distinto a lo que en realidad debería decir. A veces miraba con sufrimiento a su hermano. Con Grúshenka le resultaba más fácil que con Aliosha. Ciertamente que con ella tampoco hablaba mucho pero, en cuanto entraba, su cara se iluminaba de alegría. Aliosha se sentó en

silencio a su lado, en el camastro. Esta vez Mitia había estado esperando con ansiedad a su hermano, pero no se atrevió a preguntarle nada. Le parecía inconcebible que Katia accediera a ir a verlo y al mismo tiempo sentía que, si no iba, sería algo completamente intolerable para él. Aliosha comprendía sus sentimientos.

—Ese Trifon —Mitia empezó a hablar agitado—, o sea, Borísych, ha puesto toda su posada patas arriba, según dicen: ha levantado tarimas, arrancado tablas, por lo visto ha hecho añicos toda la «galería»... está buscando un tesoro, el dinero ese, los mil quinientos rublos que el fiscal dijo que yo había escondido allí. Dicen que, nada más volver a la posada, empezó a hacer disparates. ¡Le está bien empleado por sinvergüenza! Me lo contó ayer un vigilante, es de allí.

—Escucha —dijo Aliosha—, va a venir, pero no sé cuándo, quizá hoy, quizá un día de éstos, no lo sé, pero va a venir, va a venir, eso es seguro.

Mitia se estremeció, quería decir algo, pero se quedó callado. La noticia le afectó terriblemente. Era evidente que deseaba ardientemente conocer los detalles de la conversación, pero una vez más tenía miedo a preguntar: cualquier señal de crueldad o desprecio por parte de Katia habría sido como una puñalada en esos momentos.

—Mira lo que me ha dicho, por cierto: que tengo que tranquilizar tu conciencia sin falta en relación con la fuga. Si para entonces Iván no se ha restablecido, ella misma se ocupará de todo.

—Ya me lo habías contado —observó Mitia pensativo.

—Y tú ya habías informado a Grúshenka —señaló Aliosha.

—Sí —reconoció Mitia—. No va a venir esta mañana —miró a su hermano con timidez—. No vendrá hasta la tarde. Ayer, cuando le dije que se iba a ocupar Katia, se quedó callada; pero torció el gesto. Se limitó a murmurar: «¡Que se ocupe!». Ha comprendido que es algo importante. No me atreví a seguir preguntando. Ahora, por fin, parece comprender que la otra no me quiere a mí, sino a Iván.

—¿Seguro? —se le escapó a Aliosha.

—No del todo. Pero esta mañana no va a venir —volvió a explicar Mitia—. Le he hecho un encargo... Oye, nuestro hermano Iván nos va a superar a todos. Él sí que va a vivir, no nosotros. Se pondrá bien.

—Figúrate que Katia, aunque tiembla por él, apenas tiene dudas de que vaya a ponerse bien —dijo Aliosha.

—Eso es que está convencida de que va a morir. El miedo es lo que hace que esté tan segura de que va a ponerse bien.

—Nuestro hermano es de constitución fuerte. Yo también tengo mucha confianza en su curación —comentó Aliosha con ansiedad.

—Sí, va a ponerse bien. Pero ella está segura de que se va a morir. Sufre tanto...

Se hizo el silencio. Algo muy importante atormentaba a Mitia.

—Aliosha, amo terriblemente a Grúshenka —dijo de pronto con voz temblorosa, llena de lágrimas.

—No van a permitir que vaya allí contigo. —Aliosha le había entendido de inmediato.

—Y hay otra cosa que quería decirte —prosiguió Mitia con una voz repentinamente tintineante—; si empiezan a golpearme por el camino o ya una vez allí, no se lo voy a consentir, mataré a alguien, y entonces me pegarán un tiro. ¡Es que son veinte años! Aquí ya han empezado a tratarme de tú. Los centinelas me tratan de tú. Me he pasado toda la noche evaluándome: ¡no estoy listo! ¡No tengo fuerzas para soportarlo! Quería entonar un «himno» y ¡no soy capaz de asimilar el tuteo de los centinelas! Por Grusha soportaría todo, todo... excepto los golpes, eso sí... Pero no van a dejar que vaya allí.

Aliosha sonrió en silencio.

—Hermano, escucha de una vez y para siempre —dijo— lo que opino sobre eso. Y sabes que no voy a mentirte. Escúchame: no estás listo, y esta cruz no es para ti. Es más: no estando preparado, no te hace falta esa gran cruz de mártir. Si hubieras matado a padre, lamentaría que rechazaras tu cruz. Pero eres inocente y esta cruz es excesiva para ti. Quieres hacer renacer a un hombre nuevo en ti a través del tormento; en mi opinión, basta con que recuerdes siempre, toda tu vida y adondequiera que huyas, a ese otro hombre, y eso será suficiente. Que no aceptes el gran sufrimiento de la cruz servirá para que sientas en tu interior una deuda aún mayor y, con este permanente sentimiento, en lo sucesivo, durante toda tu vida, contribuirás a tu renacimiento quizá en mayor medida que si hubieras ido allí. Porque si vas allí no lo aguantarás, te sublevarás y tal vez digas al final: «He saldado mi deuda». En este caso el abogado ha dicho la verdad. Las cargas pesadas no son para todos, para algunos son insoportables... Esto es lo que pienso, ya que tanto necesitas saberlo. Si otros (oficiales, soldados) tuvieran que responder por tu fuga, no te «permitiría» huir. —Aliosha sonrió—. Pero nos han dicho y asegurado (el jefe de etapa en persona se lo dijo a Iván) que, si se actúa con tino, es posible que no haya sanciones graves y que salgan del paso con poco. Naturalmente, el soborno no es algo honroso, ni siquiera en este caso, pero por nada del mundo me voy a poner a juzgar porque, a decir verdad, si Iván y Katia me hubieran pedido que me ocupara de esa cuestión para ti, sé que habría recurrido al soborno; tengo que decirte toda la verdad. Y por eso no voy a juzgarte por tus acciones. Pero has de saber que nunca te voy a condenar. Además, sería extraño que yo fuera tu juez en este asunto. Bueno, creo que ya lo he dicho todo.

—Sin embargo, ¡yo sí me condeno! —exclamó Mitia—. Huiré, eso ya estaba decidido sin ti: ¿cómo no iba a huir Mitka Karamázov? Sin embargo, ¡yo me condeno y allí haré penitencia por mis pecados por los siglos de los siglos! Así es como hablan los jesuitas, ¿no? Igual que tú y yo ahora, ¿a que sí?

—Sí. —Aliosha sonrió dulcemente.

—Te quiero porque siempre dices toda la verdad y no ocultas nada —exclamó Mitia con una risa alegre—. ¡Así que he descubierto a un jesuita en mi Alioshka! Habría que cubrirte de besos por eso, ¡ya lo ves! Bueno, y ahora escucha el resto, te mostraré también la otra mitad de mi alma. Esto es lo que he pensado y decidido: si huyo, incluso con dinero y un pasaporte, incluso si llego hasta América, aún me dará ánimos la idea de que no estoy huyendo hacia la dicha, hacia la felicidad, sino realmente a otro presidio, ¡puede que no muy distinto de éste! No muy distinto, Alekséi, de verdad te lo digo, no muy distinto. Ya estoy odiando América, ¡al diablo con ella! Aunque Grusha esté conmigo; tú mírala: ¿qué tiene ella de americana? Es rusa, rusa hasta la médula, echará de menos su tierra natal, y a cada hora yo estaré viendo cómo ella siente añoranza por mi culpa, que ha cargado con esa cruz por mí, y ¿qué culpa tiene ella? Y yo, ¿seré yo capaz de soportar a los gañanes de allí, aunque acaso sean todos sin excepción mejores que yo? ¡Ya estoy odiando América! Y ya pueden ser todos sin excepción unos maquinistas increíbles o lo que quiera que sean, al diablo con ellos: ésa no es mi gente, ¡no los llevo en el alma! Amo Rusia, Alekséi, amo al Dios ruso, aunque yo sea un canalla. Pero ¡allí estiraré la pata! —exclamó de repente, con los ojos brillantes. La voz se le quebraba por el llanto—. Así que esto es lo que he decidido, Alekséi, ¡escúchame! —volvió a empezar, conteniendo la emoción—: Llegaré allí con Grusha, y nos pondremos a labrar la tierra de inmediato, a trabajar, entre osos salvajes, aislados, en algún lugar remoto. Porque ¡seguro que allí encontramos algún lugar remoto! Dicen que allí todavía hay pieles rojas, donde empieza el horizonte; así que nos iremos a esa tierra, la de los últimos mohicanos. Y Grusha y yo nos pondremos enseguida con la gramática. Trabajo y gramática, y así unos tres años. En tres años aprendemos inglés como el mejor de los ingleses. Y en cuanto lo hayamos aprendido, ¡adiós, América! Nos venimos corriendo a Rusia como ciudadanos americanos. No te preocupes, no vamos a venir a esta ciudad. Nos ocultaremos en algún lugar lejano, en el norte o en el sur. Para entonces habré cambiado, ella también, un médico en América me habrá puesto alguna verruga falsa en la cara, para algo son mecánicos, ¿no? O, si no, mejor me pincho un ojo, me dejo crecer la barba, una barba canosa (me saldrán canas pensando en Rusia), puede que no me reconozcan. Y, si lo hacen, que me deporten, da igual, ¡será cosa del destino! Aquí también labraremos la tierra en algún rincón perdido y toda mi vida me haré pasar por un americano. Pero moriré en mi país. Éste es mi plan, y no tiene vuelta de hoja. ¿Le das tu aprobación?

—Le doy mi aprobación —dijo Aliosha, que no deseaba llevarle la contraria.

Mitia se calló un momento y de repente dijo:

—¡Cómo me la jugaron en el juicio! ¡Vaya si me la jugaron!

—Aunque no te la hubieran jugado, te habrían condenado de todos modos —dijo Aliosha suspirando.

—Sí, la gente de aquí estaba harta. ¡Que Dios los ampare! Pero es tan duro... — gimió Mitia con dolor.

Volvieron a quedarse callados.

—Aliosha, ¡clávame ya el puñal! —exclamó Mitia de pronto—. ¿Va a venir o no? ¡Dímelo! ¿Qué ha dicho? ¿Cómo lo ha dicho?

—Dijo que vendría, pero no sé si hoy. ¡Le cuesta mucho! —Aliosha miró a su hermano con timidez.

—¿Cómo no! ¡Cómo no le iba a costar! Aliosha, voy a volverme loco. Grusha no hace más que mirarme. Se da cuenta. Dios mío, haz que me resigne: ¿qué estoy pidiendo? ¡A Katia! ¿Soy consciente de lo que estoy pidiendo? Es este ímpetu karamazoviano, ¡impío! No, ¡no soy capaz de sufrir! Soy un canalla, ya está todo dicho.

—¡Ahí está! —exclamó Aliosha.

En ese instante Katia apareció en el umbral. Se detuvo un momento contemplando a Mitia con la mirada perdida. Éste se puso en pie precipitadamente, había miedo en su semblante, se había puesto pálido, pero al mismo tiempo una sonrisa tímida, suplicante, se dibujó en sus labios y de repente, sin poder contenerse, le tendió los brazos a Katia. Al verlo, ella se abalanzó sobre él sin pensarlo. Le cogió las manos y casi a la fuerza hizo que se sentara en la cama; se sentó a su lado y, sin soltarle las manos, se las apretó con firmeza, convulsivamente. Varias veces los dos intentaron hablar, pero se detenían para volver a mirarse en silencio, fijamente, como inmovilizados, sonriendo extrañamente; y así pasaron unos dos minutos.

—¿Me has perdonado? —susurró Mitia al fin y, al instante, se volvió hacia Aliosha y le gritó con el rostro descompuesto de alegría—: ¿Has oído lo que he preguntado? ¿Lo has oído?

—Por eso te quería, por tu corazón generoso —se le escapó de repente a Katia—. Tú no necesitas mi perdón, sino yo el tuyo; da lo mismo si me perdonas, siempre estarás en mi alma como una llaga, y yo en la tuya, así debe ser... —Se detuvo para coger aire—. ¿Para qué he venido? —volvió a hablar acelerada y frenéticamente—. Para abrazar tus pies, estrechar tus manos, así, hasta que te duelan, como hice en Moscú, ¿te acuerdas?, para decirte otra vez que eres mi Dios, mi alegría, para decirte que te quiero con locura. —Parecía gemir por el dolor y, de pronto, se llevó a los labios su mano con ansiedad. Se le saltaban las lágrimas.

Aliosha estaba mudo y desconcertado; nunca habría esperado lo que estaba viendo.

—¡El amor pasó, Mitia! —Katia volvió a empezar—. Pero aprecio lo ocurrido hasta el dolor. Has de saberlo para siempre. Pero ahora, por un momento, dejemos que sea lo que podía haber sido —balbuceó con la sonrisa torcida, mirándole alegre a los ojos—. Ahora tú quieres a otra y yo quiero a otro, aun así te querré eternamente y tú a

mí, ¿lo sabías? Escúchame, ¡quíereme, quíereme toda la vida! —exclamó con un temblor casi amenazante en la voz.

—Te querré y... ¿sabes, Katia? —Mitia hablaba tomando aire en cada palabra—. ¿Sabes? Yo te quería, hace cinco días, aquella tarde... Cuando te derrumbaste y te llevaron... ¡Toda la vida! Así será, así será eternamente...

Los dos se susurraban frases frenéticas y casi sin sentido, quizá hasta falsas, pero en ese momento todo era verdad, y ellos creían sin reservas lo que estaban diciendo.

—Katia —exclamó de pronto Mitia—, ¿crees que yo lo maté? Sé que ahora no lo crees, pero entonces... cuando declaraste... ¿Es posible... es posible que lo creyeras?

—¡Tampoco entonces lo creía! ¡Nunca lo he creído! Te odiaba y me convencí a mí misma, justo en ese instante... Cuando declaré... me convencí a mí misma y lo creí... pero en cuanto hube declarado, en ese momento dejé de creerlo. Tienes que saberlo. ¡Ya me estaba olvidando de que había venido a castigarme! —dijo con una expresión completamente nueva, en nada parecida a la anterior, a los recientes susurros de amor.

—Debe de ser duro para ti, mujer —se le escapó de pronto a Mitia, que no fue capaz de contenerse.

—Deja que me vaya —susurró ella—, vendré en otra ocasión, ¡ahora es tan duro!...

Se puso de pie pero, de repente, gritó con fuerza y se echó hacia atrás. Repentinamente, aunque sin hacer ningún ruido, Grúshenka había entrado en la habitación. Nadie la esperaba. Katia se dirigió precipitadamente hacia la puerta pero, al llegar a la altura de Grúshenka, se detuvo, blanca como la tiza, y le dijo en un gemido débil, casi un susurro:

—¡Perdóneme!

La otra la miró de hito en hito y, tras esperar un momento, le respondió con voz ponzoñosa, llena de rabia:

—Tú y yo, mujer, somos malas. ¡Las dos! ¿Cómo quieres que nos perdonemos? Sávalo, y rezaré por ti toda la vida.

—¡No quieres perdonarla! —le gritó Mitia a Grúshenka con un reproche insensato.

—Quédate tranquila, ¡te lo salvaré! —susurró Katia rápidamente y salió corriendo de la habitación.

—Y ¿no podías perdonarla cuando ella misma te ha dicho: «Perdón»? —exclamó Mitia con amargura.

—Mitia, no te atrevas a hacerle reproches, ¡no tienes derecho! —le gritó Aliosha con ardor.

—Eran sus orgullosos labios los que hablaban, no su corazón —dijo Grúshenka con cierta repugnancia—. Si te libera, se lo perdonaré todo...

Se calló como si hubiera reprimido algo en su alma. No era capaz de recuperarse. Había entrado, como se supo después, por pura casualidad, sin sospechar nada en absoluto ni esperar encontrarse lo que se encontró.

—¡Aliosha, ve tras ella! —Mitia se dirigió a su hermano, apremiándolo—. Dile... no sé... ¡No dejes que se vaya así!

—¡Vendré a verte esta tarde! —gritó Aliosha y salió corriendo detrás de Katia. La alcanzó ya en la verja del hospital. Andaba rápido, deprisa, pero nada más alcanzarla Aliosha, le dijo:

—No, ¡no puedo castigarme delante de ésa! Le he dicho «perdóname», porque quería castigarme hasta el fin. No me ha perdonado... ¡Por eso la quiero! —añadió Katia con la voz alterada, y los ojos le brillaron con rabia salvaje.

—Mi hermano no la esperaba en absoluto... —empezó a farfullar Aliosha—, estaba seguro de que ella no vendría...

—Sin duda. Dejémoslo —le interrumpió ella—. Escúcheme: no puedo ir ahora con usted al entierro. Les he enviado flores para el féretro. Creo que todavía tienen dinero. Si es necesario, díales que en el futuro no voy a abandonarlos... Pero ahora déjeme, déjeme, por favor. Usted ya llega tarde, están llamando a la misa... ¡Déjeme, por favor!

III. El entierro de Iliúshechka. El discurso junto a la roca

En efecto, llegaba tarde. Habían estado esperándolo y ya habían decidido trasladar sin él a la iglesia el pequeño féretro adornado con flores. Era el ataúd de Iliusha, del pobre chiquillo. Había muerto dos días después de la sentencia de Mitia. Ya en el mismo portalón Aliosha fue recibido por los gritos de los chicos, de los compañeros de Iliusha. Todos lo esperaban impacientes y se alegraban de que al fin hubiera llegado. En total eran doce, todos iban con sus mochilas y bolsos colgados en bandolera. «Mi padre va a llorar, quédense con mi padre», les había encomendado Iliusha al morir, y los chicos lo recordaban. Al frente iba Kolia Krasotkin.

—¡Qué contento estoy de que haya venido, Karamázov! —exclamó éste tendiéndole la mano a Aliosha—. Esto es horrible. Es verdad, es duro verlo. Sneguiriov no está bebido, sabemos con seguridad que hoy no ha bebido nada, pero es como si estuviera bebido... Yo siempre soy fuerte, pero esto es horrible. Karamázov, si no le entretengo, me gustaría hacerle una pregunta antes de entrar.

—¿De qué se trata, Kolia? —Aliosha se paró.

—Su hermano ¿es inocente? ¿Mató él a su padre o fue el criado? Será como usted diga. Llevo cuatro noches sin dormir pensando en esto.

—Fue el criado, mi hermano es inocente —respondió Aliosha.

—¡Es lo que yo decía! —gritó de repente Smúrov.

—¡Así que es una víctima inocente que se destruye por la verdad! —exclamó Kolia—. ¡Aunque se destruya, será feliz! ¡Estoy dispuesto a envidiarlo!

—Pero ¿qué dice? ¿Cómo es posible? ¿Para qué? —exclamó Aliosha sorprendido.

—Oh, si alguna vez pudiera ofrecerse así en sacrificio por la verdad —exclamó Kolia entusiasmado.

—Pero no en un caso así, no con tanta deshonra, ¡no con tanto horror! —dijo Aliosha.

—Claro... Me gustaría morir por toda la humanidad, y si es con deshonra, da igual: que se pierdan nuestros nombres. ¡Respeto a su hermano!

—Y ¡yo también! —exclamó de pronto y de forma completamente inesperada el mismo chico que en su momento había declarado que sabía quién había fundado Troya. Y, exactamente igual que entonces, tras ese grito enrojeció hasta las orejas, como una peonía.

Aliosha entró en la casa. Con los brazos cruzados y los ojos cerrados, Iliusha yacía en un ataúd azul adornado con tul blanco. Los rasgos de su demacrada cara casi no habían cambiado y, cosa rara, el cuerpo casi no desprendía olor. Su semblante era serio y como pensativo. Especialmente bellos eran sus brazos, cruzados sobre el pecho, parecían esculpidos en mármol. Le habían puesto unas flores en las manos y todo el ataúd estaba adornado por dentro y por fuera con flores enviadas por Liza Jojlakova al despuntar el alba. También habían llegado flores de parte de Katerina Ivánovna y, cuando Aliosha abrió la puerta, el capitán asistente, con un ramillete de flores en las manos temblorosas, estaba esparciéndolas sobre su querido niño. Apenas se fijó en Aliosha cuando éste entró, no quería mirar a nadie, ni siquiera a su mujer demente y llorosa, a su «mami», que no hacía más que intentar alzarse sobre sus piernas enfermas para mirar más de cerca a su hijo muerto. A Nínochka los chicos la habían levantado con el sillón y la habían acercado al ataúd. Lloraba en silencio con la cabeza apoyada sobre él. El rostro de Sneguiriov parecía animado, pero como desconcertado y, al mismo tiempo, se le veía exasperado. Sus gestos, las palabras que se le escapaban, tenían algo de locura. «¡Bátiushka, querido bátiushka!», exclamaba a cada instante mirando a Iliusha. Cuando éste aun estaba vivo tenía la costumbre de decirle con cariño: «¡Bátiushka, querido bátiushka!».

—Papá, dame algunas flores, cógeselas de las manos, esa blanquita, ¡dámela! —pidió la trastornada «mami» sollozando. Ya fuera porque le había gustado mucho la rosa pequeña y blanca que estaba entre las manos de Iliusha o porque quería quedársela como recuerdo, empezó toda ella a agitarse alargando las manos para coger la flor.

—¡No se las doy a nadie! ¡No doy ninguna! —exclamó Sneguiriov con crueldad—. Son sus flores, no tuyas. ¡Son todas de él, ninguna es tuya!

—Papá, dele a mamá una flor. —Nínochka levantó de repente el rostro bañado en lágrimas.

—No se las voy a dar a nadie, y ¡menos a ella! Ella no lo quería. Le quitó el cañoncito, y él se lo re-ga-ló —aulló entre alaridos el capitán asistente al recordar cómo Iliusha le había cedido el cañoncito a su madre. La pobre trastornada empezó a llorar en silencio cubriéndose la cara con las manos. Finalmente los niños, al darse cuenta de que el padre no quería que el féretro saliera de allí, y ya era hora de irse, lo rodearon formando un grupo cerrado y empezaron a levantarlo.

—¡No quiero enterrarlo entre rejas! —gritó de repente Sneguiriov—, lo enterraré junto a la roca, ¡junto a nuestra roca! Así me lo ordenó Iliusha. ¡No dejaré que os lo llevéis!

Llevaba ya tres días diciendo que iba a enterrarlo junto a la roca; pero Aliosha, Krasotkin, la casera, su hermana, todos los chicos, todos intervinieron.

—Fíjate lo que se le ha ocurrido, enterrarlo junto a una roca impura como si fuera un ahorcado cualquiera —había dicho con severidad la vieja casera—. Ahí en el cementerio la tierra es sagrada. Ahí rezaremos por él. Se pueden oír los cantos de la iglesia y el diácono lee tan bien y tan claro que siempre llegará hasta él, igual que si le estuvieran leyendo junto a la tumba.

Por fin el capitán asistente empezó a manotear: «¡Lleváoslo a donde queráis!». Los niños levantaron el ataúd pero, al pasar por delante de la madre, se detuvieron un instante y lo bajaron para que pudiera despedirse de Iliusha. Pero, de repente, al ver de cerca esa carita querida que en esos tres días solo había podido ver a cierta distancia, empezó a temblar y cabecear adelante y atrás, histérica, con la cabeza gris por encima del féretro.

—Mamá, santígualo, bendícelo, dale un beso —le gritó Nínochka. Pero ella, como un autómata, seguía moviendo la cabeza y, en silencio, con la cara contraída por la aflicción, empezó a darse golpes de pecho. Siguieron adelante con el féretro. Nínochka besó a su difunto hermano por última vez cuando pasaron por su lado. Aliosha, antes de salir de la casa, iba a dirigirse a la casera para pedirle que cuidara de las que se quedaban, pero ella no le dejó acabar:

—Lo sé, lo sé, pasaré a verlas, todos somos cristianos —decía la vieja, a la vez que lloraba.

El traslado hasta la iglesia fue corto, había unos trescientos pasos a lo sumo. El día era claro, tranquilo; el frío no era demasiado intenso. Seguían repicando las campanas, llamando a misa. Sneguiriov corría tras el féretro agitado y confuso, solo con un abrigo de entretiempo, ajado, corto, con la cabeza descubierta y un viejo sombrero flexible de ala ancha en las manos. Parecía experimentar una inquietud irresoluble, tan pronto

alargaba los brazos para sujetar la cabecera del féretro, con lo que solo conseguía molestar a los portadores, como empezaba a correr a un lado y buscaba un sitio donde colocarse. Una de las flores cayó sobre la nieve y se lanzó a recogerla como si de la pérdida de esa flor dependiera Dios sabría qué.

—La corteza de pan, hemos olvidado la corteza —exclamó de repente terriblemente asustado. Pero enseguida los chicos le recordaron que hacía un momento había cogido la corteza de pan y la llevaba en el bolsillo. Al instante la sacó del bolsillo y, tras cerciorarse bien, se tranquilizó—. Iliúshechka me lo pidió; estaba acostado una noche Iliúshechka —le explicó a Aliosha— y yo estaba sentado a su lado y de pronto me pidió: «Papá, cuando hayan cubierto mi tumba, echa pedacitos de corteza de pan encima para que los gorrioncillos vengan y yo pueda oír que han venido, y me alegraré por no estar solo».

—Eso está muy bien —dijo Aliosha—, hay que llevar a menudo.

—¡Todos los días, todos los días! —balbuceó el capitán asistente como si reviviera.

Por fin llegaron a la iglesia y colocaron el féretro en el centro. Todos los niños formaron un círculo alrededor y, solemnemente, se quedaron así durante todo el servicio. La iglesia era muy vieja y bastante pobre, muchos iconos no tenían cubierta, pero, en cierto sentido, en estas iglesias es donde se reza mejor. Durante la misa, Sneguiriov se sosegó un poco, aunque en ocasiones una preocupación inconsciente y como confusa se abría paso en él: se acercaba al féretro para arreglar el manto, la cinta de la frente; una vez se cayó una vela de un candelabro, y se puso a encajarla de nuevo y estuvo un buen rato atareado. Después se calmó y se quedó de pie junto a la cabecera, apaciguado, con cara de obtusa preocupación y como si no entendiera nada. Después del Apóstol le susurró a Aliosha, que estaba a su lado, que el Apóstol no se leía así, pero no aclaró a qué se refería. Durante el Cántico de los querubines empezó a acompañar, pero no terminó: se arrodilló, pegó la frente al suelo de piedra de la iglesia y se quedó así bastante tiempo. Finalmente vino el rito de despedida, repartieron las velas. El padre, enloquecido, empezó otra vez a agitarse, y el canto fúnebre emocionante y conmovedor despertó y sacudió su alma: de repente se hizo un ovillo y empezó a sollozar repetida y entrecortadamente, primero disimulando pero, al final, llorando ruidosamente. Cuando comenzaron a despedirse y a tapar el féretro, lo envolvió con los brazos, como si no permitiera que taparan a Iliusha y sin apartarse, acelerado y ansioso, se puso a besar la boca de su hijo muerto. Por fin lograron convencerlo y ya le habían hecho bajar un peldaño cuando, de repente, alargó impetuoso un brazo y cogió varias flores del féretro. Las miraba y fue como si se le hubiera ocurrido una nueva idea y, por un momento, se olvidó de lo principal. Poco a poco fue cayendo en sus meditaciones y ya no se opuso cuando levantaron el féretro y lo llevaron a la tumba. Estaba próxima, en el cercado, junto a la iglesia, era una tumba cara, la había pagado Katerina Ivánovna. Después de la ceremonia habitual los

sepultureros bajaron el féretro. Sneguiriov, con las flores en las manos, se inclinó tanto sobre la tumba abierta que los chicos, asustados, lo sujetaron del abrigo y empezaron a tirar de él. Ya no entendía bien lo que estaba ocurriendo. Cuando empezaron a cubrir la tumba, se puso a señalar con preocupación la tierra que caía e incluso dijo algo, pero nadie pudo descifrar nada y él solo se calló de repente. Entonces le recordaron que tenía que desmenuzar el pan y se inquietó muchísimo, sacó la corteza y empezó a pellizcarla y a esparcir los trocitos por la tumba: «¡Venid, pajaritos! ¡Venid, gorrioncillos!», musitaba, preocupado. Uno de los chicos le hizo notar que con las flores en la mano no era cómodo pellizcar el pan y que él podía sujetárselas mientras tanto. Pero no se las dio, hasta se asustó por las flores, como si se las quisieran quitar y, después de comprobar la tumba y cerciorarse de que ya todo estaba hecho, que había desmigajado el pan, se dio la vuelta de forma totalmente inesperada e incluso tranquila y echó a andar lentamente hacia su casa. Sus pasos, sin embargo, se volvieron más intensos, rápidos, se daba prisa, casi corría. Los chicos y Aliosha lo seguían de cerca.

—Las flores para mami, las flores para mami. Hemos ofendido a mami —exclamaba. Alguien le gritó que se pusiera el sombrero o tendría frío pero, al oírlo, arrojó con rabia el sombrero a la nieve y empezó a repetir: «¡No quiero el sombrero, no quiero el sombrero!». Smúrov lo recogió y se lo llevó. Todos los chicos sin excepción lloraban, sobre todo Kolia y el niño que había hablado de Troya. Smúrov, con el sombrero del capitán en la mano, también lloraba desconsoladamente, pero aun así tuvo tiempo de hacerse, prácticamente a la carrera, con un trozo rojo de ladrillo, que destacaba sobre la nieve del camino, para lanzárselo a una bandada de gorriones que pasaba volando. Por supuesto, no acertó y siguió corriendo y llorando. A mitad de camino Sneguiriov se detuvo, se quedó parado medio minuto como sorprendido por algo y, de repente, dándose la vuelta en dirección a la iglesia, echó a correr hacia la tumba abandonada. Pero los chicos lo alcanzaron enseguida y lo sujetaron por todas partes. Él, impotente, abatido, cayó sobre la nieve y, golpeándose, chillando y aullando, empezó a gritar: «¡Bátiuska, Iliúshechka, bátiuska querido!». Aliosha y Kolia intentaron levantarlo, le suplicaban y trataban de convencerlo.

—Capitán, ya basta, un hombre valiente debe comportarse —musitaba Kolia.

—Va a estropear las flores —le decía Aliosha—, y su «mami» las está esperando, está en casa llorando porque antes no le ha dado las flores de Iliúshechka. Todavía está allí la cama de Iliusha...

—Sí, sí, ¡tengo que ir con mami! —se acordó Sneguiriov—. Se van a llevar la camita de Iliusha, ¡se la van a llevar! —añadió temiendo que se la llevaran de verdad, se puso en pie de un salto y echó a correr hacia su casa. Pero ya no estaban lejos y llegaron todos juntos. Sneguiriov abrió la puerta precipitadamente y le gritó a su mujer, con la que hacía nada había discutido con tanta crueldad—: Mami, querida, Iliúshechka te

envía estas flores, ¡para tus pies enfermos! —gritó tendiéndole el manojito de flores, heladas y rotas de cuando se había tirado en la nieve. Pero en ese momento vio delante de la cama de Iliusha, en un rincón, una junto a otra, las botas de su hijo recién colocadas por la dueña de la casa, las botas viejecitas, enrojecidas, endurecidas, con remiendos. Al verlas, alzó los brazos y se lanzó así sobre ellas, cayó de rodillas, cogió una y, llevándose a los labios, empezó a besarla ansioso mientras gritaba—: Batiushka, Iliúshechka, batiushka querido, ¿dónde están tus pies?

—¿Dónde te lo has llevado? ¿Dónde te lo has llevado? —aulló la enajenada con voz desgarradora. También Nínochka empezó a sollozar. Kolia salió corriendo del cuarto, tras él fueron saliendo los chicos. Detrás de todos salió Aliosha.

—Dejemos que lloren —le dijo a Kolia—, es imposible consolarlos, claro. Esperaremos un minuto y luego regresamos.

—Sí, imposible. Es horrible —confirmó Kolia—. Karamázov, ¿sabe? —bajó la voz para que nadie le oyera—, estoy muy triste y daría cualquier cosa con tal de poder resucitarlo.

—Ay, yo también —dijo Aliosha.

—¿Usted qué cree, Karamázov? ¿Deberíamos venir esta tarde? Porque va a emborracharse.

—Quizá se emborrache. Vamos a venir usted y yo, los dos solos, es más que suficiente pasar una hora con ellos, con la madre y con Nínochka; si venimos todos a la vez, haremos que se acuerden de él —aconsejó Aliosha.

—La casera está poniendo la mesa, es la comida de exequias, ¿no? Vendrá el pope, ¿regresamos ahora o no, Karamázov?

—Sin duda.

—Qué raro es todo eso, Karamázov, tanta pena y, de repente, bliny, ¡es todo tan poco natural en nuestra religión!

—También habrá salmón —señaló en voz alta el niño de Troya.

—Kartashov, en serio le pido que no vuelva a intervenir con sus tonterías, sobre todo cuando nadie está hablando con usted y a nadie le interesa saber si usted existe —le atajó Kolia irritado. El chico se puso colorado, pero no se atrevió a responder. Entretanto, todos caminaban lentamente por el sendero y, de pronto, Smúrov exclamó:

—¡Ésta es la roca de Iliusha, bajo la que quería ser enterrado!

Todos se detuvieron en silencio junto a una roca grande. Aliosha miró y todo el cuadro de lo que Sneguiriov le había contado hacía tiempo sobre Iliúshechka —de cómo éste, llorando y abrazando a su padre, exclamó: «¡Papi, papi, cómo te ha humillado!»— apareció de golpe en su imaginación. Algo sacudió su alma. Con semblante serio y grave envolvió con la mirada todas las caras luminosas, queridas, de los escolares, de los compañeros de Iliusha, y les dijo:

—Señores, me gustaría decirles unas palabras aquí, en este lugar.

Los chicos lo rodearon y enseguida fijaron en él sus miradas atentas, expectantes.

—Señores, vamos a despedirnos muy pronto. De momento estaré un tiempo con mis dos hermanos, uno de los cuales se va al destierro y el otro está al borde de la muerte. Pero pronto dejaré esta ciudad, quizá para mucho tiempo. Así que tenemos que despedirnos, señores. Decidamos aquí, junto a la roca de Iliusha, que nunca vamos a olvidarnos de Iliúshechka en primer lugar y, en segundo, los unos a los otros. Sea lo que sea lo que nos pase en la vida, aunque estemos veinte años sin vernos, aun así vamos a recordar que hemos enterrado a un pobre niño al que una vez tiramos piedras, ¿lo recuerdan?, ahí, junto a la pasarela, y que después todos lo quisimos. Era un buen niño, un niño valiente y bondadoso, sintió el honor y la amarga ofensa a su padre, y por ella se rebeló. Entonces, en primer lugar, vamos a recordarlo toda la vida, señores. Y aunque estemos ocupados por los asuntos más importantes, alcancemos honores o caigamos en la desgracia más grande, aun así no olvidemos nunca lo bien que estuvimos aquí, todos juntos unidos por un sentimiento tan bello y bueno y que, en estos momentos de amor por el pobre niño, quizá nos haya hecho mejores de lo que somos en realidad. Queridas palomas, permítanme que les llame así, palomas, porque ahora, en este momento en que estoy mirando sus caras buenas, amables, se parecen mucho a ellas, a estas lindas aves grises. Queridos niños, quizá no comprendan lo que les estoy diciendo, porque suelo hablar de forma muy incomprensible, pero aun así recordarán y en algún momento estarán de acuerdo con mis palabras. Han de saber que no hay nada más alto, más fuerte, más sano y más útil en la vida que un buen recuerdo, especialmente el que se atesora ya en la infancia, en la casa paterna. Os han hablado mucho de la educación, pero cualquier recuerdo bonito, sagrado, conservado desde la infancia, puede ser la mejor educación que exista. E, incluso si nuestro corazón solo guarda un único recuerdo bueno, éste puede salvarnos en algún momento. Quizá nos volvamos malos, incluso puede que no tengamos fuerzas para resistir con firmeza ante una mala acción, que nos riamos de las lágrimas de los hombres y de las personas que digan, justo como acaba de decir Kolia: «Quiero sufrir por todas las personas», quizá nosotros vayamos a burlarnos con maldad de esas personas. Aun así, da igual lo malos que seamos, Dios no lo quiera, pues, en el momento en que recordemos cómo hemos enterrado a Iliusha, lo mucho que lo hemos querido en sus últimos días y cómo estamos hablando aquí junto a la roca, tan amistosamente y todos juntos, el más cruel de nosotros y el más burlón, si es que nos convertimos en eso, ya no se atreverá a reírse en su interior de cómo una vez fue bueno y bello. Es más, puede que precisamente este único recuerdo lo aparte de un mal grande y que reflexione y se diga: «Sí, entonces era bueno, valiente y honrado». Si se ríe de eso, no pasa nada, el hombre se burla con frecuencia de lo bueno y lo bello,

solo es falta de reflexión; pero, señores, les aseguro que, en cuanto se ría, su corazón le dirá: «He hecho mal en reírme, porque ¡no hay que burlarse de estas cosas!».

—Claro que va a ser así, Karamázov, ¡yo le comprendo, Karamázov! —exclamó Kolia con los ojos brillantes. Los chicos empezaban a emocionarse y también querían hablar, pero se contuvieron y, conmovidos, miraron atentamente al orador.

—Esto lo digo ante el temor de que nos volvamos malos —continuó Aliosha—, pero ¿para qué queremos volvernos malos, señores? Seremos, en primer lugar y ante todo, buenos, después honrados y, después, no vamos a olvidarnos los unos de los otros. Lo repito de nuevo. Y, por mi parte, les doy mi palabra de que no voy a olvidar a ninguno de ustedes; me acordaré de todos los rostros que ahora me están mirando aunque hayan pasado treinta años. Hace un momento Kolia le ha dicho a Kartashov que no queríamos casi ni saber «si existe». Pero ¿acaso puedo olvidarme de que Kartashov existe y de que ahí está él, tan colorado como cuando nos habló de Troya, y de que está mirándome con ojillos buenos, bondadosos, alegres? Señores, queridos señores míos, vamos a ser todos generosos y valientes como Iliúshechka, inteligentes, valientes y generosos como Kolia (pero que será bastante más inteligente cuando crezca), y seremos tan vergonzosos, pero inteligentes y dulces como Kartashov. Pero ¿qué hago hablando de ellos dos? Todos ustedes, señores, me son queridos desde hoy, les llevaré a todos en el corazón y les pido que me lleven a mí en el suyo. Bien, y ¿quién nos unió en este sentimiento bueno y bello que ya siempre, toda nuestra vida, vamos a recordar y que tenemos intención de recordar? ¿Quién sino Iliusha? Un niño bueno, un niño dulce, ¡nuestro niño querido por los siglos de los siglos! ¡Nunca lo olvidaremos! ¡Su recuerdo eterno y bonito estará en nuestro corazón desde ahora y para siempre!

—Sí, sí, eterno, eterno —gritaron todos los chicos con voz sonora, con la cara conmovida.

—Vamos a recordar su cara, su ropa, sus pobres botas, su féretro y a su infeliz padre, y cómo se alzó contra toda su clase por defenderlo.

—¡Sí, lo recordaremos! —gritaron de nuevo los chicos—. Era valiente, era bueno.

—Ay, ¡cuánto lo quería! —dijo Kolia.

—Ay, niños, ay, mis queridos amigos, ¡no temáis a la vida! Qué bonita es la vida cuando se hace algo bueno y sincero.

—Sí, sí —repitieron los chicos con entusiasmo.

—Karamázov, le queremos —exclamó una voz impetuosa, parece que la de Kartashov.

—Sí, le queremos —lo secundaron todos. A muchos les brillaban los ojos de las lágrimas.

—¡Un hurra por Karamázov! —gritó Kolia entusiasmado.

—Y recuerdo eterno al niño muerto —añadió Aliosha con sentimiento.

—¡Recuerdo eterno! —repetieron los chicos.

—Karamázov —gritó Kolia—, ¿acaso de verdad dice la religión que todos nosotros nos levantaremos de entre los muertos y resucitaremos y nos veremos de nuevo todos, también a Iliúshechka?

—Ciertamente nos levantaremos, ciertamente nos veremos y contentos, felices, nos contaremos todo lo que haya ocurrido —respondió Aliosha medio riéndose, medio entusiasmado.

—¡Ay, qué bien! —se le escapó a Kolia.

—Bueno, y ahora dejemos de hablar y vayamos a la comida de exequias. Que no os confunda que haya bliny. Es algo antiguo, eterno, y hay algo bueno en ello. —Aliosha se echó a reír—. Pero, bueno, ¡vamos! Vayamos ahora de la mano, juntos.

—¡Y siempre así! ¡Toda la vida de la mano! ¡Viva Karamázov! —gritó Kolia de nuevo, entusiasmado, y de nuevo todos los chicos secundaron su exclamación.